Karl Dietrich Bracher

La dictadura alemana/1

Génesis, estructura y consecuencias del nacionalsocialismo

Alianza Universidad

Durante el período posterior a la II (
sido numerosos los trabajos monográf
dose de la apertura de los archivos
brimiento de nuevas fuentes docume
a fondo aspectos parciales —limitados
temporalmente— de la GENESIS, ESTRUCTURA Y CON
SECUENCIAS DEL NACIONALSOCIALISMO. Había lle
gado ya el momento de que esas aportaciones fueran recogi
das, confrontadas y ordenadas en una obra de conjunto; tal
ha sido el logro de KARL DIETRICH BRACHER en LA
DICTADURA ALEMANA, completo cuadro (editado en
dos volúmenes por razones técnicas) de un sistema de domi
nación hondamente enraizado en la tradición antidemocrática
del imperio germánico y difícilmente homologable con los
fascismos europeos. La acogida de los especialistas no ha
podido ser más calurosa: para Allan Bullock es «un resu
men magistral y una armoniosa síntesis de veinte años de
investigaciones y trabajos»; en opinión de George L. Mosse
«este análisis, el más ecuánime y equilibrado hasta ahora
escrito, nos permite confrontar la totalidad de la experien
cia nazi». En efecto, la conjugación de la exposición histó
rica y el análisis sistemático permite dar cuenta de los mo
mentos decisivos del fenómeno estudiado: la centripetación
de los grupúsculos antisemitas y nacionalistas en torno a
Hitler, la formación del partido nazi, la conquista de una
base social y electoral, el establecimiento de alianzas y vínculos con la derecha tradicional y los grupos financieros, la
toma del poder, la preparación y desarrollo de la guerra, las
supervivencias del nacionalsocialismo en la Alemania fe
deral.

ACCESO ABIERTO

Alianza Editorial

Cubierta Daniel Gil / Fotografía Francisco Ontañón

Alianza Universidad

Karl Dietrich Bracher

La dictadura alemana, I

Génesis, estructura y consecuencias del nacionalsocialismo

Versión española de
José A. Garmendia

Alianza
Editorial

Título original:
Die deutsche Diktatur
Entstehung, Struktur, Folgen des
Nationalsozialismus

© 1969 by Verlag Kiepenheuer & Witsch, Köln, Berlin
© Ed. cast.: Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1973
Calle Milán, 38; ☎ 200 0045
ISBN 84-206-2995-2 obra completa
ISBN 84-206-2065-3 tomo I
Depósito legal: M. 35.584 - 1973
Impreso en Ediciones Castilla, S. A., Maestro Alonso, 21. Madrid
Printed in Spain

INDICE

Dedicatoria 9

Prólogo 11

1. Antecedentes 13

Sobre el problema de las premisas históricas del nacionalsocialismo, 13.—Trasfondo europeo, 18.—El problema del Estado alemán, 30.—Conciencia etnicista y alemana, 37.—Del nacionalismo al nacionalsocialismo, 44.—El papel del antisemitismo, 51.—Antesala del año 1933, 67.

2. Génesis del movimiento nacionalsocialista 73

Antecedentes austríacos, 73.—Adolfo Hitler, 82.—Problemas de la revolución y la República, 95.—Juicios del NSDAP, 111.—El ascenso de Hitler, 126.—Agitación y organización, 134.—Baviera y el Reich en crisis, 141.—El golpe de Hitler, 149.

3. El nuevo Partido en las «jornadas de lucha» 167

Fuerzas y tendencias 1924-1928, 167.—*Mein Kampf* y un nuevo comienzo, 173.—Estructura del nuevo partido, 178.—Ideología y propaganda, 193.—Hacia un partido de masas de clase media, 207.—El triunfo de 1929, 216.

4. La marcha al poder 228

Crisis de la democracia, 229.—La táctica nacionalsocialista antes de la toma del poder, 242.—Consideración de paso: la «revolución legal», 258.—El camino hacia la dictadura, 268.—Sociedad conformada y Estado de partido único, 288.

5. El desarrollo del Tercer Reich 306

El Estado y el partido, 307.—El Ejército y la Segunda Revolución: culminación del proceso de asalto al poder, 317.—«Weltanschauung» y proceso de unificación ideológica, 331.—La nueva educación y la nueva ciencia, 348.—La «élite» nacionalsocialista, 365.

A Christian y Susanne

PROLOGO

En este libro —resultado y continuación de muchos años de estudio— he intentado exponer un cuadro completo, hasta ahora inexistente en Alemania, del nacionalsocialismo, de sus supuestos, del sistema de dominación y de sus repercusiones. Al mismo tiempo, esta obra presenta el problema de la comprensión de una política y de un Estado autoritario, que en los siglos XIX y XX bloqueara el desarrollo de comportamientos y estructuras de carácter democrático y parlamentario, haciendo posible la dictadura alemana. De la capitulación del liberalismo burgués frente al Estado monárquico, pasando luego por el fracaso sin pena ni gloria de la República de Weimar hasta llegar a ciertas amenazas latentes en la República Federal, se extiende el campo de interpretación y análisis crítico de la política germana.

La inclinación alemana a la dictadura, cristalizada finalmente en un sistema de dominación seductor y destructivo como jamás se hubiera conocido, refleja los problemas estructurales del Estado moderno y de la sociedad burguesa en vías de transición a una era democrática, problemas que son comunes a todos los Estados europeos. Sin embargo, aquella tendencia cobra un carácter y relieve propios por las tareas y condiciones especiales que presidieron el proceso de formación de una nación y de la modernización socio-

económica de Alemania; proceso que explica las tremendas convulsiones del pensamiento político y del comportamiento social.

Esta relación será interpretada conjugando el método de exposición histórica y el de análisis sistemático. Al final de la obra se plantea la cuestión de la persistencia de tendencias de extrema derecha en la República Federal de Alemania. El nacionalsocialismo no ha muerto.

Esta investigación se basa en la comprensión del sinfín de condicionamientos y causas, del carácter multicausal del proceso histórico-político. En consecuencia, se descartan desde el principio toda clase de fórmulas interpretativas, en último término siempre ideológicas, prefiriéndose un enfoque integrante. Por importante que sea la aportación de explicaciones de orden económico, sociológico, intelectual o histórico-institucional, la complejidad del tema no admite su reducción a componentes particulares. Lo mismo cabe decir del tan discutido uso de una teoría global del totalitarismo o de un concepto demasiado elástico del fascismo. En ambos casos se trata de generalizaciones cuyo empleo no debe ser miope ante las raíces específicas y el cuño particular de cada sistema de dominación. Naturalmente, esto plantea problemas de interpretación histórica que penetran muy hondo en el campo de las ciencias sociales y que, más allá de una mera descripción, reclaman un análisis sistemático-estructural de la política alemana.

Pude escribir este libro en intenso contacto con colegas de las más diversas especialidades, tanto de América como de Europa. Ello me fue posible gracias a mis interesantísimas visitas de estudio al Center for Advanced Study in the Behavioral Sciences de Stanford y al Institute for Advanced Study de Princeton. Dedico mi obra a la esperanza de que una exposición, sin ilusiones, de la dictadura alemana contribuya al remedio de viejos y nuevos peligros de nuestro desarrollo político: sobre todo, de una concepción autoritaria del Estado, pero también de un utopismo radical. En ambos casos aflora la intolerancia y la autoarrogancia o, a la postre, la patología política.

Bonn, enero 1969 K. D. Bracher

Capítulo 1

ANTECEDENTES

Sobre el problema de las premisas históricas del nacionalsocialismo

Mucho se ha investigado el tema del nacionalsocialismo, que hasta hoy sigue siendo discutido. Una serie de estudios y análisis aislados han logrado ofrecer una visión casi completa del dominio del régimen de Hitler en Alemania y Europa. La literatura se inicia con las agudas descripciones de Konrad Heiden y con las obras en torno a la estructura y política del Tercer Reich publicadas en Occidente desde mediados de los años treinta. Investigaciones básicas sobre el totalitarismo y la figura central de Adolfo Hitler se vieron seguidas por numerosos estudios de aspectos y períodos particulares del nacionalsocialismo. Hace algunos años se intentó presentar un cuadro general y completo, que constituyó un «best-seller» en buena parte del mundo [1].

Tras las descripciones del fenómeno latía siempre la cuestión de cómo fue posible que un régimen dictatorial de tales proporciones triunfase casi sin resistencia y con tanta rapidez en un país colmado de cultura y tradiciones como era Alemania. Mientras que existe amplio acuerdo en lo que se refiere a la estructura e historia del nacionalsocialismo, la cuestión de sus premisas ha encontrado hasta hoy diferentes respuestas. Por otra parte, las exposiciones

[1] William Shirer: *The Rise and Fall of the Third Reich,* London, 1960.

globales escritas hasta la fecha tratan el tema de los antecedentes y desarrollo del nacionalsocialismo de manera frecuentemente superficial y sumaria. Con ello, el nacionalsocialismo aparece como consecuencia lógica de la historia germana, corolario obligado de la evolución intelectual, social y política de Alemania en los siglos XIX y XX. Tales fórmulas concisas, como la que preside la obra de Shirer, descansan en concepciones estereotipadas acerca de las premisas de este «movimiento». Sin embargo, queda en pie la cuestión de por qué la Alemania de la República de Weimar, que tras una lucha centenaria en favor de un orden estatal democrático consiguiera una estructura constitucional aparentemente tan perfecta, hubo de capitular, sin pena ni gloria y en tan poco tiempo, frente a una dictadura tan primitiva como la de Hitler. Para explicar la «catástrofe alemana» de 1933 no basta un análisis de la «toma del poder» por los nacionalsocialistas o un estudio de la República de Weimar.

Los prolegómenos y antecedentes generales del nacionalsocialismo se enfocan generalmente bajo el signo de dos tesis casi diametralmente opuestas. Por una parte se sitúan las raíces del nacionalsocialismo en el marco de las ideas nacionalistas o imperialistas germanas, remontándose entonces hasta la Reforma luterana e incluso hasta la Edad Media para demostrar que una tradición secular de nacionalismo, de imperialismo, así como de Estado autoritario, ha impregnado el carácter político de los alemanes. Sobre el particular hay que mencionar los viejos y amplios estudios del germanista francés Edmond Vermeil; y esa misma tesis inspiró también numerosos libros ingleses y norteamericanos [2]. Por otra parte, se defiende el punto de vista de que el nacionalsocialismo, como el moderno totalitarismo, constituye un fenómeno y un producto específico del siglo XX [3] y una lógica secuela de la crisis general europea en la era de las guerras mundiales. Según esta segunda tesis, se trataría de una crisis de dimensiones intelectuales, al mismo tiempo que sociales y políticas. El fenómeno en cuestión es enfocado, pues, como parte de tantos y tantos movimientos dictatoriales surgidos en varios países y que accedieran al poder. Los representantes de esta concepción, que subrayan los nuevos condicionamientos supranacionales de nuestro siglo, no soslayan naturalmente una explicación de alcance histórico más amplio. Sin embargo, destacan los orígenes de carácter pan-

[2] Edmond Vermeil: *L'Allemagne, Essai d'explication,* Paris, 1945. Idem: *Doctrinaires de la revolution allemande,* Paris, 1938. Butler: *The Roots of National Socialism,* London, 1941.

[3] Gerhard Leibholz: «Das Phänomen des totalen Staates», en *Strukturprobleme der modernen Demokratie,* Karlsruhe, 1958, p. 225.

europeo y sitúan la génesis del nacionalsocialismo en las convulsiones revolucionarias de finales del siglo XVIII: la «masificación» y colectivización del individuo, las crecientes tensiones de la sociedad de clases en la era industrial, la complicación de la estructura económica y la propensión del capitalismo a las crisis. Se consideran, pues, tales factores supranacionales como la base fundamental del surgimiento de movimientos dictatoriales y de la capitulación del individuo libre frente al Estado totalitario. Y al destacar estos puntos de vista se llega a la conclusión de que no puede responsabilizarse totalmente ni a personas concretas ni siquiera a un pueblo particular.

Algunos han llegado a afirmar incluso que Alemania se encontraba especialmente poco preparada ante los acontecimientos que condujeran al triunfo del nacionalsocialismo [4]. Para estos autores el régimen hitleriano viene a ser como una desgracia que bien podría haberle ocurrido a cualquier otro pueblo en análogas circunstancias. Como acontecimientos decisivos se enjuician la catástrofe de 1918 y las crisis económicas de 1923 y 1930, que afectaron de un modo particularmente serio al país. Dichos autores sostienen que (al igual que anteriormente en Rusia e Italia) fueron estos sucesos —y no una especial y tradicional propensión germana a la dictadura y la política de fuerza— los que permitieron la crisis y desmoronamiento de la política. En este mismo contexto se encuadran también las dictaduras que simultáneamente arrollaron la democracia en España, Portugal, Polonia y los Balcanes.

En el amplio marco de ambas tesis [5] ha discurrido desde un principio la interpretación del nacionalsocialismo. Un extremo corresponde al punto de vista de Vermeil:

> En diferentes pasajes de su historia, y especialmente en el siglo XIX, los alemanes han creído con desesperada convicción —derivada de su debilidad y escisión interna o, por el contrario, de la idea de una potencia soberana e invencible— en la misión divina de haber sido elegidos por la Providencia... Esta creencia, tan irracional como ferviente, es el resultado de un desarrollo histórico que, a través de los siglos, ha ido imponiendo a la fantasía alemana, con su combinación de nacionalismo fanático y ansia de cohesión interna, ideales que no puede olvidar y en los que ha cimentado una ilimitada nostalgia... [6]

Desde esta perspectiva interpreta Vermeil la historia alemana desde la invasión de los bárbaros. La germanización de la idea del

[4] En especial, Gerhard Ritter: «The Historical Foundations of the Rise of National Socialism», en *The Third Reich,* 1955, p. 38.

[5] Al respecto, cabe destacar la obra mixta *The Third Reich,* que contiene de forma genuina los diferentes puntos de vista.

[6] Edmond Vermeil: «The Origin, Nature, and Development of German Nationalist Ideology in the 19th and 20th Centuries», en *The Third Reich,* p. 6.

imperio, el florecimiento de la Hansa y la expansión de Prusia constituyen para Vermeil los primeros hitos; la Mística y Reforma alemanas, formas evidentes de una temprana conciencia de pueblo elegido, mesiánico; y la ruptura del pensamiento político germano con Occidente a raíz del siglo XIX y del romanticismo, la definitiva orientación hacia un funesto destino. La degeneración imperialista y antisemita de la conciencia nacional desde la era de Bismarck constituye para Vermeil un corolario definitivo de la mencionada evolución. Finalmente, la República de Weimar no es, en esencia, sino la definitiva preparación del Tercer Reich:

Nunca habría podido Hitler implantar la dictadura de 1933 si su partido, a la sombra de la República de Weimar, no hubiera resucitado los grandes temas del imperialismo pangermánico, reavivándolos luego gracias a una poderosa maquinaria propagandística. Ni habría sido tampoco posible si los Schacht, los von Seeckt y los Stresemann no hubieran reorganizado la industria, las finanzas, el ejército y la política exterior. Este doble esfuerzo constituye la característica verdaderamente significativa del episodio de Weimar, arrojando luz no sólo sobre el pasado, sino también sobre el futuro del Reich Alemán[7].

La tesis opuesta ha sido mantenida, no sin cierto acento apologético, por Gerhard Ritter (Friburgo):

Los mismos alemanes estaban más sorprendidos que cualquier otro por la subida del partido nacionalsocialista y su rápido encaramamiento a posiciones estatales de poder absoluto. Hasta 1930 la gran mayoría de los alemanes cultos consideró a los secuaces de Hitler como un grupo de vocingleros extremistas y superpatriotas desprovisto de toda significación práctica... Todos coincidían en ver en el movimiento hitleriano un resultado de la ebullición propia de una época convulsa, optando por no tomar demasiado en serio ni a sus dirigentes ni a su programa... No hay duda de que la mayoría de los alemanes cultos —aquella parte de la nación que era consciente de su tradición histórica— desconfiaba de la propaganda hitleriana que trataba de persuadirles de que el movimiento nacionalsocialista significaba la continuación y coronamiento de las mejores tradiciones y esperanzas de la historia alemana. En el momento del triunfo de Hitler, muchos sintieron que aquel sistema político les era extraño..., [que] no constituía la cúspide, sino más bien la negación de la tradición, especialmente de la tradición germano-prusiana y bismarckiana.

Ciertamente, en el pasado de Alemania había habido deslices nacionalistas:

Sin embargo, ¿se trataba de una característica alemana? Sorprende el cúmulo de manifestaciones de ambición nacionalista, sentimientos militaristas, orgullo racial y crítica antidemocrática esparcido en la literatura intelectual y política de todos los pueblos europeos[8].

[7] *Op. cit.*, p. 111.
[8] Gerhard Ritter: «Historical Foundations», *op. cit.*, p. 381.

1. Antecedentes

No han faltado intentos encaminados a contrastar críticamente los anteriores puntos de vista. Un ejemplo de ello lo constituye el historiador francés Jacques Droz. En un resumen de consideraciones refiere la cuestión de la culpabilidad germana a tres argumentos principales:

Primero: la doctrina de Lutero educó a los alemanes en el marco de la docilidad y absoluta sumisión al poder del Estado. Segundo: el militarismo prusiano infundió en el alemán el amor al Ejército y la voluntad de poner de manifiesto su superioridad en este terreno con fines de conquista. Tercero: la voluntad de poder, en medio de un asombroso desarrollo paralelo a la revolución industrial y de una fuerte progresión de la natalidad, llegó a su punto culminante, expresándose luego en una política expansionista.

Droz somete luego estos argumentos a un sobrio examen para llegar a la conclusión de que:

Primero: el luteranismo no es culpable de la inactividad política de la gran masa del pueblo alemán. En efecto, hay que tener en cuenta que, durante las Guerras de Religión, mientras otros pueblos se apropiaron el espíritu de rebeldía contra la autoridad, el pueblo alemán, sin embargo, se sentía muy a gusto bajo la autoridad de príncipes benevolentes de la misma confesión. Por otra parte, los actos de coraje político no fueron aquí menos numerosos que en otros países. Tampoco es justo, pues, hablar de «espíritu de vasallo» a propósito del luteranismo. Sin embargo, es innegable que la Iglesia protestante, principalmente en el siglo XIX, ha puesto su influencia al servicio del conservadurismo, frenando así un desarrollo progresista.

Segundo: no es lícito equiparar la tradición prusiana al espíritu de agresión y conquista. Federico II tan sólo fue protagonista de guerras de gabinete, y el mismo Bismarck consideró siempre la guerra como medio de la política. Sin embargo, la nobleza militar en la antigua Alemania disfrutó de un prestigio que aseguró a la instrucción y armamento militares una gran superioridad frente a otros pueblos.

Tercero: en Alemania las organizaciones pangermánicas y su doctrina nunca tuvieron el peso que se les atribuía. Sin embargo, la ambición de poder de los círculos de la gran industria y su participación en la subida de Hitler son hechos innegables [9].

Junto a tales tentativas de explicación ha destacado desde un principio la interpretación económico-social, que ha encontrado su versión más severa y compacta en la literatura de signo marxista. Ahora bien, del lado comunista se enfocó el tema desde perspectivas abiertamente partidistas y con propósitos de polémica en el marco de la política diaria. Se comprende, pues, que la investigación crítica estuviera a menudo ausente. En este aspecto destacan algunas importantes excepciones, entre ellas, por ejemplo, la del filósofo y

[9] Jacques Droz: «Les historiens français devant l'histoire allemande», en *Europa. Erbe und Aufgabe,* Wiesbaden, 1956, p. 265.

sociólogo húngaro Georg Lukács, que concentra su labor no tanto en el análisis económico-social como en una amplia investigación de las ideologías irracionales y antirracionales de los siglos XIX y XX, consideradas por este filósofo como el presupuesto fundamental del nacionalsocialismo [10]. El intento más significativo de una exposición completa de estilo económico-sociológico lo constituye el temprano estudio del politólogo germano-norteamericano Franz Neumann [11]. Su tesis capital afirma que la génesis, desarrollo y dominación del nacionalsocialismo no fue, en realidad, una revolución político-social, sino la expresión de un extremo agravamiento de la crisis del capitalismo. Desde esta perspectiva, el Tercer Reich aparece como el sistema político propio de un «capitalismo totalitario monopolístico». Neumann concentró su investigación en la prueba de que la clase dominante del período imperial y republicano no perdió sus posiciones en 1933, que la estructura social no se vio modificada y que, en realidad, el nacionalsocialismo constituyó un movimiento de masas pequeñoburgués contra el movimiento de masas socialista: en fin, una contrarrevolución como instrumento del sistema dominante del capitalismo y al servicio de él. Esta interpretación no logró soslayar el peligro de pasar por alto la componente revolucionaria del nacionalsocialismo, que fue más que una mera reacción. En efecto, desde un principio, y especialmente al desembocar en el Estado de las SS, persiguió más bien una transformación total de la sociedad y del Estado. Finalmente, también Neumann concede que la toma del poder por parte de Hitler se encontró determinada por importantes impulsos de carácter no económico.

Trasfondo europeo

De los intentos realizados hasta ahora se desprende la conclusión de que el problema de los antecedentes del nacionalsocialismo debe tratarse simultáneamente en dos planos: el alemán y el europeo. La mayor parte de los estudios adolecen del defecto de tener muy poco en cuenta esa doble faceta, limitándose a la dimensión alemana o a la europea en la explicación de la génesis del nacionalsocialismo. Un importante avance en este terreno representa la investigación comparada de las variedades francesa, italiana y alemana del fascismo, a partir de la cual Ernst Nolte desarrolla una tipología del

[10] Georg Lukács: *Die Zerstörung der Vernunft,* 1954. Nueva edición, Neuwied, 1962.

[11] Franz L. Neumann: *Behemoth, The Structure and Practice of National Socialism,* New York, 1942 (2.ª ed., 1944).

fascismo a escala europea [12]. Este estudio se limita, sin embargo, a una historia general de los tres movimientos; deberían haberse incluido los antecedentes políticos y sociales y haberse considerado más detenidamente parecidos fenómenos en otros países (España, Balcanes). Sólo así cabría utilizar con mayor provecho el concepto general de «fascismo», tradicionalmente impregnado de polémica, con el fin de comprender mejor el fenómeno de la rebelión contra la democracia liberal en todos los países europeos, fenómeno de raíces mucho más profundas y de alcance mucho mayor.

Desde finales del siglo XVIII Europa se encuentra presidida por el signo de un profundo cambio estructural tanto al nivel del Estado como de la economía y la sociedad. Los efectos ideológicos, políticos y sociales de este proceso bien pueden autorizarnos a hablar de una «era de las revoluciones» o incluso de una «era de la revolución». Con ello quiere darse a entender que se trata de un solo proceso, con su correspondiente coherencia interna: empezaría con el asalto a la Bastilla y se prolongaría hasta las revoluciones comunistas y fascistas e incluso hasta las revueltas africanas y asiáticas de nuestros días. Este concepto moderno de la revolución se orienta en función de los trastornos sociales por los que se ha ido abriendo paso el movimiento emancipador burgués junto con el ascenso del capitalismo, los imperativos socialistas de igualdad y, finalmente, las reivindicaciones de dominación de las masas del «cuarto estado» en la era industrial. En el siglo de los grandes filósofos de la Ilustración, y siguiendo el modelo de la revolución inglesa, una nueva pasión política, de alcance y profundidad hasta entonces inusitados, se apoderó de los hombres. Con su revolucionario empuje rebasó el estrecho marco del dominio absolutista y del orden tradicional.

Aquel movimiento, que estalla en Francia, aparece como el punto de partida de una amplia democratización, de una extensión de la política a todos los sectores, como el nacimiento de la era de los movimientos e ideologías de masas. Ya durante la misma Revolución francesa discurren muy juntas la democracia moderna y la dictadura moderna, surgiendo aquellos postulados característicos de una nueva y amplia ordenación social y estatal que se convertirían en determinantes tanto de la victoria de la democracia como de los movimientos de cuño dictatorial-totalitario. Tales postulados son: la socialización y politización de todos los ciudadanos; el dominio de la mayoría y la movilización de las personas a base de las elecciones y la propaganda ideológica; el mayor relieve de la conciencia

[12] Ernst Nolte: *Der Faschismus in seiner Epoche,* Munich, 1963. Cf. también los ensayos de Eugen Weber y F. L. Carsten.

estatal y comunitaria debido al nuevo principio del nacionalismo militante y exclusivo; la exaltación militarista de la idea de la defensa nacional en el marco de ejércitos populares, de armamento general y servicio militar obligatorio; finalmente, y en contradicción dialéctica con lo anterior, las reivindicaciones imperialistas de una idea mesiánica de proyección universal. En resumen, se trata de la irrupción del individuo en el Estado, aunque, al mismo tiempo, de la amenaza más grave de su autonomía por ese mismo Estado moderno y omnímodo. Historiadores como Jacob Talmon han creído descubrir desde la perspectiva indicada el estrecho parentesco entre la democracia y la dictadura totalitaria[13]. Esto parece encontrar también su confirmación tanto en el fenómeno de las «democracias populares» comunistas con su pseudodemocrática legitimación del nuevo orden totalitario como en la pseudodemocrática reivindicación de poder del nacionalsocialismo, que no renuncia tampoco a elecciones y plebiscitos, y lleva al máximo el proceso de movilización y politización de toda la población.

A tenor de esta concepción, los movimientos totalitarios son producto de la era democrática. Habrían nacido, pues, de los problemas y de la degeneración de la democracia de masas y, a diferencia de la autocracia predemocrática y prerrevolucionaria del absolutismo, pertenecerían a esta democracia. El acontecimiento decisivo es el despertar político de las masas populares. Desde entonces la dictadura muestra un rostro diferente. Se sirve de otros medios y gana nuevas posibilidades de dominación total al utilizar, manipular y falsificar las ideas dinámicas de libertad y comunidad del movimiento democrático. Con parecido énfasis invoca la voluntad y soberanía populares como basamento de su poder político, proclamándose además sujeto de la historia y de la necesidad histórica. Se precia de la superior legitimidad de su dominio, revistiendo a su toma del poder de un carácter pseudolegal. Disimula y acrecienta su absolutismo recurriendo a medios pseudodemocráticos y pseudoplebiscitarios, tales como las elecciones dirigidas, las asambleas de masas, la aclamación y la propaganda única. Y se proclama como la democracia verdadera y total que, si es necesario, obliga al ciudadano a ser feliz. Al parecer, el absolutismo de la «volonté générale» de Rousseau justifica por igual democracias y dictaduras[14].

[13] Jacob L. Talmon: *The Origins of Totalitarian Democracy*, London, 1952.

[14] Para una discusión más extensa sobre Rousseau véase en especial: Iring Fetscher: *Rousseaus politische Philosophie*, Neuwied, 1960. Alfred Cobban: *Rousseau and the Modern State*, London, 1964. Otto Vossler: *Rousseaus Freiheitslehre*, Göttingen, 1963. Roger D. Masters: *The Political Philosophy of*

En realidad, la moderna dictadura se diferencia del absolutismo histórico en que aquélla trae consigo la extinción del individuo. Lo sumerge en el seno de sus macro-organizaciones, imponiéndole una ideología política que llega a constituirse en «religión política», en sustituto vinculante de la religión. Esta ritualización de lo político descansa en la absolutización de un mito político: en el caso del fascismo es la idea de un pasado imperial, en el del comunismo un futuro social utópico y en el del nacionalsocialismo una filosofía racista. Pese a los posibles aciertos de tales consideraciones, es preciso, empero, reconocer sus deficiencias. Parte constitutiva del nacionalsocialismo y de sus antecedentes es precisamente su condición de permanente enfrentamiento a la Revolución francesa con todas sus consecuencias, de movimiento contra el liberalismo y la democracia liberal, contra los derechos humanos y civiles, contra la civilización occidental y el socialismo internacional. El nacionalsocialismo está en las proximidades del conservadurismo reaccionario, y ello ha determinado los objetivos y concepciones de sus adeptos, favoreciendo finalmente el éxito de la postura conservadora. El propósito que se impusiera la revolución nacionalsocialista fue, en primera línea, la eliminación del liberalismo y del individualismo. Así, en 1933 anunciaba enfáticamente Goebbels: «En consecuencia, el año 1789 será borrado de la Historia» [15]. En la cimentación de su «cosmovisión», el nacionalsocialismo invoca una serie de precursores intelectuales que se distinguieron por su apasionada impugnación de la revolución democrática, de los derechos humanos, la libertad y la igualdad.

Al respecto, es preciso distinguir cuatro corrientes principales a partir de las cuales se formó el citado frente ideológico: un exacerbado *nacionalismo* de nuevo cuño, que acabaría por teñirse de imperialismo; idolatría del *Estado* omnipotente en un marco conservador y autoritario; una forma peculiar estatalista y nacionalista de *socialismo,* que procuraba uncir el romanticismo social y el socialismo de Estado; finalmente, una *ideología comunitaria basada en supuestos étnicos y racistas* que, pasando de una xenofobia común y corriente a un antisemitismo biológico radical, habría de convertirse en la idea central del nacionalsocialismo. Así pues, en todos los anteriores casos se trata, en primer lugar, de tendencias europeas

Rousseau, Princeton, 1968. Especialmente, John W. Chapman: *Rousseau-Totalitarian or Liberal?,* New York, 1956.

[15] Alocución radiada, 1 de abril de 1933, en Joseph Goebbels: *Revolution der Deutschen,* Oldenburg, 1933, p. 155. La invasión de Francia de 1940 fue celebrada como la victoria sobre los «ideales depuestos» y la «revolución del infrahombre» de 1789, en *Schwarzes Korps,* del 22-VIII-1940.

propias de la era de las revoluciones. Cualquier interpretación que tan sólo descubra en el fascismo y el nacionalsocialismo el último peldaño de movimientos reaccionarios y contrarrevolucionarios, negándoles todo carácter revolucionario, constituye una simplificación inexacta de tan complicados fenómenos. Las cuatro corrientes fundamentales de las que manaron las ideologías fascista y nacionalsocialista se encuentran determinadas simultáneamente por fuerzas reaccionarias y revolucionarias: trátese del imperialismo nacionalista, del estatismo, del socialismo popular o del racismo. Los diversos movimientos que se incluyen de un modo muy general en el concepto italiano de *fascismo* se diferencian entre sí por la heterogeneidad de los respectivos caracteres nacionales y por la mayor o menor asimilación de las cuatro grandes corrientes mencionadas. Característico del fascismo italiano es el hecho de que la *idea del Estado,* de sello nacional-imperialista, ocupa el primer plano de la ideología totalitaria. Por su parte, el nacionalsocialismo lo subordina todo a un racismo étnico. Por ello habría de adoptar formas de dominación total fundamentalmente diferentes a la ideología fascista italiana.

Otra diferenciación se deriva de la heterogénea evolución de los principios nacionalistas, por una parte, y del Estado-nación, por otra. Sus inicios se remontan a finales del siglo XVIII y principios del XIX a dos niveles diferentes: de un lado, en la política francesa de la Revolución, alcanzando su cima en el imperialismo de Napoleón; de otro, en la concepción romántica de los pueblos y culturas nacionales que, cada uno a su manera, desempeñan un papel propio en la historia. Esta diferencia ha tenido un gran significado. En contraste con la concepción francesa y europeo-occidental de la nación-Estado como principio estructural político-histórico, apareció en Europa Central y Oriental el principio de la nación-pueblo o nación-cultura, desarrollado fundamentalmente por escritores y filósofos alemanes seguidores de Herder, Fichte y Hegel. Para ellos, el concepto «nación» significaba la unidad de un pueblo que, independientemente de las fronteras histórico-estatales, se sentía vinculado por su procedencia, lengua y cultura y aspiraba a su plena soberanía frente a los viejos y grandes imperios supranacionales. Este concepto de nación estaba encuadrado al principio (por ejemplo, en Herder) en un marco universal de Humanidad y humanismo. Pero la nación-pueblo sólo fue erigida en fin supremo de la vida política cuando las diferentes convulsiones revolucionarias acarrearon el desmoronamiento de los Estados supranacionales y el movimiento de emancipación social y democrática se fundió con los diversos movimientos nacionales.

Cada pueblo descubría ahora su propia historia heroica, su idiosincrasia y misión particular. Desde mediados del siglo XIX y junto

a los determinantes culturales surgió la autojustificación étnico-popular de la existencia nacional, constituyéndose en base de la configuración del Estado y en mito obligado. Al equipararse la nación con los máximos valores morales e incluso pseudorreligiosos, habría de convertirse en último criterio de la acción política; la nación arrinconó o destruyó el engranaje de vínculos geográficos, histórico-culturales, religiosos, sociales y económicos. Ciertamente, las tendencias supranacionales del liberalismo y democratismo, así como, más tarde, del socialismo internacional continuaron su marcha triunfal. Sin embargo, al movilizar y politizar a las masas y destruir viejas estructuras abrieron simultáneamente la puerta al entusiasmo de las consignas del nacionalismo que, gracias a su profundo irracionalismo sentimental, era superior a los argumentos racionales e intelectuales de orientación liberal y socialista, los cuales procuró afianzar eficazmente para ponerlos a su servicio.

Todo ello no excluyó el que el nacionalismo se aliara simultáneamente con la Restauración conservadora. Tan revolucionarias fueron sus consignas como fuertes sus propósitos de restablecer la vieja unidad perdida de cada pueblo. Se creó y popularizó un mito histórico conservador, utilizándolo como motor y carta de legitimación del nacionalismo. A esto hay que añadir que la liquidación de viejas estructuras avanzaba lenta y dolorosamente. La identificación de pueblo y nación supuso un cúmulo de problemas insolubles en la fijación de fronteras en Europa Central y Oriental, caracterizada por una etnia híbrida. Por otra parte, la asimilación de las minorías nacionales se vio frecuentemente acompañada de los excesos brutales de la opresión y de una política de poder. Todo ello creó profundos resentimientos en los pueblos afectados, sobre todo en Austria-Hungría, mosaico de alemanes, checos, eslovacos, húngaros, rumanos, servios, croatas, eslovenos, italianos, etc. Las impresiones recogidas por el joven Hitler en Viena llevan el sello del fanatismo intenso con que se enfocó esta problemática. De análoga manera, el fascismo italiano, patentizado en la figura del poeta y caudillo de Fiume (1919), Gabrielle d'Annunzio, habría de recibir sus impulsos de un «irredentismo» nacionalista. También el antisemitismo étnico surgió a la sombra de la voluntad de unificación. Era una voluntad montada sobre bases sociales y nacionales y dirigida contra aquellas minorías equiparadas al enemigo que acabarían por encender la llama de la necesidad de lucha del nacionalismo.

Así, el «pathos» nacionalista, que tan importante papel desempeñara en la emancipación del ciudadano y de la democracia, se encontraba en continuo peligro de convertirse en dictadura y destrucción. La Europa de finales del siglo XIX presenta varios ejemplos de este

giro decisivo. Incluso teñidos ya de antisemitismo los hallamos en Francia. Tal es el caso de las publicaciones de Maurice Barrès y Charles Maurras, los conflictos del asunto Dreyfus y la actividad de la «Action française». En Italia, la evolución del liberalismo revolucionario llega a tener una muestra en la metamorfosis del gran profeta de la unificación nacional, Giuseppe Mazzini (1805-1872): un republicano demócrata-liberal acaba por convertirse en paladín de una especie de imperialismo nacional que, al invocar las tradiciones de dominación de la vieja Roma, constituye un anticipo de las reivindicaciones imperialistas del fascismo. Más radical todavía fue la transformación del historiador y escritor alemán Heinrich von Treitschke, un liberal y antibismarckiano de Sajonia que acabaría por erigirse en el ideólogo del Estado germano-prusiano, portador de una misión imperialista nacional. También los ideólogos del imperialismo colonial inglés manifestaron esta conjugación de liberalismo, nacionalismo e imperialismo. E incluso en un país tan poliétnico como los Estados Unidos de América halló expresión e influencia la idea mesiánica nacionalista y hasta imperialista en ideas como la *American mission,* el *manifest destiny* y la ampliación imperial nacionalista de la democracia.

Este viraje, iniciado a mediados del siglo XIX, del nacionalismo al imperialismo radical encierra una trascendental importancia para comprender el empuje de aquellos movimientos antidemocráticos que hubieron de culminar en el fascismo y el nacionalismo. La política interestatal se agudizó con ello extraordinariamente; la época de la guerra limitada a base de soldados mercenarios o profesionales tocó a su fin, mientras el Estado, gracias al alcance de su centralización y burocratización y a la legitimación nacional, desplegaba reivindicaciones cada vez más importantes en el interior y en el exterior. La cuestión social, agudizada como consecuencia de la rápida expansión de la economía y de la técnica, encontró una válvula de escape psicológica en la sublimación de la conciencia de poder tanto nacional como imperial. Esta desviación hacia fuera de la dinámica interna ha sido calificada con acierto de social-imperialismo. La acaparación de nuevo «espacio vital» pondría remedio a la creciente explosión demográfica. Al respecto, hay que señalar que por doquier, tanto en los Estados Unidos de América como en Inglaterra, los argumentos geopolíticos comenzaron a desempeñar, al igual que en el continente europeo, un importante papel. En Alemania fueron introducidos, no sin la ayuda de los escritos del politólogo sueco Rudolf Kjellen, durante la Primera Guerra Mundial. Ante todo, aumentó el empeño de contestar con las ideologías de un socialismo de base nacional a la doctrina marxista de la lucha de clases y de la dictadura del proleta-

riado, que predicaba una fundamental transformación internacional de las estructuras político-sociales como solución de cualquier problema. Frente a este socialismo internacional y revolucionario se esgrimió la idea nacional y revolucionaria de una comunidad de pueblos omnicomprensiva. La socialización dentro del marco nacional-estatal constituía el vago programa para conciliar el socialismo con el Estado nacional y ponerlo al servicio de éste. Desde finales del pasado siglo, la idea de un «socialismo nacional» desplegó sus efectos en Europa. Ciertamente, su influjo se redujo, en un principio, a grupos limitados, como sucedió en Austria y Alemania, aunque también en Francia. Aquí operó Maurice Barrès, cuya «Action française» trató de implantar en la primera década del siglo XX un movimiento nacionalista-socialista encaminado a la conquista del favor de los trabajadores [16]. Unidad en el interior en lugar de lucha de clases y movilización hacia fuera en lugar del internacionalismo: tales eran los postulados de esta ideología de sello defensivo que perseguía la creación de una alianza de la pequeña burguesía, amenazada por un proletariado pujante, con las capas dirigentes conservadoras. Por grandes que fueran las diferencias entre el socialismo clásico y los movimientos fascista y nacionalsocialista, no descartaban una considerable fluctuación entre ellos. Esto puede observarse en la carrera de antiguos socialistas, tales como Georges Sorel y Benito Mussolini.

También el moderno antisemitismo, que habría de convertirse en la componente más importante del nacionalismo, se ha desarrollado de la mano de aquellas transformaciones políticas y sociales y de su correspondiente ideologización. En casi toda Europa el racismo se convirtió en parte integrante del nacionalismo. La xenofobia, el odio al extranjero, sirve a los propósitos de desviar la atención de las dificultades interiores y exteriores. La etapa decisiva se cubrió poco antes de mediados del presente siglo. El odio tradicional y religioso a los judíos empezó a convertirse en un antisemitismo político-social y biológico. Este matiz cundió amplia y rápidamente en Alemania. Los escritos del periodista Wilhelm Marr [17], fracasado en su profesión, y del filósofo Eugen Dühring [18], poblados de recursos pseudocientíficos, proclamaron los argumentos, motivos e incluso consecuencias de un moderno antisemitismo biológico que exigía el derecho de excepción para los judíos e incluso su deportación.

Todo esto sucedía al mismo tiempo que se divulgaban con entusiasmo las doctrinas evolucionistas de Darwin, haciendo su aparición

[16] Eugen Weber: *Action Française,* Stanford, 1962, p. 69.

[17] Con el significativo título: *Der Sieg des Judentums über das Germanentum, vom nichtkonfessionellen Standpunkt betrachtet, Vae victis!,* 1873.

[18] *Die Judenfrage als Rassen-, Sitten- und Kulturfrage,* 1881.

un «darwinismo social». Invocando las leyes recientemente descubiertas de la evolución y de la selección, se postuló la «lucha por la existencia» y el «derecho del más fuerte» como principios fundamentales de la convivencia humana y estatal. En medio de la marcha triunfal de la ciencia moderna, la historia y el destino de los pueblos aparecían como sucesos biológicos: la calidad y promoción del pueblo y de la raza deciden, como en la naturaleza, la lucha, la selección, la supervivencia y victoria de un pueblo sobre el otro.

Se ha llamado a la segunda mitad del siglo XIX la era darwinista[19]. En las obras de Otto Ammon, Georges Vacher de Lapouge, Madison Grant, pero también en los primeros escritos del importante sociólogo L. Gumplowicz, se intentó (aunque con diferentes conclusiones) trasplantar los conocimientos biológicos al mundo histórico-social[20]. Mientras que Gumplowicz acabaría por separarse de tal dirección, uno de sus discípulos, L. Woltmann, condujo el darwinismo social a formas extremas, que más tarde habrían de recogerse en la ideología nacionalsocialista[21].

La idea fundamental viene a ser que, en el marco de una competencia y lucha implacables, se realiza una selección «natural» gracias a la cual se evita una evolución defectuosa o, al menos, se la remedia de algún modo. Por otra parte, se conseguiría así la adecuada proporción entre la población y los medios disponibles. En el marco social, tanto la escuela como el derecho penal se consideran instrumentos de este proceso de selección. De acuerdo con la creencia en la ley ineludible de la herencia, sólo será posible la exclusión, pero no la educación, de los no idóneos *(unfit)*. El mismo Ammon había tratado ya de determinar estas categorías en función de características físicas: por ejemplo, creyó descubrir cierta correlación entre el tamaño de la cabeza o la longitud de la nariz y la aptitud hereditaria en grupos y razas en el campo de la lucha por la existencia. La doctrina social darwinista contradecía la idea igualitarista, los planes de una sociedad abierta y móvil y la creencia en la libre capacidad de instrucción del hombre; en fin, contrastaba con los fundamentos

[19] Werner Stark: «Natural and Social Selection», en *Darwinism and the Study of Society,* London, 1961, p. 49. Acerca de la difusión en Norteamérica, cf. Richard Hofstadter: *Social Darwinism in American Thought* (edición revisada), Boston, 1955.

[20] Los títulos: Ammon: *Die Gesellschaftsordnung und ihre natürlichen Grundlagen,* Jena, 1895. Lapouge: *Les sélections sociales,* Paris, 1896 (cf. también la ulterior edición alemana de su libro: *Der Arier und seine Bedeutung für die Gemeinschaft,* Frankfurt/M, 1939). Madison Grant: *The Passing of the Great Race,* New York, 1920. Gumplowicz: *Rasse und Staat,* Viena, 1875. Idem: *Der Rassenkampf,* Innsbruck, 1883.

[21] Ludwig Woltmann: *Politische Anthropologie,* Jena, 1903.

mismos de la idea democrática de la sociedad y del Estado. La idea humanitaria del desarrollo se vio sustituida por el concepto de «cría» planificada mediante la unión de los mejores y la prohibición de la mezcla. Otra consecuencia más extraída ya por Ammon fue la condena de todas las tentativas encaminadas a detener el proceso de selección «natural» por la protección prestada a los débiles o menos aptos a expensas de los fuertes y sanos. En la constante lucha por la existencia, la supervivencia de los pueblos depende de la obediencia a dichas leyes naturales.

Estas ideas, popularizadas y vulgarizadas, tuvieron una creciente acogida. Después de pasar a las pseudoteorías biológico-raciales del nacionalsocialismo habrían de desembocar en la política eugenésica y destructiva del Tercer Reich. Tales ideas, al igual que el antisemitismo racista, acompañaban a una postura general profundamente pesimista. Según Vacher de Lapouge, la lucha por la existencia comportaba el peligro de que precisamente los mejores se vieran diezmados. En la guerra, que para el darwinismo social ocupa una posición central, caen los más valientes, mientras que los cobardes sobreviven. También en la democracia la masa amenaza con arrollar a los mejores. Y la moral cristiana y la correspondiente práctica moral tienen asimismo un efecto debilitador, pues la obligación de proteger al débil y compadecerle bloquea la lucha «natural» por la existencia, y el mandamiento de la monogamia impide la libre procreación de los fuertes. Los mismos efectos acarrea el modo de producción capitalista. Favorece al especulador y al comerciante «no productivo» frente al hombre que «trabaja honradamente» y cuya procreación se realiza en condiciones mucho más desfavorables. Ello conduce al escaso número de hijos entre los mejores y a una progresiva mezcla de elementos buenos y malos, como lo demuestran los matrimonios de interés en la aristocracia europea. La huida del campo y la emigración culminan este proceso fatal. También en este caso los elementos más vitales y atrevidos mueren en la ciudad o en el extranjero, mientras que los débiles se quedan atrás, ganando, sin embargo, la lucha por la existencia.

Todos estos esquemas tienen un denominador común: la declaración de guerra a aquellas actitudes morales que sitúan en el primer plano de la civilización los imperativos de compasión, tolerancia, protección y asistencia. Con esta teoría pseudocientífica, que sometía la sociedad a las leyes de la naturaleza, se sentaron las bases de la eugenesia y la cría humanas, de una enconada política racial con todas sus consecuencias y de una sistemática política de exterminio cuyas ideas fundamentales fueron acariciadas desde principios de siglo por el joven Hitler y sus coetáneos. Ciertamente, la responsabi-

lidad no atañe a Darwin, que jamás pensó en una acepción humano-biológica de su doctrina. Tampoco habremos de culpar a la gran mayoría de los teóricos sociales de la época, que enjuiciaban muy críticamente la aplicación de principios biológicos al estudio de los procesos sociales. El darwinismo social como sistema no rebasó el marco de los intentos aislados; consideró al hombre simplemente como un ser biológico y no como sujeto pensante y moral, y de este modo pasó por alto el carácter de las fuerzas históricas y sociales, el contenido transnatural de la civilización y la fundamental diferencia entre la selección biológica y la social. Es significativo que la figura más importante del darwinismo social, Gumplovicz, acabaría por inclinarse a estas últimas ideas en una etapa ulterior de su actividad científica. Abandonando el principio de la lucha de todos contra todos como fundamento «natural» de la evolución histórico-social, llegó a la conclusión de que precisamente esta situación de barbarie se modificaba sustancialmente mediante la civilización y que la convivencia y la cooperación pacífica podrían superar las leyes biológicas de la lucha y de la herencia. En el lugar de la «raza» Gumplovicz situó a la nación, cuyos fundamentos transnaturales eran para él la tradición y la cultura.

Así, el darwinismo social se vio ampliamente modificado en su despliegue científico tan pronto como fue contrastado con la realidad en su aplicación a la historia y a la sociedad modernas. Naturalmente, esta posición no tenía puntos de contacto con las numerosas tentativas de explicación biológica vulgar, que a finales del pasado siglo y principios del presente tanto éxito tuvieron. El carácter pseudocientífico de tales tesis, que equiparan el hombre al animal, el pueblo a la raza y que, pasando por alto la realidad histórica, condenan la mezcla de razas como degeneración, contribuyó más bien a la amplia popularización de aquéllas.

Una de las características decisivas fue la estrecha conexión de estas ideas con ideologías antidemocráticas. Las ideas de libertad e igualdad, el liberalismo, la democracia y el internacionalismo se identificaron con el mal «antinatural» del pacifismo y de la mezcla racial. El francés Gobineau y el inglés Houston Stewart Chamberlain, alemán por elección y yerno de Ricardo Wagner, aparecen como encarnizados enemigos de la democracia, figuras de perfil netamente aristocrático-conservador. Con anterioridad a Darwin (1853-55) publicó Gobineau su obra en tres tomos *Sobre la desigualdad de las razas humanas*. Es curioso que la dedicara al Rey de Hannover, violador de la Constitución, el mismo contra quien se dirigiera la protesta de los Siete de Gotinga. En dicha obra se postulaba la superioridad de la raza blanca; dentro de ella, la de los arios; y entre éstos, la de los

germanos. El tipo opuesto lo constituían para Gobineau los negros y semitas, proclamando además el primado casi totalitario de la raza sobre el individuo y sobre las naciones. En la obra de Chamberlain *Die Grundlagen des 19. Jahrhunderts* [Los fundamentos del siglo XIX] (1899), de amplia difusión, se interpretaba finalmente toda la historia occidental, desde los griegos, en función del principio de la lucha de razas: únicamente los arios y, entre ellos, los germanos son capaces de una «cultura creadora». Su mezcla con razas «inferiores» conduce al «caos racial», como en el caso del Imperio Romano, y en general a la decadencia. Igualmente, la correspondencia de Chamberlain con la viuda de Wagner respira antisemitismo y está impregnada de la idea de una conjuración y subversión judías a escala mundial [22].

Ciertamente, todo esto se movía aún en el mero plano de la especulación. En el caso de Gobineau e incluso de Chamberlain se encontraba envuelta por una filosofía de la cultura de matiz religioso, de sello conservador y señaladamente cristiano. Muchos escritores de la época, como Daudet y Edouard Drumont [23] en Francia, y Lagarde y Langbehn en Alemania, desarrollaron el antisemitismo dentro de este mismo contexto: como especulación pseudocientífica y vehículo del pesimismo cultural, aunque, en principio, sin consecuencias políticas de gran alcance. Sin embargo, mientras que Francia pudo superar la crisis motivada por el asunto Dreyfus, resistiendo desde entonces las embestidas del nacionalsocialismo antisemita de algunos ideólogos radicales, los escritos de Lagarde y Langbehn y, primordialmente, los de Chamberlain, presididos por un fuerte poder de convicción, penetraron rápidamente en amplios círculos de la burguesía germana. El mismo emperador Guillermo II era uno de sus entusiastas lectores y corresponsales. El ideólogo-jefe del nacionalsocialismo, Alfred Rosenberg, basó la chapucería que escribiera, *Der Mythos des 20. Jahrhunderts* [El mito del siglo XX] (1930), en la obra de Chamberlain, quien, por su parte, había permitido que se le exaltara como profético «visionario del nacionalsocialismo» antes de que decidiera poner fin a su vida (1927) en el wagneriano lugar de Bayreuth. Aun en calidad de meras especulaciones teóricas, estos libros y folletos eran verdaderas armas en manos de los demagogos. A diferencia de lo que ocurriera en el resto de Europa desde la Primera Guerra Mundial, tales escritos consiguieron apuntarse una creciente influencia política en Alemania y Austria.

[22] Cosima Wagner y H. St. Chamberlain, *Briefwechsel, 1888-1908,* Leipzig, 1934, pp. 604 y 641.

[23] En su obra *La France Juive,* 2 tomos. Paris, 1885-1886.

El problema del Estado alemán

¿Qué circunstancias explican la rápida influencia y poder destructor de aquellas tendencias más bien paneuropeas en la misma vida intelectual, social y política de Alemania, a menos que hubieran surgido allí exclusivamente? A todas luces, no basta con presentar una mera genealogía de personas y citas, al igual que podría hacerse en el caso de otros países. Los resultados extremos a que llegaron en Europa Central las ideologías nacionalista, estatalista, pseudosocialista y racista se explican fundamentalmente por la evolución política y social característica de los Estados alemanes en los siglos XIX y XX, evolución que habría de debilitar en el área germana más que en otros países las fuerzas de la oposición. La solución del problema nacional-estatal era singularmente difícil en Alemania. Por otra parte, al fracasar el movimiento democrático y fallar el liberalismo frente a las tendencias socialistas y conservadoras, quedó preparado el terreno para una fusión de la idea nacional con la filosofía de la violencia, propia del racismo y del socialimperialismo. Al mismo tiempo, la catástrofe de la Primera Guerra Mundial sumergió en el vacío aquellas ideologías, convirtiéndolas en motor de un movimiento político militante. Sólo después de este encuentro habrían de sellarse definitivamente los achaques y escasa fuerza opositora de las capas dirigentes y de la gran masa de la burguesía y, finalmente, de los demócratas y socialistas.

Cabe distinguir cuatro grandes condicionamientos en los que habrían de cristalizar las premisas específicamente políticas del nacionalsocialismo. El primero de ellos lo constituye la situación y conciencia especiales del alemán frente a la Revolución Francesa y sus consecuencias. El segundo se caracteriza por el fracaso de la Revolución de 1848 y su secuela: es decir, la revolución nacional y conservadora desde arriba practicada por Bismarck. En tercer lugar, los problemas estructurales internos del nuevo Reich alemán y su intrínseca proyección (culminada en la Primera Guerra Mundial) a la condición de potencia mundial crearon los supuestos inmediatos de la génesis y desarrollo del nacionalsocialismo. En cuarto lugar, la profunda decepción por el fracaso de 1918 convirtió la historia de la posguerra, las crisis de la República de Weimar, en el trampolín de la dictadura hitleriana.

Primero. La situación geográfica en el mismo corazón de Europa y la especial posición hegemónica en el Imperio del Medioevo habían impedido a Alemania hallar, al mismo tiempo que las naciones occidentales, un régimen estatal regido centralmente y sobre bases histórí-

co-nacionales después de la desmembración del antiguo Imperio en territorios muy débilmente vinculados entre sí. A diferencia de lo que ocurriera en Francia, algunos territorios alemanes del siglo XVIII desarrollaron una forma moderada de absolutismo ilustrado que pareció posibilitar una transición orgánica hacia formas propias del Estado moderno, sin pasar por una ruptura revolucionaria. El entusiasmo inicial por los principios de la Revolución Francesa habría de desembocar en una profunda desilusión bajo el impacto del terror y de la agresividad expansionista de la Revolución y de Napoleón. Comenzó así la fundamentación místico-romántica de una conciencia nacional particular, de una peculiar posición de los alemanes frente a Occidente y su filosofía del Estado y de la Revolución. Característica, al respecto, es la rápida metamorfosis de la postura paneuropeísta, internacional-humanista en una filosofía nacional portadora de una misión cultural, tal como se destaca particularmente en la obra de Fichte. Las guerras de liberación contra Napoleón que llevaron los intereses nacionales a un primer plano fueron las que habrían de posibilitar a la Restauración la victoria sobre los intentos de revolución y reforma interna.

Segundo. La consecuencia del fracaso de la Revolución de 1848 fue la alienación y separación del pensamiento político alemán del conjunto de la evolución europea occidental. En tanto que la singular conciencia alemana desarrollaba progresivamente tendencias antioccidentales, hasta el fuerte movimiento liberal fue arrinconándose cada vez más en una concepción de la unidad y de la libertad que venía determinada por las coordenadas de la política exterior y que relegaba un tanto el ideal constitucional y liberal promulgado en el marco de la política interior. El mismo fracaso de 1848 fue algo más que el resultado de desgracias fortuitas. Detrás de tal revés se escondía la ambivalencia del liberalismo alemán, aprisionado entre estructuras de poder estatal-autoritarias y demandas incumplidas en favor de un Estado nacional. Una obra tan poco conocida como *The German Idea of Freedom* (1957), de Leonard Krieger, ha expuesto, en un riguroso análisis, cómo la idea alemana de libertad se vio prostituida, temprana y progresivamente e incluso en la mayoría de los liberales, por una concepción del Estado semejante a un poder ordenador suprasocial que garantizaba la unidad y el funcionamiento, poder y protección, y estaba siempre por encima de los grupos políticos. Esta concepción del Estado —que originariamente quiso asegurar el lugar de la libertad civil en la sociedad, aunque habría de acabar favoreciendo a los elementos reticentes y conservadores—, apoyándose en un Hegel excesivamente manoseado, dominó progresivamente el pensamiento jurídico y político de la burguesía desde el romanticismo.

Al reconocer aquélla el primado de la unidad exterior frente a las libertades internas, se supeditó de nuevo el movimiento constitucionalista y reformista democrático a los poderes predemocráticos de Palacio, del Ejército y de la burocracia. Desde la cima del Estado prusiano, bastión y símbolo de los poderes reaccionarios, Bismarck se propuso imponer en el marco de una revolución desde arriba el Estado nacional germano, el Segundo Reich.

Fue una solución autoritaria y supletoria del Estado nacional democrático-liberal ambicionado en 1848; pero una solución que, al cumplir el deseo externo de unidad, consiguió con sorprendente rapidez la incorporación del movimiento de emancipación liberal-burgués a la estructura de un Estado pseudoconstitucional y semiabsoluto de funcionarios, militar y feudal. La burguesía alemana capituló ante la tan citada frase de Bismarck de que los grandes problemas de la época no se solucionarían a base de discursos y resoluciones mayoritarias, sino con hierro y sangre. Simultáneamente, la burguesía temía las demandas del socialismo ascendente y las consecuencias de una democratización más sincera. Jamás se atrevió a pactar con los socialdemócratas, lo cual habría posibilitado una evolución democrática dentro del marco constitucional. El fracaso de los liberales, que ya en 1863 había llevado a Lasalle a la fundación de la Asociación General de Trabajadores Alemanes, desembocó en una radicalización de los socialistas. Los objetivos sociales y liberales de éstos se supeditaron entonces a una ideología revolucionaria, si bien el marxismo —en contra de la leyenda— nunca llegó a imperar completamente en las filas del SPD[24]. Bajo la impresión de los éxitos alcanzados por Bismarck, amplios círculos de la burguesía aceptaron el vulgar y cínico punto de vista de que en el marco de la «Realpolitik» tan sólo importa el poder y no el derecho o la moral. La dominante estaba dada por principios autoritarios de orden y prestigio. Thomas Mann los condensó irónicamente en la fórmula arquetipo del ciudadano alemán: «General Dr. von Staat»[25]. Los polos de esta siniestra postura lo constituían la cultura de poder y el espíritu servil. El historiador Theodor Mommsen, originariamente un liberal nacionalista admirador de Bismarck, hacía este amargo balance a finales de su dilatada vida:

Los daños del período bismarckiano son infinitamente mayores que sus beneficios, pues las ganancias de poder fueron valores que habrían de per-

[24] Susanne Miller: *Das Problem der Freiheit im Sozialismus,* Frankfurt/M., 1964, p. 80. De forma detenida, Gustav Mayer: *Die Trennung der proletarischen von der bürgerlichen Demokratie in Deutschland, 1863-1870,* Leipzig, 1911.

[25] Cf. Helga Grebing: *Der Nationalsozialismus,* Munich, 1959, p. 92.

derse en la próxima tempestad de la historia. Pero el avasallamiento de la personalidad alemana, del espíritu alemán, fue una fatalidad que ya no puede remediarse [26].

Tercero. Así, desde sus comienzos, el Reich de Bismarck se encontraba sujeto a grandes tensiones y deficiencias estructurales, que tan sólo superficialmente podían disimularse con los esplendores de su génesis gloriosa. Todo ello constituía un obstáculo para el despliegue de un sistema parlamentario funcional y de un cuadro de partidos deseosos de asumir responsabilidades. Especialmente catastrófico fue el ocaso de los liberales, que en la década de los setenta conservaban todavía la mayoría absoluta en el Reich y en Prusia. Al mismo tiempo, aquel Estado burocrático-militar bloqueaba la colaboración de las ascendentes masas trabajadoras y de sus organizaciones sindicales y socialdemocráticas. Símbolo de tal situación era el derecho electoral prusiano triclasista (vigente hasta 1918), que equiparaba los votos del 3,5 %, 12 % y 84,5 % de electores (situación de 1893). También el derecho electoral del Reich era injusto: descansaba, en parte, sobre una anticuada distribución de distritos, pasando por alto, en beneficio de los candidatos conservadores del campo, los grandes cambios demográficos derivados de la emigración a las ciudades. Entre las nuevas estructuras sociales y el orden político existía una fuerte discrepancia. La situación social, tan profundamente transformada por el impacto de la revolución industrial, no fue tenida suficientemente en cuenta.

Tras la caída de Bismarck aumentó la tendencia a neutralizar esta problemática por medio de una canalización de la opinión y de los intereses hacia fuera, en el sentido de un socialimperialismo. También en el plano de la política exterior el joven Reich se consideraba una «nación tardía» [27]. Conservadores y liberales coincidían en la convicción de que Alemania debía neutralizar lo más rápidamente posible la ventaja de las grandes potencias. Ambos consideraban una reivindicación natural conseguir la hegemonía en Europa Central y participar en la distribución y penetración colonial y político-económica del mundo. En este sentido, resultó funesto que la comunidad de intereses entre el feudalismo de la nobleza y el capitalismo burgués, base del Segundo Reich, enfrentara simultáneamente la política exterior alemana a dos poderosos enemigos en el Este y en el Oeste durante la época del imperialismo.

Las causas sociales y económicas de este aislamiento internacio-

[26] Hans Kohn: *Wege und Irrwege,* Düsseldorf, 1962, p. 201 (con numerosos testimonios).

[27] Helmuth Plessner: *Die verspätete Nation,* Stuttgart, 1959.

nal del imperialismo germano, que forman la base de los antecedentes e historia de la Primera Guerra Mundial, fueron reconocidas temprana y claramente[28]. El empuje continental y político de la aristocracia rural prusiana y el apremio político-colonial de los grandes industriales habría de afectar a los intereses rusos e ingleses, respectivamente. El hecho de que se trabajara en ambos flancos, sin poder enmarcar ambas direcciones dentro de una política exterior equilibrada, tuvo como consecuencia aquella política exterior del «tanto lo uno como lo otro», que habría de brindar a la época guillermina el tan lamentado «mundo poblado de enemigos», fomentando los bárbaros sueños expansionistas de la guerra. Ciertamente, existían razonables alternativas a esta evolución, pero la profunda discrepancia entre las estructuras sociales y políticas limitó considerablemente las posibilidades de solución de aquel dilema de la política exterior, obstaculizando, al mismo tiempo, una oportuna reforma en la política interior. Hitler recibió esta herencia después de que la República de Weimar no pudiera resistir el enfrentamiento con un revisionismo radical que, a fin de cuentas, quería anular los resultados de la guerra. Hitler intentó solucionar violentamente esta problemática dando un fuerte giro desde el expansionismo político-colonial al continental imperialista.

En este mismo sentido, también los acontecimientos de 1890 constituyen un hito importante. Bismarck había tratado de equilibrar las tendencias imperialistas mediante una inteligente política de equilibrio, una política de seguridad mutua y cuidadosa compensación de intereses. Lo cual no impidió que, en medio del culto bismarckiano, acabara por ser ensalzado más tarde a la condición de nacionalista e imperialista. Tras su retirada, la idea nacional-imperialista encontró su expresión más extrema en el pangermanismo del Movimiento Panalemán, fundado en 1893, que predicaba la unión de todos los alemanes en un imperio étnico-nacional. En el programa había una amalgama de argumentos históricos, culturales, económicos y, finalmente, racistas. Se sostenía que, con paso de gigante, Alemania habría de convertirse en una potencia de primer rango junto a Inglaterra, Francia y Rusia o incluso frente a ellas. Aquel Movimiento agrupaba sólo a una pequeña minoría, aunque no por ello menos activa e influyente. Hacia 1903 contaba con unos 20.000 miembros, que durante la Primera Guerra Mundial se habían convertido en un número comprendido entre los 30.000 y 40.000. Un tercio de ellos provenía de profesiones académicas, y muchos eran profe-

[28] En especial, las obras de Eckart Kehr y George Hallgarten (véase la Bibliografía). Además, Helmuth Böhme: *Deutschlands Weg zur Grossmacht,* Colonia, 1966. Fritz Fischer: *Griff nach der Weltmacht,* Düsseldorf, 1961.

sores y maestros. El grupo en cuestión guardaba estrecha relación con la «Sociedad Gobineau», fundada en 1894 por el profesor Schemann. La orientación hacia el antisemitismo radical se produjo tras la sustitución (1908) del fundador, el profesor Ernst Hasse, por el consejero de Justicia Heinrich Class, discípulo de Treitschke y antisemita acérrimo. Se excluyó a los judíos asimilados y la asociación se presentó como la «oposición nacional» frente a todas las fuerzas más o menos moderadas del régimen guillermino, incluso frente al Canciller Bülow, a su ministro del Exterior, Kiderlen-Wächter, así como más tarde a Bethmann Hollweg. Estas posiciones radicales coincidieron con las ambiciones hegemónicas e imperiales, concomitantes de la expansión económica germana. Al respecto, era significativa la conjunción de pangermanistas y liberales, encarnada en la figura del director de la Krupp, Alfred Hugenberg. En conexión con argumentos de tipo político-militar, estos propósitos alcanzaron pronto su punto culminante en el marco de una amplia planificación de la Primera Guerra Mundial, según se ha encargado de descubrir la investigación. Aunque tales reivindicaciones de hegemonía, bajo la sublimada versión de la idea de una «Europa Central», se limitaran [29] a reclamar para Alemania un papel rector relativamente elástico, debía antojárseles a los vecinos un amenazador imperialismo.

Cuarto. Ciertamente, la situación real de la República de Weimar se encontraba determinada por la inequívoca derrota del Reich Alemán y sus consiguientes recortes estipulados en el Tratado de Versalles. Sin embargo, precisamente la protesta, el no reconocimiento de la derrota, confirieron especial intensidad a la idea del Estado de poder a costa de una reordenación democrática. Las tentativas de una política pacifista de comprensión y restauración en Europa se vieron afectadas por la debilidad de la Sociedad de Naciones, la política de aislacionismo norteamericano y la desconfianza de las potencias occidentales, pero sobre todo se hallaban bajo las presiones de un revisionismo nacionalista que, al menos durante las crisis comprendidas entre 1918 y 1923 y con la nueva crisis económica de 1929, consiguieron captar a amplios círculos de la población alemana. La política exterior de Weimar, oscilante entre Este y Oeste, cumplimiento y rebelión, cooperación y revisión, no pudo encajar esta dinámica.

Esta ambivalente situación se reflejó también, y de modo especial, en los objetivos de política exterior del nacionalsocialismo. En

[29] Cf. Henry Cord Meyer: «Mitteleuropa», en *German Thought and Action, 1815-1945,* La Haya, 1955.

el marco de la política diaria, el nacionalsocialismo surgió como el exponente máximo del movimiento anti-Versalles; del lado ideológigo, se remontó a las viejas concepciones relacionadas con la singular posición de los alemanes en Europa, desarrollando la doctrina de la hegemonía político-cultural y político-racial del «Reich germano en una nación alemana». En la personalidad y mundo de ideas de Hitler, estas reivindicaciones hegemónicas se vieron ampliadas aún más por la ideología popularista, específicamente austríaca, basada en el ideal de una Gran Alemania; ideología que quedó significativamente superpuesta a la componente del expansionismo germano-prusiano. Tras el velo de una táctica revisionista hábilmente manejada, que indujo a confusión a muchos, tanto dentro como fuera de Alemania, Hitler se mantuvo indefectiblemente fiel desde un principio a su objetivo final: no sólo el redondeamiento del territorio nacional, sino la ampliación violenta del «espacio vital» más allá del «núcleo racial» del pueblo alemán. La idea fundamental de Hitler era la ampliación e incluso liquidación del principio expansionista meramente nacional en favor del dogma imperial del dominio biológico-racial del más fuerte. Todo ello en dos frentes: hacia el Este contra los eslavos, considerados como una raza inferior, y en el interior contra los judíos, declarados «enemigo mundial número 1».

Sigue discutiéndose todavía la cuestión del papel que desempeñara en la génesis del nacionalsocialismo el tan traído militarismo alemán. Tal cuestión no es decisiva, de entenderse con ello lo mismo que agresividad militar. Es cierto, sin embargo, que el modelo y la tradición de un Estado como Prusia, organizado en gran parte sobre bases militares, influyó profundamente en la estructura social y en la escala de prestigio del Reich de Bismarck. El Ejército era considerado como la escuela de la nación, el «status» de oficial de la reserva resaltaba la posición social del ciudadano, los aspectos militares del pensamiento dominaban las concepciones políticas de muchos medios. La combativa ideología nacionalsocialista enlazaba fácilmente con este estado de cosas. Y así fue como Hitler consiguió, con muchas menos dificultades que Mussolini, la movilización militar del pueblo y el partido de los militares. Naturalmente, en torno al significado de la componente militar prusiana no debe soslayarse la concepción etnicista de Hitler de origen austro-macrogermánico. Recordemos que la voluntad expansionista de Hitler atacó antes que nada la solución bismarckiana de tipo prusiano y microgermánico, que excluyera a Austro-Hungría y con ello a una buena parte de la nación alemana.

En consecuencia, no es pura casualidad que los verdaderos precursores del partido nacionalsocialista aparecieran en Austria y Bohe-

mia, donde el nacionalismo antieslavo y antisemita de orientación social y etnicista, aunque también nacional y cristiana, había tenido desde hacía siglos especial relieve. Tampoco es mero azar el hecho de que el partido de Hitler se fundara en Munich. Aquí, al igual que en Viena, una serie de oscuras sectas esgrimían una entusiástica mística germana. Aquí dominaban las concepciones católico-pangermánicas, y no la idea protestante y prusiana del Estado. Los mismos cuadros directivos del nacionalsocialismo contaban en sus filas más alemanes meridionales, austríacos y alemanes foráneos que prusianos. Naturalmente, sin la tradición político-militar y estatal de Prusia no puede concebirse la militarización del pensamiento y de la vida en amplios círculos del Reich y de la República de Weimar, y menos aún el surgimiento y la fuerza combativa del Estado total. La alianza nacionalismo-militarismo fue la gran vivencia de Hitler en la Primera Guerra Mundial. Su continuación en la lucha contra la República de Weimar y en el pacto concertado entre nacionalistas reaccionarios y el movimiento revolucionario nacionalsocialista fue lo que posibilitó el advenimiento de 1933.

Conciencia etnicista y alemana

Las singulares taras y factores de fermentación históricos de la idea alemana del Estado y de la nación encuentran su aleación y coronamiento en la ideología nacionalsocialista. Al mismo tiempo, es correcto afirmar que, a diferencia del marxismo y comunismo, la cosmovisión nacionalsocialista carecía de una teoría o filosofía coherente. Se trata de un conglomerado ecléctico de ideas y mentalidades, concepciones y deseos y, en fin, emociones de los más diversos orígenes; una mezcolanza cuyos ingredientes se soldaron más tarde por la manipulación de un movimiento político radical en medio de una situación de crisis. Con ello se plantea de nuevo la cuestión central de la necesidad y libertad de la evolución alemana hacia el nacionalsocialismo. El camino alemán al Tercer Reich no era inevitable. Sin embargo, este camino sólo podía ser recorrido en Alemania, y ello se explica tanto por el carácter específico de las corrientes antidemocráticas de Alemania como por las especiales circunstancias que sirvieron de marco al ascenso del nacionalsocialismo en la República de Weimar. Sin embargo, la causa última fue la profunda ruptura del pensamiento político alemán con Occidente y la consiguiente formación de una singular conciencia germana, que pronto adquirió caracteres anti-occidentales.

En este contexto más amplio —y no en el marco de una cuestio-

nable «galería genealógica» del nacionalsocialismo— la génesis del nacionalsocialismo habrá de referirse, en realidad, a los comienzos del siglo XIX. La reacción nacional a la perversión napoleónica de la Revolución francesa aparece con especial nitidez en la famosa obra de Fichte *Reden an die deutsche Nation* [Discursos a la Nación alemana] (1807-08), que, como lectura de la burguesía, desempeñó un papel incalculable [30]. Su tesis fundamental venía a afirmar que los alemanes eran portadores de una misión especial al servicio de la Humanidad, misión que habría de diferenciarlos de los franceses, tan imitados y admirados hasta entonces. La lucha contra la «extranjerización» occidental fue justificada invocando la sustancial superioridad del «espíritu alemán», ensalzado y celebrado como la futura luminaria de los pueblos germánicos e incluso de la Humanidad. El quinto discurso de Fichte se apoya en el punto de vista de que, a diferencia de otros pueblos, únicamente los alemanes poseían el don de la profundidad y originalidad. Los demás tan sólo eran capaces de una adaptación superficial y flirteante de la cultura clásica antigua. Esta conciencia particular se conjura en diversas formulaciones, que ya recuerdan a la contraposición entre las civilizaciones occidental y alemana que hicieran más tarde los ideólogos como Oswald Spengler:

> Por el contrario, el espíritu alemán inaugurará nuevas batallas e introducirá la luz y el día en los abismos y esparcirá macizos de ideas que servirán de morada para las eras futuras. El genio extranjero será cual dulce silfa que, en suave vuelo, acaricia las flores y se posa sobre ellas sin doblegarlas, absorbiendo su rocío refrescante, o la abeja que con solícito arte recoge la miel de raras flores y la deposita con delicado orden en celdas de regular construcción. El genio alemán, empero, será como el águila que con fuerza eleva su grave vientre y con poderosas y bien ejercitadas alas levanta el vuelo para acercarse más al sol, cuyos resplandores le embelesan.

Aunque sin la destructora exclusividad de la polémica posterior, se afirma aquí ya la superioridad de una cultura alemana, caracterizada por su intrínseca profundidad, frente a otra civilización tan sólo exteriormente recreadora, vinculándola al mismo tiempo con la idea de una misión mundial. Ciertamente, estas ideas carecían todavía de la correspondiente concreción política. Sin embargo, en la repulsa de la idea occidental del Estado, considerada como algo «meramente sensato», y en la polémica frente al Estado constitucional, de bases racionalistas, se escondían importantes consecuencias para la filosofía del Estado, que habrían de desempeñar más tarde

[30] Cf. Friedrich C. Sell: *Die Tragödie des deutschen Liberalismus,* Stuttgart, 1953, p. 59.

un papel fundamental. Los alemanes eran ensalzados filosóficamente como «pueblo primigenio, el pueblo por esencia» frente al que los demás eran «segundos... y degenerados», un «apéndice de la existencia», «eco de una voz ya enmudecida», con lo cual el término «extraños» o «extranjero» cobraba un sentido peyorativo (Discurso séptimo). Este giro del pensamiento político-filosófico se explica por la situación del momento. La ocupación y escisión de Alemania, las fuertes influencias extranjeras y la tardía formación de la nación desembocaron en una autoapreciación ambivalente, en la cual se mezclaban las quejas por formas inconclusas con una sobrecompensación de esta peculiar situación.

Sin embargo, lo significativo es que de todo ello habría de derivarse una concepción del pueblo que va incluso más allá de las ideas de Herder: que el individuo permanece frente al pueblo en un segundo plano, estando obligado a ofrendar su vida en caso necesario. Sólo el pueblo permanece en la marea de los destinos estatales. Para Fichte es «portador y garantía de la eternidad terrestre», teniendo un «alcance muy superior al del Estado en el sentido habitual del término, al del orden social mismo» (Discurso octavo). Con ello se sentó una de las bases para la concepción de una ideología «etnicista», que, a diferencia de la doctrina estatalista del fascismo, determinó la cosmovisión nacionalsocialista. Ambos postulados —la misión especial de los alemanes y el papel transcendente del pueblo— fueron asimilados por el Romanticismo, siendo más tarde cimentados histórica o pseudohistóricamente y desembocando finalmente en la concepción de que la comunidad estatal es algo fundamentalmente diferente a una asociación de fines creada por los individuos en el sentido de la teoría contractual clásica: se trata más bien de una «comunidad orgánica», que se halla situada por encima de las generaciones, que viene dada por la misma naturaleza y que es esencialmente distinta de la «sociedad», unida tan sólo por lazos mecánicos. La posterior contraposición sociedad-comunidad, de Tönnies (1887), formulada en un marco filosófico crítico, ya se había adelantado aquí.

En el transcurso de las siguientes décadas se desarrollaron y exageraron dos tesis contenidas sólo embrionariamente en las concepciones anteriores: en primer lugar, la idea de la superioridad de una tradición alemana del Estado, antiliberal y opuesta a la Ilustración; en segundo lugar, la consigna de contraponer a la «extranjerización» de la cultura alemana su especial autonomía y de aprovechar las reivindicaciones de dominación extraídas del acervo cultural de la Edad Media. El influjo del filósofo político Adam Müller, personaje del Romanticismo, es muy característico de esta argumentación, la cual, al mismo tiempo, legitimó el giro hacia la ideología política de la

Restauración, de orientación contraria a la Ilustración, antiliberal, conservadora y basada en el Estado de poder. En una intrincada mezcla de poesía y ciencia, Müller proclamó en 1809 la inamovible e indisoluble vinculación del individuo al Estado como la «totalidad de los asuntos humanos». Según él, frente a la disolución ilustradora de la idea del Estado en el marco del liberalismo individualista, el espíritu germánico, de raíces más profundas, habría de acabar por imponerse y dominar Europa. Esta tesis de Müller hay que interpretarla en el sentido de una penetración espiritual de Europa, aprovechando la céntrica situación de la geografía alemana, aunque no en el sentido de una opresión política. Sin embargo, también en este caso afloraba ya la idea de que la evolución humana se promovería únicamente por la delimitación estricta de las distintas naciones e incluso por la guerra, que genera un sentimiento comunitario y político más profundo, pero que dicha evolución no se beneficiaría para nada de las funciones de la paz duradera, de la monarquía mundial o de la Sociedad de Naciones, según el ideal de la Ilustración y de la filosofía kantiana. En tanto que ideal, el endiosamiento de la existencia nacional y estatal se contraponía, pues, a aquella burguesía mundial «deslavazada» que los posteriores precursores del nacionalsocialismo habrían de bautizar como el peor mal de los alemanes. Pero ante todo se destacaba la singular y superior misión del alemán, incluso en el plano de la política mundial:

> La gran federación de naciones europeas se hará un día realidad; y, tan cierto como que estoy vivo, izarán la bandera alemana, pues todo cuanto hay de grande, de profundo y duradero en las instituciones europeas es alemán; a ello me he aferrado cuando todas mis esperanzas se vieron aniquiladas [31].

La lucha contra Occidente, que en Alemania se tradujo en una lucha contra el liberalismo «occidental», siguió siendo la gran consigna después de las guerras de liberación. La misma sirvió a escritores tan patriotas como Ernst Moritz Arndt para cimentar un sentimiento nacional de dimensiones casi religiosas y sin precedentes. La temprana retirada de posturas liberales tras una concepción de la libertad dominada por la política exterior y principios etnicistas, el abandono de la idea universalista y de la realización humanitaria de la idea de la libertad —terreno en que Arndt se ganó el título de «evocador de la alemanidad»— son momentos muy fielmente recogidos en la obra de un autor tan influyente como Friedrich Ludwig Jahn [32]. La glorificación de Prusia y de su natural superioridad cons-

[31] Adam Müller: *Die Elemente der Staatskunst,* Viena-Leipzig, t. I, p. 48; Kohn, p. 71.
[32] Kohn: p. 92, cf. Sell: *op. cit.,* p. 61.

tituyen en la obra del joven Jahn *Deutsches Volkstum* (1810) el punto de partida para el desarrollo de una teoría germano-etnicista, que sirvió de base a tres movimientos de incalculables consecuencias intelectuales, sociales y políticas. Esta teoría, embrionaria en la anterior obra de tipo programático, «ideologizó» los cuerpos de voluntarios de las guerras de liberación, que más tarde, aunque en forma degenerada, habrían de reaparecer en los *Freikorps* de 1918. De un modo análogo surgió la *Turner-schaft* de 1811, que, animada por una ideología popularista y el propósito de una instrucción patriótico-militar, habría de sobrevivir como una especie de ideología: invocaba como orígenes los torneos medievales y, a diferencia de un simple club deportivo, perseguía resucitar el espíritu de lucha en el sentido del Romanticismo, sirviendo así a los principios de renovación patriótica y «educación nacional». Finalmente, en las *Burschenschaften* estudiantiles de 1815 el elemento liberal se vio arrinconado progresivamente por un ferviente nacionalismo. Se excluyó de las mismas a los judíos, aunque todavía por razones simplemente «cristianas»; se promovía primordialmente la entrega, la educación del sentimiento nacional, la disciplina y la sumisión al amparo de la comunidad nacional étnica, contrapuesta a la «simple» libertad personal de Occidente. En este sentido, Jahn entendía la «democratización», todavía defendida por él, como una inclusión de todos los ciudadanos en la comunidad popular. Por ello, defendió el principio de un Ejército popular y de la superación de las diferencias de clases.

Lo fundamental y significativo de estas ideas es la tesis de que la noción de pueblo precede al Estado, cuya forma nacional estaba aún por configurarse en Alemania: el «pueblo» y la «alemanidad» primaban sobre todo lo demás. Sólo inspirándose en la secular comunidad germana podrían los alemanes alcanzar de nuevo aquella anterior hegemonía como la nación más poblada de Europa y que la Guerra de los Treinta Años había destruido al perder los Países Bajos y Suiza. Junto a estos países, Jahn reivindicaba Austria y Dinamarca para una Gran Alemania futura cuya capital, «Teutonia», estaría situada en el corazón del Imperio, junto al Elba. Fue, pues, una visión pangermánica, que recuerda a los planes de Hitler para la construcción de la capital del Reich, que se llamaría «Germania». En el fondo latía una concepción de lo popular que, a diferencia de Herder, estaba dominada por la idea de la superioridad y peculiaridad del alemán. Con ello aparece un anticipo de futuras posiciones, impregnadas de un significado funesto: el ideal de la *pureza étnica* como base de la grandeza nacional histórica. En Jahn aparecen ya partes del esquema posterior: la decadencia de Roma se interpretaba

como corolario de la mezcla de razas. Jahn sostenía el principio de la diversidad sustancial de los pueblos, excluyéndose consecuentemente la posibilidad de un gobierno mundial o de una religión y lenguaje universales. Consideraba la vida del pueblo como fuente de toda existencia y energía creadora y colocaba este principio por encima de los derechos del individuo o la idea del universalismo o de una Humanidad transcendente. En consecuencia, no era partidario del matrimonio mixto ni de influencias extranjeras —sobre todo, occidentales— en la lengua, la cultura y el pensamiento político, descubriendo en tales influencias la causa de todas las calamidades alemanas. Este es el sentido en que los nuevos movimientos habrían de propagar la ideología de una educación nacional popular. Jahn influyó en ellos notablemente. He ahí el significado sumamente concreto, no meramente histórico-espiritual, de las visiones y esquemas antes mencionados. La futura educación habría de basarse en una historia del pueblo ampliamente popularizada, en una lengua purificada de extranjerismos, en el trabajo corporal de todas las clases sociales, en el deporte militar y la glorificación de los héroes y símbolos nacionales. El objetivo habría de ser la «democracia popular» verdadera en la que todos participan. Requisito previo era una nueva «guerra por cuenta propia» que, a diferencia de lo que ocurriera en 1813, uniese definitivamente al pueblo. Así queda anticipada la consigna bismarckiana de «sangre y hierro».

En esta amalgama de ideas tampoco faltaba un antisemitismo cultural, que progresivamente se adueñaba de las Universidades. Ya a mediados de siglo era esgrimido por influyentes escritores, tales como el historiador de la literatura Wolfgang Menzel, autor muy leído en aquella época. Era un entusiasta de las *Burschenschaften* y *Turnerschaften* estudiantiles. Su apasionada campaña antioccidental se dirigía también contra el individualismo y esteticismo de Goethe. Menzel suplantaba las excelencias de la Antigüedad clásica por el Medioevo germano-cristiano, considerándolo como la auténtica culminación de la cultura. En su *Deutsche Mythologie* [La Mitología alemana], arriesgando una acrobacia germanómana y anticristiana, llegó incluso a exaltar a Odín como la personificación de aquella fuerza alemana «que elevó al pueblo al plano hegemónico en la historia mundial», y que constituye el elemento verdaderamente ennoblecedor del Cristianismo [33]. La historia se le antojaba una sucesión de conjuraciones encaminadas a la debilitación de los alemanes. En este mismo contexto se enmarcaba a Goethe, hombre extranjerizado y falto de sensibilidad respecto a la

[33] Wolfgang Menzel, en Kohn: *op. cit.*, p. 99.

peculiaridad nacional del alemán. La crítica de Menzel desembocaba en un cúmulo de quejas en torno al inmerecido destino de los alemanes y a la envidia de los vecinos. Todo ello contribuiría también a la justificación de la doctrina nacionalsocialista de la violencia. Y, en efecto, el nacionalsocialismo habría de vanagloriarse más tarde de haber enderezado la marcha equivocada del pueblo alemán. En 1938 apareció un libro con el significativo título *Die Deutschen als Volk für andere* [Los alemanes, pueblo para los demás]. En el mismo se denuncia el «destino de Sigfrido», el abuso del carácter bonachón alemán, que siempre trabaja para los demás y nunca consigue nada para sí mismo, hasta en el caso de la construcción de América [34]. Análogamente, Joseph Goebbels describió a los alemanes como «acémilas del mundo»... «sobre cuyas costillas se carga el peso de todo un continente» [35]. También Hitler participó en esta sinfonía de quejidos en su discurso con motivo del día de Potsdam (21 de marzo de 1933):

> El alemán, descompuesto en sí mismo, desunido en espíritu, desgarrado en su querer e impotente en el obrar, no tiene fuerzas para la afirmación de su propia vida. Sueña con la justicia de las estrellas y pierde su mismo suelo en la tierra. Cuanto más se desmorona un pueblo y un imperio y la protección y salvaguardia de la vida nacional se debilitan, tanto más se ha tratado siempre de elevar la miseria a la categoría de virtud... Al alemán no le quedó nunca, al final, otro camino que el que conduce a su retirada interior. Como pueblo de cantores, poetas y pensadores, sueña entonces con un mundo en el que los otros vivieron. Sólo cuando la necesidad y la miseria le golpearon sin piedad, surgió como por encanto la nostalgia de la resurrección, de un nuevo imperio y una nueva vida [36].

Con ello se ha apuntado únicamente a un tema de la idea nacional alemana que no es, en absoluto, típica en el pensamiento político alemán del siglo XIX. Aún existían por entonces poderosas fuerzas de oposición en el campo liberal e incluso en el conservador, aunque principalmente en el ascendente movimiento socialista. Aún existía la posibilidad de un desarrollo democrático, el cual fue definitivamente arrinconado por posteriores concatenaciones cuyas encrucijadas más importantes vienen protagonizadas por los años 1870, 1914, 1918 y 1933; así pues, no está justificado hablar de una evolución fatal e inevitable de aquellas tendencias. Sin embargo, la burguesía, en el sentido más amplio del término, estaba dispuesta a favorecer la radicalización del pensamiento popular y nacional nacido del fra-

[34] Emil Quentin: *Die Deutschen als Volk für andere,* Berlín-Leipzig, 1938, pp. 26, 55, 80, 121, 129.
[35] Joseph Goebbels, en el periódico *Völkischer Beobachter,* 28-II-1933.
[36] *Verhandlungen des Reichstags,* t. 457, p. 6.

caso de 1848 y, sobre todo, de los de 1866 y 1870. A fuerza de unificación nacional y victorias militares fue ganando terreno una progresiva deificación maquiavélica del Estado, a la cual contribuyeron algunas facciones del hegelianismo y del historicismo. Prescindiendo de antecedentes más remotos, la definitiva configuración de la ideología nacional popular en las últimas décadas del siglo XIX hay que enmarcarla en este nuevo contexto del «Segundo Reich» y sobre el trasfondo del fracaso del movimiento democrático de 1848 y 1870.

Del nacionalismo al nacionalimperialismo

Tras el arrinconamiento de los vínculos humanitarios y nexos propios del derecho natural en un país carente de una tradición política ampliamente generalizada, la *inteliguentsia* alemana, la burguesía, profesores, maestros, escritores, funcionarios, militares e industriales estaban expuestos más que en otras latitudes a la fuerza seductora de tantas y tantas ideologías antidemocráticas, anti-individualistas e irracionalistas. Todo ello fue la secuela de una progresiva ruptura entre el pensamiento político alemán y el occidental. En el ambiente típico del «Segundo Reich» Treitschke pudo postular con enorme éxito la obligación del individuo de sacrificarse por una comunidad superior de la que cada hombre es un eslabón. Por lo mismo, no puede contar con ningún derecho de oposición contra la autoridad del Estado, aun cuando ésta sea considerada inmoral [37]. De aquí se seguía inmediatamente el corolario de que el hombre es simple objeto del poder político del Estado y del pueblo. Los teóricos de la raza tenían aquí terreno abonado para sus demandas de selección de los «mejores» y exterminio de los «peores». Entre esto y la total supeditación del individuo a los principios de la raza y la ideología del pueblo y del Estado había sólo un paso.

El nuevo y furibundo nacionalismo del «Segundo Reich», en el que se expresó y acentuó la vieja concepción prusiana de la disciplina y de la obediencia, constituía un buen caldo de cultivo para todas estas filosofías. En su propagación colaboraron asociaciones estudiantiles, especialmente la Agrupación de Estudiantes Alemanes, de señalado carácter antisemita [38]. En la misma labor participaron igualmente diversos grupos patrióticos, asociaciones militares y un gran número de organizaciones nacionales, así como las Iglesias protestantes, de orientación nacional y conservadora. La idea de pres-

[37] Heinrich von Treitschke: *Politik,* Leipzig, 1899, t. I, p. 100.

[38] Sobre el particular el informe de Hellmuth von Gerlach: *Von rechts nach links,* Zürich, 1937, p. 108.

tigio imperialista nacional cubría y compensaba los complejos de inferioridad de una nación formada tardíamente. Esta misma idea encauzó tantos y tantos sinsabores sociales —agudizados por crisis económicas, lucha de culturas, legislación sobre los socialistas, etcétera— por la vía de un creciente antisemitismo, al tiempo que fomentaba un cínico desprecio de las disposiciones supraestatales y acuerdos internacionales. A estas exaltaciones, tan cobardes como sentimentales, era necesario oponer, como consecuentemente se postulaba, el valor de la guerra, elemento renovador de la existencia, cuyo máximo imperativo es la lucha.

Como la más fiel expresión de estas tendencias se invocaba la filosofía de Nietzsche. Naturalmente, se olvidaba, al mismo tiempo, que Nietzsche fue un decidido crítico tanto del «Segundo Reich» y de la alemanidad sensiblera, como del antisemitismo. Precisamente en la asimilación y mezcla de razas veía Nietzsche la «fuente de las grandes culturas» y temía que los éxitos económico-militares del Segundo Reich desembocaran en la corrupción e incluso en la «extirpación del espíritu alemán en aras del Imperio alemán»[39]. Al mismo tiempo, se pronunció decididamente en contra de la tan popularizada ecuación poder-espíritu, que venía a suponer una supeditación del segundo al primero: «Se paga caro el acceso al poder. El poder atonta... 'Alemania, Alemania sobre todas las cosas'... Me temo que eso ha sido el final de la filosofía alemana.» Sin embargo, las consignas nietzscheanas, un tanto impacientes y encuadradas luego en un marco mostrenco, que hablaban de la voluntad de poder y el superhombre, de la rubia bestia germánica y la victoria de los pueblos fuertes sobre los débiles, se prestaban a toda clase de abusos, por muy enraizadas que estuvieran en un individualismo radical. De este modo se convirtió en «apuntador de ideas» del fascismo[40]. El falseamiento de Nietzsche protagonizado por sus discípulos y su manipulación por parte del nacionalsocialismo es cosa ya sobradamente probada. El mismo destacó expresamente que *Wille zur Macht* [La voluntad de poder] era un libro para pensar y no otra cosa: «...es de quienes encuentran placer en pensar. Nada más... El que esté escrito en alemán es, cuando menos, extemporáneo. Habría querido escribirlo en francés, con el fin de que no aparezca como un aliciente de cualquier tipo de aspiraciones imperialistas alemanas» (Introducción). Sin embargo, en su versión po-

[39] Nietzsche: *Erste unzeitgemässe Betrachtung* (1873). Cf. Theodor Schieder: «Nietzsche und Bismarck», en *Historische Zeitschrift, 196* (1963), p. 322.

[40] Así, Thomas Mann: «Nietzsches Philosophie im Lichte unserer Erfahrung», en *Schriften und Reden zur Literatur, Kunst und Philosophie,* t. 3. Frankfurt/M., 1968, p. 41.

pularizada, su filosofía heroica de las élites, por paradójicas que fueran sus formulaciones o equívocos sus argumentos, tuvieron un éxito enorme, al igual que ocurriera con las filosofías antirracionales de las élites y de la violencia de Georges Sorel y de Vilfredo Pareto y el consiguiente influjo sobre Mussolini y el fascismo italiano. Finalmente, Oswald Spengler, que se consideraba el auténtico heredero de un Nietzsche mal comprendido, predicaba a su público que el hombre era una fiera. El hecho de que Spengler mantuviera todavía cierta distancia frente al nacionalsocialismo se debía a su desprecio por la plebe, no a su ideología.

Es preciso señalar otro elemento específicamente alemán. Aquella ideología nacionalista de la unidad y del poder, carente por completo de sustancia, buscaba su justificación histórica en el conjuro de una prehistoria pagano-germánica propia y autónoma cuya tradición heroica fue destruida, según se decía, por el influjo extranjero del elemento romano y cristiano. «Velis, nolis», el alemán se veía unido a la nación por un destino genealógico ineludible y no por la libre adhesión y elección del ciudadano. También aquí, a diferencia de la concepción occidental de la nación, se precisaban pocas situaciones para llegar a la ideología nacionalsocialista de «sangre y tierra». Y aunque todo ello no determinara todavía la política antes de 1914, en tanto que seguían aún existiendo las tradiciones humanistas y liberales, como sentimiento y posibilidad ideal sí había cundido ampliamente en la gente. También el culto germanizante de las óperas wagnerianas, esgrimido por Hitler, al igual que las enormes comunidades-Wagner, envueltas en un fanatismo sectario, han jugado un importante papel. Ciertamente, Hitler tan sólo buscó allí, y encontró, la ratificación de sus sueños y ambiciones, como también es cierto que —al igual que en el caso de Nietzsche— fue el fanatismo de sus discípulos lo que determinó el influjo funesto de Wagner. Sin embargo, el «maestro» les brindó suficientes puntos de apoyo[41].

A propósito de la estrecha correlación entre liberalismo, nacionalismo e ideología populista y tradicionalista, es significativo que Wagner comenzó siendo un revolucionario liberal, participante activo en el levantamiento de Dresden de 1848, yendo incluso al exilio por muchos años (1840-1870). Empero, no tardó en conjurar los mitos de un ficticio pasado germánico para la lucha contra la civilización «no heroica». En su mosaico de óperas, de tan efectivo impacto, y con la fundación de los Festivales de Bayreuth trató de

[41] Al respecto, George H. Windell: «Hitler, National Socialism and Richard Wagner», en *Journal of Central European Affairs, 27* (1962-1963), p. 479.

crear símbolos nacionales dominados por la evocación romántica de un pasado bárbaro y heroico. Los escritos de Wagner delatan más todavía este viraje hacia un nacionalismo mitificante, contrario a la civilización, el cual habría de conjugarse pronto con el antisemitismo; éste, de base religiosa y cristiana, fue aprovechado al mismo tiempo para la crítica del papel cultural y político-económico de los judíos. En numerosos artículos, llenos de confusión, Wagner elaboró la idea del mito nacional y germánico que habría de justificar espiritualmente la peculiar reivindicación del alemán como portador de una misión mundial y un derecho de dominio. Elaboró la idea de la salvación por la acción de un caudillo, equiparó a Cristo con Sigfrido y Barbarroja y descubrió temporalmente al Rey deseado en la figura de su sensiblero admirador Luis II de Baviera, cuyo heraldo artístico quería ser.

Entre las ideas políticas concretas de Wagner figuraba su odio a los judíos, odio que habría de continuar administrando desde Bayreuth su hermana Cosima Wagner, la cual desempeñó aquí de cara al nacionalsocialismo un papel tan semejante y fatal como el protagonizado por la hermana de Nietzsche, Elisabeth Foerster. La influencia de Gobineau, a quien Wagner conociera en Roma el año 1876, se expresa principalmente en su artículo *Das Judentum in der Musik* [El judaísmo en la música] (1869). Aquí se hizo verdad lo que, en una carta a Gobineau, había señalado críticamente Tocqueville: «Creo que su libro está condenado a regresar a Francia desde el extranjero, especialmente desde Alemania. En Europa únicamente los alemanes poseen el talento especial para entusiasmarse por algo que captan como verdad abstracta sin sopesar las consecuencias prácticas...» ...Así lo hicieron, aunque a su manera, los nacionalsocialistas después de que Chamberlain amalgamara los diferentes misticismos racistas de Gobineau, Wagner y los nuevos antisemitas. Alfred Rosenberg se limitó a copiar, Hitler e Himmler sacarían las consecuencias. Ciertamente, en el caso de Wagner todo esto tenía una dimensión puramente teórica. En el mundillo de sus fervientes admiradores y promotores figuraban muchos judíos, lo cual no era óbice, según el mismo Wagner, «para que considere la raza judía como el enemigo nato de la Humanidad y de cuanto noble se oculte en ella. Que nosotros los alemanes habremos de sucumbir por su culpa... es algo muy cierto...». Por mucho que tuviera que agradecer a influencias de fuera, especialmente francesas, Wagner insistía teóricamente en la peculiaridad de lo alemán: «Prefiero el peor libro alemán que el mejor francés.» Se declaró partidario de la destrucción de París en 1870, como liberación simbólica de todos los males para el mundo. Se declaró enemigo de practicar un injerto de «demo-

cracia franco-judía» en el «alma popular germana, tan herida y mal comprendida». Abogó por la «desjudificación» de la Cristiandad e, incluso, por el traslado de los judíos a Palestina. Fue adversario declarado de los matrimonios mixtos y de la asimilación. Aquí radica la profunda diferencia con respecto al moralista europeo Nietzsche quien, tras un inicial entusiasmo, combatió duramente a Wagner considerándolo expresión de la crisis de una Europa enferma.

Cabe preguntarse cómo todas estas ideas radicales pudieron combinarse con esa concepción del Estado que desarrollaron simultáneamente teóricos conservadores de la política e historiadores en franca oposición a la filosofía política y social liberal vigente en el Occidente europeo. Para aquéllos, el Estado no era un simple medio para el fomento del bienestar general, sino un fin en sí mismo. Y la idea de la comunidad y del Estado, tan peculiarmente alemana, ocupaba una posición central en esa convicción, que no sólo compartía Hegel, sino también Ranke y sus discípulos. Ello habría de reflejarse especialmente en el principio fundamental de la primacía de la política exterior, el plan de reformas o el Estado constitucional. Se trataba de una convicción compartida por los historiadores, filósofos, juristas y poetas de la época y que culminó, finalmente, en las grandes proclamaciones antioccidentales de los sabios y escritores alemanes durante la Primera Guerra Mundial [42]. Fue una filosofía muy popular que ocupó un lugar dominante en las escuelas y tertulias. Al respecto, es muy característica la nota principal de un libro muy leído, *Der deutsche Gedanke in der Welt* [El pensamiento alemán en el mundo] (1912). Paul Rohrbach, liberal nacionalista y alemán del Báltico, era el autor del libro, en cuyo encabezamiento figuraba el verso, más tarde proverbial, de Emmanuel Geibel: «La alemanidad salvará al mundo» [43].

Paradigma de esta conexión de las corrientes nacionalistas, estatistas y populares con el conservadurismo durante este decisivo período del «Segundo Reich» ávido de poderío fueron las obras de Paul de Lagarde. Su verdadero nombre era Paul Boetticher (1827-91) y era catedrático de Cultura Oriental en la Universidad de Gotinga [44]. Su libro *Deutschen Schriften* [Escritos alemanes] (2 tomos, 1878-81), conoció una gran difusión. En esta obra figuraban reunidos casi todos los argumentos ya expuestos: purificación de la alemanidad auténtica de culturas «extrañas», del Derecho romano, de

[42] Hermann Luebbe: *Politische Philosophie in Deutschland,* Basilea-Stuttgart, 1963, p. 173.

[43] Más documentación hasta Guillermo II, en Kohn: *op. cit.,* p. 283.

[44] Sobre todo, Fritz Stern: *The Politics of Cultural Despair,* Berkeley, 1961, p. 3.

la Ilustración, la urbanización, el parlamentarismo, las nivelaciones democráticas al estilo francés; se abogaba por la formación de una élite aristocrática en lugar del «aborregamiento celta», tan poco germánico. La obra en cuestión atacaba también a Bismarck y a la trivialización burocrática y modernista de la idea alemana del Estado. Lagarde esperaba conseguir la verdadera unidad interior por la creación de una Iglesia nacional, que habría de transformar toda la nación en una comunidad religiosa, basada en un cristianismo «puro», libre de elementos judaicos. Como se ve, Lagarde, al igual que Chamberlain, prefería el cristianismo al germanómano culto a Odín. Mientras que los principios religiosos tenían su validez en la esfera interna, la ley impuesta en el plano externo de la vida política equivalía a un imperialismo nacionalista cuya meta era la Gran Alemania con inclusión del Imperio de los Habsburgos en Europa Oriental y Sudoriental. Meta era también, en contra de los principios fundamentales de la política bismarckiana, la colonización de nuevas tierras para los alemanes: Rusia tendría que retirarse «unas cincuenta millas hacia el Asia Central», mientras que grupos de mendigos y campesinos alemanes se asentarían junto al Mar Negro o en Asia Menor. Se exponía así por primera vez y de forma clara la ideología del social-imperialismo y de la política del espacio vital.

La filosofía de estos «germanófilos conservadores» fue expuesta una década más tarde y de forma aún más radical por el escritor Julius Langbehn (1851-1907), de Schleswig-Holstein. El libro *Rembrand als Erzieher. Von einem Deutschen veröffentlich* [Rembrandt como educador. Publicado por un alemán], que se publicó anónimamente y fue un «best-seller», apareció en 1890. El mismo año de su aparición tuvo 13 ediciones, en 1891 iba por la 37, habiendo registrado un total de 90 hasta 1943. Su influencia fue enorme después de 1918. El libro era un cántico al irracionalismo y Rembrandt aparecía como su representante. Al mismo tiempo, consideraba la raza como el factor primario de todo acontecer. La idea de la raza trascendía incluso a la nación. Privaba la «fuerza de la sangre», lo nato era más importante que lo adquirido. Sobre la «mezcolanza» de la democracia igualitaria se resaltaba la imagen del Estado elitista fundamentado en la raza. Langbehn glorificó especialmente la «raza germánica-bajo-alemana» en la que incluía también a Holanda e Inglaterra. Esta concepción era más bien antiprusiana, dirigida contra Bismarck y Guillermo II, y arremetía incluso contra el efecto «embriagador» de Wagner y la influencia sobre él de la música judía y francesa.

Muchos otros escritores y artistas vinieron a engrosar las filas de los críticos racistas de la cultura. La difamación del capitalismo o del cosmopolitismo como «neoalemán» y judío ocupa numerosas páginas

de libros y revistas de comienzos del nuevo siglo. Ciertamente, este ambiente estaba todavía muy distante de la crítica cultural nacionalsocialista. Se trataba de una crítica elitista que, añorando tiempos pasados, rechazaba la era industrial de las masas, así como la organización y técnica modernas, fenómenos que tan fundamental papel desempeñan en el moderno totalitarismo. La principal tendencia de aquella crítica fue su antioccidentalismo y su oposición a los derechos humanos; su máximo significado consistía en la eliminación de escrúpulos morales y la exaltación de una conciencia peculiar.

Detrás de este tropel de consignas y tendencias, sobre las que pudo basarse eclécticamente el nacionalsocialismo, se escondía la inquietud por los cambios económicos, sociales y de otro tipo que el nuevo Reich no lograba domar políticamente. Se trataba de intentos, sobre bases retrospectivas o prospectivas, de solucionar la problemática en cuestión a fuerza de tácticas nacionalistas e imperialismo expansionista. Y en la medida en que propagaron la solución imperial de los problemas sociales en el marco de un Estado «nacional y social», también se puede decir que pertenecieron a esta corriente liberales como Friedrich Naumann y Max Weber [45]. El objetivo propuesto por ellos era la conquista del trabajador para el Estado de poder, corriendo parejas la expansión y las reformas que habrían de posibilitar el logro de esta meta. En este sentido, Naumann desarrolló a finales de siglo la idea de un movimiento «nacional y social» y de un Imperio Popular en él inspirado. Los motivos animadores de esta tendencia eran sociales, liberales y cristianos, aunque con una constante proyección hacia el Estado de poder imperial-nacional. Y así hay que entender también sus demandas en favor de una democracia parlamentaria y su lucha contra el Estado guillermino. Ambas exigencias perseguían la movilización nacional y la unificación del pueblo, incluidos los trabajadores, en el marco y al servicio del Estado nacional-imperial. Sobre este trasfondo es preciso enfocar la propensión a la política de guerra imperialista —especialmente por parte de la burguesía «liberal» y de la intelligentzia— por muchas voces de protesta que se registraran en el campo de la burguesía [46].

La plétora de teorías, planes y propósitos que, en el transcurso de la guerra, desembocaron en las «ideologías del espacio vital», constituye la primera cima importante de la conciencia particular alemana. Esta conciencia encontró su expresión inequívoca en las

[45] Al respecto, Wolfgang Mommsen: *Max Weber und die deutsche Politik, 1890-1920,* Tubinga, 1959.

[46] Como ejemplo, Anneliese Thimme: *Hans Delbrück als Kritiker der wilhelminischen Epoche,* Düsseldorf, 1955.

declamaciones bélicas y memorias antioccidentales de la mayoría de los profesores alemanes. Lo mismo cabe decirse, ya al final de la guerra, en el caso de la obra de Thomas Mann *Betrachtungen eines Unpolitischen* [Meditaciones de un hombre no político]. El economista Werner Sombart se encargó de cristalizar magistralmente estos sentimientos en su libro, auténtico manifiesto anti-occidental, *Händler und Helden* [Héroes y mercaderes], de 1915, en el que se contrasta al heroico pueblo alemán con los pueblos occidentales mercaderes. Lo que Sombart trató de fundamentar en el marco histórico-social y económico otros lo intentaron estereotipar metafísica y filosóficamente. Existía, pues, una fuente inagotable para la ideología nacionalsocialista, que habría de vulgarizar estas ideas y realizarlas de manera brutal. Naturalmente, ello sucedería bajo los nuevos y singulares supuestos de la catástrofe de 1918 y de la prolongada crisis de Weimar. Estas serían las dicotomías más importantes de la ideología belicista: cultura e Imperio frente a civilización occidental y democracia formal; poetas contra literatos; alma contra sociedad; libertad frente al simple derecho de votar; espíritu frente a política; genio-demonio contra intelecto; guerra en cuanto fin en sí mismo frente a internacionalismo y pacifismo; profundidad mística y metafísica contra las llanuras del racionalismo; «ethos» militar contra el triunfo de la técnica y la superioridad de material; Estado de orden y autoridad contra la economía parlamentaria y de partidos.

Esta mole ideológica chocaría luego con la realidad de la catástrofe y de la revolución, se estrellaría contra la realidad de una dura paz y de un viraje, querido a medias, hacia la democracia, vituperada como importación occidental «extraña» a lo alemán y asociada a la leyenda de la puñalada por la espalda. El nacionalsocialismo partió de esta constelación. Fue un producto de la ideología de guerra y de preguerra. Después de simplificarla mostrencamente, el nacionalsocialismo la utilizó, más allá de la mera teoría, para la organización de un movimiento de masas. El contexto decisivo no radica, pues, en la historia de los pensadores prefascistas y de sus teorías pseudocientíficas, sino que es preciso encajarlo, ante todo, en el fenómeno específicamente alemán de su recepción en una situación político-social concreta.

El papel del antisemitismo

También el antisemitismo moderno guarda una estrecha correlación con el ascenso del nacionalismo y de la revolución industrial. Ya en el período de emancipación anterior a 1870, aparentemente

victorioso, se elaboró aquel estereotipo del judío que, con anterioridad a su configuración racista, se convirtió en parte integrante de la nueva conciencia nacional alemana, inflada artificialmente. Mientras que en un principio, y bajo el impacto de las doctrinas de Gobineau, el racismo moderno se dirigía contra todos los «semitas», en su aplicación práctica cayó de lleno sobre los judíos. En este contexto habrían de movilizarse sentimientos y motivaciones religiosas, sociales, económicas y psicológicas para conferir fuerza al nuevo movimiento. En parecidas coordenadas había surgido el odio a los judíos en la Edad Media. Los judíos hubieron de recluirse en el desempeño de determinados papeles y actividades, ya que la prohibición eclesiástica del interés prohibía a los cristianos la actividad comercial y financiera. Por el contrario, se reservó a los judíos el derecho a la posesión de bienes raíces. Al mismo tiempo, sirvieron de cabeza de turco en los malos tiempos o cuando estallaba el fanatismo de las masas, imputándoles eternamente la crucifixión de Cristo. Segregados de la comunidad por sus usos religiosos, vivían en permanente aislamiento, refugiados en «ghettos» y callejuelas judías, frecuentemente marcados como minoría extranjera. La prohibición de matrimonios mixtos, los fuertes impuestos, el cúmulo de «derechos especiales» negativos, la discriminación profesional y las oleadas de persecución colectiva determinaban su suerte. La mejor posición conseguida por algunos judíos palaciegos, mirados con envidia, y su política financiera contribuyeron más todavía al agravamiento de su desgracia.

Al regresar de Europa Oriental como consecuencia de la mejora de las condiciones de vida que se registró con la llegada de los tiempos modernos, los judíos despertaron una nueva oleada de odios. El progresivo ocaso de la Ilustración, que lograra extender gradualmente a los judíos la idea de humanidad y tolerancia, contribuyó a reavivar el antisemitismo religioso. La demolición de las antiguas fronteras ayudó a un rápido ascenso de los que hasta entonces estuvieron arrinconados. El hecho de que, gracias a su especialización, fueran superiores en algunos sectores proporcionó el gran argumento de odios futuros: la desproporcionada representación de los judíos en la economía y en la cultura. Sobrevino entonces una nueva versión de antiguos mitos. Estos fueron coloreados pseudocientíficamente, aunque manteniendo su fundamental carácter irracional, y llegaron a resucitar incluso las escalofriantes leyendas del «asesinato ritualista». Unidos ahora además con el nacionalismo y con un capitalismo ascendente, terminaron por desembocar en el gran mito de una dominación judía secreta a escala mundial que, al mismo tiempo, fue asociada con el internacionalismo de los masones. Se trataba de una interpretación primitiva de la historia junto con un naturalismo ra-

cial, y con esta combinación se buscaba traducir todas las categorías sociológicas a conceptos biológicos y supeditar la evolución histórica a leyes inmutables, ahistóricas y biológicas.

Instrumento clave fue aquí la invención y falseamiento de «material de prueba» histórico. Al respecto, cabe destacar una especie de documento melodramático, titulado *Los Protocolos de los Sabios de Sión*. Fue importado de Rusia y hablaba de los planes secretos de hegemonía mundial judía. Todo ello habría de jugar un papel importante en la ideología del nacionalsocialismo. La obra citada, supuestamente el acto de una asamblea secreta de dirigentes judíos celebrada en Berna el año 1897, sirvió de pretexto para aquella famosa purga sangrienta desatada en la Rusia zarista con el fin de distraer a la opinión pública de los movimientos de reforma política y agraria. Aquel escrito fue una de las lecturas de Hitler, pero también fue difundido por Inglaterra y los Estados Unidos de América, donde el rey del automóvil, Henry Ford, prestó su apoyo a tales leyendas hasta la década de los veinte. En realidad se trataba de una pura y vergonzosa falsificación. Su modelo fue el borrador que un abogado francés (Maurice Joly) dirigiera a Napoleón III después de ser condenado a prisión el año 1865. En el marco de un diálogo imaginario enfrentó a Montesquieu y Maquiavelo, tratando de retratar en el maquiavelismo al despotismo de Napoleón III. Este inocuo borrador fue falseado a finales de siglo según normas antisemitas, siendo publicado más tarde, el año 1903, como «documento» en la prensa rusa sin mencionar sus oscuras fuentes. Posteriores refutaciones científicas no pudieron servir de nada[47]. La leyenda de la conjura ha servido siempre de instrumento para la «racionalización» del pánico a la crisis, de la xenofobia y de la lucha social. Por ello, «documentos» tan absurdos como el antes citado pudieron tener un terrible influjo en el advenimiento del exterminio judío y perviven todavía en forma de panfletos en el mundo de los racistas. Reiteradamente han sido refutados, aunque aparentemente no pueden aniquilarse en tanto persistan los prejuicios y el odio de razas.

En la rápida y progresiva asimilación los antisemitas no veían la solución de los problemas de integración nacional, sino una amenaza existencial para la nación. La nutrida participación de los judíos en los movimientos liberales y socialistas, columnas del proceso de emancipación, no dejó de despertar sospechas, al igual que su voluntariosa adaptación a la sociedad vigente. El hecho de que el filósofo

[47] Cf. Norman Cohn: *Die Protokolle der Weisen von Zion, Der Mythos von der jüdischen Weltverschwörung,* Colombia, 1969.

político Friedrich Julius Stahl, judío, contase entre los mayores teóricos del conservadurismo prusiano no significaba nada frente a ese tópico ciego de que los judíos eran intelectuales subversivos, rapaces explotadores, revolucionarios y agitadores internacionales. Incluso antes de culminar en un antisemitismo biológico, los resentimientos sociales constituían ya el trasfondo de estos puntos de vista, que identificaban sin más a los judíos con el dilema del progreso y de la modernización. En medio de las crisis estructurales de la moderna sociedad de masas aparecía aquí una base ideal para el desarrollo de una ideología totalitaria de amigo-enemigo, que necesitaba buscar el culpable universal. Esto fue especialmente cierto en países tales como Alemania y Austro-Hungría. Entre los motivos de la crisis es preciso destacar: 1. La emigración judía aumentó considerablemente como consecuencia de las persecuciones sufridas en Rusia y Polonia, siendo mejores las condiciones de vida en Europa Central. 2. Al mismo tiempo, se registraba una profunda discrepancia y una gran tensión entre la estructura social y la política. 3. Los problemas de las minorías, agudizados por el socialismo moderno, fueron mucho más notables en los países de evolución más tardía en el marco del Estado nacional. 4. La ideología antisemita sirvió para distraer a la población de los problemas sociales y económicos. 5. Finalmente, el antisemitismo fue enmarcado en el sistema de corrientes dirigidas contra «Occidente», con el cual fueron identificados los judíos pese a venir del Este. Pues a fin de cuentas Occidente venía a representar la Ilustración y la democracia, y estas eran las bases de la igualdad de derechos y de oportunidades de los judíos.

En este marco político y social se desarrolló el estereotipo «del» judío, que con la ayuda de la literatura —entre otras muchas ayudas— encontró amplia difusión. La imagen del judío «típico», frecuente en muchos libros muy divulgados, escritos por autores incluso liberales, tales como Gustav Freytag —*Soll und Haben* [El Debe y el Haber] (1855)— y Wilhelm Raabe —*Der Hungerpastor* [El cura hambriento] (1862)— no iba necesariamente ligada a convicciones antisemitas racistas: circunstancia que explica el que muchos burgueses de buena fe, no creyentes en las doctrinas racistas, acabasen en la aceptación pasiva del antisemitismo nacionalsocialista. Por otro lado, y según un cliché pre-racista muy difundido, el judío era tenido por un ser incapacitado para el quehacer intelectual y creador y negado para cualquier forma de vida espiritual. El judío encarnaba todo cuanto había de negativo en el concepto «civilización», en contraposición a los valores superiores de la verdadera «cultura». Se trataba del contraste entre el «alma» interior, base de la cultura, y el «intelecto» externo, soporte de una civilización que, según la popular

visión de Chamberlain y Spengler, constituía el final de la cultura. De este modo se estableció una fuerte correlación entre el creciente conflicto de la realidad del mundo urbano e industrial, impregnado de racionalismo, con la glorificación literaria del campo, de la vida sencilla y de las fuerzas irracionales de la existencia, por una parte, y la horripilante figura del judío urbano y mercader, por otra.

Mientras estos puntos de vista se mantuvieron en el plano religioso, la asimilación de los judíos y su incorporación a la nación alemana prometían una solución gradual gracias a los progresos de la Ilustración. Sin embargo, a medida que el optimismo de la Ilustración fue cediendo terreno a un nacionalismo étnico de bases irracionales, cundió poco a poco la idea del papel invariablemente «descomponedor» del judío. Su integración en el pueblo alemán apareció como algo imposible, y su carácter fue acompañado siempre de un sello negativo. Así, la discriminación religiosa se convirtió en una discriminación moral. Al término del proceso de secularización de aquella imagen aparecía una concepción mítica del judío que conjugaba el temor y el odio, la reacción y la impotencia. Paradigma de este antisemitismo eran el horror ante el oscuro mundo de los «ghettos» y el escalofrío ante la posibilidad de una conjura del «judaísmo internacional», tal y como se desprende de los panfletos y novelas que, desde finales de siglo, se difundieron ampliamente; literatura basada toda ella en una mezcla fantástica de invenciones estereotipadas y relatos equívocos y falseados. La irrupción de los judíos desde el Este constituía un argumento fehaciente diario en favor de la movilización del temor y del odio frente al desconocido, al tiempo que suponía una explicación de los problemas y contratiempos que las nuevas condiciones socio-económicas de la era industrial y capitalista planteaban al burgués conservador, orientado por modelos preindustriales. Según la opinión de Wilhelm Marr (1873), el imperio bismarckiano fue prácticamente una «Nueva Palestina», dominada en sus sectores más importantes por personal judío. La oposición derechista antibismarckiana fue el principal soporte de las primeras oleadas antijudías de los años setenta y ochenta. En la citada oposición se concertó una alianza temporal entre elementos católicos y antiliberales, por una parte, y protestantes conservadores, por la otra.

Con el ascenso del movimiento socialista y la aparición de la crisis económica de 1873 estas tendencias antisemitas acabaron por granjearse el apoyo del mismo Bismarck y de los liberales de derecha, que se sentían amenazados en un doble flanco. Aquella situación culminó en la era de la «ley de los socialistas» (1878-1890). Desde ahora el antisemitismo fue tolerado e incluso impulsado desde arriba contra el liberalismo y el socialismo. El hecho de equiparar la conjura-

ción judía con otra socialista e internacional o comunista fue simplemente una consecuencia del antisemitismo moderno y de su función: es decir, salvar la brecha existente entre la imaginación romántica y la realidad contemporánea tras la disolución de las viejas estructuras agrarias y corporativas. Era necesario proteger al pueblo y la nación y que los alemanes tomaran conciencia de ello. Cualquier amenaza de crisis —debida a la urbanización, la huida del campo, el desarraigo, la masificación, la comercialización, la proletarización, la internacionalización o la secularización— se asociaba con la acción de los judíos. En este contexto encaja la crítica alemana lanzada contra el contemporáneo Heinrich Heine, la cual acostumbraba a considerarlo superficial e irrespetuoso frente a los valores «auténticos»; un escéptico sin arraigo y sin pudor, un intelectual sin alma; en fin, la expresión más pura del «peligro» judío para la cultura alemana.

El ascenso de la antropología biológica —la ciencia del hombre en tanto que ser condicionado por la herencia— contribuyó, por su parte, a transportar las características religiosas, morales y culturales del judío al plano biológico y racial. Ello significó, en primer lugar, que se considerara definitivamente inmutable el carácter y el papel del judío en la sociedad, pero, al mismo tiempo, que se aplicara una imagen invariante a cualquier persona de origen judío, procediera del Este o del Oeste, hubiera nacido en Alemania o no. Y ante esta concepción no cabían procesos de asimilación ni evoluciones individuales. Se trataba de un proceso de despersonalización que extinguía al hombre y que sentaba las bases para una planificación fría y mecánica de la privación colectiva de derechos y, en último término, del exterminio: al tratar al judío como género, como insecto dañino, tal como lo proclamara, por ejemplo, Hans Frank, en la Polonia ocupada, quedaba expedito el camino para la «realización» mecánica y burocrática del exterminio, cuyo gran exponente es Adolf Eichmann.

Naturalmente, esta concepción extrema del antisemitismo nunca logró en Alemania la misma popularidad que la imagen decimonónica del judío en el plano religioso, social y cultural. Reducidos a un limitado círculo de teóricos de la raza, aquellos extremismos no encontraron eco en la literatura, sino después de la Primera Guerra Mundial en algunas páginas literarias cuya difusión fue modesta. Al respecto, es preciso mencionar las novelas *Volk in Gefahr* [Un pueblo en peligro] (1921), de Nathaniel Jünger, o *Die Kinder Israels* [Los hijos de Israel] (1927), de Werner Jansen, y especialmente *Süende wider das Blut* [Los pecados contra la sangre] (1918), de Arthur Dinter, aunque también ya el drama *Ismael Friedmann,* 1913, de Carl Hauptmann, hermano de Gerhart Hauptmann. Las

diferencias religiosas y culturales se transformaron aquí en diferencias de sangre. Una tesis atávica, la de que la mezcla de sangre acarrea la desgracia, resucitó ahora en multitud de folletos y revistas de carácter pseudocientífico. Especial fama adquirió Julius Streicher con su periódico difamatorio *Der Stürmer,* que desde 1923 proclamaba en sus escaparates de las calles y plazas del Tercer Reich que «los judíos son nuestra desgracia».

El antisemitismo, como movimiento concreto yuxtapuesto y subordinado a una teoría racista ampliamente difundida, se reavivaba precisamente en los momentos de crisis política y económica. Esto es cierto en el caso de su historia en Francia: hasta el famoso asunto Dreyfus y, sobre todo, en relación con la crisis alemana de 1873. El folleto de Wilhelm Marr, aparecido el mismo año, había tenido ya en 1879 un total de doce ediciones. Era el período de la primera depresión grave de un sistema económico industrial y capitalista. Al igual que ocurriera en el caso de Gobineau y su señalado pesimismo, el antisemitismo se presentó ya desde ahora como una lucha defensiva, un antimovimiento. Un año más tarde (1874) la revista *Die Gartenlaube* [El cenador], tan difundida en medios burgueses, esgrimió esta misma argumentación en una serie muy popular de artículos (Otto von Glogau) que, pasando ya a un plano más concreto, subrayaban la tesis de que las crisis económicas y de adaptación de la clase media se podían explicar por la especulación financiera y bursátil manejada por los judíos. El término clave en la forja del nuevo estereotipo fue el de «capital financiero judío». Este concepto entrañaba algo negativo y fue celosamente distinguido y diferenciado del contenido propio de la economía agraria e industrial «alemana», la única que «verdaderamente» trabajaba y producía. Tales prejuicios fueron recogidos posteriormente por Gottfried Feder, ingeniero y economista aficionado, en la tesis sobre el «vasallaje del interés» como origen de todos los males. Esta doctrina se convirtió en una de las grandes vivencias de Hitler, marcando incluso el comienzo de su carrera y determinando la vaga sustancia «socialista» de su ideología. También los artículos de *El cenador* difundieron la idea de una oscura y sutilísima conjura económico-financiera asociada a las ambiciones hegemónicas del judío. Fue utilizada, en fin, para la explicación de todos los problemas y crisis, después de que la trama político-económica se hiciera suficientemente complicada y a menudo opaca. Por otra parte, un revés muy personal del destino puede ser que constituya aquí un factor explicativo más: Otto von Glogau parece ser que perdió toda su fortuna en negocios de especulación.

En este movimiento cada vez más pujante participaron varios grupos sociales y económicos muy heterogéneos. Desde muy tempra-

no se introdujo un matiz cristiano-social. Sin embargo, ya desde 1875 empezaron a engrosar ocasionalmente la campaña algunos grupos conservadores y su conocida publicación *Kreuzzeitung*. Bien pudo tratarse de una táctica de partido lo que les llevó a abrir su polémica contra el dominio «judío» de los nacional-liberales, pero lo cierto es que contribuyeron a una mayor difusión y prestigio del antisemitismo. Hasta el prestigioso periódico centrista berlinés *Germania* abrió las puertas al antisemitismo, al menos temporalmente. Desempeñaron aquí un importante papel las repercusiones del «Kulturkampf»: también la lucha católica contra los liberales esgrimía argumentos basados en la idea de las ambiciones hegemónicas de los judíos. Igualmente, Constantin Frantz, católico antibismarckiano, publicaba en 1874 su libro *Der Nationalliberalismus und die Judenherrschaft* [El liberalismo nacional y la dominación judía]. Aunque estos grupos sólo ocasionalmente participaran de lleno en las campañas antisemitas, las tesis y temas principales de tal agitación muestran una singular uniformidad. La clásica leyenda antijudía seguía basándose en tres grandes afirmaciones: los judíos son los portadores y usufructuarios del capitalismo explotador; son los soportes del socialismo y del internacionalismo marxista y, en consecuencia, enemigos encarnizados de cualquier movimiento «social-nacional»; finalmente, toda su actividad la ponen al servicio de una conjuración mundial dirigida contra los intereses nacionales (interpretación prebiológica) y en favor del exterminio de la raza aria (versión racista).

Complejas son las causas del afianzamiento y auge experimentados por el antisemitismo en la Alemania de los años 70 y 80, en cuya difusión académica llegó a participar el mismo Treitschke. Pese a dicha complejidad, resulta muy instructivo ocuparse del carácter social y profesional de los propagandistas que con mayor o menor éxito utilizaron estas tesis en su carrera política[48]. Provenían aquéllos de un medio urbano. La mayor parte de ellos se encontraban enajenados de la Iglesia Católica, perteneciendo más bien a las filas de los pequeño-burgueses, testigos entonces de un creciente progreso. Su trasfondo era a menudo protestante; sus actitudes, nacionalistas; y su instrucción, superior a la media, pero con frecuencia incompleta. Muchos de ellos habían cambiado de profesión y vivían en una situación difícil. A menudo eran personas que habían probado fortuna en el extranjero y tenido sus conflictos con la ley. Desprovistos muchas

[48] Sobre el particular, en especial Paul Massing: *Rehearsal for Destruction*, New York, 1949. Alexander Bein: «Der jüdische Parasit», en *VfZG* 13 (1965), p. 121. Sobre las causas político-económicas: Hans Rosenberg: *Grosse Depression und Bismarck-Zeit*, Berlin, 1967, p. 88. En cuanto a Treitschke: Walter Boehlich: *Der Berliner Antisemitismusstreit*, Frankfurt/M., 1965.

veces de medios para su actividad política, aparecían como idealistas fanáticos. Identificaban completamente su vida con la causa que predicaban y esto les valía más de un admirador. En el fondo mismo de su actividad e influjo latía la frustración profesional y social y el anti-intelectualismo.

Los propagandistas del antisemitismo radical eran empleados de la industria y del comercio, bajos funcionarios, pequeños industriales, maestros, estudiantes y, primordialmente, sectarios provistos de filosofías de la vida inventadas por ellos mismos. Eran impulsores de los movimientos interesados en la reforma de la vida, y también vegetarianos y admiradores de la naturaleza. Se consideraban los grandes afectados por la emancipación judía; y en sus mesiánicas doctrinas, fanáticas y pseudorreligiosas, no había lugar para la posibilidad de una solución del «problema judío» por la conversión y la asimilación. Dieron, pues, un paso más allá del antisemitismo convencional, cristiano-nacional, que ya les había preparado el camino. En lugar de las teorías optimistas de asimilación, que todavía figuraban a la base misma de los sermones de Stoecker, predicador de Palacio y agitador, predicaban el antisemitismo racista, profundamente pesimista, elaborado por Marr, expresión, al mismo tiempo, de su frustración profesional y personal. Estas agrupaciones carecían de influencia y se encontraban internamente escindidas. Sin embargo, su ruidosa agitación anticipaba ya de modo radical sucesos futuros. Entre las figuras más notables de estos grupos es preciso mencionar a Hermann Ahlwardt, berlinés y director de un grupo escolar. Su libro *Der Verzweiflungskampf der arischen Völker mit dem Judentum* [La desesperada lucha de los pueblos arios contra los judíos], Berlín, 1890, cuyo título recuerda fielmente la tesis fundamental de Marr, era una «documentación» pseudocientífica, provista de un sinfín de notas al pie y apéndices con el fin de resaltar el carácter serio de la publicación. Ahlwardt era hijo de una familia de artesanos, nacido en una aldea de Pomerania el año 1846. Incurrió en deudas, culpando de ello a las intrigas judías. Aquí radicaba el punto de partida, ampliamente descrito, de su manía persecutoria antisemita, agravada luego por haber sido despedido de su cargo en 1890, acusado de malversación de fondos en su escuela. En sucesivos escritos Ahlwardt «descubrió» un presunto escándalo de armamentos de la compañía Loewe, de Leipzig, cuyos «fusiles judíos» (según reza el título de su panfleto, 1892) constituían un escándalo y un sabotaje nacional. Su condena a prisión no impidió nuevas agitaciones: en efecto, en su calidad posterior de diputado del Reich gozaba de inmunidad parlamentaria.

El desarrollo de la organización de partidos antisemitas recorrió

diversos estadios. No con mucho éxito Marr fundó en 1879 la Federación Antisemita. Un año más tarde surgieron el Partido Social del Reich y el Partido Reformista Alemán. Eran grupos sin el apoyo de las masas, aunque con preludios de sus propósitos de integración general de gentes procedentes de todas las capas sociales y de los más diversos conglomerados políticos y sociales. La idea fundamental era el antisemitismo, destacado como la gran cuestión nacional: un problema situado más allá del marco de los partidos. A éstas siguieron otras tentativas, cuyos iniciadores solían desaparecer al cabo de pocos años, algunos de ellos en el extranjero. En 1881 un ex-oficial del ejército, Max Liebermann von Sonnenberg, fundaba con Bernhard Förster, cuñado de Nietzsche, el *Deutscher Volksverein.* En 1886 Förster desapareció de Alemania para acabar en Paraguay, donde, tras su fracaso en el experimento de colonización «Nueva Germania», terminó por suicidarse en 1889.

Entretanto, hizo su aparición la Asociación Antisemita Alemana, que se declaraba expresamente enemiga de los movimientos asimilacionistas de Stoecker, promoviendo además la promulgación de una legislación especial antijudía. En favor de tal legislación especial se invocaban otros ejemplos contemporáneos, tales como las medidas antichinas de los Estados Unidos de América con el fin de contener la inmigración amarilla [49]. Uno de los promotores de tal legislación fue el escritor Theodor Fritsch, cuya actividad se prolongó hasta la misma época nacionalsocialista. Fue autor del *Handbuch der Judenfrage* [Diccionario de la Cuestión Judía], y director de la editorial Hammer (Leipzig), que se convertiría en el centro de la propaganda antisemita con la revista *Hammer* [El Martillo]. Entre otros personajes figuraba también el etnólogo Boeckel, autor de un folleto cuyo título *Die Juden, die Könige unserer Zeit* [Los judíos, reyes de nuestra época], 1887, recogía las consignas de los monárquicos franceses. La tirada contó con un millón y medio de ejemplares. A la edad de veintiséis años, Boeckel fue el primer antisemita independiente que lograba entrar en el Reichstag (Parlamento Federal). En un distrito conservador próximo a Marburgo, Boeckel se ganó el partido de la pobre población campesina a base de la tesis tan popular del papel explotador del judío rico, consiguiendo el apoyo para sus demandas de completa «libertad judía» (es decir, liberación de los alemanes de manos de los judíos). Su periódico *Reichsherold* [Heraldo del Reich] tenía un tono señaladamente progresista, anticonservador, anticlerical y anticapitalista. Pero aunque predicaba tesis de tipo más

[49] Kurt Wawrzinek: *Die Entstehung der deutschen Antisemitenparteien (1873-1890),* Berlin, 1927, p. 44.

democrático-radical, sus demandas se centraban en una clara diferenciación entre los alemanes, como los señores naturales, y los judíos, que habrían de ser tratados como huéspedes y no deberían ser asimilados. Este antisemitismo «progresista» trabajaba con ideas y métodos muy diferentes a los de la versión conservadora. Stoecker lamentaba su carácter «socialdemocrático». Boeckel mismo habría de romper pronto con la Asociación, que consideraba demasiado conservadora. Al respecto, la oposición entre los intereses latifundistas y minifundistas jugó un importante papel. Tras perder en 1903 su escaño en el Reichstag, Boeckel desapareció del escenario público, muriendo pobre y amargado en 1923, tal y como ocurriera ya antes con Ahlwardt (1914).

Otras organizaciones siguieron cauces análogos. En 1889 Liebermann, de orientación derechista más radical, fundó en Bochum el Partido Antisemita Germano-social. Se alió con el partido de Boeckel en las elecciones de 1890, consiguiendo hasta un total de cinco escaños en el Reichstag: cuatro para el Partido Popular Antisemita, de Boeckel, fundado en Erfurt el año 1890, y uno para el partido de Liebermann. En la segunda vuelta consiguieron incluso el voto de electores liberales y, en algunos casos, de socialistas. Las siguientes elecciones supusieron la coronación de la primera oleada de un antisemitismo político radical, que temporalmente se había liberado del control de los conservadores. De un total aproximado de 400.000 votos conseguidos por los grupos antisemitas, correspondieron dos tercios a los radicales que, posiblemente, aumentaron su éxito a raíz del escándalo promovido en torno a Ahlwardt. Su condenación favoreció los resultados de la agitación, al igual que ocurriera más tarde con los procesos celebrados contra los nacionalistas durante la República de Weimar. Aquí se manifestaba el carácter revolucionario del movimiento, en el que estaban activamente comprometidas personas que nada tenían que perder, individuos muy inclinados a dar crédito a la agitación y a ver confirmada una gran tesis: que el pequeño ciudadano era perseguido por los grandes capitalistas y una Justicia sobornada por ellos, igual que el labriego pierde el pleito frente al «judío usurero», mejor conocedor del complicado mecanismo que preside la administración de la justicia. De aquí arranca un hilo de conexión que, pasando por la condena de una justicia «alejada del pueblo», enlaza con las demandas de reforma de los Tribunales promovidas por los nacionalsocialistas.

Ciertamente, un Ahlwardt «ajusticiado» ganó las elecciones en un distrito agrario y conservador, próximo a Berlín, en pugna con un candidato conservador. No disponía de organización alguna ni de

medios. Sin embargo, viajó incansablemente por las aldeas con el fin de difundir entre los labradores su receta antisemita y antiaristocrática. Su agitación enfilaba a «judíos y latifundistas», a los «parásitos» de la raza, las «fieras» y los «bacilos del cólera». Esgrimiendo argumentos socialistas, atacó a los «explotadores» económicos, que abusaban de la bondad de los germanos. Un eco especial tuvo el dicho de que sin los judíos bastarían la mitad de las leyes. En el arsenal del antisemitismo figuraba también la idea de que el arte y la percepción artística están ligados a la raza. Una vez más, la solución propuesta era la separación total sobre bases racistas. En 1895, y con el apoyo de los conservadores, los antisemitas presentaron en el Reichstag una moción, fundamentada por Ahlwardt, que reclamaba el cierre de fronteras a la inmigración judía. La moción fue derrotada por 51 contra 167 votos. Ello significaba el final casi radical de este movimiento. En lo sucesivo ya no tendría éxito concreto alguno; su progresiva retirada parecía inevitable, así como su completa desaparición del escenario político.

Al mismo tiempo, se puso también de manifiesto que la tentativa de Adolf Stoecker y demás correligionarios de movilizar un antisemitismo «moderado» para la causa de los conservadores no sólo parecía imposible, sino incluso peligrosa para ellos mismos. Esta tentativa trae a la mente la posterior alianza de intereses entre conservadores y nacionalsocialistas y las funestas ilusiones de un control y provecho del radicalismo. La ambivalencia típica del pacto se puso ya de manifiesto en esta primera ocasión. Al igual que Hitler, los antisemitas radicales de los años 90 necesitaban el apoyo de los conservadores. Estos eran, a fin de cuentas, los únicos aliados posibles en la amplia plataforma de la política nacional e imperialista. A su vez, los conservadores recurrieron siempre al apoyo de los antisemitas radicales cuando habían de enfrentarse al régimen en su calidad de oposición: por ejemplo, en la era «liberal» de Bismarck (1875-78), durante la cancillería de Caprivis (1890-94) y en la República de Weimar. Una y otra vez pensaban poder ganarse a los radicales como instrumentos de su manipulación de la pequeña burguesía. A la larga esta táctica resultó funesta. Mantuvo vivo un soterrado antisemitismo, revistió a aquellos radicalismos con el manto de la respetabilidad y, finalmente, posibilitó así el resurgimiento y éxito de un movimiento radical más consecuente y calculador. El hecho de que Alemania no viviera durante este período la conmoción moral de un proceso Dreyfus contribuyó a garantizar la continuidad del antisemitismo, aunque fuera en la esfera subversiva.

La organización más importante del antisemitismo entre los conservadores fue el Partido Social-Cristiano, fundado por Stoecker, el

predicador palaciego, en 1878. Hasta 1881 figuró como «partido obrero», persiguiendo la reincorporación de las clases sociales inferiores en un Estado conservador y cristiano. Objetivo definido de Stoecker (hijo de un sargento e inspector de prisiones) fue la lucha contra el socialismo marxista a base de reformas sociales emprendidas por la acción del Estado. Desde la posición influyente a que había ascendido, Stoecker se encontraba en un serio conflicto entre su deseo de prestigio ante la clase alta (en su calidad de predicador de palacio) y su preocupación por las cuestiones sociales (en su calidad de jefe de la Misión urbana de Berlín). Sus consignas político-sociales desembocaron pronto en una propaganda antisemita, de impacto aparentemente mayor, que pronto rebasó su antiguo marco, convirtiéndose en centro de cristalización de una agitación de masas a base de métodos pseudodemocráticos. El nuevo sentir del momento, que consideraba la democratización como el signo de la época, recibió como respuesta el enfrentamiento con las izquierdas ascendentes de un movimiento de masas derechista.

La tentativa fracasó. Apenas tuvo éxito entre los trabajadores, y algo más, pero poco, en los círculos de clase media. Aquí convergían el odio a los socialdemócratas y el temor al capital «judío», binomio que Stoecker pretendía convertir en la base de su partido. Sin embargo, lo más importante fue la movilización y popularización de las consignas del antisemitismo en los medios conservadores. En este terreno colaboraron otros muchos grupos y organizaciones, sin descartar las asociaciones estudiantiles, como la Asociación de Estudiantes Alemanes, fundada en 1881. Entre los documentos de este período de fermentación figura una serie de peticiones, dirigidas entonces al Emperador, con unas doscientas cincuenta mil firmas: en ellas se reclamaba la liberación alemana del dominio extranjero judío recurriendo al control y exclusión de los judíos de todo quehacer público. Las elecciones generales de este año (1881) estuvieron presididas por el signo de enconadas campañas antisemitas. El mismo Stoecker ocupó un escaño en el Parlamento de 1881 a 1908. Mientras que en la década de los 80 predominó su orientación, la década siguiente estuvo dominada por grupos racistas radicales. Los antisemitas consiguieron hasta 16 escaños en 1893, su mayor triunfo; en 1898 mantenían todavía 13 escaños en el Reichstag. Ciertamente, la tendencia era regresiva: los 13 escaños se redujeron a 11 en 1903 y a 7 en 1912. Sin embargo, nunca dejó de constituir una poderosa fuerza latente. Su influencia persistió, ya que, gracias a la necesidad táctica de cooperación con los conservadores, un grupo con dinero y prestigio se había convertido en avanzadilla demagógica y grupo auxiliar. Por otra parte, los mis-

mos conservadores recogieron en su ideología consignas antisemitas: por ejemplo, en el Congreso del Partido en Berlín el año 1892 (Programa Tivoli). Sobre todo, diversos grupos de intereses del sector agrario, tales como la Federación de Agricultores y la Corporación Nacional de Dependientes, se convirtieron en verdaderos soportes de esta tendencia desde su fundación en 1893. En el lugar de una constelación de partidos moleculares apareció ahora la institucionalización, de profundas raíces sociales, del antisemitismo en el marco de la ideología antimarxista, nacionalista, tradicionalista y corporativista. El año 1893 constituye el inicio de esta importante transición. Fue también el año de la creación de la Asociación Panalemana, surgida con el propósito de ofrecer un frente común ante la constante penetración de «judíos orientales», el nuevo ascenso de los socialdemócratas en las elecciones generales de 1893, y el rumbo tomado por el sucesor de Bismarck, Caprivi.

Análogo curso siguieron los acontecimientos en Austria. Pero aquel acento etnicista, que más tarde distinguiera a Hitler y las primeras manifestaciones nacionalsocialistas, apareció aquí de un modo aún más patente. El desastre de la Bolsa de Viena, ocurrido el año 1873, equivale al inicio del movimiento antisemita. Sin embargo, a los motivos económico-sociales se añadía otro muy especial: el de la lucha nacional germana encaminada a la autoafirmación en un Estado poliétnico cuyas relaciones de poder, trastocadas a raíz de la separación ocurrida en 1866 y la acentuación del nacionalismo de las partes, se habían desplazado en perjuicio de la posición hegemónica germano-austríaca. Desde los comienzos figura también aquí una ideología de la alemanidad, de signo social-cristiano, que encontraría su expresión en la creación de organizaciones de orientación panalemanista, así como en la fusión de diversos grupos obreros en un movimiento nacional antimarxista. Hasta 1901 los panalemanistas obtuvieron un total de 21 escaños en el Parlamento. En calidad de pionero de este movimiento destacó el gran propietario Georg Ritter von Schönerer, un demagogo y orador con garra, que también entusiasmó al joven Hitler. En la década de los 70 apareció por primera vez en el escenario político con un programa de reformas sociales basado en el modelo bismarckiano. Las consignas hablaban de derecho electoral generalizado, reforma de salarios y de horario y derecho a la huelga.

Sin embargo, sus demandas en favor de una justa distribución de rentas y propiedades y su pronunciado anticapitalismo estaban supeditados a un ferviente nacionalismo y a una ideología anti-internacionalista. «Anexión» al Reich de Bismarck, lucha contra la «extranjerización», el movimiento «separación de Roma», un anticlericalis-

mo apoyado por protestantes suizos y alemanes (la llamada «Gustav-Adolf-Verein») y un antisemitismo de profundas raíces racistas junto con el correspondiente antieslavismo: tales eran las convicciones fundamentales de este agitador sumamente influyente. Para él la piedra de toque no era la condición religiosa y sí la racial. Por ello rechazaba sin contemplaciones la asimilación como posible solución. Una idea del nivel de su argumentación puede darla la siguiente consigna suya, que consiguiera una gran popularidad: «La religión da igual. En la raza está la porquería» [50]. Por sus «peculiaridades raciales» los judíos eran culpables de todo lo que parecía amenazador: la corrupción, la prensa anárquica, el liberalismo no nacional y la miseria social provocada por el capitalismo. Schönerer profetizó que los judíos habrían de expiar alguna vez estas culpas en «su propia carne». Sus consignas de lucha culminaron en las demandas de legislación especial para los judíos. Algunos antisemitas austríacos llegaron incluso a pedir en el Parlamento que se pagara una compensación por todo judío muerto a tiros o que el autor recibiera las propiedades del muerto.

Después de apuntarse un éxito electoral en 1901, Schönerer fue eclipsando gradualmente la componente socialista para desembocar en un pangermanismo burgués conservador. Un segundo paladín del antisemitismo germano-nacional fue Karl Lueger, de origen pequeño-burgués. Lueger tuvo una influencia más inmediata aún en Hitler, que habló de él como «el alcalde más imponente de todos los tiempos». Su punto de partida fue el movimiento reformista católico-social, favorecedor de una ordenación social «orgánica», combatiendo, al mismo tiempo, los intereses en las finanzas y el capitalismo, considerados como el dominio de los judíos. Esto significaba una reaparición de la idea medieval. Entonces como ahora el antisemitismo se justificaba sobre bases análogas. El distanciamiento de los judíos de la actividad pública y de las profesiones importantes, e incluso la proclamación de un estado de excepción para los mismos, figuraban entre los puntos más importantes del programa de Lueger que, en su calidad de alcalde sumamente popular, tuvo una gran influencia, sobre todo en Viena. El siguiente capítulo se ocupará de su movimiento, parte integrante de los prolegómenos mismos del nacional-socialismo. Ciertamente, la campaña antisemita seguía un curso más bien regresivo desde comienzos de siglo, incluso en Austria. Varias luchas y disensiones internas caracterizaron su historia posterior.

[50] Cf. Massing: *op. cit.*, p. 241. Gerlach: *op. cit.*, p. 112. Andrew Whiteside: *Austrian National Socialism before 1918*, La Haya, 1962, p. 65. Peter Pulzer: *The Rise of Political Antisemitism in Germany and Austria*, New York, 1964, p. 148.

Lueger moderó su posición mientras que Schönerer vio delimitada su influencia por su consigna «Ruptura con Roma», que el mismo Hitler consideraba un error táctico[51].

Es superficial, sin embargo, la opinión tan generalizada de que los años anteriores a la Primera Guerra Mundial supusieron una reducción de la dinámica y un retroceso del movimiento de odio antisemita. En realidad, su impulso seguía en pie y con matices más agudos. Esto se explica teniendo en cuenta la situación subversiva de las sectas militantes, que cultivaban el antisemitismo como ciencia oculta y con una intensidad casi religiosa. De sus folletos recibió Hitler una profunda y decisiva impresión en sus años de Viena. Tales sectas tuvieron también gran influjo en Alemania. Una de ellas fue la Orden de los Germanos, creada el año 1913 en Munich y convertida luego, el año 1918, en la Sociedad de Thule. La misma figuró también más tarde en la creación del partido de Hitler, influyendo decisivamente en las primeras fases del «movimiento».

Repasando los antecedentes antisemitas del nacionalsocialismo hay que admitir que no tenían ninguna probabilidad de triunfo político antes de la guerra. Los distintos grupos se encontraban internamente escindidos, desunidos en cuanto a sus metas y en desacuerdo incluso acerca del concepto mismo de judío. No tenían ninguna influencia en la legislación. No consiguieron el triunfo para ninguno de sus proyectos de ley y tampoco detuvieron el ulterior proceso de asimilación y emancipación, pese al ruido y la agitación que desataran entre 1873 y comienzos del siguiente siglo. Esto tenía su explicación. Los grupos conservadores, que todavía mantenían posiciones de poder, veían su enemigo número uno en el socialismo y no en el capitalismo «judío». Por otra parte, un período de resurgimiento económico debilitó el descontento de la clase media, facilitando la adaptación a la sociedad industrial. El empuje de la rebelión interior fue desviado hacia el exterior, al campo de la política imperialista y de la expansión económica. Naturalmente, los círculos conservadores utilizaron ocasionalmente el antisemitismo en su provecho, brindándole funestas posibilidades de arraigamiento y desarrollo. Sin embargo, en la práctica política le concedieron un margen muy reducido. Por otra parte, es preciso señalar que, a diferencia de lo que ocurriera en Europa Oriental, en Alemania sólo se produjeron actos de violencia antisemita en raras ocasiones. Naturalmente, la situación cambió después de la llegada de Hitler. Obviamente, el antisemitismo permaneció siempre presente y dispuesto

[51] El mejor análisis de la personalidad de Schönerer y Lueger está contenido en Carl E. Schorske: «Politics in a New Key», en *Journal of Modern History 39* (1967), pp. 346 y 355.

a emprender nueva carrera en cuanto se lo permitieran las crisis políticas o económicas. Luego se producirían las crisis de 1873-1895, de 1918-1923 y de 1930-1933, testigos de un resurgimiento cada vez más encendido de las tendencias antisemitas. Sólo después de convertirse en parte integrante de un movimiento de masas antidemocrático pudo tener también influencia en la política práctica, al mismo tiempo que la oportunidad de una terrible realización de sus bárbaros objetivos.

Antesala del año 1933

Con las anteriores consideraciones de carácter introductorio se ha llegado, pues, a la cuestión de qué circunstancias especiales posibilitaron el ascenso del nacionalsocialismo. A los síntomas de degeneración de la política alemana desde el siglo XIX hubieron de añadirse la fatal situación de partida de la República de Weimar y su crítico desarrollo ulterior. La democracia de 1918 fue responsabilizada del legado de una guerra perdida. La democracia se convirtió en el blanco del ataque general, en el objeto odiado tanto por parte de los elementos restauradores y reaccionarios en el Estado, la economía y la sociedad, como por parte de los cuerpos de voluntarios militantes, las sectas antisemitas y los grupos paramilitares que habrían de fermentar diversos movimientos dictatoriales y revolucionarios. El «fantasma rojo» de una revolución bolchevique hizo otro tanto para aumentar la propensión del Ejército, la burocracia, la burguesía y la economía a tales actitudes. Las fuerzas democráticas dieron, por su parte, muestras de tolerancia con el Estado de derecho liberal. Tuvieron que contar, al mismo tiempo, con una sed de autoridad propia del aparato burocrático del Estado, manifestada una y otra vez en diversos y graves problemas estructurales de la República.

La insistencia en una tradición que era opuesta a las nuevas formas de la democracia se reflejó en diversas formas. He aquí los principales corolarios de dicha incongruencia: el no funcionamiento de la actividad gubernamental en el marco parlamentario; las presiones en favor de un sistema presidencial, que sirviera tanto de «sustituto del Kaiser» como de una especie de dictadura; la escisión e incapacidad de cooperación de los partidos, cuyas posiciones ideológicas y políticas se habían endurecido; el ascenso de movimientos antidemocráticos que, en su calidad de oposición al Estado, estrechaban hasta la saciedad el campo de acción de las coaliciones; la popularización de una filosofía política terrorista, que a la idea del compromiso democrático oponía el principio de amigo-enemigo (Carl

Schmitt) como bárbaro principio de toda política; la militarización del marco extraparlamentario por grupos de combate caracterizados por su militancia; la radicalización de la clase media, tanto en el campo como en la ciudad, como consecuencia de la amenaza económica y social; la proclividad de la burocracia y de la Justicia hacia ideologías ordenadoras de carácter autoritario y jerárquico; finalmente, algo de no poca importancia: el desconfiado aislamiento del ejército frente a la república democrática.

En este contexto se realizó el despliegue del nacionalsocialismo, cristalizándose en un partido de integración de nuevo estilo. El fenómeno en cuestión fue concebido como una versión específicamente alemana del antidemocratismo europeo. Menos todavía se consideró el fascismo italiano como artículo de exportación. He aquí de nuevo las limitaciones para una concepción generalizada del fascismo: en efecto, las distintas coordenadas nacionalistas suponen profundas diferencias de país a país. Tampoco es posible una explicación monocausal basada en supuestos económicos, políticos o ideológicos. El nacionalsocialismo, al igual que Hitler, era un producto directo de la Primera Guerra Mundial, pero su esencia e influencia se derivan de los problemas fundamentales de la historia alemana reciente, que marcaron el calvario del movimiento democrático. La problemática en cuestión se refleja en los siguientes momentos: debilidad de la tradición democrática, así como la poderosa persistencia de estructuras autoritarias en la sociedad y en el Estado antes y después de 1848; la considerable propensión a ideologías imperialistas y nacionalistas, derivada de la tardía e incompleta realización de un Estado nacional; la coyuntura derivada de una derrota inesperada y el consiguiente resultado de la conocida leyenda de la puñalada por la espalda y de la protesta contra la paz de Versalles; la crisis permanente de una República nunca del todo aceptada por la mayoría de la población; los efectos explosivos de la crisis económica mundial sobre un Estado altamente industrializado, escindido social y religiosamente y afectado todavía por residuos tradicionalistas y feudales; hay que destacar también el temor de la pequeña burguesía a hundirse en el proletariado, el miedo al comunismo combinado con los resentimientos y el pánico de una población agraria amenazada por la era industrial; finalmente, debe registrarse aquí que el nacionalsocialismo consiguió sus mayores triunfos electorales primeramente en Baviera y luego en Schleswig-Holstein, territorio eminentemente agrario, y en Baja Sajonia.

Naturalmente, entre las premisas más importantes del nacionalsocialismo hay que mencionar el decisivo papel desempeñado por la glorificación pseudorreligiosa de un *Führer* y su espectacular ascenso. Este movimiento de nuevo estilo estaba estructurado y funcionaba

en completo acuerdo con el principio del caudillaje. La figura central era Adolfo Hitler. Desde una perspectiva psicológico-social Hitler venía a representar al pequeño-burgués fracasado, que trataba de compensar sus complejos de inferioridad a base de radicalismo político y entusiasmo bélico. Su personalidad llevaba el sello de su origen austríaco, las desconcertantes vivencias acumuladas en una ciudad tan cosmopolita como Viena, encrucijada de varios pueblos. También hubieron de condicionar señaladamente su carácter el fracaso experimentado en la profesión y estudios, al igual que la experiencia mesiánica vivida en el «club de soldados de la Guerra Mundial». Todos estos condicionamientos dejaron profunda huella en la misma ideología nacionalista.

Las bases de ésta estaban constituidas por un darwinismo social mostrenco por sus connotaciones nacionalistas y racistas, tal como se predicaba en las publicaciones de diversas sectas radicales. Al mismo tiempo, esta ideología perseguía ganarse el partido de todas las capas sociales mediante una mezcolanza ecléctica de doctrinarismo y política cotidiana. Las viejas consignas del socialismo nacional servían además al siguiente propósito: como sucediera ya con la burguesía, distraer ahora, por medio de un socialimperialismo expansionista, a la clase obrera ascendente de sus demandas y someterla a una dictadura nacionalsocialista. El modelo de la «comunidad del pueblo» fue esgrimido como la nueva panacea de los problemas económicos y sociales en lugar del pluralismo democrático o la lucha de clases. La primacía del pensamiento militar y la doctrina racista como principio de configuración de la política mundial eran los instrumentos con los que debía movilizarse y coordinarse a las masas. Un nacionalismo agresivo, entroncado con la tradición de una conciencia peculiar germana en el corazón de Europa y con el sueño de un gran Imperio alemán, se encargó de popularizar la lucha contra Versalles. El objetivo perseguido era animar la idea de una ampliación del territorio más allá de las fronteras del Estado hasta llegar a las fronteras de la alemanidad, así como la ampliación hacia el Este del «espacio vital» que habría de reservarse para una raza supuestamente superior.

Junto al culto del *Führer,* que encontró su correspondiente eco en las ansias de orden y autoridad de muchos estamentos, el antisemitismo, transportado del plano religioso al social y biológico, se convirtió pronto en criterio de orientación fanática de Hitler y su movimiento. El antisemitismo se prestaba perfectamente para formar esa imagen absoluta del enemigo que todo movimiento totalitario precisa con el fin de dirigir y desviar la agresividad por él movilizada. Un principio fundamental de la ideología nacionalsocialista y de la consiguiente estrategia política fue el derecho del más fuerte, formu-

lado en categorías propias del darwinismo social. El supremo valor era la «acción», glorificada a remolque de la filosofía de la vida. Su primacía sobre la razón explica el carácter no racionalista del nacionalsocialismo. Su meta última era el poder ilimitado por la opresión, hacia adentro y la expansión hacia afuera. En contra de los pronósticos despectivos de los críticos de su época, el despliegue real de la dominación nacionalsocialista en la historia discurrió de completo acuerdo con los primeros planes de Hitler. La historia del nacionalsocialismo es fundamentalmente la historia de su infravaloración.

Lo mismo cabe decir en relación con su triunfo de 1933. El edificio del Tercer Reich se fundamentó en una serie de eficaces maniobras de engaño sin las que Hitler jamás habría accedido al poder. Se justificó como una «revolución legal». Al conjugar tan dispares conceptos, los nacionalsocialistas tuvieron en cuenta tanto las ansias de legitimidad de la población como el deseo de una transformación total en la situación de crisis promovida por la depresión económica. De modo consecuente, Hitler se decidió esta vez por la táctica pseudolegal, después de que su intento de golpe de Estado de 1923 —al igual que el golpe-Kapp de 1920, de matiz reaccionario— fracasara por la repulsión que escondían contra la revolución o un golpe de Estado abierto tanto los funcionarios como, en general, la población creyente en la autoridad. En lugar de recurrir a un golpe contra la República, Hitler aprovechó las posibilidades que las leyes de emergencia de la Constitución de Weimar le brindaban para la liquidación de esa misma Constitución. El camino hacia una dictadura presidencialista fue siempre propagado por los adversarios conservadores de la democracia parlamentaria y, desde 1930, tal postura fue encubierta y promovida por el Presidente del Reich y Mariscal de Campo, Hindenburg, de orientación autoritaria y monárquica. Acabó por liberar al NSDAP del dilema de su condición de partido minoritario, que jamás consiguió más de un tercio de los votos en elecciones libres. La unión de los poderes de excepción con el derecho de disolución del Parlamento federal y nombramiento del Canciller posibilitó una dictadura legal del Presidente del Reich. Hitler llegó al poder con su ayuda y no como caudillo de un gobierno de mayoría.

La rápida implantación de la dictadura habría de realizarse luego con las consignas de una «revolución nacional». Sólo por razones tácticas se decidió Hitler a pactar con los partidos de derecha, con círculos de la industria, del campo y de los militares. Cierto es que ante la amenaza de una seria crisis de partido (1932-33) se mostró muy deferente con los confiados protagonistas de una «concentración nacional» de las derechas en torno a von Papen, hombre de confianza de Hindenburg. Sin embargo, aun cuando permitiera ser

«encuadrado» como Canciller del Reich por varios ministros conservadores, seguía insistiendo en algo más: los poderes dictatoriales. El disfraz de las ambiciones nacionalsocialistas con las consignas de un levantamiento nacional-cristiano suprapartidista tuvo un gran efecto en el gobierno y en la opinión pública, sin impedir al mismo tiempo la política opresora que Hitler aplicó sin contemplaciones con ayuda de sus poderes «legales» y a través de las disposiciones de emergencia de febrero de 1933. Los asociados de Hitler en el poder se creyeron demasiado fuertes en un principio, tratando luego de canalizar la revolución por cauces ordenados. Lo que realmente hicieron fue facilitar su curso pseudolegal. Parecidas circunstancias impulsaron a la oposición conservadora a capitular ante la ley de plenos poderes, así como a los funcionarios a colaborar en el proceso de legalización de la revolución nacionalsocialista. También la izquierda se llamó a engaño, permaneciendo demasiado tiempo como paralizada frente a la nueva situación provocada por la revolución «nacional» y «legal».

Así pues, se trata a fin de cuentas de una serie de errores de decisión evitables los que pusieron el poder en manos de Hitler. Ni la mayoría de la población alemana le prestó jamás su voto libre, ni existían razones imperiosas para la capitulación de la República. Naturalmente, hasta las mismas fuerzas democráticas constituían tan sólo una minoría frente a los partidos totalitarios de comunistas y nacionalsocialistas. Y en medio de tal situación, las capas dirigentes se pasaron en su mayor parte al bando de Hitler después de 1933. Esta propensión de la burguesía hacia el totalitarismo tiene sus razones históricas y su fundamentación derivada de la política del momento. Muy compleja es la historia del acceso al poder, como igualmente complicada es la explicación retrospectiva de los supuestos del nacionalsocialismo. Muchos elementos y factores, difícilmente controlables por el análisis, han actuado en la formación de dicho fenómeno. Son fuerzas que presidieron una tenebrosa «subversión» del desarrollo político y social alemán y europeo. Muy estrechas son las relaciones del fatídico fenómeno hitleriano con una tendencia fundamental de la evolución alemana en los siglos XIX y XX, aunque no pueda identificarse el nacionalsocialismo con la historia alemana. En una mirada retrospectiva, Friedrich Meinecke ha enfocado así la cuestión de los supuestos del nacionalsocialismo y de sus vinculaciones con formas de comportamiento y pensamiento específicamente alemanas:

Siempre se podrá objetar que la ideología maquiavelista y del Estado de poder no ha sido algo privativo de Alemania. Se dirá que entre nosotros, los alemanes, se predicó quizá más abiertamente, aunque no se practicó con

mayor celo. Todo ello es muy exacto. Sin embargo, lo específicamente alemán fue precisamente la franqueza y ausencia de medidas encubridoras, su clara conciencia e intensidad por principio, la alegría por la brutalidad de las consecuencias, la inclinación a convertir en modelo filosófico lo que en un principio se situaba en el plano meramente práctico. Esto fue lo específicamente alemán y lo funesto para el futuro, una vez que estas ideas, en principio meramente teóricas, se transformaron en armas del poder. La idea alemana del Estado de poder, cuya historia se inicia con Hegel, habría de encontrar en Hitler su más amarga y fatídica sublimación y explotación [52].

[52] *Die deutsche Katastrophe,* Wiesbaden, 1946, p. 28.

Capítulo 2

GENESIS DEL MOVIMIENTO NACIONALSOCIALISTA

Antecedentes austríacos

Ya a finales del pasado siglo se encontraba abonado el terreno para los movimientos políticos que figuran entre los precursores inmediatos del nacionalsocialismo. Los partidos antisemitas, populistas, nacional-sociales y cristiano-sociales surgidos desde la década de los setenta fueron más bien pequeños y poco estables. Sin embargo, su ruidosa propaganda fue penetrando cada vez más en la conciencia política. Tal propaganda no dejó de influir tampoco en los grandes partidos de la derecha, conservadores y liberales, entre los que se acariciaba como parte de la ideología burguesa el nacionalismo, el «alemanismo» maniático, la exaltación del Estado y las ambiciones imperiales. La guerra se encargó de fomentar considerablemente tales tendencias y de contribuir a su difusión. Este trasfondo general y la peculiar prehistoria de los movimientos radicales extremistas actuaron conjuntamente en la fundamentación y surgimiento del nacionalsocialismo.

En realidad, tampoco el Partido Obrero Alemán, en el que se alistó Hitler en Munich el año 1919, era algo completamente nuevo. Su creación y ulterior progreso están íntimamente relacionados con la derrota militar y la situación revolucionaria de 1918-19. Sin embargo, no puede concebírselo sin el trasfondo general del desarrollo intelectual, político y social del nacionalismo germano-austríaco. Fue

uno de los numerosos contramovimientos —antisemita, antioccidental, antieslavo— que, escindidos internamente, acompañaron la entrada de los alemanes en el siglo XX. Al igual que Hitler, deben estudiarse en el contexto de los conflictos nacionalistas y económico-sociales de Austro-Hungría, un Estado en decadencia, mosaico de pueblos. Aquí surgieron también los precursores más evidentes, cuyo campo de operaciones más antiguo estuvo constituido por los territorios fronterizos germano-checos de Bohemia y Moravia. La lucha de nacionalidades, librada por ambos bandos con creciente saña, se agudizó y complicó más todavía como consecuencia de los conflictos sociales derivados de la crisis de adaptación al proceso de industrialización. La reforma de 1867 de la doble monarquía no resolvió el problema checo que, a comienzos de siglo, había adquirido ya caracteres dramáticos.

Mientras las pretensiones alemanas de dominio se estrellaban contra el nacionalismo checo y la dinámica social chocaba con la política, Austria se hacía eco de las consignas de Schönerer y Lueger. Con ayuda de los sindicatos católicos, Lueger logró convertir rápidamente a su partido cristiano-social en el más poderoso, junto con el partido socialdemócrata, que contaba con los mismos años de vida. En su calidad de movimiento de la pequeña burguesía católica, el partido critiano-social se oponía al liberalismo y al capitalismo. Descubría en éste un materialismo ajeno al cristianismo, un individualismo excesivo y, sobre todo, una desmedida influencia de los judíos. El antisemitismo de los cristiano-sociales estaba determinado por motivaciones religiosas y socio-económicas, al igual que sucedía con el movimiento cristiano-social de Stoecker en Berlín. Este era de filiación protestante y mucho más modesto; y era también un fenómeno pasajero, ya que en Alemania el «socialismo» católico se encontraba absorbido por el partido del centro. Esgrimiendo la doble amenaza socialismo-capitalismo, los cristiano-sociales supieron movilizar al artesanado, al pequeño comercio y a la industria ligera a base de consignas antisemitas y nacional-sociales. Ramificaciones tales como el Partido Burgués Germano-antisemita, fundado en Viena el año 1911, combinaron estos llamamientos antisemitas con diversas consignas nacionalistas.

Estas tendencias arraigaron también en un sector de los trabajadores[1]. Por su parte, las organizaciones sindicales democráticas —conmovidas a su vez por el impacto de la contienda entre checos

[1] Acerca de la problemática general cf. Otto Bauer: *Die Nationalitätenfrage und die österreichische Sozialdemokratie,* 2.ª ed., Viena, 1924. Hans Mommsen: *Die Sozialdemokratie und die Nationalitätenfrage im habsburgischen Vielvölkerstaat,* Viena, 1963.

y alemanes y por la separación de los sindicatos checos— tuvieron que presenciar la aparición de fracciones disidentes que proclamaban un socialismo sin internacionalismo. Los objetivos de estos últimos se basaban en una reordenación social igualitaria, anticapitalista y anticlerical. Al mismo tiempo, proclamaban la lucha contra cualquier influencia no alemana: por ejemplo, la checa o la judía. Con ello, estos «socialistas nacionales», situados entre los cristiano-sociales y los socialdemócratas, trataban de conquistar el apoyo de los trabajadores en favor de una «comunidad del pueblo» organizada según normas socialistas y animada de un profundo nacionalismo. La lucha de emancipación de los checos contribuyó a acelerar la marcha de los acontecimientos. Poco después del cambio de siglo, y tras la decepción ocasionada por el viraje que Schönerer diera hacia el conservadurismo, los territorios cada vez más industrializados de Bohemia y Moravia fueron testigos de la creación de un Partido Obrero Alemán que demandaba la lucha contra la «extranjerización» [2] y que se oponía principalmente a la invasión de trabajadores checos procedentes del campo; despreciados éstos por su nivel de vida más modesto, suponían, por otra parte, una incómoda competencia a causa de sus demandas salariales más reducidas. Muy frecuentemente se convertían en «rompedores» de huelgas, como ocurriera en la famosa de 1900. Todo esto constituía una amenaza contra la que el socialismo supranacional, de orientación austromarxista, resultaba impotente; parecía reclamar, pues, la creación de una organización socialista germano-nacional.

En este dilema del socialismo frente al problema de las nacionalidades radicó, en realidad, uno de los fundamentos más importantes del temprano nacionalsocialismo. Por lo mismo, resultaría demasiado unilateral ver en él únicamente el reflejo de la reacción campesina y pequeño-burguesa frente al proceso de modernización e industrialización. La presunción de que el concepto socialista de la conciencia de clase no prestaba suficiente consideración a la conciencia de prestigio y de nación del trabajador alemán determinó la orientación nacionalista (anticheca) y antisemita (anticapitalista) de este «socialismo» de nuevo cuño. Algunos críticos opinan que es preciso reconocer aquí cierta culpabilidad de la socialdemocracia que, al parecer, acentuó demasiado la teoría racional de la lucha de clases sin prestar suficiente atención a la realidad de las necesidades y sentimientos nacionales. Se trataba de un problema de significación trascendental, que habría de promover el debate sobre la emigración después de 1933 y la crítica del régimen multipartidista des-

[2] Andrew G. Whiteside: *Austrian National Socialism, op. cit.*, p. 37.

pués de 1945. La socialdemocracia checa, por el contrario, logró dominar mejor el caudal de fuerzas nacionalistas, enmarcándolas en un cuadro más elástico. La situación fronteriza y las crisis de adaptación constituyeron ya antes de 1900 el punto de partida para un «socialismo nacional» en la Bohemia alemana. Con ello, la rivalidad económico-social adquirió matices ideológicos y etnicistas, radicalizándose políticamente. Los comienzos lo constituyeron la escisión de los sindicatos de Bohemia y Moravia y la formación de una organización sindical checa. En 1898 surgió un partido «nacionalsocialista» checo y en 1904 se creó en Trautenau (Bohemia) el Partido Obrero Alemán (DAP) [3]. Se apoyaba éste en grupos obreros de orientación germano-nacionalista cuya capital era Linz, ciudad en la que por entonces Hitler interrumpía sus estudios escolares, llevados con escasa brillantez.

Desde el punto de vista sociológico, el nuevo partido podía figurar como partido obrero, pese a que una serie de pequeño-burgueses venidos a menos, así como grupos de artesanos, desempeñaran en él cierto papel. No pocos procedían de las filas de la socialdemocracia, de modo muy análogo a lo que sucediera en su partido gemelo checo, que también predicaba la cooperación nacional de los checos por encima de las diferencias de clase. El primer programa del partido, en Trautenau, refleja la procedencia proletaria y el sello específicamente germano-bohemio del DAP. Contenía una notable amalgama de ideas socialistas, anticapitalistas, anticlericales y antifeudales mezcladas con consignas nacionalistas y antimarxistas. En el fondo latía la convicción de que la concepción marxista de la solidaridad proletaria internacional beneficiaba a los checos. De ahí, la creación de este «partido nacional libre, que combate con empeño los propósitos reaccionarios, los privilegios feudales, clericales y capitalistas así como cualquier influencia extranjera». El partido perseguía «la organización política y económica del pueblo trabajador alemán» para el triunfo de los «intereses de las grandes masas del pueblo». En el programa, términos tales como «libre», «socialista» y también «democrático» desempeñan todavía un importante papel. Sus partidarios, sin embargo, no tardaron en llamarse a sí mismos simplemente nacionalsocialistas. Su exigencia fundamental era que los intereses de la nación «germano-alemana» se antepusieran a los del individuo o de la clase. Mucho más equívoca aparece, en cambio, la postura frente a cuestiones como el orden político y social, la propiedad privada, la configuración del Estado, la soberanía popular, los dere-

[3] Para más detalles, *op. cit.*, p. 72. Además: J. W. Brügel: *Tschechen und Deutsche 1918-1938*, Munich, 1967.

chos fundamentales y la igualdad política y económica. Las interpretaciones democráticas alternan con las de carácter autoritario y el partido aparece orientado, ora a la izquierda, ora a la derecha. Las diferencias dependían fundamentalmente de la procedencia y personalidad de cada jefe.

Los fundadores y primeros adeptos del Partido Obrero Alemán (DAP) eran trabajadores, maestros y oficiales, sindicalistas procedentes en su mayoría de minas y fábricas textiles modestas, y también personal de los ferrocarriles, sector éste en el que se registraron fuertes conflictos con motivo del problema del bilingüismo, practicado desde el día de la nacionalización en el año 1877. Entre los pioneros figuraban el encuadernador de libros Ludwig Vogel, de Brüx, y el obrero Franz Stein, de Eger, que ya desde 1893 había mantenido contacto con las organizaciones de Schönerer en su calidad de fundador de la Federación Nacional Alemana de Trabajadores, que más tarde habría de convertirse en la Federación de Trabadores Alemanes Germania. En 1899 Stein había organizado un congreso nacional de trabajadores en Eger. Veinte años antes de Hitler se elaboró aquí un «programa de 25 puntos», en el cual se reclamaba la igualdad de derechos del trabajador con todos sus «colegas del pueblo», la nacionalización de los grandes grupos industriales, de las minas y ferrocarriles, y la protección del obrero cualificado ante la penetración de mano de obra checa no cualificada. La tónica dominante era todavía la «comunidad popular» democrática radical, de sello socialista. Con todo, uno de los asistentes al congreso fundacional solicitó en medio de grandes ovaciones el envío de una misiva de salutación a Schönerer. Era el capataz de obras Hans Knirsch nacido en Moravia; trasladado a la sazón de Linz a Eger, desde 1918 fue dirigente del Partido Nacionalsocialista de los Alemanes de los Sudetes y uno de los precursores de Konrad Henlein. Otro pionero del DAP en los Sudetes fue el oficial de imprenta y más tarde impresor Ferdinand Burschowsky, de Hohenstadt, en Moravia. Había sido también escritor y editor del órgano mensual, de orientación nacionalista, *Der deutsche Gehilfe* [El oficial alemán], titulado desde 1898 *Der deutsche Arbeiter* [El trabajador alemán].

Todos esgrimían la tesis de que la causa fundamental de la miseria social era la inmigración checa en las ciudades de los Sudetes. La única fórmula que prometía salvación era una síntesis de nacionalismo y socialismo, tomados ambos en un sentido radical. Precisamente esta simple convicción de que no sólo eran idénticas la cuestión nacional y la social sino de que era necesario combatir el capitalismo antisocialista habría de conducir a la separación del movimiento «burgués» de Schönerer y a la constitución de un par-

tido autónomo. En la práctica todo se quedó en una serie de protestas contra la anterior política del partido y en demandas de bipartición de Bohemia y trato preferencial de los trabajadores alemanes por parte de los industriales germano-bohemios. El DAP no salió precisamente reforzado de la enorme trama de conexiones, fusiones, tensiones y rivalidades con sus correligionarios cristiano-sociales, sociales o panalemanistas, que con tanta frecuencia se repiten en los prolegómenos del nacionalsocialismo. Todavía en 1907 sólo pudo reclutar unos pocos miles de votantes en toda Bohemia.

Unicamente con el ingreso en el partido del doctor Walter Riehl, empleado en la Administración, se inició cierto auge. Su abuelo había sido parlamentario demócrata radical. Riehl había sido miembro de la socialdemocracia y era el hábil escritor, orador y organizador que el partido necesitaba para ampliar su influencia. Todavía en 1908 se consideraba un socialista revisionista, que esperaba la transformación de los socialdemócratas en socialistas nacionales. A través del diario *Reichenberger Zeitung* había proclamado la necesidad de que los trabajadores alemanes de Bohemia fuesen «socialistas conscientes de su clase», pero también «socialistas conscientes de su nación», exigiendo asimismo la transformación de la socialdemocracia en un partido nacional-socialista. Bajo el impacto de la lucha germano-checa en torno al problema de las nacionalidades, Riehl empezó a trabajar para el DAP un año después. Su primer objetivo fue hacer llegar el partido a la burguesía alemana y movilizar la opinión pública contra la «extranjerización» checa. Su ideal era movilizar todas las clases sociales en favor de la libertad nacional y la justicia social. A esta causa se dedicó sin tregua, tanto más cuanto que fue despedido de su puesto oficial en 1910 a causa de sus actividades políticas. Organizó agrupaciones de jóvenes nacional-socialistas, buscó la discusión en asambleas masivas, en las que no faltó la violencia física, y desplegó una gran campaña publicitaria de agitación. Las elecciones de 1911 aportaron al partido una victoria sobre los panalemanistas, aunque el número de votos conseguidos (26.000) era todavía reducido y las fuerzas aún muy dispersas.

La evolución posterior se encuentra presidida por el propósito de configurar la ideología y el programa del partido con el fin de acceder a sectores más amplios. Este fue el anhelo de Rudolf Jung, ingeniero de ferrocarriles, que en 1910 ingresó en el DAP. Procedía de Iglau, una isla idiomática llena de tensiones nacionalistas que surgían principalmente entre el personal alemán y checo del sector ferroviario. (Más tarde habrían de desempeñar también los empleados de ferrocarriles un importante papel en Munich, el año 1919.) Jung fue despedido de su puesto por razones de agitación política.

Desde 1910 fue empleado del partido, dedicándose a la elaboración de las bases teóricas del mismo. En colaboración con Riehl redactó el programa del Congreso del Partido en Iglau (1913), en el cual se exponía con mayor relieve el contraste entre el marxismo internacional y el socialismo nacional y se formulaban con menos escrúpulos los ataques contra el capitalismo, la socialdemocracia, los judíos y otros pueblos extranjeros. Sin embargo, a diferencia de lo que se registraba en el extremismo burgués, aquí el antisemitismo ocupaba un segundo plano frente a las consignas antieslavas, anticlericales y anticapitalistas.

Naturalmente, los objetivos concretos del «movimiento», según empezara a denominarse desde ahora, seguían apareciendo muy confusos. El programa reclamaba una «reforma positivamente creadora» a base de una «socialización de los monopolios» y la «repulsa de los ingresos no derivados del trabajo»: la guerra al vasallaje del interés. La lucha de clases internacional, auténtica autodestrucción del pueblo, habría de sustituirse por una «comunidad popular» contra «pueblos extraños». En vano se busca en el programa detalles de la «reforma» o incluso una efectiva teoría del Estado y de la sociedad. Tan sólo aparecían con claridad las contraposiciones y resentimientos sobre los que se apoyaban sus adeptos. Los fundamentos eran irracionales, una combinación de llamamientos al odio y a la ambición.

El último programa del DAP antes de estallar la guerra es un documento característico de la actitud nacional-socialista ante la teoría política. En esencia, se trata de un profundo eclecticismo y oportunismo. Se esgrimían los argumentos más heterogéneos, incluso contradictorios, manejándolos sin atender para nada al contexto histórico-político. Se perseguía primordialmente encender las pasiones. La coherencia o la lógica de los argumentos pasaban a un segundo plano. Esto se aplica con mayor razón al nuevo programa elaborado por Jung para el siguiente congreso en Viena, durante el mes de agosto de 1918. Durante la guerra, el DAP se entregó a un patriotismo militante y no descolló políticamente, pese a que Jung fuera dispensado del servicio militar. Durante el verano de 1918 el partido dio el último paso para constituirse en catalizador declarado de todas las clases sociales. Se llamó oficialmente Partido Obrero Nacionalsocialista Alemán (DNSAP), destacando expresamente que el término «obrero» no equivalía ya a una denominación de clase, sino a un título honorífico de todos los «productores».

En medio de la derrota alemana y austríaca —que afectó seriamente a la célula central (bohemia) del partido, separada ahora de su propio Estado— coronó Jung su «obra teórica» hacía tanto tiempo proyectada. Apareció el año 1919 en Aussig bajo el título *Der*

Nationale Sozialismus, sein Werdegang und seine Ziele [El Socialismo Nacional, desarrollo y metas]. La introducción anunciaba que el libro quería ser para el socialismo nacional lo que fuera *Das Kapital* para el socialismo marxista. En pomposo estilo y con abundancia de confusos tópicos ofrece una repetición de las ideas estereotipadas del movimiento nacionalista junto con un fuerte énfasis en los objetivos socialistas. El punto de partida era la protesta por la destrucción de la cultura auténticamente alemana a manos de la influencia extranjera: civilización moderna, «mammonismo», trabajo a sueldo e intereses del capital, democracia liberal y marxismo. En el fondo de todo ello descubría Jung la acción de los judíos que, deseosos de hegemonía mundial, dominaban el capitalismo, la democracia liberal y el socialismo marxista. El punto de partida, la posición (o mejor, antiposición) inicial estaba nítidamente definida. Pero, una vez más, la imagen concreta del nuevo socialismo nacional no pasaba de constituir un vago conglomerado de consignas llenas de patetismo. Naturalmente, la redacción del texto era mucho más detallada, al mismo tiempo que utilizaba un cuadro de conceptos que más tarde habría de incorporarse a la ideología y programas del movimiento de Hitler: el principio de «la utilidad común frente al provecho propio», la primacía de la nación frente al individuo o la clase, la evasión ante las palpitantes cuestiones del moderno Estado industrial refugiándose en concepciones autoritarias, imperialistas, militaristas y corporativas dentro de un marco declaradamente romántico.

Con todo, aquella ideología irracional y violenta escondía una sustancia netamente revolucionaria. No era una simple expresión de tendencias reaccionarias. Su cuna se encontraba en el mundo de los trabajadores y sindicatos, aunque con el despliegue del movimiento hitleriano habría de tender progresivamente sus tentáculos al campesinado, a la clase media y los militares. Como intento de movilización de las masas y de amplia «renovación» del Estado y de la sociedad, aquel acento revolucionario nunca perdió su dominio en la actitud de lucha, llena de odios, contra todo lo «extranjero», contra los «semihombres» que eran checos y judíos. Dominaba asimismo en la racionalización de los resentimientos nacionales y sociales por medio de la teoría nacionalista-popular y en las reivindicaciones encaminadas a la implantación de una alemanidad «superior». La solución propuesta no tenía en cuenta el equilibrio, una estabilización conservadora del «statu quo» o una restauración del Estado preindustrial, sino la expulsión violenta, la extensión del espacio vital, la liquidación forzosa de la competencia extranjera y la garantía de intereses del «trabajador» alemán, de cualquier clase social, en una

«comunidad popular» compacta, libre de conflictos en su interior y fuerte hacia el exterior. Toda la filosofía de Jung llevaba el sello inconfundible de la problemática multinacional de los alemanes de los Sudetes, que quieren el socialismo, aunque, en realidad, se sienten más unidos a su propia burguesía alemana que al proletariado checo. En efecto, el problema de las minorías aparece como uno de los puntos de partida del nacionalismo junto con la guerra y la derrota.

Ciertamente, aún no habían surgido dirigentes carismáticos. Todavía el «movimiento» era un fenómeno regional vinculado a una serie de condiciones particulares y problemas peculiares, tales como las presiones migratorias, la competencia laboral y la inseguridad social. Difícilmente puede apreciarse la influencia concreta de este movimiento en la formación y reconfiguración de grupos nacionalsocialistas y populistas después de 1918. Sin embargo, es probable que Hitler, durante su estancia en Viena, o quizá incluso en Linz, tomara contacto con dicho movimiento. Tras el fracaso del plan de autodeterminación para la Bohemia Alemana con la firma del tratado de paz de Saint Germain (1919), pese a que así lo reclamaban todos los partidos, la organización se escindió en dos: Jung y Knirsch permanecieron en Checoslovaquia, mientras que Riehl se encargaría de la célula germano-austríaca. Riehl concentró sus esfuerzos en la propaganda encaminada a conseguir la unión con Alemania. De todos modos, ya en 1920 se celebró en Salzburgo la primera asamblea conjunta con el nuevo partido muniqués NSDAP de Hitler, quien pronunció sendos discursos en Linz y Viena. Durante algún tiempo fue Riehl quien dirigió las labores de coordinación desde su cuartel central en Viena. Sin embargo, desde 1923 se impuso Hitler. Comenzó entonces la supeditación de los nacionalsocialistas austríacos a los grupos alemanes, más fuertes ahora que aquéllos, lo cual era una consecuencia lógica del programa de unificación *(Anschluss)*. Ya en 1923 hubo de retirarse Riehl de su puesto durante una sesión celebrada en Salzburgo. En una conferencia general celebrada en Munich, y a la cabeza de un NSDAP reestructurado, Hitler se hizo en 1926 con el mando total de los nacionalsocialistas, tanto austríacos como alemanes. Su programa de 25 puntos tendría aplicación general.

Así pues, la «prehistoria» austríaca del nacionalsocialismo desembocó de esta manera en la historia alemana del movimiento hitleriano. Sólo la concurrencia del advenimiento de Hitler y las singulares condiciones de una organización nacionalsocialista en la Alemania de la posguerra posibilitó una evolución tal que en poco tiempo una pequeña secta se convertiría en potencia política. Ahora bien, sin aquella prehistoria no puede comprenderse tampoco el fenómeno alemán del nacionalsocialismo. Esto y más cabe afirmar

todavía en el caso del mismo Hitler, que, nacido a caballo entre Austria y Alemania, aunó las formas más extremas del radicalismo étnico y propaló sus consignas en el revuelto mundo político de la sociedad alemana de posguerra.

Adolfo Hitler

El nacionalsocialismo, su triunfo sobre la República de Weimar y su realización en el Tercer Reich se encuentran tan ligados a la vida de Adolfo Hitler que ambos suelen ser equiparados. Se ha llamado al nacionalsocialismo hitlerismo y se ha afirmado que el nacionalsocialismo «no es otra cosa que la proyección de la voluntad de un hombre, Adolfo Hitler, al campo de las ideas y de las palabras», que aquél ha nacido y muerto con Hitler [4]. Sin duda, el ascenso, triunfo y caída del nacionalsocialismo no pueden concebirse sin Hitler. Pero el fenómeno total del mismo representa algo más que una gran equivocación de adeptos engañados por el poder demoníaco de un individuo. Hemos tratado de apuntar y anotar la órbita intelectual y política de las corrientes históricas que desembocaron en el río del nacionalsocialismo y posibilitaron la carrera de Hitler. Su biografía hay que situarla sobre el trasfondo de la Austria de finales del siglo XIX y comienzos del XX. Su auge político hay que enmarcarlo en la historia alemana y europea de la posguerra, con sus crisis intelectuales y sociales.

Ni Hitler ni sus más íntimos colaboradores, tales como el ideólogo principal Alfred Rosenberg o el primer hombre del exterminio judío, Reinhard Heydrich, satisfacen los postulados biológicos nacionalsocialistas con sus primeros requisitos: culto a la raza y pasaporte genealógico. Los datos oficiales se limitaban a una información muy escasa, que apenas iba más allá de la fecha de nacimiento de Hitler. Apenas habría bastado para proporcionar aquella «mínima prueba aria», que luego exigiría de sus subordinados. La investigación crítica ha echado también por tierra la leyenda autofabricada por Hitler sobre su juventud, propia de un genio ambicioso aunque frenado por impedimentos externos. Más interesantes son todavía las muchas cuestiones que aún permanecen sin respuesta adecuada [5], empezando con el nombre y origen del aduanero austríaco, Alois Hitler. Adolfo fue su cuarto hijo, nacido en terceras nupcias el 20 de abril de 1889 en la villa fronteriza de Braunau, junto al Inn. El apellido es posi-

[4] Helmuth Heiber: *Adolf Hitler,* Berlin, 1960, p. 157.

[5] Al respecto, cf. en especial los estudios de Franz Jetzinger y Werner Maser.

blemente de origen checo. La familia procedía de un territorio próximo a Bohemia. Sin embargo, también este punto está oscuro. A la edad de cuarenta años (1876) su padre, hijo natural de María Anna Schicklgruber, muchacha de servicio, había cambiado su apellido original, Schicklgruber, por el de Hitler. Su padre permaneció desconocido. Al parecer, María Schicklgruber se trajo de la ciudad al niño Alois, casándose cinco años después, a la edad de cuarenta y siete años, con un oficial molinero no muy diligente de nombre Hiedler. Treinta años después de la muerte de su madre, y veinte después de la de Hiedler, Alois Schicklgruber, gracias a una manipulación ilegal de su tío de adopción y con ayuda de un ingenuo cura párroco, consiguió la legitimación deseada, que creía necesaria para su carrera de funcionario de aduanas.

Así pues, ni Hitler ni su padre merecían propiamente el apellido. Posteriores rumores y cábalas, que se apoderaron incluso de altos dirigentes del nacionalsocialismo [6], hablaban de que muy probablemente Adolfo Hitler tenía un abuelo judío, explicándose la radicalización de su antisemitismo precisamente por un patológico complejo de represión. Ciertamente, la investigación no ha llegado a resultados completamente fidedignos. Ha concluido más bien con la sospecha de que el hijo del último amo de la abuela Schicklgruber llevó en Graz el apellido Frankenberger —no necesariamente judío— y que pudiera ser, en efecto, el padre.

Tales especulaciones no son, por otra parte, necesarias; y son tan sensacionalistas como cuestionables ya que, sin querer, están impregnadas de superstición racista. La historia de su juventud y de su carrera profesional, especialmente los años decisivos de Viena, explican suficientemente la evolución psíquica e intelectual de Adolfo Hitler. Creció en un ambiente de existencia económicamente asegurada, la propia de un funcionario modesto de aduanas, y no pasó tantas vicisitudes como ha querido afirmar la leyenda. La casa donde naciera, de flamante aspecto, las propiedades y la pensión de su padre demuestran que las ulteriores penurias de Hitler se debieron a él mismo. El padre no era un alcohólico desenfrenado, tal como afirmaba su hijo: era más bien un hombre de buena carrera, con mentalidad relativamente progresista. La madre atendía con esmero el hogar y los hijos, aunque parece ser que no supo dar a aquéllos una educación conveniente. El tono de autocompasión con el que Hitler explica su fracaso profesional invocando el «destino» de su juventud —descripción que culmina en la conmovedora historieta del huér-

[6] En especial: Hans Frank, *Im Angesicht des Galgens,* Munich, 1953, p. 330.

fano que habría de abandonar el hogar para ganarse el pan— es artificial y no corresponde a la realidad.

En 1892 su familia se trasladó de Braunau a Passau y en 1894 a Linz. Allí obtuvo su padre la jubilación. A continuación explotó una pequeña granja en Trauntal, estableciéndose definitivamente el año 1898 en Leonding, cerca de Linz, donde adquirió una pequeña mansión. Tampoco tiene fundamento el significado simbólico que en *Mein Kampf* atribuye a su lugar de nacimiento, Braunau, donde, al parecer, el librero Palm hubo de pagar su patriotismo antinapoleónico con el fusilamiento en el año 1812. Más bien fueron la ciudad bávara de Passau, en la frontera, y más todavía Linz, capital de la Alta Austria, las que le proporcionaron las primeras impresiones importantes. Su paso por el instituto de aquella localidad, después de repetir el primer curso y tras su intento de traslado en 1905 a Steyr con el fin de seguir el cuarto curso, terminó en un desastre. Las notas certificaban pereza y escaso rendimiento no sólo en matemáticas y taquigrafía sino también en alemán. Esto último vino a corroborarse más tarde en el estilo del que luego sería el *Führer*. En contra de sus afirmaciones en *Mein Kampf*, sus notas en Historia y Geografía eran simples aprobados. Unicamente descollaba en gimnasia y dibujo. Un maestro suyo hablaba de él como poco plurifacético, veleidoso, arbitrario, porfiado, testarudo, falto de perseverancia en sus intereses y, al mismo tiempo, ávido de poder.

Tras la temprana muerte de su padre (1903), la madre «premió» el fracaso académico de su hijo con dos años y medio de ociosidad (1905-1907) colmados de holgazanería, fantasías de juventud, amagos de artista y afición al teatro. En estos momentos, es decir, de los dieciséis a los dieciocho años, empiezan a perfilarse los rasgos que habrían de distinguir al futuro demagogo y fanático de la política: un egocentrismo total hasta llegar a la autocompasión histérica, necesidad de poder expresarse sin verse enfrentado a contradicción alguna y una gran obsesión por futuros proyectos, tan «gigantescos» como faltos de escrúpulos, en tremenda contradicción con su permanente desgana e incapacidad para el desempeño de una tarea dura o, incluso, de una profesión. Nada de verdad hay en sus afirmaciones acerca de una seria afección pulmonar con las que quiso explicar el nuevo rumbo de su vida. Uno de los párrafos de *Mein Kampf* delata sobradamente su fracaso escolar: «De pronto, una enfermedad vino en mi auxilio...». Se trataba más bien de una nueva forma de existencia que, tras su fracaso académico, le agradaba bastante. La irresponsable dejadez de los años subsiguientes, en Viena, es también una consecuencia de esta época. No es verdad, en absoluto, que «madre miseria» le lanzase a la vida vienesa. Incluso tras la

muerte de su condescendiente madre, a finales de 1907, Adolfo y su hermana Paula se encontraban atendidos financieramente.

Uno de los capítulos fundamentales de la leyenda de Hitler habla de que ya a los diecisiete años tuvo que ganarse el propio sustento y que por ello hubo de trasladarse a la corrompida urbe vienesa. La verdad es que precisamente por aquella época (1906) su madre le pagó un viaje de recreo a Viena que duró varias semanas. Durante este tiempo se dedicó a ir al teatro —sobre todo, las adoradas óperas wagnerianas— y a visitar la capital. El año siguiente lo derrochó igualmente, bien atendido, en el hogar materno de Linz. Ni la formación profesional ni los estudios intranquilizaban esta existencia. Su «trabajo» consistía en dibujos ocasionales, preocupado por una fantástica reestructuración de la ciudad de Linz. Con ello anunciaba ya sus extravagantes ambiciones de arquitecto del Tercer Reich. Estas fantasías de juventud vuelven a resucitar en sus «gigantescos» planes de reconstrucción para la ciudad de Linz tras su ocupación en 1938. Así pues, ya en los años anteriores a su residencia en Viena se va perfilando la vida de aquel solitario «soñador poco amigo del trabajo», que posteriores investigaciones han esclarecido suficientemente. Uno de los episodios que se conservan, ocurrido el año 1906, es muy elocuente al respecto. Tras la compra de un billete de lotería, Hitler acarició el proyecto de un grandioso complejo dedicado al estudio, con cocinera y ama de casa selecta, con el fin de asegurarse a sí mismo y a su amigo el músico Kubizek la comodidad y las musas necesarias para el cultivo del «arte alemán» y la creación de un círculo de «estudiosos del arte». Más tarde diría Kubizek sin disimular su amistad: «Adolfo Hitler sabía planear tan maravillosamente bien y acariciar tanto el futuro que habría podido escucharle indefinidamente» [7]. Digno de tenerse en cuenta es también el ataque de rabia con el que reaccionó ante la noticia de que no había ganado nada, de lo que era culpable «todo el orden social constituido». Esta anécdota es un precioso anticipo del Hitler más maduro.

No llegaremos mucho más allá manejando especulaciones varias sobre crisis de la pubertad, sobre complejos de Edipo, amores imposibles, etc. Más bien parece razonable que los parientes animasen al joven desocupado a deponer su actitud de resistencia ante toda idea «rastrera de ganarse el pan» y emprender una formación profesional cualquiera. Su tentativa de asistir a la Academia de Bellas Artes fracasó, sin embargo, en el examen de admisión (septiembre de 1907). Hitler, empero, no sacó la consecuencia lógica de elegir otra profe-

[7] August Kubizek: *Adolf Hitler mein Jugendfreund,* Gratz, 1953. Una postura crítica sobre el tema: F. Jetzinger, *op. cit.,* p. 166.

sión. Siguió viviendo en Viena con el fin de poder continuar una cómoda existencia en calidad de supuesto «estudiante de arte», sin necesidad de decirle la verdad a su madre enferma. Tampoco la muerte de la madre pudo sumir a Hitler en la pobreza. Disfrutó de una herencia respetable, aparte de la pensión de huérfano que percibió hasta los veintitrés años simulando la condición de estudiante. Parece que a esto se añadió más tarde el legado nada despreciable de una tía suya. En fin, una serie de realidades que cantan las mentiras de su autobiografía.

En contra de la autoglorificación de *Mein Kampf,* el joven Hitler, de diecinueve años de edad, apenas se encontraba perfilado políticamente. Era tan «nacional» como correspondía a las simpatías germano-nacionalistas del ambiente de Linz (el amigo de esta época, August Kubizek, era de origen checo). Sus conocimientos, incluso de su tan cacareada Historia, eran modestos. El mismo profesor de Historia durante la época de Linz, Pötsch, tan ensalzado en *Mein Kampf,* se distanció de esta leyenda en la década de los 30. Hitler no tenía tampoco grandes conocimientos ni fuertes convicciones sobre el «problema judío». La familia tenía un médico judío al que Hitler enviaba desde Viena tarjetas ilustradas por él mismo. Varias veces recibió de él regalos en forma de dinero. Tras la anexión de Austria por Alemania *(Anschluss)* en 1938 lo envió, naturalmente, al exilio. En medio de estas realidades hay que aquilatar las afirmaciones de Hitler de que ya en Linz aprendió a «comprender y entender el sentido mismo de la historia», que la lucha austríaca por su nacionalidad le enseñó a descubrir el sentido de la historia universal en la lucha por «lo nacional-popular» [*Volkstum*], en el triunfo del «nacionalismo del pueblo» (*Mein Kampf,* págs. 8 y sigs.). Ahora bien, algunos rasgos del comportamiento y del pensamiento de Hitler, adquiridos durante sus cinco años y medio de estancia en Viena, podían apreciarse ya en las peroratas y planes fantásticos durante su residencia en Linz, a tenor de los testimonios de su paciente amigo Kubizek. Viena, Munich y la Primera Guerra Mundial fueron las subsiguientes experiencias que habrían de dar consistencia al pasado y colmarlo de un cúmulo de impulsos y contenidos que tanto habrían de determinar la carrera política de Hitler.

No lo llevaron a Viena la «penuria y la dura realidad», sino la huida del trabajo y de la profesión y los deseos de continuar la anterior existencia de «artista en ciernes», que ya no era posible bajo la vigilancia de sus parientes de Linz. Pronto habría de invitar a su sufrido amigo Kubizek a que le siguiera. Los meses siguientes transcurrieron poblados de asistencia casi diaria al teatro, recorridos por la ciudad, preparación de melodramas y proyectos monumentales de

construcciones de todo tipo. Kubizek, que hasta entonces nada sabía del fracaso académico de su amigo, al igual que la propia familia de Hitler, estudió durante algún tiempo en el conservatorio de música. Así pues, el estilo de vida que Hitler llevara en Linz seguía en pie. Más que nunca —según él mismo confesaba con orgullo— era dueño y señor de sus horas. La dura existencia del «peón», obligado a ganarse «el pan de cada día», es tan sólo una de tantas leyendas verdaderamente conmovedoras que aparecen en su autobiografía. Pero fue en este ambiente donde aquel estudiante fracasado, que por entonces comenzó a adornarse con el título de «pintor» o incluso «escritor», fue lanzado a la marea de esas ideologías y corrientes políticas que entre 1909 y 1913 le brindaron las ideas e impulsos decisivos para su ulterior carrera. Los conflictos socio-políticos y la misma atmósfera vienesa le suministraron material suficiente para una crítica radical. La inconciliable discrepancia entre sus reivindicaciones, ambiciones o fantasías y la amarga realidad impulsaron al joven Hitler a la asimilación y superación de la crítica de la época. Era la misma situación que, en la conmocionada sociedad alemana de la posguerra, habría de impulsar hacia las mesiánicas doctrinas de la extrema derecha a una gran parte del sector pequeño-burgués, amenazado en su propia dignidad. Es una repetición más de la escapada psico-social a dogmas políticos irracionales, que se alimentan del odio y del miedo, exigiendo la solución de su conflicto con la realidad en un «orden nuevo» total.

El rechazo de la segunda solicitud de admisión en la Academia de Bellas Artes, en otoño de 1908, parece haber significado un importante cambio. Se disolvió la amistad con Kubizek, y el sendero de Hitler se hundió en el inframundo vienés de los sin hogar (1908-1909) y de los asilos (1910-1913). Ciertamente, la pensión de huérfano y demás envíos de sus parientes siguieron llegando, y también hubo de aportar algo el duro «trabajo» del que nos quiere convencer *Mein Kampf*. Empero, Hitler se lanzó a las consignas políticas y sociales de la época. La cita con la política transcurrió de forma análoga a la que anteriormente tuviera con el arte. En contra de sus afirmaciones, Hitler no leyó libros de importancia y tampoco se debatió con la problemática política y social de su contorno. Aquella caricatura política, obtenida de panfletos prestados o casualmente adquiridos y de una generalización de impresiones subjetivas, exponentes claros de su fracaso personal, habría de dominar casi sin variaciones la vida y obra de Hitler.

Mientras que su único trabajo consistía ocasionalmente en la copia e ilustración de tarjetas postales, que sus compañeros de asilo vendían por él, aquel joven de veinte años fue tejiendo su *Welt-*

anschauung a base de misteriosos materiales. La quintaesencia venía a reducirse a un nacionalismo extremo y a un antisemitismo racista radical. Una detallada investigación se ha encargado de suministrarnos una idea del género de lecturas que impulsaron a Hitler a dedicarse a la política[8]. Entre ellas figuraba una revista folletinesca, de venta en todos los quioscos vieneses desde 1905 y de gran difusión, que llevaba por título el sonoro nombre de la diosa germánica de la primavera, *Ostara.* Esta revista predicaba la mitológica historia racista, tan excéntrica como sangrienta, de un ex-fraile, de nombre Adolf Lanz (1874-1954). Se hacía llamar Lanz von Liebenfels e intentó fundar una orden de varones, integrada por «arios» rubios y de ojos azules. El «castillo de la orden» se hallaba en Werfenstein (Baja Austria) y su adquisición le había sido facilitada por industriales admiradores suyos. Ya en 1907 había izado Lanz allí la bandera con la cruz gamada como símbolo del movimiento de lucha ario. Lo que este extravagante fundador de una religión heroica «aria» ofrecía a sus adeptos en su gran obra *Theozoologie* [Teozoología], 1904, era una abstrusa mezcla animada de un racismo sublimado religiosamente. Así fue configurando Hitler su imagen política del mundo. Al parecer, en 1909 se dirigió personalmente a Lanz solicitando algunos ejemplares para completar la colección de *Ostara.* Estas y análogas fantasías de la «clandestinidad y bajos fondos europeos», así como más tarde el movimiento Ludendorff, influyeron en el espíritu de Hitler. Aquí se dibujaba ya la doctrina dogmática de la lucha de razas y la ideología de exterminio e higiene del Estado de las SS, todo ello fruto de una burda exageración de la filosofía darwinista de la lucha por la existencia y de la teoría del hombre y de la raza superiores *[Herrenmensch* y *Herrenrasse],* cuyos fundamentos eran ideas fragmentarias tomadas aquí y allá de Gobineau, Nietzsche y H. St. Chamberlain. El esquema era muy sencillo: una raza rubia superior de «arioheroicos» se encuentra en lucha con razas inferiores mixtas cuya destrucción es un mandamiento histórico-político. Todo «deshonor racial» habrá de impedirse de modo draconiano. La raza superior deberá multiplicarse mediante la «higiene racial», la poligamia y la planificación. Finalmente, la esterilización, los trabajos forzados y la liquidación sistemática solucionarán definitivamente el problema.

Tales panfletos ofrecían una peligrosa lectura al veleidoso joven, que nada tenía que objetar pese a que, según su propia confesión, se opusiera a todo ello durante muchos años la herencia liberal y bur-

[8] W. Daim: *Der Mann, der Hitler die Ideen gab,* Munich, 1958. En relación con el fondo religioso cf. Friedrich Heer: *Der Glaube des Adolf Hitler,* Munich, 1968.

guesa de sus padres. El significado de estas lecturas cobró más importancia todavía en medio de las vivencias recogidas en las esferas más bajas de una ciudad que era un auténtico mosaico de pueblos. Igualmente, su encuentro con el socialismo marxista tampoco estuvo presidido por un debate profundo, como afirmara luego Hitler, sino por puras impresiones subjetivas. Sus detalles no los conocemos todavía, aunque se puede adelantar que estaban claramente presididas por la petulancia de artista, a la cual seguía aferrándose Hitler, pero coloreada ahora con un tinte social y político. En *Mein Kampf* figura un pasaje que por su exagerado colorido ayuda a ilustrar la personalidad del autor y el contenido de su *Weltanschauung:* «Por aquel entonces leía mucho y, además, detenidamente» (Hitler nunca indica concretamente sus lecturas. Sus «libros» son precisamente, según él mismo observa a propósito de la génesis de su antisemitismo [página 59], panfletos de carácter polémico que compraba por «unas pocas perras»). «El tiempo que me dejaba libre el trabajo lo dedicaba completamente al estudio. En pocos años me fabriqué los fundamentos de mi saber que aún disfruto. Durante este tiempo elaboré una imagen del mundo y una *Weltanschauung* que habrían de convertirse en el granítico fundamento de mi quehacer de entonces. Aparte de lo ya acumulado muy poco tuve que aprender. Y modificar, nada» (pág. 25).

Sólo Hitler podía afirmar tales cosas acerca de sus impresiones a la edad de veinte años. Del nivel de sus «estudios» en Viena (que fundamentalmente consistían en interminables debates del ocioso sabelotodo con los compañeros de asilo) y también de la esencia de su ulterior filosofía nacional-socialista nos habla todo esto con más elocuencia que cualquier análisis histórico. Lo que Hitler «aprendió» aquí —pronto lo elevaría a la categoría de una filosofía ficticia en lugar del verdadero saber— fue simplemente el «politiqueo» maniático, egocentrista, quimérico y, sin embargo, dirigido a causar efecto, aunque fuera aprovechando los instintos de las masas. Fue una carrera que de las veladas vespertinas en el asilo habría de desembocar en los monólogos del gran demagogo.

Junto a la leyenda, inventada por él mismo, del peón de la construcción que de pronto ve clara la realidad del marxismo y de sus «inspiradores judíos», juega también un importante papel su inspiración en el movimiento antisemita de Georg Ritter von Schönerer, el gran nacionalista. El significado de este movimiento difícilmente puede calibrarse. Sin embargo, las consignas nacionalistas de este movimiento social antihabsburguiano y, al mismo tiempo, antimarxista, versión austríaca de un «socialismo alemán» marcadamente nacional, constituyen, sin duda, uno de los fundamentos del nacionalsocialis-

mo. Sirvieron a Hitler de armazón para sus resentimientos, convertidos de personales y sociales en políticos, contra un orden social que se resistía a hacerse eco de sus continuadas ambiciones y fantasías de pubertad.

A menudo se ha descrito el contenido de aquellas ideas que Hitler habría de constituir en el «fundamento granítico» de su ulterior comportamiento. Dicho contenido se agotaba en una crítica global y declaración de guerra a la tolerancia y a la burguesía mundial, la democracia y el parlamentarismo, el marxismo y los judíos. Todos estos elementos, colocados groseramente en un mismo plano, eran catalogados luego como los males fundamentales de la Humanidad. Pero la médula de su ideología, la única convicción «auténtica» de su vida, tan fanáticamente mantenida como realizada, era ya desde ahora el antisemitismo. El esquema grandiosamente simplista del bien y del mal, transportado al plano biológico-racista, servía de principio general explicativo de la política y la historia universales. El odio fanático de Hitler a los judíos se resiste a toda explicación racional, ni puede calibrarse tampoco a base de criterios políticos o pragmáticos. El hecho de que todo un pueblo le siguiera y estuviera dispuesto a brindarle una cuadrilla de verdugos demuestra únicamente que no se trata aquí simplemente de un insondable enigma personal, sino de una terrible propensión del nacionalismo moderno, cuya necesidad de discriminación y destrucción frente a todo lo «extranjero» constituye una de las fuerzas fundamentales del antisemitismo.

Los rasgos «psicopáticos» de la filosofía de Hitler son claramente reconocibles en esta misma fase. La envidia social del fracasado, la experiencia del contraste entre las altas metas soñadas y la pobreza del desempleado por culpa propia contribuyeron a lo mismo. El mismo Nietzsche, del que tanto se ha abusado, consideraba el antisemitismo como la filosofía del «quiero y no puedo». Rumores no confirmados hablan de que a raíz de sus malas experiencias con cierto judío vendedor de sus tarjetas, Hitler llegó a la conclusión de que el hombre creador —es decir, él mismo como pintor— es engañado siempre en su trabajo por el judío mercader, hombre rebuscado y de mucho mundo, erigido además en imprescindible. Estos resentimientos personales pudieron muy bien contribuir a la racionalización de una perversión sentimental contra los judíos. Al mismo tiempo, Hitler se había convertido en un «nacionalista fanático». En su sublimación más acabada, la ideología nacionalista se apodera del frenesí de las masas, adoptando el carácter de una psicosis colectiva para la que el exterminio del enemigo significa la salvación y la felicidad propias. La atmósfera antisemita de Viena brindó al eclecticismo de Hitler el fuerte armazón en el que el nacionalismo militante podía

ser llevado a sus últimas consecuencias. Los judíos son culpables de todas las desgracias. Sólo en la lucha despiadada contra ellos radica la salvación del pueblo e incluso del mundo entero: aquí habría de basarse más tarde el nacionalismo y también el imperialismo de Hitler, que justificaba la violenta expansión imperialista invocando la misión mundial de la lucha alemana contra el «judaísmo internacional». En su calidad de Canciller del Reich, Hitler destacó ante gente de su confianza que «hubo de servirse del nacionalismo por razones del momento», añadiendo que siempre había estado seguro de que, con el tiempo, este concepto liberal-democrático habría de «desaparecer de nuevo, para ser sustituido por el de raza, todavía por estrenar en política» [9].

Así, el «estudio» y la «dura escuela» de la época vienesa, que Hitler consideró fundamento de toda su carrera, dotaron al joven de aquella formación, incompleta, unilateral y chabacana, que constituye una de las más peligrosas componentes de las fuerzas destructoras de nuestro tiempo. No se dedicó nunca con perseverancia al trabajo y a la formación y así fue como el inspirado autodidacta jamás penetró verdaderamente en la problemática de la época. Sus profundos e infatigables «debates» globales con el marxismo y la democracia no son otra cosa que tópicos generales, pese a su maniática reiteración. En *Mein Kampf* describe una vez el método de lecturas y estudio que le proporcionó esta pseudoformación propia de un charlatán: en efecto, dice que siempre supo separar inmediatamente la «ganga», el «lastre inútil» de lo verdaderamente «valioso» con el fin de ratificar «la imagen que, de algún modo, ya estaba ahí». El resultado fue un saber parcial y parcialista cuya fluida expresión podía incluso asombrar al auditorio. Era un «cerebro en compartimientos estancos» (Heiberg) incapaz de comprender relaciones de conjunto. Así llegó a la satisfacción de sus «autoambiciones» (Daim) de pubertad, a una estructura de pensamiento cuya simplicidad habría de acreditarse más tarde. Once años después Hitler confesaba con orgullo ante el Tribunal de Munich: «Salí de Viena hecho todo un antisemita, enemigo mortal de toda la filosofía marxista, panalemanista en mis convicciones políticas...» (pág. 130).

En mayo de 1913 Hitler hace inesperadamente su aparición en Munich. Es decir, un año más tarde de lo que afirma en *Mein Kampf,* después de un vagabundeo misterioso, prolongado durante más de cinco años. Las razones de su abrupta y encubierta desaparición estuvieron durante algún tiempo poco claras. Se creyó que todo se debía a su repugnancia por el Estado de los Habsburgos y a su nostalgia

[9] Hermann Rauschning: *Gespräche mit Hitler,* Zürich, 1940, p. 218.

de Munich, ciudad de las Artes. Sin embargo, hace algunos años se descubrió algo mantenido cuidadosamente encubierto. Es un episodio que no se aviene mucho con el ideólogo de la lucha y ulterior «mariscal de campo genial». En efecto, muy a diferencia de sus vituperados marxistas y judíos a quienes injuriaba como apátridas, Hitler eludió el deber de revista y alistamiento militares que se cumplía entre 1909 y 1910. Fue un deber más en la lista de obligaciones incumplidas. Al igual que todas sus grandes «decisiones» —salida de la escuela, marcha a Viena, a la guerra, a la política, de nuevo a la guerra y, finalmente, al egoísmo decadente— la retirada a Munich fue una huida más: esta vez, del servicio militar. Esto queda demostrado también por el hecho de que Hitler, muchacho de veinticuatro años de edad que, en realidad, fue ciudadano austríaco hasta 1925, se declarase «apátrida». A las pesquisas de las autoridades austríacas, que condujeron incluso a su detención provisional y traslado a Salzburgo, respondió confesando muy sumisamente sus penurias. Verdaderamente, sólo por su mal estado de salud se libró del alistamiento y el castigo correspondiente. El extenso pliego de descargo que escribió a las autoridades de Linz es casi un «borrador de *Mein Kampf*» (Jetzinger), en el cual aquel bien cuidado haragán de Linz se autocompadece ahora, en 1914, del siguiente modo: «Nunca he conocido esa palabra tan hermosa que es juventud.» La historia de este incómodo asunto para el futuro *Führer* —cuyos testimonios escritos ya se preocupó de hacer buscar tras la incorporación de Austria— demuestra el carácter poco sincero, al tiempo que cobarde, de Hitler. Demuestra también la mendacidad de su filosofía, cuyos rigurosos criterios sólo eran válidos para los demás.

Con todo, la época de Munich no fue mejor que los años de Viena. La venta de malos cuadros no prometía gran cosa, ni tampoco el futuro en Alemania. En estas circunstancias el estallido de la Primera Guerra Mundial significó casi la salvación. El azar quiso que se conservara una fotografía en la que se ve a Hitler entusiasmado entre la multitud de la Plaza del Odeón con su sombrero de artista en alto, vitoreando la declaración de guerra. El entusiasmo general le liberó de su futil y fracasada existencia. Sin precisar esfuerzo o decisión propia, aquel entusiasmo lo sacó de los azares del artista y del frecuentador de cafés, generalmente incapaz de relaciones humanas normales. En calidad de voluntario, se incorporaba ahora a un orden nuevo, que, a diferencia de la barata camaradería del asilo vienés, satisfacía sus deseos de prestigio social y nacional. El hecho de que se alistara en el ejército alemán, y no en el austríaco, fue luego transfigurado simbólicamente, justificándolo con vituperios contra los Habsburgos. Todo esto, sin embargo, no guarda

mucha consistencia lógica con sus ulteriores críticas a la Alemania guillermina. Su retorno a un círculo formado sólo por hombres determinó decisivamente el estilo de su vida y actitudes. Hitler había topado en su camino con la tan invocada «Providencia»: «Aquellos momentos se me antojaban como la salvación de las enfadosas sensiblerías de la juventud..., de forma que, embargado por un profundo entusiasmo, me hinqué de rodillas, dando gracias al cielo de todo corazón» (pág. 177). La guerra aparecía como el final de todos los problemas en una sociedad en la que no se sentía a gusto y a la que, en medio de su egocentrismo, culpaba de sus propios fracasos. Aquí, y no en la patética sentencia de 1918 «Pero yo decidí hacerme político», radica el viraje fundamental: la guerra, subversión de todos los valores, y la lucha, como madre de todas las cosas, determinan toda la vida futura de Hitler. La prolongación de la guerra, tan convulsivamente reclamada aún después de concertarse la paz, fue el primer propósito y la base de la actividad de Hitler en medio de las crisis y atmósfera guerrera de la República de Weimar.

Los años de la guerra contienen poco digno de mención. En su calidad de ordenanza del regimiento, Hitler sólo llegó a cabo, pese a lo cual tuvo ocasión de distinguirse. No bebía, no fumaba, era aficionado a las golosinas, patriota modelo e impugnador empedernido de judíos, marxistas y derrotistas. Todo ello hacía que destacase entre los demás soldados. El «idealismo» señaladamente ascético y heroico, la tendencia a lo incondicionalmente radical, la repulsa de placeres «bajos» y eróticos, el imperativo de ser mejor que los demás y de ofrendar la vida privada a una «idea superior»..., todo esto había asomado ya en sus planes y monólogos de Linz. Aun cuando las realidades fueron otras, Hitler permitió más tarde que sobre estas inclinaciones suyas se montara el mito fascinante de un semidiós, liberado de los defectos y penurias humanas. Lo cual no era otra cosa, en el fondo, que una huida, la «huida a la leyenda» (Heiden).

Así, el orden bélico y las «vivencias del frente», dotadas de una jerarquía militar de mandos y valores bien definida y simple, fue lo que estableció para siempre la brújula de orientación de Hitler. Todo ello hizo del joven veleidoso, que había sido incapaz de enfrentarse con las reglas de la vida civil, el fanático inflexible de sus simplistas ideas de orden y combate. Este modelo se enseñoreó más tarde del partido, de la «comunidad del pueblo» en pie de guerra y del mismo principio del caudillaje, pasando luego al plano político e incluso al intelectual. Por ello, la noticia de la derrota de Alemania —que Hitler recibió en la enfermería de Pasewalk, donde había sido internado con una intoxicación de gases— no sólo afectó al herido patrio-

tismo del soldado, sino, en realidad, a su misma existencia. Sobre su suerte pendía el retorno a la miseria interior y exterior de los años de preguerra. La guerra no podía haber concluido; y como Hitler estaba convencido ya de que fue militarmente perdida por el fallo general y la «puñalada» asestada a la patria por parte de judíos y marxistas, era preciso hacer honor a esta convicción (compartida por otros muchos) prosiguiendo la lucha interiormente. Para Hitler este propósito «nacional» cobró un significado existencial. Tras los bienvenidos acontecimientos de 1914, la vida profesional y privada de Hitler, de treinta años de edad, que nada había aprendido y que no poseía lazo familiar alguno, se encontraba estrechamente asociada e incluso identificada con la prolongación del estado de guerra. Aquí se encuentra la explicación de esa fanática energía con que acabaría erigiendo la guerra permanente en ideal. Tal era su única visión de la política como profesión: es decir, instrumento de despliegue de poder, capaz de posibilitar y llevar a cabo una nueva guerra hasta el éxito definitivo.

Tampoco el ingreso de Hitler en la política fue el consecuente resultado de su poder de decisión, como cuenta la leyenda en *Mein Kampf*. De nuevo se trató de una huida de las reglas y orden que supone una vida de trabajo. De nuevo fueron los acontecimientos los encargados de impulsarlo a una decisión a la que se adhirió con todas sus fuerzas. En un principio hizo muy poco para llevar a la práctica su resolución, tan dramáticamente adoptada el 9 de noviembre de 1918, de «hacerse político». Reincorporado a su unidad en Munich, siguió prefiriendo la seguridad de la vida militar a la azarosa existencia civil. Fue entonces cuando vivió el efímero fogonazo de la República Soviética de Munich, en abril de 1919, y cuando por primera vez en su vida tuvo ocasión de ejercitar una función política. Por su celo «nacional» al servicio de una comisión investigadora para la depuración de la tropa de elementos revolucionarios, el cabo Hitler exhibió a los ojos de sus superiores suficientes cualidades para ser nombrado «oficial instructor» y asumir la tarea de formación nacionalista y vigilancia de sus propios compañeros. En este mismo contexto hay que situar su toma de contacto con grupos de orientación derechista. En su calidad de informante, el mes de septiembre de 1919 tuvo ocasión de asistir a la asamblea que en una cervecería muniquesa celebraba uno de los muchos y nuevos partidos de la derecha, el Partido Obrero Alemán. Fue esta casualidad la encargada de hacer historia y decidir los derroteros de Hitler. Ciertamente, lo que Hitler encontró aquí no era más que una reunión poco interesante de sediciosos y aficionados a la política bajo la dirección del cerrajero Anton Drexler, congregados en torno al discurso del ingeniero Gottfried

Feder sobre la liquidación del capitalismo y de los intereses del capital, no con categorías marxistas, sino nacionales. Pero Hitler se sentía a la altura de tan accesible público, necesitaba de tales reuniones, como en Linz y Viena. Sin esfuerzo alguno de su parte se le comunicó más tarde su admisión en el partido y así quedaron las cosas: como camarada núm. 55 y séptimo miembro del comité del partido. Pese a su incapacidad de iniciativa propia o incluso para fundar un partido. Hitler se entregó de lleno al nuevo papel de político activo, tanto más cuanto que la decisión había sido tomada sin su propio esfuerzo. Según las disposiciones militares del Pacto de Versalles, su permanencia en el Ejército no podía ya durar mucho tiempo. El partido, pues, le ofrecía el campo de acción en el que esperaba conjugar las ideas de su época vienesa con el modelo disciplinado de la guerra. Esperaba aprovechar lo poco que había «aprendido» para asegurarse de una vez su existencia material, y confiaba también en poder compensar con creces el temor ante las demandas de una tarea civil, de una vida en la que había fracasado.

Problemas de la revolución y la República

Para los Estados y pueblos de Europa el año 1918 tiene un significado que va más allá de la historia de la Primera Guerra Mundial. En pocos meses el equilibrio internacional había experimentado decisivas transformaciones, surgieron nuevos Estados y las fronteras sufrieron cambios radicales. Por otra parte, la estructura interna de los diferentes Estados europeos sufrió una conmoción duradera, incoándose un cambio revolucionario de los sistemas social y político. Las profundas modificaciones de la situación interior y exterior van desde la Revolución de Octubre en Rusia a la implantación de regímenes democráticos en todos los demás países europeos.

El desenlace de la Primera Guerra Mundial fue unas veces combatido y otras ensalzado como el triunfo de la democracia. Mientras que el año 1914 había en Europa tan sólo tres repúblicas democráticas junto a diecisiete monarquías, a finales de la guerra se contaba con igual número de repúblicas y monarquías (trece). La tendencia a la democratización, con o sin superestructura monárquica, parecía incontenible. Sin embargo, las apariencias engañaban. Pocos años después la evolución era regresiva. En el mismo triunfo de la democracia se escondía la crisis. Veinte años más tarde era necesario constatar que la democracia sólo se había afirmado en nueve Estados europeos —seis monarquías y tres repúblicas— antes de que la

guerra hitleriana destruyese sus últimos bastiones. El desarrollo de regímenes autoritarios y dictatoriales se encontraba ya en embrión cuando se fundaron las democracias de posguerra.

Los precipitados acontecimientos de 1918 pueden enmarcarse así en cuatro contextos diferentes. Primero, la solución militar y el final de una guerra de extensión y dureza hasta entonces desconocidas. Su resultado más visible fue: Segundo, el desmoronamiento interno del sistema autoritario en Rusia, Austro-Hungría y Alemania. En su lugar surgen: Tercero, Estados nacionales de Constitución democrática. Sin embargo, en el seno de los problemas no resueltos de la ordenación posbélica aparecen: Cuatro, movimientos y regímenes totalitarios de nuevo cuño, que unas veces son revolucionarios y democrático-radicales (Unión Soviética) y, en la mayoría de los casos, nacionalistas y antidemocráticos. El desenlace de la guerra desencadenó una doble evolución: originó una oleada de democratización y, al mismo tiempo, marcó el punto de partida de contra-movimientos. En breve, éstos derrocaron las nuevas democracias con excepción de Finlandia y Checoslovaquia: así ocurrió en Rusia, Estados bálticos, Hungría, Polonia, países balcánicos, Italia, Austria, España y Portugal. Incluso en las viejas democracias de Inglaterra y, sobre todo, de Francia aparecieron síntomas de crisis.

Entre estos Estados, Alemania ocupa una posición tan peculiar como típica: típica, porque la precipitada rapidez del cambio en la situación alemana refleja con especial nitidez la problemática general de la época; y peculiar, porque en el desarrollo de la República democrática a partir de formas propias del Estado monárquico autoritario aparecen varios rasgos característicos. Todo ello tenía su explicación histórica. El Estado nacional alemán fue creado desde arriba el año 1871. El Reich de Bismarck surgió de las cenizas de la fracasada intentona de fundir Prusia y Austria en una democracia nacional. El «Segundo Reich» trabajó en tres frentes, que habrían de conducirlo a la ruina: un Estado nacional inconcluso, la discrepancia existente entre la modernización económico-estatal y la modesta democratización vigente y, por último, los problemas internacionales derivados de las reivindicaciones alemanas de gran potencia. El itinerario hacia la contienda es algo más que un mero encadenamiento de azares desgraciados. Fue también el lógico corolario de un problema nacional e imperial pendiente de solución. Al mismo tiempo, fue la consecuencia de la interna debilidad de un sistema bismarckiano sin Bismarck, con un nuevo Kaiser «perdonavidas» y una burguesía «nada política», que había capitulado frente al rumbo triunfante del «Canciller de hierro».

Los gravámenes de la guerra y su crítica agudización arrastraron finalmente esta estructura defectuosa a la dictadura militar —al menos, en el terreno práctico— de Hindenburg y Ludendorff. Sólo después del fracaso de aquélla, en otoño de 1918, el sistema habría de tambalearse, abriéndose una brecha para la democratización y el parlamentarismo. Desde 1917 los partidos del centro y de la izquierda habían preparado esta evolución en el seno de un comité que abarcaba varias fracciones; pero fue el desastre militar y la revolución lo que permitió la irrupción de un nuevo sistema constitucional, deseoso de aplicar los principios y experiencias del moderno constitucionalismo democrático.

El resultado fue la Constitución de Weimar, que el 31 de julio de 1919 fue aceptada por una gran mayoría de la Asamblea Nacional en el Teatro Nacional de Weimar. El camino que condujo a la nueva Constitución estuvo colmado de problemas. Pronto pudo verse que ni siquiera una Constitución tan esmeradamente concebida como aquélla podría ajustarse a la realidad política si la conciencia pública y la evolución interna quedaban rezagadas o incluso enfrentadas con respecto a la democratización externa del Estado. Precisamente, esta misma problemática se escondía tras los acontecimientos de 1918. Tres importantes momentos habían de incidir fatalmente en las nuevas estructuras y en la existencia de una República democrática en Alemania: el repentino enfrentamiento de una opinión pública, nada preparada, a la nueva realidad; el pacto de los nuevos dirigentes de la política con el viejo Ejército, y, finalmente, la consecuente demolición de la revolución antes de haber podido facilitar una profunda transformación de la estructura de poder en el plano político-social. De nuevo fracasó, pues, la tentativa de implantar una tradición democrática a partir de un proceso purificador y de la experiencia consciente de una revolución coronada por el éxito. Tuvo mayor fuerza la necesidad de una rápida restauración del orden y la necesidad de estabilizar la situación, aunque ello comportara una renuncia a formas de democratización más consecuentes y una vuelta a estructuras de comportamiento y de conciencia periclitadas.

Los problemas fundamentales de la época bismarckiana no desaparecieron bajo aquella Constitución democrático-parlamentaria, que hizo su aparición bajo el signo de la derrota y de una «revolución a medias». Ciertamente, el Reich de Bismarck se había mostrado incapaz de afrontar la pesada carga que había supuesto la guerra. Y también es cierto que el parlamentarismo de 1918 contaba ya con algún antecedente, aunque no lo pareciera así. Ya antes de la guerra se habían constituido mayorías parlamentarias que, naturalmente, no pudieron formar gobierno, aunque sí ejercer su influencia en la polí-

tica gubernamental. Al estallar la guerra, el Reichstag se sometió primeramente al Kaiser y luego al Mando militar. La creciente toma de conciencia del Parlamento (Reichstag) se manifiesta en la resolución de paz de julio de 1917, así como en su participación en el cambio de gobierno de octubre de 1917. Fue, sin embargo, desgraciado el hecho de que en importantes decisiones políticas —como todavía al concertarse el Tratado de Brest-Litowsk (marzo de 1918)— se siguieran los dictámenes de los militares. Sólo cuando, al producirse la derrota de finales de septiembre de 1918, Ludendorff cambiara bruscamente la consigna de «paz victoriosa» por sus demandas en favor de la apertura de negociaciones, éste abrió las puertas al parlamentarismo, aunque por razones tácticas.

Así pues, en los comienzos mismos del parlamentarismo figura un acto dictatorial del mando militar, y también la derrota. Estas circunstancias situaron de entrada a la democracia en una penosa situación. Lo que no pudieron conseguir el Parlamento y los partidos fue inaugurado desde arriba e impulsado luego por la revolución. Ciertamente, los tiempos habían madurado ya y las bases estaban suficientemente sentadas. Diez días antes de la revolución se había realizado prácticamente la transición hacia un sistema de gobierno parlamentario. Sin embargo, esto no llegaba ya a tiempo de detener el desarrollo revolucionario, el cual arrastró consigo a la monarquía después de que Guillermo II retardara su abdicación. El pacto de príncipes de 1871 ya no funcionaba, y fueron cayendo sin resistencia alguna los monarcas alemanes. Aun cuando la socialdemocracia no lo hubiese pretendido, muy difícilmente habría podido salvarse la monarquía desafiando la marcha misma de los acontecimientos. Todo ello no podría haberse evitado, aun cuando el Kaiser y sus consejeros hubieran sido más hábiles y aun cuando el heredero hubiese poseído mejores dotes. Por otra parte, en una monarquía parlamentaria la posición de las otras Casas Reales habría constituido un problema manifiestamente insoluble, habida cuenta de todas sus anacrónicas reivindicaciones de soberanía. Así pues, el paso a la República no fue un azaroso y desgraciado incidente atribuible, por ejemplo, a la precipitación de Scheidemann, como puede leerse todavía en los libros de texto de Historia. Cuando en la tarde del 9 de noviembre de 1918 Scheidemann proclamó la República, ésta era ya realidad consumada en Baviera y otras latitudes. Su reconocimiento obedecía más bien al propósito de controlar las imponderables tendencias de la revolución.

En aquellas jornadas las concepciones relativas a la sociedad y al Estado seguían caminos muy divergentes. Las mismas no admiten

el común denominador democracia-bolchevismo. A los movimientos de la izquierda radical inspirados parcialmente en el ejemplo soviético se enfrentaron pronto otras ideologías de tipo reaccionario y de la derecha radical en la línea de los movimientos de defensa y cuerpos de voluntarios. En medio de estos extremos trataban de abrirse paso las distintas concepciones democráticas, que defendían desde el Estado de Consejos (soviético), de orientación democrática radical, al Estado corporativo, de tendencia cristiana y conservadora. Desde una perspectiva jurídico-estatal, el que Friedrich Ebert asumiera las funciones de la Cancillería el 9 de noviembre de 1918 constituyó, sin duda, una brecha revolucionaria. El Consejo de Delegados del Pueblo representaba un gobierno de transición cuya constitucionalidad apenas podía definirse. Como se encontraba bajo la dirección del partido más fuerte, el socialdemócrata (SPD), podía reivindicar la encarnación misma del triunfo de la democracia. Sin embargo, la verdad es que aquel gobierno descansaba sobre las bases de una legitimación revolucionaria. El Consejo de Delegados del Pueblo se consideró producto y reflejo de la revolución política y social. Al menos, mientras fue apoyado por los partidos SPD y USPD.

Naturalmente, a raíz de la retirada del USPD (29 de diciembre), pronto pudo comprobarse que aquel gobierno tenía como enemigos no a los viejos poderes, sino a una continuación y ampliación de la revolución bajo el signo de tendencias democrático-radicales y de la extrema izquierda. Los dirigentes de la socialdemocracia lograron implantar el compromiso entre viejas y nuevas formas, la solución parlamentaria, incluso en el seno de los Consejos de Obreros y Soldados, representantes de la revolución, el mes de diciembre de 1918. Esta decisión previa contra la «democracia de consejos» (de «soviets») fue resultado del pacto (de pura conveniencia) que la dirección socialdemócrata hiciera con los militares y la burocracia estatal. El concierto logrado entre la izquierda moderada y la burguesía posibilitó la estabilización de una república democrática. Sin embargo, al enfrentarse abiertamente contra un radicalismo de izquierdas cuyo verdadero calibre se había exagerado, la socialdemocracia vino a depender del ejército, la burocracia oficial y los cuerpos de voluntarios. Todo ello puso pronto límites a la ulterior democratización de la sociedad y del Estado.

Hoy día se sigue discutiendo aún el peso y la necesidad de aquel pacto. Lo que no puede dudarse es que obstaculizó el desarrollo de un aparato estatal democrático, brindando además a las fuerzas armadas el papel, tan dudoso, de un «Estado dentro del Estado». Fue funesto el hecho de que Ebert y su equipo, especialmente Noske, creyeran que la única forma de asegurar rápidamente el «or-

den» era establecer una colaboración estrecha con elementos contrarrevolucionarios, que pronto habrían de declararse abiertamente antidemocráticos. Así, no pudieron evitarse aquellas arbitrariedades y violencias que culminaron en el brutal asesinato de los dirigentes espartaquistas Karl Liebknecht y Rosa Luxemburg. El movimiento de la derecha radical consiguió así sus bases de partida. Pronto habría de enfrentarse no sólo a la revolución, sino también a la república democrática. Asimismo, la carrera política del cabo Adolfo Hitler, destacado en Munich, iba a iniciarse en medio de esta actividad contrarrevolucionaria.

Podemos decir, pues, que ya en las últimas semanas del año 1918 estaban sentadas las bases de una profunda escisión y persistente amenaza de la República. Pronto se hizo evidente que el enemigo venía de la derecha: el golpe de Estado de Kapp, las muertes misteriosas, los atentados a Erzberger y Rathenau, el golpe organizado por Hitler y, finalmente, la destrucción de la democracia en una alianza de conservadores y radicales de la derecha no dejan lugar a dudas. Con razón habrá de plantearse una y otra vez la cuestión de si el decisivo cambio de rumbo de 1918 era verdaderamente la única alternativa a la dictadura. Como se sabe, aquel cambio se debió al miedo de la burguesía a la revolución y a la exageración del «peligro bolchevique» incluso en las filas de los socialdemócratas. En todo caso, la obsesión por el peligro rojo hizo perder de vista el peligro de una dictadura de la derecha, situación que se repetiría en 1923 y en fechas posteriores a partir de 1930.

Apenas surgida, la revolución de 1918 se encontraba superada por el compromiso. Cierto es que los propósitos de continuidad se abrieron paso en el marco de la colaboración entre la burguesía y la socialdemocracia, pero la masa burguesa seguía imbuida de la filosofía propia de un Estado autoritario. Le faltaba la conciencia civil, marchitada después de 1848. Lo que le sobraba de respeto por las estructuras de poder le faltaba de fantasía para imaginar un nuevo orden de cosas. Todo quedó en una revolución realizada a medias. Las viejas funciones siguieron perviviendo en un nuevo marco. La distribución social, económica y burocrática del poder se mantuvo con ligeras modificaciones. Por evidente que fuese la quiebra de las viejas estructuras de poder, no se registró una reorientación o reestructuración consecuente. Ocurrió más bien que los demócratas se entregaron a los militares y burócratas de viejo cuño, que supieron aprovechar la coyuntura sin necesidad de sufrir cambio alguno. La condición de intocable del funcionario y el profundo respeto a sus derechos «tan sanamente adquiridos» fueron el precio que los nuevos amos estaban dispuestos a satisfacer a cambio de colaboración.

Tras una serie de conflictos los Consejos de Obreros y Soldados vieron reducidas sus atribuciones a una simple función de control, para ser eliminados por completo a raíz de la convocatoria de la Asamblea Nacional.

Esta continuidad de la administración, que bien pudo aparecer como imperativo en la situación de emergencia del invierno de 1918-1919, acarreó el que —al igual que ocurriera ya en la esfera militar— se omitiese una clarificación de las relaciones del funcionario con la democracia. Significó también la persistencia casi ininterrumpida de elementos propios del Estado autoritario. En la historia de la República de Weimar esta tradición fue continuamente reforzada hasta 1933 mediante la creación de gabinetes de expertos por encima de los partidos y una superioridad del elemento burocrático-militar en el gobierno. El resultado fue que la burocracia estatal y el ejército sobrevivieron a los cambios de gobierno, incluso después de 1933. Gracias a su colaboración capacitaron a la dictadura nacionalsocialista para la acción del gobernar. Puede considerarse como verdadera ceguera de los socialdemócratas, e incluso como una tragedia, el hecho de que las fuerzas que derrocaron a la república democrática fuesen las mismas con cuya ayuda el SPD creyó poder salvar a Alemania en 1918 a costa de una revolución democrática.

La República de Weimar nació en medio del confuso juego de elementos y propósitos revolucionarios, reformistas y tradicionalistas, y esto se refleja claramente en la evolución de los partidos y de las mismas elecciones. El año 1918 no significa, en absoluto, una brecha ni una total reagrupación de las fuerzas políticas. Más bien cabe afirmarse que, tras el advenimiento de la revolución, las tendencias de los años de la guerra y de la preguerra continuaron su curso de manera casi asombrosa. Ciertamente, bajo el impacto de una guerra perdida y de los profundos cambios internos se registró una transformación externa en cuanto al cuadro de partidos se refiere. De las cuatro grandes agrupaciones políticas de la época de preguerra sólo los socialdemócratas y el centro conservaron sus nombres. Las denominaciones «conservador» y «liberal» desaparecieron completamente. Los liberales de izquierda, en otro tiempo agrupados en torno a Friedrich Naumann, reaparecieron primeramente en el seno del nuevo Partido Democrático Alemán. Por su parte, el grueso de los nacional-liberales de Gustav Stresemann acabaron por decidirse en favor de la creación del Partido Popular Alemán después del correspondiente flirteo con los demócratas y los nacionalistas conservadores. Los antiguos partidos conservadores que, en su condición de enemigos encarnizados del parlamentarismo

y de la republicanización de Alemania, resultaron más afectados que ningún otro por la desaparición de la monarquía, formaron el Partido Popular Germano-nacional. También en el Partido del Centro se intentó, en principio, rebasar el marco tradicionalmente religioso adoptando la designación de Partido Popular Cristiano. Se pretendía simplemente pasar de la posición defensiva y político-cultural de un grupo minoritario a la posición mayoritaria de un gran partido cristiano que absorbiera diversas tendencias, propósito que no se logró sino a raíz de las experiencias acumuladas en la época hitleriana con la creación de la Unión Cristianodemócrata (CDU). En la época que nos ocupa el partido volvió a adoptar su denominación tradicional y más tarde habría de sufrir una importante mengua con la pérdida del Partido Popular Bávaro, una célula regional que, pese a sus semejanzas estructurales y a la afinidad en el campo de los intereses político-culturales, siguió a menudo su propio camino a la hora de tomar decisiones importantes. Esta circunstancia se puso muy de manifiesto en las elecciones presidenciales de 1925. En aquella ocasión el partido bávaro votó incluso en contra del candidato católico del centro, Marx, facilitando así la victoria del candidato prusiano conservador, Hindenburg, protestante.

Sin embargo —y ello se puso de manifiesto en las primeras elecciones—, todas estas modificaciones se reducían más bien al plano externo y no tuvieron influencia decisiva en la agrupación política de la población. Ciertamente, en los primeros meses posteriores a la revolución pudo apreciarse alguna tendencia a la izquierda como dominante. Sin embargo, esa tendencia se había observado ya antes de y durante la guerra; por tanto, debe encuadrarse más bien en el marco general de un desplazamiento de fuerzas hacia el centro y la izquierda, iniciado a finales del siglo XIX y comienzos del XX. Por otra parte, dicha tendencia se vio reemplazada pocos meses después por un movimiento regresivo que restableció la anterior distribución de fuerzas, registrándose incluso un desplazamiento bien manifiesto a la derecha, sobre todo durante el último período de la República. En toda esta constelación revistió poca importancia el hecho de que la escisión interna del SPD, iniciada ya en 1916 con la separación de su ala izquierda y subsiguiente creación del USPD, se agravara más todavía. Poco importó también que todo ello desembocara en la creación del Partido Comunista a comienzos del año 1919, surgiendo así una fuerte competencia para la socialdemocracia y enriqueciéndose de este modo el escenario político alemán.

En líneas generales cabe afirmar que tanto la constelación de partidos como los resultados de los comicios generales arrojaron más bien una asombrosa tendencia al inmovilismo, incluso en unas condi-

ciones tan distintas (constitucional y materialmente) como las de la República democrática. Como en el pasado, la población se distribuyó en cuatro grandes bloques: conservador, liberal, católico y socialista. La constelación era la misma, aunque ahora la afinidad con el gobierno progresaba a medida que el partido se aproximaba a la izquierda. Ya en 1919 observó Friedrich Naumann que este sistema de partidos surgido en la monarquía no respondía al nuevo sistema constitucional de la democracia parlamentaria. Así pues, las apariencias externas de la brecha revolucionaria de 1918 topan aquí con sus más estrechas limitaciones, al igual que ocurre con el continuismo de muchas instituciones. La República de Weimar supone el crepúsculo de la época guillermina más bien que la aurora de un nuevo período histórico. Por otra parte, la situación electoral y el cuadro de partidos de 1918-19 contradicen una afirmación ya tópica, en el sentido de que la evolución real hacia la democracia fue únicamente consecuencia de un desgraciado azar y que, en realidad, no respondía a la voluntad mayoritaria de la población. En efecto, unos sostienen que aquella voluntad no exigía transformación revolucionaria alguna, mientras que los otros afirman que dicha voluntad consideraba apropiada una revolución político-social mucho más consecuente y radical.

Ciertamente, al ratificar la mayoría de los Consejos de soldados y obreros la resolución de elegir una Asamblea Nacional Constituyente, se había adoptado, al mismo tiempo, la decisión favorable a la democracia parlamentaria y, consecuentemente, al «statu quo». Dos semanas antes de tomarse aquella decisión —a mediados de diciembre de 1918— una disposición del gobierno revolucionario dictaminó la aplicación del sistema electoral de representación proporcional, el sufragio universal e igual y, por primera vez, el derecho al voto de las mujeres, al mismo tiempo que se hacía descender a los veinte años la edad del votante. Muchos críticos culparon a dicha disposición de las tendencias a la radicalización y escisión del electorado. Naturalmente, en aquel entonces un sistema electoral mayoritario, no proporcional, habría significado la mayoría absoluta de la izquierda en la Asamblea Nacional y habría contribuido a impedir, por primera vez, la formación de un centrismo moderado, desencadenando quizás una guerra civil. Existía, pues, un cúmulo de razones para que los mismos partidos «burgueses» se mostraran favorables a acceder sin más al deseo tradicional de los socialdemócratas de aplicar un sistema electoral de representación proporcional. Tampoco el derecho femenino al voto puede ser, en absoluto, culpado del proceso de radicalización.

Las primeras elecciones del 19 de enero de 1919 concluyeron

más bien con un resultado sorprendente: en contra de las expectativas propias de la fase revolucionaria, los partidos de izquierda no consiguieron mayoría alguna. Decepción especial sufrió el USPD (7,6 %), que, al igual que el radicalismo de izquierda en general, había sido supravalorado. Y aunque el SPD (casi 38 % de votos) pudo proseguir la marcha ascendente de los años anteriores a la guerra, reafirmando sus posiciones como el partido más poderoso, el grupo socialista quedó todavía muy por debajo de la pretendida mayoría, viéndose así obligado a cooperar con el centro. Fue un hecho que habría de influir decisivamente en la configuración y ulterior desarrollo de la República. Más tarde tampoco el NSDAP conseguiría en elecciones libres la fuerza que ahora se apuntara la izquierda. Incluso con la entrada de Hitler en el gobierno, los nacionalsocialistas, contando los votos de los nacional-alemanes, consiguieron muchos menos votantes que los socialistas en 1919. Sin embargo, mientras que los socialistas aceptaron la coalición democrática como consecuencia ineludible del resultado de las elecciones, Hitler sacó la conclusión —basada en una falsa (pero consciente) interpretación de la fuerza de los nacionalsocialistas— de que éstos podían aspirar a un poder ilimitado. Es preciso tener también esto en cuenta cuando, al invocar la legalidad de la toma del poder por los nacionalsocialistas, se subraya el resultado de los comicios o incluso se arguye que Hitler fue «la consecuencia de la democracia» [9a].

Reducido fue el número de electores que en enero de 1919 favorecían la solución revolucionaria e izquierdista-radical de una república de consejos o «soviets», como escasos fueron también en el otro bando los adeptos antirrepublicanos de los partidos de la derecha (10,3 %). Es también de notar las escasas abstenciones registradas, pese a los llamamientos en este sentido del Partido Comunista. Modestos fueron igualmente los resultados del DVP (4,4 %), que, en un principio, opuso a la República sus convicciones monárquicas. Por su parte, con unos resultados ciertamente respetables (18,6 %), los demócratas se ganaron la adhesión de la burguesía liberal; con ello demostraron, al mismo tiempo, que aquellos sectores de la población favorecían la República democrática y parlamentaria. Teniendo, por último, en cuenta el 20 % aproximado de votos tradicionalmente reservado al centro (en este caso fue el 19,7 %), se obtiene, pues, una clara mayoría (76,2 %) para los tres partidos de la llamada Coalición de Weimar (SDP, DDP, Centro), la cual formó también el primer gobierno elegido parlamentariamente.

[9a] Por ejemplo, Winfried Martini: *Das Ende aller Sicherheit,* Stuttgart, 1954, p. 94.

A diferencia de ulteriores leyendas es preciso señalar aquí que una aplastante mayoría de la población alemana se decidió conscientemente a favor de la República parlamentaria. Ciertamente, un año más tarde (junio de 1920) el péndulo osciló al otro lado: los resultados electorales de enero de 1919 tan sólo habían encubierto una difícil situación psicológica. Si se quiere, ésta fue incluso salvada bajo la impresión de un nuevo estado de cosas y en una atmósfera dominada por el deseo de paz y orden. Sin embargo, es irrefutable el hecho de que una clara mayoría de la población aprobó las nuevas estructuras. Tal aprobación se vería ratificada luego por las primeras elecciones regionales, celebradas en aquellas semanas. En Baviera el régimen izquierdista revolucionario de Eisner se apuntó una aniquiladora derrota a manos de las fuerzas moderadas, y también en Prusia triunfó la moderación, al conseguirse resultados semejantes a las elecciones generales. En estos primeros comicios se impartió una derrota simultánea al radicalismo, a la restauración y al separatismo. Pareció además haberse asentado duraderamente las bases de una República parlamentaria.

Tres grandes acontecimientos influyeron sobre la opinión pública en un año verdaderamente tan importante como el comprendido entre las elecciones a la Asamblea Nacional y los comicios para el primer Reichstag: la promulgación de la Constitución de Weimar, que dotaba a la República del marco institucional correspondiente; la aceptación obligada del Tratado de Versalles, que cargó un tremendo peso sobre las espaldas de la República; finalmente, el golpe de Estado de Kapp, de marzo de 1920, tentativa cumbre de grupos monárquicos encaminada a anular la anterior marcha de los acontecimientos y, con ayuda de una dictadura militar, restablecer el orden de otros tiempos.

Indudablemente, la República logró afianzarse en la peligrosa crisis de sus comienzos. Pero que el golpe de Kapp ejerció una gran influencia en el ambiente político y que, lejos de poder atribuirlo al humor de algunos militares, constituía una expresión de la profunda problemática interna del nuevo Estado, es algo que se puso de manifiesto en las subsiguientes elecciones del mes de junio de 1920, que reemplazaron la Asamblea Nacional por el primer Reichstag libremente elegido. En contra de lo esperado por los partidos gubernamentales, que tras haber sofocado el golpe militar confiaban en unas elecciones favorables, la oposición registró un considerable éxito frente a la Coalición. La mayoría del 76 % de la Asamblea Nacional se redujo ahora, en el Reichstag, a una minoría del 47 %. Frente a los diecinueve millones de enero de 1919, sólo once millones de

electores dieron su voto a los viejos sostenedores de la República. Sus adversarios pasaron de 7,7 a 14,4 millones de votos, es decir, prácticamente doblaron los resultados anteriores. Entre ellos, la derecha pasó de 5,6 a 9,1 millones y la izquierda radical de 2,1 a 5,3 millones de votos. Los adeptos a la Constitución contaban, por tanto, con una oposición cuya existencia excluyó el juego normal oposición-gobierno.

Así pues, tras año y medio de existencia del nuevo Estado y apenas diez meses después de la entrada en vigor de su Constitución, los partidos que lo crearan y le dieran su apoyo se convirtieron en minoría. En los años ulteriores ya no conseguirían la mayoría. Este hecho sitúa en su justo alcance el golpe de Estado de Kapp y los peligros relacionados con el mismo y posiblemente encierre una importancia decisiva en la explicación de las crisis anteriores a 1923, así como de la génesis y evolución de la gran crisis final posterior a 1929. Nadie creía ya en la posibilidad de un gobierno estable y democrático mientras durase la República de Weimar. En efecto, durante ese período habrían de gobernar gabinetes minoritarios tolerados a falta de otro remedio, grandes coaliciones estructuralmente inseguras o, finalmente, gabinetes presidenciales de corte autoritario y extraparlamentario. En general, los veinte gobiernos republicanos sólo pudieron resistir pocos meses; para ser más precisos: algo más de ocho meses por término medio. El período «record» de veintiún meses correspondió, en medio de muchas vicisitudes en su funcionamiento, a la Gran Coalición de 1928 cuya caída inauguró la última gran crisis de Estado.

La importancia de las elecciones de junio de 1920 aparecerá con mayor claridad si se tienen en cuenta los porcentajes de cada partido. El resultado más significativo fue la pérdida, casi catastrófica, sufrida por los demócratas, que hubieron de sacrificar casi la mitad de sus escaños en el Reichstag, perdiendo así la función de soporte de un poderoso centro liberal-burgués. El desplazamiento de las fuerzas hacia la derecha fue claro. En efecto, muchos demócratas se pasaron a las filas del DVP y del DNVP, que mantenían una posición crítica cuando no hostil frente a la República. El primero de ambos logró casi triplicar (62 frente a 22) su número de escaños respecto a 1919, rebasando con mucho a los demócratas. Así, recuperaron aquel sector de la burguesía que en la época del Kaiser mantenía una orientación nacional-liberal, que por miedo a futuros cambios se había inclinado luego un tanto a la izquierda y que más tarde había recaído en la derecha por la decepción sufrida a raíz del Tratado de Versalles y tras haber superado el pánico de la revolución. Este sector burgués siguió luego desplazándose hacia la derecha, y desde entonces ambos partidos liberales retrocedieron sin remisión. La atrofia sufrida por

el centro liberal-burgués condicionó posiblemente el debilitamiento interno de la República y también su desgaste en la encrucijada de dos partidos radicales. Según Eyck, el Partido Demócrata fue, en realidad, «el único apoyo serio de una Alemania republicana dentro de la población no socialista y no católica». Si esto es verdad, precisamente esa misma población —considerada, en gran parte, cuna de la instrucción, la tradición estatal, la burocracia, la economía y las profesiones liberales— volvió mayoritariamente la espalda a la República en 1920, enfrentándose incluso a ella. Al mismo tiempo, gran parte de esa población se pasó al DNVP (declaradamente antirepublicano); el DNVP subió de 42 escaños a 65, y desde entonces figuró como el partido burgués más importante. Se trataba de una tendencia cuyo primer punto culminante se registró en 1924, cuando los germano-nacionales consiguieron incluso la fuerza del SPD. Las consecuencias parlamentarias de esta evolución fueron expresión de un profundo desquiciamiento de la vida política. En medio de una situación doblemente difícil —es decir, al nivel de la política interior y al de la política exterior— un Estado joven no puede afirmarse cuando su misma entraña constitucional no encuentra la adhesión de la gran mayoría de los sectores dirigentes en los planos intelectual, económico y social y menos todavía, cuando recibe una repulsa evidente.

La situación se hizo más preocupante todavía a raíz de la grave derrota sufrida por el otro pilar de la República: es decir, el socialismo democrático. Entre 1919 y 1920 el SPD retrocedió en más de un tercio (de 165 descendió a 102 escaños), en tanto que la extrema izquierda se cuadruplicaba (el Partido Socialista Independiente [USPD] de 22 pasaba a 84; el Partido Comunista [KPD] de 0 pasaba a 4 escaños). También aquí se notó la influencia de la crisis económica y el golpe de Estado de Kapp, aunque en sentido opuesto. Ya empezaba a dibujarse esa radicalización y esa crisis del Parlamento que diez años más tarde habrían de bloquear de nuevo el funcionamiento de la democracia en las elecciones más o menos plebiscitarias de septiembre de 1930.

Unicamente la tercera columna del Estado, el catolicismo político, pudo mantenerse estable. El centro siguió constituyendo «la tercera fuerza» que mantenía una posición equívoca frente a la República y venía a ser un punto de cristalización de toda la política coalicionista. Por su situación centrista entre la izquierda y la derecha, entre los adeptos y los opositores a la Constitución, el Centro estuvo suficientemente representado en todos los gabinetes de la República de Weimar. En su calidad de partido permanente del gobierno tuvo ocasión de nombrar entre sus miembros a nueve Canci-

lleres y, naturalmente, a varios ministros en cada gabinete. Así siguieron las cosas hasta la caída de Brüning y el comienzo del autoritario interregno del político centrista Franz von Papen, renegado de sus filas.

Ya durante el verano de 1920 se registró el nombramiento de un Canciller centrista. Puesto que el SPD atribuía su fuerte derrota en las elecciones a sus anteriores responsabilidades de gobierno, quiso formar una coalición únicamente con el USPD, con el fin de impedir a este competidor de la izquierda la cómoda labor de la oposición. Así, pese a ser el mayor partido democrático, se decidió también por la oposición. Fundamentalmente, se trata de la misma fuga frente al poder que diez años más tarde, cuando el SPD derrocó a su propio Canciller, Herman Müller; con lo cual no sólo ponía término al último gobierno mayoritario de la República, dejando el camino expedito para los experimentos autoritarios de Brüning, von Papen y Schleicher, sino que, al mismo tiempo, negaba su colaboración en todo gobierno, pese a ser el partido más importante. En conconsecuencia, se hizo indirectamente culpable del derrumbamiento de la democracia.

Las razones de esta conducta fueron más o menos las mismas en 1920 y 1930, con el consiguiente error de cálculo que ello pudo comportar. El propósito era no perjudicar más todavía el favor de sus adeptos y electores por la participación en gobiernos nada populares. En el fondo privaba el hecho de que el partido —tanto sus dirigentes como sus funcionarios o su electorado— muy difícilmente podía despegarse de una prolongada historia de oposición durante el «Segundo Reich». Por ello mismo, sólo a medias pudo avenirse al compromiso de Weimar, es decir, al gobierno de coalición. El proceso de adaptación a una nueva conciencia de responsabilidad político-estatal fue muy lento. Friedrich Ebert fue uno de los pocos que rebasaron el marco tradicional del partido. Esto sucedió con menores dificultades al nivel de las regiones *(Länder)*, sobre todo, en la Prusia de Otto Braun y Carl Severing. Las originarias perspectivas de convertirse en gran partido mayoritario, rebasando las barreras de clase social, fueron así desperdiciadas por las vacilaciones del SPD ante la nueva situación. A diferencia de la evolución registrada en los países escandinavos, el socialismo democrático alemán siguió encerrado en su fortaleza del 30 %. En contra de la leyenda propagandística de los «catorce años de gobierno socialdemócrata», esgrimida por Hitler y otros para desacreditar más todavía a la República, es preciso afirmar que este partido, el mayor de entonces, tan sólo gobernó durante tres de aquellos catorce años. Sólo cuatro de los veinte

gobiernos tuvieron un Canciller socialdemócrata, y únicamente en ocho gobiernos figuraron ministros de dicho partido.

Bajo el signo de esta problemática se sucedían las formaciones de gobierno. Mientras que el SPD solía eludir las tareas de gobierno, el centro buscaba casi siempre en las formaciones de gobierno la colaboración de las derechas: en primer lugar, del DVP, que pudo brindar su cooperación hasta la muerte de Stresemann; luego, y de forma circunstancial, del Partido Germano-nacional; finalmente, de los conservadores que, agrupados en torno al conde Westarp, se oponían a la línea radical de Hugenberg. La era del desplazamiento hacia la derecha de los gobiernos formados por coalición de partidos burgueses, iniciada en 1920, habría de registrar luego casi únicamente gabinetes minoritarios. Es una dudosa circunstancia que, con excepción del breve intervalo de participación socialdemócrata o germano-nacional, habría de determinar la política de los años posteriores. Apenas se concebía una acción de gobierno parlamentaria sin que contara con la correspondiente tolerancia del SPD. De ello no cabe deducir, sin embargo, una permanente participación socialdemócrata en el gobierno. La disposición al compromiso y a la coalición era muy escasa en los diferentes partidos. Al mismo tiempo, muchas eran las trabas existentes en ambos bandos, entre ellas los tradicionales resentimientos de los partidos burgueses, así como la persistente inclinación del SPD hacia la oposición y el escaso instinto de poder de los socialdemócratas, que apenas supieron apreciar y reconocer el papel que les correspondía en su calidad de partido principal de una democracia parlamentaria. Durante el calvario de tantas formaciones de gobierno y mientras duró la República se notó la influencia de esta escasa capacidad de coalición y compromiso, como tampoco pudo dejar de tener sus consecuencias la peculiar idiosincrasia de los partidos alemanes, dominada por el inmovilismo, el anquilosamiento ideológico, el deseo de prestigio social y la tradición jerárquica y autoritaria.

Se diría que de este modo se desquitaba ese arrinconamiento sufrido por el Parlamento y los partidos durante la época del Kaiser. Fue un arrinconamiento impuesto desde arriba, aunque también merecido. Sus aspectos negativos fueron inteligentemente expuestos por Max Weber ya a finales de la Primera Guerra Mundial. En su ensayo *Parlament und Regierung im neugeordneten Deutschland* [Parlamento y Gobierno en la nueva Alemania] destacó ya entonces que el mayor obstáculo no era precisamente la ausencia de un sistema bipartidista: «Mucho más importante es otra dificultad: en efecto, un gobierno parlamentario es únicamente posible si los grandes partidos están, en principio, *dispuestos* a asumir la dirección responsable

de los asuntos del Estado. Ciertamente, esto no ha ocurrido hasta ahora entre nosotros» (pág. 75). Naturalmente, con la proclamación de una Constitución plenamente parlamentaria tal distanciamiento frente a las funciones del Estado se siente más, ya que por su impacto político es más inmediato. Así pues, siguió en pie la tendencia a desarrollar la política en el plano técnico-administrativo y burocrático, al margen del Parlamento; tendencia que siguió determinando no sólo la discusión y crítica al Estado pluripartidista y parlamentarista, sino la conducta e inseguridad interna de los distintos partidos. Sin esta atmósfera general, sin esta falta de recursos ante la fatídica crisis que sufrió desde sus comienzos el Estado pluralista en Alemania no podría concebirse la trágica historia del empleo, ampliación y abuso del famoso artículo 48 de la Ley de Emergencia que, como se sabe, fue concebido positivamente para proteger a la República.

Este dilema, fundamentado históricamente, comportó tantas más desventajas cuanto que los años siguientes habrían de plantear multitud de problemas interiores y exteriores para cuya solución se habría precisado un rumbo político definido y enérgico y un gobierno mayoritario dotado de cohesión interna y de bases seguras. En el plano exterior se iniciaron pronto las negociaciones sobre fijación de reparaciones y posibilidades de revisión del Tratado de Versalles. En el marco interior se avecinaba peligrosamente la carga más pesada y la crisis más grave de la República. Era la consecuencia lógica del recrudecimiento de las crisis económicas y de la inflación, de la ocupación de la cuenca del Ruhr y de los consiguientes intentos de subversión izquierdista y derechista de 1923.

En su calidad de Estado Federal, la República de Weimar tenía que atender también a la evolución parlamentaria de los distintos Estados federados *(Länder)*. En su mayoría, éstos hicieron gala de una estabilidad muy superior. Generalmente, empezaron por resistir el impacto de la toma del poder por los nacionalsocialistas. En líneas generales, especialmente en Prusia, los resultados de los comicios regionales respondían a las elecciones para la Asamblea Nacional. Sin embargo, una comparación de las diferentes tablas arroja importantes diferencias regionales. En Baviera (el segundo Estado en importancia) el BVP (Partido Popular Bávaro), católico, confirmó su posición de primer partido frente a la socialdemocracia (12-1-1919: 36 % contra 32 %), pese a haber registrado ciertas pérdidas desde la época de preguerra. Más tarde mantuvo también esta superioridad frente al NSDAP hasta el final de la República. Todo ello subraya las peculiaridades de esta región. Por el contrario, los socialistas obtuvieron (2-2-1919) en Sajonia la mayoría absoluta: circunstancia

importante, que tuvo algún significado en la crisis de 1923 registrada en dicha región. En un análisis de las características políticas propias de cada Estado dentro de la República es digno de tenerse en cuenta el hecho de que en Württemberg (12-1-1919) el Partido Demócrata consiguiese una notable mayoría, lo cual era ya tradicional. El poder de este partido se mantuvo aquí más tiempo que en cualquier otro Estado. En el Estado vecino de Baden, predominantemente católico, el partido del centro demostró ser desde un principio (5-1-1919) el más fuerte, por encima incluso de los socialdemócratas. Junto a Sajonia sólo Braunschweig consiguió en estas primeras elecciones regionales de 1919 una mayoría socialista provisional. Por su parte, Turingia, que había conocido ya hacía tiempo gobiernos de derecha y que en 1930 tuvo antes que ningún otro Estado un ministro nacionalsocialista (Frick), fue testigo en 1919 de una grave derrota socialista y del triunfo de los germano-nacionales, que de este modo entraron en el Parlamento regional *(Landstag)*. Con excepción de lo apuntado, el resto del país registró resultados y tendencias parecidas a las elecciones federales. El profundo cambio registrado en 1920 con la fuerte subida de la derecha y el bajón experimentado especialmente por el centro se reflejaría luego en las dificultades que acompañaron a la formación de coaliciones en los parlamentos regionales y en las diversas crisis de gobierno de los distintos *Länder*. Indudablemente, el electorado católico permaneció estable, especialmente en Baviera. Sin embargo, aquí el BVP, católico, que en las elecciones de 1920 para el parlamento regional logró mejorar su posición ya fuerte, escondía importantes tendencias derechistas, monárquico-conservadoras y también antidemocráticas.

Inicios del NSDAP

El Munich de 1919, donde con el ingreso de Hitler en el DAP (Partido Obrero Alemán) comienza propiamente la historia del nacionalsocialismo, ofrecía condiciones óptimas para el despliegue de actividades de la derecha radical. Tras el asesinato del Primer ministro Kurt Eisner, de orientación revolucionaria, y el aplastamiento sangriento de la República de Consejos o soviets, que tuvo como secuela un ascenso extraordinario de las fuerzas contrarrevolucionarias y antidemocráticas, el peso conseguido por las asociaciones militares y paramilitares fue mayor que en ninguna otra parte. Amenazados por el despido y disolución, según las exigencias del Tratado de Versalles, muchos oficiales y soldados, desentrenados en la vida civil, se dedicaron a la «política», tal como ellos la entendían. El

servicio militar en las «formaciones de transición» les brindaba tiempo suficiente para conferencias, discusiones y formación nacionalsocialista. Así, se formaron diversos círculos político-militares en torno a figuras de oficiales, tales como el coronel Ritter von Epp, jefe del Cuerpo de Voluntarios, cuyo prestigio se debía al aplastamiento de la República, o el capitán Ernst Röhm, que en su calidad de jefe de la Comandancia de Munich promovió la creación de asociaciones «nacionales». Poco a poco surgieron depósitos de armas clandestinos. Gradualmente fue extendiéndose una conspiración muy ramificada de grupos de la derecha radical con carácter militar-dictatorial. Se fundaron y desarrollaron numerosos grupos y grupúsculos radicales en los que los militares mantenían sus enlaces y espías, y también hubo algunos que acabaron por desaparecer.

Un catalizador importante fue la Sociedad de Thule, panalemanista y populista, de la que ya hemos hablado en anteriores ocasiones [10]. Como organización que ocultaba en su seno a la Orden Germánica, creada ya antes de la guerra, tenía cierto relieve. Poseía diversas conexiones con amplios círculos de la sociedad muniquesa. Al mismo tiempo, su centro de reuniones en el elegante Hotel Vierjahreszeiten acogía también a otras «agrupaciones nacionales». La sociedad contaba con un periódico propio: la hoja local *Münchner Beobachter* [El Observador de Munich], anticlerical y antisemita, funda en 1886 e impresa desde 1900 en la Editorial Franz Eher. La figura rectora era un aventurero nacionalista de nombre Rudolf, barón de Sebottendorff, cuya carrera es un tanto misteriosa. Sus memorias, bajo el título *Bevor Hitler kam* [Antes de la llegada de Hitler] (1933), subrayan el papel de la Sociedad de Thule en la génesis del nacionalsocialismo. Con ello contradice las pretensiones monopolísticas de Hitler, que jamás reconoció «precursores» o incluso competidores. A lo más, admitía algún profeta insigne.

Sebottendorff (cuyo verdadero nombre fue, al parecer, Rudolf Glauer) había nacido en Silesia. Hijo de un ingeniero de ferrocarriles, parece ser que en 1909 fue condenado por estafa, reapareciendo en 1913 con su nuevo nombre nobiliario, debido a su adopción por un noble austríaco. Sebottendorff se encontraba también en posesión de la nacionalidad turca. Tras sus escaramuzas políticas en Baviera (1917-1919) fue a parar a Estambul. Vivió en México y los Estados Unidos de América, para reaparecer en Munich el año 1933 con el fin de reactivar la Sociedad de Thule. Se desconoce su paradero posterior, pero posiblemente fue liquidado por su condición de incó-

[10] Acerca de esta sociedad: Reginald H. Phelps: «Before Hitler came», en *Journal of Modern History 35* (1963), p. 245. Cf. Allan Mitchell: *Revolution in Bayern 1918-1919*, Munich, 1967, p. 95.

modo testigo de los inicios del nacionalsocialismo. De acuerdo con sus propios testimonios, Sebottendorff se vio influido por pioneros de la causa nacionalista, tales como Theodor Fritsch, Guido von List, Lanz von Liebenfels y el barón von Wittgenberg. Son esos mismos autores austro-alemanes de doctrinas germanómanas y antisemitas de estilo un tanto mítico los que probablemente influyeron en el joven Hitler durante sus años de Viena. En estrecha vinculación con la mencionada sociedad, surgió el año 1912 en Leipzig la secta Thule Germánica, que mantenía conexiones con la Federación del Martillo, de Fritsch, así como con el grupo panalemanista de Class y con la Asociación Germano-nacional de Dependientes de Comercio. Sus miembros tenían que ser de «sangre aria» y comprometerse en la lucha contra los judíos, la muerte de los traidores y la destrucción de los enemigos. El ingreso de un miembro se realizaba siguiendo un absurdo ritual: un formulario preguntaba acerca del vello de las distintas partes del cuerpo, exigiéndose además en hoja aparte la huella del pie como prueba del origen «ario». La organización y la terminología recordaban a los masones, sólo que el sentido y los fines de la «logia germana» eran exactamente opuestos. Como en muchos otros grupos de esta índole se utilizaban símbolos: en este caso, runas germánicas y cruces gamadas.

La guerra perjudicó, en un principio, la actividad de estas sociedades, sucediéndose una agrupación tras otra en medio de un notorio embrollo. Un hito importante fueron las Navidades de 1917, cuando Sebottendorff asumió la dirección de Baviera, desplegándose entonces una furiosa actividad propagandística antisemita y antiliberal a base de octavillas. La acción estaba dirigida especialmente contra los judíos. En agosto de 1918 y en el Hotel Vierjahreszeiten, donde Sebottendorff había alquilado los locales del club de oficiales de la Marina, la orden fue transformada en la Sociedad de Thule, que contó inicialmente con unos mil quinientos miembros. El 24 de octubre de 1918 se celebró una asamblea conjunta con el grupo panalemanista. En la misma se discutió la posibilidad de un golpe de Estado de la derecha, tal como exigía, por ejemplo, el editor nacionalista J. F. Lehmann. Frente a la revolución y a las crisis del Estado bávaro la sociedad respondió con gritos contra «Judá» y nuevos planes de subversión. La vigilancia pública y las detenciones obligaron a sus miembros a camuflarse ocasionalmente bajo la denominación de Grupo de Estudios de la Antigüedad Germánica, que fue inscrito en el Registro de Sociedades de Munich el mes de marzo de 1919. Al mismo tiempo, se laboraba en la organización de una «federación de combate», que trataba de unificar cuerpos de voluntarios para la marcha sobre Munich. El Domingo de Ramos (13 de abril de 1919) participó

también en un golpe de Estado que fracasó. Nunca pasó de ser, en fin, un grupito numéricamente muy reducido. Mientras Sebottendorff se ocupaba del asunto de los voluntarios en Bamberg, sede del gobierno bávaro en el exilio, seguidores del movimiento republicano revolucionario acabaron por ocupar los locales de la sociedad en Munich. Siete de sus miembros, entre los que figuraba la secretaria, condesa Heila Westarp, fueron detenidos el 26 de abril y fusilados cuatro días después como represalia por el asesinato de comunistas en Starnberg.

Como quiera que fuesen sus detalles, el fusilamiento —que fue muy discutido entre su propios autores— sacudió a la opinión pública mucho más que las muertes de comunistas y socialistas, perpetradas por los cuerpos de voluntarios y unidades defensivas desde el asesinato de Rosa Luxemburg y Karl Liebknecht. El tan protestado «asesinato de los rehenes de Munich», tremendamente explotado por la propaganda y enriquecido con multitud de detalles, significó, sobre todo, un punto de partida muy eficaz para una agitación de masas radical y antisemita, que podía contar con el correspondiente eco en amplios círculos de Munich. A la cruenta reacción de los victoriosos cuerpos de voluntarios y a la venganza perpetrada contra comunistas y socialistas de izquierda siguió una amplia campaña antijudía contra el «régimen ajeno a la raza y al suelo», ya derrocado. En todo ello no dejaron de prestar su conformidad algunos medios del BVP y de la Iglesia. La República de soviets fue difamada como empresa judía. Poco ayudaron en medio de esta atmósfera una serie de pruebas en las que se demostraba que los verdaderos terroristas no eran, en absoluto, judíos, aunque sí una de las víctimas. Nuevas agencias propagandísticas de los extremistas de la derecha —por ejemplo, un «comité de ilustración del pueblo» al que Goebbels debería más tarde el nombre de su Ministerio de Propaganda— vituperaron el intervalo, ciertamente impopular, de la República de soviets como un pogrom judío contra los alemanes, una etapa de la «conjuración mundial» de los judíos. Tales agencias solían servirse de viejos tópicos; ahora, sin embargo, podían apelar directamente a los resentimientos todavía frescos y muy populares contra el experimento de la República de soviets y sus sangrientas circunstancias. En este ambiente, logró echar raíces el nacionalsocialismo. Igualmente, la carrera de Hitler como agitador de masas empezó propiamente aquí. En todo ello la Sociedad de Thule desempeñó una vez más un importante papel. El 31 de mayo de 1919 apareció en el *Münchner Beobachter* el documento *Unser politisches Programm* [Nuestro programa político], en 12 puntos, y cuyo autor era Sebottendorff El nuevo estilo correspondía a una tónica característica, que conju-

gaba consignas antisemitas y anticapitalistas y que habría de configurar la propaganda nacionalsocialista.

Como punto de reunión que era de tantos y tantos profetas nacionalistas, jóvenes y viejos, la Sociedad de Thule fue la auténtica plataforma de muchos futuros ideólogos del nacionalsocialismo. Encontramos aquí a Alfred Rosenberg, Hans Frank, Gottfried Feder, Dietrich Eckart (que desde diciembre de 1918 editaba la revista antisemita *Auf gut Deutsch* [En buen alemán]) y el cura católico-nacionalista Bernhard Stempfle, que ayudó a Hitler en la confección de *Mein Kampf* y que en agradecimiento sería asesinado el 30 de junio de 1934. El órgano *Münchner Beobachter* prestaba a la sociedad una valiosa ayuda. Continuamente publicaba «material de pruebas» antisemita y servía de recordatorio de los innumerables actos nacionalistas en Munich y sus alrededores. Con sus numerosos recursos de influencia, la sociedad no sólo sirvió de plataforma a numerosos grupillos nacionalistas (disponía de conexiones concretas con la Alianza Nacionalista Ofensiva y Defensiva del grupo panalemanista o con la filial muniquesa de una Liga *Ostara),* sino que se distinguió asimismo por impulsar la creación de clubs de trabajadores para la lucha contra la izquierda. Con este propósito se fundó en el otoño de 1918 el «Círculo Político Obrero» por iniciativa del periodista deportivo Karl Harrer (1890-1926), quien ya en diciembre de 1918 había reclutado para la Sociedad de Thule a su colaborador, Anton Drexler (1884-1942), cerrajero de la factoría central de los Ferrocarriles Nacionales en Munich, y a su colega Michael Lotter. Del 5 al 6 de enero de 1919, Drexler y veinticinco colegas más fundaban en el Fürstenfelder Hof el nuevo Partido Obrero Alemán (DAP). Sus primeros pasos estuvieron presididos por un nacionalismo matizado de antisemitismo y socialismo. Así pues, el DAP se distanció en aquella fecha del carácter elitista y teórico-racista de la Sociedad de Thule, que no pasó nunca de ser un grupúsculo preocupado por el prestigio y la conspiración. El mismo Hitler habría de distanciarse de ella, al hablar en estilo cáustico de los «predicadores vagabundos» o de los «sonámbulos del pueblo». Estas diferencias en cuanto a la organización y la labor de agitación tuvieron su importancia desde un principio: a fin de cuentas, los nacionalsocialistas ambicionaban la formación de un partido unificador de muchos grupos y fundamentado sobre bases tácticas. Querían, pues, rebasar el marco del sectarismo exclusivamente doctrinario sin bases populares y sin perspectivas de acceder al poder político. Sin embargo, la exasperación antisemita y anticomunista producida como consecuencia de la fracasada república de soviets brin-

daba, al mismo tiempo, la oportunidad de incorporar la argumentación racista a la ideología nacionalsocialista del partido.

Al igual que otros grupos surgidos en el seno de la Sociedad de Thule, el DAP gozó del benevolente apoyo de los círculos militares. En su calidad de hombre de confianza y de funcionario de los cursos de propaganda nacionalista en Munich, Adolfo Hitler tuvo relaciones con la sociedad, siendo asiduo lector del *Münchner Beobachter*. Se sabe que, en un principio, fue rechazada su candidatura de colaborador en el citado órgano. El 12 de septiembre de 1919 inspeccionó, según se ha citado ya, una de las asambleas semanales del DAP en la cervecería Sterneckerbräu, a las que asistían normalmente de diez a cuarenta personas. Entusiasmado por un discurso de Gottfried Feder en torno a la liquidación del capitalismo, Hitler objetó con éxito, al parecer, a uno de los asistentes, supuestamente disidente. Al término de la reunión Hitler leyó un panfleto titulado *Mein politisches Erwachen* [Mi despertar político], que Drexler le entregara en propias manos. Poco después permitió que le nombraran «jefe de propaganda» del partido [11]. Fue una feliz coincidencia. En efecto, antes del mes de marzo de 1920, época en la que debía ser licenciado y retornar a la temida vida civil, había hallado ante sí un amplio campo de acción para sus aptitudes de agitador popular, descubiertas repentinamente en su persona. No fue precisamente en los círculos de los teóricos del racismo sino en el marco más concreto y más local y nacional —sobre todo, en la lucha contra el Tratado de Versalles— donde conquistó las bases e instrumentos de propaganda para su ascenso político, por muy profundo que fuese su antisemitismo, que tanto habría de determinar, a fin de cuentas, su conducta.

Teniendo en cuenta el desmesurado afán de figurar, el ideal de la política vino a ser para Hitler sinónimo de poder ilimitado. Esto se puso en evidencia en el mismo marco del pequeño partido. Hitler encontró allí finalmente un quehacer al que aplicar esa megalomanía suya compuesta de idolatría wagneriana, culto al héroe y orgullo de artista, aunque siempre reprimida por la realidad. No cabe duda que en estas condiciones desplegó un ardoroso e infatigable talento de organización y palabra, hasta el punto de que en unos pocos meses logró conferir peso y relieve a su partido en medio del mosaico de

[11] Más detalles en Reginald Phelps: «Hitler and the DAP», en *American Historical Review 68* (1963), p. 976. Del mismo autor: «Anton Drexler, der Gründer der NSDAP», en *Deutsche Rundschau 87* (1961), p. 1136. Ernst Deuerlein: «Hitlers Eintritt in die Politik und die Reichswehr», en *VfZG 7* (1959), p. 206. Werner Maser: *Die Frühgeschichte der NSDAP,* Frankfurt/M., 1965. Dietrich Orlow: «The Organizational History and Structure of the NSDAP 1919-1923», en *Journal of Modern History* 37 (1965), p. 208.

sectas extremistas de Munich. El autotitulado «pintor» se autopromovió ahora a la categoría de «escritor». Nada cambió, sin embargo, en el plano de su vida civil, tan añorada, pero al mismo tiempo tan inaccesible para él. Muy poco había escrito hasta ahora y muy insuficientes eran sus recursos estilísticos. En realidad, tanto antes como ahora siempre fue orador: tras unas cuantas intervenciones como «jefe de propaganda» del partido (desde finales de 1919), pronto habría de tomar conciencia de este importantísimo don. Los debates en el asilo de Viena y los patrióticos monólogos del frente pudieron seguir afinándose ahora en un terreno que le despertaba la sed de poder.

El DAP era, ciertamente, un pequeño y modesto punto de partida. De ahí, la ausencia de adversarios desde un principio. De ahí, la benevolente promoción que —siendo simultáneamente útil e inocuo propagandista y «propalador» de la causa «nacional»— recibió de los círculos influyentes civiles y militares. De las muchas citas y contactos fue configurándose el cuadro de su camarilla, integrada por personas de los más diversos grupos: Ernst Röhm, Alfred Rosenberg, Dietrich Eckart, Rudolf Hess. En primer lugar, Hitler acometió la tarea de procurar una transformación acelerada y una ampliación del DAP. Así, trató de ganar para el partido a los miembros de cuerpos de voluntarios y soldados ya desentrenados en la vida civil, lo cual le acarreó, desde un principio, una serie de conflictos con los antiguos mandos obreros. La pequeña mesa redonda de la cervecería se estaba convirtiendo en una agrupación militante con características más bien propias de un partido. Esta agrupación emergía ahora a un primer plano con su ruidosa propaganda y pública agitación. Sólo un mes después de su ingreso en el partido, el 16 de octubre de 1919, Hitler actuó como orador ante una asamblea de más de cien personas en el local de la Hofbräuhaus. Pronto empezó a desempeñar la misma actividad en los centros de reunión de otras agrupaciones similares radicadas fuera de Munich. Así, en mayo de 1920 actuó en Stuttgart invitado por la Alianza Nacionalista Ofensiva y Defensiva.

Un hito importante en esta marcha lo constituye, sin embargo, una auténtica asamblea masiva, celebrada el 24 de febrero de 1920 en la Hofbräuhaus de Munich. Para esta época y a tales alturas Hitler se había consagrado ya como el mejor propagandista en la dirección del partido [12]. Oficialmente el orador principal era un médico que había sido brindado a la asamblea por otra agrupación nacionalista. Sin embargo, fue Hitler quien desempeñó el papel de protago-

[12] Phelps: «Hitler als Parteiredner im Jahre 1920», en *VfZG 11* (1963), p. 289.

nista en la organización de este acto y quien se encargó de anunciar dos importantes acontecimientos: el nuevo programa del partido de «25 puntos» y, al mismo tiempo, el nuevo nombre: Partido Obrero Alemán Nacionalsocialista (NSDAP). Esta nueva denominación delataba la influencia austríaca, a la par que debía poner de relieve sus claras diferencias con respecto a los partidos socialistas. El «socialismo» perseguía la lucha contra el bolchevismo entre los trabajadores. Con ello se buscaba granjearse las simpatías de las Fuerzas Armadas y de los círculos políticamente poderosos. Algo parecido se perseguía igualmente con la solemne afirmación de que Hitler era «un buen católico» [13].

Con toda propiedad puede afirmarse que estos actos públicos constituyeron el inicio del «movimiento hitleriano» y el afianzamiento progresivo de la posición dictatorial de Hitler dentro y fuera del partido. Un papel nada despreciable jugó aquí el hecho de que el fundador del partido, Anton Drexler, teóricamente su jefe, siguió dedicándose de lleno a su profesión, muy a diferencia de Hitler. Drexler no podía dedicar a la dirección del partido ni a su perfeccionamiento en las labores de agitación pública el mismo tiempo que su incansable adversario, Hitler, quien, licenciado de la vida militar y en su condición de político sin profesión, nada tenía que perder, sólo que ganar. Así pues, casi nunca faltaba éste en actos públicos de cierta importancia. En el golpe de Estado de Kapp hizo su aparición en Berlín (con Eckart) y asistió a las asambleas de los nacionalsocialistas austríacos (verano y otoño de 1920).

El nuevo programa vino a reemplazar las *Directrices del DAP,* proclamadas por Drexler en el momento de su creación en enero de 1919. Dicho programa fue compilado por Drexler en diciembre de 1919, partiendo de una maraña de fuentes nacionalistas prácticamente indescifrable, para luego ser redactado por Hitler. Como novedad aparecía allí la doctrina de la «eliminación del vasallaje del interés financiero», con la que tanto había impresionado a Hitler aquella noche Gottfried Feder, aunque dicha doctrina se redujera a una repetición de viejos principios de movimientos de reforma social-nacionales. Tampoco los otros elementos constituían nada nuevo: los protagonistas alemanes, austríacos y bohemios de movimientos anticapitalistas, nacionalistas, imperialistas y antisemitas fueron incorporados a la compilación del nuevo programa. Los distintos puntos estaban formulados a modo de lemas, adecuándose así a la difusión escueta y eficaz de la «contrapostura» en que se basaba el partido,

[13] Así, una carta de Rudolf Hess a von Kahr (17-V-1921), en Maser, *Frühgeschichte, op. cit.,* p. 289.

mientras que los objetivos positivos permanecían tan confusos como en anteriores programas. Sin embargo, es preciso señalar dos rasgos fundamentales que delatan la influencia de Hitler: por un lado, el revisionismo radical de contenido militante contra el Tratado de Versalles y el desenlace de la guerra; por otro, el énfasis en el carácter «inmutable» del programa. Este énfasis recuerda la obstinada insistencia de Hitler en el «granítico fundamento» de su ya veterana *Weltanschauung*.

El discurso de Hitler en la Hofbräuhaus fue una muestra de tantas y tantas diatribas, tan eficientes como faltas de escrúpulos, contra marxistas y demócratas, contra «criminales de noviembre» y judíos, contra el Tratado de Versalles y el «mundo de enemigos» de Alemania. Con tales asperezas, el «desconocido soldado del frente» comenzó a despertar el entusiasmo y el odio —en todo caso, la atención— de sus coetáneos en Munich. Junto a las consignas de tipo negativo, el nuevo programa contenía un enmarañado amontonamiento de altisonantes postulados y promesas a todas las capas sociales. Su quintaesencia se resumía en el principio de la unificación nacional bajo la bandera del «socialismo nacional», el cual, a diferencia del marxismo de la lucha de clases, prometía la superación de las degradaciones capitalistas mediante la reconciliación del obrero con todos los estamentos en una «comunidad popular» fuerte, compacta en sus estructuras y poderosa hacia el exterior. En el plano de la historia de las ideas se trata aquí de una confusa y ecléctica mezcolanza de utopías políticas, sociales, racistas y nacionalimperialistas, vigentes desde finales del siglo XIX, agudizadas luego tras la inesperada catástrofe de la guerra mundial. Estas ideas animaban a los grupos más heterogéneos de la «derecha nacional»: desde los decepcionados conservadores y panalemanistas hasta los revolucionarios aventureros de los cuerpos de voluntarios. También las Fuerzas Armadas, que mayormente servían a la República sólo a disgusto, simpatizaban con tales actitudes, sobre todo en Baviera. De todo esto se derivó una doble oportunidad favorable al mayor influjo y al ascenso del nuevo astro de la organización y de la oratoria: Hitler. Esta doble oportunidad consistía, por una parte, en ofrecer a las masas, exasperadas por la revolución y la guerra, desesperadas en medio de la miseria económica de una progresiva inflación, la sencilla explicación de su desgracia: es decir, los judíos, los marxistas, el Tratado de Versalles, los demócratas; por otra parte, en formar a partir de todas las capas del pueblo una «célula de ordenación nacional» en aquel Munich, fermento de revolucionarios y separatistas, reaccionarios y monárquicos, mereciendo así la atención y el apoyo de los agentes del orden, militares y no muy aficionados a la democracia.

Hoy ya no se puede poner en duda que Hitler, a diferencia de muchos de sus «bienpensados» correligionarios, apenas se sentía íntimamente vinculado al programa del «socialismo nacional», con excepción de su excesivo nacionalismo antisemita. El «socialismo nacional» no era para él sino un eficaz y seductor instrumento propagandístico para la movilización y conquista de las masas. Una vez que le condujo al poder se convirtió en mera decoración. Un programa «inmutable» y, sin embargo, nunca realizado en cuanto a sus imperativos de socialización y expropiación, de reforma del suelo y liquidación del «vasallaje de la economía de intereses». Al mismo tiempo, el programa cumplió su función de trastienda y pseudoteoría de cara al despliegue de las facultades retóricas y teatrales del futuro dictador. Pocos meses después de acometer su nueva actividad, Hitler había establecido ya contacto con influyentes círculos nacionalistas, literarios, económicos, sociales y militares. Todos ellos dirigieron su atención hacia tan experto agitador. Se fraguaba así el primer ejemplo de una fatal equivocación, que habría de repetirse en multitud de ocasiones: pensar que se podía explotar las energías y cualidades de este demagogo público para luego domesticarlo y utilizarlo para los fines de dichos círculos influyentes, lo cual siempre sería posible (así se creía) gracias a su superioridad intelectual, social y financiera. Esta ilusión, tantas veces defraudada, hizo su aparición en repetidas ocasiones: el golpe de Estado de 1923, los experimentos de von Papen y Schleicher a finales de la República de Weimar, la formación del gabinete Hitler en 1933 junto con Hindenburg, Hugenberg y la industria alemana y, finalmente, la política de «apaciguamiento» extranjera, tanto de las potencias occidentales como de la Unión Soviética. Esta circunstancia fue la gran suerte de Hitler, que, a pesar de todos sus empeños y golpes de fortuna, nunca habría podido acceder al poder sin la ayuda del exterior, igual que, en el plano artístico, nunca había pasado de ser un fracasado.

Pese a su distanciamiento respecto a otras sectas nacionalistas, el NSDAP no se consideró nunca como un partido más, sino que afirmaba su condición de «movimiento» peculiarísimo situado por encima de sus correligionarios u organizaciones de carácter «político-partidista». En el vocabulario nacionalsocialista, «política de partido» fue siempre un término despectivo. Estas no eran las únicas razones por las que el NSDAP se sentía vinculado a los grupos antidemocráticos y antiliberales situados al margen de la tradición del sistema de partidos. Al mismo tiempo, desarrolló y perfeccionó la estructura patriarcal propia de un movimiento revolucionario elitista cuyos objetivos eran la movilización de las masas, aunque sin permitir su participación en la toma de decisiones. Al respecto, es significativa la

escasa proporción de mujeres y, más todavía, la resolución de la primera Asamblea General del mes de enero de 1921, aprobada incluso por las pocas mujeres presentes: «Una mujer nunca podrá acceder a la dirección del Partido ni al Comité Directivo» [14].

Más importante que la ideología fue, en principio, el desarrollo de una organización intensiva, merced a la cual el partido logró salir rápidamente de la jungla de sus muchos competidores. Al respecto, la introducción de un conjunto de símbolos de carácter vinculante demostró tener un gran impacto. Con el propósito de apelar a la gama de sentimientos irracionales de las masas, los grupos nacionalistas habían adoptado una serie muy nutrida de formas y signos, que el nuevo partido habría de utilizar desde ahora con mayor decisión, premeditación y uniformidad que sus oponentes. En primer lugar, figuraba la cruz gamada. Este era un signo utilizado desde antiguo en gran diversidad de culturas no necesariamente «arias» (por ejemplo, en América Central) como símbolo del círculo solar o rueda solar. A finales del siglo XIX empezó a emplearse como símbolo de los movimientos de renovación racial «aria» y antisemita tras una interpretación tan falsa como característica de varias teorías científicas. Una de las trágicas ironías de los mismos albores del nacionalsocialismo lo constituye precisamente el hecho de que el círculo literario de Stefan George hubiese contribuido a la divulgación de este simbolismo, pese a que dicho grupo estuviera también compuesto por importantes sabios y poetas judíos. La cruz gamada la encontramos en el caso de Lanz von Liebenfels, en la Orden Germánica y en la Sociedad de Thule. Uno de sus miembros, el dentista Friedrich Krohn, dedicó en mayo de 1919 un escrito a la cruz gamada como símbolo de los partidos nacionalsocialistas. Krohn fue seguramente también el primero en utilizar dicho signo —en su posterior configuración sobre fondo negro-blanco-rojo— en la creación de la célula nacionalsocialista de Starnberg para la decoración del podio de oradores. En *Mein Kampf* Hitler se atribuye su invención; aunque, naturalmente, ello no es verdad, no se puede negar, sin embargo, que desempeñó un decisivo papel en la consagración de la cruz gamada como símbolo del partido. Al parecer, Hitler descubrió muy pronto el valor de los símbolos y su fuerza integradora con vistas a un partido de lucha y a un futuro partido de masas. Luego los emplearía de forma sistemática y organizada.

En su calidad de instrumento de ostentación y expresión de solidaridad, la utilización del símbolo, en su ulterior versión más siste-

[14] Georg Franz-Willing: *Die Hitler-Bewegung,* Hamburgo-Berlin, 1962, p. 80.

mática y uniforme, habría de tener un alcance nunca reconocido por otros partidos. Naturalmente, los primeros años fueron testigos de un empleo anárquico de toda clase de distintivos. Las camisas pardas, inspiradas en el cuerpo de voluntarios de Rossbach, fueron de uso general sólo a partir de 1924. Con anterioridad se utilizaba más bien la trinchera y las gorras de esquí. Los estandartes fueron introducidos hacia el año 1923 siguiendo indiscutiblemente el ejemplo de los fascistas italianos. El saludo brazo en alto (claro está, que sin hacer todavía referencia al nombre de Hitler), se utilizaba ya desde 1920; su origen hay que buscarlo en las agrupaciones nacionalistas de Austria. La obligación de portar insignias y uniforme, así como la decoración del escenario de los actos públicos, con esplendorosos juegos simbólicos, contribuyeron indudablemente al creciente poder de atracción y al tan conjurado sentimiento comunitario del «movimiento», aunque el tumulto pseudomilitar y el endiosamiento casi religioso de sus símbolos tuvo que repugnar tanto más a sus adversarios.

Los primeros colaboradores de Hitler jugaron un papel decisivo en la rápida transformación de aquel insignificante grupúsculo de Drexler en un partido organizado e ideológicamente estructurado que desde 1920 empezó ya a destacarse entre otros grupos de la derecha radical. A finales del mismo año contaba con un total de aproximadamente tres mil miembros [15]. En la lista de colaboradores hay que destacar, en primer lugar, a Ernst Röhm (1887-1934), que perteneció a las filas del DAP al menos desde el mes de noviembre de 1919. Hijo de un secretario de la Compañía de Ferrocarriles y oficial del servicio activo, en su autobiografía, que lleva el elocuente título de *Die Geschichte eines Hochverräters* [Historia de un reo de alta traición] (1928), Röhm describe su azarosa carrera como la de un monárquico nacionalista y jefe de lansquenetes. El deber de «traicionar» a la odiada República, que amenazaba su misma carrera militar, era para él algo evidente. Apenas puede apreciarse en su justa medida el papel de Röhm como mano derecha del general von Epp y primer promotor de la carrera del cabo Hitler. Röhm fue para Hitler la plataforma para dar el salto a la política, relacionando a un «quidam» sin pasado con políticos y oficiales «patrióticos». Röhm prestó su apoyo a las distintas unidades revolucionarias de la derecha poniendo en juego sus facultades de organizador militar, aventurero y conspirador. A él corresponde finalmente el mérito de haber convertido a la SA en un temido instrumento de terror. Lo cual, sin embargo, le trajo continuos enfrentamientos con Hitler: en primer

[15] Wolfgang Schäfer: *NSDAP*, Hannover, 1956, p. 7.

lugar, el año 1925, con el desenlace de su separación por cinco años, durante parte de los cuales desempeñó la función de instructor militar en Bolivia. Tras su rehabilitación al frente de la SA (1930) se produjeron nuevos conflictos, que habrían de terminar con su fusilamiento en 1934. En realidad, Röhm fue el único que respetó la áspera personalidad de Hitler, el único con el que le unía el tuteo, aunque también era quien representaba el adversario o la competencia. Su concepción de un poderoso movimiento defensivo-militar yuxtapuesto al partido entró reiteradamente en conflicto con las ambiciones hitlerianas de un partido monolítico.

Casi la misma importancia revistió para Hitler su temprana relación con Dietrich Eckart (1868-1923). Hijo de un abogado de la región bávara de Neumarkt, trató de abrirse paso en Berlín como escritor. Posiblemente a consecuencia de su infortunio literario se hizo antisemita. Fue miembro del DPA y procedía de las filas de la Sociedad de Thule. Al parecer, fue muy grande la influencia que ejerció sobre Hitler, para quien Eckart representaba el primer conocido de amplia ilustración y suficientemente entrenado en el mundo de las relaciones sociales. Aquella influencia fue de tipo intelectual, aun cuando se admita que Hitler ya contaba con sus convicciones fundamentales al término de la guerra. Sobre todo, es preciso incluir entre los méritos de Eskart el que, gracias a sus buenas relaciones con la sociedad civil y las Fuerzas Armadas —que aportaron una importante suma—, el NSDAP adquiriera en diciembre de 1920 el órgano *Münchner Beobachter,* que desde entonces se convirtió en órgano del partido bajo el nombre de *Völkischer Beobachter.* Eckart fue su primer editor, puesto en el que siguió hasta su muerte, sobrevenida aceleradamente por su desenfrenado consumo de alcohol. Eckart forma parte de la lista de heroicos literatos del nacionalsocialismo como creador de la conocida consigna de lucha «Alemania, despierta», consagrada luego en una canción de guerra civil. Unicamente a Eckart —a quien, por otra parte, le abrió de par en par las puertas de su querido lugar de Berchtesgaden— reconoció Hitler como cofundador intelectual del nacionalsocialismo. La dedicatoria a Eckart en *Mein Kampf* significa, en el caso del egocéntrico Hitler, un extraordinario reconocimiento de tal influencia, aunque, por cierto, no sea descrita en detalle. Se puede decir que Röhm y Eckart «hicieron» a Hitler. Sin estos dos parteros apenas puede concebirse su carrera política.

La fórmula económica de su filosofía anticapitalista y antisemita la encontró Hitler en su primera noche de asistencia a la tertulia del DAP. Allí pudo escuchar las teorías, tan poco originales, del ingeniero Gottfried Feder (1883-1941). Hijo éste de un funcionario de Würzburg, durante la guerra se había dedicado por afición al estudio

de la economía financiera, simplificando más tarde la tan difundida polémica contra el capital financiero y el sistema de intereses en una fórmula monocausal: el productor estaba sometido al vasallaje de una clase explotadora, basada en la especulación, y esta clase, a su vez, estaba dominada por los judíos. En el fondo se trataba de una concepción reaccionaria, enemiga del moderno desarrollo económico y más o menos vinculada con teorías socio-económicas medievales. El grito de guerra era la «liquidación de los intereses del capital financiero». Aquí descubría Feder la raíz de todos los males y de todas las crisis de adaptación y reveses coyunturales del presente. En estas consignas radica en parte la explicación de que el nacionalsocialismo pudiera acoger en su seno un movimiento pequeño-burgués opuesto al moderno desarrollo económico-social. El año 1918 Feder sometió en vano al gobierno revolucionario bávaro sus planes reformistas que, al mismo tiempo, había popularizado suficientemente por medio de panfletos. A través de la Sociedad de Thule y los cursos de ilustración y cultura de las Fuerzas Armadas, en los que impresionó por primera vez a Hitler, se abrió paso hasta las filas del DAP y el programa de partido del NSDAP. Ayudado por su propia secta —la Liga para la Liquidación de los Intereses del Capital Financiero— desplegó una incansable actividad en función de su idea fija. En los albores mismos del partido, Feder tuvo cierta importancia: era un punto clave en el establecimiento de conexiones con diversos círculos económicos, principalmente de la clase media que, desde el punto de vista de la política de intereses, estaba abierta a tales ideas. Pero sus doctrinas, tan sectarias como extravagantes, no influyeron sustancialmente en la planificación general o la práctica misma de la política nacionalsocialista. Tampoco podía hablarse de algún tipo de realización de sus ideas, a pesar de que así lo intentara en 1933 desde su posición de Subsecretario de Estado. Sus ideas permanecieron en el plano del mero instrumento propagandístico, pura fachada reformista de una política que, a fin de cuentas, concebía la política económica como medio para la toma del poder y la expansión bélica. Ya en 1934 Feder fue desplazado a Berlín como inofensivo profesor en la Escuela Superior Técnica.

Anárquica se nos presenta también la imagen del papel desempeñado por Alfred Rosenberg (1893-1946). Era la primera figura en la lista de alemanes extraterritoriales que ocupaban puestos directivos en el partido. Nació en Riga y disfrutó de una instrucción a medias en la facultad de arquitectura. A causa de los acontecimientos propios de la revolución y de la guerra hubo de trasladarse a Munich, donde, ayudado por Eckart, encontró entrada en el DAP. En 1921 hizo del *Völkischer Beobachter* la plataforma para la di-

fusión de su filosofía, yuxtaposición de resentimientos personales y lecturas semicientíficas. Se trataba de una mezcolanza de las ideas de Chamberlain, Langbehn y Lagarde, entre otros. Naturalmente, esta combinación llevaba además el sello báltico de un antisemitismo nacionalista, de antieslavismo y de un anticomunismo radical que, por primera vez, se conciliaba con una concepción anticristiana de la historia. Aunque su obra principal *Der Mythus des 20. Jahrhunderts* [El mito del siglo XX] apareció por primera vez en 1930, Rosenberg fue el único de los dirigentes nacionalsocialistas que desde un principio trabajó infatigablemente en la sistematización de la filosofía nacionalsocialista. Sin embargo, su influencia real en el desarrollo del partido permaneció siempre limitada. Hitler mismo apenas fue influido por los escritos de Rosenberg, y hasta confesó no haber leído tan siquiera el *Mito*. Toda su vida el ideólogo Rosenberg permaneció como sumiso servidor de Hitler, aun cuando estuviera preocupado por la violación y manipulación sin escrúpulos de la «idea», especialmente en el caso del pacto Hitler-Stalin de 1939 y de la configuración de la política hacia Rusia. Sin embargo, la táctica de Hitler fue, según las circunstancias, bien la de invocar la ideología y su ideólogo, declarándole Papa del partido, bien la de distanciarse de él, rebajando sus teorías a la condición de trabajo particular y privado, como ocurrió, por ejemplo, en sus disputas con el catolicismo.

Otro alemán del Báltico, el ingeniero Max Erwin von Scheubner-Richter (1884-1923), destacó desde un principio como importante enlace y persona de mucho mundo. Alfred Rosenberg, que le había conocido en Riga, se encargó de introducirlo al partido en 1920. Era hombre muy viajado, conocedor de muchos idiomas, que había servido durante la guerra en diversas misiones diplomáticas. Participó, en un principio, en el golpe de Estado de Kapp. A él se debe haber establecido el importante contacto entre Ludendorff y el movimiento hitleriano. Proporcionó también a éste valiosísimas relaciones con la industria, la Iglesia y diversos círculos monárquicos. Precisamente él, personalidad descollante en el mundillo de fanáticos derechistas agrupados en torno a Hitler, habría de ser el único dirigente nacionalsocialista fusilado con motivo del intento de golpe de Estado en el Feldherrnhalle.

Una figura muy discutida, incluso en las filas mismas del partido, fue, por el contrario, el más joven en el grupo de colaboradores de Hitler. Se trata del funcionario de propaganda Hermann Esser, nacido en 1900. Su padre era funcionario de los ferrocarriles. Hermann Esser fue en 1919 miembro del partido socialdemócrata, para luego emplearse como corresponsal de prensa en los cursos

de «ilustración y cultura» de los militares muniqueses, teniendo entonces ocasión de entrevistarse con Hitler y Feder. Pronto se convertiría en eficiente orador en los actos públicos del partido, y poco después en redactor jefe del *Völkischer Beobachter.* Su estilo de vida un tanto inconsistente, a la par que su carácter algo dudoso, se veían compensados por una entrega incondicional a Hitler, quien, tras imponerse definitivamente como máximo dirigente, habría de constituirlo en jefe del Servicio de Propaganda del Partido. Mucho antes que Goebbels, este hombre del partido, tan fanático como falto de escrúpulos, utilizó los tonos más rastreros de la propaganda antisemita y antidemocrática. Tan sólo un Julius Streicher, que por la misma época dirigía su propio grupo antisemita en Nuremberg, puede equiparársele en este aspecto.

Esta breve sinopsis permite ya reconocer algunas características del grupo de cabecillas en torno a Hitler. Era una mezcla de radicales bávaros y alemanes extraterritoriales. La mayoría procedía de la pequeña burguesía y tenían entre veinte y treinta y cinco años. El número de militares y seguidores del cuerpo de voluntarios *(Freikorps)* creció considerablemente en el partido, al tiempo que disminuyó la participación obrera. Al partido se unieron asimismo muchos parados, que quedaban empleados en labores de propaganda o como tropa de combate igualmente publicitario. Otras veces conseguían una ocupación a través de la red de conexiones nacionalistas. Sin esta circunstancia apenas puede comprenderse ese ansia incontenible de acción revolucionaria que en último término condujo a la conocida explosión de 1923. Con todo, tan importante es el hecho de que, en tan poco tiempo, Hitler consiguiera hacerse con la dirección del partido, rebasando y desplazando simultáneamente a los otros grupos de orientación derechista radical.

El ascenso de Hitler

Pese a su extraordinaria y llamativa actividad, Hitler no había conquistado todavía en 1920 la plena dirección del partido nacionalsocialista, que registraba una progresiva marcha ascendente. Cierto es que en su condición de propagandista imprescindible poseía un gran prestigio y grandes posibilidades de triunfo en el marco de la organización y propaganda del partido. Sin embargo, todavía no pertenecía de lleno a la dirección del partido cuando, en el verano de 1921, se preparó para el gran golpe y desplazó a Drexler de su puesto de primer Presidente del partido. Hitler supo entonces afianzar casi dictatorialmente sus funciones e independizarse considerable-

mente del Comité del partido. Esta evolución de los acontecimientos podrá comprenderse mejor si se tiene en cuenta la táctica perseguida por Hitler. Se trataba de superar a toda costa en actividad y eficacia a todos los demás grupos rivales. Al atacar duramente a los grupos sectarios romántico-burgueses y su consiguiente asociacionismo pseudodemocrático, supo aprovechar la corriente popular del momento, que demandaba un «hombre fuerte» y una reordenación de la desastrosa situación de posguerra, en favor de una «dictadura del orden». Más que otros funcionarios del partido y gracias a su incansable actividad, supo hacerse imprescindible, relegando a un segundo plano a Drexler, más apacible y ligado a sus deberes profesionales. Cuando llegó el momento decisivo se puso de manifiesto que, pese a todas las simpatías que pudiera merecer Drexler, la mayoría, con inclusión del mismo Drexler, no creía poder renunciar al gran motor que era Hitler. Fue una muestra de la táctica que éste habría de utilizar reiteradamente con éxito: por ejemplo, durante la última crisis del partido con Gregor Strasser en diciembre de 1932.

El 11 de julio de 1921 Hitler anunciaba patéticamente su retirada del NSDAP. Sin embargo, al mismo tiempo y con el mismo énfasis, daba a conocer las condiciones de su reingreso. Demandaba la absoluta hegemonía del Partido de Munich y de su programa sobre cualquier otra de las agrupaciones nacionalsocialistas que, entre tanto, proliferaban ya dentro y fuera de Baviera. Insistía en la eliminación de grupos y personas no gratas, especialmente de cierta agrupación nacionalsocialista de Augsburgo, que veía con malos ojos sus reivindicaciones de mando y había propuesto una fusión del NSDAP con el Partido Socialista Alemán (DSP), de análoga orientación y con sede en Berlín (!). Por su parte, Hitler exigía un rumbo radical del partido, que habría de distanciarse conscientemente de cualquier elemento favorable al compromiso. Las demandas, tipo «ultimatum», que Hitler presentó en relación con su propia posición de mando, anuncian de modo inequívoco lo que habría de ocurrir en fechas ulteriores. Hitler reclamaba que en el plazo de ocho días se reeligiera el Comité del partido, que él mismo pasara a ocupar el «puesto de primer Presidente con atribuciones dictatoriales» y que Munich permaneciera definitivamente como «sede del movimiento». Insistía además en la expulsión de todos los miembros que persiguieran una modificación del nombre o del programa. Tampoco sería posible la fusión con grupos rivales y sí únicamente la anexión incondicional. Reclamaba asimismo para él el derecho «exclusivo» de negociación sobre el tema [16].

[16] Konrad Heiden: *Hitler,* Zürich, 1936, p. 108. Maser: *Frühgeschichte, op. cit.,* p. 232. Franz-Willing: *op. cit.,* p. 110.

Pronto pudo comprobarse el carácter casi infalible de semejante táctica, ya que, entretanto, Hitler se había hecho imprescindible para la existencia y la actividad misma del partido. Fue una vez más Eckart quien se encargó de los decisivos servicios de mediación, consiguiendo que todo el directorio del partido, con inclusión de Drexler, capitulara frente a Hitler, pese a ciertas leves reservas. Los días sucesivos registraron una serie de contiendas que estuvieron a punto de producir una escisión en el seno del partido cuando el bando de Hitler convocó, por propia iniciativa, una asamblea general de los miembros con el fin de redondear la victoria. Hizo entonces su aparición una contracampaña dentro del mismo partido. En una serie de hojas volantes se ponía en duda la integridad de Hitler y de su satélite Esser. Se planteaban críticas cuestiones relacionadas con el tipo de «ingresos» de ambos. Se denunciaba también públicamente la financiación de una tropa particular de Hitler formada por parados y se invitaba a la proclamación de una asociación nacionalsocialista libre (de Hitler). Sin embargo, de nuevo cedió Drexler en el último momento y por influencia de Eckart. La asamblea extraordinaria del 29 de julio de 1921, a la que acudieron tan sólo 550 miembros, se celebró bajo la presidencia de Esser y terminó con un éxito retórico de Hitler. Se concedió a Drexler la presidencia de honor del partido, disponiéndose además una modificación de los estatutos. Con ello se perseguía una reorganización del partido y un simulacro de elecciones para la Presidencia, aunque prácticamente bajo la dirección dictatorial de un «comité de acción» bajo el mando de Hitler. Así pues, los adeptos de Hitler empezaban a ocupar todos los puestos decisivos.

Aquí comienza ya el mito del *Führer* (caudillo) Hitler, que, en primer lugar, fue conscientemente elaborado —sobre todo, por Eckart— en el *Völkischer Beobachter* y que más tarde condujo al típico prorrumpir en expresiones de místico entusiasmo. Fue un discípulo del geopolítico muniqués Karl Haushofer, llamado Rudolf Hess, quien ya entonces habría de constituir un ejemplo de lo apuntado. Con la soberbia confesión de Hitler, en el sentido de que él «conquistó el puesto de primer presidente con atribuciones dictatoriales», quedaba sentado el *Führerprinzip* (principio del caudillaje) como referencia central de la organización del partido. Desde su posición de «*Führer* del NSDAP» —tal era el título que ahora prefería—, Hitler no sólo reivindicaba la disposición ilimitada de la jerarquía del partido. Exigía además, y en creciente medida, la incondicional adhesión y la creencia casi religiosa de sus adeptos. Este culto al *Führer* agradaba a amplias capas de la población, deseosas de encontrar, en medio de una sociedad conmocionada por la guerra, la sal-

vación y el orden que viniesen a satisfacer ese ansia de honores y de autoridad tan deteriorada por la caída de la monarquía.

La victoria del bando de Hitler comportó una serie de cambios decisivos en la camarilla dirigente y en la organización. El nuevo jefe de negocios fue ahora el ex-sargento de Hitler, Max Amann, aumentándose a trece el número de personas empleadas en dicha dependencia. Para Amann ello supuso el comienzo de su carrera como auténtico zar de la prensa, que, a fin de cuentas, administraba el inmenso imperio periodístico nacionalsocialista del Tercer Reich.[17] Igualmente, la posición de Dietrich Eckart como redactor jefe del *VB* se vio enormemente revalorizada, ampliándose además el aparato de la propaganda y organización del partido. Hitler consiguió, sobre todo, su empeño de fundar un grupo dentro del partido, montado sobre bases militares, que figuraba de cara al exterior como una sección de gimnasia y deporte, aunque pronto hizo su aparición en los debates de los locales y en las mismas calles, haciendo gala de su empuje y fuerza. Era la *Sturmabteilung* (SA) (la sección de asalto). En lapidario y burocrático estilo Hitler presenta en *Mein Kampf* (pág. 658) el saldo de su primer gran triunfo, aunque naturalmente y como de costumbre sin ocuparse de los problemas que acompañaron su ascenso a la dictadura del partido. Tampoco menciona al respecto el decisivo papel desempeñado por Eckart:

> La tentativa de un grupo de visionarios nacionalistas, apoyados por el entonces presidente del partido, encaminada a la conquista de la dirección condujo a la derrota de esta pequeña intriga, confiándose a mí por unanimidad la dirección completa en el curso de una asamblea general de los miembros. Al mismo tiempo, se fijaron nuevos estatutos, que transfieren al primer presidente del movimiento la plena responsabilidad y eliminan, en principio, las resoluciones de comité, introduciendo en su lugar un sistema de división del trabajo que desde entonces ha sido colmado de bendiciones. A partir del 1 de agosto de 1921 he asumido esta reorganización interior del movimiento.

Con ello el partido se convirtió formalmente en instrumento de la política de Hitler. Sin embargo, lo que posibilitó la casi ilimitada posición hegemónica de Hitler no fue sólo la organización de una especie de ejército del partido, la ampliación de la propaganda, el mejoramiento de la organización del mismo partido y la coordinación de sus actividades a base de una «circular» dictatorial, parecida importancia revistió el hecho de que durante estos mismos meses (1921-22) consiguiera la sumisión de otros grupos de la

[17] Para una semblanza de Amann cf. Albert Krebs: *Tendenzen und Gestalten der NSDAP,* Stuttgart, 1959, p. 195. Acerca del *VB* y de la prensa nacionalsocialista cf. Oron Hale: *The Captive Press in the Third Reich,* Princeton, 1964, p. 15.

derecha radical o su fusión con el NSDAP de Munich. Entre tales grupos sobresalía especialmente el Partido Socialista Alemán (DSP), creado el año 1919 en Hannover. A diferencia del DAP-NSDAP este partido se había extendido por casi toda Alemania. También en Munich contaba con un grupo de activos adeptos, que, en un principio, recibió por parte de la sociedad de Thule y el *MB* por lo menos el mismo apoyo que el DAP. Su configuración socialista y reformista era más definida; la idea de una amplia reforma del suelo, según las doctrinas desarrolladas desde principios de siglo por el teórico Damaschke, ocupaban el primer plano de su labor de agitación pública. También el ala de los «socialistas alemanes», especialmente el grupo de los hermanos Otto y Gregor Strasser, que procuraban tomar más en serio que Hitler el «socialismo» del movimiento, desempeñaron más tarde en el NSDAP cierto papel. Esto ocurrió hasta que la caída en desgracia de Otto Strasser (1930) y la derrota (1932) y posterior asesinato de Gregor Strasser (1934) sellaban la victoria de los oportunistas arrimados a Hitler.

El dirigente del DSP, el ingeniero Alfred Brunner (1871-1936), alemán del Norte, se pronunció en un principio declaradamente en contra las pretensiones hegemónicas de Hitler. En 1921 trató de conseguir cierto control del NSDAP a través de la célula del mismo en Augsburgo, criticando duramente el «papado partidista» del autoconfigurado «caudillo» en Munich. La mayor debilidad del DSP fue precisamente su amplia difusión por Alemania, con la consiguiente deficiencia en la organización, que a la larga no podía competir con el NSDAP muniqués, sumamente compacto y dictatorialmente dirigido. El mes de diciembre habría de ser testigo de la disolución del DSP con la simultánea recomendación de adherirse al NSDAP [18]. En ello desempeñó un importante papel el hecho de que el grupo nuremburgués del DSP, dirigido por un antisemita tan radical como el maestro Julius Streicher, se pasara al bando de Hitler tras una serie de enconadas pendencias y rivalidades. Con su revista *Der Deutschsozialist* [El Socialista alemán] el grupo de Streicher constituía un importante sector del DSP. La adhesión de Streicher a Hitler puso fin a las prolongadas disputas en torno al tan vituperado culto de Hitler, rendido por los nacionalsocialistas de Munich. Hitler apreció tanto el papel de Streicher que él mismo lo defendió de muchos ataques, nombrándole «Gauleiter» de Nuremberg-Franken y anfitrión de las diferentes asambleas de partido celebradas en Nuremberg.

También en el área austríaca confirmó Hitler sus reivindicaciones hegemónicas. Ya hemos señalado anteriormente cómo en la asamblea

[18] Maser: *Frühgeschichte, op. cit.*, p. 233.

de Salzburgo de agosto de 1920, que inauguraba un comité de «partidos nacionalsocialistas de la Gran Alemania», Hitler se destacó como gran orador. Uno de los resultados de aquel acontecimiento fue el intercambio de oradores: Hitler visitó de nuevo Linz, Drexler viajó a Checoslovaquia, y Riehl, Jung y Knirsch se trasladaron a Munich. Cuando un año más tarde, en junio de 1922, se celebró otra asamblea austríaco-alemana en Viena, Hitler apareció claramente como el jefe de la agrupación más poderosa. Se presentó con un nutrido grupo de seguidores y pronunció un discurso que mereció grandes aplausos. Era su primer retorno a Viena. El segundo, dieciséis años después, sellaba el *Anschluss* y la unificación * de su patria de origen.

La Meca del partido siguió siendo Munich. Sin embargo, el «movimiento» y sus elocuentes símbolos —cruz gamada, saludo brazo en alto y uniformes de fantasía— empezaban a surgir en todas las provincias y Estados de Austria y Alemania. No sólo los militares sino también influyentes círculos económicos y sociales flirteaban con tan capacitado agitador de masas. Seeckt y Stinnes se interesaron por Hitler [19]. Los dineros de industriales tales como Thyssen, Kirdorf y Borsig, los salones de la editora Bruckmann y de la señora Bechstein, fabricante de pianos, ganan importancia. Con todo, la especial posición de Hitler, conseguida por su inigualable actividad, apenas podía hacer olvidar que tan sólo dirigía un partido radical, relativamente pequeño, de estilo más bien muniqués. Esta era la realidad, pese a que las tumultuosas campañas y actos públicos celebrados por Hitler en cervecerías, circos y plazas, siguiendo siempre un patrón uniforme, conseguían éxitos cada vez más palpables. Sólo los nuevos trastornos internos producidos como consecuencia de la ocupación del Ruhr y de la inflación de 1923 posibilitaron el primer gran triunfo del movimiento de masas.

El punto fuerte del NSDAP frente a los demás partidos, con excepción de la izquierda, siguió siendo la organización, que entre tanto había experimentado una progresiva elaboración e intensificación. Esto reza en especial para la evolución de la SA, que en un principio era una sección del partido dedicada al deporte y la protección de los miembros, aunque, desde sus comienzos, tenía carácter militar. El mismo Hitler había incorporado a sus filas a los soldados licenciados de la Reichswehr (las Fuerzas Armadas del Reich). En mayor número todavía se reclutaba miembros a partir de los cuerpos de voluntarios *(Freikorps)* en proceso de disolución, especialmente los de Oberland y Epp, así como los de la brigada Ehrhardt. No fue

* Véase N. del T. de la pág. 226.

[19] Sobre el tema cf. F. W. Hallgarten: *Hitler, Reichswehr und Industrie*, Frankfurt/M., 1955, p. 89 et alia.

mera casualidad el hecho de que las asambleas de los primeros tiempos se celebraran con suma frecuencia en las proximidades de los cuarteles. Estos «soldados políticos» fueron empleados en un principio como agentes del orden y de protección en los actos públicos, al mismo tiempo que como guardaespaldas. Bajo la fórmula de que «el terror sólo con el terror se aplasta», justificó finalmente Hitler la formación de un ejército del partido. La aplicación de métodos militares de la guerra civil a la vida política aseguró a la violencia un importante lugar en la táctica política de Hitler. Naturalmente, no puede negarse que los actos celebrados por los nacionalsocialistas fueron a menudo entorpecidos por las izquierdas. Sin embargo, dado el carácter agresivo de la propaganda nacionalsocialista, todo esto era algo más que natural.

Así, de una tropa de guardaespaldas más o menos improvisada fue surgiendo gradualmente una organización más uniforme. El carácter pseudomilitar del partido, ya sellado por el ingreso y la influencia de Hitler, atrajo en creciente medida a los jóvenes en edad militar que no habían sido admitidos en el servicio militar y los cuerpos de voluntarios y que tampoco podían ser absorbidos por el nuevo ejército de tan sólo cien mil hombres. En agosto de 1921, y coincidiendo con la nueva era del partido, se constituyó formalmente «la sección de gimnasia y deporte del NSDAP», supeditada, en un principio, al mando del lugarteniente de marina y jefe del cuerpo de voluntarios Klintzsch, de la brigada Ehrhardt. Un llamamiento bajo el título «A nuestra juventud alemana», aparecido en el *Völkischer Beobachter* (14-8-1921) declaraba la voluntad de

> unir a nuestros jóvenes miembros del partido, con el fin de poner su fuerza de férrea organización y su potencial de choque al servicio del movimiento. Deberá ser portadora de la idea de salvaguardia de un pueblo libre y habrá de proteger el trabajo de ilustración y esclarecimiento desempeñado por los dirigentes.

Esto significó un doble, a la par que equívoco, objetivo, que suponía una eterna base conflictiva de futuras contiendas dentro de la SA y con la dirección misma del partido. ¿En qué medida era la SA mero instrumento del partido y en qué medida movimiento de vanguardia, agrupación autónoma de salvaguardia y custodia, cuerpo político de voluntarios con peso y poder propios? Unicamente después de la toma del poder fue dirimida esta cuestión por el mismo Hitler en los sangrientos asesinatos del 30 de junio de 1934. Hasta entonces aquella cuestión quedó en el aire; pues Hitler, que siempre consideró a la SA como una tropa del partido estrictamente supeditada a éste, rehuyó significativa y reiteradamente una respuesta defi-

nitiva mientras se vio precisado a contar con la ayuda de la SA. El carácter equívoco de la SA era más bien inevitable. Ello se debía a la necesidad de conquistar y mantener el apoyo de los militares, que en gran medida consideraban su papel como un fin en sí mismo. Tal fue la postura de Röhm, al igual que la del capitán Ehrhardt, el dirigente más afamado de los cuerpos de voluntarios *(Freikorps)*, de cuya brigada salieron muchos de los oficiales instructores y reclutas de la nueva organización. También las Fuerzas Armadas se interesaban, al menos durante la crisis de 1923, más por los aspectos político-militares de aquella empresa que por su significado para la organización del partido. Tras una serie de pendencias de salón, libradas con éxito, Hitler concedió a la SA en noviembre de 1921 y de modo oficial el título honorífico de «sección de asalto» *(Sturmabteilung)* [20].

No eran únicamente desempleados y soldados fracasados quienes engrosaban las filas de la SA (que, por otra parte, estaba adquiriendo ya una fuerza temible). Especialmente los jóvenes consideraban una aventura francamente seductora fijar carteles y pintar paredes bajo una incesante amenaza, como también resultaba seductor pelearse con el adversario, participar en ruidosos desfiles y viajes llenos de vicisitudes por todo el país y en camión, llevar a cabo aparatosas campañas publicitarias y embriagarse de la atmósfera de conspiración propia de las citas secretas y asaltos premeditados. La policía muniquesa, cuyo jefe, Pöhner, jugó al principio un equívoco papel y por último expresó claramente sus simpatías hacia los nacionalsocialistas, se enfrentaba a tales actividades más bien con desgana. La actividad publicitaria nacionalsocialista se esforzó principalmente por conquistar a la juventud. Ya en febrero de 1921 Rudolf Hess creó una organización estudiantil nacionalsocialista en la Universidad de Munich, que contó también con una tropa de la SA propia. Un año más tarde (mayo de 1922) creaba Hitler en el Bürgerkeller la Liga de Juventudes del NSDAP. En un principio, siguieron engrosando las filas de la SA elementos de los cuerpos de voluntarios *(Freikorps)*. El mes de diciembre de 1922 el antiguo cuerpo de voluntarios de Rossbach, bajo la dirección del lugarteniente jubilado Edmund Heines —que en su condición de brutal SA-Gruppenführer (Jefe de Grupo de la SA) consiguiera una reputación harto equívoca—, vino a constituirse en un departamento más de la SA. El mismo Rossbach participó de lleno en todo ello.

Los efectos de este tipo de organización, con la cual el partido de Hitler supo sobreponerse a todos sus correligionarios de la extre-

[20] Thilo Vogelsang: *Reichswehr, Staat und NSDAP*, Stuttgart, 1962. En general, Heinrich Bennecke: *Hitler und die SA*, Munich, 1962.

ma derecha, se vieron afianzados más todavía por su apertura a los modernos recursos de la propaganda. Hitler se apartó de los métodos tradicionalistas de los conservadores y nacionalistas, interesándose activamente por la «captación» de grandes masas gracias a la técnica publicitaria y a las asambleas públicas. En este contexto hay que incluir también el amplio uso de las ventajas que ofrecía la motorización. La SA se vio reforzada con la creación de departamentos especiales: se creó un equipo motorizado, del que más tarde habría de derivarse el Cuerpo Motorizado Nacionalsocialista (NSKK), dirigido por el comandante de Ingenieros Hühnlein. Asimismo se creó un «departamento técnico», un «departamento de artillería», un «departamento de bicicletas», pero también —siguiendo la combinación de elementos tradicionalistas y modernos— un «cuerpo de caballería» y un «cuerpo de música». Articulada en sus comienzos en centurias, la SA adoptó luego una organización completamente militar a base de compañías. El grueso dependía del regimiento de la SA en Munich, mandado por Heinrich Bennecke, estudiante de Historia, procedente de la brigada Ehrhardt. La SA estaba sometida al mando personal de Hitler. Era un ejército privado del todopoderoso «caudillo», que exigía obediencia incondicional e incluso la disposición a entregar la vida misma.

Agitación y organización

Hitler nunca dejó lugar a dudas, en todas sus manifestaciones, de que la agitación psicológica de las masas y una rígida organización eran para él las bases más importantes del éxito político. Los factores económicos e ideológicos aparecían en un plano mucho más modesto. Los capítulos más sobresalientes de *Mein Kampf,* en los que evidentemente puso su mayor esmero, están dedicados a la técnica de la propaganda y de la influencia de las masas. Junto a estos temas los apartados políticos e ideológicos forman un simple acopio de frases hechas y lugares comunes. A este interés y a sus dotes indiscutibles de demagogo debe en realidad Hitler su propio triunfo y la expansión del partido. Más tarde encontraría en Joseph Goebbels una ayuda especialmente valiosa. Tanto en el partido como en el mundillo de los grupos de la derecha radical, Hitler era un auténtico fenómeno. No basta, naturalmente, destacar sus cualidades innatas de orador y agitador público, atribuyéndolas incluso un poder casi demoníaco, como han hecho algunos historiadores demasiado expeditivos. El mismo Hitler destacó reiteradamente lo mucho que aprendió de la enseñanza directa impartida por la propaganda de la Primera Guerra

Mundial. Su argumento era que los aliados, especialmente los ingleses, habían logrado mostrarse muy superiores en este terreno a las Potencias centrales, debiéndose a tal circunstancia la victoria conseguida.

La afirmación de Hitler puede parecerle cuestionable a cualquier estudioso serio de la movilización nacionalista de la opinión pública alemana durante los años 1914-18. Pero lo cierto es que tal afirmación apoyaba eficientemente la leyenda de la puñalada por la espalda y la necesidad de una explicación no militar de la derrota. En realidad, la verdad es todo lo contrario: en un ambiente de crisis y de guerra civil, en medio de la psicosis de la derrota y de las demandas de revisión, la propaganda nacionalsocialista pudo desplegar su actividad como una continuación radical y una exageración más unilateral aún de la propaganda bélica. Por otra parte, sus argumentos —en la medida en que no estaban inspirados en el radicalismo de preguerra— se derivaban mayormente del arsenal de la propaganda enemiga y bélica. El característico método de Hitler —reducir jirones de ideas agresivas y rebosantes de sentimiento a consignas claras y fácilmente retenibles con el fin de asegurar su más amplia difusión a la par que su potencial integrador— tenía naturalmente por base aquella técnica de propaganda directa de masas sobre la que se fundamentaba la verdadera fuerza de los nacionalsocialistas.

Suma eficacia resultó tener el rito, cuidadosamente elaborado, de la asamblea de masas con sus correspondientes efectismos emocionales, en los que hábilmente se enmarcaba el gran discurso. El discurso era el punto culminante, la liberación de una tensión agudizada al máximo por diversos medios: marchas, canciones, desfiles, banderas, consignas de lucha y retraso intencionado de la actuación del *Führer*. La agitación —ciertamente tumultuosa— provocada por panfletos y pancartas desempeñaba un papel secundario; en última instancia, servía únicamente al objetivo final: es decir, al apoyo de la demagogia retórica, desplegada por Hitler desde el mes de octubre de 1919 y convertida desde 1920 en una auténtica institución de la vida muniquesa, de por sí suficientemente abigarrada. La temática que presidía las distintas asambleas se sucedía de modo sumamente monótono: lucha contra los tratados de paz, contra el marxismo, el separatismo, el capitalismo internacional y la «democracia de noviembre». Todos estos elementos eran considerados como los verdaderos usufructuarios de la catástrofe bélica, respaldados, naturalmente, por la «conspiración judía». Desde un principio se practicó el antisemitismo activo. Las pancartas portaban inscripciones tales como «prohibida la entrada a judíos». Por su parte, la SA ofrecía (a partir del año 1921) el marco pseudomilitar al mismo tiempo que la cons-

tante amenaza del terror. Gracias a la SA el partido se encontraba presente por doquier. Sus marchas callejeras, sus pancartas y octavillas, las banderas y brazaletes se convirtieron en parte integrante de la misma ciudad. La SA hacía olvidar las proporciones verdaderamente modestas del movimiento, incluso antes de adoptar (1923) el uniforme.

Pese a que el NSDAP pronto superó a otros partidos mayores que él en cuanto a labor de agitación pública y grandiosa propaganda, no se decidió en 1920 a presentarse a elecciones. Todo su esfuerzo se concentraba en los objetivos de agitación pública y de organización de sus estructuras. No se quiso correr el riesgo de unas elecciones libres. Hasta el éxito registrado en 1930 este tipo de propaganda política fue más bien arrinconado, destacando al mismo tiempo, de forma consciente, sus métodos y propósitos antiparlamentarios. El efectismo de los actos públicos fue asombroso. Los asistentes superaban a menudo el millar si bien muchos curiosos acudían a la cita para presenciar el espectáculo que constituían el tumulto y las mismas peleas. Así, el 3 de febrero de 1921 unas seis mil quinientas personas hicieron acto de presencia en el circo Krone para oír al propio Hitler despotricar contra la conferencia que estipuló la cuantía de las reparaciones de guerra: tema muy apropiado para la conquista de adeptos «patrióticos», aunque, por lo demás, éstos no simpatizaran mucho con las consignas radicales del nacionalsocialismo.

Por otra parte, las críticas registradas en algunos sectores de la prensa contra las maquinaciones nacionalsocialistas contribuyeron más todavía a la difusión propagandística del movimiento. Hitler trató conscientemente de desafiar a la prensa mediante una continuada serie de escándalos y una táctica agresiva que sabía utilizar como instrumentos propagandísticos los innumerables procesos y detenciones. En 1920 la labor de agitación pública promovida por el Partido de Munich había tendido ya sus tentáculos mucho más allá de Baviera, apareciendo diversas células en Stuttgart, Pforzheim, Hannover y Halle. Siguiendo el modelo de los partidos socialistas, se procuraba vincular al partido la misma vida privada de los miembros. Cada camarada debía asistir a las tertulias semanales al menos una vez al mes. Excursiones colectivas y conciertos, dedicados especialmente a la música wagneriana, fiestas de Navidad y de solsticio constituían otros tantos recursos para afianzar la vinculación de los miembros, que debían encontrar en el partido su propio hogar y hasta un sustituto de la religión. Naturalmente, todos estos actos estaban envueltos por la correspondiente atmósfera ideológica y el consabido rito netamente germanófilo. En primer plano figuraba siempre el

antisemitismo, principio que lo explicaba todo y que servía a la unión de los miembros.

En el transcurso del año 1922 pudo ponerse de manifiesto la creciente importancia política del partido. En efecto, la propaganda nacionalsocialista comenzó con amenazas de golpe de Estado caso de que el gobierno y la Justicia, de por sí bastante inestables, considerasen la posibilidad de una represión del partido y una expulsión de Hitler, ciudadano austríaco. El medio más elegante utilizado en esta política de intimidación fue el espectáculo pseudomilitar de las asambleas del partido en las que se ponía de manifiesto la posición hegemónica del NSDAP en el mundillo de grupos de la extrema derecha. Tales asambleas no habían rebasado todavía el marco de las fuerzas «nacionales». Sin embargo, ya en la Asamblea Alemana de Coburgo (octubre de 1922) hizo su aparición Hitler con ochocientos miembros de la SA, cuyo desfile marcial exhibía el lado étnico-nacionalista, demostrándolo asimismo en públicas reyertas. Era el momento en el que Mussolini ponía en escena su «marcha sobre Roma». Este acontecimiento fue un ejemplo y también un estímulo de los desfiles de masas y de la primera lucha por el poder, que ahora comenzaba. El primer Congreso del Partido a escala del Reich, celebrado grandiosamente en Munich del 27 al 29 de enero de 1923, constituyó un importante hito en esta evolución. En un total de doce asambleas públicas hicieron acto de presencia los dirigentes alemanes y austríacos del «movimiento». Hitler en persona fue el orador principal en todos estos actos. En uno de ellos, pomposamente celebrado en el llamado Campo de Marte de Munich y en medio de un simbolismo pseudorreligioso, Hitler «consagró» los primeros estandartes de la SA, imitación de los emblemas del fascismo. Se había alcanzado la base de partida desde la que Hitler trataría de conquistar el poder en el tempestuoso año de 1923.

Aunque el rápido ascenso del partido tiene mucho que ver con la actividad incansable y casi frenética de Hitler, semejante auge no puede concebirse sin el apoyo de fuera. Este apoyo cabe situarlo en dos planos diferentes: la intensa organización del partido y el problema de su financiación. La concepción del «movimiento» —diferente del partido (sinónimo de parte) y caracterizado por la voluntad de situarse por encima de las disensiones «político-partidistas»— era compartida por otros grupos. Sin embargo, por su decidido distanciamiento de los grupos sectarios y su enfrentamiento a los «mosquitasmuertas» teorizantes, así como por su eficiente organización y trabajo de partido, Hitler demostró ser más realista que ninguno. Desde un principio —en el estilo propio del fracasado profesional— había observado críticamente que el movimiento étni-

co-nacionalista nunca podría llegar a ser un «movimiento del pueblo» de cara a la conquista de las «masas» en favor de la «causa nacional» mientras estuviera en manos de «funcionarios judiciales, académicos, profesores o sabios muy distinguidos y honorables, pero también fantásticamente ingenuos» [21]. Por ello, pese a su tan esgrimida ideología del «movimiento», siempre impulsó una organización propia del partido.

Naturalmente, se trataba de un partido de nuevo estilo, profundamente inspirado en los partidos socialistas rígidamente organizados y altamente combativos. A diferencia de los partidos burgueses, de estructura poco compacta y basados en la tradición y el interés particular, el «movimiento» quería ser un partido unificador dotado de estructuras pseudomilitares y amplio radio de acción, capaz de penetrar en todas las capas sociales. Su básica posición anticomunista no era óbice para dar la bienvenida a los prófugos de cualquier otro partido, con inclusión de los radicales de izquierda. La lucha contra la República en su fase final de 1930-32 y el pacto Stalin-Hitler de 1939 son otros tantos ejemplos de esta elasticidad. Frente a un *solo* grupo permanecieron cerradas las puertas de este partido unificador: los judíos, con independencia de sus creencias religiosas. Se ratificaba de nuevo el hecho de que el antisemitismo racista era el principio fundamental al que Hitler se adhirió incondicionalmente, con una ceguera y desconsideración absolutas. Los formularios de ingreso en el partido estaban expresamente reservados únicamente a «camaradas» *(Volksgenossen)* alemanes; exigían el testimonio de «ascendencia alemana (aria)», concediendo la entrada tan sólo a los ciudadanos «que no contaran con antepasados de otras razas».

La estructura de la organización fue claramente autoritaria a partir de la usurpación hitleriana de la dirección absolutista del partido en julio de 1921. La primera edición de *Mein Kampf* concedía todavía una «elección de los dirigentes». Sin embargo, subrayaba acto seguido la «absoluta autoridad», la plena y exclusiva responsabilidad de los mismos. Esta última concesión a los procedimientos democráticos —que no constituía, más bien, sino una adaptación táctica— fue sustituida en ediciones posteriores por la dictadura total de mando. En realidad, el principio del caudillaje *(Führerprinzip)* y la estructura militar de mando constituían la esencia misma de la organización nacionalsocialista del partido. Todas las tentativas de enmienda, registradas antes y después del golpe de 1923, fueron sistemática y consecuentemente reprimidas por Hitler; más consecuentemente que Mussolini, que en 1943 terminó por inclinarse ante el

[21] *Mitteilungsblatt* del 7-I-1922, en Franz-Willing, *op. cit.*, p. 170.

Gran Consejo Fascista. Significativa, al respecto, es la vieja práctica de crear una célula local no sólo después de contar con la suficiente financiación, sino además con un jefe aceptable, capaz de supeditarse estrictamente a la jerarquía del partido. Hitler nunca vio con buenos ojos cualquier fusión o auténtico compromiso con otros grupos, ni siquiera con las simples «comunidades de trabajo», de parecida orientación; siempre rechazó esta alternativa de modo consecuente. El ideal organizador de Hitler no estaba determinado por el tamaño a toda costa, sino por la cohesión y la subordinación.

A comienzos de 1922 el partido contaba con unos seis mil miembros, muchos menos de los que hacía presumir su actividad y su impacto general. El aumento numérico experimentó luego una aceleración cuando se obligó a los miembros del partido a reclutar cada uno de ellos tres nuevos camaradas y un suscriptor del *VB*. El mismo Hitler se dedicó al entrenamiento sistemático de los oradores y al perfeccionamiento de la técnica de las asambleas. El principio fundamental consistía en que el local debía ser siempre reducido y estar ocupado en una tercera parte por adeptos propios. Gracias a la herencia dejada por el DSP, las células fueron proliferando progresivamente en el norte de Alemania hasta que surgieron las primeras prohibiciones: el mes de noviembre de 1922 en Prusia y luego, hasta el mes de septiembre de 1923, en Sajonia, Turingia, Hamburgo, Hessen y Braunschweig. Esta circunstancia frenó considerablemente el proceso de expansión de la organización. El hecho de que hasta la prohibición general de noviembre de 1923 casi se multiplicara por diez el número de miembros (que alcanzó la cifra de unos cincuenta y cinco mil) se debió, sobre todo, a los tumultuosos acontecimientos de 1923, verdadera plataforma para la toma de poder por parte de Hitler.

Queda todavía pendiente la cuestión acerca del tipo de fuerzas económico-sociales que respaldaban al joven «movimiento» y la manera de financiar su febril actividad y su aparato de organización cada vez más poderoso. Cierto que los primeros momentos estuvieron presididos por la estrechez económica, pero el número de miembros y los recursos económicos de los dirigentes guardaban tal desproporción con el ruido y el aparato de este partido que la tan repetida referencia al «idealismo» de sus fanáticos adeptos no puede descartar la posibilidad de una financiación desde fuera. De todas formas, la teoría, defendida principalmente por la polémica marxista, de que el nacionalsocialismo fue invención y producto del capitalismo monopolista simplifica demasiado la complicada trama de los inicios del «movimiento». La componente anticapitalista era algo más que un simple pretexto. Sólo el fanatismo del grupo de Hitler elevó al

partido a un plano de importancia tal que pronto se ganó el favor de ricos promotores y protectores. Los pequeños donativos de personas de la clase media, la recaudación de los actos públicos, las colectas y las cuotas de los miembros se destinaban al alquiler de locales y la impresión de carteles. La situación financiera de los primeros funcionarios importantes, con inclusión de Hitler, era modesta.

Por otra parte, es preciso destacar que sin la ayuda financiera de la Sociedad de Thule y luego de las Fuerzas Armadas de Munich, así como de algunos cuerpos de voluntarios *(Freikorps)*, no puede concebirse la rápida transformación del DAP en el partido de Hitler, ni tampoco la importante adquisición del órgano *VB*. Todo esto no puede explicarse por la simple emisión de bonos o la compra obligada del periódico por parte de los miembros. Con el aumento de la actividad del partido, desde la «toma del poder» por Hitler durante el verano de 1921, aumentaron también las aportaciones de fuera. Se ha mencionado ya cómo Eckart, de modo especial, se encargó de establecer las correspondientes conexiones con importantes círculos financieros y, en general, prestigiosos. Su amigo berlinés, doctor Emil Gansser, estableció contacto con el influyente Nationalklub en Berlín. Ya en 1922 pronunció Hitler una conferencia ante dicha asociación, que se hallaba respaldada por notables exponentes de la industria, los latifundios, la banca y también generales y profesores. La Asociación Panalemanista, presidida por Heinrich Class, expansionista radical, constituía otra importante conexión que abría ahora sus puertas al eficaz demagogo. Por otra parte, Röhm fue el enlace con las Fuerzas Armadas del Reich, tanto legales como ilegales (negras), lo que les permitió disponer de armamento y vehículos. Eran casi los mismos círculos de un principio los que ahora apoyaban el nacionalsocialismo y trataban también de aprovecharse de él. Naturalmente, ahora era mayor el empeño y más amplio el eco, después de que aquel modesto Partido obrero compuesto por un puñado de ferroviarios agrupados en torno a Drexler se convirtiera en un partido de pequeños burgueses fracasados y, al mismo tiempo, en una organización combativa de ex-soldados y fanáticos ideológicos.

Sigue siendo muy difícil determinar con exactitud la cuantía de los donativos procedentes tanto del interior como del extranjero, principalmente a través de Suiza, país que el propio Hitler visitó. Tales donativos fueron muy considerables, especialmente en 1923, año en que, por mediación de Scheubner-Richter y (a su vez) de Luddendorff, diversos círculos monárquicos y reaccionarios empezaron a prestar atención al talento de Hitler en la lucha contra la izquierda, contra el Tratado de Versalles y la República. Parece que también una serie de acaudalados emigrantes de Rusia desempeña-

ron aquí un importante papel. Muy conocido es el apoyo prestado por el gran industrial Fritz Thyssen en el plano económico o por las señoras Bechstein y Bruckmann como «patrocinadoras» sociales de Hitler. Asimismo es de destacar la ayuda que la editorial Lehmann, de notoria orientación extremista, y también de Borsig-Berlin, Daimler y la Asociación Bávara de Industriales prestaron tanto en el terreno de la organización como en el de la economía del partido. Los motivos de este apoyo son diferentes en cada caso. De todas formas, las sensacionales empresas de Hitler en los años 1922 y 1923 no pueden explicarse sin tales ayudas, por mucho que se destaque los antecedentes «socialistas» del nacionalsocialismo.

Baviera y el Reich en crisis

Después de tres años de incansable actividad, Hitler tan sólo mandaba *uno* de los muchos grupos de derecha, aunque bien es verdad que éste se aseguraba una afluencia y atención pública cada vez mayores gracias a las repetidas campañas propagandísticas en cervecerías, circos y manifestaciones en calles y plazas. Sin embargo, sólo después de los conflictos y amenazas del año 1923, la ocupación de la cuenca del Ruhr, los intentos de golpe de Estado, la crisis económica y la inflación, junto con las crisis de gobierno y los conflictos entre Baviera y el Reich, lograron entrar Hitler y su partido en el ámbito de la alta política.

Acontecimientos tan sublevantes como el asesinato de los ministros republicanos Erzberger (agosto de 1921) y Rathenau (junio de 1922) envenenaron más aún la atmósfera de conspiración y de odio que envolvía el ascenso de grupos derechistas y antidemocráticos. Poco remedio significaron una serie de represalias y una disposición en favor de la protección de la República (29-8-1921). La situación de guerra civil latente siguió determinando la evolución interna de Alemania, incluso tras el aplastamiento de intento de golpe de Estado organizado por Kapp. En el asesinato de Rathenau se reflejaron muy claramente las amenazas políticas y antisemitas con las que los extremistas de la derecha habían animado impunemente y desde hacía ya mucho tiempo sus insidiosas campañas. Los asesinos —entre ellos Kern, ex-oficial de la Marina, de veinticinco años de edad— procedían, al igual que los verdugos de Erzberger, de las filas de la organización secreta Consul. Ciertamente, no tardaron mucho tiempo en ser descubiertos en su refugio del castillo de Saaleck (Kösen), donde Kern fue muerto a tiros en lucha con la policía, mientras que Fischer, cómplice suyo y de la misma edad que él, se suicidaba. Sin

embargo, el gobierno nacionalsocialista les levantó más tarde un monumento. De las declaraciones del conductor del coche empleado en el asesinato, Ernst Techow, de veintiún años de edad, y de otros cómplices ante el Tribunal de Leipzig en octubre de 1922 se desprende un cuadro elocuente de esa atmósfera de sangriento nacionalismo que fue cínicamente descrita en el libro *Der Fragebogen* [El cuestionario] una vez transcurrida la guerra, por Ernst von Salomon, participante activo.

Las motivaciones políticas de tales actos fueron expresión de un atontamiento demagógico, cuya víctima principal fue la joven generación; para ella el bolchevismo, la democracia y la conjuración judía internacional eran sinónimos. Por lo mismo, la lealtad a la República de Weimar era apostrofada de traición, juzgándose cualquier acción contra ella como patriotismo auténtico. Tras el asesinato de Erzberger, la sangrienta eliminación de Rathenau indignó al máximo a la opinión pública. Se registraron enfurecidas intervenciones contra la derecha, enemiga de la República, así como contra su difamatoria campaña, verdadera culpable de esta atmósfera y de sus excesos. En el Reichstag los germano-nacionales tuvieron que soportar enconados ataques, en tanto que las calles eran testigos de enormes manifestaciones públicas. Una huelga de veinticuatro horas de duración se vio seguida de la correspondiente demanda en favor de la aplicación de medidas más severas contra los enemigos de la República. Con la mayoría necesaria para la enmienda constitucional se promulgó legislación adicional para la salvaguardia de la República (21-7-1922). Por la misma se castigaba cualquier exaltación o aprobación de actos violentos o maquinaciones antirrepublicanas, se prohibía la celebración de las correspondientes asambleas y se creaba un Tribunal de Protección de la República.

Sólo tres días después del asesinato de Rathenau, el Reichstag había sido testigo de un duro debate (25 de junio de 1922) en el que Wirth terminó su pliego de acusaciones con la frase: «El enemigo se encuentra a la derecha.» La nueva legislación proporcionaba finalmente un instrumento para combatir los más brutales atentados dirigidos contra la República. Sin embargo, en los disturbios del año siguiente y en la crisis final de 1929 pudo ponerse de manifiesto la ineficacia de dichas leyes de erradicación del mal, dado que los órganos ejecutivos más importantes del Estado —la Justicia, la burocracia y las Fuerzas Armadas— se mantuvieron, en gran parte, al margen de la República, animados de muy poca lealtad a ella [22].

Por otra parte, Baviera, refugio de diversas tendencias de extre-

[22] Sobre todo: Gotthard Jasper: *Der Schutz der Republik,* Tubinga, 1963.

ma derecha, seguía una vez más sus propios derroteros al rechazar la legislación de salvaguardia de la República, promulgada con el voto en contra del grupo germano-nacional y del Partido Bávaro del Pueblo (BVP). En oposición a la Constitución de Weimar, Baviera decretó unilateralmente una disposición que limitaba el radio de acción de la legislación de salvaguardia, subrayándose y conservándose la jurisdicción bávara, que desde finales de la República de soviets había sido aplicada casi exclusivamente contra la izquierda, perdonando en cambio al floreciente movimiento derechista radical. Un alarmante ejemplo de este tipo de práctica fue el proceso concluido en octubre de 1922 ante el Tribunal de Munich, que condenó a nada menos que once años de reclusión mayor a Felix Fechenbach, secretario del Primer ministro revolucionario Kurt Eisner, asesinado por un miembro de la derecha radical. A Fechenbach se le acusaba de un supuesto acto de alta traición cuando en realidad se trataba de un delito contra la prensa, ya descrito. Fue una maniobra de pura venganza política, que nada tenía que ver con la justicia y ponía en evidencia la parcialidad de la jurisdicción particular bávara. Mientras que poco más tarde los participantes en el golpe de Estado organizado por Hitler eran declarados inocentes o cargaban con penas irrisorias, pronto cubiertas por la amnistía, el caso Fechenbach fue revisado sólo después de cuatro años de repetidas tentativas por parte del Tribunal del Reich. En 1933 un comando nacionalsocialista se encargaba de liquidar definitivamente la existencia de Fechenbach.

El período de disturbios de la primera fase de la República de Weimar alcanzó su punto culminante el año 1923. La intervención militar y político-económica del exterior coincidió entonces con las graves y amenazadoras contiendas en el interior. El inicio lo marcó la ocupación de la cuenca del Ruhr, impulsada por Francia. Se sucedieron los levantamientos comunistas —sobre todo, en Alemania Central— y los levantamientos de golpe de Estado nacionalistas tanto en el Norte de Alemania como, sobre todo, en Munich. Es preciso tener también en cuenta el progreso de la inflación, fiel reflejo de la situación monetaria derivada de la guerra y de las graves cargas económicas de la posguerra. Este estado inflacionista adoptaba formas cada vez más amenazadoras, que anunciaban una verdadera catástrofe. El edificio de la República de Weimar, apuradamente construido en tres años de esfuerzo, parecía estar a punto de derrumbarse. Se consideró abiertamente la posibilidad de restaurar la monarquía o de instaurar una dictadura militar o incluso una dictadura comunista. Que no ocurriera tal cosa se debió a las Fuerzas Armadas del Reich y, sobre todo, a Seeckt, Jefe del Ejército. Naturalmente, la postura de Seeckt no estaba dictada por su preocupación acerca del porvenir

de la República, sino más bien por objetivos más amplios y por la posición misma de las Fuerzas Armadas. Lo que le interesaba era un período de sosiego interior y exterior que posibilitara, en primer lugar, un desarrollo más completo de la Reichswehr. Sin embargo, todo esto influyó, provisionalmente al menos, en el destino mismo de la República, y es preciso tenerlo en cuenta, pese a la crítica que, por lo demás, merezca la situación de Seeckt.

Es preciso hacer aquí un breve repaso del cuadro general del momento. Desde finales de 1922 gobernaba, por primera vez, lo que se dio en llamar un gabinete técnico, constituido por funcionarios y expertos no afiliados a partido alguno y presididos por el canciller Cuno, director de la Línea Hamburgo-América (HAPAG). Al igual que en los siguientes gabinetes «partidistamente neutrales», el rumbo adoptado era derechista y próximo a los intereses del gran capital. Pronto se agudizaron las disputas en torno a las negociaciones relacionadas con la fijación de reparaciones de guerra. Cuno exigía una dilación de cuatro años para el pago de reparaciones, aduciendo no sin razón las crecientes dificultades económicas de Alemania. Inglaterra trató de mediar. Francia, sin embargo, insistía en el cumplimiento germano de las obligaciones contraídas. Poincaré amenazaba incluso con la aplicación de sanciones militares. En la conferencia de París, de enero de 1923, se registró el choque. Al retirar Inglaterra su delegación, Poincaré declaró que con ello Francia quedaba en completa libertad para imponer el cumplimiento de las disposiciones relacionadas con la reparación de daños de guerra. Pocos días después, el 11 de enero, tropas belgas y francesas ocupaban la cuenca del Ruhr. El gobierno Cuno protestó, con la aquiescencia del presidente Friedrich Ebert, por la violación del Tratado de Versalles anunciando —dado que Alemania no disponía del necesario potencial militar— la resistencia pasiva de todos los organismos políticos y económicos. Por otra parte, declaraba que Alemania no cumpliría sus obligaciones mientras durase la ocupación. Después de que la comisión de reparaciones condenase estas declaraciones como violación contractual y los gobiernos francés y belga manifestaran que sus tropas permanecerían en el Ruhr hasta el cumplimiento definitivo de las obligaciones en cuestión, la situación desembocó en un callejón sin salida. Esto ocurría en marzo de 1923.

Las opiniones públicas francesa y alemana mantenían una posición de guerra psicológica. En Francia se defendía la política intervencionista de Poincaré con el mismo énfasis con que Alemania apoyaba la resistencia pasiva; la situación recordaba la unánime consternación en el verano de 1919 a propósito del Tratado de Versalles. Estalló entonces una guerra más que fría. La resistencia pasiva se

convirtió en sabotaje abierto y los franceses respondieron con el arresto de dirigentes sindicales e industriales por igual. Fusilaron a saboteadores tales como el oficial del cuerpo de voluntarios Schlageter, que habría de convertirse en héroe no sólo de los nacionalistas sino también de los comunistas. Tanto para los cuerpos de voluntarios *(Freikorps)* —que, aunque prohibidos, proseguían una existencia ilegal— como para los radicales de izquierda, esta contienda era, al mismo tiempo, una ocasión propicia para nuevas actividades que pronto habrían de dirigirse contra la República. Ni en el interior, ni en el exterior (por parte de los aliados) se le daba tregua a la República. La lucha del Ruhr se convirtió así, no sin complicidad aliada, en nuevo punto de cristalización del nacionalismo antidemocrático.

Esta evolución se vio reavivada más todavía cuando Francia y Bélgica, haciendo gala de un desconocimiento absoluto de la verdadera situación psicológica y actuando contra el voto inglés, barajaron de nuevo la vieja idea de la separación de Renania del resto de Alemania. En Aquisgrán y en Espira fueron proclamadas, respectivamente, las Repúblicas autónomas de Renania y del Palatinado, reconocidas tanto por Francia como por Bélgica. En realidad, el movimiento separatista no fue espontáneo y tampoco tuvo proporciones dignas de consideración. La trama misma pronto se volvió contra sus mismos artífices. En efecto, con ello se logró afianzar la voluntad de resistencia y fomentar el nacionalismo. Ninguna de estas maniobras, ciertamente miopes, sobrevivió a la ocupación, contribuyendo además al incremento de los resentimientos antirrepublicanos. Por otra parte, la ocupación resultó una empresa harto desfavorable desde el punto de vista de la rentabilidad. No proporcionó ganancia económica alguna, mientras que la economía alemana, empeñada en la resistencia pasiva, fue igualmente a la quiebra. Todo esto encontró su expresión en la rápida caída de la moneda alemana. Es ya cosa sabida la serie de efectos psicológicos que para la radicalización política tuvo la inflación, que ahora alcanzó una virulencia nunca sospechada. Así quedaba sellada la depauperación, en primer lugar, de amplios sectores de la clase media: depauperación que, al igual que aquella otra derivada de la crisis económica mundial seis años más tarde, trabajó en favor de la causa de los agitadores públicos nacionalistas y nacionalsocialistas.

En medio de estas circunstancias no pudo triunfar por más tiempo una empresa tan costosa como la resistencia pasiva. Era el mes de agosto de 1923. El gabinete Cuno fue reemplazado por un gobierno de coalición bajo la presidencia de Stresemann, que durante la guerra mundial se había declarado, desde su posición de diputado liberal-

nacional, en favor de las demandas anexionistas y que casi hasta el final había defendido el principio de la resistencia pasiva. Entretanto, en su condición de Presidente del DVP [Partido Populista Alemán], se había convertido en «republicano razonable». Con la Cancillería comenzó su carrera de hombre de Estado republicano. Pronto se encargaría de la política exterior y acabaría por ocupar una posición preeminente entre los estadistas europeos. Esta notable metamorfosis se reflejó ya en las primeras medidas: de modo realista, Stresemann rompió con el rumbo fijo y declaradamente nacionalista de su predecesor, Cuno, al poner término a la resistencia pasiva en el Ruhr, con el fin de reestablecer relaciones normales con las potencias occidentales. Era un sacrificio psicológico que, sin embargo, liberaba a Alemania de la catastrófica carga que suponía una prueba de fuerza inútil. Se inició una política de comprensión y entendimiento, seguida con tesón y prudencia, que los enemigos de la República pronto apodaron con la denominación de «política de cumplimiento». El principio fundamental era que Alemania necesitaba, ante todo, un período de sosiego con el fin de conseguir, mediante negociaciones y más negociaciones, una revisión del Tratado de Versalles y un mejoramiento de la situación global. Esto significó que Stresemann —al igual que Seeckt, aunque éste por *sus* razones particulares— se distanciara de toda aventura reaccionaria y revolucionaria, persiguiendo como primer objetivo la estabilización de la República; lo cual no quiere decir, sin embargo, que abandonase completamente sus fundamentales convicciones monárquicas. Sus propósitos de rehabilitación y afianzamiento de la República corrían parejos con sus esfuerzos encaminados a conseguir una reconciliación con Francia y una íntima cooperación de Alemania con Occidente. Sobre esta base fue posible cierta colaboración con Seeckt. Fue una colaboración que funcionó más o menos, pese a que éste consideraba que el acercamiento a Occidente se oponía a sus planes militares en Rusia. Stresemann, por su parte, nunca pudo desprenderse de su disgusto frente a las Fuerzas Armadas del Reich, autoras de acciones militares ilegales y arbitrarias que entorpecían su política exterior.

El término de la resistencia pasiva fue aprobado por los partidos (SPD, Centro, DDP, DVP) de la Gran Coalición, representada por el gobierno Stresemann. Tanto más virulenta fue, sin embargo, la oposición de los extremos, tanto nacionalistas como comunistas. En su condición de inconciliables enemigos de la República, cada uno de estos bandos intentó a su manera aprovechar el caos existente en beneficio de la causa propia. Por lo mismo, denunciaron el final de la lucha del Ruhr como «acto de traición» al honor nacional o a los trabajadores. En medio de tan tensa situación, Stresemann tenía que

asegurarse el partido de las Fuerzas Armadas, de cuya lealtad, para empezar, no estaba completamente seguro. La Reichswehr había seguido muy de cerca los acontecimientos del Ruhr, aunque sin intervenir, ya que se trataba de una zona desmilitarizada. Seeckt estaba decidido a intervenir, pero únicamente en caso extremo. Tampoco se mostró de acuerdo con los fantásticos planes de formación de «cuadrillas de voluntarios del Ruhr», según lo había imaginado también el magnate industrial Thyssen. Seeckt era opuesto a cualquier clase de experimento con formaciones de tipo paramilitar. Al mismo tiempo, temía que ello pudiera comportar no sólo la guerra con Francia, sino también con Polonia y Checoslovaquia, situación que rebasaba el marco de las potencialidades de Alemania. De todas formas, en los primeros meses del año 1923 Seeckt había iniciado contactos no sólo con Ludendorff, sino también con Hitler. Además de realizar diversos preparativos de movilización, se habían instruido grupos de voluntarios provisionales. Seeckt esperaba que las diferencias entre Francia e Inglaterra se agravasen, aliviando así la situación militar alemana. Sin embargo, ahora veía los disturbios internos que amenazaban al Reich: en efecto, para él Alemania era el Reich, no la República. Con el fin de evitar una guerra civil y —sobre todo— para salvaguardar la posición «suprapartidista y no-política» de la Reichswehr, es decir, su independencia, respaldó la autoridad política. Con anterioridad había asegurado conscientemente al gabinete que sólo él contaba con los medios para dar un golpe de Estado, pero que no estaba dispuesto a hacerlo. Ahora, en septiembre de 1923, defraudaba las demandas y esperanzas de la extrema derecha, que trataba de conquistárselo para sus viejos y sus nuevos planes. Una y otra vez se le aproximaba el halo de la dictadura; sin embargo, por mucho que ésta pudiera responder a sus deseos, fue siempre lo suficientemente cauto como para no jugar el todo por el todo, al estilo del golpe de Estado de Kapp. Esta postura no fue vista con buenos ojos por el bando panalemanista. Más tarde salieron a la luz pública planes inspirados en el ejemplo de Erzberger y Rathenau y encaminados a eliminarlo mediante un atentado.

Desde finales de septiembre, y casi simultáneamente con el término de la lucha del Ruhr, llegaban de Munich, bastión de los intentos contrarrevolucionarios, una serie de alarmantes noticias. De nuevo salía a relucir la tradicional situación peculiar de Baviera, que se enfrentaba al gobierno central berlinés subrayando conscientemente su autonomía y recurriendo a menudo a una labor de obstrucción declarada. Los resentimientos antiprusianos y las tendencias monárquicas se conjugaban con una fuerte desconfianza, que empezaba por considerar inquietante el hecho de que el Presidente del Reich fuera

socialdemócrata y que el SPD participara en el gobierno central. Baviera siguió siendo la oposición al sistema constitucional y gubernamental de Weimar, el refugio de los dirigentes de los cuerpos de voluntarios *(Freikorps)*, de golpistas frustrados y generales rencorosos como Ludendorff. Después del golpe de Kapp el gobierno socialdemócrata de Hoffmann fue reemplazado por una serie de gabinetes derechistas bajo la presidencia respectiva de Ritter von Kahr, el conde Lerchenfeld y el barón de Knilling. Todos ellos adoptaron una postura casi hostil frente a la República, el gobierno del Reich y Berlín.

La actitud del ejército bávaro estaba en consonancia con la anterior situación. A diferencia de lo que ocurría en el resto del Reich, el ejército de Baviera manifestaba una tendencia muy particular, que no sólo se dirigía contra la República democrática, sino también contra la Jefatura del Ejército, encabezada por Seeckt. El ejército bávaro se encontraba fuertemente «politizado», apartándose considerablemente de la línea mantenida por Seeckt. En Baviera se encontraba Ritter von Epp, que en 1919 entró en Munich como «liberador» del régimen de soviets. Más tarde, en su condición de comandante militar de Munich, ingresó en el NSDAP para constituirse finalmente en 1933 en lugarteniente del Reich en Baviera. Su oficial de Estado Mayor, Röhm, declaraba abiertamente ya el 13 de agosto de 1922: «Si no queremos que en Baviera, última ancla de Alemania, sucumba lo hasta ahora conquistado, habremos de romper abiertamente con Berlín». Este oficial no sólo actuaba como administrador de grandes arsenales de armas y municiones, manteniendo influyentes conexiones con las unidades de defensa correspondientes; Röhm era asimismo un nacionalsocialista activo y jefe de la SA. En Munich campeaba también el teniente coronel Otto von Lossow, gran simpatizante de la derecha monárquica y nacionalista, y junto con él von Seisser, coronel de la Policía y de ideas muy semejantes. Por otra parte, la Reichswehr mantenía contactos con numerosos cuerpos de voluntarios *(Freikorps)* reducidos al territorio bávaro, así como con otros grupos de la derecha, sin perder de vista tampoco los propósitos políticos de su ex-«oficial instructor» Adolfo Hitler y de la actividad de su joven partido.

El mismo Hitler y Epp y Röhm —éstos sobre todo— poseían todavía funciones militares cuando llevaban trabajando desde hacía ya tiempo para el partido y determinaban ya sustancialmente su curso. Su programa fue juzgado por el alto mando militar de Baviera como un bienvenido apoyo de sus propios planes, especialmente al promover la lucha contra el Tratado de Versalles y la creación de un gran ejército nacional. También después del fracasado golpe de

Kapp se registró en Baviera cierta colaboración entre los subsiguientes gobiernos derechistas, la Reichswehr y el partido de Hitler. Sobre todo en Ernst Pöhner, ex-presidente de la Policía de Munich (1919-21), y en Wilhelm Frick, uno de sus funcionarios, encontró Hitler un importante y eficiente apoyo para su partido y para su progresiva actividad. Al mismo tiempo, el propio sentimiento de arrogancia de Hitler también había aumentado. Quería ser algo más que un mero instrumento en manos de los militares y monárquicos. Comenzó a verse como máximo dirigente al frente de una futura dictadura alemana, jefe absoluto como ya lo era de su partido, después de haber arrinconado a la anterior dirección. En lugar de una subordinación jerárquica a la Reichswehr apareció ahora una cooperación más bien laxa e incluso cierta rivalidad entre aquélla y el partido hitleriano. Se procedió al desarrollo y mejoramiento de las estructuras de la SA con el fin de independizar al partido de la protección prestada por la Policía y las Fuerzas Armadas. En un principio, la Reichswehr de Munich veía tal evolución con simpatía; la consideraba como una señal más de «militarización defensiva» y apoyó la instrucción técnica y táctica de la SA, facilitándole además en diversos casos el acceso a los arsenales de armamento.

El golpe de Hitler

El término de la lucha en el Ruhr parecía constituir una gran oportunidad para los intereses de Hitler. Persiguiendo objetivos propios, no se puso a disposición de nadie para la lucha contra la ocupación extranjera. Hitler no quería trato de igualdad junto a los demás grupos, sino que esperaba más bien aprovechar el desorden general para afianzar su posición en Baviera, con el fin de desembocar luego en un levantamiento nacional contra el gobierno del Reich, pero esta vez siguiendo los cauces de su propia iniciativa. Desde esta perspectiva cabe enfocar las famosas noticias relacionadas con el apoyo financiero francés prestado en 1923 al NSDAP. Nada se puede afirmar definitivamente al respecto. Sin embargo, da que pensar el hecho de que, tanto entonces como más tarde, Hitler mantuviera siempre silencio ante las declaraciones de diversos testigos. Y este silencio no contribuía ciertamente al desvanecimiento de cualquier sospecha. En todo caso, la campaña de Hitler durante estos meses, tan ampliamente tratados en *Mein Kampf,* se dirigía con toda crudeza contra el «gobierno de los bandidos de noviembre» en Berlín y no contra las potencias de ocupación. Con ello, dicha campaña no encontró eco alguno fuera de Baviera, pues, muy a pesar de las esperanzas

de Hitler, la voluntad de resistencia pasiva ocupaba el primer plano de la escena política en el resto de Alemania. Finalmente, pendía sobre el NSDAP la amenaza de incurrir en una situación poco agradable. Además, el partido había sido ya prohibido en Prusia, Sajonia, Turingia, Hamburgo, Bremen y Mecklenburg, según sentencias confirmadas por el Tribunal Supremo. De esta forma, la labor de Hitler quedó limitada a Baviera, donde seguía mandando uno entre muchos grupos de la derecha radical.

Naturalmente, dentro de su ámbito, Hitler escaló las primeras posiciones. A partir del éxito que supuso el primer Congreso general del partido, celebrado en enero de 1923 en Munich, ocupó la cumbre de una de las dos superoganizaciones de grupos bávaros-nacionalistas. Se trataba concretamente del Círculo de grupos patrióticos de combate («Kampfbund»), creado por Röhm con un gran apoyo por parte de los militares. Su actitud política y antisemita más radical le diferenciaba notoriamente de la Unión de Grupos Patrióticos (VVV), presidida por Kahr y el profesor de instituto Bauer. En esta organización se habían dado cita grupos panalemanistas, estudiantiles y monárquicos junto con unidades de soldados y oficiales, formando un mosaico ciertamente multicolor. El «Kampfbund», por el contrario, se encontraba progresivamente dominado por los nacionalsocialistas, que formaban un frente unido con diversos grupos de los cuerpos de voluntarios *(Freikorps)*, tales como «Oberland», «Wiking», «Reichsflagge» y «Unterland»; este frente común se distinguía por su postura crítica frente a los propios gobiernos bávaros de la derecha[23]. La ocupación del Ruhr, la crisis económica y el ejemplo del acceso fascista al poder en Italia, así como el triunfo de la juventud turca en torno a Kemal Pascha Ataturk en Turquía constituían otros tantos momentos que anunciaban la probabilidad de profundas transformaciones, acelerando también los planes del «Kampfbund». Una primera «oleada fascista» sacudía a Europa. Era, más bien, una «contraoleada» frente a las tendencias democráticas, socialistas y comunistas de la posguerra. La «marcha sobre Berlín», el derrumbamiento del «sistema» desde fuera y su radical transformación en el interior constituían otras tantas consignas de los grupos nacionalistas.

Esta era, pues, la marea por la que se dejó llevar Hitler y la que le transportó hasta las primeras posiciones entre sus aliados y rivales. Ludendorff era el símbolo; Hitler, el bullanguero más militante; y tanto los militares bávaros como importantes sectores de

[23] Con detalle, en Ernst Deuerlein: *Der Hitler-Putsch,* Stuttgart, 1962, pp. 58, 697.

la burocracia estatal, su apoyo simpatizante. En medio de un malentendido análogo al de 1933, los que más tarde habrían de resultar engañados pensaban que las actividades de Hitler no iban dirigidas contra las autoridades «nacionales» de Baviera, sino contra Berlín. En realidad, el gobierno bávaro mantuvo relaciones de benevolencia con tales empeños; hasta un Primer ministro asistió a las asambleas. Por otra parte, nunca se hicieron realidad las amenazas de prohibición anunciadas contra los nacionalsocialistas, pues en cierto modo se mantenía la esperanza de poder controlar el radicalismo. Hitler, por su parte, recibía constantemente instrucciones en el sentido de que no organizara golpe de Estado alguno. Sin embargo, él derivó de todo ello la impresión de que con una resuelta intervención podría imponerse a un gobierno vacilante, a la burocracia, a la policía y a los militares, que, de todas formas, ya simpatizaban con él.

Sobre estas premisas descansa la dramática marcha hacia el golpe de Hitler. El escenario bávaro se encontraba progresivamente inundado de consignas relacionadas con un «levantamiento nacional» y una «segunda revolución». Se sucedían las manifestaciones y desfiles públicos, en tanto que en otros Estados del Reich se había prohibido el NSDAP. El Tribunal Supremo del Reich Alemán ratificaba tal prohibición en un fallo memorable (15 de marzo de 1923), que ofrecía una profunda panorámica de la actividad terrorista y revolucionaria de los nacionalsocialistas. Ya en la primavera de 1923 los rumores acerca de un inminente golpe de Estado se convirtieron en verdadera psicosis. Las expectativas de los adeptos del partido alcanzaron proporciones inconmensurables, en tanto que el gobierno bávaro y con él el BVP no podían disimular sus titubeos. Esta evolución registró un punto culminante en la serie de contramanifestaciones con las que los radicales de la derecha acompañaron las fiestas de mayo de los sindicatos. Siguiendo la táctica, aplicada ya con éxito, de simular una acción para prevenir un supuesto golpe izquierdista embrionario, la gran marcha sobre Munich, que recogía a gentes residentes fuera de la ciudad, se convirtió en el triunfo de Hitler. En un discurso tan radical como impetuoso, pronunciado en la tarde del 1 de mayo, Hilter sacudió eficazmente las pasiones de la multitud que colmaba las dependencias del circo Krone. En medio de esta situación de guerra civil, los dirigentes nacionalsocialistas pensaban ya que la cuestión del golpe de Estado era tan sólo un problema de tiempo.

Una vez más, todo se redujo a manifestaciones. Sin embargo, el agravamiento de la situación en los meses de verano y, finalmente, las nuevas tensiones surgidas entre Munich y Berlín hicieron madurar la situación para la acometida definitiva. De nuevo empezaron a mul-

tiplicarse las manifestaciones. Especial efecto tuvieron las «Jornadas Alemanas», celebradas los fines de semana en todo el territorio bávaro: verdaderas exhibiciones del despliegue de poder nacionalista y nacionalsocialista en un marco pseudomilitar, testigo de una afluencia de público masiva. Allí se presentaban personalidades locales, generales retirados y hasta el mismo príncipe heredero, Ruprecht. Tales «exaltadores» espectáculos no sólo escondían una gran eficiencia propagandística, sino que, al mismo tiempo, constituían a los ojos de Hitler una maniobra en favor del golpe de Estado que se avecinaba. La vanguardia estaba constituida por los nacionalsocialistas, equipados como estaban de sus secciones de asalto (SA), de su compacto radicalismo y de una superior estructura de mando y de organización, pese a que eran minoría en el cuadro total de grupos «patrióticos». Pues lo cierto era que guardaban una clara ventaja frente a tantos y tantos grupos aventureros y patrióticos de observancia nacionalista y monárquica, pero completamente escindidos y caracterizados por su formalismo teórico e ingenuidad política.

El 26 de septiembre, y en medio de esta confusa y revuelta situación, el gobierno bávaro de von Knilling, impulsado por círculos monárquicos, declaraba el estado de excepción, poniendo fuera de vigor los derechos fundamentales y erigiendo por segunda vez en dictador «de facto» —como en 1920— al presidente del gobierno de la Alta Baviera, Ritter von Kahr, que era nombrado comisario general del Estado. En medio de un ambiente de excitación se reunió inmediatamente en Berlín el gobierno bajo la presidencia de Ebert: la cuestión fundamental a discutir en estos momentos era la de la actitud que adoptaría la Reichswehr. Con eficiente retraso apareció por fin su jefe, Seeckt, registrándose aquella conocida y harto elocuente escena, que esclarecía de golpe la posición de las Fuerzas Armadas de la República. Aunque frecuentemente descrita y muy discutida en sus detalles, es evidente que dicha escena respondía a la situación real del momento[24]. Se dice que a la consabida pregunta de Ebert, Presidente del Reich, Seeckt respondió con la reposada displicencia del oficial prusiano frente al político de la vida civil: «La Reichswehr, señor presidente, está detrás mío.» Esta respuesta revela exactamente su concepción de las Fuerzas Armadas y su posición, distanciada e independiente, frente a la República. Esta hubo de dirigirse como último recurso a la Reichswehr, debiendo reconocer en la respuesta de Seeckt que aquélla era un Estado dentro del Estado. Ni hablar, por tanto, de la obligada sumisión a la autoridad civil, es decir, a Ebert,

[24] Friedrich von Rabenau, p. 342. También, F. L. Carsten: *Reichswehr und Politik,* Colonia, 1964, p. 193. En detalle, aunque no sin acento apologético: Hans Meier-Welcker: *Seeckt,* Frankfurt/M., 1967.

que, a tenor de la Constitución, era el jefe de las Fuerzas Armadas. La Reichswehr ya no era un instrumento militar de la República. Podía decidirse por tomar el partido de la República y así lo hizo; pero no siguiendo directrices políticas, sino por razón de una decisión de su máximo oficial. En realidad, esto no constituyó una atribución dictatorial de Seeckt, sino pura y simplemente la consecuencia de una situación de hecho. Tanto Ebert como Stresemann tuvieron que aceptarla en vista de la gravedad del peligro, que ya no ofrecía alternativa alguna.

Así, el mismo día (26 de septiembre) se declaraba el estado de excepción en todo el territorio del Reich, según disposición presidencial a tenor del artículo 48 de la Constitución de Weimar. En el ocaso de la República ese mismo artículo, tergiversado en cuanto a sus verdaderas funciones, habría de revestir un fatídico significado. Al mismo tiempo, se procedía a confiar todas las funciones ejecutivas en manos del ministro de Defensa, Gessler. Pero esta medida no era sino un verdadero camuflaje constitucional del hecho de que Seeckt, jefe de la Reichswehr, asumía de momento los máximos poderes en Alemania. Así continuaron las cosas hasta febrero de 1924, casi medio año después. Hasta aquí, momento en el que se levantó de nuevo el estado de excepción, el poder ejecutivo residió prácticamente en el mando de la Reichswehr y en las comandancias regionales, que de este modo controlaban todas las medidas político-económicas necesarias para combatir la inflación y para la fijación de la nueva moneda de noviembre de 1923.

En un principio, tanto en Baviera como en Prusia los grupos de la derecha radical prosiguieron sus preparativos para el golpe de Estado. Pero eran empresas mal organizadas; pues dado que no se logró el apoyo del conjunto de la Reichswehr, se recurrió a la ayuda de las unidades ilegales de la Reichswehr Negra, integrada por elementos extraídos de los cuerpos de voluntarios *(Freikorps)* y por estudiantes. Y, después del rechazo impartido por Seeckt, tales condiciones no ofrecían grandes perspectivas de éxito. Las primeras tentativas se registraron en el norte de Alemania. De nuevo, al igual que el «putsch» de Kapp, se planeó un golpe en Berlín, animado especialmente por la Reichswehr Negra bajo el mando del comandante Buchrucker. Posiblemente no se tenía una idea clara acerca de la postura definitiva de Seeckt o bien se esperaba que en el curso de las operaciones la Reichswehr —o parte de ella— se adhiriera a la causa. Como fecha del golpe se fijó la noche del 29 al 30 de septiembre. Al mismo tiempo, los grupos derechistas bávaros celebraban en Bayreuth su «Jornada Alemana», coronada por la patética visita de Hitler a Cosima Wagner en la casa Wahnfried. Ya el 27 de septiembre,

un día después de la declaración del estado de excepción, Buchrucker tuvo noticias a través de su enlace en la Reichswehr (el coronel von Bock) de que Seeckt desaprobaba tajantemente cualquier movilización o tipo de acción de la Reichswehr ilegal. Con todo, en la noche del 30 de septiembre emprendió una acción ciertamente desesperada en el cuartel de Küstrin con un puñado de 500 hombres. Logró ocupar algunos fuertes e izó la bandera negra-blanca-roja, confiando, al parecer, en que los acontecimientos tomaran finalmente un curso favorable. Seeckt reaccionó sin tardanza. Después de sitiar a Buchrucker lograba muy pronto su capitulación. El golpista fue condenado a diez años de reclusión, siendo definitivamente disueltas sus fuerzas ilegales, conocidas bajo el nombre de «comandos de trabajo», alias Reichswehr Negra. Tras la amnistía general de 1927 escribió sus memorias —*Im Schatten Seeckts* [A la sombra de Seeckt] (1928)—, que ofrecen un cuadro fiel de aquella atmósfera.

Con ello, parecía que Seeckt justificaba la confianza que en él tenían depositada los organismos políticos, pero al mismo tiempo se desprendía de un problema tan desagradable como molesto: es decir, la Reichswehr Negra. Poco después se produjo una dura contienda con la izquierda de Sajonia. En aquella región el Primer ministro socialdemócrata, Erich Zeigner, había conseguido el apoyo de los comunistas en el Parlamento regional a cambio de tolerar la formación de una milicia roja. Cuando se declaró en el Reich el estado de excepción, los comunistas sajones consiguieron forzar un cambio de gobierno en el que ocuparon dos carteras ministeriales. Con ello pudieron presionar al gabinete. El 5 de octubre publicaban una serie de demandas dirigidas al gobierno del Reich, exigiendo, ante todo, el reconocimiento de la milicia roja, así como la democratización, es decir, una transformación de la Reichswehr. Pronto se agravaron los disturbios en Sajonia.

Se comprende que Seeckt respondiese a tales exigencias, diametralmente opuestas a su concepción del Ejército, con mayor crudeza que a las acciones procedentes de la derecha radical. El «suprapartidismo» del Alto Mando de la Reichswehr seguía inclinándose más hacia la derecha que hacia la izquierda. Naturalmente, las manifestaciones de los comunistas sajones iban dirigidas muy claramente contra el gobierno central: Stresemann y Gessler eran acusados de reaccionarios, y no faltaban rumores relacionados con la posibilidad de una dictadura comunista. A todo ello el gobierno central respondió con un duro ultimátum. Se exigía el restablecimiento del orden, la disolución de la milicia roja y la retirada de los ministros comunistas del gobierno sajón. Al no cumplirse estas demandas, el comandante en jefe del distrito militar, el general Alfred Müller, disolvió violen-

tamente la milicia a finales de octubre de 1923, deteniendo no sólo a los ministros comunistas sino también a los socialdemócratas. Es digno de señalar que en el lugar de Zeigner se colocó en calidad de comisario del Reich a un político del DVP, Rudolf Heinze, que había participado ya en las negociaciones de los partidos de la derecha con Lüttwitz antes del golpe de Kapp. Análogas intervenciones de la Reichswehr contra las amenazas comunistas tuvieron lugar también en Hamburgo y Turingia. Era un proceder sumario y muy tajante, cuyo propósito estaba bien claro. Sin embargo, fue mucho más brutal que en parecidos casos en los que estaban comprometidos elementos de la derecha radical. En señal de protesta dimitieron los ministros socialdemócratas del Reich. Stresemann constituyó su segundo gabinete sin participación del SPD.

Pero el problema más grave estaba todavía por solucionar: el movimiento golpista antirrepublicano de Baviera. Aquí pudo ponerse nuevamente de manifiesto que el proceder del gobierno central y, sobre todo, de la Reichswehr contra las acciones de la izquierda tenía un matiz mucho más radical y decidido que contra parecidas o, incluso, más peligrosas operaciones de la derecha. En Baviera la situación se había complicado más todavía. Existían diversos centros de actividad política. Es preciso mencionar, en primer lugar, a Kahr, que con su régimen autoritario protestaba contra el estado de excepción decretado por el gobierno del Reich, siendo apoyado en todo ello por las asociaciones patrióticas. Y allí estaba también una agrupación tan radical como el «Kampfbund», en cuyo seno Hitler se había adueñado el 25 de septiembre del mando político, pese a que Ludendorff, residente en Baviera desde el golpe de Kapp, seguía siendo de cara al exterior la gran autoridad.

Esto significaba que no sólo persistían los conflictos entre los grupos de la derecha, sino que resucitaba el enfrentamiento, nunca completamente dirimido por el golpe de Kapp, entre los militares declaradamente antirrepublicanos y el rumbo seguido por Seeckt. La misma Reichswehr tenía ante sí una dura prueba psicológica: problema muy diferente al hostigamiento de la izquierda, conseguido fácilmente gracias al odio tradicional alimentado durante las semanas de la revolución, pues la lucha tenía que librarse ahora con viejos soldados, nacionalistas de espíritu más o menos afín, miembros de los cuerpos de voluntarios y con el héroe número 2 de la guerra, el general Ludendorff. A todo ello hubo de añadirse una complicación más. El comandante de distrito, general Otto von Lossow, colaboraba íntimamente con Kahr. Al igual que éste, veía con cierto recelo y también displicencia las ambiciones de Hitler. Sin embargo, a través de varios oficiales —en especial del capitán Röhm— la Reichs-

wehr local mantenía estrechas relaciones con el NSDAP; además, en el joven cuerpo de oficiales y entre los alféreces y oficiales de la Escuela de Infantería de Munich habían aumentado considerablemente las simpatías por Hitler. De esta forma, no podía ser tan segura la aseveración de Seeckt en el sentido de que la Reichswehr le respaldaba. Era una opinión cuestionable, al menos por lo que respecta a la postura de Lossow en Baviera. El hecho de que no se registrara un conflicto manifiesto en la Reichswehr se debió más bien a las relaciones existentes entre los dos grupos golpistas de Kahr e Hitler, que se vigilaban con un recelo cada vez mayor.

Ciertamente, es notoria la prudencia con que actuó Berlín en este caso (en comparación con el de Sajonia). En primer lugar, se convenció a Hindenburg, héroe número 1 de la guerra mundial, para que mediante un telegrama dirigido al «Kampfbund» tratase de contrarrestar la autoridad de Ludendorff. En el telegrama se advertía a los nacionalistas las posibles consecuencias de una ruptura de Baviera con el Reich y su gobierno. Hitler y Ludendorff replicaron entonces con la amenaza de marchar sobre Berlín y derrocar el régimen de Weimar en su totalidad. Por su parte, Kahr, para no quedarse a la zaga de los golpistas, retiraba la obediencia a Ebert, proclamándose, al mismo tiempo, única autoridad en Baviera. Simultáneamente, el *Völkischer Beobachter* iniciaba una enconada campaña contra el gobierno del Reich y, sobre todo, contra Seeckt y Gessler. Kahr y Lossow desoyeron las instrucciones de Seeckt en el sentido de prohibir la publicación del periódico. Lossow tampoco cumplió las órdenes de arresto de dirigentes nacionalistas. De común acuerdo con Seeckt y Gessler, el 20 de octubre procedió Ebert a la destitución de Lossow, nombrando comandante de distrito en Munich al general Kress von Kressenstein. Sin embargo, Kahr invocó su independencia de Berlín y nombró a Lossow comandante jefe de la Reichswehr bávara. También el jefe de la policía regional de Baviera, coronel von Seisser, seguía del lado de Kahr. En vista de la situación, Seeckt publicó un llamamiento en el que recordaba a la Reichswehr de Baviera su juramento, reclamando obediencia incondicional. Poco después, el 4 de noviembre, hizo llegar a todo el ejército una orden del día que hablaba de la intervención en Sajonia, Turingia y Hamburgo, silenciando empero el asunto de la Reichswehr Negra. En esencia, el texto, acompañado de los eufemismos propios del momento, contenía la concepción de Seeckt acerca de la Reichswehr y sus requisitos: es decir, paz interior y orden. En las notas que figuran en una carta dirigida a Kahr aparece además la famosa observación de Seeckt en el sentido de que la República no era para él un «noli me tange-

re»[25]. Y cuando el 8 de noviembre, el ministro del Interior prusiano, Severing, socialdemócrata, preguntaba a Ebert por las defensas de Berlín frente a una intervención de la división bávara, Seeckt se limitó a repetir la frase ya conocida desde el golpe de Kapp: «La Reichswehr no dispara contra la Reichswehr»[26]. La Reichswehr siguió siendo un dudoso instrumento del Estado a cuyo servicio estaba obligada.

Sin embargo, pronto se puso de manifiesto que las fuertes diferencias entre el particularismo monárquico de Kahr y Lossow y los planes revolucionarios de Hitler seguían en pie. Aquéllos soñaban con la restauración del Reino de Baviera y discutían la exaltación al trono del príncipe heredero, Ruprecht. Seguramente, teniendo puesta la mirada en la dictadura de Ataturk, acariciaban también la idea de hacer del «recinto de ordenación Baviera» la «Ancara de Alemania». Hitler, por el contrario, apuntaba con progresivo empeño a una dictadura general sobre Alemania con o sin monarquía. Cada día se concretizaba más la idea de una marcha sobre Berlín, cuyo gran modelo era para él la de Mussolini sobre Roma, ciertamente teatral, pero coronada por el éxito.

A mediados de octubre podía distinguirse ya con nitidez el perfil de los planes de los grupos de combate *(Kampfverbände)*. Fue entonces cuando el «Kampfbund» dictó una orden encaminada a la mejora de las «defensas fronterizas» hacia el Norte (16 de octubre) y firmada por el teniente coronel (jubilado) Hermann Kriebel («Oberland»), jefe militar del «Kampfbund». La orden se encontraba camuflada bajo el disfraz de una simple «emergencia policíaca» frente a la «roja» Sajonia. Sin embargo, abría una serie de posibilidades ofensivas, brindando, sobre todo, los medios necesarios para la movilización de todos los recursos disponibles con vistas a una guerra civil. Pronto empezaron a circular rumores en el sentido de que el 15 de noviembre comenzaría la marcha sobre Berlín. Hitler seguía tratando de salvaguardar su autonomía y su hegemónico papel en medio de la marea de rumores, esperanzas y ambiciones. Por ello, se decidió a dar un paso adelante al enterarse de las posibles intenciones de Kahr y Lossow —quizá sin él y en colaboración con Seeckt, cuyo partido esperaban ganarse todavía— de hacer realidad sus ambiciones políticas el 9 de noviembre, quinto aniversario de la odiada revolución. Y caso de seguir prefiriendo un aplazamiento de las operaciones, procedía colocarlos al borde de una decisión definitiva.

El 23 de octubre, en el curso de una conferencia militar de las

[25] Otto-Ernst Schüddekopf: *Das Heer und die Republik,* Hannover, 1955, p. 187.

[26] Carl Severing: *Mein Lebensweg,* Colonia, 1950, t. I, p. 447.

agrupaciones nacionalsocialistas, Göring, jefe de la SA, anunciaba ya el golpe de Estado y la dictadura y exigía la confección de una lista de «personalidades» «cuya eliminación se impone. Después de hacerse público el decreto (de la toma del poder), uno, al menos, habrá de ser inmediatamente fusilado con fines de intimidación» [27]. Un día después (24 de octubre) y en el curso de una reunión de oficiales de la Reichswehr y de la policía, así como de diversos jefes de las agrupaciones patrióticas, celebrada en la Central del Distrito militar (Ministerio de la Guerra), Lossow se declaraba favorable a la marcha sobre Berlín y la «instauración de la dictadura nacional» en el plazo de dos a tres semanas. Para dicha «marcha eventual» exigía, sin embargo, la «incorporación de todas las agrupaciones patrióticas en la Reichswehr o bien en la Policía regional». «Todos tenemos el mismo objetivo, la liberación alemana del marxismo bajo la enseña de la bandera negra-blanca-roja.» Las opiniones sobre el asunto de la incorporación estaban divididas. Kriebel y la mayoría se pronunciaron a favor. Sin embargo, fue notoria la ausencia de los nacionalsocialistas en esta reunión. Hitler, a su vez, preparaba un golpe de sorpresa, con el cual pretendía ganarse para sus planes al poder establecido u obligarles incluso a colaborar una vez las cosas estuviesen en marcha.

El 6 de noviembre, cuando los trastornos de la inflación y del conflicto Berlín-Munich alcanzaban su punto culminante, se celebró una entrevista del triunvirato Kahr-Lossow-Seisser con representantes de las agrupaciones patrióticas. En el curso de la misma Kahr reclamó obediencia incondicional en su lucha contra Berlín; Lossow, por su parte, advirtió del peligro de una actuación irreflexiva al estilo de los golpes de Kapp y Küstrin, pero prometía apoyar la instauración de una dictadura en el Reich, si ésta prometía tener éxito. Ambos se pronunciaron enérgicamente en contra de actuaciones y planes aislados. Posiblemente, el hecho de que Hitler fuera también excluido de esta reunión constituyó la gota que colmó el vaso, impulsándole a dar el gran paso hacia adelante. También otros grupos del «Kampfbund» estaban decididos a lo mismo, pues dudaban de la voluntad y capacidad de Kahr y su gente para llevar el asunto adelante. El 7 de noviembre Kriebel distribuía entre sus agrupaciones un claro desafío al triunvirato. En vano trató Ludendorff en la tarde del 8 de noviembre de convencer al triunvirato para que admitiera a Hitler en el juego. Kahr se negó. Se tenía noticia de los preparativos golpistas de Hitler, pero no fueron tomados en serio. Se reconocía sus dotes de agitador público, aunque no podía espe-

[27] Deuerlein: *op. cit.*, p. 505.

rarse de él una intervención de estas proporciones contra el poder establecido.

La gran oportunidad fue un «acto público patriótico» convocado para testimoniar a Kahr adhesión y confianza. Al mismo asistieron aquella noche del 8 de noviembre varios ministros, altos funcionarios, militares y economistas de rango y fama entre los que figuraba el profesor de Historia, Karl Alexander von Müller. En la sala del *Bürgerbräukeller,* colmada de público, y en conmemoración del estallido de la revolución ocurrido cinco años antes, Kahr dio lectura a un discurso contra el «marxismo». En medio de esta distinguida asamblea hizo su aparición poco antes de las 21 horas Hitler en persona acompañado de un grupo de secuaces armados al mando del jefe de la SA, Göring. Con gesto patético hizo un disparo de revólver contra el techo con el fin de conseguir el silencio de la sala, iniciando así un golpe que al mediodía del día siguiente llegaría a su término sin gloria alguna.

Los informes posteriores se contradicen, y la propaganda y la justificación aumentan la confusión; el mismo proceso-Hitler ha dejado pendientes muchas cuestiones, encubriendo quizá a los participantes y dejando sin descifrar más de un lamentable enigma. Sin embargo, los rasgos principales son inconfundibles. Desde el mismo podio y pistola en alto, Hitler declaraba el estallido de la «revolución nacional», anunciando al mismo tiempo que la sala se encontraba ocupada por personal fuertemente armado, que el gobierno bávaro había sido derrocado y que se constituía un nuevo gobierno provisional del Reich. A continuación pidió a Kahr, Lossow y Seisser que le acompañaran a una habitación contigua, donde les participó que el jefe de la policía, Pöhner, había sido nombrado Primer ministro bávaro con atribuciones dictatoriales. Por otra parte, se nombraba a Kahr regente de Baviera, mientras que él mismo, Hitler, se colocaba al frente de un nuevo gobierno del Reich. En este gobierno, Ludendorff era constituido en jefe del nuevo «ejército nacional» con los grupos de combate *(Kampfverbände)* como pieza clave (para la marcha sobre Berlín). Se preveía además el nombramiento de Lossow como ministro de la Reichswehr y de Seisser como ministro de la Policía.

Entretanto, Göring pronunciaba en la sala el gran discurso, precedido asimismo con un disparo al techo. Hitler regresó en seguida a la sala y notificó la lista de los nuevos mandatarios a la concurrencia, que cambiaba su inicial postura crítica por un júbilo declarado. Al mismo tiempo, en la habitación contigua, estrechamente vigilada, Friedrich Weber, jefe de la célula «Oberland» (y veterinario) trataba de persuadir al triunvirato. Finalmente, en medio de

ovaciones hacía su aparición Ludendorff, manifestando su voluntad de cooperación. Detrás de él llegó Pöhner. El triunvirato capituló ante la situación. De nuevo se volvió a la sala para testimoniar unión y fraternidad. Hubo nuevos discursos y se cantó el himno nacional. Acto seguido, sin embargo, se procedió a practicar diversas detenciones en la misma sala. El Primer ministro von Knilling y varios ministros fueron llevados presos por Rudolf Hess al mando de una compañía de la SA. No obstante, Kahr, Lossow y Seisser pudieron abandonar libremente el lugar donde acababa de llevarse a cabo el golpe de Estado: Ludendorff respondía de la palabra de honor de aquéllos como oficiales. Así comenzó aquella extraña noche en la que los golpistas no supieron aprovechar la ocasión que tenían en las manos, dando tiempo a sus sorprendidos rivales para organizar la reacción.

En realidad, Hitler demostró ser un golpista tan malo como los autores de los golpes de Kapp o de Küstrin. Numerosos actos arbitrarios contra rivales políticos y diversas operaciones antisemitas daban una idea de cómo podría transcurrir una toma del poder por parte de los nacionalsocialistas. Sin embargo, la noche transcurrió sin que Hitler y las agrupaciones de combate *(Kampfverbände)* a él aliadas —a cuyo lado actuaba también la Escuela de Infantería de Munich bajo la dirección del teniente (jubilado) y jefe del cuerpo de voluntarios Gerhard Rossbach— lograran afianzar su posición de poder antes proclamada. Tal posición descansaba fundamentalmente en el rumor de que tanto Ludendorff como el triunvirato se hallaban del lado de los golpistas, con lo cual se habría conseguido el partido de muchos militares y funcionarios del aparato estatal. Sin embargo, pronto se vio cuán erróneos eran los cálculos relacionados con la conquista de Kahr y Lossow (que tanto se habían comprometido ya) a base de enfrentarlos con una situación de hechos consumados. Bien es verdad que algunas agrupaciones de combate *(Kampfverbände)* consiguieron armas y apoyo en varios cuarteles de Munich. Igualmente, el capitán Röhm, haciendo gala de especial actividad, consiguió ocupar la Comandancia militar de la región a las 23 horas, acompañado de diversos grupos del cuerpo de voluntarios (sobre todo del grupo Reichskriegsflagge). En el despacho principal de la Comandancia se establecieron, al parecer, Ludendorff, Hitler, Kriebel y otros cabecillas del golpe.

Sin embargo, Pöhner y Frick (este último, por lo visto, había hecho desistir a la policía regional de cualquier acto de intervención en el *Bürgerbräukeller)* fueron detenidos por la gente de Lossow nada más aparecer en la comandancia local. Por otra parte, no hubo intentos serios de ocupar edificios claves del gobierno, oficinas de

correos y telégrafos o la estación de ferrocarril. El triunvirato logró refugiarse en los cuarteles del regimiento 19, fiel al gobierno, para desde allí movilizar las unidades de la policía y del ejército. El gobierno bávaro permaneció invisible. Algunos ministros se refugiaron en Ratisbona. En el curso de la misma noche se consiguió incluso desarmar a varias agrupaciones del «Kampfbund». La general confusión apuntaba ahora contra la suerte de Hitler. Poco antes de las tres de la madrugada todas las estaciones de radio alemanas difundían el parte de que se había abusado del triunvirato y que éste rechazaba el golpe de Hitler. Mucho se había demorado esta decisión; queda por saber si Kahr y Lossow acaso no titubearon más de lo que luego dieran a entender en sus informes justificativos, o si tan sólo desaprobaban las reivindicaciones de liderazgo de Hitler, aunque no el golpe mismo. Sea como fuere, ya había un fallo previo.

En la mañana del 9 de noviembre Munich vivía una gran excitación. Sin éxito alguno Kahr había intentado impedir la publicación de los periódicos de la mañana con información sobre el golpe. En las columnas de anuncios figuraba todavía el llamamiento de los golpistas, aunque también apareció por todas partes un bando de Kahr, publicado asimismo por la prensa. Con todo, los nacionalsocialistas habían logrado crear una atmósfera de animosidad contra Kahr, pese a que los golpistas habían tenido poco éxito en el resto de Baviera y a que el ciudadano medio (e incluso los propios participantes) no sabía apreciar con claridad los distintos frentes. Cuando poco antes del mediodía las unidades de la Reichswehr iniciaban la reconquista del Ministerio de Guerra, los golpistas celebraban la famosa marcha por las calles de Munich, que hacia las 13 horas finalizaría ante los fusiles de la policía regional frente al Feldherrnhalle. A las 14 horas se entregaba también Röhm en el Ministerio de Guerra.

En un principio, un nutrido grupo de nacionalsocialistas y miembros del «Kampfbund» (unos 2.000 quizá) había conseguido apoderarse de los puestos de policía situados en el puente del Isar, emprendiendo entonces la marcha hacia la zona donde se hallaban enclavados los edificios del gobierno, encabezados por Hitler, Ludendorff, Göring, Kriebel y Weber. Multitud de curiosos se agolpaban y mezclaban, mientras que en la estrecha salida al Feldherrnhalle, que la policía trataba de cerrar, se registraban tumultos con los manifestantes. No se supo a ciencia cierta de dónde procedieron los primeros disparos. Tras un breve tiroteo que causó algunas bajas en ambos bandos —entre ellas la de Scheubner-Richter, que marchaba junto a Hitler—, la multitud emprendió una huida desordenada buscando desesperadamente una salida por las calles colaterales. Todo ello apenas duró un minuto. Ludendorff prosiguió la marcha hasta la Plaza

del Odeón, donde fue detenido. Al parecer, Hitler se dislocó un hombro al caer al suelo. En la ambulancia de la SA emprendió una huida silenciosa que más tarde sería sublimada como lucha heroica. En contra de su patética promesa en el *Bürgerbräukeller,* el 9 de noviembre no le encontró «en el gobierno o muerto». Esta alternativa la dejó en manos de otros. El optó por refugiarse en la residencia del crítico de arte Ernst Hanfstaengl, situada en Uffing, a orillas del lago Staffel. Allí mismo fue detenido la tarde del 11 de noviembre, cuando se encontraba en pijama. Antes de ser conducido se prendió con gesto patético su EK I (Cruz de Hierro de 1.ª clase). En la prisión de Landsberg el asesino de Kurt Eisner, Graf Arco, tuvo que cederle su habitación a Hitler, que en estos momentos todavía «creía que iba a ser fusilado» [28].

Así se vengaba, pues, el triunvirato bávaro de la sorpresa sufrida. Naturalmente, pese a todos sus intentos de justificación y consiguientes paliativos, Kahr y sus amigos no podían durar mucho en sus puestos. Su doble juego había sido demasiado sospechoso y el descontento demasiado grande por ambos lados, republicano y nacionalsocialista. Tras un prolongado tira y afloja, a mediados de febrero de 1924 tuvieron que asentir a la normalización de las relaciones entre Berlín y Munich. Una vez más, Seeckt no tuvo necesidad de intervenir. Su objetivo primordial, el principio de la unidad de la Reichswehr, había salvado el escollo de los disturbios bávaros. Las dudas acerca de su posición frente a la República se disiparon por el momento, y ello sin necesidad de emplearse a fondo contra los nacionalistas y sus «camaradas» militares. La situación se alivió más aún por el hecho de que ya no se registraron más intentos de levantamiento. Los nacionalsocialistas y sus aliados se mantuvieron sorprendentemente pacíficos.

Naturalmente, en Munich y Baviera resonó durante semanas el eco de lo ocurrido. Expresión de ello fueron principalmente las turbulentas asambleas de estudiantes en la Universidad, como la celebrada el 12 de noviembre con la presencia de ambos rectores y de algunos profesores, tales como Sauerbruch (cuya clínica había asistido a los heridos del 9 de noviembre). A tenor de un informe de la policía, dichos académicos trataban de aplacar el ambiente radical, aunque «reconociendo los buenos objetivos nacionales de Hitler y de sus seguidores y, en parte, condenando también a los dirigentes del Estado» (!). Sin embargo, no pudieron impedir las estruendosas manifestaciones en favor de la actuación de Hitler, a las cuales convocó también el conocido jefe del cuerpo de voluntarios, el capitán

[28] Informe policial: Deuerlein, *op. cit.,* p. 373.

Ehrhardt, que era buscado por la policía en todo el Reich [29]. El ambiente seguía exaltado y a ello contribuyó más todavía la celebración de otras asambleas en la Universidad de Nuremberg. La «traición del 9 de noviembre» se convirtió en la consigna de los radicales de la derecha; y esta consigna desempeñó también un importante papel en el proceso contra Hitler y en la elaboración de la sentencia. Con el asesinato de Kahr el 30 de junio de 1934 Hitler retrasó la venganza, que fue tanto más sangrienta.

La ilusoria intentona y su fracaso, tan absurdo como gris, recuerdan una vez más los delirios de grandeza del Hitler de los años de Linz y de Viena. Sin embargo, esta experiencia revistió una doble importancia para la futura historia del nacionalsocialismo: en primer lugar para el ulterior rumbo del NSDAP, que inauguró una nueva táctica política; y en segundo lugar, para las relaciones entre el partido y la Reichswehr. Hitler hubo de reconocer que el grandioso revés que había sufrido se debía en gran parte a no haber conseguido aprovecharse, como esperaba, de las vacilaciones existentes en el mismo Mando militar, como también debió reconocer que nunca conseguiría el favor de dicho Mando a base de una acción por sorpresa por muy grandes que fueran las simpatías de aquél por el «pregonero nacional». Su posterior trayectoria tuvo en cuenta estas circunstancias. El 9 de noviembre legaba la elocuente lección de que el éxito se conseguiría no mediante un golpe contra los poderes constituidos, sino mediante la subversión de los mismos. El corolario fue aquella «política de legalidad» que vino a caracterizar la segunda fase de la «lucha». La táctica consistía en aprovechar sin escrúpulo alguno las posibilidades legales y pseudolegales existentes en el marco de una democracia tolerante, sin recurrir nunca al golpe de Estado para acceder al poder.

Naturalmente, el «Führer» sufrió una grave pérdida de prestigio a causa del desenlace poco afamado de aquella jornada del 9 de noviembre. El único que no dejó intimidarse por las salvas de la policía bávara en la marcha hacia el Feldherrnhalle fue Ludendorff. Significativo de la época a la par que simple ironía de la historia fue, sin embargo, el hecho de que precisamente ahora Hitler lograra recuperar con su oratoria una buena parte del prestigio perdido en su fracasada empresa: un ejemplo más del hecho de que el jefe de un partido que siempre concedía primacía a la «acción» sobre la «palabra» se abriera ahora, como más tarde, el camino del poder merced a un empleo sin escrúpulos de la palabra. El proceso que habría de ocuparse de su intento de golpe de Estado le ofreció la opor-

[29] Deuerlein: *op. cit.*, p. 357.

tunidad de extraer de las cenizas de un levantamiento brutal y armado una triunfal defensa política, al mismo tiempo que una acusación pública contra la República. Hitler se encontraba aquí en su elemento, mientras que Ludendorff se quedaba muy atrás.

Por ello, apenas puede valorarse en su justa medida la importancia del proceso de febrero y marzo de 1924. La situación interna parecía apaciguarse, la inflación terminaba, el gobierno del Reich ocupaba de nuevo posiciones más seguras, y una solución más circunspecta del problema de la reparación de daños de guerra parecía esbozarse ya en la labor realizada por el comité Dawes. Al mismo tiempo, Stresemann lanzaba, tras sus primeros contactos con las potencias occidentales, la idea de un pacto de seguridad, que finalmente se hizo realidad en el Tratado de Locarno (1925). Con la estabilización conseguida acabó por constituirse también un gobierno moderado en Baviera presidido por el Presidente del BVP, Heinrich Held, reemplazando al régimen autoritario de Kahr, tan comprometido a lo largo de toda su historia. El mando de Lossow pasaba a manos de Kress, de la línea de Seeckt, y la levantisca Escuela de Infantería de Munich era trasladada a Turingia, donde fue sometida a la rígida disciplina de Seeckt. En medio de esta nueva situación comenzó en Munich el 26 de febrero de 1924 el proceso contra Hitler, Ludendorff, Pöhner, Röhm, Frick y otros cinco golpistas, acusados de alta traición. Göring y otros protagonistas, ayudados por algunos funcionarios simpatizantes, habían conseguido huir a territorio extranjero. Todo parecía acabado; sin embargo, Hitler había aprendido, entretanto, a sacar provecho de cualquier situación. Así, en el juicio no defendió su inocencia, como hicieran los protagonistas del golpe de Kapp, sino que aprovechó la ocasión para hacer un gran alarde propagandístico de su programa y de las intenciones políticas que le habían movido el 9 de noviembre de 1923. Su defensa se convirtió en acusación contra el «sistema» de los «bandidos de noviembre» y los «esclavos del dictado de Versalles». De esta forma, consiguió una enorme publicidad en la prensa alemana, situándolo verdaderamente en el primer plano de la «revolución nacional», difuso mosaico de ambiciones de toda especie que, desde luego, en modo alguno había sido un plan maestro bien definido de Hitler. Al mismo tiempo, Hitler trató de restablecer sus buenas relaciones con el Mando militar: descargó de toda culpa a la Reichswehr e hizo responsables de lo ocurrido en parte a Lossow y Kahr personalmente, y en parte al «sistema» de la República democrática en su totalidad.

Hitler se apuntó con ello cierto éxito. Ante todo, el Tribunal no se mostró, en absoluto, inmune a su argumentación. Cosa nada extraña, pues en el Tribunal se hallaban personas que pocos meses

antes habían simpatizado todavía con él o con las intenciones de Kahr. La situación llegaba a tal punto que el mismo fiscal (Stenglein) comenzó su intervención (21 de marzo de 1924) con un elogio de los nobles objetivos de Hitler, que, como testimonio sintomático, merece ser citado:

Hitler ha sabido abrirse camino a partir de unos orígenes muy modestos. En la gran guerra ha demostrado su conciencia patriótica y su valor como soldado, creando luego con una laboriosa tenacidad y sobre bases modestísimas un gran partido, el Partido Obrero Alemán Nacionalsocialista. Los puntos más importantes de su programa fueron la lucha contra el marxismo internacional y el judaísmo mundial, el castigo de los criminales de noviembre y la difusión de la idea nacional en todas las capas del pueblo, especialmente entre los trabajadores. No estamos aquí hoy para fallar sentencia sobre su política de partido; sin embargo, es preciso reconocer en todo caso su honrado propósito de resucitar la fe en la causa alemana en un pueblo desarmado y oprimido. Ayudado por sus peculiares dotes oratorias, ha llevado a cabo una significativa labor. Y si fue conducido a una postura unilateral impulsado por el ambiente combativo de sus adeptos, sería injusto, no obstante, calificarlo de demagogo. No puede imputársele este reproche a causa de la autenticidad de sus convicciones y la desinteresada entrega a la tarea por él mismo elegida. Su vida privada la ha mantenido siempre limpia, lo que merece especial reconocimiento, teniendo en cuenta la seducción natural que comportaba su condición de celebrado dirigente del partido... Hitler es persona altamente dotada, que partiendo de bases humildes ha conquistado una prestigiosa posición en la vida pública, precisamente a base de un trabajo serio y duro. Se ha entregado de cuerpo y alma a las ideas que le animaban y, como soldado, cumplió al máximo con su deber. El hecho de que explotara en provecho propio la posición por él conquistada no puede ser esgrimido como reproche [30].

Pero había más: al poner en primer plano la parte de culpabilidad de Kahr, Lossow y Seisser, Hitler sumió hábilmente al Tribunal en un aprieto, pues la complicidad de algunos altos funcionarios y políticos en los planes de subversión entorpecía una investigación correcta de los hechos, creaba ciertos tabúes y predisponía a jueces y fiscal a adoptar una postura de clemencia. Hitler culpó, en primer lugar, a Lossow por el fracaso de la «revolución nacional» y, al mismo tiempo, por el peligro de una escisión en el seno de la Reichswehr. Todos sus argumentos venían a apoyar su aseveración de que el NSDAP no actuó en contra, sino precisamente a favor de los intereses de la nación y, principalmente, de la Reichswehr, dando a entender además que fue únicamente la «traición» de Lossow y Seisser lo que dio al traste con esta unión nacional. Aquí comenzaba ya la nueva campaña de Hitler para granjearse el favor de la Reichswehr tras su experiencia de que tan sólo con su consentimiento y no contra ella podría acceder al poder. Hitler mantuvo esta línea más allá del 30

[30] Bennecke: *op. cit.*, p. 103.

de enero de 1933, hasta el 30 de junio de 1934. Fue una conducta consecuente encaminada al definitivo afianzamiento de su dictadura.

Por lo demás, Hitler supo convertir su defensa en verdadera publicidad de su comportamiento. Consiguió desviar la atención del verdadero tema del proceso y provocó una y otra vez con patriótico patetismo y profecías de una segura victoria el aplauso entusiasta de los asistentes, casi todos simpatizantes suyos. El Tribunal no lo vio con malos ojos; evidentemente, impresionado por la enorme expectación que Hitler sabía crear en torno a su persona. Por ello, no se decidió ni por un castigo draconiano ni por una expulsión del golpista, austríaco todavía, del territorio alemán. Ciertamente, el ministro del Interior bávaro, Schweyer, trató de conseguir tal expulsión, al igual que lo hiciera ya en 1922; pero esta vez encontró la oposición del ministro de Justicia, Gürtner, que luego contribuyó a lograr un pronto indulto y en 1933 habría de ser ministro de Justicia del gobierno de Hitler. El pronunciamiento de la sentencia en abril de 1924 fue un acontecimiento social. De nuevo, según costumbre anterior muy repetida, los acusados fueron saludados con flores y símbolos nacionalistas, mientras que los oficiales, completamente uniformados, testimoniaban sus simpatías a Hitler y, en todo caso, a Ludendorff. Esta fue la sentencia: Röhm y Frick fueron declarados inocentes, al igual que Ludendorff, mientras que Hitler obtenía la pena mínima para un caso de alta traición: cinco años de arresto en castillo con la expresa posibilidad de un pronto indulto.

Terminaba así un período de disturbios, aunque, al mismo tiempo, se iniciaba otro, al sentarse las bases para nuevos trastornos, que habrían de desatarse cinco años más tarde. Se levantó el estado de excepción, sin que Seeckt hubiera accedido a las expectativas dictatoriales de la derecha, por muchos que fueran los roces habidos con Ebert y Stresemann. Su intención no había sido otra que esperar al dictador en quien —quizá— hubiera depositado su poder. En la correspondencia de noviembre de 1923 se pone claramente de manifiesto la actitud que presidió la conducta de Seeckt: la oscilación entre los propósitos de dictadura y la reserva propia del puro soldado que esperaba al dictador victorioso. Era una postura característica también de la futura actitud de la Reichswehr frente a la República y a sus adversarios.

Capítulo 3

EL NUEVO PARTIDO EN LAS «JORNADAS DE LUCHA»

Fuerzas y tendencias 1924-1928

Para Baviera el 9 de noviembre de 1923 significó el término de una época. Con la retirada del triunvirato terminó también ese período de posguerra en el que las asociaciones de defensa, la Reichswehr, los grupos radicales y los reaccionarios habían mantenido al país en una permanente atmósfera de golpe de Estado. Las tentativas de promover la revolución «nacional» del Reich a partir de Baviera se vieron coronadas por el fracaso, al igual que los conatos emprendidos por grupos de la izquierda radical en Alemania Central. Con la disolución del partido de Hitler desapareció también el *Kampfbund,* en tanto que las restantes agrupaciones patrióticas perdieron importancia. La misma Baviera registró un acelerado proceso de estabilización, que fue la tónica de aquellos años en la República de Weimar. No se repitió ya la constelación de aquellos años de crisis en los que la Reichswehr, en comunidad de intereses con las asociaciones de defensa y los radicales de derecha, dictaba la política bávara, posibilitando, sobre todo, el ascenso de Hitler. Naturalmente, faltaba un gran trecho aún para la normalización. Todavía en 1924 se registraba el eco de los acontecimientos que acompañaron el golpe, pese a que la actividad de los radicales iba desplazándose gradualmente hacia el norte de Baviera y de Alemania.

En primer lugar, la derecha habría de registrar todavía un éxito

electoral, claro reflejo de las turbulencias del año de crisis. Hasta ahora los nacionalsocialistas habían despreciado olímpicamente cualquier forma de parlamentarismo ya que, de todos modos, esperaban de inmediato el golpe de Estado. Sin embargo, en las elecciones generales del Reich celebradas en la primavera de 1924 se presentaron a los comicios por primera vez: en Baviera con el llamado Bloque Popular y en el Reich con el Partido Nacionalsocialista de la Libertad. Naturalmente, inmediatamente después del golpe de Hitler el NSDAP quedó prohibido en todo el territorio del Reich, al igual que su afín, el Partido Germanopopulista de la Libertad en el norte de Alemania. Sin embargo, los resultados de las elecciones al parlamento regional *(Landstag)* de Baviera, celebradas el 6 de abril de 1924 —sólo cinco días después de pronunciarse las sentencias en el proceso de Hitler— daban todavía una idea del grado de radicalización que prevalecía en Munich. El Bloque Popular obtuvo aquí una enorme mayoría. Igualmente, en el resto de Baviera demostraba su fuerza con más del 17 % de los votos. Las elecciones al Reichstag del 4 de mayo vinieron a confirmar este cuadro. Los disturbios de 1923 y los efectos de la inflación seguían manifestándose «a posteriori» en la fuerza de los radicales de la derecha y también de los comunistas. Con ello se dibujaba la «nueva trayectoria» que habría de orientar la reconstrucción del NSDAP y su táctica pseudoparlamentaria.

En líneas generales, las elecciones de mayo de 1924 supusieron una continuación del retroceso de los partidos democráticos. El balance global fue un triunfo de los germanonacionales, que con la incorporación de algunos diputados agrarios se convirtieron provisionalmente en la fracción más importante del Reichstag, mientras que los comunistas sacaban provecho de las pérdidas sufridas por el SPD socialdemócrata (106 DNVP o germanonacionales frente a 100 SPD o socialdemócratas). La política basculante del SPD entre el gobierno y la oposición fue tan culpable de su aplastante derrota como el paso de muchos electores del Partido Socialdemócrata Independiente (USPD) a las filas de los comunistas, que de 17 diputados pasaron en la segunda vuelta electoral a 62, adquiriendo casi la misma fuerza que el Centro (65 diputados). En el centro liberal continuaba el retroceso, proceso que se apoderó no sólo de los demócratas sino también del Partido Populista Alemán (DVP), que tantos éxitos cosechara en 1920. Así pues, seguía en pie la tendencia iniciada en 1919. Los electores proseguían su huida del centro, sostén de la República, hacia los extremos, con lo cual el problema de la formación de una mayoría parlamentaria seguía sin hallar solución.

Esta fuga hacia los extremos podía observarse claramente en el

éxito inicial conseguido por la izquierda comunista y por los grupos de la derecha radical (populistas, antisemitas y nacionalsocialistas), que, por primera vez, se presentaban a elecciones en el Reich. Pese al fracaso de sus actividades políticas consiguieron de golpe mayor número de escaños que los demócratas (32:28). En algunos distritos electorales se apuntaron más del 20 % de los votos. El primer lugar lo ocupaba entonces Mecklenburg, con un 20,8 % de votos populistas-nacionalsocialistas, seguido de Franconia (20,7 %), Alta Baviera-Suabia (17 %), Baja Baviera (10,2 %), Turingia (9,9 %). Parecida propensión a la derecha se registraba también en Merseburgo, Hannover-Este y Prusia Oriental. Naturalmente, este éxito fue pasajero. En los años siguientes el peso nacionalsocialista se desplazó de Baviera a latitudes más septentrionales, donde en los últimos años de la República habría de apuntarse Hitler sus mayores y decisivos triunfos electorales: sobre todo en Schleswig-Holstein y en diversas partes de Baja Sajonia, Brandemburgo, Baja Silesia, Sajonia y, finalmente, Prusia Oriental.

Sin embargo, con el año 1924 comienza un período de auge económico y estabilización que habría de reflejarse en la ulterior marcha electoral. Los siguientes comicios del Reich, celebrados ya en diciembre de 1924 en vista de la imposibilidad de coalición dentro del Reichstag, no esclarecieron satisfactoriamente la situación, ni tampoco facilitó fundamentalmente la formación de gobierno, pero significó, en cambio, un frenazo de la tendencia antirrepublicana que venía observándose hasta entonces. Sobre todo las fuerzas de la extrema izquierda y de la extrema derecha sufrieron una sensible derrota tras su impetuosa subida anterior. Los comunistas se vieron mermados en un tercio y los grupos nacionalsocialistas en más de la mitad. Durante los seis años siguientes no pasaron de ser un contingente sin ningún significado parlamentario. En la misma Baviera y en el espacio de tiempo comprendido entre abril y diciembre de 1924 el número de adeptos a la idea nacionalsocialista se redujo en más de dos tercios (de 17 % a 5 %). Incluso después de 1930 la proporción conseguida por los nacionalsocialistas permaneció por debajo de la media obtenida en el conjunto del Reich.

Naturalmente, tampoco se volvieron a alcanzar las situaciones de clara mayoría registradas cuando la Asamblea Nacional de Weimar. El fuerte retroceso del radicalismo de izquierda y derecha no supuso un verdadero fortalecimiento de los partidos moderados, lo cual habría facilitado sensiblemente la constitución de un gobierno democrático. Los partidos del centro registraban ahora un modesto aumento, el SPD un aumento algo mayor. Por otra parte, el grupo germanonacional —capacitado para la coalición, pero tampoco en

demasía— pudo afianzar incluso sus posiciones, ya de por sí bastante sólidas. Este fortalecimiento fue una realidad, pese a que los germanonacionales se vieron superados de nuevo por los socialdemócratas. Incluso los años de la llamada estabilización no lograron zafarse del freno que suponía el cambio de gabinetes de minoría, internamente lábiles y permanentemente amenazados.

Esta acuciante problemática se manifestó claramente en todo su alcance en las mismas elecciones presidenciales que hubieron de celebrarse en la primavera de 1925 a causa de la repentina muerte de Friedrich Ebert. A tenor de la Constitución, el nuevo Presidente debía ser elegido mediante votación popular directa por un período de siete años. Esto requería cierta madurez política del electorado y, al mismo tiempo, personalidades republicanas de relieve, con las que no contaba el joven Estado. En un principio los partidos marcharon separados. Los socialdemócratas presentaron como candidato a su señalado Primer ministro prusiano, Otto Braun; el Centro, al varias veces Canciller del Reich, Wilhelm Marx; la derecha, al Primer alcalde de Duisburgo, Jarres, fuerte simpatizante del DVP; los bávaros prefirieron igualmente a un candidato propio (Held), como los demócratas (Hellpach), los comunistas (Tählmann) y los nacionalistas (Ludendorff). Este abanico de siete candidatos impidió naturalmente la formación de la requerida mayoría absoluta en la primera vuelta: Jarres consiguió 10,7 millones de votos, Braun 7,8 millones y Marx 4 millones escasos, mientras que Ludendorff —un síntoma más del progresivo descenso del radicalismo de derecha— tan sólo reunió 200.000 votos.

Así pues, la segunda vuelta, en la que únicamente se requiere una mayoría relativa, hubo de estar dominada por la concentración de diversos grupos en determinados candidatos. En tales circunstancias se llegó a una convergencia de los partidos republicanos en el candidato del centro (Marx), que podía contar así con una segura mayoría. La derecha respondió con una maniobra tan eficaz como inesperada: desistió de la candidatura de Jarres, arrinconó las esperanzas del general von Seeckt y sacó de su retiro de pensionado en Hannover al símbolo de la guerra, Hindenburg, de 78 años de edad. Es preciso anotar que, en un principio, Hindenburg se había declarado persona no apropiada para el puesto de Presidente de una República cuya naturaleza y principios estaban en contradicción con su actitud personal, por no hablar de su aversión hacia la política civil y absolutamente democrática, de la que no comprendía un ápice, según declaró él mismo. Sin embargo, éste era el nombre glorioso y de más garra para el gran electorado, el único que podía impedir la elección de un segundo Presidente republicano.

Sintomático del carácter emocional y ostensiblemente antirrepublicano de la candidatura de Hindenburg fue el hecho de que fuera precisamente el Gran Almirante von Tirpitz, monárquico a ultranza, quien, tras denodados esfuerzos, consiguiera una respuesta positiva de Hindenburg. Stresemann, cuyo partido apoyaba esta situación, estaba consternado, tanto más cuanto que la impresión en el extranjero fue, como era de esperar, negativa e incluso «catastrófica», según manifestaciones de las embajadas. Sin embargo, Stresemann no arriesgó una toma de postura clara.

De esta forma, el 26 de abril de 1925 fue testigo de la elección de Hindenburg, aunque por escasa mayoría y ni tan siquiera absoluta: frente a los 14,6 millones de votantes que obtuvo Hindenburg aparecía el bloque de los 13,7 millones conseguidos por Marx. Tres hechos decidieron la escasa derrota republicana. Por su insistencia en la candidatura de Tählmann, condenada de antemano al fracaso, el partido comunista (KPD) conquistó algunos votos socialdemócratas; la mitad de ellos habrían significado la derrota de Hindenburg. Mayor importancia y trascendencia tuvo, en segundo lugar, el hecho de que por intereses exclusivamente partidistas el BVP, partido filial del centro, se decidiera por la candidatura de Hindenburg. Los bávaros católicos prefirieron el mariscal prusiano y protestante al católico y correligionario de partido, Marx, a quien no perdonaban, sin embargo, su alianza electoral con los socialdemócratas. El millón de votos que reunió el BVP en la primera vuelta tenía, en efecto, una importancia decisiva. Tanto más cuanto que —tercera causa— los sentimientos anticatólicos en el electorado liberal y socialdemócrata actuaban en contra de la intervención de los partidos democráticos en favor de Marx.

Este triunfo de la derecha habría de evidenciarse nítidamente cinco años más tarde. En un principio siguió predominando la tendencia a la calma, iniciada en 1924. Las elecciones regionales de estos años se desarrollaron en una dirección muy semejante, y la decisión popular contra la expropiación de los príncipes (1926) tampoco revistió particular significación. Cuando en mayo de 1928 tuvieron lugar las siguientes elecciones para el Reichstag, nada anunciaba que con ellas terminaría realmente el período de consolidación, multiplicándose poco después los síntomas de la catástrofe que se avecinaba. En efecto, el resultado más significativo de las elecciones de 1928 —es decir, el enorme retroceso (un tercio) de los germanonacionales y el considerable aumento de los socialdemócratas hasta llegar casi a las posiciones de 1919— parecía hablar el lenguaje opuesto. Por última vez, una clara mayoría de la población se pronunciaba en contra de los extremos e incluso a favor de un corrimiento a la izquierda

tras el deslizamiento a la derecha experimentado en 1920 y 1924. También por última vez, después de una serie de difíciles negociaciones, surgía un gobierno de Gran Coalición que, fundado sobre una sólida base parlamentaria y presidido por el socialdemócrata Hermann Müller, permaneció casi dos años en el poder, más tiempo que ningún otro gabinete parlamentario. Ciertamente, la fatídica merma del centro burgués seguía progresando; también el aumento de los votos comunistas —que, sin embargo, permanecían (con 10,6 %) todavía por debajo del nivel alcanzado en la primavera de 1924 (12,6 %)— arrojaba ciertas sombras sobre el futuro. Sin embargo, la mayor decepción tuvieron que sufrirla los nacionalistas, que con su 2,6 % (pese a sus estruendosos propósitos expansionistas) ni tan siquiera podían convertirse en fracción. Cierto éxito consiguieron en Schleswig-Holstein (4 %), Weser-Ems (5,2 %), Hannover-Sur y Braunschweig (4,4 %), Alta Baviera-Suabia (6,2 %) y, sobre todo, Franconia (8,1 %). En ciudades tales como Berlín (1,4 %) y en las zonas industriales (Ruhr 1,3 %) sufrieron una derrota aplastante.

La situación general de la República parecía más favorable en este segundo período. Las crisis internas y las amenazas de subversión parecían estar superadas y la estabilización económica duraba desde hace años. Pese a que no existía una mayoría de demócratas convencidos, la progresiva adaptación al orden republicano bien podía con el tiempo afirmar y robustecer la existencia del Estado. Naturalmente, para ello era preciso que tan evidentes progresos persistiesen, al menos, unos años más, y que se diera tiempo al tiempo con el fin de que los argumentos de los adversarios de la República se desvaneciesen por sí mismos. En un principio parecía que esto se iba a cumplir. Los esfuerzos de la era Stresemann abrían prometedoras perspectivas para la solución del problema de la reparación de daños de guerra y de una prematura desocupación de Renania, logrando asimismo un acercamiento germano-francés y una mejor posición de Alemania en el escenario internacional. Daba que pensar, sin embargo, el hecho de que durante el período de 1924-28 los socialdemócratas, el partido más fuerte, permaneciera en la oposición. El SPD no sólo dejó el gobierno en manos del débil contingente burgués, sino que además fomentó en éste una fatal propensión hacia los gabinetes minoritarios. Con ello acariciaban la esperanza de conquistar adeptos en la oposición, soslayando al mismo tiempo el peligro de perder votos en favor de los comunistas, como podría ocurrir caso de participar en el gobierno. De esta forma, el gran potencial del electorado socialdemócrata siguió permaneciendo alejado de la co-decisión política, en un momento, además, en que el Presidente de la República ya no era un socialdemócrata sino un mariscal de tiempos anteriores

a la misma. Es cierto que la situación fue aliviada por el hecho de que, hasta el golpe de Papen en 1932, el SPD contaba con el Primer ministro del Estado *(Land)* alemán más importante, participando también en el poder al nivel comunal y en otros Estados del Reich. Empero, al nivel del Reich la situación parlamentaria, así como psicológica y política, seguía siendo declaradamente inestable, incluso cuando en 1928 el SPD asumió finalmente el mando de una Gran Coalición.

Mein Kampf *y un nuevo comienzo*

El proceso de Hitler y los éxitos electorales de la primavera de 1924 no pudieron ocultar que el NSDAP —que el 9 de noviembre de 1923 contaba con unos 55.000 miembros [1]— había entrado en un proceso de total disolución tras el desastre del golpe frustrado. Divergencias de opinión en el seno de los grupos dirigentes dieron pronto lugar a conflictos y luchas intestinas; grupos radicalmente antiparlamentarios, tales como los de Rosenberg, Streicher y Esser, estaban enfrentados al «movimiento de liberación», que había conseguido algún éxito en las elecciones y que estaba presidido por Ludendorff, Albrecht von Graefe (anteriormente del partido germano-nacional), y (en Baviera) Frick, Feder y Röhm, todos los cuales fueron elegidos para el Reichstag. Seguramente, también Hitler miró con sumo recelo el camino que conducía al tan frecuentemente vituperado Parlamento; excluido de éste por no ser de nacionalidad alemana, Hitler tenía que contar, pues, con nuevos problemas en relación con el acceso al poder. Sin embargo, la verdad es que esta distancia frente al Parlamento facilitó su campaña contra el «sistema», afianzando más todavía su posición dentro del partido. Desde la prisión de Landsberg, Hitler renunció en un principio a tomar postura alguna ante los conflictos del partido. Habría de demostrarse una vez más que este «dejarse llevar» favorecía su táctica de «divide et impera», facilitando así su retorno a la política y a la posición de liderato dentro del nuevo NSDAP.

En primer lugar, Hitler se encontraba paralizado por su situación de recluso, aunque, por lo mismo, exento de tomar decisión alguna y libre de responsabilidad por las derivaciones de su catástrofe política. Una vez más habrían de ayudarle las circunstancias cuando parecía encontrarse al término de una etapa fracasada de su vida. El mismo transcurso del proceso y, más aún, el subsiguiente tiempo de

[1] Maser: *Frühgeschichte, op. cit.,* p. 463.

reclusión brindaban la oportunidad de un nuevo comienzo. Ciertamente, Hitler se las arregló magistralmente para convertir el 9 de noviembre en el momento mistificado del «despertar alemán», llegando casi al plano del culto religioso: «Para nosotros es un altar la escalinata del Feldherrnhalle», cantaría más tarde Baldur von Schirach, el poeta y caudillo de las juventudes hitlerianas e hijo del director del Teatro de Weimar y de una americana. Desde 1933 los actos conmemorativos en la misma escalinata se encontraban envueltos por este mismo culto glorificador, que el libro de carácter oficioso *Gedenkhalle für die Gefallenen des Dritten Reiches* [Recinto conmemorativo de los caídos del Tercer Reich], 1935, resumía en una fórmula entre sacramental y blasfema: «La sangre que ellos derramaron se ha convertido en agua bautismal del Reich.»

Al igual que el fracasado golpista consiguiera utilizar el Tribunal como escenario de sus descaradas acusaciones contra la «república de judíos», la Justicia fue ahora suficientemente deferente con él. En lugar de expulsar al indeseado extranjero, como había sido ya planeado en otoño de 1924, se dispensó a Hitler y sus 40 camaradas presos una estancia prácticamente de recreo en el castillo de Landsberg, estancia que habría de concluir más que prematuramente en diciembre de 1924 con el correspondiente indulto. En una gran sala, donde Hitler ocupaba la presidencia durante la comida del mediodía, lucía la bandera de la cruz gamada. La cárcel se convirtió prácticamente en la primera «casa parda» en la que Hitler, casi siempre en pantalón de cuero y chaqueta tirolesa, recibía la venia de sus adeptos y las cartas, flores y muestras de simpatía del mundo exterior. En la correspondencia figuraba una carta de felicitación con motivo de su cumpleaños del viejo Houston Stewart Chamberlain, desde Bayreuth. Chamberlain saludó a Hitler como el «gran simplificador», terminando con esta frase: «Dios, que nos lo ha dado, quiera conservarle todavía muchos años para bendición de la patria alemana» [2].

Pero ante todo, el hasta entonces únicamente «escritor» oral se encontraba ahora en posesión de las musas y medios necesarios para disfrutar de unos estudios superiores —como él mismo observaba con sarcasmo— a cuenta del Estado. Devoró cuantos libros cayeron en sus manos, familiarizándose con teorías auxiliares, muy de su gusto, tales como las del geopolítico Karl Haushofer, quien, por mediación de su discípulo Rudolf Hess, le visitó repetidamente. En junio empezó a escribir su gran obra, que habría de dictar la liquidación con el pasado y el presente, confiriendo al mismo tiempo un carácter vinculante al nuevo y «legal» camino hacia el poder y la gloria del

[2] Goerlitz-Quint: *Hitler*, Stuttgart, 1952, p. 234.

futuro nacionalsocialista. Entre sus propósitos figuraba seguramente también el de superar como autor a otros escritores camaradas suyos: Rosenberg, Feder y Eckart. En una soleada habitación de dos ventanas dictó el primer tomo de *Mein Kampf* [Mi lucha], en un principio a su conductor, Emile Maurice, y más tarde a su incondicional «secretario» Rudolf Hess, que voluntariamente había cambiado su exilio tirolés por la prisión de Landsberg. El segundo tomo apareció dos años más tarde. Las correcciones, indudablemente muy necesarias, corrieron a cargo de varias personas, sobre todo del ex-fraile Bernhard Stempfle, publicista antisemita que, a cambio de este servicio demasiado confidencial, fue asesinado el sangriento 30 de junio de 1934.

Ni como libro de memorias, ni como sistema ideológico poseía el libro contenido o categoría alguna. Era una tediosa sucesión de ampulosos tópicos en torno siempre a los mismos temas. Pese a algún que otro esfuerzo de redacción, el estilo seguía siendo el de sus cartas de juventud: pretencioso y característico del pseudointelectual. Su «contenido» sustancial no radicaba tanto en las ideas (o jirones de ideas) tomadas de las distintas corrientes nacionalistas, racistas, imperialistas y antidemocráticas. En este terreno Hitler aprendió también algo de la obra *Rassenkunde des deutschen Volkes* [Etnología del pueblo alemán], 1922, del antropólogo Hans F. K. Günther, y de sus teorías sobre la «nordificación» (Aufnordnung). Chamberlain, Fritsch, Spengler, Lagarde, Schopenhauer y Wagner son, junto a otros escritos pseudocientíficos, las fuentes que Hitler utilizó y vulgarizó, sin recurrir naturalmente a citas ni pruebas. También aquí fue Hitler más que un mero reaccionario. Sus antitéticas posiciones poseen una cualidad indudablemente revolucionaria: destrucción de las estructuras políticas y sociales vigentes, así como de las élites que las sustentan; profundo desprecio del orden burgués, de los valores morales y humanos, de los Habsburgos y Hohenzollern, de las sociedades liberal y marxista. Sus mayores repulsas las merecieron la burguesía con sus fijas concepciones morales, el nacionalismo y el capitalismo burgueses, los académicos, los intelectuales, el mundo de los «smokings» y monóculos. Para tales fines precisaba de la movilización de las masas depauperadas y, especialmente, de las jóvenes generaciones.

Pero donde Hitler pisaba más fuerte era cuando discutía el problema de la realización y aplicación de tales ideas. A diferencia de sus precursores teorizantes, y guiado por un instinto casi infalible, situó el problema del poder y de sus aspectos prácticos en primer plano. Naturalmente, existía una base ideológica sobre la que se fundamentaba su punto de partida y los objetivos finales de su «Weltanschauung»: especialmente, un bárbaro antisemitismo, que era algo más

que un simple medio para conjuntar y movilizar a las masas frente a un enemigo elevado a la categoría de absoluto. En este marco, ciertamente grosero, el estilo pragmático, el instinto práctico y organizador de cara a la realización de los objetivos políticos se convirtieron en la verdadera fuerza de Hitler.

Con ello se responde también a la cuestión de en qué medida podría concebirse la historia del nacionalsocialismo sin Hitler. Nada original encierran las páginas de *Mein Kampf*. Por otra parte, las ideas y consignas del nacionalsocialismo existieron sin y antes de Hitler. Pero igualmente cierto es que, tras el fracaso de 1923 como tras el triunfo de 1933, sólo él podía realizar el nacionalsocialismo en la época del Tercer Reich de modo consecuente y terrible. Esto no quiere decir que deba descargarse sobre él la culpa de la catástrofe alemana, como tan a menudo se hace. Adolfo Hitler no fue un mero azar; fue un estado de cosas y, ante todo, un estado de cosas alemán (Heiden). Sin embargo, ninguno de sus colaboradores demostró análoga capacidad en la conjugación de ideología y «praxis», organización y manipulación. Así, no es simple casualidad que *Mein Kampf* únicamente sea original en aquellos pasajes (sobre todo, del segundo tomo) en los que Hitler, con un cinismo nada disimulado, habla de su técnica, tan simple como eficaz, de la organización, la propaganda y la psicología de las masas [3]. Entre los recursos más importantes figuran la reducción del nivel a los instintos más bajos, la continua repetición de fórmulas maniqueas basadas en la dicotomía amigo-enemigo y la «violación» del pueblo —la «hembra-masa»— con brutales arengas oratorias. Su quintaesencia era simplemente la bestial filosofía del «derecho del más fuerte» en una lucha de razas en el plano histórico-mundial, cuya culminación consistía en una política expansionista radical: en el caso alemán significaba el desquite de la guerra mediante la liberación de todas las limitaciones del Tratado de Versalles y el plan de una marcha hacia el Este, hábilmente conjugada con el antibolchevismo en boga. Un enconado odio a los judíos, la ideología del espacio vital y el principio de la dictadura del «Führer» aparecen una y otra vez como los tres elementos fundamentales de esta ideología de lucha. Una vez más, la instrucción a medias del charlatán y anárquico vagabundo vienés, rezagado todavía en la pubertad, aflora en la misma base de su «ideología», convertida ahora, sin embargo, en ambiciosa «Weltanschauung» y en instrumento político gracias al virtuosismo del gran demagogo.

La farsa del golpe de Estado y de la detención de Hitler hicieron

[3] Cf. en particular W. Maser: *Hitlers «Mein Kampf»*, Munich, 1966. Con detalle, Eberhard Jaeckel: *Hitlers Weltanschauung*, Tubinga, 1969.

de él un mártir. El sin-nombre era ahora conocido y para muchos se convirtió en símbolo de su ciega manía de transformación. Su primer y único libro publicado, que tuvo que aterrar a toda persona razonable, se vendió mal en un principio; mas en 1933 circulaban ya en el mercado casi 300.000 ejemplares, y finalmente, en su condición de Biblia del Tercer Reich, se difundió por tiradas de millones, llegándose hasta los diez millones. En medio de un falso sentimiento de superioridad no se tomó el asunto en serio, por lo cual la opinión pública no se informó debidamente de los tremendos planes del futuro, tan abiertamente descritos, que luego habrían de convertirse en terrible realidad. Aunque también hay que decir que, a fin de cuentas, no abundaban precisamente entre los partidarios de Hitler los bibliófilos, máxime tratándose de una obra tan voluminosa. Sin embargo, el autor vio aumentar rápidamente sus ingresos. Pronto era propietario de un «Mercedes» y también de su legendaria mansión en Obersalzberg, cerca de Berchtesgaden, pese a lo cual cuidó muy bien de mantener en Munich la apariencia del modesto y sobrio «dirigente obrero» que vocifera contra la «bonzocracia» de la República y tiene tan sólo una humilde vivienda. La editorial Franz Eher, editorial del partido (dirigida por el ex-sargento de Hitler, Amann) y la central del partido en la «Casa Parda» constituyeron poco después la gran plataforma literaria y organizadora del nuevo ascenso.

Tras su puesta en libertad —condicional por cuatro años— el 20 de diciembre de 1924, Hitler se vio enfrentado con la tarea de reconstruir las estructuras de un partido desmoronado. El ideólogo de la raza, Alfred Rosenberg, demostró su incapacidad para desempeñar el papel que le había sido encomendado. Pero ya desde entonces esgrimía Hitler la táctica del «divide y vencerás», que más tarde utilizaría también, hábilmente, desde su posición de hombre de Estado. Enfrentando a rivales potenciales, delegando responsabilidades y soportando colisiones fue como el caudillo conciliador, el *supremus arbiter,* solución universal, pieza imprescindible, consiguió afianzar cada vez más el prestigio de su autoridad. En este sentido, emprendió el retorno a la política como salvador del «movimiento», decaído y escindido, relegando a un segundo plano a posibles rivales: sobre todo a Ludendorff y Röhm. Hitler acababa de aprender una amarga lección: que el camino al poder no es el golpe de Estado sino el recurso largo y penoso de la «legalidad». Derrota de la democracia por medios pseudodemocráticos: he ahí el nuevo rumbo de Hitler, aunque fuera más laborioso acabar con el enemigo en las elecciones que en el paredón. La prometida «revolución» y reordenación de Alemania sólo podrían constituir el segundo paso. Ciertamente, habría de costar mucho esfuerzo hacer ver esta estrategia a los adeptos y dirigen-

tes activistas que seguían fieles a él; en efecto, sobre todo en el norte de Alemania se registraron en torno a los hermanos Gregor y Otto Strasser, de destacada personalidad, diversas disensiones y luchas de grupos, en las cuales logró destacarse también Joseph Goebbels, escritor de fácil palabra. Sin embargo, al final de este período, el reafianzamiento y rígida reorganización del partido —al igual que de sus numerosas dependencias colaterales— se encontraban incondicionalmente supeditados a la ilimitada posición de poder del «Führer», sublimada hasta la esfera de lo religioso.

Tampoco del lado republicano se opusieron muchos escollos al nuevo ascenso de Hitler. Pues aquellos que ya no simpatizaban con el sentido «nacional» del movimiento hitleriano, atribuyendo su radicalismo a la juvenil euforia de los super-patriotas, sí se creían, en cambio, obligados, en virtud de una equivocada fidelidad a los principios, a conceder tolerancia democrática a los mismos enemigos de la democracia. Además, parecía ya proscrito el peligro revolucionario desde que Hitler se decidiera por el rumbo de la legalidad. Así pues, ¿por qué preocuparse tanto por un partido que no era más que una minoría insignificante? Las distintas prohibiciones regionales de uso de la palabra en público y la mejora de la situación económica privaron a Hitler durante varios años de su arma fundamental: las asambleas de masas, que, gracias a su técnica discursiva, teatralmente calculada y sublimada por su propia euforia, Hitler sabía convertir en eficaz vehículo de las promesas o ideas más banales. Esto presuponía una doble base: la exclusión de los «intelectuales», mirados siempre por Hitler con el odio propio de un fracasado en la «Universidad», y la falta de instrucción política en la mayoría de la población: una población que había crecido en el marco del Estado guillermino jerárquico-autoritario y que tras las sacudidas de la derrota y de las crisis no pudo establecer con la República democrática una relación positiva de cooperación activa y constructiva. Y esto, precisamente, se mantuvo invariable en los años de retroceso del radicalismo, en cuya fase final aparecía un nuevo NSDAP esperando su oportunidad en forma de una segunda crisis de la República.

Estructura del nuevo partido

Era un nuevo mundo el que encontraba Hitler a su regreso de Landsberg. Dietrich Eckart y Scheubner-Richter habían muerto. Göring vivía exiliado en Austria, pasando luego a Suecia. En Baviera y en el Reich la constelación golpista de posguerra había cedido terreno a una amplia normalización. El NSDAP estaba prohibido, al

igual que el *Völkischer Beobachter*. El grupo de dirigentes del movimiento se hallaba dividido. Rosenberg, el lugarteniente de Hitler, no se mostró a la altura de las tareas prácticas de la política; fue lo que siempre había sido: un teórico vacilante. Empero, precisamente esta catastrófica situación del partido, que desde su prisión de Landsberg Hitler no trató de mejorar un ápice, le dio la oportunidad de comenzar de nuevo como indiscutible dictador del partido. Por ello mismo criticó todos los propósitos de fusión con otros grupos afines, especialmente en el norte alemán. Tales propósitos habían sido mantenidos por Ludendorff y Gregor Strasser como consecuencia de las elecciones de 1924 y merecieron, en efecto, la atención de un congreso celebrado en Weimar en agosto de 1924. Al igual que en el período 1920-23, Hitler declaró ahora que tales fusiones no fortalecerían sino que, por el contrario, debilitarían el movimiento nacionalsocialista. También al igual que entonces supo fundamentar convenientemente su posición. Para él el único medio de cooperación era la sumisión y no la cooperación, aun cuando, por ello mismo, el partido tuviera que comenzar sobre bases tan modestas como pobres.

Este principio fundamental, detalladamente razonado en el segundo tomo de *Mein Kampf*, fue aplicado de forma consecuente en el desarrollo del nuevo NSDAP. Hitler mantuvo siempre este principio durante los próximos años en las contiendas libradas dentro y fuera del partido [4]. Cuando Hitler, gracias a la generosidad de las autoridades bávaras, resucitaba el partido aquel 27 de febrero de 1925 —y de nuevo en el local *Bürgerbräu* de Munich—, se registró ya una fuerte escisión con respecto a los rivales más importantes del momento: es decir, Ludendorff y Röhm, que desde el proceso de Hitler habían seguido sus propios derroteros. El arrinconamiento de Ludendorff hubo de acelerarse más todavía por su derrota en las elecciones presidenciales del Reich en marzo de 1925. Por influencia de su segunda esposa, la ambiciosa Mathilde von Kemnitz, médico, el «general» se dedicó a la formación de una secta político-pseudorreligiosa cuya oscura ideología enfrentaba el culto de los dioses germánicos a la trinitaria «conjuración mundial» de judíos, católicos y masones. Esto parecía ser un regreso a los sentimentalismos de la Sociedad de Thule, nada conciliables, ciertamente, con la concepción hitleriana de la política práctica. En su condición de grupo sectario, la «Liga Tannenberg» de Ludendorff mantuvo relaciones de mutuo recelo con los nacionalsocialistas hasta la muerte del general, acaeci-

[4] Jeremy Noakes: «Conflict and Development in the NSDAP 1924-1927», en *Journal of Contemporary History 1* (octubre 1966), pp. 4 y ss.; Dietrich Orlow: The Conversion of Myth into Power: The NSDAP 1925-1926, en *American Historical Review 72* (1967), pp. 906 y ss.

da el año 1937. El Tercer Reich había de ser testigo de la prohibición de aquella secta.

El segundo problema que planteaba la nueva fundación del partido tenía que ver con la posición de Röhm. Este típico «jefe de lansquenetes» se entregó a la tarea de resucitar su fracasado Kampfbund —creado por él en 1922— agrupando bajo un nuevo nombre («Frontbann») y de forma impresionante a camaradas de las Fuerzas Armadas y de los cuerpos de voluntarios *(Freikorps)*. Hitler vio aquí una amenaza para la posición que pretendía labrarse. El fracaso del golpe de Estado le había reafirmado en su voluntad de independizarse definitivamente de las agrupaciones de defensa. Pensaba que la nueva táctica de la legalidad, imperativo del futuro, podría verse amenazada por una recaída en las frustradas prácticas de 1923. Además, en estilo declaradamente egocentrista criticaba que tales maquinaciones habían diferido su puesta en libertad —algo que debía estar por encima de cualquier cuestión de principio— de octubre hasta el mes de diciembre. Se trataba, en fin, de la vieja controversia en torno al carácter de la SA, controversia que renacía ahora en un conjunto de nuevas circunstancias. Para Hitler la SA del futuro tenía que ser instrumento político y no una agrupación autónoma de Röhm. Hitler resistió todas las tentativas de persuasión emprendidas por Röhm, hasta que éste, decepcionado, se deshacía de todas sus funciones en abril de 1925, acabando por trasladarse en 1928 a América del Sur como instructor militar. Hubo de esperar hasta finales de 1930 a que Hitler lo llamara de nuevo para la organización de la SA con vistas a la conquista del poder. Parecía, pues, que la época de las agrupaciones de defensa politizantes había terminado.

El mismo Hitler había expresado ostensiblemente el nuevo rumbo a su regreso de la prisión de Landsberg. Con tal fin visitó al Primer ministro bávaro, Held, asegurándole su lealtad, al mismo tiempo que le brindaba sus servicios en la lucha contra el marxismo. Con el apoyo de Gürtner logró que se levantara la prohibición del partido y de su órgano oficial, el *Völkischer Beobachter*. En contrapartida, aceptó gustosamente la retirada de numerosos diputados de la derecha radical (18 de un total de 24 en Baviera), que criticaron duramente el compromiso con el gobierno «negro»: según los cálculos de Hitler, esto no haría sino contribuir a que el nuevo partido se convirtiera cuanto antes en *su* propio partido. Este nuevo rumbo se expondría con mayor claridad todavía en el primer número del *VB* (26 de febrero de 1925), que, en un principio, apareció semanalmente. En efecto, en aquella ocasión Hitler afirmó que la dirección nacionalsocialista nada tenía que ver con conflictos de tipo personal o religioso y sí con problemas de organización y política. En medio de

tales circunstancias se convocó el 27 de febrero de 1925 la asamblea constituyente de los nuevos grupos de adeptos para rendir unánime homenaje al «Führer» de antes y de ahora. Drexler fue invitado a presidir la reunión, pero no acudió a la cita, como tampoco lo hicieron Strasser, Röhm y Rosenberg. El nuevo núcleo estaba formado por Amann, Streicher, Esser, Feder y Frick. De nuevo empezó a cosechar triunfos la oratoria de Hitler y de nuevo juró con todo su efectismo que, de no concluirse la lucha victoriosamente, la bandera de la cruz gamada habría de cubrir su cadáver. Sus nuevas reivindicaciones de mando absoluto le fueron sobradamente satisfechas. Con ello se encontraba expedito el camino hacia el segundo objetivo: es decir, la transformación del partido en dócil instrumento de la táctica legalista, que, de momento, disfrazaba bajo el viejo lema «contra judíos y marxistas» la lucha contra el mismo orden democrático.

Ciertamente, la nueva táctica dio muy escasos frutos al principio. La situación era muy diferente a la del lustro de la posguerra y el clima político se había estabilizado. Además, los grupos de la derecha radical supervivientes se encontraban escindidos. Después del éxito personal que supuso la renovación del partido sobrevino una prolongada serie de fracasos en su quehacer externo. Así, como consecuencia de su nueva aparición, se prohibió a Hitler el uso de la palabra en público en Baviera (9 de marzo de 1925) y más tarde en otros estados *(Länder)* del Reich; con ello quedó paralizada su principal arma hasta el año 1928. A estos inconvenientes se añadía la amenaza que suponía su libertad condicional y la posible expulsión a Austria, posibilidad que todavía se barajaba. Por otra parte, las antiguas fuentes financieras se encontraban prácticamente agotadas para el Partido. Con la Reichswehr no se podía contar, los mecenas de la industria y de la sociedad, en general, apenas apoyaban a tan modesta agrupación y las aportaciones de algún voluntarioso miembro del partido constituían una base muy precaria. Por su parte, Hitler podía permitirse una vida confortable gracias a las ganancias de su libro, artículos periodísticos y la caja del partido. Residía en Obersalzberg, donde ocupaba su tiempo, tan vacío ahora de discursos, en la confección del segundo tomo de *Mein Kampf* y más tarde (1928) en la redacción de un tratado de política exterior del nacionalsocialismo, no publicado por razones tácticas [5]. Esto no impidió, más bien contribuyó, a que la organización del partido pudiera desarrollarse de forma más compacta y eficiente que nunca. En tanto que Hitler se encontraba prácticamente al margen del acontecer político de los tres años siguientes, pudo dedicarse a la labor de organización del partido más in-

[5] *Hitlers zweites Buch,* edit. por Gerhard Weinberg. Stuttgart, 1961.

tensamente que en el período de 1919-22. El número de miembros no aumentó tan rápidamente como antes, pero sí mantuvo una progresión constante. De los 55.000 nacionalsocialistas de 1923 se encontraban organizados de nuevo 27.000 a finales de 1925, pasando luego a duplicarse (1926), triplicarse (1927) y cuadruplicarse (1928) en esta época de recuperación. Un contingente especialmente respetable lo formaban los menores de treinta años. Con más de 100.000 miembros en 1928, el NSDAP —a diferencia del partido golpista de 1923— contaba en todos los Estados del Reich con cuadros bien formados, que, al hacer su aparición la gran crisis económica, habrían de constituir una preciosa plataforma para convertirse en partido de masas. Ya en 1929, y mucho más en 1930, una vez conseguida la irrupción en el parlamento, se empezó a registrar un aumento vertiginoso sin que Hitler tuviera en el interior ningún competidor serio ni viera mermada un ápice su hegemónica posición de mando. En efecto, este nuevo partido era, con mayor título que el viejo, su *propia* creación. De Hitler dependían la organización, los funcionarios y, finalmente, su influencia sobre las «masas» después de levantarse la prohibición de uso de la palabra en público. Theodor Heuss calificó entonces esta combinación del principio de caudillaje y burocracia con la acertada expresión «romanticismo burocratizado» [6].

En un principio sí había algunas razones para pensar en una merma de su hegemonía. Desde la central de Munich era muy difícil coordinar las numerosas organizaciones regionales —especialmente, las del norte de Alemania—, fundamentadas en supuestos muy heterogéneos. Ya en 1925 se contaba con 607 células locales, la mitad de las cuales se encontraban en Baviera y comarcas *(Gauen)* limítrofes. Y con el aumento de la distancia disminuía la compacidad de la organización y la influencia de Hitler, agravándose, por otra parte, la tendencia a la crítica y a la autonomía con respecto a Munich. Además, el radio de acción del *VB,* publicado de nuevo como diario desde marzo de 1925 y redactado más bien en un marco bávaro, era limitado. Fue preciso, pues, irse conquistando laboriosamente a los jefes locales, que con frecuencia sólo después de mucho vacilar y tras los correspondientes conflictos se incorporaban al mando central, tratando además de mantener cierta autonomía.

Junto a Hitler la figura más poderosa de la nueva era fue seguramente Gregor Strasser. En su condición de diputado del Reich, provisto de toda clase de libertad de movimientos, inmunidad y libertad de palabra, aprovechó el año 1924 para aumentar su influencia en los

[6] Theodor Heuss: *Hitlers Weg,* Stuttgart, 1932. Nueva ed., 1968, p. 118.

grupos del norte de Alemania, tan distantes de Hitler. En ello dio muestras suficientes de sus facultades políticas y prácticas. Hitler tuvo que ver aquí un fuerte competidor. Gregor Strasser tenía una poderosa y abierta personalidad. Oriundo de Landshut, había sido primer teniente y farmacéutico, y se encontraba bien dotado para la retórica y la labor de organización, a lo cual hay que añadir que tenía junto a él a su hermano Otto, correligionario suyo y periodista radical muy versado. Los hermanos Strasser tendían además a tomar más en serio el programa «socialista» del NSDAP. Predicaban la idea de un desarrollo fascista y estatal-corporativista del Reich, en el que deberían nacionalizarse la industria pesada y los latifundios. Hitler, por el contrario, miraba con recelo tal apertura «nacionalbolchevista» a la izquierda, y ello tanto por razones ideológicas como de táctica de poder. No quería poner en juego su porvenir ante las capas dirigentes. Además, su anticapitalismo era prácticamente antisemitismo, permitiendo tan sólo la lucha contra los «capitalistas» judíos (que todo lo dominaban); dicho anticapitalismo nunca estuvo fundamentado en una política sindical o sindicalista propia. Los conflictos de 1930 y 1932 con Otto y con Gregor Strasser, así como la consiguiente liquidación del último en los sangrientos acontecimientos de 1934, fueron el lógico desenlace de la única rivalidad seria que quedaba después de la retirada de Röhm. Con todo, en marzo de 1925 Hitler hubo de ceder, reconociendo la posición de Gregor Strasser en el norte de Alemania para concentrarse por completo en los asuntos de la central bávara. De los 23 distritos *(Gauen)* de partido sólo Munich-Alta Baviera se encontraba incondicionalmente en manos de Hitler. Los otros registraban fuertes contiendas internas, encontrándose estructuralmente desgarrados por la prensa, las diferencias ideológicas y la lucha por los puestos de arriba.

En esta época surgió del mundo de la mediocridad de la antigua y también nueva capa de dirigentes un nuevo astro: el futuro jefe de Propaganda, Joseph Goebbels. Procedía de una familia católica y pequeño-burguesa de Rheydt. Dispensado del servicio de armas a causa de un defecto en el pie, estudió lenguas germánicas con una beca de cierta fundación católica. Después de realizar su doctorado en Heidelberg se encontró sin trabajo, convirtiéndose en autor fracasado de novelas romántico-nacionalistas, en uno de tantos «literatos» e «intelectuales desarraigados y despreocupados», tan vituperados luego por él mismo. En vano trató de conseguir en 1924 un puesto en periódicos «judíos», tales como el *Berliner Tageblatt*. El futuro enemigo del «capitalismo» trató de conseguir también trabajo en un banco y como portavoz de la Bolsa de Colonia. Se comprende que acogiera con los brazos abiertos la casual oportunidad de compensar

su complejo de inferioridad en el servicio de propaganda de un partido que le brindaba una modesta posibilidad de desarrollar sus facultades retóricas y periodísticas y también su vanidad. Comenzó al lado de Gregor Strasser, para luego, tras breve vacilación, acabar por rendirse al culto del «Führer» con todo el sentimiento y radicalismo de los que era capaz. Hizo más que nadie en la labor de desarrollar un culto pseudorreligioso de Hitler, popularizándolo por todos los medios literarios y propagandísticos disponibles, y desplegó un fino instinto en el empleo de los modernos recursos de la propaganda: la crítica periodística cáustica, el cinismo de los discursos de oposición en el Reichstag, y la radio, hasta entonces apenas utilizada con estos fines.

Ya a comienzos de 1926 podía adivinarse la estructura total del partido y el futuro papel de Gregor Strasser. En el curso de una reunión con veinticinco jefes del norte de Alemania, celebrada en noviembre de 1925 en Hannover, Gregor Strasser se pronunció en favor del apoyo de la campaña socialista encaminada a la expropiación de los Príncipes. A dicha asamblea sólo a duras penas (y contra la propuetsa de Goebbels todavía) pudo asistir el representante de Hitler, Gottfried Feder. Con el desenlace de tal asamblea había surgido una prueba de fuerza con Hitler, que, de acuerdo con su táctica, calificó aquella iniciativa socialista de «patraña judía». En Hannover, tan sólo Ley y Feder se opusieron a la moción de Strasser. Al parecer, Goebbels llegó incluso a exigir la exclusión del «pequeño burgués Adolfo Hitler», que no tomaba en serio el socialismo. En febrero de 1926 Hitler respondió con una asamblea en Bamberg, organizada en un marco impresionante, en la que el grupo de Strasser, no invitado en su totalidad, se encontraba en minoría. Tras una alocución de Hitler de cinco horas de duración, Gregor Strasser aceptó la oferta de reconciliación. Goebbels, que por entonces todavía titubeaba, fue convertido totalmente gracias a una invitación personal a Munich (abril de 1926), donde las atenciones de Hitler halagaron su complejo de inferioridad[7]. Con ello no sólo se aseguraba la tan conjurada unidad del partido, sino que además se reafianzaba el poder de mando de Hitler. Las futuras contiendas, obstáculos para el funcionamiento de la organización, serían dirimidas más tarde por un tribunal del partido, instaurado por Hitler, el «comité de investigación y conciliación» (Uschla). Con ello el «Führer» contaba con un nuevo medio de control y purga. En dicho comité rindió una sumisa labor el

[7] *Das Tagebuch von Joseph Goebbels 1925-1926,* ed. H. Heiber, Stuttgart, 1960 (13-IV-1926).

ex-comandante Buch, suegro de Bormann, y en él se cubriría también de gloria Hans Frank, el gran jurista del nacionalsocialismo.

Así, Hitler pudo realizar paso a paso el viejo principio de que el NSDAP de Munich es el verdadero portavoz del movimiento nacionalsocialista, correspondiéndole consecuentemente la dirección del partido en su conjunto; aquel principio explicativo de su triunfo constituyó, al mismo tiempo, la base de su dictadura del partido. Esto quedó confirmado durante una asamblea general de miembros, celebrada el 22 de mayo de 1926 en el *Bürgerbräu,* en la cual Hitler deslindó claramente su «movimiento de trabajadores» de todos los grupos rivales. Ciertamente, por razones tácticas, se disimuló todavía esta pretensión mediante procedimientos electorales pseudodemocráticos. Todavía en el segundo tomo de *Mein Kampf* invocaba Hitler la «democracia germánica». Sin embargo, en posteriores ediciones el principio de la «incondicional autoridad del *Führer*» ocupaba expresamente el lugar de las elecciones, mencionadas tan sólo «por razón de la ley de asociaciones», es decir, para mantener una fachada legalista. Y en cualquier caso, el jefe supremo debía encontrarse en posesión del poder de nombrar y destituir jefes subalternos. La posición de Hitler se reforzó más aún tras suprimirse la elección de los jefes de comarca *(Gauleiter)* por las respectivas comarcas. El hecho de que en 1926 se declarara «inmutable» el programa del partido servía fundamentalmente a lo mismo: es decir, a la consagración de la estructura autoritaria del mando de Hitler y, al mismo tiempo, al rechazo de aspiraciones particulares en el plano ideológico, como las que habían surgido ya en el caso de Strasser.

Desde otro punto de vista, el año 1926 fue también importante para la estructura interna del nuevo NSDAP, por muy poco que éste se manifestara hacia el exterior. En verdadero escaparate del partido se convirtió este año el Teatro Nacional de Weimar, ciudad del clasicismo alemán, siete años antes cuna de la Constitución de la primera democracia alemana. Fue precisamente esta ciudad la escogida para tan cínica demostración de la «política de la legalidad». Por otra parte, Weimar está situada en Turingia, uno de los pocos Estados en los que Hitler tenía libertad de palabra. Allí, el mes de julio de 1926 se celebró el primer congreso del partido de la nueva era; y allí, en chaqueta montañera con cinto de cuero, sombrero y pantalón tiroleses, el «Führer» brindó su «saludo romano», importado de la Italia fascista y Austria, a los 5.000 adeptos que desfilaron ante él. Era todo un cuadro con el que la propaganda nacionalsocialista quería demostrar a la opinión pública alemana la cohesión y el retorno del partido. Como invitados de honor se encontraban nada menos que Düsterberg, jefe del *Stahlhelm,* y el príncipe Augus-

to Guillermo de Prusia, que pronto se pasaría del *Stahlhelm* al partido y a la SA. Por lo demás, Göring fue un elemento muy eficaz en el establecimiento de conexiones con otros miembros de la alta nobleza, tales como el príncipe von Schaumburg-Lippe. Por razones tácticas el «partido de los trabajadores» dejó abiertas las puertas a la monarquía hasta que llegó el triunfo deseado con la «Jornada de Potsdam» (21 de marzo de 1933).

Este mismo año registró también el ascenso del converso doctor Goebbels a la categoría de «Gauleiter» del Berlín «rojo» (noviembre de 1926), donde el partido contaba con muy pocas perspectivas de éxito y donde su organización se hallaba desgarrada por numerosas rivalidades locales [8]. El «doctor» tenía aquí el marco adecuado para desplegar sus dotes periodísticas y de agitación pública y podía testimoniar su lealtad a Hitler frente a los insistentes propósitos secesionistas del grupo de Strasser, grupo que tenía en Berlín una prensa propia y miembros tan conocidos como el ya veterano teórico programador del nacionalsocialismo, Rudolf Jung, y el golpista Buchrucker. Con la creación de su propio periódico *Der Angriff* [El Ataque], en 1927, Goebbels inauguró la era de un nuevo estilo propagandístico, en el cual la sutileza intelectual y la demagogia del periodismo callejero se conjugaban para dar una explosiva mezcla de difamación y patetismo sentimental. Todas las protestas del bando de Strasser frente al desigual competidor se estrellaron contra la consciente reserva de Hitler. Entretanto, Berlín empezaba a acusar inconfundiblemente la presencia del nuevo NSDAP.

El tercer acontecimiento importante de este año fue el nombramiento de un nuevo jefe de la SA. Hitler había dejado pasar un año y había afianzado la consolidación de su dictadura de partido antes de proceder a tal designación. A finales del verano de 1926, Franz Pfeffer von Salomon, prusiano, hijo de un agente secreto y capitán jubilado, complicado en las operaciones de la «mano negra», fue nombrado jefe supremo de una nueva SA (OSAF), que habría de crearse todavía [9]. En el segundo tomo de *Mein Kampf*, escrito por entonces, Hitler elaboró con toda claridad sus ideas acerca de la función de este ejército del partido en la nueva era. La nueva y profunda reordenación se vio facilitada por varias circunstancias: muchos de los antiguos jefes y organizadores de la SA habían huido a Austria (Göring, Hoffmann, Rossbach), Röhm se había retirado y en el período de la ilegalidad la organización se había derrumbado casi por completo. La idea determinante en esta tarea de reconstrucción fue la convicción

[8] Martin Broszat: «Die Anfänge der Berliner NSDAP», en *VfZG*, 8 (1960), p. 8.

[9] Bennecke, *op. cit.*, pp. 125 y ss.

de Hitler de que había caducado ya la era de las agrupaciones de defensa *(Wehrverbände)*, de que la catástrofe de 1923 se debió a la falta de coordinación de los esfuerzos políticos y militares, y de que ahora, de acuerdo con la táctica legalista, debía garantizarse la primacía del nuevo partido por encima de todas las agrupaciones militares (auxiliares). Este principio fundamental, expuesto en *Mein Kampf* y que presidió también el conflicto con Röhm, sólo podía significar que la futura SA debería carecer de todo tipo de vinculación con análogas organizaciones situadas al margen del partido (sobre las que se había fundado precisamente el «Frontbann» de Röhm), habiendo de transformarse en mero instrumento del partido, sometido a Hitler. Este punto sólo se consiguió a medias, pues el cuerpo de dirigentes de la SA siguió dependiendo en gran medida de antiguos oficiales y miembros de los cuerpos de voluntarios *(Freikorps)*. A esta condición pertenecían todos los mandos superiores de la SA en 1928 (el capitán Stennes, el comandante Dincklage, el teniente coronel von Ulrich, el teniente de navío von Killinger, el comandante Schneidhuber, el primer teniente Lutze, y el capitán Reschny). Los conflictos entre los jefes de la SA y los subordinados políticos no se desvanecieron hasta la cruenta «purga» de 1934. Sin embargo, jamás se derivó de ello una seria amenaza para la posición dictatorial de Hitler en la dirección y organización del partido. Los conflictos de Berlín y Munich (mayo de 1927) o «revueltas» tales como la del jefe de la SA en Berlín, Stennes (1930), pudieron solucionarse a nivel local. La absoluta autoridad de Hitler, que en el futuro sería continuamente invocada por la SA, nunca salió realmente malparada ni siquiera tras el erróneamente llamado golpe de Röhm (1934).

Ya en las «primeras directrices fundamentales para la nueva organización del NSDAP», publicadas por el *VB* el 26 de febrero de 1925, se había delimitado claramente esta línea de separación. Se prohibía estrictamente a la SA la incorporación de «grupos y unidades armadas», así como cualquier tipo de actuación independiente, quedando, pues, supeditada al control político y al curso de la legalidad. Su única función como tropa se limitaba a la formación e instrucción y al servicio de ordenación y esclarecimiento. Los miembros de la SA emplearon en creciente medida los uniformes pardos característicos, introducidos por Rossbach en 1924 durante el período de ilegalidad del partido. El uso de la camisa parda se debió a la mera casualidad; seguramente inspirado en las «camisas negras» del fascismo, el partido tuvo la oportunidad de adquirir una remesa de camisas marrones, destinadas en principio a las fuerzas de los protectorados de Africa.

Pronto se comprobó que la lucha callejera y la demostración de

poder constituían las verdaderas funciones de la SA. Las marchas de tipo provocador, especialmente a través de barrios obreros «marxistas», fueron desde un principio medios sumamente eficaces para atraer la atención en la encrucijada lógica de simpatías y antipatías y deteriorar, al mismo tiempo, la desfavorable calma que vivía la República. Esto era especialmente cierto en el caso del *Gau* de Berlín, presidido por Goebbels, que trataba de acaparar la atención de la capital del Reich con esta táctica de continuas contiendas callejeras, cada vez más sangrientas, con las organizaciones de la izquierda. Es preciso señalar que por temor a nuevas prohibiciones la SA figuraba tan sólo como «sección deportiva». En el vocabulario oficial se mantuvo esta precaución. Las ordenanzas del partido de 1929 prohibían a la SA cualquier ataque a los adversarios políticos e incluso perturbar cualquier tipo de asamblea. Sin embargo, decretaban al mismo tiempo la defensa «sin escrúpulos» de cualquier maniobra de entorpecimiento o agresión del adversario. Con ello quedaban las puertas abiertas de par en par al «ataque defensivo».

Durante el congreso del partido en Weimar (julio de 1926), y en medio de un aparatoso ceremonial, Hitler hizo entrega en el Teatro Nacional de ocho nuevos estandartes (los cuatro primeros habían sido entregados en el congreso del partido en Munich, 1923). Con esto quería ponerse también de manifiesto el distanciamiento de las agrupaciones de combate y su incorporación al partido. Al mismo tiempo, Hitler creyó llegada la hora de coordinar mediante una dirección central de la SA las numerosas formaciones que habían ido surgiendo en los diferentes distritos y comarcas y que ejercían un fuerte atractivo sobre los jóvenes. El nombramiento de Pfeffer, que del plano del cuerpo de voluntarios *(Freikorps)* y de las luchas del Ruhr pasaba a la dirección del *Gau* del mismo Ruhr, vino a satisfacer las viejas demandas de incorporación de elementos del norte de Alemania a la dirección del partido. La importancia de la nueva dirección de la SA aumentó más todavía después de subordinar a ella, en un principio, las asociaciones de juventudes y estudiantes, así como un selectísimo «escalón de protección» —es decir, las SS *(Schutzstaffel)*—, creadas en 1925-26 en sustitución del viejo «pelotón de asalto Hitler». Ciertamente, las SS no revistieron prácticamente importancia alguna hasta la llegada de Himmler (1929). Sólo a partir de entonces, junto con el grupo *Totenkopf* («calavera») empezaron a desempeñar cierto papel en su condición de tropa selecta, incondicional de Hitler, que contrastaba con las organizaciones masivas de la SA. Más tarde, después del conflicto habido con la dirección de la SA en 1934 habrían de convertirse en el instrumento de dominio más auténtico del Tercer Reich.

El desarrollo de una burocracia del partido, articulada en diversas carteras, se verificó paralelamente a la ampliación y perfeccionamiento de la estructura de la dirección y de la organización, estructura que habría de constituir el marco apropiado para la sorprendente y pronta transformación en partido de masas. También la burocracia del partido fue ambas cosas a la vez: marco del futuro gran partido con sus «oficinas» análogas a los Ministerios e instrumento de dominio del «Führer», que con la táctica de fraccionamiento del poder y con la política de clientela seguía afianzando su posición. En 1926 se constituyó una «dirección general del Reich» *(Reichsleitung)* con Hess como secretario, un jefe del Tesoro (F. K. Schwarz) y un jefe de Negocios (Ph. Bouhler). A la misma pertenecían igualmente toda una serie de comisiones. Rápidamente surgió una extensa organización, que hacía olvidar las modestas dimensiones del partido. Las distintas oficinas de política exterior, prensa, política empresarial, política agraria, economía, política interior, problemas jurídicos, técnica y política laboral constituían, en fin, un Estado en miniatura. Surgieron también instituciones con propósitos genuinamente nacionalsocialistas, como «Raza y Cultura», y también para las tareas de propaganda, cuya actividad ocupó gradualmente el primer plano de la labor del partido. Desde 1926 se sentaron igualmente las bases de nuevas organizaciones auxiliares del partido, las llamadas «articulaciones»: las Juventudes Hitlerianas (HJ); la Liga Nacionalsocialista de Estudiantes Alemanes (NSDStB), presidida por Baldur von Schirach, que, como eterno joven, se encargó de la HJ en 1931, convirtiéndose luego en jefe de las Juventudes del Reich; la Liga Nacionalsocialista de Escolares, que habría de servir de imán para la juventud; las primeras asociaciones profesionales (Liga Nacionalsocialista de Profesores, Liga Nacionalsocialista de Juristas, Liga Nacionalsocialista de Médicos); finalmente, la Agrupación Nacionalsocialista de Mujeres. Con esto último se perseguía dar un giro positivo a la postura declaradamente reaccionaria del partido frente a los problemas de la mujer, permitiendo así a tan fervientes seguidores algún tipo de cooperación en un partido de hombres. Sin embargo, la idea de una SA femenina, que fue acariciada por algún tiempo en 1927, no llegó a prosperar.

Con tales instituciones, parcialmente copiadas de las organizaciones auxiliares de los partidos de izquierda, el NSDAP perseguía la total «captación» de sus adeptos y ese Estado dentro del Estado exigido por Hitler en *Mein Kampf* (pág. 503): el movimiento debía estar organizado de tal forma que no sólo «lleve en sí mismo el Estado venidero», sino que «también pueda ofrecerle ya el cuerpo acabado de su propio Estado». Apareció así el Estado fantasma, que con la

«toma del poder» *(Machtergreifung)* asumiría casi automáticamente las funciones del Estado. En efecto, los «Reichsleiter» y «Gauleiter» pasarían a ser ministros y gobernadores civiles, respectivamente, mientras que la SA y las SS formarían la policía, y la cruz gamada sería símbolo soberano. Hitler aprovechó el desarrollo de la organización para afianzar más aún su control sobre todos los jefes y empleados del partido: él determinaba sus ingresos, las candidaturas, las listas electorales del partido, la política personal y financiera de los «Gauleiter» [10]. Se había conseguido implantar total y definitivamente el principio caudillista de la central de Munich. A este respecto hay que señalar que, pese a las muchas lagunas subsistentes, la vigilancia del nuevo partido por parte de las autoridades legales contribuyó involuntariamente a una mayor solidez de la organización, haciendo a sus jefes más experimentados, más fanáticos ideológicamente y más hábiles en el plano táctico. He aquí un caso clarísimo del limitado alcance de las prohibiciones impuestas a los partidos. Con todo, la menor frecuencia oratoria de Hitler (hasta 1927; en Prusia hasta septiembre de 1928) fue sin duda un serio obstáculo para su influjo en la opinión pública, sólo que las prohibiciones a este respecto no se mantuvieron el tiempo suficiente. Durante esta época los discursos del «Führer» los leía generalmente el que luego sería «Gauleiter» de Munich, Adolf Wagnèr, quien, aparte del nombre, tenía en común con Hitler el timbre de voz y el acento tirolés. Esta limitación del discurso fue un motivo más para que Hitler se dedicara de lleno a la celebración de compactas asambleas del partido. Por otra parte, el continuo temor de la prohibición aceleró más su giro a la política legalista, justificándose así frente a otras tendencias vigentes en el partido. Sin el permanente presentimiento de la amenaza exterior y la resultante conciencia de una comunidad perseguida apenas puede concebirse el proceso de disciplina y centralización de la organización del partido, proceso que, llegado el momento, facilitó la absorción de las masas de adeptos y permitió que el partido siguiera funcionando por encima de todas las dificultades internas. En *Mein Kampf* Hitler proclamó primera función de la propaganda el reclutamiento de personas para la organización; y primera función de la organización, el reclutamiento de personas para la propaganda. Con ello quedaba descrito con propiedad el desarrollo del NSDAP en este período de espera y formación de cuadros, así como la función del pequeño partido en las primeras «jornadas de lucha».

Lo que apenas podía esperarse es que la segunda fase, posible

[10] Karl Wahl: *Es ist das deutsche Herz, Erlebnisse und Erkenntnisse eines deutschen Gauleiters.* Augsburgo, 1954, p. 53; Hans Fabricius: *Geschichte der nationalsozialistischen Bewegung,* Berlín, 1937, p. 38.

mente concebida en función del modelo fascita o bolchevique, pudiera convertirse tan pronto en realidad: «Descomposición del actual estado de cosas e implantación en el mismo de la nueva doctrina», tal era la segunda función de la propaganda. «La segunda tarea de la organización habrá de ser la lucha por el poder con el fin de conseguir de este modo el éxito definitivo de la doctrina.» Indudablemente, las circunstancias vinieron inesperadamente en ayuda de Hitler. Pero es indiscutible que fue esta tenacidad en la persecución de los objetivos de la primera fase —casi simultánea con los cuatro años de libertad condicional de Hitler— la que posibilitó el paso a la segunda y la que preservó al NSDAP del desgaste y de la disolución en el crítico y definitivo estadio de mediados de 1932 en adelante, dando así al traste con las expectativas de sus adversarios. No obstante, el partido tenía que pasar todavía por una fase de cierto estancamiento tras este segundo período de consolidación y desarrollo. No se vislumbraba la conversión en un partido de masas. La situación financiera era crítica. Un nuevo congreso del partido en agosto de 1927 constituyó el único rayo de luz. Dicho congreso se celebró en Nuremberg, la ciudad del Reich con viejo ambiente romántico, sede, al mismo tiempo, de Julius Streicher, enfurecido secuaz de la idea nacionalsocialista. Aquí se inició la serie de congresos distinguidos por su aparato exterior. Pese a ser todavía un partido modesto, el marco del congreso fue mucho más imponente que el de un año antes en Weimar. Nuremberg debía demostrar la cohesión del «movimiento» después de su reconstrucción. Al mismo tiempo, el gran espectáculo propagandístico debía mostrar a la opinión pública la fuerza todavía íntegra del partido y conquistar además nuevo apoyo para éste. Hubo trenes especiales y las formaciones del partido y de la SA acudieron en gran número. Tras un solemne discurso pronunciado por Hitler se hizo entrega de doce nuevos estandartes, poniéndose de manifiesto la proliferación de unidades en otros nuevos territorios alemanes. No sin cierta exageración la prensa nacionalsocialista habló de un total de 30.000 miembros de la SA desfilando ante Hitler y Pfeffer. El *VB* utilizó incluso referencias de la dirección de ferrocarriles, que supuestamente habría transportado un total de 100.000 presuntos asistentes al congreso. Estimaciones más realistas calcularon aquel número entre 15.000 y 20.000 personas [11]. Sea como fuere, la importancia para la cohesión interna y la conciencia del partido y de sus jefes fue indudablemente mayor que su resonancia exterior.

Pocos meses más tarde, y pese a todos sus esfuerzos propagandísticos en las elecciones del Reich de mayo de 1928, el NSDAP hubo

[11] Krebs, *op. cit.*, p. 58.

de contentarse con la modesta condición de un partido insignificante, aunque presentó su candidatura en toda la nación. Sin embargo, los resultados no reflejaban la fuerza interna y la potencialidad de la organización con la que el partido pudo presentarse por primera vez a elecciones generales como un «movimiento Hitler» (tal fue la designación oficial) campacto y provisto de candidatos y adeptos por doquier. Se registró el modesto resultado de un 2,6 % de los votos, gracias principalmente a los electores de Baviera, Franconia y del norte de Alemania. En la región agrícola de Schleswig-Holstein, el NSDAP alcanzó incluso un 18 %. Los peores resultados correspondieron a las zonas industriales y a la parte de Prusia situada al este del Elba. La participación en las elecciones, a la que Hitler accedió después de muchos titubeos, no significaba una declaración de fe en el parlamentarismo. Lo que se tenía en mente eran más bien modelos tales como la huelga de masas durante la revolución de 1918 o las manifestaciones callejeras fascistas, que en 1922 condujeron al triunfo legal de Mussolini. Para esto no se precisaban ni el triunfo electoral, ni el golpe de Estado. Se requería tan sólo la SA y una organización de las masas que pudieran presionar sobre la opinión pública.

Hitler, apátrida desde 1925, seguía excluido de las elecciones. Sin embargo, supo hacer de la penuria virtud y aprovechó esa limitación para destacar su peculiar posición en el partido y, en general, en la vida política. Junto a Gregor Strasser, Frick, von Epp, Feder y Goebbels logró entrar en el Reichstag. También Göring, que había regresado de Suecia a finales de 1927 y que, como hombre de viajes y de mundo que era, supo establecer en Berlín junto con su esposa sueca nuevas conexiones de importancia para el NSDAP. Los doce diputados del partido no podían esperar obtener influencia alguna en la política parlamentaria. Sin embargo, el partido se benefició de los privilegios inherentes a su condición de diputados. Por aquel entonces Goebbels expresó con cínica franqueza el verdadero sentido de la política legalista. Antes de las elecciones escribía lo siguiente en el periódico *Angriff* del 30 de abril de 1928, en un artículo titulado «¿Qué es lo que queremos en el Reichstag?»:

Entramos en el Reichstag para aprovisionarnos de armas en el mismo arsenal de la democracia. Nos presentamos a diputados para paralizar la democracia de Weimar con su propia ayuda. Si la democracia es tan estúpida que nos concede dietas y viajes pagados para nuestra labor carnicera, allá ella... Cualquier medio legal de revolucionar la situación presente nos es bienvenido... Si en estas elecciones logramos introducir de sesenta a setenta agitadores de nuestro partido en los distintos parlamentos, el Estado mismo montará y financiará nuestro propio equipo de combate... También Mussolini entró en el

Parlamento, pese a lo cual no tardó mucho en desfilar con sus camisas negras a Roma... No hay que creer que el parlamentarismo es nuestra Meca... ¡Venimos como enemigos! Venimos cual lobo que invade el rebaño. Ahora no estáis a solas.

Tras las elecciones, el mismo Goebbels reiteraba de nuevo su concepción de la política legalista en el *Angriff* del 28 de mayo de 1928:

Yo no soy miembro del Reichstag. Yo soy un «IdI», un «IdF» *. Un titular de inmunidad parlamentaria, titular de viajes pagados... Hemos sido elegidos contra el Reichstag y desempeñaremos nuestro mandato de acuerdo con los propósitos de nuestros electores... Un «IdI» tiene libre entrada al Reichstag sin necesidad de pagar impuesto de lujo. Puede, cuando el señor Stresemann nos cuente cosas de Ginebra, hacer preguntas inoportunas: por ejemplo, si es verdad que el susodicho Stresemann es masón y está casado con una judía. Vilipendia el «sistema» y, en pago, recibe setecientos cincuenta marcos mensuales por sus buenos servicios.

Este reducido muestrario del estilo propagandístico de Goebbels perseguía también la justificación frente a ciertos adversarios de la participación parlamentaria dentro del propio partido. Sin embargo, esta receta había acompañado la reconstrucción del nuevo partido en medio de circunstancias igualmente nuevas, y con ella se iba a emprender ahora el camino de la «revolución legal».

Ideología y propaganda

Como una de las causas del ascenso del nacionalsocialismo hay que mencionar, aun después de 1923, aquella corriente literaria que fue calificada, un tanto paradójicamente, de «revolución conservadora». Dicha corriente ha de enmarcarse en el cuadro de las ideologías antidemocráticas nacidas de la reacción contra la Revolución francesa y sus consecuencias. Sin embargo, respecto al conservadurismo reaccionario se diferenciaba por las consecuencias radicales y visiones futuristas que habían extraído sus representantes a raíz de la experiencia de la guerra y del consiguiente desastre. Se ha hablado de los «malentendidos» de esta revolución conservadora, queriendo dar a entender que únicamente el abuso sin escrúpulos de la doctrina hubo de convertirla en precursora y acompañante de la política imperialista del nacionalsocialismo. Sin embargo, los escritos que durante

* IdI: «Inhaber der Immunitaet», es decir, titular de inmunidad parlamentaria.
IdF: «Inhaber der Freifahrkarte», es decir, titular de viajes pagados. *(N. del T.)*

los años veinte surgieron de tan heterogéneo mosaico contenían indudablemente mucho de esa fuerza explosiva utilizada más tarde por los movimientos de juventudes, cuerpos de voluntarios, soldados y agrupaciones estudiantiles radicales, aventureros políticos e idólatras intelectuales del poder. Se trataba de una versión sublimada de la ola antidemocrática de la posguerra. Ambiciosos esquemas filosófico-históricos y aforismos crítico-culturales de estilo nietzscheano se relacionaban ahora con las tendencias vigentes antes de la guerra, buscando, bajo nuevas formas, la referencia a las crisis del presente. Aquellas tendencias, sus componentes y supuestos fueron ya expuestos en el primer capítulo.

Punto de partida de esta filosofía fue nuevamente la idea de la singular peculiaridad y superioridad del nacionalismo alemán, de su misión antioccidental en la lucha contra la presunta labor antiestatal y anticomunitaria del liberalismo y del capitalismo, de la mezcla racial, de la emancipación, del socialismo internacional, del pacifismo y del aburguesamiento. Como ya hicieron los pioneros radicales del movimiento de juventudes, los revolucionarios conservadores proclamaban ahora la disolución de la «era burguesa» y la implantación de un «socialismo» específicamente alemán, nacionalista-prusiano y auténticamente conservador, basado en una concepción orgánica y no numérica, es decir, sobre la cualidad y no la cantidad, sobre la comunidad popular y no la clase o la masa. La comunidad alemana, endurecida por la «lluvia de balas y acero» de la guerra y que con las «ideas de 1914» supo ya rebasar las corruptas «ideas de 1789», acabaría por derrocar la República, indigna heredera del «Segundo Reich», mediante el definitvo «Tercer Reich» del futuro: el «Reich Milenario», con el que soñara toda la historia alemana.

Ciertamente, estos sueños romántico-irracionalistas, carentes de concreción política y práctica, eran en sí sumamente heterogéneos y oscuros. Pero el fermento antidemocrático de tales ideas desplegó un gran influjo en la burguesía semiculta y en las universidades. La sociedad alemana de posguerra se encontraba más receptiva que nunca. Ante todo, faltaba —al igual que, en general, en el conservadurismo alemán— una verdadera delimitación de fronteras frente al nacionalsocialismo. Este, por su parte, sabía canalizar tales sensiblerías literarias, aprovechando su contenido para inspirar su técnica concreta de organización y agitación. La revolución conservadora, que se consideraba a sí misma movimiento elitista y miraba despectivamente al movimiento pequeño-burgués «plebeyo» del nacionalsocialismo, era, sin embargo, muy propensa a la manipulación indicada. En la fase final los miembros de aquélla se dividieron en prófugos, resignados y opositores, que tarde o temprano —aunque

siempre demasiado tarde— se pasaron a la resistencia. Los resentimientos antioccidentales alcanzaban su máximo exponente en el grupo de los «nacionalbolcheviques». Algunos nacionalistas, tales como Ernst Niekisch, se encontraban fascinados por determinados aspectos de la revolución rusa, descubriendo en el «sistema de consejos» el modelo de un orden corporativo del productor en lugar del clásico parlamentarismo; según ellos, de la posición de Alemania entre el Este y el Oeste habría de derivarse, mediante una decisiva orientalización, una gran potencia liberada de las cadenas de Versalles. El carácter fundamentalmente utópico aparecía reiteradamente en el marco de nuevas y diversas interpretaciones; su influencia consistió propiamente en la subversión de la República, y con ello —directa o indirectamente— la revalorización de la cruda «Weltanschauung» nacionalsocialista, que sólo empezó a revestirse de auténtica categoría cuando empezó a emparentarse con poetas y escritores de primera fila. Entre ellos figuraba un autor tan leído como Oswald Spengler con su libro *Preussentum und Sozialismus* [Prusianismo y Socialismo] (1920), que proclamaba el «cesarismo bárbaro» como la forma de dominación del futuro. Arthur Moeller van den Bruck había exigido ya en 1919 para Alemania «El derecho de los pueblos jóvenes» (frente a Occidente). Su libro *Das Dritte Reich* [El Tercer Reich] (1923), no preveía la ulterior realidad del Reich de Hitler, aunque sí le suministrara la fórmula. Ernst Jünger escribió acerca del baño de acero que supuso la guerra e inauguró el estilo heroico del futuro en *Die totale Mobilmachung* [La movilización total] (1931), y en *Der Arbeiter* [El obrero] (1932), considerado éste (el obrero) como el soldado de la técnica. Edgar Jung reclamaba en su mamotreto antirrepublicano *Die Herrschaft der Minderwertigen* [El dominio de los inferiores] (1927), la creación de un Estado de élites. En su libro «best-seller» *Volk ohne Raum* [Pueblo sin espacio] (1926), Hans Grimm popularizó la idea de la política del espacio vital. El austríaco Ottmar Spann propagó en su libro *Der wahre Staat* [El verdadero Estado] (1921) la idea del Estado corporativo de corte fascista. Tuvo una gran influencia en los teóricos fascistas y nacionalsocialistas y también en los experimentos de Dollfuss y Schuschnigg. También Carl Schmitt, Hans Freyer —autor éste de *Revolution von rechts* [Revolución de la derecha] (1931)— y el círculo de la revista *Die Tat* [La acción] —autores tales como Hans Zehrer, Ferdinand Fried, Giselher Wirsing— deben incluirse con sus fantasmagóricas ideas político-sociales en el mundo de precursores, aprovechados y colaboradores, conscientes o inconscientes, del nacionalsocialismo.

En el plano exclusivamente literario y poético fue considerable

la influencia pseudorreligiosa y sectaria de la lírica poética de Stefan George. En su tomo de poesías *Das Neue Reich* [El nuevo Reich] cantó de forma selecta la ideología elitista del «Führer» y la lucha antidemocrática. En 1933 moriría amargado en su exilio suizo. Algunos de sus seguidores emigraron, otros (como Stauffenberg) se pasaron a la resistencia. Sus versos eran una sucesión de exaltadas profecías, basadas en un confuso misticismo irracionalista y que sólo adquirían cierta concreción en la crítica contra Occidente y en la altiva condena del presente democrático. Sin embargo, sus ideas, tan estilizadas como extravagantes, cayeron en suelo abonado, por muy diferente y mucho más «bajo» que fuera el mundo intelectual de los movimientos populistas y la ideología del nuevo partido de Hitler [12].

El movimiento nacionalsocialista contaba con tres grandes raíces. En el plano ideológico vivía de la doble protesta nacionalista (hacia afuera) y antiparlamentaria (en el interior). En el plano económico se enraizaba en ese «pánico de la clase media» en virtud del cual la lucha contra el descenso económico, social y de prestigio se mostraba extraordinariamente susceptible de caer en el plano del chauvinismo e imperialismo. Finalmente, en el plano psicológico el «movimiento» supo aprovecharse del problema generacional y del ambiente de protesta romántica de la juventud. Y por encima de todo, una ideología unificadora en cuyo marco la heterogeneidad de compromisos e intereses sociales de los seguidores, el antagonismo de la clase media baja, de campesinos modestos, de intelectuales descontentos y aventureros nacionalistas habrían de fundirse en una comunidad mística, permitiendo así proyectar la agresividad reprimida hacia el exterior [13].

En el marco de la política interior, la posición del nacionalsocialismo se encontraba determinada por su repulsa —ocasionalmente y por razones tácticas un tanto suavizada— del parlamentarismo y de sus bases funcionales. Sus dirigentes no habían acumulado experiencia política ni en los viejos partidos, ni en los sindicatos u organizaciones profesionales. No tuvieron, pues, ocasión de vivir el proceso del compromiso democrático como base de la configuración política. Entendían la política como lucha de principios y no como proceso de integración social sobre la base de la disposición al diálogo y al compromiso y del reconocimiento de las reglas de juego democráticas. Esta lucha se libró en el interior contra el «marxismo» y los judíos; en el exterior, con vistas a una revisión nacionalista y una expansión del Reich. Así, se resaltó la radical repulsa de todas las

[12] Acerca de la «Revolución Conservadora» cf. las obras de Mohler, Kohn, Neurohr, Glum, von Klemperer, Sontheimer, Schüddekopf (véase bibliografía).

[13] Cf. pruebas en K. D. Bracher: *Die Auflösung der Weimarer Republik*, 5.ª ed., 1971, pp. 100 y ss.

obligaciones internacionales contraídas como consecuencia de la derrota: es decir, desde las obligaciones de Versalles hasta el plan Young. Esta actitud se dirigía, en primer lugar, contra Francia, especulando al mismo tiempo con vagos proyectos de una alianza con Italia e Inglaterra.

En política económica y social se impugnaba abiertamente el marxismo. Sin embargo, frente al problema del «capitalismo» se mantenía una actitud ecléctica, verdadero mosaico de puntos de vista «socialistas», nacionalistas, antisemitas y puramente emotivos. Ciertamente, en un principio se impuso una crítica radical, en la cual desempeñó un importante papel el tema regional y la agitación social. Proliferaron entonces multitud de concepciones, tan fantásticas como contradictorias, acerca de la participación general en las ganancias y un sinnúmero de esperanzas de redistribución de las ganancias de la inflación y de la guerra: coparticipación socialista en la empresa, salarios más altos para el trabajador, revitalización del artesanado, eliminación de la competencia de los grandes almacenes en beneficio del comerciante, abolición de las hipotecas y reducción fiscal para agricultores y propietarios de casas, revitalización de la industria pesada en el marco de la «política de defensa». Se prometieron todas estas cosas y se apeló a todo tipo de intereses. Naturalmente, al final venía la observación: «No puede dirimirse aquí la cuestión de cómo podrá solucionarse el problema de la participación de beneficios en un Estado nacionalsocialista» [14]. No sólo los heterogéneos componentes de la estructura del partido, sino también problemas relacionados con una táctica política concreta explican el hecho de que la ideología «anticapitalista» de los hermanos Strasser o de Gottfried Feder fuera realmente —aunque no de modo abierto— arrinconada por la oportunista inclinación de Hitler al empresariado capitalista y antisindical. El término «socialismo» se redujo dentro del partido a una vaga invitación en favor de una mentalidad económica nacional y comunitaria.

Todas las publicaciones y manifestaciones oficiosas del partido en punto a los problemas de la política práctica tenían el mismo carácter equívoco y contradictorio que aquellas demandas en favor de la «supresión de los intereses del capital financiero» o del establecimiento de un «orden económico corporativo» (copia de los experimentos de Mussolini) como auténtica solución de las cuestiones judía, social y nacional, o que la postura adoptada frente al tema de la propiedad. La eficacia de dichas manifestaciones y publicaciones se

[14] Gottfried Feder: *Das Programm der NSDAP und seine weltanschauliche Grundgedanken,* Munich, 1932, p. 46.

reducía a un radical enjuiciamiento negativo de la situación presente y a la organización de viejos resentimientos. Con la aparición de la nueva crisis económica, el malestar producido por los fallos de la democracia parlamentaria y de su correspondiente sistema de partidos impulsaría a la aplicación de soluciones políticas ajenas al orden existente.

En el plano de la vaguedad se mantuvieron igualmente todas las manifestaciones referentes al futuro Estado nacionalsocialista. Pese a que en el programa del partido estaba ausente el término «dictadura», fue utilizado, sin embargo, como el recurso más importante frente al odiado parlamentarismo. Por lo general se hablaba cautelosamente de una «dictadura provisional» hasta que se implantaran las nuevas ideas y terminaran por incorporarse en un orden autoritario y corporativo, nunca suficientemente deslindado. A veces, como en el caso de Goebbels, se recomendaba la «entrega de la política en manos de un gremio político estructurado según la ley del poder y de la selección. En todo caso, ¡es preciso dar al traste con el parlamentarismo democrático!» (*Angriff* del 6 de agosto de 1928). Ocasionalmente se habló de un parlamento corporativo que se ocupara únicamente de la política económica, pero no de la política estatal; Goebbels le adosaba además un senado, cámara vitalicia convocada por el Canciller dictador. A su vez (!), dicho senado elegiría al Canciller [15]. Pero esta dictadura, apenas disimulada, sólo era una de las concepciones propuestas. La cuestión de hasta qué punto Goebbels y, sobre todo, Hitler, consideraban vinculantes estas concepciones nunca llegó a esclarecerse, como tampoco el problema de la forma que adoptaría el Estado. Pues al propio tiempo Hitler supo enredar en su juego de manifestaciones a los monárquicos e incluso al Príncipe heredero. Igualmente difusa, cuando no más, permaneció, por razones tácticas, la postura ante la controversia federalismo-centralismo. Y con el pronunciamiento en favor de un «cristianismo positivo» se evitaron, al mismo tiempo, todas las consecuencias, tácticamente incómodas, de una «Weltanschauung» nacionalsocialista. Con ello se calmó a las Iglesias, evitándose al máximo cualquier tipo de conflicto relacionado con las confesiones.

Por su programa anticapitalista a la par que antiproletario, conservador a la vez que revolucionario, el NSDAP supo llegar principalmente a una clase media deseosa de «cualquier» cambio, ya que se encontraba entre los dos fuegos del capitalismo tardío y de la proletarización de la sociedad. En su lucha contra un mundo cambiante,

[15] Goebbels: *Der Nazi-Sozi, Fragen und Antworten für den Nationalsozialisten,* Munich, 1931, p. 20.

las capas proletarizadas trataban de recuperar aquí el prestigio social perdido. Puesto que se encontraban asediadas, al mismo tiempo, por el capitalismo y el comunismo, su futuro parecía radicar en una mezcla de concepciones restauradoras y, a la vez, revolucionarias, situadas más allá de la modesta realidad republicana. Más que ninguna otra capa social, eran las más receptivas a aquellas ideologías irracionales con las que el nacionalsocialismo prometía conferir un nuevo sentido a la existencia y un nuevo prestigio nacional social. El «movimiento» supo aprovecharse ante todo del tradicional antisemitismo de la pequeña burguesía. El NSDAP logró también, gracias a sus vagas consignas de «reforma del suelo» y a sus llamadas al antisemitismo campesino, introducirse en el movimiento de protesta agrario que se había extendido por gran parte del norte de Alemania antes de estallar la gran crisis. Fue así como el partido consiguió sus mayores triunfos electorales —a partir de 1929— en las regiones protestantes y agrarias (Schleswig-Holstein y Baja Sajonia), mientras que nunca pudo romper la hegemonía «roja» en las grandes ciudades.

Especial importancia tuvo el movimiento de juventudes, atraídas por el radicalismo romántico y la llamada al sentimiento. Este movimiento no logró cuajar en los partidos democráticos, mientras que en el NSDAP encontró el testimonio más consecuente de la idea caudillista: «El nacionalsocialismo es la voluntad organizada de la juventud», rezaba el lema oficial [16]. Mientras que los combatientes de la guerra llevaron en un principio el peso de la organización y dirección del partido (pasándose luego en su mayoría al *Stahlhelm*), la juventud de posguerra —sin excluir, naturalmente, las Universidades— fue, en creciente grado, la tónica dominante entre los elementos militantes del partido: en 1931 casi un 40 % de los miembros tenían menos de treinta años, mientras que en el SPD apenas se alcanzaba el 20 % [17]. La propaganda nacionalsocialista se concentró de modo especial en la juventud. Coraje, logro, entrega a las fuerzas irracionales, en lugar de la discusión y el compromiso: tales eran los valores, el criterio definitivo en la crítica del liberalismo, la democracia, el parlamentarismo y la política del equilibrio.

Esta juventud veía y experimentaba encolerizada las difíciles y a menudo injustas condiciones de vida, las múltiples limitaciones del presente. El «movimiento» fue para ella la válvula de escape para su voluntad de acción, deformada por el desempleo y la incertidumbre del futuro. Los menores de treinta años no comprendían los con-

[16] Otto Dietrich: *Mit Hitler in die Macht*, Munich, 1934, p. 135.
[17] Hans Gerth: «The Nazi Party, its Leadership and Composition», en *American Journal of Sociology 14* (1940), p. 530.

dicionamientos históricos y las posibilidades políticas de la República de Weimar. Protestaban contra la aparente inactividad de los políticos más veteranos que, en realidad, habrían de fracasar ante la tarea de la educación política. Parecía que únicamente este movimiento de protesta —o el partido comunista KPD— podía brindar la oportunidad de una rápida ascensión. «¡Viejos, dejad paso!», reclamaba Gregor Strasser [18]. Se trataba de una organización que comprometía al «hombre entero», que culpaba a los «viejos», que prometía superar el «tibio presente» y el desquiciado orden burgués a base de un mayor arrojo en el mando y que satisfacía las demandas en favor de una comunidad. Comunidad equivalía aquí a «socialismo»; acción y mando, a «nacionalismo». Había que destruir la «falsa dicotomía» socialismo-nacionalismo, al mismo tiempo que escindir la pareja nacionalismo-capitalismo y separar el socialismo del «internacionalismo» marxista. La altisonante síntesis del nacionalsocialismo, impregnada de ingenuas utopías sociales y cantos a la libertad, constituía —a través de una dictadura incuestionable— la solución a todas las preguntas que se pudiese plantear el individuo. Con ello se pervertía la idea caudillista *(Führergedanke)* y comunitaria del movimiento de juventudes, basado preponderantemente en unidades pequeñas, apareciendo en cambio una organización colectiva burocrática y centralizada. Pues si bien las juventudes hitlerianas adoptaron con gran entusiasmo la terminología y el estilo del movimiento de juventudes, la uniformidad de su organización muy poco tenía que ver con los básicos principios individualistas de las primeras Ligas.

¿Podía el partido disimular la mentira interna del programa y el carácter equívoco de la estructura el tiempo suficiente? Sus dirigentes ¿no pertenecían quizá a una generación-puente fracasada e impelida hacia la política tan sólo por la decepción y los resentimientos? ¿No se centraba todo el programa en «valores» negativos, tales como el antisemitismo, antiparlamentarismo, nacionalismo e imperialismo ilimitados, en tanto que ni se precisaba ni se elaboraba verdaderamente el planteamiento de los auténticos problemas políticos (república o monarquía, centralización o federalismo, socialismo o capitalismo, revolución o legalismo, reforma del suelo o protección de la propiedad privada)?

El éxito, tan difícilmente concebible, de este conglomerado ideológico no puede explicarse sin tener en cuenta la peculiar posición de la propaganda nacionalsocialista. Su asombroso influjo se vio aumen-

[18] El artículo de igual título de Strasser, mayo de 1927, en *Kampf um Deutschland,* Munich, 1932, p. 171. Cf. también Hermann Heller: *Europa und der Faschismus,* Berlin-Leipzig, 1931.

tado gracias al hábil empleo de las nuevas técnicas de manipulación de la opinión. Al mismo tiempo, fue un fenómeno psicológico religioso. Así como el término «fe» ocupaba una función central en los postulados y autodefensas de la política nacionalsocialista, la justificación «filosófica» del movimiento y de sus objetivos constituyó la clave de todas sus argumentaciones, que, por otra parte, soslayaban la crítica racional mediante la constante invocación de una mística biológica: en el «cántico de su sangre» [19] debía inspirarse la fiebre de acción del creyente. El influjo de tales «religiones políticas» puede explicarse quizá por la necesidad de fe por parte de unas masas enajenadas. O quizá se deba, en primer lugar, al sinfín de penurias (económicas, políticas y sociales) y sueños irrealizados propios de la Alemania de la posguerra, colmada de crisis, decepciones y resentimientos. En todo caso, fue posible en el NSDAP la temprana aparición de formas glorificantes del «Führer», que anunciaban el desenfrenado bizantinismo del Tercer Reich. Naturalmente, tales formas fueron empleadas conscientemente para la manipulación, coordinación y fundamentación metafísica de la estructura totalitaria. En medio de una sociedad libre y democrática, tales prácticas encontraron un creciente eco, acreditándose como el medio más eficaz de una propaganda que no sólo prometía gloria y riquezas, sino también, a medida que aumentaba el éxito, la salvación. Mucho antes de 1933 proliferaron grotescos testimonios de religiosa devoción, que demuestran el impacto de la propaganda del «Führer»: por ejemplo, esquelas mortuorias en las que Hitler reemplaza a Dios.

El «Führer», como punto de cristalización absoluto, está en y por encima del movimiento. Autoridad única, «caudillo carismático» —según la terminología weberiana—, cumbre del aparato jerárquico y foco de todo pensar y obrar, Hitler dirigía, hasta en la esfera local y de política personalista, la táctica y la configuración del todo. Este aparato centralista y militar se encontraba articulado en numerosos organismos rivales cuya cohesión era casi imposible sin la figura del «Führer». Todo ello reforzaba más aún la posición de poder y las posibilidades de manipulación de Hitler, tanto dentro como fuera del partido.

Pero sobre todo en un sentido «íntimo» era exaltado Hitler como el revelador de un nuevo sentido de la vida, en función del cual se desarrollaba la necesidad de subordinación, servicio, entrega y responsabilidad de los adeptos. Sólo él podía captar esta necesidad, transformándola en la acción política salvadora. Hitler era la encarnación de la «comunidad popular». Por sus dotes de intuición y mando te-

[19] Gregor Strasser: *Kampf und Deutschland,* p. 222.

nía «siempre razón». Era el intérprete inobjetable de los intereses de la «comunidad» cuya emanación pretendía ser. Por ello, no le ligaba regla jurídica alguna, ni siquiera con respecto a sus propios adeptos. Esta conciencia mesiánica supo imponerse incluso al sentido monárquico de la legitimidad: en efecto, a los ojos de August Wilhelm, Príncipe de la Casa Hohenzollern, Hitler era el «Führer enviado por Dios» [20]. En torno a su figura se libraba toda la discusión relacionada con el nacionalsocialismo. También el aparato del partido estaba estructurado todo él en función de Hitler; su imagen mantenía unida la peculiar combinación de elementos burocráticos, militares y otros ingredientes derivados de las distintas ligas. Esta organización autocrática del partido, preciosa ayuda en el triunfo singularísimo del NSDAP en el Parlamento a partir de 1929, supeditaba la espontaneidad de todos a la voluntad inamovible del «Führer». Con la eliminación del principio de la mayoría difícilmente podían expresarse o implantarse cambios internos, formación de bandos o el tratamiento democrático de las diferencias existentes dentro del partido. Disciplina incondicional y jerárquica estructura de mando, de arriba abajo, tales eran las causas del sumiso fatalismo tanto de la masa de miembros como de los mandos. El papel providencial y místico del «Führer» se encargaba de dictar el rumbo después de haber explotado olímpicamente en su favor esta situación pseudorreligiosa. La cohesión de la organización del partido debía garantizar la incondicional ejecución de cualquier orden, eliminando toda autonomía individual de decisión y juicio. Gracias a todo ello, la nueva «Weltanschauung» llegó a la calle, mereciendo la atención de la opinión pública, cuando no su simpatía.

En este tipo ideal de partido totalitario se excluía, al menos teóricamente, cualquier revisión. Este principio se aplicaba incluso tratándose de una resolución desventajosa, en interés mismo de aquella estructura de absoluta subordinación que era preciso salvaguardar aun en el caso de decisiones francamente erróneas. No sólo el esclavismo de los jefes subalternos, dominados por instancias superiores, sino también las notorias diferencias en los sueldos y en el tratamiento de los funcionarios manifestaban el sesgo antidemocrático de la estructura del partido y su carácter inconsideradamente tendencioso. A esto hay que añadir otros medios, tales como las purgas o la reclusión de los miembros, según los modelos bolchevique y fascista, respectivamente; medidas que, sin embargo, se vieron superadas por el curso de legalidad parlamentaria que adoptó el partido

[20] Por ejemplo, en una asamblea de Braunschweig: *Berliner Tageblatt*, 17-VI-1931.

cuando el repentino sesgo favorable de las circunstancias, a partir de 1929, posibilitó en creciente medida la transformación de un partido de cuadros revolucionario en un movimiento de masas, de tipo evolutivo. Fue ahora precisamente cuando aquella compacta organización experimentó una reglamentación detalladísima. Con ello, aparecieron muchas semejanzas con el aparato del partido enemigo, el KPD comunista. La influencia comunista se hizo especialmente patente en el sistema de «células callejeras», que garantizaban tanto un control desde arriba como —en el caso de una prohibición— la posibilidad de actividades ilegales por medio de grupos pequeños fácilmente manejables y descentralizados. Se disponía además de numerosas organizaciones auxiliares, que perseguían la «total captación» de la persona con sus deseos particulares, intereses de edad o de profesión. Así se contaba con Ligas de jóvenes y mujeres, profesores, juristas, médicos, organizaciones tan eficaces como las de estudiantes, etc.

El «nuevo partido» se caracterizaba no sólo por sus aspectos militantes sino también militares. Estos se reflejaban en las formas autoritarias de cualquier trámite, en el carácter imperativo de los comunicados, en la importancia de la idea del ejercicio, en las actividades de la SA, así como en parecidas agrupaciones dentro del NSDAP. Difícilmente puede calcularse hasta qué punto era intimidación psicológica y hasta qué punto auténtica fuerza de combate lo que se escondía tras esta fachada militar del partido y de sus formaciones elitistas. Lo que no admite duda es que en la época ejerció una gran influencia este soldadesco ceremonial generalmente inocuo. Sin embargo, la actividad de tales agrupaciones desarrolló cierta autonomía cuya dirección y vanguardia chocó reiteradamente contra el oportunismo de la táctica legalista del partido. Esta componente militar, que fue muy importante para la misma posición filosófica del partido, que significaba un llamamiento político-psicológico y que revistió además una gran importancia para la estructura organizativa del movimiento, estuvo siempre controlada, sin embargo, por una consciente táctica de adaptación. De esta forma se disminuía considerablemente el peligro de la prohibición o de la persecución, que bien podría haberse justificado por las irresolutas autoridades de la República, y se hacía expedito el camino para la conquista de las capas burguesas deseosas de un nacionalismo fuerte, aunque no revolucionario, de un «socialismo» antibolchevique, aunque no socialista. Consecuentemente, parecía que el futuro revolucionario de Hitler topaba con una contradicción. Así lo creyó también más de un observador exterior, que pasó por alto la posibilidad de una «toma legal del poder» por un partido totalitario. Curzio Malaparte declaraba en

tono profético: «Hitler, un dictador que nunca lo será»[21]. La escisión de los socialistas revolucionarios de Otto Strasser en el verano de 1930 constituía un síntoma, aparentemente definitivo, del aburguesamiento del partido revolucionario. Sin embargo, esta pseudodemocratización fue algo meramente superficial. En el momento de la toma del poder cayeron los velos democráticos, que ya resultaban superfluos.

En apoyo de esta táctica el NSDAP supo utilizar cada vez mejor los modernos medios propagandísticos para la influencia de las masas, resumir en frases y tópicos concisos y elocuentes su vaga teoría, difundir hechos a base de la repetición sugerente en forma de anuncio, incorporar mediante un simbolismo expresivo las regiones irracionales y subconscientes de la persona y canalizar en una enjundiosa dialéctica la dinámica del movimiento. Todo esto, aparte de una violencia sin escrúpulos, se realizaba en el marco de una demagogia sistemática, que bien podía repugnar al individuo, pero que atraía a las masas, una vez disparadas a la órbita demagógica. Su repentino ascenso lo debió el partido, en buena medida, a la forzada —sin consideración al gusto, ni al tímpano— transposición de la técnica de publicidad económica a la propaganda política, ametrallando el subconsciente con unos cuantos estereotipos fácilmente retenibles. Ahora se puso en evidencia la importancia que había tenido el período de aparente estancamiento para la instrucción de los jefes y para el ensayo y aprendizaje de los métodos psicotécnicos, en el marco de un aparato todavía reducido y fácilmente manejable. En el momento del crítico agravamiento de los problemas económicos, sociales y políticos se disponía ya de los instrumentos necesarios para alimentar la propensión psíquica de las masas con un nutrido mosaico de argumentos tópicos, rodeos y demás recetas sin topar con apreciable resistencia, poniendo así fuerte freno a la labilidad política de las gentes. Y mientras que el individuo, de por sí atropellado, seguía creyendo en una libre elección y en la posibilidad de influir en la dirección de los acontecimientos, las riendas del asunto convergían en un partido disciplinado, un aparato ajeno a la voluntad de sus miembros y abandonado en manos de un dictador omnipotente, cuyos sueños de poder marcaban la dirección y el paso.

Bien podían repugnar al lector desinteresado la simplicidad y el primitivismo de las ideas, programas, tesis y recetas revolucionarias, concepción del poder y visiones del nacionalsocialismo. Sin embargo, el partido contaba con un gran dominio de la palabra y un enorme derroche de publicidad. Era una actividad incansable y ágil, a la par

[21] Curzio Malaparte: *Der Staatsstreich,* Leipzig, 1931, pp. 219 y ss.

que variada e inescrupulosa en el empleo de los medios. Toda la gama de sofismas políticos servía de material y vehículo de influencia. Cualquier concepto político —por ejemplo, el concepto, erigido en absoluto, de la «comunidad popular»— constituía tan sólo un hito en el camino hacia el dominio total y la completa manipulación del pensamiento y del sentimiento. Se procedió a destruir sistemáticamente el marco de la libertad mediante el empleo meramente instrumental de jirones de ideas yuxtapuestas y predicadas en medio de ruidosos y emotivos llamamientos. Y éste era precisamente el marco que las ideas auténticas —hasta en el mismo plano de la política— deben ampliar más y más mediante una marcha resuelta hacia adelante, en franca competencia con otras ideas, descubriendo nuevos campos del pensamiento, del sentimiento y de la acción.

El mismo Hitler se ha encargado de describir este proceso en su inequívoca y brutal exaltación y análisis de la moderna propaganda del partido (*Mein Kampf,* pág. 375). El primer mandamiento era: «Carácter popular» *(Volkstümlichkeit),* y fue cumplido a la perfección mediante la monótona y cuidada repetición de lemas tópicos. La tan manipulable vaguedad de las imágenes y de la terminología misma escondía dinamismo y capacidad de adaptación de cara al control total de opiniones y movimientos. Cuando el NSDAP se convirtió en partido de masas, aquel mandamiento resultó tener una elasticidad prácticamente ilimitada: era aplicable a los más heterogéneos niveles políticos y sociales, a diferentes formas emotivas y racionales, a todo un universo de deseos, relaciones y reacciones. La espina dorsal de la filosofía de poder del nacionalsocialismo fue el desprecio de la «masa», como ha ocurrido siempre en los movimientos autoritarios y totalitarios; y este mismo desprecio preside los pasajes de *Mein Kampf* (pág. 197) en los que Hitler resume en buena lógica sus ideas:

> Toda propaganda debe ser popular *(volkstümlich).* Debe adaptar su nivel intelectual a la capacidad del más ignorante entre las personas a la que va dirigida. Así, su altura puramente intelectual habrá de rebajarse tanto más cuanto mayor sea la masa de personas a las que va dirigida. En efecto, «la capacidad receptora de las grandes masas es muy limitada, escaso el entendimiento y, por ello, grande el olvido. Por esto, toda propaganda eficaz habrá de limitarse a muy pocos puntos, empleando éstos en forma de lemas hasta el momento en el que indefectiblemente el último del grupo haya comprendido lo que quiere decirse con tales palabras».

Se pone aquí de manifiesto cómo el punto fuerte de Hitler radicaba en el plano formal, en el dominio de las formas de manipulación. El contenido, siempre trivial, guarnecido de impulsos y deseos irracionales, repetido en cientos de variaciones y reducido a fórmu-

las breves, cuya finalidad debía ser la justificación del inescrupuloso virtuosismo de la propaganda formal, venía a ocupar un segundo plano, aunque su componente ecléctica e histórico-intelectual no dejó de tener su influjo, incluso en algunos sectores de la *inteliguentsia.* Con una brutal disyuntiva la propaganda apelaba al primitivo deseo de la simplificación. Así: «Existen... sólo dos posibilidades: o victoria del bando ario o su derrota y triunfo de los judíos» [22]. El empleo de los medios propagandísticos se realizó de forma tan racional como fue posible. Objetividad significaba pérdida de tiempo. Importaba, ante todo, la fuerza sugestiva de la palabra hablada, en contraposición a la palabra escrita, más débil y pálida que aquélla. El «fanatismo» —término clave en la terminología hitleriana—, el manejo de la histeria colectiva y el desarrollo de un peculiar estilo de asamblea pública fueron las armas principales. La actividad periodística constituía tan sólo un factor secundario en la formación de opinión pública [23]. A tenor del concepto hitleriano de la masa, el debilitamiento sistemático de la voluntad de resistencia del individuo —análogo a los principios del ejercicio militar— constituía el primer requisito para la eficaz «integración» de los impulsos volitivos divergentes. Goebbels celebró incansablemente al «gran simplificador» y el «mágico influjo de su palabra», ante la cual se derrumba cualquier oposición [24]. El mismo Hitler lo interpretaba como el poderoso dominio de una «voluntad superior»; un dominio que utiliza cualquier recurso eficaz, interior y exterior, para adormecer y subyugar al público, aprovechando incluso el relajamiento de la tensión intelectual y volitiva durante las horas de la noche. Unicamente el «agitador» que posee tales facultades es —declaraba Hitler— «un gran caudillo *(Führer).* Todo su influjo y poder radica en su habilidad para poner en movimiento las masas» [25].

En todo ello figuraba omnipresente la inconsiderada voluntad de poder, que mantenía a los seguidores en un permanente ambiente de lucha:

> Ansiamos el poder y lo tomaremos allí donde podamos conseguirlo... Si aparece en cualquier lugar la posibilidad de deslizarnos adentro... entonces ¡adelante!... Quien alguna vez nos deje agarrarnos a sus faldones, no se deshará ya de nosotros [26].

[22] Discurso de Hitler del 12 de abril de 1922 en Munich, citado por W. Siebarth: *Hitlers Wollen,* Munich, 1935, p. 91.
[23] Cf. *Mein Kampf,* pp. 525 y 371.
[24] *Der Angriff,* 19-XI-1928: «Wenn Hitler spricht».
[25] *Mein Kampf,* págs. 530 y 650.
[26] Goebbels, en *Der Angriff,* 1-XII-1929.

Hacia un partido de masas de clase media

El nuevo ascenso y el subsiguiente triunfo del NSDAP no puede comprenderse sin tener en cuenta sus conexiones con las agrupaciones propias de la clase media. La serie de relaciones tenidas con la Asociación Germano-nacional de Dependientes (DHV) constituyen un notorio ejemplo. De orientación declaradamente derechista, antimarxista y desde antes de la guerra también antisemita, esta notable asociación ofrecía numerosos puntos de contacto y facilitó los propósitos del ala «izquierda» del NSDAP encaminados a ocupar posiciones en empresas y organizaciones profesionales. A diferencia de los partidos de clase o de intereses, el NSDAP se consideró un «partido colectivo» de nuevo estilo, lo que facilitó su rápida transformación en movimiento de masas. Sin embargo, su verdadero campo de reclutamiento y sus conexiones más importantes radicaban principalmente en la pequeña burguesía, la clase media y el campesinado medio, afectados todos ellos por el desenlace de la guerra, las crisis económicas y el cambio de estructuras. Una buena visión del desarrollo interno del partido durante esta época la debemos a los apuntes de Albert Krebs. Procedía del movimiento de juventudes y del cuerpo de voluntarios. Fue jefe del NSDAP de Hamburgo (1926-28), actuando, al mismo tiempo, en la DHV. En mayo de 1932 Hitler le excluyó del partido.

Las relaciones entre el partido y las agrupaciones de intereses de la derecha alternaban la cooperación y la rivalidad. Mientras que Max Habermann, jefe de la DHV, admitía con cierta desgana la creciente cooperación, muchos de los funcionarios más jóvenes de la DHV eran partidarios de una vinculación estrecha. Con todo, siempre fue un problema el modo de armonizar la política más pragmática de la DHV, incapaz de renunciar al compromiso con los partidos «burgueses», con las demandas incondicionales del NSDAP, antiparlamentario y estrictamente antirrepublicano. El conflicto estalló especialmente con la postura adoptada frente al gobierno Brüning. Por razón de sus relaciones con los conservadores populares en el gabinete, Habermann trató de apoyar a Brüning, mientras que la tendencia de los miembros y funcionarios de la DHV siguió siendo pronacionalsocialista. Sin embargo, todas las tentativas encaminadas a la incorporación del NSDAP en el gobierno con el fin de acabar con el dilema, estaban, desde un principio, condenadas al fracaso. El DHV continuó en su vacilante posición. Sin llegar a influir fundamentalmente en la política nacionalsocialista, acabó por acelerar y fomentar sustancialmente la entrada de sus empleados en las filas

del NSDAP. Varios elementos que sirvieron de puente terminaron rompiendo con Hitler o se pasaron tardíamente a la oposición contra el Tercer Reich. El mismo Habermann, cabecilla de la resistencia, fue muerto en 1944. Sin embargo, muchos funcionarios del DHV engrosaron desde 1929 las filas del NSDAP, reforzaron la fracción nacionalsocialista del Reichstag y proporcionaron al partido una amplia plataforma de trabajadores que apoyaban las pretensiones del NSDAP de ser un «partido de todos los productores» y que, al mismo tiempo, saneaba su situación financiera, sumida siempre en una crisis crónica. La transformación en partido de masas se preparó y aceleró mediante este tipo de asimilación —aunque sólo fuera parcial— de grandes organizaciones sociales y caracterizadas por su política de intereses. A medida que el activismo del NSDAP atraía a estos grupos, el modesto partido, cuadriculado y elitista, fue consiguiendo la rápida conversión en «partido popular» y la consiguiente penetración en los diferentes estamentos y esferas de influencia de la República.

Algo parecido cabe afirmar respecto a las agrupaciones agrarias. El NSDAP, movimiento pequeño-burgués y semisocialista, plagado de resentimientos, mantenía inicialmente escasas y poco concretas relaciones con el mundo campesino y la política agraria. Sin embargo, su acento antisemita y anticapitalista contenía importantes elementos de crítica al cambio de la estructura social y a la urbanización de la sociedad moderna. Algo parecido se había registrado ya en el movimiento antisemita de los años 80 y 90 del siglo XIX[27]. El lema «sangre y tierra» se basaba en la conjugación de una ideología biologista con resentimientos sociales y político-económicos. Con esta consigna se trató desde 1928 —sobre todo, por parte del Papa nacionalsocialista de la agricultura, Walter Darré, oriundo de Argentina— de situar *el campesinado como fuente vital de la raza nórdica* (título de su libro de 1929), como *nueva nobleza de sangre y tierra* (libro de 1934), como primer estamento dentro del futuro Reich nacionalsocialista en el centro mismo de la doctrina de renovación racista del nacionalsocialismo. El «estamento nutricio» y el «estamento defensivo» debían erigirse en los pilares del orden futuro.

Tales peroratas ideológicas vinieron a converger con la persistente inquietud del campesinado con motivo de las crisis de adaptación de la posguerra. Un significativo ejemplo de lo dicho lo constituye la evolución del movimiento campesino y de sus asociaciones en Schleswig-Holstein, fenómeno esclarecido especialmente por las in-

[27] En Schleswig-Holstein, zona agraria, los antisemitas consiguieron en 1898 más de un 6 por 100 de los votos.

vestigaciones de Heberle y Stoltenberg. Las motivaciones económico-sociales convergieron aquí con los sentimientos antiprusianos, fortalecidos por el dominio socialdemócrata en Prusia. Con razón el SPD era considerado un partido «urbano». En primer lugar, las agrupaciones campesinas trataron de conseguir influencia estableciendo contactos con los partidos de la derecha y del centro. Su posición romántico-conservadora y también antisemita frente a la moderna sociedad capitalista encontró su expresión en la consigna de la «democracia verde», contrapuesta a la «democracia dorada». En el fondo latía una ideología antiliberal de clase media, que apuntaba tanto contra el gran capital, sus empresas y grandes almacenes como contra el socialismo y el temido descenso al «status» del trabajador a sueldo.

Con este sesgo ideológico el movimiento del campesinado se fue aproximando a la crítica nacionalsocialista del presente. El establecimiento de contactos era sólo cuestión de tiempo y de conexiones de tipo organizativo. Indudablemente, los escritos de Julius Langbehn, oriundo de Schleswig-Holstein, influyeron en esta misma dirección. La idea de comunidad y carácter popular *(Volkstum)*, de «raigambre campesina», fue contrastada con el moderno Estado burocrático y capitalista, identificado con la República democrática. Ciertamente, estos movimientos de protesta del campesinado mantenían un fondo de conservadurismo que los diferenciaba claramente de la postura revolucionaria, tecnológica y fanática del NSDAP con respecto a la política. Por lo mismo, se comprende que las relaciones del nacionalsocialismo con las agrupaciones campesinas no estuvieran presididas por el sentido de la cooperación sino del abuso y la manipulación. Pero esto no impidió que el movimiento del campesinado, situado en gran desventaja frente al arte organizador y la hábil táctica nacionalsocialistas, preparara y, en esencia, posibilitara la penetración y el triunfo del NSDAP en Schleswig-Holstein. En enero de 1928 se iniciaron manifestaciones en masa y huelgas con motivo de la situación de crisis y endeudamiento de los pequeños agricultores. Estos incidentes se convirtieron luego en conflicto terrorista con los poderes del Estado gracias a la labor de agitación promovida por elementos radicales. Pese a que Hitler, de acuerdo con su política legalista, se distanciara de ciertos actos de violencia, aquel movimiento benefició de lleno al partido más radical de la derecha.

El colapso de estas revueltas dejó un vacío que pronto sería colmado por el NSDAP, dotado de una mejor organización y de una táctica superior; el partido había procedido ahora a la revisión de la ideología agraria en su «inmutable» programa, teniendo en cuenta los aspectos impopulares de la «reforma del suelo». Con ello lograron imponerse al partido germano-nacional, su competencia, que

de todos modos estaban demasiado vinculados al odiado capitalismo y parecían demasiado prusianos en su orientación general. Este partido, el DNVP, pasó del 33 % de los votos en 1924 al 23 % en 1928 y al 6 % en 1930 en el estado de Schleswig-Holstein. Era una aplastante derrota que redundó plenamente en beneficio del NSDAP (1928: 4 %; 1930: 27 %). En tanto que hasta 1924 había conseguido más votos en las ciudades, ahora dominaba en el campo. El electorado burgués de Schleswig-Holstein se descompuso totalmente. En las elecciones de 1932, los partidos burgueses (incluido el DNVP) fueron prácticamente triturados entre el 51 % de los nacionalsocialistas y el 37 % de los izquierdistas. Esta situación repercutió fuertemente en otras regiones rurales de Alemania, por diferentes que fueran sus respectivos problemas. Schleswig-Holstein se convirtió en un hito importante de la trayectoria nacionalsocialista hacia el partido de masas.

El «aparato político-agrario» del NSDAP, montado por Walter Darré durante el verano de 1930 a raíz de la crítica evolución indicada, sirvió a la instrumentalización del movimiento agrario, no a la reforma y salvación de la agricultura. Las discusiones internas entre Darré e Hitler se centraban exclusivamente en torno a «la posición del campesinado en la presente lucha por el Estado». En un documento secreto dirigido a Hitler, Darré exponía tres objetivos: empleo de los disturbios y huelgas de campesinos contra el «urbanificado gobierno de la República» en nuestra lucha por el poder; afianzamiento de las bases de política agraria y conquista (ideológica) del campesinado, «motor existencial del organismo popular y fuente biológica de renovación de la sangre del pueblo»; finalmente, utilización del campesino como protagonista de nuevos territorios de colonización en el «espacio oriental», que deben arrebatarse a los eslavos»[28]. Con este espíritu se tendió por el Reich toda una red de organizaciones de tipo político-agrario. La táctica era agitación y propaganda en el campo, infiltración y aumento de influencia en las organizaciones, arrinconamiento de los grupos de mando germano-nacionales y explotación de los conflictos de rivalidad entre las distintas agrupaciones. De esta forma, los nacionalsocialistas lograron los mayores avances electorales en Baja Sajonia y, más tarde, a partir de 1929, en casi todas las zonas rurales.

En el sector obrero y en sus sindicatos el NSDAP no consiguió una penetración análoga a la que se apuntara entre campesinos y empleados. Pese a los esfuerzos del ala «izquierda», la pretensión del NSDAP de ser, ante todo, un «partido socialista obrero» siguió sien-

[28] *Nürnberger Dokumente* (inéditos): NG-448.

do pura fachada. En comparación con los primeros tiempos del partido y con sus precursores bohemios, el nuevo NSDAP se había convertido, aun desde el punto de vista sociológico, en un partido derechista de clase media sin conexiones con las organizaciones de trabajadores. Naturalmente, esta situación fue conscientemente ocultada bajo la pretensión de absorber las contradicciones o lucha de clases entre burgueses y trabajadores en el concepto de la «comunidad popular» *(Volksgemeinschaft)*. El lema hitleriano «trabajadores de frente y puño» era la fórmula con que el NSDAP trataba de orlar sus fracasos en la lucha contra el «marxismo» antes y después de convertirse en partido de masas. La conversión del trabajador, organizado según normas socialistas, al «socialismo nacional» había sido un importante punto de partida del nacionalsocialismo. Sin embargo, este trabajador no asistía a las asambleas; los miembros del NSDAP procedían de la pequeña burguesía, de la pequeña industria, del artesanado y del sector de los empleados. Aventureros militares y jóvenes activistas y románticos venían a completar el cuadro.

La propia postura de Hitler ante el problema obrero y sus conocimientos de la materia eran más bien superficiales. Evidentemente, los relatos de *Mein Kampf* acerca de su debate existencial con el marxismo son pura leyenda. En el socialismo descubría Hitler —según manifestaba a los «socialistas» del NSDAP— «una invención judía para sembrar discordia en el pueblo alemán». En otra ocasión observaba: «¡Qué diablos quiere decir socialismo! Con comida y diversión ya tiene la gente su socialismo» [29]. Su labor de agitación y propaganda a través de grandes asambleas, desfiles marciales y una organización y jerarquización paramilitar no eran recursos muy apropiados allí donde topaban con una clase de población provista de grandes organizaciones y profundas tradiciones, de una conciencia mesiánica filosóficamente fundamentada y una gran fuerza social integradora. Hitler se mostró siempre escéptico frente a toda tentativa encaminada, dentro de un marco institucional, al reclutamiento de grupos o incluso a la creación de organizaciones sindicales. Su labor siguió siendo el llamamiento global a la (despreciada) «masa» y a sus emociones colectivas. La persistente tensión con el grupo de Strasser se debió, entre otras cosas, a los conatos de éste de establecer contacto con los sindicatos.

De todos modos, desde 1928 el partido desistió de su ineficiente posición de lucha frente a los sindicatos, abandonando así su aislamiento. Sin embargo, esta apertura a la izquierda se realizó con toda cautela. Ni siquiera durante su época de partido de masas se logró

[29] Krebs: *op. cit.*, pp. 46, 143.

un éxito grande entre los trabajadores. Bajo el lema «¡Entremos en las empresas!» —la llamada «operación Hib» *—, Gregor Strasser fundó en Berlín una «organización» nacionalsocialista de células empresariales» (NSBO). Hasta la primavera de 1933 no dejó de ser un pequeño grupo insignificante dentro del sector obrero. Esta situación se explica mejor teniendo en cuenta que en las empresas, más que en ninguna otra parte, había escasez de dirigentes para la formación de tales células. Por otra parte, seguía discutiéndose todavía acerca de la verdadera estrategia que debía seguirse. A los propósitos de desplegar una acción realmente sindical (grupo de Strasser) se oponía la concepción instrumental y puramente prapagandística de Goebbels (sobre todo, en Berlín) y del mismo Hitler. A éstos no les interesaba, en absoluto, la reforma, sino revolver más aún la situación. Sin embargo, el partido se hizo más receptivo en tal sentido a medida que iba atrayendo a las masas [30].

Más éxito tuvo la tentativa encaminada a la conquista de las masas de parados, cuyo número seguía creciendo desde 1928. Con este fin se formaron grupos organizados que distribuían la hoja *Der Erwerbslose,* órgano de propaganda nacionalsocialista, entre los obreros en paro que se llegaban a las Bolsas de Trabajo para sellar su ficha. Pronto apareció la contrapropaganda y también las pendencias y consiguientes prohibiciones. Sin embargo, desde aquí se consiguió penetrar más fácilmente en el sector de los trabajadores. Como consecuencia del agravamiento de la crisis económica, los nacionalsocialistas atacaron a los sindicatos y a los partidos de izquierda por el flanco más sensible. En medio de la penuria, jóvenes activistas del partido comunista llegaron a convertirse no pocas veces en agentes de la SA a sueldo. La dirección del NSDAP los utilizaba, pues, de la forma más pragmática y sin consideración de principios, al mismo tiempo que sin temor a la subversión. Empero, tampoco así se conquistaba normalmente más que trabajadores jóvenes poco apegados a su labor, pequeño-burgueses venidos a menos y empleados despedidos.

En líneas generales, sobre la «operación Hib» no dejó de influir el dilema propio de su tendencia antisindical: es decir, la pretensión de organizar en sus células no sólo a los trabajadores, sino también a los empresarios. La ecléctica ideología nacionalsocialista apenas tuvo éxito en la clase trabajadora. Sólo se hizo realidad a partir de 1933 como consecuencia de la violenta disolución de los sindicatos y de los partidos en la organización estatal «Frente Obrero Alemán»

* Hib: sigla de «Hinein in die Betriebe». *(N. del T.)*

[30] Cf. al respecto, los estudios de Hans Gerd Schumann y R. Kühnl (véase bibliografía).

(DAF). Sin embargo, todo ello sirvió para crear una base, posiblemente no de cara a un movimiento de masas entre los trabajadores, pero sí con vistas a la toma del poder en las empresas tras la toma del poder político y también con vistas a la paralización de cualquier resistencia.

Así pues, fue la «clase media», rural y urbana, la encargada de iniciar y sobrellevar el proceso de ascensión y triunfo del partido. El «pánico de la clase media», desatado con los primeros nubarrones de la crisis económica, se agravó aún más por el hecho de que la amenaza parecía dirigirse no sólo contra la situación económica, sino también contra las posiciones de prestigio de esta capa social. La fuerte reacción, culpable en buena medida de su corrimiento al radicalismo de la derecha, se basaba en una conciencia de crisis frente a los cambios de la estructura social de la era industrial y democrática. El peso específico de las viejas clases medias en el marco de una población en plena expansión democrática era cada vez menor. Su nerviosa irritación, en extremo proclive a los lemas radicales, se derivaba de esta pérdida de prestigio y de su arrinconamiento económico. Se trataba de un imperativo general de seguridad que, tras la experiencia de la catástrofe inflacionista, reaccionó de forma abiertamente política a la nueva crisis. Esto sucedía después de haber adoptado durante mucho tiempo una postura de aislamiento apolítico y profesional frente a la democracia. Por todo ello se hizo ahora a la búsqueda de un «nuevo» partido [31].

El eficiente ataque que desde 1929 ejerciera la ideología nacionalsocialista sobre las clases medias coincidió precisamente con la tan traída «atmósfera anticapitalista» de aquellas capas sociales. Naturalmente, no se buscaba el socialismo sino la protección de la pequeña propiedad frente al creciente avance del gran capital. En contra de las previsiones marxistas, la burguesía no desembocó en el campo ideológico del socialismo. Ciertamente, durante épocas de crisis se observa en los elementos desesperados de la clase media una tendencia al fascismo, que, en la clase trabajadora, lo es hacia el comunismo. Las diferencias aparecieron con la controversia entre la idea de socialización y la de propiedad privada, controversia que revistió especial importancia en zonas mixtas agro-industriales. La labor de agitación nacionalsocialista supo operar de modo atractivo y elástico, sin olvidar la disposición anticapitalista y sindical de los trabajadores de clase media a quienes había ido dirigida, en primer lugar, la llamada del «partido obrero». Con la tesis del doble frente

[31] Cf. Theodor Geiger: *Die soziale Schichtung des deutschen Volkes*, Stuttgart, 1932, p. 106. También, K. D. Bracher: *Auflösung*, pp. 168 y ss.

de un pueblo «nacional idealista» —es decir, contra las corruptas «potencias extranjeras» del materialismo proletario y capitalista— se proclamó el primado del «idealismo» nacional de Estado frente al materialismo económico.

Las crecientes presiones procedentes de ambas partes, es decir, del socialismo nivelador y de las grandes organizaciones capitalistas opresivas, amenazaban con sumir a la clase media en un gravísimo apuro y convertir sus agrupaciones en un «montón de intereses» anárquicos e impotentes. Mas he aquí un programa que prometía poner fin a la tensión existente entre la situación económica y el prestigio social en beneficio de este último elemento y conjugar estas promesas con la solución socialimperialista de una política basada en la teoría del espacio vital. En los últimos años de la República la propaganda nacionalsocialista se dirigía casi exclusivamente a la clase media, después de que la penetración en los partidos auténticamente obreros —prescindiendo ahora de los desempleados— fracasara de un modo clarísimo, incluso en los momentos de los grandes triunfos electorales. La concentración de la propaganda en una sola capa social, que indudablemente ocupaba una posición clave, colocó a los partidos no extremistas, exceptuado el centro, al borde de la desintegración. Por otra parte, esta propaganda logró movilizar al nuevo electorado y a los absentistas tradicionales, topando finalmente con aquellos límites, impuestos por la necesidad sociológica, que habrían de poner término en 1932 a la progresiva marcha del NSDAP.

Así pues, el NSDAP no se convirtió, como pretendía su ideología, en un movimiento popular de gran amplitud, pero sí en un poderoso partido, receptáculo de las clases medias. Esto no se debió solamente al carácter vago y ambiguo de las promesas económicas, pues el heterogéneo y conflictivo carácter de la mentalidad económica burguesa de clase media constituía de todos modos una frontera natural a los propósitos de unificación en el terreno de la filosofía económica. Por ello, la interpretación socialista de la época, que consideraba el NSDAP como movimiento reaccionario campesino y burgués, descubrió tan sólo una de las raíces del fenómeno y en consecuencia falló en la tarea de arrancarle el disfraz ideológico y atacarle con eficacia política. Lo importante fue más bien el hecho de que la propaganda nacionalsocialista, al apelar al «idealismo nacional» de la clase media, puso en juego una serie de recursos ideológicos que prometían una integración situada más allá de la diversidad de intereses inmediatos.

El nacionalsocialismo —al igual que el fascismo— desplegaba su dinámica y su fuerza de atracción no en su calidad de movimiento

socialmente compacto, defensor de los intereses de la clase media, es decir, como movimiento de clase, sino precisamente como movimiento marcadamente unificador de los más diversos grupos antagónicos. Y el hecho de que pudiera desarrollar con éxito esta potencialidad unificadora pese a la heterogeneidad de intereses, ideas y sentimientos guarda relación, a su vez, con una génesis republicana poco entusiasta y determinada por las coordenadas del desastre militar y el temor a una revolución de la izquierda.

La clase obrera, mayormente socialdemócrata, no pudo sacudirse de encima —ni siquiera durante la República democrática— el reproche de su postura «anacional». Y como el Estado guillermino, jerárquico y autoritario, no le había legado una gran tradición patriótica, se limitaron a un patriotismo escéptico y sobrio. Por el contrario, una buena parte de las capas medias sucumbieron de nuevo a los deseos de un mito patriótico patéticamente glorioso, que la sobria «política de cumplimiento» de la República, con la multiplicidad de obligaciones internacionales contraídas, no podía satisfacer de forma llamativa y brillante. El nacionalsocialismo encontró aquí su campo de acción. En vista del fracaso de la política laboral, se apresuró a eliminar anteriores concesiones al modo de pensar socialista, concentrándose ahora en el singular anticapitalismo de las burguesías pequeña y mediana. Esto provocó más de una crisis interna del partido, como fue el caso de la escisión del bando «socialista» de Otto Strasser en el verano de 1930. Sin embargo, los ideólogos nacionalsocialistas fueron con su concepto de nacionalismo mucho más allá del patriotismo conservador-tradicionalista de la clase media burguesa, erigiendo en absoluto su concepto de nación, basado en la sangre y situado por completo al margen de la historia. Soporte de este «nacionalismo» fueron las juventudes de posguerra, activistas y revolucionarias. Para ellas la «revolución nacional» no invocaba el recuerdo de la época gloriosa del Reich o la renovación del prestigio «burgués» en una sociedad nivelada, sino más bien equivalía al triunfo de una política incondicional de poder. Primer punto de orientación, vivencia determinante era la guerra y no la Alemania política de antes de la guerra. En manos de estas juventudes estaba el mando dentro del NSDAP; la victoria de su romanticismo de la sangre sobre el patriotismo histórico de la burguesía era, al mismo tiempo, expresión de un profundo malentendido, de la inseguridad social, así como de la debilidad y confusión político-ideológicas. En contra del *status quo,* y no a favor de un Estado nacionalsocialista apenas esbozado, votaron, en gran medida, el empleado, el hombre de clase media y el campesino: dieron su apoyo al NSDAP por ser el partido de oposición más radical y, al mismo tiempo, el movimiento anticomunista

más ruidoso. Así consiguió más relieve la desesperada lucha de doble frente —contra el capital y el proletariado— que constituye el mejor terreno para los movimientos fascistas.

Ciertamente, cualquier formulación seria de los objetivos del partido, cualquier referencia concreta a los intereses respaldados por la ideología despertaba y reproducía las muchas diferencias y tensiones existentes en la clase media. Las soluciones de tipo corporativo-profesional merecían el recelo de algunos: especialmente, de los «recién ascendidos» trabajadores, dominados por sus instintos y tendencias sindicales. Con su giro antisocialista el NSDAP por fuerza tuvo que temer el verse obligado a una toma clara de postura por parte de las muchas agrupaciones de intereses allegadas a sus filas. La pregunta era hasta cuándo y de qué forma se podría mantener unido ese abanico de clases medias bajo un programa de agitación. Especialmente en 1932 aparecieron estas limitaciones al mismo tiempo que los primeros síntomas de decadencia del movimiento. Muchos coetáneos pensaron incluso en su inminente disolución como consecuencia del esperado descenso de la crisis o de una responsable participación en el gobierno. Sin embargo, de pronto y en el último momento se registró el salto al poder, que dispensó al NSDAP de todo tipo de responsabilidad democrática por su política práctica. En el marco de la nueva expansión económica mundial pudo cumplir aparentemente algunas promesas, generosamente difundidas por su labor de agitación. El hecho de que la crisis estructural de la clase media no fuera superada verdaderamente durante el Tercer Reich mediante la «reordenación de los estamentos» carecía de mayor importancia. En efecto, las consignas de 1933 habían cumplido ya su finalidad verbal. Con los instrumentos de poder conseguidos mediante una falta absoluta de escrúpulos, el NSDAP pudo situar el rígido monopolio del partido totalitario en el lugar de la vieja táctica de unificación de grupos, laboriosamente trabajada.

El triunfo de 1929

El NSDAP de 1928 era todavía un partido pequeño, aunque rígidamente organizado, que esperaba su oportunidad. Gracias a la victoria de Hitler sobre sus rivales y sobre algunas disensiones internas, logró mantener el curso legalista, poniendo todas sus esperanzas en una nueva radicalización del clima político. El interés de Hitler estaba fundamentalmente centrado en la política exterior y revisionista. Aquí descubrió la primera posibilidad de penetrar en el estabilizado marco de la República y modificar a su favor la situación

reflejada en los partidos vigentes y en el parlamento. Al igual que en su escrito (por aquel entonces sin publicar) sobre la política exterior del nacionalsocialismo (1928), en sus discursos y, en general, en la campaña propagandística —por ejemplo, en el congreso de jefes del partido en Munich (septiembre de 1928)— dirigió sus principales ataques contra la política exterior de Stresemann. Al mismo tiempo, declaró como principal recurso y primer objetivo de la política nacionalsocialista el «nacionalismo fanático», la concienzuda y sistemática destrucción de la fe en la comprensión internacional, en la Sociedad de Naciones y en la paz mundial. Declaró asimismo que el mundo sólo conoce un derecho, el derecho de la propia fuerza. La oportunidad tan esperada llegó con el enconamiento de la discusión en el marco de la política exterior y de revisión durante el verano de 1929.

La tenaz política de revisión gradual, seguida por Stresemann, había sido verdaderamente un éxito. Ello no impidió que el partido germano-nacional acompañara cualquier nuevo paso con los consabidos ataques contra la «política de cumplimiento». El «demasiado poco» o «demasiado tarde» con el que difamaban cualquier acuerdo, cualquier iniciativa, obstaculizó de nuevo el proceso de aproximación franco-germana y despertó así viejos recelos. Al mismo tiempo que los esfuerzos de Stresemann prometían un nuevo éxito parcial, la impaciencia de los resentimientos nacionalistas volvieron a hacer posible —por primera vez desde 1923— la formación de un poderoso frente de germano-nacionales y nacionalsocialistas. Tras prolongadas negociaciones, una comisión de expertos, presidida por el banquero norteamericano Owen D. Young, lograba una nueva regulación de los pagos alemanes en concepto de reparación de daños de guerra. Este acuerdo de julio de 1929 constituía un mal menor frente a las condiciones del Plan Dawes, aunque, naturalmente, no respondía en absoluto a los deseos alemanes. Con todo, Stresemann se declaró favorable, después de haber logrado combinar esta nueva reglamentación con la desocupación de Renania por parte de las tropas aliadas. Esta se produjo en el verano de 1930, cinco años antes de la fecha tope.

Sin embargo, incluso antes de la muerte de Stresemann (3 de octubre de 1929), acontecimiento verdaderamente trágico en medio de la situación vigente, la oposición derechista aprovechó las nuevas disputas libradas sobre el problema de las reparaciones de guerra para encargarse por sí misma de perpetrar el golpe contra la República. El 9 de julio de 1929 los germano-nacionales y jefes del *Stahlhelm,* desplegando una aparatosa campaña propagandística, crearon un comité del Reich encaminado a movilizar al pueblo contra el

Plan Young, comité al que se incorporaron activamente y sin tardanza los nacionalsocialistas, plenamente conscientes de la oportunidad que ello significaba. Objetivo de la operación era el triunfo de un proyecto de «ley contra la esclavización del pueblo alemán», cuyo autor era el diputado nacionalsocialista Frick. En el mismo se conminaba al gobierno del Reich a la supresión del artículo 231 del Tratado de Versalles y de todas las reparaciones, reclamándose además la inmediata retirada de los aliados de los territorios ocupados. Además, exigía condenar como traidor a todo ministro o representante gubernamental que firmara «acuerdos tributarios».

Esta iniciativa, tan radical como utópica, fracasó rotundamente. Sin embargo, la campaña desatada fue, tras la intervención en las revueltas del campesinado, la segunda magna oportunidad para el despliegue de la propaganda nacionalsocialista y el empleo de la organización del partido. Ante todo, sacó al NSDAP de su condición de grupo radical minoritario, y lo situó, como el grupo de combate más militante, en el marco de una influyente y financieramente poderosa coalición de la derecha antirrepublicana, que desde ahora se alistaba en la lucha contra la democracia de Weimar. Al frente de esta «oposición nacional» figuraba Alfred Hugenberg, incondicional del partido panalemanista y reaccionario de pocas luces, que, en cambio, disponía de considerables recursos financieros y, en general, de influencia. Había sido director de la factoría Krupp y ahora era dueño de un gran consorcio de editoriales de periódicos, de una agencia de noticias y de la mayor compañía de cine (Ufa). Hugenberg ejercía su influjo en un importante sector de la prensa conservadora, controlando además gran parte del dinero que afluía de la industria a los partidos de la derecha. El odio a la socialdemocracia y a la República democrática determinaban todo su pensamiento y hacer. En diciembre de 1928, tras la derrota electoral de los germano-nacionales, logró imponerse a la dirección, más moderada, del conde Westarp, obligando al DNVP a seguir un curso radical, que en la lucha contra el Plan Young alcanzó uno de sus puntos culminantes. Mientras que un ala conservadora se separó del partido, prestando su apoyo en 1930 al gobierno Brüning, Hugenberg se decidió a formar un frente común de lucha con Hitler.

Con ello el NSDAP, tanto tiempo menospreciado, encontró nuevo acceso a la sociedad y a los grandes recursos financieros, que repentinamente brindaban a la organización y propaganda del partido enormes posibilidades de desarrollo. Se reanudaban los contactos con Fritz Thyssen, y un número cada vez mayor de magnates de la economía empieza a interesarse por el NSDAP y las facultades de agitación pública de sus funcionarios. De nuevo, Hitler se convierte en el

solicitado «propalador» de siempre. Mas ahora se muestra más a la altura de los problemas y de las posibilidades que encerraba esta oportunidad. Pronto se convirtió en el más poderoso y ruidoso elemento de la recién formada «oposición nacional». Una vez más, sus asociados, tan seguros de sí mismos como deslumbrados, pensaban utilizarlo para sus propios fines y acabar por domarlo. Nadie podía equipararse ahora en dureza y desconsideración a la propaganda nacionalsocialista, dueña como era de extraordinarios recursos. Menos que todos sus aliados podía sentirse el NSDAP frenado por escrúpulos y consideraciones. Por su mayor radicalismo pudo convertir la campaña en un gran proceso de acusación contra el gobierno, los partidos democráticos y el «sistema». Al difamar a los políticos de la Gran Coalición llamándolos traidores de la patria y calificando sus propósitos revisionistas de «esclavización», el NSDAP canalizó el miedo ante la creciente crisis económica por los cauces de su radical propaganda dictatorial. Una oleada de odios, mentiras y calumnias se apoderó de la opinión pública alemana. Todo ello tuvo sus efectos, aunque evidentemente la lucha contra el Plan Young era para los nacionalsocialistas únicamente medio para el fin, es decir, la lucha contra la democracia. Para ello se recurrió a una serie de estupefacientes políticos —financiados en favor de Hitler— a cuya altura no estaban ya ni siquiera los probos germano-nacionales. Hugenberg siguió obcecado hasta el final, y con él muchos de sus colaboradores del partido y del *Stahlhelm,* especialmente el futuro aliado, Franz von Papen.

La reacción de la democracia fue débil, aunque al principio consiguiera aparentemente contrarrestar el ataque. Los gobiernos Müller y, más tarde, Brüning (desde finales de marzo de 1930) trataron de salir al paso de tales campañas a base de argumentos razonables y objetivos, infravalorando a todas luces el poder de las emociones y de la creciente influencia de aquellos que sabían movilizarlas. Ciertamente, la acometida de los radicales de la derecha careció exteriormente del éxito apetecido. A duras penas se consiguió el requerido 10 % de firmas contra el Plan Young y, por otra parte, el 30 de noviembre de 1929 el Reichstag derrotaba el radical proyecto de ley de la «oposición nacional» por la importante mayoría de 318 contra 82 votos. Asimismo, en el subsiguiente plebiscito (22 de diciembre de 1929) el citado proyecto fue apoyado únicamente por un 13,8 % del electorado. Era un número considerablemente más bajo que el obtenido por el DNVP y el NSDAP en las elecciones generales del Reich de 1928 (18,4 %). En Renania, región directamente interesada en este asunto debido a la posible combinación del Plan Young con la desocupación de este *Land,* se registraron resultados

comprendidos entre el 2 % y el 5 %, en tanto que la «oposición nacional» conseguía la proporción más elevada en Alemania Oriental: Pomerania (33 %), Prusia Oriental (26 %), Francfort (Oder) (24 %). No podía hablarse en todo caso de un «triunfo». Además, la escisión de los germano-nacionales moderados levantó un enorme revuelo, renunciando el conde de Westarp a la presidencia de la fracción parlamentaria. Esto aceleró más aún el proceso de radicalización del partido de Hugenberg. En creciente grado, Hitler fue ocupando el primer plano como el jefe más poderoso, más consciente y provisto del grupo mejor organizado de la derecha radical. La importancia de la campaña no radicaba precisamente en los resultados del plebiscito, sino en la plataforma que brindó a la labor de agitación de los nacionalsocialistas. Además, el desenlace del plebiscito proporcionó una vez más a los demócratas esa ilusoria seguridad que explica su infravaloración del NSDAP y las escasas defensas desplegadas en el futuro próximo.

Mas entretanto había hecho su entrada en el escenario alemán un segundo acontecimiento importante que habría de favorecer la posición recientemente conquistada por el NSDAP y permitir su conversión en movimiento popular. Nos referimos a la crisis económica mundial.

Un creciente paro, preludio de la crisis, pudo apreciarse ya entre los años 1928 y 1929. El colapso de la Bolsa de Nueva York aquel luctuoso viernes 24 de octubre de 1929 (sólo tres semanas después de la muerte de Stresemann) aceleró las consecuencias económicas, y sobre todo psicológicas, de la crisis. Estas consecuencias afectaron especialmente a Alemania. La reconstrucción económica descansaba fundamentalmente en créditos a corto plazo, que ahora eran denegados. Por otra parte, el recuerdo de la pasada catástrofe inflacionista creó una psicosis general que no tardó en reflejarse en el terreno político. La fatídica reacción consistió en vincular de nuevo aquella crisis progresiva con el Tratado de Versalles y el capítulo de las reparaciones, pese a que la situación mundial afectaba con la misma saña a la rica nación norteamericana y a Inglaterra. En tono triunfante los enemigos de la República proclamaban que habían tenido razón con sus viejas campañas contra la «esclavización» de Alemania. Muy poco auditorio tenían en cambio otras explicaciones más matizadas y acordes con la realidad. La crisis de la agricultura, que venía arrastrándose desde 1927, aceleró, por su parte, la reacción en cadena de descenso de producción, desempleo y derrumbamiento de empresas, agravando así el ambiente de catástrofe.

El gran corolario de la crisis económica fue el debilitamiento

de las organizaciones obreras, de los sindicatos. Con ello se atentó contra uno de los pilares de la democracia. El ejército de parados, que crecía a ojos vistas, escapó gradualmente a la influencia y control de los sindicatos. El número de sus afiliados decrecía, al igual que sus recursos financieros. El arma de la huelga fue perdiendo fuerza a medida que aumentaba la oferta de mano de obra. Análogos efectos sufrió el SPD, el partido más poderoso de la República, aliado de los sindicatos. Ya durante el año 1929, este partido empezó de nuevo a registrar con fuerza la tendencia a abandonar las responsabilidades del gobierno. Esta tendencia se vio afianzada por la postura de los partidos burgueses de coalición, especialmente el DVP, que tras la muerte de Stresemann se inclinó claramente hacia la derecha y abandonó la línea socialdemócrata del gobierno. Pero quizá lo más importante es que en torno a Hindenburg —quien hasta entonces había observado exteriormente lealtad a la Constitución— fueron madurando por primera vez una serie de planes que desde hacía tiempo habían merecido la consideración de escritores, juristas y militares de derecha y que giraban en torno a un régimen presidencial supraparlamentario o extraparlamentario.

En la crisis del invierno de 1929-30 pudo apreciarse con nitidez y casi de golpe que tampoco el período de «normalización» había proporcionado unos fundamentos sólidos a la democracia. El sistema de partidos mostraba nuevamente fuertes fallos en su funcionamiento. En la conciencia política de la población volvían a despertar los resentimientos contra el Tratado de Versalles, el desenlace de la guerra y los terribles recuerdos de la inflación. Sobre esta plataforma se montó ahora la labor de agitación nacionalsocialista, que, a partir de la campaña contra el Plan Young, pudo desatar ahora una ofensiva general contra el «sistema» de Weimar. De acuerdo con la vieja receta, la propaganda nacionalsocialista reducía todo el mosaico de problemas y las quejas inmediatas del día a un escaso número de causas, aparentemente muy comprensibles: los «criminales de noviembre» y los «partidos del sistema», los marxistas e internacionalistas, los beneficiarios de la economía y, en todo caso, los judíos. Tales eran los culpables de la nueva crisis. Esta fue más que bienvenida para los nacionalsocialistas, que aquí coincidían notoriamente con sus odiados hermanos del otro bando, los comunistas. Para ambos la crisis era necesaria e inevitable, pura consecuencia del régimen. Ambos manejaban a su manera una teoría de la depauperación, según la cual sólo la destrucción de la República democrática podría aportar la solución. Por ello, ambos trabajaban decididamente contra cualquier tentativa de mejorar la situación. En este sentido, la propaganda nacionalsocialista declaró insolvente al gobierno alemán, advirtiendo

al extranjero del peligro que suponía una ulterior ayuda financiera a la República. De modo reiterativo y con un declarado cinismo los dirigentes nacionalsocialistas confesaban sus simpatías por la crisis y por el progresivo deterioro de la situación política y económica, estando dispuestos a hacer cualquier cosa para agravarla más. Nada les disgustaba más que los éxitos alemanes en el problema de la revisión y reparación de daños de guerra, al que solían considerar culpable de toda la miseria.

Indudablemente, desde el año 1929, la evolución general daba pie suficiente a la crítica radical: retroceso de los ingresos fiscales, creciente penuria financiera del seguro de paro, enconamiento de la disputa entre los partidos en torno a la manera de cubrir el déficit. El SPD proponía una subida de impuestos; el DVP, reducción de las prestaciones sociales y de los sueldos. A finales de año, y con la dimisión de ministro de Hacienda Hilferding (SPD), se anunciaba ya la disolución de la Gran Coalición, la tendencia hacia una nueva transición a un gobierno burgués minoritario y la retirada del SPD de las responsabilidades del gobierno. Las desavenencias de los partidos democráticos y, sin duda, también la polémica acerca de la política social, concomitante del agravamiento de la crisis, constituyeron una oportunidad más de agitación antisindical y antimarxista para el NSDAP. En creciente grado, diversos medios de la economía y de las derechas conservadoras seguían con simpatía la militante labor de agitación del movimiento hitleriano, declaradamente «social» pero «antisocialista». Por ello, los «excesos» de aquél eran aceptados un tanto olímpicamente como penoso acompañamiento de un idealismo profundamente nacional.

En el curso del año y en medio de propicias circunstancias, la organización y las simpatías del NSDAP hicieron notables progresos. Había concluido ya el período de estancamiento y espera. La primera brecha conseguida pudo apreciarse claramente en el campo estudiantil [32]. Se dieron aquí cita el problema generacional, el entusiasmo activista por soluciones radicales, la actitud antirrepublicana de muchas Ligas estudiantiles y las malas perspectivas profesionales. En los primeros años de la posguerra el mundo de la Universidad había mantenido estrechos contactos con los cuerpos de voluntarios *(Freikorps)* y agrupaciones de defensa, prestando apoyo con sus agrupaciones de combate a la llamada Reichswehr Negra.

[32] Wolfgang Zorn: «Die politische Entwickung des deutschen Studententums», 1924-1931 *(Festschrift Ulrich Noack,* 1961), p. 296; *Nationalsozialismus und die deutsche Universität,* Berlín, 1966, pp. 24, 127, 156. H. P. Bleuel, E. Klinnert: *Deutsche Studenten auf dem Weg ins Dritte Reich,* Gütersloh, 1967.

Y este estilo nacionalista y derechista radical siguió siendo ahora un ruidoso elemento en la vida universitaria. Era cosa de buen tono situarse al margen de o contra «el sistema». Las nuevas promociones de estudiantes trataban de emular en lo posible a sus compañeros de los cursos inmediatamente posteriores a la guerra. En todo ello no dejó de tener su buena parte de influencia la distanciada o, incluso, negativa postura de muchos profesores que no podían sentirse a gusto en la democracia. Al respecto, tuvo más influencia todavía la estructura tradicionalista y exclusivista de la educación superior, a partir de la cual quedaban excluidos de la Universidad amplios sectores de la población, perpetuándose las agrupaciones de tipo conservador-reaccionario y favoreciendo tendencias radicalmente antidemocráticas. Tanto profesores como estudiantes se sentían aplastados por las transformaciones sociales de la época, viendo que su «status» y prestigio eran peligrosamente afectados por la política de la democracia. Una buena parte de las *Burschenschaften,* ligas y cuerpos estudiantiles de nueva creación, cultivaba el antisemitismo teórica y prácticamente. Se conjugaba aquí la venerable mentalidad de la época guillermina con los resentimientos de la posguerra, colmada de crisis.

De esta forma, sólo una pequeña minoría de grupos estudiantiles llegaron a formar un sindicato republicano. Frente al mismo se alzaba el poderoso «Hochschulring Deutscher Art» (Círculo universitario de estilo alemán), potente fusión de diversas asociaciones de orientación populista y nacionalista. Desde antiguo había sido miembro de la llamada «Unión de Agrupaciones Patrióticas». Impulsó la idea de la «Gran Alemania» y de la consiguiente anexión de Austria y Bohemia, así como de la incorporación de los alemanes extraterritoriales. Era un programa defendido también con argumentos racistas y en medio de una campaña radical contra la «judeificación» de las Universidades. Ya en 1924 llevaba el Hochschulring la voz cantante en numerosas Universidades: por ejemplo, en Königsberg, Greifswald, Rostock, Kiel, Gotinga, Hannover, Jena, Darmstadt, Karlsruhe, Erlangen y en la Escuela Técnica Superior de Munich. En consecuencia, este radicalismo habría de mantenerse luego vivo gracias a los permanentes conflictos con las autoridades académicas y en las Universidades, testigos presenciales de las actitudes y actividades antisemitas del ASTA, organismo de autogobierno estudiantil. En tanto que Baviera dejó que las cosas siguieran su curso, C. A. Becker, ministro de Eudación de Prusia, se ocupó seriamente del asunto, tratando en 1927 de limitar la autonomía del ASTA e impidiendo la discriminación contra los estudiantes «no arios». El desenlace de la intervención fue una mayor radicalización, proliferación de los

tumultos y una creciente penetración de la propaganda nacionalsocialista. De este modo, ya en 1929, al celebrarse las elecciones del ASTA, pudo apreciarse una enorme irrupción nacionalsocialista en las Universidades, que anticipó y aceleró el desarrollo general de los acontecimientos. La Asociación Nacionalsocialista de Estudiantes Alemanes (NSDStB) había conseguido entretanto un peso considerable mediante la cooperación con otros grupos de la derecha, a los cuales supo hábilmente manejar. Finalmente, no sólo conseguiría granjearse el partido de las distintas agrupaciones populistas y nacionalistas, sino hasta de la Asociación General de Estudiantes, cada vez más radicalizada.

En un principio, la mayoría de los estudiantes no organizados se mantuvieron políticamente indiferentes. Luego, el creciente ascenso de una «oposición nacional» habría de recoger en este mismo terreno óptimos frutos. La falta de contactos de la juventud —¡llamada a ocupar posiciones de mando!— con el Estado democrático encontró su expresión en una prolongada serie de escándalos y disturbios. A partir de 1928 adoptaron éstos un carácter nacionalsocialista, yendo dirigidos especialmente contra profesores poco queridos «racial» y políticamente. No precisamente el Día de la Constitución de la República, que jamás tuvo fuerza simbólica alguna, sino la «conmemoración de la creación del Reich» del 18 de enero definía el perfil político en la Universidad, presa todavía del mito bismarckiano, furibundamente mantenido. Las medidas adoptadas por el Estado resultaban demasiado débiles, debido en parte a la deficiente educación política de la masa. La «libertad académica» beneficiaba principalmente a la idea antidemocrática y a la causa de la reacción y del nacionalismo extremo.

Por doquier irrumpían los grupos nacionalsocialistas a costa principalmente de los germano-nacionales y pronto también de las agrupaciones moderadas. Unicamente los pequeños grupos de izquierda pudieron mantener sus posiciones. Ya a comienzos del año 1930 los representantes nacionalsocialistas se habían quintuplicado en Leipzig; en Greifswald se pusieron a la cabeza de todos los grupos restantes. Las Universidades menos infectadas eran Bonn, Munich, Würzburg y Hamburgo.

Antes incluso que en el marco de las asociaciones de juventudes el NSDAP se apuntó sonados triunfos en el campo de las corporaciones mediante la labor de asimilación e infiltración. La actividad de sus seguidores contrastaba eficazmente con la acostumbrada pasividad del alumnado moderado o políticamente indiferente, circunstancia que proporcionó a los grupos radicales un peso que numéricamente no les

correspondía. Estas actividades fueron apoyadas con todos los medios disponibles por la prensa del partido nacionalsocialista, acusando, por ejemplo, a los estudiantes germano-nacionales de pactar con el SPD, o provocando a las autoridades académicas y ganándose de este modo el partido de los exaltados estudiantes. La tolerancia de los organismos competentes hizo que el ASTA se convirtiera ya en 1930 en verdadero campo de acción para las ruidosas empresas nacionalsocialistas. De esta manera, las elecciones al ASTA desembocaron en un gran triunfo del radicalismo de la derecha, antes incluso del triunfo que se apuntó el NSDAP en las elecciones generales del Reich de 1930. En Erlangen y Greifswald los nacionalsocialistas conseguían ya en 1929 la mayoría absoluta. Lo mismo ocurría en 1930 con Breslau, Giessen, Rostock, Jena, Königsberg, así como la Escuela Técnica Superior y la Escuela de Veterinaria de Berlín. En otros centros se llegó casi al 50 %. También en la Escuela Técnica Superior de Munich iban madurando las cosas a satisfacción de los nacionalsocialistas. En julio de 1930 el ASTA agradecía unánimemente al entonces ministro Frick, de Turingia, por el nombramiento de F. K. Günther como profesor de una cátedra de investigación racial en Jena en contra de la voluntad de la Universidad. Al mismo tiempo, se reclamaba la creación de tales cátedras en las Universidades restantes. Esta evolución se agudizó más aún al año siguiente (1931), en medio de una afluencia electoral poco común. El NSDStB disponía ahora en numerosas Universidades de una mayoría de escaños en el ASTA. Hay que notar que las Escuelas Técnicas habían superado en la mayoría de los casos a las Universidades. Ahora fue el grupo germano-nacional el que sufrió los mayores reveses. El tradicional retraimiento de la juventud académica iba ahora de la mano con el enajenamiento del movimiento de juventudes. Era un hito psicológico de la pérdida de poder de la democracia. Su alcance pesó mucho más que el persistente recelo y la oposición contra el «sistema» por parte del ejército, la burguesía, la burocracia oficial y la economía.

En el momento en que Hitler, aliado con Hugenberg, conseguía una decisiva penetración en la opinión pública alemana, el NSDAP se dispuso a demostrar por primera vez en un verdadero espectáculo de masas el creciente poderío de su organización. El congreso del partido celebrado del 3 al 4 de agosto de 1929 en Nuremberg supo atraer como nunca a funcionarios, seguidores y formaciones de la SA, procedentes de todas las partes de Alemania. En medio de una perfecta organización y tras una esmeradísima preparación —35 trenes especiales llegaron a Nuremberg— se habían fijado hasta los últimos detalles del congreso. De nuevo se procedió a la inauguración de 24

nuevos estandartes de la SA, en su mayoría para Schleswig-Holstein, Austria y Baviera. Por Nuremberg desfilaron unos 30.000 miembros de la SA, grupos de las Juventudes Hitlerianas y, finalmente, las SS, todavía de muy modestas proporciones, bajo la presidencia de su nuevo jefe, Himmler. Otros momentos cumbre fueron el acto de conmemoración de los héroes, con Ritter von Epp, y un gran discurso de Hitler. También una serie de magnates de la economía —entre ellos Emil Kirdorf, potentado del hierro y del carbón e invitado de honor a Nuremberg— quedaron fuertemente impresionados. El congreso marcó el final del período de reconstrucción del partido y de la SA, al mismo tiempo que la transición a la época de la organización y manifestaciones en masa. A finales de 1929 la SA contaba ya con el potencial de la Reichswehr (100.000 hombres). Además, con el fuerte impulso conferido en otoño de 1929 a la campaña propagandística, el NSDAP logró apuntarse de nuevo grandes triunfos en el electorado alemán.

Aunque, indudablemente, el plebiscito contra el Plan Young fracasó, las estadísticas electorales demuestran que tal fracaso fue propiamente un revés de los germano-nacionales. En las elecciones regionales celebradas durante estos meses el NSDAP consiguió grandes avances en Sajonia, Turingia, Mecklenburg, Baden, Lübeck, Braunschweig y Prusia. El 18 de mayo de 1929 un 5 % del electorado sajón votó por el partido de Hitler. Un año después (junio de 1930) era ya el 14,4 % y en septiembre de 1930 un 21,5 %. En las elecciones de Turingia del 8 de diciembre de 1929 el NSDAP había llegado a acumular un 11,3 % de los votos, en comparación con el 4,6 % conseguido en 1927. En Turingia precisamente se logró por primera vez la participación en un gobierno de coalición: Wilhelm Frick, el golpista de 1923, fue el llamado a ocupar el cargo de ministro del Interior de este *Land*. Inmediatamente se encargó de alistar a nacionalsocialistas en las filas de la policía, provocando más tarde un conflicto entre Turingia y el Reich. La ciudad de Coburg fue incluso testigo de una mayoría nacionalsocialista en el concejo de la ciudad. El partido se convirtió en foco de atracción de las masas. A finales de 1929 el NSDAP contaba con 178.000 miembros, y en marzo de 1930 eran ya 210.000. La propaganda nacionalsocialista responsabilizó del fracaso del plebiscito a la impotencia de los germano-nacionales, ya divididos. Por su parte, Hitler salía al paso de ciertas críticas internas de su partido (sobre todo, del bando de Strasser) dirigidas contra la alianza pactada con los «reaccionarios» en torno a Hugenberg invocando los anteriores triunfos tácticos; y en el futuro tampoco mostró escrúpulos a la hora de romper una y otra vez la alianza «nacional» cuando se sentía suficientemente fuerte. Por

ello, en junio de 1933 aniquilaba totalmente al DNVP, después de que éste cumpliera su fatídica misión en la «toma del poder».

Mucho antes de las tran traídas elecciones generales del Reich de septiembre de 1930 había empezado ya a dibujarse aquel triunfo que en el plazo de tres años llevaría al poder absoluto a un partido minoritario e insignificante.

Capítulo 4

LA MARCHA AL PODER

Del conjunto de causas que desde 1929 y en forma acelerada impulsaron la marcha al poder del nacionalsocialismo, destacan cuatro grandes constelaciones:

1. La radicalización del partido germano-nacional después de la llegada de Hugenberg facilitó a Hitler el acceso a la gran sociedad y a la influencia política y recursos financieros de tales círculos, y le permitió hacerse fácilmente con el mando de una nutrida «oposición nacional» contra Weimar. De forma parecida a 1923, Hitler operó en el marco de las agrupaciones patrióticas, aunque ahora con la firme voluntad de no dejarse rebasar de nuevo por sus asociados.

2. La aparición de la crisis económica con los consiguientes descalabros de las pequeñas empresas y el creciente paro sembró en la clase media y en el campesinado un pánico aún mayor que durante la inflación. En el plano político dicho pánico se volvió contra el Tratado de Versalles y la cláusula de las indemnizaciones. En el plano económico-social se manifestó en forma de temor —especialmente de la pequeña burguesía— a hundirse más todavía en el nivel del proletariado; y en el plano ideológico, en forma de miedo al fantasma del comunismo. Parecía que la alternativa más clara y simple la brindaba la propaganda nacionalsocialista, que era, a la vez, revisionista, antimarxista y anticomunista.

3. Las nuevas crisis de gobierno tras la muerte de Stresemann allanaron el camino para una quasi-dictadura extra-parlamentaria que mermó la influencia de los partidos democráticos en beneficio del Presidente del Reich, de las Fuerzas Armadas y de la burocracia, habituando la opinión pública a la idea de soluciones dictatoriales. Con el desvanecimiento de la responsabilidad democrática a partir de los cambios de gobierno de 1930 y de 1932, que redujeron la política al régimen de legislación de emergencia, fue desvaneciéndose también la esperanza de una solución democrática de la crisis. El consiguiente vacío de poder brindaba al radicalismo de la izquierda y, sobre todo, de la derecha, amplio campo de acción.

4. Indudablemente, la técnica de la toma del poder por los nacionalsocialistas se guió en sus comienzos por el ejemplo del fascismo italiano de 1922. Sin embargo, en Alemania se emplearon más decisiva y eficazmente los modernos recursos de la comunicación de masas, así como una combinación de coerción y convicción, de terror y propaganda, de medidas pseudolegales, del engaño y la violencia. Ningún otro partido se encontraba preparado para este asalto. A la confianza en el marco institucional y tradicional opusieron los nacionalsocialistas el poder de los hechos consumados y de los repentinos éxitos aparentes, sublimados siempre por la propaganda. Y una vez lograda la toma del poder, un régimen de estas características apenas puede ser combatido desde el interior, aun cuando, al principio, sólo un número reducido de puestos gubernamentales se encontrara en manos de los fascistas (1922) o de los nacionalsocialistas (1933). La suerte está ya echada en los prolegómenos de la toma del poder. Luego sólo queda la alternativa de un derrocamiento del régimen desde fuera.

Crisis de la democracia

Desde 1929 la evolución política se encontraba embrutecida en creciente grado por las consecuencias psicológicas del desempleo, que seguía el curso aceleradamente ascendente. A tenor de las cifras oficiales —con exclusión de los parados a corto plazo y de los no registrados— el desempleo afectaba en septiembre de 1929 a un total de 1,3 millones de personas. Un año después se llegaba a los 3 millones, en 1931 a 4,35 millones y, finalmente, en 1932 a 5,1 millones. En las temporadas de invierno 1931-32 y 1932-33 se sobrepasó incluso los 6 millones. Prácticamente la mitad de las familias alemanas se veían afectadas por el paro, que cayó tanto sobre los empleados y la pequeña burguesía como sobre la clase obrera. Pero indu-

dablemente, desde el punto de vista del prestigio, aquellas dos primeras capas sociales tenían más que perder. Se sentían peor organizadas y amenazadas en su «status». Al proceso de radicalización izquierdista, cuyo beneficiario fue el KPD comunista, opusieron la huida a la derecha, de la que se aprovechó principalmente el partido más radical.

Sin embargo, las condiciones «objetivas» de la crisis de la economía no pueden explicar completamente el hecho de que la crisis económica derivara en una crisis social y política: y, en último término, en una crisis de Estado que destruyó el sistema democrático. Más significativo todavía fue el hecho de que a diferencia de Inglaterra o de los Estados Unidos —países no menos afectados por la crisis— el gobierno, los partidos, las asociaciones, los militares y escritores acogieran la evolución de los acontecimientos en parte pasivamente y en parte incluso con tono de triunfo, celebrándola como la crisis del «sistema». La inexperiencia política, la escasa familiaridad con el funcionamiento de la democracia parlamentaria y los residuos de un pasado jerárquico y autoritario tuvieron fatales consecuencias.

Ciertamente, la irrupción de la crisis económica brindó a las fuerzas destructoras del radicalismo antidemocrático, pasajeramente reprimidas, la gran oportunidad del triunfo. Sin embargo, la evolución política, cuyo desenlace final fue la derrota de la República por el nacionalsocialismo, no era inevitable. Bajo semejantes circunstancias el Presidente Ebert había conseguido en 1923 salir eficazmente al paso de los adversarios radicales. El hecho de que la crisis de 1929-1933 discurriera de forma diferente no puede explicarse únicamente por razones económicas ni considerarlo como la «consecuencia de la democracia»: en efecto, Hitler no llegó nunca al poder ayudado por una mayoría parlamentaria. En esta situación revistieron enorme importancia la actividad política y la influencia de prestigiosos críticos y adversarios de la República que se movían en un marco declaradamente individual. Esto atañe no sólo a Hitler y Hugenberg, sino, casi con mayores títulos, a las personas situadas al frente del Estado: por ejemplo, Brüning y sus bienintencionados fallos. Es preciso incluir asimismo a aquellos individuos que, a su manera, equivocada y ambiciosa, «hicieron historia»: Schleicher, Papen, Hindenburg, padre e hijo, y su adlátere, Meissner, que resistiera con éxito todos los cambios de gobierno habidos. Los años críticos de 1920-23, testigos de no menos graves dificultades en el interior e indudablemente más graves en el exterior, transcurrieron sin detrimento alguno para el orden democrático, gracias al equilibrado mando del Presidente Ebert. Esta misma tarea recaía ahora sobre un viejo mariscal de campo del Imperio, ensalzado por la leyenda, aunque militarmente

derrotado y políticamente inexperto. Pese a su lealtad de un principio, Hindenburg estaba animado de una profunda aversión hacia la política civil y, naturalmente, republicana. Desde el estallido de la nueva crisis fue progresivamente impulsado por sus consejeros al sendero de los experimentos autoritarios y extraparlamentarios.

El pretexto fue la legislación de emergencia reflejada en el artículo 48 de la Constitución de Weimar. Los amplios poderes dictatoriales del Presidente en tales casos de excepción habían sido dictaminados en la crisis de la posguerra por los padres de la Constitución y utilizados además en este sentido. Desgraciadamente, faltaban una delimitación y un control suficientes. Cierto es que el Reichstag, el Parlamento, podía reclamar la supresión de tales «medidas» de excepción. Sin embargo, el Presidente llevaba siempre ventaja, ya que poseía la autoridad necesaria para disolver el Parlamento. Puesto que además podía, al margen del Parlamento, nombrar o destituir al Canciller y al gobierno, estaba prácticamente facultado para gobernar sin control alguno por parte del Reichstag. La combinación de estas tres atribuciones presidenciales, que en la época de Ebert redundaron todavía en beneficio del orden democrático, hizo posible, en manos de Hindenburg, una prolongada cadena de acontecimientos desde 1930: la eliminación del parlamento, los experimentos autoritarios de Papen y Schleicher, la unificación *(Gleichschaltung)* * de Prusia y, finalmente, el rumbo terrorista de un gobierno minoritario presidido por Hitler.

También aquí se destaca claramente la importancia del factor personalista. Indudablemente, la transición de la democracia parlamentaria al sistema de un partido único se inició con la caída de la Gran Coalición en la primavera de 1930, es decir, con el fracaso de ambas alas de la coalición ante la tarea del compromiso político. También es preciso destacar, sin embargo, la influencia de grupos de interés antagonistas en los partidos en pugna: por una parte, el influjo de las asociaciones de empresarios, que fundamentalmente respaldaban el DVP y que ahora ya no podían ser contenidas por Stresemann y sí movilizadas por el Jefe de los germano-nacionales, Hugenberg; por otra parte, el de los sindicatos, tan propensos a las crisis. Estos impulsaron al SPD a abandonar un gobierno tan impopular, obligándole, al mismo tiempo, a seguir una política de tolerancia aún menos popular y sin ninguna posibilidad de influjo político. Sin embargo, la crisis de gobierno tuvo un alcance fatal sólo después de

* En los Estados autoritarios, *Gleichschaltung* es tanto como unificación de todas las manifestaciones vitales en el terreno político, económico y social. Bajo los nazis, fue introducida con la ley de unificación de los estados del Reich (31-III-1933).

que el mando de las Fuerzas Armadas y los consejeros conservadores de Hindenburg hicieran suya la crítica de muchos juristas y escritores contra la democracia de partidos y el parlamentarismo; crítica que fue condensada en un plan de reforma autoritaria de la estructura política, en la constitución de un rígido régimen presidencial situado «por encima de los partidos», que se orientaría claramente a la derecha.

Se trataba, en fin, de una serie de propósitos cuya finalidad era afianzar la primacía del ejecutivo, hacía tiempo iniciada, frente al legislativo. A ello iban encaminados aquéllos con toda insistencia y con todos los peligros de falta de control y destrucción de la voluntad democrática. Con el gobierno Brüning, que actuó dos años enteros a base únicamente de decretos presidenciales, el parlamento se vio limitado a un papel puramente negativo, quedando al mismo tiempo consagrada la primacía de la burocracia. El Presidente y las Fuerzas Armadas apuntalaban un rumbo por el que, en ausencia de una voluntad parlamentaria, la opinión pública escapaba progresivamente a todo control. En consecuencia, aumentó el poder de atracción de la propaganda radical y se aceleró la marcha triunfal de los movimientos de masa extremistas. Estos apelaban a los instintos e intereses más heterogéneos, prometiendo a todos el sólido orden de la dictadura de una clase o de un caudillo.

En este punto siguen convergiendo aún hoy las opiniones. Muchos intérpretes de la Historia, indudablemente la mayoría conservadora, se inclinan, en vista de las continuas dificultades de coalición y de los constantes cambios de gobierno, a justificar o aceptar este intervalo autoritario como inevitable consecuencia de una irremediable crisis estructural de la democracia de partidos. Sin embargo, en contra de esta opinión es preciso destacar que desde finales de 1929 no se ensayó ya seriamente la alternativa parlamentaria al experimento presidencial [1]. A partir de entonces, los gabinetes se sucedieron con rapidez asombrosa y sin negociación de partidos: todos, gabinetes supraparlamentarios, propiedad de Hindenburg. Con ello, se privaba al parlamento y a los partidos de todo tipo de obligación a la cooperación constructiva, del deber de buscar el compromiso y constituir mayorías funcionales, en fin, del fundamento mismo de su existencia en la democracia. La cómoda salida del régimen presidencial paralizó su actividad y su conciencia de responsabilidad. Y esta fácil solución proporcionó también los fundamentos para una pro-

[1] En torno a esta controversia, cf. K. D. Bracher: *Deutschland*, p. 33, y también *Nationalsozialistische Machtergreifung*, p. 35, y *Von Weimar zu Hitler*, Colonia-Berlín, 1968, p. 69.

paganda antidemocrática, dictatorial y reformista, que invocando la crisis parlamentaria y económica podía proclamar la transformación autoritaria del Estado como la exigencia del momento. Finalmente, la solución del régimen presidencial constituyó un gran pretexto para la táctica nacionalsocialista de alcanzar la total subversión por cauces pseudolegales. El mismo nombramiento de Brüning obedeció completamente al dictado presidencial, ignorando conscientemente la existencia del parlamento. Poco más tarde, en julio de 1930, Brüning dispuso también la disolución del parlamento, que no quería seguirle ya en su política de decretos de excepción; y esto ocurría precisamente en el momento en que la crisis se agravaba.

Con ello, el Reichstag se limitaba definitivamente a desempeñar un papel pasivo. En efecto, la elección de septiembre de 1930, tan precipitada como innecesaria, afectó negativamente la composición del Reichstag. Con el enorme avance de los diputados nacionalsocialistas (de 12 a 107) se confirmó cuán fatal fue la inoportuna decisión de Brüning. De ello puede sacarse también la lección de que la democracia moderna no puede renunciar a una esmerada observación de la opinión y del proceso electoral. He aquí los factores que contribuyeron al agravamiento de la crisis: la prematura disolución de un parlamento opuesto al rumbo de legislación de excepción, aunque en absoluto radicalizado todavía, en el momento de una crisis económica ascendente y con el resultado de una grave derrota de los partidos dispuestos a la cooperación; la fatal yuxtaposición de un gobierno semidictatorial, un parlamento marginado y una radicalización de la opinión pública; finalmente, la creencia de que podría solucionarse la crisis interior mediante un éxito en política exterior. Todo esto agravó más aún la crisis y no fue —como se afirma con insistencia— una simple y natural consecuencia de aquélla o incluso el único remedio «político-estatal» posible.

En efecto, ahora es cuando el Reichstag carecía de toda posibilidad de acción, en tanto que el gabinete presidencial, desde un principio divorciado de una auténtica representación de la voluntad del pueblo, era rechazado más que nunca como un cuerpo extraño, un gran aparato burocrático. La experiencia de Weimar es un gran signo de interrogación a la opinión tan difundida de que una situación de crisis reclama un gabinete de expertos sin vinculación parlamentaria alguna. En todo caso, desde 1930 la existencia de un gobierno presidencial autoritario, alejado de la opinión pública, reforzó sensiblemente la marcha hacia el radicalismo. Puesto que Brüning, a diferencia de la política de crisis inglesa, renunció definitivamente a la formación de un gobierno de amplia base parlamentaria, la opinión pública ya no consideraba posible influir en la política a través del par-

lamento y de los partidos democráticos. En la búsqueda de posibilidades de franca oposición, la clase media, propensa a la crisis, y los campesinos se agolparon en torno al nacionalsocialismo, sumamente generoso en las promesas, mientras que las masas trabajadoras depauperadas se refugiaban en los antípodas de la derecha, los comunistas.

Lo que en este contexto parece notorio es la reacción de la democracia a la imponente crecida de los partidos totalitarios, que en el verano de 1932 lograrían efectivamente una «ficticia mayoría» de oposición destructiva en el Reichstag. Fundamentalmente, había dos maneras de hacer frente a la amenaza: posibilitar a los nacionalsocialistas la participación en un gobierno parlamentario, una vez tomadas las precauciones oportunas, y limitar así sus cómodas posibilidades de oposición; o bien intervenir decididamente, tanto jurídica como políticamente, contra sus actividades antidemocráticas. En realidad nada ocurrió, aun cuando apenas hubiera dudas acerca de la táctica de camuflaje legalista de la dirección del nacionalsocialismo. Prescindiendo de cómo se juzgue en una democracia la prohibición de partidos, el carácter fundamentalmente antidemocrático y antiparlamentario del movimiento nacionalsocialista daba sobradamente pie para una intervención tanto jurídica como constitucional. Pronto pudo apreciarse de modo evidente el fracaso de la Justicia, su actitud, entre resignada y enemiga, frente a la República. En el otoño de 1931 la Audiencia General del Reich desestimaba sin más una denuncia contra los planes de subversión terrorista por parte del nacionalsocialismo, según quedan rotundamente constatados en los llamados «documentos de Boxheim».

Tal era la realidad. Indudablemente, tanto el gobierno del Reich como los distintos gobiernos regionales disponían de planes, proyectos y suficiente material de pruebas; se procedió también a la adopción de ciertas medidas de reglamentación y algunas represalias regionales. Sin embargo, una y otra vez fue aplazándose u omitiéndose la aplicación de una réplica efectiva que, al mismo tiempo, habría ilustrado a muchos medios sobre el sentido y funcionamiento de la democracia. Ello se debió a la falta de seguridad propia más que a una arbitraria supravaloración de fuerza y recursos. Y esto afecta no sólo al gabinete Brüning sino también a los diferentes estados del Reich gobernados democráticamente. En la primavera de 1932 pudo apreciarse de golpe las consecuencias de esta inmovilidad para la rápida subversión interna de la República, así como los inconvenientes derivados de los momentos autoritarios del gobierno Brüning. Por una coincidencia, en absoluto fortuita, Brüning perdió el apoyo de los dos grandes soportes de su política tecnocrática, semiparlamentaria y semiautoritaria —el Presidente y las Fuerzas Armadas— aunque

es discutible el grado de participación en esta fatal caída del gobierno por parte de los distintos elementos complicados en el asunto: Fuerzas Armadas, grupos de interés agrarios e individuos ambiciosos. Una vez vencido el período presidencial (7 años) de Hindenburg, el mismo Brüning acarició incluso la idea de una restauración de la monarquía tras una regencia provisional de Hindenburg. Después del fracaso de sus conversaciones con Hitler y Hugenberg se declaró finalmente partidario de la reelección del Presidente, que ya contaba con 84 años de edad. Su último triunfo consistió en haber obtenido con tal fin el favor de los partidos de su «mayoría tolerante», desde los socialdemócratas hasta la derecha moderada, asegurándose así en abril de 1932 una clara victoria sobre las ambiciones nacionalsocialistas. Aparentemente paradójico, aunque realmente característico de la infructuosa continuación de la alternativa parlamentaria, fue también el hecho de que la mayoría del Reichstag derrotara hasta el final todos los votos de censura contra el gobierno. Este se veía amenazado más bien por sus antiguos defensores, partidarios de una solución no parlamentaria.

Cuando, en medio de esta situación, el ministro del Interior en funciones, el general Groener, prohibía la SA, asestando así al NSDAP el golpe hacía tiempo merecido, se puso repentinamente en evidencia la enorme pérdida de poder de las instituciones y fuerzas democráticas: Hindenburg exigió, bien una prohibición simultánea del grupo de abanderados de la República, o bien la retirada de la prohibición de la SA. Finalmente, consiguió que Groener dimitiera, una vez que Schleicher diera a entender que la política de Brüning ya no contaba con la confianza de la Reichswehr. Con Groener, ministro de la Reichswehr de 1928 a 1932, cayó uno de los pilares del gobierno. Más tarde caería también Brüning por influencia del contorno latifundista de Hindenburg, inquieto por una serie de proyectos de colonización de tierras. La dimisión de Brüning supuso el final de una versión todavía semidemocrática del sistema presidencial. Para el mando de la Reichswehr, la resistencia de Brüning a incorporar el potencial nacionalsocialista en una solución autoritaria constituyó la razón primordial para promover la desastrosa caída del gobierno el 30 de mayo de 1932. Aparte de los intereses agrarios, para la camarilla de Hindenburg fue la voluntad de acelerar el rumbo antiparlamentario el primer factor que impulsó aquella caída. Por primera vez, ésta se había producido sin la intervención del parlamento y de los partidos, tan sólo mediante un dictamen del Presidente. Sólo seis semanas después de su reelección, Hindenburg, personificación de la «lealtad militar», se distanció bruscamente del voto de

su electorado democrático, prestando su apoyo a un grupo que acababa de impugnar decididamente su candidatura.

Con una rapidez y ligereza mayores aún que en otro tiempo con el gobierno Brüning, fue constituido el 31 de mayo de 1932 el nuevo gabinete del político Papen, renegado del partido del centro; y haciendo caso omiso de su unilateral orientación a la derecha, el nuevo gabinete fue proclamado expresamente gobierno «nacional por encima de los partidos». Su objetivo consistió en la concreción de la transformación autoritaria, que ahora fue impulsada a base de recursos muy diferentes a los utilizados en el experimento de Brüning. Prescindiendo ahora de todo tipo de crítica a la política de excepción y deflación de Brüning, bien cabe afirmar, siguiendo a Arnold Brecht, que muy pocas veces habrá existido un gabinete que haya errado con tan buena conciencia como el gobierno Brüning [2]. Brüning fue tolerado hasta el final por una mayoría del parlamento, al que tanto arrinconó aquél durante su mandato; su caída, en cambio, se debió precisamente a la acción de sus antiguos defensores. Papen obró muy de otro modo. Abandonó la táctica de tolerancia parlamentaria para proclamar el establecimiento de un «nuevo Estado», basado en el prestigio de poder de Hindenburg y en las «fuerzas nacionales». El objetivo era realizar por fin esa solución autoritaria perseguida desde hacía tanto tiempo, y realizarla en el plano político y en el institucional. De acuerdo con opiniones recogidas en círculos allegados a Papen, la idea perseguida era la de un Estado caudillista-presidencial, aristocrático y articulado corporativamente. Dispondría de una Cámara Alta convocada por Hindenburg y de una Cámara Baja constituida de acuerdo con un sistema de elecciones pluralistas en lugar de generales. Con ello se consagraría la «dominación de los mejores» en vez de la forma parlamentaria y democrática de «dominación de los inferiores». En la medida en que se pueden extraer ideas claras de la confusión ideológica de aquellos defensores del «nuevo Estado», puede afirmarse que con ello se otorgaban a la incontrolada autoridad de Hindenburg y a su camarilla plenos poderes de decisión, mientras que los residuos parlamentarios de ambas Cámaras se limitarían a un papel meramente consultivo y declamatorio. Nunca llegó a realizarse tal reforma autoritaria de la democracia, cuyo propósito era, al mismo tiempo, el bloqueo y control de las intenciones totalitarias de cuño nacionalsocialista. Sucedió, sin embargo, que las ilusorias tentativas de limitar y contener la revolución nacionalsocialista habrían de desempeñar todavía un fatídico papel.

[2] Arnold Brecht: *Vorspiel zum Schweigen,* Viena, 1948, p. 61.

Desde un principio, Papen trató de buscar la cooperación con Hitler. Con esta finalidad se hizo al NSDAP una serie de concesiones previas que ponían de manifiesto la ruptura fundamental con el curso moderado seguido por Brüning. La primera concesión fue muy bienvenida para los estrategas nacionalsocialistas: la disolución del Reichstag el 4 de junio de 1932, sin dar tiempo a que aquél pudiera reunirse y expresar su voto —indudablemente negativo— en relación con el rumbo del nuevo gobierno. Con ello se ponía fin al período de decretos de emergencia tolerados por el parlamento. Siguió luego otro período en el que el régimen de resoluciones de emergencia se practicaba completamente al margen de los organismos representativos, procediendo a descartar directamente la intervención del parlamento mediante su reiterada disolución. A diferencia de Brüning, Papen pisó sólo una vez el edificio del Parlamento, nuevamente electo; fue únicamente en una sesión de trabajo del mes de septiembre de 1932. También aquí, sin pronunciar palabra, respondió al estruendoso voto de censura (512:42 votos) con una nueva disolución del parlamento.

La segunda y precipitada concesión previa al tan buscado NSDAP fue la supresión de la prohibición de la SA del 16 de junio de 1932. Con ello se originó un conflicto entre Papen y los gobiernos de los diferentes *Länder* que habían solicitado de Groener la prohibición de la SA. Puesto que la policía se encontraba bajo la incumbencia de los estados federales *(Länder)*, éstos tuvieron que encargarse también de la contención de sangrientas refriegas callejeras entre los radicales de izquierda y de derecha, que de nuevo se libraban con desconocido encono. También aquí se ponía de manifiesto la impotencia de un gobierno que, sin gran apoyo por parte de la población, trataba de llevar a la práctica sus planes de reforma reaccionarios. Cuán diferentes eran los métodos de este gobierno con respecto a los del gobierno Brüning, todavía estrictamente situado en el marco de un Estado de derecho, pudo evidenciarse rotundamente por el tercer gran momento, que, sin duda, constituía algo más que una simple concesión al NSDAP: más bien era pura expresión del nuevo rumbo adoptado por Papen. El momento fue el golpe de Estado del 20 de julio de 1932 en Prusia. Puesto ya de manifiesto lo ilusorio de las esperanzas cifradas en el apoyo nacionalsocialista del experimento de Papen, y como quiera que incluso antes de la realización de sus autoritarios postulados el «nuevo Estado» había desembocado ya en un callejón sin salida y en el aislamiento general, Papen, apoyado por el Presidente del Reich y las Fuerzas Armadas y recurriendo a la acción violenta, trató de salvar aquel aislamiento político poco antes de las temidas elecciones generales. Con la conquista del poder en

Prusia pensaba afincar su autoridad, al menos en un territorio que constituía las tres quintas partes de Alemania.

En el fondo latían las generales demandas de reforma del Reich. En realidad, el dualismo Reich-Prusia era un importante fallo estructural de la República de Weimar. El problema era doblemente candente por la penosa situación en que se encontraba en Prusia el viejo gobierno de la coalición de Weimar, presidido por los socialdemócratas Braun y Severing. Desde las elecciones regionales de abril de 1932 tan sólo contaba con una minoría parlamentaria. La posición de dicho gobierno era la de mero órgano gestor, no contándose con un gabinete sobre las bases de una mayoría constructiva. Sin embargo, el motivo político decisivo de la acción del Reich contra Prusia, basada en el artículo 48, obedeció a un intento desesperado de Papen de reforzar ostensiblemente la base del poder de su régimen, desesperadamente aislado, por medio de una acción conscientemente autoritaria que sería aceptada —tales eran sus cálculos— con admiración y simpatía o con un santo temor. De esta manera pretendía al mismo tiempo granjearse el apoyo y el respeto de los nacionalsocialistas.

Para el mismo Papen fue algo sorprendente la rápida y resignada retirada de los mandatarios prusianos, que limitaron su oposición a tan ilegal medida con un proceso judicial, tan prolongado como políticamente inocuo. El golpe de Estado en Prusia (20 de julio de 1932) ponía así de manifiesto cuán crónica era la pérdida de poder de las fuerzas democráticas y lo poco que se precisaba ya para el aplastamiento autoritario y totalitario de la democracia. Prescindiendo ahora de las objeciones que puedan oponerse a las perspectivas de éxito de un golpe político, este 20 de julio constituía un cuadro alentador para las ambiciones, aún mayores, de los nacionalsocialistas y la posterior política de unificación *(Gleichschaltung)* del Tercer Reich. Las subsiguientes operaciones de suplantación y purga practicadas en la administración prusiana constituían un adelanto de la técnica de unificación que siete meses más tarde habría de degradar la totalidad de los organismos políticos a la condición de burocracia sumisa en manos de unas camarillas incontrolables. Sin embargo, al igual que las anteriores concesiones previas, esta acción violenta, que intentaba llevar a la práctica la campaña antisistémica de la «oposición nacional», tampoco abría al «nuevo Estado» su tan proclamada trayectoria entre democracia y dictadura. Con ello no se consiguió tampoco la estabilización política de un gobierno autoritario de derechas con el sello de Papen. Por otra parte, las forzadas elecciones del 31 de julio de 1932 acabaron por sumir el experimento de Papen en un aislamiento extremo.

Un análisis de los resultados electorales y de las agrupaciones políticas pone en plena evidencia hasta qué punto los meses posteriores a la caída de Brüning se encontraban bajo el signo de un indeciso y recíproco bloqueo de los partidos [3]. En la lucha por el poder se enfrentaban tres grandes tendencias que al tiempo que se impedían mutuamente la libertad de movimientos no eran capaces de controlar realmente el vacío producido. En primer lugar figuraban los grupos democráticos, que representaban todavía una fuerza considerable, si bien parecían limitarse a funciones de oposición meramente negativas, estando desprovistos de toda posibilidad de intervención constructiva. En segundo lugar, los grupos totalitarios nacionalsocialistas y comunistas, que ahora disponían de una destructiva mayoría del 53 % en el Reichstag, pudiendo bloquear así la formación de un gobierno democrático. Sin embargo, aparte de esta «cooperación» meramente negativa no podían, naturalmente, llegar a coalición alguna, estando no menos desconcertados ante las puertas del poder. Incapacitado de movimientos se encontraba además —en tercer lugar—, y pese a las manifestaciones de Papen, el régimen autoritario de una insignificante minoría. Ciertamente, el régimen de Papen pudo apoyar provisionalmente el ejercicio del poder sobre el Presidente y la Reichswehr, sobre repetidas disoluciones del parlamento y, finalmente, sobre planes de golpe de Estado. Sin embargo, la pretendida solución autoritaria no podía contar con la menor posibilidad de triunfo, enfrentada como estaba con nueve décimas partes de la población y con los grupos totalitarios y democráticos.

Indudablemente, los distintos bandos trataban febrilmente de superar este estado de parálisis, o incluso de aprovecharlo en función de los propios intereses. Tres iniciativas, elaboradas todas en agosto de 1932, obedecían especialmente a tal finalidad. Impresionados todavía por la reciente victoria electoral nacionalsocialista, Papen y Schleicher emprendieron a primeros de agosto un nuevo intento de conseguir la participación de Hitler en el gobierno bajo condiciones moderadas. Puesto que éstos y el mismo Hindenburg insistían en la toma de notables medidas de precaución, concediendo a Hitler únicamente la Vicecancillería, se produjo una nueva ruptura con el mando nacionalsocialista. Este había descubierto naturalmente las intenciones de Papen encaminadas a domesticar el NSDAP mediante su participación en el gobierno, aprovechándose así de su popularidad

[3] Cf. análisis de los resultados electorales de Alfred Milatz: *Waehler und Wahlen in der Weimarer Republik,* Bonn, 1965, p. 141, así como K. D. Bracher: *Auflösung,* pp. 645 y ss.

y de su potencial electoral. Tanto más incómoda fue por ello para Papen una segunda iniciativa esgrimida pocos días más tarde por los nacionalsocialistas. A base de negociaciones con el partido centrista, Hitler causó momentáneamente la impresión de estar activamente interesado en la constitución de un gobierno parlamentario de mayoría, que automáticamente supondría el final del intermedio de Papen. Dadas las insalvables diferencias de ambos grupos, esto no pasó de ser una amenaza hábilmente preparada, cuya base común, puramente negativa, era el descontento de todos los partidos, con excepción del DNVP, favorable a Papen. Sin embargo, ello bastó para que Papen esperara con el máximo temor la convocación del nuevo Reichstag.

Antes de la sesión de apertura del Parlamento y con el fin de salir al paso de nuevas sorpresas, consiguió de Hindenburg un nuevo decreto de disolución; algo verdaderamente inusitado en la historia del parlamentarismo. Estos plenos poderes, con los que Papen tan sólo precisaba indicar vagas razones y estampar la fecha, son un claro ejemplo de cómo el procedimiento gubernamental autoritario había ocupado ya de hecho el lugar de las normas parlamentarias. Al mismo tiempo, se discutió con Hindenburg el plan encaminado a eliminar a largo plazo el Reichstag, inclinado suficientemente a la oposición, aprovechando así este intervalo libre de todo control para introducir la tan acariciada reforma constitucional autoritaria que confiaría en manos del Presidente enormes poderes dictatoriales. Cuando en la primera sesión de trabajo de septiembre de 1932 Papen se adelantó al aplastante voto de censura con la disolución del Reichstag, parecía haber llegado el momento de proceder a tal reforma mediante un golpe de Estado. Sin embargo, Hindenburg y las Fuerzas Armadas temían que con ello explotara la tensa situación existente, pasándose de la guerra fría a una guerra civil de serias proporciones. En consecuencia, negaron su apoyo a la iniciativa de Papen y de Gayl, ministro del Interior.

Las nuevas elecciones parlamentarias del 6 de noviembre de 1932 —las quintas en la serie de tumultuosos comicios de aquel año— tampoco pudieron modificar la situación, ni dejar entrever posibilidades de solución. Pese a la clara merma de los votos nacionalsocialistas, que significaba un límite absoluto al número de seguidores conseguidos en elecciones libres y que bloqueaba al mismo tiempo la marcha al poder a través de una mayoría parlamentaria, Hitler insistió de nuevo en sus demandas, reiteradamente rechazadas por Hindenburg. El NSDAP se vio entonces sumido en una seria crisis. De este modo, parecía bloqueado el camino hacia el poder gracias a la aversión de Hindenburg a un gabinete presidencial dirigido por

Hitler. Los funcionarios nacionalsocialistas, ansiosos de poder, empezaban a inquietarse; el jefe organizador, Strasser, exigía una coalición; la situación financiera empeoraba y los mecenas del partido amenazaban con retirar el apoyo. Entretanto, se había rebasado ya lo peor de la crisis económica. La inmediata recuperación comportaba el peligro de que las masas electorales tan rápidamente ganadas en la época de la crisis retornaran a sus tradicionales agrupaciones. Las elecciones municipales de noviembre y diciembre de 1932 confirmaban esta tendencia.

En esta situación, alarmante a los ojos del mando nacionalsocialista, el ministro de la Reichswehr, el general Schleicher, vio una buena oportunidad de llevar a cabo —al tercer intento— el plan de contención y explotación del NSDAP. Naturalmente, las circunstancias eran ahora muy diferentes. Pues cuando Papen anunció formalmalmente su dimisión, intentando coaccionar a Hindenburg a la aprobación de sus proyectos golpistas, Schleicher se distanció del Canciller —al que hasta entonces había prestado su apoyo— negándole la ayuda de la Reichswehr en la institución de una dictadura y ganándose así el favor de varios miembros del gabinete. Pese a todos sus experimentos e intrigas, Schleicher obró en último momento con bastante realismo, oponiéndose a la peligrosa ilusión de una autocracia reaccionaria estilo Papen. En lugar de ello, brindó al Presidente, cansado ya de luchas, la posibilidad de una solución pacífica de la crisis: se trataba de conseguir de nuevo una plataforma amplia para la política del gobierno a base de escindir el NSDAP y fomentar la conciliación con los demás grupos, incluidos los sindicatos y el SPD. Pensaba de este modo frenar el radicalismo, aun cuando ello requiriera el abandono de proyectos autoritarios, harto impopulares.

El resultado fue —tras ciertos titubeos de Hindenburg— que se confiara a Schleicher la Cancillería el 2 de diciembre de 1932. Sin embargo, en el Palacio Presidencial quedó cierto malestar, que habría de airearse en una última crisis de gobierno y que acabaría sorprendente y repentinamente con Schleicher y sus planes, esmeradamente elaborados, de contención del nacionalsocialismo ante la posibilidad de una toma del poder. En contra de los propósitos de Schleicher, partidario de que se confiara a Papen el cargo de embajador en París, éste siguió siendo el hombre de confianza de Hindenburg en la Wilhelmstrasse. El fue también la fuente de la última iniciativa que posibilitó al NSDAP la penetración en el vacío de poder, situándolo en la fase decisiva previa a la toma del poder.

La táctica nacionalsocialista antes de la toma del poder

El NSDAP aprovechó la crisis de la economía y del Estado para una asombrosa ampliación de su propaganda y de su organización. Ya durante el verano de 1928 y en el curso de una asamblea de jefes celebrada en Munich, Hitler había decidido, a la vista de los resultados regionales en las elecciones parlamentarias del Reich, trasladar el grueso de los esfuerzos de la ciudad al campo. En el nacionalismo de las protestas campesinas se escondía un enorme potencial para futuras elecciones. Las fronteras de los distritos del partido se acomodaron a las de los distritos electorales, se intensificó la organización en el campo y se impulsó la configuración del partido como movimiento de masas agrario y pequeño burgués. Hasta 1932, Gregor Strasser, «Jefe de la Organización del Partido» en el Reich, fue el encargado de hacer del NSDAP un microcosmos formal del Estado y de la sociedad. En la rígida organización de arriba abajo en la que estaban fijados todos los distritos del partido, el «romanticismo burocratizado» celebraba un triunfo más.

A finales del año 1928 y comienzos del 1929 el éxito se tradujo ya en una repentina subida del número de miembros. El partido trataba de expandirse en todas direcciones. La receta era la pareja nacionalismo-antimarxismo. Gracias a ella podía cubrirse una heterogeneidad muy amplia de intereses, sacando el correspondiente provecho desde el punto de vista de la organización y de la técnica electoral. Esto pudo observarse también en el giro emprendido hacia la cooperación con otros grupos nacionalistas, con los «cascos de acero» *(Stahlhelm)* y el partido germano-nacional, giro que se puso de manifiesto en las campañas de otoño de 1929 y, finalmente, en el llamado frente de Harzburg (1931).

El NSDAP, a diferencia de los demás partidos, promovió ininterrumpidamente una amplia labor de propaganda electoral durante y entre las campañas electorales propiamente dichas. Con tal finalidad se creó una «Escuela de Oratoria del NSDAP» que impartía cursos intensivos y que permitió instruir a un gran número de propagandistas, tan primitivos como eficientes, destinados a actuar en las múltiples asambleas tanto en el campo como en ciudades pequeñas. Se instruyó así a más de 2.000 oradores entre abril de 1929 y mayo de 1930. La receta era simple: memorizar los consabidos textos y respuestas y practicar ante el espejo; por tanto, técnica teatral más que política. Este tipo de instrucción podía adquirirse también por cursos a distancia. Todo ello explica la proliferación de actos públicos que a partir de ahora se registró en toda Alemania, si bien el

número de estrellas de la oratoria no fue muy nutrido a la sombra de Hitler y Goebbels. Hasta en las aldeas podían demostrar estos agitadores amaestrados la incansable actividad del partido, aun cuando sus conocimientos políticos y dotes retóricas fueran extremadamente modestos. Por encima de ellos se situaban los oradores de distrito y del Reich, que actuaban en ocasiones más solemnes y en el marco de concentraciones esmeradamente planeadas. Cuanto más progresaba la agitación local tanto más fácil era conseguir la movilización de las gentes con vistas a asambleas multitudinarias en centros regionales.

Esta oleada de «captación» era preparada por una operación cuidadosamente organizada de difusión de hojas volantes y carteles, igualmente controlada desde arriba, antes de llegar a las células locales y después de ejecutarse al nivel de distritos y municipios. Las revistas ilustradas y el cine apoyaban la labor de agitación, ya que la «imagen» del partido debía actualizarse con todos los medios de difusión disponibles. En esta labor de organización y planificación se cubrió de gloria desde 1928 Heinrich Himmler, entonces comisario de Propaganda en la Dirección del Partido en Munich y luego ascendido al puesto de jefe de las SS. También Goebbels supo establecer filiales de su «Jefatura de Propaganda del Reich» en todos los niveles del partido. En la mayoría de los casos era Hitler mismo o su asistente Hess la máxima autoridad cuando se trataba de carteles o folletos de importancia. El resultado de tantos esfuerzos (por ejemplo, antes de las elecciones regionales de Sajonia de junio de 1929 se habían celebrado 1.300 actos públicos nacionalsocialistas) fue la creciente atención conseguida incluso por parte de la opinión pública y de la prensa no nacionalsocialista. La marcha triunfante empezaba a anunciarse, aun antes de los grandes triunfos electorales.

En estas circunstancias, el congreso del partido en agosto de 1929 se convirtió en un gran muestrario de los triunfos y del público prestigio del NSDAP. El llamamiento a todos los círculos nacionalistas de Alemania se puso más de relieve todavía por la fecha del congreso, el decimoquinto aniversario del estallido de la guerra de 1914, que sería sobradamente conmemorado en discursos y ceremonias. Los dirigentes germano-nacionales de las agrupaciones de custodia y defensa (von der Goltz) y del *Stahlhelm* (Düsterberg) acudieron como invitados de honor. Pronto empezó a pasarse una verdadera riada de adeptos de la derecha conservadora al partido más ruidoso. Otra consecuencia fue la continua mejora de la situación financiera —que en el verano de 1929 era todavía problemática— beneficiándose de la avalancha de ciudadanos económicamente mejor situados y del creciente interés de los círculos económicos. Ante todo,

habría de notarse la intranquilidad política provocada por la abierta irrupción de la crisis económica.

Sin embargo, mientras que la penetración en la población rural (1929-30) se logró con especial rapidez, la conquista de los sectores industriales y urbanos, portadores de intereses diversos y distintamente afectados por la crisis, resultó mucho más difícil. Aquí estaban enfrentados trabajadores y «capitalistas», los grandes empresarios y la pequeña industria, el comercio y los consumidores. Era el enfrentamiento propio de un enconado conflicto de intereses. La cuestión era cómo uncir en un «movimiento» a estos grupos divergentes, uniformándolos en el sentido de la ideología unificadora del nacionalsocialismo. Tal era el problema planteado a un movimiento que perseguía, a la vez, el dinero y la influencia de la industria y del comercio y también los votos de la clase media baja y de los trabajadores, del «capitalismo» y del «socialismo».

Todos los partidos, sin excluir a los germano-nacionales, habían topado con esta barrera. También dentro del NSDAP se registraron diversos reveses y crisis originados por la tentativa de Hitler de solucionar el dilema a base de la táctica inescrupulosamente oportunista de prometer todo a todo el mundo. Hacía tiempo que iba abandonándose el furibundo anticapitalismo de los comienzos. Por otra parte, la inclinación a un «socialismo» de cuño nacional parecía ganar importancia en un período de crisis económicas y sociales. Estas consideraciones sirvieron de base para penetrar también, de una vez, en amplios círculos del sector obrero. También acorde con una interpretación «socialista» del movimiento nacionalsocialista se sentía la tan mentada «nostalgia anticapitalista», que aumentaba en los sectores campesinos y pequeño-burgueses bajo la amenaza del moderno desarrollo industrial y económico. Con el paso a la categoría de partido de masas y la agravación de la crisis económica, el viejo conflicto alcanzaba un nuevo estadio que duró hasta la sangrienta purga del partido el año 1934.

Sin embargo, en la primavera de 1930 se registró un acontecimiento que fallaba en cierto modo la cuestión por adelantado. Apoyado por su «editorial de lucha» y prensa propia, Otto Strasser había logrado una posición radical y voluntariosa. En la primavera de 1930, al igual que en otras ocasiones, interfirió en la táctica basculante de Hitler defendiendo abiertamente la apertura a la izquierda, los sindicatos, la política de huelgas, la nacionalización y el pacto con Rusia. Con ello se ponía en cuarentena las remunerativas relaciones del NSDAP con los nuevos amigos de la industria y del comercio. Un dramático encuentro entre Hitler y Strasser los días 21 y 22 de mayo en presencia de Amann, Hess y Gregor Strasser, que nueva-

mente cedió ante Hitler, tuvo poco después la ruptura como corolario. Con una de cal y otra de arena no logró Hitler convertir al «izquierdista» disidente a la razón del partido. La declaración de guerra de Otto Strasser no se dejó esperar, y vino en forma de un folleto titulado *Ministersessel oder Revolution* [Poltrona ministerial o revolución]. En el mismo se acusaba a Hitler de traición a los ideales revolucionarios y socialistas del nacionalsocialismo. Era, al mismo tiempo, un ataque al principio de caudillaje por el que Hitler decretó la identidad del partido con su voluntad personal y por el que dispuso además la supeditación de todos a la táctica que en cada caso debiera seguir el «Führer», sin consideración a ideologías ni convicciones en la lucha por el poder [4].

El concepto de «socialismo», invocado ahora y siempre por Hitler, respondía plenamente a su concepción de las masas ignorantes cuyas necesidades pueden satisfacerse con el clásico «panem et circenses» y cuyo rumbo puede manipularse a placer. Para Hitler, una persona que se preocupara, en este sentido, de las masas era un socialista. Pero la revolución no estaba hecha para estas masas sino para una nueva élite de jefes racialmente «superiores». Su dominación y triunfo sobre los judíos e individuos «inferiores», es decir, la revolución racista y populista era el auténtico meollo de la *Weltanschauung* de Hitler, con independencia de lo que pudieran predicar la doctrina y la propaganda nacionalsocialistas. Casi todo lo demás se reducía a una política de poder entendida en un sentido instrumental y maquiavélico. En análogo estilo entendía Hitler la política social y económica: el principio caudillista *(Führerprinzip)* justificaba la primacía de los dirigentes de la economía; éstos habían logrado imponerse gracias a sus facultades; la socialización y la cogestión suponían una recaída en la democracia y en el imperio de las masas. La idea del Estado fuerte y el principio del caudillaje —no la reforma económico-social— constituían los puntos de orientación para la táctica que frente al capitalismo y socialismo, asociaciones y grupos de interés, reforma y revolución, adoptó Hitler en el marco de su lucha por el poder. Y esta táctica se vio acompañada por el éxito.

El conflicto Hitler-Strasser desembocó en la creación de la Comunidad Nacionalsocialista Combativa de Alemania (NSKD), de los Nacionalsocialistas Radicales y del Frente Negro. Tras su exclusión de la organización del partido, dictaminada por Goebbels, Otto Strasser comenzó a laborar con sus correligionarios de las mencionadas organizaciones en la «construcción del socialismo alemán» *(Auf-*

[4] Cf. la exposición acalorada del caso en Otto Strasser: *Hitler und Ich*, Constanza, 1948, pp. 122 y ss.

bau des deutschen Sozialismus, 1932, título de su libro). Pero todo ello no frenó el aflujo de simpatizantes al NSDAP. Hitler logró terminar también a finales de agosto de 1930 con el peligroso conflicto surgido entre la SA de Berlín, dirigida por Walter Stennes, y la Dirección del Distrito *(Gau),* encabezada por Goebbels, a la que se echaba en cara su política capitalista de intereses y el insuficiente apoyo prestado a la SA. Aprovechó entonces Hitler la oportunidad de un nuevo conflicto con Pfeffer sobre los cargos de la SA en la lista del Reichstag para ponerse él mismo al frente y proclamar nuevo jefe de la SA a Röhm, ya regresado de Bolivia [5]. Por otro lado, la repentina transformación en partido de masas y la consiguiente cuestión del comportamiento táctico en la democracia habían provocado una crisis de estructura. Hitler superó dicha crisis diluyendo una y otra vez en el mito del «Führer» la discrepancia entre política legalista y propaganda de asalto al poder. No obstante, la crisis persistió, aunque en menor grado, hasta la definitiva expulsión de los «rebeldes» de Stennes en abril de 1931.

La campaña electoral del verano de 1930, provocada por la inoportuna disolución del Parlamento dispuesta por Brüning, posibilitó el despliegue completo de la propaganda nacionalsocialista. Esta podía ser radical puesto que el NSDAP se había asegurado ya las simpatías de la derecha, pero al mismo tiempo podía también desatender el proceso de inclinación hacia los germano-nacionales, que evidentemente fueron los perdedores como consecuencia de la escisión del partido y la campaña contra el Plan Young. Los imponentes y ruidosos desfiles de la SA, las incansables unidades de acción propagandística, los turbulentos actos públicos y el sinfín de discursos hacían que los nacionalsocialistas dominasen el escenario público más que cualquier otro partido. Una vez más, los discursos de Hitler, pomposamente escenificados, demostraron ser un recurso eficacísimo. El partido y su jefe estaban ahora presentes por doquier. Aquello ya no era simple folklore muniqués. Después de salvar, frecuentemente en avión, las distancias entre los diversos «frentes de operaciones», venidos, pues, del cielo, Hitler y su guardia de oradores sacudían en pueblos y ciudades a las masas enardecidas. Su principal objetivo era el electorado de los partidos del centro y de la derecha, a los que el NSDAP superaba, sin gran esfuerzo, tanto en crítica como en promesas. En lugar de una política de intereses o de compromiso, este partido ofrecía la formación de un frente común de todas las clases sociales contra el «sistema» democrático, contra Versalles y los «criminales de noviembre», contra los «culpables» de la crisis. Exentos

[5] Bennecke, *op. cit.,* pp. 147 y ss.

de los compromisos monárquicos, reaccionarios y prácticos de los germano-nacionales, más ágiles también que el radicalismo de izquierda comunista, limitado por la ideología de la lucha de clases, los nacionalsocialistas fueron los grandes ganadores en estas primeras elecciones de la época crítica y demostraron ser un poderoso imán para el gran mosaico de descontentos, apolíticos, activistas y medrosos, sin distinción de clases sociales.

Los resultados electorales del 14 de septiembre de 1930 ratificaron y aceleraron esta evolución. La primera característica de estas elecciones fue la fuerte participación electoral (82 % frente a 76,6 % en 1928), prueba de una imperiosa necesidad de expresión que, en en medio de la crisis, no podía satisfacer un gobierno apoyado fundamentalmente en el Presidente del Reich, la Reichswehr y la legislación de excepción. El desenlace fue el triunfo del NSDAP, triunfo de tales proporciones que sorprendió hasta a los mismos dirigentes del partido. Frente a las elecciones de 1928 (2,6 %) el número de votos quedó multiplicado por ocho (18,3 %) y el número de escaños en el Reichstag por el factor nueve (12:107). Ciertamente, ningún partido conoció en el plazo de dos años un ascenso tan espectacular. Fue un acontecimiento de alcance verdaderamente histórico. El NSDAP se convertía así en el segundo gran partido, inmediatamente después del SPD. Tan sólo los comunistas registraron también un aumento, aunque más modesto, pasando del 10,6 % al 13,1 %. El centro se mantuvo estable (15 %), mientras que los restantes partidos sufrían grandes pérdidas. En cuanto a Hugenberg, le fallaron las cuentas, ya que con respecto a 1928 (14,3 %) el DNVP se vio reducido a más de la mitad (7 %). Los liberales resultaron los más afectados; tanto el DVP como el Partido Estatal, nuevo nombre del DDP, quedaron reducidos a la categoría de partidos insignificantes. Desde la Asamblea Nacional (23 %) emprendieron una incontenible carrera descendente para pasar por el 13 % de 1928 a la gran hondonada de 1930 (8,5 % de los escaños del Reichstag). La burguesía se desplazó hacia la derecha. También la izquierda registró, en líneas generales, algunas pérdidas (del 42,2 % al 38,2 %), que afectaron sobre todo al SPD, mientras que los comunistas, ciegamente pagados de sí mismos, proclamaban: «El único vencedor de las elecciones de septiembre es el Partido Comunista.» Sin embargo, el NSDAP no había conseguido irrumpir realmente en las filas de la izquierda. Su triunfo provino de los partidos del centro y de la derecha, con inclusión del DNVP, cuya tremenda derrota frustró, al mismo tiempo, los planes de Brüning de formar un gobierno de centro-derecha.

El nuevo Reichstag se vio así invadido por un nutrido grupo de neófitos: el 88 % de los diputados nacionalsocialistas y el 53 % de

los comunistas pisaban por primera vez en su vida un Parlamento, cuya labor desconocían y trataron de obstruir por todos los medios. Inocuas habían parecido hasta entonces las mociones de la fracción nacionalsocialista cuando, por ejemplo, pedía la incautación de los bienes de los «príncipes de la Bolsa» o exigía la pena de reclusión mayor para el comercio sexual entre judíos y «arios». Ahora, sin embargo, esta fracción tenía de repente peso parlamentario. Por otro lado, este parlamento fue también testigo de la «penetración de la juventud», que contaba con una nutrida representación en los cuerpos de funcionarios de los partidos radicales. La experiencia política y el trabajo constructivo se vieron arrollados en este parlamento por los uniformes y los tumultos. La edad promedio de los diputados era de sólo 46 años (promedio superado por el 60 % de los diputados nacionalsocialistas y comunistas con edades inferiores a los 40 años, frente al 10 % del SPD). Notable era también la composición social y profesional de la fracción nacionalsocialista en el Reichstag: 16 diputados procedían del comercio, el artesanado y la industria; 25 eran empleados, figurando además 13 profesores, 12 funcionarios, 15 funcionarios del partido, 8 ex-oficiales, 12 agricultores, un párroco y un farmacéutico (Gregor Strasser). Dos años más tarde la fracción nacionalsocialista contaba con 230 diputados, articulados del modo siguiente: 55 empleados y obreros, 50 agricultores, 43 del sector del comercio, la industria y el artesanado, 29 funcionarios del partido, 20 funcionarios públicos, 12 profesores y 9 ex-oficiales. Se observa, pues, una nutrida representación de los agricultores, que, sin embargo, no se reflejaba en las filas del partido. Los más numerosos eran los empleados; los menos, los obreros. Parecida evolución se registró en los parlamentos regionales. Primero en Turingia y luego en Braunschweig y otros Estados, los nacionalsocialistas consiguieron afincarse en el gobierno o bien se convirtieron, a la hora de formar gabinete, en fiel de la balanza entre los partidos socialistas y conservadores.

Así pues, las prematuras elecciones, arriesgadas por el rumbo autoritario de un Brüning confiado en una constelación de fuerzas más propicia frente al cuadro poco atractivo de los comicios regionales, destruyeron definitivamente la oportunidad de una coalición de bases más amplias. Evidentemente, no se valoró en su justa medida el peso del nuevo electorado radicalizado y del grupo de los hasta entonces no votantes, que ahora sí acudieron a las urnas, votando por el nacionalsocialismo. De este modo, los partidos totalitarios pasaron a ocupar el segundo y el tercer puesto: en lugar del 13,5 % del año 1928, ambos partidos —NSDAP y KPD— contaban ahora con una destructiva minoría parlamentaria del 32 %. Con

ello no sólo la vieja Coalición de Weimar (40 % en vez del 48,6 % de 1928) sino también la flamante Gran Coalición de 1928 (57 %) se convertían definitivamente en minoría (47 %). Análoga importancia a la de este bloqueo del mecanismo democrático revestían los efectos psicológicos y materiales del enorme desplazamiento de fuerzas. Aumentó la avalancha de oportunistas, los grupos de intereses de diversas tendencias buscaban enlazar con la nueva constelación de poderes y de forma casi automática proliferaron para el NSDAP toda clase de conexiones y contactos, que tanto habrían de contribuir al futuro afianzamiento y ampliación del «movimiento». La transformación en partido de masas no desintegró al NSDAP, como muchos esperaban, sino todo lo contrario: aquel partido, que hacía poco era todavía muy modesto, penetraba ahora en sectores desguarnecidos, consecuencia de una sociedad en crisis, un orden democrático agonizante y un gobierno minoritario que oscilaba entre soluciones autoritarias por la gracia de Hindenburg y de la Reichswehr.

Mientras que un gobierno presidencial, parlamentariamente tolerado, era aceptado por los partidos democráticos, incluido el SPD, como el mal menor, el NSDAP no carecía tampoco de problemas tácticos después de las jornadas de triunfo. Uno de ellos era el de organizar la reciente y gigantesca avalancha de adeptos, los «septembrinos» [6], que hizo que entre septiembre y finales de año se pasara de 293.000 a 389.000 miembros [7]. Mientras que la política legalista tenía que recorrer todavía un intrincado y largo camino, la masa de recién llegados —en extremo heterogénea y unida sólo a base de un ambiente de protesta general— podía desbandarse con igual rapidez, como ya ocurriera en 1923. Dos grandes cuestiones se le planteaban ahora al partido. ¿Con qué represalias del Estado o de los partidos enemigos habría de contar el NSDAP si quería proseguir, como partido parlamentario de masas, la eficiente y ambigua táctica de la legalidad con fines revolucionarios? ¿Cómo enfrentarse a los conatos encaminados a conseguir la participación del NSDAP en el gobierno para así domesticarlo y privarle de la cómoda labor de agitación desde la oposición radical, base indiscutible de los recientes triunfos?

De cualquier modo, nunca se explotaría seriamente la doble posibilidad de desterrar el peligro nacionalsocialista —represión o participación gubernamental—, aun teniendo en cuenta los riesgos que todo ello entrañaba. Los gobiernos se distinguieron en este terreno por su impotencia y generosa tolerancia. Al parecer, el NSDAP era

[6] Así calificó Goebbels más tarde a los elementos indeseables. Cf. artículo del mismo título en: *Der Angriff*, 2-XI-1931.

[7] Wolfgang Schäfer: *NSDAP*, *op. cit.*, p. 17.

ya demasiado fuerte. La posibilidad de una prohibición hacía temer graves conflictos, próximos a la guerra civil. Además, difícilmente podía conseguirse el partido de las Fuerzas Armadas o de una doctrina de derecho político más positivista. Demasiado débilmente elaborada se encontraba la idea de una democracia militante que negase a sus adversarios el derecho a la destrucción pseudolegal de la República. Ciertamente, había organizaciones militantes —tales como la «Bandera Negra-Roja-Gualda»— apoyadas por los partidos de la vieja Coalición de Weimar (SPD, Centro, DDP). Pero su actividad languidecía por la pasividad y progresiva paralización de los partidos democráticos, viéndose perjudicada también por el doble frente que mantenían contra el radicalismo derechista e izquierdista y por la tardanza en enfrentarse a la penetración nacionalsocialista. Generalmente impune, la propaganda nacionalsocialista podía repetir sus terribles acusaciones contra el «sistema», contra políticos, muertos o vivos, hasta que acababa por encontrar auditorio y crédito. A judíos y socialistas se les prometía colgarlos de la horca más alta; los discursos necrológicos a la memoria de Stresemann condenaban su «execrable actividad», lamentando, al mismo tiempo, que aquel «vendepueblos» no pudiera ser llevado ya a los tribunales. Lo cual no impidió, sin embargo, que el DVP formara coalición con los nacionalsocialistas (en Turingia).

Ciertamente, hubo aquí y allá represalias. Ya antes de las elecciones, una disposición (3 de julio de 1930) del gobierno prusiano prohibía a todos los empleados y funcionarios públicos prestar su apoyo a organizaciones comunistas y nacionalsocialistas. Al mismo tiempo, se prohibía en Prusia el uso de las camisas pardas. La SA portó entonces camisa blanca. Con todo, el gobierno del Reich no pudo decidirse a tomar medidas análogas, y fue esta divergencia lo que anuló en gran medida la eficacia de las disposiciones tomadas al nivel regional. El Tribunal del Reich tampoco reaccionó a varias memorias y denuncias de Prusia contra la actividad antiestatal del NSDAP. Con ello, el castigo ocasionalmente propinado a determinados funcionarios nacionalsocialistas no tuvo efecto alguno, suministrando incluso a la propaganda del partido sus bienvenidos mártires. La prohibición de la SA y de las SS (abril de 1932) tenía también que fracasar, desde el momento en que, evidentemente, llegaba demasiado tarde. No se discute aquí el problema de la posibilidad o conveniencia de recurrir a la prohibición de partidos. Sin embargo, es indudable que tras desaprovechar la oportunidad de una intervención, de nada servían ya las amenazas de represalia. Para muchos (por lo demás medrosos) ciudadanos, el nacionalsocialismo era más bien una aventura bienvenida por parecer menos peligrosa.

El rumbo ulterior del NSDAP estuvo más que nunca en función de la teoría de las catástrofes y de la depauperación. Cuanto más aguda era la crisis, tanto mayores los éxitos de la labor de agitación. En este sentido, la propaganda nacionalsocialista se encargó de dramatizar conscientemente los efectos financieros y político-económicos de las elecciones de septiembre de 1930, que provocaron el pánico en el mercado de capitales. A base de anunciar la amenaza de la inflación lograron acelerar la fatal retirada de créditos y depósitos de ahorro. Conscientes de su éxito y de la futura expansión, el partido trataba ahora de constituirse en Estado dentro del Estado. A través de conferencias de prensa propias, Hitler se presentaba ante el extranjero como el futuro señor de los destinos de Alemania, recibía a representantes de estos países y enviaba a los suyos a las misiones diplomáticas en el extranjero. El aparato del partido adoptó completamente la forma de un aparato estatal propio, un contra-gobierno ocupado de asuntos tanto de política social como militar y cuyo boletín oficial era el *Völkischer Beobachter.* En todos los *Gau* aumentó (finales de 1931) a más del millar el número de colaboradores oficiales. Un cumplido y eficiente «Tesorero del Reich» (Schwarz) dirigía desde la central de Munich los destinos financieros del partido. Estos parecían estar asegurados por las crecientes aportaciones de las empresas privadas, hasta que el revés de 1932 trajo consigo de nuevo algunas semanas de crisis. Se trataba, en fin, de los preparativos para una toma del poder, gracias al cual el Estado debía ser progresivamente minado y casi automáticamente tomado en propiedad. En todo momento se mantuvo conscientemente la táctica legalista con toda su ambivalencia. Cuando en octubre de 1930 el Tribunal de Leipzig se ocupó del problema de la constitución de células nacionalsocialistas en la Reichswehr, Hitler salió del paso con un «juramento de legalidad». Juró que su trayectoria al poder sólo seguiría los cauces constitucionales. Pero, al mismo tiempo no dejó lugar a dudas de que tras la victoria «legal» «rodarían las cabezas» [8].

Junto a todas las maniobras tácticas, el aspecto más importante e incisivo de la propaganda fue el revisionismo radical, con el que Hitler asociaba la solución de todos los problemas. En la práctica el NSDAP se veía todavía lejos de sus objetivos. Las conversaciones sostenidas con Brüning e Hindenburg no abrieron las puertas a la participación en el gobierno. Muy evidentes eran, en efecto, los peligros que constituían las demandas nacionalsocialistas de ocupar los

[8] O. E. Schüddekopf: *Heer und Republik, op. cit.,* pp. 265 y ss. Con todo detalle, en Edouard Calic: *Ohne Maske. Hitler-Breiting Geheimgespräche 1931,* Frankfurt, 1968.

Ministerios de Defensa y del Interior. La actividad parlamentaria de aquella fracción era tan declaradamente demagógica que ponía a prueba las simpatías de los partidarios de la derecha y del centro, así como del sector económico. Sus mociones de expropiación, sin indemnización, de los «príncipes de la Bolsa y de la Banca», así como de los «judíos del Este», sus demandas de nacionalización de los grandes bancos, de fuerte restricción del crédito, del interés y de las acciones iban evidentemente encaminadas a la conquista de votos, debiendo lógicamente agravar la crisis. Por otra parte, el rumbo rigurosamente deflacionista de Brüning y su actitud de espera a la llegada de éxitos en política exterior no eran medidas apropiadas para salir al paso del rápido deterioro de la situación y de sus internas consecuencias. En las sesiones de octubre de 1930 la ruidosa fracción nacionalsocialista aliada con los comunistas conseguía ya la finalidad principal: la obstrucción y paralización del Reichstag. Los debates, tan tumultuosos como estériles, parecían simplemente confirmar la propaganda popular contra la democracia parlamentaria, que en aquella «camarilla de parlanchines» no descubría competencia alguna para solucionar la crisis. Ocasionalmente (marzo de 1931) se consideró incluso la posibilidad de constituir en Weimar un Parlamento propio de la «oposición nacional», presidido por Frick, jefe de la fracción nacionalsocialista. Sin embargo, se tenía demasiado respeto ante ciertas amenazas del Reich contra el Estado de Turingia.

Tampoco se vio afectado el prestigio del partido por el hecho de que en la labor política y parlamentaria, allí donde tenía que quitarse la máscara, tan sólo apareciera ideología, maquiavelismo y demagogia con ausencia absoluta de toda fundamentación real. La creencia de demócratas y expertos de que al «joven movimiento» podría rebatírsele, convertir o contener a base de la argumentación racional resultó demasiado optimista en tan revuelta época de crisis. En estos momentos de participación parlamentaria del NSDAP —también gubernamental en algunos pequeños Estados (Turingia, Braunschweig)— se puso en evidencia que el problema no podía resolverse encomendando al partido tareas objetivas y responsabilidad política. Muchas derrotas sufrieron las mociones presentadas por los nacionalsocialistas; muy poco cumplió el partido las promesas y compromisos contraidos (por razones tácticas); sin embargo, ello no retardó su progresivo ascenso, ni tampoco destruyó las ilusiones de los «appeaser» en la aristocracia, la burguesía y los sectores económicos. En realidad, era ya tarde, quizá demasiado tarde, para la discusión racional de programas, medidas u objetivos. No precisamente a este nivel, sino más bien en las brutales reyertas callejeras y en los actos públicos se tomaban las decisiones de peso, que, además de impre-

sionar, abortaban todas las tentativas encaminadas a la refutación del nacionalsocialismo. El estruendo y la violencia eran los medios con los que se libraba la lucha por el poder. Un ejemplo de ello fue la manera cómo Goebbels acabó con la representación del filme *Sin novedad en el frente* a base de detonaciones, bombas fétidas y ratones. Los asaltos sangrientos y las pendencias callejeras ocupaban el primer plano de la controversia con los adversarios izquierdistas, caracterizados como el enemigo absoluto. La pequeña guerra civil callejera costó en el plazo de un año más de 300 muertos. La SA se veía reforzada gracias a los desempleados, a los que brindaba un sueldo, aventura y promesas de triunfo. A partir de finales de 1930 y comienzos de 1931, los nacionalsocialistas trataron de aplastar, por orden del Estado, a los «Abanderados del Reich» en Turingia primero y luego en Braunschweig, invocando para ello incluso las disposiciones antimilitares del Tratado de Versalles.

Las elecciones regionales de 1931 y la impotencia del gobierno Brüning confirmaron la táctica nacionalsocialista. Por doquier se afianzaban las tendencias al radicalismo, en tanto que los triunfos electorales de 1930 se duplicaron en algunos lugares. Desde flancos diferentes, aunque con los mismos efectos destructivos, Hitler, Hugenberg y los comunistas iban desmoronando la fortificación de los gobiernos y partidos democráticos. Uno de los principales blancos era, naturalmente, Prusia, gobernada todavía por la Coalición de Weimar, presidida por los socialdemócratas. En la labor de derrocar esta posición de poder democrático mediante un plebiscito para la disolución del parlamento regional, se dieron cita aquel verano de 1931 los radicalismos de derecha e izquierda: NSDAP, DNVP, *Stahlhelm,* Partido Comunista e incluso miembros del DVP. Un 37 % dio su apoyo al plebiscito el 9 de agosto de 1931: empezaba a dibujarse el mortal acorralamiento de los grupos democráticos y moderados.

Sin embargo, había todavía razones para pensar que el nacionalsocialismo no podría mantener su rumbo y que acabaría por estrellarse contra sus propias contradicciones y contra la imposibilidad de satisfacer y contentar a todos sus creyentes o de tener en cuenta tanto a los estamentos superiores como a los inferiores. No sólo dentro del Parlamento se vio sumido en la perplejidad aquel partido antiparlamentario. Una serie de actos de violencia hicieron peligrar la ficción del curso legalista de forma que muchos ciudadanos empezaron a situar el nacionalsocialismo próximo al bolchevismo o a lo que esto podía significar para ellos. Esto parecía confirmar también cierta fluctuación entre los radicalismos de izquierda y de derecha. Un ejemplo de ello fue el paso al Partido Comunista del teniente

Scheringer, condenado por el Tribunal Militar de Leipzig por actos de subversión nacionalsocialista. También el gobierno del Reich se sacudía la pereza de encima mediante una disposición de emergencia (marzo de 1931) contra la serie de desmanes políticos. El NSDAP tan sólo osó una moción —nada popular— encaminada a la destitución del Presidente. Al mismo tiempo, el partido se vio expuesto a una pública condena de su ideología y política cultural por los obispos católicos. El racismo y los actos de violencia no impidieron, sin embargo, que encontraran en el protestantismo un creciente número de seguidores, consiguiendo pronto la formación de los «Cristianos Alemanes», una selecta tropa del nacionalsocialismo.

Hitler continuaba aplicando la táctica de mantenerse al margen y por encima de los acontecimientos cotidianos, de mantener la distancia del árbitro desde su posición de «Führer» oculto al público, lo cual le permitía retirarse a tiempo de todas las consecuencias peligrosas de su actuación. Tenía todavía razones para temer una decidida intervención del Estado contra un partido abandonado a la benevolencia de las derechas, de la economía y de la Reichswehr. Más aún: en cualquier momento era posible su expulsión de Alemania, siendo como era extranjero sin ciudadanía. No había que recaer en los fallos de 1923. Por ello se precisaba amansar una y otra vez a los poderes estatal y militar. Esto sucedía cada vez que la táctica legalista sufría algún pinchazo, poniéndose entonces en evidencia las verdaderas intenciones de los activistas del nacionalsocialismo. Un incidente de este tipo fue la revuelta del jefe de la SA, Stennes, en abril de 1931. Con sus demandas de un violento asalto al poder y una marcha sobre Berlín había ido demasiado lejos, no queriéndose someter por más tiempo a la táctica elusiva de Munich.

El problema de la SA no mejoró tras la reaparición de Röhm. Puesto que tras la retirada de Pfeffer, Hitler se había proclamado «Jefe Supremo de la SA», ya no podía seguir eludiendo fácilmente las decisiones sobre la relación entre el partido y la SA. Junto con la disputa en torno a la distribución de recursos financieros quedaron prácticamente sin aclarar la función política y el encuadramiento del ejército del partido, cada vez más consciente y numeroso. Su voluntad de ser soldados políticos de todo el partido y no meros órganos ejecutores de los jefes de distrito *(Gauleiter)* y subalternos del partido tuvo que poner una vez más de relieve la ambivalencia de la estructura del partido; y esto, precisamente, en el momento en que se producían las dificultades de organización y táctica propias de la transición a un partido de masas. Lo cual no facilitaba ciertamente la labor de control y disciplina reclamada por el curso legalista. Sin duda alguna, este dilema contribuyó finalmente a que Hitler se de-

cidiera a montar el cuerpo de las SS —instrumento más fiable para reforzar su posición— con independencia de los jefes de la SA. Ya en noviembre de 1930 disponía Hitler que se transfiriera a las SS la labor del servicio de policía dentro del partido, privando así a la SA del derecho de ordenanza. Empezaba a dibujarse ya el futuro de las SS en la evolución del Tercer Reich hacia un Estado de las SS, pasando por el estadio previo de Estado policía. En compensación, Hitler toleró las expectativas de que tras la victoria la SA desempeñaría un importante papel en el desarrollo de las Fuerzas Armadas. En su condición de «depósito para un futuro ejército nacional» debía prepararse para tal misión.

La sangrienta «solución» de 1934 tiene que ver con los problemas latentes en esta tan vaga articulación entre el partido, las SS, la SA y los militares. Pues al mismo tiempo, Hitler perseguía con especial ahínco buenas relaciones con la Reichswehr. Como no se olvidaba el año 1923, uno de los puntos claves del curso legalista consistía en evitar todo conflicto y rivalidad con los militares, no brindando justificación alguna para la intervención de la Reichswehr contra el partido o la SA. Ahora y después, la notoria y marcada táctica dilatoria de Hitler permitió que estas dos tendencias irreconciliables siguiesen fundamentalmente cursos paralelos. Y en ello jugó a su favor el que todo el cuerpo de oficiales, hasta Schleicher e incluso Groener, viese progresivamente en la SA y en el *Stahlhelm* un precioso instrumento para el afianzamiento de la «voluntad de defensa» en tanto perduraran las duras disposiciones del Tratado de Versalles, mientras que Hitler mismo reconocía sólo el primado de la Reichswehr, haciendo desistir a sus subalternos de golpes de Estado y actos de violencia. Así actuó una y otra vez el *Führer* tan pronto como corría peligro aquella especie de acuerdo tácito. Los continuos roces de la Reichswehr con la tradicionalmente recelosa política de defensa del SPD, en cuyas filas un joven grupo adicto al diputado Julius Leber había tratado infructuosamente de implantar una actitud más moderna, favorecieron más aún las simpatías por el NSDAP, partido «apto para la defensa». Los testimonios de legalidad de Hitler hicieron incluso que en 1931 se levantara la prohibición (vigente desde 1929) de emplear a miembros del NSDAP en las empresas de la Reichswehr.

Sin embargo, en el marco de la política legalista la SA continuaba sin acceso a la actividad e instrucción militares. Su tarea se concentraba en las manifestaciones públicas, marchas y asambleas. En acontecimientos tales como la definitiva expulsión del eje de la SA, Stennes —al igual que en la purga de Röhm en 1934—, el Mando de la Reichswehr veía la confirmación de que Hitler perseguía y

garantizaba —¡fatídica ilusión!— un curso de cooperación y moderación contra los revolucionarios dentro del partido. Los seguidores de Stennes habían juzgado a Hitler en parecido sentido durante el período más grave de la crisis, reprochándole «que el NSDAP ha abandonado el curso revolucionario del verdadero nacionalsocialismo, que ha optado por la línea reaccionaria de un partido de coalición y que, con ello, ha renunciado —queriendo o sin querer— a las altas metas por las que luchamos» [9]. En consecuencia, el mismo Schleicher aseguraba reiteradamente a las Reichswehr que el NSDAP tenía puestas sus miras en el Estado y que era preciso capacitarlo para las funciones de gobierno bajo la influencia de Hitler.

La táctica nacionalsocialista tuvo consecuencias especialmente importantes con la constitución de una nueva «oposición nacional» contra Weimar, que se presentó de un modo ostensivo ante la opinión pública en octubre de 1931 en el curso de una asamblea celebrada en Bad Harzburg. Pese a que las circunstancias eran otras, este acto recordaba a los desfiles de tropas de 1923 que precedieron al conato de golpe de Estado de Hitler. Cierto es que también el llamado Frente de Harzburg estuvo dominado desde el comienzo por fuertes tensiones entre los grupos de la derecha; Hitler y Hugenberg estaban más desunidos que nunca respecto al problema de la jefatura; y mientras que el NSDAP se apoyaba en su superioridad numérica, sus asociados en pugna esgrimían el argumento de su mayor influencia económica y social. Sin embargo, Harzburg fue un paso más hacia aquel engañoso y destructivo pacto del NSDAP y SA con el DNVP y el *Stahlhelm,* que tras alguna fricción que otra constituiría la base de la coalición de Hitler. En el pacto en cuestión figuraban personalidades notables, tales como el príncipe heredero, ex-generales y Seeckt, que había optado por la política (DVP). El triunfo de enero de 1933 guardó también cierta relación con la vuelta del Frente de Harzburg. La táctica de Hitler tenía que recorrer, sin embargo, tres etapas: las elecciones presidenciales, las tentativas de formación de gobierno en el verano de 1932 y, finalmente, la crisis del partido al término del mismo año.

Con la candidatura a la Presidencia, Hitler se presentó por primera vez a la pugna electoral. Ello significaba un paso más en la táctica legalista: Hitler abandonaba su posición marginal frente a la República, acudiendo ahora a unos comicios democráticos y presentando incluso la candidatura para el más alto puesto del Estado. En consecuencia, los nacionalsocialistas no sólo se enfrentaban a Hin-

[9] Declaración de solidaridad de los jefes de la SA de Pomerania a Stennes, citada en Bennecke, *op. cit.,* p. 165.

denburg, sino también a su alternativa de matiz nacional, es decir, a los asociados de Harzburg. La superioridad nacionalsocialista sobre los germano-nacionales quedó suficientemente documentada por el resultado de las elecciones: Hitler consiguió más de un tercio de los votos (36,8 %), en tanto que el candidato germano-nacional Düsterberg tan sólo obtenía un 6,8 %. Aquella superioridad habría de poner poco más tarde un ignominioso final a las ilusiones del grupo de Hugenberg y Papen. Al mismo tiempo, las elecciones presidenciales trajeron consigo un nuevo acto de legalización: en febrero de 1932 Hitler era proclamado ciudadano alemán, estando consecuentemente en plena posesión de los derechos electorales. Fue el resultado de una maniobra barata del gobierno de Braunschweig, minado por los nacionalsocialistas, que nombró «pro forma» consejero de gobierno al político profesional desde 1925, el apátrida Adolfo Hitler, encomendándole irónicamente la misión de velar cerca de Berlín por los intereses del pequeño Estado de Braunschweig. Otro de los planes había consistido incluso en nombrarlo profesor de pedagogía política (!) en la Escuela Superior Técnica de Braunschweig. Estas elecciones pusieron, pues, al descubierto las tortuosas sendas y posibilidades de la política legalista.

Se sucedió luego un período de espera, que incluyó la prohibición provisional de la SA, el intermedio del gobierno Papen y, finalmente, la tentativa de Schleicher de escindir el NSDAP, todo lo cual significó indudablemente otra pesada carga sobre la dirección nacionalsocialista. No se consiguió esa penetración en las grandes ciudades que habría sido suficiente para obtener, al menos, alguna aproximación respetable a la mayoría absoluta. A medida que el desempleo y la oposición al régimen presidencial fomentaban la avalancha de adeptos hacia los partidos radicales, se ponía más de manifiesto el dilema de la política legalista. Es perfectamente concebible que Hitler habría terminado por fracasar si a comienzos de 1933 no se le hubiera presentado de forma casi inesperada la oportunidad de formar gobierno bajo el signo de una reactivación del Frente de Harzburg. Aún hoy afirman muchos que esta circunstancia se debió simplemente a su condición de jefe del partido más poderoso. Sin embargo, tal enjuiciamiento formalista pasa por alto el quid de la cuestión. En primer lugar, este jefe del partido y su camarilla nunca dejaron lugar a dudas de que utilizarían el poder para combatir denodadamente contra la democracia. En segundo lugar, Hitler insistía en gobernar con medios extraparlamentarios, disposiciones presidenciales y disolución reiterada del Reichstag, sin pensar en la formación de un gobierno mayoritario. Aquí debe enmarcarse el argumento de que el nombramiento legal del jefe del partido más poderoso respondía a

las reglas del juego democrático y que, incluso, era algo ineludible. Por lo demás, frente a tal tipo de argumentación figura el hecho de que en la mayoría de los gobiernos de la República de Weimar no se encomendó al SPD, el mayor partido hasta 1931, la tarea de formación de gobierno.

Consideración de paso: la «revolución legal»

En menos de dos años —entre el 30 de enero de 1933 y agosto de 1934— había de llegar a su culminación el triunfo nacionalsocialista: la asombrosamente rápida implantación de un sistema totalitario, al parecer irrevocable, en Alemania. El Estado de partido único era ya una realidad el verano de 1933. Teniendo en cuenta los acontecimientos que, con diez años de anterioridad en Italia y quince en Rusia, desembocaron en el establecimiento de un sistema totalitario, salta a la vista una serie de diferencias. Ciertamente, la toma del poder por los bolcheviques se produjo con una rapidez análoga, pero se realizó a través de un golpe de Estado armado; y, por otra parte, tuvieron que pasar varios años antes de que se registrara la transformación de la dictadura revolucionaria de «soviets» en la dictadura totalitaria de Stalin. Y en lo que toca al fascismo italiano, más próximamente vinculado con el nacionalsocialismo en cuanto a su perfil y objetivos, no pudo realizar la dictadura del partido único y destruir definitivamente la oposición, sino después de un proceso de seis años de «unificación» *(Gleichschaltung)*. Hay que tener en cuenta además que dicha dictadura no fue practicada en el sentido total y exclusivo del Tercer Reich de Hitler. Mientras que éste, *Führer* y Canciller, mantuvo, incluso formalmente, todos los poderes en sus manos, Mussolini tuvo siempre a su lado y por encima de él al Rey y a la monarquía, por poca importancia que tuvieran éstos. Indudablemente, en los tres casos se trata del asalto al poder por parte de una minoría violenta. También los medios políticos empleados tenían grandes parecidos, inspirándose incluso unos en otros. Así, la táctica de subversión comunista constituyó verdaderamente una lección para la organización del asalto al poder por parte de los fascistas, que, a su vez, jugó cierto papel en el caso de los nacionalsocialistas. Sin embargo, las diferencias son considerables, empezando por los supuestos mismos. En Rusia la revolución tuvo lugar en el marco de una estructura absolutista y de una sociedad feudal y agraria enraizada en el «subdesarrollo» del país. En la «semidesarrollada» Italia, la crisis inherente a la transformación industrial pudo con la democracia parlamentaria. Alemania, en cambio, tenía

que enfrentarse con los problemas político-psicológicos de la derrota de 1918, no superada todavía, y especialmente con las crisis estructurales internas, propias de la sociedad industrial de masas (por entonces ya altamente desarrollada). Sobre esta base descansan los intentos explicativos del fenómeno de la toma del poder nacionalsocialista en Alemania. Al respecto, es fundamental el acento que en cada caso se ponga sobre una componente determinada de la evolución.

Junto a los enfoques sociológicos y crítico-ideológicos, que tratan de imputar el triunfo del Estado totalitario a una serie de causas históricas o socioeconómicas, impersonales y apenas controlables, se sitúa el análisis político, que trata de ver el proceso inmediato de la toma del poder a través del prisma de los condicionamientos propios de nuestro tiempo. No se procede entonces de forma aislada, sino que se hace referencia continua a los resultados obtenidos a través del enfoque histórico y sociológico; sin embargo, a diferencia de éste, el análisis político no deja de tener muy en cuenta la concreta y diferenciada realidad de los acontecimientos en sí. Este análisis parte de la base de que únicamente la exacta investigación del proceso concreto, de la técnica y táctica peculiares de la toma del poder puede evitar el peligro de caer en generalizaciones semiciertas. De esta forma, la explicación ocupa su verdadero puesto en medio del fárrago de determinismos histórico-sociológicos.

El término clave, que abre el camino a la explicación del carácter e historia del asalto al poder del nacionalsocialismo, es el lema, ya tópico en la época, de la «revolución legal». Los propagandistas, políticos y constitucionalistas del nacionalsocialismo destacaron desde el principio que si bien la subida de Hitler al poder era, en verdad, el comienzo de una revolución, de una profunda modificación del estado de cosas, se trataba de un hecho plenamente legal, situado dentro del marco del Derecho y de la Constitución. Gracias al paradójico concepto de «revolución legal» se conjugaron artificialmente dos axiomas, entre sí contradictorios, de la acción política. Es difícil sobrevalorar la importancia de esta táctica legalista con ambición revolucionaria, que, en realidad, era algo más que una maniobra propagandística. Como se puede observar en cada caso particular a través de un análisis político, aquella táctica determinó las fases y coyunturas decisivas del proceso, que imprimieron ese seductor influjo a la toma totalitaria del poder e hicieron muy difícil, o —según muchos— prácticamente imposible, cualquier tipo de oposición jurídica, política o intelectual.

Lo apuntado vale también para los primeros años de la historia

del nacionalsocialismo. El fracasado golpe de 1923 hizo ver a Hitler que cualquier ataque directo contra el orden vigente sería infructuoso. Las tenaces fuerzas del Estado y hasta del Ejército no se dejaron doblegar por la crisis de 1923; la resistencia que, pese a las dificultades internas y externas de la República, representaban los partidos democráticos y los sindicatos lograron soportar la embestida de un golpe de Estado. Y, ante todo, precisamente esa creencia de la burguesía y de la burocracia en la autoridad, que tantos sinsabores había de significar para la República de Weimar, constituyó un obstáculo fundamental para cualquier golpe de Estado. Pese a las muchas simpatías con que contaban en tales sectores los críticos y adversarios de la República, se puso de manifiesto que una de las tradiciones del Estado jerárquico-autoritario alemán era precisamente la defensa de la legalidad, de los valores de seguridad y orden (aunque no de la libertad). Por ello no alcanzó completo desarrollo la acción revolucionaria de 1918, por ello fracasó el golpe de Kapp de 1920 y por ello se salvó la crisis de 1923, pese a todas las ansias dictatoriales, incluso del Ejército y de Seeckt.

De este modo, la trayectoria del NSDAP, reformado tras la detención de Hitler, estaba trazada de antemano. En contraste con la impaciencia revolucionaria de algunos, Hitler mantuvo dicha trayectoria consecuentemente, por débil y desesperada que pudiera parecer su posición en el marco del juego democrático parlamentario. Sin embargo, la aversión y el recelo de la población alemana hacia una revolución declarada —sentimientos profundamente enraizados tras las experiencias de 1848 y 1918— brindaron al gran táctico de la revolución legal una nueva posibilidad, que habría de aprovechar: el camino a través de la dictadura presidencial.

Una doble debilidad de la Constitución de Weimar hizo posible tal situación. En primer lugar, esta Constitución —según opinión de autorizados intérpretes— no excluía la posibilidad de que su contenido fuese minado y destruido por la vía constitucional misma. Esto, precisamente, fue lo que ocurrió ya desde 1930 y, sobre todo, en 1932, culminando luego en 1933 con la quema del Reichstag y la ley de autorización. Hitler expresó ya esta posibilidad de la destrucción legal de la Constitución de forma inequívoca en su conocido «juramento de legalidad» durante el proceso de Leipzig de 1930. De modo impertérrito declaró: «La Constitución prescribe únicamente el terreno de la lucha, pero no los objetivos. Entramos en las instituciones legales y de esta forma nuestro partido se convertirá en factor decisivo. Ahora bien, una vez en posesión de los derechos

de la Constitución fundiremos el Estado en el molde que consideremos correcto» [10].

En este momento el NSDAP estaba todavía muy lejos de desempeñar en el Parlamento un papel importante. Incluso en la fase de su mayor expansión (verano de 1932) no contaba con mucho más de la tercera parte de los escaños del Reichstag. El camino legal a través de un partido mayoritario quedaba bloqueado, y ello tanto más cuanto que las elecciones de noviembre de 1932 registraban un claro descenso del número de seguidores del nacionalsocialismo.

Pero aquí, precisamente, se escondía el segundo punto débil del sistema gubernamental y constitucional de Weimar, que brindó la salida del dilema, aparentemente insoluble, de la política de legalidad: es decir, la posibilidad de un gobierno presidencial sin y contra el Parlamento y los soportes de la voluntad democrática. Es preciso no olvidar algo muy importante en la discusión sobre el tema. La alternativa de la dictadura presidencial, según el famoso y tristemente célebre artículo 48 de la Constitución de Weimar, había sido concebida, en principio, con la función expresa de defender el orden democrático contra las intentonas subversivas de posguerra. Ahora, sin embargo, con la presencia de un Presidente de muy diferentes características, surtía efectos completamente distintos. Ya en el proceso de formación del gobierno Brüning (1930) y, sobre todo, de los gabinetes autoritarios de Papen y Schleicher (1932) se demostró que la posibilidad legal de un gobierno extraparlamentario o incluso antiparlamentario tenía que paralizar el Parlamento y los partidos. La continua invocación de los poderes de excepción les brindaban una cómoda huida de las responsabilidades políticas, al mismo tiempo que fue acostumbrando a la opinión pública a una concepción autoritaria del Estado propagada con creciente intensidad por la prensa y la ciencia.

Los catastróficos efectos de la crisis económica mundial, así como la legendaria reputación del Presidente del Reich, vinculada a aquella concepción autoritaria, hicieron que se convirtiera en realidad la intrusión del autoritarismo en la democracia alemana. Entre la jungla de factores políticos y personales que llevaron a Hitler a la Cancillería, es preciso destacar el hecho de que en el ir y venir de las negociaciones siempre se mantuvo la demanda fundamental de Hitler: es decir, que en su condición de jefe de un gobierno presidencial debería contar con las ventajas del artículo en cuestión. Fue precisamente a través de esta brecha en la Constitución de Weimar

[10] Hitler ante el Tribunal del Reich en Leipzig (25 de septiembre de 1930). Schüddekopf, *op. cit.*, pp. 265 y ss.

cómo Hitler accedió al gobierno de forma totalmente «legal», y no como jefe de una coalición mayoritaria, según pretenden algunas equivocadas apologías. El 30 de enero de 1933 el nuevo Canciller podía considerar como etapa final de su feliz curso legalista el juramento, formalmente correcto, de una Constitución cuya destrucción inició inmediatamente. Ahora comenzaba la verdadera toma del poder. Ahora debía demostrarse de qué forma podía armonizarse la táctica legalista con la estrategia de la revolución y cómo podía cristalizar todo ello en una técnica específica de asalto al poder, que eliminaría y pondría fuera de juego todas las defensas y fuerzas de oposición en el marco político, social e intelectual. Para ello precisaba una segunda fórmula mágica que confundiera a los espíritus, distrajera al adversario y engañara o sedujera a los aliados de Hitler. Esta fórmula mágica fue la revolución nacional.

Siguiendo esta consigna empezó a desplegarse la revolución legal en las siete primeras semanas del gobierno Hitler, precisamente hasta la reconfiguración de sus bases por la llamada ley de autorización del 23-24 de marzo de 1933. Desde la campaña promovida contra el Plan Young (1929) y, sobre todo, desde la constitución del Frente de Harzburg (1931) la táctica de Hitler había consistido en buscar el apoyo de la industria, los militares y los latifundistas en el marco de una oposición nacional de los partidos de la derecha. Pero se cuidó muy bien de no aparecer como mero militante propagandista, susceptible a ser abandonado luego por sus asociados conservadores y nacionales. Las experiencias de 1923 surtieron aquí también sus efectos. Algunos años más tarde, el pacto con las derechas reaccionarias fue simplemente un medio político eficaz en la lucha contra la República. En el momento en que se le sometía a prueba, se deshacía. Así ocurrió también en las elecciones presidenciales de 1932, al tratar Hitler de abrirse paso él solo contra Hindenburg y Düsterberg. Sin embargo, a finales de 1932 y comienzos de 1933 Hitler se apresuró tanto más a aceptar la oferta de Papen de renovar el pacto, dado que sabía de la disposición de los asociados conservadores a supeditarse más definidamente a un gobierno nacionalsocialista. Entre los asociados figuraban el mismo Papen, Hugenberg y los germano-nacionales, los cascos de acero *(Stahlhelm)* y los círculos agrarios e industriales que los respaldaban. El resultado fue el retorno del Frente de Harzburg en el último minuto, en el momento de una crisis del NSDAP, de una recuperación económica y de fraguarse los últimos planes de ataque del gobierno Schleicher.

El disfraz programático de las ambiciones nacionalsocialistas, su pretexto de revolución nacional «suprapartidista», constituyó un extraordinario escenario ideológico para la realización político-constitu-

cional de la revolución legal. Esto pudo ponerse ya de manifiesto en la formación de gobierno. Sólo tres nacionalsocialistas se enfrentaban a un total de ocho ministros conservadores. Estos ocupaban, aparte de la Vicecancillería, carteras tan importantes como las del Ejército, Economía y Política Exterior. Además, contaban con la seguridad del favor del Presidente del Reich y de las Fuerzas Armadas. Desde fuera daba la impresión de que se trataba de un gabinete de coalición en el que podría ponerse freno con seguridad a las ambiciones nacionalsocialistas: «Nos lo hemos conquistado (a Hitler)», pudo exclamar en tono de triunfo el vicecanciller Papen, a cuya iniciativa se debía la constitución del gobierno, con vistas a una estrecha vinculación con Hindenburg [11]. El mismo Papen se expresaba de modo análogo ante un crítico conservador y futuro militante de oposición, Ewald von Kleist-Schmenzin: «¿Qué es, entonces, lo que quiere usted? Tengo la confianza de Hindenburg. En el plazo de dos meses tendremos tan arrinconado a Hitler que va a rechinar» [12]. Sin embargo, los acorralados no eran los nacionalsocialistas, sino sus asociados, tan seguros de sí mismos. Ya antes de prestar juramento este gobierno (30 de enero) pudo apreciarse el peso de un Canciller, Hitler, que a diferencia de sus compañeros de gobierno sabía muy bien lo que quería: cuando consiguió —pese a la oposición de Hugenberg— una nueva disolución del Parlamento, se había deshecho ya el frente de los no nacionalsocialistas dentro del gobierno. Fue una historia que se repetía de sesión en sesión. A este nivel no se registraba oposición; tampoco cuando, mucho más tarde, los nacionalsocialistas eran mayoría en el gobierno.

Esto no era únicamente consecuencia del ilusionismo y oportunismo de los germano-nacionales al decidirse por el pacto, seguros como estaban de su prestigio e influencia cerca del ejército, los sectores económicos y la gran sociedad. Era también consecuencia de la desigual distribución de poder en el gobierno y en el sector político, pese al lenguaje de las apariencias. Se fue comprobando que la Cancillería y los Ministerios del Interior (Frick) en el Reich y de la Constitución (Göring) en Prusia bastaban para implantar la revolución legal sin contar prácticamente con la ayuda de los correligionarios de gobierno y bastaban también para convertir rápidamente la revolución nacional en asalto al poder del nacionalsocialismo. A ello contribuyó también el hecho de que el nuevo ministro de la Reichswehr (Blomberg) se mostrara muy susceptible al arte seductor de

[11] Lutz Graf Schwerin-Krosigk: *Es geschah in Deutschland,* Tubinga-Stuttgart, 1951, p. 147.

[12] Ewald von Kleist-Schmenzin: «Die letzte Möglichkeit», en *Politische Studien 10* (1959), cuaderno 106, p. 92.

los nacionalsocialistas y a sus promesas de armamento en favor de las Fuerzas Armadas. Por una serie de disposiciones de excepción inspiradas en el fatídico artículo 48, a las que accedió un Hindenburg cegado por solemnes testimonios conservadores a la vez que cristianos y conservadores de Hitler, se crearon las bases decisivas del poder ya en el primer mes de gobierno (febrero de 1933). Desde esa plataforma, los nacionalsocialistas podían reprimir o dirigir casi a placer la vida pública.

Claro está, todo ello no discurrió sin violar la legalidad. Así, con una disposición del 6 de febrero de 1933, por la que Göring se hacía prácticamente con el pleno control de Prusia, se ignoraba abiertamente el fallo del Tribunal del Estado a propósito del golpe de Estado de 1932 en Prusia. Y también iba ya mucho más allá de la política constitucionalista la rigurosa limitación de la libertad de prensa y de asamblea y, sobre todo, la manipulación del asunto del incendio del Reichstag como pretexto para la supresión «sine die» de los derechos fundamentales. De esta manera, sobre la base de un permanente estado de excepción pudo sostenerse el Tercer Reich durante doce años. Sin embargo, siempre se mantuvo una legalidad aparente: sobre todo, porque ninguno de los organismos responsables de la salvaguardia del Estado de derecho —el Presidente, las Fuerzas Armadas, los gobiernos regionales, los partidos, los sindicatos, los tribunales, etc.— ofrecieron objeciones de peso u oposición alguna a estos actos de toma progresiva del poder. Tal era, precisamente, la función de aquella fachada de revolución nacional en estas primeras semanas. Pese al cúmulo de experiencias contrarias los asociados de Hitler en el gobierno creyeron en esta ficción, quedando desplazados ya a finales de marzo, y definitivamente fuera de juego en junio de 1933. Y se adhirieron a esta ficción con tanta más fuerza, mezclada luego de temor, cuanto que con ello esperaban evitar la amenazadora alternativa de una dictadura nacionalsocialista. Aliados de Hitler, como Hugenberg, comprendieron demasiado tarde —aunque cómplices como Papen jamás lo entendieron— que fueron ellos los primeros en hacer posible aquella dictadura. Fue una posibilidad sin riesgo alguno para Hitler.

De modo que el malentendido de la revolución legal pudo surtir plenos efectos gracias al segundo malentendido de la revolución nacional. Pues cuando, pese al terror y la propaganda, las elecciones generales del Reich del 5 de marzo tampoco pudieron —en contra de los cálculos— confirmar las monopolíticas aspiraciones de Hitler y conseguir mayoría para el NSDAP, el «Führer» invocó enfáticamente la alianza nacional. En los ceremoniosos actos del Día de Potsdam (21 de marzo) reiteró sus confesiones de fe nacional y conservadora

de las primeras jornadas, confesiones que tanto habían impresionado a la burguesía, la burocracia y el ejército, distrayendo a la opinión pública de los actos terroristas de asalto al poder por parte de los funcionarios nacionalsocialistas. «Donde se cepilla saltan virutas» era el refrán de actualidad con que se tranquilizaba a ciudadanos y funcionarios por los «inevitables excesos» de los «nuevos vientos» (Papen) de la nación. Con parecida finalidad, el nuevo ministro de Propaganda, Goebbels, montó un espectáculo, colmado de éxitos y de símbolos, sobre el sarcófago de Federico el Grande en la iglesia de la Guarnición de Potsdam. Era el 21 de marzo de 1933, aniversario de la constitución del Reichstag bismarckiano (1871). Aquella «conmovedora comedia de Potsdam» [13], celebrada ante una silla vacía reservada para el Kaiser y en presencia de Hindenburg y del príncipe heredero, conseguía distraer una vez más a monárquicos y nacionales de la dictadura nacionalsocialista, que extendía progresivamente sus tentáculos. En este mismo estilo se reemplazó la bandera negro-rojo-oro por los colores de la revolución nacional: negro-blanco-rojo. Era una violación de la Constitución a la que apenas podían replicar los correligionarios de Hitler. También aquí se mantenían las apariencias de una supeditación de las ambiciones nacionalsocialistas al objetivo común, pues qué duda cabía de que la bandera de la cruz gamada representaba sólo una de las banderas de la revolución nacional.

Dos días después de la «comedia de Potsdam» se descorrió el velo que ocultaba el asalto al poder de los nacionalsocialistas. También los demás partidos burgueses —liberales y centristas incluidos— se encontraban agobiados por la presión de los hechos consumados y tan impresionados por el llamamiento nacional que se creyeron en la obligación de prestar su asentimiento a la ley de autorización. Ciertamente, este acto del 23 de marzo de 1933 por el que, con la oposición de los perseguidos partidos de la izquierda, el Reichstag delegaba en el gobierno todas sus facultades legislativas, fue únicamente la consecuencia del permanente estado de excepción, creado prácticamente por las disposiciones del 28 de febrero, tomadas con motivo del incendio del Reichstag. Es preciso destacar que Hitler habría de violar más tarde repetidamente las cláusulas restrictivas de aquella ley, en las que los partidos conservadores creyeron poder confiar. Su misma promulgación por el Consejo del Reich no puede considerarse correcta desde el momento en que éste no contaba ya con la debida composición tras el asalto al poder (a ello equivalía

[13] Por ejemplo, Friedrich Meinecke: *Die deutsche Katastrophe,* Wiesbaden, 1946, p. 25.

a fin de cuentas el proceso de *Gleichschaltung*) practicado en diferentes Estados del Reich. El asentimiento de centristas y liberales estuvo motivado en parte precisamente por la esperanza de sacar al régimen de su política de excepción y situarlo en el marco de la legislación regular y legal. Pero justamente ahí radicaba el engaño de la revolución legal, que facilitó al nacionalsocialismo un afianzamiento de su autoridad mucho más rápido y total que el conseguido en otro tiempo por el fascismo en Italia.

Aquí radicaba, pues, el verdadero sentido de la nueva ley, mucho más que en la serie de poderes concretos que otorgaba. En cambio, las medidas específicas relacionadas con el terror y la coerción, que incluían la brutal represión y aniquilación de cualquier movimiento de oposición, se apoyaban en gran parte en las radicales disposiciones de la primera época. Con todo, los voluntariosos colaboradores en la burocracia oficial y en los tribunales, de los que tanto dependía el nacionalsocialismo por su escasez de expertos, siempre encontraban algún fundamento legal con que tranquilizar los ánimos. Ante una ley de tan completas apariencias legales, nada podía objetarse, desde este punto de vista, a un gobierno tempestuoso y violento en su actuación, por lamentables que pudieran ser algunos «excesos» (justificados como «excepciones»). ¿No hay motivos suficientes para alegrarse —según puede leerse en las actas de algunos altos funcionarios de la época— de que tan incontenible revolución haya discurrido por cauces tan limpiamente legales? Por ello se hizo incluso más de lo necesario para asegurar a una revolución tan legal, toda clase de éxitos desde el punto de vista técnico y político-administrativo.

Esta actitud fue evidentemente la que presidió los primeros trabajos en la confección de la ley de autorización por parte de funcionarios no nacionalsocialistas del Ministerio del Interior y la que habría de observarse más tarde en cualquier actividad legislativa o administrativa importante: por ejemplo, en la formulación de una ley tan fundamental como la del funcionario (7 de abril de 1933). Por ella pudo eliminarse a todo funcionario judío o políticamente mal visto. Se abrieron así las puertas de par en par a motivos tan sucios como ambiciosos, a la enemistad personal y al delator. Todo ello facilitó enormemente el asalto al poder del nacionalsocialismo en todos los sectores de la vida cultural y social, sin excluir la Universidad y las escuelas, y selló la culpable complicación del ciudadano en los campos más diversos, vinculándolo definitivamente con el régimen por el temor o la ventaja, asestándole, en fin, un durísimo golpe en su autonomía: el requisito más importante de cualquier sistema totalitario.

A base del engaño y del autoengaño se explica también la rapidez

asombrosa (incluso para los propios nacionalsocialistas) con que se doblegó a la izquierda política. Había varias razones. Tras su huida del gobierno en 1933 y la tan pasiva capitulación ante el golpe de Estado de Papen en Prusia, los socialdemócratas se encontraban ampliamente excluidos de las responsabilidades políticas desde antes de 1933. Los comunistas, por su parte, no habían desperdiciado oportunidad alguna de atizar la contienda de entonces y debilitar las defensas de la democracia. En contra de lo sostenido por algunos historiadores comunistas de Alemania Oriental, es un hecho incontrovertible que el KPD libró expresamente sus principales ataques contra los socialdemócratas, los «socialfascistas». Consecuentemente, los dirigentes comunistas, echando por la borda su propaganda antifascista, colaboraron en la caída del gobierno socialdemócrata de Prusia. Además, en multitud de ocasiones formaron con los nacionalsocialistas un frente común contra la República: por ejemplo, en varios votos de censura, en el plebiscito de 1931 en Prusia, en la huelga de tráfico de noviembre de 1932 en Berlín. Tras este colaboracionismo, tan significativo como grotesco, se escondían los cálculos del KPD de que la caída de la República maduraría la situación para una revolución comunista. Evidentemente, también en Moscú, que dio su venia al citado rumbo, se pensaba en el carácter efímero de una dictadura nacionalsocialista, atribuyéndole tan sólo una función de preparación del terreno. Así se explica que Stalin tratara inmediatamente de establecer buenas relaciones con el régimen hitleriano y hasta continuar la cooperación entre la Reichswehr y el Ejército Rojo. En un principio, no protestó abiertamente contra las persecuciones de que eran víctimas los comunistas alemanes. Por otra parte, uno de los primeros pasos a nivel internacional por los que se reconocía al Tercer Reich fue la renovación (finales de abril de 1933) del acuerdo comercial germano-ruso, vencido en 1931.

Esta táctica de Moscú suponía un craso desconocimiento de lo que realmente fue el asalto al poder del nacionalsocialismo. Al no admitir el carácter de una verdadera revolución y ver en todo ello únicamente la fase final del capitalismo monopolista, se paralizaba y escindía las fuerzas de oposición, encauzándolas en una dirección equivocada. Esto ocurrió en el caso del SPD, que en marzo de 1933 disponía todavía de una fuerte organización y muchos seguidores. Mientras que, en un principio, Hitler temió la huelga general, los dirigentes del SPD y de los sindicatos se adhirieron fuertemente a la creencia legalista, considerando como primer objetivo preservar a la organización de cualquier prohibición y mantenerla intacta para el momento en que el nuevo régimen (¡después de pocos meses!) terminara por gastarse. En contra de lo esperado por adversarios y par-

tidarios, la socialdemocracia se limitó a la oposición legal, convirtiéndose así en una víctima más de la táctica legalista. Este error de cálculo se vio agravado por el hecho de que, tras el 30 de enero de 1933, los socialistas situaran en primer plano la lucha contra los reaccionarios capitalistas, es decir, contra el grupo de Hugenberg. Al parecer, consideraron a Hugenberg más peligroso y poderoso, sucumbiendo así, con ayuda de la tesis marxista de la «contrarrevolución», a las engañosas consignas de la revolución nacional. La verdadera oposición empezó a formarse cuando ya era demasiado tarde.

El camino hacia la dictadura

La maraña de acontecimientos y motivos que allanaron al NSDAP el sendero hacia el gobierno y posibilitaron la rápida transformación del gabinete presidencial en una dictadura caudillista de partido único, resulta aun hoy difícil de desentrañar. Basándose en algunos cuadros de conjunto más o menos estructurados, algunos autores menosprecian la complejidad y pluralidad de causas, así como el papel del azar y de la improvisación del momento, y consideran retrospectivamente el establecimiento del régimen de Hitler como el resultado de una política de dominación, perfecta y consecuentemente planeada. Sin embargo, también incurre en error el intento —interpretado a menudo demasiado apologéticamente— de pasar por alto la planificación del «Führer» y de sus colaboradores, explicando la política nacionalsocialista en función de las reacciones de Hitler a las oportunidades o desafíos del momento. Esta es la táctica empleada por A. J. P. Taylor en su controversia con Trevor-Roper [14]. Tal interpretación contradice a la inequívoca realización de la ideología y de la doctrina de dominación nacionalsocialista en el marco concreto del Tercer Reich, tanto en el plano de la política interior como de la exterior. Este fue precisamente el error, tan fundamental como fatídico, de los no nacionalsocialistas en Alemania. Lo mismo habría de repetirse después de 1933 en la política de apaciguamiento («appeasement») seguida por el extranjero. En este sentido, la his-

[14] Hugh Trevor-Roper: «Hitlers Kriegsziele», en *VfZG 8* (1960), p. 121. Véase también la errónea interpretación de A. J. P. Taylor: *The Origins of the Second World War,* Londres, 1961, pp. 67 y 131. Al mismo error tiende también la nueva interpretación «revisionista» del incendio del Reichstag, donde se subraya demasiado el improvisado carácter del asalto al poder. Así, Fritz Tobias: *Der Reichstagsbrand,* Rastatt, 1961, aunque también Hans Mommsen: «Der Reichstagsbrand und seine politischen Folgen», en *VfZG 14* (1964), p. 352.

toria del nacionalsocialismo es «de cabo a rabo» la historia de su subestimación.

El dramático desarrollo de las últimas semanas anteriores al 30 de enero de 1933 estuvo protagonizado, más que en anteriores fases, por decisiones de tipo personal. Naturalmente, tan sólo podían tomarse en una situación presidida e incluso relativamente determinada por el general condicionamiento político, por una problemática inherente a la historia y la prehistoria de la República de Weimar. Sin embargo, el curso de los acontecimientos no discurría ahora tampoco por cauces deterministas, dependiendo más que nunca de la acción de un reducido círculo de personas. De acuerdo con la realidad constitucional como con la marcha general hacia el Estado autoritario, la decisión final se encontraba en manos de Hindenburg. Sus autores sólo podían ser personas íntimamente allegadas al Palacio Presidencial y que desde años hubieran impulsado la implantación de planes autoritarios de reforma. Junto al ex-Canciller von Papen, el hijo y ayudante del Presidente, Oskar von Hindenburg, y el subsecretario de Estado, Meissner, figuraba principalmente Schleicher. Después de aparecer, en calidad de Canciller del Reich, en el escenario público, abandonando así el mundillo de planes e intrigas, había emprendido el intento de ampliar las bases del gobierno. Sin embargo, los partidos democráticos, sorprendidos por este repentino halago, acogieron con recelo el brusco cambio de Schleicher. Los sindicatos socialistas, que en un principio reaccionaron positivamente a estos intentos de acercamiento, se vieron inmediatamente enfrentados al escepticismo de los dirigentes socialdemócratas. Por otra parte, tras conseguir Schleicher la cooperación de Gregor Strasser, indiscutiblemente el hombre más importante en la organización del nacionalsocialismo, el nuevo Canciller acabaría, sin embargo, por ver frustradas sus esperanzas de una escisión del NSDAP.

El nuevo Reichstag, con inclusión de los nacionalsocialistas, seriamente afectados, renunciaba todavía en su primera sesión (4 de diciembre de 1932) a un voto de censura. Por el momento parecía todavía posible un retorno a la política de tolerancia del gobierno Brüning. Sin embargo, en vista de la indecisión de Strasser y de la persistente inactividad de los partidos democráticos, muy poco éxito tuvieron los esfuerzos de Schleicher encaminados a superar el aislamiento del sistema presidencial autoritario heredado de von Papen. El 8 de diciembre de 1932 Strasser renunció a todos sus cargos en el ejecutivo nacionalsocialista. No era una rebelión contra Hitler, sino la resignación. Para la monomanía de Hitler era, naturalmente, una puñalada por la espalda, que habría de vengar cruentamente tanto en Schleicher como en Strasser.

Pronto se puso de manifiesto que tampoco el otro lado había permanecido inactivo. Por iniciativa de algunas personalidades clave se pudo elaborar una nueva alternativa, que terminaría por derrotar a Schleicher y con él la última tentativa de impedir el asalto al poder por parte del nacionalsocialismo. Ciertamente, Hindenburg se pronunció casi hasta el final en contra de la solución del 30 de enero de 1933, al menos contra el nombramiento de Hitler como Canciller. Ya desde comienzos de enero, sin embargo, el Presidente se mostró intranquilo y decepcionado por la esterilidad de los esfuerzos de Schleicher. Precisamente en este momento vino la reacción de Papen, su contraofensiva. Los motivos del ex-Canciller, a quien Hindenburg llamaba ahora su «homo regius», fueron de índole objetiva y también personal. El enfado y la envidia frente a Schleicher, antiguo amigo y protector, corrían parejos con la ambición política de participar de nuevo en el juego y se combinaban con ese ideal del Estado autoritario que, tras la pérdida del apoyo de Schleicher, pretendía realizar en colaboración con el NSDAP. En este marco hay que situar el alcance histórico de los intentos de mediación entre Hitler e Hindenburg, prolongados durante varias semanas. Su protagonista, Papen, inició estas gestiones a partir de la famosa entrevista con Hitler el 4 de enero de 1933 en Colonia, en casa del banquero Kurt von Schröder. Estas actividades se promovieron, en primer lugar, con apoyo de la gran industria, luego con la ayuda de Ribbentrop y Oskar von Hindenburg; finalmente, por el alistamiento de Hugenberg, del «Reichslandbund» y de los cascos de acero.

El retorno del Frente de Harzburg, roto tras ciertas desavenencias entre los asociados, fue, en primera línea, consecuencia de aquella iniciativa de Papen. También en este punto la vehemente apología de las memorias de Papen queda refutada por pruebas condenatorias de peso, de la más heterogénea procedencia. Lo cierto es que un NSDAP paralizado por el vacío de poder y los reveses electorales, debilitado por conflictos internos y problemas financieros, volvió repentinamente —para sorpresa de él mismo— al juego político más caro, esquivando con ello la amenaza de la contraofensiva de Schleicher y obteniendo la participación en el poder; todo ello, además, en un momento en que agonizaba definitivamente la crisis económica. La subsiguiente toma del poder por un partido visiblemente amenazado de descalabro podía beneficiarse ahora de la nueva coyuntura de la economía mundial. Antes fue el empeoramiento de la misma la encargada de facilitar su ascenso. Esto puede considerarse como una concatenación fatal de circunstancias. Sin embargo, fue también, en igual medida, una consecuencia directa de la iniciativa Papen de enero de 1933 y de los planes de transformación autoritaria para

cuya realización se quería contar con la comprensión de Hitler y la ayuda nacionalsocialista, aunque sin renunciar al papel de protagonista.

Contrariamente a lo que temían los nuevos socios, la reacción de Schleicher fue débil. Una de las razones fue la comprensible dilación de los partidos democráticos, a los que la prolongada abstinencia parlamentaria y gubernamental había debilitado seriamente, incluso internamente. En medio de un gran recelo seguían las tentativas de acercamiento promovidas por el hábil General. Difícilmente podía esperarse de él, tras las anteriores intrigas, un sincero retorno a unas condiciones de gobierno normales, una sincera renuncia al experimento autoritario y una decidida oposición a las ambiciones nacionalsocialistas. Una segunda razón de la debilidad de Schleicher radicó en el hecho de que, pese al voluntarioso apoyo ofrecido por el general von Hammerstein, Jefe del Ejército, no podía contarse con la intervención de la Reichswehr contra la iniciativa Papen y, consecuentemente, contra Hindenburg. Esto no impidió, sin embargo, que el mismo 29 de enero circularan con toda intención rumores relacionados con un inminente golpe contra la Reichswehr, aprovechados finalmente por Hindenburg para acelerar las últimas conversaciones y el cambio de gobierno. Una tercera razón radicó en la escasa información (aparte de algún detalle suelto) que Schleicher tenía acerca del alcance y propósito de la acción del adversario. Desde un principio consideró imposible un acuerdo, confió en la aversión de Hindenburg a Hitler y concentró toda su atención en parar la amenaza de un nuevo gobierno Papen. Pero, sobre todo, no esperaba ser sustituido como ministro de la Reichswehr por el general Blomberg, propenso a las ideas nacionalsocialistas, perdiendo así todo el control o posibilidad de influencia en el nuevo gobierno.

Estas fueron las principales coordenadas en cuyo marco se efectuó el acceso de Hitler al poder. En estos meses finales de la República las decisiones de tipo personal tuvieron alcance histórico. Las mismas presidieron la crisis en torno a la prohibición de la SA, la caída de Brüning, el rechazo de Hindenburg de la versión democrática del gobierno presidencial y, finalmente, el golpe de Estado de Papen en Prusia, así como sus arbitrarios experimentos dictatoriales. En último término condujeron también al inesperado nombramiento de Hitler como Canciller, en un momento en el que había pasado ya lo peor de la crisis económica y después de que el NSDAP hubiese sufrido sensibles reveses. Ciertamente, sería una simplificación nada objetiva reducir a un común denominador toda la maraña de los acontecimientos ocurridos entre el mes de junio de 1932 y el mes de enero de 1933. Indudablemente, el triunfo nacionalsocialista sólo se

hizo posible gracias al enconamiento de los problemas estructurales de la República en ese «vacío de poder» de 1932 que aparentemente no ofrecía salida alguna, con el consiguiente bloqueo recíproco de los partidos democráticos, diferentes movimientos de subversión totalitaria y los mismos poderes autoritarios. Sin embargo, igualmente indiscutible es el decisivo alcance que, sobre este fondo histórico-político, llegó a adquirir el glorioso cuadro de intrigas libradas por una insignificante minoría en torno al último pilar del poder, el Presidente del Reich (tan desprovisto de visión política). El mero hecho de que esto fuera posible y encontrara tan escasa oposición activa puede ratificar la circunstancia de la nula funcionalidad de la República parlamentaria después de su contaminación con experimentos autoritarios. Este era precisamente el fatídico reverso del régimen presidencial.

El error y la desgracia, la lógica y el azar se entrelazaron en una complicadísima madeja de causas a lo largo del proceso de la toma del poder por parte del nacionalsocialismo. Esta no fue «necesaria». Incluso «in extremis» quedaba todavía cierta libertad de elección, que, a la ligera o conscientemente o con una cansada resignación, se vio traicionada por el mando intelectual y político. Indudablemente, en la originaria inclinación a soluciones autoritarias más allá de una democracia poco habitual aún, se desarrolló una serie de factores determinantes que hicieron posible el 30 de enero de 1933 y sus efectos. Sin embargo, hasta el último momento el gobierno Schleicher brindó alternativas no menos carentes de fundamentación histórica. Un momento decisivo fue, en primer lugar, la arbitraria actividad del grupo Papen-Hugenberg-Hindenburg. En medio de su ambiciosa arrogancia, esta insignificante minoría puso su confianza en el pacto con el movimiento de masas totalitario. Con ello ayudó de forma decisiva a los dirigentes nacionalsocialistas en la conquista de posiciones de poder, a las que nunca habría podido llegar Hitler por sus propias fuerzas. En lugar de la esperada restauración de antiguas formas autoritarias sobrevino la dictadura totalitaria, que no sólo echó por tierra a la misma República de Weimar, sino también a los defensores de una «tercera» solución entre democracia y dictadura.

El resto del camino hacia el Estado totalitario de partido único cuenta con tres grandes estaciones. La primera se encuentra presidida por el signo de un fuerte aumento de poder del ejecutivo mediante el régimen presidencial; siguió luego la liquidación del Estado de derecho y, finalmente, la institucionalización de la dictadura caudillista. El primero de febrero le faltó tiempo a Hitler para conseguir de Hindenburg una nueva disolución del Parlamento. Siguiendo el modelo del régimen Papen se eliminó así el Parlamento por siete

semanas, cediendo el paso a un gobierno basado en disposiciones de emergencia. Sobre esta base pseudolegal se sucedieron la fuerte restricción de la libertad de prensa y asamblea (4 de febrero), la definitiva unificación *(Gleichschaltung)* de Prusia (6 de febrero), la supresión de los derechos fundamentales (28 de febrero) y el sometimiento, a base de golpes de Estado, de los Estados aún rebeldes después de las elecciones del 5 de marzo. Los decretos de emergencia iban siempre vinculados a la presión política y al terror. Así se legalizaba no sólo la dictadura del gobierno sino otras acciones: por ejemplo, se facilitaba la estruendosa intervención ofensiva del partido y de sus diversas organizaciones, especialmente la SA, que registraba un considerable avance.

Esta primera fase se llevó a cabo sobre la base de una igualación *(Gleichschaltung)* administrativa y de una penetración nacionalsocialista de la sociedad. El método característico, indefectiblemente acompañado del éxito, consistía en la combinación de decretos pseudolegales del gobierno con amenazas revolucionarias y presión terrorista. Las elecciones del 5 de marzo de 1933 estuvieron también fundamentalmente condicionadas por esa situación. Su trasfondo fue el estado de excepción decretado el 28 de febrero y estuvieron presididas por la intimidación y represión de la opinión pública. Por ello, los resultados son más bien asombrosos. El NSDAP, en efecto, todavía no consigue la aprobación de una mayoría (43,9 %). Únicamente por su pacto fatal con los germano-nacionales (8 %) obtienen una escasa mayoría. Los partidos liberal y centrista confirman la situación de 1932 (18 %), mientras que la izquierda, pese a la persecución, la represión y detenciones de numerosos candidatos, logra todavía más del 30 %. Los nacionalsocialistas se beneficiaron sobre todo de los absentistas tradicionales y del nuevo electorado, como también de la gran afluencia a las urnas (89 %), resultado del enorme aparato propagandístico del NSDAP (pero en modo alguno signo de madurez política). En numerosos distritos obreros y predominantemente católicos las ambiciones nacionalsocialistas sufrieron una clara derrota. En muchas localidades el NSDAP obtuvo el 20 % escaso e incluso menos de 10 % de los votos. El grueso de seguidores estaba integrado por regiones rurales de población protestante, ciudades pequeñas y, en todo caso, la pequeña clase media y los empleados[15].

También el subsiguiente proceso de igualación *(Gleichschaltung)* de los diferentes Estados del Reich reflejó la combinación del dirigismo de «arriba» con la manipulación de los de «abajo». Dicho proceso fue justificado con la «victoria electoral». Sin embargo, esto

[15] Análisis electoral de Bracher-Sauer-Schulz: *Machtergreifung*, p. 93.

no estaba de acuerdo ni con los resultados ni tampoco con la estructura constitucional federalista. Reflejaba más bien la perplejidad de los nuevos poderes políticos frente a los distintos Estados en los que no se había obtenido mayoría alguna: sobre todo, Baviera, Württemberg, Baden, Hessen, Sajonia y las ciudades-estado. Entonces se procedió a actuar según el modelo de igualación pseudolegal de Prusia, ayudados naturalmente de diversos métodos pseudorrevolucionarios: movilización de la SA, ultimátum a los gobiernos, terror y extorsión.

Pronto pudo comprobarse que la oposición era solamente débil, dispersa y desprovista de una esperanza real. Unicamente en Baviera, el mayor Estado después de Prusia, pudieron apreciarse serios movimientos en contra, sustentados por viejas tendencias de restauración monárquico-conservadora que, en combinación con las profundas tradiciones federalistas de dicho Estado, llevaron incluso a la tentativa de implantar una monarquía constitucional con el popular Príncipe Ruprecht a la cabeza. La cuestión tenía, pues, dos aspectos diferentes: por una parte, se trataba de aprovechar la caída de la República de Weimar en favor de la restauración monárquica, consiguiendo simultáneamente la afirmación del peso específico bávaro frente al predominio de Prusia y las tendencias de centralización del gobierno del Reich. Por otra parte, parecía ofrecerse aquí la última base posible de la oposición contra el amenazador proceso de igualación de todos los Estados y contra el rumbo de centralización de carácter netamente nacionalsocialista. Las manifestaciones relacionadas con la reforma del Reich, contenidas en el programa del partido y en *Mein Kampf,* eran muy vagas. Se reducían prácticamente a la difusa afirmación de un «fuerte poder central», tratando de evitar aquí también cualquier controversia entre tan heterogéneos seguidores. Tras la suerte corrida por Prusia el 6 de febrero a raíz de la definitiva destitución del antiguo gobierno, Baviera tuvo que sentirse inmediatamente amenazada. Claro está que, dada la distribución existente de poderes, Munich no quería arriesgar un conflicto abierto. Se limitaba a pisar terreno jurídico y a esperar, pese a las malas experiencias acumuladas, el fallo del Tribunal del Estado. Este había sido ya convocado, aunque no tendría tiempo de intervenir, debido a la rápida y violenta evolución de los acontecimientos. A mediados de febrero se había «igualado» ya, además de Prusia, una serie de pequeños Estados en los que los nacionalsocialistas habían obtenido acceso al gobierno: por ejemplo, Turingia, Mecklenburg-Schwerin, Oldenburg, Braunschweig, Anhalt, Lippe y Mecklenburg-Strelitz. Los nacionalsocialistas seguían siendo todavía una clara minoría en el Consejo del Reich. Sin embargo, sobre todos los Estados pendía ahora la espada de Dámocles: es decir, el proceso de igualación *(Gleich-*

schaltung) a manos de comisarios del Reich, según las prácticas de Papen (1932), continuadas después con éxito por Hitler y Göring en Prusia.

Para evitar lo que ya había ocurrido en Prusia, el gobierno bávaro de Heinrich Held y los dirigentes del BVP, presididos por Fritz Schäffer, celebraron la campaña electoral, a partir de mediados de febrero, bajo el signo expreso de una campaña en contra del nombramiento de comisarios del Reich. La consigna hablaba de no permitir traspasar inmune la línea del Meno a ningún comisario del Reich. Parecía que el federalismo bávaro se había convertido en el último reducto de oposición al nacionalsocialismo. Empero, también aquí se pusieron las esperanzas en Hindenburg. Ya en 1932 había prometido reiteradamente el Presidente no enviar comisario alguno a Baviera. Una nueva interpelación de Held (4 de febrero de 1933) recibía igualmente una tranquilizadora respuesta de Hindenburg, en el sentido de que ni el Presidente, ni el gobierno del Reich enviarían un comisario a Baviera. En parecidos términos se expresó también Papen en su entrevista con Schäffer (5 de febrero de 1933). Sin embargo, Papen dejó entrever que en círculos nacionalsocialistas se barajaba la idea de intervenir con un comisario del Reich en Estados —tales como Hessen y Sajonia— cuyos Ministerios del Interior (la Policía) estuvieran presididos por los socialdemócratas. El 12 de febrero Frick enviaba ya un consejero ministerial al gobierno de Hessen. A esta primera amenaza reaccionó el Primer ministro bávaro con enérgicas protestas. En el curso de una entrevista con el Presidente (17 de febrero) Schäffer recogía una nueva promesa en el sentido de que no se procedería nunca al envío de comisario alguno a Baviera. Schäffer anunció entonces públicamente que cualquier comisario del Reich que, en contra de lo prometido por Hindenburg, llegase a Baviera, sería inmediatamente detenido.

Al mismo tiempo, Frick, de origen bávaro, manifestaba con insistencia en un discurso pronunciado en Hamburgo (24 de febrero) que se procedería sin consideración contra cualquier Estado que se resistiera a someterse voluntariamente. Añadió que ya era hora de comprender el sentido de los nuevos tiempos y pensar que el gobierno del Reich conseguiría implantar su autoridad por doquier. Ciertamente, Papen trató por aquel entonces de aplacar la contienda mediante una declaración meramente verbal en favor del federalismo. Al mismo tiempo, Hitler manifestaba en una gran concentración celebrada en Munich que él mismo era bávaro y que no permitiría malos tratos a Baviera. Sin embargo, añadió lo siguiente: «En la oposición no me he dejado conquistar. Ahora, con el poder estatal en las manos, tendré también la suficiente energía para preservar la

unidad del Reich.» La «unidad del Reich» fue la fórmula táctica para el proceso de igualación *(Gleichschaltung)* nacionalsocialista.[16]

En medio de esta situación sobrevino el decreto del 28 de febrero, cuyo segundo apartado ponía en bandeja todos los recursos necesarios mucho antes de la ley de autorización: «En el caso de que en un Estado no se tomen las medidas pertinentes para el restablecimiento de la seguridad y orden públicos, el gobierno del Reich podrá asumir provisionalmente las funciones propias del régimen del máximo organismo de dicho Estado.» Con ello, y teniendo también en cuenta las rigurosas disposiciones relacionadas con la suspensión de los derechos fundamentales, se sentaron las bases para cualquier intervención arbitraria en la política regional y, por ello, en la estructura federal de Alemania. Indudablemente, el decreto hablaba únicamente de intervenciones provisionales, pero en la realidad tuvieron carácter duradero. Lo mismo ocurrió con la disposición del 28 de febrero, que jamás fue levantada. El proceso de igualación *(Gleichschaltung)* se hizo pronto realidad y los acontecimientos se sucedieron indefectiblemente. La interpretación de aquellas disposiciones corrió absolutamente a cargo del ministro del Interior Frick, a su arbitrariedad. Cuando creía que un gobierno regional poco simpatizante —por no estar sometido todavía— no actuaba con suficiente rigor contra los adversarios del curso vigente, podía ordenar y justificar cualquier tipo de acción contra él, aun sin necesidad de recabar el consentimiento o colaboración de Hindenburg. Al exponer Held de nuevo sus reparos a Hindenburg (28 de febrero), éste le aseguró una vez más (por increíble que resultase a esas alturas) que el Presidente no pensaba enviar comisarios del Reich.

Sin embargo, las protestas de tipo jurídico carecían ya de sentido en aquella fase de la dictadura. Las mismas partían de un trágico desconocimiento de la distribución del poder, adhiriéndose todavía a la ficción del Estado de derecho intangible. Este tipo de oposición legal a través de los recursos usuales estaba, desde el principio, condenada al fracaso frente a la técnica de la toma pseudolegal del poder. El plan consistía en que el gobierno bávaro solicitara del Príncipe heredero actuar en el estado de excepción como comisario general con amplios poderes; la proclamación de la monarquía podría ser entonces una de las consecuencias. Era un plan tan precipitado como problemático. Pese a ello, Fritz Schäffer se declaró ahora decididamente partidario, consiguiendo igualmente el partido del Príncipe. Sin embargo, el Primer ministro Held titubeó ante una decisión

[16] Sobre el tema, cf. especialmente Karl Schwend: *Bayern zwischen Monarchie und Diktatur,* Munich, 1954, p. 506. Erwein v. Aretin: *Krone und Ketten,* Munich, 1955, p. 155.

que, desde el punto de vista formal, era claramente anticonstitucional, aunque salvaguardaba el espíritu del Estado de derecho mucho más que la pseudolegalidad del proceso seguido por el nacionalsocialismo en su asalto al poder. El asesor jurídico de Held, simpatizante de los germano-nacionales, supo pintar dramáticamente los peligros que supondría una violación de la Constitución. Por otra parte, cuando agentes confidenciales del Príncipe informaron desde Berlín que la posición de Hitler era mucho más fuerte y decisiva que la de Hindenburg o Papen, se derrumbó también la gran esperanza de que una acción bávara pudiera contar con el apoyo del Presidente y de los germano-nacionales.

También en este terreno fueron fatales las ilusiones y la debilidad de Papen y Hugenberg frente a Hitler. Ciertamente, el enviado bávaro pudo hablar abiertamente con Neurath, Krosigk y Gürtner sobre la posibilidad de una restauración monárquica como dique contra la dictadura nacionalsocialista. Sin embargo, estos ministros no nacionalsocialistas recomendaron la espera. De esta forma, el gobierno bávaro no pudo decidirse por el plan, tanto más cuanto que el Ministerio de Defensa del Reich había amenazado con la destitución del comandante en jefe de Baviera, el general von Leeb, poniendo así en cuarentena el apoyo de la Reichswehr bávara. El primero de marzo Held fue citado a Berlín, recibiendo una dura advertencia en su entrevista mantenida con Hitler. En efecto, el Canciller amenazó incluso con una intervención de la Reichswehr contra los planes bávaros. Held emprendió entonces la retirada con el fin de no proporcionar a Hitler el pretexto, tanto tiempo esperado, para dicha intervención. Una vez más se puso de manifiesto el dilema de la política de oposición legal: incapaz de evitar el último acto, éste no se hizo esperar mucho tiempo.

Apoyándose en una desmedida exageración de su triunfo electoral del 5 de marzo, los nacionalsocialistas se aprestaron el día siguiente a asestar el último golpe a los Estados gobernados por gabinetes no nacionalsocialistas. Como de costumbre, el NSDAP no contaba en Baviera con posibilidad alguna de llegar al poder por la vía parlamentaria. El 8 de marzo, cuando el proceso de violenta igualación *(Gleichschaltung)* se encontraba ya en plena marcha en los demás Estados del Reich, Hindenburg, totalmente fuera de sí, aseguraba de nuevo al emisario bávaro que confiaran de una vez en sus promesas de que no se enviaría comisario alguno a Baviera. El mismo Hitler declaró, al mismo tiempo, algo parecido. Añadió, sin embargo, que también en Baviera podrían llegar a ser tan fuertes las presiones desde abajo que hiciesen ineludible una intervención del Reich.

Aquí aparece claramente ese engranaje de una «revolución desde arriba», dirigida, con una «revolución desde abajo», manipulada, que tanta importancia revistió en el proceso del asalto al poder y del sometimiento de los Estados. Puesto que la «línea política unitaria en el Reich y los Estados», categóricamente exigida ahora por Hitler, no era factible por la vía parlamentaria, se recurrió a medios revolucionarios golpistas: es decir, a las «presiones de abajo», mientras que, al mismo tiempo, se garantizaba «desde arriba» el curso de las operaciones pseudolegales con ayuda del decreto del 28 de febrero.

De este modo, una medida se conjugaba con otra. La noche del 9 de marzo regresó a Munich, después de haber dado en Berlín todos los pasos necesarios, el jefe de distrito del NSDAP, Adolf Wagner, protagonista del golpe de Estado. En tanto que Hindenburg seguía haciendo afirmaciones tranquilizadoras e Hitler eludía conscientemente toda respuesta, la SA de Munich, ya alarmada, se disponía a obligar desde la calle la retirada del gobierno. En la misma mañana del 9 de marzo, se respondía a nuevas protestas bávaras alegando no saber nada, pese a que los golpes de Estado se sucedían uno a otro en los diferentes territorios. Mientras Held discutía aún febrilmente con su ministro del Interior y el Jefe de la Policía de Munich, la SA descargó su primer golpe. Röhm, Jefe de la SA, junto con el jefe de distrito *(Gauleiter)* del NSDAP, Wagner, se personaron, de uniforme, ante Held, exigiendo de modo ultimativo el nombramiento del General Ritter von Epp, viejo nacionalsocialista, como comisario general. Röhm utilizó como amenaza el ambiente de rebeldía en las filas de la SA, evitando, sin embargo, indicar que actuaba siguiendo instrucciones de Berlín. Esto estaba de acuerdo con la táctica de Hitler: es decir, mantenerse aparentemente alejado y dejar que en Munich rodaran las cosas «por sí mismas», cuando, en realidad, venían dirigidas desde fuera. Indudablemente, una autodestrucción del gobierno bávaro, en conformidad con la táctica legalista de Hitler, habría constituido la salida más cómoda.

Held trató de dar largas al asunto. Sin embargo, ya desfilaban por doquier secciones de las SS y de la SA armadas, en la torre del ayuntamiento se izaba la bandera de la cruz gamada y, finalmente, los acontecimientos adoptaban un carácter netamente revolucionario. En las primeras horas de la tarde Held conversó con las autoridades militares competentes sobre la posibilidad de una resistencia organizada. Consultado el ministro de Defensa en Berlín, éste dio la orden de que «la Reichswehr debía permanecer al margen de la contienda ya que la cuestión de Baviera era un asunto puramente interno, del que las Fuerzas Armadas debían mantenerse completamente aleja-

das»[17]. Con ello se ponía igualmente en cuarentena la intervención de la policía regional. El Consejo de Ministros de Baviera rechazó la inmediata retirada del gobierno y el nombramiento de Epp. Röhm, Epp, Wagner e Himmler hubieron de retornar a sus puestos sin haber logrado nada. Pero ahora intervino Berlín. Hacía tiempo se encontraba en el Ministerio del Interior del Reich el nombramiento oficial de Epp. Recurriendo al decreto del 28 de febrero, hacia las siete horas se puso en conocimiento del emisario bávaro el nombramiento de Epp a través del departamento de prensa del gobierno del Reich, pese a que el gobierno bávaro no había recibido todavía comunicado alguno al respecto. Held envió inmediatamente un telegrama de protesta al Presidente del Reich alegando que Frick había rebasado sus atribuciones, ya que la situación bávara no justificaba, en absoluto, intervención alguna y expresando que con ello se habían violado las promesas de Hindenburg. La única respuesta fue un telegrama de Frick a Held notificando la decisión oficial. De este modo quedaba sometida Baviera —el último Estado en serlo— al proceso de igualación nacionalsocialista. Epp recibió un telegrama análogo confirmándole su nuevo cargo. Después de cursar Held un telegrama a Hindenburg expresando su amarga decepción, recibió al día siguiente la respuesta (10 de marzo) por mediación de Meissner. En la misma se ponía de manifiesto toda la impotencia del Presidente. Se indicaba que el nombramiento de Epp fue cosa «dictada por el gobierno del Reich en el marco de sus propias atribuciones». Al mismo tiempo, Hindenburg le rogaba (a Held) que desistiera de entrevistarse con él, debiendo presentar sus quejas directamente a Hitler. Se ponía, pues, en evidencia la autoeliminación de Hindenburg y la progresiva sumisión del Secretario de Estado Meissner a Hitler.

El nombramiento de Epp significaba la toma del poder y no sólo una medida policíaca provisional. Prueba de ello fue el grado de abuso e intervencionismo que desplegó inmediatamente en la alta administración bávara, tanto en el plano legislativo como en el de la política personal. Ciertamente, el gobierno y el parlamento prolongaron todavía su existencia (aunque más bien precaria). Pero la suerte estaba echada, y no gracias a la revolución popular, según el lema oficial, sino por la intervención de arriba. Todos los recursos importantes del poder se encontraban en manos de los nacionalsocialistas, que rápidamente se crearon su nuevo gabinete ejecutivo, correspondiendo al Jefe de las SS, Heinrich Himmler, la presidencia del cuerpo de policía. Aquí empezó su brillante carrera política. En la misma noche del 10 de marzo se acumularon los desmanes de la SA.

[17] Schwend: *Bayern*, p. 538.

Fritz Schäffer y otros políticos fueron llevados a la *Casa Parda,* la prensa rebelde fue eliminada violentamente y los directores y redactores que permanecieron leales quedaron detenidos. La dimisión de Held era ya pura formalidad. El 16 de marzo Epp transfería definitivamente todos los poderes gubernamentales a los «ministros en funciones» nacionalsocialistas. Al antiguo gobierno se le acusó luego de fantásticos delitos (traición, separatismo).

Los acontecimientos de Baviera reflejan los rasgos típicos de la política de igualación nacionalsocialista. En consonancia con los mismos se encontraban los sucesos registrados en Württemberg, Baden, Sajonia, Hessen, Hamburgo, Bremen y Lübeck. La amenaza de violencia (desde abajo) se combinaba con la intervención telegráfica de Frick hasta conseguir la destitución de los correspondientes gobiernos, sustituyéndolos por comisarios del Reich. Después del 30 de enero gobernó en Württemberg un gabinete ejecutivo presidido por el político centrista Eugen Bolz. Cuando, pese a la gran propaganda desplegada, la coalición de Hitler siguió estando en minoría tras las elecciones del 5 de marzo en Württemberg (46,9 %) —los partidos del centro y estatal consiguieron incluso algunos avances—, el NSDAP preparó la violenta disolución del gobierno. En la tarde del 6 de marzo y ante una enardecida multitud congregada en la Plaza del Mercado de Stuttgart, el NSDAP reclamó la caída del gobierno. Al día siguiente, tropas nacionalsocialistas izaban la bandera con la cruz gamada en el Parlamento, los Ministerios y demás edificios públicos. Finalmente, Frick, contraviniendo sus solemnes promesas de la tarde del 8 de marzo, nombraba comisario de policía del Reich al nacionalsocialista von Jagow, primer teniente, jubilado. Como justificación tópica se esgrimió el hecho de que «el mantenimiento de la seguridad y orden público ya no podía garantizarse en Württemberg bajo la presente jefatura de policía». Se suponía simplemente que «seguridad y orden públicos» equivalían al asalto al poder del nacionalsocialismo. No hay duda alguna de cómo deben interpretarse las razones y decretos nacionalsocialistas, con tal de que intentemos reconocer el verdadero sentido de todo ello y no nos contentemos simplemente con la versión del asalto legal al poder. Al obligar a Bolz a aceptar el nombramiento de Jagow, pese a todas sus protestas [18], se violó el espíritu de la Constitución, igual que se había violado anteriormente en Prusia y luego en Baviera.

Tampoco en Württemberg perseguían los nacionalsocialistas el restablecimiento del orden constitucional, sino la conquista del po-

[18] Wilhelm Keil: *Erlebnisse eines Sozialdemokraten,* t. II, Stuttgart, 1948, p. 487. Max Miller: *Eugen Bolz,* Stuttgart, 1951, p. 433. Waldemar Besson: *Württemberg und die deutsche Staatskrise 1928-1933,* Stuttgart, 1959, p. 344.

der. Esto pudo ponerse de manifiesto al impedir Jagow las elecciones presidenciales fijadas para el 11 de marzo, declarándose dispuesto a encontrar inmediatamente una solución constitucional del conflicto con el gobierno y el parlamento. En lugar de ello, se mantuvo nominalmente en sus puestos a los antiguos ministros, prácticamente desprovistos de poder, hasta que, bajo las presiones de los verdaderos dueños de la situación, pudo nombrarse Presidente a Wilhelm Murr, jefe de distrito *(Gauleiter)* del NSDAP. Se encontraba, pues, legalizado el asalto al poder. Pero la voluntad de legalización, su verdadero sentido, puede verse en el discurso pronunciado por Murr en la concentración que celebraba el triunfo: «El gobierno abatirá brutalmente a todo el que se le ponga delante. Nosotros no decimos 'ojo por ojo, diente por diente'» No. Al que nos salte un ojo le cortaremos la cabeza y al que nos salte un diente le romperemos la mandíbula» [19].

También en los demás Estados se había implantado ya de modo parecido la política de igualación. Para ello se recurrió al terror dirigido a través de las organizaciones regionales del nacionalsocialismo y a la simultánea intervención de los comisarios del Reich, apoyándose en el decreto dictado a raíz del incendio del Reichstag. Hamburgo inauguró la serie. En la tarde del 5 de marzo unidades de la SA y de las SS ocuparon violentamente el ayuntamiento, al tiempo que el Ministerio del Interior del Reich cursaba un cable ordenando que el Senado debía acceder a los deseos de los nacionalsocialistas. El alcalde, tantos años en funciones, tan sólo pudo optar por la dimisión en señal de protesta. El 7 de marzo el poder pasaba a manos de un nuevo Senado compuesto por seis nacionalsocialistas, dos germano-nacionales y dos «cascos de acero», bajo la presidencia de un nacionalsocialista (Krogmann). Un día después y tras una orden análoga del Ministerio del Interior del Reich se obligó a los senadores socialdemócratas de Bremen a dimitir, en tanto que Frick nombraba un comisario de policía y la SA mantenía ocupado el ayuntamiento. Algo semejante aconteció en Lübeck: dimisión del alcalde socialdemócrata y de los senadores del SPD después de la eficaz intervención de Frick por vía telegráfica. El mando de la policía, tan decisivo, fue encomendado a Schröder, inspector de distrito del NSDAP.

Cuando el 7 de marzo se iniciaron en Baden negociaciones entre el centro y el NSDAP, parecía como si el cambio de gobierno se fuese a producir aquí de modo suave y regular. Sin embargo, el 9 de marzo se encomendaba el mando de la policía a un comisario

[19] Miller: *Bolz,* p. 440.

nacionalsocialista (Robert Wagner) y dos días más tarde se establecía un nuevo gobierno, presidido por los nacionalsocialistas.

El 10 de marzo se conseguía en Sajonia la misma «solución», teniendo como protagonista a un comisario de policía (von Killinger), pese a que, en un principio, la SA sufrió un revés tras los desmanes perpetrados en la calle y en el Parlamento.

El 8 de marzo Frick intervino en Hessen, implantando un comisario de policía nacionalsocialista. Con la autodisolución del Parlamento regional en virtud de cierta ley de autorización y con la elección de un nuevo Presidente, Werner Best, joven nacionalsocialista, redactor de los tristemente célebres documentos de Boxheim, terminaba a mediados de marzo el proceso de igualación de los distintos Estados alemanes. Naturalmente, las medidas encaminadas a asegurar y consolidar la toma del poder a escala regional se prolongaron durante mucho tiempo. Sin embargo, nunca se llegó a una solución clara del problema de la ordenación y articulación del Reich, y ello constituye una prueba de lo poco que les preocupaba, en realidad, a los nacionalsocialistas el problema en sí. También aquí se tomaban todas las decisiones con vistas a la ampliación del poder; todas las reformas o planes de reforma servían únicamente de pretexto para la total penetración y captación de la vida pública en el marco de la dictadura nacionalsocialista.[20]

Esta escalada de terrorismo y anticonstitucionalidad en el proceso de asalto al poder alcanzó su punto máximo con la ley de autorización del 23 de marzo de 1933, encaminada a prescindir totalmente del Parlamento y a conferir un carácter definitivo a la dictadura del gobierno «nacional»: he aquí, una vez más, la simbiosis de «legalidad» y terror, aunque ahora con el objetivo de independizarse incluso del sistema de decretos presidenciales, instrumento que tan hábilmente había sido utilizado hasta entonces. En la medida en que Hitler podía prescindir ahora de la ayuda de Hindenburg y de su intermediario von Papen se hacía también superflua la aparente alianza con los germano-nacionales. Con la aprobación de la ley en cuestión, perdía su fundamento existencial no sólo un partido tan engañado como el del Centro, sino también el grupo Hugenberg-Papen.

En esta misma trayectoria hacia el poder total, el NSDAP se ocupó ahora de dos grandes tareas: liquidación de cualquier resto del Estado de derecho democrático, siempre que no pudiera incorporarse a las nuevas funciones de la estructura de poder vigente, y desarrollo de un Estado caudillista totalitario, en el cual los distintos sectores pluralistas y libres (sociedad, economía y cultura)

[20] Bracher-Sauer-Schulz: *Machtergreifung*, p. 427.

habían de convertirse, a través de un proceso de igualación y vigilancia, en pilares funcionales de la dominación de un solo partido, exento de control, y del aparato estatal a él sometido. Ambos objetivos no fueron plenamente alcanzados, ni entonces ni tampoco en la ulterior evolución del Tercer Reich. Sin embargo, el cambio crucial se produjo entre la ley del funcionario (abril de 1933) y la contundente declaración de la «unidad del partido y del Estado» (diciembre de 1933).

La liquidación del Estado de derecho democrático (segunda fase) exigió, en primer lugar, la «purga» del aparato burocrático y de las asociaciones democráticas profesionales (abril-mayo 1933), consiguiéndose también la disolución de todos los partidos no nacionalsocialistas y, finalmente, el afianzamiento legal del Estado de partido único (14 de julio de 1933).

El desarrollo y perfeccionamiento del Estado totalitario comprendió finalmente (tercera fase) el pacto con las Fuerzas Armadas, que habían experimentado un rápido crecimiento, la incorporación de la policía y su agregación a las SS. Paralelamente a esta movilización de la violencia se llevó a cabo aquella «captación» de la población reflejada en la labor de penetración y «orientación» de las asociaciones y en el desarrollo de amplias organizaciones monopolísticas tanto en lo económico («Frente Alemán del Trabajo») como en lo cultural (Cámara de Cultura del Reich). La expresión técnica aquí empleada era también «unificación» *(Gleichschaltung)*, término tan eufemista como significativo para designar la realización de las reivindicaciones totalitarias de un partido organizado dictatorialmente.

Finalmente, el 12 de noviembre de 1933, el primer plebiscito del Estado de partido único inauguraba esa serie de referéndums del «sí» que en las dictaduras totalitarias figuran entre los recursos preferidos para la autoafirmación pseudolegal y pseudodemocrática.

Ya se ha mencionado, pues, las principales fechas del primer año del Tercer Reich. Al régimen de decretos —cuyo punto culminante está representado por el 28 de febrero— y a la conquista de los Estados siguió, como final de la dictadura presidencial y comienzo de la dictadura caudillista, la supresión permanente de la división de poderes por obra y gracia de la ley de autorización. En contra de las ilusiones y apologías de algunos politólogos de entonces y ahora, aquella supresión fue tan poco legal como el régimen de decretos, fundado sobre la base del golpe de Estado o algo parecido. Tan ilegal fue la detención de numerosos diputados izquierdistas del Reichstag como la manipulación de la opinión mediante el engaño y la amenaza, el desfile de la SA por el Parlamento, la supresión del Consejo del Reich como representación de los Estados (requisito

de la ratificación), la consiguiente violación de todas las limitaciones de la ley de autorización y la grotesca renovación de atribuciones que se autoconcedió Hitler en 1937, 1941 y, finalmente, en 1943. Nunca pensó en cumplir sus promesas de que una asamblea nacional elaboraría una nueva Constitución. La Constitución de Weimar nunca fue abolida y, desde sus comienzos, el Tercer Reich dominó sobre la base de una legislación de excepción, exenta de todo tipo de limitación constitucional.

El significado de la «legalización» de la dictadura se vio ya en las primeras leyes importantes, fundamentadas exclusivamente sobre tales bases. El 31 de marzo y el 7 de abril aparecieron ya las leyes de «unificación *(Gleichschaltung)* entre los Estados y el Reich», que sirvieron de justificación para los distintos golpes de Estado y el futuro régimen de jefes de distrito *(Gauleiter)* del NSDAP en calidad de «lugartenientes del Reich», poniendo fin también a los gobiernos constitucionales y parlamentarios de los distintos Estados. Al mismo tiempo, se impulsó aceleradamente el proceso de cambios de personal y transformación de la administración. A falta de suficiente número de expertos propios se adoptó la táctica de limitarse, en principio, a cubrir algunas posiciones claves con personal nacionalsocialista y recurrir al despido y la amenaza con el fin de ganarse la colaboración de los funcionarios técnicos. Los nuevos dueños del poder pudieron servirse también del oportunismo personal, de la preocupación por los «derechos limpiamente adquiridos» y de esa propensión de la burocracia al orden no parlamentario y jerárquico de una administración monocrática que caracterizara ya su ambivalente posición ante la República de Weimar. No vamos a enjuciar aquí la tesis de que únicamente la decidida oposición del funcionario y el «sabotaje burocrático» habrían podido evitar el triunfo de tales maquinaciones subversivas [21]. En todo caso, Hitler podía contar con el perfecto funcionamiento ulterior del aparato estatal —en gran parte aún no nacionalsocialista, pese a los numerosos «caídos de marzo»— sin más que conjugar el llamamiento a las tradiciones nacionales, antidemocráticas y jerárquico-autoritarias de la burocracia profesional con la promesa de que el Estado y el partido continuarían existiendo como los dos pilares del Tercer Reich y que la revolución se «realizaría» en cierto modo por la vía administrativa.

En realidad, el hábil manejo de la ficción de una revolución «legal» y «nacional» no habría bastado para configurar tan perfectamente el paso del Estado de derecho a la dictadura totalitaria. Para ello se

[21] Por ejemplo, Herbert von Borch: *Obrigkeit und Widerstand,* Tubinga, 1954. Arnold Brecht: *Vorspiel zum Schweigen,* Viena, 1948, p. 107.

requería otro recurso más, utilizado asimismo por Hitler: el dualismo de «Estado» y «partido», que persistió en el Estado de partido único. En contra de lo que afirma un tópico muy difundido, totalitarismo no es necesariamente equivalente a un orden cerrado, unívoco y monolítico. Tampoco está de acuerdo con la realidad la idea de que aquél opera más racionalmente y con mayor efectividad o que, gracias al principio del caudillismo, es superior al complicado pluralismo de la democracia. Hitler desistió más bien de fusionar completamente el partido y el Estado. En todos los sectores de la vida pública siguieron en pie organismos en pugna, creándose incluso varios nuevos. De esta forma, en lugar de la prometida reforma del Reich surgió la transformación del Estado federal en un sistema de satrapías en las que frecuentemente se disputaban el mando tres organismos diferentes: lugarteniente del Reich, jefe de distrito del NSDAP y Primer ministro. En lugar de una simplificación administrativa, la inflación del principio caudillista complicó más aún el cuadro de competencias. Como consecuencia de ello, se producían roces, situaciones de callejón sin salida, dualidad o pluralidad funcional. Pronto pudo ponerse de manifiesto que no se trataba aquí de una enfermedad de desarrollo, sino de algo consustancial al sistema.

En realidad, se trataba de una técnica de dominación conscientemente aplicada que desempeñó una importante función especialmente en la fase del asalto al poder, aunque también más tarde. Este procedimiento facilitó la conquista de técnicos y especialistas, que veían asegurada la continuación de las vigentes estructuras. Como en el caso de la «revolución legal», el halago que suponía sentirse importantes hacía que estos expertos olvidaran que aquella dualidad tan sólo concedía una libertad relativa, susceptible de desaparecer en cualquier momento. Olvidaban también que en cuestiones de importancia era la autoridad del «Führer» la que decía la última y decisiva palabra a través de los medios directos de la coerción y del terror: junto a la engañosa fachada del derecho y de la justicia, desplegaba sus posibilidades de acción una política inaccesible a los tribunales, basada en la Gestapo, la prisión preventiva y los campos de concentración. Con ello hemos apuntado ya la segunda función que correspondía a esta dualidad de la estructura de poder en la fase del asalto al poder. Por encima del tinglado de competencias y ordenanzas destacaba únicamente la figura del «Führer». Así se mantenían las esperanzas de todos, nacionalsocialistas o no, vinculándolos en su totalidad al régimen. El «Führer» era el árbitro supremo. Su omnímoda posición era reiteradamente confirmada por las rivalidades de los subalternos, por los conflictos entre el Estado y el partido, las Fuerzas Armadas y la SA, la economía y la administración. Enfrentando a

personas rivales entre sí y dando la razón a todos, pudo reafirmar y reforzar el propio poder. Al igual que en las pasadas jornadas de lucha, explotó al máximo este principio que hacía que todos dependieran de él. Seguirá siendo una cuestión discutible hasta qué punto todo ello era pura intención o simplemente expresión del voluble humor del «Führer» y de su movimiento, más próximo al caos que al orden. Pero en cualquier caso este caos dirigido influyó fatalmente en los grotescos errores de apreciación de la revolución nacionalsocialista por parte de sus contemporáneos.

Las realidades basadas en una política de poder encontraron también allanado el camino en el aparato estatal con las primeras leyes del funcionario. Con la finalidad de una legalización —preventiva y retrospectiva, a la vez— de muchos actos arbitrarios y siguiendo el modelo de las «purgas» en Prusia y en el Reich, se promulgó el 7 de abril de 1933 la tristemente célebre «Ley para la reinstauración del funcionario de carrera». El eufemismo del título es nota característica de muchas leyes nacionalsocialistas, cuyo título, tan «positivo», rara vez reflejaba las terribles medidas que posibilitaban. La nueva ley del funcionario, a la que siguieron numerosas enmiendas y disposiciones de aplicación, posibilitaba el despido de personal en contra del derecho vigente. Este despido se producía caso de no concurrir las «aptitudes» necesarias o no darse la circunstancia del «orígen ario» (con la excepción provisional de los combatientes del frente de la Primera Guerra Mundial) o cuando «por sus anteriores actividades políticas no existiese la garantía de una entrega incondicional y sin reservas al Estado nacional». Tales medidas podían tomarse también, «con vistas a la simplificación de la administración», «excluyendo la vía jurídica». Estas disposiciones arbitrariamente manipulables ponían al descubierto la verdadera finalidad de la ley: no precisamente la rehabilitación del funcionario de carrera, sino su intimidación y orientación política en el sentido nacionalsocialista. Convergían aquí las purgas políticas, la persecución judía, la amenaza y la venganza. Algo tan alejado del derecho como el estado de excepción dominaba, pese a todas sus aparentes limitaciones, la transformación del aparato estatal. La contigüidad del partido y el Estado no significaba, en absoluto, un contrapeso a la dominación nacionalsocialista. Más bien se aseguraba con ello un grado de efectividad y pseudolegalidad de la dictadura totalitaria que nunca hubiera conseguido el dominio exclusivo del partido.

Con tal ocasión adquirió también fuerza de ley el antisemitismo decretado por el Estado. Para la condición de «no ario» bastaba que una parte de los abuelos fuese de origen judío. La política nacionalsocialista pasó inconsideradamente por alto la cuestión del dudoso

carácter científico o jurídico de tales disposiciones, rasgo que caracterizó desde siempre a la teoría pseudocientífica de las razas, con su confusa mezcla de argumentos biológicos, políticos, religiosos y económico-sociales.

Las intervenciones en el marco de la justicia fueron especialmente transcendentes. Las «purgas» practicadas según criterios políticos y «raciales» afectaron también a los abogados, que con mayores títulos que los tribunales habían sido uno de los pilares de la República de Weimar. El mismo día del 7 de abril de 1933, la «ley de admisión a la abogacía» limitaba las libertades internas de esta profesión: la «cláusula aria» y toda una serie de prohibiciones de representación, arbitrariamente manipulables, ofrecían los medios necesarios para que, en la defensa de sus derechos frente a la intervención estatal, el ciudadano se viera más afectado todavía que por el régimen de excepción y el terror político. Siguió luego la correspondiente unificación *(Gleichschaltung)* de todos los «defensores del derecho» en un «Frente del Derecho Alemán», dirigido por nacionalsocialistas, y en una «Academia del Derecho Alemán». Su presidencia correspondió a Hans Frank, astro de la abogacía nacionalsocialista en las jornadas de lucha y ahora ministro de Justicia en Baviera. Más tarde se convertiría en el cruel gobernador general de una Polonia ocupada. En el marco de la invasión de todos los sectores públicos por comisarios encargados del proceso de unificación *(Gleichschaltung),* el 22 de abril fue nombrado comisario del Reich para la «coordinación de la Justicia en los diferentes Estados y la renovación del orden jurídico». El objetivo perseguido con esta reconfiguración fue la supeditación del derecho a la política nacionalsocialista. La base de todo ello era la cláusula general, tan arbitraria en su interpretación, del «sano sentido popular» junto con el lema «el derecho es la utilidad del pueblo».

Ciertamente, en los doce años del Tercer Reich no faltaron tentativas de salvaguardar el derecho. Precisamente, Hitler acusó una y otra vez a los juristas de excesiva objetividad. Por otra parte, el dualismo Estado-partido pudo apreciarse en este terreno más que en cualquier otro. Sin embargo, con ello se colocaron los cimientos para la fundamentación y «ejecución» jurídicas de ese terrorismo dictatorial que culminó en la institución de los tribunales especiales, protagonistas de tantas sentencias de muerte y encarcelamiento contra «traidores y saboteadores».

Naturalmente, al margen de los procedimientos judiciales se encontraba la zona, virgen de justicia, reservada a los organismos del partido encargados de la detención de ciudadanos. Nos referimos, en primer lugar, a las SS, que, sin necesidad de procedimiento judicial

alguno, traducían las órdenes políticas en la justicia terrorista de los campos de concentración. Esta situación se inauguró ya en las primeras jornadas del asalto al poder con el establecimiento de los campos de la SA, reservados a los adversarios políticos y exentos de todo control judicial. Incluso cuando los Tribunales mostraban indulgencia con el perseguido político, éste se encontraba completamente indefenso ante esta segunda valla de la justicia del régimen. Con mucha frecuencia, el cumplimiento de la prisión correccional iba seguido de la «transferencia» a los campos de concentración. El doble sistema del Estado de derecho formal y un «Estado de prevención» en base a la arbitrariedad institucionalizada [22] se vio progresivamente arrinconado por el sistema totalitario propio del Estado-policía, hasta que en su última fase, disueltos ya los últimos restos de objetividad, característica del Estado de derecho, los ciudadanos se encontraban indefensos frente a la táctica del juicio sumarísimo del terror de las SS.

Sociedad conformada y Estado de partido único

Desde finales de marzo de 1933 Hitler pudo emplear todo su aparato estatal, exento prácticamente de control, para los fines de su ilimitada política legislativa y ejecutiva. Sin embargo, el pleno manejo del Estado y de la sociedad tropezaba todavía con un obstáculo: la existencia de partidos no nacionalsocialistas y de numerosas organizaciones de tipo social, económico o cultural. El paso de la dictadura burocrático-autoritaria al régimen totalitario exigía la aniquilación o incorporación de las asociaciones no estatales. En primer lugar figuraban aquí los sindicatos, en cuyas filas los nacionalsocialistas no habían podido pisar firme antes de 1933 y a los cuales —pese a todos sus lemas «socialistas»— tampoco habían podido oponer ninguna organización propia significativa. El NSDAP logró penetrar en la esfera pública en su condición de movimiento de protesta agrario y pequeño-burgués, apoyado por medios conservadores y nacionalistas, así como por dirigentes de la vida económica de orientación antisindical. La conquista de los trabajadores a través de su «Organización Nacionalsocialista de Células Empresariales» (NSBO) fracasó, pese al tono agresivo que adoptó desde su creación en 1929. Unicamente entre los desempleados (no organizados) fue algo más fácil la labor: sobre todo para la SA, con sus promesas de pago, aventura y ulterior salario. Una verdadera política sindical

[22] En detalle, Ernst Fraenkel: *The Dual State,* Nueva York, 1941.

no podía constituir objeto de un partido que tan decididamente se apoyaba en la burguesía y en los derechos nacionales, al tiempo que reclutaba simpatías entre empresarios y militares.

La caída de los hermanos Otto y Gregor Strasser puso elocuentemente de manifiesto que a Hitler no le interesaban el socialismo ni los trabajadores, sino tan sólo la manipulación política de estas importantes y poderosas tendencias de la época. Exponentes del ala «izquierda» y relegados en el NSDAP a la condición de cebo socialista, los hermanos Strasser no ejercieron una verdadera influencia después del 30 de enero. Su sucesor, Robert Ley —que, al igual que Walter Funk, más tarde ministro de Economía, había hecho carrera sirviendo de enlace con empresas y bancos— trabajó de modo consecuente en la destrucción total de los sindicatos. En un principio, pareció que Hitler titubeaba en su posición. En efecto, existía el gran riesgo de provocar con ello huelgas de protesta, poniendo en peligro la existencia política y económica del régimen. Pero entretanto, los sindicatos eran presa también de la maraña tendida por el asalto al poder. También a ellos les llegó la ola del miedo y del oportunismo, debilitados como estaban por el persistente desempleo y la escisión en organizaciones socialistas (4,5 millones) cristianas (1 millón) y liberales (500.000). Cada semana crecía el número de desertores. Precisamente por ello apenas podía esperarse una huelga general; por lo demás, ésta había brillado por su ausencia ya el 20 de julio de 1932 con motivo del golpe de Estado de Papen.

La perplejidad, la ilusión y la resignación se apoderaron también de los dirigentes sindicales. Estos fueron tan lejos como brindar al nuevo régimen lealtad y cooperación con el propósito de así salvar al menos la existencia de los sindicatos. Al igual que en los partidos, también aquí se pensaba que el régimen de Hitler no duraría mucho y que terminaría en el fracaso por sus mismas contradicciones internas. En este pronóstico coincidían Brüning, los socialdemócratas y los comunistas, aunque cada uno de ellos acariciara en la profecía muy diferentes expectativas. Al 30 de enero respondió Theodor Leipart, dirigente sindical, con el lema de que las circunstancias del momento no reclamaban manifestaciones y sí salvaguarda de la organización. La política legalista marcaba también aquí la pauta, sembrando la ilusión y la impotencia por doquier. Entretanto, empezaban a proliferar los actos de violencia pseudorrevolucionarios. En primer lugar cayeron, sin oponer prácticamente resistencia, las asociaciones de empleados, que, de todos modos, ya se encontraban minadas hace tiempo por la marcha triunfal del NSDAP. A raíz de la unificación general administrativa de principios de

abril, una serie de leyes se encargó de privar de sus funciones a los Consejos de empresa y, en consecuencia, a los sindicatos y trabajadores. Un gran despliegue propagandístico puso punto final a dicho proceso de coordinación pseudolegal. Con ello faltaba muy poco para el exterminio de los sindicatos. Por iniciativa de Goebbels, Hitler proclamó el 1 de mayo «Día del trabajo nacional», fiesta nacional remunerada. Esto constituía precisamente un viejo objetivo del movimiento obrero, que tampoco fue alcanzado durante la República. Con ello el régimen se adelantaba fatalmente a los dirigentes sindicales, sin dejarles otra salida que la de celebrar la decisión e invitar a los miembros a asistir a los actos.

Con el espectáculo montado aquel primero de mayo de 1933 se arrebató definitivamente a los sindicatos el poder de negociación. Hitler y sus subalternos, en su condición de auténticos defensores del trabajador alemán, proclamaron el «socialismo nacional». En la mañana del día siguiente (2 de mayo), y de acuerdo con planes hacía tiempo preparados, la SA y las SS irrumpían en los edificios de los sindicatos. A diferencia de lo ocurrido en ocasiones anteriores, este acto de violencia no se vio precedido de justificación legal alguna. Pero ya no podía pensarse en la alternativa de una oposición declarada. Robert Ley, como jefe del «Comité de Acción para la Protección del Trabajo Alemán» —un eufemismo más de violación jurídica— proclamó entonces la creación de un «Frente Alemán del Trabajo» (DAF) de «ocho millones de productores», que en realidad no era sino una organización más del partido. De acuerdo con su ideología de una comunidad popular, el concepto «trabajador» quedaba desprovisto de todo contenido relacionado con la realidad de la clase social. Trabajadores y empresarios fueron conjuntamente recluidos en una enorme organización satélite, que llegó a abarcar más de 25 millones de miembros, es decir, casi la mitad de la población. En cuanto a la estructura misma de las empresas, privaron en el futuro las típicas relaciones caudillo-séquito que caracterizaban la jerarquía pseudomilitar del partido a la sombra del principio caudillista. El 20 de enero de 1934 se promulgaba la «ley de ordenación del trabajo nacional» y más tarde se constituía oficialmente el DAF en «cuerpo del NSDAP» y en «asociación anexa» del partido (29 de marzo de 1935). En medio de esta ornamentación pseudolegal el DAF se erigió así en organización monopolítica de todos los «soldados del trabajo», «únicamente dependiente de la voluntad de la dirección del NSDAP»[23].

[23] Por ejemplo, Robert Ley: *Deutschland ist schöner geworden*, Berlin, 1936, p. 275. Además, Hans-Gerd Schumann: *Nationalsozialismus und Gewerkschaftsbewegung*, Hannover, 1958, p. 168.

La finalidad de esta «reordenación» no era sino la reglamentación autoritaria y la movilización totalitaria. Respondía todo ello a una teoría de la transmisión, según la cual se encomienda a todas las organizaciones sociales la función de transmitir a las masas la voluntad del partido y de sus dirigentes. Con la liquidación de la organización socio-política del movimiento obrero, tan rico en tradiciones y aparentemente tan poderoso hasta hacía bien poco, se acababa de dar un paso decisivo en el encauzamiento general de la vida económica y social en función del rearme. Según el NSDAP, el 1 y el 2 de mayo de 1933 habían demostrado de forma contundente la debilidad del viejo «sistema» y el carácter irresistible de la dinámica nacional y social del movimiento victorioso.

El sometimiento de los Estados, la represión de las izquierdas, la capitulación de la mayoría parlamentaria, la progresiva disolución de los «viejos» partidos, la voluntariosa colaboración de un aparato estatal «purgado» y la benevolente coexistencia de las Fuerzas Armadas: he ahí el balance de los cuatro primeros meses de la Cancillería de Hitler. Con anterioridad a los sindicatos, la mayor parte de las organizaciones profesionales y político-económicas habían sucumbido a la manera del proceso de unificación *(Gleichschaltung)*. Este proceso discurrió siempre de modo casi uniforme; siempre se entrelazaban dos aspectos diferentes. Las ambiciones de las organizaciones nacionalsocialistas y de sus «cuerpos», adscritos desde hacía años al partido, se conjugaban con el desesperado esfuerzo de las asociaciones tradicionales por mantener, cuando menos, su existencia mediante la adaptación, el cambio de dirección o de personal o la adopción del principio caudillista. El resultado dependía de muchas circunstancias, siendo diferente el grado de coordinación *(Gleichschaltung)*. En algunos casos se evitó el aniquilamiento de la organización gracias a la adaptación conseguida o al peso de determinadas personalidades. En otros, los nuevos dueños del poder consiguieron plenamente sus propósitos de destrucción y conquista.

La estructura de las élites alemanas sufrió cambios de personal mucho más profundos que la administración. A largo plazo puede hablarse incluso de una revolución social, aun cuando, en un principio, este proceso pareciera respetar a los magnates de la economía. Estos pudieron retener la relativa libertad del funcionario útil y voluntarioso. De todos modos, Hitler no estaba «al servicio de los capitalistas del monopolio» —si es que esta expresión tan simplista tiene valor real—, como tampoco estuvo sometido al control de los militares, quienes quizá albergaran parecidas esperanzas. Interpretar de forma unívoca el nacionalsocialismo como dictadura capitalista disfrazada es desconocer su contenido revolucionario tanto en el

Estado como en la sociedad. Por otra parte, ponerle el sello del militarismo es atender tan sólo a una de sus componentes, que, en realidad, dependía de una ideología del poder mucho más amplia tanto en el plano político como en el social.

El sometimiento de las asociaciones políticas agrarias se consiguió de la manera más rápida, teniendo en cuenta, sobre todo, que en las regiones rurales el NSDAP obtuvo sus mayores triunfos desde 1929. Un precioso instrumento en este proceso de unificación fue, sobre todo, el «aparato de política agraria» del NSDAP, presidido por Walter Darré, ideólogo de la raza y del campesinado. Era preciso utilizar ahora a la clase rural en su condición de «motor vital» del nacionalsocialismo, como «fuente biológica de renovación de la sangre del cuerpo social» y como medio de colonización del «espacio oriental», que debía arrebatarse a los eslavos. En este lenguaje se expresaba la propuesta presentada por Darré a Hitler el año 1930. En sus primeras declaraciones de gobierno, el mismo Hitler proclamó que el estamento campesino «significa en sí mismo el futuro de la nación». El ataque desencadenado contra algunas asociaciones agrarias, todavía dominadas por los germano-nacionales, condujo desde principios de abril de 1933 a la retirada y sometimiento de Hugenberg y al triunfo de Darré. Ello culminó en una serie de importantes leyes y disposiciones. Las primeras fueron las «leyes del patrimonio de herencia» del 15 de mayo y del 29 de septiembre de 1933 «para la salvaguardia de la unión indisoluble de sangre y suelo». Al mismo tiempo, se inició una política de colonización «sobre bases raciales», la dirección central de la agricultura, un control dirigista de la política de venta y precios y, finalmente, la «agrupación» (captación) * del campesinado en la organización global, pseudocorporativa, del «Estamento Alimenticio del Reich», provisto de los correspondientes organismos al nivel local, comarcal y regional, presididos por miembros del partido. El mismo Darré, tan joven como vanidoso, que descubrió, tras un discurso propio, una placa conmemorativa en el lugar donde confeccionara su libro *Lebensquell* [Fuente de vida], fue nombrado en enero de 1934 «Jefe del Campesinado del Reich». La ornamentación ideológica a base de romanticismo rural —«pendant» de la ideología nacionalsocialista obrera del 1 de mayo de 1933— encontró expresión adecuada en la proclamación del «día de acción de gracias por la cosecha» como «Aniversario del Campesinado Alemán». Hitler proclamó esta parte de la religión nacionalsocialista el 1 de octubre de 1933 con ocasión de una concentración de 500.000 campesinos

* En esta ocasión se ha traducido «Erfassung» por «agrupación» y no, como hasta ahora, por «captación». *(N. del T.)*

en Bückeberg (Hameln). Un año después eran 700.000 y al siguiente un millón de congregados para celebrar en Bückeberg el «Aniversario» [24].

En medio de la oscuridad y exaltación ideológicas, aunque también con mayores conflictos, se consiguió luego la unificación *(Gleichschaltung)* de las asociaciones de artesanos, comerciantes e industriales durante la primavera y el verano de 1933. A comienzos de 1932 y en el «Club de la Industria» de Düsseldorf, Hitler había pronunciado un discurso que impresionó a numerosos dirigentes de la economía, conquistando incluso su patrocinio [25]. Desde hacía algunos años fluía su dinero a las arcas del partido nacionalsocialista. A finales de 1932 y comienzos de 1933 una serie de industriales y banqueros influyentes aconsejaron a Hindenburg la intervención de los nacionalsocialistas en la formación de un gobierno «nacional». En medio de los síntomas de crisis de su partido, Hitler se beneficiaría luego de la mediación del banquero von Schröder y de la conversión del «Reichslandbund». Con ayuda del influyente ex-Presidente del Banco del Reich, Hjalmar Schacht, que desde 1930 trabajaba para la «oposición nacional», Hitler consiguió en febrero de 1933 el apoyo de nuevos círculos de la industria y de las finanzas. En un memorable encuentro accedieron éstos el 25 de febrero a financiar la campaña electoral del NSDAP. Esto ocurría después de que Hitler les expusiera las ventajas de un rumbo gubernamental antimarxista, autoritario y amigo de la economía y después también de que el mismo Presidente del Reichstag, Göring, apuntara que «el sacrificio que se pedía le sería más llevadero a la industria si supiera que las elecciones del 5 de marzo serían seguramente las últimas en diez años, aunque previsiblemente (!) en cien años» [26].

Mientras que en los primeros años del proceso de asalto al poder el papel de la economía estuvo condicionado por posturas individuales y la actitud frente al nacionalsocialismo no fue uniforme, ahora, en cambio, las poderosas asociaciones de empresarios e industriales se decidieron rápidamente por dar su apoyo. Algunas de ellas fueron ocupadas por nacionalsocialistas, otras se sometieron a la correspondiente reforma organizativa en el marco del proceso de coordinación. La propaganda manejaba el lema de la «reconstrucción corporativa

[24] Karlheinz Schmeer: *Die Regie des öffentlichen Lebens im Dritten Reich,* Munich, 1956, p. 87.

[25] Hallgarten: *Hitler, Reichswehr, Industrie,* p. 94. Klaus Drobisch: «Flick und die Nazis», en *Zeitschrift für Geschichtswissenschaft 14* (1966), p. 379.

[26] *Nürnberger Dokumente,* t. XXV, p. 47. Además, Arthur Schweitzer: *Big Business in the Third Reich,* Bloomington, 1964 (para los párrafos siguientes).

de la vida económica alemana». Sin embargo, los resultados se encontraban en contradicción con las ideologías corporativas, de sello conservador y romántico. El régimen las utilizó y manipuló con el solo fin de conquistar nuevos adeptos. A comienzos de mayo de 1933 se introdujo el principio caudillista en la Asociación de la Industria Alemana. A mediados de junio, en conformidad con la misma ideología, se fusionaba aquélla con la «Unión de Asociaciones Alemanas de Empresarios» para constituir la «Corporación de la Industria Alemana del Reich». Numerosos miembros influyentes del Consejo de dirección fueron víctimas de la correspondiente purga política y racista. Sin embargo, la extensión del principio caudillista al derecho económico y al régimen de los «custodios del trabajo» —de acuerdo con las voluntades de los mismos empresarios— redundaron indudablemente en favor de los intereses antisindicales de la industria. Lugar preeminente correspondió a Krupp. Fritz Thyssen, viejo protector de Hitler, mantuvo posiciones notablemente fuertes. El pacto con la industria encontró su culminación y confirmación en el «Obolo Adolfo Hitler de la Economía Alemana» (1 de junio de 1933), debido a la iniciativa de Krupp y Schacht, y en la constitución de un «Consejo General de Economía» (15 de julio de 1933). Cierto es que las asociaciones de la industria adquirieron un peso específico propio en el pacto indicado. Ello se debió a su mayor poder económico y también a la comunidad de intereses con respecto a la proyectada movilización de la política de armamentos; aquí, más que en ningún otro sector, la coordinación oficial significó incluso participación, beneficio y hasta mayor influencia de los dirigentes de la economía en el nuevo Estado. Pero al mismo tiempo quedaba ya consagrada su movilización en favor del curso expansionista político-militar, su incorporación al sistema totalitario y, finalmente, su complicidad: incluso en las consecuencias extremas del régimen, tales como la política de campos de concentración o de trabajadores extranjeros. Por ello no basta con interpretar el sistema nacionalsocialista como mero producto de la política de intereses del capitalismo monopolista.

Mientras que, en un principio, parecían colmarse las expectativas de los grandes industriales, pronto se vieron frenadas las tremendas esperanzas de la clase media, cuyo temor a las crisis tanto influyó en la victoria del nacionalsocialismo. Al ejercicio de simples funciones de coordinación se redujo la actividad del «grupo de combate de la clase media industrial», presidido por von Renteln, ex-dirigente de las Juventudes Hitlerianas, quien el 3 de mayo de 1933 conseguía la creación de asociaciones más amplias, las «corporaciones del Reich», del comercio y de la artesanía. En junio de 1933 había conquistado

incluso la Cámara Alemana de Industria y Comercio. Sin embargo, ya no podía pensarse en una realización de los sueños utópicos de la clase media: sobre todo, en la desarticulación de los grandes almacenes y la creación de una cooperativa de consumo. En agosto de ese año las organizaciones antes mencionadas eran disueltas o incorporadas al DAF. De este modo se puso punto final a las demandas, tan concretas como incómodas, de una clase media que tantas atenciones mereciera hace algunos años. En efecto, ya había jugado su papel en el proceso de asalto al poder. El poder de las distintas asociaciones se había desvanecido y el movimiento de la clase media había sido sometido al control del partido y del Estado.

Sobre este trasfondo de coordinación político-social, poblado de seducción y terror, oportunismo y amenaza, tuvo lugar en pocas semanas el definitivo colapso del sistema de partidos. El 14 de julio de 1933 pudo declararse oficialmente el Estado de partido único[27]. Los fundamentos de la democracia de partidos estaban ya destruidos como consecuencia de la disolución del Reichstag, la supresión de los derechos fundamentales, las persecuciones de febrero y marzo de 1933, la autodestrucción del Parlamento y la legalización de la dictadura. Mediante el proceso de coordinación extraparlamentaria de abril y mayo de 1933 se hacía imposible la existencia prolongada de los partidos.

El primer golpe fue dirigido, naturalmente, contra el KPD: prohibición de periódicos, detención en masa de funcionarios y diputados, confiscación de las propiedades del partido fueron otras tantas medidas que precedieron a la prohibición del partido mismo que, por razones tácticas, no tendrían lugar sino después de las elecciones del 5 de marzo. A diferencia de Hugenberg, partidario de una inmediata liquidación del partido comunista, los nacionalsocialistas prefirieron aguardar la escisión de las izquierdas, que impediría luego una efectiva oposición en las primeras semanas cruciales. El mismo KPD no pudo sustraerse al ímpetu arrollador del nacionalsocialismo sobre las masas. Por ello, su actividad ilegal se orientaba por el modelo ruso —la lucha contra el Estado-policía zarista— más que por sus ataques a la técnica pseudoplebiscitaria del asalto al poder de los nacionalsocialistas. Y debía contar además con desertores y espías, así como con un anticomunismo generalizado en amplios sectores de la población. Más aún, la central de Moscú prestó tan sólo un reservado apoyo por razones de política exterior. Más que un conflicto con el nuevo régimen interesaba el mantenimiento de las relaciones ger-

[27] Además y en lo sucesivo, cf. los estudios fundamentales de Matthias-Morsey (editor): *Das Ende der Parteien 1933,* Düsseldorf, 1960.

mano-soviéticas, que parecieron funcionar luego con la renovación del Tratado de Berlín de 1926 el mes de mayo de 1933. Así, la Unión Soviética, al considerar el destino del Partido Comunista Alemán como asunto interno de la política germana y limitarse a asegurar el funcionamiento normal de sus representaciones diplomáticas, fue la primera potencia extranjera que reconoció expresamente el régimen de Hitler a nivel diplomático. Esta grotesca realidad tan sólo sería superada por la «Realpolitik» del Pacto Hitler-Stalin de 1939 [28].

A la caída del KPD tan sólo sobrevivió algunos meses el declarado curso legalista del SPD. Su voluntad de oposición —ejemplarmente demostrada en el valeroso discurso de Otto Wels en el Parlamento a propósito de la ley de autorización— se apoyaba en la salvaguardia de la «ley socialista» (1878) más que en el verdadero carácter del nuevo régimen, que era algo más que un mero interregno dictatorial. La consigna era resistir, salvar a la organización mediante una política basculante y confiar en el fracaso del fascismo por necesidad histórica, desistiendo, en cambio, del llamamiento a la lucha abierta contra un movimiento de masas cuya existencia se juzgaba efímera. Paralizado por esta espera legalista a la par que debilitado por la persecución, la fuga y el desmoronamiento de la organización, el mayor partido democrático alemán perdió progresivamente la vinculación entre dirigentes y miembros. A la desaparición de los sindicatos se unieron los conflictos con los socialdemócratas emigrados y con los grupos socialistas de oposición. A todo ello siguió, finalmente, una última tentativa de adaptación táctica: el asentimiento prestado a la declaración de paz en política exterior, pronunciada por Hitler en la sesión del Reichstag del 17 de mayo de 1933. Era la última ilusión del curso legalista, con la que la dirección socialdemócrata, demasiado encariñada con sus tradiciones de organización, creía poder afirmar su personalidad. Una ilusión que todavía persistió cuando, por iniciativa de Göring, se procedía a la confiscación de los edificios y periódicos del partido, así como de todas las propiedades del mismo junto con las de los «Abanderados del Reich» (10 de mayo de 1933). Hitler había conseguido demostrar a los ojos de todo el mundo la «legalidad» de su poder, incluso en la esfera parlamentaria. Reducida a la mitad y por consideración a los detenidos y a presiones exteriores, la fracción socialdemócrata aprobó la resolución del 17 de mayo presentada por el NSDAP y el DNVP, aunque también por el Centro y el BVP. Aun así, los restos del par-

[28] Karlheinz Niclauss: *Die Sowjetunion und Hitlers Machtergreifung*, Bonn, 1966, p. 182.

tido socialdemócrata se verían pronto culpados de la creciente actividad de sus emigrados. A la consiguiente ola de terror sucedieron el 22 de junio los últimos golpes: prohibición del SPD, considerado «partido enemigo del pueblo y del Estado», eliminación de todos sus escaños, nuevas detenciones y despiadada persecución de toda actividad de oposición.

Pocos días más tarde desaparecerían los restantes partidos. De forma casi imperceptible se diluyó el hasta entonces tan significativo liberalismo alemán. No había podido superar las escisiones del siglo XIX y las erróneas actitudes del liberalismo nacional. Tras su efímero ascenso de 1929 acabó por reducirse a la condición de insignificante partido minoritario desde el triunfo nacionalsocialista de 1929. Desde la creación del Frente de Harzburg el DVP se había convertido en partido colaboracionista. El DDP tampoco sacó provecho alguno de su transformación en «Partido Estatal» (julio de 1930), asintiendo finalmente a la ley de autorización por voluntad de tres de sus cinco diputados (en contra del consejo impartido por Theodor Heuss). Su escasa y dispersa organización no se encontraba a la altura de la nueva situación política y muchos de sus adeptos habían optado desde hacía años por el camino de la derecha. Las asociaciones y grupos profesionales de la economía y de la administración, afiliadas al mismo, sucumbieron rápidamente al proceso de coordinación. El 27 de junio el partido era excluido del Parlamento de Prusia y un día después declaraba él mismo su autodisolución. Lo hizo, al menos, sin rebajarse ante el régimen. No ocurrió lo mismo en el caso del DVP, que ya en abril de 1933 recomendó a algunas células regionales su ingreso en el NSDAP. Tras los frustrados intentos de aguantar la marcha, la autodisolución decidió finalmente (el 4 de julio) la suerte del partido de Stresemann, cuyo presidente Dingeldey aseguró abiertamente por escrito a Hitler su colaboración. De modo análogo se comportó el 1 de julio el llamado Servicio Popular Cristiano-social. Después de su culto bismarckiano y el entusiasmo bélico se desvanecía ahora sin pena ni gloria la personalidad burguesa de los «estamentos sostenedores del Estado», que tanto facilitaron el mando de Hitler y que, en buena parte, lo hicieron posible.

A la capitulación, hacía tiempo preparada, del protestantismo político —cuya mayoría nacional monárquica nunca mantuvo positivas relaciones con la República de Weimar— siguió ahora el final del Partido del Centro y del BVP, que tradicionalmente fueron considerados verdaderos pilares del Estado y bastión del catolicismo político en Baviera y en el Reich. Elástico y ágil tanto hacia la derecha como hacia la izquierda, provisto de un caudal fijo de electores

y hasta 1932 punto de referencia de cualquier coalición, el partido centrista no consiguió en 1933 intervenir en la formación de gobierno. Desde las elecciones de marzo había perdido la posición clave, utilizada hasta entonces para la formación de mayoría gubernamental. Tampoco este partido se vio exento de la fuerza de los acontecimientos. La consuetudinaria permanencia en el gobierno y una permanente tendencia virulenta a la derecha impulsaban a la adaptación y el conformismo. La condescendiente actitud frente a la ley de autorización reflejaba las presiones internas, la amenaza de fuera multiplicaba los síntomas de disolución y las discusiones en torno al curso ulterior formaban un abanico que iba de la oposición decidida a la colaboración declarada. Excluido ya de la responsabilidad política activa, su existencia parecía necesaria, al menos, para la salvaguardia de los intereses culturales de los sectores católicos.

Sin embargo, con ayuda de Papen y del ex-presidente del partido centrista, Kaas, Hitler logró llevar a buen fin una maniobra que desbarató la táctica de la nueva dirección del partido del centro, presidida por Brüning y constituida en mayo de 1933. Los obispos habían suavizado un tanto su anterior veredicto sobre el nacionalsocialismo y cada vez era mayor el número de católicos de renombre que trataban de contemporizar con el régimen. En estas circunstancias, las conversaciones sobre el concordato, que despertó consiguientemente la atención de los católicos, pusieron al partido centrista en una situación de manos vacías. Las concesiones, aparentemente amplias y que naturalmente no cumplió Hitler, aseguraron al nacionalsocialismo un respaldo provisional por parte de estos sectores, hasta que fue demasiado tarde y el proceso de coordinación había concluido. Hoy sabemos que desde muy temprano, al menos desde la sesión de gabinete del 7 de marzo de 1933, Hitler, secundado por Papen, estaba dispuesto a conquistar el bastión del centro por concesiones a la Curia, sin complicarse la vida con aquellas concesiones en materia de asociaciones y escolaridad, que iban mucho más allá de lo estipulado en la república de Weimar. Sigue sin dilucidarse todavía qué punto prevaleció: si la garantía de ciertas propiedades para los años venideros de lucha de la Iglesia o si el sacrificio de las organizaciones políticas del catolicismo. El optimismo de muchos, incluyendo al cardenal Faulhaber de Munich, demostraría ser poco después una ilusión. Esta apenas podía justificar el hecho de que, tras la Unión Soviética, fuera ahora el Vaticano el primero en reconocer solemnemente al Tercer Reich. De todas formas, con todo esto tuvo mucho que ver con la decisión del Centro de proceder a su autodisolución el 5 de julio de 1933. Era el último partido en correr semejante suerte. Todo esto sucedía tres días antes de la firma del Con-

cordato en Roma, mediante el cual se obtenía la pseudogarantía de la escuela confesional a cambio de la prohibición de toda actividad política por parte del clero así como de organizaciones políticas en zona católica.

Hasta el grupo germano-nacional, asociado en la revolución nacional y otrora tan seguro de sí mismo, fue víctima implacable del proceso de toma del poder por parte del NSDAP. Si supo aprovechar su pretendida superioridad en el gobierno, el Ejército, la economía, la gran sociedad, la burocracia y ante el Presidente del Reich, ni pudo mantenerse imprescindible en el Parlamento una vez dictada la ley de autorización. La marea del proceso de coordinación benefició al más fuerte. Papen renunció pronto a su papel de órgano de control, abandonando su posición intermedia entre Hitler e Hindenburg; el 7 de abril de 1933 traspasaba formalmente a Göring todos los poderes en Prusia. Pese a ser, en calidad de Comisario del Reich, la máxima autoridad de Prusia, Papen no había impedido de hecho la dictadura de Göring. La política del «enmarcamiento» fracasó rotundamente, a más tardar, en abril.

Poco cambiaron la situación algunos conflictos y determinados reductos. El aliado más poderoso, los «cascos de acero», fue paralizado gracias a la completa «auto-coordinación» de su primer jefe federal; Franz Seldte pudo, en efecto, servir hasta el final en el gobierno de Hitler como ministro de Trabajo del Reich. Ciertamente, la supeditación a la SA se vio acompañada de más de una contienda, cuando el segundo jefe federal, Theodor Düsterberg, a quien la propaganda nacionalsocialista le había descubierto un abuelo judío, trató de mantener la autonomía de los «cascos de acero» y conservar su existencia mediante el alistamiento de miembros de otros partidos y asociaciones, incluyendo los «abanderados del Reich». Sin embargo, tras los correspondientes choques y prohibiciones (por ejemplo, en Braunschweig) acabó por imponerse Seldte: el 26 de abril supeditaba a los «cascos de acero», los cuales presidía, al Primer Jefe de la SA, es decir, Hitler. En los comienzos de julio de 1933 se sellaba esta decisión formalmente. De poco sirvió que algunos dirigentes de los «cascos de acero» se opusieran luego a las reivindicaciones hegemónicas de Röhm, y que más de uno se decidiera finalmente por la oposición activa.

Muy análoga suerte habría de correr el DNVP. También aquí fueron muchos los grupos que trataron de enfrentarse en el último momento a determinados síntomas de coordinación nacionalsocialista. Demasiado tarde se había puesto de manifiesto el rumbo, tan ilusorio como ciego, seguido por Hugenberg. El 11 de abril fue reemplazado el indeciso Oberfohren, Jefe de fracción germano-nacio-

nal, por Schmidt-Hannover, hombre de la confianza de Hugenberg. El 6 de mayo Oberfohren apareció muerto, sin saberse hasta hoy si fue asesinato o suicidio. Entretanto, la dirección del partido y el mismo Hugenberg hubieron de reconocer su impotencia en vista de la proliferación de abusos. Todavía a mediados de abril Hugenberg ensalzaba el «pacto del 30 de enero», pero las tranquilizadoras palabras del «dictador de la economía», tan iluso como impotente, no podían ocultar las operaciones que la SA dirigía ahora contra las asociaciones germano-nacionales. De nada servía ya el acopio de quejas. Munich (1923), Harzburg (1931) y el aparente triunfo de la «oposición nacional» del 30 de enero fueron otras tantas etapas de la catástrofe final a la que desembocaron las arrogantes ilusiones de superioridad sobre un Hitler, mero propalador de ideas, al que era preciso conquistar para la propia causa nacional-autoritaria. Aquella catástrofe no sólo se apoderó, pues, de los partidos democráticos, sino también de los antidemócratas germano-nacionales, en la medida en que no se comportaron como dóciles «oyentes» o se pasaron a las filas rivales, más jóvenes y más fuertes. Una de las últimas convulsiones del conservadurismo, ya completamente manejado, fue la constitución de un «grupo de combate» monárquico («Bund der Aufrechten») el 2 de junio de 1933. Sin embargo, las consignas monárquicas, todavía toleradas por Hitler en los comienzos, ya no constituían alternativa alguna, por mucho que hubieran contribuido a la disolución de la República democrática. He aquí una clara diferencia con respecto al fascismo italiano, que se declaró conforme con la continuidad de la monarquía. Dos o tres semanas después de su fundación, aquel «grupo de combate» se convertía en objeto de la represión y del aplastamiento, aunque, en parte, tras violentas contiendas. La avalancha procedente de otros sectores, de la cual se benefició especialmente el NSDAP y la SA, sirvió en este caso de pretexto para acabar con todos los movimientos de resistencia «contrarrevolucionarios», según declaraciones de Goebbels el 21 de junio de 1933.

En vista del aislamiento, acarreado por él mismo, Hugenberg terminó también por capitular el 27 de junio. En vano se había dirigido de nuevo a Hindenburg. En efecto, Oskar von Hindenburg, hijo del Presidente, rechazó de entrada a su emisario Hergt, ex-presidente del DNVP. La provocativa conducta de Hugenberg en la conferencia mundial de economía en Londres, donde quiso dejar enanos a sus rivales nacionalsocialistas con sus demandas coloniales y expansionistas, brindó una excelente oportunidad para obligar a tan turbulento «dictador de la economía» al abandono de sus cuatro (!) Ministerios en el Reich y en Prusia. Ni en el gabinete, ni en su calidad de ministro supo aprovechar sus posiciones de poder. Hasta sus

mismos colegas conservadores en el gobierno, que supieron conservar su posición mediante la oportuna acomodación, le dejaron en la estacada. El mismo día 27 de junio se registró la autodisolución del partido germano-nacional.

La política del «enmarcamiento» quedaba reducida, también en lo externo, al absurdo. La revolución nacional se descubrió como lo que era: el asalto al poder del nacionalsocialismo. Al mismo tiempo, se violaba la ley de autorización, sustituto constitucional pseudolegal de la dictadura, que descansaba en la obligación expresa de no proceder a cambio alguno en el gobierno. Sin embargo, poco importaba esto tras la eliminación de los Parlamentos y de los partidos, la «coordinación» de la burocracia y de la justicia, la destrucción del Estado de derecho. Hitler pasaría también por encima de otras limitaciones de la ley, tales como el Presidente del Reich, el Consejo del Reich, el aplazamiento temporal, etc. Todo esto no impidió la continuación del pseudolegalismo en el Tercer Reich, ni tampoco su tardío reconocimiento por los cultivadores del derecho político y los Tribunales de la República Federal. El mismo Tribunal Constitucional de la República Federal —en el marco de una cuestionable teoría de la continuidad— ha aceptado la validez de aquella ley [29].

El fracaso efectivo de la «concentración nacional» fue aceptado por sus máximos garantes, Hindenburg y la Reichswehr, sin aparecer el que todavía esperaba Hugenberg. Ciertamente, los demás ministros no nacionalistas continuaron todavía en sus puestos, pero en calidad de «expertos», desprovistos de respaldo político. A la lista de ministros nacionalsocialistas se sumaron ahora Goebbels, ministro de Propaganda desde el 11 de marzo de 1933, así como Kurt Schmitt y Darré, que ocuparon la vacante de Hugenberg. Es preciso tener también en cuenta que Hitler disponía además de la participación de su adjunto, Hess, en todas las sesiones de gabinete. Así pues, los tres ministros nacionalsocialistas se convirtieron en ocho. Los conservadores eran ya minoría, convirtiéndose en pura fachada sin constituir contrapeso alguno a un Canciller que disponía del monopolio de su partido. Terminaba también el sueño de la monarquía. Por orden del Ministerio de Propaganda, el 27 de enero de 1934, se prohibía expresamente todo acto conmemorativo del 75 aniversario de Guillermo II.

Amargado, Hugenberg se retiró a su casa de campo de Westfalia. Teniendo presente el final de Oberfohren, recordó que cualquier noticia acerca de su suicidio no estaría de acuerdo con la verdad. Todo

[29] Por ejemplo, en la sentencia del proceso acerca del Concordato en 1957. En relación con la teoría de la continuidad, cf. cap. 9 de esta obra.

ello no impidió que, como sumiso súbdito de la fracción parlamentaria nacionalsocialista, fuera por algún tiempo útil de cara al exterior. Sin embargo, Hugenberg no desempeñó ya su función de auténtico estribo con la misma oportunista constancia que Franz von Papen, quien pasó de diputado del Centro al minidictador de 1932 y al creador del gobierno Hitler, de seguro control de Hitler a su condición de voluntarioso colaboracionista. Tampoco los puntapiés de los años 1933 y 1934 impidieron al cómplice conservador y católico asumir el cargo de Embajador extraordinario de Hitler para preparar activamente la anexión de Austria, sirviendo al régimen hasta el final.

El establecimiento del Estado de partido único, culminación del asalto al poder del nacionalsocialismo, tuvo lugar de acuerdo con esos principios pseudolegalistas con que el régimen gustaba de ornamentar su actuación. Particularmente irregular fue la liquidación de las izquierdas, aun cuando por decreto del Reich (7 de julio) «para la seguridad del Estado» se procedía, sin compensación alguna, a la captura de los escaños del SPD y del Partido Estatal en todos los Parlamentos y municipios. Muy nutrido fue el catálogo de leyes promulgadas en la decisiva fecha del 14 de julio de 1933. Fecha celebrada en Francia como aniversario de la toma de la Bastilla, símbolo del levantamiento contra el absolutismo, este 14 de julio sellaba formalmente en Alemania la dictadura nacionalsocialista. En dicho catálogo figuraba una ley con efectos retroactivos sobre «confiscación de propiedades antiestatales y antipopulares», legalizándose así la incautación arbitraria de bienes. Varias leyes acerca de la constitución de la Iglesia Evangélica y el Concordato del Reich ratificaban la nueva política religiosa. Una ley sobre «reforma del campesinado» institucionalizaba la nueva política de colonización. Otras leyes de «prevención de enfermedades hereditarias» y de «abrogación de naturalización y privación de ciudadanía alemana» legalizaban la política cultural, demográfica y racial en el marco de la ideología de «suelo y sangre». El punto final del proceso de coordinación lo constituyó el mismo 14 de julio la «ley contra la constitución de nuevos partidos», que decretaba, sin más, el Estado de partido único, dictando severos castigos contra cualquier actividad político-partidista.

Con ello se violaba una vez más la ley de autorización, que protegía «la institución del Parlamento en cuanto tal», pues ahora un solo partido determinaba desde arriba el cuadro de los diputados. Incluso en el plano formal, el Parlamento ya no podía figurar como representación parlamentaria; también desde este punto de vista, la ley de los partidos del 14 de julio, que pasaba simultáneamente por alto la Constitución y la misma ley de autorización, constituía un

eslabón más en la cadena de violaciones jurídicas y constitucionales, tan someramente disimuladas. El carácter verdaderamente ilegal de la tan cacareada «revolución legal» se pone de manifiesto sin más que considerar las consecuencias. La ley de autorización contaba con un corte más en su condición de base de la legislación. El estado de excepción era, de hecho, permanente, pues ya no era posible simular que, gracias al Parlamento, eran factibles la oposición y el control. El Reichstag ya no era siquiera la pseudoinstitución que había permitido (y garantizado) la ley de autorización. De acuerdo con un chiste muy acertado, el Parlamento se convirtió en el orfeón más caro del Reich. Su misión consistía en la aclamación solemne, la asistencia a los discursos del «Führer» y la renovación de la ley de autorización (1937 y 1939), menos cuando el mismo Hitler se encargaba de esto último (1943). Un «constitucionalista» del nacionalsocialismo como Ernst Huber afirmó sin rodeos que el Reichstag «no es ni sujeto del poder legislativo, ni órgano de control del gobierno. Sería imposible que en el Reichstag fuera presentado y aprobado un proyecto de ley que no partiera del 'Führer' mismo o que, por lo menos, hubiera sido aprobado previamente por él». En resumen: el Reichstag «es una institución cuya misión consiste en expresar el acuerdo entre el pueblo y el gobierno». Al igual que el referéndum, habrá de «testimoniar la unidad del 'Fuhrer' y del pueblo» [30]. Al igual que en todas las dictaduras modernas, las elecciones tuvieron en adelante la mera función de ratificar las listas previamente confeccionadas de modo unitario o de aplaudir «a posteriori» decisiones tomadas autoritariamente.

El régimen nacionalsocialista no renunció nunca a la fachada de la autoconfirmación plebiscitaria, pese a que en *Mein Kampf* Hitler contrapusiera enérgicamente el principio caudillista al principio electoral. El mismo día 14 de julio de 1933, una ley especial sustituía el procedimiento parlamentario por el referéndum aclamatorio, tan efectivo como bienvenido a la hora de legitimar cualquier dictadura. De 1933 a 1938 se pusieron en escena cinco de tales plebiscitos, cuyos resultados eran todos previsibles. Su beneficiosa función, es decir, la movilización de la población y la autoconfirmación del totalitarismo, relegó al olvido la profecía de Göring (pronunciada ante un grupo de magnates de la economía, ya dispuestos a prestar su óbolo al partido) en el sentido de que las elecciones del 5 de marzo de 1933 «serían ciertamente las últimas en diez años, aunque previsi-

[30] Ernst Rudolf Huber: *Verfassungsrecht des Grossdeutschen Reiches*, Hamburgo, 1939, p. 207.

blemente en cien años». La verdad es que hubo multitud de ocasiones para votar, aunque naturalmente por un solo partido.

Las repercusiones del decreto pseudolegal del 14 de julio de 1933, al que asintieron también Papen y sus colegas conservadores sin rechistar, eran imprevisibles. Dicho decreto, que instituía el Estado de partido único, se basaba en una violación de esa ley de autorización que, sin llegar apenas a la categoría de pseudolegal, formaba la base de la dictadura legislativa de Hitler. Incluso desde el punto de vista formal jurídico, este régimen de doce años de duración debe considerarse, pues, Estado ilegal. Prescindiendo de la ley de autorización, Hitler podría haber manejado a placer los dos tercios de mayoría de su Parlamento de partido único, de querer legalizar la violación de los límites impuestos por la Constitución y la ley de autorización. Ya no era posible una oposición abierta y legal contra la dominación nacionalsocialista. Ilimitadas eran, sin embargo, las posibilidades de «legalizar» cualquier arbitrariedad, en la medida en que esto fuera considerado necesario todavía para la tranquilidad y el engaño de la burocracia y de la Justicia, de la burguesía y de los militares, de los sectores económicos y del extranjero. El perfecto mecanismo de legalización hacía también superflua la vinculación a una nueva Constitución, prometida en otro tiempo por Hitler. Se podía operar más cómodamente, sin duda, a base de leyes, órdenes y decretos dictatoriales. Así, la Constitución de Weimar fue frecuentemente pisoteada y violada, aunque nunca abolida formalmente. Precisamente este mero «disfraz legalista jurídico-formal» (A. Brecht) de hechos dictatoriales consumados ayudó decisivamente a calmar y engañar a una Justicia y a una burocracia orientadas por ese mismo sentido jurídico-formal. Aún hoy en día más de una apología de los procesos nacionalsocialistas sucumbe a las mismas ficciones de legalidad que el Tercer Reich utilizó para atraerse a personas «leales servidoras del Estado»: juristas, expertos, funcionarios y militares. Así se llegó a la introducción oficial del saludo hitleriano y hasta la legalización de las órdenes de asesinato o de terrorismo, obedecidas y respetadas.

Entre las consecuencias jurídicas de las pseudoleyes del 14 de julio de 1933 cabe destacar otro corte decisivo en la estructura federal del Reich, basada en la Constitución. Aun haciendo la vista gorda o considerando la constitución del Parlamento de partido único como pura reforma del Reichstag [31], lo cierto es que medio año más tarde se violaría simultáneamente la Constitución y la ley de autorización. Bajo el pretexto de una «reforma del Reich» (que jamás se

[31] Por ejemplo, Hans Schneider: «Das Ermächtigungsgesetz...», en *VfZG* *1* (1953), p. 197.

hizo realidad, pese a tantas promesas) y con ocasión del aniversario del «levantamiento nacional», el 30 de enero de 1934 se abolió la institución, expresamente garantizada, del Consejo del Reich: el Reichstag, dotado ahora de permanente unanimidad, suprimió los derechos correspondientes a los distintos Estados. Con la misma ocasión se autorizó incluso al gobierno a decretar en cualquier momento un nuevo derecho constitucional. Sobre esta base pudo eliminarse medio año más tarde la Presidencia del Reich. Con ello caía la última barrera dejada por la ley de autorización.

Así, la dictadura de Hitler quedaba basada fundamentalmente en la ley de los partidos del 14 de julio de 1933. Consecuentemente, un año más tarde, entre el 30 de junio y el 19 de agosto de 1934, se abolía también la doble jefatura del Estado, formalmente vigente todavía. Mientras que en la Italia fascista siguió en pie la monarquía junto al régimen del «Duce» —con la posibilidad, realizada en 1934, de una destitución de Mussolini—, en Berlín se implantó el principio totalitario de una dirección unitaria y omnipotente. Por esta misma razón, el régimen nacionalsocialista pudo resistir hasta la derrota total, pese al frecuente caos de estructuras y competencias, que en lugar del tan elogiado orden trajo consigo la reglamentación coactiva y la arbitrariedad generalizada.

Capítulo 5

EL DESARROLLO DEL TERCER REICH

Los problemas que, tras la constitución del Estado de partido único en el verano de 1933, presidieron en un principio el proceso de consolidación del régimen totalitario se referían principalmente a las relaciones Estado-partido, a la institucionalización del proceso de coordinación interna, a la economía, al rearme y, finalmente, a la reactivación de la política exterior. Ya el 6 de julio de 1933, antes incluso de la promulgación de la ley de partido único, Hitler declaraba a los lugartenientes del Reich *(Reichsstatthalter)* que la tarea del momento consistía en «llevar a término la revolución»: «Debemos liquidar ahora los últimos restos de democracia... A la conquista del poder externo deberá suceder la educación interior del hombre.» La siguiente fase estuvo determinada por el afianzamiento y perfeccionamiento de la dictadura y el traslado de la revolución «a los seguros cauces de la evolución». Por ello, tan sólo podía reemplazarse a aquellos expertos para los que existiese un sustituto. Para «asegurar posición por posición» es preciso trabajar «a un plazo de muchos años y moverse en grandes intervalos de tiempo». En lugar de la subversión doctrinaria e ideológica de lo existente era preciso pensar con sentido práctico y actuar «de forma sensata y prudente» [1].

[1] *Völkischer Beobachter,* 6 de julio de 1933.

La consigna de poner fin a la revolución tenía sus razones tácticas. Nada decía acerca de las metas radicales perseguidas a largo plazo, o del contenido ideológico o del carácter revolucionario de la dominación nacionalsocialista. El lugar de los actos revolucionarios, apenas disimulados, de la primera fase del asalto al poder pasó a ocuparlo ahora el principio de la «revolución permanente» como medio de la política totalitaria. Sólo en este sentido pueden comprenderse las demandas de evolución y consolidación con las que se procedía a modificar y contener en todos los campos los actos de asalto al poder: el resultado fue la sustitución de viejas ilusiones por otras nuevas. En contraste con los «Radikalinskis» *, principalmente entre los dirigentes de la SA, Hitler siguió apareciendo a los ojos de muchos, tanto dentro del país como en el extranjero, como el estadista moderado, a quien la realidad, tarde o temprano, haría entrar en razón. Este lapsus condujo también al catastrófico error de apreciación de la «segunda revolución», la matanza del 30 de junio de 1934 y sus consecuencias. Estas ilusiones encontraron su expresión en el dicho tan repetido de que «el 'Führer' no está enterado», con el que se salía al paso de las críticas lanzadas contra el régimen. Como siempre, la brutal realidad se explicaba por los excesos y desmanes de subalternos, que era preciso comprender en los inicios de una política tan dinámica, por lamentables que fueren.

El Estado y el partido

Decisivo en el éxito de la toma del poder fue el hecho de que a base de la amenaza y la seducción los nacionalsocialistas pudieran adueñarse de un aparato estatal intacto. Con anterioridad, una gran parte de la burocracia no se había acoplado sino a disgusto a la nueva situación de la República democrática. Ahora, sin embargo, cooperó tanto más con el nuevo régimen cuanto que prometía el orden, la estabilidad, la eficiencia y los «valores nacionales» en lugar de la jungla de cambios de una democracia parlamentaria, colmada de crisis y sentida como nada nacional. Este sistema extrajo su modelo, su justificación y su popularidad de la tradición del Estado jerárquico-autoritario del pasado, con la cual parecía entroncar la reordenación de 1933, aun cuando no desembocara en una restauración de la monarquía. Aquí se llamaron a engaño muchos observadores, incluido el mismo Brüning, que esperaban la rápida disolución del régimen por su incapacidad real. Sin embargo, los nuevos dueños del poder po-

* Término de fonética eslavizante —degeneración intencionada de otro— aplicado a los radicales de izquierda. *(N. del T.)*

dían contar plenamente con la funcionalidad del aparato estatal del que tanto dependía, siempre que:

a) las «purgas» de la administración se limitaran a una minoría democrática de funcionarios, muchos de los cuales eran considerados de todos modos «funcionarios por afiliación a un partido», molestos intrusos de la cerrada casta burocrática (lo cual fue hábilmente explotado en el mismo título de la Ley de Funcionarios del 7 de abril de 1933);

b) las relaciones con el partido monopolizador se regularan de forma tal que no pusieran en peligro la tradicional pretensión de encarnar el «Estado por encima de los partidos». Naturalmente, hubieron de librarse aquí numerosas contiendas con los consabidos cazadores de puestos en las filas de un partido victorioso, así como infinidad de roces provocados por los especiales intereses del NSDAP. Más aún, detrás de todo ello se escondía un problema insoluble del régimen totalitario, que habría de agravarse con el correr de los años.

Sin embargo, el mando del partido trató, en un principio, de remediar en lo posible y en el marco de una razonable delimitación y consolidación de las relaciones partido-Estado, los conflictos de los primeros meses, surgidos especialmente por la impetuosa actividad de la SA. El lema del momento se resumía en un rígido control del partido desde los mandos superiores y en la satisfacción de la ideología del orden y del cargo, propia de la administración: sobre ello descansaba —una vez eliminados los «tediosos» Parlamentos y el pluralismo partidista— la solución exterior que constituyó la reordenación de 1933-34 bajo la fórmula «unidad del partido y del Estado». La misma se inspiraba en la consigna de Hitler de que «el partido se ha convertido ahora en el Estado. Todo el poder reside ahora en el gobierno del Reich» [2]. Antes de promulgarse la correspondiente ley, el ministro del Interior, Frick, expresaba en una circular dirigida a todos los lugartenientes del Reich *(Reisstatthalter)* y a los distintos gobiernos de los Estados federados (11 de julio de 1933): el Estado de partido único se ha establecido «para siempre», residiendo «todos los poderes» en el gobierno Hitler, en el que «todos los puestos de importancia se encuentran ocupados por nacionalsocialistas de confianza». De lo que ahora se trata es de «asegurar intelectual y económicamente los poderes totales agrupados en el gobierno» [3]. Es decir, desarrollo en lugar de más revolución; en lugar de la arbitraria ocupación de puestos y otras intervenciones, rigurosa disciplina de partido y reducción del sistema de comisarios

[2] *Op. cit.*, 8 de julio de 1933.
[3] *Op. cit.*, 12 de julio de 1933.

del Reich, que tanta importancia revistieran en el proceso de coordinación como ejecutivos de la revolución.

Todo iba encaminado a proteger el poder conquistado de toda intervención desmedida del partido. Tanto ahora como después, Frick, que en su calidad de funcionario no precisamente muy leal al Estado ya se había arrimado a Hitler en 1923, defendía no sólo la línea táctica del momento —conquista de la burocracia especializada y reglamentación de la revolución—, sino también, de forma inconfundible, los intereses de su propio Ministerio y de la burocracia oficial, igualmente interesada en la cooperación y en su propia conservación. El objetivo era conseguir un poderoso Estado burocrático; y efectivamente, en pocos años aumentó considerablemente el aparato de los Ministerios. En este marco es preciso comprender la lapidaria declaración de Frick en el sentido de que «toda clase de paragobierno es inconciliable con la autoridad del Estado total». Pero también Goebbels proclamaba poco después (17 de julio) el «final de la revolución nacionalsocialista», al mismo tiempo que advertía del peligro que constituían «ciertos elementos bolchevistas, que hablan de una segunda revolución». Hitler ha «conquistado nuestra revolución en el preciso momento. Una vez que somos dueños del Estado con todo su acopio de poder ya no necesitamos conquistar posiciones por la violencia, ya que legalmente nos pertenecen» [4]. Ciertamente, Goebbels no ofreció aquí una caracterización fiel de la verdadera política. Ni su referencia a la legalidad era cierta ni tampoco se renunció en el futuro a la amenaza y la violencia. En cambio, ponía de manifiesto lo ficticio de la fórmula «unidad partido-Estado», que absorbería en el futuro la tensión entre las ambiciones de poder del NSDAP y un aparato estatal imprescindible, entre la ideología nacionalsocialista y la tradición del Estado.

En un discurso pronunciado en el quinto congreso del partido en Nuremberg, el «Congreso de la Victoria», Hitler trató de solucionar el problema a base de una especie de división del trabajo. En la ampulosa proclamación de apertura del 1 de septiembre de 1933 [5] declaró que, tras la liquidación de la democracia pluripartidista y del derecho a la libre crítica, el NSDAP era «único sujeto del poder estatal» en la medida en que su tarea consistía en una intensa «educación política del pueblo alemán». El partido debe imponer la autoridad y la disciplina y dotar de validez universal al principio caudillista. Según la grotesca definición de Hitler, esto consistía en la «responsable autoridad hacia abajo y la autori-

[4] *Der Angriff,* 18 de julio de 1933.
[5] *Der Kongress des Sieges.* Dresden, 1934, p. 8.

taria responsabilidad hacia arriba». Prescindiendo de lo que esto pueda significar, se trataba de una inversión del principio democrático. La función del partido con respecto a un régimen autoritariamente dirigido consistía en «encontrar y aunar, mediante una selección condicionada por la lucha viviente, el material humano más capacitado de Alemania», impulsar una instrucción elitista para ocupar los cuadros de mando y servir además de «organismo de selección política». Esta sería, pues, la tarea del NSDAP después de la toma del poder. Al Estado correspondía, en cambio, «la ulterior administración, históricamente dada y desarrollada, de las organizaciones estatales en el marco de la ley y con ayuda de ella».

Tal división de atribuciones, es decir, instrucción política, por una parte, y administración, por la otra, dejaba amplio margen a un ulterior dualismo partido-Estado y consiguientemente al criterio del «Führer». Hitler siguió limitándose a la elástica fórmula: «Lo que pueda solucionarse en el marco estatal, será solucionado estatalmente; lo que, por su misma esencia, no pueda solucionar el Estado será resuelto por el movimiento.» [6] Es una proposición que no dice nada. La concepción nacionalsocialista del Estado siguió tan indeterminada como la nueva Constitución nacionalsocialista, hacía tiempo anunciada y nunca realizada. El Tercer Reich persistía en su permanente improvisación. Cierto que el «movimiento», prescindiendo de su real significado, se situaba por encima del Estado, limitado a las funciones administrativas. Sin embargo, la enorme ampliación de la actividad administrativa en el Estado totalitario, que abarcaba simultáneamente el ejecutivo y el legislativo, nada hacía por aclarar aquel dualismo. Ni siquiera el comentario oficial del congreso del partido de 1933 pudo eliminar esta tirantez, recurriéndose tan sólo a un disfraz de eufemismos: «En el futuro la vida de la nación encontrará su expresión en esta polaridad del movimiento político y de la burocracia del Estado.» [7]

Con este tipo de declaraciones vagas no podía determinarse aquella relación. El mando nacionalsocialista era incapaz de ello y, ciertamente, tampoco le interesaba una aclaración definitiva. Más cómodo y, a la vez, efectivo era, en éste como en otros casos, dejar las cosas en el aire y tomar decisiones particulares según los casos, poniendo así de relieve la superioridad del «Führer», que primaba sobre el Estado y el movimiento. Tampoco se solucionó realmente el problema por la ley, aparentemente definitiva, de «garantía de la

[6] *Der Parteitag der Freiheit vom 10. bis 16. September 1935.* Munich, 1935, p. 283.

[7] *Der Kongress des Sieges,* p. 7.

unidad del partido y del Estado», promulgada el 1 de diciembre de 1933. Ciertamente, esta ley disponía lapidariamente que «tras la victoria de la revolución nacionalsocialista» el NSDAP se constituye en «portador de la idea alemana del Estado, quedando indisolublemente vinculado con el Estado». Como muestra de la estrecha vinculación entre el Estado y el partido, los jefes de las organizaciones políticas y militares del partido —es decir, Hess, como representante de Hitler, y Röhm, como jefe de la plana mayor de la SA— fueron incorporados al gobierno. Incluso numéricamente dominaba ahora el partido en el gabinete. Sin embargo, el NSDAP era confirmado, al mismo tiempo, en su autonomía como entidad de derecho público, supeditada únicamente al «Führer». Contaba también con jurisdicción propia (incluyendo la imposición de detenciones y arrestos), pudiendo recurrir a la ayuda de la autoridad correspondiente para su ejecución. En adelante, los jueces del partido «tan sólo estaban ligados a su conciencia nacionalsocialista..., supeditados únicamente al «Führer». Tampoco en su lapidaria fórmula de la «unidad del partido y del Estado» ofrecía la ley ninguna aclaración concreta de la delimitación de atribuciones. Su sentido consistía exclusivamente en la ratificación del proceso de unificación *(Gleichschaltung)*, que dejaba amplio margen al dualismo existente entre el movimiento del partido, dinámico y revolucionario, y el orden propio de la reglamentación jerárquico-autoritaria. En este campo magnético persistió una serie de conflictos personales e institucionales, que pronto se complicaría y agravaría más con el ascenso de las SS, provistas de una burocracia propia y un poder paraestatal.

Muchos juristas, haciendo alarde de rápida adaptación a las nuevas estructuras del poder, trataron de suministrar al Estado jerárquico-autoritario de partido único toda una teoría sistemática que no dejase fuera ningún elemento del régimen. El primer intento en este sentido correspondió al ágil oportunista Carl Schmitt, otrora católico conservador, discípulo de Erich Kaufmann y admirador de Hugo Preuss, creador éste de la Constitución de Weimar. Tras apartarse de sus maestros judíos se convirtió en defensor de las ideas del sistema autoritario propugnadas por Hindenburg y Papen. En su publicación *Staat, Bewegung, Volk* [Estado, Movimiento, Pueblo] (1933) celebró la mística trinidad del nuevo sistema, es decir, la «triple articulación de la unidad política». La ideología nacionalsocialista de la burocracia acabó por fijarse en una cuádruple articulación en el siguiente orden jerárquico: «Führer»-movimiento-pueblo-Estado [8]. Otros juristas de nueva hornada apuntaron direc-

[8] *Der Beamte im Geschehen der Zeit, Worte von Hermann Neess.* Ber-

tamente al «Estado total». Tal fue el caso de Ernst Forsthoff en su libro, publicado en 1933, *Der totale Staat* [El Estado total]. Sin embargo, en todas las construcciones teóricas dedicadas a la consagración del régimen nacionalsocialista quedó sin resolver el problema de qué funciones debería asumir un partido único para afirmar y desarrollar su particular existencia y no diluirse completamente en el Estado totalitario.

Recordaremos que el NSDAP de las «jornadas de lucha» adoptó como organización una copia en miniatura de la del Estado vigente, de acuerdo con la idea de Hitler de «que todas las instituciones futuras del Estado habrán de surgir del mismo movimiento» [9]. En consecuencia, se procedió a la instauración y desarrollo de un aparato del partido propio, dotado de las correspondientes carteras de política exterior, económica, financiera, laboral, agraria y militar. Sin embargo, la rápida y fácil conquista del aparato estatal, tan fundamental en el éxito de la toma del poder, no condujo a la fusión de la burocracia del partido y del Estado. En la lucha por la caza de puestos estatales, pocos fueron los que lo lograron rápidamente; tal es el caso de Darré en su lucha con Hugenberg. Por lo general persistió la rivalidad entre las diferentes carteras del Estado y del partido, librándose a menudo entre varios «aparatos» infructuosas luchas de competencia. Un ejemplo peculiar de este «darwinismo institucional» [10] lo constituyó la coexistencia del Ministerio de Asuntos Exteriores (Neurath) y las autoridades «oficiosas» de política exterior en los despachos de Ribbentrop o Rosenberg y en el Ministerio de Propaganda de Goebbels. El problema se remedió aparentemente en 1938 con el nombramiento de Ribbentrop como ministro del Exterior. Mayores inconvenientes comportó la yuxtaposición de las Fuerzas Armadas *(Wehrmacht)*, la SA y, posteriormente, las SS.

En todos los casos se trataba simultáneamente de problemas de tipo institucional y personal. La lucha de funcionarios del partido, hambrientos de puestos e influencia, que veían en el Estado un botín, persistió incluso tras la proclamación de la «unidad del partido y del Estado». En el terreno de la política militar, la decisión recayó medio año más tarde —en el verano de 1934— del lado del Estado, cuando el mismo Hitler sacrificara las ambiciones del mando de

lín, 1936 (difundido en 300.000 ejemplares por la organización de funcionarios nacionalsocialistas). Cf. también Hans Mommsen, *Beamtentum im Dritten Reich*. Stuttgart, 1966, pp. 21 y ss.

[9] *Mein Kampf*, p. 673.

[10] David Schoenbaum, *Hitler's Social Revolution*. Nueva York, 1966, p. 206.

la SA a la «Wehrmacht». Ciertamente, esta decisión no resultó ser definitiva. Al mismo tiempo, la «Wehrmacht» veía aparecer un nuevo rival con el ascenso de las SS, organización elitista político-militar del partido. Por otro lado, Hitler no desistió ni mucho menos de encomendar al NSDAP funciones centrales después de la toma del poder. Entre las tareas asignadas al partido, subrayadas por Hitler en el congreso de 1935, figuraban principalmente: la formación de una nueva élite y la «constitución de una célula perenne, estable y autogeneradora, de la doctrina nacionalsocialista»; el control y adoctrinamiento («educación») de las masas; la labor de enlace y transmisión entre el Estado y la sociedad en consonancia con el proceso de unificación, y, sobre todo, el afianzamiento y ampliación de la nueva estructura de élites y de poder mediante la omnipresente actividad de un solo partido y de sus omnímodas organizaciones.

El partido de 1933-34, en el que recayeron estas funciones, se encontraba en un profundo proceso de transformación. La victoria sobre todos los partidos rivales y enemigos, el considerable aumento del número de miembros y la ramificación del partido, los cambios de tipo personal y la encomienda de funciones oficiales, propias de un NSDAP camino de convertirse en el partido del Estado, todo ello planteaba al «movimiento» por segunda vez el problema de cómo cumplir, al mismo tiempo, la doble función de partido de élites y de masas. Entre 1928 y 1932 el número de miembros pasó de 108.000 a casi 1,5 millones. Esta cifra casi se dobló entre el treinta de enero de 1933 y finales de 1934. A un tercio de «camisas viejas» se enfrentaban ahora los dos tercios restantes de nuevos adeptos [11].

Profundos cambios pueden apreciarse también atendiendo a la estructura social y procedencia de los miembros del partido. En el cuadro total de miembros aumentó la proporción de los trabajadores (1930: 28 %, 1934: 32 %), aunque ésta quedaba todavía muy por detrás del porcentaje total de trabajadores en la sociedad (46 %). Por el contrario, los empleados experimentaron cierto retroceso (de 25,6 % a 20,6 %), aunque siguieron estando representados por encima de la media social (12,4 %). Una nutrida representación correspondía al sector independiente (20 % frente al 9 % de media social). Considerable aumento se registró en cuanto a la participación de funcionarios y maestros (del 8,3 % al 13 %; media social, 5 %), que, indudablemente, eran los que más inmediatamente

[11] Wolfgang Schäfer, *NSDAP*, p. 17. Basándose en el material del Document Center Berlin (archivo principal del NSDAP), Schönbaum (*op. cit.*, p. 71) ofrece otros números, aunque el conjunto es análogo.

expuestos estaban a las presiones oficiales. Por el contrario, los agricultores descendieron del 14 % al 10,7 % (media social 10 %). Sin embargo, es preciso tener en cuenta que existen diferencias determinadas por la profesión y el estamento social, que explican la distinta composición del cuadro de miembros y del ancho mundo de meros seguidores del partido. Evidentemente, el número de campesinos encuadrados dentro del partido no dice gran cosa respecto a la gran avalancha de este sector al NSDAP desde las elecciones de 1929-30.

Más clara aparece todavía la estructura «tipo clase media» del NSDAP entre los dirigentes del partido. Sobre todo entre los jefes a nivel municipal predominaba la participación de los empleados (37 % frente a una media social de 12,4 %); a gran distancia seguían luego funcionarios e independientes, en tanto que los campesinos ocupaban las últimas posiciones de la escala. El carácter «juvenil» del partido adquiría cada vez mayor relieve. Más de un 37 % de los miembros del partido tenían menos de treinta años y más del 65 % aún no habían cumplido los cuarenta; los mayores de cincuenta años arrojaban una participación de un 15 % escaso. Incluso la élite nacionalsocialista era manifiestamente más joven que Hitler (45 años). Enorme fue el aumento experimentado por las Juventudes Hitlerianas, aunque ello se explica también por la incorporación del Movimiento de Juventudes. El número de miembros ascendía en 1934 a casi 3,6 millones (anteriormente, 108.000).

A escala regional siguieron registrándose diferencias tanto en relación con la densidad de miembros como en las relaciones entre camaradas veteranos y nuevos. De modo casi análogo a las elecciones, desde 1930 el NSDAP fue triunfando, de manera especial, en sus distritos *(Gauen)* de Schleswig-Holstein, Hannover Meridional, Franconia del Meno y Kurhessen (también en Danzig): es decir, de aquí procedían la mayoría de los miembros; en cambio, los distritos más parcos en este sentido fueron Westfalia, Silesia, Pomerania, Baden, Berlín y Munich-Alta Baviera. Como se ve, desde 1923-24 existe un desplazamiento de fuerzas de la «capital del movimiento», Munich y la región bávara, al norte del país. Unicamente, Franconia Alta y Franconia Media, el Estado de Julius Streicher y de los congresos del partido, siguieron constituyendo un importante centro del NSDAP aun después de la toma del poder.

Mayor interés reviste aún la cuestión relacionada con los distritos *(Ganen)* que desde el 30 de enero de 1933 registraron la avalancha más importante. Destaca Franconia del Meno, donde hasta finales de 1934 se multiplicó sobradamente por siete el número de miembros (740 %). Le siguieron Colonia-Aquisgrán (458 %) y Coblenza-Tréveris (448 %). En estas zonas católicas el proceso de re-

cuperación fue rápido, en tanto que, al revés, las poderosas bases de un principio en Schleswig-Holstein tan sólo pudieron experimentar un aumento del 80 % escaso, aunque siguieran manteniendo el primer lugar en la escala. Asimismo, las zonas caracterizadas por una población de clase media y de campesinos continuaron por delante de las urbes industriales. Incluso ahora, la penetración en la clase trabajadora no se realizó, ni mucho menos, en la medida pretendida por el programa y la propaganda del partido.

En el marco del imponente aumento del número de miembros y de los cambios estructurales del partido no sólo se registró un desplazamiento numérico en la proporción de miembros veteranos y nuevos. Al mismo tiempo, se brindó la oportunidad de acabar de algún modo con los brotes de formación de grupillos o, incluso, de rebelión, en la medida en que esto no se había llevado a cabo ya en la sangrienta purga del 30 de junio de 1934. Casi un 20 % de los jefes políticos que pertenecían a las filas del NSDAP antes de 1933 abandonaron sus posiciones antes de finales de 1934. Es muy característico que estos cambios tuvieran lugar con especial virulencia en Berlín (más del 50 %). Le siguieron Franconia del Meno (35 %), Hamburgo y Düsseldorf (27 %) y otras grandes ciudades en las que aparecía con especial relieve la fluctuación entre los «viejos combatientes» y los «jefes» de nuevo cuño. Los «camisas viejas» eran normalmente destituidos (más de una cuarta parte) o recibían alguna indemnización como consuelo. En todo ello bien pudieron desempeñar algún papel razones políticas o relacionadas con la organización, vinculadas también con el viejo rumbo izquierdista del grupo Strasser, con la concepción del socialismo o con el problema de la SA y de la revolución. En todo caso, después de los numerosos «caídos de marzo», el NSDAP se convirtió en una organización de masas en manos de un mando estatal, capaz de dirigirla sin grandes dificultades a través de la vicisitudes del periodo de la toma del poder. A finales de 1934, casi un 80 % de los jefes políticos eran personas que ingresaron en el partido a partir de 1933; únicamente el cuerpo de jefes de distrito o territoriales *(Gauleiter)* estaba integrado por viejos combatientes, cuyo aplomo siguió siendo la nota característica. En adelante, el partido sería instrumento del control totalitario. Ya no eran los conflictos políticos sino las rivalidades personales y organizativas el acompañamiento obligado del ulterior desarrollo del NSDAP, partido estatal omnímodo y victorioso y órgano de transformación del Estado del «Führer», todo en uno. Tan sólo las SS tendrían en adelante peso específico propio, como vanguardia de un consecuente imperio nacionalsocialista, aunque tampoco ellas se rebelaran jamás contra Hitler.

El carácter peculiar, difícilmente definible, del sistema nacional-socialista prohibe hablar —incluso refiriéndonos a su desarrollo posterior— de una simple primacía del partido. «El partido ordena al Estado»: este lema cuadraba al Estado comunista de partido único, que destruyó de modo consecuente el viejo aparato estatal y las tradicionales estructuras elitistas. También en este caso el desarrollo posterior desemboque en algún tipo de dualidad de estructuras. Sin embargo, en el Tercer Reich —terreno en el que persistieron, en rivalidad o fusionados, elementos revolucionarios y tradicionales— la primacía del partido sólo pudo asegurarse en algunos casos. Ocasionalmente, ocurrió todo lo contrario, y en muchos casos no se enfrentaron el partido y el Estado, sino diferentes figuras del partido. No puede hablarse de que el partido mandara sobre el Estado; más bien, aquél se adueñó de privilegios paraestales, imponiendo incluso en el marco social las reivindicaciones totalitarias del sistema. Con tal fin ejerció funciones extra-estatales, tales como la «educación», labores de coordinación y control, reclutamiento, etc. [12]. El mismo «Estado» se descompuso en los más diversos aparatos de poder. Frente a frente, las ambiciones de la dictadura presidencial y la del «Führer», las reivindicaciones de las organizaciones corporativas y las del pujante Estado-policía; entretanto, el gobierno del Reich perdía su función de mando, hasta que al fin no se volvió a reunir (desde 1938).

La única referencia segura por encima de esta imponente confusión de atribuciones entre el aparato estatal y las dependencias del partido era la persona del «Führer». La omnipotencia de su posición se debía, en buena parte, a la equívoca relación entre Estado y partido. Tan sólo él podía solucionar los conflictos de competencia, que constituían parte sustancial del sistema. En todo esto cabe ver un dilema necesario de la dictadura totalitaria o bien un instrumento, conscientemente manejado, de gobierno dictatorial. Pero en cualquier caso, la opinión tan difundida acerca de la mayor efectividad y organización del «orden» en una dictadura caudillista totalitaria es una leyenda, fácilmente creída en las democracias amenazadas de crisis. Es la mentira existencial de todos los movimientos autoritarios de entonces y de ahora, y encuentra terreno abonado en una ideología del orden que condena el carácter pluralista de la sociedad moderna, sometiéndola a los ideales de eficiencia, tan irreales como antihumanos, de la perfección técnica y el orden militar.

[12] Por ejemplo, Robert Pelloux, *Le parti national-socialiste et ses rapports avec l'état*. París, 1936, pp. 35 y ss.

El Ejército y la Segunda Revolución: culminación del proceso de asalto al poder

El proceso de coordinación nacionalsocialista se implantó en todos los sectores de la vida social durante el verano y el otoño de 1933. Con sus pretensiones de captación total del ciudadano —favorecidas además por la rápida capitulación teórica y práctica de las élites alemanas—, la doctrina nacionalsocialista se apoderó de la cultura y del sistema de valores de la sociedad alemana. Queda por dilucidar hasta qué punto fue realidad o mera fachada institucional la dominación total proclamada por los nacionalsocialistas, tanto en el campo económico-social como en el intelectual y moral. Ciertamente, aquí hubo algunas lagunas, y no sólo en las relaciones con las Iglesias. En el período 1933-34 parecía que, tras la caída del «establishment» de Weimar, el régimen debía contar todavía con dos posibles trabas: el orgullo del Ejército, apoyado en la legendaria autoridad de Hindenburg, y las persistentes tensiones dentro del NSDAP y frente a los activistas —sobre todo de la SA— a los que apuntaba de modo especial la proclamación del «final de la revolución». En la convergencia de ambos factores de poder, los violentos acontecimientos del verano de 1934 constituyen el último acto del proceso de asalto al poder.

Entre 1918 y 1945, la posición del ejército recorrió cuatro grandes etapas. La primera empieza con la situación revolucionaria al término de la Primera Guerra Mundial y concluye con la caída del general von Seeckt en 1926. Sus inicios estuvieron presididos por una cooperación —casi forzada, aunque oscilante— con el Estado de Weimar; a continuación se registró un distanciamiento concienzudo y consciente de lo militar con respecto a lo civil, según pudo manifestarse en las crisis de 1920 (golpe de Kapp) y 1923. Hasta la toma del poder por el nacionalsocialismo se sucede luego una fase en la que, bajo el signo de la presencia de Hindenburg al frente de la República y la posición política del general von Schleicher, el mando de la Reichswehr empieza a participar de forma activa en la política del Estado y (desde 1930) se convierte en respaldo de los gobiernos de crisis extraparlamentarias. Frente a ello, y en el marco de un mayor impulso de la política de armamento, el régimen nacionalsocialista trata entonces de devolver a la «Wehrmacht», suficientemente ampliada, a sus cauces puramente militares, excluyéndola de las decisiones políticas. En esta tercera fase (1933-38), el Ejército oscila entre el propósito de defenderse frente a las interven-

ciones del régimen y la voluntad de pactar con el nuevo sistema, tan (a diferencia de Weimar) declaradamente «amigo de lo militar». El último período —desde la crisis Fritsch-Blomberg de 1938— registra una progresiva intervención de Hitler en la voluntad de autonomía del mando militar, que, en creciente grado, se convierte en instrumento de la política de guerra y exterminio del régimen, viéndose además amenazado por su rival, las SS, es decir, el ejército del partido. En este titubeo entre sumisión y oposición acabó por desvelarse la impotencia del poder militar, tan orgulloso de sus tradiciones. Bajo las condiciones del régimen totalitario sus pretensiones de autonomía demostraron ser pura ilusión.

En realidad, este desenlace era previsible, aun cuando las Fuerzas Armadas fueran el único reducto del poder exento de las incursiones propias del proceso de coordinación e incluso algunos vieran en el Ejército la mejor posibilidad de «emigración interna». Indudablemente, el asalto nacionalsocialista al poder apenas puede concebirse sin el distanciamiento y profunda enajenación que desde los comienzos de la era Seeckt tanto influyeron en las relaciones entre la Reichswehr y la República. Esta postura de los militares encuentra cierto parangón en la actitutd de la burocracia. De acuerdo con su técnica de dominación, Hitler reconoció expresamente, en un principio, las reivindicaciones de autonomía y distanciamiento de la «Wehrmacht». Esto no ofrecía grandes dificultades ya que dos adeptos suyos, desprovistos de intenciones críticas, Blomberg y Reichenau, mantenían posiciones clave. Por otra parte, podía contar con el poder de atracción de su programa de revisión y armamento, que a los oídos de la mayoría de los militares sonaba tan bien como a los funcionarios la suspensión de la democracia parlamentaria. En armonía con la ideología suprapartidista de Seeckt, Blomberg declaraba ya en su primera alocución del 1 de febrero de 1933 que la «Wehrmacht» podía liberarse finalmente de las intrigas políticas, para entregarse «por encima de los partidos» a sus tareas propias [13]. Empezó entonces esa retirada al campo de la reorganización militar y del armamento en virtud de la cual el cuerpo de oficiales creía poder mantenerse alejado, en principio, del proceso de coordinación. Esta actitud era conforme con el punto de vista de «únicamente soldado», mantenido por el general Fritsch, sucesor de Hammerstein, hasta su dudoso final. «No podemos cambiar la política [debemos], cumplir nuestro deber», rezaba uno de los lemas de Fritsch para una junta de jefes celebrada después de la matanza de junio

[13] *Völkischer Beobachter,* 2 de febrero de 1933.

de 1934 [14]. Con esta clase de distanciamiento la «Wehrmacht» no podía estar a la altura de una dictadura, como tampoco lo estuvo con respecto a sus propias tareas durante la democracia.

Aún hoy se oye la explicación de que todavía no podían reconocerse los planes de Hitler; se dice también que su objetivo de conseguir una revisión del Tratado de Versalles era legítimo y que, en todo caso, el Ejército mantuvo mayor autonomía que cualquiera otra institución. En realidad, las altas esferas militares, al menos, no pudieron tener desde un principio muchas dudas acerca de los planes expansionistas de Hitler. Aun cuando no pueda deducirse mucho de las frases de *Mein Kampf,* que fue distribuido por millones, Hitler se expresó con toda claridad en su primera cita con los militares. Los reparos que a los planes bélicos y expansionistas opuso ante las autoridades del Ejército y de la Marina el propio Canciller cuatro días después de su nombramiento, fueron arrinconados por las promesas hechas simultáneamente por Hitler en favor del desarrollo y autonomía de la «Wehrmacht» y de la idea de la defensa en el «nuevo Estado». La estrechez y unilateralidad del ideal autonomista de Seeckt estaban demasiado arraigadas para poder concebir una oposición seria frente al nuevo rumbo y al dualismo de la estrategia nacionalsocialista de asalto al poder. Prácticamente, la única excepción fue la dimisión de Hammerstein a finales de 1933, que, sin embargo, no tuvo consecuencias. A todo ello se añadía la opinión, ciertamente muy difundida, de que la presencia de Hindenburg al frente del Estado y de las Fuerzas Armadas hacía posible, en caso de emergencia, el veto político. Pero sobre todo fue tomando cuerpo la comunidad de intereses con un régimen tan favorablemente dispuesto a los valores militares (y seudomilitares). Así, en contra de la leyenda de una «Wehrmacht» «apolítica», la cooperación con el nuevo régimen, reiteradamente reclamada por Blomberg, tropezó con una resistencia mucho menor que la cooperación con la República.

En medio de los engaños e ilusiones de esta asociación (supuestamente equilibrada) del Ejército y el nacionalsocialismo, la colaboración alcanzó un primer punto culminante cuando Hitler aprovechó las disputas con el mando de la SA para atender aparentemente a los intereses de la «Wehrmacht». En realidad, perseguía con ello la consagración formal y definitiva de su posición de monopolio. La sangrienta purga del 30 de junio de 1934 y la callada complicidad del mando militar brindaron, en combinación con la muerte

[14] El 25 de julio de 1934: Hermann Foertsch, *Schuld und Verhängnis.* Stuttgart, 1951, p. 58.

de Hindenburg, la gran oportunidad de realizar el Estado total del «Führer» de modo más consecuente que el fascismo italiano.

En este transcendental momento, la base de la decisiva colaboración del mando militar fue la idea de que la rivalidad entre los grupos rectores del nacionalsocialismo liquidaría la competencia militar de la SA junto con las ambiciones de Röhm, asegurando así el monopolio de las Fuerzas Armadas prometido por Hitler. La vieja tirantez entre la SA y el mando del partido, agravada por la rivalidad entre la SA y la «Wehrmacht», se recrudeció de nuevo en la primavera de 1934. Cierto que la situación fue conscientemente dramatizada, en especial por parte de Göring e Himmler. Por otra parte, la leyenda sobre la amenaza de un golpe de Estado de Röhm contra Hitler desempeñó un importante papel. Pero lo que no ofrece lugar a dudas es que, a fin de cuentas, no fue precisamente la SA sino la pujante organización de las SS la que fue preparando el conflicto bajo la benevolente tolerancia de la «Wehrmacht». Aunque el mismo Röhm testimoniara reiteradamente su lealtad a Hitler, concediendo incluso, para la tranquilidad general, un permiso amplio a la SA, una maniobra conjunta del partido y de las SS logró provocar la impresión de que amenazaba una segunda revolución de la SA. Hasta hoy no se ha aclarado, por ejemplo, cómo se produjo la alarma de la SA de Munich y cómo surgieron los rumores acerca de una inminente caída del gobierno.

En todo caso, quizá fuese esto lo que indujo a Hitler a interrumpir el 30 de junio de 1934, a la una de la noche en Bad Godesberg, un viaje emprendido posiblemente con ánimo de despistar, y presentarse de la forma más sorprendente en Munich tres horas después con el fin de «liquidar cuentas» con el mando de la SA; más tarde sacaría de la cama en Bad Wiessee a Röhm y otros dirigentes de la SA, disponiendo el mismo día el fusilamiento de seis de ellos en Munich sin base legal alguna. Al día siguiente, Röhm era ejecutado por Eicke y Lippert, comandantes del campo de concentración de Dachau. Junto a la acusación de alta traición se esgrimió también el homosexualismo de los afectados, pese a que esta circunstancia era conocida desde hacía años (y pese a que entre los protagonistas de la ejecución figuraban también homosexuales). Se sucedieron las víctimas, incluso fuera de la SA. Viejos adversarios de Hitler —Kahr, en Munich, y en Berlín los colaboradores de Papen (von Bose, Jung), el director general Klausner, de Acción Católica, y, sobre todo, Schleicher y su esposa, el general von Bredow y Gregor Strasser— fueron asesinados.

Con la muerte de Röhm y Strasser se deshizo Hitler de sus más viejos colaboradores políticos y militares; con la de Schleicher, de

su predecesor en la Cancillería. Terminó sufriendo arresto domiciliario Papen, el orgulloso controlador del gabinete Hitler, que dos semanas antes había criticado en tono conservador el curso totalitario en un discurso pronunciado en Marburgo e inspirado por su consejero Edgar Jung. Tras el asesinato de sus amigos se dio por satisfecho con canjear su Vicecancillería por el cargo de Embajador personal de Hitler en Viena con la misión de preparar la hasta entonces malograda «anexión» de Austria. Todo ello fue un exponente de su débil carácter de cristiano declarado y del desgraciado papel desempeñado por tan irresponsable colaborador de la dictadura desde 1932.

El transcurso, desprovisto de todo contratiempo, de la acción asesina del 30 de junio de 1934 demuestra con harta evidencia que no había motivo alguno para hablar de un inminente golpe de Röhm. En ningún sector se registró oposición, ni tan siquiera en las formaciones elitistas de la SA. Muchas víctimas se presentaron voluntariamente, confiando en el «Führer» y en el esclarecimiento de un error evidente. Tan sólo se oyeron las descargas de los pelotones de ejecución en todas las partes del Reich. Con frecuencia los comandos de las SS se encargaron de arreglar también sus cuentas particulares. El número de víctimas se fijó oficialmente en 77, aunque se calcula que fueron entre 150 y 200.

Sin embargo, el alcance de esta purga no se mide por el número, discutido, de víctimas, sino por los principios y las consecuencias que acompañaron aquella matanza. Muchos ciudadanos quizá se tranquilizaron con la frase de que la revolución devora a sus criaturas. La verdad es que se arrancó de cuajo toda posible oposición desde las filas del partido o desde el campo conservador. Más aún, la arbitrariedad del «Führer» se constituyó ahora formalmente en principio. Sobre el pacto de intereses con el Ejército, convertido en cómplice de los acontecimientos, se basó propiamente la dictadura totalitaria del «Führer». La misma llegó a su coronación institucional con el juramento de la «Wehrmacht» a Hitler y la usurpación de la Presidencia del Reich.

Un aspecto de lo sucedido fue la legalización del terror. Más nítidamente que nunca se puso de manifiesto el verdadero carácter del proceso de asalto al poder y del futuro régimen. A la luz pública Hitler se adueñó del «derecho» a liquidar al adversario sin previa investigación de los hechos o procedimiento judicial alguno. Anteriores actos de terror, especialmente de la SA, pudieron haberse admitido quizá con la ilusión de que se trataba de fenómenos concomitantes inevitables de una revolución, aunque limitados en el tiempo. Sin embargo, ahora se declaraba oficialmente el asesinato

como parte de la política del Estado, siendo además ejecutado por los mismos organismos estatales. Teniendo en cuenta la ausencia de toda resistencia en aquellos acontecimientos, no podía hablarse, en absoluto, de «acción del Estado en defensa propia». Precisamente, éste fue el subterfugio esgrimido por el gobierno para «legalizar» «a posteriori» aquellos crímenes. La ley del 3 de julio de 1934 contenía únicamente este lapidario artículo: «Las medidas tomadas por el Estado en defensa propia para el aplastamiento de los ataques de alta traición y de traición a la patria los días 30 de junio, 1 y 2 de julio son legales.» El acto fue tan grotesco como significativo. Una mera constatación venía a sustituir a la investigación judicial que, en el caso del asesinato de Schleicher, llegó a iniciarse, siendo inmediatamente después suspendida. Desde el momento en que el gobierno se convirtió en juez de su propia causa, transformando en derecho la violación del mismo, obligaba también a la Justicia a la aprobación del régimen o le impedía emprender por sí misma cualquier acción contra su labor asesina. El «Estado de derecho del nacionalsocialismo» [15], tan solemnemente proclamado, fue inequívocamente un Estado ilegal, un régimen arbitrario, la dominación por el crimen.

De esta forma, las consecuencias internas de esta revolución desde arriba van mucho más allá de sus aspectos de mera política de poder. Desde el momento en que el Estado queda oficialmente autorizado a la comisión del crimen y el asesinato se convierte en acto legal del Estado, es evidente que el orden jurídico se encuentra formalmente minado, a merced del capricho del poder establecido, que se erige en «supremo mandatario judicial del pueblo alemán». La legalización del crimen en nombre del Estado se manifestó expresamente por el hecho de que los cómplices de Hitler en el asesinato fueron elogiados y recompensados por su acción. Así empezó el ascenso de Himmler y de sus SS. Estas, en su condición de organización autónoma, relevaban a la SA (20 de julio de 1934), adquiriendo incluso el derecho a disponer de unidades armadas. Los jefes de las SS y del Servicio de Seguridad que participaron en los desmanes del 30 de junio y días siguientes fueron ascendidos: por ejemplo, Sepp Dietrich, Christian Weber, Emil Maurice. Otros esbirros fueron distinguidos el 4 de julio por Himmler con el «puñal de honor». El asesinato, merecedor de la venia y el elogio del Estado, se con-

[15] Por ejemplo, Hans Frank, «Der deutsche Rechtsstaat Adolf Hitlers», en *Deutsches Recht IV* (1934), p. 120. Según Carl Schmitt, el «Estado nacionalsocialista es, sin duda alguna, un modelo de Estado de derecho: quizá más incluso que la mayoría de los países de la tierra». Cf. Gottfried Dietze, «Rechtstaat und Staatsrecht», en *Die moderne Demokratie und ihr Recht*, t. II. Tubinga, 1966, p. 37.

virtió en criterio para la ulterior liquidación de adversarios políticos, judíos, «seres inferiores», etc., que podía discurrir ya sin inconveniente alguno. El mismo Himmler erigiría más tarde —en la tristemente célebre junta de jefes de las SS en Posen (4 de octubre de 1943)— y de modo expreso el puente entre el 30 de junio de 1934 y la política de exterminio, confirmando como máxima del régimen la continuidad del crimen, lo cual echa por tierra la diferenciación, tan manejada hoy todavía, del nacionalsocialismo en dos periodos: el constituyente y el de la guerra, degeneración del primero.

Después del 30 de junio aparecieron inmediatamente los consabidos defensores de la brutalidad. En cabeza figuró Carl Schmitt. En la *Deutsche Juristenzeitung* (Revista Jurídica Alemana) del 1 de agosto de 1934 (págs. 945-950) tituló cínicamente su escrito «El 'Führer' protege el derecho». Schmitt proclamaba allí la quintaesencia de su prolongada destrucción del Estado de derecho y la arbitrariedad del Estado totalitario. Schmitt ensalzaba el asesinato en masa nada menos que como la «judicialidad del 'Führer'» que «crea directamente el derecho», como la «auténtica jurisdicción», el «supremo derecho» del nuevo orden. De este modo, las teorías de la autoridad y de la dictadura, más o menos carentes de espíritu, desembocaron en la mostrenca consagración de las reivindicaciones nacionalsocialistas de total manipulación de la sociedad, del Estado y del derecho. «El concepto de derecho se convirtió en término sinónimo de violencia.» [16]. Se trataba, al mismo tiempo, de una capitulación oportunista ante la comedia legalista representada por Hitler el 13 de julio en el escenario del Reichstag. El informe de dos horas de duración lo coronó Göring, Presidente del Reichstag, con la frase: «Todos nosotros aprobamos siempre lo que hace el 'Führer'.» [17] El mecanismo de legalización terminó con la orden de quemar «todas las actas relacionadas con las operaciones de los últimos días» [18]. Al parecer, la fracasada comedia montada en torno a la quema del Reichstag no recomendaba una repetición. Cuando, tras la caída del régimen, se emprendió la investigación de algunos casos aislados, prácticamente había desaparecido todo rastro.

El término mismo del proceso de asalto al poder no podía conciliarse ya ni con la más generosa de las interpretaciones de la «revolución legal». Su carácter terrorista quedaba manifiestamente patente por los aspectos que presidieron los sangrientos acontecimien-

[16] Karl Dietrich Erdmann, *Die Zeit der Weltkriege,* 3.ª ed. Stuttgart, 1963, p. 198.

[17] *Verhandlungen des Reichstags,* t. 458, 13 de julio de 1934, 32.

[18] Otto Meissner, *Staatssekretär unter Ebert-Hindenburg-Hitler.* Hamburgo, 1950, p. 370.

tos. Con la consagración institucional de la dictadura cayeron las barreras con las que los asociados de Hitler del 30 de enero de 1933 creyeron estar seguros frente al dominio absolutista del nacionalsocialismo. Papen era expulsado ahora del escenario del gobierno, que tan orgullosa y conscientemente había escalado con Hitler. Desapareció así el último disfraz de la revolución nacional; al mismo tiempo, desaparecía la posibilidad de «acorralamiento» de los nacionalsocialistas por los conservadores, del nacionalismo totalitario y plebeyo por el aristocrático y autoritario. Hindenburg, símbolo de esta ilusión, era un anciano de ochenta y seis años de edad, alejado de la realidad política y rodeado de consejeros adictos a Hitler. Desde el Día de Potsdam tan sólo servía de respetable rótulo de la dictadura; a él correspondió proclamar la celebración del plebiscito de noviembre de 1933. Su muerte solucionaría oportunamente los problemas pendientes. En su último refugio de Neudeck, a donde fue trasladado ya a primeros de junio de 1934, Hindenburg permitió ser manejado por última vez al servicio del régimen, al que tan negligentemente transmitió el poder. En efecto, el 2 de julio Hiter y Göring recibían del Presidente del Reich sendos telegramas de felicitación, redactados seguramente por Meissner y el hijo de Hindenburg.

La consagración suprema de aquella cadena de asesinatos fue el preludio de un macabro espectáculo: en efecto, los más altos cargos del Estado fueron fusionados en uno para un mayor afianzamiento ulterior del poder, concentrándolos en la persona del, a la vez, «Führer» y Canciller del Reich, exento de todo control. Incluso antes de la muerte de Hindenburg, sobrevenida el 2 de agosto de 1934, el gobierno publicó un decreto (por cierto, con la «firma» de Papen, que se hallaba ausente) por el cual se fusionaban la Cancillería y la Presidencia. Con ello se echaban definitivamente por tierra las esperanzas que en relación con la restauración de la monarquía se tenían puestas en el discutido testamento de Hindenburg. También este acto «legal» se asemejó a un golpe de Estado, ya que de nuevo se desatendían las limitaciones de la Ley de Plenos Poderes en la que seguía basándose la actividad gubernamental. La tesis de la legalidad quedaba de nuevo pisoteada, pese a tantas y tantas leyes y disposiciones ulteriores encaminadas a consagrar los hechos consumados. Se preparó un plebiscito para asegurar el «fallo expreso del pueblo alemán», pese a que, con anterioridad, fuera proclamada ya la «validez constitucional» de la acción. Hitler se atrevió a fundamentar este paso con el vocabulario de los demócratas: manifestó, en efecto, «estar henchido de la convicción de que todo poder del Estado debe proceder del pueblo y encontrar su aprobación en elección secreta y libre». Al disfraz pseudodemocrático de su usurpación agre-

gó —para el correspondiente esclarecimiento de su nuevo título— la patética afirmación de que Hindenburg «confirió al título de Presidente del Reich un significado peculiarísimo» [19]. Consecuencia: la usurpación era un «salto mortal» constitucional que, naturalmente, pronto sería dócilmente enmarcado por numerosos juristas alemanes en la teoría del Estado caudillista.

No menos peso revistió ese juramento al dictador con que la «Wehrmacht» testimonió el 2 de agosto de 1934 en todas sus guarniciones su comunidad de intereses con Hitler. Quizá no toda asintiera a este rumbo con tan poco escrúpulo como Blomberg y Reichenau. Sin embargo, no sólo fue eficiente, en este sentido, la satisfacción por la política de armamento y la liquidación de la SA, sino también las reiteradas garantías de Hitler de que, en el futuro, el partido y la «Wehrmacht» constituirían los dos únicos pilares del Estado nacionalsocialista. Persistían, pues, las ilusiones sobre las que se había fundado la destrozada alianza del «levantamiento nacional». También el precipitado juramento de las Fuerzas Armadas se basó en una manipulación tipo golpe de Estado. Por la comprensible premura se realizó sin el respaldo de ley alguna, contándose tan sólo con la orden de Blomberg, pese a que todo ello no fuera de la incumbencia del Ministerio de Defensa. Tan sólo después del plebiscito —aplazado durante dieciocho días— se promulgó una ley (20 de agosto) que sancionaba el golpe. Fue también un acto irregular porque, a tenor de la legislación vigente, el juramento tan sólo debían prestarlo los nuevos reclutas, en tanto que una enmienda constitucional no lo extendiera a todas las Fuerzas. Sin embargo, mayor alcance que estas contravenciones formales tuvieron el texto y las circunstancias del juramento. La nueva fórmula fue confeccionada a la medida de Hitler, omitiendo toda referencia a la Constitución, las instituciones legales y los superiores. Por otra parte, junto a la mención de Dios en este «santo juramento» figuraba el deber de «incondicional obediencia».

Esta fórmula religiosa ligaba de modo absoluto la «Wehrmacht» a Hitler. Este, por su parte, en una carta de agradecimiento dirigida a Blomberg el 21 de agosto recordaba el carácter bilateral del pacto de intereses y de la recíproca lealtad, fundamento del juramento. Hitler asumía el deber de «defender la existencia e inviolabilidad de la 'Wehrmacht'» y de «consagrar la 'Wehrmacht' como único brazo armado de la nación» [20]. Sin embargo, al igual que en el caso del concordato con la Iglesia Católica, Hitler arrinconó todas estas ga-

[19] *Reichsgesetzblatt I*, 1934, pp. 747-751.
[20] *Völkischer Beobachter*, 21 de agosto de 1934, p. 1.

rantías, con lo cual el juramento pasó a constituir una vinculación unilateral de las Fuerzas Armadas a Hitler; dicha vinculación perduraría con todas sus fatales consecuencias hasta el último día del Tercer Reich. Todas las acusaciones lanzadas contra los «perjuros» del movimiento de resistencia militar olvidan que el mismo Hitler violó repetidamente el juramento y que mucho antes de que tan abusadora vinculación fuera rescindida por el levantamiento del 20 de julio de 1944, había perdido todo derecho a lealtad y obediencia.

Sin embargo, desde el 30 de junio de 1934 sabía muy bien el mando nacionalsocialista —sobre todo Hitler— «lo que podía esperar del cuerpo de oficiales, con tal de cuidar únicamente de que no provocara escándalo público alguno» [21]. Al aceptar calladamente el asesinato de dos de sus generales, haciéndose además cómplice de las SS y acabando por someterse al mencionado juramento el día mismo del fallecimiento de Hindenburg, las Fuerzas Armadas quedaron fuertemente ligadas al régimen nacionalsocialista, al que «se sentían vinculadas de un modo oscuro» [22]. Sin la ayuda de la «Wehrmacht» —en primer lugar por su tolerante actitud y luego por su activa cooperación— no puede concebirse la rápida y definitiva aparición del Estado totalitario. Al tiempo que convertía a los militares en cómplices de sus asesinatos y violaciones constitucionales, Hitler minaba el prometido desarrollo de la «Wehrmacht» y fomentaba el desarrollo de las SS. Apenas cuatro años después, la caída de Blomberg y Fritsch, la retirada de Beck y el creciente desarrollo de las SS ponían de manifiesto cuál era el bando al que benefició, en verdad, la «segunda revolución». Pero, entretanto, el proceso de rearme, el servicio militar obligatorio, la remilitarización de Renania y, finalmente, la anexión de Austria ahogaron toda posible duda y afianzaron más todavía el pacto entre Hitler y la «Wehrmacht». La marcha hacia la guerra hizo que el mismo fuera irrevocable hasta el final. Sólo una pequeña minoría del cuerpo de oficiales planeó e intentó desde 1938 la resistencia tan trágicamente desaprovechada en 1934 como consecuencia de un fatal error de apreciación del nuevo régimen y de las propias posiciones.

Apenas puede sobrevalorarse el papel desempeñado por la «Wehrmacht» en la consagración de la dictadura nacionalsocialista desde el punto de vista de la política de poder. A su lado, el plebiscito del 19 de agosto de 1934 fue tan sólo una farsa de la revolución seudolegal. Poco tuvo que decidir el electorado en éste como en los subsiguientes plebiscitos (1936 y 1938): eran simples actos

[21] Wolfgang Sauer en Bracher-Sauer-Schulz, *Machtergreifung*, p. 965.
[22] Hermann Mau, «Die zweite Revolution», en *VfZG, 1* (1953), p. 136.

de ratificación sin alternativa alguna, desprovistos de todo significado a nivel de la Constitución o de la política de poder. De todos modos, esta aclamación colectiva no estuvo exenta de ciertos «defectillos». La nueva ola de propaganda y de coacción sicológica, de intimidación y terror no pudo impedir que el número de «síes» se quedara muy por detrás del típico 99 %, característico de los plebiscitos celebrados en los regímenes totalitarios. Prescindiendo de todas las reservas que merece aquel procedimiento electoral, las estadísticas arrojan, dadas las indicadas circunstancias, una gran proporción de votos negativos: en efecto, tan sólo un 72,6 % y un 74,2 % del electorado de Hamburgo y Berlín, respectivamente, dieron su voto a Hitler[23]. Además es preciso tener en cuenta que en las «elecciones» totalitarias las abstenciones y votos invalidados deben incluirse mayormente en la oposición. Al igual que en noviembre de 1933, las urbes de electorado izquierdista seguían ofreciendo la mayor oposición. Por otro lado, mientras que en otro tiempo el catolicismo, siguiendo el voto de las autoridades eclesiásticas en favor de su socio en el concordato, Hitler, capitulara casi por completo, el número de votos negativos aumentó ahora de nuevo en algunas zonas católicas. Todo esto constituía un claro exponente de la incipiente desilusión de este sector.

Ante todo, el Estado dictatorial encontró, en parte, una aceptación mucho menor que en anteriores «elecciones». Frente al 87,8 % de votos afirmativos de noviembre de 1933 se registró en agosto de 1934 un total de 84,6 %, siendo, por otra parte, más reducida la participación. Merece destacarse la situación inferior a la media registrada en Schleswig-Holstein (84,1 % de antes frente al actual 80,3 %). Como se sabe, el NSDAP se apuntó aquí antes de 1933 sus mayores éxitos, alcanzándose ya la mayoría absoluta en 1932. La «aprobación» alcanzó su nivel más bajo en algunos sectores de Berlín (Wilmersdorf con 68,8 %, Charlottenburg con 69,6 %), región de la desembocadura del Weser (69,4 %), Aquisgrán (65,7 % frente a 80,6 % en 1933) y en Ahaus (Westfalia) (69,9 % contra 88,3 %). «Malos» resultados tuvieron también ciudades tales como Herford, Bielefeld, Bremerhaven, Lübeck, Iserlohn, Leipzig y Breslau o distritos como Münster y Olpe. Por última vez aparecieron en estos lugares los restos del tradicional comportamiento electoral con la fuerza y la resistencia propias de los grupos católicos y socialistas. Más tarde el perfeccionamiento plebiscitario del nacionalsocialismo desembocaría en la inexpresiva rutina del 99 %.

[23] Análisis electoral en Bracher-Sauer-Schulz, *Machtergreifung*, pp. 95 y 350.

La verdadera actitud frente al régimen, especialmente entre los obreros, se puso de manifiesto en abril de 1935, en las elecciones a consejos de empresa, cuyos resultados no fueron hechos públicos. De diversas fuentes se sabe que en muchos casos tan sólo un 30-40 % del personal votó a favor de las listas nacionalsocialistas [24]. A diferencia de lo ocurrido en las grandes aclamaciones nacionales de 1933, 1934, 1936 y 1938, fácilmente interpretadas como éxito político, aquí se ponía en cuarentena la concreta realidad del sistema. Sin embargo, no cabe duda que la mayoría de la población ya no tenía la facultad o la voluntad de enfrentarse al ensordecedor ruido de la propaganda. Más que cualquier posible reparo pesaba el influjo del poder y del éxito aparente, la impresión de orden y unidad, el recuerdo del Estado jerárquico-autoritario predemocrático, la fe en las incontrolables promesas del régimen. Y allí donde la manipulación no se vio coronada por el éxito, se sustituyó la verdad —como en el caso de las mencionadas elecciones a los consejos obreros de empresa— por la afirmación global (de Robert Ley) de que «mucho más del 80 % de los trabajadores de la industria alemana» habían votado por el nacionalsocialismo. En consecuencia, el ciudadano que dudara todavía podría preguntarse qué sentido tenía una oposición, siempre arriesgada, ante las urnas.

En estos plebiscitos de 1933 y 1934, todavía imperfectos, no se buscaba ya otra cosa que una de las muchas oportunidades de movilizar y manipular a la población. El fin perseguido era el mismo que en los desfiles, concentraciones, actuaciones conjuntas en la radio y alocuciones. En todos estos momentos se creaba la atmósfera de la coacción voluntaria, del consenso manipulado, de una politización apolítica, con el fin de distraer al público de la realidad del sistema dictatorial.

El Ejército, aparentemente un poder autónomo en el sistema, pudo ver en esta movilización general un refuerzo, al mismo tiempo que un apoyo de la política de armamento. El hecho de que la democracia y las elecciones libres hubieran desaparecido con la desdeñada República de Weimar hablaba precisamente en favor del régimen, pese a que se hubiera preferido un gobierno monárquico, conservador y autoritario. Así, no es de extrañar que en unos apuntes acerca de una entrevista en el Ministerio de Defensa —ocasión en la que ya (primavera de 1934) se dejó entrever una posible acción contra la SA— se destacara como muy positiva la siguiente noticia: «Las nuevas elecciones se configurarán de tal forma que to-

[24] Theodor Eschenburg, «Dokumentation», en *VfZG, 3* (1955), pp. 314 y ss.

dos digan «sí». Lo único que no se modificará será la posición de las Fuerzas Armadas»[25]. La historia de las Fuerzas Armadas alemanas a partir de 1918 es la historia de su auto-engaño. No fue la «némesis del poder» —como afirma el libro de igual título del historiador inglés Wheeler-Bennett (1954)— sino la incapacidad política y su poco político orgullo lo que les condujo a un pacto desigual con Hitler, a la guerra y la catástrofe. Por su parte, Hitler podía proclamar ya el 20 de agosto de 1934 el triunfo victorioso de sus quince años de lucha por el poder: «Desde las más altas esferas del Reich, pasando por toda la administración, hasta el mando del último rincón, el Reich Alemán se encuentra hoy en manos del Partido Nacionalsocialista». En realidad, lo fundamental no fue la ocupación de todos los puestos, pues aquí seguían existiendo sus lagunas y, en muchos casos, una asombrosa continuidad, desde los no nacionalsocialistas en el gobierno, pasando por la burocracia y la Justicia, hasta la economía, la cultura y la «independiente» «Wehrmacht». Lo importante era que el Estado y la sociedad sí se encontraba ahora plenamente en manos de los nacionalsocialistas, sometidos a su control y manipulación. Todo funcionaba al servicio de un régimen cortado a la medida de la persona de *un* «Führer». Por lo demás, este régimen era todo menos orden y seguridad; más bien, arbitrariedad y a menudo el caos interno. En su declaración del 20 de agosto de 1934 Hitler tuvo presente este doble aspecto del afianzamiento del poder: «En el día de hoy ha terminado la lucha por el poder del Estado. Prosigue, sin embargo, la lucha por nuestro caro pueblo»[26]. Tan melodramática frase no quiere decir otra cosa que —después de haber liquidado los últimos residuos de poder prenacionalsocialista o no nacionalsocialista— ya podía realizarse plenamente la captación totalitaria y la correspondiente instrumentalización de acuerdo con los objetivos de la dictadura de Hitler.

Tal fue también el marco en el que el NSDAP funcionaba como portador de un poder y una ideología dentro del Estado conquistado y por encima del mismo. En el verano de 1933 era constituido ya en un verdadero partido monopolista, confiándosele la tarea de educar a una nueva élite. Rudolf Hesse se encargó de la apertura del congreso del partido, declarando la «ley de la totalidad» como principio máximo de la futura política nacionalsocialista. Hitler lanzó una solemne mirada retrospectiva a la época del «definitivo afianzamiento del poder nacionalsocialista en Alemania». Observó que desde el verano de 1933 «fue derrumbándose y cayendo una posi-

[25] Apuntes de reuniones del comandante Henrici, *Zeugenschriftum des Instituts für Zeitgeschichte* (Munich).

[26] Gerd Rühle, *Das Dritte Reich,* t. II. Berlín, 1935, p. 278.

ción enemiga tras otra en la lucha de persecución». Al igual que un año antes, declaró ahora que «la revolución nacionalsocialista había concluido... como momento revolucionario y acontecimiento de poder». Seguía ahora la evolución. Por otra parte, puesto que el mando «tiene hoy todas las vías del poder en Alemania», su conducta «no será frenada por nada, excepto por consideraciones de tipo táctico, personal y, por lo mismo, provisional» [27].

Aquí radicaba, sin embargo, el problema. En efecto, cabe preguntarse por el significado de que la «definitiva» conquista de Alemania se vería seguida por «la realización, dirigida desde arriba, del programa nacionalsocialista». ¿Qué significaba esto cuando el programa mismo era todo menos consistente y claro, en tanto que los auténticos objetivos de Hitler hacia el exterior se apoyaban en la política de la raza y del espacio vital, de la expansión y de la hegemonía? La pomposa profecía de Hitler de que: «En los próximos mil años no habrá ya revolución en Alemania» rayaba a la altura del «Reich milenario» o de la promesa de Göring de que en los próximos cien años no habría probablemente nuevas elecciones. La historia no ha hecho caso de tales profecías. Sin embargo, al coronarse el proceso de toma del poder estaba creado también el marco para el desarrollo del sistema autoritario y para el inicio de una política de dominación y expansión en Europa, tan ambicionada por el nacionalsocialismo. Mas no se contaba con ninguna filosofía política consistente ni con un modelo detallado, previamente elaborado. El pensamiento y comportamiento de este «movimiento» eran eclécticos y oportunistas, su visión de la política de poder, propia de un maquiavelismo vulgar. Con todo, sería un error explicar el desarrollo y la aplicación del régimen totalitario como mera improvisación o reacción a una serie de favorables circunstancias. En efecto, la misma historia del asalto al poder, mucho más rápida y eficazmente elaborada que en la Italia fascista, demuestra una lógica consecuente por parte de la ideología de poder del nacionalsocialismo. Su consistencia interna radicaba en la indefectible constancia, la adhesión de Hitler a su «Weltanschauung» emocional, sostenida desde los años de Viena: sobre todo, al antisemitismo y al antieslavismo. Aquí se basaban también los dos objetivos más importantes a los que apuntarían el ulterior desarrollo y la correspondiente utilización del poder conseguido: exterminio de los judíos y espacio vital en el Este.

[27] *Der Kongress zu Nürnberg vom 5-6. September 1934.* Munich, 1934, pp. 18 y 22-24.

«Weltanschauung» y proceso de unificación ideológica

¿Cómo fue posible que aquellas ideas y objetivos no sólo no fueran ignoradas o tomadas a la ligera, sino que fuesen aceptadas y elaboradas de un modo tan sorprendente? ¿Cómo fue posible que el proceso de coordinación intelectual se realizara en gran medida como proceso de autocoordinación de forma más rápida y voluntaria aún que en el campo político-social? Invocando cómodamente la figura de Hitler y el «demoníaco magnetismo del poder» no puede explicarse este fenómeno alemán, no queda resuelto el problema de la responsabilidad y del porqué. Es preciso destacar, en primer lugar, dos razones. Hitler y el nacionalsocialismo se enmarcan en una prolongada tradición de la idea alemana del Estado. La combinación de las ideologías expansionistas y políticas del autoritarismo prusiano y del populismo austríaco encontró en el hitlerismo su expresión más radical. Ya en los debates de 1914-18 acerca de los objetivos de la guerra pueden encontrarse los elementos fundamentales; y detrás de todo ello, el despliegue de la peculiar conciencia alemana del siglo XIX. Hitler, el nacionalsocialismo, no fue un azar desgraciado o un incomprensible accidente de la historia alemana, sino una «situación alemana» (Konrad Heiden).

En segundo lugar, el despliegue del nacionalsocialismo es la historia de la subestimación de la política, de la sobreestimación del orden. Una opinión muy difundida entre las «gentes ilustradas» era que el nacionalsocialismo constituía, en el fondo, un movimiento del orden y de las fuerzas mantenedoras del Estado frente al caos político y el comunismo. Sólo hacía falta fortalecer tales fuerzas benefactoras, liberándolas de la escoria propia de la política cotidiana y elevándolas al plano de la cultura y de la filosofía, una vez que había terminado con éxito la lucha por el poder, necesariamente sucia. Se trataba de sublimar la política, un «negocio sucio», a través del espíritu. Aquí se escondía esa concepción de la «Realpolitik» desarrollada tras el fracaso de 1848 y cuyo derecho moral descansaba en el éxito. Con ello se llegó a la ilusión —tan poco política— de que sería posible promover el contenido «idealista» del nacionalsocialismo, aprovechándolo en beneficio de la nación y de la política del Estado. Para ello era preciso perfeccionar y refinar las crudas manifestaciones de sus funcionarios, incluidas las ideas, tan bien intencionadas como poco felices, de un «hombre del pueblo» como Adolfo Hitler, y enseñar a los nacionalsocialistas lo que de verdad se escondía en su misterioso ímpetu, haciendo así posible un na-

cionalsocialismo «mejor». Unos estaban impresionados por la fuerza anticomunista y antisindical del «movimiento». Otros, provenientes del campo de la «revolución conservadora», se fijaron seguramente en la componente antiliberal y revolucionario-nacional. Se trataba del segundo acto de la ilusión de un «levantamiento nacional», después de que aquél fracasara al nivel de la coalición de partidos.

Este tipo de ayuda proveniente de círculos conservadores y burgueses fue acogido entre los nacionalsocialistas como presunción y, en ocasiones, como un peligro. Parecidos problemas comportó la avalancha de miembros en 1933. En tal ocasión se manejó el motivo de que era preciso prevenir lo peor y ayudar a la mejora del nacionalsocialismo. Desde finales de 1934 fue apareciendo nítidamente la repulsa y, finalmente, la proscripción de este nacionalsocialismo de salón. Algunos dieron entonces el paso a la oposición, integrada por muy diferentes motivos y tendencias. Esto no impidió que, en un principio, los colaboradores intelectuales supusieran una ayuda muy valiosa. Goebbels, el «intelectual» en el cuadro de jefes nacionalsocialistas, fue el que mejor comprendió y aprovechó esta circunstancia. El eficaz desarrollo de la propaganda y la rápida reglamentación de la vida cultural —es decir, la unificación cultural— no pueden concebirse sin la decisiva colaboración de fuera, prestada por escritores, artistas, catedráticos y eclesiásticos.

El oportunismo y la coacción no explican por sí solos el hecho de que en pocos meses se supeditara la vida intelectual alemana a la Cámara de Cultura del Reich. Cierto es que la historia de los «dorados años 20», examinada de cerca, contiene ya algún germen del posterior proceso de autounificación y que la sangría de la *intelligentsia* alemana, iniciada ya en 1933, condujo a una catástrofe de la que, aun después de 1945, no pudieron recuperarse la ciencia y la cultura. Pero la expulsión de una buena parte de la *intelligentsia* crítica constituye sólo un aspecto de la irrevocable pérdida de sustancia que hizo posible la dictadura nacionalsocialista. El otro aspecto lo constituye el proceso de autodestrucción en el que se sumió la mayoría restante, aceptando o, incluso, aprobado el acoplamiento de la vida cultural y de los criterios valorativos a la ideología nacionalista, antisemita y darwinista social del nacionalsocialismo.

Un ejemplo tristemente célebre de la primera época fue la cínica «Respuesta a la emigración literaria» que Gottfried Benn envió por radio a sus amigos que huían de la persecución. En 1933 apareció su libro *Der neue Staat und die Intellektuellen* [El nuevo Estado y los intelectuales], oportuna glorificación del orden y la disciplina. El mismo contenía la reveladora confesión de fe: «Gottfried Benn expresa aquí su adhesión al nuevo Estado y justifica su paso al otro

bando, que para él nunca fue 'otro', sino el que más le ha cuadrado desde siempre. Porque, en realidad, siempre tuvo su arraigo en el mismo suelo, de cuyas últimas profundidades salen las raíces de la nueva Alemania. Su adhesión al mismo será una confirmación para aquellos miembros de la *intelligentsia* alemana que ya han seguido su camino; mas para aquellos otros que están al margen será un timbre de alarma para que recapaciten y examinen sus rebasadas concepciones.» Ciertamente, muchos confesaban ahora que lo nuevo era lo «que más les cuadraba desde siempre». La fiel continuidad en el asalto al poder del nacionalsocialismo, tan enfáticamente negada después de 1945, apenas pudo expresarse más claramente. El hecho de que Benn se diluyera más tarde en la «Wehrmacht», en el «exilio interior», nada resta a la eficiencia y ejemplaridad de este proceso, que se repitió en muchas formas.

No procede aquí investigar en detalle este proceso de «adaptación interior» al poder y de sublimación seudointelectual y seudocientífica [28]. Ahora importan, sobre todo, aquellos aspectos que se refieren de modo inmediato a los objetivos de dominación y a la técnica de poder del nacionalsocialismo. Es preciso atender: 1) al peso y despliegue de la ideología y objetivos, y 2) a la organización e influjo de la propaganda y de la política cultural en el sistema del Tercer Reich. Ambos aspectos guardan una estrecha relación recíproca. No sólo se manipulan las ideas en la forma habitual, adaptándolas a la política, sino que a la inversa, la ideologización de la política y su total asfixia a manos de ideas obsesivas —especialmente en la política racial— desempeñan al respecto un papel decisivo. Una de las razones fundamentales de la catastrófica subestimación del nacionalsocialismo —primeramente en Alemania, luego en la política de «apaciguamiento» de Occidente y, finalmente, en la Unión Soviética— fue el hecho de que no se tomara en serio el papel de la ideología en la política nacionalsocialista, sobreestimando en cambio el oportunismo y la manipulación en el sentido de una política de poder maquiavélica. No sólo Hitler —y en esto fue indudablemente un revolucionario— se encontraba poseído del sentimiento de absoluta validez de sus ideas, aun cuando éstas difícilmente podían merecer la generosidad del término «Weltanschauung». También sus más íntimos colaboradores —la mafia de las jornadas de lucha—, así como las autoridades del partido, conquistadas poco antes o poco después del acceso al gobierno, estaban completamente vinculados a

[28] En torno al decisivo período 1933-1934, cf. Bracher-Sauer-Schulz, *Machtergreifung*, p. 261.

Hitler y al principio del caudillaje, es decir, a la primacía de la ideología sobre la política del Estado total. Ciertamente, no faltaron dudas ocasionales y secretos desvíos heterodoxos. Sin embargo, la ausencia total de rivalidades ideológicas hasta la catástrofe final constituye una importante diferencia con respecto a otras dictaduras. Hubo rivalidades y conflictos de atribuciones, pero nunca se vio afectada la peculiar posición del «Führer» ni el primado vinculante de la ideología.

Esto pudo ponerse especialmente de manifiesto a propósito de la política seguida en relación con el problema judío. Para nada contaban aquí desde un principio las objeciones aconsejadas por la oportunidad y la conveniencia y mucho menos todavía los principios morales. Ocasionalmente, se retiraron o arrinconaron prudentemente otros aspectos de la ideología nacionalsocialista. Sin embargo, obras como *Mein Kampf,* de Hitler, o *Mythus,* de Rosenberg, así como la literatura extremista de las «jornadas de lucha» permanecieron accesibles a todo el mundo, incluso tras la conquista del Estado, siendo difundidas en millones de ejemplares para la lectura oficial. Cuando trataba de aplacar a la Iglesia, Hitler declaraba que la obra *Mythus* era un trabajo de vanguardia que él mismo ni siquiera había leído. Igualmente, el programa del partido de 1920, declarado «inmutable», fue sometido a diversas interpretaciones por razones tácticas. Esto ocurrió especialmente con el artículo 17, que demandaba una reforma del suelo sobre el principio de expropiación sin indemnización. Ya en 1928 fue prácticamente retirado por Hitler tras su declaración de fe en la propiedad privada, confiriéndole un sentido esencialmente antisemita con el fin de fomentar la avalancha del electorado rural. Sin embargo, en la nueva edición de su comentario al programa del partido, Rosenberg afirmó en 1937: «Casi nada ha habido que cambiar en lo fundamental; sólo en un reducido número de cuestiones ha seguido el Reich nuevos caminos, diferentes a los que habíamos imaginado anteriormente.» Esto tenía que ver, sobre todo, con el incumplimiento de las promesas en política interior. Desde el pacto concertado con la industria y los campesinos y desde la liquidación del ala izquierdista de Strasser, los aspectos «revolucionarios en el plano social» habían degenerado en puro adorno.

Algo muy parecido ocurrió con las modestas enmiendas en favor del principio caudillista, introducidas en *Mein Kampf* entre 1925 y 1928. Sus ideas y formulaciones, declaradas ya entonces válidas e inmutables, nunca fueron desmentidas o modificadas lo más mínimo, pese a toda la acrobacia, tanto en política interior como exterior, de Hitler, el estadista de los «discursos de la paz». En los

círculos más próximos a él apenas se podía dudar de su validez: ni el mando militar en 1933 y 1937, ni una economía enfocada al rearme, ni tampoco, naturalmente, los ampulosos teóricos del espacio vital y de la ética de la guerra, tanto en despachos como en cátedras. Nadie quería responsabilizarse de las consecuencias. La misma teoría del Estado totalitario sostiene, de entrada, la movilización militante e ideológica para los fines de un sistema estructuralmente compacto y provisto de la máxima eficacia. Pero la función de esta teoría radicaba además en la consciente y permanentemente visible (y legible) preparación hacia objetivos de dominación. Y éstos siempre fueron más allá de la simple revisión del Tratado de Versalles y por encima de la «Gran Alemania». La meta era el imperio, de base racial y populista. Sus reivindicaciones de espacio vital eran básicamente ilimitadas, ya que estaban determinadas únicamente por las necesidades del «pueblo nuclear» *(Kernvolk)* y los derechos de dominio de la raza mejor sobre la peor.

El matrimonio de la vida intelectual alemana con la revolución nacional de Hitler es algo que sobrecoge no sólo por el primitivismo del conglomerado de ideas que alimentó la «Weltanschauung» nacionalsocialista, sino más todavía por la ciega sumisión a sus pretensiones de declarado exclusivismo. Dichas pretensiones fueron ya expuestas en *Mein Kampf:* «Porque la 'Weltanschauung' es intolerante... y reclama imperiosamente su propio reconocimiento, exclusivo y absoluto, así como la plena subversión de la actividad pública de acuerdo con sus principios» (pág. 506). Muchas de las ilusiones, mantenidas pese a ello, acabaron sucumbiendo como consecuencia de la censura y reglamentación de la palabra escrita, del arte y de la ciencia. Pero ello no demostraba sino el fenómeno de la «autounificación», que abarcó a juristas, expertos de la economía política, historiadores, germanistas, filósofos, científicos, escritores, poetas, músicos y artistas. El bizantinismo, la manipulación y la coerción se entrelazaban en una unión inseparable, mas nunca habrían surtido sus efectos de no haber existido previamente relaciones históricas más profundas que no se basaban, indudablemente, tanto en una doctrina de la raza cuanto en un nacionalismo de colorido seudorreligioso y en la idea mesiánica del «Reich».

Un ejemplo de los muchos sentimentalismos de esta especie lo constituye el libro del sociólogo Georg Weippert, *Das Reich als deutscher Auftrag* [El Reich como misión alemana], 1934. Aquí se aclamaba el Reich como «principio ordenador del mundo», que debe reclamar la «totalidad del poder» y puede «tener tan sólo un dirigente»; por otra parte, como «expresión de la voluntad y conciencia mesiánicas del pueblo alemán», el Reich es «omnímodo»:

«...no es mera forma ordenadora del pueblo alemán. El Reich es, más bien, la misión de Alemania en este mundo». En realidad no había nada que no pudiese justificarse con ayuda de este argumento, contenido en prólogos y epílogos de libros serios y proclamado por catedráticos de renombre. Una vez más se invocaban las «ideas de 1914», tan traídas y llevadas. Pero ahora estaban referidas a un movimiento político concreto en posesión del poder, que rechazaba cualquier discusión sobre los objetivos de dominación escondidos tras tales sentimentalismos. Y cuando se reclamaba la implantación de una asignatura de formación política —tal como se demanda en *Mein Kampf*—, ésta tenía que concebirse en el marco de un egoísmo absoluto del Estado, desprovisto de toda discusión. Un tal «tratado de formación política alemana» llevaba el elocuente título *Deutschland, nur Deutschland, nichts als Deutschland* [Alemania, sólo Alemania, nada más que Alemania] (W. Wallowitz, 1933).

El análisis histórico del proceso de autounificación de 1933-34 tiene que descubrir muchas relaciones que van mucho más allá de la ideología nacionalsocialista, elemento más bien secundario. Tales cuestiones relacionadas con la continuidad histórica ofrecen un interés que trasciende el marco académico y revisten gran importancia en la explicación de la fuerza de irradiación de la ideología nacionalsocialista y de su influencia sobre los sectores «ilustrados», aun cuando se basara en malentendidos. La concatenación de ideas irracionalistas, propias de este nacionalismo autoritario y antidemocrático, puede resumirse en este sencillo esquema: cada individuo sólo puede vivir como miembro de una nación, que, por lo mismo, está por encima de los intereses de grupo. Sólo es fuerte cuando mantiene su interna unidad. En consecuencia, el verdadero «socialismo» funde las clases sociales en lugar de separarlas. El lugar del marxismo y del liberalismo es ocupado consiguientemente por el idealismo nacional. Los derechos humanos se sustituyen por el deber de la lealtad y la disciplina; en lugar del pluralismo de intereses surge el Estado monolítico totalitario. Este es el único que puede remediar las debilidades internas de una secular escisión germana, garantizando hacia afuera la fuerza óptima.

En dos sentidos acentuó y sublimó el nacionalsocialismo estas ideas cuyas raíces se remontan al romanticismo y a las guerras de liberación: por una parte, se colocó la concepción racial y populista del Estado por encima de la tradicional y clásica; en segundo lugar, se erigió la lucha nacional en principio absoluto de toda actividad política y social. Las doctrinas biológico-sociales de la «lucha por la vida», tal como fueran proclamadas por el darwinismo social; la concepción de la política como relación amigo-enemigo (Carl

Schmitt); la idea militar de la autoridad y el orden: todos estos elementos fueron referidos ahora a la filosofía nacionalsocialista de que, en realidad, la guerra no había terminado, que el «renacimiento de la cultura» sería una consecuencia del «espíritu del frente» bélico. La vivencia central de Hitler, la guerra, siguió siendo el elemento determinante no sólo en el sentido de un revisionismo radical, sino, más todavía, en el trasplante de un vocabulario y unos criterios de valoración bélicos a la sociedad y a la cultura: por ejemplo, «frente del trabajo», «batalla laboral», «columna en marcha», etcétera. Así se expresaba Alfred Rosenberg en 1935 ante altos oficiales del Ministerio de Defensa: «La nación alemana está decididamente empeñada en encontrar, de una vez, su estilo de vida... Es el estilo de una columna en marcha, sin parar mientes (!) en el dónde o el para qué pueda utilizarse esta columna en marcha» [29]. La organización militar y seudomilitar fue también un principio fundamental estructurante de la dictadura, que encontró aplicación en todos los sectores de la vida política y social.

Sin embargo, la ideología nacionalsocialista halló una base concreta en la realización de la doctrina racista. Mientras que en sus primeros años el imperialismo nacionalsocialista tuvo que atender especialmente al afianzamiento y desarrollo interno del sistema, dando prioridad a la política interior, en la persecución de elementos políticamente indeseables se puso de manifiesto bien pronto el carácter terrorista del régimen; en la política aplicada a los judíos, su carácter ideológico. Desde un principio pudo apreciarse un innegable barbarismo. No hubo más que traducir al lenguaje de la política práctica las eclécticas construcciones del antisemitismo racial, sostenido en mamotretos tales como los de Ferdinand Clauss, Hans F. K. Günther y Alfred Rosenberg. También aquí se trataba de la culminación de multitud de prolegómenos históricos e intelectuales en la tesis de la «natural» pretensión de dominio de la raza nórdico-germánica y de su genuina representación, el pueblo alemán. El reverso de esta medalla estaba representado por la «peste judía mundial», denunciada en su forma más extrema por el libro del mismo título de Hermann Esser (1927. Sexta edición en 1943) y por *Stürmer,* de Julius Streicher, dos viejos colaboradores de Hitler.

En el primer capítulo se ha hablado ya de la componente histórico-social del antisemitismo. En la ideología nacionalsocialista, el estereotipo del judío como «existencia parasitaria» [30] adquirió la con-

[29] Alfred Rosenberg, *Gestaltung der Idee.* Munich, 1936, p. 303.

[30] Walter Frank, «Die Erforschung der Judenfrage», en *Schriften des Reichsinstituts für Geschichte des neuen Deutschland,* t. 5. Hamburgo, 1941, p. 11.

dición del hombre malo por antonomasia. Quedaba, pues, dibujado ese enemigo absoluto que tanto necesitaba un sistema totalitario para la movilización política y social, así como para distraer a la opinión pública de los problemas propios. El programa nacionalsocialista había reclamado ya la privación de todo derecho a los judíos. Las maquinaciones antisemitas acompañaron los primeros momentos del proceso de asalto al poder. Por último, el régimen de 1933 emprendió la labor de organizar inmediata y sistemáticamente la persecución judía. Ni siquiera consideraciones de tipo táctico impidieron que poco después se declarara el boicot a los judíos, siendo arrinconados en la actividad pública, sometidos a un permanente estado de excepción y entregados, finalmente, al proceso de exterminio.

En tanto que el régimen necesitaba cierta calma en política exterior, se rehuyó de las consecuencias más radicales. La continuada fuga de los judíos de Alemania desató ya en el verano de 1933 una serie de incómodas reacciones del extranjero, aparte de las protestas provenientes de la misma población alemana. A diferencia del nacionalismo, el antisemitismo había persistido como poderosa animosidad latente y no como movimiento generalizado. Se explica así que los primeros grandes boicots, dispuestos en aldeas y ciudades desde el 28 de marzo de 1933, hubieran de suspenderse antes de tiempo después de algunos días. Sin embargo, desde principios de marzo de 1933 ya estaba en marcha la legislación antisemita; por cierto, con la colaboración del partido germano-nacional. Dicha legislación legalizaba las «purgas» en la burocracia y la Justicia, en las Universidades y entre los médicos, y ponía en movimiento el mecanismo de privación de la ciudadanía a elementos mal vistos política y racialmente. Diversas tentativas de adaptación emprendidas por distintas organizaciones tan sólo consiguieron una escasa modificación de la ley en relación con las asociaciones de ex-combatientes y otras organizaciones. La condena de la política nacionalsocialista frente a los judíos (Consejo de la Sociedad de Naciones, 30 de mayo de 1933) no impidió que ya en el verano de 1933 se cubriera la primera etapa. Unicamente en el sector de la economía se retrasó la aplicación de aquella política por consideraciones de conveniencia. En abril de 1934 estas medidas afectaban ya a cientos de catedráticos de universidad, unos 4.000 abogados, 3.000 médicos, 2.000 funcionarios y aproximadamente el mismo número de artistas y músicos de origen judío. Unos 60.000 huyeron en 1933-1934 a los países vecinos, que tampoco se mostraron demasiado hospitalarios con ellos. Hasta 1939 pudieron salvarse de la opresión y el exterminio planeado una cuarta parte de los 550.000 judíos alemanes.

La legalización formal del antisemitismo biológico-racista se implantó, finalmente, por las leyes de Nuremberg, que, con motivo del Congreso del partido el 15 de septiembre de 1935, merecieron la aprobación del Reichstag. Las leyes habían sido improvisadas pocas horas antes de forma grotesca en una cervecería y sobre la carta del menú. Gerhard Wagner, jefe de la organización de médicos del Reich, puso especial empeño en hacerlas más despiadadas. La «ley del ciudadano» y la «ley para la salvaguardia de la sangre alemana y del honor alemán» declaraban a «los de sangre no alemana» como ciudadanos desprovistos de todo derecho. En conformidad con la prolongada campaña del *Stürmer,* se declaraba todo matrimonio o relación sexual germano-judía como «infamia racial» severamente castigada: incluso con la pena de muerte a partir de 1939. Estos actos arbitrarios —jurídicamente ornamentados y voluntariamente comentados incluso por juristas no nacionalsocialistas, tales como Hans Globke— no eran para el régimen más que política consecuente e ideológica. Se cubría así jurídicamente la persecución y la discriminación, creándose además el marco legalista para el ulterior exterminio de los «desposeídos de derechos».

El violento mito de la doctrina racista sería luego ampliado al proceso de esclavización de los pueblos oprimidos, en especial los de Europa oriental. El reverso de la moneda era la idea de una «transferencia» de elementos racialmente valiosos, así como de la selección de germanos potenciales rubios y de ojos azules en pueblos emparentados. Para ello se emprendió una política demográfica y eugenésica que iba de las medidas de esterilización hasta la procreación planificada según criterios raciales. El régimen hubo de topar aquí con ciertos límites e incluso con protestas varias, especialmente por parte de la Iglesia. Así como la política relacionada con los judíos fue ampliamente aceptada por ese antisemitismo latente que, incluso en la Iglesia, la justificaba en principio (aun cuando quizá no en casos concretos), no pudieron realizarse plenamente, en cambio, los planes de Himmler relacionados con la idea de una poligamia nórdica y los burdeles (SS) del «manantial de la vida». De todos modos, la «eutanasia» —eufemismo de lo que, en realidad, ocurrió— afectó a decenas de miles. También este fenómeno recogió viejas ideas, siendo, finalmente, justificado en guerra con el argumento de la necesidad de liquidar a los parásitos.

La política racial, como aplicación de un elemento nuclear de la ideología nacionalsocialista, tenía un doble aspecto. En el concepto estereotipado del judío nada contaban los matices individuales, humanos, sociales y políticos. Se olvidaba todo esto en favor de una persecución y liquidación sistemática y seudorreligiosa del malo por

antonomasia. Ciertamente, hubo excepciones, en el sentido del famoso dicho de Lueger, que Göring hizo suyo: «Quién sea judío lo decido yo». Fueron, sin embargo, muy pocas. Un ejemplo lo constituye el subsecretario de Estado de Göring, Milch, que hubo de pasar por «individuo de sangre mezclada». Por otra parte, la política racial fue un instrumento de dominación totalitaria hacia dentro y hacia afuera. El concepto mismo de raza, según la acepción nacionalsocialista, carecía de toda consistencia lógica y lingüística. Era un mito en favor de la movilización de asociaciones y emociones de las masas. La aplicación o no aplicación de los principios racistas durante la fase de asalto al poder, así como su extensión en el transcurso de la guerra y de la política de exterminio, dependían de la arbitrariedad dirigida. La ausencia de un concepto bien delimitado de raza hacía del mito racial un instrumento tanto más apropiado para la manipulación del pueblo «racial» por antonomasia frente a un enemigo absoluto, y para la justificación «moral» de la opresión y el exterminio de grupos, minorías o pueblos enteros: judíos, polacos, rusos, etc., que fueron declarados seres infrahumanos.

Con la política racial y la «autocoordinación» intelectual como trasfondo tuvo lugar la reglamentación de la educación, de las Universidades, de escritores, artistas y de las iglesias. La realización de las reivindicaciones totalitarias del régimen se vio impulsada por los medios —testigos de un rápido desarrollo— de una propaganda monopolística en todos los sectores de la cultura. La alternativa ofrecida era reeducación o exclusión de la vida pública. Este proceso fue manipulado y sistematizado gracias a una serie de controles institucionalizados. En este sentido se organizó la diversión y el tiempo libre. Las distintas dependencias del partido y del «Frente Alemán del Trabajo» —sobre todo, la empresa de viajes colectivos «La fuerza por la alegría», imitación de la institución fascista «dopo lavoro»— tenían la misión de asegurar la aprobación y el control de trabajadores y empleados incluso en la vida privada.

El siguiente paso era la reglamentación de la radio, semiestatal desde el principio, siendo «coordinada» ampliamente en la primavera de 1933, tanto en lo referente al personal como a sus programas. Más que ningún otro régimen, el nacionalsocialismo reconoció y aprovechó las ventajas de este medio de comunicación. La pauta seguida no fue tan unitaria con respecto a la prensa. El hecho de que siguieran tolerándose algunos periódicos no nacionalsocialistas guardaba relación con el provecho que esperaba obtener todavía el régimen por su prestigio dentro y fuera del país. Hubo de esperarse a la guerra para que desapareciera, por ejemplo, el *Frankfurter Zeitung,* la última publicación importante de este género. Pero aun

en el caso de esta prensa «tolerada», la existencia de una opinión independiente o incluso crítica precisaba del arte de leer y escribir entre líneas, y era más bien el estilo propio de aquel tipo de prensa lo que, por sí solo, constituía una información adicional, diferenciándola de los periódicos adictos al partido. Gracias al sistema de las juntas internas de prensa y a las incesantes «instrucciones», poco después de la constitución del Ministerio de Propaganda (marzo de 1933) Goebbels había implantado ya en gran medida el monopolio de la noticia y de la interpretación. Tenía suficiente instinto periodístico como para reconocer la necesidad de tolerar cierta variación, no fuese que el aburrimiento acabara por asfixiar el interés del lector y, en consecuencia, el valor de la prensa como instrumento manipulador. Sin embargo, desde el punto de vista político el marco de acción era muy reducido. Por otra parte, manipulaciones de tipo económico contribuyeron a la dependencia material de la prensa, al mismo tiempo que hacían irresistibles las presiones políticas.

Desempeñó aquí un importante papel la expansión del consorcio nacionalsocialista de la prensa. De su desarrollo y sobre la base de la vieja editorial «Eher» se encargó el ex-sargento de Hitler, Max Amann, director del *Völkischer Beobachter* y ahora poderoso Presidente de la Cámara de Prensa del Reich. Al margen de ello, y en recíproco conflicto, se registraron presiones diversas por parte de editoriales regionales y jefes de distrito del partido que, especialmente durante la fase de asalto al poder, trataron de coaccionar a ciertos editores en la publicación de sus periódicos. Estas tentativas no siempre tuvieron éxito debido a que con frecuencia había colisión de intereses y a que las rivalidades de tipo personal desdibujaban los frentes políticos. Una excelente investigación ha demostrado con detalle cómo precisamente Amann se inmiscuyó en esta trama de ambiciones particularistas de partido, saliendo siempre como triunfador de la contienda [31]. Pero en fin de cuentas las cuestiones de derechos de propiedad tuvieron muy poca influencia en el contenido político y la orientación general de la prensa. La primacía del partido estaba asegurada de todas maneras y sería, por lo tanto, absurdo tratar de descubrir algún tipo de oposición en los conflictos internos del «establishment» nacionalsocialista o en el escaso énfasis particular de las publicaciones nacionalsocialistas, tal como se ha pretendido en el folleto, más apologético que otra cosa, *Presse in Fesseln* [Prensa maniatada] (Berlín 1947).

En su discurso pronunciado el 7 de septiembre de 1934 en el

[31] Oron Hale, *The Captive Press in the Third Reich*. Princeton, 1964, p. 337.

Congreso del partido en Nuremberg, Goebbels formuló así su concepto de la «propaganda totalitaria»: «Figura en cabeza entre las artes por las que se gobierna a un pueblo... No hay un solo sector de la actividad pública que pueda sustraerse a su influjo» [32]. Entretanto, se había convertido ya en norma vinculante, suficientemente institucionalizada, lo que año y medio antes (8 de mayo de 1933) expusiera Goebbels a los directores de teatro. Declaró, en efecto, que, tras la conquista del Estado, la idea nacionalsocialista «vincularía toda la cultura con una consciente propaganda politico-filosófica», liberándola del juego «judío-liberal» de Weimar y poniéndola al servicio de la representación del fuerte y sano, de lo típico y universalmente obligatorio. Los márgenes de tolerancia concedidos según los casos [33] nada decían acerca del control y el dirigismo reales: por ejemplo, al publicarse una barata edición popular de caricaturas de Hitler hechas en el extranjero, que llevaba en cubierta la indicación expresa «autorizado por el 'Führer'» [34]. O bien cuando Goebbels prescribió a la prensa y a la cultura en general la necesidad de ser «uniforme en la voluntad, pluriforme en la configuración de la voluntad», manifestando además: «No queremos, en absoluto, que cada uno sople el mismo instrumento. Queremos únicamente que se sople según *un solo* plan..., no que cada cual tenga derecho a soplar como quiera» [35]. Los medios utilizados fueron: coordinación de las agencias de información, conferencia de prensa diaria del Ministerio de Propaganda, distribución de «orientaciones» y «reglamentación del vocabulario», cuya aplicación era seguida muy de cerca. De esta forma, en el verano de 1933 se había conseguido ya una uniformidad absoluta en relación con la exposición de los problemas del día.

Un momento importante de este proceso de institucionalización fue la creación legal de una «Cámara de Cultura del Reich» con fecha 22 de septiembre de 1933. Apenas disimulado por su fachada corporativista, el establecimiento de este organismo de la censura, articulación de todos los «productores del espíritu», no fue posiblemente «un acontecimiento sin precedentes en la historia de los pueblos y de todos los tiempos», según rezaba el comentario oficioso; pero de esta forma el ministro de Propaganda contaba con la autorización de «una completa organización» de la cultura, que de ésta sólo dejaría vivo el nombre o la pretensión. Aquel organismo general comprendía la Cámara de Escritores, la Cámara de Prensa, la

[32] Congreso de Nuremberg, 1934, p. 134.
[33] Walter Hagemann, *Publizistik im Dritten Reich*. Hamburgo, 1948, p. 55.
[34] *Hitler in der Karikatur der Welt. Tat gegen Tinte*. Berlín, 1938.
[35] En Hagemann, *op. cit.*, p. 35, y en Rühle, op. cit., t. I, p. 82.

Cámara de Radiodifusión, la Cámara del Teatro, Cámara de la Música y, finalmente, la Cámara de Artes Plásticas, incorporándose también la Cámara del Cine, de anterior creación. La ley y una serie de disposiciones se encargaron de alistar con escrúpulo burocrático a todos los representantes de la cultura, poniéndolos a merced de la «irradiación intelectual» del Ministerio de Propaganda. Obligatoriamente se constituían en miembros de la Cámara todos los que, «sensu lato», «colaboran en la producción, reproducción, elaboración técnica o intelectual, difusión, conservación, venta o intermediación de bienes culturales». Quedaban incluidos también los que se ocupaban de «la producción y venta de instrumentos técnicos de difusión» [36]. La amenaza de no admisión o de expulsión, equivalentes a una prohibición de ejercer la profesión y a la destrucción de la misma existencia material, cuyo final era a veces el campo de concentración, subrayaba el grado de control totalitario. Esta forma moderna del dirigismo y de la penetración hacía prácticamente superfluo recurrir a la censura y la prohibición de periódicos, medios tradicionales de la dictadura.

Siguió luego una importante ley que responsabilizaba de todo al redactor-jefe, exponiéndolo a la arbitrariedad del ministro de Propaganda. Goebbels redondeó su trinitaria posición como Ministro, Presidente de la Cámara de Cultura y Jefe de Propaganda del Partido con la creación de una Escuela de Periodismo del Reich, obligatoria para todo futuro periodista (1935). Con ocasión de la solemne inauguración de la Cámara de Cultura, pudo declarar Goebbels el 15 de noviembre de 1933: «Nuestra revolución es total... En ella nada importan los medios de que nos sirvamos» [37]. El «desfile del sentimiento»..., el «acerado romanticismo» proclamado por Goebbels fue secundado por los dignatarios oficiales de la nueva cultura. La Cámara de la Música contó con la presidencia de Benn, Heidegger y Richard Strauss. La Cámara de Escritores estaba dirigida por el poeta del campesinado y de los germanos, Hans Friedrich Blunck, que a las alturas de 1952 hacía saber que no se indignó «tanto ante los rumores (!) de quemas de libros»; «tales fenómenos acompañan a todas las revoluciones» [38]. Le respaldaba una falange de «poetas» incondicionalmente leales a Hitler. Entre ellos figuraban algunos que todavía en 1932 reclamaron la erección de un monumento conmemorativo de Heine en Düsseldorf. Ahora no tuvieron reparo alguno en ingresar en las academias en vez de los ya proscritos, que

[36] Karl-Friedrich Schrieber, *Das Recht der Reichskulturkammer,* 5 tomos. Berlín, 1935-1937.

[37] *Deutsche Kultur im Neuen Reich.* Berlín, 1934, p. 23.

[38] *Unwegsame Zeiten.* Mannheim, 1952, p. 186.

también firmaron aquel llamamiento en favor de Heine. Tampoco tuvieron escrúpulos en vilipendiar a los judíos perseguidos o transformar las tesis de los detentadores del poder en «cultura». He aquí algunos nombres: Binding, Halbe, Johst, Lersch, Molo, Ponten, Scholz, Stucken; y entre los proscritos: Heinrich y Thomas Mann, Kollwitz, Liebermann, Stefan Zweig, Wassermann, Kerr.

La «purga» de las academias estuvo en consonancia con el nuevo estilo de muchas editoriales, que se concentraban ahora en la literatura «nacional» y populista: por ejemplo, J. F. Lehmann (Munich), Hanseatische Verlagsanstalt (Hamburgo), Diederichs (Jena), Korn (Breslau), Stalling (Oldenburgo), Junker und Dünnhaupt (Berlin), Langen-Müller (Munich). Sonó la hora de los escritores que habrían de remediar la escasez de literatura genuinamente nacionalsocialista: Erwin Guido, Kolbenheyer, Rudolf G. Binding, Emil Strauss, Hans Grimm, Hans Johst, Wilhelm Schaefer, Jacob Schaffner (suizo), Werner Beumelburg, Will Vesper, Richard Euringer. Se toleró en la academia la presencia de algunas «viejas glorias», especialmente Gerhart Hauptmann, pero siempre como mera decoración. Sin embargo, ahora tocaba la vez a los literatos de la nueva ola: aparte los ya mencionados, Hermann Claudius, Gustav Frenssen, Agnes Miegel, Josef Magnus Wehner, Hans Carossa. Fueron excluidos, por otra parte, Alfred Döblin, Leonhard Frank, Georg Kaiser, los hermanos Mann, Alfred Mombert, Rudolf Pannwitz, Fritz von Unruh, Jakob Wassermann, Franz Werfel, etc. En febrero de 1935, un escritor que había tratado de situarse entre los dos frentes apuntaba: «En resumen: dentro de diez años ya no tendremos literatura»[39].

No obstante, con la expulsión y privación de ciudadanía de los elementos indeseables y la vigilancia del resto no se había asegurado todavía la tan proclamada transformación de la cultura: quedaba todavía lo que ya existía en literatura, arte o música. Una tras otra se sucedieron incansablemente las listas negras, y se procedió a modificar la historia de la literatura. La voz cantante correspondió a una germanística de tipo populista en cuya confección colaboraron numerosos historiadores de la literatura desde Adolf Bartels hasta Hermann Pongs. Cierto es que la «purga» de librerías y bibliotecas tuvo resultados más bien problemáticos. Sin embargo, la destrucción de la literatura alemana —que al mismo tiempo era autodestrucción— se consiguió en pocos meses gracias al furioso relevo de los grandes escritores por una manada de plumas baratas, y gracias a

[39] Ogkar Lörke, *Tagebücher, 1903-1939,* ed. por Hermann Kasack. Heidelberg-Darmstadt, 1955, p. 310.

la prohibición de contactos internacionales. Este proceso destructivo se extendió también a muchos escritores nacional-conservadores, en un principio asociados en el mismo bando, que pronto fueron desenmascarados por Himmler como «chaqueteros», defensores de un falso concepto del «Führer» o de la raza. En realidad, la oleada de coordinación de 1933-1934, tanto en círculos «nacionales» como eclesiásticos, provocó grotescas tentativas de dotar de contenido propio a los lemas del nacionalsocialismo. Citemos nombres como los de Reinhold Wulle, Richard Benz, Max-Hildebert Böhm, Hans Naumann, la escuela Othmar-Spann, Erich Rothacker, Hans Freyer, Ernst Jünger y Rudolf Herzog.

Con todo, importó al principio de modo especial la eliminación de la literatura «izquierdista», democrática y judía. A partir de abril de 1933 se publicaron las listas negras que incluyeron, entre otros, a: Bebel, Bernstein, Preuss, Rathenau, Einstein, Freud, Brecht, Brod, Döblin, Kaiser, los hermanos Mann, Zweig, Plivier, Ossietzky, Remarque, Schnitzler, Tucholsky, Barlach, Bergengruen, Broch, Hofmann-Stahl, Kästner, Kasack, Kesten, Kraus, Lasker-Schüler, Unruh, Werfel, Zuckmayer y Hesse. El catálogo fue suficientemente ampliado para incluir también la literatura de Heine, Marx y Kafka. Las quemas de libros del 10 de mayo de 1933 en las plazas de capitales y ciudades universitarias constituyeron el exponente externo del final de un siglo de cultura alemana. Este acto, poblado de desfiles de estudiantes y arengas de los profesores, aunque escenificado por el Ministerio de Propaganda, inauguraba una época a la que cabe aplicar la profecía de Heine: donde se queman libros, acaba por quemarse también a las personas.

El antisemitismo, el antimodernismo y la funcionalidad política presidieron también la historia de la música en el nacionalsocialismo. Frente a la difamación de los experimentos atonales y también de la música clásica y romántica cuando se trataba de compositores judíos (Mendelssohn-Bartholdy, Gustav Mahler), se alzaba la exaltación de la música popular, heredada por el movimiento de juventudes, así como de las canciones de estilo militar. Ya en junio de 1933 el ministro prusiano de Cultura, Rust, encomendó a una comisión (Furtwängler, Schilling, Backhaus, Kulenkampff) la tarea de revisar e inspeccionar los programas de música y conciertos. Este proceso de reglamentación no discurrió sin percances, como fue la controversia librada entre Furtwängler y Goebbels en el caso de músicos como Hindemith, Reinhart, Otto Klemperer y Bruno Walter. Frente a la «música degenerada», exhibida en un espantoso marco (1938), el régimen promovió una música «populista», tan vacía

como pomposa, con un escasísimo influjo en las conservadoras salas de conciertos.

En el campo de las artes plásticas se intervino de modo especialmente mediante la política de personal de museos, exposiciones y asociaciones de arte. También aquí se partió de la cómoda y siempre popular base de la lucha contra las corrientes modernas, que bajo la rúbrica de «arte degenerado» fueron prohibidas alegando su origen judío y no-alemán. Espantosas exposiciones y listas de precios (propios de la época de la inflación) se encargaban de apelar a los bajos instintos del ciudadano y del contribuyente. Frente al «bolchevismo arquitectónico» —en el que se incluyó el gran movimiento de la «Bauhaus»— se esgrimían los planes de la «arquitectura política» nacionalsocialista, que con el estilo de un pomposo seudoclasicismo fue impulsado por el mismo Hitler, el malogrado artista y arquitecto. Con el aplomo de un Nerón inauguró los gigantescos monumentos del Tercer Reich para el fomento de un «arte propio», expresión del dominio nacionalsocialista «por milenios». El tosco, a la vez que ampuloso, «discurso cultural» de Hitler en el congreso del partido de 1933, que proclamó el «condicionamiento racial» de todo arte, expresó más elocuentemente que cualquier teoría la extrema vulgaridad y brutalidad de esta ideologización e instrumentalización de la cultura. Le secundaron en la labor otros predicadores del arte, tales como Paul Schultze Naumburg, Alfred Rosenberg y, cada uno desde su campo, H. F. K. Günther y Walter Darré. Los resentimientos reaccionarios de los seudointelectuales y el descontento de los tradicionalistas jugaban a su favor. En incomprensible alianza con la crítica conservadora se impusieron a menudo los propósitos radicales de la «Milicia en pro del Arte Alemán» con cuya ayuda Rosenberg se dedicaba desde años a atacar al arte moderno. Con motivo de la constitución de esta milicia o grupo de combate en la Universidad de Munich (1929), el ideólogo corporativista austríaco Othmar Spann fue el encargado de pronunciar el discurso principal. La revolución nacional desembocó en la represión arbitraria y en el embargo sin indemnización de las obras de toda una época, en conformidad con la «ley de confiscación de obras de arte degenerado» del 31 de mayo de 1938. En la interminable lista aparecen Beckmann, Chagall, Klee, Kokoschka, Kollwitz, Barlach, Kandinsky, Gropius, Mies van der Rohe y Oskar Schlemmer. Apenas se encuentra ausente un solo artista de renombre internacional.

La nueva educación y la nueva ciencia

Mientras que el nacionalismo tan sólo podía esgrimir ideología o imitación barata frente a la literatura y el arte que trataba de arrinconar o destruir, sus primeros blancos fueron desde el principio la propaganda y la educación, es decir, los instrumentos más importantes de la política totalitaria. La «captación» de la juventud fue un objetivo de primer orden en los programas del nacionalsocialismo. El NSDAP contaba con un cuadro joven de funcionarios, había logrado poner en pie poderosas organizaciones estudiantiles y juveniles y su propaganda tenía muy en cuenta el problema generacional; «Paso a la juventud», tal era el grito de guerra contra el «establishment» de Weimar. Durante la fase de asalto al poder el cambio de personal fue, en gran medida, un cambio de generaciones. Personas de edades comprendidas entre los treinta y los cuarenta años pasaron a ocupar posiciones rectoras en el Estado y la sociedad. El atractivo de toda transformación revolucionaria se debe en buena parte, qué duda cabe, a las oportunidades que se brinda a una juventud deseosa siempre del cambio, de la aventura y de un ascenso más rápido. Asimismo, tampoco dejaron de tener sus efectos el aparato seudomilitar y la afinidad con el movimiento de juventudes.

La vieja discusión en torno a la necesaria reforma de escuelas y universidades pronto fue transformada en la demanda de una educación autoritaria y populista, tergiversación que corrió a cargo de los teóricos nacionalsocialistas de la educación, tales como el maestro de escuela Ernst Krick, ex-liberal, y el nietzscheano Alfred Bäumler. Tampoco en este terreno faltaron antecedentes históricos, que tanto favorecieron una rápida unificación externa. George Mosse[40] ha encontrado raíces del fenómeno hasta en el siglo XIX: mucho antes del nacionalsocialismo, el sistema educativo alemán estaba invadido por principios autoritarios y nacionalistas. En el caso de Krieck se combinaban las fantasías de un «Estado platónico basado en la educación y crianza», desconocedor de todo tipo de instrucción autónoma y libertad de enseñanza, con las demandas de penetración nacionalista de la enseñanza en su conjunto. La concepción de Bäumler acerca de la «escuela política» es conscientemente unilateral, encontrándose elaborada en función del principio caudillista: la fórmula, ciertamente paradójica, se resumía en el binomio «escuela comuni-

[40] *The Crisis of German Ideology*. Nueva York, 1964, p. 13.

taria alemana» como «escuela de la 'Weltanschauung' populista» [41]. Desde la primavera de 1933 el oportunismo de la literatura cotidiana empezó a ocuparse asiduamente de esta clase de transformación de la escuela. Los temas obligados eran la «unificación» de profesores, la orientación general de los planes de enseñanza y la adoctrinación de los estudiantes. Representantes excesivamente celosos de su gremio —lo cual era también una vieja tradición— llegaron incluso a descubrir en el maestro al «'Führer' y educador de la nación».

De dos maneras trató la política nacionalsocialista de convertir la educación en instrumento de su dominación totalitaria. En primer lugar, se manipuló y destacó la importancia de asignaturas especialmente relevantes en el plano de la política estatal y racial (Historia, Germanística, Biología, Geografía y Deportes), vinculándolas convenientemente con los valores «étnicos» y militares. En segundo lugar, se impulsó la creación de escuelas de formación de élites del nacionalsocialismo, cuya tarea consistía en procurar, por encima de la educación general, la instrucción específicamente nacionalsocialista del futuro cuadro de jefes. Rust, Frick, Goebbels, Rosenberg y el mismo Hitler trataron de acelerar el proceso a base de proclamas, leyes y disposiciones diversas. Dicho proceso tenía como acompañamiento la aniquilación de todas las asociaciones juveniles y la constitución de las Juventudes Hitlerianas en organización única bajo la dirección de Baldur von Schirach, jefe de las Juventudes del Reich, estudiante de Germánicas y joven de profesión. En abril de 1933, Schirach había usurpado ya la presidencia del Comité de las Asociaciones Juveniles del Reich; en diciembre de 1933 se incorporaban a la organización las Juventudes Evangélicas, y por ley del 1 de diciembre de 1936 se disponía la disolución de las últimas organizaciones juveniles no nacionalsocialistas, imponiéndose además la incorporación obligatoria de toda persona comprendida entre los 10 y los 18 años a las Juventudes del Estado.

Naturalmente, este proceso de rápida transformación tuvo sus limitaciones. Las distintas esferas de atribuciones e intereses estuvieron envueltas en un confusionismo caótico, registrándose múltiples conflictos entre el partido, las Juventudes Hitlerianas y el Estado. De modo especial se vio con el correr de los años la incapacidad de Rust —persona alcoholizada y ex-catedrático de Instituto— al frente del Ministerio de Educación. También hubo divergencias respecto al contenido particular de la filosofía nacionalsocialista

[41] Ernst Krieck, *Nationalpolitische Erziehung*, Leipzig, 1933; Alfred Bäumler, *Männerbund und Wissenschaft*, Berlín, 1934; *Politik und Erziehung*, Berlín, 1937.

como objeto y principio de enseñanza. De poco sirvió la tentativa de revisar, a base de numerosos panfletos y conatos de libros de texto, la enseñanza, especialmente la de la Historia. La lucha por el nuevo cuadro histórico —tarea a la que con tan poca gloria contribuyó la ciencia— comportó grotescos resultados. Se nordificó la cultura griega, se glorificó a Esparta, César y Augusto fueron erigidos en «Führers» del momento y Carlomagno en «carnicero de los sajones». Los Staufer, unos enamorados de Italia y poco o nada alemanes. Se ensalzó la figura de Widukind, de Enrique el León y «Federico el Unico» (en expresión de Rosenberg). La gente se dio a la búsqueda del judío en todos los acontecimientos de la historia. Tal era el estilo de la «historia universal sobre fundamentos raciales» (Wilhelm Erbt, Max Wundt), que desembocó en numerosas tentativas absurdas de referir toda la historia al fenómeno nacionalsocialista. En este sentido, se trató también de legitimar el Tercer Reich como cristalización de la nostalgia medieval por el Imperio milenario (H. Naumann). Otros, incurriendo en involuntaria comicidad, vieron en Hitler el mayor «artista popular» (W. Erbt). La historia había que verla «con los ojos de la sangre», desde la perspectiva de «la idea caudillista de nuestra época, que entronca con los más viejos modelos del pasado alemán» (Frick). La Historia debía servir fundamentalmente «al armamento político, intelectual y espiritual de la nación» [42].

Investigaciones serias han demostrado, entretanto, el grado y la razón de la ausencia de una verdadera labor científica para la fundamentación de la imagen histórica del nacionalsocialismo [43]. Todo se redujo a declaraciones de fe, presas de una pedagogía política unilateral. Cualquier sistematización seudocientífica estaba condenada al fracaso. Pese a un enorme respaldo y a la participación de catedráticos propensos a la idea nacionalsocialista (como K. A. von Müller, de Munich), la creación de un Instituto del Reich, especializado en historia de la nueva Alemania (1935) y presidido por el ambicioso historiador del antisemitismo, Walter Frank, tan sólo tuvo como resultado algunas asambleas y varios tomos de artículos relacionados con la «cuestión judía». Finalmente, el régimen renunció también a introducir un nuevo calendario que comenzase en el año 1 del asalto al poder, como sugiriera, en efecto, cierto autor de libros de texto de Historia (W. Gehl). Al parecer, los experimentos de la Revolución francesa y de la Italia fascista no incitaban gran cosa a

[42] Pruebas en Bracher-Sauer-Schulz, *Machtergreifung*, p. 311.

[43] Para una exposición amplia: Helmuth Heiber, *Walter Frank und sein Reichsinstitut*... Stuttgart, 1966. Cf. también Karl Ferdinand Werner, *Das NS-Geschichtsbild und die deutsche Geschichtswissenschaft*. Stuttgart, 1967.

la imitación. Todo quedó en el rudimentario esquema de siempre: es decir, considerar las épocas más o menos lejanas como prehistoria del nacionalsocialismo, desvirtuar el pasado reciente como «interregno» e interpretar, sobre este tenebroso fondo, el nuevo Estado como realización y salvación de la historia alemana y primer punto de referencia de la historia universal.

Lo que se intentaba era rebajar la enseñanza de la historia y del alemán al plano de la mera ideología. Sólo la brevedad del fenómeno nacionalsocialista jugó contra este propósito e hizo todavía posible el retorno a temas menos ideológicos. Tampoco en este terreno fue tanto la labor de oposición como los conflictos de poder librados entre los magnates del nacionalsocialismo, lo que dejó abiertas algunas grietas. Así, a los extremismos histórico-filosóficos de su rival Alfred Rosenberg, Goebbels respondió con un reglamento de vocabulario dirigido a los jefes de propaganda, observando que, si bien debe considerarse «criminal» el intervalo 1918-1933, «no puede aplicarse a toda la historia alemana y a sus héroes la misma norma nacionalsocialista» y presentar «a Goethe como masón y envenenador de Schiller, a Mozart como víctima de lo mismo... y a todos, en fin, como masones» [44]. El propagandista salía así al paso de una posible «liquidación de la historia alemana», lo cual no podía estar de acuerdo con «el sentido y los intereses de la ilustración nacionalsocialista del pueblo». Sin embargo, por encima de todas las tensiones partido-Estado, escuelas-Juventudes Hitlerianas, que tan difícilmente permiten calcular el éxito real de la reeducación totalitaria, siguió siempre en pie la meta final, proclamada en 1936 por Schirach ante los mandos de las Juventudes y, precisamente, en el Teatro Nacional de Weimar: «El dirigente de la juventud y educador del futuro será sacerdote de la fe nacionalsocialista y oficial al servicio del nacionalsocialismo» [45].

En principio, esta meta se había conseguido ya en 1933. Al igual que el proceso de adaptación de padres y maestros a las terribles presiones del régimen, la adoctrinación de la juventud se realizó con rapidez y éxito. Receptiva, como es, para leyendas heroicas, la juventud se encontraba a merced del aparatoso ceremonial del régimen. Las banderas, los desfiles, citas de grupos, las aventuras de viajes y campamentos se encargaban de instalar bien pronto al niño en la nueva esfera. Como tampoco fue difícil ganarse el partido del maestro, temeroso de su posición de funcionario y expuesto a la denuncia de los alumnos o de sus padres.

[44] Hagemann, *op. cit.*, p. 99.

[45] Baldur von Schirach, *Revolution der Erziehung*. Munich, 1938, p. 125. Cf. Rolf Eilers, *Die nationalsozialistische Schulpolitik*. Colonia-Opladen, 1963.

Pero la transformación y manipulación del viejo sistema educativo era tan sólo un aspecto del proceso. En efecto, junto a la penetración nacionalsocialista de las instituciones legadas se había proyectado desde un principio el desarrollo de un sistema educativo reservado a la élite. Esta circunstancia distingue específicamente las revoluciones nacionalsocialista y rusa. Generalmente, el régimen operaba a dos niveles diferentes: la invasión sin contemplaciones de las viejas estructuras y el desarrollo de nuevos organismos propios en un plano igual o superior. Tal era la característica de la relación entre las burocracias del Estado, del partido y de las SS, de la yuxtaposición de «Wehrmacht» y SS, así como de la dualidad estatal en el campo jurídico, ya que junto a los Tribunales ordinarios se puso en marcha el Estado-policía de la «Gestapo» y de los campos de concentración. Sin embargo, sólo parcialmente logró implantar el nacionalsocialismo su propio sistema educativo. También en este terreno constituyeron un freno la brevedad del régimen y los numerosos conflictos de atribuciones. Con todo, se dispone de suficientes indicios para presumir la dirección de la filosofía nacionalsocialista en este campo.

La instrucción y educación del cuadro de jefes del futuro debía tener lugar en cuatro instituciones diferentes, articuladas en función de la edad, del reclutamiento de los alumnos y de las finalidades de la capacitación. Ya en 1933 fueron creados los primeros *Ordensburgen* *, apareciendo, al mismo tiempo, los llamados Centros de Educación Político-Nacional (Napola) **. Desde 1937 existieron además las Escuelas Adolfo Hitler (AHS) y en 1941 aparecía la Escuela Superior Rosenberg, en Francfort del Meno. La guerra impidió su desarrollo.

Las «Napolas», internados para adolescentes comprendidos entre los diez y los dieciocho años, constituían un tipo intermedio ya que, en cierto modo, estaban vinculadas a la tradición prusiana de las escuelas de cadetes; precisamente, tres de estas escuelas fueron incorporadas el año 1933 a la lista de «Napolas». Un ejemplo más de esa transformación de instituciones ya existentes, tan característica del nacionalsocialismo. El programa perseguía también como objetivos la formación del espíritu militar, la fusión de los valores prusianos y nacionalsocialistas, la inculcación de coraje, ética profesional y austeridad. El personal rector estaba a las órdenes de un Jefe de Grupo (SS) y pertenecía a la SA y a las SS. Sin embargo,

* Literalmente «burgos de la Orden»; los tres centros de enseñanza del partido nacionalsocialista, emplazados en Crössinsee, Sonthofen y Vogelsang. *(N. del T.)*

** Napola: sigla de «Nationalpolitische Erziehungsanstalt». *(N. del T.)*

a diferencia de las restantes escuelas, estos centros dependían administrativamente del Ministerio de Educación del Reich. Como resultado se registraron numerosos conflictos de atribuciones, que contribuyeron a que las «Napolas» perdieran puntos a los ojos del partido. Con el correr de los años llegó a más de 30 el número de ellas. Surgieron también «Napolas» en Austria, los Sudetes y Alsacia-Lorena, creándose también centros análogos para muchachas. Su carácter era más seudomilitar que estrictamente nacionalsocialista; su meta, la educación e instrucción de futuros jefes de la SA, de las SS, de la policía y del servicio social, con los ojos puestos también en la próxima guerra y en la futura necesidad de oficiales. Estos objetivos —notoriamente visibles por el relieve especial concedido al atletismo, a la adoctrinación belicista y entrenamiento físico con aeroplanos, automóviles, motos y caballos propios— explican la permanente ampliación de aquellos centros después de estallar la guerra. Se trataba de combinar el viejo militarismo con el nuevo y de fundir los tipos de educación nacionalsocialista y conservadora.

No ocurría lo mismo con las Escuelas Adolfo Hitler (AHS). En estas «escuelas de jefes en ciernes» o «escuelas de desarrollo del partido», los alumnos (entre doce y dieciocho años) debían educarse, según disposición personal de Hitler, para futuros funcionarios del nacionalsocialismo. Al respecto se movilizaba de modo intensivo la red de organismos de instrucción del partido. Al mismo tiempo, las AHS tenían encomendada la tarea de elevar la educación nacionalsocialista a todos aquellos sectores «en los que las autoridades académicas del Estado no podían aplicar e impulsar con la intensidad debida la propaganda nacionalsocialista por razones de política eclesiástica (Concordato) o exterior» [46]. El partido asumía así lo que no podía el Estado. El mismo Rust fue conscientemente manejado por Schirach y Ley. Todo esto no era sino un capítulo más del permanente conflicto existente entre la administración escolar y las Juventudes Hitlerianas o la Dirección de las Juventudes del Reich, de la que dependían las AHS. El partido tomó cartas en el asunto a través de la Oficina Central de Instrucción, por la que se estableció un estrecho contacto con los *Ordensburgen* *.

Los internados funcionaban gratuitamente y la financiación corría a cargo del partido, aunque lo que se dio en llamar «donativo Adolfo Hitler» aseguraba la «voluntaria» aportación económica de

[46] Dietrich Orlow, «Die Adolf Hitler-Schulen», en *VfZG, 13* (1965), p. 273. A propósito de la Napola, cf. Horst Ueberhorst, *Elite für die Diktatur*. Düsseldorf, 1968. Adèmás, Harald Scholtz, «Die NS-Ordensburgen», en *VfZG, 15* (1967), p. 269.

* Véase nota p. 55.

los padres. Los alumnos estaban a merced de las ordenanzas del partido. Podían ser despedidos en todo momento, en tanto que los padres no podían retirar a sus hijos sin el consentimiento del partido. Anualmente, los distritos [*Gaue*] del partido se encargaban de seleccionar —al nivel de municipios, células locales y Juventudes Hitlerianas— a aquellos adolescentes dotados de especiales «cualidades de mando», «salud hereditaria» y «pureza racial», en tanto que la inteligencia y el saber desempeñaban un papel secundario y el origen social no contaba para nada. Tan sólo un reducido porcentaje de los candidatos se incluía en la propuesta final. La selección, muy concienzuda tanto física como políticamente, se realizaba mediante cuestionarios y con ayuda de médicos y jefes de las Juventudes Hitlerianas. La comisión examinadora estaba presidida siempre por el jefe del distrito o por el jefe de la oficina de personal del distrito. La admisión, solemne y definitiva, tenía lugar el 20 de abril, fecha del nacimiento de Hitler.

Pese a que se subrayara expresamente que en la selección del alumnado no desempeñaba papel alguno el origen social, aproximadamente cuatro quintos de los asistentes a las AHS provenían de la clase media. Por otro lado, con vistas a la ulterior ocupación de puestos estatales por la élite nacionalsocialista, se concedió progresivamente a la inteligencia y a los conocimientos una mayor importancia, quedando relegado el origen social. Esta misma tendencia pudo observarse en la selección de libros de texto y maestros, estos últimos, en parte, funcionarios del partido pagados por el NSDAP y poseedores de un alto rango en las Juventudes Hitlerianas. En su condición de antesala de los *Ordensburgen,* las AHS debían representar, incluso en su arquitectura y a través de nuevos métodos y programas de enseñanza, la revolución nacionalsocialista. Los planos, nunca llevados a cabo, muestran cuarteles e instalaciones en forma de burgo o castillo en el estilo ecléctico nórdico-germánico de la arquitectura nacionalsocialista. La educación de estos «funcionarios administrativos del nuevo orden nacionalsocialista» (Orlow) incluía instrucción deportivo-militar, formación política y, sobre todo, la enseñanza de las «disciplinas centrales»: es decir, biología, etnología y estudios del extranjero. Los nuevos métodos consistían en discusiones dirigidas con un desenlace previamente conocido, en la calificación «instintiva» del alumno en lugar de las notas, así como en el ejercicio de prácticas en los territorios conquistados, que estos tiernos «jefes» habrían de administrar algún día en su condición de fanáticos técnicos de la dominación.

Si bien no se logró la plena realización de estos propósitos, los mismos reflejan nítidamente los planes que habrían de configurar

el imperio nacionalsocialista después de la guerra. Esto atañe especialmente a los *Ordensburgen,* basados en una falseada glorificación de la colonización y dominio del Reich en la Edad Media. En estos burgos continuaban su instrucción los graduados de las «Napolas» y AHS, debiéndose visitar varios de ellos durante el período de estudios. Sin embargo, el requisito más importante era haber sobresalido en los servicios de defensa y trabajo social, así como en posiciones rectoras del partido. Sólo así era posible la admisión del candidato en la élite de la clase dominante, la nueva «nobleza de la nación».

Según el esquema inicial (modificado luego durante la guerra), el período de instrucción necesario para este ascenso debía durar tres años. En la primera fase se dedicaba especial interés a los aspectos ideológicos y biológico-racistas. A continuación se trasladaba al alumno a otro burgo, cuyo programa se centraba en el entrenamiento físico-deportivo: por ejemplo, escaladas, ejercicios de tiro, paracaidismo y guerra de montaña. Los últimos meses —haciendo referencia simbólica a la Orden de los Templarios— transcurrían en el castillo de Marienburg (Prusia Occidental). Aquí, la formación política se centraba en los «problemas del Este», cerrando así la formación elitista para el futuro Gran Reich del nacionalsocialismo. Esta planificación del futuro, promovida muy en secreto por su fundador, Robert Ley, fue pasando progresivamente a la jurisdicción de Himmler y sus SS. En un discurso secreto pronunciado en el *Ordensburg* de Sonthofen el 23 de noviembre de 1937 (es decir, poco después de la junta de jefes en torno a la guerra que se avecinaba y conocida gracias a los documentos de Hossbach), Hitler describió globalmente el carácter histórico-racista de un futuro Reich Germánico de la Nación Alemana en el que los alumnos de los burgos desempeñarían un papel directivo.

Mientras que se promovió y desarrolló una serie de *Ordensburge* en el macizo estilo del neogermanismo —sobre todo, en zonas fronterizas—, la Escuela Superior, creación mimada de Alfred Rosenberg, nunca desempeñó su papel de Universidad nacionalsocialista. La solemne fundación de 1941 se limitó prácticamente a prestar decidido apoyo al Instituto para la investigación de la cuestión judía, creado por Walter Frank y cuyas actividades eran muy controvertibles. La Escuela Superior de Rosenberg consiguió muy pocos resultados en su condición de primicia institucional para la reorientación de toda la ciencia alemana. Hubo también otros planes relacionados con la creación de institutos de Historia del Pensamiento Ario, de Etnología, de investigación de la masonería, etc. Rosenberg se preciaba especialmente de la biblioteca sobre temas referentes

a la cuestión judía, cuyas existencias reunían el botín de librerías y bibliotecas de los territorios ocupados. Sin embargo, la política científica del nacionalsocialismo perseguía primordialmente la «unificación» de las universidades alemanas. Aquí se centraba su atención y no en aquellos otros proyectos poco madurados, entorpecidos por los conflictos de atribuciones y, finalmente, por la guerra.

La suerte de las universidades después de 1933 se vio presidida por debilidades internas, utopías y pasiva seducción frente a la intervención de los nuevos dueños del poder. La Universidad mostró también una espantosa inclinación por las artes manipuladoras y las amenazas del nacionalsocialismo. Diferentes ejemplos de «unificación», así como numerosos casos de «autounificación» se entremezclan con ejemplos de auténtica oposición, ofreciendo un cuadro muy confuso. Entre los supuestos que facilitaron la intervención del nacionalsocialismo es preciso destacar el «deficiente desarrollo del pensamiento político alemán» desde la segunda mitad del siglo XIX [47] y la absolutización del concepto del Estado. Aunque, ciertamente, las corrientes radicales de tipo nacionalista, que habrían de desembocar directamente en el nacionalsocialismo, no estaban muy respaldadas en círculos universitarios y científicos, sí que se daba esa admiración por la política de poder y las figuras situadas más allá de la moral que desde la famosa «Realpolitik» de Bismarck se consideraban conciliables con la formación humanística y las actitudes del buen ciudadano. Desde la protesta de los Siete de Gotinga (1837) y el fracaso del francfortiano «Parlamento de Profesores» (1848-1849), el impulso liberal de la Universidad y del movimiento estudiantil había ido cediendo gradualmente terreno a la política de poder y a la añorada ideología nacional e imperial. Este proceso alcanzó uno de sus puntos culminantes entre 1914 y 1918 con la serie de manifiestos de profesores contra la democracia de Occidente. No se admitía el revés de 1918. La crítica se centró en la cuestión de la culpabilidad bélica y en la república democrática, no en la llamada leyenda de la puñalada por la espalda ni en los auténticos motivos de aquellos acontecimientos. El arsenal de consignas de las organizaciones estudiantiles, de los discursos académicos y aniversarios del Reich, frecuentemente dirigidos de modo consciente contra la República, reflejaba el profundo engaño en el que seguía sumida una gran parte del mundo académico alemán. Su conciencia política permaneció orientada en función de valores predemocráticos. Tras el intermedio de Weimar, el ideal que se imponía era la restauración del «Reich» como gran potencia, con o sin Kaiser.

[47] Rudolf Smend, *Staatsrechtliche Abhandlungen*. Berlín, 1955, p. 364.

Un reflejo del profundo descalabro en la relación entre las esferas de la política y del sistema de valores fue el cúmulo de simpatías que los germano-nacionales recogieron en el profesorado y los nacionalsocialistas entre los estudiantes, ávidos de acción. Ya en 1929 empezaban a anticiparse los acontecimientos: elecciones estudiantiles de signo señaladamente nacionalsocialista, maquinaciones antisemitas, difamación y boicot de profesores de ideas republicanas y pacifistas. El régimen nacionalsocialista podía aprovecharse directamente de la situación y proclamar que había llegado la hora de la síntesis poder-espíritu, de la «universidad política», tal como exigieran, en un alarde de adaptación, filósofos de la altura de Hans Freyer o Martin Heidegger.

Indudablemente, el gran número de expulsados y amonestados fue una prueba de los muchos escollos que hubieron de salvarse para someter a la Universidad a la nueva reglamentación. Sin embargo, predominó la voluntad de cooperación o de conformismo, dejando abandonada a su suerte a la perseguida minoría. De justificación podría haber servido el dicho, ya popular, de Hitler, Goebbels y Hugenberg: donde se cepilla saltan virutas. Amplia difusión tuvo la idea de un poder estatal no sometido a los criterios éticos y del estadista al que le basta el éxito para su justificación. Los grandes acontecimientos de la primavera de 1933 relegaron a un segundo plano los reparos de tipo personal, y el retorno de un Estado fuerte y sus generosas metas eran un consuelo que hacía olvidar desagradables «efectos concomitantes». A esta mentalidad y no al número (relativamente pequeño) de nacionalsocialistas hay que atribuir la indefensión de las universidades. La admiración por el imponente despliegue de poder se mezclaba con la concepción (nada política) de la política como «negocio sucio», resignadamente aceptado y justificado por el colaboracionismo. Tergiversando a Max Weber, muchos pudieron tranquilizarse quizá con la idea de que la ética sentimental de los reparos personales debe ceder ante la ética responsable de la renovación nacional. La ideologización del propio fracaso, la ofuscación, el error y el oportunismo ocupaban el primer plano y se nutrían de aquella concepción idealista, romántica o maquiavélica del Estado, que prevalecía en escuelas, universidades, libros de texto y obras científicas.

Tampoco se pudieron sustraer a este ambiente las ciencias naturales ni la medicina, disciplinas preocupadas por la sobriedad objetiva. Entre los absurdos antojos del pensamiento nacionalista y racista figuró la proclamación de una «matemática alemana», una «física alemana» o «aria» a la que se arrimaron, antes y después del asalto al poder, sabios de renombre, tales como Philipp Lenard y

Johannes Stark, aunque sólo fuese para ganar una poderosa plataforma en sus contiendas con Einstein y otros colegas judíos. El resultado fue una pérdida de contenido, que tanto debilitó la posición alemana en el mundo de la ciencia mucho antes de la sangría de la guerra y de la posguerra.

Este proceso se vio acelerado, además de por factores de tipo personal, por problemas estructurales de índole social e institucional. El impacto del nacionalsocialismo sacudió una serie de axiomas sobre los que se basaba la esencia misma de la universidad alemana. Así, se echó por tierra la creencia, heredada de Humboldt, de que también la educación científica conduce a la educación moral; de que la actitud apolítica como supuesto de la objetividad científica es la mejor coraza contra la manipulación política y la tentación ideológica; y, en fin, que una ciencia así concebida puede constituirse en refugio de la verdad en medio de los cambios socio-políticos. En realidad, la especialización y la supuesta despolitización contribuyó considerablemente a la impotencia y pasividad de la universidad alemana frente al proceso de unificación y acribillamiento de la autoadministración académica. Resultado de este defectuoso desarrollo histórico-estructural fue el hecho de que, en una sociedad tan respetuosa de la universidad como la alemana, se desvirtuara la responsabilidad política del científico y se sacrificara la actividad académica en aras del control y la crítica de ideologías disfrazadas de cierto aparato científico e intelectual. Así, varios catedráticos de Munich hubieron de soportar en 1933 las siguientes declaraciones de su nuevo ministro de Educación, Hans Schemm, un maestro de escuela fracasado: «A partir de ahora no les debe importar averiguar si esto o aquello es verdad, sino sólo si está de acuerdo con el sentido de la revolución nacionalsocialista» [48].

En esta encrucijada de coerción y capitulación se procedió en la primavera de 1933 a la destitución de rectores, decanos y senados de varias universidades. Al mismo tiempo, se boicoteó y arrinconó al profesorado poco grato y se emprendió la tarea de «revolucionar» la política científica en conformidad con la renovación nacional. Adelantados de esta «reforma universitaria», tales como el historiador hamburgués Adolf Rein, reclamaron la constitución de una universidad de la «ciencia populista». Centenares de catedráticos se apresuraron ya a principio de marzo de 1933 a testimoniar su lealtad a Hitler. Pronto apareció la Asociación de Universidades, organización corporativa de profesores. Especial sensación despertó el nombramiento de Heidegger como rector de la Universidad de Friburgo-

[48] K. D. Erdmann, *Die Zeit der Weltkriege, op. cit.*, p. 217.

Brisgovia (mayo de 1933). El filósofo del *Sein und Zeit* olvidó a su maestro Edmund Husserl, marcado con el sello de «no ario», sancionando el régimen con estas vigorosas sentencias: «Ni los postulados ni las ideas son las reglas de vuestro ser. Sólo la persona del «Führer» es la realidad alemana presente y futura y también su ley» [49]. Asimismo se hablaba ya por entonces del ascenso vertical de Carl Schmit, que se encargó igualmente de arrinconar a profesores «no arios». Los pliegos de firmas de profesores expresando su «adhesión» al régimen, se sucedían a cientos.

Esto no impidió, sin embargo, una crítica persistente por parte de activistas nacionalsocialistas, quejumbrosos de la lentitud y deficiencias de la «reforma universitaria». Su meta estaba perfectamente definida: «Creación de un nuevo tipo de estudiante, creación de un nuevo tipo de catedrático y elaboración de una nueva concepción de la ciencia» [50]. Con tal fin y aplicando criterios antisemitas y nacionales se redujo el número de estudiantes, se restringió la admisión de mujeres y extranjeros, al tiempo que se procedía a las consabidas «purgas» del profesorado y se combatía como «idea trasnochada de la ciencia» y presunto mal endémico alemán una ciencia carente de supuestos. Naturalmente, la investigación y la enseñanza recibieron su función en el nuevo régimen: la futura universidad, en su condición de «Alta Escuela del Estado», debía encargarse de la educación política en conformidad con el nuevo espíritu; no reconocería «ninguna autonomía y libertad del profesor, sino sólo su servicio». Por otra parte, la «ciencia liberal como fin en sí mismo» debe dejar paso al «objetivo obligatorio de la unidad y filosofía populista» (Krieck) [51]. El proceso se vio acelerado por la aplicación a las universidades de los principios de ordenación militar y autoritaria; se abolió el principio electoral en los gremios académicos y se extendió el principio caudillista al nombramiento de rectores y decanos, siendo el Canciller el «jefe de la plana mayor». El historiador Ernst Anrich, treinta años después de nuevo ideólogo activo del NPD, se expresaba así en un escrito suyo con el significativo título *Universitäten als geistige Grenzfestungen* [Las universidades, fortificaciones fronterizas del espíritu], 1936: «Las universidades deben ser cuerpos de

[49] Martin Heidegger, *Die Selbstbehauptung der deutschen Universität.* Breslau, 1934, p. 22.

[50] Rühle, t. I, p. 151. Sobre el tema de la política en materia de investigación, cf. H. Heiber (Frank) y también Kurt Zierold, *Forschungsförderung in drei Epochen.* Wiesbaden, 1968, p. 150.

[51] Hans Freyer, *Das politische Semester. Ein Vorschlag zur Hochschulreform.* Jena, 1933, p. 40; Ernst Krieck, *op. cit.,* p. 173.

tropa», en tanto que los profesores habrían de aprestarse a la «cooperación propia de la tropa».

Las consecuencias de este autodesmontaje de la universdad no fueron desdeñables ni en cantidad ni en calidad. Esta desgracia de la ciencia alemana fue ahora mayor que después de 1945. La Alemania intelectual se fue al exilio, en tanto que sectores enteros de la ciencia se convertían en desiertos o campos de perversión. Tan sólo en 1933-34 más de 1.600 científicos, entre ellos más de 1.100 catedráticos y ayudantes (aproximadamente el 15 % del profesorado) fueron víctimas del correspondiente despido. A todo ello hay que añadir infinidad de postergaciones, amenazas y persecuciones indirectas. Facultades enteras y diversos campos de investigación se vieron considerablemente afectados por el hecho de que destacados científicos —entre ellos, numerosos Premios Nobel (ya en 1933: Meyerhof, Franck, Einstein, Haber, Hertz)— se vieran obligados a emprender una emigración que —sobre todo, para los representantes de las ciencias del espíritu— se presentaba dura e incierta. El número de casos fue diferente según las zonas. En cabeza figuraban Berlín y Francfort del Meno con una pérdida de más del 32 % del profesorado, Heidelberg con más del 24 %, Breslau con 22 %, y Gotinga, Friburgo, Hamburgo y Colonia con un 19 % aproximadamente. Las universidades resultaron, en general, más afectadas (16,6 %) que las Escuelas Superiores Técnicas (10,7 %). En cifras absolutas, fueron las facultades de medicina las que registraron mayores pérdidas, en tanto que, en porcentajes, el primer lugar lo ocuparon las facultades de derecho (21,2 %), donde se evidenciaban más que en ninguna otra parte la persecución antisemita y la penetración de profesorado nacionalsocialista.

Por otra parte, los traslados obligatorios rompieron la unidad de los departamentos científicos. El trabajo académico se encontraba bajo la continua amenaza del temor, la desconfianza y la amenaza de espías entre profesores y estudiantes. La tradicional seguridad y continuidad estaban en permanente peligro por las exigencias o la intervención desde fuera, la manipulación del plan de enseñanza, la delación o la retirada del derecho a presentarse a examen. Se promovió la actividad política extra-académica. La adaptación y sumisión a las nuevas circunstancias rivalizaban con la memoria de colegas y profesores perseguidos. Un nuevo «espíritu» se adueñó de las facultades. Tras la reforma del ingreso en el profesorado en un sentido racista (diciembre de 1934), el acceso a la labor docente pasó a depender de requisitos puramente extracientíficos: asistencia a «campos comunitarios» y «academias de docencia», evaluación política del rector, del Ministerio de Educación, de la Asociación Nacionalsocia-

lista de Docentes y del partido. Ernst Sturm, rector de la Escuela Técnica Superior de Berlín, se expresó así en un boletín de educación nacionalsocialista (1934): «En la nueva Alemania, los ministros de Enseñanza no permitirán como profesores a materialistas declarados o ratones de biblioteca pedantes... Todo profesor vigoroso tiene su puesto en la SA... con el fin de que pronto pertenezca al pasado la imagen del catedrático alemán enajenado del pueblo.» La proclamación del nuevo profesorado como «jefes de la juventud» habría de acelerar —más eficazmente todavía que los despidos— la uniformización y funcionalización político-ideológica de las universidades.

Como de costumbre, también aquí la política coercitiva ejercida desde arriba se vio favorecida por un «movimiento» de abajo. Entusiasmados por las promesas y la actividad del régimen, una buena parte del alumnado apoyó con violentas maquinaciones la «revolución» de la primavera de 1933. A menudo se subrayó tal apoyo a base de boicots, uso ostensivo de uniformes, agresiones públicas y confesiones de adhesión política en las aulas. Desde el congreso de estudiantes celebrado en Graz (1931), la organización Alumnado Alemán, de orientación populista, imperialista y antidemocrática, iba a remolque de la Liga Nacionalsocialista de Estudiantes Alemanes, que consiguió la presidencia. Gran parte de la avalancha de miembros procedía de las corporaciones de estudiantes. También esto era un reflejo de la estructura universitaria, basada en la exclusividad social y en el tradicionalismo. Teniendo en cuenta los privilegios de instrucción burguesa, que persistieron ininterrumpidamente durante la República de Weimar, el alumnado era en gran parte de tendencia nacionalista, conservadora y antisemita; en fin, un caldo de cultivo para el movimiento antidemocrático. Al igual que en 1923 las corporaciones estudiantiles alemanas se pronunciaran abiertamente en favor del golpe de Estado de Hitler, el último congreso de estudiantes —celebrado, por cierto, en un cuartel de Königsberg— reclamó en 1932 la eliminación del privilegio de autoadministración académica en favor del principio caudillista.

La actividad de 1933, dirigida primeramente contra el profesorado, desembocó también aquí en la autounificación. Mientras los estudiantes de Berlín demandaban del rector el exterminio del «espíritu no-alemán» (con lo cual los catedráticos judíos tan sólo podrían publicar sus obras en hebreo), mientras se aceleraban los despidos y se retiraban de librerías y bibliotecas universitarias las obras de profesores mal vistos, quemándolas luego públicamente, se inició la labor de manejo y reglamentación desde arriba. Desde mayo de 1933 y recurriendo a duras disposiciones se extendió al alumnado el «orden» del Estado totalitario. Al efímero y encendido

entusiasmo de antes sucedió ahora la ley del silencio de la dictadura. La reforma (finalizada en 1935) en conformidad con el principio caudillista sometió al alumnado a una estricta organización jerárquica, al control del ministro de Cultura y del partido. El «nuevo tipo de estudiante» debía forjarse en el servicio comunitario y en un estilo semi-militar. Ya en agosto de 1933 disponía Rust que el cuarto semestre de estudios fuera dedicado al servicio social. Aquí y no en universidades e institutos —predicaba a los interesados— se encuentra «la gran escuela, la verdadera y práctica... porque aquí termina la instrucción y el verbo para que comience la acción... Quien fracasa en estos campos de trabajo ha perdido el derecho a dirigir Alemania como académico» [52]. Posteriormente, para la entrada en la universidad se requirió un servicio social previo de medio año de duración: cuatro meses de servicio social y dos de servicio en campos de la SA.

De forma análoga a la yuxtaposición partido-Estado, la Liga Nacionalsocialista de Estudiantes Alemanes siguió en pie, en su condición de núcleo militante. Pero de abajo no surgía ya iniciativa alguna o demanda de elecciones; todo se reducía al acatamiento de medidas unilaterales y patéticas declaraciones. Tanto la Liga en cuestión como la organización Alumnado Alemán se movían en el marco de la afirmación del régimen y de la actividad manipulada desde arriba. Constituían una especie de síntesis difusa de «comunidad universitaria» y «comunidad popular». La libertad académica había concluido para los profesores y más aún para los estudiantes. Las restantes asociaciones estudiantiles no tardaron en adherirse a la revolución nacionalsocialista: por ejemplo, la misma Asociación Católica (CV) junto con todas sus filiales (enero de 1934). Algunos amagos de oposición de grupos conservadores fueron desapareciendo gradualmente en las tinieblas de la ilegalidad. Precisamente el 28 de octubre de 1935 (120 aniversario de la llamada «Wartburgfest») se autodisolvió el Grupo de Asociaciones Estudiantiles *(Deutsche Burschenschaft)*, pasando sus restos a las filas de la Liga Nacionalsocialista (NSDStB). Igual suerte corrió casi al mismo tiempo el aristocrático *Kösener* S.C. * Algunos grupos tradicionales siguieron subsistiendo a trancas y barrancas en las filas de la Liga Nacionalsocialista de Estudiantes Alemanes. Pero, en líneas generales, la «cap-

[52] Manifestación del grupo «Alumnado Alemán» (plaza de la Opera de Berlín), 16 de junio de 1933, *Dokumente der deutschen Politik*, I. Berlín, 1939, p. 281.

* *Kösener Senioren-Convent*, asociación de estudiantes creada en 1848 a partir de los *Corps*, cuyo origen se remonta a su vez a los antiguos *Landmannschaften* del siglo XVII. *(N. del T.)*

tación» y funcionalización política del alumnado, domado más todavía por severos requisitos para el ingreso (ser miembro de las Juventudes Hitlerianas) y los criterios de promoción, se lograron con suma rapidez.

Naturalmente, con ello no cabía celebrar algo así como el triunfo de una ciencia nacionalsocialista. Las estruendosas aclamaciones de los muchos colaboracionistas no podían ocultar la vaciedad de las fórmulas y la pobreza de los resultados que dominaban el panorama. Se procedió a la creación de nuevas disciplinas: por ejemplo, en el campo de los estudios de la raza, de estudios del extranjero y, especialmente, de las «ciencias de la defensa». La meta era transformar las diferentes ciencias en una «ciencia de la guerra». Aparecieron, en consecuencia, la química bélica, la geografía bélica, la geología bélica, la matemática bélica, la física bélica, la tecnología bélica, la historia bélica, la economía bélica o de guerra, la psicología bélica y la medicina bélica. Y por encima de todas ellas, la «filosofía de guerra» como coronación. Con esta metamorfosis de la estructura científica y universitaria, iniciada en 1933, el Estado totalitario se orientaba desde sus comienzos a la guerra futura [53]. Sobre todo a partir de 1939 fue reduciéndose progresivamente la labor tradicional de las universidades. El «manejo de propaganda bélica» empezó a jugar un papel cada vez más importante. Filósofos, historiadores, anglistas, germanistas y juristas se encargaban de coleccionar citas y casos apropiados, que se ponían luego a disposición de la prensa y de los oradores del partido. Asimismo se redujo desde un principio el número de viajes, quedando muy mermada la libertad de movimientos requerida para el intercambio científico. Fue entonces, y no en el año 1945, cuando se implantó el conocido sistema del cuestionario. Antes de emprender viaje, todo científico debía presentar por duplicado su conferencia en el Ministerio de Educación, de acuerdo con una disposición del 20 de abril de 1937. Además, estaba obligado a comparecer ante la representación nacionalsocialista correspondiente en el extranjero.

El papel que pensaba conferirse a la ciencia y las universidades en el «nuevo orden europeo» pudo apreciarse claramente en 1939, cuando se procedió al cierre de las universidades de Checoslovaquia y Polonia (ambos ocupados por Alemania), enviando una buena parte del profesorado a los campos de concentración. Con una decisiva intervención de la dirección de distrito del NSDAP, se creó

[53] Albrecht Erich Günther, «Die Aufgabe der Wehrwissenschaft an der Hochschule», en *Zeitschrift für die gesamte Staatswissenschaft*, 95 (1935), p. 568.

en 1941 una «universidad del Reich» en Posen, dando preferencia a cátedras de política racial, historia judía, estudios sobre alemanes fronterizos y extraterritoriales, historia del pensamiento nacionalsocialista y música popular germano-alemana; el acceso a la biblioteca polaca quedó prohibido para el público. Parecidas medidas —siguiendo una gradación del todo arbitraria («universidad del Reich» en Estrasburgo, 1942)— tenían por objetivo diezmar las universidades de Europa Septentrional y Occidental con el fin, expresamente definido, de privar a los países no alemanes de sus centros intelectuales, agotar su fuerza de resistencia y reducirlos a su futuro papel de satélites en Occidente o de pueblos esclavos (en el Este). Tales eran las perspectivas del futuro que, naturalmente, toparon con obstáculos reales y con la oposición interior. Las propias contradicciones internas de la empresa dieron al traste con las tentativas de fundamentar «científicamente» la doctrina racial, de reformar con carácter vinculante la literatura especializada y de crear nuevas disciplinas; eran contradicciones que no podía superar ni un régimen totalitario. Este reaccionó con un persistente recelo y acaloradas acusaciones, como la que hiciera Julius Streicher en 1938 a la Universidad de Berlín: «Si ponemos los cerebros de todos los catedráticos en un platillo de la balanza y el del «Führer» en el otro, ¿qué platillo creen ustedes que bajará?» Y en realidad, la respuesta no está tan clara. Si se piensa en los discursos de prestigiosos científicos, tales como el historiador de Gotinga, Ulrich Kahrstedt, quien con motivo del aniversario del Reich (1934) sentenció: «Rechazamos la ciencia internacional, rechazamos la república internacional de sabios, rechazamos la investigación por la investigación. ¡Salve!» [54] Se trataba de un rechazo radical de esa fe en los efectos liberadores de la ciencia que desde la Ilustración había emprendido una gran marcha triunfal por Occidente. Hitler podía ver confirmado aquí su profundo desprecio por la ciencia, los intelectuales y los juristas.

La «élite» nacionalsocialista

Si la estructura de la «élite» política constituye una característica esencial de todo sistema de dominación, este principio deberá aplicarse de modo especial al nacionalsocialismo. El nacionalsocialismo proclamó una filosofía declaradamente elitista en la que la

[54] Cf. pruebas en la revista *Politicon* (Gotinga), 9, 1965. En torno al discurso de Streicher, cf. Helmut Seier, «Der Rektor als Führer», en *VfZG, 12* (1964), p. 108. Sobre la oposición, cf. cap. 7 de esta obra.

idea de una «nueva nobleza» (Darré) y de una orden aristocrática de jefes jugó un papel fundamental. El desarrollo del partido y el sistema de poder se basaron ampliamente en la aplicación del principio caudillista. El objetivo perseguido era la creación de un nuevo orden de la vida político-social de acuerdo con la idea seudogermánica del «Führer» y en el sentido de una relación seudomilitar de ordenanza-obediencia. Para responder a la cuestión sobre la realidad y alcance de este principio es preciso echar una ojeada a la composición y reclutamiento de la «élite» nacionalsocialista. Y al hacerlo, surge el problema de cómo y hasta qué punto se modificó, absorbió o eliminó la anterior estructura elitista.

A diferencia de la revolución bolchevique, el asalto al poder del nacionalsocialismo basó su «revolución legal» sobre una red de pactos y compromisos con funcionarios y sectores influyentes no nacionalsocialistas. Esta táctica pudo ponerse de manifiesto no sólo en la formación del gobierno del 30 de enero de 1933, sino en la configuración de la burocracia estatal. La inflación de jefes en todos los sectores de la vida política y social absorbió a numerosos representantes de la «élite» anterior en la economía, la cultura y la educación. Ciertamente, junto a los comunistas se destituyó y expulsó a muchos demócratas convencidos; el cambio de personal tuvo rasgos de una transformación revolucionaria. Sin embargo, al mismo tiempo pudo apreciarse y aprovecharse el potencial antidemocrático del «establishment» de Weimar.

Una orientación estadística en el campo que nos ocupa lo ofrecen los análisis de 1934 contenidos en el *Führerlexikon*[55], que registra tanto las nuevas «élites» nacionalsocialistas como parte de las antiguas, incluyendo también la jerarquía eclesiástica. La primera característica es el «movimiento masculino», la pérdida de posiciones por parte de la mujer. Al mismo tiempo, se ponen de manifiesto las diferencias que la nueva «élite» nacionalsocialista arroja, en cuanto a su procedencia, con respecto a la «anterior»: es decir, hasta qué punto es «marginal», pese a que en la lista ya no aparecen los dirigentes de la SA, hacía tiempo asesinados. También aquí se observa el fenómeno del dualismo estatal, aunque bien es verdad que las altas jerarquías del partido ejercieron un eficaz control sobre la «élite» tradicional. Especialmente marcadas son las desviaciones respecto a la media que arroja el historial de los altos funcionarios administrativos del Tercer Reich; su procedencia social es declaradamente modesta. Esta circunstancia se da con una frecuencia mucho menor en las altas jerarquías de la propaganda, de la policía y de los

[55] Daniel Lerner, *The Nazi Elite*. Stanford, 1951.

militares. Llama también la atención la estructura de los altos cargos en función del lugar de nacimiento. Al respecto, es preciso tener presente el papel desempeñado por los alemanes extraterritoriales o fronterizos, que confirieron una intensidad especial a la ideología populista del nacionalsocialismo. Aquí precisamente, en la primacía concedida a la idea del pueblo sobre la del Estado, existe una importante diferencia con respecto al fascismo. Un gran porcentaje, superior a la media, de la «élite» nacionalsocialista procedía de zonas «marginales»: por ejemplo, los países vecinos del Este, Baviera (orientada más bien hacia la idea de la Gran Alemania), países occidentales fronterizos y, en general, el extranjero.

Por otra parte, es preciso destacar dos características importantes: en primer lugar, la estructura de edades de los miembros del NSDAP (siete años por debajo de la media demográfica) y, sobre todo, de los altos funcionarios del partido, que en 1934 arrojaban una media inferior en ocho años a la «élite» no nacionalsocialista y en cinco a la media de la población masculina alemana. Igualmente, una comparación con la «élite» de otros países occidentales muestra hasta qué punto el cuadro de dirigentes nacionalsocialistas estaba caracterizado por una innegable juventud y un ascenso social meteórico. El promedio de edad de los miembros del gobierno era de cuarenta años, mientras que en los Estados Unidos de América era de cincuenta y seis, y de cincuenta y tres en Inglaterra.

En segundo lugar, y en contra de los postulados oficiales, existen numerosos datos que indican que los cabecillas del nacionalsocialismo contraían matrimonio tardíamente y mucho después de ingresar en el partido; que iniciaban una vida regular, tanto familiar como profesionalmente, aún más tarde (a veces, nunca); y que con frecuencia cambiaban de actividad, llevando hasta 1933 una existencia «poco estable». Este punto queda confirmado además por el hecho de que, si bien (teniendo en cuenta su origen social) buena parte de ellos pasó por la universidad (aunque naturalmente no alcanzaran el número de «universitarios» de las «élites» tradicionales), a menudo interrumpieron su carrera. El lugar de nacimiento, la estructura de edades, el «status» familiar y los problemas profesionales confieren a la «élite» nacionalsocialista un carácter especial: su dinamismo febril, su impulso de renovación y de movimiento.

Queda ahora pendiente la cuestión de hasta qué punto es cierto que el movimiento nacionalsocialista estuviera dirigido y sostenido por *marginal men*[56], es decir, por un grupo no típico. En qué medida, por tanto, no puede hablarse de un amplio movimiento de

[56] Lerner, *op. cit.*, p. 184.

la sociedad en su conjunto. Aunque es cierto que las grandes diferencias existentes entre la vieja y la nueva «élite» justifican la tesis de una «revolución» en cuanto al relevo de personal, sigue en pie el problema de en qué medida la victoria del NSDAP y la posición de privilegio de sus jefes comportaron una reestructuración social. En relación con la esfera política esta circunstancia es innegable. Entre los dirigentes y adeptos del NSDAP predominaba ampliamente la generación de la guerra y posguerra; con excepción de los comunistas, no había otra agrupación política de perfil tan inequívoco. Atendiendo a su historial y a su sistema de valores, la «élite» nacionalsocialista estaba orientada a la lucha antirrepublicana, vivencia bélica, contiendas de posguerra y actividad en cuerpos de voluntarios. El sector obrero —como ya hemos indicado— contaba con una representación inferior al promedio entre los miembros y dirigentes del NSDAP. En disonancia con su designación originaria, este partido fue un movimiento de clase media y pequeña burguesía y sus mandos procedían, en gran parte, del grupo de los «plebeyos» [57], es decir, de la clase media baja y del sector agrario, pero no del mundo del trabajador industrial. Como consecuencia de la progresiva industrialización, del ascenso de los trabajadores, de la expansión de las grandes empresas y la formación de consorcios y carteles, el sector del artesanado y del pequeño comerciante, del empleado y el campesino, se había visto sumido en una situación de apuro económico y social. La discrepancia entre sus ambiciones sociales de «status» y prestigio y su situación real provocó una crisis de prestigios, una especie de «pánico social» (Th. Geiger) que se dirigió contra el socialismo y los sindicatos como presuntos causantes de la situación. La inflación de 1922-23 y la crisis económica de 1929-33 agravó este tipo de reacción, alimentando las tendencias hacia la dictadura nacionalsocialista. Las promesas del nacionalsocialismo apuntaban a una política estabilizadora de clase media a base de un «socialismo» nacional en el interior y una ampliación del potencial estatal por medio de la expansión de la política exterior.

No sólo el grueso de los miembros del partido, sino también los mandos del NSDAP se reclutaron en el sector de una clase media desarraigada, en la que debe incluirse a los militares frustrados por el final de la guerra y a los intelectuales decepcionados profesionalmente. Su rebelión iba dirigida contra la sociedad democrática industrial. El motor de su protesta estaba impulsado principalmente por la inseguridad profesional y la discrepancia sentida entre su «status» económico real y las reivindicaciones de mayor prestigio

[57] Franz Neumann, en Lerner, *op. cit.*

social. El nacionalsocialismo no tenía más que recoger la tradición de este movimiento nacionalista y antisemita de clase media que desde los años setenta del siglo anterior se había combinado de diversas maneras con diferentes agrupaciones conservadoras, agrarias y social-cristianas. Asimismo, el nacionalsocialismo se benefició desde 1929 de la masa de parados, fieles seguidores de la consigna «trabajo y pan». Esto atañe especialmente al gran número de jóvenes desempleados, que entre 1930 y 1933 formaron un decisivo grupo de nuevos electores. No teniendo vinculación social alguna con la profesión y el trabajo regular, encontraron la salida en la actividad aventurera y terrorista de la SA.

Si articulamos la «élite» nacionalsocialista en los tres sectores de la propaganda, la organización y el poder ejecutivo, obtendremos un cuadro más diferenciado de la relación entre procedencia social y papel directivo en el partido. Los «intelectuales enajenados» y profesionalmente frustrados procedían más bien de una clase media holgada. Era un grupo más joven (incluso en el momento de ingresar en el partido), contaban con un pasado militar más reducido, disponían de una instrucción superior y habían estado desempleados con más frecuencia que los otros grupos. Pero como propagandistas del régimen apenas consiguieron hacerse con puestos más altos que los que habrían obtenido en la sociedad prenazi. Por el contrario, la «élite» administrativa del nacionalsocialismo —funcionarios del partido, jefes de distrito *(Gauleiter)*, la alta burocracia estatal— representa el tipo del «plebeyo» en rápido y «revolucionario» ascenso a partir de la pequeña burguesía rural y urbana. Comienza muy abajo en la escala de instrucción y procedencia social y consigue alcanzar, sin embargo, funciones superiores de poder. Estos organizadores de la lucha por el poder controlaron más que ningún otro grupo el monopolio y ejercicio del poder en el Tercer Reich. Su carrera relámpago, al margen de toda capacitación social y profesional, constituye la componente propiamente revolucionaria de la reestructuración de la «élite» alemana. Este grupo se diferencia orgullosamente a sí mismo del resto, considerándose «idealistas» por su temprano ingreso en un partido todavía pequeño y gris y por su continua y completa dedicación al mismo. Puede considerarse a estos veteranos del partido como la «quintaesencia» de la «élite» nacionalsocialista. En cierto sentido, son los estalinistas del nacionalsocialismo, los guardianes sin escrúpulos y, hasta el final, ejecutores impertérritos del sistema al que todo se lo debían. Casi un tercio de ellos participaba ya activamente en el partido desde el año 1923 y más de dos tercios desde 1930, en tanto que tan sólo una tercera parte de la «élite» restante pertenecía por entonces al NSDAP. Sin em-

bargo, el promedio de edad de dicho grupo a su ingreso en el partido era relativamente alto. A diferencia de los propagandistas, que de jóvenes habían sido por lo general estudiantes intelectuales, aquéllos provenían de las filas de una pequeña burguesía decepcionada, habiendo buscado en vano el éxito burgués. Una gran parte de esta vieja guardia provenía de Baviera (20,5 %), del extranjero y de países limítrofes, y muy pocos de la cuenca del Ruhr, Prusia, Baden-Württemberg y Hessen-Nassau. Igualmente, un fuerte contingente procede de un medio rural o provinciano; se traslada luego a la urbe y tarda bastante en encontrar ocupación fija. En general, las características del grupo se resumen en su origen provinciano y modesto, instrucción escolar deficiente, servicio militar y dificultades profesionales. Entre los pocos que disfrutaron de una instrucción superior acabada destacan los militares (29 %), pedagogos (15 %), arquitectos y comerciantes diplomados, mientras que entre los propagandistas descuellan los universitarios (59 %) y entre éstos los juristas (58 %). Pero, ante todo, el estilo del partido llevó el sello de una fuerte instrucción militar, de tan poca utilidad en 1918. Muy por encima de la media figura el número de jefes con un prolongado servicio militar, o experiencia en los cuerpos de voluntarios. El asalto nacionalsocialista al poder y la organización del Tercer Reich constituyen, en gran parte, la revolución social del pequeño burgués fracasado o impedido en lo profesional, con cierta instrucción militar u orientación en tal sentido y dominado por un profundo resentimiento contra el poder establecido, tanto de la izquierda como de la derecha. El mismo Hitler encarnaba este tipo de personalidad con una asombrosa fidelidad.

Como es de esperar, en cuanto a origen nacionalsocialista la policía se sitúa por delante de los militares. Ya en el año 1934 se registran aquellos cambios revolucionarios en el cuerpo de policía que, en sustitución de la SA, lo convertirían en instrumento apropiado de la política de represión y exterminio. El cuerpo de oficiales de la «Wehrmacht», sin embargo, siguió participando de modo importante de la «élite» alemana tradicional, cuya supervivencia y manipulación constituyó una característica de la revolución legal. La situación sólo cambió con el ascenso de jóvenes generales del «partido» durante la guerra y la correspondiente supeditación al mando de Himmler después del 20 de julio de 1944.

Sobre la base de la breve exposición anterior puede descubrirse con claridad ese dualismo de estructuras tan característico de la «élite» del Tercer Reich en su conjunto. El verdadero cuerpo de dirigentes del nacionalsocialismo encarnaba una reestructuración completamente revolucionaria de la «élite» política del poder que no

puede encajar en la etiqueta marxista de la «contrarrevolución». No se trataba aquí simplemente de extinguir la revolución de noviembre y sus consecuencias. El aspecto contrarrevolucionario del sistema nacionalsocialista —y, más aún, del fascista— radica en la relativa tolerancia de los sectores conservadores-nacionalistas y «apolíticos» de la «élite» tradicional. La misión de ésta era servir de instrumento, a la par que de disfraz y legitimación, de una revolución que trataba de conseguir sus objetivos —gobierno totalitario y expansión imperial— no a base del golpe de Estado, sino a partir de su condición de régimen seudolegal. Durante el proceso de unificación y como consecuencia de una política dirigida a la juventud, del relevo de personal y de los cambios en la organización, ambas «élites» se entrelazaron en multitud de ocasiones; complicándose más todavía las relaciones por la presencia de grupos intermedios, tales como los propagandistas y los militares.

Así pues, ni en el terreno de la reestructuración social ni en el de la organización política es posible obtener una clara delimitación entre el partido y el Estado, entre la revolución y la tradición. Por un lado, subsistieron importantes elementos propios del Estado jerárquico-autoritario, e incluso se vieron reforzados. Por otro, la estructura económico-social permaneció en gran medida intacta, aunque orientada a la perspectiva de la movilización y la guerra futura. El caos de atribuciones y rivalidades fue fiel reflejo de este dualismo estructural. Sin embargo, tanto en la elaboración de los objetivos como en la distribución real del poder, la «élite» nacionalsocialista fue el factor decisivo. Las ulteriores consecuencias sociales, políticas y económicas aparecieron progresivamente durante el régimen de guerra, en tanto que el «Estado de las SS» se convertía gradualmente en quintaesencia del sistema nacionalsocialista. Muy característico es asimismo el hecho de que ni siquiera el final de 1945 fuera un «colapso» del régimen que, como se sabe, sobrevivió a toda oposición y tentativa de golpe de Estado. Unicamente la derrota militar exterior impidió la consecuente realización de esta revolución de nuevo cuño.

Por muy importantes que fuesen al respecto la estructura político-social de la «élite» nacionalsocialista y su vinculación al sistema en el que se afincó y con el que se derrumbó, no lo son menos las características individuales de las máximas jerarquías. En consecuencia, es preciso examinar brevemente el cuadro de los colaboradores más allegados a Hitler. En primer lugar, es posible hacer una distinción entre el grupo de dirigentes establecido con anterioridad a 1933 y los altos funcionarios del sistema de guerra surgidos más tarde. Podrá comprobarse, sin embargo, que en dicho círculo no

figura ninguno de los «caídos de marzo» de 1933 o de más tarde. Esto cabe decirse también de «fenómenos tardíos», tales como Martin Bormann, cuya posición final como «sombra» de Hitler se debió a la relegación de Hess, o de maestros del oportunismo, tales como Ribbentrop, que no exhibieron el mínimo rastro de personalidad propia. Unicamente en la jerarquía de los militares y de las SS, así como en las zonas anexionadas más tarde (Austria), se registraron casos de acceso relámpago al grupo de cabeza por parte de los llegados a última hora.

En el segundo capítulo se ha informado ya sobre la persona de Hitler y sus viejos correligionarios. Entre ellos figuran Röhm y los hermanos Strasser como los grandes perdedores de la vieja «élite». Hitler mantuvo a casi todos los demás, aun cuando —como en el caso de Julius Streicher— supusieran una pesada carga para el partido y ulteriormente para el régimen. Los hermanos Strasser son posiblemente los únicos altos funcionarios que de modo consecuente creyeron representar el ala izquierda del «movimiento». En 1930 y 1932 se convirtieron ambos en víctimas del giro a la derecha. Más trascendental fue el asesinato de Röhm, veterano promotor de Hitler. Ello significó la solución de un viejo conflicto entre el mando político y el paramilitar.

Del grupo de viejos correligionarios accedieron a la cumbre del Tercer Reich, Göring, Hess, Rosenberg, Himmler, Frick y Amann, el magnate de la prensa. Una gran parte de la segunda fila de prominentes, integrada principalmente por los jefes territoriales del NSDAP, se formó tras la reconfiguración del partido en 1925. En dicho grupo figuraba también Goebbels, quien, sin embargo, consiguió integrarse al cuerpo de vanguardia antes que Himmler, acabando por rebasar a todos los demás. Este círculo íntimo, presidido por interminables rivalidades en torno a Hitler y a las atribuciones por él delegadas, se vio engrosado luego por elementos más jóvenes o que entraron más tarde en escena: Ley, Schirach, Heydrich, Hans Frank, Darré, Ribbentrop. Al lado de los poderosos jefes de distrito y ministros figuraban también en un segundo eslabón los grandes correligionarios y especialistas salidos de los años de la gran oportunidad para el partido y que, ocasionalmente, dispusieron de un enorme poder. Entre ellos se cuentan Blomberg, Papen, Schacht, Speer, y al final Keitel, Jodl y, para sorpresa de algunos, Dönitz. Pero detrás de ellos iban adquiriendo creciente importancia los altos funcionarios de la pujante burocracia de las SS, de la jerarquía de los campos de concentración y de los cuerpos de ocupación extranjera. Todos estos dispusieron prácticamente de la vida de millones de per-

sonas. Destacan en este grupo: Kaltenbrunner, Seyss-Inquart Müller. Höss, Eichmann.

Hermann Göring (1893-1946) estaba considerado como sucesor del «Führer». Así lo expresó el mismo Hitler con carácter oficial al comienzo de la guerra. Naturalmente, con ello no estaba necesariamente solucionado el problema cardinal de toda dictadura, como pudo evidenciarse en las jornadas finales de la guerra. Desde su alta posición, Göring se destaca por un doble aspecto de su personalidad: por una parte, el potentado astuto, carente de escrúpulos y brutal, tras la fachada de un oficial de la guerra mundial, colmado de distinciones pero campechano y popular, que desempeñó un decisivo papel, al menos durante la fase de asalto al poder y el proceso de unificación; por otra, la figura del jactancioso, ingenuo, codicioso, inclinado al generoso disfrute del poder y caracterizado por el comportamiento de un «Nerón perfumado» [58], lo cual habría de costarle su influencia y hasta su posición en el Tercer Reich. A Göring se le ha considerado representante de esos nacionalsocialistas «natos» cuyo único principio básico era la idea de la lucha y que, a diferencia de los «nacionalsocialistas hechos» (por ejemplo, Rosenberg y Goebbels), veían las cuestiones de ideología y su realización como mero accesorio o instrumento [59]. Asimismo, por su mismo origen (burguesía acomodada) Göring contrastaba con el tipo de frustrado pequeño burgués de la mayoría de los primeros dirigentes, lo cual le convertía además en elemento muy valioso como cabeza de puente con la alta sociedad conservadora y tradicional.

El padre, oficial prusiano y primer gobernador de Africa Suroccidental, era cónsul general en Haití cuando nació Hermann. Los uniformes, los desfiles, la historia heroica y la aspiración a la carrera de oficial presidieron sus años de juventud en Berlín y en el castillo familiar de Veldenstein, en Baviera. Hasta su muerte recordó siempre su procedencia presuntamente aristocrática, que trató de manifestarla en la caza y en el ejército: he aquí también una temprana discrepancia entre las aspiraciones y la realidad, comparable a la discrepancia artista-pequeño burgués de Hitler. Pronto pudo observarse un ánimo agresivo, tanto en las relaciones con sus amigos como en sus maquinaciones de juventud contra comerciantes judíos en Fürth. Tras turbulentos y repetidos cambios de escuela, sólo quedaron las vías de la Academia de Cadetes (Karlsruhe y Berlín-Lichterfelde) y de la ambicionada carrera militar. La guerra fue la gran oportunidad. El temerario aviador (desde 1916) ganó la Medalla del Mérito, su-

[58] Hugh Trevor-Roper, *Hitlers letzte Tage*. Zurich, 1948, p. 25.
[59] Joachim Fest, *Das Gesicht des Dritten Reiches*. Munich, 1962, p. 104.

cedió a Richthofen, héroe de la aviación, como jefe de una escuadrilla de caza y dio contenido a su vida: lucha, fama y poder. La terminación de la guerra constituyó un profundo contratiempo; sin embargo, Göring supo salir del paso como piloto de exhibición. Se casó con una rica baronesa sueca (Karin von Fock-Kantzow), estudió por algún tiempo en Munich, trató de hacer política con sus camaradas de armas y en 1922 conoció a Hitler. Al nuevo discípulo le interesaba primordialmente la lucha contra el Tratado de Versalles, la agresividad militante y la reivindicación revolucionaria del poder. Para Hitler y su partido, el ingreso de Göring, hombre rico por su mujer y respetado entre los militares, suponía un considerable aumento de prestigio. Era el hombre destinado a procurar el desarrollo de la SA como organización paramilitar. Por toda ideología le bastaban a Göring las consabidas consignas nacionalistas y antibolcheviques. Después de algunas dudas del «aristócrata» ante aquel vagabundo del Café de Viena, Göring acabó por apuntarse al bando de Hitler, un demagogo que, al parecer, era inteligente. Göring esperaba conseguir de su revolución más poder y autoridad.

El fracaso del golpe de Estado, del que Göring salió herido, comportó su exilio por tierras de Austria, Italia y Suecia. La aventura política parecía terminada, y ello le llevó a un consumo continuado de drogas. En 1927, cuando empezó a resurgir la estrella de Hitler, restableció contacto. Ahora podía ser de utilidad como eficaz representante de la política legalista. El dinero, su porte militar y su figura de hombre popular hacían de él un buen enlace con la derecha. En su condición de diputado del Reichstag (desde 1928) y de presidente del Reichstag (1932) podía sentirse finalmente en el sendero del poder y del prestigio. Colmado de títulos y cargos, Göring fue indiscutiblemente, hasta el 30 de junio de 1934, el hombre más activo en el proceso de purgas y asalto al poder. En sus manos estaba el bastón de mando del Reichstag, de Prusia, de la policía y de la Gestapo —y por tanto de los primeros campos de concentración—, de la aviación y del armamento. Este hombre de acción, aparentemente jovial, perseguía el poder por el poder y no la mejora ulterior o los objetivos. Numerosos dichos suyos —sobre todo de la época del asalto al poder— ponen de manifiesto su obsesión por el poder y la violencia: «¡Yo no tengo conciencia! Mi conciencia se llama Adolfo Hitler.» «Doy gracias a mi creador por no saber lo que pueda ser objetivo... Prefiero disparar un par de veces demasiado cerca o demasiado lejos con tal de, por lo menos, poder disparar.» «Las medidas que tome no estarán maniatadas por nin-

gún escrúpulo jurídico... No estoy aquí para impartir justicia, sino para exterminar y aniquilar. Nada más» [60].

En los años sucesivos, Göring siguió acumulando cargos y títulos: comandante en jefe de la nueva Aviación (1935), plenipotenciario general del plan cuatrienal (1936), sucesor designado de Hitler y primer y único «Mariscal del Reich». Por oposición de Hitler fracasó únicamente su intentona de conquistar la dirección de la «Wehrmacht», acción que fue preparada en 1938 a base de una serie de intrigas dirigidas contra Blomberg y Fritsch. Luego, en su condición de hombre poderoso por la gracia de Hitler y especie de seudopríncipe renacentista, se entregó a un lujo desenfrenado en su mansión de caza «Karinhall», rodeado de tesoros robados. Entretanto, perdía prácticamente su poder en favor de sus rivales. Además, las derrotas de la aviación le afectaron en el punto más sensible: su competencia como militar. A partir de 1943 Hitler lo consideró definitivamente una nulidad, que únicamente toleró por pura conveniencia externa. Pese a que la tentativa de ocupar a última hora la posición heredada como «segundo hombre» del régimen desembocó en el fracaso antes ya del término de la guerra, Göring, con el fin de salvar para la posteridad su imagen de gran patriota y hombre de poder, se sirvió en el Proceso de Nuremberg de una «actitud» agresiva frente a sus mismos compañeros, recurriendo incluso a un aparatoso suicidio.

Rudolf Hess (nacido en 1896) fue el otro camisa vieja al que Hitler proclamara en 1939, después de Göring, como sucesor suyo. Su carrera es la propia de un seguidor incondicional, animado de una fe religiosa en el «Führer». En este sentido, representa la componente seudorreligiosa del principio caudillista del nacionalsocialismo, al igual que Rosenberg intentara hacer en el plano de la filosofía del régimen. Unicamente desde esta perspectiva puede explicarse la subida de aquel estudiante introvertido a la condición nominal de tercer hombre del régimen. Hitler fue para él como una visión. Dotado de facultades más bien normales, tímido y cohibido, siguió creyendo ardientemente en el «Führer» hasta que su resolución, igualmente fantasmagórica, de lanzarse en paracaídas sobre Inglaterra terminara por confirmar su intrascendencia. Con todo, en sus declaraciones finales durante el proceso de Nuremberg seguía persistiendo, pese al escarmiento, su fe: «Me fue dado trabajar y actuar muchos años de mi vida al mando del mayor hijo que mi pueblo ha producido durante su milenaria historia» [61].

[60] *Reden und Aufsätze.* Munich, 1941, p. 51. J. Hohlfeldt, *Dokumente der deutschen Politik und Geschichte,* t. IV, p. 25.
[61] *Nürnberger Dokumente,* t. XXII, p. 425.

En contraste con el hombre totalitario activo, para el que todo es posible, se ha visto en Hess al hombre totalitario pasivo con el que todo es posible, que se diluye en la absoluta «renuncia a la crítica, al juicio propio y a la autodeterminación y cuya ideología se resume en los conceptos de lealtad, deber y obediencia». Su lema fue: «Hay que querer [lo que quiere] la persona del 'Führer'» [62]. La ruptura con la autoridad puede haber sido consecuencia de una educación excesivamente severa. Su padre, de corte declaradamente autoritario, le obligó a aprender el oficio de comerciante con el fin de emplearlo en su empresa de comercio al por mayor en Alejandría. Pudo librarse de estas obligaciones alistándose como voluntario de guerra. Así, incurrió en una nueva dependencia y el final de la guerra le impidió realizar su sueño de convertirse en piloto activo. Habría de esperar al año 1941 para llegar a ser un aviador de fama mundial. Como estudiante animado de ideas fantásticas, se dejó influir por su profesor de geopolítica, el general Haushofer. Desde su primer encuentro con Hitler en 1920 —tal como manifiesta su misma mujer— pertenecía incondicionalmente al bando del «Führer». El papel por él desempeñado parece realmente relevante sólo en dos planos diferentes: como fiel secretario de *Mein Kampf,* Hess enriqueció el concepto de «espacio vital» con diversas ideas geopolíticas; en segundo lugar, como creyente y fiel paladín de Hitler desprovisto de escondidas intenciones egoístas, contribuyó considerablemente al culto del «Führer».

Siguió permaneciendo a la sombra de Hitler cuando, tras la caída de Gregor Strasser en 1932, abandonó la Cancillería particular del «Führer», siendo nombrado oficialmente lugarteniente y, posteriormente, miembro del gobierno. Fue el servidor ciego, el instrumento del ídolo, el leal ayudante, antesala del «Führer». Su seudorreligiosa relación con la autoridad concuerda con la creciente influencia que ejerció en él el ocultismo. El asombroso vuelo a Escocia (10 de mayo de 1941), donde sin preparación alguna presentó un plan de distribución del mundo entre Alemania e Inglaterra, no fue, en absoluto, un acto de oposición. Dicho viaje lo emprendió más bien como «víctima» o con la idea de una maravillosa salvación de Hitler. Todo ello supuso una seria derrota propagandística para el Tercer Reich, cuyo tercer hombre hubo de considerarse ahora como «loco declarado». Para el mismo Hess constituyó todo ello un derrumbamiento de su mundo irreal, aunque hasta la fecha no lo haya admitido: ni en Nuremberg, donde escapó de la ejecución,

[62] Krebs, *op. cit.,* p. 170; Arendt, *Totalitäre Herrschaft,* p. 572; Fest, *op. cit.,* p. 259.

ni en las cartas escritas desde la prisión de Spandau, donde el último de la vieja guardia del «Führer», el más fiel seguidor de Hitler, vive el sueño del epílogo de su vida.

Tampoco *Alfred Rosenberg* (1893-1946), el filósofo oficial del nacionalsocialismo, pudo mantener completamente el ritmo de los viejos combatientes de segunda hornada (Goebbels, Himmler, Bormann) en la repartición de poderes del Tercer Reich. Su destino consistió en ser sobreestimado como ideólogo para ser rebasado en lo político. En otro momento se expondrá su papel en las jornadas de lucha como personaje frustrado en política exterior e importante elemento en el proceso de unificación ideológica y cultural. Así como Hess se entregara incondicionalmente al «Führer», Rosenberg se abandonó en brazos de su seudosistema filosófico. Ciertamente, fue algo más que un mero «elemento accesorio de una primera fase ideológicamente dominada, el período de publicidad del partido»[63]. No sólo protagonizó y fomentó el terror de la opinión en el Tercer Reich sino que desempeñó también un activo y destacado papel en la lucha contra la Iglesia, así como en la política cultural y artística del régimen. Sin embargo, en relación con el plano de la política concreta fue sumiéndose cada vez más en el papel de «filósofo» extravagante que ya no podía ser tomado en serio por los pragmáticos del mando nacionalsocialista. Hasta era cosa de buen gusto decir, de Hitler para abajo, que no se había leído su libro, *Mythus*.

Sin embargo, esta gradual devaluación de Rosenberg es más bien consecuencia de la naturaleza dogmática e introvertida del fundador religioso y filósofo, que nunca llegó a serlo; y aquel proceso no debe conducir a la equivocada conclusión de que las relaciones del nacionalsocialismo con su propia ideología se encontraban animadas, en última instancia, por la mera conveniencia. El oportunismo táctico de Hitler respondía al carácter ecléctico de la filosofía nacionalsocialista, pero los postulados racistas y expansionistas de ésta, difundidos por Rosenberg en millón y medio de ejemplares, se hicieron cruda realidad. Independientemente de haber sido leído o no o de que no fuera tomado en serio como filósofo, Rosenberg no tenía, en realidad, motivo alguno para sentirse decepcionado. Con sus extravagantes publicaciones sobre judíos y comunistas, masones y el Vaticano, con los *Protokollen der Weisen von Zion* [Las actas de los sabios de Sión], que desenterrara de nuevo en 1923 y publicara una vez más en 1940, Rosenberg contribuyó tanto como las órdenes de las autoridades a la serie de medidas obsesivas relacionadas con

[63] Así lo subestima Fest, *op. cit.*, p. 225.

la política judía, instrucción del personal planificador del exterminio sistemático y de los verdugos de los campos de concentración (según declaraciones expresas de Höss).

Así pues, la desilusión de Rosenberg es más bien un malentendido propio del teórico alejado de la praxis. El régimen trató por todos los medios de realizar aquella extravagante filosofía. El hecho de que, bien a su pesar, no mereciera el declarado favor de Hitler y que un oportunista como Goebbels pudiera considerar su *Mythus* como un «eructo filosófico» constituyó un contratiempo para sus propósitos de acceder a funciones políticas que, en realidad, no podía desempeñar. Sin embargo, con mayor perseverancia que cualquier otro nacionalsocialista concibió y brindó al régimen de exterminio del Tercer Reich una teoría, aquella «nobilísima idea» con la que todavía soñaba en la prisión de Nuremberg. No llegó a convertirse en político y tampoco en fundador religioso; con todo, a la justificación seudocientífica y seudorreligiosa de aquella política de poder contribuyó más que la vieja y la nueva guardia. El círculo terminó, pues, por cerrarse: en 1918 llegaba del Báltico a Munich un estudiante de arquitectura fracasado, «un hombre plenamente entregado al arte, la filosofía y la historia, que jamás pensara mezclarse en política» [64]. Como ideólogo, no como político, entró en la historia de los aventureros políticos que allí encontró.

Joseph Goebbels (1897-1945) se incorporó más tarde al «movimiento». Su carrera en las jornadas de lucha y, sobre todo, su posición en el Tercer Reich se basaron en la enorme importancia concedida por Hitler desde un principio a la propaganda. Goebbels fue un talento de la propaganda. El nacionalsocialismo le debe principalmente a él el hecho de que la idea caudillista tuviera tan enorme eco y de que la movilización de las masas se lograra con tanta eficacia. Sólo así pudo convertirse Hitler en una especie de divinidad y sólo así se explica el surgimiento de un sistema de poder que, en gran parte, descansaba en un «consensus» manipulado más que en la simple amenaza o coacción. El culto del «Führer» y las modernas técnicas propagandísticas actuaron conjuntamente, fundamentando y canalizando la avalancha registrada a partir de 1929 y el abrumador «consensus» desde 1933. El punto fuerte de Goebbels no radicó en sus propias convicciones sino en la manipulación de las convicciones de los demás. El mismo se adaptó no pocas veces a situaciones diversas, incluso después de su gran conversión al bando de Hitler. En el diario de estos meses se aplica a sí mismo la denominación de «apóstata» (20 de enero de 1926) y esta capacidad maniobrera se

[64] Rosenberg, *Letzte Aufzeichnungen*. Gotinga, 1955, p. 65.

refleja en su convicción de la total ductilidad de las personas. Todo era susceptible de organización: el júbilo, la confianza, la atmósfera de persecución o de guerra, la capacidad de cambiar de frente, como en 1939, y de resistir en la guerra total.

Su contextura física, su educación católica y el lastre de ser universitario e intelectual supo compensarlo Goebbels —el racionalista en un mundillo de sectarios ideológicos y ramplones irracionalistas— con la labor prestada en el montaje y utilización del aparato propagandístico. A ello se debió ya su carrera como jefe de distrito [*Gauleiter*] del NSDAP en Berlín. En su condición de «Ministro de la Verdad» del régimen se aproximó asombrosamente al modelo de *1984,* de Orwell. También su amor propio y su deseo de renombre fueron una compensación para sus peculiaridades físicas e intelectuales, que le conferían especial relieve entre sus compañeros de la vieja guardia. No pudo llegar ni a soldado ni a combatiente en el cuerpo de voluntarios, pero como movilizador militar e intelectual de las masas encontró un extenso campo de acción para el despliegue de sus dotes particulares y la satisfacción de su ambición. Encaja muy bien en su imagen el hecho de que durante mucho tiempo presumiera de mutilado de guerra y tratara de dar pruebas de su «masculinidad» en una serie de aventuras eróticas. En sus abruptos cambios de la autocompasión al orgullo de sí mismo nos recuerda al joven Hitler. Manteniendo una cínica distancia frente a la realidad, se concentró más que éste todavía en el método exclusivo de la manipulación de las masas y su seducción por la propaganda. En el fondo, carecía de metas y de contenido, como lo demuestra su cambiante posición frente al bolchevismo o su afirmación: «Yo nunca he hecho política propia» [65].

Si Goebbels se mantuvo hasta el final más fiel que los demás a su «Führer», inundando prensa y radio con sus ovaciones y votos de confianza a Hitler, ello fue prueba de que tenía una idea más clara que Göring, Rosenberg, Ribbentrop, Himmler, Ley y Streicher de las consecuencias reales de una derrota. El 14 de noviembre de 1943 se expresaba ya así en su periódico *Das Reich:* «En cuanto a nosotros, ya hemos quemado las naves. Ya no podemos, pero tampoco queremos volvernos atrás. Estamos obligados a dar el máximo y decididos hasta lo último... Entraremos en la historia como los mayores estadistas o como sus mayores criminales». Goebbels dio a su vida, dedicada a la manipulación de la canalla, un repulsivo final. Preocupado por su fama póstuma, asesinó finalmente a sus seis hijos y esposa antes de suicidarse junto con Hitler.

[65] Goebbels, *Kampf um Berlin.* Munich, 1932, p. 39.

En la alta camarilla, *Heinrich Himmler* (1900-1945) encarnó la otra parte del sistema, el aparato de coacción y exterminio. Durante el proceso de asalto al poder desempeñaba todavía un papel secundario. Con el ascenso del Estado de las SS por encima del imperio de Göring y la «Wehrmacht» y en el marco de una progresiva importancia del aparato de la coacción y del terror hubo de convertirse en el hombre más poderoso después de Hitler. Su respetable procedencia social y su burguesa apariencia hacen apenas concebible que este hombre se convirtiera en uno de los mayores criminales de la historia. El mismo se consideró «despiadada espada de la justicia». Indudablemente, representaba, al mismo tiempo, el tipo dominante en la guardia del «Führer» y de las SS: es decir, el pequeño burgués, hinchado de romanticismo, de corte burócrata y pedante, «que en medio del condicionamiento específico de un sistema totalitario accedió a una situación desmedida de poder que le permitió subrayar con sangre todas sus locuras» [66]. Personalidad gris y poco independiente, pero despiadado y extremadamente celoso en la «realización» de los planes: así lo caracterizan la mayoría de cuantos le conocieron. Carl Jacob Burckhardt encontraba a Himmler más misterioso que al propio Hitler, precisamente «por el grado de concentrado servilismo, por su concienzudo carácter un tanto corto de luces y por su inhumano metodismo, acompañado de cierto automatismo» [67].

Nació en Munich. La mansión de sus padres se encontraba en Landshut. Su abuelo fue jefe de la gendarmería. Su padre, católico ferviente, ejerció la profesión de maestro de escuela y durante cierto tiempo la de preceptor de príncipes en Baviera. Himmler, educado en el estilo propio de un Estado jerárquico-autoritario, se convirtió en alumno modelo del Instituto Real (Wilhelmsgymnasium) de Munich. De esta época se conserva su Diario, escrito con minuciosa exactitud. Para la profesión de agricultor, que tanto anhelaba, no se encontraba físicamente preparado. Sin embargo, en la ideología biologista y cuasicampesina de sus SS pudo él, que se consideró siempre un campesino «por su origen, sangre y carácter», trasplantar sus ambiciones de avicultor de los años 20 a la «cría» y exterminio de seres humanos. A través de cierta asociación militar de matiz derechista radical, el alférez Himmler fue a parar a las filas del NSDAP. Durante el golpe de Estado de Hitler estaba, como abanderado, junto a Röhm, cuyo asesinato le dejó el sendero libre a partir de 1934. Al margen de sus aficiones por la herbolaria y la homeopatía, sus

[66] Fest, *op. cit.*, p. 157.
[67] C. J. Burckhardt, *Meine Danziger Mission*. Munich, 1960, p. 124.

facultades político-burocráticas salieron a flote cuando, a principios del año 1929, Hitler le encomendó el mando de las SS. Pronto pudo ampliar a 50.000 hombres (1933) los 300 de un principio. Pero fue el sistemático desarrollo del imperio de la policía lo que habría de situar a Himmler —el verdadero ganador del 30 de junio de 1934— en la cima del régimen en su condición de jefe de las SS. Desde entonces su carrera fue un continuo ascenso: jefe de la policía política en 1935, de toda la policía en 1936, ministro del Interior en 1943, comandante en jefe del ejército de reserva en 1944, de la Agrupación de Ejércitos en 1945. Ciertamente, el establecimiento del Estado de las SS, encarnación del Tercer Reich, no podría concebirse sin las facultades militares y policíacas de Reinhard Heydrich, ex-oficial e íntimo colaborador de Himmler (1904-42). Aun después del asesinato de este frío organizador del imperio de las SS y del exterminio judío (junio de 1942), Himmler siguió engrosando continuamente el poderoso aparato de un Estado total dentro del Estado. Apenas quedó sector en el que no penetrara con sus organizaciones.

Muy característica es la mezcla de extrañísimas locuras (empresa de agua mineral propia, cultivo de hierbas y raíces, culto de Enrique I, Centro de Investigaciones Genealógicas) con un aparato, tan sobrio como minucioso, del terror y exterminio. Era una rara combinación de amor a las plantas y a los animales con el sistemático exterminio de hombres; la idealización del asesinato en masa se conjugaba con un riguroso código del honor. En sus discursos pronunciados ante los jefes de la SS, familiarizados ya con el tema, Himmler consideró el exterminio de masas como «página gloriosa de nuestra historia», «autosuperación hacia una moral superior». «El haber mantenido el decoro en todo ello... nos ha endurecido.» El asesinato en masa se convierte en justicia, mientras que el hurto de un cigarrillo se declara delito merecedor de la pena de muerte: «Pero en general podemos decir que hemos cumplido la tarea más difícil en medio del amor a nuestro pueblo. Y con ello no hemos sufrido daño alguno en nuestro interior, en nuestra alma o en nuestro carácter»[68]. Podrá discutirse sobre si esta perversa moral es la última consecuencia del «idealismo» nacionalsocialista o la locura de un maestro de escuela charlatán. Pero el hecho de que tales ideas, que normalmente se encuentran relegadas a un rincón de la sociedad, envenenasen a tantos y llegaran a conquistar un poder ilimitado, y de que su exponente creyese hasta el último momento poder salvar su piel a base de negociaciones con el Congreso Mundial Judío, an-

[68] Discurso en Posen, 4 de octubre de 1943: *Nürnberger Dokumente*, t. XXIX, pp. 122 y 145.

tes de intentar huir disfrazado, todo ello demuestra la carencia de límites políticos y, al mismo tiempo, la ofuscación ideológica del totalitarismo nacionalsocialista, aunque también la interna debilidad de la sociedad que sucumbió a él.

Martin Bormann (1900-?) accedió a los más altos puestos de esta «élite» sólo después de que desapareciera Hess de la escena. También él fue la sombra de Hitler, aunque dotado de un poder mucho mayor al lado de un «Führer» que envejecía lentamente y obsesionado por la idea de la guerra. Fue siempre el funcionario situado en segundo plano cuya verdadera influencia tan sólo conocían sus allegados más íntimos, el hombre encargado de manejar los contactos, cada vez más escasos, de Hitler con el mundo exterior, el burócrata gris pero imprescindible de quien Hitler habló como su «camarada más leal». Trevor-Roper ha comparado el papel, tan difícilmente determinable en el plano institucional, de Martin Bormann —que encarnaba ya la fase poshitleriana— a la posición de poder de Stalin poco antes de la muerte de Lenin [69]. Aquel pequeño burgués de Sajonia, tan robusto como gris, hijo de un funcionario de correos y primer sargento del ejército, fue administrador de una granja en Mecklenburg y luego cajero en el cuerpo de voluntarios de Rossbach. Por instigador en el asesinato de un maestro —acción en la que participó también Rudolf Höss, más tarde comandante del campo de concentración de Auschwitz— Bormann tuvo su primer encuentro con la cárcel y también con Hitler. Su ascendente carrera como administrador del partido y hábil secretario discurrió de modo desapercibido, aunque con unos objetivos bien definidos. En julio de 1933 se convirtió en el segundo hombre después de Hess en la central del partido, asumiendo el cargo de jefe de la plana mayor y del Reich en el NSDAP. Su posición la conquistó a base de manipular los planes de negocios y la distribución de atribuciones a costa de los jefes ya veteranos del partido. Cuanto menos respondía Hess a las tareas cada vez más imponentes de la central del partido, tanto más imprescindible se hacía para Hitler aquel escrupuloso racista y enemigo de la Iglesia, hombre aplicado, ni fumador ni bebedor.

Entre sus rivales de la «élite» nacionalsocialista era una figura odiada y entre los «fieles» de Hitler, tales como Rosenberg y Franck, se le consideraba como el espíritu maligno del «Führer». Mas esto no se debía a su absoluta y brutal carencia de escrúpulos —terreno en el que todos se disputaban la palma— sino al hecho de que poco a poco fue controlando todos los accesos al «Führer». Así, mediante

[69] *Hitlers letzte Tage, op. cit.*, p. 47.

una organización fría y técnica y el control práctico del poder, llegó a rebasar a los grandes de la época del asalto revolucionario al poder. No quería representar nada, sino tan «sólo» dirigir un despacho, indudablemente el de máxima categoría desde su nombramiento como secretario del «Führer» (1942), auxiliado de personal propio y dependiente de él. Era el prototipo del funcionario, poderoso por el cargo que desempeña. Y también el prototipo del burócrata que remite a su entusiasta esposa, madre de diez hijos y miembro del partido, las cartas de su querida para que las archive [70]. El futuro del Tercer Reich estaba sentenciado de antemano por la posición de poder de tales criminales de oficina. En lugar de —como se expresara en carta a su mujer (2-4-45)— «descender, como antaño los viejos nibelungos, a la sala del Rey Etzel», Bormann desapareció, tras el suicidio de Hitler, tan calladamente y de incógnito como surgiera doce años antes.

[70] Josef Wulf, *Martin Bormann-Hitlers Schatten*. Gütersloh, 1962, p. 20; Trevor-Roper (ed.), *The Bormann Letters*. Londres, 1954.

GLOSARIO DE SIGLAS Y TERMINOS ALEMANES

AHS: Adolf Hitler Schulen (Escuelas Adolfo Hitler).
ANSCHLUSS: Anexión (en el vocabulario nacionalsocialista este término se aplicaba especialmente al caso de Austria).
AO: Auslandsorganisation (Organización en el Extranjero).
ASTA: Allgemeiner Studentenausschuss (Comisión General de Estudiantes).
BHE: Bund der Heimatvertriebenen und Entrechteten (Partido de los Refugiados).
BK: Bekennende Kirche (Iglesia Confesional).
BVP: Bayerische Volkspartei (Partido Popular Bávaro).
CDU: Christlich-Demokratische Union (Unión Cristianodemócrata).
CSU: Christliche-Soziale Union (Unión Cristianosocial).
CV: Christlicher Verein (Asociación Cristiana).
DAF: Deutsche Arbeitsfront (Frente Alemán del Trabajo).
DAP: Deutsche Arbeiterpartei (Partido Obrero Alemán).
DC: Deutsche Christen (Cristianos Alemanes).
DDP: Deutsche Demokratische Partei (Partido Demócrata Alemán).
DHV: Asociación Germano-Nacional de Dependientes.
DNSAP: Deutsche Nationalsozialistische Arbeiterpartei (Partido Obrero Nacionalsocialista Alemán).
DNVP: Deutsche Nationale Volkspartei (Partido Populista Nacional Alemán).

DP: Deutsche Partei (Partido Alemán).
DRP: Deutsche Reichspartei (Partido Alemán del Reich).
DSP: Deutschsozialistische Partei (Partido Socialista Alemán).
DVP: Deutsche Volkspartei (Partido Populista Alemán).
FDP: Freie Demokratische Partei (Partido Liberal Demócrata).
FÜHRER: Caudillo, jefe.
GDP: Grossdeutsche Partei (Partido Panalemán).
GESTAPO: (Ge)heime (Sta)ats(po)lizei (Policía Secreta del Estado).
HJ: Hitler-Jugend (Juventudes Hitlerianas).
HSSPF: Hoch SS— und Polizeiführer (Altos Jefes de Policía y de las Escuadras de Protección (SS).
ISK: Internationaler Sozialistischer Kampfbund (Liga de Combate Internacional Socialista).
KPD: Kommunistische Partei Deutschlands (Partido Comunista Alemán).
LANDTAG: Länder (Organo legislativo integrado por las representaciones de los Estados federados alemanes).
NDP: Nationaldemokratische Partei (Partido Nacionaldemócrata).
NSBO: Nationalsozialistische Betriebszellenorganisation (Organización Nacionalsocialista de células empresariales).
NSDAP: Nationalsozialistische Arbeiter-Partei (Partido Obrero Alemán Nacionalsocialista).
NSDSTB: Nationalsozialisticher Deutschen Studenten-Bund (Liga Nacionalsocialista de Estudiantes Alemanes).
NSKD: Nationalsozialistische Kampfgemeinschaft Deutschlands (Comunidad Nacionalsocialista Combativa de Alemania).
NSKK: Nationalsozialistische Kraftfahrerkorps (Cuerpo Motorizado Nacionalsocialista).
OKH: Oberkommando des Heeres (Mando Superior del Ejército).
RDA: Deutsche Demokratische Republik (DDR) (República Democrática Alemana).
REALPOLITIK: Política realista o de realidades.
REICH: Deutsches Reich (Imperio; Alemania del nacionalsocialismo).
REICHSTAG: Parlamento alemán federal.
REICHSWEHR: Ejército alemán de 1919 a 1935.
RFSS U CHDDTPOL: Reichsführer der SS und Chef der Deutschen Polizei (Jefe Nacional de las Escuadras de Protección y Jefe de la Policía Alemana).
RGO: Revolutionäre Gewerkschaftsorganisation (Organización Sindical Revolucionaria).
RKF: Reichskommisar für die Festigung des Deutschen Volkstums (Comisario del Reich para el Fortalecimiento de la Alemanidad).

RSHA: Reichssicherheitshochamt (Central de Seguridad del Reich).
SA: Sturmabteilung (Sección de Asalto).
SD: Sicherheitsdients (Servicio de Seguridad. Organo policíaco de control dentro del partido nacionalsocialista).
SED: Sozialistische Einheitspartei Deutschlands (Partido Socialista Unificado de Alemania).
SPD: Sozialdemokratische Partei Deutschlands (Partido Socialdemócrata o Partido Socialista Alemán).
SRP: Sozialistische Reichspartei (Partido Socialista del Reich).
SS: Schutzstaffel (Escuadras de protección).
STAHLHELM (SH): Cascos de Acero, Liga de Combatientes.
USPD: Unabhängige Sozialdemokratische Partei Deutschlands (Partido Socialdemócrata Independiente).
VB: Volksbeobachter (Organo periodístico del nacionalsocialismo).
VVV: Vereinigten Vaterländischen Verbänden (Unión de Grupos Patrióticos).
WAFFEN-SS: Escuadras Militares de Protección.
WERHMACHT: Ejército alemán de 1935 a 1945.

Alianza Universidad

Volúmenes publicados:

1. H. G. Johnson, M. Bronfenbrenner y F. D. Holzman, G. L. S. Shackle, E. J. Mishan:

   Panoramas contemporáneos de la teoría económica
   I. Dinero, interés y bienestar

2. F. H. Hahn, R. C. O. Matthews, H. B. Chenery, J. Bhagwati, J. R. Mayer:

   Panoramas contemporáneos de la teoría económica
   II. Crecimiento y desarrollo

3. H. A. Simon, R. Dorfman, J. R. Hicks, R. Ferber, A. R. Prest y R. Turvey:

   Panoramas contemporáneos de la teoría económica
   III. Asignación de recursos

4. Enrique Ballestero:

   Principios de economía de la empresa

Karl Dietrich Bracher

La dictadura alemana/2

Génesis, estructura y consecuencias del nacionalsocialismo

Alianza Universidad

Durante el período posterior a la I
sido numerosos los trabajos monog
dose de la apertura de los archivo
brimiento de nuevas fuentes docum
a fondo aspectos parciales —limitados tanto temática como temporalmente— de la GENESIS, ESTRUCTURA Y CONSECUENCIAS DEL NACIONALSOCIALISMO. Había llegado ya el momento de que esas aportaciones fueran recogidas, confrontadas y ordenadas en una obra de conjunto; tal ha sido el logro de KARL DIETRICH BRACHER en LA DICTADURA ALEMANA, completo cuadro (editado en dos volúmenes por razones técnicas) de un sistema de dominación hondamente enraizado en la tradición antidemocrática del imperio germánico y difícilmente homologable con los fascismos europeos. La acogida de los especialistas no ha podido ser más calurosa: para Allan Bullock es «un resumen magistral y una armoniosa síntesis de veinte años de investigaciones y trabajos»; en opinión de George L. Mosse «este análisis, el más ecuánime y equilibrado hasta ahora escrito, nos permite confrontar la totalidad de la experiencia nazi». En efecto, la conjugación de la exposición histórica y el análisis sistemático permite dar cuenta de los momentos decisivos del fenómeno estudiado: la centripetación de los grupúsculos antisemitas y nacionalistas en torno a Hitler, la formación del partido nazi, la conquista de una base social y electoral, el establecimiento de alianzas y vínculos con la derecha tradicional y los grupos financieros, la toma del poder, la preparación y desarrollo de la guerra, las supervivencias del nacionalsocialismo en la Alemania federal.

Alianza
Editorial

Cubierta Daniel Gil / Fotografía Francisco Ontañón

Alianza Universidad

Karl Dietrich Bracher

La dictadura alemana, II

Génesis, estructura y consecuencias del nacionalsocialismo

Versión española de
José A. Garmendia

Alianza
Editorial

Título original:
Die deutsche Diktatur
Entstehung, Struktur, Folgen des
Nationalsozialismus

© 1969 by Verlag Kiepenheuer & Witsch, Köln, Berlin
© Ed. cast.: Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1973
Calle Milán, 38; ☎ 200 0045
ISBN 84-206-2995-2 obra completa
ISBN 84-206-2066-1 tomo II
Depósito legal: M. 35.584 - 1973
Impreso en Ediciones Castilla, S. A., Maestro Alonso, 21. Madrid
Printed in Spain

INDICE

Tomo I

Dedicatoria 9

Prólogo 11

1. Antecedentes 13

Sobre el problema de las premisas históricas del nacionalsocialismo, 13.—Trasfondo europeo, 18.—El problema del Estado alemán, 30.—Conciencia etnicista y alemana, 37.—Del nacionalismo al nacional-imperialismo, 44.—El papel del antisemitismo, 51.—Antesala del año 1933, 67.

2. Génesis del movimiento nacionalsocialista 73

Antecedentes austríacos, 73.—Adolfo Hitler, 82.—Problemas de la revolución y la República, 95.—Inicios del NSDAP, 111.—El ascenso de Hitler, 126.—Agitación y organización, 134.—Baviera y el Reich en crisis, 141.—El golpe de Hitler, 149.

3. El nuevo partido en las «jornadas de lucha» 167

Fuerzas y tendencias 1924-1928, 167.—«Mein Kampf» y un nuevo comienzo, 173.—Estructura del nuevo partido, 178.—Ideología y propaganda, 193.—Hacia un partido de masas de clase media, 207.—El triunfo de 1929, 216.

4. La marcha al poder 228

Crisis de la democracia, 229.—La táctica nacionalsocialista antes de la toma del poder, 242.—Consideración de paso: la «revolución legal», 258.—El camino hacia la dictadura, 268.—Sociedad conformada y Estado de partido único, 288.

5. El desarrollo del Tercer Reich 306

El Estado y el partido, 307.—El Ejército y la Segunda Revolución: culminación del proceso de asalto al poder, 317.—«Weltanschauung» y coordinación ideológica, 331.—La nueva educación y la nueva ciencia, 347.—La «élite» nacionalsocialista, 363.

Tomo II

6. Política exterior: entre la revisión y la expansión 9

Táctica y objetivos en transición, 9.—Penetración en la política internacional, 20.—Los preparativos de la expansión, 30.—Camino de la guerra, 39.—Estructura de la política exterior nacionalsocialista, 51.

7. Movilización interna y oposición 64

Cambio económico y social, 64.—El principio caudillista y el Estado, 77.—Terror y totalitarismo: el desarrollo del Estado de las SS, 90. Persecución y privación de derechos, 106.—La izquierda y los problemas de la oposición, 115.—Las Iglesias y la oposición, 126.—Entre la oposición militar y la civil, 141.

8. El sistema de dominación en la guerra 153

La guerra y sus objetivos, 153.—El sistema de dominación y aniquilamiento, 165.—El asesinato de judíos, 180.—Planes de la oposición en la guerra, 193.—El 20 de julio y sus prolegómenos, 210.

9. Caída y continuidad del nacionalsocialismo 231

Ultimas jornadas del régimen de Hitler, 231.—Extremismo de derecha en la segunda democracia, 241.—El NDP, ¿un nuevo empeño?, 253. Alemania y el nacionalsocialismo, 266.

La leyenda Speer 283

Bibliografía 287

Capítulo 6

POLITICA EXTERIOR: ENTRE LA REVISION Y LA EXPANSION

Táctica y objetivos en transición

Desde sus comienzos, la política exterior del Tercer Reich se encuentra presidida por las convicciones ideológicas y objetivos del nacionalsocialismo. Pero el requisito previo más importante consistía por de pronto en asegurar hacia el exterior la toma del poder y conseguir la aprobación de la población, así como la colaboración del Ministerio del Exterior, presidido por un Neurath conservador. El mando nacionalsocialista se sirvió para ello de una doble táctica. Trató de calmar los ánimos, manifestó una voluntad de negociación y aspiró al reconocimiento internacional. Al mismo tiempo, comenzó la táctica de la amenaza dosificada, de las acciones sorpresivas y los hechos consumados. Gracias a la combinación de ambos métodos, la política exterior nacionalsocialista pudo superar con éxito un peligroso período inicial, para luego, desde una sólida posición de poder en el interior y un potencial militar y bélico-económico ampliado, conseguir a partir de 1935 la violenta salida al exterior en el marco de una política defensiva y de alianzas.

Así, la opinión tan difundida de que, hasta 1938, Hitler impulsó por medios pacíficos una política revisionista justificada y completamente razonable, adolece del mismo engaño que tanto allanara el camino a la toma pseudolegal del poder en el interior. Los exalta-

dos discursos de paz del «Führer» alimentaron la ilusión de que, en el marco de las responsabilidades gubernamentales, Hitler se tornaría razonable y no volvería a las demandas, tan diletantes como desmedidas, de las jornadas de lucha. Ciertamente, la política de «appeasement» (apaciguamiento), que determinó la conducta de las potencias occidentales hasta el mismo umbral de la guerra, descansó —con consecuencias tan fatales como las de las ideas apaciguadoras de la política interior de Weimar— sobre la creencia en la posibilidad de una contención pacífica de la dinámica nacionalsocialista. Hitler siguió con elasticidad, aunque con empeño, el camino que habría de conducir gradualmente a la libertad de negociaciones, a la revisión total del Tratado de Versalles y, finalmente, a la expansión hegemónica.

Pronto pudo apreciarse esta trayectoria. Los primeros objetivos fueron la destrucción de la Sociedad de Naciones a base de diversos actos aislados, el aislamiento de Francia mediante un frente aliado con la Italia fascista y la Inglaterra «germánica», al mismo tiempo que empezaba a elaborarse la Gran Alemania con la anexión de Austria. Hitler no perdió de vista un solo momento el programa original de *Mein Kampf:* en primer lugar, puesta a punto del Estado nacional y revisión del Tratado de Versalles, aunque no una mera restauración del Reich bismarckiano, sino la realización de un «Estado populista» que establezca «una sana relación vital entre la cifra demográfica y el crecimiento del pueblo, por una parte, y la cantidad y calidad de bienes raíces por otra». Según la ideología geopolítica y racista de Hitler, un «pueblo escogido» y de alto precio, como el germano-alemán, debe disponer de suficiente «espacio vital» en el plano de la política militar y alimenticia: «Con ello, los nacionalsocialistas hacemos tabla rasa de la política exterior de antes de la guerra. Nosotros comenzamos allí donde se terminó hace seis siglos. Frenamos el eterno desfile germánico hacia el sur y occidente de Europa y volvemos la mirada hacia las tierras del Este. Ponemos ya punto final a la política colonial y comercial de antes de la guerra y emprendemos la política del suelo del futuro. Al hablar hoy una vez más del suelo en Europa, tan sólo podemos pensar en Rusia y los Estados satélites de ella...» [1].

De forma más clara y detallada que el mismo programa del partido, elaborado en función del revisionismo propio de una Gran Alemania, el imperialismo de *Mein Kampf,* de base geopolítica y racial, constituyó el norte de una inmutable política del espacio vital, tan sólo disfrazada en ocasiones y por razones tácticas. En esen-

[1] Hitler, *Mein Kampf,* pp. 728, 742.

cia, se proclamaba la fusión de los principios nacional e imperial en el marco de reivindicaciones de expansión y dominio de la raza germánica. Estos mismos objetivos presidieron también el «segundo libro» de Hitler (1928), que, por razones tácticas, no fue publicado entonces. Pero se manifiestan con toda claridad en las conversaciones —recogidas por Hermann Rauschning— que Hitler sostuvo en un círculo de allegados íntimos. Parece que aquí Hitler llegó incluso a sostener que el nacionalismo no era más que la fachada y el instrumento para la movilización de una opinión pública retrasada, pero que detrás se escondía el principio, más profundo y preñado de futuro, de la lucha de razas como norma de la configuración del mundo, determinante de la gran reordenación del porvenir [2].

Se ha apuntado que la continuidad y conformidad de la ideología de *Mein Kampf* con la política racial y religiosa y también con la propaganda es algo indiscutible, en tanto que la política exterior del nacionalsocialismo se desvía considerablemente de aquella línea [3]. Desde el punto de vista táctico, esto puede ser verdad en algunas fases determinadas. Ciertamente, Hitler no pudo conseguir su ambicionado pacto con Inglaterra y evitar así la guerra en dos frentes, tan temida. Por ello, nada tiene que ver con la línea general seguida por la política. Pese a todos los obstáculos, persiguió la alianza con Italia y el aislamiento de Francia; y hasta las sinuosidades tácticas de 1939, aquella línea fue consistente para la opinión pública, al mismo tiempo que fiel a los objetivos de *Mein Kampf*. Como se desprende de las *Hitlers Tischgespräche* [Diálogos de sobremesa, de Hitler], 1941-42, durante la misma guerra volvieron a apreciarse de modo claro y definitivo las verdaderas intenciones. Hitler mantuvo dicha postura con una insistencia maniática hasta su trágico final en el refugio de la Cancillería del Reich.

Así, nunca dejó lugar a dudas que la política totalitaria en el interior estaba al servicio de la nueva política exterior. Antes y después de 1933 —por ejemplo, en enero de 1932, durante el conocido discurso pronunciado en el Club de la Industria de Düsseldorf, así como en diversas conferencias ante generales, funcionarios del partido, magnates de la economía y escritores— Hitler asignó a su política nacionalsocialista la misma función: crear los supuestos psíquicos, militares y organizativos para las correspondientes operaciones en política exterior. En la medida en que estos objetivos repercutían a su vez en el desarrollo mismo del sistema de dominación, la indisoluble vinculación de las políticas interior y

[2] Hermann Rauschning, *Gespräche mit Hitler*. Zurich, 1940, p. 218. La autenticidad de este testimonio es, sin embargo, dudosa.

[3] Werner Maser, *Hitlers Mein Kampf, op. cit.*, pp. 159, 177.

exterior constituyó una característica fundamental del totalitarismo nacionalsocialista. Al respecto, el fenómeno de la «revolución permanente» (Sigmund Neumann) desempeñó un papel importante. La práctica totalitaria persigue mantener a la población bajo la constante presión de grandes éxitos y acontecimientos, distraerla de la coacción interna a través de la esperanza de una expansión exterior y compensar la pérdida de libertad a base de acrecentar continuamente la conciencia mesiánica y revolucionaria.

Los inicios de la política exterior nacionalsocialista estuvieron enmarcados en la difícil transición de la conducta moderada de Weimar a la política de gran potencia. Ya durante la reunión del 3 de febrero de 1933 con diversos jefes militares era Hitler consciente de los peligros que encerraba este paso a la futura política de la «conquista de nuevo espacio vital en el Este y su sistemática germanización». Si es verdad que Francia tiene estadistas, «no se hará esperar, sino que caerá sobre nosotros (posiblemente con los satélites del Este)» [4]. Gracias a la táctica defensiva de 1933-34 pudo superarse este peligroso período de preparación y detener la amenaza de diversos contragolpes. Para ello se trató de no violentar exteriormente el curso revisionista practicado por Weimar. En consecuencia, se trató al Ministerio de Asuntos Exteriores con la máxima deferencia. Por deseo de Hindenburg, siguió como titular Konstantin Neurath, que también lo fuera con Papen y Schleicher. Las misiones diplomáticas en el exterior continuaron sin grandes cambios y recibieron como tarea especial la de disipar todos los temores extranjeros. Sin embargo, pronto se puso de manifiesto que el mismo Neurath empezó a apoyar la política hitleriana no sólo en el Gobierno, sino también en el marco exterior, contribuyendo incluso al endurecimiento del curso revisionista.

Esto atañe en especial a la primera embestida de la política revisionista del nacionalsocialismo, a la nueva intervención en el problema del rearme y la ruptura con la Sociedad de Naciones en otoño de 1933. Sin embargo, también aquí la pseudocontinuidad personal y táctica de la política exterior alemana —contrapartida de la táctica de la revolución legal— logró salir al paso de la crítica de dentro y fuera del país. Al igual que en la cuestión austríaca y polaca, el Tercer Reich supo salvar el inicial endurecimiento de la situación y la amenaza de aislamiento, consiguiendo dar al traste con un frente potencial enemigo. En todo ello desempeñó cierto papel el hecho de que, por una parte, se recogiera y prosiguiera la orientación de

[4] *Notizen des General Liebmann aus den Befehlshaberbesprechungen 1933-1935.* Instituto de Historia Contemporánea (Munich).

Weimar en política exterior y de que, por otra, el retroceso de la política de «apaciguamiento» dejase un amplio campo de acción para el despliegue de los avances nacionalsocialistas. El problema relacionado con la reparación de daños de guerra había quedado prácticamente resuelto en la Conferencia de Lausana (1932). Y las negociaciones sobre desarme e igualdad de derechos podían continuarse a partir de la favorable posición en que las dejara el gobierno de Schleicher. Hitler permitió que siguieran su curso normal. A las objeciones de algunos activistas del nacionalsocialismo respondió Hitler que «en primer lugar, tendría que convertir al nacionalsocialismo a toda Alemania, lo cual duraría unos cuatro años. Sólo entonces podría ocuparse de política exterior» [5]. Y subrayó esta postura a lo largo de la serie de discursos pacifistas pronunciados en el Reichstag del 23 de marzo al 17 de mayo de 1933. La recompensa fue la iniciativa de Mussolini relacionada con un pacto cuatripartito entre Inglaterra, Francia, Italia y Alemania. Aunque nunca llegara a ratificarse, dicho pacto significaba el reconocimiento tácito del régimen nacionalsocialista y su admisión en el club de las grandes potencias. Lo cual equivalía, al mismo tiempo, a dejar a un lado el principio universalista de la Sociedad de Naciones en beneficio de la tradicional política imperialista.

Entretanto, el proceso de revisión del sistema de Versalles seguía sobre ruedas, al tiempo que se afianzaba la posición internacional del Tercer Reich por el Concordato con el Vaticano. Sin embargo, ya entonces se anunciaba la ruptura con la Sociedad de Naciones. Las razones externas fueron el endurecimiento de la postura francesa ante el rearme secreto de Alemania y las críticas de la Sociedad de Naciones a la política nacionalsocialista practicada con emigrantes y judíos. En realidad, fue el ejemplo de la salida del Japón de la Sociedad (mayo de 1933) lo que impulsó a Hitler al abandono del marco de negociaciones multilaterales, ciertamente penoso, para acceder a las libertades de la política bilateral y dar margen de acción a sus propios objetivos. La salida de la Sociedad de Naciones (14 de octubre de 1933), precedida de casi quince años de antipropaganda, podía contar con grandes simpatías en Alemania. De acuerdo con el nuevo estilo —estrecho engranaje de las políticas exterior e interior—, este primer gran paso en política exterior fue convenientemente aprovechado para celebrar, en medio de un enorme despliegue propagandístico y el decidido apoyo de círculos no nacionalsocialistas, incluido el episcopado católico, el primer gran plebiscito «unánime» del régimen (12 de noviembre de 1933).

[5] Rudolf Nadolny, *Mein Beitrag*. Wiesbaden, 1955, p. 130.

La salida de la Sociedad de Naciones fue un acontecimiento de enorme trascendencia. Se rompía así con la consecuente continuación del curso de Stresemann, iniciándose la política exterior propia y personal de Hitler, respaldado, naturalmente, por el apoyo prestado a este primer golpe por parte de Neurath y, en general, el Ministerio del Exterior. Murió de este modo la idea del desarme y, en cambio, no se disimuló ya el deseo de rearme, que desde los comienzos había presidido la política nacionalsocialista. Sin embargo, tanto ahora como en los sucesivos golpes nacionalsocialistas pudo ponerse de manifiesto una importante circunstancia: Londres y París no fueron capaces de elaborar una reacción conjunta, al tiempo que los titubeos italianos dieron al traste con la posibilidad de un frente común. En Inglaterra había círculos influyentes que tomaban en serio las reivindicaciones de Hitler de servir como «bastión contra el comunismo» o que contaban con la posibilidad de desviar hacia el Este —en conformidad con los mismos planes del nacionalsocialismo— las consecuencias de un rearme alemán, considerado ya inevitable. Era una situación parecida a la de la política belicista de Japón, que ataba a Rusia al Lejano Oriente. Cierto es que tales ideas nunca tomaron cuerpo en el plano concreto; sin embargo, ejercieron una callada influencia en el curso de la política de apaciguamiento y en el descuido de los intereses rusos, al menos en la Conferencia de Munich. Esta circunstancia, convenientemente exagerada, pudo utilizarla luego Moscú para justificar el pacto Stalin-Hitler de 1939.

En todo caso, la oposición a la táctica de la amenaza y del asalto por sorpresa, que ahora empezaba a reemplazar al revisionismo pacífico, tuvo mucho menos fuerza de lo que se esperaba. Al concederle a Hitler en breve plazo lo que tanto tiempo se denegara a Weimar, la política de apaciguamiento contribuyó al afianzamiento y fortalecimiento del régimen, tanto dentro como fuera. Lo trágico de aquella política fue que en su empeño por mantener la paz y esperando contener al nacionalsocialismo a base de la oportuna revisión de posiciones insostenibles, lo único que hacía era alimentar el orgullo personal de Hitler, confirmar lo «correcto» de sus arriesgadas resoluciones ante las posibles dudas existentes en Alemania y dar a la política nacionalsocialista nuevos ánimos para futuras incursiones. Desde la ruptura con la Sociedad de Naciones, final del período de las continuas tomas de contacto, la diplomacia fría y razonable fue cediendo gradualmente terreno a la impetuosa, arbitraria e instintiva política de Hitler, que, al parecer, siempre acababa por imponerse por sus éxitos frente a los vacilantes tradicionalistas del Ministerio del Exterior.

También en la reorientación de la política del Este, segundo capítulo importante del curso nacionalsocialista, pudo observarse pronto el paso de la línea tradicional a la estrategia del ataque por sorpresa. Con la normalización de las relaciones germano-soviéticas en los tratados de Rapallo (1922) y Berlín (1926) y gracias a la cooperación económica y militar, la República de Weimar había tratado de formar una especie de contrapeso al frente de Versalles de las potencias occidentales. Todas las objeciones de tipo ideológico-político se relegaron a un segundo plano y hasta los mismos medios militares y conservadores vieron con buenos ojos la cooperación de los dos Estados aislados y derrotados en la guerra. A todo ello era preciso añadir el miedo a Polonia o, mejor dicho, a una posible acción envolvente franco-polaca, así como el deseo de liquidar el pasillo polaco y, por parte rusa, las reivindicaciones de los territorios polacos del Este, perdidos en 1920. Algunos militares y geopolíticos esgrimieron incluso argumentos estratégicos e históricos en favor de una repartición germano-rusa de Polonia. No sólo Alfred Rosenberg sino también Seeckt eran partidarios de esta línea, que en 1939 habría de ser provisionalmente una realidad. Pero al igual que Brüning y Schleicher, el gobierno de Hitler tenía que partir de la base del potencial peligro de una intervención polaca o de un frente franco-polaco contra una Alemania (todavía) desarmada. Ciertamente, la cooperación entre la «Reichswehr» y el Ejército Rojo fue desmontándose gradualmente a lo largo del verano de 1933. Sin embargo, ambos bandos procedieron, en un principio, con suma cautela. Hitler excluyó expresamente de su propaganda anticomunista el tema de las relaciones con la Unión Soviética. Stalin, por su parte, insistió en el mantenimiento de los lazos económicos, renunciando consecuentemente a prestar auxilio eficaz a un comunismo alemán oprimido y a criticar públicamente el régimen nacionalsocialista. Sin tantas dificultades y con mayor rapidez que durante la época de Weimar se procedió a principios de mayo de 1933 a la renovación del Tratado de Berlín (caducado ya en 1931)[6].

El hecho de que precisamente Moscú fuera el primer aliado internacional del Tercer Reich demuesta —al igual que el Pacto Stalin-Hitler de 1939— el poco peso de la tesis del nacionalsocialismo como baluarte contra el comunismo y también la habilidad con la que los Estados totalitarios supeditan las diferencias ideológicas más extremas a su política de intereses. Tampoco en este terreno duró mucho tiempo la línea seguida anteriormente por la república de

[6] Karlheinz Niclauss, *Die Sowjetunion und Hitlers Machtergreifung*. Bonn, 1966, p. 85.

Weimar. Casi al tiempo de volver la espalda a la Sociedad de Naciones, Hitler abandonó la política revisionista tradicional procediendo a un cambio radical de las relaciones con Polonia. Mientras que todavía en marzo de 1933 la actitud prosoviética del Ministerio del Exterior estaba determinada por el miedo a una intervención polaca, pocas semanas después la misma Polonia, autoritariamente gobernada, empezaba a revisar sus anteriores relaciones con la Sociedad de Naciones y con Francia —amenazadas de todas formas por las conversaciones en torno al pacto cuatripartito—, inclinándose a favor del establecimiento de lazos más estrechos con Alemania. Indudablemente, Pilsudski cifraba sus esperanzas en la postura anticomunista y antidemocrática de Hitler. Ambos eran dictadores de derechas, por muy diferentes que pudieran ser sus sistemas. Al mismo tiempo, Varsovia confiaba en que el Mando del Tercer Reich, integrado más bien por elementos austríacos y alemanes meridionales, no seguiría la tradición prusiana de una política germano-rusa a costa de Polonia.

De esta forma, Polonia mostró sumo interés por el viraje con que Hitler y su diplomacia relámpago de cuño propio se impusieron al curso tradicional del Ministerio del Exterior. Una vez más se puso de manifiesto la capacidad maniobrera del régimen totalitario. Por grande que fuera el malestar en los medios militares, diplomáticos y prusiano-revisionistas a raíz del radical cambio de un curso antipolaco a la cooperación germano-polaca, todo discurrió sin contratiempos. También los nacionalsocialistas de Danzig, que entretanto habían accedido al poder, debieron aceptar aquel estado de cosas. En ambos países, la propaganda dirigida no tardó en preparar el escenario del pacto de no agresión del 26 de enero de 1934, que en Alemania fue celebrado como un duro golpe contra la política de los aliados frente al Este. El acuerdo, firmado en principio por diez años, obligaba a la total renuncia a la violencia y al inmediato entendimiento en cualquier problema bilateral. Hitler no respetó, naturalmente, ni este ni otros acuerdos; estos momentos tácticos no afectaron, en absoluto, sus concepciones fundamentales. Por el contrario, tras la retirada de la Sociedad de Naciones, esta abrupta reorientación de la política exterior alemana inauguró esa estrategia de pactos bilaterales que en pocos años habría de destruir todas las esperanzas de una paz colectiva y aislar, finalmente, a los enemigos del Tercer Reich[7].

El reverso de la medalla fue el rápido cambio de rumbo de la Unión Soviética, iniciado ya por la ratificación de un pacto de amis-

[7] Hans Roos, *Polen und Europa*. Tubinga, 1957, p. 108.

tad y no agresión franco-soviético (mayo de 1933). Al punto estalló la guerra de propaganda germano-soviética, hasta entonces reprimida. Diplomáticos tan conscientes de la tradición como los embajadores Nadolny y Schulenburg fueron llamados a sus Ministerios, en tanto que renació la amenaza de un nuevo aislamiento de Alemania cuando el ministro soviético del Exterior Litvínov, no sólo impulsó la orientación de Moscú a Occidente, sino incluso la formación de un frente común contra el nacionalsocialismo. Ciertamente, tanto en Berlín como en Moscú pervivía aún el recuerdo del Tratado de Rapallo. Sin embargo, tras el rápido acercamiento franco-soviético, subrayado por la visita del Primer ministro Herriot a Moscú (septiembre de 1933), acabó por producirse el tan diferido reconocimiento estadounidense de la Unión Soviética; tras la prolongada negativa occidental, Rusia pudo ocupar a finales del 1934 el lugar abandonado por Alemania en la Sociedad de Naciones.

Una tercera iniciativa hizo que el rumbo de la política nacionalsocialista pusiera a la «nueva» Alemania al borde del aislamiento. Nos referimos al endurecimiento de las relaciones con Austria y, al mismo tiempo, con Italia. La política seguida frente a Austria en 1933-34 demostró muy claramente la rápida penetración de puntos de vista ideológicos y la estrecha vinculación de la política interior y exterior. También aquí fue Hitler el primero en abandonar el inicial retraimiento y emprender una manipulación autoritaria de la política exterior. Para aquel austríaco, privado de su nacionalidad en 1925, nada más natural que la tentativa de implantar inmediatamente la revolución nacionalsocialista en Austria y realizar la anexión de aquella nación en el marco de la Gran Alemania. Desde la denegación de una fusión germano-austríaca en los Tratados de París, la meta anexionista no sólo fue acariciada por los medios revisionistas, sino que se convirtió en tema obligado en todos los círculos políticos. La idea «panalemana» no fue una invención nacionalsocialista. Desde finales del viejo Sacro Imperio Germánico, en el movimiento de 1848 y tras la caída de los Habsburgo en 1918, aquella idea fue patrimonio de todos, desde la derecha no monárquica hasta la izquierda socialdemócrata. Claro está que los nacionalsocialistas no entendían la idea del Reich panalemán en el sentido federalista de los demócratas liberales y socialistas. Hitler perseguía la anexión de Austria por la vía de la incorporación obligada y rápida al Estado totalitario nacionalsocialista, no a través de una revisión del Derecho político y del Estado de derecho.

El primer momento de este proceso de anexión se registró en la primavera de 1933, con el apoyo masivo prestado por los nacionalsocialistas austríacos que, pese a su «derecho» de primogenitura,

nunca alcanzaron la fuerza del partido hermano alemán. Esta injerencia en la política interior austríaca fue respaldada por las consiguientes presiones económicas. A las medidas de defensa adoptadas por Viena respondió Berlín con el cierre de fronteras y un boicot general, que debió afectar seriamente al país vecino. Como consecuencia inmediata se produjo un mayor aislamiento alemán con respecto a Francia y, sobre todo, Italia. La política de extorsión y de amenaza de Hitler hizo que el autoritario régimen de Engelbert Dollfuss se aproximara a Mussolini. Tras el establecimiento de una dictadura «austrofascista» según el modelo italiano y con el respaldo de Italia, Dollfuss emprendió la tarea de eliminar del camino a nacionalsocialistas, demócratas, comunistas y, finalmente, socialdemócratas y sindicatos. Sendos acuerdos con Italia y Hungría, así como una serie de solemnes declaraciones de Inglaterra, Francia, Italia (17 de febrero de 1934) subrayaron la independencia e integridad de Austria.

Los nacionalsocialistas se defendieron atacando. Así, el 25 de julio de 1934, poco después de la sangrienta consolidación del régimen de Hitler, Dollfuss fue asesinado por los nacionalsocialistas austríacos, mientras su esposa y sus hijos visitaban a Mussolini. Sin embargo, el proyectado golpe de Estado fracasó, al igual que ocurriera con la aventura hitleriana de 1923; al parecer, la revolución nacionalsocialista sólo era posible por vía «legal». Por parte alemana se negó todo tipo de participación en el asunto. Pero no cabe duda de que la empresa guardó una estrecha relación con la política de Hitler frente a Austria, ni de que los distintos organismos del partido, tanto alemanes como austríacos, trabajaban conjuntamente. El hecho de que Hitler pudiera retirarse del fallido intento y preparar a largo plazo la deseada anexión *(Anschluss)* legal hubo de agradecerlo a los buenos oficios de Papen, mediador oficial. Olvidando el asesinato de sus camaradas más allegados y la pérdida de la Vicecancillería, Papen, el elemento quizá más útil en la tarea de allanar el camino al Tercer Reich, asumió ahora la misión —en su condición de emisario especial del «Führer» y, al mismo tiempo, católico conservador— de apaciguar los ánimos en Viena y de abrir simultáneamente un sendero menos arriesgado para la anexión de Austria. Ya en octubre de 1935 pudo Papen expresarse así ante Hitler: «En fin, el resto podemos confiarlo tranquilamente a un futuro no lejano. Estoy convencido de que el desplazamiento de fuerzas en el escenario europeo nos permitirá pronto ocuparnos activamente de la cuestión de nuestra influencia en el sector suroriental» [8].

[8] *Nürnberger Dokumente.* Dok. D-692 (18-X-1935).

Sin embargo, de momento parecía haberse disipado en la lejanía la posibilidad no sólo del «Anschluss» sino también del viejo plan de Hitler de crear, mediante una estrecha alianza con Italia, un frente común de ambas dictaduras. Las relaciones con Roma, que hasta 1933 habían sido buenas gracias a la rivalidad franco-italiana en el Mediterráneo, se hallaban ahora muy deterioradas. La admiración y simpatía de Hitler por Mussolini, subrayadas por las visitas de Göring y Papen a Roma, chocaron ahora con una fría diplomacia, cuando en junio de 1934 se celebró la primera gran cita de ambos dictadores en Venecia. En lugar de la ambicionada alianza, Hitler tenía ante sí una nueva coalición: Italia-Austria-Hungría. No sólo la política frente a Austria había fracasado, sino que el Tercer Reich parecía encontrarse también aislado en la dirección de Europa meridional y suroriental. La situación llegó a un punto crítico con el desfile de tropas italianas en la zona de Brennero y Carintia el mismo día del golpe de Estado nacionalsocialista en Viena. En enero de 1935 Francia e Italia firmaban igualmente otro acuerdo. De este modo parecía cerrarse el círculo en torno al Tercer Reich, dejando a éste un futuro muy incierto.

Cierto es que la propaganda nacionalsocialista pudo concentrarse, precisamente ahora, en la noticia de un nuevo éxito: la recuperación del Sarre el 13 de enero de 1935. Pero, en realidad, tan sólo había caído una fruta madurada ya por la política exterior de Weimar. El júbilo de muchos por el resultado del plebiscito volvió a demostrar tan sólo el alcance de la sugestión de masas, promovida por la propaganda nacionalsocialista para la legitimación de su política. Esta solución de la cuestión del Sarre no pudo contribuir, según se esperaba, a una mejora de las relaciones franco-germanas y tampoco a un alivio del aislamiento casi total del Tercer Reich.

En realidad, la normalización de las relaciones germano-polacas fue el único éxito de la política exterior alemana en los dos años de transición de la mesa de negociaciones a la estrategia del ataque por sorpresa. Sin embargo, incluso esta empresa condujo a un preocupante endurecimiento de la situación como consecuencia del nuevo rumbo adoptado por Rusia. El lugar de la política revisionista y minoritaria de Weimar —pese a sus posibles fallos en relación con Polonia— fue ocupado ahora por la táctica maquiavélica del momento. Se procedió sin ningún escrúpulo a una reorientación continua de la política exterior y se manipuló a las minorías según los imperativos del momento (por ejemplo, en el caso de Danzig). También aquí se puso de manifiesto el influjo del proceso de «igualación» y de la explotación política de las comunidades alemanas, bien diferentes, por lo demás, en cuanto a su historia, intereses particulares y

estructura, tanto en Polonia como en Checoslovaquia y los Balcanes.

Del estilo propagandístico y de los diferentes documentos del régimen se desprende claramente que la política nacionalsocialista frente a Polonia no fue sino pura táctica provisional. Las relaciones Berlín-Varsovia no constituían base suficiente para desbaratar la constelación de potencias formada en el escenario internacional. La misma conjugación de aquellas relaciones con el viejo plan de una expansión en Ucrania estaba en contradicción con la idea fundamental de Hitler de crear un «espacio vital» coherente en el que Polonia no tendría cabida como unidad autónoma. Cinco años más tarde la política seguida frente a Polonia había dado ya de sí lo suyo: su función, meramente transitoria, de remedio al aislamiento cedió terreno a las verdaderas intenciones de la política nacionalsocialista. Quizá pueda verse en todo ello un éxito desde la perspectiva nacionalsocialista; pero teniendo en cuenta las tradicionales posibilidades de la política exterior alemana y los mismos objetivos de la política de pactos y de revisión del nacionalsocialismo, lo cierto es que el Tercer Reich parecía haber llegado en 1934-35 a un callejón sin salida. Por muy adelantado que pudiera encontrarse el proceso de igualación y el desarrollo del sistema totalitario, no estaba excluida la posibilidad de una repercusión en el interior. Mas pronto se vio cuán ociosos eran tales cálculos. En la primavera de 1935, y en cuestión de pocos meses, tuvo lugar una reagrupación de las potencias europeas. El punto de partida lo constituyeron una serie de medidas de la política de apaciguamiento inglesa y el embarque de Mussolini en la aventura imperial-colonialista. La política exterior nacionalsocialista encontró entonces la salida a su aislamiento, al mismo tiempo que se abría la posibilidad de una constelación germano-italiana de cara a la preparación de la guerra.

Penetración en la política internacional

La base del trascendental giro, que impidió una posible coalición anti-Hitler y liberó al Tercer Reich de la amenaza del aislamiento, fue el primer gran acto de la política de apaciguamiento: es decir, el acuerdo naval anglo-germánico de junio de 1935. Ya en el curso de las negociaciones de desarme Londres había mostrado voluntad de ceder y adaptarse a la situación. A diferencia de París, se inclinaba por admitir la necesidad de una cierta revisión del sistema de Versalles, y dicha inclinación persistió pese a la ruptura de Alemania con la Sociedad de Naciones. La política francesa no podía ignorar tales tendencias, tanto menos cuanto que, al mismo tiempo,

Inglaterra trataba de desentenderse de la problemática del continente europeo con el fin de afincar sus propias posiciones. Al parecer, Londres estaba dispuesto a aceptar la consolidación del régimen nacionalsocialista, así como su progresivo rearme y las manifiestas violaciones de las disposiciones militares del Tratado de Versalles.

El 16 de marzo de 1935 Hitler arriesgó otra acción relámpago. Proclamó el servicio militar obligatorio y dio la señal de partida para el desarrollo de las Fuerzas Aéreas. Este fue el primer atentado importante contra las disposiciones de Versalles. Mientras que Francia e Italia se esforzaban en coordinar una política antigermana, pudiendo contar con el apoyo soviético, Londres respondió a la situación con una serie de negociaciones que terminaron con la firma de un acuerdo sobre el tamaño de las respectivas flotas, aparentemente favorable para Inglaterra. Se creó así una nueva situación. En contra de las resoluciones de la Sociedad de Naciones y sin la debida información a las potencias navales Francia e Italia, Londres prefirió aceptar la política de hechos consumados en lugar de aplicar sanciones contra la violación del Tratado de Versalles. Londres recompensó la acción unilateral de Hitler reconociendo su capacidad de negociación y admitiendo la posibilidad de domesticar el revisionismo a base de concesiones, aunque éstas minaran la misma base del sistema de Versalles.

Más aún. Este acto de la política de apaciguamiento, que indudablemente hizo época y que fue el inicio del fracaso de la política europea frente a Hitler, puso fin al escepticismo de los diplomáticos alemanes ante las acciones relámpago de Hitler. Todo ello aceleró el ascenso de Ribbentrop, incondicional de Hitler, que intervino en las negociaciones de Londres, considerándolas un éxito personal propio. Pero ante todo, Hitler vio ahora confirmada su convicción de que había llegado ya la hora de una táctica más rápida, cuyo éxito no sólo redundaría en beneficio de la política revisionista, sino de la ulterior movilización propagandística del propio régimen. La política revisionista de cuño weimariano quedaba muy atrás. Ahora se abriría paso la política de golpes por sorpresa y comunicados especiales, amenazas y extorsiones. Cada vez pudo ponerse más de manifiesto la vinculación de esta tácnica con la política interna de la dictadura totalitaria.

En todo caso, el acuerdo naval, cuya importancia sintomática excedía con mucho de su contenido real, tenía algunos aspectos positivos. No sólo se satisfacía el deseo de seguridad inglés sino que, al mismo tiempo, se perseguía contener al Tercer Reich en el marco de lo contractual. Naturalmente, se incurrió aquí en un engaño análogo al del Vaticano con la firma del Concordato. No cabe decir lo

mismo del segundo gran acontecimiento —la guerra de Abisinia— que puso en movimiento la política europea y favoreció directamente los propósitos de Hitler. La aventura de Mussolini conmovió profundamente a la Sociedad de Naciones y acabó por unir indisolublemente a la Italia fascista con el Tercer Reich. Aquí y en la subsiguiente guerra civil española surgió la gran constelación que habría de presidir la futura contienda bélica. Junto a nuevos fallos de la política de apaciguamiento se necesitó un solo factor más para hacer de la guerra, según voluntad de Hitler, el desenlace «ineludible»: garantizar provisionalmente la defensa frente a Rusia.

Antes incluso del acuerdo anglo-germano, Mussolini tenía ya muy pensado el precio que debía exigir por su colaboración con la política francesa de contención frente a Alemania: carta blanca en Abisinia. Mientras el frente de seguridad quedaría reforzado por los pactos franco-soviético y checo-soviético (mayo de 1935), el «duce» pensó que había llegado la hora de iniciar la expansión imperial, durante tanto tiempo reclamada. Esta ampliación del imperialismo mediterráneo a un anacrónico imperialismo colonial era la versión italiana del imperialismo continental del «espacio vital» de Hitler. Pese a ello, durante uno de sus grandes momentos de éxito, Hitler se asignaría generosamente Africa Central, mientras que Italia tomaría bajo sus riendas Africa del Norte y Africa Oriental [9].

Al iniciarse la expansión italiana se puso ya de manifiesto la comunidad de intereses de dos naciones tardías frente a potencias coloniales históricamente establecidas. Ambos dictadores convergieron en las demandas de redistribución del espacio vital y de una revisión de la política mundial decimonónica. El hecho de que las ambiciones de Mussolini apuntaran precisamente a Abisinia, que desde 1923 pertenecía a la Sociedad de Naciones con el apoyo mismo de Italia, se remonta a la fracasada tentativa (1893) de una ampliación de las colonias italianas de Eritrea y Somalia. La «crisis» se desencadenó a base del sistema de incidentes fronterizos provocados. De nada sirvieron los intentos de mediación del gobierno francés, que veía en peligro su política de alianzas. Por su parte, Hitler, interesado en un recrudecimiento del conflicto, llegó hasta a apoyar secretamente a Abisinia con el envío de armamento [9a]. París y Londres tan sólo contaban con una alternativa para impedir

[9] Entrevista con Molotov de noviembre de 1940. Cf. Alfred Seidl, *Die Beziehungen zwischen Deutschland und der Sowjetunion 1939-1941*. Tubinga, 1949, p. 254.

[9a] Actualmente véase, sobre todo: Manfred Funke, *Sanktionen und Kanonen, Hitler, Mussolini und der internationale Abessinienkonflikt 1934-36*. Düsseldorf, 1970.

repercusiones en el orden internacional, al menos en relación con Alemania: o el fortalecimiento, a última hora, de la Sociedad de Naciones a base de la adopción de decisivas medidas contra la empresa fascista, o la tolerancia con el fin de ganar a Italia para una política europea de alianzas, que, incluso al margen de la Sociedad de Naciones, podría enfrentarse a Hitler. Ninguna de estas dos posibilidades se llevó a cabo. Pronto pudo evidenciarse cuán distintamente enjuiciaban las potencias occidentales tanto la cuestión abisinia como el problema alemán. En tanto que Inglaterra insistía en un apuntalamiento de la Sociedad de Naciones, Francia trataba de evitar un conflicto, que por fuerza abriría a Hitler nuevas posibilidades.

Tales desacuerdos brindaron a Mussolini mayores oportunidades tácticas y más tiempo para el despliegue de su acción bélica. De nada sirvieron comisiones de investigación y tentativas reconciliatorias, ni tampoco la aparición de la flota inglesa en el Mediterráneo. Entre octubre de 1935 y mayo de 1936 las tropas italianas, dotadas de un potencial muy superior y haciendo uso de gases tóxicos, aplastaron la enconada resistencia de los abisinios. Aquelló significó prácticamente el final de la Sociedad de Naciones. De nada sirvió que se declarara a Italia nación agresora y se dictaran sanciones económicas contra ella. En realidad, lo único que se consiguió fue acelerar las consecuencias europeas de la crisis: pérdida de prestigio de la Sociedad de Naciones y de las dos grandes democracias.

Mussolini pudo jactarse del triunfo sobre «cincuenta naciones» y erigir a su rey en emperador de Abisinia, confirmando así la concepción imperial del fascismo. Quedaba sentado, pues, un ejemplo para la ulterior política de los dictadores; la suspensión de las sanciones y el reconocimiento de hechos consumados demostraban ya en 1936 la efectividad de dicha política.

El verdadero alcance político-mundial del desastre se resumió en el provecho sacado por el Tercer Reich por su salida del aislamiento y la fácil participación en la estrategia de alianzas y en los preparativos bélicos. Cierto que en la misma población alemana no faltaron simpatías por la valerosa resistencia abisinia. Pero la dictaminación de sanciones comportó ciertas ventajas económicas y, al mismo tiempo, Hitler pudo aprovechar el viraje de Italia y la paralización de la Sociedad de Naciones para protagonizar una nueva sorpresa, que afianzaría más aún su posición en Alemania y evidenciaría la impotencia de las potencias occidentales. Siguiendo la táctica, ya consagrada, del golpe por sorpresa, un año después de la proclamación del servicio militar obligatorio y de la creación de las Fuerzas Aéreas se procedió (8 de marzo de 1936) a la ocupación de Renania, zona

desmilitarizada. Esto constituyó no sólo un nuevo golpe contra el Tratado de Versalles, sino una abierta violación del Pacto de Locarno.

De nuevo se manifestó la rápida capacidad de maniobra del régimen totalitario. La política sorpresiva arrolló los cálculos de diplomáticos y militares con la gran fuerza de convicción del éxito, al tiempo que surgía una nueva oportunidad de autoconfirmación plebiscitaria —esta vez, perfecta— del régimen. En las «elecciones al Reichstag» del 29 de marzo de 1936 se consiguió, por primera vez, un porcentaje de ensueño. En efecto, se alcanzó —mejor dicho, calculó— el 99 % de los votos, lo cual demostraba el apuntalamiento del sistema de absoluta dominación en el interior, condición básica para la fuerza en el exterior, según la concepción hitleriana de la relación entre las políticas interior y exterior.

Ciertamente, en ninguno de estos golpes por sorpresa faltó la justificación propagandística. La violación del Pacto de Locarno, que el mismo Hitler reconociera expresamente poco después, se justificó con la ratificación del pacto franco-soviético. Ante el Reichstag y en una de tantas sesiones extraordinarias, colmadas de aclamaciones, Hitler declaró que brindaría a Francia y Bélgica, así como a los vecinos del Este, la firma de pactos de no agresión al estilo del acuerdo germano-polaco. Tal fue la táctica empleada y consagrada hasta 1939: es decir, tras la violación de un tratado, arropar las decisiones «irrevocables» con una serie de nuevas promesas y juramentos de paz. En primer lugar debía reaccionar Francia; de lo contrario, se derrumbaría definitivamente el principio de la legalidad y el sistema mismo de Versalles en su conjunto. De nuevo se produjeron las consabidas protestas y declaraciones, pero una vez más se omitió toda tentativa de recibir a cambio de las concesiones una serie de garantías de seguridad más fiables. Inglaterra pensaba menos todavía en una posible represalia. El ministro del Exterior, Eden, condenó la conducta alemana, aunque, al mismo tiempo, recomendó moderación y evitación de mayores conflictos. Asimismo, una conferencia de las potencias de Locarno protestó en Londres contra la violación del tratado. Sin embargo, todo se redujo a la correspondiente notificación al Tribunal Internacional de Justicia de La Haya y a una serie de acuerdos de garantías recíprocas.

Con este nuevo éxito el Tercer Reich había dado un paso más en el proceso de revisión y en el camino hacia el «nuevo orden» europeo, todo ello en medio de una situación que encerraba una gran peligrosidad para su política de rearme. Indudablemente, aquí se perdió la última gran oportunidad de poner freno a tales tácticas. Podrá discutirse sobre las posibilidades de triunfo de una interven-

ción de las potencias occidentales. Pero lo cierto es que Italia estaba todavía entretenida en sus problemas africanos, las restantes potencias de Locarno estaban aún enfrentadas a Hitler y los recursos alemanes —como lo declaraban los mismos militares germanos— eran todavía insuficientes para una contienda bélica. Evidentemente, el desenlace de esta «semifinal» no se debió únicamente al instinto del momento evidenciado por Hitler. Francia seguía sometida a la presión de una tardía y persistente crisis económica y de movimientos semifascistas en fase de transición a la formación de un gobierno de Frente Popular; el país estaba conmocionado por una ola de huelgas, su armamento se encontrado obsoleto y las disputas en torno a la «alternativa» comunismo o fascismo, que recordaban la agonía de la República de Weimar, confundían a la opinión pública francesa frente al problema alemán. La política francesa, en resumen, concentraba sus esfuerzos en el interior del país.

Entretanto, parecía imponerse progresivamente la superioridad de los regímenes dictatoriales sobre las democracias, interiormente escindidas y debilitadas en su prestigio. Esta situación fue confirmada por la siguiente prueba: la guerra civil española. Con ella se desarrolló esa coordinación casi obligada de los dos grandes dictadores que había comenzado poco después de la guerra de Abisinia. Cierto es que Italia, intentando obtener el reconocimiento de sus conquistas, asistió a la Conferencia de las Potencias de Locarno. Sin embargo, la tentación de seguir explotando el éxito ya conseguido era muy fuerte. Esto hizo que Mussolini, pese a ciertos temores por las aspiraciones de gran potencia del Tercer Reich, se aproximara gradualmente a la línea de Hitler y a su política dirigida contra el «statu quo». Entretanto, se había eliminado el principal obstáculo, la tensión germano-austríaca, gracias a la actividad de Papen. En realidad, el problema de la anexión de Austria fue únicamente aplazado mediante las correspondientes declaraciones de Berlín y Viena el 11 de julio de 1936. Sin embargo, el camino se encontraba expedito para un acercamiento germano-italiano. Esta tendencia fue más manifiesta tras el comienzo de la guerra civil española, que, después de una prolongada serie de conflictos internos, estalló el 17 de julio de 1936 a raíz de un levantamiento del ejército, dirigido por el general Franco y nacido en Marruecos español. La sangrienta contienda, de casi tres años de duración, tuvo un desenlace muy favorable desde el punto de vista del peso conseguido por el movimiento antidemocrático en Europa. España se convirtió en el primer gran campo de batalla de los nuevos bandos políticos e ideológicos. Aquí acabaría por derrumbarse el orden vigente desde el Tratado de Versalles y la constelación de potencias que lo sustentaban.

Antes de estallar la guerra civil, Mussolini había apoyado a los enemigos profascistas de la República española. Aparte de razones de tipo político-ideológico, tal medida venía recomendada por la idea de que el conflicto español y un cambio de régimen contribuiría a reforzar la posición italiana en el Mediterráneo y también frente a Francia. Por el contrario, el gobierno del Frente Popular francés se limitó, pese a sus simpatías por la República española, a una política de no injerencia a la que se adhirieron también Londres y, aparentemente, la misma Roma. Esta postura equivalió de hecho a una equiparación de los rebeldes españoles con el gobierno legal. Pronto pudo ponerse de manifiesto que la comisión para el control de no injerencia, reunida en Londres, tenía tan poca fuerza y autoridad como la política de sanciones practicada un año antes por la Sociedad de Naciones en el conflicto de Abisinia. Italia no desistió de apoyar a los rebeldes con material bélico e incluso con tropas, que difícilmente podían hacerse pasar por «voluntarios». No tardó en producirse la participación alemana, cuyo más claro exponente fue el envío de la no menos «voluntaria» Legión Cóndor, que descolló especialmente por el bombardeo de varias ciudades republicanas. Por otra parte, la Unión Soviética trató de minar y colorear de comunismo la contienda. Esta acción no se vio acompañada de igual éxito, aunque sí de un importante efecto: que Franco, en su condición de salvador de España de la invasión comunista, pudiera figurar al lado de los otros dos adalides del antibolchevismo, Hitler y Mussolini. Esta circunstancia fortaleció considerablamente la posición de Franco, en tanto que la ayuda de Occidente a los republicanos siguió siendo escasa y poco efectiva.

El Tercer Reich se benefició del conflicto desde una doble perspectiva. En este ensayo general de la futura guerra aparecieron nuevas posibilidades de despliegue militar y político. Sobre todo, la estrecha cooperación con Italia, base de los planes de Hitler, adquirió ahora formas muy concretas, alcanzando su punto culminante con la creación del «eje Berlín-Roma». En un discurso pronunciado el 1 de noviembre de 1936 Mussolini había acuñado ya esta expresión, al mismo tiempo que la esgrimía como declaración de las reivindicaciones hegemónicas de Italia y Alemania, los dos nuevos centros de poder en Europa. Este «eje», alrededor del cual giraban los demás países, debía servir de punto de referencia para el nuevo orden europeo, en medio de las «decadentes» democracias occidentales y el peligro bolchevique. Se dibujaba aquí de modo definitivo la alianza básica de la Segunda Guerra Mundial.

Cabe decir, pues, que los tres grandes acontecimientos de 1936 (violación del Pacto de Locarno, Abisinia, España) decidieron ya

la marcha a la catástrofe. En todo caso, se puso de manifiesto la indefensión con que se consentían los actos de agresión de los dictadores fascistas. El orden de paz europeo se había derrumbado, aun cuando su fachada sobreviviera tres años más. De haberse tenido en cuenta los conocidos planes de Hitler, se habría hecho ya inevitable —o al menos probable— una nueva guerra de grandes proporciones. Los rápidos progresos del rearme alemán no ofrecían ya lugar a dudas de que el Tercer Reich adquiriría pronto un peso decisivo. Todo dependía, por tanto, de la forma de enjuiciar el rumbo nacionalsocialista. Por la enorme cantidad de testimonios legados sabemos que los objetivos de Hitler seguían orientándose indefectiblemente por la teoría del espacio vital y su correspondiente acompañamiento bélico-expansionista. Tales testimonios eran poco accesibles entonces, pero *Mein Kampf* se había difundido en millones de ejemplares en Alemania y hacía tiempo que había rebasado las fronteras. Existían, además, los esquemas, públicamente expuestos, de Rosenberg y otros altos funcionarios. Los axiomas de la «Weltanschauung» totalitaria, racista y nacional-imperialista, erigidos por el Tercer Reich en doctrina universalmente vinculante, eran bien diáfanos. En muchos sectores de la política interior, donde se había barrido ya la mayoría de los escollos del período de transición, aquella filosofía había dado ya sus frutos: por ejemplo, en el caso evidente de la persecución de los judíos, que perseguía sistemáticamente el total arrinconamiento y exterminio de esta «raza».

La política exterior se encontraba, en comparación, rezagada; en primer lugar hubo que conceder prioridad a la labor de garantizar la toma del poder en el interior, así como a la organización y movilización totalitaria del «potencial» material y humano. Sólo entonces podía pensarse en una consecución de las metas propuestas en política exterior. Y, tras las experiencias acumuladas durante el proceso de unificación, no podía dudarse de que se tomara en serio y de modo consecuente y frío este importante capítulo de la ideología nacionalsocialista. La única cuestión era ésta: ¿contaría el nacionalsocialismo con una oportunidad análoga a la que la disolución de la República de Weimar y la capitulación de la sociedad alemana habían brindado el asalto nacionalsocialista al poder? De hecho, es sorprendente el paralelismo, tanto en las ilusiones como en su fracaso, entre la política de «domesticación» durante los inicios del nacionalsocialismo y la política de «apaciguamiento» luego. Y aunque Hitler supo contrarrestar ambas hábilmente, primero con la «táctica legalista» y luego con la política de revisión pacífica, el reverso de la medalla estuvo siempre bien visible: tanto en los actos de violencia del partido y de la SA antes y después de 1933, como

en los golpes de Estado y violaciones de tratados que acompañaron a la política exterior del nacionalsocialismo.

Decisiva fue la forma en que la política de Hitler se granjeó la buena voluntad de Inglaterra para premiar de cuando en cuando y con creciente deferencia las demandas revisionistas alemanas. Con ello se vieron fundamentalmente afectadas las posibilidades de Francia, debilitada por los problemas internos de modo muy análogo a la República de Weimar. A esto hay que añadir la propaganda de que fue objeto la idea de Alemania como «bastión» antibolchevique, mediante la cual los nacionalsocialistas lograron impresionar a las clases dirigentes de los países europeos. Por muy increíbles que fuesen las promesas de defensa de la «cultura occidental» o incluso de la sociedad capitalista, lo cierto es que muchos vieron en el nacionalsocialismo un mal menor. La consecuencia fue que la Unión Soviética —pese a su evidente voluntad de colaboración— se vio excluida de los intentos encaminados a una contención de la Alemania de Hitler. La inactividad de Francia, la única que poseía una eficaz vinculación con Moscú, hizo que la Unión Soviética se limitara a una política de espera recelosa. No es de extrañar, pues, que este recelo se convirtiera después de la Conferencia de Munich en profunda desconfianza, contribuyendo finalmente a que Stalin tratara de entendérselas con Hitler. De esta forma, se había dado un paso decisivo hacia el comienzo de la guerra.

Una de las razones más importantes del éxito de la política nacionalsocialista se debe, pues, a que no se tomara oportunamente en serio —ni en Alemania ni en el campo oriental u occidental— al autor del *Mein Kampf* y dueño del régimen totalitario del terror. Al creer poder separar ideología y política, fantasía y realidad, objetivos y posibilidades reales y atender más bien a las «buenas» o, mejor dicho, provechosas perspectivas del nacionalsocialismo —anticomunismo en un caso y política de intereses antioccidental en el otro— se ignoraba la íntima trabazón entre las políticas interior y exterior, entre la dictadura y la expansión. Retrospectivamente, aparece prácticamente inevitable la marcha hacia la catástrofe, tanto en el caso de Europa como en el de Alemania. Esto cabe decirse, al menos, de la situación surgida en 1936: una espera inefectiva de París y Londres, el desastre de la Sociedad de Naciones, las triunfales incursiones italianas y un campo de batalla en España en el que se empezaba a dibujar el triunfo de la intervención fascista y nacionalsocialista. El anillo de alianzas de seguridad de Francia se había roto y la táctica bilateral y aislacionista del Tercer Reich, hecha a base de revisión y pactos, minaba y liquidaba los principios multilaterales de paz y orden de la Europa democrática. Pronto empezó a notarse la

influencia del éxito. El sistema de Versalles, tan necesitado de enmiendas, se convirtió en ficción, y las relaciones interestatales se desenvolvían en un ambiente de fluctuación e inestabilidad tal, que cada país siguió sus propios derroteros, comenzando a dudar de la posibilidad de una solución universal, a dudar de ese principio de la seguridad colectiva que tan manifiestamente fracasaba ante la política de hechos consumados. Las dos grandes dictaduras crearon y manejaron un nuevo estilo. Su prestigio interior y exterior fue aumentando de un modo aparentemente incontenible a partir de los triunfos de 1935 y 1936. Dos años más tarde estaban en situación de imponer a Europa su propia ley.

En la sistemática prosecución de sus postulados y visiones el Tercer Reich, dotado ahora además de un mayor potencial, pronto pudo anular la ventaja de la política fascista y conseguir una posición preponderante tras su alianza con Italia. Mucho más consecuente aún que Mussolini, Hitler basó su ulterior política en la convicción —clave de su tan pregonada «intuición»— de que las naciones occidentales no arriesgarían el precio de una guerra frente a una táctica hábilmente dosificada de continuada extorsión, sino que más bien irían replegándose palmo a palmo. Tal había sido la experiencia de estos años y con ello se aumentó la inseguridad y la propensión de los Estados menores a la doble táctica de la presión y la seducción. Sin embargo, Hitler no se limitó únicamente al plano de la táctica maquiavélica. En el fondo latía su convicción dogmática de que las democracias occidentales eran de todos modos decadentes, tanto política como racialmente, y que estaban suficientemente maduras para el ocaso final.

También aquí se dio la convergencia ideología-política, aparentemente confirmada por los mismos acontecimientos. La política del apaciguamiento de 1937-38 dio la razón a Hitler. Mas luego pudo evidenciarse también hasta qué punto suele cegar el dogma filosófico ante la misma realidad: en primer lugar, en la inesperada resolución de las potencias occidentales de no permitir la caída de Polonia. Con ello terminaba la táctica de la sucesiva conquista de nuevos objetivos expansionistas al margen de todo riesgo. Finalmente, la tan temida guerra en dos frentes, con la cual Hitler recaía en su antigua idea del espacio vital, terminó por destruir el Tercer Reich. Así pues, en su irrevocable adhesión a viejos desvaríos, Hitler acabó por fracasar.

Los preparativos de la expansión

La nueva configuración de la política internacional que, después de cinco años de preparación, brindaría al Tercer Reich la oportunidad expansionista, se desenvolvió en un triple contexto: el desarrollo del «eje Berlín-Roma» con el consiguiente aumento de influencia sobre los Estados menores; ampliación de la alianza de dictadores con la llegada del Japón tras el Pacto Anticomintern; nuevo despliegue de la política de apaciguamiento y aislamiento de la Unión Soviética.

Paralelamente se reestructuró la política exterior alemana, hecho que se concretó en la sustitución de Neurath por Ribbentrop típico escalador de posiciones en el nacionalsocialismo y versión alemana del conde Ciano, yerno de Mussolini. Al igual que el advenedizo Ribbentrop, Ciano no fue un «camisa vieja». Pasó de la dirección del Ministerio de Propaganda fascista a la cumbre del Ministerio de Asuntos Exteriores, no sin manifestar con orgullo que había esperado quince años la conquista del Ministerio de Asuntos Exteriores, pero que ahora era éste el Ministerio más fascista [10]. Al final de este capítulo se expondrá el alcance de tales cambios en el aparato estatal de cara a la evolución externa e interna de la política revisionista y expansionista. Sin dichos cambios no puede concebirse la rápida creación de una plataforma para la fase de expansión.

Al respecto, tuvieron una decisiva importancia la génesis y desarrollo del «eje». Hubo de esperarse a la guerra de Abisinia para sentar casi automáticamente aquella comunidad de intereses de ambas dictaduras, que, pese a su gran afinidad político-ideológica, no había sido posible hasta entonces. La ventaja de tal alianza fue recíproca: la empresa italiana impidió la reacción occidental ante la violación del pacto de Locarno, al igual que un año antes la violación hitleriana de las disposiciones militares del Tratado de Versalles torpedeara la oportuna aplicación de sanciones contra Italia. Por lo mismo, la institucionalización de la alianza germano-italiana no fue una sorpresa. Lo que sí fue extraño fue el tiempo necesitado para el acercamiento de dos sistemas tan emparentados. Abisinia, el arreglo austriaco y España aseguraban a la política de intereses comunes la correspondiente prioridad frente a las diferencias que todavía existían. Y aquí tuvo también su importancia el hecho de que Hitler reconociera de modo ilimitado los derechos italianos en el Tirol meridional. Este fue el único punto en el que el principio

[10] Ciano, *Diario*. Bologna, 1948, pp. 40 y 55.

populista fue enmendado en beneficio de una política de alianzas. El problema debía solucionarse de forma razonablemente totalitaria: es decir, mediante la reubicación demográfica.

Alemania no tardó en reconocer la conquista de Abisinia, al igual que la proclamación del Imperio italiano. El 24 de octubre de 1936 Hitler recibió la visita de Ciano para la firma de un acuerdo por el cual se respaldaban las reivindicaciones de Franco en España y se acordaba una delimitación de las respectivas esferas de intereses —mediterráneas y centro europeas— de ambos dictadores. Pero, ante todo, la consigna popular de «lucha contra el bolchevismo» —provista de un nuevo argumento por la intervención soviética en España— pasó a ocupar el primer plano de las campañas propagandísticas: una poderosa palanca para la movilización de la opinión pública de muchos países, incluida la misma Inglaterra.

En vista de la irresoluta e inocua política de las potencias occidentales, la aparición del nuevo centro de poder, el «eje», no dejó de ejercer su influjo en otros Estados europeos. Ya en enero de 1937 Hitler recompensaba la retirada belga del impotente sistema de alianzas francés testimoniando la voluntad de reconocer la inviolabilidad de Bélgica y Holanda. Una declaración formal de garantías (octubre de 1937) aceleró más todavía la ulterior disolución de dicho frente enemigo. Análogas reflexiones determinaron luego la postura de Polonia, la actitutd de países más o menos revisionistas, tales como Hungría y Bulgaria, y hasta el acercamiento a Italia de la misma Yugoslavia, amenazada por los planes expansionistas de Roma. También sucumbió la Pequeña Entente. Unicamente siguieron en pie los pactos de Francia con Checoslovaquia y la Unión Soviética. Tras el rápido cambio en el equilibrio de fuerzas y la crisis mortal del sistema de Versalles resurgieron los innumerables problemas de los Tratados de París. Pronto empezó a tambalearse el «statu quo», tan artificialmente montado, incluso entre las potencias menores, al tiempo que entraban en crisis las posiciones coloniales de las potencias occidentales en el Cercano Oriente, Norte de Africa, Indochina e India. La amenaza procedía de ambos flancos, en tanto que, siguiendo el ejemplo de la política de éxitos de Mussolini e Hitler, aumentaban rápidamente el potencial y prestigio de los «jóvenes Estados», aún por saturar y decididos a la ofensiva.

Esta evolución alcanzó un primer clímax en el otoño de 1937. Con su visita oficial a Berlín (septiembre de 1937), realizada en un pomposo marco y acompañada del ruido ensordecedor de la propaganda totalitaria, Mussolini puso de relieve el poder y la fuerza que impregnaba la alianza germano-italiana. Dos meses más tarde, Italia se adhería al Pacto Anticomintern germano-nipón, sellando

así la definitiva constelación de la Segunda Guerra Mundial. Durante una junta secreta de jefes, Hitler proclamaba al mismo tiempo su «inmutable resolución» de comenzar cuanto antes la expansión violenta, empezando por el desbaratamiento «relámpago» de Checoslovaquia y Austria hasta ir «consiguiendo un espacio vital más amplio» [11]. Fundamentalmente, los tres acontecimientos mencionados encierran no sólo toda la política ulterior del nacionalsocialismo, sino también de la alianza bélica de 1939 y 1941. Naturalmente, hubo todavía considerables variaciones de tipo táctico y estratégico, en las que desempeñó su papel la Unión Soviética, aunque también los intereses especiales de Italia y, sobre todo, de Japón. Sin embargo, con el tiempo habría de evidenciarse que, tras la modificación del equilibrio de fuerzas de 1937, la suerte estaba ya echada en el bando de los agresores. Las consecuencias dependían de la conducta del otro bando, es decir, de los defensores del «statu quo».

Pese a que las relaciones franco-soviéticas se encontraban apuntaladas por una Tratado, cada vez resultaba más dudoso que aquél significase un fortalecimiento fiable de Occidente. En tanto que la inactividad de las potencias occidentales alimentaban la desconfianza de Moscú, las opiniones en París y Londres acerca de una alianza con Rusia estaban divididas. En el marco de los planes quinquenales, del desarrollo de la industria pesada y de la colectivización de la agricultura Stalin aceleró el proceso de uniformización de la política interior, así como las grandes purgas y aparatosos procesos; por otro lado, el riguroso fortalecimiento de la dictadura stalinista redujo la política exterior soviética a una serie de declaraciones y a la crítica observación de la marcha de los acontecimientos. En tanto que el espectáculo del régimen de terror confería fuerza a las voces antisoviéticas de toda Europa, en Moscú aumentaban los temores ante un posible frente anticomunista integrado por fascistas y capitalistas, ante la combinación de la política de apaciguamiento inglesa con el «apremio impetuoso hacia el Este» del nacionalsocialismo, es decir, ante un equilibrio europeo a costa de Rusia. En vista de tales circunstancias, ¿no saldría con ventaja quien supiese mantenerse al margen de la amenazadora contienda con el fascismo? Tales reflexiones, acariciadas tanto en el bando oriental como en el occidental, frenaron la formación de un frente común contra el «eje», contribuyendo más tarde, tras la desilusión de Munich, a la configuración de una política soviética muy particular en relación con Alemania y

[11] *Nürnberger Dokumente.* Dok. PS-386 (t. XXV, p. 403). Conversaciones en la Cancillería del Reich de 5-XI-1937. Sobre todo, p. 335.

Japón. Por su parte, la Conferencia de Munich fue un exponente de las reservas occidentales frente a Rusia.

De este modo, en el plazo de dos años experimentaron una decisiva mejora las condiciones para una política de poder nacionalsocialista, así como su aplicación en el exterior. A lo largo de 1937 Londres siguió esforzándose por establecer nuevos compromisos con Berlín sobre la base de un reconocimiento tácito de las violaciones contractuales de Hitler. Con la idea de asegurar viejas y nuevas empresas, con gran cordialidad pero sin ningún compromiso, Hitler accedió a la celebración de negociaciones sobre la posibilidad de un pacto occidental. Sin duda alguna, Neville Chamberlain se engañó rotundamente al creer en la posibilidad de contener a Hitler y esquivar la amenaza del «eje» cediendo a una «razonable» parte de sus demandas. Ocurrió todo lo contrario. Su política de apaciguamiento afianzó la propia conciencia nacionalsocialista, alentando más aún la inamovible voluntad expansionista de Hitler. Indudablemente, existían buenas razones que justificaban la postura optimista. Las potencias del «eje» habían renunciado hasta entonces a extender su intervención —innegablemente masiva— en España a otras acciones bélicas. Hoy se sabe que los planes de Hitler iban en este sentido. Entretanto, el «Führer» no desaprovechó, precisamente por entonces, oportunidad alguna de impresionar con su declarada voluntad de paz y amistad al nuevo embajador inglés en Berlín, Henderson, tan ingenuo como crédulo. Las visitas de la diplomacia inglesa a Berlín se multiplicaron; y precisamente cuando se establecía el «eje» y el Pacto Anticomintern y se planeaba ya la guerra, Hitler recibía en noviembre de 1937 a Lord Halifax, más tarde ministro del Exterior.

El 30 de enero de 1937, cuarto aniversario de la toma del poder, el «Führer» declaraba solemnemente ante el Reichstag que había terminado ya la política del asalto por sorpresa. Tales «definitivas» afirmaciones formaban parte, desde la declaración del final de la revolución de 1933, del arsenal de su táctica, que en lo sucesivo siguió desarrollándose según el esquema de siempre: amplias demandas, plan secreto, encendidas declaraciones de paz, éxito del golpe por sorpresa, inmediata declaración «al mundo» de que se trataba del último acto derivado del derecho alemán al espacio vital, que ya no había ninguna demanda más hacia la parte afectada y que no existía obstáculo alguno para un entendimiento amistoso. Tal era la concepción hitleriana de la «Realpolitik» y reflejaba —en tanto se viera acompañada por el éxito— la opinión de muchos alemanes desde la época de Bismarck. Lejos de poner en duda la moralidad o el riesgo político de tal proceder, que excluía toda posibilidad de crítica

del ciudadano, la gente se acostumbró a despachar aquella táctica con la complacencia propia del cómplice astuto y una filosofía nada política: así es la política, ya es hora de que lo hagamos mejor que los demás, pronto vendrá el próximo golpe, el «Führer» siempre tiene razón. Naturalmente, esto no quiere decir que la perspectiva de una guerra fuera ya popular. En las crisis de 1938 y 1939 pudo ponerse de manifiesto que no fue el deseo de una guerra, sino la admiración popular por los triunfos conseguidos lo que agolpó junto a Hitler a buena parte de la población alemana. Llámese a esto si se quiere un malentendido; el mismo Hitler expresó reiteradamente su decepción: la última vez, en su refugio de la Cancillería, cuando condenó a los alemanes, considerándolos indignos de él. Pero el «malentendido» no sólo culpa a Hitler. En la Alemania de entonces la combinación de la política rastrera con las actitudes propias de un Estado jerárquico-autoritario constituyó una de las bases del triunfo nacionalsocialista en el interior y de su fuerza en el exterior.

En vísperas de la expansión alemana, Inglaterra —y a remolque suyo Francia— seguía aún inclinada a ver en cualquier movimiento de Hitler una ratificación de lo acertado de su propia política y no una maniobra encaminada a encubrir la política alemana de rearme. El futuro ministro del Exterior, Lord Halifax, fue más lejos que nadie. El 19 de noviembre de 1937 y en la residencia de Obersalzberg expresó a Hitler, en nombre también de otros miembros del gobierno británico, su convicción de «que el 'Führer' no sólo había prestado grandes servicios en Alemania, sino que, al acabar con el comunismo en el propio país, había impedido su avance hacia Europa occidental. Por ello, Alemania había de considerarse con razón el bastión de Occidente contra el comunismo». Halifax hizo también la concesión de proceder a una nueva revisión del Tratado de Versalles en relación con la problemática de Austria, Checoslovaquia y Danzig. Sin embargo, «tales enmiendas deberán practicarse en el marco de un desarrollo pacífico» [12]. En dos ocasiones más —el «Anschluss» de Austria y la mutilación de Checoslovaquia— Londres compró aquella esperanza en un desarrollo pacífico a cambio de las correspondientes concesiones previas. Asimismo, la actividad bélica nipona, que culminó en la ocupación de Shanghai y Pekín (finales de 1937), contribuyó más bien a la intensificación de la política de apaciguamiento. La nueva situación amenazaba progresivamente la posición de Inglaterra en el Lejano Oriente. No se sabía, o no quería saberse, que precisamente ahora el «estadista» Hitler —a quien se suponía cada vez más realista, cuando, en realidad, todas sus ex-

[12] K. D. Erdmann, *op. cit.*, p. 233, con la literatura correspondiente.

periencias las enfocó desde la perspectiva de su «Weltanschauung»— exponía sus planes de expansión bélica ante los dirigentes del Ejército y del Estado.

La decisión relacionada con el inminente desencadenamiento de una guerra de conquista —independientemente de la fecha concreta en que Hitler la hubiera tomado— se discutió por primera vez, al parecer, el 5 de noviembre de 1937 en la Cancillería del Reich en Berlín. El contenido de dicha reunión ha podido transmitirse, gracias a una feliz casualidad, a través de unas notas del coronel Hossbach, ayudante militar de Hitler [13]. Entre los asistentes a la reunión secreta figuraban Blomberg, Fritsch y Raeder, así como Göring y Neurath. Se trataba, por tanto, de una junta limitada al alto mando militar y al ministro del Exterior, aunque Göring podía figurar, naturalmente, en su múltiple condición de comandante en jefe de la Aviación, ministro, magnate de la economía y grande del partido. Faltaba Ribbentrop, que celebraba en Roma la adhesión italiana al Pacto Anticomintern. En vista de la favorable situación internacional, cada vez más caldeada, Hitler expuso sus ideas en un discurso de cuatro horas. Destacó de modo expreso que su exposición se basaba precisamente en las experiencias acumuladas en cuatro años de gobierno; y aquí se pone de manifiesto la mayor o menor validez de la tesis que habla de la evolución experimentada por Hitler. En efecto, el «Führer» basó sus reflexiones militares en argumentos demográficos y político-económicos, en los que se repetía casi invariablemente la ideología de *Mein Kampf* relacionada con el problema del espacio vital. Tras el revisionismo nacional-estatal, que cumplió su misión en el período de la política preparatoria y de la táctica del despegue inicial, la realización estratégica de aquella concepción del espacio vital pasó ahora a la esfera de los planes inmediatos, inaugurando esa segunda etapa de la política nacionalsocialista que Hitler presentara el 3 de febrero de 1933 a los militares como la verdadera finalidad del proceso de unificación y rearme.

Hitler añadió que «las ideas básicas sobre la posibilidad y necesidad de desarrollo en nuestra situación en política exterior» deberían constituir un plan de acción y, al mismo tiempo —dicho patéticamente—, «el legado testamentario para el caso de mi fallecimiento». Fundamentalmente, se trataba de la conocidísima mezcla de argumentos racistas, geopolíticos y socialdarwinistas: conservación y multiplicación de la «masa del pueblo» como primer objetivo de la política nacionalsocialista; ampliación de la zona de influencia y de poder

[13] Sobre el particular, cf. Walter Bussmann, «Zur Enstehung und Überlieferung der Hossbach-Niederschriften», en *VfZG, 16* (1968), p. 373.

alrededor del «núcleo racial»; consecuentemente, el irremisible derecho de expansión, ya que el futuro alemán, la solución de los problemas sociales y la defensa de la infiltración racial «sólo dependen del problema de la penuria espacial». La «única y posiblemente maravillosa salida» era para Hitler la «conquista de un espacio vital más amplio: deseo que siempre fue causa de creación de Estados y de movimientos de pueblos». Hitler observó que todo esto sólo podría conseguirse por la expansión demográfica y político-económica en Europa y no mediante una política colonial «liberal». Se trataba, pues, de poner en marcha un gran imperio mundial, especialmente compacto en torno a un sólido «núcleo racial» y digno de ser implantado contra toda oposición.

Antes de exponer detalladamente sus ideas en relación con el comienzo de la guerra, Hitler destacó consecuente e inequívocamente que «en la solución del problema alemán... sólo podrá haber un camino, el de la violencia», debiendo recurrirse a esta solución por la fuerza tan pronto como fuera posible, por razones de política demográfica y de rearme. En conformidad con su «irrevocable decisión» pretendía abordar la «solución del problema del espacio» a más tardar entre 1943 y 1945, aunque posiblemente en 1938, caso de propiciarlo las circunstancias (continuación del conflicto en el Mediterráneo o una crisis interior en Francia). Todo habría de iniciarse con la invasión «relámpago» de Checoslovaquia y Austria. De esta forma describió Hitler con toda claridad la orientación estratégica y el carácter fundamentalmente imperialista de la política del nacionalsocialismo. Ciertamente, la ulterior marcha de los acontecimientos no respetó estos cálculos y menos todavía en lo que se refiere al comienzo de la guerra; pero ello no quita para que las ideas de Hitler —situadas en la base de todos estos planes y repetidas machaconamente— fuesen muy claras. Al mismo tiempo, expresó de modo inconfundible que el objetivo no era únicamente el territorio de los Sudetes —demanda revisionista nacional y populista—, sino la misma Checoslovaquia y su incorporación imperial. También desde este lado cae una luz fantasmal sobre los esfuerzos de Inglaterra y la Conferencia de Munich. Al parecer, la mayoría de los asistentes a aquella junta secreta siguió el discurso «silenciosa e incómodamente» [14]. Esto cabe decirse especialmente de Blomberg y Fritsch, que debieron acoger con reparos las consecuencias militares de la política de rearme, tan celebrada hasta entonces. Tampoco un conservador tan suave y colaboracionista como Neurath, que había contribuido de modo más que voluntario a la política revisio-

[14] Bullock, *Hitler*, p. 376 (ed. inglesa, p. 336).

nista del nacionalsocialismo, podía seguir el paso del temerario expansionismo futuro. A comienzos de febrero de 1938 los tres serían destituidos como consecuencia de la profunda reestructuración de la política militar y exterior que precedió a la primera expansión exterior. En consecuencia, los dos Ministerios más importantes para la política expansionista quedaban ahora en manos del mismo «Führer». Ribbentrop, ambicioso y servil, desempeñaba al frente del Ministerio del Exterior el papel de un simple intermediario, en tanto que la «Wehrmacht» quedaba sometida al mando del mismo Hitler después de que Blomberg y Fritsch cayeran en desgracia por sucias intrigas de Göring e Himmler, aunque no sin culpa propia. Por primera vez se hicieron notar ciertas reservas entre los militares, pero lo cierto es que Hitler acababa de conquistar una formidable posición de partida para sus dos grandes operaciones en el exterior.

La anexión de Austria siguió siendo el objetivo primero y más popular de la voluntad expansionista del nacionalsocialismo. Mas, por encima de esto, y desde el alejamiento italiano de las potencias occidentales y la concentración de la política romana en el imperialismo mediterráneo, aquel objetivo constituía la plataforma más cómoda. En todo ello se utilizó eficazmente como decoración las consignas de autodeterminación, siempre que éstas beneficiaran a la táctica nacionalsocialista. Versalles pertenecía ya al pasado y apenas cabría esperar ya una efectiva defensa occidental de lo que parecía ser reliquia de un sistema descompuesto. Todavía en el mes de abril de 1937 Kurt von Schuschnigg, sucesor de Dollfuss, se esforzaba en vano por obtener de Londres ciertas garantías. Con su semidictadura, poco exitosa, no pudo impedir la campaña de los nacionalsocialistas austríacos en favor del «Anschluss», a pesar de recurrir a métodos de prohibición y persecución, ni logró popularizar una política propia y autónoma. El acuerdo germano-austríaco conseguido por Papen el 11 de julio de 1936 contenía ya una cláusula secreta en la que Austria accedía a incorporar al gobierno y al llamado «Frente Patriótico» a la «oposición nacional», en la que figuraban «decorosos» nacionalsocialistas, tales como Glaise-Horstenau y, más tarde, Seyss-Inquart. Esto debilitó la oposición tanto o más que la destitución del vicecanciller príncipe Starhemberg (13 de mayo de 1936), exponente antinacionalsocialista de la derecha proitaliana. El viraje de Mussolini era manifiesto y la «conquista pacífica de Austria, refugio de Hitler tras el fracasado intento de golpe de Estado de julio de 1934» [15], tan sólo cuestión de tiempo.

[15] Idem, p. 355 (ed. inglesa, p. 318).

Siguiendo el ejemplo de Alemania, se esgrimió, en primer lugar, la táctica pseudolegal de la toma del poder. El gobierno austríaco toleraba ahora el NSDAP ilegal. Al mismo tiempo, la «Wehrmacht» elaboraba planes para una invasión de Austria. Papen logró finalmente, pese a todos los avisos en contra, la celebración de una entrevista (12 de febrero de 1938) del recalcitrante Schuschnigg con Hitler en Berchtesgaden. En medio de una dramática escena, con una serie de generales alemanes como eficaz telón de fondo, Hitler desplegó su abanico de amenazas, impulsando a Schuschnigg a asegurar a los nacionalsocialistas el libre juego y nombrar a Seyss-Inquart nuevo ministro austríaco de Seguridad y del Interior. Era ya demasiado tarde para intentar, como se hizo, el montaje de una oposición, pretendiendo además detener la precipitada marcha de los acontecimientos mediante la celebración de un plebiscito favorable a la independencia de Austria (13 de marzo), plan del que también se desistió por presiones de Berlín. Göring tomó entonces cartas en el asunto. Desde Londres le informó Ribbentrop que Inglaterra no actuaría, y en igual sentido se expresó esta vez Mussolini. El 11 de marzo siguió el ultimátum de Berlín y Schuschnigg tuvo que ceder ante Seyss-Inquart. En conformidad con las categóricas instrucciones telefónicas recibidas desde Berlín por boca de Göring, Seyss-Inquart abrió la frontera a las tropas alemanas el 12 de marzo de 1938, mientras en los distintos Estados de la Federación austríaca los nacionalsocialistas se encargaban del poder. Es preciso no olvidar que el mismo Schuschnigg, antes de su retirada, impartió instrucciones al ejército austríaco en el sentido de que no ofrecieran resistencia a las tropas alemanas.

Así pues, el golpe fue todo un «éxito», pese a que la primera gran intervención del nuevo ejército alemán registró todavía numerosas deficiencias técnicas. El júbilo de una población en parte nacionalsocialista y en parte engañada fue inmenso. En medio de tal atmósfera, Hitler hizo su entrada triunfal en «su» Linz y después en Viena entre el redoble de campanas y el despliegue de cruces gamadas. El 13 de marzo proclamaba ya la «reunificación de la Marca Oriental» con el Reich. Siguiendo la fórmula ya consagrada, se celebró un plebiscito al nivel de la Gran Alemania (10 de abril de 1938) cuyos resultados fueron más o menos el habitual 99 % de votos afirmativos. Fue la quinta y última «consulta» popular del régimen de Hitler. Este plebiscito confirmaba el rápido proceso de unificación y autounificación al que también se adhirieron los obispos católicos en cuya representación el arzobispo cardenal Innitzer celebró y proclamó «la extraordinaria labor del nacionalsocialismo en el desarrollo económico y populista, así como en la polí-

tica social»[16]. De modo parecido se expresó la Iglesia evangélica, y hasta socialistas partidarios de la Gran Alemania, tales como Karl Renner, no disimularon su entusiasmo. En medio de tanto júbilo se adueñó de Austria el terror de Himmler y de sus piquetes de detención y fusilamiento, que habían emprendido su labor ya antes de que apareciera el ejército. Con mayor rapidez y brutalidad que en la Alemania de 1933 se aplastó la débil oposición y se organizó la persecución política, mientras que una horda de hasta 25.000 comisarios del partido combinaba la expropiación de empresas judías con una política personal de saqueo. Una nueva oleada de emigrantes se refugió en los restantes países europeos. Sigmund Freud pudo salvar el último año de su existencia en el exilio inglés, en tanto que Robert Musil se refugiaba en Suiza. La cosmopolita cultura austríaca se vino abajo con la integración del país a la Gran Alemania en calidad de provincia, el nombre de Austria fue sustituido por el de las nuevas provincias de «Alto Danubio» y «Bajo Danubio» y Viena descendió a la categoría de sede de un comisario del Reich. El entusiasmo de aquella jornada de júbilo pronto cedió el paso a la desilusión por el régimen de guerra.

Tal fue el retorno de Hitler al país de su nacimiento y «educación». Su obra, así lo proclamaba la propaganda, estaba cumplida. Una vez más, la reacción internacional confirmaba los cálculos optimistas de quien, un año antes, había asegurado el final de cualquier golpe por sorpresa. Pese a la desaprobación de los métodos empleados, Inglaterra seguía inclinándose todavía por una política de entendimiento; Francia, en medio de sus continuas crisis de gobierno, se encontraba como paralizada por el peso de sus problemas internos; Mussolini recibió un exaltado telegrama de agradecimiento de Hitler, y hasta Chiang Kai-chek envió su felicitación. La realización del «Reich de la Gran Alemania» resultó ser un extraordinario e indiscutible éxito de la política nacionalsocialista. Pero no era, como creyeron muchos contemporáneos, el término de la revisión, sino el principio de la expansión.

Camino de la guerra

Como sabemos Hitler tenía ya muy claro cuál sería la próxima acción: el blanco de la misma era Checoslovaquia. Y este plan se hizo tanto más obvio cuando, a partir de la incorporación de Austria, subió de tono repentinamente la actividad de los nacionalsocialistas

[16] Hohlfeld, t. 4, nr. 176.

sudeteños. Una vez más, la política de Hitler supo combinar la debilidad interna de Checoslovaquia con las consignas de «autodeterminación». El mosaico de pueblos que era el Estado de 1919 no había logrado dar solución a la problemática psicológica, política y social de una integración de la minoría alemana. La estructura política se resolvió en una red de partidos de nacionalidades de forma que al régimen de la mayoría checa se enfrentaban las distintas minorías nacionales. Posiblemente, una mayor autonomía o una solución al estilo de Suiza hubiera mejorado el clima político, pero lo cierto es que desde un principio se trató —sobre todo, por parte alemana— de romper los lazos con el Estado. Esta tendencia se afianzó desde la entrada de Hitler en el poder. El programa nacionalsocialista prometía una política que conduciría a la incorporación de los Sudetes al Reich. De forma muy análoga a lo que ocurriera en Austria, en 1933 se procedió a la prohibición de los dos partidos germanonacionalistas: entre ellos, aquel Partido Obrero Nacionalsocialista Alemán que, bajo el nombre todavía de Partido Obrero Alemán, había organizado ya antes de la guerra los primeros pasos del nacionalsocialismo en Bohemia. Bajo la dirección de Konrad Henlein se constituyó ahora, como verdadero mosaico de tendencias, el llamado Frente Patriótico de los Alemanes de los Sudetes. Desde 1937 Henlein promovió una política abiertamente nacionalsocialista; su movimiento revisionista, bajo la bandera ahora del Partido de los Alemanes de los Sudetes tenía tras sí a la mayoría del electorado germanófobo. Los temores checos eran tanto más justificados cuanto que, caso de producirse una secesión de las zonas fronterizas ocupadas por alemanes, en las que se encontraban las grandes guarniciones defensivas, el Estado quedaría indefenso.

Aplicando la táctica ya habitual, Hitler acompañó su incursión en Austria con las correspondientes declaraciones destinadas a calmar los ánimos en Praga. Sin embargo, de acuerdo con lo decidido el 5 de noviembre de 1937, hizo que al mismo tiempo se elaboraran las instrucciones militares por las que se fijaba para el 1 de octubre de 1938 [17] la realización de su «irrevocable resolución de aplastar Checoslovaquia en un futuro próximo». El problema de los Sudetes y la correspondiente argumentación constituyeron meramente un pretexto para la anexión. Por primera vez se rompió el marco de la política revisionista, anunciándose ya las reivindicaciones expansionistas de la política del Tercer Reich. Sólo dos semanas después de la entrada en Viena Hitler incluyó en su trama a los nacionalsocialistas de los Sudetes. Al igual que en el caso de Austria, se entrelazaron ahora

[17] *Nürnberger Dokumente.* Dok. PS-388 (t. XXV, p. 433).

la extorsión interior y exterior, la consciente exageración de las más atrevidas demandas de los alemanes de los Sudetes y la amenaza militar. A finales de marzo de 1938 Hitler impartía ya a Henlein instrucciones en el sentido de presentar demandas «inaceptables por parte del gobierno checo». La idea era clara: «Por lo mismo, nuestras demandas tienen que ser siempre tales que no puedan ser satisfechas.» En la misma Alemania y para la «protección de los alemanes de los Sudetes y mantenimiento de nuevos choques y disturbios» (!) Hitler dispuso la organización de cuerpos de voluntarios, en tanto que Ribbentrop recomendaba a Henlein «evitar la entrada en el Gobierno mediante la ampliación y la gradual puntualización de las demandas correspondientes» [18]. Este paso se dio en abril de 1938 mediante el «programa de Karlsbad» del Partido de los Alemanes de los Sudetes. El consciente agravamiento de la tirantez acabaría por desatar la intervención alemana. El 20 de mayo Praga movilizaba y luego Berlín. Esta vez la táctica tuvo que superar ciertos impedimentos. El jefe del Estado mayor, Ludwig Beck, lanzó algunas advertencias y dimitió. Inquieta por el rápido aumento del poderío alemán y por la impresión que causó en Europa sudoriental la invasión de Austria, Italia se avino provisionalmente a los intentos ingleses de equilibrio. En líneas generales, Londres siguió la política de apaciguamiento a cualquier precio, mas el envío de un mediador (Lord Runciman) sólo comportó un aumento de las presiones sobre Praga para que aceptara las «demandas» de los alemanes de los Sudetes. Por su parte, Francia dudaba del alcance de sus alianzas.

El estallido de la guerra parecía inevitable en el momento en que Hitler, en un exaltado y frenético discurso ante el (último) Congreso del Partido en Nuremberg, brindó a los Sudetes la ayuda militar de Alemania (12 de septiembre), mientras Henlein operaba abiertamente con la consigna «volvamos al Reich». Pero la paciencia de Chamberlain y su esperanza de domar a Hitler, o al menos de salvar la paz, aún no se habían agotado. Inmediatamente se brindó a realizar una visita al «Führer», demostrando con ello la seriedad de sus esfuerzos, aunque también, desde el punto de vista alemán, el respeto británico ante la política imperialista de Hitler. Después de que el Primer ministro inglés, sin tener en cuenta consideraciones de prestigio, visitara a Hitler en Obersalzberg (15 de septiembre), accediendo a la incorporación de los Sudetes, Francia ofreció también su apoyo. Tras una serie de protestas en vano, Praga cedió a la doble presión. En esta escalada de la política de apaciguamiento los embajadores francés y británico en Berlín (François-Poncet y Henderson), ambos

[18] *Akten zur Deutschen Auswärtigen Politik.* Serie D, t. II, p. 158.

conservadores y anticomunistas, desempeñaron un dudoso papel. Pero ahora Chamberlain tuvo que enfrentarse a nuevas demandas de Hitler. En la Conferencia de Bad-Godesberg (22-24 de septiembre), éste reclamó del «Premier» británico la aprobación de una inmediata entrada de las tropas alemanas en los Sudetes. En un frenético discurso pronunciado en el Palacio de los Deportes de Berlín (26 de septiembre) Hitler subrayó sus amenazas de guerra con un ultimátum de dos días, haciendo que Francia e Inglaterra se movilizaran también. En este estado de cosas, Mussolini consiguió en el último momento —considerando la escasa preparación bélica de Italia— que Hitler aceptara la propuesta británica de una conferencia cuatripartita. El jefe del gobierno inglés se mostró una vez más dispuesto a ir al encuentro de Hitler, ahora en Munich, la «capital del movimiento». El Primer ministro francés, Daladier, se adhirió también a esta solución.

La Conferencia de Munich del 29 de septiembre de 1938 se celebró sobre bases sumamente precarias. La misma venía a corresponder de algún modo a la política de extorsión del Reich, aceptando además sin enmiendas importantes las últimas condiciones de Hitler. La invasión de las tropas alemanas comenzó el 1 de octubre. Pero, ante todo, esta Conferencia relámpago tomó decisiones en ausencia del primer afectado, el gobierno checoslovaco, prescindiendo además de la Unión Soviética, ligada a Praga por un pacto de asistencia. Esta circunstancia provocó el cambio de rumbo de Moscú y la justificación soviética del pacto celebrado con Hitler.

En marzo de 1938, después de la intervención alemana en Austria, la Unión Soviética se había declarado dispuesta a «arbitrar inmediatamente —con otras potencias y dentro o fuera de la Sociedad de Naciones— medidas prácticas, según lo aconsejen las circunstancias. Puede que mañana sea demasiado tarde, pero todavía hay tiempo para que todos los Estados, especialmente las grandes potencias, asuman una postura inequívoca y firme ante el problema de la salvaguardia colectiva de la paz» [19]. Sin embargo, Londres —donde Halifax había reemplazado ya a Eden en el Ministerio del Exterior, que dimitió en señal de protesta— no se interesó en el asunto. Parecía muy arriesgada la intervención directa de la Unión Soviética, que tan sólo necesitaba cruzar territorio polaco para ocupar militarmente Checoslovaquia. Polonia no accedería a la propuesta rusa en ningún caso: su orientación era antisoviética, seguía firmemente adherida al pacto con Berlín y además esperaba alguna ganancia territorial de la mutilación checoslovaca. Además, Chamberlain sospe-

[19] K. D. Erdmann, *op. cit.*, p. 238.

chaba que los intereses de Moscú iban encaminados a envolver a Occidente en una lucha contra Alemania, al tiempo que la Unión Soviética temía que Alemania fuera encauzada hacia un enfrentamiento con el Este. Siguió, pues, fracasando la idea de un frente Este-Oeste, que posiblemente habría frenado a Hitler, temeroso de una guerra en dos frentes. La ausencia de Moscú en Munich no puede justificarse tampoco como un acto de consideración hacia Polonia. Cuando a comienzos del verano de 1939 las potencias occidentales decidieron por fin visitar Moscú, era demasiado tarde: los soviéticos habían tomado ya una decisión.

Menos aún podía justificarse la exclusión de Checoslovaquia. Para Praga la Conferencia de Munich fue desde el principio —no sólo a partir de la violación del tratado por Hitler en marzo de 1939— un dictado brutal e inválido, que decidió efectivamente la suerte de Checoslovaquia. Y en esto no pueden servir de atenuante las garantías ofrecidas por Inglaterra y Francia al resto de Checoslovaquia. Los acuerdos de paz y no agresión firmados en Munich con Inglaterra y Francia (6 de diciembre de 1938) eran papel mojado. Cierto es que Chamberlain pudo regresar a Londres como salvador de la paz y que Hitler no había conseguido plenamente sus objetivos, hablando así de Chamberlain: «Ese tipo me ha echado a perder la entrada en Praga» [20]. A las concesiones de Hitler pudieron contribuir no sólo los reparos de los militares, sino también el escaso entusiasmo bélico de la población berlinesa por un aparatoso desfile. Pero todo ello no quita para que en Munich se rebajase definitivamente el marco de una política razonable de apaciguamiento. Para la oposición política y militar alemana, que desde la aparatosa retirada de Beck acariciaba la idea de un fracaso del curso belicista de Hitler, la capitulación occidental ante la política de extorsión de éste supuso un duro golpe. El crédito de las potencias occidentales salió muy mal parado a los ojos del mundo. En tono triunfal o (la minoría) resignado comprobaron de nuevo los alemanes que la voluntad de Hitler, su instinto e intuición no conocían límites.

Munich fue únicamente un compás de espera. Sólo tres semanas después Hitler impartía instrucciones para la «liquidación del resto de Checoslovaquia» (21 de octubre) [21], haciendo caso omiso del tratado de consulta germano-británico, de la garantía de que, según el mismo Londres, tan sólo se trataba del derecho de autodeterminación y reunificación de todos los alemanes y de la lapidaria sentencia: «es la última demanda territorial que presento en Europa»

[20] Declaraciones de Schacht, *Nürnberger Dokumente,* t. XII, p. 580.
[21] Idem, XXXIV, p. 388 (Dok. C-136).

o «no queremos checos» (discurso del Palacio de los Deportes del 26 de septiembre de 1938). De nuevo se sucedieron los preparativos políticos y militares. Mientras que la política de apaciguamiento seguía agonizando en Londres y París (visita de Ribbentrop del 6 de diciembre de 1938), empezó a azuzarse el nacionalismo eslovaco contra Praga, acelerando así el proceso de desintegración interior y exterior de lo que quedaba del Estado. El desplazamiento de la agresión nacionalsocialista concedió a las potencias occidentales un año de respiro para un rearme tardío. Sin embargo, dicho plazo benefició más bien al bando alemán. El perfeccionamiento de las líneas de defensa en la frontera occidental, la mejora de las posiciones de partida en torno a Bohemia y Moravia y la eliminación del peligro de una alianza Este-Oeste comportó para Alemania decisivas ventajas.

Pronto pudo ponerse de manifiesto el verdadero sentido de la política alemana en la cuestión de los Sudetes. Palmo a palmo hubo de plegarse Praga a los deseos alemanes. Bajo las presiones de Berlín y de los codiciosos Estados vecinos, Eslovaquia y la Ucrania Cárpata comenzaron desde finales de año a separarse del resto de Checoslovaquia. De nuevo, una serie de «provocaciones» manipuladas favorecieron el progresivo despedazamiento del Estado. El 11 de marzo de 1939 Hitler exigía del dirigente nacionalista eslovaco, Tiso, su retirada de Praga, de lo contrario se cumpliría la amenaza de ceder Eslovaquia a Hungría. Y en la noche del 15 de marzo de 1939, Hitler manifestaba a Hacha, primer ministro checo, repentinamente llamado a Berlín, que «para la salvaguardia de la calma, la paz y el orden en aquella parte de Europa Central» las tropas alemanas avanzaban sobre Praga. Göring amenazó con la destrucción de Praga caso de que se ofreciera resistencia. En medio de un contenido y desesperado silencio de la población se procedió a la ocupación militar y a la constitución del «protectorado de Bohemia y Moravia», proclamado por Hitler el 16 de marzo desde el castillo de Praga. Tales fueron las consecuencias de una solución tan insostenible como la de Munich. Hitler, por su parte, expresó su confianza en que «dentro de dos semanas nadie hablará ya del tema» [22]. Igualmente, la situación internacional parecía favorable. El régimen victorioso de Franco era reconocido en febrero de 1939 por París y Londres. Franco se adhirió también al Pacto Anticomintern, fortaleciéndose de este modo el frente de los dictadores. Entretanto, la situación de Francia se había complicado más todavía.

Sin embargo, Hitler habría de engañarse por vez primera. Su último golpe, un claro acto de violencia y fuerza desprovisto de toda

[22] Erich Kordt, *Wahn und Wirklichkeit*. Stuttgart, 1948, p. 144.

posible «justificación», había creado una nueva situación. En primer lugar, se había violado abiertamente el tan traído principio de la autodeterminación y de la revisión nacional-étnica de las fronteras fijadas en el Tratado de Versalles, apareciendo ahora de modo inconfundible la intención imperial y expansionista de la política nacionalsocialista. En segundo lugar, se había reducido al absurdo la política de apaciguamiento sobre la base de la negociación en torno a las demandas revisionistas alemanas. Ya no había lugar a dudas de que a Hitler no podía atársele o «contentar» a base de concesiones o tratados, que para él no eran más que un pedazo de papel. Tampoco Chamberlain podía ya cerrar los ojos al fracaso de las ilusiones inglesas. Unicamente Hitler parecía no ser consciente de este cambio de su política. Siguió manteniendo la táctica de aislar objetivo tras objetivo hasta madurarlo por dentro y por fuera para el momento del ataque. Su próxima meta estaba al alcance de la mano.

Polonia era el último país contra el que todavía podía aplicarse el pretexto de la revisión político-nacional. Durante cinco años Berlín había frenado al gobierno nacionalsocialista de Danzig y a la propaganda contra el corredor polaco. Pero inmediatamente después del aplastamiento de Checoslovaquia, seguido una semana después por la reincorporación del territorio de Memel tras el ultimátum dirigido a la indefensa Lituania (22 de marzo), se exigía de Varsovia su adhesión al Pacto Anticomintern y la celebración de negociaciones sobre el problema de Danzig; Hitler mismo declaró públicamente la necesidad de resolver dicha cuestión. No debe excluirse que, en principio, Hitler quisiera hacer frente a Occidente con el fin de dejar libre la retaguardia para el caso de una expansión hacia el Este. En este sentido cabe interpretar sus declaraciones del 22 de agosto de 1939 ante los mandos militares, así como las alusiones de Ribbentrop (finales de enero de 1939) acerca de una expansión germano-polaca en Ucrania. Hitler brindó también la posibilidad de una renovación del acuerdo germano-polaco por veinticinco años más [23].

Sin embargo, Hitler no vio un cambio fundamental de la situación, ni siquiera cuando el 31 de marzo de 1939 Chamberlain ofreció a Polonia amplias garantías, a las que también se adhirió Francia, lo cual constituía una clara advertencia a Hitler. La declaración de que Inglaterra se opondría por la fuerza a todo nuevo ataque fue seguida de una serie de promesas de garantía a Rumania, Grecia y (pensando en Italia) Turquía.

Hitler consideró todo ello como pura fanfarronada. El 28 de abril rescindía el pacto germano-polaco y el acuerdo naval germano-

[23] *Akten zur Deutschen Auswärtigen Politik,* t. V, p. 87.

británico. Ahora no sólo reclamaba Danzig sino también líneas de comunicación extraterritoriales a través del pasillo. Simultáneamente, y siguiendo el precedente sentado en 1938, hizo que se elaboraran los planes de ataque contra Polonia para el 1 de septiembre de 1939. Hitler manifestó a los jefes militares (23 de mayo) que Danzig era tan sólo un pretexto para la ulterior expansión: «El motivo de la disputa no es Danzig en sí. Para nosotros se trata de una ampliación del espacio vital en el Este y la garantía de los suministros alimenticios» [24].

Hitler tenía razones también para sentirse optimista. Pese a que las potencias occidentales aceleraban sus preparativos bélicos y negociaban con Moscú, mientras Roosevelt dirigía un llamamiento a Hitler y Mussolini (14 de abril), las ilusiones vinculadas a la política de apaciguamiento no habían muerto del todo. Por otro lado, tampoco había grandes dudas acerca de la superioridad del armamento alemán; tan sólo un desplazamiento de la contienda podría proporcionar una relación de fuerzas más favorable. Por una nueva serie de demandas dirigidas a Francia e Inglaterra, relacionadas con Niza, Túnez, Djibuti y el Canal de Suez, Mussolini se encontraba más atado que nunca a la comunidad de intereses expansionistas del «eje». Con la anexión de Albania en abril de 1939 se había asegurado ya su parte en el cuadro de cambios del mapa europeo. Ciertamente, la fase en que se encontraba el armamento italiano recomendaba un aplazamiento del inicio de la guerra; pero tras la firma del «pacto de acero» germano-italiano (22 de mayo) —una alianza ofensiva basada en los principios del «espacio vital» y de los «intereses vitales» y acompañada de la obligación de mutuo apoyo en caso de guerra— el Duce quedaba irrevocablemente ligado a la voluntad del «Führer» de desatar aquel mismo verano la guerra evitada en Munich.

El ulterior desarrollo de los acontecimientos se vio favorecido por el hecho de que la postura soviética comenzara a modificarse. En un discurso pronunciado el 10 de marzo de 1939 Stalin atacó a las potencias occidentales y aceptó la marcha de Hitler sobre Praga. A instancias de la oposición presidida por Churchill dentro del partido conservador, Chamberlain intentó finalmente ganarse a Moscú para un pacto contra Hitler. El gran problema radicaba en los temores de Polonia de caer así en la esfera de influencia soviética; mas a Varsovia le bastaron las garantías británicas. También los Estados bálticos tenían sus recelos frente el nuevo sesgo de la situación. En este estado de cosas comenzaron el 1 de agosto de 1939 en Moscú

[24] *Nürnberger Dokumente.* Dok. L-079 (t. XXXVII, p. 546).

las negociaciones militares soviético-franco-británicas, que perdieron todo sentido cuando días más tarde (23 de agosto) se firmaba el pacto germano-soviético. Tras la experiencia de Munich no había disminuido el temor de una unión de todos a costa de Moscú o de una canalización hacia el Este de la dinámica germana. Por otra parte, Rusia no había dejado nunca de considerar la pérdida de sus provincias occidentales y del Báltico después de la Primera Guerra Mundial como una pérdida provisional. También Moscú se sentía enmarcada —como ya demostró la política inspirada en el Tratado de Rapallo— dentro de un programa revisionista. El viraje de 1933-34 no hizo más que encubrir por algún tiempo esta circunstancia. Siempre quedó abierta la posibilidad de un retorno a la política germano-soviética.

Por muchas diferencias ideológicas que existiesen entre ambos, para dos Estados totalitarios tal viraje no constituía ningún problema. Por parte alemana desempeñaron un papel importante, junto a la tradición bismarckiana de cooperación germanorusa, vigente todavía en los círculos diplomáticos, consideraciones de tipo estratégico de los militares y los esfuerzos de Hitler encaminados a evitar una guerra en dos frentes. Los Estados vecinos de Rusia seguían negándose persistentemente a consentir el paso de tropas soviéticas o incluso su ayuda, pues temían, en efecto, exponerse al doble riesgo de una subversión comunista y de una agresión nacionalsocialista. Por su parte, Stalin, con la destitución de su viejo ministro del Exterior, Litvínov (3 de mayo de 1939), dio a entender que consideraba fracasada la política de «seguridad colectiva» con Occidente. Con la rapidez y carencia de escrúpulos características de los regímenes totalitarios, Stalin volvió los ojos al otro bando (a la mejor oferta). Las negociaciones secretas celebradas con las «bestias fascistas» llegaron rápidamente a un resultado. La propaganda nacionalsocialista abandonaba ahora el bolchevismo para atacar a las «plutocracias» occidentales. La proximidad de la fecha fijada por Hitler para el ataque (1 de septiembre) aceleró más aún la firma del pacto. Poco antes de que los emisarios occidentales concluyeran la alianza militar con Moscú, llegaba Ribbentrop a la capital soviética, firmando esa misma noche (23 de agosto), en presencia de Stalin y Molotov, un pacto germano-ruso de no agresión que sumió al mundo en la máxima sorpresa y, finalmente, en la guerra.

El texto obligaba a ambas partes a negar su apoyo a cualquier potencia que pudiera encontrarse en guerra con una de ellas. De esta manera, las potencias occidentales se encontraban aisladas. Pero la verdadera enjundia del pacto estaba constituida por una cláusula adicional secreta en la que se definía la «delimitación de ambas es-

feras de influencia en Europa Occidental» y se asignaba a la Unión Soviética, «en caso de una reconfiguración político-territorial», los territorios del Báltico, Finlandia, la mitad oriental de Polonia y Besarabia. El hecho de que se dejara pendiente la cuestión del futuro Estado de una Polonia repartida y se declarara expresamente que el documento «debía ser tratado con todo secreto por ambas partes» [25], pone claramente de manifiesto el nexo entre los planes de la futura guerra y este pacto de pillaje. Hitler ofreció a Stalin más que las potencias occidentales, que tomaron en consideración la voluntad de los Estados afectados. En contrapartida, Hitler tenía ahora carta blanca para atacar a Polonia, así como para la «reconfiguración político-territorial de las regiones pertenecientes al Estado polaco» hasta el Narew, Vístula y San. La expansión alemana podía empezar, aunque, al mismo tiempo, la Unión Soviética tenía abierto el camino hacia Occidente. El motor y el contenido mismo del régimen de Hitler no fue la tan proclamada «defensa del comunismo», predicada con éxito, sino la progresiva política expansionista. El «baluarte del bolchevismo» viró ciento ochenta grados durante dos años. Ribbentrop manifestó a Stalin que el Pacto Anticomintern estaba «en realidad dirigido contra las democracias occidentales y no contra la Unión Soviética» [26].

Las circunstancias y consecuencias que acompañaron a estos acontecimientos demuestran de hecho que Hitler se convirtió en «el mayor pionero del bolchevismo en Europa» (Hofer) e incluso en el mundo. El pacto de intereses de dos enemigos declarados, con el broche de un brindis de Stalin a Hitler y acompañado de un drástico viraje de la propaganda y de la convicción de que las dictaduras no necesitan «tener en cuenta la fluctuante opinión pública» [27] fue, especialmente por el bando alemán, un acto de diplomacia totalitaria del más puro estilo: se reparte el futuro botín y en cuestión de horas se cambia totalmente de rumbo, se violan tratados y conciertan otros nuevos. Claro está que todo ello suscitó reparos y sembró la consternación, y no sólo en el Ministerio de Asuntos Exteriores, sino también entre los nacionalsocialistas y comunistas. El ideólogo máximo Alfred Rosenberg recogió en su Diario amargas reflexiones [28] y no todos los comunistas no-rusos supieron encajar este salto mor-

[25] *Das nationalsozialistische Deutschland und die Sowjetunion 1939-1941.* Berlín, 1948, p. 86.

[26] Seidl, *Die Beziehungen, op. cit.*, p. 84.

[27] Ribbentrop a Schulenburg (3-VIII-1939), *Nazi-Soviet Relations 1939-1941.* Washington, 1948, p. 38. Walter Hofer, *Die Entfesselung des Zweiten Weltkrieges,* Francfort del Meno, 1964, p. 117.

[28] H. G. Seraphim, editor, *Das politische Tagebuch Alfred Rosenbergs.* Gotinga, 1956, p. 9.

tal. Pero el maquiavelismo de este pacto descansaba sobre la sólida base de la unificación interna. Indudablemente, los motivos soviéticos eran muy comprensibles y nadie duda tampoco de que la política occidental de apaciguamiento y la intransigencia polaca tuvieron buena parte de responsabilidad. Mas con ello no queda justificado el decidido apoyo de Moscú a Hitler, ni tampoco el abandono de Checoslovaquia por las potencias occidentales un año antes. La ocupación rusa de Polonia Oriental y el ataque a Finlandia demostraron rápidamente que lo que se había firmado era un «pacto de agresión». Para Hitler significaba tener cubiertas las espaldas por el momento; para Stalin, nuevos territorios y la esperanza de una inevitable «autocarnicería» del capitalismo y del «tardío producto fascista». Para Polonia implicaba la pena de muerte, una cuarta repartición.

Autor y primer beneficiario del mismo fue, en realidad, Hitler. Es todavía discutible si Hitler planeaba también el ataque contra Occidente, si creía en nuevas concesiones de Londres y París y si firmó el pacto con vistas ya a la ulterior agresión contra la Unión Soviética. Sin embargo, aparentemente pensaba en llegar, después de una invasión de Francia, a un entendimiento unilateral con Inglaterra para retornar a la idea fundamental de *Mein Kampf*. En este sentido puede interpretarse el hecho de que casi hasta el último momento Londres tratara de evitar la guerra a base de conversaciones a todos los niveles, tentativas de mediación y numerosas conceciones: para Hitler y Ribbentrop, un síntoma más de la debilidad inglesa. Desconocían, sin embargo, que la opinión pública inglesa ya no estaba dispuesta por más tiempo a seguir la política de apaciguamiento.

Pese a que apenas dos años después se pusiera ya de manifiesto que la jugada germano-rusa obstaculizaba demasiado los objetivos nacionalsocialistas a largo plazo para poder durar mucho tiempo, dicha jugada cumplió su función más inmediata de sentar en sólo dos semanas las bases de la destrucción de Polonia. Hitler calmó entretanto a sus generales: «Yo mismo me encargaré de proporcionar los motivos propagandísticos para el comienzo de la guerra» [29]. Aquéllos hablaban una vez más del derecho de autodeterminación de las minorías alemanas, del derecho de anexión de Danzig, de la «sangrienta frontera» en el Este. Una vez más se promovió la crisis por medio de incidentes preparados, «provocaciones» estudiadas y deman-

[29] Alocución del 22-VIII-1939 en Obersalzberg, *Nürnberger Dokumente*. PS-1014 (t. XXVI, p. 523). Hitler prosiguió: «Más tarde no se le preguntará al vencedor si ha dicho la verdad o no.»

das ultimativas a Varsovia. Al final de la serie figuró el «asalto» a la emisora alemana de Gleiwitz, acción organizada por Himmler con ayuda de presos de campos de concentración vestidos de uniforme polaco, promoviendo el sensacionalismo con el fin de enrarecer más aún el ambiente bélico. En vano trató ahora Mussolini —a quien Hitler no había informado de sus conversaciones con los soviéticos sino después de algún tiempo— de buscar el arreglo de una Conferencia al estilo de la de Munich, quejándose ante Hitler de que hasta ahora se había planeado la guerra «para después de 1942, momento en el que, según los proyectos acordados, estaría ya preparado por tierra, mar y aire» [30]. Pero la guerra era ya inevitable porque así lo quería Hitler, quien rechazó un segundo Munich invocando su «tarea vital». Ya no se trataba de revisión alguna. El 22 de agosto Hitler declaraba a sus generales: «Sólo temo que en el último momento algún canalla presente todavía un plan de mediación» [31].

Acerca de la culpabilidad de la guerra de 1939 no cabe duda alguna. Responsable fue la política alemana, y esta realidad no puede desfigurarse por la multitud de causas de posguerra, la parte de culpa de Moscú y el fracaso occidental frente a Hitler. Tampoco Chamberlain en una carta a Hitler (22 de agosto) dejó lugar a dudas sobre la firme voluntad de Londres de responder a las garantías ofrecidas a Polonia. Una propuesta de división de la política mundial entre Alemania e Inglaterra, que Hitler lanzó el 25 de agosto siguiendo el espíritu de *Mein Kampf,* mostraba el completo desconocimiento de la política inglesa. Pese a las objeciones de generales y políticos, Hitler, secundado por su «experto en política inglesa», Ribbentrop, evidentemente creyó hasta el último momento poder restringir la «guerra relámpago» a una zona concreta. Fue el primer error de cálculo de su infalible «instinto», que dos años más tarde le conduciría definitivamente a la catástrofe. Tras algún pequeño titubeo, Hitler fijó definitivamente la fecha del ataque para el 1 de septiembre de 1939. Las últimas tentativas de mediación, en las que intervino también Göring, fracasaron ante la negativa de Varsovia de negociar bajo presiones. Las tropas alemanas realizaban ya una rápida labor de penetración, cuando el 3 de septiembre llegó el ultimátum inglés y poco después el francés. Veinticinco años después de la guerra de 1914 Hitler logró imponer su opinión de que aquella contienda no estaba terminada ni tampoco decidida. Con tal convicción empezó en 1919 su carrera el cabo Hitler y en ella descan-

[30] *Nürnberger Dokumente,* t. XXXI, p. 155.
[31] *Idem,* t. XXVI, p. 338.

saban el triunfo y la política del nacionalsocialismo. La Segunda Guerra Mundial no fue una desgraciada casualidad. Fue una guerra nacionalsocialista.

Estructura de la política exterior nacionalsocialista

Cualquier exposición de la política exterior del Tercer Reich deberá centrarse en los planes e ideas de Hitler. Al respecto, se plantea una doble cuestión: primeramente, el papel desempeñado por el aparato mismo del Ministerio del Exterior; en segundo lugar, su relación con aquellas instituciones y empresas que, a diferentes niveles, impulsaron las ambiciones del partido en política exterior. Reaparece aquí el problema cardinal de las relaciones partido-Estado. Al igual que el sistema político interno, el despliegue de la política exterior nacionalsocialista está caracterizado por una confusa sucesión de reivindicaciones y conflictos, tradición y revolución, ideología y política realista. Indudablemente, el poder decisorio, absoluto e incontrolable descansaba en Hitler. Todos los conflictos y rivalidades internas acababan siempre por afianzar la posición del «Führer». El mismo Hitler partía de bases más o menos invariables, admitiendo consejo y asesoramiento sólo en la medida en que podían servir a la realización de sus principios. Pero dentro de esta estructura fundamental, los éxitos tácticos y los posteriores errores de cálculo de la política exterior nacionalsocialista sólo pueden comprenderse en relación con el proceso de igualación y con la mutua dependencia entre las políticas interior y exterior.

La disposición de casi todos los diplomáticos alemanes a prestar sus servicios al Tercer Reich puede explicarse por multitud de razones, que apenas se diferencian de las que movían a los demás funcionarios. Junto a los motivos relacionados con la propia subsistencia y la carrera, tuvo especial importancia el argumento de que la continuidad del cuadro de expertos sería el mejor medio de madurar el estadista que podría esconderse en el demagogo Hitler. Dicha continuidad parecía estar garantizada por Hindenburg, los conservadores y también por Neurath, ministro del Exterior antes y ahora. ¿Acaso no se mantuvo aquella continuidad en 1918 por la adaptación a la República? ¿No habían logrado en la Italia fascista los expertos del viejo aparato evitar arriesgadas aventuras permaneciendo en sus puestos? Bernhard von Bülow, diplomático de la vieja escuela y subsecretario de Estado, opinaba que Hitler, como novato en la materia de política exterior, habría de depender forzosamente del Ministerio del Exterior. En este mismo tono de apa-

ciguamiento y continuidad se expresaron también las primeras circulares cursadas a las diferentes misiones diplomáticas. Y esta circunstancia parecía confirmarse además por los mismos comienzos de la política exterior nacionalsocialista, que en 1933 estaban subordinados todavía a los propósitos de consolidación interior. Apenas hubo cambio de personal y se frenaron las ambiciones de los funcionarios nacionalsocialistas del partido. Así, Nadolny, jefe de la delegación alemana en Ginebra, ordenó el regreso a Berlín de dos funcionarios nacionalsocialistas (entre ellos, Heydrich, jefe de las SS), que habían empezado a actuar por iniciativa propia. La única protesta significativa fue la espontánea dimisión de von Prittwitz, embajador en Washington.

Asimismo, las primeras operaciones llamativas del Tercer Reich estaban también en consonancia con la voluntad del Ministerio del Exterior, siendo incluso impulsadas por él. Tan sólo unos cuantos desaprobaron la ruptura con la Sociedad de Naciones, y el mismo Neurath había aconsejado a Hitler en tal sentido. Ya en la firma del Concordato del Reich se había puesto de manifiesto la concordancia entre el «Führer» y sus asesores, concordancia que sólo se deterioró con la política seguida frente a Austria. Por primera vez, el partido manejó aquí sus propias iniciativas al margen de y en contra del Ministerio del Exterior, comprometiendo, al mismo tiempo, las relaciones con Mussolini. Sin embargo, ni en este caso ni en la interpretación del pacto germano-polaco y de sus peligrosas repercusiones en la política soviética llegó a registrarse una oposición abierta. Unicamente Nadolny, entonces embajador en Moscú, acabó por dimitir tras un encontronazo con Hitler. Puede que esta postura crítica frente al nuevo sesgo de la situación fuese compartida por otros, posiblemente por von Bülow; pero en todo caso Neurath estaba plenamente de acuerdo con Hitler. Cada vez se evidenciaba más su debilidad política y su deseo de permanecer en el puesto a toda costa; esto fue quizá lo que determinó sus relaciones con Nadolny, considerado como un posible rival de Neurath. Hitler no debió tardar en percatarse de que se podía operar tan fácilmente con el Ministerio del Exterior como con el aparato de la política interior.

En el curso del año 1934 los distintos órganos del partido, rivales entre sí, empezaron a constituir una visible competencia para el Ministerio. Las mayores ambiciones correspondieron a Goebbels, Ribbentrop, Bohle y Rosenberg. El Ministerio de Propaganda pretendía monopolizar la política de información pública. Goebbels consiguió absorber, en gran medida, no sólo la política informativa sino también la cultural del Ministerio del Exterior. Mayor trascendencia tuvo la competencia que trató de montar entonces el mismo Rib-

bentrop. Su «aptitud» descansaba en los muchos viajes y conocimiento de lenguas propios de un representante de la compañía de bebidas espumosas Henkell, en la que encontró cobijo a través de su matrimonio. Su título nobiliario era producto de la adopción pagada por parte de una pariente, y para los años últimos de su vida sólo aspiraba a verse como «hombre de negocios internacionales» [32]. Hitler, tan poco versado en idiomas y contacto con el extranjero, se dejó impresionar por el mucho mundo y la zalamería de Ribbentrop, que se consideraba a sí mismo el experto en política exterior del partido, al que se afilió tras la oleada de éxitos de 1932. Vanidoso y servil como era y siempre arrimado a Hitler, Ribbentrop trató desde el principio de enturbiar las relaciones entre el «Führer» y el Ministerio del Exterior. Nada lograron aportar sus misiones extraordinarias como comisario del desarme en Londres y Roma (1934), pero entretanto había erigido su propio «negociado Ribbentrop», enfrentado al Ministerio. Era una empresa «paradiplomática» [33], que contaba con agentes en numerosos países y que estaba financiada por fondos especiales y por el «donativo Adolfo Hitler»: una empresa, en fin, que con un heterogéneo grupo de hombres de negocios, camaradas del partido y aventureros elaboraba política exterior «à la Ribbentrop» para Hitler. Aquí se dieron cita muchos que trataban de operar al margen de la política exterior oficial o que, pese a los méritos acumulados en el partido, no habían logrado penetrar en el Ministerio. Aquí podían forjarse intrigas bajo el disfraz de la dignidad diplomática. Hitler recompensó a tan acomodadizos colaboradores con el derecho de revisar los informes del Ministerio del Exterior que no estuvieran reservados directamente a ministros o subsecretarios. La consecuencia fue una febril actividad con la que Ribbentrop bloqueaba y entorpecía las medidas oficiales gracias a su contacto directo con Hitler. De modo especial se consagró a uno de los temas favoritos de Hitler: las relaciones anglo-germanas; frente a las dudas del Ministerio de Asuntos Exteriores sabía presentar él la confirmación de las ideas y deseos de Hitler. Durante sus visitas a Londres no sólo encontró acceso a escépticos como G. B. Shaw, sino también a admiradores de la «nueva Alemania», tales como lord Lothian. En este período de aislacionismo exterior, Hitler escuchaba con agrado las manifestaciones de Ribbentrop de que casi todos los ingleses buscaban la cooperación con el Tercer

[32] G. M. Gilbert, *The Psychology of Dictatorship.* Nueva York, 1950, p. 167.

[33] Carl Schorske, en *The Diplomats.* Princeton, 1953, p. 479. Además y de modo amplio: Hans-Adolf Jacobsen, *Nationalsozialistische Aussenpolitik 1933-1938.* Francfort del Meno, 1968, p. 252.

Reich. Al parecer, Ribbentrop era tenido por Hitler por mejor conocedor del extranjero y de la política exterior que los expertos del Ministerio de Asuntos Exteriores y de las Embajadas.

Muy característico de la situación del Ministerio fue el hecho de que el mismo Neurath apenas hiciera nada contra el entorpecimiento y bloqueo de la política exterior oficial por parte del «negociado Ribbentrop». Desde muy pronto se había dirigido Neurath a Hindenburg pidiendo que se le encomendaran a Ribbentrop misiones especiales, evitando cómodamente toda complicación. Por su parte, Bülow siguió subestimando al diplomático aficionado por la gracia de Hitler hasta que fue demasiado tarde. En todo ello desempeñó un importante papel el prestigio conseguido por Ribbentrop a los ojos de Hitler durante las conversaciones germano-británicas en torno al acuerdo naval. Pese al escepticismo de los diplomáticos del Ministerio berlinés y de la Embajada de Londres, que evidentemente esperaban que su rival fracasara miserablemente en aquella empresa, Ribbentrop —gracias a una incomprensible resolución de Londres— se trajo a casa un tratado que constituía, junto con el Concordato (Papen), un importante progreso en el reconocimiento internacional del Tercer Reich y en la disolución de la amenaza de un frente anti-Hitler.

Tanto ahora como en los golpes subsiguientes, Hitler vio confirmadas sus sospechas de que los diplomáticos eran demasiado precavidos o ajenos a la realidad. En su condición de dinámico Embajador Extraordinario que con tanta prontitud sabía confirmar las opiniones de Hitler, Ribbentrop, el servil e incondicional seguidor del «Führer», vino a constituirse en pionero de la política exterior de nuevo cuño. Y para ello se sirvió de los métodos ya empleados por su maestro: es decir, hacer cualquier tipo de promesas para sacar a un país tras otro del marco de la política de seguridad. Así prometió a Bélgica la solemne renuncia a Eupen-Malmedy si aquélla declaraba su neutralidad en un futuro conflicto. El Ministerio de Asuntos Exteriores tenía luego que pechar con las consecuencias sin estar suficientemente enterado de tales empresas, con lo cual fue perdiendo poco a poco, desde 1935, el contacto con Hitler. De la proclamación del servicio militar obligatorio el Ministerio no fue informado sino «a posteriori». También en el siguiente golpe, la remilitarización de Renania, el «negociado Ribbentrop» se adelantó y tuvo de nuevo razón cuando la Embajada en Londres advertía el peligro de represalias inglesas. Tras la muerte de Bülow en julio de 1936, Ribbentrop pasó a embajador en Londres, donde un año antes alcanzara su más resonante triunfo. En su posición de Embajador Extraordinario seguía dependiendo exclusivamente del «Führer», al

igual que Papen en Viena. Inglaterra y Austria fueron dos sectores sustraídos a la acción del Ministerio de Asuntos Exteriores, es decir, asunto dependiente de una relación personal con Hitler. Neurath soportó flemáticamente esta mutilación de su Ministerio. Con el comienzo de la expansión, Ribbentrop conseguiría su soñada meta.

Otra competencia más, enfrentada al cuadro diplomático, provino de la Organización extranjera (AO) * del NSDAP, dirigida por el jefe de distrito del partido, Ernst Wilhelm Bohle, nacido en 1903 en Inglaterra e hijo de un catedrático de Ciudad del Cabo. Creada tras la constitución del NSDAP en partido de masas (1931) como un distrito para los miembros residentes en el extranjero, desde 1933 la AO manifestó abiertamente su ambición en política exterior: propaganda nacionalsocialista en el extranjero, manipulación y coordinación de oriundos de raza alemana en el extranjero, así como el espionaje de las misiones diplomáticas alemanas. De este modo, como factor de permanente bloqueo y creciente influencia, la AO logró finalmente, por disposición de Hitler (30 de enero de 1937), un puesto propio en el Ministerio del Exterior, encargándose de todos los asuntos de los alemanes en el extranjero. La tan cuidadosamente mantenida independencia del Ministerio con respecto del partido se vio así minada, toda vez que Bohle dependía de Neurath sólo en el plano formal, en tanto que, como jefe de una organización nacionalsocialista, estaba sometido a Hess, obteniendo al mismo tiempo un puesto en el gabinete. Para los diplomáticos la AO fue una especie de quinta columna encargada de vigilar la orientación política de las misiones exteriores y promotora de su propia política exterior con ayuda de los grupos de alemanes extraterritoriales, en tanto que Bohle controlaba en el Ministerio del Exterior la conducta de los funcionarios.

En Austria y, sobre todo, en España pudo ponerse claramente de manifiesto este tipo de actividades. Antes incluso de iniciarse la guerra civil recibió Franco el apoyo de la AO, y la subsiguiente participación alemana fue, en gran medida, obra de esta organización [34]. Una carta de Franco, remitida nada más empezar la guerra a Hitler por mediación de la AO, comportó la correspondiente ayuda militar al español. También en este caso se pasó por encima del Ministerio del Exterior, repitiéndose el cuadro de siempre: escepticismo y reservas en el Ministerio del Exterior, y, en parte, en la «Wehrmacht»; propia iniciativa de los activistas del partido apoyados en

* AO = Auslandsorganisation. *(N. del T.)*

[34] Manfred Merkes, *Die deutsche Politik gegenüber dem spanischen Bürgerkrieg 1936-1939*. Bonn, 1960, p. 19. Sobre el tema de la «AO», cf. Jacobsen, *Aussenpolitik*, p. 90.

mediadores alemanes en el extranjero; juego oscuro y repentina decisión de Hitler, cuyo éxito daba un mentís a los cautelosos del Ministerio del Exterior de la «Wehrmacht». La divergencia de opiniones en el aparato siempre le favorecían. Así, Göring estaba interesado en probar en España los efectivos aéreos, así como en un intercambio de armamento por materias primas españolas; el negociado de Ribbentrop intervino a su manera en el asunto; el Ministerio de Propaganda elaboraba sus invenciones belicistas; Canaris, jefe del Servicio Secreto, era viejo amigo de Franco; y al igual que la AO, el embajador alemán cerca de Franco hacía su propia política como viejo camarada del partido y ex-general. En resumen, no podía hablarse aquí de un control de la marcha de los acontecimientos o de una planificación por parte del Ministerio del Exterior. Una vez más se pone claramente de manifiesto el caos interno del régimen hitleriano, supuestamente monolítico. Pero también salta a la vista que esta falta de coordinación no era óbice para que en el extranjero y en la opinión pública alemana se tuviera la impresión de una política, en el problema español, decidida y hábilmente calculada. Fue precisamente este continuo equívoco sobre la naturaleza de una dictadura totalitaria lo que permitió a Hiler practicar «instintivamente» su política de éxitos, supuestamente irresistible.

La AO ha sido equiparada fundamentalmente a una quinta columna en los países habitados por alemanes extraterritoriales. También en este caso cabe decirse que en ello había mucho de leyenda y que nunca llegó a formarse una verdadera organización de un poderoso movimiento subversivo nacionalsocialista; sin embargo, la sola leyenda difundió el temor y la confusión [35]. Es más, la uniformización de tales grupos germanos del extranjero fue un factor político que ejerció en sí una considerable presión sobre la política en Europa Oriental y Suroriental. El alcance de este fenómeno con respecto a la evolución que experimentaron tanto la cuestión checoslovaca como la polaca es evidente. En el Báltico, Rumania y Yugoslavia las bases histórico-políticas eran diferentes. Estaba claro que los alemanes de estos últimos países —a diferencia de los alemanes de los Sudetes o de Polonia— no podían ser considerados por las buenas como parte de la futura Gran Alemania, sometiéndolos para ello a la correspondiente campaña propagandística. No obstante, después de algún conflicto que otro se consiguió en todos los casos una rápida unificación de tales organizaciones. Las críticas del Tercer Reich a los reglamentos internacionales encontraron aquí, donde se

[35] Louis de Jong, *Die deutsche Fünfte Kolonne im Zweiten Weltkrieg.* Stuttgart, 1959.

había tenido experiencias muy diversas con los acuerdos de protección de las minorías promulgados por la Sociedad de Naciones, terreno abonado. Algunas tendencias políticas poco gratas se soslayaron apelando simplemente a la comunidad de pueblo y cultura; la idea de la «comunidad del pueblo» y del primado de lo popular sobre lo estatal venía ya dada de antemano; y por otra parte, en el Tercer Reich se veía con agrado el surgimiento de una potencia protectora de los intereses de todos los alemanes, aun cuando no fuera posible la incorporación directa. Las expectativas cifradas en todo ello se asemejaron mucho a las ilusiones que posibilitaron el triunfo del nacionalsocialismo, con la diferencia de que el distanciamiento de la realidad del movimiento y del régimen era aún mayor.

El proceso de unificación partió aquí de las distintas organizaciones culturales suprapartidistas ya existentes, mayormente financiadas con fondos alemanes. El papel más importante correspondió a un grupo tan numeroso como la Asociación Alemana en el Extranjero (VDA), que desde la época de Bismarck y con creciente empeño había prestado apoyo a escuelas, teatros, prensa y actividades políticas de las minorías alemanas en todo el mundo. La VDA fue hasta 1933 una asociación de orientación «nacional», situada al margen de los partidos y presidida por Otto Gessler, ex-ministro demócrata. A partir de aquella fecha fue convirtiéndose gradualmente en un órgano de transmisión de la política unificadora del nacionalsocialismo al servicio de la nueva política exterior. Su primer jefe a escala del Reich fue Hans Steinacher, conocido predicador de la alemanidad. Una vez que la fase de transición había cumplido su función, la organización fue articulada bajo el mando de las SS y puesta al servicio inmediato de la política panalemanista radical del nacionalsocialismo. La nacificación y la política del Reich iban abriéndose paso a base de la unilateral financiación, y en esa misma medida iba esfumándose la lealtad hacia el país en que residían estos grupos minoritarios. Más o menos voluntariamente, los alemanes extraterritoriales fueron convirtiéndose en instrumento de la política exterior nacionalsocialista y despegándose de la patria. Durante la guerra tuvieron que cargar con la dudosa suerte de la reubicación en los territorios conquistados (por ejemplo, los habitantes de las provincias bálticas en el territorio del Warta) y después de la derrota fueron víctimas de la expulsión y la emigración.

La ideología de la panalemanidad desempeñó un papel capital en la génesis del nacionalsocialismo, así como después en su política exterior. Se ha destacado reiteradamente que, por su lugar de nacimiento, figuras tan notables del Tercer Reich como Hindenburg

(Posen), Hitler (Braunau), Rosenberg (Riga), Hess (Egipto) y Darré (Argentina) deben incluirse en la categoría de alemanes extraterritoriales y fronterizos. En la asamblea de la VDA de 1933 Steinacher manifestó patética pero acertadamente: «...la revolución nacional de Adolfo Hitler tiene una de sus raíces en el movimiento defensivo y unitario panalemanista de aquellos años (después de la Primera Guerra Mundial)... El movimiento nace de lo hondo del pueblo alemán. Por ello, no puede hablarse de un movimiento puramente estatal, y por ello no encaja dentro de las fronteras del Estado. El movimiento se extiende a cualquier parte de nuestro cuerpo popular... Y más allá de las fronteras, del Báltico a la desembocadura del Danubio, de la Alta Silesia hasta Egerland, de la Borgoña al Tirol (¡aunque esto último en contra de las intenciones de Hitler!) y Eupen-Malmedy, vemos cómo por doquier las jóvenes generaciones quedan subyugadas por este movimiento. Lo vemos también en Ultramar, en América del Norte, Brasil y en Africa del Sur. En todas partes y con un fervor sin igual, las gentes sencillas, precisamente, han tomado conciencia, siguiendo con más fuerza y mejor fe su propio camino. El pueblo alemán en su totalidad ha entrado en movimiento. Lo que le pertenece adquirirá nuevas formas. Ha empezado ya una nueva época en la vida alemana» [36].

Tal ideología no era aún más que el disfraz sentimental de un nacionalismo étnico supraestatal y de su orientación al nacionalsocialismo, pero en los años siguientes se convirtió en instrumento fácilmente manejable de la expansión y de la política racista del espacio vital. En las fantasías, tan reales como crueles, de la «reetnificación», propugnada por Himmler y la política de las SS, se redujeron al absurdo las extravagancias de la idea populista. De la cámara de incubación de la ideología cultural panalemanista se derivaron fuertes impulsos y pseudojustificaciones diversas de la doctrina de la superioridad y de las reivindicaciones imperialistas del nacionalsocialismo.

A la maraña de motivos e intrigas de cargos —plano en el que se movió la política exterior nacionalsocialista junto con el Ministerio del Exterior y al margen de él— contribuyeron también las altas pretensiones y desilusiones de Rosenberg. Durante las jornadas de lucha fue asesor de Hitler en política exterior y, finalmente, jefe del comité de política exterior de la fracción parlamentaria nacionalsocialista. Sin embargo, nunca llegó a ocupar el tan deseado cargo de Ministro del Exterior, debiéndose contentar únicamente con la Ofi-

[36] En Walter Gehl, *Der nationalsozialistische Staat*. Breslau, 1933, p. 218. Sobre el tema de la unificación de la VDA, cf. Jacobsen, *Aussenpolitik*, p. 162.

cina de Política Exterior del NSDAP. Pese al gran despliegue de actividad de esta Oficina en los numerosos conflictos de atribuciones con el Ministerio del Exterior, así como con Goebbels y Ribbentrop, lo cierto es que no pasaba de ser un simple centro de asesoramiento para visitantes extranjeros, especialmente fascistas. Göring pudo decir de ella que «ni tan siquiera una sola vez fue escuchada en cuestiones de política exterior» [37]. Tampoco en su tentativa de infiltrarse entre los jóvenes diplomáticos con ayuda de una escuela de política exterior conoció Rosenberg el éxito. De este modo hubo de consolarse con la organización de la lucha contra el «arte degenerado» y el encargo de velar por la «competencia nacionalsocialista en la evaluación de todas las instituciones del espíritu» [38]. Pero el golpe más amargo que tuvo que encajar el ideólogo Rosenberg fue su marginación en 1938 en beneficio de Ribbentrop, con la abominada consecuencia del pacto Hitler-Stalin. Su influencia siguió siendo en lo sucesivo escasa. En 1940 llevó a Quisling ante Hitler, ordenó el saqueo de las bibliotecas requisadas y sentó las bases de la llamada Alta Escuela. Para quien quería ser ministro del Exterior, sin llegar a serlo, su nombramiento como ministro del Reich para los territorios ocupados del Este no fue sino un premio de consolación. Sus atribuciones habían sido recortadas por todas partes (Göring, Himmler, Sauckel) y su oficina era ridiculizada con el mote de Ministerio del Caos (Goebbels).

De forma diferente se desenvolvió Ribbentrop. Tras de conseguir en 1936 el acceso a la «élite» diplomática, intentó apuntalar definitivamente su prestigio y candidatura ministerial a base de un nuevo éxito frente al Ministerio del Exterior. Sus continuas idas y venidas entre Londres y Berlín hicieron que *Punch* le llamara una vez el «ario errante» [39]. Su negociado, que ya contaba con 300 colaboradores, segía incansablemente a la caza de posibles nuevos golpes. Londres no podía satisfacer a aquel embajador extraordinario, y menos aún cuando éste sufrió el lamentable desliz de brindar al monarca inglés el saludo hitleriano. Fue entonces cuando se agarró a la ocurrencia, meramente ocasional, de Hitler de una cooperación germano-nipona, cuyo objetivo inmediato era la elaboración de una política conjunta de las dos potencias expansionistas contra la Unión Soviética y cuya base propagandística era el anticomunismo. Una vez más se dejó de lado al Ministerio del Exterior: Ribbentrop fue el encargado de firmar el Pacto Anticomintern con el Japón en no-

[37] *Nürnberger Dokumente,* t. XVIII, p. 83. Jacobsen, *op. cit.,* p. 45.
[38] Por ejemplo, Alfred Rosenberg, *Weltanschauung und Glaubenslehre.* Halle/S., 1939, p. 14.
[39] Paul Seabury, *The Wilhelmstrasse.* Berkeley, 1954, p. 91.

viembre de 1936. En todo ello parece ser que el embajador alemán en Tokio, Dirksen, jugó un papel equívoco: un ejemplo típico de la debilidad de los funcionarios conservadores por el despliegue de poder y la política basada en el éxito. En 1938 sucedió a Ribbentrop en la capital británica.

El Ministerio del Exterior quizá se consolara pensando en la escasa significación del nuevo pacto, pese a que afectara a las tradicionales relaciones germano-chinas y a los intereses de los militares, que desde hacía tiempo mantenían cierta cooperación con Chiang Kai-chek. Sin embargo, un año después y a espaldas de la diplomacia oficial conseguía Ribbentrop la adhesión de Italia al pacto, confiriéndole así, como base de la futura coalición bélica, un alcance inesperado. Una vez más, el Ministerio y los militares quedaban burlados, sacrificándose su política mantenida con China.

La continua pérdida de poder del Ministerio del Exterior frente al dúo Hitler-Ribbentrop era ya algo evidente. En pocos años el Ministerio, al que Hitler había querido encauzar conscientemente por las vías de una política nacional de estilo tradicional, fue reduciéndose a la condición de un «aparato técnico», según ha señalado el subsecretario de Estado von Weizsäcker [40]. E incluso en este plano fue marginado en muchas cosas, coartado por el control de la central del partido y de las diferentes misiones diplomáticas y vendido a cualquier iniciativa repentina de fuera y a la filtración interior. A esta impotencia del Ministerio contribuyeron también la voluntariosa colaboración de los primeros tiempos, la orientación conservadora y nacional de la política anti-Versalles y la mentalidad burocrática y jerárquica de una «sociedad marcadamente cerrada». Y aquí no cabe pasar por alto el desgraciado papel de Neurath. Cierto es que hubo ejemplos de oposición, cada vez más numerosos con el correr de los años; pero ni se intentó controlar las intervenciones del partido y la penetración de la diplomacia nacionalsocialista al estilo de Ribbentrop, ni se procuró remedio alguno para las graves consecuencias del nuevo curso de extorsión y expansión. No se trataba sólo de la inferioridad de condiciones o del fracaso de la diplomacia tradicional frente a una dictadura provista del aparato técnico y moderno de la manipulación y de la propaganda, sino de que muchos diplomáticos fueron víctimas de esa terrible propensión a la pura idea del poder y del éxito, a las consignas nacionalistas y mentalidad de servicio, que puso en bandeja al nacionalsocialismo la dictadura y la salida de la guerra.

[40] Ernst v. Weizsäcker, *Erinnerungen*. Munich, 1950, p. 129. A propósito de Weizsäcker, cf. Gordon Craig, *The Diplomats*. Princeton, 1953, p. 435.

En vísperas de una política expansionista declarada se llegó a un momento cumbre con el nombramiento de Ribbentrop como ministro del Exterior, disipando así las últimas dudas sobre las proporciones del proceso de unificación. Al igual que Papen, Neurath se dejó utilizar en otro cargo como cebo conservador del régimen. Los expertos «sobrevivientes» actuaban como instrumentos de la política instintiva y exenta de todo control de Hitler y de su satélite, al que los veteranos del partido llamaban despectivamente «Ribbensnob» y de quien Goebbels se mofaba así, no sin cierta envidia: «El nombre lo ha conseguido por compra, el dinero por casamiento y el puesto por estafa» [41]. En el mismo proceso de Nuremberg, algunos rivales, tales como Göring, testimoniaron el desprecio general —incluso de la «élite» del partido— por tan bizantino personaje. Hitler le llamó ocasionalmente genio y un segundo Bismarck [42].

Con la entrada de Ribbentrop, el Ministerio del Exterior tenía, sin embargo, motivos de consuelo y argumentos de justificación. El embajador Dirksen, destacado ahora a Londres, celebró el final de las rivalidades con el negociado Ribbentrop; Weizsäcker, nuevo subsecretario de Estado, de la vieja escuela, confiaba en la ductilidad de Ribbentrop y en la nueva posibilidad de concentración de toda la política exterior en el Ministerio [43]. Mas con ello terminaba también la posibilidad de explotar conflictos de competencias. Ciertamente, Ribbentrop se lanzó inmediatamente a la interminable carrera de recuperar las atribuciones perdidas por Neurath, logrando en los años siguientes la eliminación de Bohle y de la AO, así como el fortalecimiento de su posición frente al Ministerio de Propaganda. En medio de la barahúnda de la política belicista, el Ministerio del Exterior debió su supervivencia a Ribbentrop. Sin embargo, poco significaron estos éxitos aparentes frente a la pérdida efectiva de atribuciones y al contenido real de la «política exterior» que tuvo que realizar el Ministerio en la era Ribbentrop. La nueva era estuvo simbolizada por la entrada en el Ministerio de viejos camaradas del partido procedentes de la jerarquía de la SA y de las SS, nuevos uniformes y la creación de una Escuela Diplomática de las SS. El mismo Ribbentrop manifestaría luego al sucesor de Weizsäcker (Steengracht) que la misión del subsecretario de Estado consistía en el mantenimiento de contactos de rutina con diplo-

[41] J. Fest, *op. cit.*, p. 246.

[42] C. J. Burckhardt, *op. cit.*, p. 297. Otto Dietrich, *12 Jahre mit Hitler*. Munich, 1955, p. 259.

[43] Herbert von Dirksen, *Moskau, Tokio, London*. Stuttgart, 1949, p. 199. Weizsäcker, *Erinnerungen, op. cit.*, p. 152.

máticos extranjeros, la salvaguardia de la disciplina en el Ministerio, así como la custodia a todo trance de sus atribuciones. La política, en cambio, era asunto exclusivo de Hitler y del ministro, debiéndose limitar únicamente a la ejecución de las órdenes.

La consigna válida para todos los diplomáticos se resumía en la obediencia ciega, nada de consejos. El mismo Ribbentrop no hacía otra cosa que ejecutar los deseos de Hitler. Trataba en todo momento de proteger al «Führer» de cualquier influencia de los escépticos, haciéndose así imprescindible. A partir de entonces sólo se aceptaban informes y propuestas que encajaran en este esquema preestablecido. De esta forma puede explicarse también la progresiva ceguera que caracterizó la política de Hitler en los años de guerra. Todas las tentativas que, a partir del verano de 1938, emprendieron Weizsäcker y sus diplomáticos para enmendar o detener el curso de los acontecimientos a base de propuestas y advertencias se estrellaron contra esta barrera. Seguía dominando el principio caudillista: el «Führer» tenía siempre razón, después de él el ministro del Exterior y, finalmente, su Ministerio. Ribbentrop exigía del mismo que hiciera de la genial infabilidad de la política exterior hitleriana la base exclusiva de su actividad. En la primavera de 1939 Ribbentrop llegó incluso a amenazar con el fusilamiento a todo funcionario del Ministerio que dudara de la derrota polaca en un plazo de veinticuatro horas y de la no intervención inglesa [44].

Fue un error de cálculo trascendental, producto de la decepción sufrida por el fracaso de su torpe política frente a Londres. De esta forma, Ribbentrop contribuyó decisivamente al inicio de la guerra. Al parecer, estaba convencido de que Alemania «no explotó al máximo el miedo de las potencias occidentales a la guerra» cuando se celebró la Conferencia de Munich [45]. Y así, con su «política exterior personal» torpedeó las últimas tentativas de mediación (por ejemplo, del sueco Dahlerus), ocultó los informes de los embajadores de Londres y Washington y acabó con los contactos mantenidos con Varsovia. Sin embargo, el error de cálculo de agosto de 1939 no afectó en nada a las relaciones Hitler-Ribbentrop ni puso final a la sumisión, entre resignada y voluntaria, de los diplomáticos de carrera al catastrófico y violento rumbo de la política belicista del nacionalsocialismo.

Tarde llegó Weizsäcker a esta conclusión: «La falta radicaba en el sistema, que pudo permitir que aquel fenómeno pudiera llegar a ser ministro de Asuntos Exteriores y permanecer siete años

[44] Erich Kordt, *Nicht aus den Akten*. Stuttgart, 1950, p. 372.
[45] Weizsäcker, *op. cit.*, p. 191.

en el puesto»[46]. Es preciso añadir, sin embargo, que el sistema no era un parámetro inexplicable. No cabe concebirlo sin las falsas actitudes y tradiciones alemanas que lo posibilitaron; no cabe concebirlo sin la colaboración y debilidades de los expertos que lo dirigieron y aseguraron su funcionamiento; ni tampoco sin el fracaso de la diplomacia y las ilusiones de las potencias europeas, que lo aceptaron. En último término, la obediencia al «Estado», ese ente abstracto de la tradición prusiano-alemana, se encargó de arrinconar toda posible objeción. Ciertamente, no siempre se aprobaron los métodos de Hitler y de sus criaturas, pero sí los objetivos: la Gran Alemania y la consiguiente ampliación de poder y posición hegemónica en Europa. Muy discutibles eran las tácticas y probabilidades de éxito: por ejemplo, durante las crisis del verano de 1938 y 1939. Pero ni siquiera abusos tan flagrantes de la política arbitraria y terrorista como los progromos de noviembre de 1938, que desencadenaron una oleada de indignación en todo el mundo, lograron alterar esta jerarquía: «primero, el Estado, luego el hombre». Con la estética expresión «noche de cristal del Reich» quiso despacharse el espanto de aquella acción. La burocrática ética del ciego cumplimiento seguía privando sobre la moral política. Tan sólo unos pocos —entre ellos, los embajadores en Roma y Moscú, von Hassell y el conde de Schulenburg— se liberaron de esta actitud, pasándose tardíamente a la oposición frente a una concepción totalitaria del Estado. Los demás sobrevivieron.

[46] *Idem*, p. 354.

Capítulo 7

MOVILIZACION INTERNA Y OPOSICION

Cambio económico y social

El nacionalsocialismo no desarrolló en ningún momento teoría consistente alguna de la economía y de la sociedad. En el programa del partido (puntos 13-17) figuraban desperdigadas consignas semisocialistas y de clase media. El mismo Hitler se limitó a proclamar la comunidad del pueblo y el slogan del final de la lucha de clases, así como a sus conocidas diatribas, por igual contra el liberalismo y el marxismo. Su antiguo maestro Gottfried Feder desapareció después de 1933 con su «lucha contra el vasallaje del capital financiero» y lo mismo ocurrió con el ala «socialista» del grupo Strasser. Y el ideólogo máximo Rosenberg consideraba indigno de un filósofo ocuparse de la teoría económica y social. En el verano de 1933 podía apreciarse ya que para lograr la implantación del Tercer Reich no sólo se habían sacrificado las consignas anticapitalistas, sino también las promesas de un orden corporativo, que protegiera a la clase media tanto contra el socialismo como contra la gran industria o los grandes almacenes. El pragmatismo de la conquista del poder no paró mientes en la decepción de los ideólogos del viejo nacionalsocialismo o de los interesados neonacionalistas en un Estado corporativo, inspirado en la Italia fascista o en la sociedad preindustrial.

Al igual que la revolución legal de un orden político se consiguiera, precisamente, con los medios de ese mismo orden, en el campo económico-social se aplicó una revolución paradójica y sui géneris. Se la ha llamado «revolución dual» [1]; con ello quiere decirse que, en última instancia, privaba una concepción ideológica básica: la lucha contra la sociedad industrial y burguesa, pero que al mismo tiempo, esta lucha se libraba con los medios de la industria y de la técnica mediante la movilización de la burguesía. Esta misma ambivalencia había podido observarse ya en el pesimismo romántico ante la civilización de los precursores del nacionalsocialismo. Como organización política y, sobre todo, como régimen político totalitario, el nacionalsocialismo se ha servido con especial celo de la industria y la técnica modernas. Esta era, al mismo tiempo, supuesto previo para la realización propagandística y organizatoria de la «unificación», así como para preparar la expansión. Asimismo, la otra idea básica, el racismo —pese a su fundamentación irracional como producto de un naturalismo pseudocientífico— condujo a las manipulaciones técnicas de la «eugenesia» y del exterminio masivo. En cuanto a sus medios, el nacionalsocialismo era tan moderno como cualquier otro régimen. Ello no ofrece duda alguna si tenemos en cuenta la admiración de Hitler por la técnica, las tan elogiadas autopistas del Reich, los planes cuatrienales, la creación de nuevas industrias y el ascenso de Speer. Tan sólo los objetivos eran reaccionarios y anacrónicos: expansión para conseguir la autarquía, política racial para la discriminación de grupos étnicos mezclados e inestables, sustitución de la estructura clasicista de una sociedad industrial por la utopía de la «comunidad popular».

Sin embargo, todo esto eran problemas teóricos. La cuestión práctica radicaba en la contradicción existente entre las tesis revolucionarias económicas y sociales y una política exterior revisionista primero y después expansionista, destinada a la movilización del aparato existente. En consecuencia, las estructuras económicas y sociales estuvieron sometidas a un fuerte intervencionismo político-administrativo, aun cuando nunca fueron destruidas o básicamente transformadas [2]; se trataba de una mezcla de capitalismo estatal y privado que, al progresar el rearme, fue orientada cada vez más a una economía de guerra por un creciente dirigismo de arriba y de fuera, sin ser por ello anticapitalista, antimonopolista o socialista. Pues, en contra de las promesas de una propaganda masiva, la

[1] David Schoenbaum, *Hitler's Social Revolution.* Nueva York, 1966, XXII (ed. alemana, Colonia, 1968, p. 26).

[2] T. W. Mason, «Labor in the Third Reich 1933-1939», en *Past and Present,* 33 (1966), p. 112.

clase media y los trabajadores no consiguieron de esta evolución las ventajas esperadas. En efecto, en 1933 y 1934 la disolución de los sindicatos y el ejército de reserva de unos cinco o seis millones de parados se utilizaron más bien para anquilosar más aún las condiciones laborales y salariales, y los grandes programas de empleo relacionados con el rearme favorecieron primordialmente a las grandes empresas y no a la pequeña industria: entretanto, se trataba de desviar por razones ideológicas el interés del trabajador hacia los éxitos políticos del régimen y hacia la organización de la utilización del tiempo libre. Era una táctica respaldada al mismo tiempo por la vigilancia y la amenaza de condenar como actividad marxista cualquier protesta o huelga. Una de las primeras leyes del régimen había dispuesto ya el despido sin previo aviso de trabajadores comunistas y de los jurados de empresa socialdemócratas o sindicalistas (4 de abril de 1933). Esta amenaza, sumamente eficaz, pendía, en realidad, sobre todo trabajador mal visto, el cual no tenía representación alguna, ni derecho de huelga, ni reservas financieras para poder resistir.

Sin embargo, también aquí se intentó manipular el consenso y la colaboración a base de pseudorreformas. En fin de cuentas, en 1933 casi un tercio de los miembros del NSDAP (750.000) provenía de las filas obreras. El NSDAP no era simplemente un partido de capitalistas, como lo pretenden todavía interpretaciones simplistas. Con este trasfondo es preciso enfocar también el desarrollo y actividad del «Frente Alemán del Trabajo» (DAF). Este había sido creado con el fin de servir de contrapeso a los propósitos particulares de las organizaciones obreras nacionalsocialistas (especialmente, la NSBO). El DAF dependía de Robert Ley, jefe de Organización del partido quien en noviembre de 1933 se hizo cargo también de la Asociación de empresarios. Todas las empresas fueron declaradas comunidades de jefe y acompañamiento, los llamados Consejos de confianza tenían como misión el asesoramiento de los jefes de las empresas así como el afianzamiento de la armonía interna; una red de fideicomisarios del trabajo y tribunales de honor sociales habían de velar por esta utopía de una comunidad empresarial sin clases ni sindicatos, teniendo incluso atribuciones para expulsar no sólo a los obreros, sino hasta al empresario de su propia empresa. Indudablemente, el empresario podía sentirse, pese a ello, más dueño de la situación que en tiempos de los sindicatos. Pero pronto empezó el DAF, aunque sólo fuera por su tamaño y su posición monopolística, a tomar conciencia de su propio poder. Surgieron de este modo tensiones tanto con los intereses y el «status» de los empresarios, como con la planificación y manipulación del rearme, con los Ministerios de Economía y del Trabajo y con las autoridades del plan cuatrienal. También aquí do-

minaba el caos dirigido de las atribuciones, el «darwinismo institucional» (Schoenbaum) del régimen nacionalsocialista. Se ponía de manifiesto que, pese a la desaparición de los sindicatos y la autodisolución de las asociaciones patronales, no habían podido eliminarse los conflictos de salarios y clases propios de una sociedad industrial. Lo que el DAF podía ofrecer como sucedáneo de la libertad —llamamiento al orgullo nacional y ética laboral de los «soldados del trabajo» (Ley), embellecimiento del lugar del trabajo, así como instituciones culturales y deportivas bajo la égida del DAF, toda una sección de «Estética del Trabajo», viajes de vacaciones e iniciativas culturales de todas clases dentro de la organización «La fuerza por la alegría» (desde 1934) y, finalmente, la idea del Volkswagen— no podía hacer olvidar que trabajadores y empresarios seguían enfrentados; que los obreros, aprovechando el pleno empleo existente desde 1936, intentaban mejorar sus salarios; que en aquel «boom» del armamento y de la construcción disminuía el rendimiento; y que todos los demás sectores industriales y artesanales padecían las consecuencias de la competencia de precios y de la escasez de mano de obra. Indudablemente, la tan ruidosamente anunciada «batalla del trabajo», de 1933-35, se ganó en gran medida con ayuda del rearme y del servicio militar obligatorio. Este aparente éxito supuso una victoria psicológica del régimen. Los intereses a corto plazo de empresarios y trabajadores olvidaron que todo ello obedecía a la consigna de Göring «cañones en lugar de mantequilla». Sin embargo, el pleno empleo y la falta de rentabilidad de la construcción de cuarteles, autopistas y armamento enfrentaron al régimen con los clásicos problemas de la política de precios y salarios, la tensión importación-exportación, la demanda de materias primas y el equilibrio presupuestario. Los salarios se estancaron, las diferencias entre patronos y trabajadores aumentaron y el «socialismo» de la comunidad popular tuvo que mantenerse con medios extraeconómicos.

La Oficina del plan cuatrienal dirigida por Göring formuló desde 1936 grandes proyectos relacionados con la dirección de la producción y de los salarios, la prohibición del despido y la estabilización de las relaciones laborales. Sin embargo, sólo a duras penas se decidió el régimen a limitar la libertad de residencia; los planes referentes a la obligación del servicio social sólo fueron realidad desde junio de 1938 en empresas directamente relacionadas con la guerra (Factorías Hermann-Göring, Muralla occidental) y, sobre todo, una vez iniciada la guerra. Dada la escasez de mano de obra, no podría haberse liquidado cualquier oposición de los trabajadores —con la que antes habría habido que contar siempre— recurriendo a la aplicación de medidas coercitivas, pues habrían comportado serios daños

para la economía y el rearme. La Gestapo podía enviar a los renuentes a los campos de concentración, pero no sustituirlos. La guerra resolvió aparentemente el problema, aunque, en realidad, tan sólo logró camuflarlo. El 4 de septiembre de 1939, no sólo se dispuso una amplia congelación de precios y salarios, sino que, al mismo tiempo, se desmontaba ampliamente el anterior sistema de protección al trabajador. Sin embargo, no faltaron objeciones y enmiendas de consideración, que ponían de manifiesto el obligado interés del régimen por mantener un buen clima entre los productores, como lo tenía en asegurarse la colaboración de los magnates de la economía. Naturalmente, el régimen no sólo seguía en posesión del control político-social, sino también de poderosos instrumentos para dirigir el proceso de producción: primero con el doble recurso de la inmovilidad laboral y del servicio social obligatorio, después con los medios clásicos de la economía antigua y colonial: es decir, el empleo de esclavos y extranjeros.

Sobre la base de una estructura capitalista tradicional y una competente burocracia económica, el principio fundamental de la política económica siguió siendo la coordinación y canalización de esfuerzos hacia el objetivo principal: rearme acelerado dentro de una base alimenticia asegurada. Naturalmente, esta actitud se abandonó al crearse empresas sumamente ramificadas: por ejemplo, las factorías Hermann-Göring y la Volkswagen. Sin embargo, todavía durante la guerra siguieron en pie las empresas capitalistas privadas, pese a que existiera una tendencia a la formación de grandes organizaciones; en realidad, la única que aumentó fue la intervención dirigista. Como consecuencia de las pingües conexiones de intereses de las grandes firmas, que tanto contribuyeron también al enriquecimiento de muchos dirigentes del nacionalsocialismo, aumentaron los apuros de las empresas pequeñas y medianas. En efecto, en cualquier momento podían ser clausuradas por su escaso interés para la guerra y tampoco podían competir para los grandes pedidos, dada la racionalización y modernización de los trusts y otras empresas. También en el campo de las relaciones públicas indispensables para mantener estrecho contacto con los poderosos rivales se encontraban en desventaja. La dirección del partido daba importancia a los magnates; estos pagaban su «donativo Adolfo Hitler» y encontraban acceso al círculo de amigos industriales de Himmler. La concentración de capitales iba en aumento. A ello contribuyó no poco la apropiación del potencial económico judío o conquistado, que iba a parar generalmente, por razones de la economía de guerra, a las grandes firmas, tales como Krupp, Mannesmann, IG Farben y Siemens.

El nutrido sistema de controles e intervenciones y la consiguiente

creación de altos organismos (Cámara de Economía del Reich) y consejos de planificación no pudieron evitar tampoco la atmósfera de punto muerto, los conflictos de atribuciones, la corrupción y el error en la planificación. Varias investigaciones [3] han demostrado la divergencia existente entre proyecto y realidad en la preparación económica de la contienda bélica, pese a los arriesgados malabarismos financieros de Hjalmar Schacht (Letras MEFO) *. Especialmente, la escasez de materias primas nunca superada por el desarrollo de sucedáneos, hizo que los círculos económicos —prescindiendo de su adhesión o indiferencia a la ideología autárquica del nacionalsocialismo— apoyaran y explotaran rápidamente la tesis de Hitler de una necesaria expansión territorial. Se iba aceptando progresivamente la idea de que la guerra era casi inevitable por razones económicas. Antes ya de las conversaciones recogidas en el protocolo Hossbach —en las que Hitler abogó por una expansión acelerada basándose en la situación alimenticia y en el suministro de materias primas— el «Führer» se había expresado en el mismo sentido en su memorándum secreto a propósito del plan cuatrienal (agosto de 1936). La economía alemana siguió al régimen obsesionada, como estaba, por el aumento de la producción y de la eficiencia; con ello se establecía un círculo vicioso: el rearme hacía más perentoria la necesidad de materias primas, ésta demandaba la agresión bélica, la cual, a su vez, exigía más armamento... Así, desde un principio, la economía de guerra, permanentemente enmarcada en el sistema capitalista, fue a remolque de la política económica del nacionalsocialismo.

Por otra parte, nadie se acordó ni en la economía ni en la política social de las soluciones prometidas antes de 1933: nacionalización de los trusts, participación en los beneficios de las grandes empresas, mejora del seguro de vejez, creación de una sana clase media mediante la inmediata comunalización de los grandes almacenes y alquileres baratos para pequeños empresarios, reforma del suelo mediante expropiación sin indemnización para fines de utilidad común, freno a la especulación y a la renta del suelo. En el ulterior proceso de movilización económico-social nunca se aplicó en serio ninguna de estas reformas entre radicales y romántico-reaccionarias, si se excluye, naturalmente, la persecución de judíos y la política de ocupa-

[3] *Die deutsche Industrie im Kriege 1939-1945*. Berlín, 1954. En especial, las obras de Gerhard Meinck, Burton H. Klein y Alan S. Milward. Además: Dieter Petzina, *Autarkiepolitik im Dritten Reich*. Stuttgart, 1968, pp. 48 y 190.

* Letras emitidas por la Metall-Forschungs AG, creada por cuatro grandes compañías: Siemens, Gütehoffnungshütte, Krupp y Rheinstahl; estaban garantizadas por el Estado y no podían ser rechazadas por los bancos. Los que recibían encargos de suministros de materias de interés bélico se veían obligados a aceptar como pago las llamadas «Letras MEFO». *(N. del T.)*

ción con las consecuencias de la «arificación» de los patrimonios judíos y del trasplante de campesinos alemanes con sus empresas a las zonas ocupadas. La movilización bélica siguió otros derroteros para la realización de la ideología nacionalsocialista en materia social y política. La trayectoria seguida estuvo exclusivamente determinada por la política de poder: la conquista del poder debe perseguir fundamentalmente el desarrollo económico con el consiguiente fortalecimiento del poder; esto requiere el manejo de sumas considerables y acopio de material, al mismo tiempo que una mayor expansión económica, para la cual el recurso más rápido es la guerra..., que acaba por devorarlo todo.

Totalitaria era la pretensión, no su realización. Sería un error considerar la política económica del Tercer Reich como un sistema de planificación y mando dotado de un funcionamiento perfecto. Pero igualmente falso sería deducir de la manifiesta discrepancia entre lo pretendido y lo real que la movilización bélica fue una gran maniobra desorientadora para el exterior, lo mismo que la política exterior del régimen tan sólo fue un medio convencional de extorsión de los «apaciguadores». La voluntad de guerra era una realidad, por muy deficientes que fueran los preparativos económicos. El hecho mismo de que una economía capitalista pudiera ser conducida a la guerra de modo tan antieconómico y que sólo en la guerra misma (1941-42) se movilizara completamente, demuestra la absoluta primacía de los objetivos políticos. También en este terreno Hitler fue todo menos un instrumento de los capitalistas; la colaboración siguió la misma táctica que en la política cultural y estatal: los economistas y expertos eran instrumentos y objetos, no sujetos de esta política. El curso general estaba determinado por la eficiencia económica y el primado de la política, no por doctrinas de tipo capitalista, burgués o socialista. Más que en cualquier gobierno socialista anterior, la economía fue sometida al control del régimen político, dependiendo fundamentalmente de los subsidios, escaseces, planes y pedidos del régimen nacionalsocialista. Desapareció la articulación de intereses particulares y sólo en la aprobación y en el colaboracionismo se cifraban las oportunidades de éxito; se trataba de un pacto completamente unilateral de dictadura y economía que, en contra de los pronósticos, nunca logró atajar a Hitler ni por la izquierda, ni por la derecha.

Junto a la clase media, fue la agricultura la primera en ver con buenos ojos el cambio político. Ciertamente, aun después de 1933, el nacionalsocialismo subrayó siempre su ideología campesina, de base romántica y racista, aun cuando los ideales agrarios acerca del Estado y de la Sociedad estuvieran en tan manifiesta contradicción con

una industrialización acelerada. En las futuristas visiones de Hitler y especialmente de Himmler —uno de cuyos cargos era el de presidente de la Liga de Agrónomos Diplomados— el sentido de la lucha por el «espacio vital» se reducía fundamentalmente al asentamiento de campesinos germanos en el Este y a la desurbanización, según las consignas de «sangre y tierra». Una de las muchas paradójicas consecuencias del régimen nacionalsocialista fue que su política y su fracaso condujeron exactamente a lo contrario: menos espacio vital y mayor industrialización pero con ello un progreso económico más rápido que antes. Un cínico, que prescindiera del número de víctimas, podría hablar de la treta de la razón que, mediante un régimen de terror con anacrónicos objetivos, ha acelerado el proceso de modernización de Alemania [4].

Los motivos político-económicos se mezclaron con los ideológicos. A la civilización urbana se contrapuso la vida campesina como «manantial» primigenio de pueblo y raza; al mismo tiempo, la expansión territorial reforzaba la seguridad estratégica frente al «Este». Se trataba de una concepción absolutamente revolucionaria, aunque asentada sobre bases románticas, que se inició con los ideólogos prenacionalsocialistas y culminó en los objetivos del Estado de las SS y su política de reetnificación. La política racista germánica, la ordenación del gran espacio europeo, la «nueva nobleza de sangre y tierra» (Darré), estas concepciones centrales del futuro imperio alemán formaban parte integrante de una ideología nacionalsocialista agraria. Sin embargo, el nacionalsocialismo no fue, en absoluto, un movimiento campesino, aun cuando se aprovechara de la gran avalancha de electorado rural en 1930-33. El campesinado apenas contaba con una representación media en el partido y menos todavía en las SS juramentadas para una futura colonización agraria. Al igual que en la política de clases medias pronto pudo comprobarse aquí las diferencias entre la ideología y la política práctica. Sin embargo, a diferencia de la ideología a corto plazo de las clases medias, la ideología agraria continuó siendo un objetivo político fijo, que estaba llamada a protagonizar el nuevo orden de Europa en estrecha relación con la política expansionista y belicista.

Al igual que el conjunto de la economía y de la industria, la agricultura hubo de someterse a los fines políticos, tras la correspondiente unificación de sus asociaciones, a través del control del mercado y de los precios. Todos los grandes planes de reforma se quedaron en proyectos. Ni la tan cacareada «ley sobre el patrimo-

[4] Cf. Ralf Dahrendorf, *Gesellschaft und Demokratie in Deutschland*. Munich, 1965, p. 431.

nio rural hereditario», ni la serie de medidas fragmentarias de deshipotecación, redistribución y asentamientos se convirtieron en una política efectiva de colonización, para no hablar de una reagrarización de Alemania. Pese a la propaganda contra la urbanización —que, de todos modos, estaba en flagrante contradicción con la movilización industrial— la población de las grandes urbes y ciudades industriales iba en continuo aumento. Esto era especialmente aplicable a ciudades con industrias químicas de importancia bélica; así entre 1933 y 1938 aumentó considerablemente la población de Magdeburgo, Halle, Halberstadt, Dessau, Bitterfeld y Bernburg. De la futura «capital del mundo», Berlín, se presumía una población de diez millones, pese a que ello estuviera en megalómana contradicción con la ideología de la desurbanización.

En el Tercer Reich surgieron incluso muchas menos fincas rústicas que en la República de Weimar; se dio indiscutible primacía a la utilización del campo para fines militares e industriales (sin olvidar las autopistas). De acuerdo con los propósitos de autarquía, es cierto que se redujo la importación de productos agrarios; gracias a los fuertes subsidios los campesinos podían contar con precios más estables y mayores ingresos. Sin embargo, a diferencia de los salarios y beneficios en la industria, aquellos ingresos no siguieron desde 1935 el ritmo de aumento de la renta nacional. Tras una ligera recuperación, aumentó el endeudamiento de las fincas medianas y pequeñas; la tecnificación y racionalización progresaron tan poco como su supuesto previo: una vasta concentración parcelaria, y cada vez se hacía notar más la escasez de mano de obra. En crasa contradicción con la ideología agrario-romántica, la agricultura quedó muy rezagada respecto al nivel general de vida; la evolución real se reflejó en la fuga hacia la ciudad, venta de fincas y creciente paralización de la actividad. La tan vilipendiada «huida del campo» alcanzó nuevas cifras máximas entre 1933 y 1938, calculándose en un millón aproximadamente [5]. Un generoso decreto para la «promoción de la población del campo» (julio de 1938), acompañado de los consiguientes subsidios y créditos adicionales, no condujo tampoco a la ruralización de Alemania. Esta regresión del campesinado era una consecuencia de la política económica y armamentista del nacionalsocialismo. La agricultura al este del Elba no se sostenía por la tan invocada política de colonización, sino por las grandes fincas de los «Junker», ideológicamente mal vistos y sometidos a la constante presión de los planes y decisiones políticas. En lugar de frenar el

[5] Josef Müller: *Deutsches Bauerntum zwischen gestern und morgen.* Würzburg, 1940, p. 8.

progreso de la era industrial, la política imperalista y expansionista nazi más bien la promovió: el fracaso de la expansión lo confirma aún más. En este sector no se solucionó ninguno de los problemas que el régimen nacionalsocialista heredara de la crisis estructural de la economía alemana desde 1918. Indudablemente, la dinamización y movilización de la sociedad alemana, su reglamentación política y su preparación psicológica para la guerra impulsaron enérgicamente la política económica nazi pese a su aparente buena disposición para la transigencia. A todo ello contribuyó notablemente la ayuda de personas interesadas y expertos «apolíticos» tanto en el mundo empresarial como en la burocracia oficial, cegados por las perspectivas de éxito a corto plazo y por un complejo de superioridad.

Los aspectos sociales de la transformación política de 1933 no fueron al principio acompañados de una imagen positiva del «Führer» y de los secuaces del nacionalsocialismo: repulsa del «statu quo», propósitos y perspectivas de cambiarlo todo. A los ojos de sus amigos los nacional-conservadores, esos cambios se dirigían únicamente contra el «establishment» democrático-republicano de Weimar. Sin embargo, el nacionalsocialismo apuntaba más lejos, era revolucionario no sólo en la utopía de la «comunidad popular», sino también en la realidad de una estructura elitista diferente y de una nivelación pseudoigualitaria de todas las capas sociales bajo el principio caudillista. Frente al viejo «sistema» caduco, las consignas del «nuevo» hablaban de la primacía de la juventud, de la conciencia social y de la sociedad de servicio. El Tercer Reich se consideraba un sistema sui géneris, y su nuevo orden apelaba de modo ostensivo sobre todo a dos grupos: campesinos y trabajadores. En tal sentido, se instituyeron una serie de fiestas y desfiles: por ejemplo, con motivo del día de acción de gracias por la cosecha (consigna: «sangre y tierra») o del «Día del Trabajo Nacional» (consigna: «productores de frente y puño»). La ideología del régimen esgrimía aquí sus elementos románticos y antiurbanos junto con otros pseudoproletarios y tecnicistas: todos convergían en el ideal militar, trasplantado a la vida civil en consignas tales como los «soldados del trabajo» o la «batalla laboral» y enmarcado en el principio caudillista y militante. Se realizó una «revolución social» de palabra, con cuyo pretexto pudo manipularse tanto el viejo anticapitalismo como la heterogénea estructura social de los nuevos miembros. Términos como burgués, capitalista o intelectual se convirtieron en insultos, eran sinónimos de reaccionario. La «época burguesa» era el pasado vergonzoso.

Pero la profunda modificación de las relaciones entre economía y Estado, capital y trabajo se realizó a otro nivel. El tan invocado

socialismo no perseguía una expropiación o socialización determinada, sino un cambio de la conciencia social, la incondicional colaboración con el régimen político, y un derecho permanente a intervenir y orientar la dirección política. Al igual que los demás derechos civiles, el derecho de propiedad era una función del servicio prestado al nuevo Estado [6], y en este sentido, «socialismo nacional» y capitalismo «bueno» no sólo son conciliables sino idénticos. En contraste con esto, el capitalismo occidental era ridiculizado de plutocratismo al estilo del viejo slogan anticapitalista, así como el «socialismo alemán» se contraponía al marxismo y al socialismo soviético. La idea básica, que determinaría también la ulterior política de unificación y movilización, era la igualdad sin clases de todos los «camaradas populares» limitada únicamente por la función políticamente determinada y el principio caudillista. En este aspecto el sistema nacionalsocialista —al menos dentro del marco de una política belicista— contribuyó al desmontaje de viejas estructuras sociales, y en cierto modo con un sentido modernizador. Aquí se basa —no menos que en las realizaciones de orden técnico— la leyenda, tan enraizada aún, de la «bondad» del nacionalsocialismo. La fuerza propagandística de todo ello hizo entonces muchos adeptos.

El sistema nacionalsocialista demostró mejor que cualquier otro la capacidad para transformar las conciencias de una ideología vaga y difusa frente a la realidad social. Todo alemán tenía ahora que ser socialista en el sentido de «social»: en tal sentido debe interpretarse la Obra Asistencial de Invierno, la multitud de colectas y donativos, las competiciones nacionales de destreza en el oficio y las empresas modelo, la «Fuerza por la alegría» y el plato único nacional, el Volkswagen para todos y, finalmente, la comunidad sin clases en las Juventudes Hitlerianas, organizaciones del partido, en el DAF y en el servicio social. Estas múltiples formas de la «comunidad popular» no dejaron de tener su efecto, aun cuando fueran medios deliberados de control, coordinación y movilización bélica y se basaran en una coacción más o menos disimulada. Términos tales como obrero o fabricante debían designar únicamente la función y no una delimitación clasista o gremial. Lo que debía importar era la conciencia, y no el «status»; el modelo era Adolfo Hitler, un hombre del pueblo, que vivía con sencillez y rechazaba doctorados «honoris causa».

Paradójica siguió siendo también la posición de la mujer en este «nuevo» sistema social. En su condición de movimiento señaladamente masculino, el nacionalsocialismo trató de detener la emanci-

[6] Ernst Rudolf Huber, «Die Rechtstellung der Volksgenossen», en *Zeitschrift für die gesamte Staatswissenschaft, 96* (1936), p. 446.

pación de la mujer y de reducir su actividad a las funciones biológicas y familiares. Ello estaba de acuerdo con la ideología antimodernista y antiurbana que se interpretaba como promoción de la maternidad al máximo, labores del hogar y todo lo que fuese ocupaciones «femeninas». En cualquier caso, la mujer nada tenía que hacer en política. La Asociación de Mujeres Nacionalsocialistas perseguía precisamente la vuelta al ámbito tradicional de lo específicamente femenino, a los derechos y deberes «naturales». En 1933 empezó a registrarse una progresiva expulsión de la mujer tanto del mercado del trabajo como de la Universidad. La implantación del llamado «año doméstico», los préstamos de nupcialidad y el subsidio familiar perseguían reforzar aquel proceso de antiemancipación. Sin embargo, a medida que, a partir de 1935, empezaba a registrarse escasez de mano de obra como consecuencia de la movilización económica, pudo ponerse de manifiesto lo anacrónico de tales esfuerzos. Esto es cierto, en primer lugar, en el caso de las mujeres solteras. Su incorporación al proceso laboral fue alcanzando las proporciones que conociera la República de Weimar. A todo ello es preciso añadir el desarrollo del servicio social femenino. Se inició en 1936 sobre bases voluntarias; a partir de 1939 se hizo obligatorio para las menores de veinticinco años. Un año completo de servicio social tenía como objetivo paliar la escasez de mano de obra en el campo y en las familias, pero acabó incorporando plenamente a la mujer en el proceso de movilización económica. Desde los 4,24 millones de 1933 y los 4,52 millones de 1936, el número de mujeres empleadas llegó en 1938 a los 5,2 millones [7]. La mujer encontró progresivamente empleo en la industria, reforzando el fenómeno de la fuga del campo a la ciudad. Desde el comienzo de la guerra también la mujer fue incorporándose progresivamente a la Universidad.

La ideología nacionalsocialista no evolucionó en un punto importante: la mujer tuvo menores oportunidades de ascenso y estuvo peor pagada que el hombre a igualdad de funciones. En la esfera pública sólo excepcionalmente fue tolerada, aun cuando la guerra supondría ciertas mejoras. Sin embargo, también aquí la primitiva intención: expulsar a la mujer del moderno proceso de trabajo, fue retrocediendo como consecuencia de la creciente industrialización y de la movilización de la estructura económico-social. La emancipación económica siguió su curso ascendente, acelerándose más aún bajo el signo de la economía de guerra. Ciertamente, los derechos políticos de la mujer en el Tercer Reich se limitaban a la aprobación plebiscitaria, aunque lo mismo cabe decir de todos los alemanes. Las

[7] Gustav Stolper, *Deutsche Wirtschaft 1870-1940*. Stuttgart, 1950, p. 150.

consecuencias sociales de la modernización a ultranza, intrínseca al rumbo belicista del nacionalsocialismo, no perdonaron a la mujer. A su modo, el Estado totalitario contribuyó, pues, fundamentalmente a las tendencias de movilidad e igualdad social que, bajo el signo de la industrialización, tanto modificaron las viejas estructuras sociales.

La paradoja de que el nacionalsocialismo pudiera proclamar de golpe la igualdad de todos los «camaradas del pueblo» en una estructura de mando rígidamente articulada al estilo aristocrático-militar fue, en primer lugar, consecuencia de los dos principios más importantes de su organización: el principio caudillista, en vez de la elección o la decisión mayoritaria, y la comunidad guerrera y militante como modelo del nuevo orden social. El servicio social de trabajo y el Ejército como escuela de una nación sin clases, no sólo debían cargar con la tarea de la militarización hacia fuera; tenían que ser, al mismo tiempo, ejemplo de la movilización y uniformización interna de la «comunidad del pueblo». Se conseguía, pues, con el rearme un doble objetivo: se preparaba y fomentaba la comunidad bélica ya en época de paz, y al mismo tiempo se resolvía un problema social. Tanto desde el punto de vista psicológico como del organizatorio, esto contribuyó considerablemente a la transformación de la sociedad alemana, aun cuando permanecieran las estructuras básicas de la distribución de la renta, del sistema económico capitalista y del Estado autoritario y burocrático. Para las innumerables personas que habían estado desempleadas antes de 1933 o incluso habían iniciado su vida activa como parados, la desaparición de los sindicatos y de la libertad social pesó menos que la evidencia de que con Hitler llegó también el pleno empleo, la movilidad y las oportunidades de ascenso; en todo ello no se tenían en cuenta, sin embargo, ni los métodos ni las consecuencias. Aquel razonamiento tuvo un gran peso y sigue teniéndolo; sólo así pudo vivir un régimen al que en 1933 se había opuesto la mayoría absoluta de los trabajadores.

Desde 1935 todo empleado tenía que disponer obligatoriamente de una cartilla de trabajo; las oficinas del Trabajo lo «registraban» y reglamentaban cada día más, siendo sometido como «soldado del trabajo» a las exigencias del rearme, todo lo cual redundaba psicológicamente en beneficio de la ideología del orden pseudomilitar del régimen. Ni la política laboral ni la política social experimentaron grandes mejoras —el armamento y las autopistas consumían lo suyo—, pero fueron eficazmente exhibidas y manipuladas. El espectáculo político y la campaña «La fuerza por la alegría» se encargaron del tiempo libre de forma que en 1938 podía anunciar Ley en tono

triunfante que ya no existía el ciudadano privado, que sólo el sueño es asunto privado y que se acabaron ya los tiempos en los que cada cual podía hacer o no hacer lo que quisiera [8]. Se trataba de la renuncia a la libertad en beneficio de la apariencia de orden social, seguridad y unidad. El problema de su coste o de sus consecuencias era cuestión aparte.

El principio caudillista y el Estado

En su condición de «comunidad del pueblo» el Tercer Reich pretendía ser la sociedad sin clases de todos los alemanes y, al mismo tiempo, un orden militante dotado de una rígida estructura de mandos desde arriba. La función del principio caudillista consistía precisamente en la fusión de ambas concepciones ordenadoras, y en él confluían las ideas militantes y carismáticas del «movimiento» con las ideas del orden burocrático-militar del Estado autoritario.

La implantación de dicho principio venía a enlazar con arraigadas tradiciones de Alemania. Incluso tras la caída del Estado autoritario de la monarquía, esas tradiciones sobrevivieron en el sistema presidencial de la República de Weimar, en el «pseudo-Imperio» de Hindenburg, en las formas paramilitares de las asociaciones juveniles y de defensa, en el pensamiento antidemocrático tan difundido y en el jerarquismo de la burocracia y del ejército. Además, las crisis de 1923 y 1930 hicieron que se clamara aún más por una mano dura, resucitando viejas concepciones y esperanzas en un salvador. La versión moderna de la idea caudillista era una síntesis de ideas ordenancistas, militaristas y autoritarias con formas de legitimación plebiscitaria y pseudodemocráticas que, manipulada por la propaganda de masas, fue concentrada en la persona de un caudillo carismático.

La politología alemana se apresuró a elaborar para el Tercer Reich una teoría caudillista, inmejorable. Es preciso mencionar, en primer lugar, obras tales como el derecho constitucional del Reich (de la Gran Alemania), de Rudolf Huber (1937 y 1939). Es enorme la lista de obras que tergiversan la doctrina del Estado de Derecho para justificar incondicionalmente la dictadura del «Führer», celebrándola como el «verdadero» Estado de derecho: por ejemplo, *Vom Gesetzesstaat zum Rechtstaat* [Del Estado legal al Estado de derecho], 1934, de Heinrich Lange; *Der deutsche Führerstaat* [El Estado alemán del «Führer»], 1934, de Otto Koellreuther; *Führer und*

[8] Robert Ley, *Soldaten der Arbeit*. Munich, 1938, p. 71.

Führung [Caudillo y Caudillaje], 1934, de Herbert Krüger; *Der Führerbegriff im Staatsrecht* [El concepto del «Führer» en el derecho público], 1935, de Reinhard Höhn. Es preciso añadir multitud de entusiásticas declaraciones sobre el tema caudillaje y administración. La fusión anteriormente indicada se encuentra documentada, por ejemplo, en el artículo del internacionalista Wilhelm Sauer «El derecho y la moral popular en el Estado del «Führer» (*Archiv für Rechts- und Sozialphilosophie*, 1935) o en el *Totaler Staat* [El Estado total], 1933, de Ernst Forsthoff: «El régimen del Estado nacionalsocialista se caracteriza por la combinación del orden de mando nacionalsocialista con la organización burocrático-administrativa...» «Lo nuevo y decisivo de la constitución caudillista (es) que absorbe y supera la diferenciación entre gobernantes y gobernados en una unidad, en la que se funden el 'Führer' y su plana mayor» (páginas 35-37).

Desde el punto de vista jurídico-político la cimentación del Estado total caudillista se realizó en dos etapas. Ya al autodenominarse «Führer y Canciller del Reich» (1934), Hitler no se limitaba únicamente a reivindicar para sí las atribuciones constitucionales de los dos máximos cargos dentro del Estado. Invocaba, al mismo tiempo, los poderes preestatales, extraestatales e incluso supraestratales, que el «Führer» encarnaba como portador del mensaje histórico del nacionalsocialismo. Frente a los meros poderes estatales, el poder del «Führer» era «omnímodo y total..., exclusivo e ilimitado» [9]. Al «Führer» Hitler y no al jefe de Estado o a la Constitución iba dirigido el juramento sagrado con el que el Ejército prestó «obediencia incondicional» el 2 de agosto de 1934, correspondiendo a la sangrienta liquidación de su rival, la SA. En los últimos años del Tercer Reich, la designación oficial de Hitler, tan lacónica como todopoderosa, era simplemente «el Führer». Con ello Hitler no sólo borraba la estampa de la presidencia republicana sino también la cancillería bismarckiana. La Constitución caudillista, nunca suficientemente concretizada, supuso una ruptura revolucionaria con la historia constitucional. Al mismo tiempo, era expresión de la omnipotencia del dictador, que dejaba muy atrás la posición del «duce» (quien figuraba siempre al lado del monarca). El cargo de Hitler no era limitado, ni determinable por el marco institucional; por gracia de la teoría y del poder, Hitler era el único representante del pueblo en todas las esferas de la vida política y social. Pretendía encarnar en su persona la unidad total del pueblo, frente a la cual no se admitía ya oposición ni crítica. A él correspondería en el futuro la formación de la volun-

[9] E. R. Huber, *Verfassungsrecht, op. cit.*, pp. 213, 230.

tad; no era admisible la coexistencia de una representación de grupos, intereses e ideas diferentes. Tal diversidad era inconcebible de acuerdo con el mito totalitario de que en la idea «acertada» del nacionalsocialismo y en su representante perfecto, el «Führer», se encontraban defendidos y absorbidos todos los intereses particulares. En lugar de la red de conflictos y compromisos existía ahora únicamente el enemigo absoluto, blanco de la unidad interna y externa.

Se trataba de una ficción, tan grandiosa como poderosa, que desconocía la naturaleza misma del hombre y de la convivencia humana: «El 'Führer' habla y actúa no para el pueblo y en lugar del pueblo, sino como pueblo. En su persona se encarna el destino del pueblo alemán» [10]. En su condición de único representante del pueblo e identificado con él, el «Führer» podía actuar por encima de todas las instancias intermedias; lo único válido era su voluntad: podía servirse de las normas estatales establecidas, aunque no estaba obligado a ello. En efecto, «la voluntad del 'Führer', con independencia de sus formas de expresión..., crea derecho y modifica el derecho vigente» [11]. Sólo el «Führer» encarna la *volonté générale* gracias a la autoridad, autoestablecida desde arriba, y a la subsiguiente aclamación dirigida desde abajo. El condujo a su pueblo a través del desconcierto cotidiano hasta tomar conciencia de su misión, él poseía la salvación y siempre obraba de acuerdo con las leyes objetivas de la nación [12]. La arbitraria serie de plebiscitos no obligaban ni decidían nada acerca de la conducta del «Führer», no siendo sino pura ratificación «a posteriori» de una unidad presupuesta. En la mística armonía caudillo-pueblo se agotaba la Constituación del Tercer Reich. Esta teoría del Estado caudillista nacionalsocialista, comparable en algunos aspectos a la glorificación de Stalin, fue sublimada en multitud de escritos hasta el endiosamiento y la exaltación pseudorreligiosa del «Führer». Naturalmente, la realidad era muy otra. Se perseguía, en efecto, educar al pueblo, todavía imperfecto, en la rutina, la aprobación y la absoluta adhesión. Para ello se precisaba, junto a la vieja e incondicional «camarilla del 'Führer'», la constitución de una «élite», que pudiera aplicar y realizar el principio caudillista en todas las esferas de la vida de la nación.

No sólo en política interior, sino también en la exterior este mismo principio determinaba las radicales consecuencias de un régimen totalitario. Se partía de la base de que el pueblo (alemán) era fundamentalmente inepto para autogobernarse. En su lugar, y por

[10] Gottfried Neesse, *Führergewalt*. Tubinga, 1940, p. 54.
[11] Werner Best, *Die deutsche Polizei*, 2.ª ed. Darmstadt, 1941.
[12] E. R. Huber, *Verfassungsrecht, op. cit.*, p. 194.

obra y gracia de su propia voluntad, única «verdadera», está la figura del único que es libre: el «Führer». A su voluntad, delega poder en sus subalternos, quienes, sin embargo, le quedan supeditados incondicionalmente; las atribuciones de estos son revocables en cualquier momento por el «Führer»; Alemania se convierte en cuartel. Al mismo tiempo, la absoluta supeditación a dicho principio sienta las bases para el despliegue hacia el exterior. Estas fuerzas, atenazadas en un Estado coactivo y casi militar, encuentran un campo para su dinamismo e incluso una razón para su sometimiento en la oportunidad de mandar ellas a su vez, y ejercer coacción sobre otros: por ejemplo, en el marco de la política racista, de la expansión imperial y de la explotación de pueblos «inferiores». De este modo, los oprimidos se vuelven opresores, los siervos, raza dominante, que no puede ni debe gobernarse a sí misma, aunque sí a otros. La solución del problema de la dominación y de la libertad propuesta por la teoría caudillista del nacionalsocialismo radica en desviar hacia el exterior los naturales impulsos de libertad y acción políticas. La guerra y la persecución racista se convierten en válvula de seguridad, en medio de autoconfirmación, expansión e imperialismo social como sustitutivo de la reforma y autorrealización internas. Aquí se anudan íntimamente la constitución caudillista del nacionalsocialismo y la política bélica; esta recíproca relación se evidencia más aún en la guerra con el fortalecimiento del sistema totalitario de dominación.

No cabe duda, a diferencia de lo que ocurre con la dictadura comunista, que el totalitarismo nacionalsocialista vive y muere con el «Führer» y el principio caudillista. También en la práctica, el ilimitado acopio de poder del régimen descansó en la potestad absoluta del «Führer». Esto se aplica a los tres sectores sobre los que actuó fundamentalmente el poder o la autoridad del Tercer Reich: el partido monopolista al cual se atribuía la «dirección», el Ejército al que se confiaba la «defensa» y el aparato estatal encargado de la «administración» [13]. El «Führer» disponía de los tres. De modo exclusivo e ilimitado dispuso del partido, poco después del Estado (desde 1934) y, finalmente, del Ejército (desde 1938). La misma imagen se obtiene al enfocar el poder del «Führer» no desde una perspectiva instituiconal, sino político-ideológica; a Hitler se le aclamó como «representante del pueblo, custodio de la concepción filosófica del mismo, salvaguardia del Reich, primer legislador del Reich, máximo magistrado de la nación» y, en todo caso, como «el primer mentor del pueblo» [14].

[13] Hans Frank, *Recht und Verwaltung*. Munich, 1939, p. 16.
[14] G. Neesse, *Führergewalt, op. cit.*, p. 55.

Ahora vamos a considerar el influjo del principio caudillista en relación con el aparato estatal y, luego, con el partido único. Mucho antes de 1933, aquel principio constituía el fundamento auténtico de la posición de poder de Hitler. La casi ausencia de «purgas» y movimientos de rebeldía serios constituye una diferencia más con respecto a la dictadura comunista: ésta conoce, ciertamente, el culto de la personalidad y el régimen unipersonal pero en lugar del principio caudillista se institucionaliza el principio del partido. Incluso cuando, al término de la guerra, Göring e Himmler intentaron salvar la piel, la dictadura del «Führer» siguió en pie; tampoco intentaron rebelarse contra Hitler.

La posición del «Führer» con respecto al Ejército se había decidido prácticamente en 1934 cuando Hitler asumió el mando supremo como sucesor de Hindenburg. Indudablemente, el Ejército supo esquivar la intervención del partido mejor que la burocracia estatal; sin embargo, los cambios del 4 de febrero de 1938 supeditaban formalmente al «Führer» el hasta entonces Ministerio de la Guerra y, finalmente, la destitución del mariscal de campo von Brauchitsch durante la crisis de Rusia (21 de diciembre de 1941) dio a Hitler el mando directo de las Fuerzas Armadas.

Mayores complicaciones supuso la aplicación de aquel principio a la burocracia estatal. Existía aquí una colisión ideológica con el principio jerárquico-administrativo. Pero, al mismo tiempo, los funcionarios estaban sometidos al «Führer» por el juramento personal de fidelidad y por una vasta red de controles. La Ley de funcionarios de carrera fue el comienzo, el punto culminante lo constituyó el discurso en el Parlamento del 26 de abril de 1942, en el que Hitler, en medio de estruendosas ovaciones, proclamó su derecho «legal» a disponer la jubilación o destitución de quien, según la opinión del «Führer», no cumpla con su deber; y ello sin consideración alguna a la persona del funcionario o a sus «derechos adquiridos». Los administrativistas del nacionalsocialismo, después de 1945, con su interés por los problemas de la rehabilitación y de las pensiones de los antiguos funcionarios, pronto han olvidado que fue Hitler quien negó rotundamente sus demandas de inamovilidad vitalicia.

De forma igualmente arbitraria se aplicó aquel principio en política exterior: por ejemplo, en las acciones relámpago de Hitler y en el desencadenamiento mismo de la guerra. Sólo el «Führer» podía decidir en todo momento y de forma soberana el nombramiento de diplomáticos, la política de tratados o negociaciones, la ruptura de relaciones diplomáticas, sanciones e intervenciones, la guerra y la paz. En todo caso, era determinante, como lo proclamaban los juris-

tas, «la personalísima decisión del 'Fuhrer'» [15]. El Parlamento sólo podía —cuando de ello pudiera beneficiarse la propaganda— aprobar por aclamación los hechos consumados. Así sucedió con los ataques a Polonia y a muchos Estados neutrales, invadidos en 1940-1941 (Dinamarca, Noruega, Holanda, Bélgica, Luxemburgo, Yugoslavia y Grecia). Igualmente, el ataque decisivo para la guerra a su aliada la Unión Soviética, obedeció a la «decisión personal del 'Führer'», seguida luego de la correspondiente aprobación aclamatoria por el Parlamento.

Pero era sobre todo la legislación la que se encontraba a merced absoluta del «Führer». Frente a su veredicto no tenían poder alguno ni los Ministerios, ni el Consejo de Ministros, ni los distintos Estados federados ni los Tribunales. Aunque con la grotesca prórroga automática de la Ley de Plenos Poderes se mantenía una débil apariencia de legalidad en el campo legislativo, la realidad es que todo fue mera farsa. En efecto, por encima de tanta fachada de Estado de derecho figuraba el «derecho», no menos ornamentado jurídicamente, del «Führer» a dictar arbitrariamente e incluso sin formalidad alguna, órdenes e instrucciones. Hasta sus discursos eran fuente obligatoria del derecho, poseyendo fuerza de ley siempre que se juzgara conveniente.

El «Führer» era también el «supremo magistrado judicial» de la nación, según lo proclamara él mismo tras la matanza del 30 de junio de 1934 en medio del aplauso del Parlamento y de destacados juristas. A él iba dirigido personalmente el juramento de fidelidad de jueces y funcionarios; él podía, por último, destituir a cualquier juez que dictara sentencias demasiado benignas o no interpretase el derecho de acuerdo con los intereses y el espíritu del nacionalsocialismo. Estas atribuciones, respaldadas de nuevo jubilosamente por el Parlamento el 26 de abril de 1942, destruían, por principio, la independencia del poder judicial y pusieron de manifiesto que el carácter dualista del Estado era sólo una concesión provisional y táctica. Cada día eran más los casos en que, a pesar de una sentencia absolutoria se enviaba inmediatamente al procesado al campo de concentración; cada vez fueron más frecuentes las intervenciones políticas en la administración de la justicia. Las sesiones del Tribunal de Justicia del Pueblo, cuyos casos siempre estaban prejuzgados, no fueron sino la última consecuencia de la supeditación del derecho al poder omnímodo del principio caudillista. Cuando (por ejemplo, en el caso del delineante Erich Knauf) se trataba de la venganza

[15] E. R. Huber, «Reichsgewalt und Reichsführung im Kriege», en *Zeitschrift für die gesamte Staatswissenschaft, 101* (1941), p. 547.

personal de un hombre como Goebbels, que se sintió ofendido por ciertas manifestaciones críticas e influyó cerca de Freisler para que se le condenase a muerte[15a], se presentaba un caso más de la participación de los adjuntos en el poder total del «Führer».

Contrastaba con la omnímoda validez y aplicación de los poderes del «Führer» el cuadro concreto de su realidad y organización. Esos poderes, derivados de su condición de jefe del partido y convertidos al conquistar el poder en fundamento de todo el sistema de dominación, se encontraban, por ello, indisolublemente vinculados a la persona de Hitler. Esto tenía que plantear problemas, que afectaban directamente a la cuestión concreta de la sucesión. Indudablemente, el sistema nacionalsocialista quería ser algo más que el régimen provisional de Hitler; pretendía perpetuarse en el «Reich milenario» y tomaba muy en serio su «eterna» continuidad. Sin embargo, los intentos de reglamentar la cuestión sucesoria hubieron de enfrentarse siempre al problema de si un simple relevo personal no estaría llamado a fracasar por la absoluta vaguedad del principio caudillista, estando como estaba específicamente vinculado a la carrera de Hitler. La designación de Göring y de Hess como primero y segundo sucesor, respectivamente, era poco más que un simple rasgo teatral del discurso pronunciado al iniciarse la guerra. Nunca acabó por crearse el «senado» que habría de esclarecer la cuestión sucesoria. Hess abandonó la carrera y, al final de la guerra, también Göring fracasó en su débil intento de asumir el poder. El mismo Hitler ahogó todos los conatos de luchas intestinas aparentemente posibles entre hombres «fuertes» como Goebbels e Himmler, con la sorprendente resolución de restablecer la estructura jerárquica de 1933 y conferir a un militar el cargo de Presidente del Reich.

Con ello se declaraba transitorio el fenómeno del Tercer Reich. Una vez más pudo ponerse aquí de manifiesto en qué medida dependían de Hitler y estaban vinculados a él no sólo el partido, el poder político y el Estado himmleriano de las SS, sino también el mismo principio caudillista y el Estado totalitario. Sin Hitler, el Estado caudillista no poseía continuidad y tampoco la fuerza cohesiva de la tradición. Con ello carece también de base la tentativa de considerar exponente de aquella continuidad estatal a Dönitz, proclamado «Presidente del Reich» por boca del «Führer». Puede ser que la burocracia estatal creyera en la continuidad de sus cargos, pero en todo caso, la muerte de Hitler supuso el completo final de la cima misma del Estado caudillista. Fue una ruptura, que, al mismo tiempo, señalaba la insalvable contraposición entre el Estado totalitario del

[15a] Leber, Brandt, Bracher, *Das Gewissen steht auf, op. cit.*, p. 52.

«Führer» y el Estado democrático de Derecho. También aquí dejan de ser aplicables las tesis de la continuidad precipitadamente proclamadas de las cuales se sirvieron los juristas de la política alemana de la posguerra.

Si se aparta la mirada de las celestiales alturas del omnímodo poder de Hitler para examinar la concreción del principio caudillista en la organización de la vida político-social, empieza por desaparecer la primera impresión de un orden perfecto y monolítico. En el plano teórico, aquel principio comporta un poder total hacia abajo. Sin embargo, la proliferación de jefes constituyó una maraña enorme, que explica las enconadas rivalidades en torno al problema de competencias y toma de decisiones. Después de eliminado el enemigo común —es decir, las instituciones parlamentarias y democráticas— irrumpieron de nuevo las diferencias entre el principio caudillista y la jerarquía estatal. La intervención radical no perdonó a las 51.000 administraciones municipales. Una nueva ley de administración local (30 de enero de 1935) suprimió la autonomía en beneficio del principio caudillista; en adelante, los alcaldes eran nombrados desde arriba, siendo considerados únicos «jefes» («Führer») responsables de su comunidad. Junto a ellos figuraba el jefe local del partido, encargado de la dirección nacionalsocialista: también a este nivel estaba presente el dualismo partido-Estado.

La confusión y contraposición de ambas jerarquías —partido y administración— siguió complicándose más aún por la incontenible proliferación de nuevos cargos directivos. Tanto el partido como el Estado se extendían cada vez más con el fin de realizar todas las funciones de dirección inherentes al sistema totalitario. La ineficiencia y corrupción, achacadas a la democracia, fueron superadas con creces por las ambiciones incontroladas del Estado de partido único y la conflictiva multiplicación de cargos. Hasta que no llegaba a intervenir el «Führer», quien, por su parte, no ignoraba el lema «divide et impera», no había freno. En el ejercicio de su dictadura, Hitler abrió las puertas a un amplio aparato burocrático especial, que necesariamente tenía que interferir con las «instancias normales». Dependían de él personalmente, tres Cancillerías: la del Reich, que prácticamente sustituía al gabinete y que confería a su jefe (Lammers) el rango de ministro; la Cancillería Presidencial, que, presidida por Meissner, el contemporizador de siempre, había surgido en los tiempos de Ebert e Hindenburg y seguía sobreviviendo en la nueva estructura política; finalmente, la Cancillería del «Führer», cuyo jefe, Bormann, supo ganar, desde la dirección de los asuntos del partido, aprovechando el cambio en la relación partido-Estado, una creciente influencia en la actividad total de Hitler.

Apareció también una nutrida lista de encargados o delegados «ad hoc», que, a su vez, creaban su propia plana mayor. Así, desde 1936 Göring, como jefe del Plan Cuatrienal, se hallaba por encima de todos los Ministerios y organismos especializados, relacionados con el rearme y la economía de guerra, que se vieron rebajados a la categoría de simples órganos ejecutores. Al margen de los Ministerios y del gabinete vivían su vida altos organismos del Reich, que, a su vez, acaparaban incansablemente atribuciones, ambicionaban el mando y expedían órdenes sin parar mientes en posibles colisiones con otros organismos. Existía, por ejemplo, un inspector de carreteras (Todt), o un jefe de las Juventudes del Reich, siempre en lucha a propósito de la política escolar con las autoridades del Ministerio de la Cultura. Todos ellos estaban directamente supeditados al «Führer», al igual que los organismos centrales de la administración del Reich. Había también un comisario del Reich para el fortalecimiento de la alemanidad, al cual Hitler, el 7 de octubre de 1939, le facultó para implantar, a pesar de los numerosos organismos ya existentes, medidas de colonización en el Este: de la mano de Himmler era un instrumento para la política de germanización, saqueo y exterminio. Por otra parte, en 1940 se nombró un Comisario de la Vivienda, cuya tarea consistía en preparar para la posguerra la construcción de casas mejores y más bellas. En la misma esfera se nombró un inspector general de arquitectura para la capital del Reich, que planificase una grandiosa reestructuración de la futura «capital del mundo». El mismo Hitler participó en esta empresa con una serie de planos, tan absurdos como decadentes, de una «disparatada monumentalidad» [16]; por ejemplo, se proyectó la construcción de un palacio de congresos de 350 metros de altura, para 100.000 asientos.

Una de las tareas asignadas a dicho organismo —en el que se registró el ascenso vertical del joven arquitecto Albert Speer, protegido de Hitler— fue la construcción de estadios monumentales para manifestaciones gigantescas en Nuremberg, la ciudad de los congresos del partido, así como el generoso embellecimiento artístico de Linz, la ciudad donde transcurrió la juventud de Hitler. Con la aspiración propia del dictador a su consagración histórica, Hitler calificó estos proyectos de «inmarchitable cristalización» del poder del Tercer Reich, en uno de sus aparatosos «discursos sobre el arte» con motivo del congreso del partido en 1937, añadiendo: «Por ello, estos monumentos no deben concebirse para el año 1940, ni para el 2000; al

[16] Joachim Fest, *op. cit.*, p. 276. Albert Speer, *Erinnerungen*. Frankfurt-Berlín, 1969, p. 147. Gregor Janssen, *Das Ministerium Speer. Die deutsche Rüstung im Krieg*. Berlín, 1968.

igual que nuestras catedrales del pasado, deberán perdurar a través de los milenios del futuro» [17]. Sólo unas pocas ruinas se mantuvieron en pie en 1945 para dar testimonio de aquella falta de estilo: formas pseudoantiguas, proporciones desmesuradas, vacío solemne. Con ocasión de la colocación de la primera piedra del Palacio de Congresos de Nuremberg, el dictador expuso sus motivos: «Si un día enmudeciera el Movimiento, estos testimonios hablarán por milenios. En medio de un bosque de vetustas encinas, los hombres admirarán con respetuoso asombro este primer gigante de los monumentos del Tercer Reich.» Al parecer, Hitler hizo que le dibujaran, al mismo tiempo, las ruinas del monumento [18] y en otra ocasión antepuso a las pirámides las «masas de cemento y colosos de piedra que aquí construyo», observando: «Yo construyo para la eternidad...» Y, en un tono de crepúsculo de los dioses, añadió: «Somos la última Alemania. Si un día nos hundiéramos, no volvería a existir Alemania» [19]. También aquí, en la manía constructora de Hitler, se adelantaba una vez más la identificación del propio destino con el de Alemania, que habría de dominar los últimos días del Tercer Reich.

En una multitud de otros organismos directivos, que rebasaban el marco tradicional del aparato estatal, pudo manifestarse el influjo directo del principio caudillista, sobre todo durante la guerra. Por ejemplo, el Banco Alemán del Reich perdió su independencia cuando tuvo que financiar la guerra, dependiendo desde 1939 directamente de Hitler. Una posición especial, emanada directamente del «Führer», mantuvieron, sobre todo, los «Representantes de la Soberanía del Reich» en los países ocupados. Mencionemos, en primer lugar, al Representante en Praga, que dominaba en Bohemia y Moravia con el título —puro eufemismo— de Protector del Reich; este puesto lo ocupó primero Neurath, depuesto de su Ministerio del Exterior, quien al igual que Papen consintió que el régimen lo utilizara, y después por Heydrich (1941-42) y por el general de policía Daluege. También hubo el gobernador general de la Polonia ocupada (Hans Frank), residente en el viejo castillo de Cracovia, administrador de la bárbara política practicada con Polonia y los judíos, envuelto en una interminable serie de conflictos con las autoridades de las SS. Asimismo, el gobierno en otros países ocupados estaba directamente subordinado al «Führer», si bien, al menos formalmente, no estaba del todo vinculado a la administración y al derecho alemanes, como fue el caso de Checoslovaquia y Polonia.

[17] Informe del Congreso. Munich, 1936, p. 78.
[18] Görlitz-Quint, *Adolf Hitler*. Stuttgart, 1952, p. 476.
[19] Hans Frank, *Im Angesicht des Galgens*. Munich, 1953, p. 312.

Dentro del marco del Estado caudillista la función oficial del partido único continuó siendo la encarnación del vínculo existente entre el «Führer» y el pueblo. Seguía manteniéndose la separación partido-Estado, que sólo desaparecía en la persona del «Führer». La ramificación del partido se continuó e institucionalizó, llegando a todas las esferas de la vida social. Continuaban también los diferentes organismos especializados, protagonistas a menudo de numerosas tensiones con las dependencias del Estado; nunca registraron un desarrollo comparable de su jerarquía, y el mismo principio caudillista excluía la posibilidad de un gabinete del partido, comparable al politburó. Organizado de acuerdo con el principio caudillista, el partido constituía una tupida red de titulares de funciones, de jefes políticos: jefes de bloque, de célula, locales, municipales y territoriales. En 1938 se contaban 38 distritos («Gaue»). En el transcurso de la guerra se llegó a 45, con la incorporación a la «Gran Alemania» de los territorios de Austria, Checoslovaquia, Polonia, Alsacia-Lorena, etc. La posición de los jefes territoriales, la vieja guardia del partido, alcanzaría especial relieve al conferírseles diversas funciones administrativas y bélicas, convirtiéndoseles, finalmente, en Comisarios de Defensa del Reich para sus respectivos territorios.

La declarada autonomía del partido único no sólo se manifiesta en el desarrollo mismo de su jurisdicción, sino todavía más en la prohibición de cualquier crítica del Partido, así como en la protección jurídico-penal de sus símbolos y el secreto obligatorio de sus actividades. Desde este punto de vista el NSDAP era un partido estatal, aunque su financiación estaba al margen del control del Estado. En atención al principio caudillista, las cuantiosas aportaciones de los miembros, las colectas y donativos y, en fin, el creciente patrimonio, escapaban al control o a la información pública. El «orden» de la dictadura brindaba así una oportunidad más de corrupción, que superaba con mucho al tan vituperado régimen de los bonzos de la democracia.

Muy variada, aunque deficiente, era la trabazón existente entre dirección del partido y dirección del Estado. Comenzando por el mismo Hitler, el recíproco entrelazamiento de puestos del Estado y del partido se manifiesta en la duplicidad de funciones de Goebbels, Hess, Himmler, Rust (jefe territorial de Braunschweig), Ley, Schirach, Bohle (AO y funcionario del Ministerio del Exterior) y una serie de jefes territoriales que, en su condición de altas jerarquías del partido, estaban revestidos al mismo tiempo de altas funciones gubernamentales: por ejemplo, como lugartenientes del Reich o primeros ministros. Esta circunstancia comportaba una serie de rivalidades con las altas jerarquías del Estado, ocupadas también

por jefes del partido, aunque procedentes del campo de la administración o del Estado. Aunque a nivel de los Ministerios nunca fue realidad la «unidad partido-Estado», ésta se practicó más decididamente en las ciudades y municipios. Aquí fue donde un mayor número de viejos combatientes del partido logró acceder a la administración. En 1935 casi un 50 por 100 estaban empleados en la administración municipal y casi un 30 por 100 en la regional. De los cargos estatales y municipales un 31 por 100 los ocupaban directivos a escala regional y un 19 por 100 estaba en manos de jefes municipales y locales del partido, en tanto que los jefes de bloque y de célula tan sólo contaban con un 2,5 por 100. Casi el 60 por ciento de estos jefes municipales del partido que ocupaban cargos estatales eran alcaldes de ciudad, en tanto que los jefes locales eran alcaldes en villas y pueblos [20]. Entretanto, el número de jefes iba en incontenible aumento. En 1935 había ya 33 jefes territoriales y 827 jefes provinciales, unos 21.000 jefes locales y alrededor de 260.000 jefes de célula y de bloque. En 1937 el número de jefes políticos superó los 700.000. A todo ello es preciso añadir la densa red de filiales y organizaciones anexas, mediante la cual el partido extendía sus tentáculos sobre la vida social y profesional de la nación. Finalmente, en la guerra el total de puestos directivos ascendió a los dos millones. Los alemanes eran un pueblo de jefes. Todos pueden obedecer, aunque muchos también podían mandar —al menos, en alguna ocasión— y participar del principio caudillista. Era un gigantesco Estado autoritario bajo una bandera carismática.

En realidad, el nutrido aparato de sujetos del principio político caudillista accedía más y más a los cuadros del Estado, tanto en el plano personal como en el de organización. Casi todos los nuevos funcionarios se encontraban vinculados —al menos, nominalmente— al partido. Los estudios, los exámenes, el servicio preparatorio y los ascensos dependían cada vez más de la afiliación al partido o a las Juventudes Hitlerianas, del visto bueno del partido o del número de carnet. En creciente medida, los funcionarios y jueces iban dependiendo progresivamente de los jefes del partido, en los más diversos órdenes. Las jerarquías del partido y del Estado eran muchas veces rivales; en casos extremos, un inferior podía en función del principio caudillista impartir órdenes a su superior. Los camaradas del partido accedían sobre todo a las secciones de personal de la administración; la expulsión del partido comportaba normalmente la destitución del cargo en la Administración. Por la Ley de Fun-

[20] Wolfgang Schäfer, *NSDAP*, p. 26. Cf. también Peter Hüttenberg, *Die Gauleiter*. Bonn, 1967.

cionarios del 26 de enero de 1937, el «Führer» se arrogó el derecho a destituir incluso a funcionarios vitalicios, si el partido dudara de su lealtad. En lo sucesivo, el funcionario estaba obligado además a informar de cuanto pudiera perjudicar al partido o al nacionalsocialismo en el puesto o fuera del mismo. Con ello se convertía instantáneamente en agente potencial de la «Gestapo». Es preciso reconocer que, si bien era deseable la condición de miembro del partido por los altos funcionarios, esta no era obligatoria, ni siquiera para el ascenso, según declaración expresa del mismo Hitler [21]. Sin embargo, el oportunismo y las presiones se cuidaron de que el primitivo respeto, al menos nominal, a la burocracia fuera cediendo terreno a la progresiva penetración del partido en la Administración; el progresivo proceso de adaptación y la multiplicación del personal aceleró aún más aquella tendencia. El año 1937 un 86 por 100 de los funcionarios de Prusia y el 63 por 100 de los funcionarios del resto del Reich eran miembros del NSDAP; sin embargo, de éstos sólo el 48 por 100 (Prusia) y el 11 por 100 (resto del Reich) eran miembros de la vieja guardia. Asimismo, la proporción de funcionarios miembros del NSDAP ascendió del 6,7 por 100 (antes de 1933) al 29 por 100 en 1935 [22].

También aquí cabe decirse que la nazificación fue mucho mayor después que antes de la conquista del poder. El proceso se realizó con especial rapidez en la Prusia de Göring, al igual que en la administración municipal y provincial, pero también la alta burocracia —sobre todo en los Ministerios del Interior, Educación, Agricultura, Justicia y, naturalmente, en los de Propaganda y Aviación, de reciente creación— estaba sometida a fuertes presiones. A todo ello es preciso añadir numerosos puestos paraburocráticos, creados por el partido para los funcionarios de asociaciones anejas. Por todas estas razones, no puede hablarse de una racionalización de la administración, que con anterioridad a 1933 tan decididamente se proclamara hasta considerarla justificativa de la dictadura. Al igual que la reforma del Reich, se redujo simplemente a declaraciones y manejos de tipo político. Y al igual que el partido, el Estado tampoco fue más económico sino mucho más caro bajo la dictadura del principio caudillista. El régimen no lo derrochó todo sólo en la guerra. Antes de la guerra subieron asombrosamente los costes de la administración, a lo que contribuyeron por igual el rearme y el patronazgo del partido. Entre 1934 y 1939 el presupuesto de los Ministerios

[21] David Schoenbaum, *op. cit.*, p. 225.

[22] Hans Gerth, «The Nazy Party», en *American Journal of Sociology*, 45 (1940), p. 534. Gerhard Schulz, *Nationalisozialistische Machtergreifung, op. cit.*, p. 509.

experimentó un aumento del 170 por 100. Su distribución fue muy diferente según la función de los distintos Ministerios con respecto al rearme, al control policíaco o a la proximidad al partido. A continuación de las nuevas carteras, ocupaban los primeros lugares los Ministerios de Justicia y del Interior, después los militares y mucho más rezagado el Ministerio del Exterior, considerablemente mutilado en sus atribuciones. Las remuneraciones se mantuvieron al mismo nivel en que las dejara la reducción de la época de Brüning. El crecimiento experimentado se debió únicamente a la inflación de personal. El partido, en cambio, pagaba a sus empleados un 13.° sueldo mensual por la Navidad. Sólo la jefatura del partido en Munich el año 1935 tenía 1.600 empleados con 44 edificios, en tanto que la administración del partido en el Reich abarcaba 25.000 personas, como lo proclamara con orgullo su Director del Tesoro, Schwarz[23]. Entretanto, por encima del difuso dualismo partido-Estado surgía un Estado particular, que habría de encarnar la consecuencia radical del totalitarismo nacionalsocialista: el Estado de las SS.

Terror y totalitarismo: el desarrollo del Estado de las SS

El poder omnímodo del «Führer» era la Constitución del Tercer Reich. Podía derogar cualquier norma estatal y jurídica, sancionar cualquier conducta. El montaje de un sistema de terror y exterminio, el funcionamiento mismo del consiguiente «aparachik» de policía y de las SS descansaban en la destrucción de aquellas normas por el principio caudillista autoritario. Este no toleraba sujeción a ley alguna o a un nuevo derecho penal o a una nueva Constitución. Exigía absoluta libertad de acción en la esfera decisoria: todo poder político se convertía en mero ejecutivo de la voluntad del «Führer».

Indudablemente, constituiría un error, una repetición del autoengaño que sufriera la burocracia estatal, pretender que la legislación «normal» del régimen era simplemente un mal menor, y enjuiciar las leyes de Nuremberg —según el comentario de Stuckart-Globke— de modo casi positivo, considerándolas como presunta interrupción del «terror extranormativo»[24]. Dichas leyes no sólo nacieron de un modo increíble sino que eran una tentativa más de

[23] *Völkischer Beobachter* del 27 de febrero de 1935.

[24] Por ejemplo, Hans Buchheim en su obra, por lo demás muy seria, «Die SS-das Herrschaftsinstrument», en *Anatomie des SS-Staates,* t. I. Olten-Freiburg/Br., 1965, p. 20. Sobre la forma de realización de tales «leyes», cf. K. D. Bracher, *NS-Machtergreifung, op. cit.,* p. 286.

legitimación, a la que no podía renunciar completamente el régimen por razones tácticas. Lo característico del régimen nacionalsocialista —que tanto alimentó las ilusiones de la gente y del funcionario y que tan fatídicamente adormeciera sus conciencias— radicaba en la combinación de ambos niveles, en el disfraz de las medidas de terror y violencia mediante formas jurídico-estatales. Tal fue la esencia y la función del «dualismo de Estado» en el que seguían en vigor externamente las normas jurídicas y legales, aunque sólo a conveniencia y con la función de servir de fachada a las ilimitadas «medidas» del poder totalitario.

El primer pretexto para la aplicación de una política extralegal de coerción y de terror fue la disposición del 28 de febrero de 1933 con motivo del incendio del Reichstag, que justificaba de modo pseudolegal el estado de excepción no «provisional», como prescribía el tan sobado artículo 48 de la Constitución de Weimar, sino que se prolongaría durante todo el Tercer Reich. En consecuencia, podían soslayarse la burocracia estatal y los Tribunales, montándose una burocracia propia, ocupada del terror. Aquí es donde tuvo lugar propiamente la revolución y no en las enmiendas practicadas en el aparato estatal tradicional; sólo después del desarrollo y penetración del Estado de policía y de las SS pudo manifestarse aquella dictadura como un sistema de dominación auténticamente revolucionario. Se ha llamado a este nuevo poder —situado al margen de la administración estatal y coexistiendo con ella— el «ejecutivo del 'Führer'»: «Al mismo se encomendaron las tareas propiamente políticas por las que se interesaba Hitler: especialmente, la seguridad del poder, la política demográfica, la política de ocupación de territorios, la persecución de todos los adversarios, presuntos o reales, del régimen» [25]. La base institucional de esta realidad íntima del Tercer Reich fue la «Gestapo»; las SS se encargaron de la ulterior construcción y en su condición de formación «elitista» desarrolló la variada organización de un Estado particular. Los inicios se remontan a la «época de lucha». Empezaron siendo la escolta personal de Hitler en 1925, no tenían la tradición de los grupos de defensa, como la SA, aun cuando estuvieran sometidas desde 1926 al mando de la SA. Las SS se consideraban el meollo del NSDAP, como una especie de policía del partido. Desde 1931, Heydrich, íntimo colaborador de Himmler, puso también en marcha el «Servicio de Seguridad» (SD), como órgano de control y de policía secreta del NSDAP. Durante la fase de la conquista del poder funcionaban ya varios «comandos especiales de las SS» como cuerpos de guardia parapolicíaca y «gru-

[25] H. Buchheim, *Die SS, op. cit.*, p. 29.

pos de protección», de los cuales se derivarían más tarde la llamada «fuerza de reserva» y las unidades SS. Las SS sólo se convirtieron en un auténtico «ejecutivo del 'Führer'» después de su fusión con la policía política; de este modo, era posible, al disfrutar de plenos poderes secretos y especiales, soslayar a las autoridades «normales» jurídicas y administrativas, sometiéndolas a diversas presiones por su continuada vigilancia.

En marzo de 1933 Göring puso la policía política de Prusia bajo el mando del jefe de la Sección de Policía del Ministerio del Interior, Rudolf Diels, confiriéndole poderes más amplios; a finales de abril creaba la Oficina de la Policía Secreta del Estado (Gestapo), situada en el luego tristemente famoso número 8 de la Prinz-Albrecht-Strasse, verdadera cámara de torturas; a su iniciativa se debe también la creación en todo el país de jefaturas y puntos de apoyo para la Gestapo. Progresivamente, la «Gestapo» fue sustrayéndose a la administración, acabando por depender directamente del Primer ministro (Göring). El otro punto fuerte en la geografía alemana era Baviera. El mismo día de la coordinación (9 de marzo de 1933) se asentó allí Himmler en calidad de Jefe de Policía de Munich, acompañado del jefe de su Servicio Secreto, Heydrich; una semana después tenía bajo su mando a toda la policía política de Baviera. En pocos meses Himmler consiguió ponerse al frente de la policía política de los diferentes *Länder* (Estados federados), únicamente en Prusia seguía dependiendo formalmente de Göring. La unión en la persona de Himmler de la «Gestapo», ahora centralizada, y de las SS, desde 1934 formalmente independientes, constituyó la base de poder del Estado de las SS. Ciertamente, persistieron durante mucho tiempo los conflictos de atribuciones con la administración estatal, sobre todo en Prusia. Sin embargo, se autorizó a la «Gestapo» por ley a «investigar y combatir en todo el territorio de la nación cualquier actividad peligrosa para el Estado», quedando exenta de toda posible inspección de sus actividades por parte de los Tribunales normales [26]. De forma lapidaria pudo constatar Werner Best, destacado jurista de la «Gestapo»: «De este modo se consuma la separación entre la Policía Secreta del Estado, cuya conducta viene determinada por necesidades y principios particulares, y la Administración, que ha de actuar según normas generales y jurídicamente uniformes» [27].

Esta tendencia culminó en el nombramiento del Jefe de las SS como Jefe de la Policía Alemana, cargo de nueva creación. Así lo

[26] Ley del 10 de febrero de 1936, párrafos 1 y 7.
[27] Deutsches Recht del 15 de abril de 1936, p. 127.

disponía un decreto del «Führer» del 17 de junio de 1936, que significaba la centralización de toda la policía, que hasta entonces dependía de los respectivos Estados y ahora pasaba a manos del mando de las SS. Forzando el artículo 48 (estado de excepción y unificación de los Länder) y con la consiguiente eliminación de la soberanía de éstos (ley del 30 de enero de 1934) y la «nacionalización» de la policía (tal era el «terminus technicus» empleado), y en contra del Ministerio del Interior, se realizó aquella autonomía del aparato del poder policíaco, recogida institucionalmente en la ulterior designación del cargo de Himmler: Jefe Nacional de las SS y Jefe de Policía Alemana o, en la jerga de abreviaturas del Tercer Reich: RFSS u. ChdDtPol. Su dependencia formal del Ministro del Interior (Frick) carecía hasta tal punto de significación práctica que Himmler se convirtió de hecho en miembro del gabinete, y se hizo cargo de funciones del propio ministro del Interior; y esto ocurría mucho antes de que su posición de poder se formalizara con la ocupación del Ministerio y de la totalidad de la administración (1943), consagrándose definitivamente la primacía del estado de las SS. Además, Himmler rechazó ser encuadrado en el marco de la burocracia. Pronto pudo observarse en sus conflictos con Frick que Himmler no sólo era independiente, sino que, por su inmediata relación como Jefe Supremo de las SS con el «Führer», era también el más fuerte en el Ministerio del Interior.

La unión personal Jefe de las SS-Jefe de la Policía se convirtió progresivamente en la unión real partido-Estado, personal de policía y personal de las SS. Ya en junio de 1936 Himmler había dispuesto la división de la policía en dos grandes departamentos: policía del orden, al mando de Daluege (General de Policía) y policía de seguridad, bajo Heydrich, que, como jefe de división de las SS, seguía al frente del SD (de las SS), que tenía a su cargo el servicio secreto. Especial alcance revistió el hecho de que, junto con la Gestapo, la policía criminal se constituyera también en policía secreta. Los departamentos de la policía política, enmarcados en la «Central de la Policía de Seguridad», ofrecen ya en 1938 una idea del control y del nutrido número de grupos cuya persecución y exterminio era el objetivo del aparato: II A: Comunismo y otros grupos marxistas; II B: Iglesias, Sectas, Emigrantes, Judíos, Campos; II C: Reacción, Oposición, Asuntos austríacos; II D: Prisión preventiva, Campos de concentración; II E: Asuntos de política económica, social y agraria, Asociaciones; II G: Control de la radio; II H: Asuntos del partido, dependencias y asociaciones anejas; II J: Policía política extranjera; II Ber.: Informes de la situación; II P: Prensa; II S: Lucha contra el homosexualismo y el aborto (¡como objetivo polí-

tico!); III: Contraespionaje. Se puso también en marcha una «administración política» propia por encima de la administración estatal. En todo ello se perseguía fundamentalmente un triple objetivo: implantación de organismos de las SS para todas las esferas políticas, incorporación total de la policía a las SS y a su ejército; es decir, se perseguía la creación de un sistema de dominación interior y exterior, dotado de burocracia y de un aparato coercitivo cuya cuña más importante fue la policía. A esto corresponde también la triple articulación ulterior de las SS: las SS generales, las unidades militares SS y la Policía.

Otro paso importante se dio poco después de comenzar la guerra (27 de septiembre de 1939), cuando la Policía de Seguridad y el SD se encuadraron en la Central de Seguridad del Reich (RSHA), quedando así consumada institucionalmente la unión personal bajo la jefatura de Heydrich. Junto a la Policía Política (Heinrich Müller) y la Policía Criminal (Arthur Nebe), la RSHA se incorporó las oficinas del SD para la «investigación del enemigo» —dirigidas por el Profesor Six y denominadas más tarde «Investigación y Evaluación Doctrinaria»—, para los «Territorios de Vida Alemana» (Ohlendorf), así como para el Servicio de Información Extranjera (Jost). Con la expansión bélica, la RSHA, órgano central del Estado de las SS, experimentó una enorme ampliación y numerosas transformaciones. Empezó por crearse el grupo de «Territorios de Influencia de la Gran Alemania» y diversas secciones regionales para la política de ocupación y exterminio, que se encontraban articuladas «objetivamente» en consignas como Oposición Izquierdista, Oposición Derechista, Lucha contra el Sabotaje, Contraespionaje, Judíos e Iglesias, Misiones Especiales, Prisión Preventiva. Es importante destacar que esta supercentral podía, según la conveniencia del momento, actuar como organismo de la policía, del Estado o de las SS. Esto hacía posible tanto el disfraz táctico como la invasión de otras competencias, según lo reclamaban las medidas de terror y exterminio de una política de dominación más allá del Estado. Al igual que en la esfera estatal, siguieron en pie viejos nombres y formas: todo al servicio de una «legalización» meramente formal, pero eliminable en cualquier momento, transformable siempre y completamente alejada de la realidad constitucional.

Con la ocupación de Austria y de Checoslovaquia este gigantesco aparato fue probado fuera de Alemania. Aquí aparecieron ya los grupos de asalto del SD y de la «Gestapo», que tanta importancia habrían de revestir en la ulterior política de ocupación y exterminio, «para la garantía de la vida política». Su presencia detrás del Ejército, preludio del terror de las tropas de asalto en la guerra, fue

abiertamente descrita por el *Völkischer Beobachter* (10 de octubre de 1938) en el curso de las operaciones llevadas a cabo en los Sudetes: «Simultáneamente, en estrecha e íntima cooperación con las vanguardias del Ejército, la «Gestapo»... comenzó de inmediato la limpieza de traidores marxistas y otros enemigos del Estado en los territorios liberados.» El mismo procedimiento se empleó en los preparativos de la campaña de Polonia. Todo contingente militar tenía a su lado un grupo de asalto en el uniforme de campaña propio de la «tropa de reserva de las SS», para «combatir en la retaguardia a los elementos enemigos del Reich y de los alemanes». De este modo, desde el comienzo de la guerra el nuevo poder se encontraba plenamente establecido. Subía así el segundo peldaño en la realización de un totalitarismo interior y exterior, prácticamente ilimitado.

La base del ascenso progresivo del Estado de las SS fue el hecho de que la policía política se convirtiera en el centro mismo de una administración política. En 1937 y de forma completamente oficial, el mismo Himmler —precisamente, en un escrito de homenaje al sexagenario Frick, al que afectaba de modo especial esta competencia— encomendó a la policía política la tarea de *crear* un nuevo orden político, no sólo de garantizarlo. Al mismo tiempo, destacaba que habría de cumplirse aquella misión más allá de toda legislación, sin traba formal alguna, «siguiendo únicamente las órdenes del mando». Es decir: en materias estrictamente políticas no era competente la burocracia estatal sino la policía de las SS, instrumento legal de la omnímoda voluntad del «Führer»: el poder policíaco se hace poder político, su misión defensiva se convierte en una forma «positiva» superior al poder «legal» del Estado. Representaba la revolución permanente tras apariencias seudolegales, no necesitaba apoyarse en leyes o disposiciones; actuaba en al marco del «cometido general... confiado en la reconstrucción del Estado nacionalsocialista a la policía política y, en particular, a la Gestapo»[28]. En la aplicación táctica de este principio era significativo que, según el momento, pudiera invocarse siempre la legitimación legal. «En principio», esto era superfluo: «Unicamente en los casos en que así convenga —es decir, respaldar las disposiciones de la policía por el derecho penal— deberá invocarse el decreto del 28 de febrero de 1933.» Podía renunciarse incluso a la disposición seudolegal dictada con ocasión del incendio del Parlamento.

Mucho antes de que se aplicara e impusiera plenamente la pri-

[28] Circular del RSHA del 15 de abril de 1940, en Buchheim, *Die SS, op. cit.*, p. 99.

macía del Estado de las SS en la política de ocupación y de guerra, había sido fundamentada ya en una serie de declaraciones y medidas diversas. A propósito de la reestructuración de la policía, Himmler declaraba el 1 de octubre de 1936 ante la Academia Alemana de Jurisprudencia: «Nosotros los nacionalsocialistas hemos emprendido la tarea... no sin derecho, que lo llevábamos con nosotros, aunque sí sin ley.» Los decretos del «Führer» y también las sentencias de los Tribunales ratificaban las afirmaciones de la «Gestapo», o del RFSS und ChdDtPol, según los casos, sin la investigación judicial de los hechos. A base de este «cometido general» de carácter político podía justificarse cualquier medida, minándose o soslayándose el aparato de la administración estatal. Bastaba con esgrimir el principio indeterminado, arbitrario y pervertible de la «prevención», para que no hubiera límites ante la pretensión totalitaria de vigilar, perseguir y aniquilar a cualquier enemigo potencial; y lo mismo o más cabe decir de las medidas «positivas» de la política nacionalsocialista, basadas en este terror. Hasta un nacionalsocialista tan ferviente como Hans Frank hubo de confesar en 1942 la manifiesta arbitrariedad del Estado-policía ya que «cualquier conciudadano puede ser internado indefinidamente en un campo de concentración sin posibilidad alguna de defensa», como resultado de que «la policía domina casi de modo absoluto a la Justicia» [29].

La voluntad revolucionaria y totalitaria del régimen estaba continuamente presente en los métodos y en el aparato mismo del Estado policía de las SS. Ciertamente, la continuidad de las estructuras seudolegales y la caótica trama de rivalidades en el Tercer Reich constituyen otros tantos elementos de interés para el enjuiciamiento del sistema; aquel «segundo Estado» era al mismo tiempo revolucionario y totalitario, al tergiversar las anteriores concepciones del orden y de los valores, y reclamar el control absoluto del hombre y su funcionamiento pleno al servicio del nuevo orden. Es preciso investigar más detenidamente que en los estudios realizados hasta la fecha sobre los sistemas fascistas y bolcheviques hasta qué punto cabe aplicar la anterior circunstancia a otras revoluciones seudolegales del siglo XX, a otros regímenes terroristas de partido único. El régimen nacionalsocialista fue totalitario no sólo en las metas de su ideología y del omnipotente Estado caudillista, sino también en la realidad misma del sistema de terror. Aquí radicaba también su característica fundamental: en efecto, un poder policíaco transformado en un régimen SS podía recurrir sin límites a la aplicación de medidas «preventivas» incluso contra personas únicamente sospechosas

[29] Actas del 28-VIII-1942, en Buchheim, *Die SS, op. cit.*, p. 110.

de ser enemigos políticos. No se trataba, pues, «únicamente» de medidas coercitivas externas de una dictadura, sino del montaje y desarrollo de una policía racista y doctrinaria, que no respetaba ningún rincón de la persona humana. La creación de campos de concentración, instrumentos de terror y de reeducación, escenario de detenciones masivas y de exterminio colectivo, fue tan sólo una consecuencia de aquel totalitarismo. Al mismo tiempo, significó una clara superación del sistema stalinista de los años 30.

Este poder total de disposición reclamaba a los ojos de los jefes de las SS que se prestase atención a problemas de organización y orden aparentemente situados al margen de la política. Para Heydrich el Estado-policía de las SS garantizaba «el control total y continuo de todas las personas del país y la consiguiente posibilidad de disponer de una visión permanente sobre la situación de todos y cada uno de los individuos». Pues a ese Estado se le había encomendado, en efecto, «no sólo la seguridad ejecutiva, sino también en lo doctrinal y en cuanto se refiera a sectores vitales» [30], y en esta expresión terrible se incluía, según la ideología racista e imperialista del nacionalsocialismo, todas las esferas de la vida. Y no es que se tratase de una versión tardía de los dirigentes de las SS, hambrientos de poder; la obra oficial del partido *Das Recht der NSDAP* [El derecho del NSDAP] [31], había proclamado oficialmente la doctrina totalitaria, señalando que «la misión de la policía no se reduce a la 'defensa contra el peligro', en sentido liberal, sino que incluyó el control del conjunto de deberes de cada individuo frente a la comunidad». Precisamente, el nombramiento del Jefe Nacional de las SS como Jefe de la Policía, subrayó la «íntima relación» que debía existir «entre la policía, salvaguardia de la comunidad, y el NSDAP, sujeto activo de la voluntad del pueblo». El mismo Himmler manifestó el día de tal nombramiento (18 de junio de 1936) en el *Völkischer Beobachter* que, en el futuro, «la lucha generacional» hacia el exterior correrá a cargo del Ejército, mientras que en el marco interior aquélla será asunto de «la policía, fundida con las escuadras de protección» (SS). En el «Congreso del Partido de la Gran Alemania» de 1938, la policía desfiló con las SS.

Paso a paso fue impulsándose la fusión personal de la policía y las SS generales en un «cuerpo de protección del Estado». Esto comportó, naturalmente, ciertos problemas para las SS y sus pretensiones «elitistas» y hegemónicas: exigencia de antecedentes SS, origen ario, y autorización para contraer matrimonio (en ciertos casos,

[30] Actas del 28-VIII-1942, en Buchheim, *Die SS, op. cit.*, p. 116.
[31] Munich, 1936, p. 479.

«a posteriori») siguieron siendo requisitos previos; en el transcurso de la guerra fue implantándose progresivamente el uniforme de las SS y la penetración progresiva de la policía por miembros de las SS. Pero lo más importante fue que la dirección de aquélla pasó completamente a manos de las SS. La unión personal se reflejaba, de modo especial, en la función de los llamados Altos Jefes de Policía y de las SS (HSSPF). No era pura casualidad que esto sucediera al mismo tiempo que Hitler concretaba su voluntad bélica. Todas las fuerzas de policía de las SS, como contrapeso del Ejército, fueron sometidas en cada distrito militar a un HSSPF, para el caso de una posible movilización. Las relaciones del HSSPF con la administración pública y con la organización de la guerra, pese a su subordinación a los mandos nacionales, siguió siendo muy indeterminada.

Tras el comienzo de la guerra pudo comprobarse rápidamente que aquí había una posibilidad más para una ampliación autónoma del Estado de las SS, aunque, también para interminables conflictos de atribuciones con la administración civil y militar, especialmente en los territorios ocupados. Sin embargo, la directa vinculación con Himmler aseguraba, al mismo tiempo, un cierto grado de independencia y también de arbitrariedad que se manifestó, por ejemplo, en la política particularísima del HSSPF en Polonia (Krüger) frente al gobernador general (Frank). Lo mismo cabe decirse de las relaciones con el Ejército en el Este y en el Oeste y del establecimiento de una jurisdicción especial de las SS y de la policía al margen de los Tribunales de Guerra del Ejército. El régimen de terror estaba concentrado en una mano y las jerarquías formales inferiores venían a significar muy poco frente a la autonomía real de los HSSPF y de las SS, tan temidas por la administración y el Ejército; en sus respectivos distritos, aquéllos mandaban sobre la policía ordinaria, la policía política (Policía de Seguridad), el SD, las SS generales y las unidades militares-SS, y por un decreto de Himmler (21 de mayo de 1941) estaban encargados de dirigir la «administración política» —para Himmler, sinónimo de violencia policíaca—, base y objetivo del Estado metaestatal de las SS. Su actuación en las zonas ocupadas fue un ensayo más para la definitiva implantación del orden autoritario total después de la guerra. Sólo el poder de las SS era «político», quintaesencia del nacionalsocialismo; dentro de las estructuras tradicionales del Tercer Reich, que todavía se mantenían por razones tácticas, las SS eran el único poder nuevo y de confianza, al mismo tiempo; ellas podían responder a los imperativos revolucionarios y totalitarios del nacionalsocialismo y también realizarlos definitiva e incondicionalmente.

Al enfocar más tarde el sistema bélico del Tercer Reich se ex-

pondrá el papel desempeñado al respecto por las unidades-SS, convertidas finalmente en un serio competidor del Ejército. Mientras que los imperativos totalitarios de las SS de cara al exterior fueron evidenciándose, de modo progresivo, en el marco de las Waffen-SS; la política de los campos de concentración y de persecución de los judíos, incluso antes de iniciarse la guerra, constituyó el núcleo de la actividad que tanto ha contribuido al desarrollo del Estado de las SS. También aquí se repite una característica ya conocida: el paso del terror improvisado de los primeros años al gigantesco sistema de campos de concentración del período de exterminio; la combinación de una política de poder oportunista «per se» y de la organización deliberada de un régimen totalitario, circunstancia muy peculiar en el proceso de implantación de un «nuevo orden» nacionalsocialista. El alcance de la política de campos de concentración en la interpretación de aquel régimen ha sido acertadamente expuesto por Martin Broszat: «El hecho de que, después de 1933-34, se mantuvieran los campos de concentración sin necesidad objetiva alguna, significaba ya la voluntad de prolongar el estado de excepcion; como no fue pura casualidad que, tras el comienzo de la contienda, se convirtieran en un gigantesco aparato. En efecto, la guerra era para el mando nacionalsocialista, incluso en la esfera interior, un elemento esencial; el gran estado de excepción para implantar el poder total. Los campos reservados a la prisión preventiva de los enemigos del Estado se convirtieron en lugares para el trabajo forzado de masas de hombres, para experimentos médico-biológicos y para la eliminación física de judíos y otros seres indeseables» [32].

Uno de los primeros preludios se registró ya en marzo de 1933 al institucionalizar la «prisión preventiva» convirtiéndola en «detención política» para prevenir la acción de cualquier potencial adversario de la revolución nacionalsocialista. También en este caso el fundamento pseudolegal lo suministró la disposición dictada con motivo del incendio del Parlamento con la suspensión inmediata de los derechos fundamentales. Hasta entonces la prisión preventiva sólo se había aplicado en casos excepcionales y limitada temporal, local y jurídicamente. Ahora se la reconocía expresamente y se la aplicaba sin limitación jurídica alguna como medida preventiva. Todo ello iba dirigido, en primer lugar, contra el Partido Comunista Alemán (KPD) y el «marxismo», que —según frase de Hitler en el Consejo de Ministros del 28 de febrero de 1933— no debería beneficiarse de consideración jurídica alguna. Pero, al mismo tiempo, fue

[32] Martin Broszat, «Nationalsozialistische Konzentrationslager», en *Anatomie des SS-Staates,* t. II, p. 10.

una poderosa cuña en la utilización, prácticamente ilimitada, de la policía para la política de terror del nuevo régimen en el Reich y en los diferentes Estados *(Länder)*. Las detenciones en masa —que desde la mañana del 28 de febrero de 1933 cayeron sobre los partidos de la izquierda (sólo en Prusia, entre marzo y abril de 1933, fueron detenidas 25.000-30.000 personas)— obligaron a la construcción de los primeros campos de concentración provisionales fuera de las cárceles, ya superpobladas. El 20 de marzo de 1933 y bajo la dirección de las SS, Himmler mandó construir un campo en Dachau, cerca de Munich, aprovechando los barracones de una vieja fábrica de pólvoras. La SA y las SS se encargaron de «completar» las medidas de prevención mediante una serie de sangrientos desmanes, llevados a cabo por propia iniciativa: venganzas personales, instinto de destrucción, saqueos y otras acciones se convirtieron en rutina; se llenaron las cárceles particulares y los campos de concentración improvisados, en los que los malos tratos y la muerte estaban a la orden del día. Aparte del campo de Dachau aparecieron otros en Oranienburg, Papenburg, Esterwegen, Dürrgoy (Breslau), Kemna (Wuppertal), Sonnenburg, Sachsenhausen, Quednau, Hammerstein, Lichtenburg (Merseburg), Werden, Brauweiler, Börgermoor (Emsland) y la cárcel especial de las SS, tristemente célebre, en la Columbia-Haus (Berlín).

Durante el proceso de unificación las detenciones se extendieron a otros grupos y partidos, a los sindicatos y, sobre todo, a los judíos. Se organizó y financió un número cada vez mayor de campos de concentración como establecimientos estatales y solución «provisional» hasta la creación de otros definitivos, que habrían de recoger a los presos para la realización de trabajos productivos. Tras las primeras oleadas de detenciones se registró un ligero descenso pasajero del número de presos; según datos oficiales, el 31 de julio de 1939 había unos 27.000 presos políticos (de los cuales 15.000 en Prusia). La consolidación del régimen y el progresivo arrinconamiento de la SA bajo la consigna táctica del «Final de la Revolución» supusieron tan sólo la transición del terror anárquico a la persecución sistemática. Los detenidos ya no podían ser arbitrariamente «puestos en custodia», sino que debían ser internados, en principio, en los campos de concentración del Estado, siendo recluidos, en caso necesario, en las cárceles, según disponía un decreto del Ministerio del Interior del 14 de octubre de 1933. Sin embargo, según otro decreto (9 de enero de 1934) la prisión preventiva no podía aplicarse a abogados defensores de procesados peligrosos, ni tampoco sustituir a un auto de procesamiento, como ya había ocurrido frecuentemente en la práctica habitual.

Desde el ascenso de Himmler (1934-35) a hombre fuerte de la policía, el sistema de persecución y de campos de concentración cayó de lleno dentro de la competencia de las SS. En el caso de conflictos de jurisdicción, muchos de los ministros o lugartenientes (por ejemplo, Epp en Baviera) que protestaban fueron eliminados, y el estado de excepción y la prisión preventiva se convirtieron en instituciones permanentes. El 30 de junio de 1934, las SS relevaban en los campos de concentración a los cuerpos de guardia de la SA; en adelante, estaban prácticamente condenados al fracaso los intentos de la Justicia y de la administración pública encaminados al desmontaje o control del sistema de campos de concentración y de prisión preventiva. Tras la oportuna consulta con Hitler, Himmler pudo ahogar fácilmente numerosas intervenciones, sobre todo, del ministro de Justicia (Gürtner) y del ministro del Interior (Frick). Sólo entre octubre de 1935 y mayo de 1936, la «Gestapo» detuvo a un total de 7.266 personas —un promedio mensual de 1.290— por «actividades en favor del KPD y SPD»; para ello, bastaban justificaciones tan vagas como: «conducta perjudicial..., enemiga del Estado», «maquinaciones políticas», «comportamiento subversivo», «difusión de noticias alarmistas» o «desprecio de la cruz gamada», «ofensas a los dirigentes», «manifestaciones despectivas acerca del Jefe territorial, Streicher» [33]. Cualquier crítica al régimen solía acarrear el campo de concentración. En un principio, se utilizó como base, reconocida incluso por los Tribunales, la disposición dictada con motivo del incendio del Parlamento, extendida luego a una presunta e indirecta «amenaza comunista» a través, por ejemplo, de grupos religiosos (!). Pero pronto fue imponiéndose progresivamente la justificación paramilitar y político-totalitaria del sistema de campos de concentración, según la cual no se precisaba ya norma legal alguna que regulase la aplicación de los medios; los protagonistas de esta «protección estatal» se sentían, más bien, miembros de una «asociación militante», consistiendo su misión en «extirpar» cualquier opinión disidente, «seguir la pista de los enemigos del Estado, vigilarlos y desbaratarlos en el momento oportuno»; para esta misión, era lícita «la aplicación de cualquier medio apropiado, con independencia de cualquier compromiso», derivándose las atribuciones requeridas para ello «únicamente de la nueva constitución del Estado, sin que se requiera una legitimación legal concreta» [34]. Estas manifestaciones del destacado jurista de la «Gestapo» Werner

[33] Martin Broszat, «Nationalsozialistische Konzentrationslager», en *Anatomie des SS-Staates*, t. II.

[34] Werner Best, «Die geheime Staatspolizei», en *Zeitschrift für Deutsches Recht* (1936), p. 125.

Best, destinadas a la policía política, eran aplicables también al amplio marco utilizado para reconstruir el sistema de los campos de concentración, pieza clave del Estado de las SS. En la medida en que la consolidación del régimen iba reemplazando a la fase turbulenta de la conquista del poder, se registraba una concentración y monopolización del sistema «regular» y burocrático de los campos de concentración en manos de las SS.

De modelo sirvió Dachau, que desde un principio estuvo bajo el poder de las SS generales. Una serie de burdas «disposiciones especiales» elevaba a la categoría de «penas» los crueles malos tratos allí aplicados; hasta se podía declarar el estado de guerra, y un tribunal de las SS, presidido por el comandante del campo, podía dictar penas de muerte. A diferencia de la arbitrariedad de los campos de la SA, aquí podía observarse ya aquella tendencia a la sistematización del terror, que tanto habría de caracterizar a la peculiar política de las SS, al margen de toda Justicia y Administración. Es verdad que Himmler tuvo que destituir en junio de 1933 al primer comandante de Dachau (Waeckerle). Sin embargo, su sucesor (Theodor Eicke) se convirtió en el verdadero pionero del nuevo terror. Procedía de Alsacia-Lorena, sirvió en la Intendencia Militar en la Primera Guerra Mundial, más tarde sería expulsado de la policía por actividades antirrepublicanas; en la IG Farben de Ludwigshafen se ocupó en tareas de contraespionaje industrial y en 1928 inició Eicke su carrera en las SS. En 1932 pudo librarse de una pena de dos años de prisión (por preparación de atentados con bombas) huyendo a Italia. El mes de febrero de 1933 Eicke estaba de nuevo en su puesto, aunque, tras una disputa mantenida con su jefe territorial (Bürckel), fue castigado a prisión preventiva, siendo sometido a tratamiento psiquiátrico: ¡precisamente por el Doctor Heyde, que más tarde sería Jefe de la Sección de Eutanasia! Himmler se lo llevó directamente de la clínica de Würzburg a Dachau. En el plazo de un año, Eicke, que también se había destacado en los asesinatos contra Röhm y demás correligionarios, fue nombrado «Inspector de campos de concentración y cuerpos de guardia de las SS» y Jefe de Grupo de las SS, pero hasta 1935 siguió siendo comandante del campo.

La organización de Dachau sirvió de base para el proceso de reestructuración y normalización de los distintos campos de concentración. El sistema de brutales castigos fue ampliado en las detalladas disposiciones de Eicke de octubre de 1933: las palizas en presencia de la guardia y de los otros reclusos, la amenaza de pena de muerte en casos de sublevación o de difusión de noticias alarmantes, cualquier castigo prolongaba el tiempo de reclusión, y se sentó el

principio de que los castigos habrían de aplicarse con la máxima dureza e intolerancia, aunque disciplinada e impersonalmente. «Calavera y arma dura», «día y noche junto al enemigo», tales eran las consignas de aquel intendente y verdugo alsaciano, que tan bien encarnaba la combinación típica de las SS: sistematismo burocrático y violencia incontenible. En Dachau aprendieron otros también lo suyo; entre ellos, Rudolf Höss, que más tarde sería comandante del campo de concentración de Auschwitz.

Ya desde los primeros momentos (1934-35) de nada servían los intentos de las autoridades judiciales para intervenir frente al totalitarismo de los campos de concentración, incluso cuando se tratara de castigar o ejecutar. A menudo bastaba alegar que el recluso había resultado muerto tras ofrecer resistencia o emprender la fuga, para evitar cualquier procedimiento judicial. Naturalmente, se disparaba sin previo aviso. La idea de lucha del nacionalsocialismo se elevó, ya en tiempo de paz, a una situación de guerra permanente contra el «enemigo» interno. Los deseos de autonomía triunfaron contra todo control exterior, circunstancia expresada simultánemente en la independencia conseguida por la policía política frente al aparato estatal tradicional. La estrecha vinculación del sistema de campos de concentración con la policía política se tradujo en el establecimiento de un «departamento político» en cada campo, dirigido por un funcionario de la policía criminal o de la «Gestapo». Este dirigía los interrogatorios y tenía a su cargo el «registro» a través de las actas de los presos, las relaciones con la Justicia y el capítulo de muertes y puestas en libertad. A finales de 1934 las unidades de vigilancia en los cuarteles de las SS (conocidas también como «unidades de la calavera», por el distintivo de sus solapas), acantonadas en cada uno de los campos, se escindieron de las SS generales, constituyéndose en una sección especial de las SS armadas; quedaron sometidas también al mando de Eicke. Su plana mayor se trasladó en 1938 de Berlín a Oranienburg, cerca del campo de concentración de Sachsenhausen, desde donde mantuvo siempre estrecho contacto con Himmler hasta el final de la guerra. De esta forma salía casi siempre victorioso de los conflictos librados con las SS generales y con la «Gestapo», competente en materia de detención y liberación de reclusos. En febrero de 1943, el propio Eicke, general de las unidades armadas SS (división de la calavera), pereció en Rusia.

La consolidación del régimen nacionalsocialista hizo que durante el invierno de 1936-37 el número de reclusos en campos de concentración descendiera a menos de 10.000. Algunos de los siete campos existentes en 1935 se suprimieron (Fuhlsbüttel, Oranienburg, Ester-

wegen, Columbia-Haus, Sachsenburg) y los presos fueron trasladados a los nuevos campos de Sachsenhausen y (desde agosto de 1937) Buchenwald (cerca de Weimar) y Dachau. Junto con el campo de Lichtenburg, que habría de convertirse en campo de concentración de mujeres (desde 1939 en Ravensbrück/Mecklenbur), existían en 1937-38 otros tres campos, en cada uno de los cuales se encontraba acantonada una unidad de «calaveras», integrada preponderantemente por jóvenes de las SS (menores de veinte años) en número comprendido entre los 1.000 y los 1.500, aparte de un contingente fijo de unos 120 miembros de las SS. En cada campo, la persecución se extendió ahora también a los elementos «dañinos» para el pueblo, que no podían ser castigados con arreglo a las normas del derecho vigente. «Preventivamente» se internaba en campos de concentración a elementos «asociales» (en la más arbitraria acepción del término), «vagos» (incluidos los parados «sin motivos de peso»), homosexuales y concienzudos investigadores de la Biblia (testigos de Jehová), «delincuentes habituales», emigrantes, judíos y reclusos políticos después de cumplida la pena o tras sentencia absolutoria (!). El distinto colorido del ángulo que llevaban en la vestimenta los reclusos indicaba la correspondiente «categoría» [35].

La mezcolanza de consideraciones políticas, criminales, penales y preventivas fue una característica de esta nueva fase de la política de campos de concentración, que a partir de 1937-38 registraron un nuevo aumento del número de internados. Las correspondientes disposiciones dictadas por Himmler en 1937 basadas en el decreto referente al incendio del Parlamento rebasaron definitivamente el simple marco de la persecución política, ampliando enormemente las atribuciones de la policía política y del sistema de campos de concentración a costa de la Administración de Justicia. Una prueba de la escasa resistencia ante aquella situación nos la ofrece el modesto ruego del ministro de Justicia (1937) a la «Gestapo»: solicitaba, en efecto, que la detención preventiva de los «testigos de Jehová» no fuera acompañada (¡después de haberse cumplido la penal!) de circunstancias que pudieran afectar al prestigio de los Tribunales [36].

La ampliación del sistema de campos de concentración se basó, sobre todo, en la idea de fomentar sus efectos gracias a «mejoras estatales y campos de trabajo» (según se expresaban las directrices de la Central de la Policía Criminal sobre lucha preventiva contra la delincuencia, de 4 de abril de 1938). Las operaciones «relámpago»

[35] Para más detalles, cf. M. Broszat, *NS-Konzentrationslager, op. cit.*, p. 78.
[36] *Idem*, p. 86.

contra «asociales», «vagos» y judíos con antecedentes penales fueron progresivamente justificadas económica y militarmente. También aquí empezaba a anunciarse la movilización y la guerra. Los trabajos forzados en proyectos de las SS y la creación de factorías propiedad de las SS, en los campos de concentración confirieron a estos últimos un nuevo significado. En primer lugar, se emprendió la fabricación de materiales de construcción para las monumentales edificaciones del Tercer Reich: verdadero trabajo de esclavos para satisfacer la megalomanía hitleriana. Consecuentemente, se organizó la caza de reclusos aptos para el trabajo y la creación de nuevos campos de trabajo en factorías y canteras propias de las SS. Aparecieron, pues, grandes fábricas de ladrillos en Sachsenhausen y Buchenwald, nuevos campos de concentración junto a las canteras de granito de Flossenbürg (Alto Palatinado), Mauthausen (Linz) y, en 1940, también en Gross-Rosen (Baja Silesia) y Natzweiler (Alsacia). Además, la expansión territorial de 1938 aportó millares de nuevos reclusos: la policía de seguridad y la fiebre de las delaciones fueron tan eficientes en Austria y los Sudetes que apenas podía darse abasto a la nueva avalancha. Por último, el pogrom de 9 de noviembre de 1938 supuso por lo pronto el internamiento de unos 35.000 judíos en los campos de concentración. Pese a que después de algunas semanas fueran licenciados, con el compromiso de emigrar, el número de reclusos de los campos de concentración era de 25.000 al iniciarse la guerra, y en los dos años siguientes, pese a la creciente mortandad, se elevó a varios cientos de miles y, finalmente, a millones. La creación de numerosas unidades de «calaveras» a partir de 1937 hizo posible esta evolución, que tanto contribuyó a aumentar el poder de las SS. «Al mismo tiempo, se utilizó la guerra para iniciar una nueva etapa de la revolución nacionalsocialista y de la transformación totalitaria de la sociedad, con el fin de completar la anterior erradicación de enemigos políticos mediante las llamadas operaciones de limpieza político-biológica» [37]. El poder de las SS y el sistema de campos de concentración fueron los protagonistas de este proceso. Su ascendente desarrollo, incluso en tiempo de paz, constituyó los supuestos sobre los que había de descansar el futuro Estado autoritario y esclavista.

[37] Para más detalles, cf. M. Broszat, *NS-Konzentrationslager, op. cit.*, p. 11.

Persecución y privación de derechos

Al igual que la doctrina de dominación, la teoría social del Tercer Reich se basa en el principio de la relación amigo-enemigo. La comunidad cerrada bajo el principio caudillista y la lucha contra las minorías y los grupos exteriores tenían derecho a vivir. Su función última era la destrucción del «enemigo». El 23 de marzo de 1933 Hitler manifestaba ante el Parlamento que el derecho debía «servir, en primer lugar, al mantenimiento de esta comunidad nacional». Reclamó la «elasticidad de juicio para el mantenimiento de la sociedad», dando como criterio que «el individuo no puede ser el centro de los cuidados de la ley, sino el pueblo». Y reconoció la igualdad ante la ley únicamente a quienes respaldaban los intereses nacionales y no negaban su apoyo al gobierno.

Pero también en esta comunidad nacionalsocialista había sus matices en la pretensión jurídica. El «Führer» disponía de modo ilimitado y absoluto, desde que se autoproclamara juez supremo de la nación (13 de julio de 1934); a su vez, los subordinados tenían sus privilegios con respecto a sus inferiores, aunque, al mismo tiempo, se hallaban desprovistos de todo derecho en relación con sus superiores; y al final de la escala existía la diferenciación entre camaradas del partido, civiles y carentes de todo derecho. Ante la ley no existía, ni igualdad ni igual desigualdad. La disolución de toda seguridad jurídica se correspondía con la autoritaria estructura de la sociedad y del Estado. También aquí, al igual que en el plano de la política interior y exterior, se perseguía el principio de desviar la atención. La pérdida de los derechos básicos de la igualdad pretendía disimularse por un trato todavía peor, aplicado a los perseguidos política y racialmente.

En numerosas ideas de «reforma» del nacionalsocialismo, impulsadas especialmente por Hans Frank y Roland Freisler, nuevo subsecretario del Ministerio de Justicia, se proclamó y consagró la manipulación y perversión del sistema jurídico al servicio de la estructura nacionalsocialista de dirección y subordinación, formalizado en la existencia de jurisdicciones especiales, aunque, en la práctica, no todo marchara como se esperaba. Quedaban muchas lagunas y, en un principio, el régimen hubo de aceptar compromisos, que hicieron que perdurasen las tradiciones del Estado de derecho y el mismo aparato jurídico, así como muchas ilusiones de los contemporizadores y colaboracionistas. Con suficiente frecuencia había manifestado Hitler su voluntad de eliminar a la larga el orden jurídico y los juristas, siempre que no se dejaran politizar incondicionalmente. Pero

desde el comienzo, el Tercer Reich en puntos fundamentales destruyó los principios de una sociedad jurídica. El principio «nulla poena sine lege» fue violado por la ley del 29 de marzo de 1933, que disponía el castigo (del incendio del Parlamento) en virtud de disposiciones decretadas con posterioridad. Hasta los juristas conservadores allanaron el camino con su colaboración y sus dictámenes. Esta violación adquirió formalmente dos años después validez general, declarándose punible cuanto atentara contra «el sano sentir de la nación», aun cuando no existiera disposición penal expresa al respecto. Con ello el arbitrio de los dirigentes se convirtió en principio jurídico, ya que tan sólo aquél determinaba lo que había de entenderse por «sano sentir de la nación». Naturalmente, la «nación» no podía, ni debía hacer valer su sentir, puesto que ello iría en contra de la teoría del Estado caudillista.

La terrible novedad era, pues, la arbitrariedad en nombre del sentir de la nación. Esto deberían tenerlo en cuenta los críticos del proceso de Nuremberg, que entonces callaron. En Nuremberg se trataba de auténticos delitos y no de la arbitraria persecución de opiniones disidentes basándose en una cláusula general de una vaguedad absoluta. La evolución del sistema de prisión preventiva y del cumplimiento de la pena apresuró más aún este proceso de perversión del derecho. Se ha expuesto ya lo pronto que el poder policíaco de las SS pudo minar la ruinosa fachada del Estado de derecho, especialmente cuando la Gestapo pudo internar «legalmente» (en virtud de un decreto del Ministerio de Justicia del 13 de abril de 1935) en campos de concentración, a personas poco gratas al régimen después de haber cumplido la pena. Con ello la «prisión preventiva» permanente fue transformada con eufemismo en algo positivo, justificándola como protección del individuo frente a la indignación popular y como protección de la «comunidad nacional» frente al individuo. Para la prisión y muerte en campos de concentración bastaba, por ejemplo, que un empleado socialdemócrata «por su historial político despertara sospechas (!) de que, tras cumplir su condena de dos años de prisión correccional por tentativa de alta traición, pudiera embarcarse de nuevo en actividades marxistas. Firmado: Heydrich» [38]. Muy conocido fue el caso Niemöller, que en 1937 concluyó con sentencia judicial absolutoria... y reclusión en un campo de concentración.

Un segundo punto crítico era la progresiva renuncia a la investigación judicial de las actividades del Estado y, sobre todo, de la

[38] A. Leber, W. Brandt, K. D. Bracher, *Das Gewissen steht auf*. Berlín, 1954, p. 93.

policía. Teniendo en cuenta que éstas alegaban en creciente grado su base política, fue desmoronándose la protección jurídica del individuo. El estado permanente de excepción se reflejaba de manera especial en el núcleo central del régimen en la actuación de la Gestapo, exenta de cualquier investigación de los Tribunales. «La vieja y la nueva concepción de la policía» [39] reflejaba el paso del Estado de derecho al Estado-policía. Siempre que las actividades del Estado eran declaradas «políticas», o «acto de mando», no cabía ninguna investigación jurídica [40]. A su vez, la definición de «político» dependía en cada momento de la voluntad del mando nacionalsocialista en el sentido consabido. No podía evitarse así que algunos sectores de la Justicia —sobre todo, en la jurisdicción administrativa— se supeditaran progresivamente a la voluntad del «Führer» y del partido, pudiendo muy poco con sus últimos reductos contra el monopolio de lo puramente «político». El hecho de que las actas de la Administración se sustrajeran a partir de septiembre de 1939 a toda inspección, fue un paso decisivo en la carerra del Estado-administración autoritario al Estado caudillista totalitario y con ello quedaba completamente allanado el camino al Estado de las SS. A comienzos de 1943 Carl Rothenberg, subsecretario del Ministerio alemán de Justicia, se limitaba a lanzar esta propuesta: con el fin de salvaguardar «la autoridad de los Tribunales» deberá evitarse la publicidad de la ejecución, en los casos en que un Tribunal ordinario no haya llegado, por ausencia de pruebas legales, a dictar pena de muerte, y, sin embargo, se considere necesario el fusilamiento del reo en conformidad con los organismos interesados [41]. Con todo, la decisión —según respuesta de Himmler— quedaba completamente en manos de Hitler, «que no sólo puede ordenar el fusilamiento sin más ni más, sino también su publicación».

La función meramente instrumental de jueces, Tribunales, abogados y defensores estaba trazada hacía tiempo. El nombramiento de Hans Frank como Comisario del Reich para «la unificación de la Justicia», la transformación del derecho penal en «derecho militante», las jurisdicciones especiales y la justicia de terror de los Tribunales del Pueblo fueron otras tantas tentativas de conferir a la Justicia misma su nuevo papel destructor de los «elementos da-

[39] Por ejemplo, el escrito de Werner Lehmann. Berlín, 1937.

[41] Sigfried Grundmann, «Die richterliche Nachprüfung von politischen Führungsakten», en *Zeitschrift für die gesamte Staatswissenschaft,* 100 (1940), p. 537.

[41] Werner Johe, *Die gleichgeschaltete Justiz.* Francfort del Meno, 1967. Cf. Hermann Weinkauff y Albrecht Wagner, *Die deutsche Justiz und der Nazionalsozialismus.* Stuttgart, 1968. Ilse Staff (editor), *Justiz im Dritten Reich.* Francfort del Meno, 1964.

ñinos a la causa del pueblo». Allí donde esto no se conseguía, es decir, donde la ideología jurídico-penal del nacionalsocialismo no se convertía en el nuevo sistema jurídico, los órganos tradicionales eran minados o simplemente ignorados. Todo esto no quiere decir que, a la vista de aquel Estado metajurídico de las SS, no careciera de importancia la claudicación de gran parte de la Justicia ante el totalitarismo nacionalsocialista. Su retirada ante el sistema de terror y persecución, aplaudido por tantos y tantos «custodios del derecho», convirtió la Justicia alemana en cómplice del sistema de la injusticia.

Las consecuencias jurídicas y psicológicas de la concepción totalitaria de la sociedad se manifestaron del modo más terrible en la continuada persecución de los judíos. Al igual que en la fase de la conquista del poder, se sucedieron el terror antisemita del partido «desde abajo» y la sanción estatal «desde arriba», después de que las llamadas leyes de Nuremberg formalizaran la privación de todo derecho. De nuevo se puso de manifiesto que la política judía del nacionalsocialismo no era tan «popular» como la propaganda pretendía, aun cuando la orientación pseudolegal del régimen se alió con el ciudadano apolítico, que aceptaba aquellas medidas como un «mal necesario», cerrando los ojos ante la realidad y el verdadero significado de la persecución de los judíos. Era la misma postura que caracterizó la progresiva despreocupación informativa acerca de los campos de concentración y de la política de exterminio. Lo que en un principio pudo condenarse en casos particulares e inmediatos se fue convirtiendo en un antisemitismo tan difundido como latente, tan pronto como se justificó, de modo abstracto, como contención y eliminación de la influencia judía, como un acto de la autoridad establecida. Los judíos no sólo tenían el «status» jurídico más bajo en la jerarquía del Estado caudillista construida sobre la desigualdad, sino que desde la promulgación de las leyes de Nuremberg, su «liquidación legal» fue superada progresivamente por la opresión y el terror policíaco y administrativo [42].

La privación de todo derecho se vio acompañada de una general proscripción por parte de la población. Aldeas y ciudades rivalizaban en quedar «limpias de judíos» y en tal sentido abundaban carteles como «no se admiten judíos», «prohibido bañarse a perros y judíos», «peligro de muerte para los judíos en este pueblo». En esta atmósfera hostil, privados del libre ejercicio de su profesión y sumidos en la constante amenaza del contacto con «arios», los judíos alemanes con la legislación de Nuremberg, de manifiesta intención biológica y

[42] Documentación en Hans Mommsen, «Der nazionalsozialistische Polizeistaat und die Judenverfolgung von 1938», en *VfZG, 10,* p. 68. Helmuth Krausnick, «Judenverfolgung», en *Anatomie des SS-Staates,* t. II, p. 310.

sexual, se hallaban en una situación que «preparaba psicológicamente la ulterior campaña de persecución del partido»[43]. Al igual que en el caso de su política expansionista, Hitler manifestó en 1935 sus verdaderas intenciones a un círculo de allegados íntimos: «Que salgan de todas las profesiones. Que vayan al 'ghetto', a un territorio donde puedan arreglárselas a su modo, mientras que el pueblo alemán les contempla como a animales salvajes.» El 29 de abril de 1937 se expresó Hitler una vez más respecto a las futuras consecuencias ante un grupo de jefes provinciales del partido. La meta final está ya fijada; se trata de alcanzarla paso a paso, según lo aconseje la situación táctica: «Yo no digo 'lucha' porque quiera luchar. Yo digo (gritando) 'quiero aniquilarte'. Y ahora, astucia, ayúdame a llevarle al rincón donde no pueda ya moverse y reciba el golpe en el corazón.»

Se expresaba así de modo ejemplar la relación entre táctica y objetivo, determinante del régimen tanto en política interior como exterior. Sin embargo, el disfraz pseudolegal no pudo encubrir aquí sus objetivos con la misma perfección que en otros sectores. Los alemanes no pueden invocar ni «ignorancia» ni engaño para descargarse de culpabilidad en la política practicada con los judíos. La discriminación política, jurídica y moral de los judíos era un hecho que saltaba a la vista día a día y sus últimas consecuencias: la deportación y el exterminio eran sólo cuestión de momento y oportunidad. Poco modificó la situación el hecho de que, por ejemplo, durante la Olimpíada de Berlín (1936), que tanto contribuyó al prestigio del Tercer Reich, se tuvieran ciertas consideraciones. Ya en 1938 los judíos se encontraban casi completamente marginados de la vida alemana por una interminable serie de privaciones de derechos tanto en el plano personal como en el profesional. Habían sido desplazados ya de la administración pública, así como de hospitales, farmacias, hoteles, escuelas, universidades y de toda protección estatal o fiscal. La ininterrumpida serie de disposiciones que entre 1935 y 1938 acompañaron a las leyes de Nuremberg constituye un nutrido catálogo de la más amplia discriminación. Más todavía: a partir de 1938 todo judío debía contar con su correspondiente documento de identificación, estando obligado además a adoptar públicamente los nombres estereotipados de Sara e Israel. Los judíos acabaron por convertirse en fácil presa después de que se iniciaran operaciones como la de la famosa «noche de cristal del Reich», irónico eufemismo de la espantosa realidad perpetrada la noche del 9 al 10 de noviembre de 1938 con ocasión del decimoquinto aniversario del golpe de

[43] Krausnick, *Judenverfolgung, op. cit.*, p. 324.

Estado de Hitler. Ello inauguró una nueva escalada de la política practicada con los judíos.

El objetivo de tales acciones era triple: atizar más aún el clima psicológico de lucha, eliminar a los judíos de la esfera económica, último reducto de una actividad restringida, y nutrir las cajas del Estado, un tanto exhaustas por la preparación de la guerra. Estos condicionamientos materiales pudieron comprobarse ya antes al practicarse la «arificación» de numerosas empresas, que a menudo equivalió a una expropiación. Se imponían penas de prisión y multa a aquellos «arios» que trataban de ayudar a judíos, simulando adueñarse de sus negocios. A partir de abril de 1938 era obligatorio notificar todo patrimonio judío, que quedaban a disposición de Göring, jefe de la economía de guerra. La señal para el comienzo de la gran operación ocurrió el 7 de noviembre de 1938 con ocasión del atentado perpetrado por un joven judío, de diecisiete años de edad (Herschel Grünspan), contra von Rath, funcionario de la Embajada alemana en París. Se sucedieron entonces grandes campañas de propaganda, aparatosas ceremonias en escuelas y empresas, acompañadas por los compases fúnebres de la sinfonía «Heroica» que culminaron en un frenético discurso difamatorio de Goebbels, pronunciado el 9 de noviembre en Munich. Con ello se desencadenaba, bajo formas pseudoespontáneas, la operación planeada con anterioridad, que el Tribunal Supremo del Partido comentaría después con el mayor cinismo: todos los jefes presentes habían interpretado a Goebbels en el sentido de que el partido no debía aparecer hacia afuera como autor de las manifestaciones callejeras, pero en realidad había de organizarlas y ejecutarlas [44].

Estas «manifestaciones» de las pandillas de la SA y del partido destruyeron en aquella noche de barbarie casi todas la sinagogas y más de 7.000 comercios judíos. La verdadera finalidad pudo descubrirse también cuando, encima de lo ocurrido, se obligó a los judíos a reparar daños y pagar una multa de más de mil millones de marcos y se ordenaba la incautación de las indemnizaciones recibidas de las compañías de seguros. Los vandálicos ejecutores de la operación, incluidos los asesinos de casi un centenar de judíos, fueron absueltos, a no ser que hubieran incurrido en el delito de «deshonor racial» (!) o quebrantado la «disciplina». A tenor del fallo del Tribunal del partido, supieron «llevar a la práctica la voluntad, certeramente interpretada, de los mandos», lo mismo que ocurriría un año después con la serie de asesinatos de la policía y de las SS. Por su parte,

[44] *Nürnberger Dokumente,* PS-3063 (t. XXXII, p. 20). Cf. Lionel Kochan, *Pogrom 10 November 1938.* Londres, 1957, p. 50.

las SS se dedicaron con menos ruido a la detención de casi 35.000 judíos «acomodados», obligados a emigrar (sin fortuna alguna) tras su internamiento en campos de concentración. Aquella barbarie fue todo menos espontánea; ciertamente, fue desaprobada por la mayoría de los alemanes, como informara entonces el encargado de Negocios británico [45]. Pero ni el gobierno británico, ni el francés sacaron las oportunas consecuencias; cuatro semanas después París firmaba un tratado de amistad con Ribbentrop. Las consecuencias las sacó Göring en una junta de todos los ministros afectados al declarar que Hitler le había encomendado «centralizar ahora los pasos decisivos» en relación con el problema judío [46]. La deportación, los «ghettos», la arificación fueron otras tantas medidas, que harían del terror antijudío parte integrante del plan cuatrienal.

Siguieron otras muchas disposiciones discriminatorias, que acabaron con los últimos residuos de derechos profesionales y patrimoniales; se les prohibió la entrada en teatros, conciertos, museos, campos de deportes y casas de baños, la posesión de oro, plata, piedras preciosas, radios y teléfonos, reunirse en «casas de judíos» y se les imponían trabajos forzosos. El periódico de las SS, *Schwarzes Korps*, se apresuró a profetizar las consecuencias, en su edición del 24 de noviembre de 1938, al anunciar el exterminio «a sangre y fuego» «el verdadero y definitivo final de los judíos en Alemania, así como su total liquidación». Igualmente, en sus declaraciones sobre el botín recogido (12 de noviembre de 1938), Göring manifestó abiertamente (lo que ya había sido anunciado por el mismo Hitler un año antes en sus conversaciones recogidas en el protocolo de Hossbach) que, en caso de guerra, habrá que pensar «en primer lugar» en pasar una buena cuenta a los judíos [47]. Apenas dos semanas después, el 24 de noviembre, Hitler manifestaba abiertamente a un ministro sudafricano que «el problema sería solucionado en plazo muy breve, ya que tal era su voluntad inquebrantable» [48]. Como al mismo tiempo exigía que los judíos desapareciesen del mapa europeo, con ello se negaba a colaborar en cualquier razonable reubicación, y hacía del antisemitismo la idea más importante del nacionalsocialismo.

Por todo esto parece, pues, dudoso que tuvieran ninguna probabilidad de éxito los planes de reubicación —es decir, deportación— como alternativa a la sistemática aniquilación de los judíos, aun cuando existieran algunos indicios al respecto: por ejemplo, la «Central de Emigración Judía» en Viena, minuciosamente organizada

[45] *Documents on British Foreign Policy*. Second Series, t. III, p. 277.
[46] *Nürnberger Dokumente*, t. XXVIII, p. 499.
[47] *Idem*, p. 537.
[48] *Akten der deutschen Auswärtigen Politik*. Serie D, t. IV, p. 291.

desde 1938 por Adolf Eichmann, combinación de pillaje, extorsión y deportación, o el plan Madagascar, esgrimido en distintas ocasiones hasta 1940-41. Desde finales de 1938 se entablaron unas negociaciones lentísimas con el Comité Interestatal para los Problemas de los Fugitivos. En realidad, interesaban menos las personas afectadas que las cuestiones relacionadas con propiedades y divisas. Entretanto, se multiplicaban las declaraciones de Hitler acerca de una «solución» radical del problema judío. Así, el 21 de enero de 1939, declaraba al ministro checoslovaco de Asuntos Exteriores: «Entre nosotros se acabaría aniquilando a los judíos», «vengándonos» del 9 de noviembre de 1918. El 30 de enero de 1939 declaraba públicamente ante el Parlamento que una nueva guerra comportaría «el exterminio de la raza judía en Europa». La «Central del Reich para la Emigración Judía», creada en Berlín en febrero de 1939, constituyó en realidad la pieza clave para la solución radical del problema. Dependía de Heydrich, jefe de la Policía de Seguridad, y el jefe efectivo fue primero Heinrich Müller, jefe de sección de la Gestapo y alto jefe de las SS, y a partir de octubre de 1939 Eichmann (que, al igual que en Viena, había puesto en marcha otra Central en Praga después de la ocupación).

Así, la política en el problema de los judíos quedó en manos del poder policíaco de las SS. En un principio, se aceleró el proceso de expulsión, de acuerdo con el desarrollo de la política exterior y belicista. Puesto que el extranjero se resistía a la admisión de judíos completamente desprovistos de fortuna, a los que se negaba además toda transferencia de divisas, se pensó durante algún tiempo en crear una reserva territorial para los judíos. Salió al paso una circular del Ministerio de Asuntos Exteriores de 25 de junio de 1939, en la que se explicaba a todas las misiones alemanas en el extranjero, en un estilo brutal, la política de evacuación judía, pronunciándose al mismo tiempo en contra del fortalecimiento de un Estado judío en Palestina. El objetivo perseguido era más bien promover la escisión «del judaísmo mundial» y reforzar el antisemitismo en todos los países a los que ahora acudían los empobrecidos judíos[49]. Finalmente, la guerra liberó al régimen de todas las consideraciones de tipo táctico, allanando el camino para una solución radical. Al igual que en Austria y Checoslovaquia, los grupos de asalto de la policía y de las SS penetraron también en Polonia detrás del Ejército con el fin de preparar aquella solución y ejecutarla sin consideración alguna. Todavía contaba el Ejército con algún control. Pero pronto se mostró impotente frente a las instrucciones de Himmler y Heydrich,

[49] Para más detalles, cf. Krausnick, *Judenverfolgung*, *op. cit.*, p. 344.

quienes en caso de duda siempre podían recurrir a Hitler. Asimismo las unidades armadas de las SS, cada vez más nutridas, e incluso sectores del Ejército participaron en los excesos cometidos contra Polonia y los judíos, que fueron progresivamente en aumento, desembocando a finales de septiembre de 1939 en fusilamientos en masa.

La siguiente etapa de esta política podía resumirse en: deportación general e internamiento en «ghettos». Heydrich declaró, en carta urgente enviada a los jefes de grupos de asalto el 21 de septiembre de 1939, que tal política respondía a la voluntad de Hitler. No cabía duda de que éste era el camino para la aniquilación de los judíos. Algunas unidades de las SS prefirieron, sin embargo, una solución más sencilla que la deportación con todas sus molestias: simplemente se liquidaba a la víctima alegando que «se disparó sobre ella al intentar la fuga». Heydrich, por otra parte, consideró los «ghettos» como «condición previa» para el objetivo final y «rigurosamente secreto», que «requiere un plazo mayor» [50]. En una Polonia con su población diezmada, aparecía ahora el problema de millones de judíos. La expulsión creaba el de la enorme aglomeración de deportados; el objetivo final llevaba a la solución final: el genocidio.

Estaba condenado al fracaso cualquier intento de nacionalizar la persecución de judíos, viéndola como un simple medio de movilización de la gente o en función de la comunidad militante y popular del Tercer Reich. Ni antes ni después de 1939 puede explicarse únicamente a base de criterios maquiavélicos o de política realista. Sin embargo, no se tomó en serio la obsesión ideológica del régimen; se vio en todo ello un mero accidente, en tanto que se subestimaba el carácter revolucionario y totalitario de un orden autoritario, que contaba con las simpatías de la mayoría de los alemanes desde que «fracasara» la República de Weimar. La conformidad con el régimen se basaba en la general nostalgia por el Estado fuerte, de la que tanto se abusaba; se basó también en la propaganda y la coacción, aparentemente justificadas por los éxitos recogidos en política interior y exterior; finalmente, se apoyó en la ideología de la guerra, fatalizada como autoafirmación nacional frente a un «mundo de enemigos». Ante estos argumentos demasiadas personas se olvidaron de las persecuciones y de la privación de derechos. Pudo más la voluntad de aclamar y aprobarlo todo y de prestar una obediencia casi militar a la autoridad establecida. Aquí —no sólo en la existencia del terror y de la coerción— es donde debe encuadrarse desde un principio la problemática de una oposición alemana contra el régimen de Hitler

[50] *Nürnberger Dokumente,* PS-3363.

La izquierda y los problemas de la oposición

La toma pseudolegal del poder por los nacionalsocialistas sitúa en un nuevo plano la vieja cuestión del enfrentamiento a la tiranía. La oposición contra un Estado, que —a través de decretos presidenciales de emergencia, autorización parlamentaria y movilización plebiscitaria de la nación— había acabado, de forma aparentemente legal, en manos de un solo partido, tenía naturalmente que contar con mayores y diferentes dificultades que la clásica resistencia frente a un golpe de Estado por la fuerza o a una clara usurpación. Precisamente, la finalidad de las tesis nacionalistas, tan ampliamente aceptadas, acerca de la «revolución legal», era el confundir los espíritus y debilitar a cualquier enemigo potencial. Todo esto repercutía, naturalmente, en el carácter y restaba posibilidades de una oposición contra un régimen, que en tan corto plazo y a base de manipulaciones pseudodemocráticas había logrado un amplio dominio de la sociedad y del Estado. Es preciso añadir la ausencia de los supuestos sociales e intelectuales, que hubieran podido formar una clara opinión y elaborar criterios de importancia frente al fenómeno de la conquista del poder por los nacionalsocialistas. A diferencia de lo que pudiera ocurrir en Occidente, la vieja tradición del derecho de resistencia frente al poder tiránico fue relegada a un segundo plano por la moderna idea alemana del Estado (después de 1848) y superada por la estructura burocrática del Estado autoritario. Esta circunstancia se evidencia de modo especial en el problema del juramento ante Hitler [51].

Sobre este fondo de condiciones específicas del Estado autoritario alemán han de situarse los errores de apreciación que tanto paralizaron la posible oposición contra la toma del poder por el nacionalsocialismo. También agudos observadores extranjeros, como Curzio Malaparte o Harold Laski, opinaron en 1932 que Hitler, un fracasado golpista, no jugaba limpio con su táctica legalista, pero que tampoco tenía posibilidades de implantar una dictadura ilimitada. Esta misma ilusión retornó en las equivocaciones de la política exterior del «apaciguamiento». Para el resto de los políticos y de los partidos el problema básico en 1933 era el de en qué medida podrían influir o, incluso, dirigir a los nuevos dueños del poder y en qué forma habría de practicarse una oposición, ineludible por principio. La misma problemática se refleja en las ilusiones de los sin-

[51] Gerhard Schulz, «Über Entscheidungen und Formen des politischen Widerstandes in Deutschland», en *Faktoren der politischen Entscheidung*. Berlín, 1963, p. 73.

dicatos, la excesiva espera del SPD —repetición del equivocado comportamiento del 20 de julio de 1932—, la infructuosa adaptación de los partidos del centro y la retirada del KPD. Pero con ello se desaprovechó la ocasión que todavía brindaban las viejas posiciones de poder. Sólo a lo largo de la disolución de los partidos y de la pérdida de posiciones políticas fueron formándose centros dispersos de oposición, aunque también frenados por la creencia de que Hitler acabaría por desgastarse pronto; era preciso, únicamente, resistir un breve período de opresión.

Pueden apreciarse diversos núcleos de oposición contra el nacionalsocialismo o contra determinados aspectos de su régimen; aparecieron en diferentes momentos, en diferente grado y con diferentes métodos y objetivos. Es preciso destacar, por un lado, a los tradicionales adversarios políticos del nacionalsocialismo, es decir, a la izquierda; por otro, a los desilusionados conservadores. Esta oposición se vio reforzada por elementos de las Iglesias, así como por algunos disidentes solitarios procedentes del aparato estatal o de la economía. Finalmente, en 1938 y de nuevo desde 1942 los militares ocuparon un lugar destacado en los planes y acciones de la resistencia.

Una evaluación de la misma es harto difícil y discutible, porque pueden aplicarse al respecto criterios muy heterogéneos. En efecto, habrá que preguntarse si el principal peso específico lo atribuimos a los motivos, a las probabilidades de éxito o a los objetivos políticos. De ello depende la manera como se juzgue a la oposición —izquierdista, burguesa, eclesiástica, conservadora y militar—, sus relaciones entre sí y su táctica frente al régimen.

La discusión hasta ahora sobre el particular padece las limitaciones impuestas «a posteriori» a la historia de la oposición por diversas consideraciones políticas, sociales e ideológicas. Hasta el presente se destacan cuatro grandes interpretaciones. Es preciso mencionar, en primer lugar los dos puntos de vista extremos, que excluyen, bien (1) la oposición comunista (como «traición a la patria»)[52], bien (2) el mosaico conservador y militar (como simple desviación del régimen)[53]. Tales limitaciones anticomunistas o procomunistas del concepto «oposición» deben rechazarse por su carácter ahistórico. Para el mando nacionalsocialista y sus totalitarias pretensiones de dominación, ambas manifestaciones de la oposición constituían una ame-

[52] Por ejemplo: Fabian von Schlabrendorff desde la segunda edición (todavía no en la primera) de su libro, *Offiziere gegen Hitler*. Zürich, 1950.

[53] Por ejemplo, casi toda la literatura de la RDA. Constituyen cierta excepción: Kurt Finker, *Stauffenberg und der 20. Juli 1944*. Berlín, 1967. Así como el libro ruso de Daniil Melnikow, *20. Juli 1944, Legende und Wirklichkeit*. Berlín, 1966.

naza. Se hizo evidente que, tras la definitiva institucionalización del régimen, apenas podía ser derrocado sin la participación de las fuerzas armadas. Sin embargo, esto no justificaría tampoco (3) limitarse a la oposición militar, que brilló por su ausencia en la primera mitad del Tercer Reich y que incluso desde 1938 sólo puede presentarse relacionándola con las fuerzas políticas de la oposición.

La tesis (4) de que en las Iglesias surgió un movimiento popular contra el nacionalsocialismo y que la Iglesia Católica formó un compacto bloque de la oposición[54] es tan discutible como la antítesis que afirma la existencia de un movimiento comunista de masas contra Hitler. La oposición de la Iglesia —altamente significativa, aunque con muchos matices— era sin duda alguna también un fenómeno político; sin embargo, sólo un reducido número de sus representantes rebasó el marco de la mera defensa de posiciones e intereses propios para constituir una auténtica oposición política. Por otra parte, la crítica, objetivamente certera, de las ilusiones conservadoras y de los planes del Círculo de Kreisau, por ejemplo, suelen olvidar que en ninguna fase del Tercer Reich pareció posible un sublevación popular, y que un derrocamiento del régimen desde arriba —tal como, finalmente, se intentara el 20 de julio de 1944— presuponía una serie de contactos con el aparato estatal y diversos sectores del «establishment». Con ello no se pretende negar o subestimar los aspectos morales o la problemática social e intelectual de tales tentativas. Sin embargo, un análisis político deberá considerar, en primer lugar, los fenómenos reales, las condiciones, problemas y limitaciones de la oposición, en la medida en que eran importantes para la realidad del sistema totalitario del nacionalsocialismo.

En ninguna fase del Tercer Reich puede hablarse de un movimiento unitario de oposición. El mosaico de fuerzas políticas e intelectuales, que más tarde o más temprano supieron sustraerse a la unificación nacionalsocialista y hasta oponerse a ella, estableció en ciertos momentos decisivos mayores contactos. Sin embargo, fueron siempre grandes las diferencias de planes y de conducta, reapareciendo de forma muy concreta después de desaparecido el régimen. En todo caso, las proporciones de la oposición interna antes de la guerra fueron mucho mayores de lo que dejaba traslucir al exterior la propaganda dirigida y monolítica del nacionalsocialismo. Decenas de miles de personas fueron detenidas y permanecieron en las cárceles, y millares fueron ejecutadas por su oposición activa. Aun prescindiendo de las persecuciones en masa realizadas al margen de

[54] En tal sentido: Gerhard Ritter, *Carl Goerdeler und die deutsche Widerstandsbewegung*. Stuttgart, 1954. Además, Johannes Neuhäusler, *Kreuz und Hakenkreuz*. Munich, 1946, y la mayor parte de la literatura católica.

la Administración de Justicia, no se pueden reducir tanto los efectivos de la oposición como lo ha hecho, naturalmente, la propaganda nacionalsocialista; los propios informes secretos de la Gestapo ofrecen un cuadro muy diferente. Sin embargo, había un gran trecho desde el no-conformismo de muchos —que, dadas las circunstancias totalitarias del momento, reviste sin duda significado político— hasta la oposición activa, pasando por la desobediencia.

Los apoyos y los obstáculos de la oposición pudieron evidenciarse sobre todos en la conducta misma de los partidos no nacionalsocialistas. Su fracaso al término de la República de Weimar marcaba al mismo tiempo sus puntos débiles ante las pretensiones del nuevo régimen. Ya en marzo de 1933 se encontraba en manos de éste un gran número de posiciones de poder: los gobiernos regionales y los municipios, los sindicatos y las asociaciones de empresarios conservaban los viejos cuadros del 30 de enero e incluso tras las elecciones de marzo los nacionalsocialistas no pudieron conseguir la mayoría. Sin embargo, ya podía apreciarse lo difícil que era desde tales posiciones un auténtico control del nuevo régimen o una efectiva oposición mientras siguieran en pie las ficciones de la «legalidad». Más aún: la mayoría no nacionalsocialista se encontraba profundamente escindida, era cualquier cosa menos una mayoría prodemocrática o, al menos, antidictatorial. Y esto era aplicable tanto a los partidos como al electorado.

La derecha —bien parte integrante de la coalición con Hitler, bien partidaria de una transformación autoritaria de la República— no contaba con base política alguna para crear una oposición amplia. La restauración monárquica nunca fue una auténtica alternativa, sobre todo después de que se vieran frustradas las esperanzas puestas en Hindenburg. Y para la solución dictatorial, tan popular en círculos de derecha, el régimen nacionalsocialista ofrecía el ejemplo más consecuente y eficaz. Ciertamente, la derecha fue la primera en acoger con ciertas reservas el ascenso del NSDAP. En efecto, se sentía ya la competencia y no dejaba de registrarse con desagrado el estilo vulgar con el que los nacionalsocialistas iban adelantándose a los defensores de una reestructuración autoritaria y restauradora del Estado de Weimar. Con todo, pese a algún que otro conflicto o escisión, el bloque de la derecha, presidido por el obstinado Hugenberg, colaboró con los nacionalsocialistas hasta que fue demasiado tarde.

Entre los partidos centristas los liberales se convirtieron en insignificante minoría, en tanto que el partido del centro, exteriormente muy estable, se vio progresivamente paralizado tras la labor de aproximación del catolicismo al nuevo régimen. El alejamiento de

la burguesía liberal con respecto a la República favoreció, ya antes de 1933, menos al partido germano-nacional que a los nacionalsocialistas. En vista de esta evolución, fueron perdiendo valor todas las posiciones formales de poder mantenidas todavía por el Partido Estatal y el Partido Populista (DVP) en los distintos *Länder* y asociaciones. Las «limpias» practicadas en marzo y abril de 1933 hicieron el resto de la labor; muy pocos se atrevieron a distanciarse claramente del nacionalsocialismo; teniendo en cuenta el tan conjurado «peligro marxista», se consideró el nuevo régimen como un mal menor. Este argumento tuvo un gran peso tanto para el Partido del Centro como para las Iglesias.

La izquierda política se encontraba también escindida y paralizada. Desde el golpe de Estado de Papen (1932) el SPD, el mayor partido democrático, se encontraba en retirada. De la crítica a un legalismo inocuo y la dimisión de los dirigentes socialdemócratas surgió, finalmente, la llama de la oposición, que colocó al frente de los grupos subversivos activos a una joven figura de los diputados del SPD en el Parlamento, Julius Leber, nacido en 1891. Entre las ruinas de un partido desgarrado se formaron varios grupos de oposición, que trataron de activar un frente antifascista de la izquierda, que superase las divergencias con los comunistas. En tanto que los dirigentes sindicales dudaban largo tiempo de la eficacia de su arma más efectiva: la huelga en medio del paro masivo existente, fracasaba también la idea de un frente único de izquierda para el momento oportuno; y fracasó por los mutuos recelos, por las profundas diferencias de objetivos y sobre todo por la catastrófica táctica del mando comunista, que esperaba beneficiarse del fracaso de la democracia, procurando acelerarlo en la medida de lo posible. Es verdad que el KPD sostuvo enconadas luchas callejeras contra el NSDAP, pero con harta frecuencia su labor de destrucción de la República favoreció a los extremistas de la derecha, al mismo tiempo que atacaban a los socialdemócratas tachándolos de «socialfascistas». No es, pues, de extrañar que la alternativa comunista a la dictadura nacionalsocialista invitara muy poco a la formación de un frente unido de acuerdo con las demandas socialdemócratas de defender el Estado democrático de derecho.

Y, sin embargo, es una realidad que —con anterioridad a todas las formas tardías de la oposición de cuño eclesiástico, militar y conservador— la primera resistencia fue protagonizada por aquéllos que «primero y mejor sufrieran (el terror del régimen nacionalsocialista), y que al mismo tiempo fueron considerados por él como sus más peligrosos adversarios: las organizaciones del movimiento obre-

ro»[55]. Naturalmente, esta oposición es difícil de entender. En la mayoría de los casos se la enfoca de un modo global refiriéndola a la persecución de la izquierda o a las actividades de los emigrantes, mientras que una exposición completa de la misma, tan extendida como anónima, cuenta con el inconveniente de las fuentes de información. Bajo un régimen totalitario, la labor de conspiración de los grupos izquierdistas debía permanecer soterrada en la ilegalidad y el anonimato; por lo mismo, sus testimonios son más escasos y menos elocuentes que los planes y documentos de la oposición conservadora y burguesa. Numerosos procesos reflejan la amplitud y continuidad de esta «rebelión silenciosa»[56], pero con ellos sólo se obtiene un cuadro deformado de lo que la «jurisprudencia» dirigida del nacionalsocialismo pretendía que era oposición marxista, y cuya persecución en muchos casos rebasó a la Justicia, para llegar a los campos de concentración.

Se comprende, pues, que siga discutiéndose sobre el alcance o las formas de la oposición izquierdista. El 22 de junio de 1933 el SPD fue definitivamente deshecho. Pese a que, como consecuencia de la táctica legalista del mando del SPD, fracasara el intento de organizar oportunamente un movimiento subversivo y sus defensores emigraran (Erich Rinner, Curt Geyer) o fueran detenidos (Kurt Schumacher), un comité de acción ilegal trató durante algún tiempo (del verano de 1933 al otoño de 1934) de mantener contacto por medio de enviados especiales con grupos dispersos y, al mismo tiempo, con la dirección del partido, emigrada a Praga. Inexperta y a menudo «diletante», aunque llena de espíritu de sacrificio en un medio hostil dentro de su propio país, la oposición trató de encontrar métodos apropiados para hacer frente al desafío de un régimen totalitario. Fueron muy diferentes la táctica y los objetivos de tan dispersos grupos. Unos, recordando los tiempos de las leyes del socialismo, esperaban salvar los restos de la organización tras un breve intermedio nacionalsocialista; otros, observando el fracaso de sus propios dirigentes y la estabilización del régimen, mantenían la convicción de que únicamente un nuevo movimiento obrero, configurado en la ilegalidad, podría enfrentarse a la nueva amenaza de las dictaduras fascistas.

Sobre todo, fueron los jóvenes socialdemócratas, quienes entendieron la oposición contra el nacionalsocialismo como una rebelión

[55] H. J. Reichhardt, «Möglichkeiten und Grenzen des Widerstandes der Arbeiterbewegung», en *Der deutsche Widerstand gegen Hitler*. Colonia, 1966, p. 169.

[56] Cf. el libro de igual título de G. Weisenborn, *Der lautlose Aufstand*. Hamburgo, 1953.

contra el fracaso de sus viejos dirigentes propios, como una renovación y modernización del socialismo. De este modo, los principales grupos de las juventudes socialistas obreras y las organizaciones de estudiantes y escolares vieron salir de sus filas núcleos de oposición, tales como el «Rote Stosstrupp» (Fuerza Roja de choque, Berlín) o el «Sozialistische Front» (Frente Socialista, Hannover), que, al menos por su denominación, querían ser algo nuevo, fijando sus metas a base de la experiencia del fracaso del viejo SPD. Al primero de estos grupos, que desplegó una intensa actividad publicitaria, pertenecían a finales de 1933 unos 3.000 socialdemócratas, organizados en grupos de cinco personas. En lugar de la fracasada política del SPD y del KPD se postuló aquí ya en junio de 1933 una «completa reorientación sobre bases revolucionarias», dirigida por una organización ilegal fundada en la disciplina más severa» [57]. Es preciso añadir el grupo llamado «Neu Beginnen» (Volver a empezar), en el que convergieron desde 1932 los críticos del rumbo seguido por el KPD y el SPD; fue un grupo más consecuente con su programa, que impulsó una reestructuración del dividido movimiento obrero en las nuevas circunstancias de la lucha ilegal contra el nacionalsocialismo. Parecían sentarse aquí las bases, ciertamente modestas, para un entendimiento entre los socialistas de distintas tendencias. Hasta 1938 este grupo trabajó en favor de una política de frente popular; tras una serie de roces y conflictos con las organizaciones del partido y numerosas detenciones, la condena de muchos de sus dirigentes por el Tribunal del Pueblo (Fritz Erler, Hermann Brill, Otto Brass, Kurt Schmidt) puso también a esta tentativa un violento punto final.

Ya a finales de 1933 una gran oleada de detenciones había aniquilado muchos núcleos socialdemócratas tradicionales de oposición. Sin embargo, siguieron en pie numerosos grupos (por ejemplo, el ISK o Liga de Combate Internacional Socialista sobrevivió hasta 1937-38) y enlaces muy diversos que operaban con mayor experiencia y cautela y a más largo plazo, a medida que se derrumbaban las esperanzas en un rápido final del régimen. La serie de periódicos y folletos —introducidos desde Praga *(Neuer Vorwärts)* o impresos dentro del país— daban prueba hasta 1934 de que seguía existiendo el partido. Gracias a los numerosos mensajeros y despachos montados en puntos fronterizos pudo mantenerse el contacto con el exterior. Pero la progresiva consolidación del régimen intensificó también el control y la persecución. Con la aparición en escena del Estado de las SS la «Gestapo» no sólo perfeccionó desde 1935-36

[57] H. J. Reichhardt, *Widerstand, op. cit.*, p. 179.

la observación y destrucción de aquellas organizaciones, sino que supo impedir cada vez con mayor eficacia la contrapropaganda ilegal. Un nutrido aparato de espías paralizó toda actividad importante de la oposición, tanto más cuanto que el régimen contaba con la gran masa de la población en un período de éxitos exteriores. A partir de 1936 tan sólo quedó la sacrificada resistencia interior de personas o grupos aislados, la ayuda al perseguido político, el contacto de amigos con el fin de intercambiar información y afianzar la propia postura para sobrevivir a un régimen, que evidentemente sólo podía ser derrocado desde fuera. Un informe de la «Gestapo» de 1937 da cuenta de que se ha eliminado a las grandes organizaciones ilegales pero se queja de la rápida y amplia difusión de una eficiente propaganda, basada en el rumor, contra el régimen, que viene fomentada especialmente por «muchos ex-funcionarios de partidos y sindicatos que ahora son viajantes o representantes de comercio» [58]. Con todo, tras las duras experiencias de aquellos años —detenciones y persecución— sufridas especialmente por los más activos impulsores de la oposición fue imponiéndose la convicción de que la resistencia sólo podría ser realista en cooperación con quienes tuvieran acceso al poder estatal. De este modo se inició desde 1938 una serie de contactos con la oposición burguesa y militar que, tan pronto optimistas como pesimistas, buscaban derrocar al régimen mediante un golpe de Estado y formar un gobierno amplio, que incluyera desde la izquierda hasta la derecha.

Con ello se abandonaron los intentos del primer momento encaminados a la movilización de un frente único de socialistas y comunistas, para combatir la dictadura nacionalsocialista, enraizada en el sistema capitalista y apoyada por burgueses y conservadores. Sin embargo, hasta en la misma emigración sólo parcial y temporalmente pudo conseguirse aquel frente. El mutuo recelo y las oscilaciones de los comunistas fueron un permanente obstáculo, y sobre todo naturalmente el pacto Stalin-Hitler de 1939, que puso en una absurda situación a los comunistas residentes en el exilio o en los países ocupados o amenazados por el nacionalsocialismo. Pareció comprobarse definitivamente que la oposición comunista no ofrecía una auténtica alternativa a la dictadura fascista. Con este criterio lo mismo podía decirse de la oposición de la derecha —en otro tiempo abiertamente antidemocrática—, cuyas ideas políticas seguían presentando rasgos autoritarios.

Naturalmente, es indiscutible que en todos los países, incluida

[58] G. Weisenborn, *op. cit.*, p. 153. Werner Link, *Die Geschichte des Internationalen Jugend-Bundes und des Internationalen Sozialistischen Kampf-Bundes*. Meisenheim, 1964, p. 173.

Alemania, los comunistas soportaron una gran parte de la carga de la resistencia; pero muchos de ellos se vieron en una trágica situación por el cambio de rumbo de los soviets. Esto pudo observarse ya en 1933, cuando el KPD —apenas preparado y, al igual que el SPD, víctima de una falsa apreciación del nuevo régimen— hubo de encajar el desmontaje de su organización. Su permanencia en la ilegalidad no fue menos sacrificada, aunque el partido disponía de una mayor experiencia en lo que a prohibiciones y persecuciones se refiere. Los choques sangrientos de las primeras semanas y la acción propagandista contra el fascismo no se vieron acompañados por un levantamiento revolucionario ni por una silenciosa transición a la ilegalidad. Abandonado a su suerte por la vacilante política soviética, el KPD sucumbió ante la brutal intervención de los nacionalsocialistas, que, aquí más que en ningún otro tema, eran conscientes de coincidir con sus simpatizantes conservadores, burgueses y eclesiásticos.

La consigna del frente único, desmentida por el curso seguido antes de 1933 por el Partido Comunista, no se vio acompañada por el éxito, pese a toda su ruidosa publicidad. Al incendio del Parlamento siguieron detenciones en masa, para cuya justificación la policía política disponía ya de los resultados de numerosas pesquisas realizadas desde 1931. Una vez más se puso de manifiesto la superior eficiencia del nuevo régimen frente al aparato centralizado y burocratizado del KPD. A todo ello vino a añadirse, tras la detención de Ernst Thälmann, una serie de conflictos entre los dirigentes y hasta la recíproca delación, circunstancias que prosiguieron durante mucho tiempo en la emigración hasta terminar con la victoria de Walter Ulbricht, un incondicional de Moscú. Las declaraciones oficiales reflejaron el desconocimiento fantástico de la situación, así como lo dudoso de las consignas de frente único: por ejemplo, cuando el comité ejecutivo de la Internacional Comunista (1 de abril de 1933) no sólo subestimó la consistencia del régimen nacionalsocialista considerándolo como «fenómeno pasajero», sino que esgrimía incluso argumentos profascistas, al declarar que esta dictadura «destruye en las masas todas sus ilusiones democráticas» y las libera «de la influencia de la socialdemocracia» [59].

Pese a tal desconocimiento de la situación y de los verdaderos frentes, pese a los caóticos conflictos de sus dirigentes y a la pérdida de muchos adeptos, y pese a la traición y a la brutal persecución, miles de comunistas resistieron el terror y la tortura, en un momen-

[59] S. Bahne, «Die KPD», en *Das Ende der Parteien 1933*. Düsseldorf, 1960, p. 731.

to en el que todavía se pensaba muy poco en la oposición, tanto en el interior como en el exterior. Junto a un reducido número de socialdemócratas, fueron ellos los primeros en llenar los campos de concentración, mucho antes de que siguieran igual camino la oposición burguesa y eclesiástica, muchos sin sospechar siquiera que eran «víctimas de la traición de sus propios camaradas, así como de la política nada realista e increíble irresponsabilidad del aparato del partido» [60]. Tras el primer impacto, las convicciones ideológicas y un aparato disciplinado dentro del partido desplegaron una eficaz labor subversiva, que no debe subestimarse, si bien redundó con frecuencia en beneficio de la política de terror y propaganda del régimen, que supo manejar eficientemente el argumento del «peligro bolchevique» junto con el del antisemitismo.

Fieles a la consigna de una revolución proletaria inminente, los comunistas concentraron al principio su actividad en la difusión de escritos ilegales; para ello se dispuso de un considerable número de imprentas (en Berlín solamente, diez). Naturalmente, los llamamientos en favor de huelgas y manifestaciones apenas tuvieron éxito, comportando más bien, ya a finales de 1933, serias pérdidas para la organización clandestina. Asimismo, la tentativa de poner en marcha una organización sindical comunista como base masiva no pudo rebasar los viejos cuadros de la Organización Sindical Revolucionaria (RGO), siendo eliminada antes de 1935 como consecuencia de la oleada de detenciones. Todos los altos dirigentes del KPD habían emigrado ya para el verano de 1933, en tanto que sus segundos se encontraban acosados por una continua persecución. Cada vez resultó más necesario dirigir la lucha desde fuera, lo que agravó más aún el persistente desconocimiento de las verdaderas circunstancias y posibilidades. Sin embargo, las querellas y tensiones entre la oposición de dentro y de fuera del país no impidieron que se reiterasen las tentativas de activar la oposición, lo que supuso nuevas detenciones.

A partir de 1935 volvieron a reforzarse las consignas del frente único; la preferencia por esta táctica, proclamada por el Congreso de la Comintern de Moscú en el verano de 1935, tuvo también sus repercusiones en la línea del partido en Alemania. Este había fracasado siempre en su intento de conseguir la cooperación KPD-SPD, separando a los socialdemócratas de sus dirigentes para conseguir luego el control de la nueva alianza. Sin embargo, ahora las consignas de Moscú hablaban en favor de la unidad de acción y del frente

[60] H. J. Reichhardt, *op. cit.*, p. 187. Cf. Carola Stern: *Walter Ulbricht. Eine politische Biographie.* Colonia-Berlín, 1963, p. 72.

popular. Pero el nuevo rumbo llegaba con tres años de retraso; los contactos mantenidos con los dirigentes socialdemócratas emigrados en Praga (noviembre de 1935) no dieron resultado alguno. Era ya demasiado grande la brecha abierta por el continuo abuso de la consigna del frente único. El bando socialdemócrata desconfiaba, no sin razón, del cambio de rumbo comunista, en el que sólo veía pura táctica sin modificación de los objetivos, y ya no podía contarse con una base de masas después de las graves pérdidas sufridas por la izquierda y de la plena consolidación del sistema totalitario en Alemania. Los sangrientos procesos de Moscú desde agosto de 1936 y, finalmente, el pacto Stalin-Hitler eran poco adecuados para hacer atractiva una alianza con los comunistas como alternativa a la dictadura nacionalsocialista. Por ello, todo se redujo —aparte de algunos contactos esporádicos— a una serie de actividades dislocadas.

Mediante una radical descentralización de su organización y a través de la constitución de células clandestinas en empresas y organizaciones nacionalsocialistas de tipo masivo (por ejemplo, el DAF) —rigurosamente separadas con el fin de eludir el control— el KPD empezó a practicar la «táctica del caballo de Troya», propagada por Dimitrow, secretario general de la Comintern: labor de oposición disfrazada de colaboracionismo, y penetración en posiciones de poder. Fue una táctica que sembró la confusión en el campo de la oposición, dudándose de su verdadera eficacia dado que aquellas células estaban especialmente expuestas a la acción de los espías de la «Gestapo». También estas actividades se vieron afectadas por las oleadas de nuevas persecuciones (1936-37), que terminaron en una larga serie de procesos ante el Tribunal del Pueblo y en otras partes.

En la difícil situación de 1939-41 los grupos comunistas que todavía quedaban, siguieron un curso equívoco: oposición dentro de un reconocimiento de la política soviética del Pacto. Tras la ruptura de 1941, tampoco se obtuvieron grandes resultados de los sacrificados esfuerzos para crear una organización ilegal del partido, para lo que se introdujeron clandestinamente funcionarios de otros países: sobre todo, de Suecia y Holanda. La guerra supuso, al mismo tiempo, un recrudecimiento del control y de la persecución. Los grupos independientes —agolpados en torno a comunistas como Robert Uhrig, Anton Saefkow o Franz Jakob— desplegaron en Berlín una actividad extraordinariamente eficaz, entablando también contactos con otros grupos de oposición de diferentes lugares y diversa orientación: por ejemplo, el círculo de Joseph («Beppo») Römer, que había sido jefe del cuerpo de voluntarios. Al igual que Uhrig, Saefkow, tras abandonar la cárcel y el campo de concentración en 1939, esta-

bleció incansablemente contacto con los grupos de oposición más diversos, organizó propaganda ilegal y laboró en favor de la formación de un amplio frente democrático contra el régimen. Mientras que la organización del partido comunista permaneció en una situación aislada y fragmentaria, no dejaron de tener eficacia sus relaciones con la oposición no comunista. Naturalmente, los contactos establecidos al fin por los socialdemócratas Leber y Reichwein en junio de 1944 con Saefkow y Jakob, no sólo hubieron de terminar en el exterminio de los grupos comunistas (entre los que, al parecer, se encontraban espías), sino que contribuyeron al fracaso y tragedia del 20 de julio.

Hasta el final jugó un importante papel la idea de restablecer la unidad del movimiento obrero mediante una oposición conjunta de la izquierda. Después de 1945, las medidas encaminadas a la creación de bloques y frentes antifascistas en los países de ocupación soviética, invocarían reiteradamente las experiencias y penas sufridas conjuntamente en la lucha contra el nacionalsocialismo. Ahora se realizaba aquella «reunificación», aunque bajo la presión y la coacción de un régimen de ocupación, que, a su vez, reprimía toda oposición. La creación del SED (Partido Socialista Unificado de Alemania) en 1946 evidenció en el caso alemán lo que se escondía antes y después de 1933 tras la consigna del frente único: la pretensión monopolista del comunismo como alternativa única frente al fascismo.

Las Iglesias y la oposición

Se ha visto la debilidad manifiesta de una escindida oposición izquierdista (que contaba con un 10 % de sus antiguos miembros) para poner en marcha un movimiento popular contra el nacionalsocialismo; lo mismo cabe decir, aunque con mayor fuerza, respecto a todos los otros grupos políticos y sociales. Aquí faltaban en absoluto los supuestos para la formación de células ilegales y de una resistencia organizada, bases que existían, en cambio, en la tradición de los partidos de izquierda, especialmente del partido comunista. Pero mientras que con el paso de los años, el campo socialista fue siendo presa de una creciente resignación, después de que fracasaran los intentos de ampliar los grupos ilegales en un movimiento de masas, y quedar solo y en pie la oposición particular de unos pocos en contacto con sus correligionarios aislados, en el bando burgués fueron multiplicándose las tentativas de aprovechar las posiciones de poder —en la sociedad o en el Estado— para fomentar la oposición

y el derrocamiento del régimen. Tales tentativas se realizaron principalmente en tres frentes: la oposición parcial de las Iglesias contra el proceso de unificación, el creciente recelo de los círculos conservadores y liberales frente a la realidad de la dominación nacionalsocialista y, finalmente, la crítica de los militares, ya decepcionados, frente al arriesgado rumbo belicista de Hitler, crítica que fue eficaz por primera vez en la crisis del verano de 1938.

La heterogeneidad de motivos y formas de estos conatos de oposición apenas pueden reducirse a una sola fórmula. La base estaba constituida por las tradiciones liberales y conservadoras, por las ideas religiosas y humanistas. Sin embargo, el impulso decisivo para romper aquella parálisis general, que se adueñó de toda la vida alemana, fue la conciencia sobresaltada que se despertó como consecuencia de la persecución, del terror y del sufrimiento de otros seres humanos. La decisión moral e individual se encargó, por encima del encogimiento y la timidez, de que personas de los más diversos orígenes pasaran del colaboracionismo a la resistencia. El cambio se dio primeramente en la esfera personal en vista de la perentoria tarea de ayudar al perseguido y desvalido de todo derecho. El siguiente paso fue el contacto con individuos animados de los mismos sentimientos y el esclarecimiento de la realidad, ocultada por los tópicos de una propaganda dirigida y monótona. El paso más arriesgado y al que pocos se atrevieron fue el de la conspiración política, el de la organización y planificación de la oposición activa y el establecimiento de contactos con otras personas y grupos de la oposición. A los peligros exteriores es preciso añadir los escrúpulos internos, propios de la mentalidad autoritaria de la burguesía alemana. La decisión había que tomarla en una terrible soledad, en medio de una sociedad de masas. Todo ello significaba una permanente carga, hecha de recelo, silencio, posibles peligros para la familia y amigos, aislamiento de la gran mayoría de sus propios compatriotas. La oposición no podía manejar la orgullosa conciencia del deber patrio, como sería el caso de los movimientos de resistencia protagonizados fuera de las fronteras alemanas. Las Iglesias —que habían logrado sustraerse a una completa unificación— fueron las primeras en ofrecer un cierto respaldo, aunque, naturalmente, esto no ocurrió desde un principio.

El protestantismo registró una evolución manifiestamente complicada y dramática. Buena parte de las jerarquías de su Iglesia, de tendencia más bien conservadora y antirrepublicana, aplaudieron el advenimiento del nuevo régimen. Los mismos nacionalsocialistas destacaron desde el principio el carácter cristiano-nacional de la «revolución». Invocando el programa del partido (artículo 24), se

declaró el «cristianismo positivo» como la base de la lucha contra el ateísmo marxista, y ya antes del asalto al poder se prestó apoyo a un movimiento religioso nacionalsocialista denominado «Cristianos Alemanes», el cual trató de asumir una posición dominante en la Iglesia con ayuda del partido y del Estado. De forma paralela a la unificación estatal, este movimiento promovió en la primavera de 1933: la depuración «racial» y política de la Iglesia; su centralización y orientación conforme al principio caudillista, bajo el mando de un «Obispo del Reich»; la eliminación de todos los organismos parlamentarios del orden eclesiástico; en una palabra, la «unificación de la Iglesia y del Estado»[61]. Este programa de la asamblea de Pascua de los «Cristianos Alemanes» (DC) en 1933, a la que asistieron Göring y Frick, fue impulsado en el curso de las próximas semanas en todas las esferas eclesiásticas.

La nueva tendencia encontró fuera del grupo inicial de los «Cristianos Alemanes» numerosos simpatizantes entre pastores, obispos y teólogos. En mayo de 1933 se libró una enconada lucha en torno a la provisión del cargo de Obispo del Reich. Sin embargo, cuando el candidato de los «Cristianos Alemanes», Ludwig Müller, cura castrense de Koenigsberg (que había ganado Blomberg para la causa de Hitler), fue derrotado por el candidato de la Iglesia, Fritz von Bodelschwingh (Bethel), se anularon las elecciones y se procedió a nombrar un comisario estatal para las Iglesias de Prusia, haciéndose cargo de la dirección eclesiástica unos delegados de los «Cristianos Alemanes». Finalmente, una «disposición para la solución de la crisis en la Iglesia y el Estado» —es decir, siguiendo el estilo de la toma «legal» del poder— puso el mando en manos de Müller. La contienda terminó aparentemente con las elecciones eclesiásticas de finales de julio de 1933; éstas se vieron presididas por la presión masiva de la propaganda y de las amenazas nacionalsocialistas en favor de los «Cristianos Alemanes», que se autodenominaban las «SA de Jesucristo». El resultado fue una victoria amañada de los «Cristianos Alemanes», que ahora invadieron la jerarquía eclesiástica.

En este momento de coordinación externa, acompañada de grotescas protestas de una reforma popular y nacionalsocialista de la doctrina cristiana, la oposición, dispersa en multitud de grupos, pudo manifestarse por fin con mayor claridad. Ya durante la campaña electoral se oyeron demandas de una Iglesia estrictamente confesional «independiente del Estado y de cualquier presión del poder político». El 21 de septiembre de 1933, el pastor de Dahlem, Mar-

[61] *Kirchliches Jahrbuch für die evangelische Kirche in Deutshland 1933-1944,* edit. por Joachim Beckmann. Gütersloh, 1948, p. 13. También Günther van Norden, *Kirche in der Krise.* Düsseldorf, 1963, pp. 17, 34.

tin Niemöller (nacido en 1892) —comandante de submarino en la guerra y hasta hacía poco vinculado al nacionalsocialismo—, dirigió a sus colegas un llamamiento en el que condenaba la conducta de los «Cristianos Alemanes». Requería a todos los pastores para que se unieran con urgencia en la lucha contra la política personalista antijudía en la Iglesia (el llamado «artículo ario») y en una nueva conciencia teológica. Dos semanas antes (7 de septiembre) y en colaboración con Dietrich Bonhoeffer —que en la primavera de 1933 había criticado el principio caudillista y la política judía—, Niemöller difundió una declaración contra el artículo en cuestión de la Ley de la Iglesia del 6 de septiembre. Y en el «sínodo nacional» de Wittenberg, dominado por los «Cristianos Alemanes», que proclamó a Müller «Führer» de la Iglesia con toda la pompa patriótica y en la misma iglesia en que predicó Lutero, la nueva Liga Provisional de Pastores en nombre de dos mil pastores de la oposición proclamó su voluntad de proteger a los perseguidos y defender la fe evangélica contra la coacción y la politización unilateral[62]. La declaración del 27 de septiembre de 1933, difundida valerosamente entre los asistentes al sínodo y clavada en los árboles de las calles, puede considerarse el primer documento importante de una amplia oposición eclesiástica. La Liga Provisional de Pastores, dirigida por un Consejo Fraterno con Niemöller como gerente, comprendía a comienzos de 1934 casi a un tercio del número total de pastores. Posteriormente y pese a presiones externas y conflictos internos, dicha organización llegó a comprender posiblemente entre cuatro y cinco mil pastores. Se respondió a la unificación organizativa y teológica con la constitución de una Iglesia confesional (BK).

Naturalmente, es preciso hacer dos limitaciones. Los acontecimientos indicados tenían un significado político dadas las pretensiones totalitarias del régimen nacionalsocialista; sin embargo, no constituían estrictamente una oposición política en sentido estricto ya que no se atentaba contra las «autoridades» del régimen, limitándose simplemente a salvaguardar la autonomía y la libertad de enseñanza. Por otra parte, en los años subsiguientes se hicieron muy borrosos los frentes, realizándose una serie de concesiones y compromisos, que también limitaron la oposición activa dentro de la Iglesia, cuyas verdaderas proporciones no resultaba fácil apreciar. El resultado fue una especie de armisticio, y sólo unos pocos se alistaron consecuentemente en el movimiento de oposición política. Por otra parte, el régimen tenía muy poco interés en las disputas teológicas, ya de por

[62] Cf. Eberhard Bethge, *Dietrich Bonhoeffer*. Munich, 1967, p. 363. También Bracher-Sauer-Schulz, *op. cit.*, p. 363.

sí suficientemente despreciadas, sobre todo, cuando las mismas contribuían a sembrar la duda y la crítica incluso entre los «Cristianos Alemanes», provocando lo contrario de la pretendida unificación.

Esto es aplicable sobre todo a las demandas radicales de los «Cristianos Alemanes» en favor de una «reforma alemana inspirada en el espíritu del nacionalsocialismo», así como de la eliminación del Viejo Testamento depurando el Nuevo de la teología de la inferioridad y de la expiación del rabino Pablo; se reclamaba también una «depuración de la figura heroica de Jesús —base de un cristianismo conforme con la raza— de toda deformación oriental»: en tales términos se expresaban las conclusiones de una concentración de los «Cristianos Alemanes» en el Palacio de Deportes de Berlín (13 de noviembre de 1933). Una indescifrable confusión de tendencias caracterizó la ulterior evolución, cuyo control pronto se le escapó al débil prelado Müller. Además, declaraciones como la precedente acabaron por precipitar a los «Cristianos Alemanes» en una crisis, ya que a muchos de ellos les parecía intolerable aquella situación. El régimen reaccionó con un decreto-«bozal», que prohibía cualquier declaración en favor o en contra desde el púlpito (4 de enero de 1934). La misma prensa del partido fue retirando progresivamente su primitivo apoyo a una «reforma», que a todas luces había quedado estancada. En lugar de un cristianismo de orientación nacionalsocialista —suponiendo, claro está, que se hablara de religión y no se limitara a una simple idolatración de la Providencia encarnada en Hitler— se dedicaron a propagar una «fe divina», de orientación germano-racista. Tampoco los fantásticos esquemas de Alfred Rosenberg o del indiólogo Wilhelm Hauer, de Tubinga, alcanzaron nunca la categoría de credo oficial. Hitler se expresó más de una vez en tono jocoso al respecto. Enfocó la religión desde un punto de vista pragmático y de la política de poder, con lo que se creó innecesariamente una oposición más.

Indudablemente, la oposición eclesiástica no puede considerarse como un movimiento de resistencia política frente al régimen. En cierto modo se apreció aquí con mayor evidencia que en ningún otro campo la falta de unificación de grandes círculos de población y la crítica de algunos aspectos del régimen nacionalsocialista. Pese a que el régimen se mantuviera alejado de las «contiendas internas» por razones tácticas, no por ello descuidó un rígido control, las detenciones masivas y la persecución de pastores y feligreses no gratos. Con todo, existía una serie de inconvenientes en la concepción protestante del Estado, una incapacidad para la formación de una resistencia política, que un teólogo directamente comprometido enumeraba

en los siguientes términos: «la inhibición nacional-conservadora; la ausencia del liberalismo como forma de vida y —en su versión confesional— el rechazo de la democracia como 'calvinismo occidental'; la afirmación de la idea del Reich junto con la utopía de un 'segundo' Reich protestante-luterano de la nación alemana basado en una síntesis de trono o nación y altar; el descontento frente a la República de Weimar y, en general, frente a la república; el antimarxismo como filosofía, acompañado del coco del comunismo; el trauma de Versalles, así como —al menos, en un principio— la repulsa de un 'catolicismo político'. A todo ello debe añadirse un antisemitismo, que fue bastante más que latente...»[63].

La oposición eclesiástica no pudo liberarse de este lastre histórico, respaldado principalmente por la doctrina luterana de la autoridad. La alucinación del «nacionalismo de los pastores», del mito del Reich-pueblo-patria, fue superada tan sólo por una minoría en ambas Iglesias. Se ha considerado la oposición eclesiástica contra un régimen, aceptado en un principio, como una «oposición a regañadientes», que, partiendo de una posición defensiva impuesta, trata de defenderse contra «intervenciones» externas con reiterados retrocesos[64].

Teniendo en cuenta este marco tan limitado, cobran un especial significado las resoluciones tomadas por los «sínodos de la oposición» de la Iglesia confesional. En las asambleas de Bremen (mayo de 1934) y Berlín-Dahlem (octubre de 1934) las protestas contra la unificación y la persecución alcanzaron su punto culminante. Al mismo tiempo, el Consejo Fraterno de Pastores Confesionales recomendó el repudio del juramento de servicio, impuesto el 9 de agosto de 1934 y similar al juramento militar. Indudablemente, estos actos valerosos contribuyeron a que el régimen se retirara progresivamente de la palestra eclesiástica. La autoridad y el prestigio del Tercer Reich parecían encontrarse seriamente amenazados por la evolución caótica y las manifestaciones de protesta. Más aún: una serie de conferencias ecuménicas, tales como la de Fanö (Dinamarca, agosto de 1934), hicieron que la Iglesia confesional fuera escuchada en el extranjero; ello fue posible, pese a que la Oficina de Relaciones Exteriores —dirigida por uno de los nuevos obispos (Theodor Heckel) promovidos al cargo con el respaldo de los «Cristianos Alemanes»— se esforzara, a base de maniobras po-

[63] Ernst Wolf, «Zum Verhältnis der politischen und moralischen Motive in der deutschen Widerstandsbewegung», en *Der deutsche Widerstand, op. cit.*, p. 273.

[64] *Idem*, p. 230.

licíacas e incluso denuncias, en impedir la asistencia de algunos pastores (por ejemplo, de Dietrich Bonhoeffer en Fanö)[65].

En medio de semejante situación Hitler renunció a librar abiertamente un nuevo *Kulturkampf*. Algunas violentas medidas del régimen de Müller, tales como la destitución de los obispos Wurm (Württemberg) y Meiser (Baviera), fueron posteriormente anuladas. La Iglesia confesional llegó a formar en noviembre de 1934 un contragobierno eclesiástico («Presidencia Provisional de la Iglesia Protestante Alemana»). Entonces, el mando nacionalsocialista se distanció progresivamente de Müller. La creación de un Ministerio de las Iglesias (julio de 1935), encabezado por el antiguo contador de Justicia, Hans Kerrl —personaje que después de la conquista del poder por el nacionalsocialismo escaló progresivamente las posiciones de ministro de Justicia y ministro del Reich para la «Ordenación Espacial»—, fue una prueba más de aquel distanciamiento; a los infructuosos esfuerzos en favor de una unificación desde dentro sucedía el riguroso control del Estado desde fuera. El «Obispo del Reich», Müller, se negó a escuchar las recomendaciones para que dimitiera. Desprovisto de toda influencia y amargado acabó por retirarse, con su título pero sin cargo, a Königsberg, donde al final del Tercer Reich terminó suicidándose.

Los «Cristianos Alemanes» se deshicieron en numerosos grupos. También ellos fueron blanco de los ataques de los ideólogos teólogos nacionales allegados a Rosenberg. La propaganda antieclesiástica y la deificación de Hitler dominaba el campo con lemas como «Adolfo Hitler ahora y siempre y por los siglos de los siglos» (*Gauleiter* Kube). Una y otra vez repetía Ronsenberg que el partido no podía ser «el ángel custodio» de ningún grupo confesional, aun cuando éste creyera «encontrarse muy próximo al nacionalsocialismo». En 1936 se impuso a la SA, que tan importante papel desempeñara en las manifestaciones religiosas en las calles en 1933, la prohibición de asistir de uniforme a ceremonias eclesiásticas; naturalmente, en las SS puede suponerse una actitud hostil. En la lista negra del partido no se hacía diferencia entre «Cristianos Alemanes» y BK en cuanto a la dirección antieclesiástica y anticristiana. La discusión abierta de cuestiones de política eclesiástica fue cediendo ante el control y la prohibición de cualquier actuación políticamente relevante. La lucha de las Iglesias se desplazó a los conflictos internos.

Aun cuando la guerra resucitara las viejas ilusiones del nacionalismo de los pastores, Hitler planeaba una «solución» radical de la

[65] D. Bonhoeffer, *Gesammelte Schriften,* edit. por E. Bethge, t. I. Munich, 1959, pp. 182-222.

cuestión eclesiástica, pues la originaria actitud amistosa frente a las Iglesias no fue otra cosa que táctica política. Su más poderoso colaborador, Martin Borman, manifestaba claramente en una circular confidencial a todos los «Gauleiter» (1941) el cambio de la táctica de la conquista del poder de matiz nacional-cristiano a la estrategia del desgaste y eliminación de las Iglesias: nacionalsocialismo y cristianismo son inconciliables; por eso no era necesario superar el «particularismo eclesiástico», sino mantenerlo y afianzarlo en perjuicio de las mismas Iglesias. En efecto, «al igual que el Estado reprime y elimina las dañinas influencias de astrólogos, adivinos y demás embusteros, habrá de eliminarse por completo toda posible influencia de las Iglesias» [66]. Lo que esto habría significado en un Tercer Reich victorioso pudo apreciarse ya en los nuevos territorios conquistados: por ejemplo, en el «distrito modelo» de Wartheland (desde 1939) con el régimen de terror impuesto por el Comisario para las Iglesias en Prusia (1933), August Jäger.

Cualquier enfoque de la cuestión deberá tener en cuenta por igual ambos aspectos de la lucha en el marco de la Iglesia protestante. Mediante la seducción e infiltración nacionalsocialistas y la táctica del «divide et impera» y de la persecución, se logró sembrar el caos en el seno de la Iglesia, manteniendo su actividad bajo continuas presiones. Indudablemente, fracasó a todas luces el plan de una «Iglesia Nacional», coordinada y nazificada. La pretensión totalitaria de la dictadura nacionalsocialista hubo de topar con ciertos límites, que jamás fueron rebasados. Pero también es verdad que la oposición religiosa fue frecuentemente «sólo otra forma de 'evasión', llegando siempre tarde la vacilante ayuda a la resistencia política» [67], excesivamente paralizada por los tabúes derivados de la mentalidad autoritaria. Esto fue abiertamente declarado después de la catástrofe implicada en la confesión de culpabilidad de las Iglesias evangélicas en Stuttgart (1945); contrastó esta actitud con la apología con la que otros grupos e instituciones, incluso la Iglesia católica, trataron de encubrir su culpabilidad.

En las Iglesias no puede hablarse, pues, de una oposición de gran alcance ya que aquélla se limitó siempre a personas aisladas. Esto pudo evidenciarse también en la equívoca postura adoptada frente a la cuestión judía. La crítica al «artículo ario» no impidió que persistiera el tradicional antisemitismo; la oposición protestante y católica a la eutanasia no se vio acompañada de la correspondiente

[66] *Nürnberger Dokumente,* t. XXXV, pp. 7 ,12. Sobre Hitler, *idem,* t. XXVII, p. 286 (PS-1520; *Tischgespräche, op. cit.,* p. 348).

[67] Hans Rothfels, *Die deutsche Opposition gegen Hitler.* Francfort del Meno, 1958, p. 47.

protesta contra la política practicada con los judíos; el contraataque se redujo a actuaciones individuales o ayudas dispersas. Sólo circunstancialmente —por ejemplo, en la declaración de Barmen de mayo de 1934 (artículo 5)— tuvo relevancia política el repudio de una ideología del Estado tradicionalmente cristiana: «Rechazamos la falsa doctrina de que el Estado debe y puede convertirse, por encima de su especial cometido (la salvaguardia del derecho y de la paz), en la única y total ordenación de la vida humana, realizando también el cometido de la Iglesia».

Pocos se dieron cuenta de cuán consecuente era la idea de Karl Barth del Estado democrático de derecho, como un objetivo cristiano. Y, sin embargo, seguía en pie, aunque a la defensiva, en la persistente protesta de muchos pastores y municipios, y sobre todo en el valiente memorándum de la Iglesia confesional de junio de 1936. Se rompió aquí el silencio, protestando no sólo contra el rumbo antieclesiático, sino también contra la filosofía nacionalsocialista, el antisemitismo racista y la arbitrariedad jurídica; se criticó abiertamente «el hecho de que en Alemania, que considera un Estado de derecho, haya todavía campos de concentración y que las medidas de la 'Gestapo' se sustraigan a toda ulterior investigación judicial». El memorándum protestaba abiertamente contra el culto del «Führer», que hace de la voluntad de Hitler «norma no sólo de las decisiones políticas, sino también de la moral y del derecho en nuestro pueblo».

La publicación del documento fue, en realidad, un acto involuntario, y costó a varios participantes la libertad e incluso la vida, entre otros, al presidente de la Cancillería de la Iglesia confesional, Friedrich Weissler. Este acto, junto con la valerosa dimisión pública del Consejo Fraterno (agosto de 1936), constituyó el primer paso concreto en la protesta política contra el régimen. Ciertamente, pocas veces se registraron declaraciones de carácter y alcance tan generales. En octubre de 1943 el Sínodo de Prusia (Breslau) negó abiertamente al régimen el derecho a su política de exterminio: «Términos tales como 'borrar', 'liquidar' y 'vida sin valor' son desconocidos por el orden divino. El exterminio de personas por el mero hecho de ser allegadas a un delincuente, ancianas, enfermas mentales o miembros de otra raza no es un buen manejo de la espada, que se ha dado a la autoridad... Lo mismo vale para 'la vida del pueblo de Israel', y para la invocación de aquella orden: 'No podemos dejarnos arrebatar por las autoridades nuestra responsabilidad ante Dios'» [68].

Los adictos a la oposición de la Iglesia no pudieron soslayar

[68] Cf. Ernst Wolf, *op. cit.*, p. 234.

generalmente un triple problema. Respecto a la discusión acerca del juramento sólo unos pocos se apartaron de la tradición. Por razón de la guerra, las Iglesias incurrieron ampliamente en la postura de 1914-18 y antepusieron el patriótico deber y la oración por la paz a muchos escrúpulos anteriores; durante la crisis de los Sudetes (1938) se registró ya un distanciamiento de los obispos luteranos con respecto a la llamada Iglesia confesional. En tercer lugar, la «lucha contra el bolchevismo» ejerció un gran influjo, incluso entre personas caracterizadas por su postura crítica. El anticomunismo unió por igual a católicos y protestantes en la política nacionalsocialista, neutralizando muchos elementos de la oposición al régimen. Sólo unos pocos sacaron la consecuencia de proscribir la guerra, como Karl Barth, o colocaron a los alemanes —por ejemplo, Dietrich Bonhoeffer— ante la siguiente alternativa: «O consentir la derrota de su nación, para que pueda subsistir así la civilización cristiana, o elegir la victoria, destruyéndose de este modo nuestra civilización» [69]. En los debates de los círculos de la oposición antes del 20 de julio de 1944 se puso de manifiesto el carácter excepcional de semejante actitud.

Muchos de los impulsos y frenos anteriormente expuestos fueron comunes a ambas Iglesias, pese a la heterogeneidad de sus estructuras. La diferencia estriba, por una parte, en la mayor cohesión organizativa y dogmática del catolicismo, y por otra, en sus vínculos supranacionales. Pero tampoco puede apreciarse con claridad la relación del catolicismo con el nacionalsocialismo. La cohesión externa del catolicismo no impidió —más bien, fomentó— que la originaria postura antinacionalsocialista fuera desechada muy pronto en favor del reconocimiento de los hechos consumados. Y también aquí pudieron apreciarse innegables esfuerzos por apoyar al régimen. Indudablemente, los intentos encaminados a la vinculación intelectual del catolicismo con el nacionalsocialismo nunca alcanzaron la fuerza y las proporciones del movimiento de los «Cristianos Alemanes». El enfrentamiento al nacionalsocialismo no estuvo acompañado en el catolicismo de las crisis estructurales de los protestantes. Sin embargo, tampoco faltaron ocasionalmente los efectos de la autocoordinación. Al igual que en el protestantismo, esta evolución alcanzó su primera cima en el verano de 1933, cambiando de signo a finales de 1933 y comienzos de 1934.

Dos fueron los principales grupos de problemas que caracterizaron la reacción católica frente al nacionalsocialismo: la escisión confesional, que afectara en su día a Alemania más que a ningún

[69] *Gesammelte Schriften*, t. I, p. 320.

otro país, y, relacionado con lo anterior, el papel del catolicismo político que, de movimiento defensivo de una minoría arrinconada, llegó a convertirse en el partido central de la República de Weimar. Con su polémica contra «Roma», los nacionalsocialistas —pese a que muchos procedieran de las filas católicas y, al igual que Hitler, admiraran la autoritaria organización de la Iglesia romana— supieron traer a su molino las aguas de un anticatolicismo popular. En su lucha contra el poder demoniaco «ultramontano», el régimen mantenía una posición más ventajosa que en el conflicto con el protestantismo.

Mayor alcance tuvo todavía el distanciamiento de la Iglesia católica respecto del Partido del Centro inmediatamente después de la promulgación de la Ley de Autorizaciones; en negociaciones directas y sacrificando sus organizaciones políticas, la Iglesia católica trató de mantener su existencia. El 28 de marzo de 1933 la Conferencia Episcopal de Fulda revisó su tradicional postura antinacionalsocialista. Pese a sus críticas de «determinados errores religiosos y morales» y teniendo en cuenta las manifestaciones cristiano-nacionales de Hitler, «alentaba la confianza» de que «ya no parecían necesarias sus (anteriores) prohibiciones y exhortaciones» [70]. Por la misma época hizo su aparición en Roma el prelado Kaas, ex-dirigente del Partido del Centro, y en comandita con Papen inició las negociaciones sobre un futuro Concordato, que prometía ventajas a ambas partes. La idea de una coexistencia Estado-Iglesia venció los reparos de muchas figuras eclesiásticas y políticas del catolicismo. Tampoco las persistentes intervenciones contra organizaciones católicas impidieron que las negociaciones discurrieran de forma rápida, concluyendo el 8 de julio de 1933, tres días después de la disolución del Partido del Centro. Las concesiones del Vaticano, representado en las conversaciones por el secretario de Estado cardenal Pacelli (más tarde Pío XII), se resumieron en la eliminación de las organizaciones políticas y sociales y el reconocimiento del régimen; la parte nacionalsocialista prometió respetar el libre ejercicio de la religión, la protección de las corporaciones eclesiásticas, el derecho a la difusión de pastorales y el mantenimiento de las escuelas confesionales.

Pronto pudo comprobarse que a Hitler interesaba únicamente la ganancia táctica que proporcionaba el Concordato. En la esfera exterior conseguía el reconocimiento y afianzamiento de la conquista del poder; en política interior se lograba confundir a la oposición católica y consagrar el proceso de unificación. Por otra parte, se reactivó la vida de varios grupos que, con la participación de Papen y otros católicos de derecha, hicieron un llamamiento en pro de la

[70] Gerd Rühle, *Das Dritte Reich,* t. I. Berlín, 1934, p. 250.

colaboración en la «revolución nacional» y de una estrecha cooperación con el nacionalsocialismo; tal fue el caso de círculos como la «Liga Cruz y Aguila», la «Comunidad Obrera de Alemanes Católicos» y la «Asociación Católica para la Política Nacional». La revista *Reich und Kirche* (Reich e Iglesia), editada en Münster, el periódico *Germania,* viejo órgano del Partido del Centro y adicto a Papen, así como otras publicaciones católicas incluyeron en sus páginas declaraciones de prestigiosos teólogos y escritores, que celebraban el entendimiento entre cristianismo y Tercer Reich, el «acceso de los católicos al nacionalsocialismo». Pero también la mayor parte de las jerarquías de la Iglesia expresaron al principio en forma exagerada las ilusiones que tanto el Vaticano como el clero alemán ponían en este Concordato, que les concedía más que todos los gobiernos de la República de Weimar. Indudablemente, se había tenido que sacrificar para ello las organizaciones políticas, circunstancia que pesaría, sobre todo, al tratarse de la aplicación práctica de las garantías nacionalsocialistas. Cuando la Iglesia comenzó a insistir en que se cumpliera lo prometido, Hitler modificó su táctica inicial. En los sermones de Adviento el cardenal Faulhaber criticó la ideología anticristiana y las pretensiones totalitarias del nacionalsocialismo; ya antes se había prohibido el llamamiento de los obispos bávaros con motivo de las elecciones del 12 de noviembre de 1933 [71].

En defensa del Concordato se ha aducido que proporcionó a la Iglesia católica mayores posibilidades de conservar su existencia y fundamentar su protesta contra el totalitarismo del régimen. Ya por aquel entonces declaró Pacelli que fue necesario aceptar aquella generosa oferta para salvar la Iglesia en Alemania [72]. Sin embargo, no fue pequeño el precio político y moral. El reconocimiento del régimen impidió un claro enfrentamiento, imponiendo a la oposición católica parecidos frenos a los de la resistencia protestante. Pese a que ya en el otoño de 1933 se multiplicaban las violaciones del Concordato, parecía necesario no abandonar la estrecha colaboración, proclamada por altas dignidades católicas, tales como el arzobispo Gröber (Friburgo), el obispo Berning (Osnabrück) y el nuncio. Esto tuvo especiales consecuencias en zonas católicas, donde el Partido del Centro había bloqueado la penetración del nacionalsocialismo. Así, el jefe superior de la provincia del Rin pudo comunicar (27 de septiembre de 1933) al ministro prusiano del Interior

[71] Ernst-Wolfgang Böckenförde, «Der deutsche Katholizismus im Jahr 1933», en *Hochland,* 53 (1960-61). También, *idem,* 54 (1961-62), p. 217. Cf. Bracher, *Nationalsozialistische Machtergreifung und Reichskonkordat.* Wiesbaden, 1956, p. 44.

[72] *Documents on British Foreign Policy.* Second Series, t. V, p. 524.

que gracias al Concordato «pudo ganarse incondicionalmente para el nuevo Reich un considerable sector de la población católica, hasta ahora alejada espiritualmente del gobierno del Reich», destacándose al respecto «la influencia ejercida por el abad de Maria Laach»; precisamente por ello un «reducido sector de la población católica» lamentaba la firma del Concordato, que «les arrebataba uno de los mejores instrumentos de agitación» [73].

Tal era, pues, el margen en el que podían desenvolverse las posibilidades de una oposición católica. Casi al mismo tiempo que en el bando protestante, fue agudizándose el conflicto relativo a la posición de la Iglesia católica tanto en el plano de la organización como de la doctrina. Incluso en las altas esferas pudo registrarse más de una crítica frente a determinadas medidas del régimen; nunca ya habría de enmudecer la crítica, pero la suerte estaba echada. Al igual que en el protestantismo, la oposición no abandonó el terreno eclesiástico, fue parcial y sólo en casos excepcionales se convirtió en oposición política activa frente al régimen. Indudablemente, también la oposición parcial era un acto político, aunque sólo fuera por la dimensión e intensidad de los recelos despertados o animados por las pastorales y la contienda abierta con Rosenberg. El *Mythus* fue incluido en el Indice de libros prohibidos por el Vaticano (febrero de 1934), la Acción Católica y las Asociaciones Juveniles ingresaron en las filas de la oposición y, finalmente, la famosa encíclica del Papa *Mit brennender Sorge* (Con encendida preocupación), marzo de 1937, sentó la crítica de la ideología nacionalsocialista y de la política represiva sobre una base más amplia. La «Gestapo» pudo impedir su pública impresión, aunque no su lectura desde el púlpito.

Sin embargo, siempre salieron al paso los frenos y limitaciones de este tipo de oposición. Su base era la creencia en el principio de la posibilidad y necesidad de distinguir entre lealtad al Estado y crítica del régimen. Así, los obispos se pronunciaron abiertamente por la reincorporación del Sarre, contribuyendo al resultado pronacionalsocialista del plebiscito (enero de 1935); pese a las experiencias sufridas, esto habría de repetirse tres años más tarde en el caso de la anexión de Austria con una importante declaración del cardenal de Viena, Innitzer. Un segundo factor fue la seguridad de una próxima guerra que condujo a terribles consecuencias, testimonio de aquel colaboracionismo. Todo ello guardaba estrecha relación con el apoyo y aprobación del antibolchevismo. La teoría del «bastión» acalló muchas objeciones contra la ideología y la práctica del régi-

[73] Cf. Bracher-Sauer-Schulz, *op. cit.*, p. 344. Selección de documentos del bando católico: Gerhart Binder, *Irrtum und Widerstand.* Munich, 1968.

men nacionalsocialista y fomentó también la equívoca postura de Pacelli (desde 1938, Pío XII), que le impidió condenar abiertamente el nacionalsocialismo. En realidad, la problemática en cuestión adquiere aún mayor relieve cuando se sostiene que todo ello ocurría teniendo en cuenta la amenazada situación de la Iglesia alemana y los conflictos de conciencia de los soldados. Finalmente, el antisemitismo católico fue una tradición más, que impidió un distanciamiento de principio respecto de la política nacionalsocialista practicada con los judíos, si bien se registraron críticas aisladas e importantes tanto de los métodos como de las formas de dicha política. Sólo los esfuerzos del último Concilio (1965) han iniciado el abandono de la actitud antijudía, aunque es evidente, sin embargo, su continuidad hasta el presente.

Por tales razones, no procede una equiparación global de la Iglesia católica con la oposición. A diferencia de la Iglesia evangélica, faltó en el catolicismo una confesión de culpabilidad en 1945 o una discusión crítica: un hecho que se ha convertido en problema desde las discusiones en torno al Concordato (1956) y al papel del Papa durante la guerra (Hochhut y su obra *Der Stellvertreter* (El Vicario, 1963).

A pesar de estas limitaciones, el significado de la oposición católica es bastante impresionante. Hasta el final del régimen se prolongó su lucha contra la unificación de las asociaciones juveniles. Los sermones de protesta del obispo de Münster, Graf Galen, contra el «continuado asesinato» de la eutanasia (1941) encontraron tal eco que algunos dirigentes nacionalsocialistas temieron el levantamiento de media Westfalia, en el caso de recurrir a represalias: he ahí, pues, un ejemplo de la posibilidad de francas protestas. Las manifestaciones dirigidas desde el régimen contra obispos y párrocos mal vistos se vieron frecuentemente acompañadas del efecto opuesto: un recrudecimiento de la oposición y el homenaje de la feligresía a los atacados. Miles de sacerdotes y laicos fueron encarcelados o llevados a campos de concentración; las campañas de difamación contra el clero regular desembocaban en aparatosos procesos por presuntas infracciones de la moral o del tráfico de divisas (1935). Entretanto, grupos del movimiento católico obrero se pasaron también a la oposición política. Sindicalistas cristianos, tales como Otto Müller y Josef Joos, Nikolaus Gross, Bernhard Letterhaus y Jakob Kaiser entablaron estrechos contactos con grupos de los sindicatos socialistas en torno a la figura de Wilhelm Leuschner y de Habermann, ex-dirigente germano-nacional del Sindicato de Empleados. La común situación en la resistencia de las Iglesias y sus lazos con la oposición política

se pusieron de manifiesto también en torno al Círculo de Kreisau y en la participación en los preparativos encaminados al derrocamiento del régimen de Hitler. Con todo, la Iglesia católica supo mantener generalmente mejor su propia integridad que el protestantismo, de cuyas filas salió un grupo mucho más poderoso que acabó pactando con el régimen.

Es, pues, cierto que en las Iglesias pudieron apreciarse mayores reservas y una crítica más decidida frente al gobierno. La política de unificación encontró aquí límites que el mismo Hitler pensó poder superarlos sólo después de terminada victoriosamente la guerra. Entretanto, el régimen se contentó con restricciones en la organización, recurriendo también a la censura, detención de destacados dirigentes como Niemöller (desde 1937), supresión de facultades de Teología y amenaza contra cuantos párrocos leyeran desde el púlpito declaraciones de la BK o pastorales impregnadas de oposición. La respuesta fue la actividad ilegal y la organización subversiva, sobre todo en las Iglesias evangélicas escindidas. La BK mantuvo sus propios centros de formación donde enseñaban teólogos, como Dietrich Bonhoeffer, sobre los que pesaba la prohibición de expresión por parte del régimen. Creó también un centro de asistencia para los judíos cristianos (Grüber) y estableció multitud de contactos incluso con otras Iglesias en el extranjero. En cualquier caso, importaba que, por encima del conflicto teológico-ideológico y la defensa de las propias organizaciones, se reconociera que las Iglesias cristianas —como exhortara Karl Barth— no podían hablar y obrar únicamente en provecho propio.

Tras muchos errores y engaños, sólo una minoría comprendió esta circunstancia. También aquí ejerció su peligrosa influencia la táctica nacionalsocialista, que fomentaba la capitulación ante la unificación espiritual utilizando su disfraz pseudocristiano y pseudorreligioso y el poder seductor del nacionalsocialismo. Superando las ilusiones, en cuanto a la actitud eclesiástica frente al nacionalsocialismo, teólogos como Dietrich Bonhoeffer y Alfred Delp S.J. se adelantaron a la primera fila de la oposición política, participando activamente en los planes de derrocamiento del régimen y de reordenación política. Las Iglesias nunca aprobaron expresamente estos propósitos; la revolución y el asesinato del tirano estaban en contradicción con sus básicas posiciones conservadoras y legalistas. Sin embargo, entre los conspiradores del 20 de julio de 1944 los motivos cristianos desempeñaron un importante papel junto con las ideas humanistas, liberales y socialistas. Hasta el final el régimen vio un trascendental obstáculo en la resistencia real o potencial de

las Iglesias, a las que, según el censo de 1940, pertenecía todavía el 95 % de la población. La eliminación de dicho obstáculo constituía uno de los principales objetivos del régimen para la posguerra.

Entre la oposición militar y la civil

La consolidación del régimen nacionalsocialista (1933-34) redujo considerablemente las posibilidades de oposición tanto socialista como eclesiástica. No podía esperarse un levantamiento popular o un cambio a iniciativa de las propias fuerzas mientras no se estableciera un contacto con quienes ocupaban posiciones de poder militar, estatal y social que pudieran influir en las decisiones oficiales. Así podría conseguirse la base necesaria para influir en las decisiones oficiales. Se pusieron de manifiesto las reducidas posibilidades existentes en un régimen totalitario para poner en marcha un movimiento popular de oposición. El comportamiento de los trabajadores como el de la burguesía demostró que la legalidad y la oposición no eran en Alemania asunto de las masas. En ningún momento surgió un movimiento que reuniera a los heterogéneos grupos y a los numerosos particulares en una organización y un plan conjuntos. Frente a la voluntad de resistencia de grupos tan dispersos, adquieren especial significado el antitotalitarismo derivado de grupos originariamente nada democráticos, como la burocracia oficial y los militares.

Un primer signo lo constituyó el intento, sangrientamente reprimido, del abogado y escritor muniqués Edgar Jung, quien ya antes de la muerte de Hindenburg trató de animar al vicecanciller Papen —que también aquí habría de fracasar rotundamente— para que formara una oposición cristiano-conservadora contra el totalitarismo nacionalsocialista. Papen dio lectura a un discurso preparado para este fin en la Universidad de Marburgo (17 de junio de 1934), pero antes de que intervinieran las autoridades en el asunto, abandonó a sus colaboradores a su propia suerte y... siguió sirviendo al régimen. Mayor alcance tuvo la incansable actividad que el ex-alcalde de Leipzig, Carl Goerdeler, miembro del Partido germano-nacional, desplegó en los años siguientes. Se orientó en tres direcciones: intentos, por medio de escritos, para influir en la dirección del Estado; contactos entre los diferentes grupos de una incipiente oposición conservadora y burguesa; finalmente, intentos de influir en la burocracia. En realidad, precisamente el funcionario —que servía al régimen inspirándose en el sentimiento del deber sobre bases nacionales, autoritarias y tradicionalmente «apolíticas»—, en su calidad de especialista imprescindible podía comprender mejor que ningún otro

la arbitrariedad y falta de juridicidad que constituían la realidad misma del Estado nacionalsocialista. Como consecuencia de una progresiva coacción, de las persecuciones y, finalmente, del peligro bélico, un creciente número de ciudadanos se fue acercando a la idea de una oposición civil. Por último, a medida que fue imponiéndose la idea de que no era factible un derrocamiento desde abajo y sí un golpe de Estado desde arriba, en las Fuerzas Armadas se concentró la atención de los conspiradores.

El Ejército no estaba preparado para ello. En contra de las esperanzas incluso de algunos conservadores, aquél encajó sin protesta alguna la conquista del poder, el asesinato de los generales von Schleicher y von Bredow, así como el juramento ante Hitler. Su ingenuo comportamiento redundó en beneficio del afianzamiento del régimen nacionalsocialista. Todo ello no fue sólo una consecuencia de la política seguida por Blomberg. Esta actitud se basaba en el ideal de Seeckt acerca del «soldado apolítico» que, en realidad, estaba impregnado de espíritu antidemocrático. Hitler contentó a los militares de viejo cuño asegurándoles simplemente su autonomía. A ello es preciso añadir la supuesta comunidad de intereses entre los militares y el nacionalsocialismo: política de rearme y supresión de las limitaciones del Tratado de Versalles fueron otros tantos objetivos por cuya consecución bien valía la pena de aceptar como deslices los excesos del régimen nacionalsocialista. Pero fue sobre todo la ampliación del Ejército lo que facilitó su nazificación. La implantación del servicio militar obligatorio (1935) modificó necesariamente la estructura de unas Fuerzas Armadas hasta entonces cerradas; la nueva estructura de las Fuerzas Aéreas aceleró más aún el proceso, que —sobre todo, en los mandos medios e inferiores— posibilitó una masiva influencia del nacionalsocialismo.

Indudablemente, las jerarquías superiores no se vieron prácticamente afectadas, prescindiendo del servilismo de Blomberg y de su más allegado colaborador, Reichenau. El distanciamiento y retraimiento de la alta oficialidad se reflejó en el escepticismo con el que los generales contemplaron la ocupación de Renania (1936). Sin embargo, los éxitos de Hitler, contra todos los pronósticos, iban debilitando gradualmente la posición de los escépticos. La actitud de los militares siguió siendo equívoca e insegura. En los altos mandos se mantenía la tradición de la dignidad y el orgullo militar que, al mismo tiempo, comportaba cierta repulsa de los «plebeyos métodos» y la política demagógica y arriesgada de Hitler. Sin embargo, ello no impidió la seductora irradiación de los éxitos del nacionalsocialismo, y los nuevos cuadros de mando de un «ejército del pueblo» en rápido ascenso reforzaron más todavía el impacto nacionalsocia-

lista. Tras la pobreza de posibilidades del período de Weimar, la oficialidad contaba ahora con grandes oportunidades de ascenso, naturalmente, al precio del colaboracionismo. En efecto, la autonomía formal del Ejército no fue para Hitler obstáculo alguno para imponer a partir de 1935 trascendentales resoluciones sin tomar demasiado en cuenta los consejos o las objeciones de los militares.

Antes de adueñarse plenamente del mando del Ejército, Hitler había asestado, pues, a la tradición militar germano-prusiana un duro golpe del que ya no habría de recuperarse. En el curso de la guerra habría de comprobarse progresivamente cuán minada estaba ya la capacidad de responsabilidad y mando de la alta oficialidad cuando Hitler intervenía hasta en los detalles de la dirección militar y hacía ejecutar sus supremas órdenes de forma arbitraria y por encima de los mandos castrenses. Así, logró colocar en la cima jerárquica a generales incondicionalmente dóciles, cuyo rápido ascenso se lo debían al «Führer»: el caso más elocuente lo constituye el nombramiento de los serviles Keitel y Jodl para el mando supremo del Ejército. Ellos habrían de ser un obstáculo más para los intentos de resistencia por parte de oficiales más independientes. Tras su fracaso de 1934 el Ejército ya no podía actuar como un grupo de poder autónomo. La oposición militar no podía ser sino un fenómeno muy modesto, protagonizado por una minoría que, aunque ocasionalmente dispusiera de enlaces y posiciones de importancia, nunca consiguió suficiente influencia en los altos mandos. Ello ha determinado la forma y las limitadas posibilidades de la oposición militar.

Se puso de manifiesto que la tradición militar alemana no ofrecía fundamento seguro para una oposición política, quedando reducida a la iniciativa individual de algunos militares con independencia intelectual y moral. Aquella oposición no tenía por base la tradición de la «Reichswehr», sino la conciencia de cada uno, quienes poco a poco fueron abriendo los ojos ante la realidad del nuevo régimen, poniendo en duda el principio de la obediencia ciega, estando dispuestos, finalmente, a salir del limitado mundo intelectual del militar para establecer contacto con la resistencia civil. Ciertamente, no faltaron tensiones de tipo político-militar, que provocaban conflictos. El primer ejemplo lo constituyó la retirada del general von Hammerstein (finales de 1933). Acto seguido se registraron ciertas críticas al Ministerio, caracterizado por su servilismo hitleriano. También el jefe del Estado Mayor (Ludwig Beck) y el jefe de la Dirección del Ejército (Fritsch) acusaron a Blomberg varias veces de ceder demasiado ante el partido. Sin embargo, en tanto que Beck acabó por separarse francamente de Hitler entre 1934 y 1938, Fritsch siguió manteniendo la posición del «soldado apolítico», y si bien se

mantuvo distanciado del partido, fracasó políticamente y defraudó las esperanzas de oposición al régimen. Su comportamiento en la crisis de 1938 demostró una vez más su impotencia frente a los problemas políticos. Igualmente, poco después del 30 de junio de 1934, ya había eludido todo contacto con la política, haciendo saber lacónicamente a sus oficiales: «No podemos cambiar la política; debemos cumplir calladamente nuestro deber» [74]. La decisión del verano de 1934 sigue siendo un capítulo mal conocido, que oscurece todo lo que sucedió después. Muchos utilizaron el juramento dirigido a Hitler como argumento o pretexto para convertir el conflicto de conciencia en pura obediencia, renunciando hasta el final a toda posible oposición.

Un cambio importante en la conducta de los militares se anunció en 1936-37, cuando Hitler pasó a una política de expansión en el exterior. Empezaron a registrarse una serie de tensiones entre el mando militar y el político, que conducirían a la terminación de la era Blomberg, pero que, al mismo tiempo, parecían ofrecer a la crítica y a la oposición un camino para una intervención activa. Pasó a ocupar una posición central el jefe de Estado Mayor, Beck, nacido el año 1880 en Biebrich (Renania) de una familia de industriales. Beck, un conservador adicto a Hitler desde 1930, dio en 1934 el cambio que se había esperado de Fritsch. Por aquel entonces se pronunció en favor de un esclarecimiento de las muertes de Schleicher y Bredow. Pronto se vieron reforzadas sus dudas sobre la marcha de la política gracias a los contactos mantenidos con von Bülow, conservador, subsecretario del Ministerio de Asuntos Exteriores. En mayo de 1935 amenazó a Blomberg con su dimisión, caso de que se hubiera concebido como un serio preparativo de guerra el estudio que se le había encargado sobre una posible ocupación de Checoslovaquia. Pese a los muchos éxitos nacionalsocialistas, Beck continuó rechazando la aventura militar, como cuando, precisamente por los días en que Hitler pronunció su discurso de paz (30 de enero de 1937), se manifestó sobre la posibilidad de una intervención en Austria. Es digno de notar que entonces se sirvió de las notas de Goerdeler, que le suministraron argumentos político-económicos contra una empresa bélica. Aquí fue, pues, eficaz el contacto con la oposición civil que se reforzaría rápidamente.

El cauto general no tenía las cualidades del rebelde consumado, le asaltaban escrúpulos de orden militar y moral, no había nacido para el golpe de Estado ni para la revolución. Sin embargo, más allá

[74] Ulrich von Hassell, *op. cit.*, p. 39, 206.

del marco estrictamente profesional, Beck seguía cada vez con más interés los acontecimientos y planes políticos, y exigía de Blomberg que procurase atraerse a los responsables militares. La oposición contra el curso progresivamente belicista, que cualquier experto tenía forzosamente que reconocer, iba unida en numerosos escritos a la demanda de una dirección moralmente responsable. A finales de 1937 y comienzos de 1938 se llegó a un punto crítico: la llamada crisis Blomberg-Fritsch puso de manifiesto que Hitler quería eliminar también los impedimentos formales para una acción militar (conversaciones del 5 de noviembre de 1937). Un asunto matrimonial del ministro de la Guerra y una serie de sucias intrigas contra el jefe de la Dirección del Ejército, respaldadas por sus rivales Göring e Himmler, brindaron la ocasión en febrero de 1938. La humillación de la oficialidad siguió en pie, incluso al comprobarse la falsedad de las acusaciones lanzadas contra Fritsch (homosexualismo). Fritsch continuó suspendido de su cargo y aceptó la situación. Su sucesor, Brauchitsch, perdió de entrada su libertad de acción al aceptar un préstamo para su divorcio en el momento de ocupar el nuevo puesto. Los militares hubieron de aceptar la humillación y la pérdida de poder, contentándose con una declaración honorífica, aunque se mantenían los hechos consumados. Toda la cuestión quedó oscurecida ante la intervención en Austria, que aumentó el prestigio del régimen de tal forma, que un acto de protesta ante Hitler, proyectado por Beck y Goerdeler, pareció de momento inútil. Las Fuerzas Armadas perdieron mucho de su orgullosa «autonomía», como pudo comprobarse a raíz de la intervención en Austria, que fue organizada en realidad por los jefes del partido, Göring e Himmler, excluyéndose al Estado Mayor (y al Ministerio de Asuntos Exteriores).

Sin embargo, esta experiencia y las instrucciones de Hitler para preparar el aniquilamiento de Checoslovaquia (mayo de 1938) ayudaron a que por fin madurase el primer plan de oposición militar, en cuyo centro se encontraban Beck y Goerdeler. Carl Goerdeler, nacido el año 1884 en Schneidemühl, procedía de una familia prusiana y conservadora. Pero al mismo tiempo pertenecía a aquel grupo de alcaldes de grandes ciudades (Adenauer, Jarres, Luther) de actitud abierta frente a los problemas modernos, y acostumbrados a cooperar con políticos liberales y socialistas. Esta circunstancia explica también la incansable actividad con que Goerdeler fomentó siempre la cooperación por encima de cualquier barrera de tipo ideológico o político, pese a los comprensibles recelos de sus compañeros frente a las ideas corporativas y soberanistas propias de un típico funcionario nacional-conservador. Naturalmente, sus primeros contactos fueron con la administración, la economía y los militares. Era el clásico

ejemplo de oposición de nuevo cuño *dentro* del «establishment», intentando la transformación del régimen desde dentro y arriba, es decir, a partir de las actuales posiciones de poder. Fue un nacionalista antirrepublicano, que ocupó los cargos de segundo alcalde de Königsberg y (desde 1930) primer alcalde de Leipzig, convirtiéndose en un experto en administración y moderado en política, que primero con Brüning y luego también con Hitler (1934-35) ostentó el puesto importante de Comisario del Reich para los precios. Sin embargo, pronto entró en conflicto con la orientación de la economía y luego también con la política del nacionalsocialismo. Desde 1934 trató ya en numerosos escritos, dirigidos incluso al propio Hitler, de frenar aquella orientación.

Detrás de los esfuerzos de Goerdeler latió hasta el final la ilusoria creencia en una gradual evolución del régimen. Sin embargo, a diferencia de sus colegas, poseía la mentalidad del funcionario leal al Estado, combinada con el raro valor de expresar y defender públicamente sus ideas y opiniones. Esto pudo comprobarse especialmente en las contiendas libradas en Leipzig con las autoridades del partido y, sobre todo, con el colérico jefe territorial Mutschmann. Poco después de ser reelegido para un nuevo período de doce años como primer alcalde, se produjo el cambio decisivo. Cuando, aprovechando su ausencia y en contra de su parecer, se retiró la estatua de Mendelssohn, el gran compositor judío-alemán, que se hallaba delante de la Gewandhaus, el lugar de sus éxitos, Goerdeler, con gran pesar pero con toda decisión, renunció a su puesto a finales de 1936. Gracias a sus muchas relaciones, que le aseguraron el apoyo de industriales como Robert Bosch (Stuttgart), Goerdeler emprendió aquella incansable actividad viajera y de escritor que tanto contribuyó a forjar una oposición conservadora y burguesa. Fue una diplomacia por propia cuenta la que, entre 1937 y 1939, le llevó por Bélgica, Holanda, Francia, Inglaterra, Estados Unidos, Canadá, Suiza, los Balcanes, próximo Oriente y norte de Africa. Por doquier trató de mantener conversaciones y establecer contactos; en tono entre de advertencia y de conminación dirigió amplios informes a sus amigos, a los militares y hasta a Göring e Hitler.

Finalmente, el creciente peligro de guerra y las reiteradas intromisiones en el Ejército y en el Ministerio de Asuntos Exteriores hicieron que el crítico burgués se decidiera por primera vez a concretar sus planes de oposición. Para apreciar en su justa medida el componente militar de la oposición deberá tenerse en cuenta que la estructura y los objetivos del Tercer Reich estuvieron basados desde un principio en el rearme económico-militar y en la expansión guerrera. También los acontecimientos de 1934 respetaron esta posición clave

de las Fuerzas Armadas; el ascenso de las SS poco modificó la situación en un principio. Ni siquiera el quebranto de poder de los militares en 1938 pudo dar al traste con la conciencia propia de las Fuerzas Armadas: en los planes de Hitler eran imprescindibles, su situación de poder se mantenía firme. Por esto mismo Beck y Goerdeler esperaban poder influir en el régimen de Hitler. En una serie de conferencias y escritos clandestinos, influidos por los informes de los viajes de Goerdeler, Beck intentó cambiar la actitud de Hitler a través de Brauchitsch; en esto le secundaba el general Georg Thomas que, en su condición de jefe del Departamento de Economía de Guerra y de Armamento en el Mando Supremo del Ejército, había expresado graves temores por el curso belicista. Beck preparó también una demostración de las fuerzas de la oposición, saltando así por primera vez el marco de la tradición germano-prusiana del «soldado apolítico». Fundamentó su decisión de actuar en política en lo extraordinario de la situación: la amenaza de guerra y la convicción de que tan sólo las Fuerzas Armadas podrían contener la política agresiva de Hitler, después de que el régimen había eliminado ya todo control y contrapeso.

Beck perseguía arrojar todo el peso de la opinión militar en la balanza a la hora de tomar decisiones políticas y, en caso necesario, obligar a Hitler a tener en cuenta esa opinión. Aquella empresa contó con un eslabón débil: Brauchitsch. Este asentía a casi todas las ideas de Beck, pero fue apartándose cada vez más de sus promesas de influir en Hitler. Beck, por su parte, nunca consiguió mantener una prolongada entrevista con Hitler. A las protestas y objeciones de aquél, el «Führer» respondía con la conocida exclamación: «¡Qué clase de generales son estos, que yo, como Jefe de Estado, he de empujar a la guerra por todos los medios! Si las cosas fuesen como debieran, yo sería el que no podría resistir las ansias de guerra de los generales.» De forma lapidaria describía luego la situación en la que habían desembocado los militares por su alianza de intereses con el régimen: «Yo no pido que mis generales comprendan mis órdenes, sino que las ejecuten» [75].

Las tentativas de Beck llegaron a su punto culminante el 16 de julio de 1938. Con ayuda de un enérgico escrito, trató de convencer a Brauchitsch para una acción conjunta de los generales cerca de Hitler: habrían de reclamar la suspensión de los preparativos bélicos, amenazando con la dimisión colectiva. Beck había de repetir más de una vez esta propuesta, y la planteó en el marco más amplio de movimientos civiles de oposición que en aquellos meses

[75] Foerster, *Generaloberst Ludwig Beck*. Munich, 1953, p. 97.

críticos supieron extender sus actividades en todas las direcciones. De modo progresivo, los argumentos morales y militares se vieron acompañados por consideraciones políticas y por el enfrentamiento con el Estado totalitario. Naturalmente, no se perseguía fundamentalmente la eliminación de Hitler y la revolución, sino la evitación de la guerra y el restablecimiento del Derecho; un golpe militar aparecía tan sólo como *ultima ratio*. En tal sentido redactó Beck, a comienzos de agosto de 1938, la alocución con la que Brauchitsch había de animar a la acción a un grupo de generales que debían reunirse con él.

Todo ello requería, sin embargo, dos condiciones mínimas, que no se dijeron: sólo la colaboración de Brauschitsch hacía posible una acción desde arriba; y sólo la firmeza de las potencias occidentales podía frenar decididamente el curso belicista de Hitler. Como ambas circunstancias no se dieron, toda la operación estaba condenada al fracaso. En una reunión de generales, el 4 de agosto, Brauchitsch permitió que Beck expusiera sus argumentos contenidos en el memorándum del 16 de julio, que causaron una profunda impresión; sólo Reichenau y Busch expusieron reparos. Pero Brauchitsch mismo esquivó las consecuencias. En efecto, ni pronunció el discurso preparado ni provocó la protesta de los generales. Brauchitsch entregó directamente a Hitler el memorándum de Beck, lo que probablemente sólo contribuyó a empeorar las cosas: con ello se eliminaba al promotor y se frustraba una «huelga general de los generales». Amargado y desprovisto de todo apoyo, Beck se adelantó a una destitución y, siguiendo el modelo de Fritsch, presentaba su dimisión el 18 de agosto de 1938.

Ciertamente, no todo obedeció al comportamiento de los generales. En realidad, los acontecimientos guardaban estrecha relación con los nuevos éxitos cosechados por la dictadura nacionalsocialista y su amenaza de guerra. Teniendo en cuenta el ambiente que reinaba entre los militares, temporalmente Hitler cedió algo. Sin embargo, la incontenible evolución de los acontecimientos hacia la Conferencia de Munich comportó una refutación de la oposición y sus planes que se basaban en una crisis de la política de Hitler. Desde esta misma perspectiva las concesiones de Munich adquirieron un enorme significado, pues ni los generales ni la propia población alemana estaban en esa época dispuestos a emprender una guerra. La situación era muy diferente a la de 1939, cuando la ocupación de Checoslovaquia y el pacto con la Unión Soviética hicieron aparentemente irresistible la política belicista del régimen. De este modo, la política del «apaciguamiento» contribuyó a que, tras el fallo de los generales, se rechazara también la oposición civil, que resultó prác-

ticamente inoperante como consecuencia de la creciente actividad del verano de 1938.

Un enjuiciamiento escéptico de los planes de Beck no tiene en cuenta el hecho de que constituían algo más que una protesta aislada de los generales, a la que el régimen podría haber respondido con el ascenso de muchos empeñados en hacer carrera. La oposición militar estuvo en conexión con un movimiento de resistencia en el que por primera vez participaban casi todos los sectores políticos. Los contactos comprendían tanto a altos funcionarios y al servicio secreto semicivil del Ejército, como a varios dirigentes sindicales y socialdemócratas, todos los cuales perseguían la transformación del régimen en el momento de producirse la tan esperada crisis político-militar. Precisamente, después de la dimisión de Beck y gracias a los contactos establecidos con el nuevo jefe de Estado Mayor, Franz Halder, los preparativos llegaron a su punto culminante. Era evidente que las concesiones de las potencias occidentales tenían que disminuir las probabilidades de la oposición en la misma medida en que contribuían a reforzar la posición de Hitler ante la opinión pública. En tal sentido, varios enlaces trataron de influir cerca de Francia e Inglaterra. Así, Ewald von Kleist se trasladó en 1938 a Londres, entrevistándose con Winston Churchill, sin que éste lograra, naturalmente, hacer desistir a Chamberlain de sus ideas de apaciguamiento [76].

Durante aquellas semanas, la conjura activa se centró en medios allegados al Servicio de Información del Mando Supremo del Ejército. Aquí es donde se poseían más elementos de juicio sobre la situación real y aquí fue un motor efectivo el jefe de la Sección Central del Servicio, el coronel Hans Oster. Nació en Dresden el año 1888 y su padre era pastor protestante. A diferencia de sus colegas militares, había mantenido una actitud crítica frente al nacionalsocialismo ya antes de 1933. Tras el asesinato de Schleicher, puso a disposición de la oposición la red del Servicio de Información, tanto para fines de encubrimiento como de conspiración. Estableció estrecho contacto con Beck, al suministrar a éste varios documentos que echaban por tierra las intrigas tramadas contra Fritsch.

Este decidido adversario del régimen —que, a diferencia de Beck, estaba dotado de una rara astucia y dinamismo, así como de una rápida voluntad de decisión—, con sus múltiples conexiones y posibilidades de información, se convirtió en el alma misma de la oposición militar. Su misma posición le ponía prácticamente a salvo mientras estuvo cubierto por su jefe, el almirante Canaris. La febril

[76] Cf. Bodo Scheurig, *Ewald von Kreist-Schmenzin*. Oldenburg, 1968, p. 155.

actividad desplegada por Oster en el verano de 1938 contribuyó fundamentalmente a enlazar la oposición militar con la civil. Bajo la protección del Servicio de Información pronto pudieron afianzarse los contacto y coordinarse planes, y a través de Oster se estableció la conexión con Halder que había facilitado Beck. Especial importancia revistieron los contactos con elementos de la oposición en el Ministerio de Asuntos Exteriores, que desempeñaron un considerable papel en la evolución de los acontecimientos hasta el 20 de julio de 1944: Adam von Trott zu Solz, Otto Kiep y Hans-Bernd von Haeften.

En todos aquellos planes se perseguía fundamentalmente la detención de Hitler al producirse la orden para el comienzo de la guerra y la esperada declaración bélica de las potencias occidentales. Se esperaba que con tales acontecimientos cundiría el sobresalto en la población alemana, consiguiéndose un amplio apoyo al proyectado golpe y la reducción del peligro de una guerra civil. Siendo evidente el catastrófico rumbo de la política criminal de Hitler, la conspiración podía esperar también el apoyo de los militares y de la burguesía, animados de una mentalidad autoritaria, naturalmente, siempre que la desobediencia no pareciera sabotaje o traición. En todas estas consideraciones la experiencia de noviembre de 1918 constituía una advertencia. Era preciso evitar dos peligros: una guerra civil, cuyo desenlace era incierto dado el poder del partido, y una «leyenda de la puñalada por la espalda» a la inversa, que podría envenenar una ulterior reorientación afirmando que, en vista del éxito, la oposición y las Fuerzas Armadas habían atacado a Hitler por la espalda. Lo fundado de estos razonamientos fue refrendado más tarde con la difamación de los actos del 20 de julio de 1944, al decir que, de haber triunfado, tan sólo habrían puesto fin a una guerra hacía tiempo perdida.

Los detalles del plan pueden resumirse así: ocupación militar de posiciones clave y detención de Hitler por el comandante en jefe del distrito militar de Berlín, el general von Witzleben; acto seguido, tendría lugar el procesamiento de Hitler, para lo cual se disponía de una amplia documentación de los crímenes nacionalsocialistas, cuya recogida se iniciara en 1934 y cuyo autor era el magistrado Hans von Dohnanyi, cuñado de Dietrich Bonhoeffer y, más tarde, íntimo colaborador de Oster; esa lista de crímenes habría de difundirse, al mismo tiempo, entre la población. Con el fin de asegurar la detención de Hitler, Oster y Dohnanyi habían establecido contacto con altos cargos de la policía de Berlín. El jefe de Policía, Graf Helldorf, al igual que su adjunto, el conde Fritz von der Schulenburg, habían abandonado gradualmente su entusiasmo nacionalsocialista

para convertirse en escépticos del régimen. Hubo también conexiones con otras personas igualmente desilusionadas (como Schacht) y, sobre todo, con varios dirigentes socialistas: Leuschner, Ernst von Harnack y Julius Leber, que acababa de salir de la cárcel. Se pensó también, como alternativa, internar a Hitler como enfermo mental; para ello se contaba con la colaboración del director psiquiátrico de la Charité de Berlín, el profesor Karl Bonhoeffer, padre de Dietrich y Klaus Bonhoeffer (abogado de Lufthansa y que también se había pasado a la conjura). Otros grupos de la derecha acariciaban un plan menos realista: la restauración de la Monarquía, y algunos ex-jefes de cuerpos de voluntarios y de los Cascos de Acero pensaron incluso en asaltar la Cancillería con el fin de provocar y matar a tiros a Hitler.

Estas eran cuestiones marginales. Oster y su grupo proyectaban instaurar una breve dictadura militar como paso previo a la constitución de una asamblea nacional, que habría de decidir el futuro orden político. Era un plan arriesgado e improvisado, que correspondía a una situación rápidamente agravada. Nació y murió con la amenaza de guerra, protagonizada por el régimen nacionalsocialista. El triunfo de Hitler en la Conferencia de Munich privó de base a tales planes. En los tres años siguientes, el régimen fue de éxito en éxito. Su prestigio no sólo debilitó las filas de la oposición y privó de toda perspectiva de éxito a cualquier acción contraria, sino que hizo que un golpe de Estado hubiera comportado las consecuencias ya temidas: guerra civil y la leyenda de la puñalada. Cuando el 28 de septiembre de 1938 la convocatoria de la Conferencia de Munich se adelantó sólo en pocas horas a la orden de movilización, fracasaba también el único plan de acción que hubiera podido contar con ciertas posibilidades de éxito para evitar la guerra y el ulterior desarrollo del régimen de fuerza. La ya problemática participación de los militares, siempre vacilantes, clave en todos los cálculos de los futuros protagonistas, se complicó considerablemente. Se intentó entonces influir en los poderosos, sobre todo Göring, en cuya presunta moderación cifraba alguna esperanza principalmente Goerdeler.

De todos modos, los ulteriores preparativos bélicos mantuvieron despierta la idea de una acción militar contra el régimen. El capitán general von Hammerstein y el ex-embajador en Roma, Ulrich von Hassell, tomaron parte en las conversaciones que trataron de tener en cuenta las nuevas circunstancias en que debía desenvolverse la oposición. A ello se añadieron contactos con el ministro de Hacienda prusiano, Popitz, que seguía una línea peculiar entre la oposición y el colaboracionismo, y con el ex-subsecretario de Papen y Schleicher, Erwin Planck, hijo del gran físico. Sin embargo, Hammerstein veía con escepticismo a las Fuerzas Armadas, a las que consideraba como

«decapitadas y desvirilizadas», y la izquierda dudaba más aún de los titubeos militares, después de las pasadas experiencias. Los antecedentes más inmediatos de la guerra demostraron asimismo la impotencia de una oposición que, pese a los esfuerzos de Oster y otros, no ejerció influencia alguna en la marcha de los acontecimientos. Junto con los intentos diplomáticos, exagerados «a posteriori», de evitar la guerra, es preciso mencionar dos proyectos de golpe de Estado. Según uno de dichos planes, Witzleben, que había sido trasladado a Francfort, volvería a Berlín, y al producirse la orden de ataque, Halder haría entonces una protesta parecida a la intentada un año antes por Beck, cuya finalidad era provocar una huelga de generales; pero esto fracasó, entre otras cosas, por el aplazamiento de la orden de ataque. El otro proyecto tenía como figura central a Hammerstein, que ya había sido rehabilitado y mandaba un grupo de ejércitos (cerca de Colonia). Planeó invitar a Hitler para que visitara su cuartel general, aprovechando la ocasión para detenerlo. Pero la invitación fracasó, y poco después Hammerstein, siempre sospechoso, fue destituido de nuevo. La guerra colocaba a la oposición ante nuevos supuestos.

Capítulo 8

EL SISTEMA DE DOMINACION EN LA GUERRA

La guerra y sus objetivos

El desencadenamiento de la Segunda Guerra Mundial no fue únicamente el resultado de una política revisionista fundada en arriesgados éxitos. Fue, indudablemente, una consecuencia lógica de la ideología y del sistema de dominación del nacionalsocialismo. La discusión de los factores y causas de la guerra debe tener siempre presente este contexto general. Tres factores son de destacar: para Hitler la Primera Guerra Mundial no había terminado nunca; la idea del espacio vital no podía realizarse sin una expansión bélica; finalmente, el sistema totalitario tenía por base la comunidad militante movilizada, que desvía los conflictos internos al exterior. Indudablemente la improvisación y la maniobra táctica desempeñaron un importante papel, tanto más cuanto que las crisis de 1938 manifestaron claramente que la mayoría de la población alemana no se entusiasmaba por la guerra, pese a la penetración propagandística en todos los campos, a la admiración por los éxitos de Hitler y a la popularidad de la política revisionista. Al mismo tiempo, pudo comprobarse, sin embargo, la impotencia de la «opinión pública», los efectos de la unificación y el alcance de la movilización interna. ¿No parecía, pues, tener razón una vez más la tan elogiada intuición del «Führer»?

Con el apoyo de una aviación modernísima, los ejércitos alemanes

consiguieron en un mes romper las defensas polacas en tres sectores. En la fecha prevista (17 de septiembre de 1939) el Ejército Rojo penetraba también en Polonia por la frontera oriental. Un nuevo tratado germano-soviético (28 de septiembre de 1939) delimitaba las conquistas de ambos y las respectivas esferas de influencia. El 19 de septiembre Hitler declaraba triunfalmente en Danzig: «Polonia ya no se levantará jamás. En fin de cuentas, de ello se encarga no sólo Alemania, sino también Rusia.» Parecía que una vez más se había jugado con las potencias occidentales, y que de nuevo Hitler ofrecía su paz «definitiva» como precio del reconocimiento de hechos consumados. Londres y París se negaron a consentir aquel juego por más tiempo, pero el frente occidental no estaba preparado, y mientras que la Unión Soviética imponía a los Estados bálticos su «protección» y Finlandia dictaba sus condiciones militares y territoriales tras una guerra de invierno, la ocupación alemana de Dinamarca y Noruega ampliaba la base estratégica del Tercer Reich (9 de abril de 1940). Un mes después se conseguía deshacer el frente occidental. Para ello se utilizó una amplia maniobra envolvente y de penetración, llevada a cabo a través de Holanda y Bélgica sin tener en cuenta anteriores acuerdos de neutralidad. La destrucción de Rotterdam (14 de mayo) por los alemanes inauguró, al mismo tiempo, los bombardeos contra la población civil, que habían de volverse tan duramente contra la propia Alemania. Parecía incontenible la «guerra relámpago» de los tanques y aviones alemanes. El único «fallo estético» fue la memorable operación de salvamento de Dunquerque, que libró de caer prisionera a una parte de las fuerzas inglesas (200.000) y francesas (100.000): expresión de la nueva voluntad británica de resistencia bajo el mando de Churchill, que el 10 de mayo de 1940 había remplazado al «premier» de la política del apaciguamiento.

El derrumbamiento de Francia llevó a Hitler a la cumbre del poder. En el mismo lugar del bosque de Compiègne y en el mismo vagón de ferrocarril del 11 de noviembre de 1918, los franceses hubieron de aceptar ahora, el 21 de junio de 1940, las condiciones del armisticio. Apenas diez meses después de la contienda, Hitler había anulado la derrota de 1918, conquistando la hegemonía en la Europa no rusa. La misma Italia quedaba relegada a un segundo plano. Las doctrinas fascistas y nacionalsocialistas de un «nuevo orden europeo» tenían ahora vía libre. Inglaterra estaba aislada, los Estados Unidos no se encontraban todavía preparados para una intervención y la Unión Soviética seguía esforzándose en mantener la alianza de intereses con Berlín y resarcirse de las pérdidas de la Primera Guerra Mundial con la ocupación de Polonia Oriental, el Báltico y Besarabia. Por su parte, Hitler ya había proyectado en

julio de 1940 su ataque contra Rusia para la primavera próxima, mientras que, siguiendo su táctica habitual, consideraba al mismo tiempo «definitivamente fijadas» las relaciones con Rusia (discurso ante el Reichstag del 19 de julio de 1940)[1]. A ello contribuyó el hecho de que, contra las esperanzas y discursos pacifistas de Hitler, la Inglaterra de Churchill no estuviera dispuesta a ceder y que los planes de invasión fracasaran por la inferioridad de la Marina alemana y la ineficacia de los ataques aéreos contra Londres. El «milagro de Dunquerque» constituyó un importante punto de giro comparable al representado por la batalla del Marne en 1914. Hitler se encontró en una situación análoga a la de Napoleón. Las operaciones relámpago de 1938-40 se convirtieron en una guerra permanente, y el ataque a Rusia fue tanto una desesperada empresa como una consecuencia de la ideología del espacio vital.

Entretanto, el régimen nacionalsocialista trató de convertir Europa en un «hinterland» de su política de guerra, por medio de la ocupación, acuerdos de presión y pseudotratados; las intervenciones de Italia en los Balcanes y en el norte de Africa ampliaron el campo de expansión, y el pacto Berlín-Roma-Tokio (septiembre de 1940) perseguía precisamente un «nuevo orden» a escala mundial. Pero tampoco en el Mediterráneo se logró vencer a Inglaterra. Franco proclamó sus simpatías por el «Eje» y envió incluso en fecha posterior unidades de voluntarios al frente del Este (División Azul); sin embargo, no pudo conseguirse su participación activa en la guerra, y fue el único de los dictadores que sobrevivió a la contienda. Gibraltar y Malta siguieron siendo poderosas bases de la marina y la aviación británicas, fracasaron los intentos encaminados a la sublevación de los nacionalismos árabes, resultó imposible un control eficaz de las colonias francesas y la campaña bélica germano-italiana en Africa —incluso en el mejor momento de sus éxitos militares (1942)— no consiguió su objetivo: llegar al Canal de Suez y al Oriente Próximo. Las tropas alemanas invadieron Yugoslavia y Grecia (abril-mayo de 1941); Hungría y luego Rumania, Eslovaquia, Bulgaria y Croacia se adhirieron al pacto tripartito. Sin embargo, el «nuevo orden» de Europa Sudoriental bajo la hegemonía del «Eje» contribuyó, al mismo tiempo, a aumentar la tensión germano-soviética,

[1] Cf. estudio detallado de Gerhard Weinberg, *Germany and the Soviet Union 1939 to 1941*. Leiden, 1954. Después de W. Hofer *(Entfesselung, op. cit.)*, el tema de las controversias acerca de la voluntad bélica de Hitler ha sido enfocado de modo magistral por Alan Bullock, *Hitler and the Origins of the Second World War*. Oxford, 1967.

retrasando el ataque a Rusia en varias semanas que fueron de gran alcance para la guerra.

En noviembre de 1940 fracasaban prácticamente las negociaciones que había mantenido en Berlín el ministro soviético de Asuntos Exteriores, Molotov. A cambio de su ingreso en el pacto tripartito, Moscú exigió influir en los Balcanes y libre salida del Mar Negro y del Mar Báltico; por otra parte, impugnó la presencia de tropas alemanas en Rumania y Finlandia. Por el contrario, Ribbentrop e Hitler ofrecieron generosamente el reparto del Imperio británico, pese a que los aviones británicos sobrevolaban ya Berlín, obligando a trasladar la conferencia al refugio de la Cancillería, y —según observaciones de Molotov— daban testimonio de la ininterrumpida presencia de Inglaterra. En las negociaciones jugó también cierto papel la idea de un Imperio colonial alemán en Africa Central, mientras que Italia se haría cargo del legado de Africa Oriental y norte de Africa y Rusia heredaría el Asia Meridional. Pero ya por las mismas fechas Hitler estaba completamente decidido a volver al programa esencial del nacionalsocialismo suspendido en 1939 y buscar en la conquista de Rusia la solución del problema bélico, al mismo tiempo que su pretensión de espacio vital.

El ataque del 22 de julio de 1941 no fue ninguna sorpresa para Moscú, aunque Stalin creyera hasta el último momento en una aplazamiento del mismo. El 13 de abril de 1941 había conseguido la firma de un pacto de no agresión soviético-nipón, que aliviaba la situación en la frontera oriental de la Unión Soviética y aminoraba los efectos del pacto tripartito. Moscú había cumplido al pie de la letra todas sus obligaciones con Berlín, reconociendo además todas las conquistas de Hitler. Stalin no escatimó testimonios de amistad para con el «Führer», pero Hitler sólo veía en esto una prueba de la debilidad soviética. El ingente avance de tropas alemanas por Polonia y Prusia Oriental no podían constituir ya secreto alguno. Al igual que Napoleón ciento veintinueve años antes, Hitler logró una rápida penetración. A finales del otoño de 1941 las tropas alemanas estaban ya a las puertas de Moscú y quedaba abierto el «nuevo espacio vital» de Ucrania. Pero, por vez primera, «el mayor general de todos los tiempos» no pudo echar por tierra las objeciones de los expertos con un éxito definitivo. Sus esperanzas de aplastar a Rusia en tres meses resultaron una nueva ilusión. Las enormes conquistas de terreno tuvieron un alcance estratégico tan reducido como en tiempos de Napoleón, y al irrumpir prematuramente el invierno ruso y sufrir los ejércitos de Hitler los primeros reveses, el Tercer Reich había llegado al límite de sus posibilidades. A la continuada resistencia británica y a la derrota sufrida a las puertas de Moscú hubo

de añadirse ahora la definitiva escalada de la contienda a nivel mundial provocada por el asalto japonés a Pearl Harbor (7 de diciembre de 1941) y la declaración alemana de guerra a los Estados Unidos de América (11 de diciembre de 1941). Aunque las conquistas niponas en el Sudeste asiático reforzaron en un principio las esperanzas de Hitler, la movilización del subestimado potencial norteamericano, pronto desbarató todos los cálculos. De este modo, la breve historia del Tercer Reich empezó a declinar en diciembre de 1941. El dogmatismo ideológico —culpable de la apreciación errónea del potencial inglés, americano y ruso— se volvió ahora contra Hiler. Naturalmente, de esto se siguió no sólo un aumento del esfuerzo militar, sino sobre todo un endurecimiento brutal del régimen totalitario, que especialmente en los nuevos territorios ocupados llevó a la práctica las últimas consecuencias de la ideología nacionalsocialista de la dominación.

El mismo día de la agresión y en un fantasmagórico discurso pronunciado en el Parlamento, Hitler manifestó que la campaña de Rusia era «la decisión más difícil de mi vida». Fue en realidad una ofensiva a la desesperada y, al mismo tiempo, la consecuencia de una obsesión ideológica. Tras los años de éxitos apareció la otra cara de una dictadura caudillista, exenta de control. En lugar de la constelación de fuerzas de 1939, estratégicamente tan favorable, surgía ahora una guerra de muchos frentes, tan duramente criticada por el mismo Hitler en *Mein Kampf;* en lugar de enemigos aislados, una poderosa coalición antihitleriana, que no tardó en ayudar a que los movimientos comunistas clandestinos abandonaran la confusión y la parálisis en que se hallaban sumidos. Además, la ampliación del «espacio vital alemán» con los inmensos territorios del Este, no comportó los esperados frutos. La ideología nacionalsocialista de la expansión y de la dominación resultó ser un serio obstáculo tanto para la gestión bélica como para el «nuevo orden». Lo que la conquista aportó en potencial material se destruiría luego por la política racista de opresión y exterminio practicada por los lugartenientes y comandos terroristas de las SS. Todo ello hizo que, tras una efímera ilusión, la población «liberada» del comunismo optara finalmente por la resistencia y la guerra de guerrillas. Como en el caso de los asesinatos irracionales y burocráticos de los judíos, resalta aquí el carácter absurdo de la política y de la doctrina totalitaria. El principio de la fase final de la dominación nacionalsocialista tuvo lugar cuando el régimen ambicionaba su máxima expansión, y cuando el Estado de las SS ampliaba incontenible su poderío.

El curso ulterior de la guerra estuvo presidido por confusos y frecuentes cambios en las estructuras de mando, así como por una

progresiva concentración del poder de decisión en Hitler. También aquí se produjo el gran cambio en el invierno de 1941-42. Brauchitsch y otros altos jefes fueron tomados de cabeza de turco, destituidos y culpados del fracaso ante Moscú. Hitler sumió entonces el mando supremo del ejército. A partir de este momento se dedicó casi exclusivamente a dirigir la guerra, destituyó y nombró sucesivamente a cuatro jefes de Estado Mayor (Halder, Zeitzler, Guderian y Krebs) y reemplazó al frente de la Marina a Raeder por Dönitz (enero de 1943): una prueba de la creciente importancia otorgada a los submarinos. En el transcurso de la guerra fue destituida, trasladada o castigada casi la mitad de los generales en puestos de importancia. La tirantez existente entre Hitler y los generales no provocó, sin embargo, una oposición decidida de los expertos militares frente a los errores, propios de la terquedad del «Führer», como tampoco son acertados los ulteriores esfuerzos de los autores militares de memorias por atribuir simplemente a Hitler toda la serie de fracasos. Los éxitos recogidos durante los dos primeros años de la guerra enmarcaron a Hitler en una estrategia, que bajo las condiciones completamente diferentes de la guerra de Rusia tenía que fracasar necesariamente. También aquí pudo apreciarse la otra cara del principio caudillista, que excluía la detenida deliberación, no permitiendo ni la coordinación del mando ni una ponderada planificación de todos los esfuerzos bélicos. Todo estaba subordinado al impetuoso «genio del 'Führer'», a su tan elogiada intuición e improvisación, y los generales hubieron de contentarse con el papel de auxiliares del Jefe (como Keitel y Jodl en el cuartel general del «Führer») o de meros especialistas, limitados y apolíticos. Su merecida impotencia —consecuencia tardía de la ofuscación sufrida tras la miope alianza de intereses con el régimen nacionalsocialista en 1934— se reflejó luego no sólo en la irremediable aceptación de la catastrófica estrategia de Hitler, sino también en la creciente apatía manifestada frente al terror de las SS en la retaguardia.

Un ejemplo lo constituye lo ocurrido con la llamada «orden de los comisarios» del 6 de junio de 1941. A tenor de la misma y antes del ataque a Rusia se anunció a la «Wehrmacht» el fusilamiento de todos los comisarios y cabecillas bolcheviques» inmediatamente después de su detención y sin juicio sumarísimo alguno [2]. Al igual que en el caso de los tratos aplicados a la población civil y de las ejecuciones en masa de prisioneros de guerra soviéticos, se formularon aquí multitud de reparos y objeciones, pero que se preocu-

[2] Hans Adolf Jacobsen, «Kommisarbefehl und Massenexekutionen sowjetischer Kriegsgefangener», en *Anatomie des SS-Staates,* t. II. Olten-Freiburg/Br., 1965, p. 170.

paban más bien de los peligros que ello pudiera entrañar para la disciplina de la tropa, análogamente a como los reparos políticos de Rosenberg sólo se dirigían a los perjuicios o beneficios para el montaje y eficiencia de la administración en los territorios del Este. Señaladas excepciones fueron algunos oficiales, como Canaris y Tresckow, que desde muy pronto presentaron serias objeciones. Pero, generalmente, las cuestiones de competencia conseguían, en el mejor de los casos, una modificación parcial del rígido curso; más a menudo se cerraban los ojos ante la realidad y las consecuencias del régimen de guerra, limitándose al eficiente manejo de la artesanía bélica y desistiendo de todo razonamiento político y estratégico. No faltaron dudas en el cuerpo de oficiales; tan sólo los «generales del Partido» más jóvenes seguían adheridos incondicionalmente a la fe en el «Führer». Sin embargo, sólo unos pocos optaron por la oposición o incluso por una actitud crítica. Las consiguientes acciones fueron obra de una pequeña minoría, cuyo éxito esperaban los demás.

El cambio experimentado en 1942 pudo apreciarse en todo el escenario bélico. Tras los triunfos de un principio, el creciente empleo de submarinos no pudo seguir el ritmo de los astilleros aliados y de la mejora de los mecanismos de defensa. A partir de 1943 los submarinos beneficiaron más bien a la propaganda que a la marcha de las operaciones bélicas. Pérdidas tan importantes como la guerra submarina (de un total de 1.200 submarinos alemanes fueron hundidos más de la mitad) supuso la guerra aérea, después de que la contienda librada sobre Inglaterra evidenciara por primera vez las limitaciones de la aviación alemana. Esta, que desplegaba su acción en Rusia y el Mediterráneo, pronto no pudo responder satisfactoriamente a los bombardeos británicos y norteamericanos por el Sur y el Oeste. A partir de 1942 las grandes urbes y centros industriales de Alemania sufrieron en creciente medida el impacto bélico. Todo ello no tuvo los esperados efectos ni en la estructura de los armamentos ni en el ánimo de la población. En estos «ataques aterrorizadores» encontró Goebbels un nuevo recurso para la movilización emocional. Pero la dedicación de la aviación alemana a tareas defensivas —terreno en el que también tenía forzosamente que sufrir reveses— afectó la marcha de la guerra en el frente. Tras las fanfarronadas de Göring lo que había era apreciación y planificación erróneas, escasez de personal y de materias primas. Ya en noviembre de 1941 se suicidaba el general Udet encargado de las cuestiones de armamento, al igual que en agosto de 1943 el jefe del Estado Mayor de la Aviación, Jeschonnek. Los nuevos adelantos y los cohetes llegaron demasiado tarde, y además Hitler no fomentó apenas

el desarrollo de armas atómicas por considerar que se trataba de armas a un plazo demasiado largo.

En un principio, la política alemana de armamentos se formuló pensando en una guerra corta; sólo después de algún tiempo desplegó toda su capacidad, y pese a los bombardeos y derrotas, el punto máximo se alcanzó en otoño de 1944. Con todo, la carrera armamentista de Alemania ya no podía competir con la producción de sus enemigos, pese a que contara con seis millones de trabajadores extranjeros y a que la proclamación de la guerra total acabara de algún modo con la anarquía de las distintas competencias y la organización se concentrara en el Ministerio de Armamento, de Speer. A finales de 1942 y principios de 1943 los reveses militares adquirieron dimensiones catastróficas. Stalingrado (casi 200.000 bajas) significó un viraje definitivo de la situación en Rusia. Tras la capitulación en Africa (250.000 prisioneros), los agresores se vieron ante un nuevo frente, que les asestó graves pérdidas, sacando a Italia del pacto con Hitler. En Casablanca, Churchill y Roosevelt trazaron ya en enero de 1943 los planes para una invasión de Francia (en 1944) con la exigencia de una capitulación incondicional, que excluía la posibilidad de cualquier tipo particular de paz, aunque también brindaba magníficos argumentos a Goebbels y su propaganda para resistir a toda costa. Entretanto, Hitler iba de revés en revés. La caída de Mussolini que, al mismo tiempo, evidenció las limitaciones de su dictadura, fue remediada de algún modo por el secuestro del «duce» y la creación de una República fascista en el norte de Italia. Pero, también aquí, surgieron numerosos movimientos de resistencia. Cuando en junio de 1944 comenzó el ataque contra la «muralla atlántica» febrilmente construida y contra la «fortaleza de Europa», las tropas alemanas tenían que retirarse en el Este hasta Polonia y en el Sur hasta las llanuras del Po. También el Japón hubo de encajar sensibles derrotas. Ya no podía dudarse del desenlace de la guerra. En las conferencias de Teherán (diciembre de 1943) y Yalta (febrero de 1945) se había decidido el destino de la Europa posterior a Hitler.

Entretanto, ya se había hecho pavorosa realidad en parte el concepto nacionalsocialista de la dominación. En el verano de 1942 el «nuevo orden europeo» alcanzó su punto culminante mediante el régimen de ocupación y Estados satélites. Muy heterogéneas fueron las distintas concepciones y formas de dominación; improvisación y planificación se entremezclaban en un indescifrable enigma; al igual que en el marco de la política interior alemana, los conflictos y rivalidades presidían la estructura imperialista en Europa. Destacaban tres formas principales: en Polonia y en la Rusia ocupada se implantó un régimen bárbaro de esclavización y exterminio; en los países

satélites de Europa Sudoriental se practicó una política hegemónica de alianzas aparentes; en Europa Septentrional y Occidental funcionó un sistema de gobiernos militares y regímenes colaboracionistas.

Muy poco antes de comenzar la contienda Hitler había asegurado una vez más al embajador británico, que «no se trataba en absoluto» de rectificar las fronteras alemanas en el Oeste. El mismo día (25 de agosto de 1939), a través del embajador francés (Coulondre), aseguraba a Daladier que Alemania no reivindicaba Alsacia y Lorena [3]. Al sometimiento de Francia siguieron las condiciones de armisticio, que concedían al régimen autoritario de Vichy, presidido por el mariscal Pétain, cierta autonomía, aunque, naturalmente, dentro del marco de una cooperación germano-francesa, dictada por Alemania. Por ello, Hitler no accedió a los deseos expansionistas de Italia y España. Sólo después de la guerra habría de aparecer el definitivo «nuevo orden». Ideólogos nacionalsocialistas, tales como el embajador alemán en París, Otto Abetz, combinaban aquella reordenación con sueños fantásticos de una unificación europea, que pondría término a la milenaria y tradicional enemistad. Pero, al mismo tiempo, se producía la anexión de Alsacia y Lorena, repitiéndose y superándose las demandas de la Primera Guerra Mundial: esgrimiéndose argumentos pseudohistóricos se declaró el norte de Francia (hasta el Somme y Borgoña) parte de los viejos dominios germano-alemanes. Y con grotescos cambios toponímicos, que recordaban la política italiana del Tirol Meridional (por ejemplo: Nancy=Nanzig, Besançon=Bisanz) fue preparándose la regermanización. Quedó pendiente la definitiva regulación, pero a la invasión aliada del norte de Africa francés (noviembre de 1942) siguió la ocupación alemana total del resto de Francia, mientras De Gaulle proseguía desde Londres la guerra de la «Francia libre».

Con la declaración de guerra a los Estados Unidos, Hitler sentenció su propio fracaso, al intentar por segunda vez salir a la desesperada de un callejón sin salida. Tras la resistencia presentada por Inglaterra, el estancamiento de la guerra en Rusia venía ahora a desbaratar todos los cálculos. Hitler sostenía ahora, en contra de todas las advertencias, que el tonelaje marítimo de Occidente era insuficiente para transportar al continente un ejército expedicionario. La verdad era que Hitler tenía que enfrentarse por primera vez con una potencia exterior a la que no podía igualarse militarmente. Para los mismos Estados Unidos el Tercer Reich fue y siguió siendo el prin-

[3] *Akten zur deutschen Auswärtigen Politik 1918-1945*. Serie D, t. 7. Baden-Baden-Francfort del Meno, 1965, núm. 265. *Französisches Gelbbuch, Diplomatische Urkunden 1938-1939*. Basel, 1940, núm. 242. También Eberhard Jäckel, *Frankreich in Hitlers Europa*. Stuttgart, 1966, p. 25.

cipal enemigo, a pesar de su guerra directa contra el Japón. El propio Hitler había planeado la guerra como una contienda ideológica radical, y el cuadro que ofrecía el régimen de terror en Europa intensificó más aún la voluntad del adversario de luchar hasta la rendición incondicional del Tercer Reich. Las potencias occidentales concibieron la guerra como una «cruzada» para la liberación de Europa, y, siguiendo fielmente las fijas ideas de *Mein Kampf,* la propaganda nacionalsocialista hizo de ella una despiadada guerra de credos y razas, toda vez que equiparó con creciente encarnizamiento la «lucha final» contra el bolchevismo con la lucha contra las «plutocracias», viendo tras ambas la supuesta aspiración a la dominación del mundo por el «judaísmo internacional».

Como consecuencia de esta superguerra o guerra civil internacional (Sigmund Neumann), determinada por las ideologías, se multiplicaron rápidamente los movimientos de resistencia en los países ocupados. Los tradicionales valores del patriotismo y de la traición se deformaron al nivel del conflicto internacional, y en Alemania de forma más acusada que en los Estados satélites. Por doquier había una enconada lucha secreta entre colaboracionistas y grupos de la oposición. Unidades SS no alemanas tenían el cometido de demostrar el nuevo orden europeo, mientras que en Rusia y en Polonia, en Yugoslavia y en Noruega, en Francia y finalmente en Italia se oponía un frente interior al régimen nacionalsocialista.

En el invierno de 1941-42, cuando se producía el gran viraje en la marcha de la guerra, Hitler quiso dar a conocer en su cuartel general de Prusia Oriental sus charlas de sobremesa *(Tischgespräche),* en las que se expone de forma tan fantástica como trivial e inequívoca la ordenación del régimen político que imperaría después de la guerra [4]. Tan sólo concebía una paz que asegurara a Alemania sus ilimitadas pretensiones. El primer objetivo era la creación de un Gran Imperio germano-alemán desde Cabo Norte a los Alpes, del Atlántico al Mar Negro, surcado por una poderosa red de autopistas junto a las cuales se establecerían colonias militares germanas para asegurar el espacio conquistado. Berlín (o una nueva urbe) se llamaría «Germania», convirtiéndose en la gigantesca «capital del mundo»; a su lado, Londres y París serían una sombra..., «comparable tan sólo con el antiguo Egipto, Babilonia o Roma». Leningrado, símbolo de la resistencia rusa, sería aniquilada; Crimea, antiguamente dominada por los godos, se convertiría en centro germánico para fines culturales y lugar de vacaciones, debiendo ser poblado con gentes del Tirol meridional: «Sólo necesitan ir Danubio abajo, río alemán,

[4] *Hitlers Tischgespräche,* nueva edición. Stuttgart, 1963.

para llegar allá». Rusia sería en el futuro en parte un enorme campo de maniobras militares y en parte lugar de asentamiento de los «campesinos del Reich» germánicos, que serían seleccionados por toda Europa según criterios raciales, siendo empleados y mezclados con arreglo a un plan preestablecido; los suizos, tan despreciados por Hitler, podrían emplearse a lo más como venteros. Todo el Este habría de ser una enorme colonia, una especie de India germánica, con enlace terrestre y directo con el país alemán que constituía el núcleo central. A los 180 millones de rusos, en cambio, habría que sumirlos en un envilecimiento progresivo, impedir su procreación y cerrar sus escuelas para ahogar toda inteligencia y oposición futuras. «Sólo podrán aprender como máximo las señales de tráfico» y, naturalmente, la obediencia a las órdenes alemanas. Hitler vino a expresar así sus planes de dominación: una vez al año visitará la capital del Reich un grupo de kirguises para que su imaginación se empape del poderío y de la grandiosidad de nuestros monumentos. En el caso de que surjan dificultades, se liquidará con un par de bombas a la población concentrada en los «ghettos», y «asunto concluido».

Tales visiones futuristas, expresadas en el punto culminante de la expansión bélica, no eran reflejo de la megalomanía de un sueño, sino hechos y planes terriblemente concretos. El sistema de trabajo obligatorio, la política racista y antijudía, las formas prácticas de dominación —sobre todo, en los territorios del Este—, confirmaron inequívocamente su realidad. Himmler, el avicultor e hijo de maestro, inició su ejecución con todo detalle y siguió perfeccionándola incluso cuando ya hacía tiempo que estaba perdida la guerra. También desde este punto de vista, los objetivos ideológicos constituían un valor absoluto, que haciendo caso omiso del perjuicio o beneficio para la marcha de la guerra, seguían determinando la política de dominación cuando ya ésta había perdido toda su base. Ciertamente, en el período de 1941-42 pareció que Hitler conseguiría hacer realidad aquel Imperio para cuya formación pensaba que, por su raza y su número, los alemanes eran los más aptos y geopolíticamente los más necesitados. Pero incluso en los periodos de derrota, Hitler siguió creyendo hasta el final en el derecho del más fuerte y en una victoria suya por ley natural. Incluso durante la macabro-grotesca escena en el refugio de la derruida Cancillería, Hitler no sacó otra conclusión de la derrota que la lamentación de que el pueblo alemán no había estado a la altura de sí mismo y de la tarea que se le había encomendado.

Así pues, el nuevo orden de Europa y los objetivos de dominación del nacionalsocialismo estaban en su esencia inequívocamente preestablecidos. El 5 de abril de 1940, antes de la invasión de

Dinamarca y Noruega, Goebbels, más ágil que Hitler e Himmler, expuso a un grupo de periodistas alemanes los objetivos y táctica de la guerra. Esta realizaría a escala europea «la misma revolución que nosotros hemos implantado en pequeño dentro de Alemania». Aquel discurso, pronunciado ante una prensa invitada y mantenido en secreto, pone de manifiesto hasta qué punto eran una sola cosa la política interior y la exterior para la idea imperialista del nacionalsocialismo. La táctica utilizada durante el período de asalto al poder («Teníamos ya nuestros planes, aunque no los expusimos a la crítica pública») se repite ahora: «Indudablemente, tenemos ya una idea de la nueva Europa, que no será expuesta hasta el momento de su realización.» «Hoy decimos espacio vital. Que cada cual entienda con ello lo que quiera... Hasta ahora hemos logrado sembrar la incertidumbre entre los adversarios acerca de los verdaderos objetivos de Alemania. De igual modo, nuestros adversarios internos no advirtieron hasta 1932 cuál era nuestro rumbo, ya que nuestra invocación de la legalidad tan sólo era un artificio» [5]. Ciertamente, en el régimen de terror practicado en la Europa ocupada eran bien patentes aquellos objetivos, pero, al igual que en los momentos de unificación, persecución y privación de derechos en Alemania, no se habían desvanecido las ilusiones y una mostrenca filosofía del éxito disculpara la «inevitable» brutalidad del régimen, también ahora se justificaba con la frase de que «donde se cepilla saltan virutas» en el sentido de que la creación de todo lo grande exige lágrimas y sangre.

Pese a la catástrofe que se anunciaba, los nacionalsocialistas mantuvieron invariablemente la convicción de que Rusia habría de ser aniquilada, los eslavos deportados a Siberia, tras ser diezmados, y su condición futura la de ser esclavos para trabajar. Los judíos estaban condenados al exterminio. La nueva Europa se concebía únicamente como el «Imperio de la Gran Germania» sobre bases raciales (en ella se encuadrarían también suecos y holandeses mediante traslados de población dentro del gran espacio) y no como una federación de pueblos europeos. Las ideas de Hitler, contenidas en su libro inédito de 1928, pasaron a formar parte de su política de guerra y dominación. La nueva Europa —según declarara entonces al criticar la idea paneuropeísta— se realizará únicamente mediante la hegemonía de la raza mejor y de la nación más vigorosa, al igual que antaño Italia fuera unificada por la antigua Roma. Europa podrá presentarse entonces como una potencia mundial y enseñar los dientes a Norteamérica [6]. La idea fundamental era, pues, la de una Europa «ordenada»

[5] H. A. Jacobsen, *Der Zweite Weltkrieg*. Francfort del Meno, 1965, p. 180.
[6] *Hitlers zweites Buch*. Stuttgart, 1961, p. 129.

racialmente, bajo la dominación alemana e instrumento de las aspiraciones de hegemonía mundial del nacionalsocialismo. Ante esta meta suprema todo lo demás se reducía a conceptos parciales tácticamente condicionados o a soluciones provisionales, por ejemplo, el carácter de Estado de la Europa Occidental, la división de Rusia en varios territorios o la delimitación provisional de las esferas de poder de Italia y Alemania.

La Rusia ocupada era el gran campo experimental para convertir en realidad aquella grandiosa idea largo tiempo perseguida. Consciente y sistemáticamente fue implantándose allí la administración política del nuevo estilo y el aparato de explotación, terror y aniquilación del Estado de las SS. A diferencia del norte y oeste de Europa, desde el principio mismo de la guerra no se implantó allí el sistema de administración militar y mandos militares; en Rusia se impuso una enorme maraña de organismos del partido y de las SS. El ejército se limitó únicamente a ponerles a su disposición un gran campo de acción, tolerando sus actividades, aunque fuera a regañadientes. Más que en la pasiva aceptación de los errores estratégicos del «Führer» es aquí donde radica el profundo engaño y la grave culpabilidad de los expertos militares, uno de cuyos máximos representantes, el mariscal Kesselring, con orgullo y sin gran intuición lo ha expresado en el título mismo de sus memorias (1953): *Soldat bis zum letzten Tag* [Soldado hasta el final].

El sistema de dominación y aniquilamiento

La expansión bélica de la dominación nazi aceleró la reestructuración interna del Tercer Reich y el desarrollo del sistema totalitario. Aquí radica una gran diferencia con respecto a la dictadura stalinista de Rusia, donde la guerra comportó un alivio del totalitarismo en beneficio del esfuerzo patriótico general. Durante la guerra no sólo continuó la anarquía de competencias y rivalidades, tan característica de la dictadura caudillista nazi, sino que aparecieron nuevos organismos y autoridades, que se superpusieron con frecuencia al sistema de poder ya existente. Desde 1937 no se había vuelto a reunir el gobierno del Reich. Por la naturaleza misma de la dictadura de Hitler muy poco podía esperarse del intento de crear un supergabinete como instancia suprema, que rigiera sobre el caos de jefaturas. Antes de iniciarse la guerra (30 de agosto de 1939) se creó un «Consejo Imperial de Defensa», presidido por Göring y en el que estaban representados los grandes sectores del poder: Cancillería del Partido (Hess); Cancillería del «Führer» (Lammers); Mando Supremo del

Ejército (Keitel); Comisario Supremo de Economía (Funk), en cuanto no dependiera de Göring, jefe de la Economía de Guerra; y Comisario General de Administración (Frick), que al mismo tiempo controlaba los Ministerios de Justicia, Culto e Iglesias. Hitler se reservó la política exterior y la militar. Sin embargo, este Consejo Imperial de Defensa no fue sino una institución más sin significado práctico y que más bien contribuyó a aumentar las complicaciones, degradando más todavía los Ministerios a la condición de meros órganos técnicos.

La nueva estructura político-administrativa se extendía también, a escala regional, a través de Comisarios de Defensa, con jurisdicción en los 18 distritos de defensa en que se articulaba entonces el Reich. A las interferencias existentes se añadieron ahora nuevos conflictos de competencia con la administración ordinaria, el partido y las SS, la economía y los militares. Generalmente, los jefes regionales *(Gauleiter)* llegaron a ocupar privilegiadas posiciones de mando. Con este carácter, ellos (y, consiguientemente, el partido) podían controlar el aparato estatal y a los militares. Todo ello fue una consecuencia del estado de excepción, que en el sistema totalitario llega a borrar la diferencia entre guerra y paz, y cuyas bases estaban ya sentadas en el decreto promulgado con motivo de la quema del Reichstag y en la «Constitución del 'Führer'» (agosto de 1934). En guerra o en paz, se vivía y funcionaba en estado de excepción y en permanente movilización.

Junto al cuadro anterior proliferaron también varios organismos especiales. Fritz Todt (sucesor de Speer), ingeniero, creó un Ministerio de Armamento y Munición. Para proyectos de construcción de interés bélico surgió la llamada «Organización Todt» que, a su vez, podía intervenir en el marco de atribuciones del Mando Militar para los territorios ocupados. Una gran incógnita fue la posición del nuevo Ministerio del Este, a cargo de Rosenberg y que se mantuvo sólo por razones de rivalidad entre los jefes. Mayores poderes tuvo el «Comisario Especial del Trabajo» (Sauckel), cargo creado en 1942 y que podía inmiscuirse en numerosos Ministerios y organismos. Por encima de todo y de todos estaba el «Führer», y el propio Hitler se hizo confirmar expresamente por el Reichstag (26 de abril de 1942) su omnipotente posición por encima de la ley y de la Constitución. Sin embargo, desde 1941 se preocupó casi exclusivamente de la dirección de la guerra, lo cual dejó libre el campo a Himmler y al posterior desarrollo del Estado de las SS.

El marco externo lo constituía la política de ocupación, que desde el ataque contra Polonia fue practicada con la mayor brutalidad invocando las imperiosas necesidades de la guerra. En primer lugar, se amplió el territorio del Reich mucho más allá de lo que

podría resultar de una revisión del Tratado de Versalles. De Polonia se segregaron la región del Warthe, así como los distritos de Zjechanow y Suwalki, que pasaron a formar parte de Prusia Oriental; la Alta Silesia se extendió a toda la zona industrial, con inclusión de Teschen. La «frontera de la alemanidad» debía adelantarse mediante el desalojamiento de la población polaca, el asentamiento de individuos de raza alemana procedentes del Báltico y de Europa Sudoriental y la «alemanización» de poblaciones «racialmente valiosas». La idea se llevó tan lejos que durante el otoño de 1942, las SS comenzaron incluso en la zona de Lublin (!) a crear el espacio para una «gran colonización» alemana mediante una precipitada operación de evacuación forzosa y detenciones en masa de campesinos polacos [7]. En la zona occidental se procedió a la «reincorporación» de Alsacia-Lorena y Eupen-Malmedy. Al mismo tiempo, se separó de Eslovenia una parte de Crania y la Estiria Baja (en ambas los alemanes sólo constituían minoría). Asimismo, el Protectorado de Bohemia-Moravia y el Gobierno General de Polonia se consideraron partes del Reich.

El «status» de las restantes zonas orientales permaneció más o menos confuso. Fueron articuladas en dos Comisariados del Reich, a cargo de los «Gauleiter» Erick Koch e Hinrich Lohse («Estlandia», con la zona báltica y Rusia Blanca, y «Ucrania»). Ambas siguieron siendo zona de operaciones militares y escenario de la política racista y aniquiladora de las SS. Su futuro político empezó por ser un enigma. Al planearse la invasión de Rusia, Hitler exigió en julio de 1940 ante los altos mandos del ejército la división de Rusia en varias zonas [8]. En marzo de 1941 recordó la disolución de Rusia en varios Estados, y rechazó la idea de implantar una «Rusia nacional» en lugar de la bolchevique. Pronto se puso de manifiesto que la reordenación general llevada a cabo con la «máxima brutalidad» perseguía la explotación y dominio total del «espacio vital» ruso hasta los Urales, y en este sentido se expresó Hitler con toda claridad en sus *Tischgespräche* de 1941-42. Con ello se vinieron abajo los sueños de Rosenberg y todo quedó entregado a la lucha por el poder de las diferentes autoridades en el Este. La resultante confusión general no podía ser captada por la población; la idea de una cooperación con los rusos «liberados» sobre la base del anticomunismo, tal como se pretendía por el grupo formado en torno a Rosenberg, se convirtió en pura ilusión, pese a que hasta el final de la guerra se

[7] Martin Broszat, *NS-Konzentrationslager, op. cit.*, p. 105.
[8] Generaloberst Halder, *Kriegstagebuch*, t. II. Stuttgart, 1963, pp. 32 y 49.

hicieron intentos aislados de emplear tropas auxiliares rusas (el ejército de Wlassow, los cosacos).

El trato y cometido reservados a las poblaciones polaca y rusa puede reconocerse claramente en numerosas manifestaciones hechas por altos funcionarios del nacionalsocialismo. Desde 1939 el gobernador general Frank declaró reiteradamente que para Alemania «había empezado la época del Este», «una época de enormes transformaciones en el orden de la colonización y de los asentamientos»; Polonia era el «puente para la penetración en las inmensas extensiones del espacio oriental»; en cuanto a los polacos, era preciso ponerles en claro «la diferencia de nivel de vida entre dominadores y dominados» y «que ningún polaco puede llegar más allá de la categoría de capataz». En noviembre de 1940 se expresaba así: «Aquí tenemos simplemente un gigantesco campo de trabajo, en el que todo cuanto significa poder e independencia está en manos de los alemanes.» Un año antes (octubre de 1939), inmediatamente después de la ocupación, Frank proclamaba ya lo siguiente: «Los polacos sólo podrán contar con aquellas posibilidades de instrucción, que les permitan ver el fatalismo de su destino como pueblo» [9]. Todavía, al final, poco antes de tener que abandonar su sitial del castillo de Cracovia, Frank comentaba así el orden de paz y de victoria del nacionalsocialismo: «Con tal de haber ganado la guerra, me da lo mismo que se haga carne picada de los polacos, ucranianos y cuanto anda por aquí. ¡Se puede hacer lo que se quiera!» [10]

Mayor alcance tienen todavía las manifestaciones del ejecutor máximo, expresión de la estrecha vinculación entre régimen interno de terror y expansión exterior. Tipos tales como el pedante Himmler y sus cómplices llenos de fanatismo burocrático al estilo de Eichmann fueron los encargados de tomar al pie de la letra las extravagantes visiones de Hitler acerca de la historia y la dominación, tratando de realizarlas «hasta la última coma». En tal sentido, Himmler dispuso «llevarse de Francia» y de otros países la población de sangre germánica, con el fin de arrebatarles los futuros dirigentes, a quienes identificaba a tenor de su ideología con la «raza» rubia y de ojos azules. Por otra parte, puso en marcha todo su brutal aparato con el fin de apresar en las «tenazas de hierro de la alemanidad» a checos y polacos, intensificando sistemáticamente su «nordificación» o su

[9] Josef Wulf, *Das Dritte Reich und seine Vollstrecker*. Berlín, 1961, p. 352. Sobre todo: Martin Broszat, *Nationalsozialistische Polenpolitik 1939-1945*. Francfort del Meno, 1965.

[10] Josef Wulf, *Vollstrecker, op. cit.*, p. 371.

esclavización y aniquilamiento [11]. Las medidas correspondientes eran planeadas con un minuciosa exactitud, «aplicadas» sin ninguna consideración y, en lo posible, seudocientíficamente justificadas por los enormes ficheros de que disponía la Oficina Central de Colonización y Raza; tales medidas eran tan concretas y terribles para los afectados como extrañas a la realidad y a las condiciones de una guerra perdida desde 1942.

Todo esto se apreciaba igualmente en el discurso secreto pronunciado por Himmler en Posen ante los jefes nacionales y regionales del NSDAP, el 3 de agosto de 1944. Después de reprimir la sublevación de julio, Himmler habló después de Goebbels y Speer, quienes se pronunciaron por la movilización general para la guerra total y empezó denunciando la supuesta puñalada por la espalda, asestada por el Ejército al nacionalsocialismo y a las SS. Invirtiendo la leyenda clásica, culpó también a las Fuerzas Armadas del desastre de 1918, jactándose de la sangrienta liquidación del movimiento de la resistencia del 20 de julio [12]. En medio de un frente oriental en franca disolución, Himmler seguía fiel a las utopías romántico-brutales de un futuro «Imperio Germánico» y del «invernadero de sangre germana en el Este». Según el mismo Himmler, el rearme y la expansión —base y contenido de la política nacionalsocialista— toparon siempre con el recelo y la oposición de los generales; pero ahora, con el nuevo «ejército popular nacionalsocialista» sometido a su mando y la total reorganización en favor de las SS, podría recuperarse y asegurar de una vez el Imperio en el Este. Luego expuso el cuadro del futuro:

«No necesitamos ocuparnos en absoluto del problema de la recuperación de los cientos de miles o del millón de kilómetros cuadrados perdidos en el Este. Es inconmovible que hemos adelantado en unos 500 kilómetros nuestras fronteras nacionales y que estamos asentados aquí. Es inconmovible que crearemos un imperio germánico, es inconmovible que a los 90 millones de germanos se añadirán otros 30 millones, de forma que multiplicaremos nuestra etnia a 120 millones de germanos. Es inconmovible que seremos la potencia ordenadora en los Balcanes y en otras partes de Europa de forma que orientemos y ordenemos a todo ese pueblo económica, política y militarmente. Es inconmovible que realizaremos esta colonización y que montaremos en el Este un invernadero de sangre germánica. Es inconmovible que desplazaremos nuestras líneas defensivas muy lejos

[11] Paul Kluke, «Nationalsozialistische Europapolitik», en *VfZG*, 3 (1955), p. 257.
[12] *VfZG*, 1 (1953), p. 357.

por el Este. Porque nuestros nietos y biznietos perderían la próxima guerra —que, indudablemente, vendrá dentro de una o de dos generaciones—, de no estar nuestra aviación, ¡digámoslo de una vez!, en los Urales. Por otra parte, considero sencillamente maravilloso que ya veamos claro que nuestra misión política, económica, humana y militar se encuentra en el formidable Este. Si los cosacos consiguieron abrirse paso hasta el Mar Amarillo en nombre de sus zares, conquistando todo el territorio palmo a palmo, nosotros y nuestros hijos conseguiremos a toda costa año tras año y generación tras generación equipar con armamento nuestros tractores y, partiendo de la inmediata retaguardia, fortificar primero unos cientos de kilómetros situados detrás de las trincheras para luego colonizarlos y expulsar a sus ocupantes. Tal es nuestro cometido. El Este será nuestro campo de maniobras, en el que nos ejercitaremos cada invierno, en medio del hielo, la nieve y el frío, con las divisiones que fueren. Al igual que los padres en 1941, allí se entrenarán los hijos en los años venideros, allí levantarán sus moradas y vivirán en tiendas de campaña como los fineses: cada generación habrá de familiarizarse con el fuego real, se curtirá, y de este modo podremos evitar para las próximas décadas y centurias el peligro de la victoria: el que la gente al nadar en bienestar se vuelva blanda y comodona...»

En estas frases, que culminaron invocando el «proceso selectivo de la naturaleza», puede apreciarse con claridad los criterios y la filosofía de la política nacionalsocialista en materia de dominación y conquista. Himmler se expresó con mayor precisión y minuciosidad que Hitler, en el mismo sentido de un Imperio futuro de las SS, situado más allá de los principios nacionales, y fundado en la idea del Reich de la Gran Alemania.

El destino de los otros territorios ocupados permaneció poco definido. En Holanda y Noruega funcionó el sistema de Comisarios del Reich, se mantuvo la administración indígena, y colaboracionistas tales como el dirigente fascista noruego Quisling ocuparon el «poder». En Bélgica y en la Francia no ocupada gobernaron los militares, y en Dinamarca un «plenipotenciario del Reich» (desde 1942 el jurista de la Gestapo, Werner Best).

Al atacar a Rusia se declaró la movilización europea para la lucha contra el bolchevismo como base del «nuevo orden», y al mismo tiempo Hitler era proclamado «Caudillo de los Ejércitos Europeos». Las unidades de voluntarios debían ser exponente de la voluntad de penetración europea en el Este, y esta «política europea» encontró realmente un eco positivo en círculos conservadores y anticomunistas de Europa Occidental. En realidad, todo estaba en función de la

política del espacio vital; el primer plano de la propaganda no lo ocupaba «Europa», sino el «Reich» [13].

Por lo demás las medidas concretas de dominación —incluso en Europa Septentrional y Occidental— vinieron a desmentir la propaganda nacionalsocialista. Así, con el propósito de una ampliación de la «Marca Occidental», a cuyo frente se encontraba el *Gauleiter* Bürckel, unos 70.000 loreneses fueron deportados a la zona ocupada de Francia [14]; desde 1941 se recurrió a represalias y al fusilamiento de rehenes para tratar de dominar la creciente actividad de la resistencia francesa; y los movimientos de oposición iban en aumento en todos los territorios ocupados a medida que aparecía más dudosa una victoria alemana, aunque fuese más cruel el terror. Cuanto más precisaba de trabajadores extranjeros la industria alemana, tanto más se practicaba el secuestro de personal hacia Alemania, pero también tanto más proliferaba la resistencia en los países afectados, el sabotaje e incluso las huelgas masivas. La deportación de judíos aumentó la tensión y, tras el asesinato de Heydrich, las «represalias» contra la aldea checa de Lidice (junio de 1942) —donde fue ejecutada la totalidad de la población masculina— constituyeron una prueba inequívoca de la política de dominación nazi, incluso en el Protectorado. Parecidas crueldades abundaron también en Occidente en los años siguientes: ejemplo, las operaciones de asesinato y exterminio de Oradour, cerca de Limoges (julio de 1944).

El terror más sistemático se desarrolló en Polonia y Rusia. Durante la campaña misma de Polonia se registraron algunos conflictos entre el ejército y «grupos de asalto» de la policía (SS), que Heydrich atribuiría más tarde a la «falta de conocimientos del modo de ser del enemigo»; las instrucciones dadas a la policía habían sido «tan radicales» que «no podían comunicarse» a los mandos del ejército. En consecuencia, «la actuación de la policía y de las SS pareció de cara al exterior arbitraria y brutal» [15]. Heydrich añadió otro atenuante más: «Las unidades de protección (es decir, la milicia de raza alemana bajo el mando de las SS), al principio y en lógica respuesta a las crueldades polacas, cometieron actos de venganza incontrolables y casi imposibles, que luego se atribuirían a la policía y a las SS.» Con todo, tras la fachada del Ejército y de la administración oficial estaba claramente definida la función de la policía y de las SS en la

[13] Kluke, *op. cit.*, p. 240.

[14] Paul Kluke, «Nationalsozialistische Volkstumspolitik in Elsass-Lothringen 1940 bis 1943», en *Festgabe für Hans Herzfeld.* Berlín, 1958, p. 629. Cf. E. Jäckel, *op. cit.*, p. 79.

[15] Nota de Heydrich en documento del 2 de julio de 1940: H. Krausnick, «Hitler und die Morde in Polen», en *VfZG,* 11 (1963), p. 206.

futura política de ocupación. Es especialmente significativo que se subraye el carácter secreto de las medidas de terror y exterminio, invocando su brutalidad para justificar un trámite administrativo y jerárquico especial. Aquí es preciso descubrir las bases del ulterior desarrollo y legitimación del Estado de las SS.

Esta evolución se concretó militarmente en el desarrollo de las unidase SS, desde el punto de vista político-administrativo en el montaje de la policía de las SS, todo ello estrechamente ligado con el sistema de aniquilamiento de los campos de concentración. La eficiente promesa de Hitler después del 30 de junio de 1934 de considerar el Ejército como el único brazo armado de la nación, quedaba rota aquel mismo año, cuando se dotó de armamento a su bandera de escolta (al mando de Sepp Dietrich), a los llamados «piquetes políticos» para la lucha en las calles y a la Guardia de los Campos de Concentración de las SS (Unidades de las Calaveras). Todo este montaje fue más lento que en el caso de la policía de las SS. Himmler debía tener en cuenta al Ejército cuyo visto bueno interesaba a Hitler. Por ello, las tropas armadas de las SS eran consideradas como unidades especiales de la Policía, y por una disposición secreta de Hitler (17 de agosto de 1938) adquirieron un «status» especial, dependiendo directamente del «Führer»: «para cometidos particulares internos del Jefe Nacional de las SS y del Jefe Superior de Policía... o para su utilización móvil dentro del ejército de guerra» [16]. Sin embargo, después de esta «legalización» secreta, las unidades SS recibieron gran impulso una vez iniciada la guerra. Hitler fijó sus cometidos en 1940: tras «acreditar su valía en el campo de batalla», las unidades SS, en su condición de policía de las tropas del Estado, defenderán e impondrán «la autoridad interior» en el futuro Imperio de la Gran Alemania, que indudablemente contará también con «elementos» recalcitrantes, mientras que el Ejército se empleará «en el futuro únicamente contra los enemigos exteriores del Reich» [17]. En la guerra de Polonia lucharon algunos piquetes políticos de las SS y Unidades de las Calaveras enmarcados en divisiones del ejército, pero más tarde se formaron divisiones propias, como las conocidas con los nombres de «Viking», «Das Reich» y «SS-Totenkopfdivision» (al mando de Eicke). Otros nueve Escuadrones de Calaveras acantonados en Austria, Checoslovaquia y Polonia acabaron por convertirse en auténticas divisiones de guerra, mientras que la vigilancia de los campos de concentración se encomendó al personal de servicios auxiliares de las SS. A partir de 1940

[16] Hans Buchheim, *Die SS — das Herrschaftsinstrument, op. cit.*, p. 200.
[17] *Idem.*

todas estas unidades, *incluido* el personal de vigilancia de campos de concentración, se denominaron unidades SS, y por tanto éstas no comprendían solamente las tropas de combate, como ha venido sosteniendo después de la guerra la Organización de Veteranos de las SS (Hiag) para autojustificarse. Entre mayo de 1941 y mayo de 1942 las unidades SS pasaron de 73.000 a 147.000 hombres. Nacieron con el deliberado propósito de diferenciarse claramente del Ejército, considerándose una tropa especial directamente vinculada a lo político y a la concepción nazi del mundo: con el progresivo aumento de poder de Himmler y la radicalización de la guerra total, acabaron por imponerse al Ejército, al igual que ocurriera con la administración de las SS respecto del aparato estatal.

La posición de Himmler se había reforzado ya notablemente el 7 de octubre de 1939 tras su nombramiento como «Comisario del Reich para el Fortalecimiento de la Alemanidad» (RKF). Un ampuloso decreto de Hitler le encomendó la tarea de reubicar y devolver a los alemanes extraterritoriales al Reich, así como la tarea de «eliminar elementos extraños al pueblo, que podrían significar un peligro para el Reich y la comunidad alemana»[18]. Con ello, Himmler estaba por encima del Ejército y de la administración civil, siendo únicamente responsable ante Hitler, situación que aprovechó para desarrollar su propio aparato. Un punto de partida fue el organismo creado en junio de 1939 para la reubicación de tiroleses del Sur, que ahora estaba siendo organizado por su director Greifelt, uno de los jefes de las SS. También se incorporó la Oficina Central de Seguridad del Reich, creada en 1938 para la confiscación de tierras de judíos o elementos «enemigos del Estado» en zonas ocupadas, y que se había convertido en una agencia administradora de tierras (Oficina Central de Suelos). En su condición de Oficina Principal de las SS con múltiples departamentos, la Comisaría de la Alemanidad de Himmler junto con otras dependencias (tales como la Central de Economía y Administración de las SS o la Central del Reich) fue convirtiéndose en un Estado dentro del Estado; sus funcionarios —sobre todo los altos mandos de la policía y de las SS— podían inmiscuirse en todos los sectores de la administración y disponer de la Policía y de las SS, circunstancia que tuvo especial importancia en el régimen de terror desplegado en Polonia y Rusia.

Más aún: del RKF dependían una Sociedad para las tierras expropiadas con fines colonizadores y varios «organismos anexos», que en parte habían sido puestos en marcha mucho antes por diferentes

[18] *Nürnberger Dokumente,* PS-686. Cf. Robert L. Koehl: RKFDV, *German Resettlement and Population Policy 1939-1945.* Cambridge-Mass., 1957. Acerca de la «Vomi», cf. H. A. Jacobsen, *Aussenpolitik,* p. 234.

servicios del partido y de las SS. Desde 1936, la «Oficina Alemana de Recursos» (Vomi) —dependiente del partido— funcionó como central para los asuntos de los alemanes residentes en el extranjero y para la política afín, y por la coordinación de las organizaciones que existían en el exterior (VDA, Asociación Gustav-Adolf, Liga de Católicos Alemanes en el Extranjero, etc.) la «Vomi» intentaba asegurar la orientación nacionalsocialista de esos grupos. La «Vomi» dependía de las SS a través de su presidente, el jefe superior de grupo, Werner Lorenz, y luego por transformarse en Oficina Central de las SS. También aquí se desarrolló un gigantesco aparato para atender a los cientos de campos o zonas de reubicación, pero al mismo tiempo se repetían los típicos conflictos de atribuciones entre el RKF y la Central del Reich, ya que ésta era más bien la responsable de los aspectos político-policiacos de los asentamientos, así como de la población no-alemana en el Reich y en los territorios ocupados, aunque también lo era de los problemas de naturalización y selección biológica y racial de los colonos. En este terreno, al igual que en la deportación de la población indígena, la Policía de Seguridad de las SS jugaba un papel decisivo. Por el contrario, la Oficina Central de Colonización y Raza, creada en 1931, fue limitándose progresivamente a cometidos teóricos o internos de las SS, tales como el despacho de autorizaciones de matrimonio o de certificados genealógicos. Siempre omnipresente se encontraba la figura de Himmler como RKF, a quien, según sus mismos coetáneos, correspondían facultades «totales» y «plenos poderes absolutos», puesto que «en el nuevo territorio del Este no existe ningún sector que no pueda enfocarse desde el punto de vista del fortalecimiento de la alemanidad» [19]. La administración de las SS no sólo podía aquí alistar, disponer, confiscar y repartir sin atender a la autoridad de los Ministerios, sino que fue aumentando su influencia sobre los Ministerios de Agricultura, del Interior y de Territorios del Este, hasta que finalmente acabó por dominar casi sin limitación sobre el «material humano» de las zonas ocupadas.

Con el sistema progresivamente ramificado de «oficinas y centrales», la dirección de las SS intentó penetrar en casi todas las esferas del régimen nacionalsocialista, para convertir en realidad la concepción más severa, e ideológicamente más consecuente, del nacionalismo racista y expansionista en forma de un Estado burocrático y militar de cuño totalitario. Una red de organizaciones paralelas y especiales abarcaba toda la vida política, social y económica y secundaba además con enérgica actividad los proyectos preferidos de Himmler, como la

[19] Ulrich Greifelt, en *Deutsche Verwaltung,* 1940, p. 17.

investigación de la prehistoria y defensa germánicas (Sociedad «Ahnenerbe») o la creación de casas de maternidad para mujeres SS y madres solteras (Asociación «Lebensborn»). El creciente aumento del número de funciones comportó el desarrollo de una burocracia propia, ocupada de asuntos relacionados con la policía, campos de concentración, ejército de las SS, política de germanización, administración de enormes propiedades y empresas, «empleo de material humano» para construcciones bélicas, deportación y aniquilamiento de judíos y eslavos. En todos estos sectores desplegaba su actividad el Estado de las SS, que contaba con una imponente Central de Administración y Economía, una Central Militar de Mandos, la Central de Seguridad del Reich, la Comisaría para el Fortalecimiento de la Alemanidad y otras muchas «administraciones» [20]. La política de terror del régimen hitleriano disponía desde los comienzos de la guerra de un enorme aparato institucional, que sobrepasaba con mucho a los organismos estatales y militares.

Esta situación tuvo sus mayores consecuencias en la política de campos de concentración, así como en el trato aplicado a los judíos. A partir de 1939 se modificó la estructura y función de los campos de concentración. A los prisioneros alemanes fueron añadiéndose en creciente número extranjeros; los campos y los prisioneros aumentaron considerablemente desde 1941-42; junto a los tradicionales campos de internamiento y de trabajo aparecieron los campos de exterminio. Al iniciarse la guerra se llevaron a efecto nuevas actividades de protección, convenientemente respaldadas por numerosas disposiciones y leyes penales. Para aumentar la severidad de la llamada jurisdicción especial apareció el 3 de septiembre de 1939 una autorización global a la policía de las SS para la «seguridad interior del Estado»: se aplastará sin consideración alguna cualquier intento encaminado a «destruir la cohesión y la voluntad de lucha del pueblo alemán»; será detenida toda persona que «en sus manifestaciones dude de la victoria del pueblo alemán o discuta el derecho a la guerra»; «llegado el caso y siguiendo instrucciones superiores, se procederá a la liquidación sin contemplaciones de tales elementos» [21]. Esto era aplicable en particular a casos cuyos «efectos propagandísticos» fueran desfavorables. Entre estos casos incluía Himmler no sólo los intentos de sabotaje y las «actividades marxistas», sino también la «desmoralización de los individuos del Ejército o de un círculo más amplio de personas, acaparamiento en grandes

[20] En especial: Enno Georg, *Die wirtschaftlichen Untersuchungen der SS.* Stuttgart, 1963.

[21] Circular del Jefe de la Policía de Seguridad. Cf. Martin Broszat, *NS-Konzentrationslager, op. cit.*, p. 104.

cantidades...» Tales individuos debían «ser erradicados sin consideración de la persona y por el procedimiento más despiadado (es decir, matándolos)». Para estas ejecuciones se utilizaba en la terminología eufemista del régimen el burocrático término de «trato especial». Las ejecuciones, iniciadas en septiembre de 1939, se anticiparon deliberadamente a la acción de la Justicia. Las llevó a cabo la policía de seguridad dentro de los campos de concentración, sin procedimiento ni sentencia alguna, eludiendo también por tanto los Tribunales militares especiales.

Los campos de concentración se convirtieron en lugares de destrucción física al margen de todo proceso judicial. La policía de las SS era al mismo tiempo el ejecutor. El jefe nacional de las SS y la Oficina de la Gestapo disponían en última instancia cualquier ejecución, que en creciente número recaían en enemigos políticos, huelguistas, etc., y eran ejecutadas en el campo de concentración más próximo. La Justicia se había marginado ella misma cuando el propio ministro de Justicia, Gürtner, se dio por contento el 14 de ocubre de 1939 con que se hubiera comunicado la ejecución al «Führer»; él no había dado instrucción general alguna a la policía de seguridad, aunque indicó al mismo tiempo que no se podía renunciar a veces a tales ejecuciones «porque los Tribunales (militares y civiles) no mostraban estar a la altura de las condiciones excepcionales de la guerra»[22]. De momento, se salvaba la fachada, pero el sistema de exterminio, al margen de toda justicia, tenía ya abiertas las puertas de par en par, y las medidas para la «seguridad del Estado» se podían ampliar sin límite hasta comprender el aniquilamiento en masa. El homicidio colectivo para la «depuración del cuerpo social», basado en criterios ideológicos y racistas y que tantos riesgos escondía ya en tiempos de paz, se realizaba ahora en los campos de concentración de acuerdo con su nuevo cuadro de funciones. Así, tanto la encarnizada persecución criminal y política como la destrucción de personas por razones «meramente» ideológicas pronto cobraron un gran impulso. Aquel Estado de anti-Derecho tendía a su consecuente realización en el Estado de las SS y de los campos de concentración.

En un principio, se recluyó a un fuerte número de antiguos comunistas y socialdemócratas en campos de concentración como medida de protección. A ellos se añadieron ciudadanos polacos «sospechosos» que vivían en el Reich, judíos en creciente número, y también vagabundos con antecedentes penales, gitanos y psicópatas, «que por razón de sus trastornos mentales aparecen (!) como

[22] *Nürnberger Dokumente,* NG-190.

sospechosos de perturbar la calma de la población»[23]. El 24 de octubre de 1939 el jefe de la policía de seguridad comunicaba con frase lapidaria que «en general, no se pondrá en libertad mientras dure la guerra a aquellas personas que se encuentran detenidas como medida de protección»[24]. Asimismo, de modo repentino se endureció la actuación policiaca contra las Iglesias, aumentando el número de detenciones de clérigos de todas las confesiones. Ahora cobró plena vigencia la pretensión totalitaria del nacionalsocialismo, que no sólo exigía una incondicional sumisión, sino la «erradicación» basada en criterios ideológicos y al margen de toda culpa y responsabilidad. La guerra no sólo era el objetivo sino, al mismo tiempo, el presupuesto para el completo despliegue del régimen: culminación del proceso de unificación, desarrollo del aparato de terror, metamorfosis «positiva» de todo el cuerpo social. Las detenciones de la «Gestapo» dentro del Reich alcanzaron en octubre de 1941 —con más de 15.000 al mes— un total diez veces superior al número registrado en 1935-36.

La guerra significó, en primer lugar, expansión; de los nuevos territorios ocupados se registraba ahora una avalancha de prisioneros para los campos de concentración. El tristemente célebre decreto de Hitler «Noche y Niebla» de septiembre de 1941 —tres meses más tarde dado por Keitel como orden del Mando Supremo del Ejército— ordenaba la deportación a Alemania de todo elemento sospechoso de participar en la resistencia. Una vez cumplida la pena o tras ser declarados inocentes por los Tribunales especiales, debían pasar a disposición de la «Gestapo», a tenor de ulteriores decretos[25]. Unos 7.000 prisioneros, la mayoría franceses, llegaron así directamente o a través de la cárcel a los campos de concentración. Otro nutrido grupo lo formaron prisioneros de guerra soviéticos, para quienes se prepararon departamentos especiales dentro de los campos de concentración, donde una gran parte murió de extenuación.

En 1940 aparecieron numerosos campos nuevos. El mayor de todos lo construyó Rudolf Höss, discípulo de Eicke, en Auschwitz. Estaba situado en la parte de Alta Silesia recientemente incorporada. Al principio estaba alojado en un viejo cuartel, pero a partir de marzo de 1941 fue transformado en un campo gigantesco para más de 100.000 reclusos (200.000 según los planos). Himmler, magnate de las SS y RKF, pudo hacer realidad aquí sus ideas de modo más

[23] Circular de la Sala de lo Criminal del Reich, del 12-IX-1939 (en la colección de disposiciones «Vorbeugende Verbrecherbekämpfung»), en Broszat, *op. cit.*, p. 110.

[24] *Idem*, p. 145.

[25] *Nürnberger Dokumente*, PS-1733; NOKW-2579; NG-226.

ilimitado que en el mismo «Altreich». En Auschwitz, sobre terrenos confiscados, se montaron las estaciones experimentales y centros de producción de las SS, pero también la factoría Buna de la IG-Farben que, como otras grandes empresas industriales, se hizo cómplice del sistema de los campos de concentración. Aquí es donde se pudo aprovechar sin miramientos el «material humano» —en el sentido más literal del término— de los países del Este europeo. También se utilizaron los reclusos en la zona industrial vecina. Hubo un total de 39 campos de trabajo dependientes del campo de concentración de Auschwitz. Y aquí es donde por fin pudo realizarse en primer lugar la «solución final» planeada, la destrucción de los judíos. A tal efecto se montó en la vecina localidad de Birkenau (Brzezinka) un gigantesco campo de barracones, sumamente rudimentario. Era una verdadera ciudad de reclusos, de más de 175 hectáreas, dividida en varios sectores por medio de fosos y alambradas eléctricas. Allí «vivían» en 1943 unos 100.000 reclusos —incluidos niños y mujeres—, mientras otros 18.000 se hallaban apiñados en Auschwitz. Y allí se instalaron también las cámaras de gas y los crematorios, al servicio del genocidio que inspiraba el espíritu del nacionalsocialismo.

En 1940 aparecieron nuevos campos de concentración en Neuengamme (cerca de Hamburgo y en sustitución de un campo que existió en Sachsenhausen), que tras las campañas de 1940 acogió principalmente a escandinavos y reclusos del oeste europeo; en Bergen-Belsen, Gross-Rosen (Baja Silesia), Stutthof (cerca de Danzig) y Natzweiler (Alsacia). Otros campos de concentración eran más bien de paso (Prusia Oriental y Occidental, Estiria, Lorena) o «correccionales» para trabajadores extranjeros rebeldes. Hubo también campos de carácter no oficial, debido a la iniciativa local de los correspondientes mandos de la policía y de las SS. No podían llevar la denominación de «campo de concentración», aunque se diferenciasen muy poco de éstos. Había que someterlos al control del Inspector General de campos o a la Central de Economía y Administración de las SS, y se requería además acreditar proyectos de trabajos con las SS a largo plazo que justificaran el mantenimiento del campo como institución permanente. He ahí, pues, una combinación más del sistema de guerra, terror y trabajos forzados. Fuera del (nuevo) territorio del Reich sólo a partir de 1943 se concedió el «reconocimiento» —en tales condiciones— a otros campos: por ejemplo, a los campos de trabajo de Lublin y Plaszow (Cracovia) a donde acudían los judíos exceptuados provisionalmente de la «solución definitiva» para trabajar en las empresas de las SS; eran los «judíos de trabajo». También adquirió la categoría de campo de concentración la prisión

de Hertogenbosch (Holanda). En abril de 1944 estaban reconocidos oficialmente 20 campos de concentración y 165 campos de trabajo anejos. Sin embargo, estas diferenciaciones, amparadas en un complicado aparato burocrático, no podían distraer del hecho siguiente: un sinfín de campos de reclusos en el Este y en el Oeste pertenecían al Estado de las SS, le representaban, debían conservarse y aun ampliarse para las ulteriores «construcciones de la paz». Sobre todo, hay que decir de ellos que eran plurifuncionales, aunque en todos imperaba la muerte: en los crueles experimentos «médicos» de ambiciosos médicos de las SS; en la «selección» de reclusos enfermos o no aptos para el trabajo que se destinaban al «tratamiento especial», una versión distinta de la eutanasia; en los fusilamientos en masa de funcionarios y prisioneros de guerra soviéticos; en las brutales jornadas de once horas de trabajo durísimo en la construcción, acompañado a menudo de largas marchas; y, sobre todo, en el sistemático exterminio de los judíos. Aparte de Auschwitz (que, al mismo tiempo, era campo de trabajo), los campos de concentración dedicados especialmente al exterminio de los judíos fueron los de Chelmo, Treblinka, Belzek, Majdanek y Sobibor. A partir de 1941, los reclusos que llegaban a estas fábricas de muertos eran liquidados inmediatamente, casi sin excepción, mientras que en Auschwitz se hacía una selección por los médicos y jefes de las SS, que brindaba a los aptos para el trabajo una transitoria oportunidad de supervivencia.

Se explica así el hecho de que, pese al continuo y progresivo internamiento de masas humanas, el número de reclusos (vivos) en campos de concentración «sólo» llegara a 100.000 en 1942; la cifra más alta se alcanzó en enero de 1945 con un total de 714.211 (511.537 hombres y 202.674 mujeres)[26]. La verdad es que antes o después pasaron millones por allí, muriendo la mayoría de ellos. En 1942 la mortalidad media fue del 60 %, aunque en los campos de exterminio casi se alcanzó el 100 %. Los partes de defunción individuales fueron progresivamente sustituidos por listas colectivas, al mismo tiempo que se «simplificaba» y normalizaba la indicación de las causas. La mentalidad burocrática y cínica de los responsables nazis queda notoriamente reflejada en las manifestaciones de uno de los jefes de Auschwitz (Aumeier, 1942): «para descargar el campo» era preciso liquidar a los reclusos incapacitados laboralmente: «Sin embargo, esta medida topa con la dificultad de que —según instrucciones del RSHA y a diferencia del procedimiento practicado con los judíos— los polacos deberán morir de muerte natural»[27]. El

[26] Broszat, NS-Konzentrationslager, *op. cit.*, p. 159.
[27] *Idem*, p. 156.

«problema» se solucionó no sólo por el fusilamiento o por la muerte por extenuación, sino también recurriendo a la «intervención no médica de los médicos SS» —según expresión de Höss—, a las inyecciones mortíferas alegando razones de higiene y a otras ejecuciones camufladas. Las evacuaciones caóticas, las marchas agotadoras y los fusilamientos de los últimos meses del régimen costaron la vida a centenares de miles de extenuados reclusos.

El asesinato de los judíos

La ideología de las SS consideró el exterminio de los judíos como «misión histórica de alcance universal», que deberá «soportarse» heroicamente[28]. Para ello se requería fundamentalmente: mantener el secreto y no ablandarse. En tal sentido, Himmler animó reiteradamente a sus lacayos para que no se amilanaran ante las más brutales consecuencias o el asesinato de mujeres y niños. Se trata ni más ni menos que de una «evidente solución» del problema judío, «no considerándome autorizado a erradicar a los varones —quiere decirse matar u ordenar matar—, y dejar, al mismo tiempo, que sus hijos puedan constituir una amenaza de venganza para nuestros hijos y nietos. Era obligado adoptar la dura resolución de hacer desaparecer a este pueblo de la faz de la tierra». Sin embargo, ya que la masa de la población alemana no está (todavía) preparada para ello, «las SS se han encargado del asunto; nosotros hemos asumido la responsabilidad... y nos llevaremos el secreto a la tumba»[29].

No se trataba, pues, de una «situación de emergencia» implantada por unos verdugos organizados militarmente. Todo era el producto de la macabra mentalidad e ideología de unos asesinos, dispuestos a todo por una «idea». Sólo contaba la obediencia al «Führer». Se creían respaldados por la «ley superior» de la revolución permanente y del estado de excepción permanente, por encima de todo derecho y de toda moral. Obedecían órdenes «doctrinarias» más que militares. La guerra militar no constituía propiamente la base de aquella violencia, sino los objetivos ideológicos y superestatales de un orden totalitario. En consecuencia, el poder se ejerció sin conciencia y al margen de toda limitación. La «moral» se reducía a la heroica autosuperación, es decir, al arrinconamiento de cualquier escrúpulo religioso y moral. De este modo las SS guardaron el «secreto» de la política nacionalsocialista y cumplieron sus manda-

[28] Por ejemplo, las notas de una entrevista de Himmler con Hitler el 19 de junio de 1943. Archivo Federal de Coblenza.

[29] *Anatomie des SS-Staates,* t. I, p. 329; t. II, p. 447.

mientos para lo cual ni el aparato estatal ni la masa de la población estaban preparados. Las SS constituían la vanguardia del totalitarismo. ¡Esto era sumamente «difícil» y reclamaba muchos «sacrificios» e «idealismo»! Así se expresaba aquella conciencia, mezcla de orgullo y de autocompasión, sobre la que Himmler —con la aprobación de Hitler— quería montar el futuro Estado de las SS. Hans Buchheim ha expuesto magistralmente las consecuencias de esta ideología de las SS, que con su pseudosistema de «nuevos» valores trató de ocultar la perversión de la cultura humana y que fue la base de la política expansionista y racista del nacionalsocialismo.

Para ilustrar esta perversión del orden moral y militar, que sublimó el principio de obediencia al servicio de un objetivo político-ideológico, y legitimaba el militarismo totalitario del Estado de las SS, basta citar algunos discursos reservados de Himmler. En ellos puede apreciarse por qué las SS —incondicional y exclusivamente supeditadas a los imperativos ideológicos de la concepción nacionalsocialista encarnada en la voluntad del «Führer»— se empeñaban en actuar al margen del orden estatal y militar, y, en consecuencia, de manera secreta. Por ello se comprende que fuera tan sólo una organización de voluntarios, a diferencia del Ejército; el alistamiento obligatorio, practicado al final de la guerra, tuvo un carácter excepcional. Con el ascenso al poder de las SS «el sistema de ordenanzas doctrinales irrumpió en la vida política alemana» [30]. Basada en órdenes secretas del «Führer» e instrucciones disimuladas o, simplemente, en vagos deseos del jefe nazi, la política del exterminio en masa fue organizada y «practicada» por la «administración política» de las SS, mientras el orden estatal y el aparato militar bélico se convertían en mera fachada. El 7 de septiembre de 1940 Himmler se expresó así ante los jefes de la bandera de escolta del «Führer»: «En muchos casos es mucho más fácil entrar en combate con un batallón, que aplastar con él, en una región cualquiera, a una población rebelde muy inferior culturalmente, ejecutar a individuos, deportar a personas, desalojar a mujeres que vociferan y lloran... Este callado tener-que-hacer, esta callada actividad (!), este deber-ser-consecuente, deber-ser-tajante, es a menudo mucho, mucho más difícil» [31].

De forma más inequívoca todavía expuso Himmler su ideología en el discurso, tristemente famoso, pronunciado el 4 de octubre de 1943 en Posen, ante los jefes de grupo de las SS: «Es una equivocación colmar de benevolencia nuestro cándido espíritu, mostrar a otros pueblos nuestra bondad y nuestro idealismo. Esto vale para

[30] H. Buchheim, «Befehl und Gehorsam», en *Anatomie des SS-Staates*, t. I, p. 275.
[31] *Idem*, p. 338.

todos empezando por el mismo Herder que, sin duda alguna, escribió borracho su «Voces de los Pueblos», y que tantos males y miserias nos ha reportado a las nuevas generaciones... Un SS debe tener fundamentalmente presente esto: con nadie que no sea de nuestra misma sangre hemos de ser honrados, decentes, leales y amigos. Me es completamente indiferente cómo les pueda ir a los rusos o a los checos. Todo lo que haya de buena sangre nuestra en otros pueblos nos lo llevaremos, robándoles los niños, si fuere necesario, para educarlos entre nosotros. Que los otros pueblos vivan suntuosamente o se revuelquen en la miseria, sólo me interesa en la medida en que los utilicemos como esclavos para nuestra cultura, nada más. Si en la construcción de una trinchera antitanques caen extenuadas 10.000 mujeres rusas, sólo me interesará en la medida en que haya impedido acabar la labor al servicio de Alemania. Nunca seremos rudos y despiadados donde no sea necesario. Esto es evidente. Nosotros los alemanes, los únicos en el mundo que tienen una actitud decente frente a los animales (!), adoptaremos ante los animales humanos la debida actitud. Pero es un crimen contra nuestra sangre preocuparnos por su suerte e inculcarles ideales para que nuestros hijos y nietos tengan mayores dificultades con ellos. Si uno llega a mí y me dice: 'Con niños y mujeres no puedo construir la trinchera antitanques, es inhumano porque se morirán', yo le responderé: 'Tú eres un asesino de tu propia sangre, porque si no se construye la trinchera morirán soldados alemanes, hijos de madres alemanas. Son nuestra sangre'» [32].

Este perverso «heroísmo», expresado en lenguaje de tertulia de café, se repite en sus comentarios a propósito de la erradicación de la clase dirigente polaca:

«Tenían que desaparecer... No había otro remedio... Puedo decirles a ustedes que (la ejecución) es espantosa y terrible para cualquier alemán que hubiera de contemplarlo. Así es. Si no fuera así de terrible y espantoso para nosotros, no seríamos alemanes y germanos. Sin embargo, ha sido tan espantoso como necesario y lo será en muchos otros casos que viviremos. Si no dominamos ahora los nervios, los mismos nervios se apoderarán un día de nuestros hijos y nietos.» Por ello, «no seamos, pues, débiles. No puede ser de otro modo, a nuestros hombres tales ejecuciones resultarán muy penosas. Pese a todo, no tienen que ser blandos nunca, sino apretar los dientes y seguir adelante» [33].

La moral de las SS y el secreto de la misión culminaron en el

[32] *Nürnberger Dokumente*, PS-1919 (t. XXIX, p. 122).
[33] *Idem*, PS-1918 (t. XXIX, p. 109).

exterminio judío, que era preciso «aguantar». En el mismo discurso de Posen, Himmler lo proclamó como una «página gloriosa de nuestra historia»:

«Quiero abordar ahora ante ustedes con toda franqueza un tema muy espinoso. Vamos a tratarlo de una vez abiertamente entre nosotros, aunque nunca lo mencionaremos en público... Me refiero a la evacuación de judíos, al exterminio del pueblo judío. Es una de esas cosas que se dicen fácilmente (!). 'Hay que exterminar al pueblo judío' oímos a cualquier camarada; 'nuestro programa lo dice bien claro. Liquidación, exterminio de los judíos...' 'vamos a hacerlo' dice cualquier camarada. Ahí tenéis entonces a los 80 millones de buenos alemanes, cada uno con su judío respetable. No hay duda: todos los demás son unos marranos, pero éste es un judío estupendo. Ninguno de los que así hablan ha visto las cosas, ha aguantado. La mayoría de vosotros sabe lo que significa un montón de 100 cadáveres, o de 500 o de 1.000. El haber aguantado todo esto, y con todo —exceptuando los casos excepcionales de debilidad humana— haberse mantenido en forma, nos ha hecho duros. Esta es la página gloriosa de nuestra historia, que nunca se escribió y nunca se volverá a escribir...» [34].

Mientras que los reclusos no judíos eran víctimas de aquella maraña, casi indescifrable, de política opresora, trabajos forzados y liquidación, la «solución final del problema judío» entrañaba su exterminio total. En 1939 comenzaron ya las deportaciones en masa procedentes de los nuevos territorios alemanes del Este. Entretanto, se seguía discutiendo un supuesto plan elaborado por Eichmann y el Ministerio del Exterior, que perseguía la creación de un «ghetto gigante» en Madagascar para cuatro millones de judíos; estaría al mando de un gobernador perteneciente a la policía de Himmler y sería, al mismo tiempo, «prenda del buen comportamiento futuro de sus correligionarios de raza en América» [35]. También desde Alemania y Austria salían transportes hacia el Gobierno General de Polonia, donde los judíos eran ya sometidos a trabajos forzados, reducción de la libertad de residencia y obligación de portar la «estrella de Sión». Los «ghettos» gigantes (Lodz, Varsovia, Cracovia, Lublin, Radom, Lemberg) correspondieron a la etapa de transición de 1940 y 1941; su «cierre» significó, al principio, el traslado a los campos de trabajo (500.000 de los 2,5 millones de judíos polacos murieron

[34] Cf. nota 32.

[35] Por ejemplo, en junio de 1940 el plan del encargado en cuestiones judías en el Ministerio del Exterior: Rademacher, *Nürnberger Dokumente,* NG-2586.

en «ghettos» y campos de trabajo)[36], después, progresivamente, el pase a campos de exterminio.

Al parecer, Hitler dispuso esta forma concreta de «solución final» de acuerdo con sus planes de guerra con Rusia, aunque sin fijar nunca por escrito este objetivo, el más secreto de su carrera. En marzo de 1941 se informó ya a la Jefatura del Ejército acerca de las facultades y «cometidos especiales» que Himmler tenía en la retaguardia «para preparar la administración política... por encargo del 'Führer'... con carácter independiente y por su propia responsabilidad». Tales cometidos no se especificaron, pero en mayo de 1941 se impartió a los grupos de asalto la orden de fusilar a todo judío varón, orden que se extendió después a funcionarios comunistas, «seres inferiores asiáticos» y gitanos[37]. En los partes cursados a sus jefes, estos piquetes de asalto informaban orgullosos de su decidida voluntad, «conforme a las órdenes recibidas», de «solucionar la cuestión judía por todos los medios y de la manera más tajante». «Las operaciones de limpieza de la Policía de Seguridad no sólo tenían por objetivo —de acuerdo con las órdenes fundamentales— la liquidación más amplia posible», sino que por indicación de Heydrich, «se animaba a los elementos antisemitas del lugar a matar a los judíos»[38]. El número de mujeres y niños víctimas de los continuos fusilamientos, fue ahora superior al de hombres. Sólo el grupo de asalto A comunicaba a comienzos de 1942 un total de 229.052 ejecuciones, habiéndose empleado también gases. Según los ampulosos y burocráticos «partes de novedades» sobre el «estado de la liquidación», más de un millón de judíos murieron asesinados[39].

Los fusilamientos en masa los justificó el mismo Hitler el 16 de julio de 1941 —en una reunión con Göring, Rosenberg, Lammers, Keitel y Bormann— alegando la necesidad de pacificar el «gigantesco espacio»: «la mejor manera de conseguirlo es fusilar hasta el mero sospechoso»; por otra parte, también la guerra de guerrillas ofrece «la posibilidad de eliminar a todo el que se nos muestre en contra»[40]. Sin embargo, las razones de pacificación y seguridad no eran las decisivas ya que, con ello, se conseguía más bien lo contrario. Detrás de tales intentos de racionalización se escondían motivaciones de tipo ideológico y racista. En efecto, las medidas no se diri-

[36] Raoul Hilberg, *The Destruction of the European Jews*. Chicago, 1961, p. 173.

[37] Más detalles en H. Krausnick, *Judenverfolgung, op. cit.*, p. 363.

[38] Grupo de asalto A del 15-X-1941, *Nürnberger Dokumente*, t. XXXVII, pp. 672, 682, 687.

[39] R. Hilberg, *op. cit.*, p. 256.

[40] *Nürnberger Dokumente*, t. XXXVIII, pp. 87, 92.

gían a personas y a su comportamiento, sino, en primera línea al estereotipo «del» judío y, luego, de «los» pueblos inferiores del Este. Helmuth Krausnick [41] presenta un ejemplo que refleja la terrible obsesión de aquella gente: el grupo de asalto de Ohlendorf perdonó a la colonia de los caraimos que sólo era de religión judía, mientras que la de los crimchacos, que no practicaban (o habían dejado de practicar ya) la religión judía, fue enviada al campo de exterminio —después de previas consultas en Berlín— por su condición de «racialmente judíos cien por cien». Así se despachaba, pues, una complicada cuestión teórico-racial que decidía la vida y la muerte de todo un grupo.

Según el mismo testimonio de Hitler, la «idea» del exterminio y, concretamente, el sistema de cámaras de gas se remonta a la Primera Guerra Mundial y obedece a los resentimientos acumulados como consecuencia de la propia intoxicación por gases (1918). Cualquiera podía leer en *Mein Kampf* (pág. 772): «No hubiera sido vano el sacrificio de millones de víctimas en el frente, si antes y durante la guerra se hubiera gaseado de una vez a doce o quince mil de esos podridos hebreos, como hubieron de soportarlo en campaña cientos de miles de nuestros mejores productores de todas capas sociales y profesiones. Más aún: de haber eliminado a tiempo a doce mil de esos canallas, se habría salvado quizá la vida de un millón de honrados y valiosos alemanes.»

La sistemática planificación del exterminio se manifiesta ya en un decreto del RSHA (20 de mayo de 1941). En el mismo se daban instrucciones a la Policía de Seguridad para impedir la salida de judíos de Bélgica y Francia «en vista de la inminente solución definitiva de la cuestión judía» [42]. La correspondiente «legalización» por parte del aparato estatal, se consiguió después de que centenares de miles hubieron caído ya víctimas de los piquetes de las SS. Göring, presidente del Consejo Ministerial para la Defensa del Reich, fue quien ordenó (31 de julio de 1941) a Heydrich que presentara «un bosquejo general de las medidas previas, organizativas y materiales, para afrontar la deseada solución definitiva del problema judío» [43]. La burocracia de las SS siguió utilizando, sin embargo, sus conocidos eufemismos: por ejemplo, la deportación a un campo de concentración se llamaba «emigración» (!) [44], y la evacuación o desalojo se calificaba de simple «trato especial» o «arreglo». Sin embargo, en cartas del

[41] Krausnick, *Judenverfolgung, op. cit.*, p. 370.
[42] *Nürnberger Dokumente*, NG-3104.
[43] *Idem*, NG-2586, PS-710.
[44] Escrito al inspector de campos de concentración del 26-I-1942, en Broszat, *NS-Konzentrationslager, op. cit.*, p. 130.

mismo ministro de Justicia, Thierack, se habló claramente de «exterminio por el trabajo», «liquidación de los problemas del Este», «liberación del cuerpo social alemán» y «exterminio» [45].

La «primera etapa» la protagonizó Himmler reiterando el deseo de Hitler de que «cuanto antes el Antiguo Reich y el Protectorado de una punta a otra se vean libres y limpios de judíos...» [46]. Los que se salvaron de la primera oleada de asesinatos en la Rusia ocupada, fueron recogidos en «ghettos» y campos de trabajos forzados, esperando que los campos de exterminio pudieran dar abasto en la solución final del problema. Esta tenía preferencia a cualquier consideración de tipo utilitarista: «En principio, no se tendrán en cuenta consideraciones de tipo económico en la regulación del problema», comunicaba el Ministerio del Este al comisario Lohse en diciembre de 1941 [47]. Los fusilamientos se extendieron también a los campos de prisioneros, siendo muy débil la protesta del Ejército. Sin embargo, el régimen fue prefiriendo progresivamente el exterminio en cámaras y vagones de gas, que precisaba menos personal y podía mantenerse mejor en secreto. A partir de junio de 1942, un piquete especial se ocupó incluso de eliminar sistemáticamente toda huella de los fusilamientos en masa mediante la exhumación e incineración de los cadáveres [48].

A partir de octubre de 1941 empezó la deportación en gran escala de judíos alemanes, completamente privados de todo derecho; la Asociación de Judíos del Reich, organización impuesta por el régimen, tenía que colaborar en tales deportaciones. Al igual que las actividades de los «consejos judíos» de los territorios ocupados, este «colaboracionismo» ha dado lugar más tarde a enconadas controversias, uno de cuyos exponentes es el libro de Hannah Arendt sobre Eichmann [49]. Sin embargo, aunque haya que lamentar, tanto moral como materialmente, casos aislados no cabe duda de que el programa de la «solución final» contenía también los medios y planes para su realización. Sólo un acortamiento de la guerra o una prematura caída del régimen habrían podido salvar a millones de personas, que fueron asesinadas ya en 1944 y 1945.

Desde un principio Hitler había anunciado «la aniquilación de la raza judía en Europa» (discurso ante el Reichstag el 30 de enero

[45] Thierack a Himmler, 18-IX-1942, *Nürnberger Dokumente,* t. XXVI, p. 200; a Bormann, 13-X-1942, *idem,* NG-558.

[46] A. Greiser «Gauleiter» de la región del Warthe (18-IX-1941). Cf. *Judenverfolgung, op. cit.,* p. 374.

[47] *Nürnberger Dokumente,* t. XXXIII, p. 435.

[48] H. Krausnick, *Judenverfolgung, op. cit.,* p. 380.

[49] Hannah Arendt, *Eichmann in Jerusalem.* Munich, 1964. *Vid.* también *Die Kontroverse, Hannah Arendt, Eichmann und die Juden.* Munich, 1964.

de 1939). El encargo de Göring a Heydrich (31 de julio de 1941) era tajante: «Solución total de la cuestión judía en los territorios sometidos a la influencia alemana en Europa.» Se trataba, pues, de una extensión del programa a los países satélites, tema que ocupó la atención de la tristemente célebre «Conferencia del Wannsee» del 20 de enero de 1942. Después de varios aplazamientos, se celebró bajo la presidencia de Heydrich en el Gran Lago Wannsee de Berlín, concretamente en el edificio de la Interpol (!) y se trataba de conseguir una «coordinación de mando» de todos los organismos políticos y estatales que participaban en la «solución final»: RSHA (Müller, Eichmann), Central de Raza y Colonización (Hofmann), Policía de Seguridad (Schoengarth, Lange), Cancillería del Partido (Klopfer), Cancillería del Reich (Kritzinger), Ministerio del Este (Meyer, Leibbrandt), Ministerio del Interior (Stuckart), Ministerio de Justicia (Freisler), Plan Cuatrienal (Neumann), Gobernador General (Bühler) y Ministerio de Asuntos Exteriores (Luther). Las actas fueron redactadas por Eichmann. Los catorce altos funcionarios tomaron conocimiento del «nombramiento» de Heydrich —refrendado por Göring— como encargado de preparar una solución final de la cuestión judía europea. Por encima de las fronteras geográficas, la «dirección» correspondía a Himmler.

Heydrich informó que en lugar de la emigración se estaba practicando la evacuación hacia el Este, recogiéndose una serie de experiencias prácticas de gran alcance para la solución final de la cuestión judía. En estilo ampuloso y burocrático observó luego Heydrich que «en el marco de una solución definitiva los judíos van trasladándose ordenadamente al Este para ser ocupados en el trabajo»; que «en grandes columnas y con separación de sexos... serían llevados a los nuevos territorios para construir carreteras», aunque «lógicamente, una buena parte de ellos sucumbirá por el natural debilitamiento... El resto que, sin duda alguna, será el grupo más resistente, deberá recibir el trato que se merece ya que, por ser el producto de la selección natural, constituiría el origen de un nuevo fenómeno judío (véase si no la experiencia de la historia) en el caso de dejarlos en libertad. Bajo el signo de la ejecución práctica del programa final, Europa será rastrillada de Oeste a Este».

En estas frases —formuladas de un modo frío, primitivo y burocrático— se mezcla la filosofía pedestre nacionalsocialista con la macabra terminología del Estado de las SS: natural debilitamiento, restos, selección natural, ejecución práctica, rastrillar, trato merecido. Según los cálculos exagerados del RSHA, el programa de exterminio debía afectar a más de once millones de «judíos creyentes», incluidos los de Gran Bretaña y Turquía. Sin embargo, «los judíos em-

pleados en empresas de importancia bélica» no debían ser «evacuados» (!) «hasta que no pudieran ser remplazados». El subsecretario Bühler, del Gobierno General, sostenía insistentemente que de los judíos previstos para su solución final «la mayoría... eran incapaces de trabajar». De todos modos, fue necesario disfrazar todavía de algún modo tales operaciones, y la discusión de las diversas «posibilidades de solución» —confirmadas inequívocamente como «posibilidades de muerte» por el mismo Eichmann en el proceso de Jerusalén (1961-62)— tenía siempre en cuenta la necesidad de «evitar la alarma en la población» [50].

El mismo afán de disimulo persiguió en la misma Conferencia el anuncio de Heydrich de establecer un «ghetto de ancianos» en la vieja fortaleza de Theresienstadt (norte de Bohemia), reservado a judíos mayores de sesenta y cinco años. Según la terminología criminal de las SS, estos ancianos no eran «evacuados», sino «trasladados». Sin embargo, ambos vocablos entrañaban la muerte, y lo mismo cabe decir del inocente término «cambio de domicilio» o de la disposición de dispensar trato privilegiado en el internamiento a judíos «prominentes» o en posesión de la EKI *. En una serie de concienzudas investigaciones H. G. Adler ha expuesto acertadamente la estructura y la realidad de este «campo privilegiado». Los propósitos eran eminentemente tácticos: «salvar la cara», según declaró Eichmann el 6 de marzo de 1942 en una reunión celebrada en el RSHA [51]. Con ello se perseguía engañar a los judíos y al extranjero y calmar también a algún organismo alemán, que ocasionalmente intervino en contra de la «evacuación». Se llegó incluso, después de los correspondientes preparativos, a permitir a la Cruz Roja Internacional la inspección del campo en 1942. A través de su instrumento, la Asociación de Judíos en Alemania, Eichmann consiguió la firma de los conocidos «contratos de compra de asilo», una pura maniobra encaminada a la mejor explotación y engaño de aquellos judíos a quienes, siguiendo el modelo de los contratos de asilos de ancianos, se les garantizaba en Theresienstadt, vivienda, alimentación y cuidados médicos (!) a condición de legar sus propiedades a la Asociación citada, es decir, al RSHA ¡Un recurso adicional para la autonomía (financiera) del Estado de las SS! En realidad, Theresienstadt fue un campo de concentración más, y para la mayoría de los reclusos sólo una estación de paso hacia los campos de exterminio. De los 141.000 judíos internados en este «campo privilegiado», procedentes

[50] *Nürnberger Dokumente,* NG-2686 (t. XIII, p. 210). Léon Poliakov-Josef Wulf, *Das Dritte Reich und die Juden.* Berlín, 1955, p. 119.

* EKI = Cruz de Hierro de 1.ª clase. *(N. del T.)*

[51] H. G. Adler, *Die verheimlichte Wahrheit.* Tubinga, 1958, p. 9.

de Alemania, Checoslovaquia, Austria y Holanda sólo sobrevivieron 23.000 (16 %). 33.000 murieron en Theresienstadt, 85.000 en Auschwitz, Lublin, Minsk y Riga.

Con la colaboración del Ministerio de Asuntos Exteriores se impulsó decididamente desde 1942 la extensión de la «solución final» a los Estados satélites. Al principio, se trató, con mayor o menor éxito, de que los propios Gobiernos llevasen la iniciativa, después, la RSHA y sus «asesores en cuestiones judías» intervinieron resueltamente en el asunto a través de las diferentes misiones diplomáticas. Al final, Eichmann y sus colaboradores organizaron el alistamiento y deportación de centenares de miles procedentes de Eslovaquia, Hungría, Croacia y Rumania. El éxito fue menor en Italia; sólo el Estado de los últimos días de Mussolini trató de sentar las bases.

Tanto en la teoría como en los métodos del asesinato en masa la ideología racista del nacionalsocialismo apareció como un fin en sí misma. Las consideraciones de tipo utilitarista —incluso en lo que respecta al empleo de mano de obra— tan sólo desempeñaron un limitado papel. Todo iba dirigido al fin último: la aniquilación. Su «ejecución» se realizó en Polonia antes y más sistemáticamente que en ninguna otra parte. Allí se probaron los primeros métodos, inmediatamente mecanizados, que con tanta rapidez y cautela cumplieron su objetivo. El año 1940 el gobernador Frank, en medio de las risas de sus colaboradores, se lamentaba de «no haber podido deshacerse en un año ni de todos los piojos ni de todos los judíos» [52]. En diciembre de 1941 declaraba que había que «acabar con los judíos a toda costa». Añadió que Berlín le informaba que ni en Estonia ni en el Comisariado del Reich «se podía hacer nada con ellos, que había que liquidarlos». Finalmente, Frank declaró: «Señores, les ruego se armen bien contra cualquier conmiseración. Tenemos que aniquilar a los judíos allí donde los podamos encontrar, allí donde sea posible...» Frank consideraba imposible el fusilamiento de 2,5 a 3,5 millones, pero dio a entender que se «operaría» de forma que «pueda conseguirse de un modo u otro la pretendida aniquilación» [53].

Un importante punto de partida fue el asesinato de 70.000 enfermos mentales en «cámaras de gas», organizado por la Cancillería del «Führer» (Victor Brack) en 1938-41. Después de que se pusiera freno a esta «eutanasia» como consecuencia de una serie de protestas, el procedimiento fue empleado para la eliminación de los reclusos de campos de concentración incapacitados para el trabajo. La selección siguió estando a cargo de médicos sin conciencia. Uno de

[52] J. Wulf, *Vollstrecker, op. cit.*, p. 352.
[53] *Nürnberger Dokumente*, t. XXIX, p. 502.

ellos (el Dr. Mennecke) describía así en carta a su mujer (25 de noviembre de 1941) los métodos empleados en Buchenwald: «Como segundo plato seguía un total de 1.200 judíos; no eran 'reconocidos' previamente, bastando con sacar de los expedientes las razones de la detención (frecuentemente muy numerosas) y transcribirlas en pliegos. Es, pues, una labor puramente teórica...» [54]. En rápida sucesión se establecieron en Polonia varios lugares de exterminio, que perfeccionaron más todavía el procedimiento de asesinatos masivos en serie. Con tales fines la Cancillería del «Führer» puso a disposición del primer comisario, Globocnik (jefe de brigada de las SS y anteriormente «Gauleiter» de Viena) el personal especializado en eutanasia, quienes recibieron órdenes de Himmler de que observaran el más estricto silencio: «Se pide algo sobrehumano, inhumano, pero tales son las órdenes del 'Führer'» [55]. En diciembre de 1941 y en el campo de Chelmno (Kulmhof), un piquete especial de las SS utilizó varios vagones de gas camuflados en los que murieron asfixiados más de 150.000 judíos. Aquí, al igual que en otras partes, se utilizaron los servicios de comandos judíos, que a continuación eran fusilados. Mediante el engaño o la violencia las víctimas eran arrastradas a las cámaras de gas, que se les decía ser departamentos de baños. A veces, cuando las instalaciones no funcionaban o el motor no arrancaba, tenían que esperar hacinados, horas y horas, la llegada de la muerte. También aquí empezó por ser la capacidad laboral el criterio de selección. Sin embargo, la gran «ventaja» del método, subrayada ya desde los primeros testimonios, estribaba en la posibilidad del secreto y en la capacidad de la gasificación [56].

Merece destacarse el remoto distrito de Lublin donde las SS montaron también grandes industrias propias. Desde marzo de 1942 aquel lugar (Belzec) fue testigo del exterminio masivo en cámaras de gas camufladas. En pocos meses centenares de miles de judíos checos y polacos desfilaron por esta fábrica de muertos; varios comandos de judíos se encargaban de borrar inmediatamente toda huella de sus correligionarios muertos y los cadáveres eran quemados [57]. De modo análogo «funcionó» el campo de exterminio de Sobibor (Bug), donde perecieron 250.000 judíos de Europa Oriental y Occidental. Mayor aún fue el número de los asesinados en Treblinka

[54] *Nürnberger Dokumente,* NO-907, en H. Krausnick, *Judenverfolgung, op. cit.,* p. 409.

[55] *Nürnberger Dokumente,* t. XLII, p. 564.

[56] Instrucciones del Ministerio del Este (25-X-1941). *Idem,* NO-365.

[57] Para más detalles: Gerald Reitlinger, *Die Endlöesung.* Berlín, 1956, p. 156. También el informe Gerstein sobre el empleo masivo de gases del 18-VIII-1942, *VfZG,* 1 (1953), p. 189. Además, Saul Friedländer, *Kurt Gerstein,* Gütersloh, 1969.

(de 700.000 a 800.000). Al mismo tiempo, se seguían practicando los fusilamientos. Bajo la consigna «Aktion Erntefest» (Acción Fiesta de la Cosecha) murieron a comienzos de noviembre de 1943, cerca de Lublin, en zanjas previamente preparadas y bajo el fuego de las ametralladoras, miles y miles de judíos empleados hasta entonces en la industria de armamentos. También los campos, destinados en primer lugar al «exterminio por el trabajo», dispusieron gradualmente de estas cámaras de gas: por ejemplo, Majdanek (Lublin). El mayor centro de exterminio fue, sin duda, Auschwitz-Birkenau, en donde se seleccionaba, en primer lugar, a judíos procedentes de toda Europa para destinarlos a trabajos forzados, y después (o inmediatamente) a las cámaras de gas. De forma monótona se sucedían partes informativos como éste: «Transporte procedente de Berlín. Llegada: 5. 3. 43. Carga: 1.128 judíos. Destinados al trabajo 389 hombres (Buna) y 96 mujeres. Se dio trato especial a 151 hombres y 492 mujeres y niños.» Hasta el 2 de noviembre de 1944 murieron en Auschwitz multitudes de polacos, gitanos y prisioneros de guerra soviéticos por la acción del Zyklon B, preparado a base de ácido cianhídrico. Este preparado «se hallaba en grandes cantidades en el campo y se utilizaba continuamente como desinsectante». Tras una serie de «acertados experimentos» del comandante Rudolf Höss y de su subalterno de campo Fritzsch, pudo asesinarse a dos millones de judíos (es decir del 70 al 80 % de los deportados); Höss habló hasta de tres millones [58]. Otros muchos fueron asimismo víctimas de fusilamientos, inyecciones de fenol y experimentos «médicos».

El genocidio judío —según el jubiloso comunicado de Eichmann, en el verano de 1944 ya se habían superado los seis millones, cuatro de ellos en campos de exterminio [59]— no fue una medida tomada por razones de guerra o de puro terror. No influyeron en él de manera decisiva ni la culpa de un individuo, ni las pugnas internas, ni la intimidación pública, ni consideraciones de política de la guerra. La base de todo ello ha de encontrarse en la demencia de la ideología nazi y por ello es preciso hacer una diferenciación con respecto al terror de las anteriores revoluciones y guerras de la historia. Fue el «exterminio» completamente impersonal y burocrático de un pueblo que *in toto* era clasificado como infrahumanos inferiores, como viles escarabajos, y al cual Himmler, experto en cuestiones de crianza, trataría como una enfermedad biológica.

[58] *Kommandant in Auschwitz,* apuntes autobiográficos de Rudolf Höss; edit. por M. Broszat. Stuttgart, 1958, pp. 154, 122.

[59] Ulteriores cálculos estadísticos oscilan entre los 5 y los 7 millones. En todo caso, el número total de judíos se redujo a 9 millones (de los 15 de antes) y en Europa de 9,2 a 3,1 millones.

El asesinato en masa de hombres, mujeres y niños judíos fue en constante aumento hasta 1944. Algunos intentos de rebelión en Sobibor, Treblinka (otoño de 1943) y, sobre todo, el heroico levantamiento del «ghetto» de Varsovia fueron aplastados de la forma más cruel (abril-mayo de 1943). Himmler —que en cierta ocasión (17 de julio de 1942) había presenciado «enmudecido» una cadena de asesinatos en Auschwitz-Birkenau— movilizó todas sus palancas para alcanzar rápidamente la meta propuesta [60]. En una serie de cartas dirigidas al subsecrtario del Ministerio de Transportes, Ganzenmueller, trató de asegurarse los elementos para el transporte por ferrocarril. En reñida porfía con otros organismos consiguió arrancar a la mayoría de los judíos de sus puestos de trabajo o de la protección del Ejército o de la industria de armamentos e internarlos en sus campos de concentración. Himmler insistía en que «aunque sólo fuera por razones de mero camuflaje, es preciso actuar lo más rápidamente posible». A lo cual Globocnik, jefe de policía y de las SS en Lublin, añadía: «para que un día no estemos metidos en el mismo ajo» [61]. A estos efectos, Himmler y los jefes de las SS se seguían sirviendo entre sí de eufemismos, hablando todavía de «reubicación de judíos, y, por su parte, Goebbels observaba lacónicamente en su diario el 27 de marzo de 1942 que en el Este «se está aplicando ahora un procedimiento bastante bárbaro y en el que no conviene entrar... y que de los judíos ya no queda mucho». Goebbels añade que Globocnik (aunque no menciona el nombre) se encarga de todo ello «con bastante circunspección, utilizando procedimientos que no son muy llamativos... En estas cosas no pueden permitirse sentimentalismos... También aquí el 'Führer' es el probado adalid y defensor de una solución radical» [62].

La batuta estaba en manos de la policía de las SS. De este modo podían afianzar más aún su posición de protagonistas de una política nacional-socialista consecuente, ampliar su administración y sus empresas, manipular a placer el trabajo de esclavos y ejercer el poder en los territorios del Este, especialmente en el Gobierno General. También los jefes del Ejército —sobre todo Keitel— acabaron por aceptar generosamente la primacía del exterminio judío o al menos por cerrar los ojos ante la realidad. Hubieron de encajar la eliminación de los judíos de la industria de armamentos, o la destrucción del «ghetto» de Varsovia, sin tener en cuenta los intereses de la economía de guerra. El comandante en jefe del Gobierno General, el

[60] *Kommandant in Auschwitz, op. cit.*, p. 177.
[61] *Nürnberger Dokumente,* NO-205. H. Krausnick, *Judenverfolgung, op. cit.*, p. 418.
[62] *Idem,* p. 419.

general von Gienanth, arguyó frente a Keitel que, en consecuencia, los polacos ya no podrían ser deportados para trabajar en Alemania, y que «en cuanto se capacitase al relevo, poco a poco los judíos podrían ser puestos en libertad». Sin embargo, poco después el Mando Supremo del Ejército ordenó «de acuerdo con el jefe nacional de las SS que los judíos empleados en servicios auxiliares de las Fuerzas Armadas y en la industria de armamentos fueran inmediatamente remplazados por personal ario» [63]. Muy pocos altos militares optaron por algo más que una protesta indirecta, como en el caso de Gienanth (que pocos días después era fulminantemente destituido).

El Ejército colaboró estrechamente con las SS en muchos lugares; éstas podían disponer a su antojo de los judíos y de sus campos de trabajo, al igual que, por encargo especial y por su potestad policiaca, disponían de la población rusa y polaca. Como tantas otras veces desde 1933, aun cuando naturalmente en muy distinta escala, las Fuerzas Armadas se hicieron cómplices de una política seguida hasta el final —a menudo contra su propia convicción— por la mayoría de los militares que seguían ciegamente al «Führer». La victoria sobre el Ejército que se apuntaron las SS, patentizada exteriormente desde el verano de 1944, se decidió, en realidad, al comienzo de la guerra al aceptar el asesinato sistemático por parte de las SS. Sólo unos pocos militares —por ejemplo, Stauffenberg— trataron de salir de aquella parálisis. Los otros servían dócilmente si no a Himmler, sí a Hitler. Este —después del sistemático asesinato de millones de judíos— seguía fanáticamente adherido en su «testamento» (29 de abril de 1945) a su «idea básica», y exhortaba a todos sus sucesores, «Caudillo de la nación y séquito», a que en el futuro no olvidasen «ante todo... la escrupulosa observancia de las leyes de la raza y la oposición implacable contra el envenenador de todos los pueblos: el judaísmo internacional» [64]. La realidad y la utopía del nacionalsocialismo han alcanzado en el exterminio de los judíos su más terrible expresión.

Planes de la oposición en la guerra

La oposición dentro del marco de un régimen totalitario tiene condicionamientos muy diferentes a los de la oposición legal y también a los de la lucha ilegal contra una dictadura extranjera de ocupación. Esta circunstancia pudo apreciarse inconfundiblemente du-

[63] *Nürnberger Dokumente,* NO-205, H. Krausnick, *Judenverfolgung, op. cit.,* p. 428.
[64] Hohlfeld, *Dokumente, op. cit.,* t. 5, núm. 210.

rante la guerra a medida que fue endureciéndose el régimen. La conspiración o una acción eficaz dependen fundamentalmente de la medida en que la dictadura, aparentemente monolítica, muestre grietas y conflictos o tienda a una estructura pluralista. La posición de Hitler, basada en el principio del caudillaje, redujo dicha tendencia típica de todo sistema de dominación, a su mínima expresión. Sin embargo, también el Tercer Reich, enemigo declarado de toda oposición, contó con las rivalidades de varios centros de poder, tanto en el plano económico, como en el militar y en el burocrático. Y en este marco surgieron asimismo las formas típicas de oposición. Esta, desde fuera, se había hecho prácticamente imposible a partir de la consolidación del régimen en 1933 y 1934. Sin embargo, a medida que podían apreciarse mejor los objetivos y el desarrollo del totalitarismo nazi, aparecieron nuevas posibilidades para la oposición desde dentro. La táctica hitleriana de «divide et impera» dio al poder un control absoluto de la situación, pero quedaban siempre grietas y lagunas para los manejos de la oposición, que podían tener algún alcance sobre todo en momentos de crisis en la política exterior.

Un estudio sistemático de la oposición alemana debe tener en cuenta multitud de criterios [65]. Deberá diferenciar entre motivos, medios y grado de eficacia de la oposición. Otro amplio campo, más difícilmente acotable, es el de le resistencia pasiva, que va desde la dimisión, la emigración, la deserción y el suicidio hasta ciertas formas de colaboracionismo, resumidas en la conocida fórmula de quedarse en el puesto «para evitar cosas peores». Indudablemente, tal conducta tenía una segunda cara: sólo a base del colaboracionismo de militares y funcionarios podía llegar a consolidarse el régimen. Entre las formas de oposición más decidida o clara hay que incluir diversos actos, espontáneos u organizados: sabotaje y obstrucción, desobediencia y huelga. La resistencia activa en sentido estricto comprendía desde la crítica intelectual y propagandística hasta la acción violenta. Todos estos diferentes matices se dieron ya antes de la guerra. En especial, Goerdeler y Beck intentaron con sus manifiestos provocar un cambio de rumbo del régimen. La difusión ilegal de folletos, informes y planes para preparar un nuevo sistema de gobierno se practicó especialmente en el llamado círculo de Kreisau Incluso ante de la guerra se practicaba la recogida y difusión de noticias sobre el régimen con la finalidad de influir en la población y ganar adeptos, para lo que se recurría, según los casos, a circulares, sermones, camuflajes, falsas declaraciones oficiales, etc. La conspi-

[65] En especial: Dieter Ehlers, *Technik und Moral einer Verschwörung.* Bonn, 1964, pp. 27, 100.

ración se realizaba en reuniones secretas, siendo su primera finalidad la comunicación de noticias políticas y militares. La información realista y los contactos personales, antídoto contra la topoderosa propaganda oficial, eran los supuestos previos de una oposición activa, que excediera de la mera protesta o de la resistencia individual.

También aquí se suscitó el problema político-moral de cuándo y cómo la oposición debía y podía recurrir a la violencia como medio. La misma Iglesia seguía manteniendo sus escrúpulos basados en cuestiones de principio, rechazando con escasas excepciones la justificación de actos de violencia, incluido el dar muerte a Hitler. Asimismo, gran parte de la oposición conservadora —desde Goerdeler al círculo de Kreisau— se mantenían dudosos ante dicho problema, dejando el atentado en manos de los militares, que en su mayoría seguían fieles a su juramento y a la obediencia al «Führer». Todo esto no sólo impedía la preparación práctica de un golpe de Estado, sino que dificultaba enormemente el entendimiento de los diferentes grupos de oposición, contribuyendo al final de modo decisivo al fracaso del golpe del 20 de julio. Hasta el final se confió demasiado en la astucia y la sorpresa. El plan del golpe de Estado de septiembre de 1938 siguió considerándose el modelo fundamental: primero, asegurarse el apoyo militar para una operación, a poder ser incruenta, después ganarse a la población informándola del carácter criminal y del rumbo catastrófico del régimen de Hitler.

La guerra benefició y complicó en la misma medida la causa de la oposición. Por una parte, cada vez resultó más difícil separar el binomio nacionalsocialismo-Alemania: el patriotismo pesaba más que los escrúpulos frente al régimen; a todo esto hay que añadir la mayor reglamentación y control que comporta la guerra, así como la lógica fatiga de los humanos. Por otra parte, la guerra comportaba, sin embargo, mayor improvisación y pragmatismo, encerraba ciertas tendencias al alivio y apertura de estructuras tanto en lo civil como en lo militar, todo lo cual favorecía la organización y extensión de la resistencia. Ante todo, aumentaba de la noche a la mañana el peso del Ejército que, pese a sus anteriores fracasos, había logrado mantener cierta distancia frente al partido y, sobre todo, frente a las SS. A esto hay que añadir que muchos adversarios civiles del régimen ocupaban ahora puestos militares. Esto era aplicable especialmente al Departamento de Información, que ya en 1938 funcionó como puesto central de enlace entre la oposición militar y la civil. Bajo el patrocinio del almirante Canaris, Oster había admitido en el Servicio a individuos como Dohnanyi y Dietrich Bonhoeffer. En el mismo grupo ingresaron también Klaus Bonhoeffer y su cuñado Justus Delbrück, industrial e hijo del famoso historiador Hans Delbrück, así como

otras muchas personas de confianza de diferentes Ministerios. Se consiguió además el apoyo de la Jefatura Superior del Ejército en Zossen, cerca de Berlín: al círculo de conspiradores se unió el que más tarde sería general Stülpnagel, que desempeñó en París un importante papel durante el intento de golpe de Estado de 1944, así como el vacilante Wagner, uno de los jefes del cuartel general del Ejército, y el teniente coronel Grosscurh, hombre de confianza de Oster. Se establecieron contactos hasta en la policía, las SS, y la Gestapo. Naturalmente, esto planteó una serie de problemas que complicaron mucho la visión que la oposición tenía de sí misma.

Los primeros esfuerzos se dirigieron a impedir que el régimen continuara la guerra. Después de que las potencias occidentales hicieron posible una fácil victoria de Hitler en Polonia con su inhibición, las objeciones de los militares quedaron refutadas —al igual que en 1936 y 1938— por los éxitos de la política arriesgada de Hitler. La opinión pública cesó repentinamente en su actitud crítica tanto más cuanto que la propaganda volvió a hacer creer que Hitler sólo quería la paz, aunque naturalmente sobre la base de la conquista y de la hegemonía en Europa. Precisamente por esto era irreal toda especulación sobre la posibilidad de un acuerdo de paz en 1939-1940; pero Hitler supo utilizar para justificar su rumbo belicista la nostalgia de paz de una opinión pública mal informada. Con ello salvó también espléndidamente las objeciones contra el pacto con la Unión Soviética, que Goerdeler, Hassell y Beck habían criticado ferozmente. Ante el peso de los hechos consumados hubo de disiparse la ya leve esperanza de poder aprovechar los sentimientos antibolcheviques de Occidente para apoyar la oposición contra Hitler. En Alemania mismo la oposición se encontraba frente a un muro de inocente prejuicios y a una conciencia nacional exagerada. Era lógico preguntarse, pues, si podría tener éxito cualquier operación por lograda que fuese. Una vez más parecía totalmente imposible ganar el favor de la población.

Con todo, en el invierno 1939-40 aumentaron las tentativas para adelantarse al proyectado ataque a Francia, ordenado ya por Hitler el 9 de octubre de 1939 para «la definitiva liquidación militar del Occidente» [66]. El ataque fue aplazado varias veces ante las objeciones de los militares, apareciendo de nuevo en escena las amenazas de dimisión y los planes de un golpe de Estado como en 1938. A los conspiradores antes mencionados se añadió ahora el abogado muniqués Joseph Müller, cuyos contactos con el Vaticano esperaba apro-

[66] H. A. Jacobsen, *Dokumente zur Vorgeschcichte des Westfeldzuges*, Gotinga, 1956, p. 6. También Harold C. Deutsch, *The Conspiracy against Hitler in the Twilight War*. Minneapolis, 1968.

vechar Oster para constituir un gobierno de paz. Varios enlaces diplomáticos de la oposición trataron de conseguir en sus viajes por el extranjero garantías de las potencias occidentales en el sentido de que éstas firmarían la paz con un nuevo gobierno, pero no con el régimen de Hitler. Estas gestiones buscaban también en primer lugar salir al paso de las objeciones y reparos de los vacilantes generales. En tal sentido, Adam von Trott zu Solz, Consejero de Embajada, de treinta años de edad, quien de su época de estudios en Inglaterra y Estados Unidos conservaba importantes amistades personales en el extranjero, utilizó uno de sus viajes como conferenciante a los Estados Unidos para informar a diversos organismos del país sobre la oposición alemana; entretanto, Goerdeler trató de influir en políticos norteamericanos, británicos (Estocolmo) y franceses (Suiza). Numerosos contactos se establecieron a través de Suiza, en parte por la mediación del ex-canciller del Reich, Joseph Wirth, y del ex-ministro de Defensa, Otto Gessler. Finalmente, se consiguieron garantías de los Gobiernos francés y británico para reconocer un nuevo Gobierno alemán no nacionalsocialista, a condición de que en él no figurara ninguno de los anteriores ministros y abandonara todo tipo de política expansionista. También revistieron gran importancia al respecto los esfuerzos del Vaticano, promovidos por Müller de acuerdo con Beck, Oster, Dohnanyi y D. Bonhoeffer.

La incapacidad de los militares para tomar una decisión en la primavera de 1940 en medio de tan favorables circunstancias, hizo que Occidente desconfiara con razón de ulteriores tentativas que quedaron en puras ilusiones. La dilación de los militares constituye el gran problema con que hubieron de enfrentarse desde entonces los rebeldes. Por una parte, los generales reclamaban garantías de Occidente para el caso de un golpe; por otra, temían que tales contactos, base de cualquier garantía, constituyesen una «traición a la patria». Cuando, a comienzos de abril, Hadler expuso a Brauchitsch el resultado de aquellos sondeos (resumidos por Dohnanyi), éste se negó una vez más. En efecto, Brauchitsch, de escaso instinto político, no comprendía la perversión nacionalsocialista del concepto de traición. Al parecer, no se daba cuenta de lo que ya Beck formulara en 1938: que circunstancias extraordinarias reclaman medidas extraordinarias. Lo más que hizo fue no delatar a nadie, pese a saber tantas cosas. Las discusiones terminaron definitivamente con el nuevo éxito que, contra la opinión de los militares, se apuntó Hitler con la ocupación de Dinamarca y Noruega (abril de 1940). A los ojos de las potencias occidentales, la oposición se hizo sospechosa. Sus enlaces fueron incluso tomados como agentes de la Gestapo que, al confundir al Occidente, hicieron posible el ataque alemán.

Esto fue una razón más para que Oster se decidiera en el último momento a suministrar una prueba de la sinceridad de la oposición. Por mediación del agregado militar holandés, amigo suyo, hizo pasar a Holanda información sobre el ataque contra Escandinavia y Francia. Esta tentativa —que, al igual que todos los otros contactos con el extranjero ha sido considerada hasta hoy por muchos críticos de la oposición como un acto de «traición a la patria», utilizándola incluso para la elaboración de una nueva leyenda de la puñalada por la espalda— fue una manifestación de la irreductible animosidad de Oster contra el régimen, así como de su decidida voluntad de procurar a toda costa la terminación de la guerra y un cambio radical. El paso de alta traición a «traición a la patria» —tan difícil de apreciar, sobre todo en una dictadura— pudo justificarse además por la noticia de que Hitler estaba dispuesto a invadir cinco países neutrales, cuya inviolabilidad había garantizado expresamente. Así pues, la conducta de Oster tenía una justificación política y moral; él conocía muy bien los preparativos de la agresión nazi, carentes de todo escrúpulo. Aun cuando la traición a la patria supone la intención de causar perjuicio al propio país, en tan extraordinaria ocasión no dejaba de asistir el Derecho a quien se oponía por todos los medios a la violación de un tratado o al quebrantamiento del Derecho. La traición a la patria y el quebrantamiento de un juramento pueden perder vigencia en un Estado de no-Derecho que falta a todos sus compromisos frente a sus propios ciudadanos y al mundo exterior. Pero la acción de Oster fue, al mismo tiempo, un concreto y desesperado intento de salvar la tambaleante confianza en la oposición alemana. Fracasó por no haber tomado en serio las advertencias y porque la eficiencia militar de las operaciones alemanas condujo en menor tiempo del que se esperaba a la victoria total en el frente occidental.

El nuevo triunfo de Hitler cambió sustancialmente la situación. La victoria sobre Francia significó, al mismo tiempo, una profunda derrota para la oposición. Ahora empezaba la prueba más difícil para un movimiento de resistencia, que había de operar en medio de una dictadura triunfal. Se acabaron los contactos con Occidente y las esperanzas en un pronto final de la contienda, así como en un cambio radical interno. Aislada y sin perspectivas de ganarse el favor de la opinión pública, a la oposición sólo le quedaba una actitud jurídica y moral, puesto que además en el extranjero se le había retirado la confianza. Por ello, es ciertamente notable el grado de continuidad que los años siguientes presidió la organización y desarrollo de la resistencia interior. Este hecho contradice posteriores afirmaciones en el sentido de que sólo el temor de la derrota o una especie de pánico de última hora habían animado la oposición alemana. Esto puede

ser cierto para algunos elementos militares, pero no es aplicable a quienes en la fase de los grandes triunfos del Tercer Reich llevaron el peso de la peligrosa lucha contra Hitler y su régimen, en apariencia invencible.

En el nuevo marco ya no eran posibles nuevos planes de subversión. Ahora menos que antes de 1940 podía contarse con los militares, entusiasmados por el éxito y abarrotados de medallas y ascensos. El gran incremento de la oficialidad en sus grados medios e inferiores con personal adicto a Hitler también influía negativamente sobre la disposición de los generales a sublevarse. Por otra parte, las medidas preventivas del régimen fueron reforzándose progresivamente a medida que se afianzaban las SS. Hitler mismo vivía desde el comienzo de la campaña de Rusia en los refugios, herméticamente protegidos, de los cuarteles generales en Prusia Oriental y Ucrania; se comprende que los ulteriores atentados requirieran las más difíciles combinaciones. Esta circunstancia tuvo gran alcance, ya que fue haciéndose cada vez más evidente que, dados los condicionamientos bélicos y la posición de poder de Hitler, el asesinato del dictador era *conditio sine qua non* para un cambio de régimen.

Aquí radican los problemas más importantes de la ulterior evolución. Por una parte, cualquier victoria de las armas alemanas reducía las perspectivas políticas de la oposición en el plano interior, al mismo tiempo que incrementaba las pretensiones exteriores de su ala germano-nacional, empezando por Goerdeler y terminando en el Ministerio del Exterior: «Mientras persistían los triunfos del Reich hitleriano por Europa, un golpe de Estado habría parecido a la mayoría de los alemanes como sabotaje y traición a la patria. Sólo cuando la guerra se convirtió en un callejón sin salida comenzaron a cambiar las cosas; pero era ya demasiado tarde para lograr algún efecto en política exterior: el enemigo exigía ahora la «rendición incondicional», y los dirigentes de la oposición en Alemania se hicieron sospechosos de no ser más que unos oportunistas y militaristas nacionales, que a última hora procuraban un cambio de gobierno para proteger a Alemania de las represalias por sus crímenes» [67]. El otro problema tenía que ver con la discusión acerca de las implicaciones políticas y morales de un asesinato del «Führer». La idea de un nuevo orden alemán, que con el recrudecimiento de las crueldades del régimen se imponía con más fuerza, hizo que las distintas concepciones políticas y sociales de la oposición adquirieran perfiles más concretos. Con mayor urgencia que antes de la guerra tras el fracaso de todas las tentativas «normales» de cambiar el ré-

[67] G. Ritter, *Carl Goerdeler, op. cit.*, p. 313.

gimen, tras la profunda conmoción de todas las tradiciones, se imponía una radical transformación del modo de pensar. ¿Era posible con este convencimiento una precisión común de cuál debiera ser el día X? Un repaso de las debatidas ideas políticas y sociales de la oposición en los años 1940-43 pone de manifiesto, al mismo tiempo, las limitaciones a la actividad de la oposición en esta vertiente.

De entrada no puede negarse el carácter problemático y circunstancial de las ideas en política exterior de «los notables nacional-conservadores, que entre 1938 y 1942 inspiraron la imagen externa del sector de la oposición potencialmente capacitado para actuar» [68]. En primer lugar, estas ideas no se diferenciaban fundamentalmente de las pretensiones hegemónicas de la Gran Alemania del nacionalsocialismo, sino sólo por sus métodos y sus menores proporciones. Para ellos Hitler era más bien un malabarista, que supeditó a su megalomanía un revisionismo completamente justificado, es decir, los auténticos intereses nacionales de Alemania. Goerdeler, Beck, Hassel y Popitz partían casi con absoluta naturalidad de la posición de Alemania en el mundo, de su papel hegemónico en Europa, de la firmeza de las fronteras de la Gran Alemania. Incluso estando ya en prisión, Goerdeler sostuvo en 1944 que Alemania debía conservar sus fronteras de 1914 con el Este incluyendo Austria y los Sudetes, anexionarse además el sur del Tirol y participar en el reparto de las colonias. Puede ser que con ello persiguiera objetivos tácticos ya que hasta el final esperó poder influir sobre los autócratas. Por otra parte, desde 1938 había propagado insistentemente la idea de una cooperación pacífica europea y la renovación de la Sociedad de Naciones.

Para poder formular un juicio deben tenerse en cuenta los especiales motivos y circunstancias de tales posturas y a este efecto revisten importancia especial dos aspectos en todo intento de explicación: en primer lugar, el contexto táctico de aquella oposición, necesitada de la colaboración de militares y funcionarios conservadores, no podía permitirse renunciar por completo a los territorios conquistados, porque habría perdido toda posibilidad de apoyo. Esto es válido, al menos, para la época anterior al cambio de signo de la guerra (1942-43). Por otra parte, tales planes delataban viejas ideas mantenidas por las clases dirigentes y amplios círculos de la población en Alemania durante la Primera Guerra Mundial y después en la «lucha contra Versalles»; tenían sus raíces en las tradiciones del Reich bismarckiano y de la idea de gran potencia, siguieron en

[68] Hermann Graml: «Die aussenpolitischen Vorstellungen des deutsches Widerstandes», en *Der deutsche Widerstand, op. cit.*, 19.

pie en él a pesar de la política revisionista de la República de Weimar, y fueron ampliamiente aceptados por la política occidental del «apaciguamiento». Sería erróneo identificar esta posición «nacional» con una aprobación de la política revisionista del nacionalsocialismo, y afirmar que la oposición sólo se enfrentó al expansionismo de Hitler. En realidad, la voluntad de oposición tomó cuerpo ya en 1938 con motivo de la violenta ampliación militar de las fronteras alemanas. Desde un principio aquella decisión iba dirigida contra la guerra como medio de realizar la revisión, incluso deseada, de los límites del territorio. Según opinión del mismo Beck, las guerras constituían ya en Europa un fenómeno anacrónico, y, además, resultaban imposibles por razones militares. Sin embargo, es preciso decir que una buena parte de estas consideraciones y planes se encontraban fuertemente vinculadas al nacionalsocialismo prevaleciente en este grupo.

Por otra parte, hay que tener en cuenta que tales concepciones no eran populares, ni siquiera bien vistas, como tampoco lo eran las ideas políticas y sociales de Goerdeler. Muchos historiadores tienden a cometer un error muy comprensible: calibrar el alcance de cualquier plan por el número y dimensiones de los testimonios escritos, método muy poco adecuado para apreciar y estudiar los movimientos de conspiración. El mismo Gerhard Ritter no ha sabido soslayar este peligro en su libro sobre Goerdeler. Se pasa, en efecto, por alto que en el enorme acopio de memorias (Goerdeler), en la redacción de notas de entrevistas, cartas o incluso diarios en clave (Hassell) y hasta en la elaboración cenceptual (Círculo de Kreisau) no se puede hablar, en absoluto, *del* programa (ni siquiera para un sector de la oposición), sino que se trata de opiniones completamente individuales. Tan pronto como se daban a conocer a otros, eran objetos de duras críticas o se las consideraba como meras reflexiones personales, dignas de ser discutidas sólo por razones de colaboración práctica. No debe sorprender el hecho de que quienes de modo inmediato pensaron y actuaron en la palestra política no fueran demasiado pródigos en sus manifestaciones escritas. Lo que, en todo caso, cabe deducir del análisis de los programas es, por un lado, la abundancia de obstáculos, ilusiones y errores de apreciación que aquejaba a cualquier esquema eventual de la oposición, tanto de izquierdas como de derechas; por otro lado, que no hay que olvidar el hecho de que la oposición y la conspiración contra Hitler no significaba «ipso facto» un voto en favor de la democracia o una renuncia a las ideas de la política nacionalista de poder.

Esto mismo puede apreciarse en los programas de solución alternativa, elaborados principalmente en el círculo de Kreisau para un

nuevo orden europeo. En tanto que las ideas políticas del círculo de Goerdeler fueron con razón duramente criticadas, negándoles incluso su condición de auténtica alternativa al régimen de Hitler, las concepciones europeístas del círculo de Kreisau han sido frecuentemente idealizadas «a posteriori», identificándolas con la política integracionista de la posguerra. Tales concepciones no dejaron tampoco de tener cierta relación problemática con las pretensiones europeas del nacionalsocialismo, y la originaria repulsa del nacionalsocialismo claudicó a veces —bajo la influencia del grupo de Goerdeler— ante la idea de una síntesis Reich-Europa. En más de un memorándum de julio de 1940 y poco más tarde, bajo el influjo de las pasajeras ilusiones suscitadas al iniciarse la campaña de Rusia, Goerdeler proclamó la pretensión del Reich a ocupar una «posición rectora» en Europa. Hassel utilizó la fórmula «el Occidente bajo la jefatura alemana», y Popitz fue aún más claro, al atribuir al Reich «ciertos derechos especiales» frente a otros Estados en el «gran espacio» europeo. Indudablemente, Hassel y sus amigos subrayaron insistentemente que los demás pueblos no debían sentirse avasallados por la jefatura alemana, debiendo respetarse escrupulosamente sus «peculiaridades» políticas y culturales; debían salvaguardarse intactos sus intereses [69]. Sin embargo, tales ideas no contenían para el extranjero una alternativa aceptable frente al régimen de Hitler; como programa político, no eran nada realistas para entablar contactos y negociaciones con la resistencia europea. No podía ignorarse su parentesco con la ideología nacionalsocialista acerca del Imperio y de Europa. Pese a todas sus posibles diferencias con respecto a los métodos y objetivos de Hitler, aquellos argumentos convergían en la idea común y básica de que el desarrollo técnico y económico demandaban constelaciones de países más amplias.

También aquí había una base para el acercamiento a posiciones mantenidas por elementos jóvenes y más abiertos dentro del círculo de Kreisau tendentes a superar el Estado nacional. Tal acercamiento era tanto más factible cuanto que —desde comienzos de 1942 y bajo la impresión del nuevo sesgo de la contienda bélica y del terror, que desacreditó completamente el nombre y la misión del «Reich» en Europa— los mismos representantes nacional-conservadores de la oposición pusieron más empeño en la idea de una Federación europea de Estados independientes y dotados de los mismos derechos.

El grupo de oposición que desde 1942 y 1943 se reunió repetidas veces en la finca del conde Helmuth James Moltke en Kreisau (Silesia), se diferenciaba del círculo de Goerdeler en un doble sentido:

[69] Para pruebas: *idem,* p. 37.

sus componentes, comprendidos entre los treinta y los cuarenta años, pertenecían decididamente a otra generación y, por lo mismo, no se adherían con el mismo empeño a las tradiciones nacionales y conservadoras, pese a que procedieran de las filas de la nobleza, la burocracia o el Ejército; tanto por su origen como por su orientación representaban un abanico de tendencias, que iba desde la derecha hasta la izquierda [70]. Las deliberaciones y discusiones mantenidas en torno al futuro alemán, tanto en política interior como exterior, estaban inspiradas por una voluntad de reforma cristiana y socialista. Llama la atención la nutrida representación de la vieja nobleza prusiana. Moltke (nacido en 1907) era sobrino bisnieto del mariscal de 1870. En su calidad de asesor de Derecho internacional cerca del Mando Supremo del Ejército y en estrecho contacto con el Departamento de Información, trató de frenar los malos tratos propinados a prisioneros de guerra y a la población civil extranjera. Pariente suyo era el conde Yorck von Wartenburg, descendiente del famoso general de las guerras de liberación y también reputado filósofo y erudito. Yorck, primero jurista y luego oficial, fue desde el verano de 1942 colaborador del Departamento del Este en la Oficina de Economía Militar, donde tuvo ocasión de viajar y entablar diversos contactos, que finalmente lo llevaron a participar activamente en los planes de subversión de su primo Stauffenberg. Uno de los pocos que sobrevivieron de este círculo fue Carl Dietrich von Trotha, procedente de la tendencia socialmente más avanzada del Movimiento de Juventudes.

Una característica de este círculo es su colaboración con socialistas declarados, procedentes en parte del mismo Movimiento de Juventudes. En él figuró también el pedagogo Adolf Reichwein, que tras la Primera Guerra Mundial y su afiliación al Movimiento de Juventudes socialistas, actuó en escuelas primarias y campos de trabajo, siendo luego catedrático de Historia y Política en Halle. En 1933 fue «trasladado» a una escuela de aldea. Había mantenido contactos con Moltke desde los tiempos de la República de Weimar en los campos de trabajo para voluntarios. Reichwein introdujo en el círculo a sus amigos socialistas Carl Mierendorff y Theo Haubach, y estableció luego contacto con Julius Leber, que desde su posición de declarado activista no dejó de criticar los planes teóricos del círculo de Kreisau. Durante la República, Haubach fue periodista y luego jefe de Prensa del Gobierno prusiano; en 1933 cumplió una pena de dos años de trabajos forzados, para pasar después a

[70] Extensa exposición de Gerd van Roon, *Neuordnung im Widerstand*. Munich, 1967. *Vid.* O. H. von der Gablentz, en *PVS*, 9, 1968, p. 592.

la industria. Su compañero de los años de escuela en Darmstadt, Mierendorff, poseía un carácter más dinámico, casi genial; incluso dentro del SPD era un rebelde; encargado de la prensa en el Gobierno de Hesse, con Leuschner, de 1934 a 1938 estuvo condenado a trabajos forzados. Tras haber trabajado también en la industria tomó parte en la promoción de los planes de subversión. En diciembre de 1943 encontró la muerte en un bombardeo, salvándose así del destino de sus amigos, aunque la resistencia perdía uno de sus más vigorosos representantes.

Este mismo círculo incluía también a representantes de la tendencia cristiana. De los católicos es preciso mencionar especialmente al Padre Alfred Delp. Jesuita desde sus años de bachillerato, apasionadamente interesado por los problemas de su época, sus ideas reformistas, tanto políticas como sociales, no se detenían ni siquiera ante las consideraciones dogmáticas y conservadoras de su Iglesia. Moltke le había convertido a sus ideas cuando estableció contacto con los jesuitas en Munich durante el año 1942. El lado protestante se encontraba sobradamente representado por la mayoría de los miembros. A ellos se añadió el párroco de la prisión de Berlín, Harald Poelchau. Como delegado del obispo de Württemberg, Wurn, entró en contacto con el círculo Eugen Gerstenmaier, después de haber desempeñado un papel equívoco en la sección de relaciones públicas del obispo Heckel que se mantenía fiel al régimen. Pertenecían también al grupo catedráticos, diputados provinciales (como Theodor Stelzer) y diplomáticos, entre ellos, Hans Berndt von Haeften, sobrino de Brauchitsch, aunque nada parecido a él, y su amigo Trott zu Solz, que acabó teniendo estrechas relaciones con Stauffenberg.

En el centro de las deliberaciones de este círculo tan heterogéneo se hallaban las reformas internas que traerían el nuevo orden que sucedería a Hitler. Pero también las concepciones en política exterior, a las que ya hemos hecho referencia, evidencian las peculiaridades y también las limitaciones del círculo, condicionadas por circunstancias de lugar y tiempo: ruptura con el nacionalismo, progresos hacia un internacionalismo europeo (que superase tanto la hegemonía francesa de Versalles como la vieja y nueva tendencia alemana al hegemonialismo), entendimiento germano-francés y germano-polaco en lugar de la invocación de discutidas pretensiones territoriales. Estas ideas fueron aportadas principalmente por los socialistas (Haubach, Leber, Reichwein). Desde siempre la exigencia fundamental de Leber en orden a la futura política exterior había sido la de que los principios de la cooperación económica y de la política interior democrática debían regir también las relaciones

interestatales [71]. Pero también Moltke y sus amigos, distanciándose conscientemente de las tradiciones histórico-políticas de su clase, hablaban ahora de una europeización del pensamiento y de una metamorfosis del concepto de Estado, que ya no podía seguir siendo un fin en sí mismo. La idea de una solución federalista y supranacional surgió principalmente con la problemática derivada de la política de las nacionalidades en Alemania Oriental y en la Europa del Este; el mismo Moltke se había ocupado ya hacía mucho tiempo de la cuestión de las minorías. Este fue el tema común que posibilitaría la colaboración con las formas de pensar socialistas e internacionales. En cierto sentido, Moltke fue aún más lejos: defendió incluso la aparente utopía de una disolución de Europa y Alemania en pequeñas unidades de administración autónoma. Tal federalismo radical, que reservaba la soberanía a un Estado único que englobara a toda Europa, significaba una ruptura total con las tradiciones teóricas de los siglos XIX y XX, que entronizaron como supremo principio la lucha contra el «particularismo» y la defensa de los Estados nacionales unitarios.

Las consideraciones prácticas del círculo quedaron muy por bajo de tan radicales programas. Pero incluso los partidarios más «realistas» de un nacionalismo moderado, como Trott zu Solz, sólo aceptaban el mantenimiento de los Estados de entonces a condición de que se limitara su soberanía en favor de una federación europea. En tanto que Moltke representaba la tendencia más consecuente y sistemática, tanto moral como internacionalmente, criticando duramente la política del «apaciguamiento» y su abandono de los principios internacionalistas en favor de un revisionismo nacional, Trott consideró ineludibles ciertas concesiones al principio nacionalista tradicional. Sin embargo, también él, a diferencia de Goerdeler, se declaró en 1939 partidario de mantener las fronteras existentes en 1933, pronunciándose en contra de la expansión territorial. El núcleo central de su concepción de Europa lo constituía el principio de la cooperación germano-británica. Trott destacó también con insistencia el papel de la clase obrera en la que seguía viva una «fuerte tradición de cooperación internacional y de política racional» [72]. Evidentemente le impresionaba el ejemplo de los Estados Unidos de América y acariciaba la idea de una Europa unida sobre la base de una política económica y una nacionalidad únicas, con un «Tribunal Supremo común» y, a ser posible, un ejército común. Realista o no en sus detalles muchas veces fantásticos, la idea fun-

[71] Julius Leber, *Ein Mann geht seinen Weg*. Berlín, 1952, p. 54.

[72] «Memorandum» a lord Halifax (finales de 1939): H. Rothfels, «Trott und die Aussenpolitik des Widerstandes», en *VfZG*, 12 (1964), p. 313.

damental era una Europa no nacionalista, liberada de la tradicional sucesión de la hegemonía francesa o alemana que, a pesar de todo, contuviera un cuadro más constructivo del futuro y al mismo tiempo una alternativa más clara frente a Hitler que las ideas políticas un tanto retrógradas de Goerdeler.

Ciertamente, estas doctrinas políticas, y en general las concepciones del círculo de Kreisau, se orientaban de nuevo —contra la voluntad de los socialistas— a la idea del Reich y de la nación [73]. Mas desde comienzos de 1942 pudo observarse cierta influencia sobre el grupo nacional-conservador. En efecto, tanto en Beck como en el propio Goerdeler la idea de un orden europeo y supranacional iba ganando progresivamente terreno. Con su impulsividad y optimismo característico, Goerdeler —sin atender a la contradicción entre ambos principios— trató de conjugar el mantenimiento del sistema de Estados nacionales con las exigencias de una federación europea, dotada de Ministerios supranacionales para la economía, el ejército y la política exterior [74]. Igualmente equívocas (y no desprovistas de crítica) fueron también las reacciones de Hassel, diplomático escéptico, a los planes del círculo de Kreisau que oscilaban entre el apoyo entusiasta a las ideas europeístas y la adhesión tradicionalista a las «cuestiones vitales de Alemania», al Estado bismarckiano y a la posición clave del país entre Este y Oeste. Dada su postura conservadora en la política interior, no podían soslayar los temores del peligro soviético. Acentuaban tanto la culpabilidad de Hitler en la marcha de los acontecimientos, y tan fieles se mantenían a la teoría del «bastión contra el comunismo», que de la comprensión de Occidente creían todavía poder esperar una posibilidad de salvación para el Estado alemán. Por ello, Goerdeler trató también de impulsar a los militares a la acción, siempre que los ejércitos alemanes no tuvieran que abandonar los territorios orientales. Goerdeler y Hassel no apreciaron debidamente la cohesión de la alianza occidental y la seriedad de su exigencia de una «unconditional surrender», inequívocamente declaradas desde enero de 1943 (conferencia de Casablanca). Sólo en la política de la posguerra y durante la fase de la guerra fría se confirmaron, en parte, aquellas ideas, aunque ahora tuvieran como consecuencia la escisión alemana.

Tanto en sus aspectos idealistas como «realistas», las concepciones de la oposición en política exterior se vieron rápidamente superadas por una situación bélica en acelerado empeoramiento, aunque contenían importantes elementos para el futuro. Es preciso enfocar

[73] Theodor Stelzer, *Von deutscher Politik*. Francfort del Meno, 1949, p. 156.

[74] G. Ritter, *Goerdeler, op. cit.*, p. 593.

con el mayor escepticismo aquellos planes de reforma en política interior, que luego aparecerían en parte como restauradores y predemocráticos y, en parte, como utópicos. Se precisa tener en cuenta no sólo las circunstancias del momento y los momentos tácticos, por ejemplo, los esfuerzos por conquistarse a los generales, sino distinguir entre las consideraciones meramente teóricas de determinados grupos y las fuerzas reales que habrían de determinar el nuevo orden alemán tras la caída de Hitler. En todos aquellos proyectos tanto la izquierda como los liberales estaban representados muy por debajo de su significado potencial. Sería, pues, erróneo una vez más suponer que los planes de Goerdeler o del círculo de Kreisau representaban *la* oposición y la política reformista para después de Hitler. Sólo con esta reserva tiene sentido hablar de la oposición anti-hitleriana como una nueva versión —por lo que se refiere a una buena parte de sus concepciones en política interior— de la oposición antidemocrática frente a Weimar[75]. Sus proyectos constitucionales no lograron imponerse tampoco después de 1945.

El verdadero problema era derribar a Hitler y, consecuentemente, el papel del grupo Stauffenberg-Leber, que no esperaba gran cosa de la teoría, concentraba todas sus fuerzas en tres grandes y urgentes objetivos: eliminación del régimen de Hitler, terminación de la guerra y restablecimiento del derecho y de la libertad. Tal fue también la consecuente posición de un Dietrich Bonhoeffer, que, muy a diferencia de Goerdeler y otros, declaraba en 1942 que la culpabilidad de la Alemania nacionalsocialista ya no permitía «escape alguno en política exterior»; la actuación de la oposición tenía que ser más bien un «acto de penitencia» y tomarse como tal[76]. Tanto para Bonhoeffer como para Leber y Moltke era inevitable la capitulación incondicional. En tal sentido, el mismo Moltke consideró (finales de 1943) absolutamente «necesaria, por razones políticas y morales, la irremediable derrota de Alemania y su ocupación»[77].

Estas mismas ideas explican también las protestas de los estudiantes (1942-43) contra el fracaso político de las clases ilustradas de Alemania. El 18 de febrero de 1943 ha pasado a la historia como la fecha de la rebelión, que osaron los estudiantes de Munich y de otras partes contra el poder de seducción del régimen. Los miles de octavillas —escritas y multicopiadas varios meses antes—, los lla-

[75] Un tanto exagerado en George R. Romoser, «The Politics of Uncertainty», en *Social Research,* 31 (1964), p. 73. Hans Mommsen, en *Der deutsche Widerstand, op. cit.,* p. 74.

[76] *Gesammelte Schriften,* edit. por E. Bethge, t. I, p. 395. Cf. E. Bethge, *Bonhoeffer, op. cit.,* pp. 698 en adelante.

[77] Roon, *op. cit.,* pp. 457, 584.

mamientos en favor de la libertad y de la lucha contra Hitler, pintados en las paredes de las casas y a la entrada de la Universidad de Munich, fueron obra principal del grupo de oposición «Weisse Rose». En este grupo figuraban en la primavera de 1942, los hermanos Hans y Sophie Scholl, Christoph Probst, Willi Graf, Alexander Schmorell y otros estudiantes junto con el catedrático de Filosofía y Música, Kurt Huber. Se mantenían relaciones secretas con otras universidades (Hamburgo, Berlín, Viena). La crítica y la confianza fueron el motor de este grupo: crítica del yugo impuesto al espíritu por la seducción y la violencia, confianza esperanzada en la indestructibilidad de la verdad y de la conciencia. Antes de ser ejecutada en unión de sus amigos, Sophie Scholl, una joven estudiante de veintidós años, se dirigió así al Tribunal Popular: «lo que nosotros hemos dicho y escrito lo pensáis vosotros también, sólo os falta el coraje de declararlo» [78]. Esta frase caracterizaba la actitud de la universidad alemana, que permaneció inmutable hasta el final, pese a las crecientes críticas a la detención y asesinato de muchos estudiantes y a la contemplación directa de la injusticia y de la mentira. «El espíritu vive», se leía en las paredes de las casas de Munich. Y, sin embargo, la Universidad, sus profesores y estudiantes, no se atrevieron a decir palabra, ni siquiera a pedir clemencia para sus camaradas.

La oposición no salió de su soledad y proscripción, incluso en la mayoría de los centros científicos. Sobre el trasfondo de las tradiciones alemanas, los intelectuales estaban tan poco preparados como los generales para el conflicto con el patriotismo convencional y la obediencia al Estado. El miedo a la persecución y al odio que despertaba la alta traición y la traición a la patria arredró a quienes mejor tenían que conocer la situación, ya que diariamente estaban relacionados con la realidad político-militar y con el mundo intelectual y moral. No faltan testimonios que hablan de las limitaciones que existían para la información. Fue permanente la desconfianza del régimen frente a cualquier grupo que fuera marcado despectivamente con el término «inteligencia». Periódicos tales como *Der Stürmer* (agosto de 1934) se quejaban en los siguientes términos: «En los pasillos de las universidades predomina un continuo critiqueo y cuchicheo. Es muy de notar un hecho: la lectura de periódicos extranjeros. Como mínimo un 60 %, posiblemente más, se opone al régimen.» En 1935, el lugarteniente del Reich para Hamburgo, Kaufmann, se quejaba de que ni siquiera un 10 % de la juventud estudiantil colaboraba activamente. Existen numerosas prue-

[78] Inge Scholl, *Die weisse Rose*. Francfort del Meno, 1955. Cf. Christian Petry, *Studenten aufs Schafott*. Munich, 1968.

bas de independencia de pensamiento y de enseñanza; también el silencio era elocuente cuando se reclamaba por doquier la participación activa. Sin embargo, esta no participación, esta resistencia pasiva, tuvo lugar generalmente en medio de un aislamiento desesperanzador, y la especialización comportaba demasiado a menudo incapacidad para remontarse a un juicio político más general. Mayores ánimos daba la protesta aislada que se atrevía a desafiar la vigilancia y la desconfianza. Sólo una defensa más generalizada de la libertad habría asestado un duro golpe al régimen, que tan imperiosamente necesitaba la cooperación de los especialistas.

En su primer llamamiento a la resistencia, Hans y Sophie Scholl dieron con el dilema: es preciso lanzar de una vez la primera piedra, y romper el círculo vicioso en el que «unos por otros la casa sin barrer», y todos resultan culpables. Pero el alcance de aquella protesta tan visible radica también en la experiencia aleccionadora que dejó el destino de la resistencia en el Tercer Reich. La ciencia y el espíritu sucumben a la manipulación y corrupción, lo que sólo es posible en un régimen como el de Hitler: es decir, cuando a la pasividad del sabio se añaden inclinaciones como las que prosperaron en la atmósfera entre apolítica y antidemocrática de las Universidades alemanas. Aquel fatal destino estaba enraizado no sólo en los crímenes de una minoría nacionalsocialista y de sus corifeos pequeño-burgueses, sino en la claudicación de una buena parte de los «intelectuales», a los cuales afecta de lleno el reproche del pecado por omisión y la vergüenza colectiva (Theodor Heuss). Lo mismo cabe decir a quienes alardeando de sensatos más tarde quisieron desvirtuar el gesto incómodo del grupo «Weisse Rose» viendo en él un idealismo y ceguera excesivos ante las duras realidades del régimen político. Aquel gesto entrañó una clara comprensión de la realidad nacionalsocialista, que desafiaba la parálisis del momento. En las octavillas de Munich se expresó tal conocimiento de los hechos de forma más libre y menos ideológica que en la mayoría de los planes elaborados por la oposición de izquierda o de derecha: «Aunque sabemos que el poder nacionalsocialista habrá de derrumbarse militarmente, queremos conseguir desde dentro una renovación del espíritu, gravemente herido. Este renacimiento debe estar precedido, sin embargo, por la clara conciencia de la culpa que el pueblo alemán ha cargado sobre sus espaldas, así como por la lucha implacable contra Hitler y sus innumerables cómplices» [79].

La actuación del grupo «Weisse Rose», cruelmente aplastada, quería ser, al mismo tiempo, «un arreglo de cuentas de la juventud

[79] Inge Scholl, *op. cit.*, pp. 145, 151 (cita siguiente).

alemana con la más aborrecible de las tiranías que haya soportado nunca nuestro pueblo», como se decía en la última hoja del 18 de febrero de 1943. Aquel ejemplo iba dedicado a una generación a la que las Juventudes Hitlerianas, la SA y las SS «trataron de uniformar, narcotizar y revolucionar desde la escuela primaria» para convertirlas luego en los campamentos del partido «en rapaces asesinos y explotadores sin Dios, sin conciencia y sin vergüenza..., en ciegos y estúpidos secuaces del 'Führer'». El grupo invitaba a sus camaradas a la huelga y al sabotaje contra los tiranos, que «en nombre de la libertad y del honor de la nación alemana han realizado y siguen realizando diariamente en toda Europa... terribles matanzas». La oposición de la juventud se expresó también en otros numerosos grupos que, en parte, se derivaban del viejo Movimiento de Juventudes y, en parte, constituían una nueva oposición a las Juventudes Hitlerianas.

El 20 de julio y sus prolegómenos

Sólo en el último año de la guerra se encaminó la oposición alemana hacia el golpe de Estado. Esta circunstancia, al igual que el ilusorio carácter de muchos de sus planes, ha causado la impresión de que sólo se pensó en derrocar el régimen a la desesperada y ante una derrota inevitable. En realidad, hasta el final, en la gran masa de la población, imperó un conformismo paralizante, que sólo unos pocos militares —de quienes tanto dependía el éxito de cualquier operación— osaron superar. Para muchos, por ejemplo para Hans Scholl, la voluntad de resistencia estuvo determinada decisivamente por el espectáculo de la política de ocupación alemana, principalmente en el Este. Esta misma motivación político-moral impulsó también a una parte de la oposición militar. Otro punto de partida lo constituyeron la serie de discrepancias en la suprema dirección, que pudieron apreciarse por primera vez al producirse un cambio de signo en la campaña de Rusia en el invierno de 1941-42.

Las posibilidades externas de la oposición eran por aquel entonces más precarias que nunca: Hitler se encontraba en la cumbre del triunfo, y la oposición, privada de casi todos sus enlaces con el exterior, había perdido eficacia ante las potencias occidentales así como su confianza. Poco pudieron enmendar la situación los contactos establecidos con Suiza, o actuaciones aisladas, como la entrevista de Dietrich Bonhoeffer con el obispo Bell de Chichester (mayo de 1942), que tuvo repercusión incluso en el propio Gobierno británico. Aislados como estaban en el interior y en el exterior, los

adversarios del régimen de Hitler —naturalmente, siempre que no contaran con el indomable optimismo de Goerdeler— apenas podían esperar éxito alguno, limitándose casi exclusivamente a invocar sus convicciones jurídicas y morales.

Y, sin embargo, no sólo se mantuvo la continuidad de la oposición, sino que pudo seguir desarrollándose su red de enlaces, incluso mucho antes que pudiera atisbarse un grave revés y mucho menos la derrota del régimen. Fue sobre todo la dirección nacionalsocialista de la guerra, la política de ocupación y la practicada con los judíos los determinantes de que un grupo de oficiales jóvenes —más dispuestos a la acción que sus generales frenados por la tradición— se adhirieran desde 1941 a los grupos de una oposición estancada hasta entonces. El exponente más significativo de este viraje, que inauguraría una nueva fase del movimiento subversivo, fue el coronel Claus conde Schenk von Stauffenberg. Al igual que Moltke, había nacido en 1902, de una familia noble de Suabia, estaba emparentado con las familias Gneisenau y Yorck, y frecuentó en la primera época el círculo formado en torno a la figura de Stefan George. Este brillante militar de Estado Mayor se convirtió desde el comienzo de la guerra en uno de los más duros adversarios del régimen de Hitler, apoyado por su hermano mayor Berthold, muy unido a él, quien en su condición de internacionalista —como Moltke— tenía una visión clara de la medida de los crímenes nacionalsocialistas. Por encima de la fronda militar y conservadora pronto se esforzó Stauffenberg en buscar contacto con la izquierda activa: sobre todo con Julius Leber. Rápidamente superó las concepciones teóricas del círculo Goerdeler-Beck. Estaba convencido (1942) de que era preciso ocuparse de la liquidación de Hitler y su régimen antes que de todos los planes de reordenación, que seguían ocupando con excesiva intensidad a la oposición. A diferencia de los legalistas e ideólogos de la autoridad, de formación teológica, burocrática y militar, Stauffenberg invocaba viejas tradiciones y defendió decididamente el derecho al tiranicidio y a la violación del juramento, y aceptaba el reproche de «traición», al igual que lo hicieron conscientemente Tresckow y Dietrich Bonhoeffer [80].

Stauffenberg desplegó una actividad incansable estableciendo multitud de contactos, y, por encima de divergencias en cuanto a opiniones, planes y objetivos, centró conscientemente sus esfuerzos en conseguir puntos seguros de apoyo dentro del ejército y en la preparación directa del golpe de Estado. Para ello se sirvió de sus amigos

[80] Ernst Wolf, *op. cit.*, p. 252. Sobre Stauffenberg, cf. obras de Zeller, Scheurig y Kramarz (bibliografía) y ahora la amplia exposición de Christian Müller, *Oberst. G. Stauffenberg*. Düsseldorf, 1971.

de la resistencia civil y de lo que quedaba de la oposición militar, sobre todo de algunos oficiales jóvenes, amigos personales, que no se sentían frenados por los escrúpulos de los viejos militares y funcionarios. Empezaron por liberarse de los escrúpulos que acompañaron anteriores intentos aceptando conscientemente, ante la exigencia de una «unconditional surrender», el riesgo de una nueva leyenda de la puñalada por la espalda y el reproche seguro de oportunismo nacional y militar, que luego formularían tanto la propaganda nazi como el extranjero. Stauffenberg y sus amigos desafiaron todos estos inconvenientes, lo cual evidencia inequívocamente su incondicional voluntad de derrocar al régimen, sin contar incluso con promesas extranjeras.

El problema que ahora se planteaba era cómo conseguir en tales circunstancias la colaboración de los mandos militares. La crisis del invierno 1941-42 y los brutales asesinatos ordenados contra funcionarios soviéticos y población civil rusa causaron indignación en buena parte de la oficialidad, pero ahora el Gobierno británico no se mostraba accesible a sondeos de paz por parte de la oposición alemana, como lo demostraron la entrevista Bonhoeffer-Chichester y un memorándum de Goerdeler cursado en mayo de 1934 vía Estocolmo. El mundo se había confabulado incondicionalmente contra la Alemania de Hitler. La oposición se vio, pues, reducida al modesto marco interior de una fundamentación jurídico-moral y de política interna para la preparación del golpe de Estado. Sobre este trasfondo todas las tentativas emprendidas desde 1942 fueron verdaderos actos desesperados para poner fin a un régimen brutal, a una guerra llevada con métodos criminales y a la progresiva destrucción de la sustancia moral de Alemania.

Junto a Stauffenberg es preciso destacar a dos jóvenes generales, de los que después partirían los impulsos para la planificación y organización del golpe de Estado. Friedrich Olbricht, jefe de la Central del Ejército en Berlín, supo utilizar sus numerosas conexiones dentro de la milicia y atizar la creciente indignación de los comandantes ante las órdenes de terror de Hitler y su ejecución por las SS. Era amigo de Goerdeler, y actuó siempre fomentando incansablemente, desde el punto de vista técnico-militar, los planes de la subversión.

En el frente ruso el exponente más destacado de esta oposición era el general de brigada Nenning von Tresckow, quien logró reunir en su plana mayor un grupo de oficiales de ideas afines; además, siempre trataba de influir cerca de su jefe, von Kluge, y estuvo mezclado en varios proyectos de atentado. Sin embargo, no se consiguió ganar a ningún general del frente para los planes de destitu-

ción de Hitler. A la suspensión del capitán general Hoepner y otros críticos de la estrategia de Hitler en Rusia siguieron las de Witzleben y del jefe de Estado Mayor, Halder, con lo cual, todos los esfuerzos del momento tuvieron que replegarse exclusivamente al marco interior.

Con ello, el eje de los preparativos pasó a la Central de Berlín y al ejército de reserva de Alemania. Tras varias consultas con Tresckow, Olbricht situó estratégicamente a varios oficiales de su confianza en diversas jefaturas militares dentro de Alemania, y preparó, además, para el día de la liquidación de Hitler, ataques por sorpresa contra el partido y las SS en Berlín, Viena, Colonia y Munich. Todo revestía la forma de medidas contra «alteraciones interiores». Bajo la consigna «Walkiria» se efectuaría la movilización de todas las tropas disponibles en el país para la realización y garantía del golpe. La iniciativa siguió estando en el grupo de Berlín al no conseguirse atraer a ninguna personalidad del frente; en marzo de 1943 habían fracasado dos intentos de atentado, y las posibilidades que brindaba Stalingrado no fueron aprovechadas debido al irresoluto Paulus, personificación del soldado apolítico. El grupo en cuestión fue reforzado notablemente con la llegada de Stauffenberg, gravemente herido en Africa el mes de abril de 1943 y trasladado luego a Berlín.

Entretanto, en el Departamento de Información, se habían desbaratado las posibilidades de acción de un importante eslabón: en efecto, a comienzos de abril de 1943 la Gestapo desarticuló la oficina de Oster y detuvo a sus más destacados colaboradores, entre ellos Dohnanyi, Dietrich Bonhoeffer y Josef Müller. Con ayuda de la táctica dilatoria de Canaris se consiguió dar largas hasta el 20 de julio de 1944 a un proceso tan peligroso para toda la oposición. Sin embargo, el Servicio de Información fue sucumbiendo progresivamente, sometido como estaba a la suspicaz vigilancia de sus rivales, es decir, las SS y la Gestapo; el mismo campo de acción de Canaris, que pudo conservar el puesto hasta febrero de 1944, se vio muy reducido. Simultáneamente, hubo de prescindirse durante unos meses de Beck, aquejado de una grave enfermedad. Tras haberse sometido a una peligrosa intervención quirúrgica sólo le quedó una actividad muy reducida.

También Popitz continuó sus esfuerzos, aunque en otro plano no ausente de problemas. Todavía se mantenía en el gabinete de Prusia, tratando de contribuir al cambio de la situación mediante la táctica de la negociación y la intriga con personas clave. En primer lugar, intentó la posibilidad de que Göring encabezara una revolución palaciega. Después intentó algo parecido hasta con Heinrich

Himmler, figura central del régimen de terror cuyo poder iba en aumento. Al parecer, creía poder utilizar contra Hitler la incontenible ambición y los temores personales del jefe nacional de las SS y conseguir así un debilitamiento de la cumbre misma del nacionalsocialismo. El 26 de agosto de 1943 el abogado de Himmler, Carl Langbehn, que también se había pasado a la oposición, concertó una entrevista de Popitz con su cliente: una peligrosa aventura de la que el astuto Popitz supo salir con mucha habilidad diplomática. Le pareció confirmar su sospecha de que también Himmler empezaba a dudar de la victoria final de Hitler.

Pero este fue el único resultado. De una persona tan cargada de crímenes y de tan escasa consistencia no podía esperarse ninguna clase de rebelión. El intento resultó ser tan problemático como ilusorio; más todavía: aquella empresa tenía que afectar negativamente la naturaleza y la meta de la oposición. Una conexión con Himmler habría comprometido y confundido terriblemente a la oposición de dentro y fuera de Alemania. Naturalmente, Popitz pretendía manejar luego a su antojo a Himmler y las SS; pero con ello seguía moviéndose en el mundo de aquellas ilusiones de 1932-33, cuando, con análogo propósito, los conservadores pensaban servirse de Hitler y del partido nazi. Schlabrendorff recuerda al respecto que los oficiales de la oposición en el cuartel general de Kluge habían declarado a Canaris pocos días antes que le retirarían el saludo si, como pensaba, mantenía una reunión confidencial con Himmler: «Ya no pueden tocarse, sin mancharse, las manos de quien haya saludado a ese canalla» [81].

Incluso en el círculo de Beck, Goerdeler y Olbricht —donde en aras del objetivo final no se rechazaba tan categóricamente la intriga audaz— la empresa Popitz-Langbehn encontró gran desconfianza y recelo. Naturalmente, se acogía positivamente la posibilidad de una escisión en las SS y en el cuadro de mandos del nacionalsocialismo, pero no se buscaba el contacto directo ni la colaboración, sobre todo con Himmler, que tanto en el país como en el extranjero era tenido por el máximo exponente de la política de terror. Además, el plan había fracasado de todas todas: Langbehn fue detenido poco después por la Gestapo y posiblemente el contacto con Himmler fue la causa de las detenciones en masa del verano siguiente. Popitz, lo mismo que Schacht, quedó aislado dentro del movimiento de resistencia. No se ponía en duda su actitud en favor de la oposición —también Popitz dio su vida por ella—, pero muchos desconfiaron de los

[81] Schlabrendorff, *op. cit.*, p. 75.

temerarios métodos de conspiración de un hombre que, en su calidad de ministro de Prusia, era un colaborador de Göring.

Entretanto, se intentó llegar a un acuerdo acerca de la composición del futuro gobierno, que debía constituir una solución transitoria. En 1943 y 1944 se confeccionaron y discutieron numerosas listas, casi todas debidas a la pluma de Goerdeler. Casi unánimemente, se veía en Beck el nuevo jefe de Estado. Pese a una serie de objeciones y recelos, Goerdeler era tenido como el primer candidato para el puesto de Canciller del Reich. Las diferentes listas de ministros que circularon dentro de la oposición perseguían el propósito de incluir tanto expertos cualificados para los diferentes cargos como representantes de los más diversos grupos y tendencias de aquélla. En tal sentido, los ministros contarían con subsecretarios procedentes de otro grupo político. La última de las listas, suministrada en julio de 1944 por Jakob Kaiser, contenía los siguientes nombres: jefe de Estado: Beck; canciller: Goerdeler; vicecanciller: Leuschner; ministro del Interior: Leber; Economía y Trabajo: Lejeune-Junge (Síndico de la industria); Educación: Bolz (o Schuschnigg); Reconstrucción: Letterhaus; Hacienda: Loeser (antes Popitz); Justicia: Wirmer; ministro de Asuntos Exteriores: Hassell o Schulenburg; Agricultura: Hermes; presidente del Parlamento: Loebe, así como un ministro-portavoz austríaco. Otras listas incluían a Brüning como ministro de Asuntos Exteriores y a Leuschner como futuro presidente del Reich al término del régimen de transición. Leuschner (o Leber) debía suceder —según deseo especialmente de Stauffenberg— a Goerdeler en la Cancillería, después del período de gobierno provisional. Como jefe de Policía figuraba Tresckow; como ministro de la Guerra, Hoepner, asistido por los subsecretarios Olbricht y Stauffenberg, y como encargado de Prensa y Propaganda, Mierendorff, que tras su muerte fue remplazado por Haubach [82].

En 1943 empeoró notablemente la situación político-militar de Alemania. Las catástrofes de Stalingrado y Túnez se vieron seguidas por otras derrotas en Rusia, la caída de Mussolini y la capitulación de Italia. Ninguna persona razonable podía pensar ya en una victoria final. Probablemente, la esperada gran invasión aliada habría sellado la derrota alemana en la misma primavera de 1944. En estas circunstancias, los esfuerzos de la oposición volvieron a encontrar ahora mayor eco entre los generales. Según notas de Goerdeler, en agosto de 1943 Tresckow le aseguró que los tres comandantes de Cuerpo de ejército en el frente del Este (Manstein, Kluge y Küchler) eran

[82] Para más detalles: Ritter, *Goerdeler* (edición 1964), p. 575.

partidarios de actuar rápidamente. Es indudable que ellos pensaban a lo sumo en una mera protesta cerca de Hitler. Mas tampoco podía esperarse de Kluge, pese a que en septiembre de 1943 se desplazara a Berlín y mantuviera una larga entrevista con Beck, Goerdeler y Olbricht (en la casa de éste); en vista de la desesperada situación militar, se declaró partidario de un rápido final de la guerra y ante los reparos expuestos por Beck, llegó incluso, al parecer, a mantener la necesidad de atentar contra Hitler. Goerdeler, que todavía se oponía a la idea de un atentado, calificó aquella entrevista de auténtico momento inicial en la gestación del golpe del 20 de julio, aunque en realidad no con absoluta justicia, como lo demuestran las tentativas y planes de atentado que precedieron a dicha fecha.

Sin embargo, un incidente se encargó de desbaratar este planteamiento. En efecto, poco después de creer que se había encontrado finalmente el general del frente capaz de apoyar desde el Alto Mando un intento de golpe de Estado, Kluge quedó provisionalmente fuera de juego como consecuencia de un grave accidente de automóvil (octubre de 1943). Y con él desaparecía sobre todo Tresckow, que ahora tenía un nuevo jefe, el mariscal Busch, incondicional de Hitler. Tresckow no consiguió tampoco tener acceso al Mando Supremo del Ejército como adjunto del general Heusinger, lo que le habría proporcionado una buena oportunidad para realizar el atentado. Una serie de temerarios proyectos de varios oficiales jóvenes terminaron por fracasar, en parte como consecuencia de la inaccesible posición de Hitler y en parte por los repentinos cambios de planes del mismo «Führer». Un obstáculo más lo constituía el intento de coordinar el atentado con la eliminación de otros jefes como Himmler y Göring, con el fin de evitar una guerra civil y la lucha con las unidades de la aviación y de las SS acantonadas en Berlín. De todos modos, Stauffenberg había conseguido imponer su convicción de que sólo la supresión de Hitler crearía las bases para un golpe militar y podría ganar para la causa a los generales del frente. La oposición contaba, pues, por primera vez con un decidido activista militar, que ni estaba continuamente asaltado por dudas, problemas y vacilaciones, como Beck, ni tampoco se contentaba con notas y conversaciones, como Goerdeler. Incluso en el plano personal, aumentó progresivamente la cooperación de Stauffenberg con Leber, quien de modo análogo criticaba desde la perspectiva civil las dilaciones del vacilante centro de la oposición. Así, cuando Leber fue detenido, Stauffenberg prestó en el último momento una ayuda más a la oposición. En su condición de primer colaborador de Olbricht, desarrolló a partir del otoño de 1943 un plan de acción muy siste-

mático al estilo de las operaciones de un Estado Mayor. Puesto que no podía contarse con Kluge y el capitán general Fritz Fromm, comandante en jefe de las tropas del interior, mostraba ciertos titubeos, se atrajo para la causa al mariscal von Witzleben, retirado, que sería la cabeza militar, el cual firmó también las órdenes elaboradas por Stauffenberg para las tropas que habrían de participar en el golpe de Estado.

Entretanto, la Gestapo asestó nuevos golpes a la oposición: con la detención del conde Moltke, logró desarticular el círculo de Kreisau; lo mismo ocurriría en febrero de 1944 con el poderoso bastión de Canaris, desapareciendo así el último contrapeso del aparato de la policía y de las SS de Himmler. Ahora los conspiradores se agruparon por fin en torno a Stauffenberg superando los escrúpulos y tardanzas del grupo de Goerdeler. Al mismo tiempo, en muchas ciudades se contaba ya con hombres de confianza, tanto civiles como militares, con cuya ayuda el golpe de Estado debía propagarse rápidamente de Berlín a toda Alemania, a la vez que el aparato estatal quedaba liberado de nacionalsocialistas. Es sorprendente el hecho de que la empresa permaneciera en secreto hasta el final, pese a los muchos viajes y a la gran actividad desplegada en la conquista e iniciación de hombres de confianza. Se elaboraron proclamas, emisiones de radio y octavillas; se redactaron disposiciones para las primeras y decisivas horas inmediatamente posteriores al golpe; se preparó una detenida información a la población sobre las razones y el alcance del golpe de Estado, así como sobre el verdadero carácter del régimen derrocado; y se tomaron las oportunas medidas para salir al paso de un posible contragolpe de los nacionalsocialistas.

Sin embargo, el nerviosismo de los conjurados aumentó de tal manera que fueron multiplicándose los conflictos entre Leber y Goerdeler, así como las pruebas de desconfianza frente a las vacilaciones de los militares. Desde la primavera de 1944 debía contarse con la posibilidad de que se descubriera en cualquier momento el complot, tanto más cuanto que Leber y sus amigos habían multiplicado desde hacía meses sus esfuerzos para reclutar viejos socialistas y sindicalistas que reforzasen las células de oposición ya existentes; con ello se perseguía que el golpe militar fuera apoyado también desde abajo mediante una iniciativa política sustentada sobre más amplia base y capaz de un rápido activismo. Consiguió la adhesión y se preparó a un gran número de hombres de confianza en distritos y empresas, que debían establecer contacto con las autoridades militares locales y ponerse a disposicin del nuevo Gobierno en calidad de comisarios políticos. Los sindicatos socialistas vieron engrosadas sus filas con representantes de los antiguos sindicatos cristianos, quie-

nes coincidieron en la decisión —reafirmada por Leuschner, Kaiser y las asociaciones liberales (Lemmer) y germano-nacionales (Habermann)— de no volver a resucitar los aspectos confesionales y de política de partida, factor determinante en otras épocas de la escisión de los sindicatos. Hasta este momento habían hecho grandes progresos de organización los preparativos de un «Sindicato Alemán» único con Leuschner como presidente y Kaiser y Habermann de adjuntos suyos.

También los grupos de orientación comunista habían mantenido su actividad. Sin embargo, no desempeñaron un papel rector, como después han querido sostener. Pero tampoco es cierta la interpretación opuesta que desprecia de entrada la oposición comunista considerándola simplemente como traición a la patria; con ello se ha intentado difamar a la oposición en general o distinguir por principio entre traición comunista a la patria y alta traición de inspiración liberal. La controversia surgió especialmente a propósito del espionaje practicado por la llamada «capilla roja»: con este término genérico designaron los nacionalsocialistas a los grupos de oposición de intelectuales de izquierda reunidos en torno al teniente primero Harro Schulze-Boysen (Ministerio del Aire), al jefe superior de Administración Arvid Harnack (Ministerio de Economía) y su esposa norteamericana, que mantenían comunicación por radio con Moscú. En agosto de 1942 fueron detenidas unas cien personas de estos grupos; la mitad fue ajusticiada poco más tarde. La liquidación corrió a cargo del tristemente célebre juez general Roeder, que tanto entonces como después ha pretendido ver en estos grupos, muy heterogéneos, así como en toda la oposición, bolcheviquismo y traición a la patria [83]. Ritter y Schlabrendorff, al prescindir por razón de sus ideas de tales grupos de oposición de la izquierda radical, obraron también con ligereza. Eran realidades con las que era preciso contar para el momento de la revolución y de la provisión de puestos. Con el fin de orientarse mejor acerca de los objetivos y el ulterior comportamiento de estos grupos comunistas, así como sobre el significado del «Comité Nacional de la Alemania Libre» que operaba desde la Unión Soviética, Leber y su amigo Reichwein, venciendo enormes recelos, se decidieron por fin a establecer contacto con este bando. Al parecer, la Gestapo tuvo ya noticia de un primer encuentro (22 de junio de 1944) con Saefkow, Jakob y F. Thomas en el domicilio de un médico berlinés. Inmediatamente antes de un segundo encuentro el 4 de julio del mismo año, la Gestapo intervino. Continuaban

[83] En su libro *Die rote Kapelle* (1952). Cf. Weisenborn, *op. cit.*, 203. Muchos detalles se contienen —aunque el enjuiciamiento político sea dudoso— en Gilles Perrault, *Auf den Spuren der roten Kapelle*. Hamburgo, 1969.

persistentemente los rumores de una invasión aliada cuando se produjo la detención de Leber y Reichwein, que maduró con dramática celeridad todos los preparativos, al caer como un rayo en el seno de las continuas deliberaciones que se mantenían al iniciarse la invasión aliada.

Los conspiradores tan sólo podían optar ahora o por empezar a actuar lo antes posible, terminando simultánea e inmediatamente la guerra en el frente occidental, o bien resignarse y descargar en Hitler toda la responsabilidad de la catástrofe. Hasta el mismo Stauffenberg pareció titubear unos momentos y haberse dado cuenta del «demasiado tarde». En ese mismo momento fue cuando recibió el mensaje de Tresckow, que con mayor claridad que todas las interpretaciones ulteriores expresa la moral esencial del 20 de julio de 1944 y echa por tierra las acusaciones de oportunismo y cobardía, fabricadas por la propaganda nacionalsocialista y más tarde por los críticos de dentro y fuera del país. Tresckow manifestó a Stauffenberg que el atentado debía realizarse entonces a toda costa: «Caso de que no tenga éxito, habrá que negociar de todas formas en Berlín. Ya no importa la finalidad práctica. Importa el hecho de que la oposición alemana, ante el mundo y ante la historia, se haya atrevido a dar el paso decisivo. Todo lo demás es ya indiferente.» En el mismo momento Stauffenberg comunicó la noticia a la mujer de Leber: «Somos conscientes de nuestro deber» [84].

En medio de esta situación, agravada por los avances de la invasión, los rebeldes se dirigieron al mariscal Rommel cuyo partido ya Goerdeler había intentado ganarse. A través del general jefe del Estado Mayor de Rommel, Speidel, se trataba ahora de ganar el apoyo no sólo del ejército acantonado en Francia, sino también del jefe más popular del Ejército. A la vista de la situación militar, Rommel se declaró finalmente dispuesto a lanzar un ultimátum a Hitler exigiéndole que pusiera fin a la guerra (15 de julio de 1944) y, llegado el caso, a proceder a la detención y procesamiento de Hitler. El plan de acción fue apoyado por el comandante en jefe de las unidades acantonadas en Francia, el general Stülpnagel, aunque no por Rundstedt, supremo comandante en jefe del frente occidental. El plan se proponía concertar un armisticio en el Oeste, evacuar los territorios ocupados y utilizar las unidades acantonadas en Francia para apoyar al nuevo gobierno que habría de constituirse. Cuando, a comienzos de julio de 1944, Kluge destituyó a Rundstedt, pareció que mejoraban las probabilidades de éxito, pese a que Kluge, antes

[84] Cita contenida en Schlabrendorff, *op. cit.*, p. 175. Leber-Brandt-Bracher, *op. cit.*, t. I, p. 228.

como ahora, sólo estaba dispuesto a actuar una vez depuesto Hitler. Un primo de Stauffenberg, el teniente coronel von Hofacker, íntimo colaborador de Stülpnagel, se encargó de coordinar los preparativos en París y Berlín.

Un feliz incidente favoreció aún más los febriles esfuerzos de última hora. En efecto, Stauffenberg había sido ascendido a jefe de la plana mayor de Fromm, lo que le permitía impartir órdenes a cualquier unidad de tropas del interior y aislar transitoriamente a su vacilante superior. Pero sobre todo ahora podía ya participar oficialmente en las reuniones con Hitler para discutir la situación general. Así se llegó a la tan criticada, aunque inevitable, decisión de que fuera el mismo Stauffenberg —pese a ser imprescindible por su condición de jefe de la rebelión— quien ejecutase el atentado. Para ello el Servicio de Contraespionaje se había procurado una bomba de relojería inglesa. Desde la explosión de un gran depósito de explosivos en diciembre de 1943, que casi condujo al descubrimiento de la conjura, resultaba casi imposible contar con el material apropiado y transportarlo. Se pensó que la bomba debía poder llevarse en la cartera y ser montada con los tres dedos de la mano izquierda, que todavía le quedaban a Stauffenberg después de la pérdida del brazo derecho y de la mutilación de la mano izquierda (así como la pérdida de un ojo). Todas las objeciones dirigidas contra el acierto de este plan deberían tener en cuenta que era la única posibilidad de un rápido atentado. El 11 de julio ya había llevado la bomba en su cartera a la conferencia de jefes en Berchtesgaden, pero nada se hizo por haber faltado Himmler a la reunión; tanto Kluge como Rommel exigían la liquidación simultánea de Himmler y Göring. Lo mismo volvió a repetirse el 15 de julio, esta vez en el cuartel general de Prusia Oriental. En ambas ocasiones se pusieron en estado de alarma las tropas que habían de ocupar Berlín y las dos veces hubo que anular tan arriesgada maniobra, disfrazándola como un «ejercicio» más.

Ya no se podía permitir un nuevo aplazamiento, puesto que el 17 de julio Rommel quedaba eliminado a causa de sus heridas y al día siguiente la Gestapo ordenaba la detención de Goerdeler. Stauffenberg convenció a Goerdeler para que se ocultara con el fin de no poner todo en peligro a última hora; así se inició una odisea de varias semanas por toda Alemania. En las primeras horas del 20 de julio de 1944, Stauffenberg se trasladó en avión, acompañado de su ayudante y amigo, el teniente primero von Haeften, al cuartel general de Prusia Oriental. A su llegada a Rastenburg hicieron que se les reservara un avión para regresar a Berlín al mediodía. La junta de jefes comenzó sobre las 12,30 después de tomar las máximas medi-

das de seguridad; para las 14,30 se esperaba la visita de Mussolini. Stauffenberg entró en el barracón con retraso, después de que en un edificio contiguo realizara la peligrosa maniobra de poner en marcha el mecanismo de relojería de la bomba con ayuda de unas tenazas. Faltaban diez minutos para la explosión. Tres minutos fueron necesarios para recorrer el camino y pasar el último control hasta llegar al barracón donde tenía lugar la reunión, que ya había comenzado aunque con un ligero retraso. Una vez más, Himmler y Göring no se hallaban presentes, habiendo un total de 25 asistentes. Keitel anunció la presencia de Stauffenberg, quien fue saludado por Hitler. Se adelantó cuanto pudo y colocó la cartera lo más cerca posible de la mesa de mapas, mientras el general Heusinger, como representante del jefe del Estado Mayor continuaba exponiendo la situación militar. Tras ofrecer alguna información y bajo el pretexto de una llamada telefónica urgente en relación con su propia conferencia, Stauffenberg abandonó inmediatamente el barracón. Se le buscó para que proporcionara unos datos, Hitler se había inclinado sobre la mesa de mapas, cuando entre las 12,40 y las 12,50 horas la bomba estalló. Ya en el coche, Stauffenberg y Haeften observaron el gran efecto de la explosión. Todavía fueron detenidos por la guardia interior, pero finalmente lograron abrirse paso. Mediante una llamada telefónica intencionada se consiguió también despistar a la guardia exterior, que entretanto ya había sido puesta en estado de alarma. A las 13,15 horas despegaba el avión con los dos oficiales antes de que pudiera ser detenido por un aviso del cuartel general[85].

Sin embargo, subsistían muchos factores de inseguridad. Stauffenberg y Haeften necesitaban dos horas y media para regresar a Berlín, un margen de inacción posiblemente decisivo. En efecto, el general Erich Fellgiebel, jefe del departamento de Prensa y complicado en la conspiración, no podía bloquear por mucho tiempo la información. Por otra parte, su inmediata comunicación a Berlín en el sentido de que Hitler se encontraba con vida no llegó a los conjurados. En su primera conferencia telefónica desde el aeródromo de Rangsdorf (Berlín), Stauffenberg supo que no se había dado la alarma. Exigió que se actuara de inmediato y se apresuró a trasladarse al Ministerio de la Guerra en la Bendlerstrasse, hoy Stauffenbergstrasse, en Berlín. Se requirieron cuarenta minutos, desde las 4 de la tarde, para que Olbricht diera las correspondientes órdenes a sus unidades. Al mismo tiempo, hizo que el comprometido general Paul von Haase (tío de Dietrich Bonhoeffer, encarcelado desde

[85] Para más detalles, cf. Peter Hoffmann, *Widerstand, Staatstreich, Attentat*. Munich, 1969, p. 466, y (con importantes correcciones) Christian Müller, *Stauffenberg, op. cit.*, p. 476.

1943), comandante de la plaza, movilizara las tropas de que disponía para las necesarias medidas en la capital. Mientras Beck era recogido de su domicilio como presunto jefe de Estado, Olbricht informaba a Fromm que Hitler había sido víctima de un atentado, por lo que Fromm debía dar la alarma inmediata a los jefes de unidades con la contraseña «Walkiria». Fromm vaciló y quiso convencerse personalmente de la muerte de Hitler, para lo cual Olbricht, ignorando la verdadera situación, gestionó una conferencia inmediata con el cuartel general del «Führer». Desde allí, Keitel comunicó poco después de las 16 horas que, en efecto, había tenido lugar un atentado, pero que Hitler apenas había sufrido heridas. A las preguntas de Keitel sobre el paradero de Stauffenberg, nada pudo responder Fromm, que no sabía nada de nada, en tanto que Olbricht abandonaba la habitación lleno de los más sombríos presentimientos.

Entretanto seguían las órdenes de alarma, Beck ya había llegado, vestido de paisano, a la Bendlerstrasse. A toda prisa llegó Stauffenberg e informó que la noticia de Keitel era una pura maniobra ya que él, testigo ocular de la enorme explosión, estaba convencido del éxito del atentado. Animó a los demás para que empezaran a actuar de inmediato y por medio de una llamada telefónica con Hofacker, que acababa de regresar a París, hizo que Stülpnagel comenzara allí a actuar. También se presentó el conde Helldorf, jefe de Policía de Berlín e iniciado en el complot, quien recibió las correspondientes instrucciones. Ciertamente, las dudas iban en aumento. Sin embargo, para la continuación de la acción fue decisiva la comprometida declaración de Beck, de que ya no cabía en ningún caso dejarse confundir por los desmentís del bando contrario, estuviese o no con vida Hitler. Una prueba irrefutable de que Hitler —si es que no se trataba de un doble— continuaba con vida, sólo podría llegar desde el cuartel general dentro de varias horas, y para entonces debía estar terminada por completo la acción en Berlín. Con el fin de ganarse también a Fromm, antes de que éste pudiera actuar por su cuenta, Olbricht y Stauffenberg se apresuraron a volver al despacho de aquél. Pronto se produjo un serio choque cuando Fromm supo que se había puesto en marcha el plan. Le ordenó a Stauffenberg que se pegase inmediatamente un tiro. Cuando se disponía a ordenar la detención de todos los presentes, Fromm y Olbricht llegaron a las manos. Haeften y otro joven oficial acudieron en ayuda de Olbrich con las pistolas montadas, maniatando a Fromm en una estancia contigua al tiempo que cortaban la línea telefónica.

Hoepner asumió ahora las funciones de Fromm, mientras que Stauffenberg ocupó las posiciones de la Bendlerstrasse con un gru-

po del regimiento de guardia al mando de un teniente amigo de Haeften. Desde entonces ya no fue posible entrar ni salir del Ministerio de la Guerra sin la autorización de Stauffenberg. Un oficial SS de la Central de Seguridad de Kaltenbrunner, que apareció (hacia las 17 horas) con la orden de detención de Stauffenberg, fue apresado junto con toda su escolta. Poco después hubo un incidente entre Beck y el comandante en jefe de Berlín, Joachim von Kortzfleisch, llegado apresuradamente para protestar con la mayor dureza contra la orden de alarma, el cual también fue detenido. De acuerdo con el plan, a las 17,30 horas se rodearon los edificios del Gobierno por el regimiento de guardia, mandado por el comandante Remer, a pesar de no hallarse implicado en la subversión. La transmisión de órdenes a las tropas del exterior y a los mandos generales del Reich se hizo con alguna tardanza. Tales órdenes iban clara y ampliamente dirigidas contra el régimen y llevaban la firma de von Witzleben como nuevo jefe supremo del Ejército. Su contenido era: apoderarse de todos los centros de información y noticias y detener a todos los funcionarios nacionalsocialistas —hasta la categoría de jefes de distrito— así como ministros, presidentes, jefes de policía y jefes de la Gestapo. Se disponía además la inmediata ocupación de los campos de concentración, detención de sus jefes, cerco de las guardias y sometimiento de las unidades SS (en caso necesario, por la fuerza). Se ordenaba también la ocupación de todas las oficinas de la Gestapo y del Servicio de Seguridad, así como la cooperación con los previstos «comisarios políticos» del nuevo gobierno.

Sin embargo, mientras llegaban estas órdenes a los distintos círculos militares, la radio alemana daba el primer parte, muy breve, sobre el fracasado atentado. Beck seguía creyendo que aquellas noticias eran falsas, aunque pronto dio que pensar el hecho de que no se hubiera ocupado ya la emisora como estaba planeado. De todos los rincones de Alemania llegaban ahora sin cesar urgentes preguntas de los jefes militares, que después del parte radiado, no sabían cómo interpretar las órdenes de alarma. De nuevo Stauffenberg dio seguridades de que Hitler había muerto y, en tal sentido, cursó un telegrama urgente a todos los mandos militares. Sin embargo, sólo un reducido número de las personas presentes en el Ministerio de la Guerra, sabía realmente lo que ocurría; los rebeldes estaban también aquí en minoría y continuamente era preciso detener y custodiar a los oficiales que iban llegando. Cuando las primeras unidades que habían sido puestas en estado de alarma entraban en Berlín, Witzleben hacía su aparición en la Bendlerstrasse. Hablando con Beck y Stauffenberg criticó las claras deficiencias de la sublevación, que consideraba fracasada, ya que, acto seguido, abandonó el edificio en el

que por momentos aumentaba la intranquilidad e inseguridad. Continuamente iban llegando telegramas que testimoniaban la confusión de los jefes militares a quienes se había comunicado el estado de alarma. Keitel, por su parte, había prohibido categóricamente desde el cuartel general que se obedeciera cualquier orden procedente de la Bendlerstrasse.

Lo peor fue la tardanza que presidió la ejecución del plan en Berlín, en donde a las 20 horas ni siquiera se habían conseguido los primeros objetivos, en especial, la ocupación de la emisora de radio y del Ministerio de Propaganda, así como la detención de importantes jefes de las SS. La verdad es que el comandante Remer —en lugar de eliminar a Goebbels y ocupar los edificios del Gobierno— accedió a mantener una conversación telefónica con el cuartel general del «Führer», siendo encargado personalmente por Hitler de aplastar el golpe de Estado. Trágicas fueron las consecuencias de no haber podido en semanas anteriores sustituir a Remer, hombre gris, por una persona de la oposición. La ulterior autoglorificación como salvador del régimen nacionalsocialista favoreció las actividades neonazis de Remer en los años de posguerra. En realidad sólo se trató de un funcionario del nazismo obediente a sus oficiales (Hagen) que, en su condición de «soldado apolítico» con pocas luces, accedió a una posición «histórica» después de que el atentado había fracasado. Los informes que el recién nombrado general de brigada Remer y dos de sus oficiales del regimiento de guardia hubieron de preparar inmediatamente después del 20 de julio en su propio descargo y para destacar sus méritos, no pueden ocultar cómo todo estuvo en un tris y el papel desempeñado en aquel trascendental viraje por incidentes imprevisibles de índole personal.

Con ello el plan entró en una fase crítica. Todas las tentativas de Stauffenberg y Hoepner de atraerse nuevas unidades idóneas para la acción de Berlín fracasaron por el miedo que se apoderó de muchos colaboradores pertenecientes a las tropas alrededor de la capital, pese a que algunas unidades marchaban ya hacia el centro. Algo parecido ocurría en el resto de Alemania, a juzgar por los informes que se recogían. Empezaban ya a retirarse de nuevo las tropas, cuando llegaron las primeras órdenes de Himmler quien, según una noticia de la emisora nacional de radio, había sido nombrado a las 21 horas supremo comandante en jefe del ejército de reserva. A las 22,30 horas, Olbricht reunió otra vez a los oficiales de la oposición, requiriendo de ellos apoyo incondicional. Pero en el Ministerio de la Guerra ya se había formado un bando adversario, que se había reunido en el despacho del teniente coronel austríaco Pridum. Este recordó el juramento a Hitler, exigiendo a sus correligionarios que aplastaran

a los rebeldes mediante un contragolpe en el mismo Ministerio. Este grupo empezó a actuar poco después de que Olbricht impartiera una última orden a Doeberitz, jefe de la Escuela de Infantería y dispuesto todavía a seguir el plan para que ocupase la Casa de la Radio. Hacia las 23 horas el grupo de Pridun penetró en el despacho de Olbricht con pistolas, ametralladoras y bombas de mano; Stauffenberg fue herido en un brazo. Los rebeldes respondieron a los disparos y trataron a toda prisa de destruir la documentación. El tiroteo terminó reduciendo a los conspiradores, y el regimiento de Remer reforzó ahora a los oficiales adictos a Hitler. Fromm volvió a aparecer y dio a conocer al momento el resultado de un «juicio sumarísimo»: se imponía la pena de muerte a Olbricht, Stauffenberg, Haeften y al coronel Mertz von Quirnheim. Los detenidos fueron trasladados al patio, donde, poco después de media noche y a la luz de unos faros de automóvil, el piquete de ejecución de Remer fusilaba a los cuatro hombres.

Fromm ordenó trasladar a prisiones militares a su antiguo amigo Hoepner y dispuso que su ex-superior, Beck, que había intentado suicidarse, fuera fusilado por un sargento del regimiento de guardia. En el patio mismo y delante de los cuatro cadáveres ordenó que le dieran el parte de la ejecución, y tras el saludo de rigor al «Führer» se trasladó en coche a su casa. Si creyó que había salvado la piel al liquidar a quienes sabían de sus titubeos, pronto pudo comprobar su engaño. Se adivinaron sus intenciones, acusándole de no haber entregado vivos a los confabulados para ocultar su propia culpabilidad. Fromm no pudo salvarse tampoco de la ejecución. De nada le valió haber entorpecido la acción primero con sus titubeos y después por la apresurada liquidación de sus amigos de otros tiempos, poniéndose del lado de los vencedores. Hacia la una de la madrugada los edificios de la Bendlerstrasse fueron ocupados por fuertes contingentes de las SS, mandados por el jefe de las Secciones de Asalto de las SS, Skorzeny, personaje famoso desde que raptara a Mussolini. Los restantes detenidos fueron trasladados a la cárcel de la Central de Seguridad del Reich. Aquella misma noche se enterraron los cadáveres de los cinco hombres fusilados. Una comisión especial de Himmler los desenterró luego para quemarlos y aventar sus cenizas.

Es preciso tener en cuenta que, como muchos jefes militares tardaron en actuar [86], tanto en París como en Viena, Praga, Kassel y Francfort seguía la acción desatada por los rebeldes cuando en Ber-

[86] Cf. Peter Hoffmann, «Der 20. Juli im Wehrkreis II (Stettin). Ein Beispiel für den Ablauf des Staatsstreichversuches im Reich», en anexos a *Das Parlament*, B 28/65 del 14 de julio de 1965, p. 25.

lín ya había fracasado el golpe de Estado. Las operaciones de París fueron más lejos que en ninguna otra parte. Cuando a las 16 horas llegó de Berlín la contraseña, Stülpnagel reunió a sus generales, ordenándoles la inmediata eliminación de las SS y del Servicio de Seguridad. Los oficiales estaban incondicionalmente al lado de Stülpnagel y se logró ocupar los cuarteles de las SS y del Servicio de Seguridad sin dispararse un tiro. Se detuvo al sorprendido jefe de Policía y de las SS en Francia, el general Oberg, así como al jefe del Servicio de Seguridad, y se encarceló a unas 1.200 personas. En una hora se había neutralizado a las fuerzas contrarias. Sólo el comandante general Kluge comenzó a titubear de nuevo, al cerciorarse del fracaso del atentado a través de varias conferencias telefónicas con Berlín y con el cuartel general. No se decidía a dar la señal a las unidades acantonadas en Francia, pese a que las posiciones de partida eran en París mejores que en cualquier otra parte. Stülpnagel y, sobre todo, Hofacker insistían con el mayor calor en enviar aquella misma noche una oferta de armisticio a Eisenhower y Montgomery para terminar una lucha absurda en el frente occidental, aprovechando el tener la espalda cubierta por la eliminación de las SS y del Servicio de Seguridad. Creían que con ello se podría incluso salvar del fracaso el complot en Alemania. Sin embargo, ningún resultado tuvieron las acaloradas discusiones con Kluge, pese a que llegaron malas noticias del frente. Cuando se tuvo noticia de la catástrofe de Berlín y ya estaban en marcha las primeras contramedidas de las SS y de la Marina, en París el plan estaba también definitivamente perdido. Stülpnagel recibió órdenes de trasladarse inmediatamente a Berlín: su suerte estaba echada. Kluge tuvo que enviar a Hitler un telegrama de adhesión; poco después acababa suicidándose.

Veamos ahora los acontecimientos en el propio cuartel general del «Führer». En un principio, la cartera de documentos de Stauffenberg estuvo colocada junto a Hitler, pero luego fue colocada en un extremo de la mesa, donde estalló minutos después. El barracón resultó con grandes destrozos y cuatro de los presentes murieron en el acto. Hitler recibió rasguños, quemaduras y se le reventó el tímpano de un oído, pero resultó protegido por la mesa. El barracón de madera era de construcción excesivamente débil para la bomba; todas las ventanas se encontraban abiertas y la misma mesa de encina, muy pesada y compacta, redujo la onda expansiva. Se dio además la fatalidad de que una segunda bomba que había llevado consigo Haeften no pudo utilizarse al no conseguirse que éste tuviera acceso al barracón; los expertos examinaron el artefacto el 21 de julio y declararon que con el funcionamiento de las dos bombas se

habría alcanzado el objetivo. En el cuartel general se pensó primeramente en un trabajador de la construcción como autor del hecho, pero pronto se echó de menos a Stauffenberg, de quien se pensó en un principio que estaría en el hospital; y no tardó en saberse por la guardia su rápida partida. Algunos sospecharon que se había fugado a las posiciones rusas, situadas a sólo 100 kilómetros de Prusia Oriental. Himmler, que acababa de llegar, dispuso la detención de Stauffenberg en el aeropuerto de Rangsdorf o en la Bendlerstrasse. Cuando hacia las 16 horas vino Mussolini y recorría con Hitler las inmediaciones del lugar del atentado, llegaban las primeras noticias de Berlín, que fueron ilustrando progresivamente de las verdaderas dimensiones del plan.

En un principio, se pensó camuflar el atentado ante la opinión pública, presentándolo como el acto de un solo individuo. Sin embargo, las llamadas telefónicas de los distintos jefes militares, completamente desorientados, iban evidenciando gradualmente que la Bendlerstrasse era el puesto de mando de una conspiración de grandes proporciones; se iniciaron las contramedidas políticas. A los desmentís de Keitel siguieron las conferencias telefónicas de Hitler con Goebbels y Remer, el presuroso parte radiado, el encargo a Himmler del contragolpe y, finalmente, hacia la una de la madrugada, aquel furibundo discurso de Hitler a través de todas las estaciones de radio, que comenzaba diciendo: «Una exigua camarilla de oficiales ambiciosos, sin conciencia y además criminales y tontos, ha tramado un complot para eliminarme a mí y conmigo al Estado Mayor del Ejército alemán... El círculo que representan estos usurpadores es, naturalmente, pequeño. No tiene nada que ver con el Ejército alemán y, sobre todo, con las fuerzas armadas de Alemania. Es una reducidísima pandilla de criminales, que ahora serán exterminados sin piedad... En todo ello veo el dedo de la Providencia para que yo continúe mi obra, como así lo haré.» A continuación hablaron Göring por la Aviación y Dönitz por la Marina, ambos en un estilo análogo. Göring exigió la «erradicación de estos criminales». Dönitz ensalzó la «Providencia», que «ha protegido a nuestro querido 'Führer'» de una «pequeña y estúpida camarilla de generales», «cómplices de nuestros enemigos»; también la Marina está incondicionalmente al lado del «Führer» —añadió— y «aniquilará sin contemplaciones a todo traidor que descubra». Así, empezó en la madrugada del 21 de julio, aquella persecución en gran escala del movimiento de la resistencia alemana, cuyas consecuencias fueron el terror de los Tribunales del Pueblo, los patíbulos de las cárceles y campos de concentración, la liquidación de miles de personas de todas las capas de la población

y de cualquier tendencia política, en tanto que el Tercer Reich se desmoronaba en medio de un río de sangre.

El extremado terror no perdonó a ningún sospechoso, hubiera participado o no en la sublevación. Hitler habló de una «exigua camarilla de oficiales sin conciencia» y, sin embargo, la persecución desencadenada por la «Gestapo» —protagonizada por una nutrida «comisión especial 20 de julio»— demostró una vez más las dimensiones y el pluralismo de la oposición. Sólo por sentencia civil (aparte de las sentencias de los tribunales militares) fueron ejecutadas unas 5.000 personas. Algunos grupos y personas ya habían sido anteriormente objeto de una sistemática vigilancia; sin embargo, de los sucesos del 20 de julio sorprendieron el alcance de los círculos de oposición y de sus contactos. No se tardó en descubrir numerosos documentos, proclamas, listas de nombres y diarios que no pudieron ser destruidos por los conjurados. A todo ello se añadió la serie de interminables interrogatorios, realizados con ayuda de los más modernos medios de tortura humana, arrancando confesiones a base de la detención de familiares y de castigos colectivos, malos tratos corporales, tortura y empleo de drogas.

Un elocuente ejemplo de esta situación lo ofrece el caso Tresckow, que se suicidó el 21 de julio en el frente oriental. Los informes del ejército no escatimaron elogios a su persona y su cadáver fue trasladado a Alemania. Sin embargo, poco después el cadáver sería exhumado en presencia de sus parientes, utilizándosele en posteriores interrogatorios con la intención de impresionar de esta forma brutal a los amigos de Tresckow que negaban tenazmente los cargos que se les imputaba. Con análoga brutalidad se procedió en el caso de Stülpnagel, que intentó suicidarse de un tiro en la sien al llegar a Verdún en su viaje de regreso a Berlín; fue operado una vez ciego y, finalmente, ejecutado tras varias semanas de tormento. Con ayuda de la perfecta red de control de la comisión especial, tanto más extensa cuanto más disminuían las fuerzas de un Tercer Reich agonizante, la caza de sospechosos apenas conocía impedimento alguno, y se vio aún favorecida por la atmósfera de miedo, desconfianza general y denuncias por doquier.

Tampoco Goerdeler escapó a su destino. Desde el 18 de julio —día en que se reunió por última vez con Stauffenberg, Jakob Kaiser y Leuschner— anduvo errante por el país, siendo ocultado por sus parientes y amigos. Ningún escondite era suficientemente seguro. Su orden de arresto aparecía en todos los periódicos, ofreciéndose un millón por su captura. Uno tras otro fueron detenidos sus amigos; los parientes de Goerdeler, al igual que las familias Stauffenberg, Hofacker, Leber y otras muchas, fueron hechos rehenes. Una

secretaria del arma de Aviación lo descubrió finalmente en una cervecería de Marienwerder (Prusia Occidental) a la que había llegado completamente agotado en la mañana del 12 de agosto después de haber pasado la noche a la intemperie; la secretaria en cuestión había conocido a la familia Goerdeler en su domicilio de Königsberg hacía algún tiempo. Extenuado y después de un último intento de fuga, fue capturado por dos oficiales de oficinas militares, avisados por la delatora [87]. Con ello se aseguraba también la detención de muchos de sus amigos, que habían ayudado en su huida a Goerdeler.

La ola de detenciones y persecución alcanzó tales dimensiones que, por momentos, pareció peligrar la marcha normal de las operaciones bélicas. El ministro de Armamentos, Speer, intentó entonces conservar, en principio, a las personas insustituibles. La comisión especial dio prácticamente con todos los sospechosos, que ya no habían de escapar a la suerte que les esperaba. En un principio Hitler ordenó la celebración de aparatosos procesos con ayuda del cine, la prensa y la radio para escarmiento de la población. Por consejo de Himmler, sin embargo, los Tribunales del Pueblo celebraron sus sesiones ante un círculo muy reducido de asistentes. Se temía, en efecto, que en un proceso público cualquier acusado, a pesar de todas las precauciones tomadas, criticara al régimen o apelara a los deseos de paz de la población. La liquidación del popular Rommel, que hubo de ingerir veneno, fue disimulada con un funeral solemne y su proclamación de héroe nacional. Hitler hizo incluso que se proyectara un monumento en su memoria. Para los demás se constituyó una «galería de honorables del ejército» bajo la presidencia de Rundstedt, y con la asistencia de Keitel y Guderian, con la cual se perseguía, en realidad, retirar del Ejército a todos los oficiales previamente fichados, sustrayéndolos así a la jurisdicción militar y poniéndolos a disposición de los Tribunales del Pueblo. Hitler ordenó que el procedimiento judicial fuese duro y breve; tan sólo se permitirían unas pocas palabras a cada acusado, siendo luego condenado a la horca. Por otra parte, la ejecución debía tener lugar, a ser posible, dentro de las dos horas siguientes.

Así pues, no podía hablarse, en absoluto, de un procedimiento judicial justo, se trataba únicamente de la destrucción del adversario. Hitler sabía que podía confiar en sus instrumentos y así, en una reunión posterior al 20 de julio, en la que examinaba la situación, pudo acabar con la tranquilizadora frase: «De eso se encargará nues-

[87] Más información sobre el tema y los numerosos crímenes de la fase final en *Justiz und NS-Verbrechen. Sammlung deutscher Strafurteile wegen nationalsozialistischer Tötungsverbrechen 1945-1966,* t. I. Amsterdam, 1968, p. 709.

tro Freisler. El es nuestro Viskinski»: es decir, el Viskinski de los grandes procesos aparatosos de la época de Stalin, que, sin duda, eran el modelo. Aquellos procesos y ejecuciones eran recogidos en películas, que luego contemplaba Hitler para satisfacer su enfermiza necesidad de autoconfirmación. Con verdadera fruición leía todos los detalles de los informes diarios de Freisler y de la comisión acerca de las correspondientes ejecuciones, intervenía continuamente dando órdenes en el curso mismo de los procesos, y recibía no sólo a Freisler, sino hasta al verdugo; tal era su profundo interés en el exterminio de todos sus adversarios, reales o aparentes. Prohibió cualquier tipo de medida mitigadora para los condenados, que debían colgar cual reses de matadero delante de las cámaras, para que nadie pudiera celebrarlos como héroes. Es digno de tenerse en cuenta el hecho de que las primeras ejecuciones fueron anunciadas públicamente; sin embargo, en los últimos meses de la guerra, tanto el asesinato de millares de personas como la situación de cárceles y campos, testigos diarios de la muerte de otros muchos millares, tenían lugar en secreto.

Hasta en las últimas semanas y días de la guerra muchos de esos detenidos fueron sacados de noche de sus cárceles por piquetes de las SS, para acabar de un tiro en la nuca, o ahorcados, y ser enterrados luego en tumbas colectivas. El régimen trató de llevarse consigo en su hundimiento sobre todo a los presos más ilustres [88]. Así, en la noche del 9 de abril de 1945, un emisario especial de Kaltenbrunner (Huppenkothen) mandó ahorcar en el campo de concentración de Flossenbuerg, a Canaris, Oster, Dietrich Bonhoeffer y otros dirigentes de la oposición traídos y llevados por un sinfín de cárceles y campos; parecida suerte corrió, al mismo tiempo, Dohnanyi, ya enfermo, en el campo de concentración de Sachsenhausen. Y en las mismas vísperas de la liberación (en la noche del 23 de abril de 1945), simulando su licenciamiento, un comando de las SS asesinó en las inmediaciones de la cárcel berlinesa de la Lehrter Strasse a un grupo de presos «selectos», entre ellos, Albrecht Haushofer, Klaus Bonhoeffer y su cuñado Rüdiger Schleicher. Ni uno solo de los protagonistas del intento de golpe de Estado, y casi ninguno de los cómplices, sobrevivieron a la matanza con la que el régimen nacionalsocialista abandonó el escenario de la historia mundial.

[88] Cf. E. Bethge, *Dietrich Bonhoeffer,* p. 1030.

Capítulo 9

CAIDA Y CONTINUIDAD DEL NACIONALSOCIALISMO

Ultimas jornadas del régimen de Hitler

El desenlace del 20 de julio de 1944 significó un cruento final para la oposición en el interior, dejando libre el camino para una última escalada de la dominación nacionalsocialista. Esto mismo ha podido contribuir a la imposibilidad de paliar la plena responsabilidad nazi en la catástrofe final mediante una nueva «leyenda de la puñalada por la espalda», pese a que Hitler e Himmler así lo intentaran comentando el 20 de julio. Aquella escalada explica también por qué, en medio del terror y del sobresalto, la gran masa del pueblo alemán siguió hasta el final a un régimen cuyo máximo dirigente dictaba órdenes insensatas para destruir, exterminar y resistir desde la soledad de su refugio de Berlín. Una vez más se difería la cuestión a la que el pueblo alemán debería haber respondido, de haber triunfado el golpe de Estado: qué tenía que decir ante los crímenes y atropellos del sistema cometidos en su nombre. Nada hubo de la liquidación de cuentas de los alemanes con los criminales nazis, como exigía Stauffenberg. «Ya no pudo volver a plantearse al pueblo alemán el dilema moral de decidirse activa y personalmente en pro o en contra del régimen de Hitler como se pretendiera el 20 de julio. El dilema quedó congelado en el pasado, para no retornar ya; como el fatídico recuerdo de un pasado nunca vencido, seguirá acompañando

siempre al pueblo alemán. Así pensaron, al menos, los conspiradores del 20 de julio» [1].

El éxito de la revolución habría salvado la vida a millones de personas, evitando además enormes destrucciones y pérdidas en Alemania y en Europa. En la fase final de la contienda, el transporte y asesinato de los perseguidos y la «movilización total» —con la consiguiente formación de una «tropa popular» integrada por inútiles para el servicio militar y adolescentes incorporados en virtud de despiadadas órdenes— comportaron mayores pérdidas que toda la guerra librada hasta entonces [2]. Cuando en otoño de 1944 las tropas aliadas penetraron en Alemania Occidental, el mando nacionalsocialista ya no podía dudar del desenlace de la guerra. Sin embargo, Hitler insistió tenazmente en que, a diferencia de 1918, era preciso defender ciudad por ciudad, aldea por aldea, hasta el último «metro cuadrado», dejando al enemigo sólo «tierra quemada». La destructiva dinámica del sistema de terror se volvía ahora contra la propia Alemania. El ejército, siempre visto con recelo, hubo de someterse cada día más al espíritu y a la intervención de las SS, con Himmler convertido en la figura más poderosa de las Fuerzas Armadas. El disponía también de los llamados «oficiales de mando del nacionalsocialismo», que, por sus funciones de espionaje y propaganda, eran copia fiel de los comisarios del Ejército Rojo. Por encima de cualquier consideración de conveniencia militar privaban el fanatismo de la resistencia a ultranza y la fidelidad incondicional al régimen; las operaciones defensivas acompañadas de un gran número de víctimas, y los ataques a la desesperada conducían cada vez más al caos de la autoaniquilación, que Hitler consideraba como la única alternativa a la «victoria final».

Bajo la obcecada dirección de Goebbels, los propagandistas nazis proclamaban estentóreamente a los cuatro vientos sus consignas de victoria y la incondicional «fe en el 'Führer'». A tres semanas escasas de su propio final, cuando Hitler recibió en el refugio de la Cancillería la noticia de la muerte de Roosevelt, vio en ello el dedo de la «Providencia». En su orden del día 17 de abril de 1945 hacía un nuevo llamamiento a la lucha contra el «mortal enemigo judío-bolchevique», y profetizaba que «se destrozaría el último asalto asiático» desde el «momento en que el destino se ha llevado de esta tierra al

[1] Dieter Ehlers, *op. cit.*, p. 173.

[2] Así, el comandante en jefe de la Policía y de las SS en el Gobierno General dispuso el 20 de julio de 1944 (!) que «caso de producirse una extraña marcha de los acontecimientos» se liquidara a los presos y judíos, eliminando luego sus cadáveres; *Nürnberger Dokumente,* XXXVII, p. 487 (L 053). Decreto de Hitler del 25-IX-1944, *RGBI,* I, 1944, p. 253.

mayor criminal de guerra de todos los tiempos»: con ello daba a Roosevelt el nombre que él mereciera más que nadie.

Ciertamente, la propaganda nazi esperó hasta el final una división interna entre los «aliados», invocando el milagro de la Guerra de los Siete Años y comparando el final de Roosevelt con la muerte, históricamente tan decisiva, de la zarina Isabel (1762). Hasta hoy sigue repitiéndose la tesis nacionalsocialista de que sólo la miopía de las potencias occidentales impidió en el último momento el rechazo del comunismo. En realidad, Hitler no pensó nunca abandonar el frente occidental para atender a la defensa en el Este. No podía existir la menor probabilidad de que las potencias occidentales —tras las muchas experiencias acumuladas desde 1938 con la política belicista y expansionista del nacionalsocialismo— tomaran en serio la tesis del «bastión anticomunista», tantas veces refutada. El mismo Hitler fue quien abrió las puertas a la Unión Soviética: primero en 1939 y luego en 1941; él hizo que Occidente concertara una alianza militar con Moscú; su política de terror en los países europeos tuvo como secuela la miseria que ahora se apoderaba de los mismos alemanes —sobre todo, en el Este—, mientras Europa Occidental era ocupada por los rusos.

La «lucha contra el bolchevismo» no mereció hasta el final crédito alguno, aunque esa consigna habría de desempeñar un importante papel en las muchas leyendas de posguerra, tanto de los camisas viejas como de los neofascistas. Precisamente en el frente occidental (Ardenas) y a costa de las posiciones defensivas del Este, en diciembre de 1944 Hitler ordenó todavía una última ofensiva desesperada, que consumió todas las reservas disponibles. Contra Occidente se emplearon también desde junio de 1944 los nuevos «cohetes de represalia», las tan celebradas «armas milagrosas» con las que los bulos de la propaganda profetizaron una victoria en el último momento. Sin embargo, la misma política científica del nacionalsocialismo fue más bien un obstáculo al desarrollo de la energía atómica. El terror, ejercido con los familiares, los juicios sumarísimos y los fusilamientos eran la respuesta al descontento de soldados y civiles en ambos frentes. Expresiones tales como «liquidar inmediatamente», «pasar a cuchillo sin contemplaciones», «exterminar de raíz» aparecían ahora sin eufemismo alguno en las órdenes e instrucciones oficiales.

En un principio, Hitler pensó retirarse para las últimas batallas a la «fortaleza alpina» de Baviera y Tirol y, sin embargo, el 22 de abril de 1945 decidió quedarse en Berlín. Sólo cuando se disipó la fantástica esperanza de poder hacer levantar el cerco de Berlín, y después de una serie de macabras escenas finales con el espíritu del

«Ocaso de los dioses» wagneriano, celebró un matrimonio pequeño-burgués con Eva Braun, mantenida en secreto durante muchos años, y puso fin a su vida y a la de su mujer el 30 de abril de 1945. Hasta el final siguió actuando sobre la población el alucinante mito del «Führer», aunque su pertinaz mantenimiento de una política bélica, hacía tiempo fracasada, demuestra también hasta qué punto sus pretensiones de omnipotencia casi divina actuaron sobre el dictador autosugestionándose de un modo absurdo. Durante la guerra todas las funciones vitales del Tercer Reich dependían tan sustancialmente del único «Führer», que sólo mantenía contacto con el exterior a través de un personal incondicionalmente entregado a su voluntad. Su gran sentido de táctica política que poseyera en un principio fue perdiéndolo progresivamente, aceptando tan sólo informaciones que encajaran en sus rígidas e ideológicas utopías. Identificándose con la «Providencia», excluía por completo el correctivo de la realidad y por cualquier manifestación de desacuerdo podía decretar la pena de muerte.

La otra cara de la moneda era su creencia de que sólo él podía tener la necesaria visión de conjunto y saber lo que beneficiaba y convenía al pueblo alemán, y que su voluntad tenía que ser el único criterio, incluso en cuestiones de detalle, de la política y de la dirección de la guerra, llegando a la convicción de que el Tercer Reich fracasó únicamente porque Hitler no podía estar en todas partes ni dirigir personalmente todos y cada uno de los batallones. En realidad, el principio caudillista se autonegaba en sus propias e inevitables exageraciones. La consecuencia fue el caos, la anarquía —por paradójico que parezca— del Estado caudillista, la completa autodestrucción de la política. Sin embargo, para esto Hitler también tenía una única y obsesiva explicación: traición, fracaso de los generales y del pueblo alemán en general, con una sola excepción. Invocando en la última manifestación de su híbrida pretensión de omnisciencia y sumisión incondicional, identificó su propia ruina con la ruina del pueblo alemán.

Sin embargo, en esa postura no le siguieron ni siquiera sus más íntimos colaboradores y correligionarios. Por ejemplo, en otoño de 1944, Speer proclamaba todavía con orgullo el aumento de la producción de armamento gracias a la eficiencia de su organización. Sin embargo, el 15 de marzo de 1945 en un memorándum se opuso no sólo a las acusaciones de que el pueblo hubiera fracasado, sino también a las órdenes suicidas de Hitler; y con mayor claridad todavía repitió los mismos puntos en su último discurso por radio, grabado el 21 de abril en Hamburgo y emitido el 3 de mayo. Muy tarde, demasiado tarde se daba cuenta el tecnócrata de la inviabilidad de la

política a la que había servido sin reparos. Himmler, por su parte, trató en el último momento de salvar la piel ofreciendo a las potencias occidentales una capitulación parcial (23 de abril), valiéndose del general de las SS, Schellenberg, y por mediación del conde sueco Bernadotte. La respuesta de Hitler fue inmediata, expulsándole del partido y despojándole de todos sus cargos. La misma suerte corrió Göring, que el mismo día, desde Obersalzberg, preguntó a su «Führer», imposibilitado para actuar, si, en vista del cerco a que estaba sometido Berlín, no habría de encargarse del mando del Reich en conformidad con las disposiciones sucesorias del 29 de junio de 1941. La orden de Hitler de destituir a Göring fue inmediatamente transformada en pena de muerte por Bormann, quien se convirtió en el ministro del Partido. La posición de este último vasallo de Hitler fue, junto con la de Goebbels, la más poderosa «cuando el Tercer Reich ya sólo mandaba sobre unos escombros y un refugio blindado a ocho metros bajo tierra en el centro de Berlín» [3]. No podían ir muy lejos ya coletazos aislados como los citados; por otra parte, la «élite» nazi no era capaz de una revuelta bajo el signo del Estado caudillista y del culto a Hitler.

Tuvo que ser el mismo Hitler quien, antes de su muerte, deshiciera la arquitectura del Estado caudillista al nombrar sucesor suyo como presidente del Reich, comandante supremo del Ejército y ministro de la Guerra al almirante Dönitz, y canciller del Reich a Goebbels, en un último acto de arbitrariedad dictatorial, que rigió los destinos del Tercer Reich por encima de toda construcción de legalidad. La posición de Dönitz tuvo por base exclusiva la voluntad de Hitler. Todas las leyendas de continuidad, forjadas por los precursores nacionalsocialistas de la tesis de la legalidad desconocen tres hechos: que la invocación de la omnipotencia del «Führer» tenía que terminar con su muerte; que formalmente seguía en pie incluso la Constitución de Weimar; y que, en todo caso, la implantación del régimen de ocupación en toda Alemania había puesto fin al sistema del Tercer Reich.

Con o sin la aprobación de Dönitz, los ejércitos alemanes empezaron a capitular desde finales de abril, y la completa rendición tuvo lugar el 7/8 de mayo en Reims (cuartel general del frente occidental) y en Berlín-Karlshorst (cuartel general ruso). De momento, Dönitz mantuvo en Schleswig-Holstein un «Gobierno» presidido por el hasta entonces ministro de Finanzas, Schwerin-Krosigk, pero sus miembros fueron destituidos y hechos prisioneros dos semanas después por la potencia ocupante, que ejercía todos los poderes guber-

[3] J. Fest, *op. cit.*, p. 188.

namentales. Con el régimen de Hitler desaparecía también el Estado soberano alemán. Entonces no podía saberse que se trataba de una suspensión provisional. Esta tesis es una construcción ulterior de la doctrina de la continuidad, cuyo reconocimiento se debió al establecimiento, sorprendentemente rápido, de dos Estados semisoberanos bajo las presiones de la guerra fría, con el insoluble problema de la división alemana como consecuencia.

El hundimiento del nacionalsocialismo se selló jurídicamente por el Consejo Aliado de Control, cuando el 4 de junio de 1945 declaró formalmente disuelto el NSDAP, y dispuso la detención, y en su caso encarcelamiento, de sus funcionarios. El resultado de la dominación nacionalsocialista aparecía tan evidente como su final. La política nazi se veía refutada con arreglo a su propio criterio valorativo: el éxito. Naturalmente, ¡a qué precio! Más de seis millones y medio de alemanes muertos, el doble de fugitivos, mutilación y escisión del país, el final de su existencia como Estado: tal fue el balance del Tercer Reich. El balance para Europa, empezando por el asesinato de unos seis millones de judíos, incrementa considerablemente estas cifras. Mientras que Francia hubo de lamentar unos 800.000 muertos e Inglaterra unos 400.000, en la Unión Soviética pereció un mínimo de veinte millones, 4,5 millones en Polonia y 1,7 millones en Yugoslavia. La culpa del pueblo alemán —tan fácilmente olvidada, especialmente frente a la Europa del Este, alegando el contragolpe que representaron los refugiados— es un legado inextinguible del nacionalsocialismo.

La realidad y las consecuencias del régimen nacionalsocialista se han encargado también de refutar la opinión vulgar de que una dictadura totalitaria —libre de todo control político y moral y, consecuentemente, capaz de actuar rápida y eficazmente— garantiza un orden y un funcionamiento mejores, una seguridad y estabilidad mayores que una complicada democracia. Detrás del riguroso orden aparente del Tercer Reich se escondía la anarquía de las rivalidades de cargos y personas, la arbitrariedad de las órdenes del «Führer», la inseguridad y el temor general ante el terror y la vigilancia. El resultado sólo momentáneo era un aumento del poder, pero luego sobrevendría aquella pérdida de conciencia de la realidad, que terminó en el caos de la fase final.

En los excesos que acompañaron la caída del Tercer Reich se evidenció el verdadero carácter de un sistema, que, muy a diferencia de la seductora teoría de la dictadura, no garantizaba el orden político y la efectividad del Estado, o una mayor seguridad y mejores posibilidades de desarrollo para el ciudadano, sino que descansaba tan sólo en la arbitrariedad organizada y en los crímenes encubiertos

por el manto de una pseudolegalidad. Ante su propio fracaso Hitler tenía sólo una respuesta rebosante de egocentrismo: el pueblo alemán no ha sabido estar a la altura de la historia, y ha destrozado su propia existencia. Hasta el final Hitler estuvo poseído de una idea fija: jamás se rendiría, en la historia alemana no volvería a repetirse un noviembre de 1918. En su testamento político del 29 de abril de 1945 Hitler reiteró una vez más sus ideas fijas que habían presidido el ascenso y dominación del nacionalsocialismo, sobre todo, el odio acerbo al «judaísmo internacional y sus cómplices» cuyas maquinaciones veía el «Führer» en cualquier incidente. Al tiempo que el dictador se sacudía de encima toda responsabilidad, exhortaba con su manía obsesiva «al mando y al pueblo del futuro para que observen escrupulosamente las leyes de la raza y se opongan despiadadamente a los envenenadores de todos los pueblos, el judaísmo internacional». Al mismo tiempo, en una especie de auto-transfiguración, mezcla de cursilería y heroísmo, trataba de sentar las bases para la prosecución del nacionalsocialismo. Hitler declaró: los «honorables miembros» del nuevo gobierno «me acompañarán, como espero, con su lealtad y trabajo después de mi muerte y mi espíritu estará con ellos y les asistirá siempre». En el estilo pseudorreligioso de la época de lucha política, profetizó el renacimiento del Movimiento: «Del sacrificio de nuestros soldados y de mi vinculación con ellos hasta la muerte, volverá a brotar un día, de un modo u otro, en la historia alemana, la semilla del glorioso renacimiento del Movimiento nacionalsocialista.» Debe existir conciencia de que «nuestra tarea de levantar un Estado nacionalsocialista constituye la labor de los siglos venideros...» [4].

El intento de transfigurar míticamente la caída del nacionalsocialismo, haciendo de ella la base de un culto a Hitler y de un renacimiento del «Movimiento», podía apoyarse en toda una serie de leyendas. El comunicado oficial radiado del 1 de mayo de 1945 dio pie a la primera leyenda mediante la cual se ha salvado en la posguerra la tesis del «bastión anticomunista»: «Esta misma tarde, en su puesto de mando de la Cancillería del Reich, y luchando hasta el último aliento contra el bolchevismo, Hitler ha muerto por Alemania.» Esta mentira, junto con otros ingredientes del mito Hitler fue refrendada el mismo día por Dönitz en una alocución radiada al pueblo alemán: «Nuestro 'Führer', Adolfo Hitler, ha caído. El pueblo alemán se inclina ante él con la máxima congoja y veneración. Reconoció a tiempo el terrible peligro del bolchevismo y ha consagrado su vida a combatirlo. Al término de esta lucha y de una existencia

[4] *Nürnberger Dokumente,* PS-3569.

impertubable y recta se encuentra su muerte heroica en la capital del Reich alemán. Su vida ha sido un constante y total servicio a Alemania. Su muerte luchando contra la invasión bolchevique es además un servicio a la causa de Europa y de todo el mundo de la cultura.»

La segunda leyenda estuvo estrechamente relacionada con la anterior. Fiel a la propaganda nazi, Dönitz culpó a los «anglo-americanos» de la «extensión del bolchevismo por Europa», al proseguir la guerra contra Alemania e impedir así rechazar al «enemigo invasor bolchevique». Apenas cabe sobrestimar el efecto ulterior de este argumento, que pretende encubrir la responsabilidad fundamental del nacionalsocialismo en el avance del Ejército Rojo. A todo ello contribuyó también la serie de exaltados elogios que, con motivo de la capitulación, dispensaron Dönitz, Schwerin-Krosigk y el último parte del Ejército a las hazañas de las Fuerzas Armadas y de la patria, mientras que el régimen nacionalsocialista se despachaba con lacónicas frases: «La unidad de Estado y Partido ya no existe. El Partido ha abandonado el escenario de sus actividades» (Dönitz, 8 de mayo de 1945). Con ello quedaban en la sombra las responsabilidades y las profundas conexiones, e incluso tras la muerte de Hitler, no se facilitó a la población una clara idea de las auténticas circunstancias de la catástrofe alemana. También el último jefe de gobierno, Schwerin-Krosigk, supo combinar el elogio a la «heroica lucha» en la que Alemania ha sucumbido al «aplastante poderío del adversario» con la glorificación de los valores «que siempre fueron garantía de la auténtica esencia de Alemania: unidad, derecho y libertad».

Tras el sangriento aplastamiento de la oposición alemana, que impidió un ajuste de cuentas con el nacionalsocialismo, las consignas de acción para el futuro querían ocultar la ruptura con la política y la guerra del Tercer Reich, y establecer un puente de enlace entre la lucha heroica y el trabajo pacífico del futuro. Por ejemplo, Schwerin-Krosigk, viejo colaboracionista conservador de siempre, identificaba la unidad con la «idea de la comunidad popular» y la «camaradería del frente», que era preciso «salvar y conservar..., pese a la catástrofe del pasado» en lugar de volver a la «lucha de clases y grupos». En todas estas declaraciones [5] no había una sola palabra de lamentación o comprensión de lo que había sido Alemania durante el nacionalsocialismo y de los males inferidos a otros, pero eran muy elocuentes las quejas de la «atmósfera de odio que rodea hoy a Alemania en el mundo». El Tercer Reich era rodeado del nimbo de lo trágico y heroico, incorporándolo a la cultura occidental: «Poseídos

[5] Hohlfeldt, *Dokumente, op. cit.*, t. 5.

del orgullo de la heroica lucha de nuestro pueblo, tenemos la voluntad de —como miembros de la cultura cristiano-occidental— colaborar modestamente en las tareas de la paz, como corresponde a las mejores tradiciones de nuestro pueblo.»

Ciertamente, el año 1945 apenas dejó lugar para la mentira de una nueva «leyenda de la puñalada por la espalda». La derrota militar del Tercer Reich fue total. Todas las capas de la población estaban dominadas por el general agotamiento y la preocupación por la mera supervivencia. La desilución y la despolitización parecían excluir de entrada la continuación o el renacimiento del nacionalsocialismo o, incluso, una repetición de la primera posguerra. Empero, las leyendas proseguían. Las medidas tomadas para la liquidación externa del nacionalsocialismo no han acabado por completo con su continuidad interna, basada en la auto-apología y el slogan del «lado bueno del nacionalsocialismo». Una serie de factores han contribuido a que el afán de bagatelizar las cosas, de silenciarlas y olvidarlas haya dificultado discutir seriamente aquella ideología, favoreciendo la persistencia de algunos jirones de la misma. La ulterior discusión en torno al nuevo orden de la paz hizo surgir con mayor fuerza las divergencias latentes Este-Oeste, en las que el Tercer Reich había cifrado en vano sus esperanzas. Pero..., ¿no tenía Hitler razón? Con mayor rapidez de lo esperado, la política de las potencias de ocupación dio lugar a un espíritu nacional y a una autoconciencia como país cada vez mayores. Todo ello parecía, pues, dar la razón a quienes en lugar de romper con el nacionalsocialismo habían insistido en la continuidad del Tercer Reich. Se hablaba de la «hora cero», del «adiós a la historia precedente», de una profunda toma de conciencia de la culpa de Alemania y de la «catástrofe alemana», conceptos invocados también por sabios de la categoría de Alfred Weber, Karl Jasper y Friedrich Meinecke; se proclamaba la renuncia al nacionalismo y al militarismo, coincidiendo aquí la mayoría de los políticos de la posguerra, incluidos Adenauer y Franz Joseph Strauss; y, sin embargo, todas estas ideas dejaron el campo, de forma casi precipitada, a una vuelta al poder político y militar.

Mientras cambiaba tan rápidamente la escena, sólo una parte de los funcionarios y dirigentes nazis fueron llamados a rendir cuentas y sólo por un dictado superior impuesto desde fuera: los procesos de Nuremberg que, a distancia, se los identificó con la «Justicia de los vencedores». Por otra parte, se inició el proceso de desnazificación, enfocada demasiado globalmente y que, por ello, no tuvo grandes efectos en los millones de «interesados», acabando generalmente sin resultado positivo alguno. No pocos de los responsables y criminales del régimen pudieron ocultarse o alcanzar las salvadoras

riberas de América del Sur, el Cercano Oriente o España ayudados por diversas organizaciones clandestinas. Con gran retraso se inició por parte alemana, de forma consecuente, las operaciones de captura de los criminales nazis. Con todo, a medida que pasaba el tiempo, se hacía más difícil la actuación de la justicia.

En la zona de Alemania ocupada por los soviets y en la República Democrática Alemana se llevó de modo mucho más consecuente la liquidación del nacionalsocialismo. Con todo, la alternativa de la dominación del partido comunista en la RDA, a la que sólo lenta y resignadamente hubo de someterse la población, ocultaba una parte de la problemática histórica y psicológica cuya expresión era el nacionalsocialismo. La colectivización de la industria y de la agricultura privó al fascismo de sus bases económicas, pero la dominación fáctica del Estado autoritario, el régimen de partido único y de ideología totalitaria enlazó de nuevo con la estructura autoritaria del comportamiento político y con las tradiciones antidemocráticas de una Alemania desprovista de revoluciones triunfales. La cuestión acerca del efecto del «dominio» comunista del nacionalsocialismo en un marco panalemán resulta cada vez más hipotética, dado que de año en año se aleja la posibilidad de una reunificación bajo el signo del Estado nacional. Sólo en Alemania Occidental puede enfocarse empíricamente la continuidad o reformulación de las ideas y organizaciones nacionalsocialistas como un problema del pensamiento y del comportamiento político; sólo allí puede medirse la movilidad política de la población en elecciones libres, encuestas de opinión y publicaciones.

Al respecto cabe distinguir tres grandes períodos en esta evolución:

1.° De 1946 a 1951 los grupos neonazis y de extrema derecha ganan continuamente terreno. Al principio chocaron con las potencias ocupantes y la exigencia de autorización, pero después de la creación de la República Federal desplegaron de nuevo gran actividad en algunas regiones. La mejora de la coyuntura económica se encargó de frenar su marcha ascendente, y en 1952 la aplicación de la Constitución (artículo 21) al prohibir el SRP (Partido Socialista del Reich) pareció bloquear el renacimiento de los movimientos nacionalsocialistas.

2.° El período siguiente se caracteriza por la absorción del potencial de la derecha radical por los partidos establecidos. La continuidad del nacionalsocialismo y su adaptación a las nuevas circunstancias se reflejó fundamentalmente en un creciente número de

publicaciones, que mantuvo vivas en prestigiosos círculos de lectores las ideas de la derecha radical.

3.° Se crearon así las bases para una nueva organización y acoplamiento del extremismo de derecha, que habría de aprovecharse de la crisis de transición registrada al final de la «era Adenauer». Entre los factores más importantes es preciso destacar la intranquilidad reinante por la evolución internacional desde un decidido anticomunismo a una política de distensión, la reanimación del nacionalismo bajo el signo del gaullismo, de la crisis del problema de la reunificación y de la idea de Europa; finalmente, también jugó un considerable papel el temor a una depresión económica, que condujo a la formación de un «gobierno de crisis»: la Gran Coalición. En tal situación se consiguió a finales de 1964 la creación de un partido que, por primera vez, logró reunir las fuerzas dispersas del extremismo derechista, ejerciendo una progresiva atracción en los círculos de posibles adeptos y electores: el NPD (Partido Nacionaldemócrata de Alemania).

Extremismo de derecha en la segunda democracia

La catástrofe de 1945 fue para el nacionalsocialismo la hora de la verdad. Una mayoría de la población alemana tomó nota de ella entre desilusionada y resignada. Prohibiciones, depuraciones y una serie de medidas políticas y constitucionales estaban empeñadas en evitar una repetición de la República de Weimar. Naturalmente, no hubo revolución alguna y la liquidación del nacionalsocialismo se practicó fundamentalmente en la esfera institucional. Bajo el signo de la derrota y de la desnazificación, la gran masa de adeptos del antiguo régimen, amargada y desilusionada, se retiró de la vida política. Sin embargo, no podía sorprender nada el hecho de que un núcleo de nacionalsocialistas convencidos superara pronto la conmoción. En versión diferente, trataron de reactivar aquellas convicciones políticas e ideológicas en las que se habían formado. Los esfuerzos en favor de la reeducación democrática con los que las potencias ocupantes influyeron más o menos intensamente en la vida política, venían necesariamente de arriba y de fuera y eran como una «revolución artificial». La segunda República nació bajo el patrocinio de la política internacional. Los problemas de los comienzos pudo ahorrárselos, a diferencia de lo que ocurriera con la República de Weimar; la nueva democracia se deshizo más claramente del Tercer Reich que aquélla de la monarquía fracasada. Sin embargo, este período

de protección fue acortado de un modo inesperado por la agravación de la guerra fría. Y entonces se demostró que el cambio de mentalidad política siempre acompaña a los acontecimientos en forma más lenta de lo que parece.

Una primera base para la continuidad de las ideas nacionalsocialistas y para la reactivación de funcionarios y partidarios nazis la ofrecía el DRP (Partido Alemán de Derecha), fundado en 1946. Tuvo en cuenta los imperativos del momento, presentando una fachada declaradamente conservadora y haciendo formal profesión de fe en el Estado de derecho, pero su crítica del nacionalsocialismo se limitó a denunciar públicamente los elementos «no alemanes» del fascismo. En realidad, el partido perseguía —según la sentencia del Tribunal Constitucional Federal (1952)— el objetivo de «reorganizar a los miembros de anteriores partidos de la derecha» [6]. Su cuadro de mandos estaba integrado por destacados ex-funcionarios nazis del Departamento de Propaganda. Al igual que en la historia de la «oposición nacional» anterior a 1933, la fachada conservadora y germano-nacional del DRP y de los partidos que le sucedieron, se debió a razones tácticas. La consigna de «oposición nacional» siguió esgrimiéndose a bombo y platillo. El poderío de la nueva derecha, que en varias elecciones municipales y regionales del norte de Alemania (especialmente en Wolsfsburg) se apuntó diversos triunfos y que entró en el primer Parlamento Federal con cinco diputados, se reflejó claramente en la constitución del SRP (Partido Socialista del Reich) en octubre de 1949. Entre sus iniciadores figuraban numerosos adeptos del DRP, con dirigentes tales como Fritz Dorls, ex-jefe provincial y de formación política, así como el que fuera jefe político, Fritz Rössler que, al principio, utilizó el nombre de Dr. Franz Richter. Junto a otros antiguos combatientes, tales como Gerhard Krüger, ideólogo estudiantil del nazismo, aparecía como exponente vivo de la llamada «leyenda de la puñalada por la espalda» el «héroe» del 20 de julio, Remer. Esta nueva versión del NSDAP se vio beneficiada por la supresión de la obligatoriedad de la autorización, aunque también por la difícil situación económica y social de los ex-camaradas del partido.

Aparecieron además numerosos grupillos y asociaciones, que acogían tanto a nacionalsocialistas convencidos como a aquellos que se habían distanciado de los «excesos» y errores, pero no de la doctrina política del nacionalsocialismo. Al mismo tiempo se produjeron las primeras tentativas de infiltración en los partidos ya existentes, es-

[6] *Entscheidungen des Bundesverfassungsgerichts,* t. 2. Tubinga, 1953, p. 28. Amplia exposición en Kurt P. Tauber, *Beyond Eagle and Swastika,* 2 tomos. Middletown, 1967.

pecialmente en el FDP. La derecha, mezcla de nacionalismo y conservadurismo, poblada de grupillos escindidos y rivales, ofrecía un confuso espectáculo que, pese a todas las diferencias, recordaba los inicios de la República de Weimar. La escena subió de tono cuando al iniciarse el rearme aparecieron después de 1950 varias ruidosas agrupaciones castrenses, que a la «difamación» del Ejército oponían el elogio de la tradición militar y las hazañas de la guerra. Numerosos enlaces, la labor revisionista de algunas publicaciones y una mayor conciencia nacional caracterizaron la tendencia ascendente de la actividad neonazi y nacionalista. He aquí algunos nombres: la Comunidad Alemana, la Primera Legión, el Cuerpo de Voluntarios Alemania, la Hermandad Alemania, la Agrupación Alemana. Estas formaciones operaban en relación con organizaciones juveniles, tales como las Juventudes Socialistas del Reich, la Joven Nación, la Joven Comunidad Alemana, la Juventud Nacional, la Juventud Alemana, el cuerpo de Juventudes del Reich, etc. La fiebre fundacional de las sectas de extrema derecha y de los viejos nacionalsocialistas apenas tuvo importancia alguna en el juego de los partidos políticos, pero este renacimiento pasajero sí tenía significado duradero como síntoma y vehículo de la continuidad de la ideología nacionalsocialista. En el primer Parlamento Federal apareció junto al DRP el grupito de los «nacionaldemócratas» de Hessen; ambos formaban la «Derecha Nacional»; después y tras una serie de complicados conflictos, se desgajó del conjunto un «Partido Nacional del Reich», hasta que, finalmente, el Partido de la Derecha y los nacionaldemócratas formaron en 1950-51 el DRP (Partido Alemán del Reich). En un principio desplegó su actividad a la sombra del SRP, que por aquel entonces alcanzaba triunfos efímeros, sobre todo en Baja Sajonia. En las elecciones para el Parlamento de este Estado, en mayo de 1951, alcanzó el 11 % de los votos, ocurriendo algo parecido en Bremen y Schleswig-Holstein. El SRP esgrimió un vago «socialismo populista» en el que los viejos nacionalsocialistas, venidos a menos, encontraban de nuevo sus conocidas consignas, y al mismo tiempo un nacionalismo, que en la glorificación de la idea del Reich y de la guerra, seguía casi inconfundiblemente la ideología del espacio vital. También el culto a la famosa «leyenda de la puñalada por la espalda» recordaba los primeros tiempos del NSDAP. Faltaba el «Führer», aunque en una serie de ruidosas asambleas, en las que no faltaron escuadras y piquetes de guardaespaldas, se logró provisionalmente ensalzar sobre todo la figura de Remer, como defensor del Tercer Reich ante la «traición» de la oposición. El partido quería ser un colector de nacionalsocialistas asequibles, a los que se dirigía en busca de apoyo. Sus 20.000 miembros (12.000 de los cuales radica-

ban en Baja Sajonia) estaban integrados en un sistema ordenancista jerárquico en el que la formación de la voluntad discurría de arriba abajo. La intención declarada de los dirigentes del partido era la «formación de cuadros» [7], siguiendo en la organización de sus ramificaciones el modelo del NSDAP. Los dirigentes del partido a todos los niveles tenían la facultad de maniobrar rápidamente mediante la exclusión de determinados grupos y personas, con lo cual se creía asegurar su táctica legalista siguiendo el modelo nacionalsocialista. Esto no impedía que se hicieran públicas adhesiones a Hitler y al Tercer Reich, que el partido trataba luego de paliar con declaraciones formales en contra de la dictadura [8]. Tenía que contar, naturalmente, con la Constitución de la República Federal que, tras las experiencias de 1933, había incorporado conscientemente la prohibición de partidos cuya organización y objetivos fuesen no democráticos (art. 21). Pese a todas las tentativas de camuflaje, el carácter neonazi del SRP era tan inconfundible que, tras el concienzudo desenmascaramiento de su pretendida legalidad, el Tribunal Constitucional dictó su prohibición en octubre de 1952.

Parecían conjuradas ya las sombras de Weimar, pese a que los incondicionales funcionarios y adeptos se pasaron a otras agrupaciones afines, principalmente al DRP, que operaba de cara al exterior más moderadamente. El personal directivo seguía el conocido camino de los funcionarios nacionalsocialistas hacia la etapa final, pasando por las agrupaciones de posguerra y el SRP [9]. Sin embargo, el DRP nunca pudo pasar de un núcleo seguro de 12.000 miembros que representaba un modesto 1 % del electorado. Escindidos en organizaciones rivales y en una serie de nuevos y efímeros grupos, los radicales de derecha se veían reducidos a un minúsculo grupo de fanáticos incurables: un «lunatic fringe», tal como suele existir al margen de todos los sistemas de partidos. Tampoco tuvieron éxito las tentativas de penetrar en las filas de los grandes partidos, pese a algún asunto escandaloso, sobre todo, en el FDP, donde en 1953 hizo su aparición el subsecretario de Goebbels, Werner Naumann. Mejores resultados se obtuvieron en cuanto a la entrada en el ala derecha de los partidos de Bonn, en el Partido Alemán (DP) de Baja Sajonia, y en el Partido de los Refugiados (BHE). Sin embargo, también éstos fueron presa de la suerte de los partidos pequeños, y cuando al final trataron en vano de encontrar su salvación en una fusión nacional-conservadora (Partido Panalemán), su fracaso sólo contribuyó a la realización de un viejo plan, a saber, la creación de

[7] Escrito de la dirección del partido del 25-XII-1950. *Idem,* p. 50.
[8] *Idem,* p. 64.
[9] Cf. Reinhard Kühnl, *Die NPD.* Berlín, 1967, p. 19.

un vasto partido nacional de derecha, el NPD, cuyo núcleo central lo formaba la tenaz guardia del DRP.

La década que, por su estabilidad económica y política, vio reducidas a un mínimo las posibilidades de triunfo de los partidos radicales, pudo salvarse intensificando las publicaciones de extrema derecha. En los años cincuenta fueron progesivamente en aumento y, junto al núcleo tradicional de incurables nacionalsocialistas, se consiguió un nutrido grupo de lectores, pasivos pero posibles adeptos de la tradición de la ideología del nacionalsocialismo. Y con esto no nos referimos exclusivamente a aquellos periódicos que se atribuían directamente al DRP y que predicaban un programa nacionalista, pseudosocial y de clases medias. En un principio, se produjeron algunos intentos de aproximación francamente preocupantes, al tratar —sobre todo el FDP— de aprovechar en las elecciones generales de 1953 el atractivo de algunas consignas nacionalsocialistas y su apoyo tácito por parte del electorado. Esta táctica recuerda las ilusiones de los años de Weimar y se repite sintomáticamente en las peligrosas tentativas recientes, encaminadas a adaptar la propaganda propia al ascenso del NPD y a adueñarse de la «ola nacionalista»; en tal sentido han actuado especialmente Strauss y su CSU. Todo ello contribuyó a que, incluso en su etapa de escaso predicamento político, las publicaciones de la derecha radical adquirieran visos de popularidad y elegancia. Naturalmente, los resultados de las elecciones de 1953 demostraron lo exagerado de las especulaciones acerca de las reminiscencias nacionalsocialistas. Por otra parte, las reducidas proporciones de los grupos neonazis frenaron las esperanzas de quienes creían poder minar los partidos burgueses de la República Federal mediante una labor de filtración. Si hubo alguna probabilidad fue, sobre todo, en el revisionismo de los políticos conservadores-nacionalistas ocupados de los problemas de los refugiados, que encontraron en Seebohm, durante muchos años ministro de Transportes, un buen portavoz.

Una vez más y tras el revés de 1952-53, fue la labor de publicación la encargada de mantener vivo un importante arsenal de ideas y sentimientos nacionalsocialistas o afines, circunstancia en la que el extremismo de derecha alemán se diferencia fundamentalmente del «lunatic fringe» de otros países. Aquellas publicaciones dispusieron siempre de puntos de referencia y diversidad de argumentos, al invocar reiteradamente el recuerdo del Tercer Reich. El caso alemán dentro del pasado reciente siguió ocupando una peculiar posición en el fascismo internacional, toda vez que el sistema nacionalista de referencias de todos los fascismos constituye un concepto muy discutible. Por lo mismo y ante los optimistas pronósticos

de los años cincuenta, se repetían continuamente las advertencias de siempre [10]. Pese a las nuevas circunstancias —que habrían de impedir una nueva versión del 1933— siempre había una posibilidad real de que aflorasen a la escena política el movimiento subversivo nazi, caso de producirse crisis socioeconómicas o complicaciones internacionales.

A la continuidad del nacionalsocialismo contribuyeron de modo significativo una serie de periódicos y revistas, libros y editoriales. Desde 1951 el órgano oficial del DRP fue el *Reichsruf*, que el 1 de enero de 1965 se transformó en el periódico *Deutsche Nachrichten*, del NPD; al mismo tiempo surgió el *Reichsruf-Schriftenreihe*, que publicaba extensos artículos. Los editores de este periódico eran prácticamente los dirigentes del DRP, que bajo distinta bandera dominaban también la labor publicitaria del NPD. En estrecha colaboración con este grupo, el que fue secretario de Alfred Rosenberg, Heinrich Härtle, lanzó el semanario *Deutsche Wochenzeitung*. Härtle reanudó la campaña anticomunista del Tercer Reich; apareció en 1955 una nueva edición de su libro de 1944 sobre la Unión Soviética, aunque, naturalmente, con seudónimo y sin el prólogo de Rosenberg. Los editores y redactores de ambos órganos y los autores de muchos de sus artículos son prácticamente los mismos. Tan sólo en su disposición y presentación difieren entre sí estas publicaciones: mientras que *Reichsruf* (es decir, *Deutsche Nachrichten*) se destina a los miembros ya convencidos, el *Wochenzeitung* trata de avivar las simpatías y los resentimientos de los nacionalistas no afiliados al partido. Ambas publicaciones despliegan intensas campañas pseudocientíficas en contra de la «mentira de la culpa de la guerra», y se ocupan incansablemente de la apología del pasado nazi o de la glorificación de los condenados de Nuremberg o tienen ocurrencias como la de proponer a Hess como candidato para el Premio Nobel de la Paz [11].

Ha habido un gran número de pequeñas publicaciones de otras sectos de la derecha radical, por ejemplo, *Freie Nation* [Nación Libre] del Partido Alemán de la Libertad; *Deutsche Gemeinschaft* [Comunidad Alemana], del pequeño partido del mismo nombre; la revista, de corta vida, *Widerhall* [Eco], que exaltó pseudorreligiosamente la figura del «Führer» hasta el punto de comparar la vida de Hitler con el holocausto de Cristo (y la traición de los jóvenes). Pero

[10] K. D. Bracher, «Rechtsradikalismus in der Bundesrepublik», en *Colloquium*, 10, cuadernos 2-4 (1956). O. Büsch, P. Furth, *Rechtsradikalismus im Nachkriegsdeutsland*. Berlín, 1957. H. H. Knütter, *Ideologien des Rechtsradikalismus im Nachkriegsdeutschland*. Bonn, 1961.

[11] Por ejemplo, en «Reichsruf», núm. 13, 1958.

sobre todas ellas es preciso destacar dos publicaciones, que desde hace casi veinte años, con regularidad han conseguido un fuerte arraigo de las viejas y nuevas tesis del extremismo derechista en amplios círculos de la población: la revista mensual *Nation Europa* [La Nación Europa] y el *Deutsche Soldatenzeitung* [Periódico Alemán del Soldado], más tarde *Deutsche Nationalzeitung und Soldatenzeitung.* El mismo título es ya suficientemente elocuente en ambos casos. El órgano *Nation Europa,* portavoz del fascismo europeo y creado hasta con la colaboración de fascistas escandinavos (Carlberg, Engdahl, Essen), conjuga dos elementos: el nacionalismo y la ideología europea vista a través del prisma nacionalsocialista; es una empresa más que interpreta la idea europea como fruto de la política nazi del gran espacio, aunque, al mismo tiempo, se sirva con hábil disimulo de las consignas europeístas en boga. Parecidas etiquetas utilizan también algunos círculos culturales y de lectura, tales como el «Círculo Cultural Alemán de Espíritu Europeo», presidido por Herbert Böhme, poeta de las SA; este círculo mantiene un servicio de distribución de hojas sueltas *(Kluetter Blätter)* y unos cincuenta «centros» distribuidos en ciudades y en el medio rural, dirigidos generalmente por miembros de la vieja guardia del partido.

El *Soldatenzeitung* aprovechó el otro aspecto del legado nacionalsocialista, que desde la fundación de la República Federal pudo reactualizarse: la tradición militar y la glorificación de la guerra. Estos fueron solamente los puntos de ataque, la fachada legal; después de recibir el apoyo de las agrupaciones de soldados e incluso del gobierno de Bonn, el órgano en cuestión se convirtió rápidamente en la publicación más importante del público nacionalista, llegando hasta la última aldea.

La revista mensual *Nation Europa* abrigaba una pretensión esgrimida por la mayoría de las publicaciones de la extrema derecha, caracterizada por su tradicional énfasis de la «cultura» frente a la civilización occidental: la de ser la revista de una «élite» altamente intelectual que, de momento, se veía impedida de alcanzar sus objetivos nacionales y europeos por una «democratura» impuesta por la fuerza [12]. Esta subtitulada «revista mensual al servicio de la renovación europea» estudia desde 1950, en números monográficos, una serie de temas y países, con el propósito de presentar el verdadero legado del nacionalsocialismo frente al supuesto falseamiento histórico (por ejemplo, el papel «europeo» de las SS) y a la degeneración que significa el mundo «alienado» democrático-norteamericano, con-

[12] Así, Peter Kleist, editor del *Wochenzeitung,* ex «SS-Obersturmführer» y funcionario en la Oficina de Ribbentrop, en su libro, antes tan difundido, *Auch Du warst dabei.* Heidelberg, 1952, p. 396.

traponiendo la dictadura de la «élite» al dominio masivo de la democracia. En estrecha colaboración con los restos de los sistemas europeos tipo Quisling se promueve aquí un replanteamiento y justificación declaradamente internacional de casi todas las ideas y hechos del nacionalsocialismo, apenas enmascarado con lamentaciones ante ciertos «excesos» o errores del Tercer Reich, aun cuando se llega a aprobar la política racista y la guerra de Hitler.

Entre los colaboradores permanentes de *Nation Europa* figuraron varias figuras importantes del anterior régimen, tanto en política como en literatura: por ejemplo, Hans Grimm, autor de *Volk ohne Raum* [Un pueblo sin espacio], así como el general de paracaidistas Ramcke y también Bruno Brehm, Will Vesper, Gerhard Schumann, Erwin Guido Kolbenheyer, la viuda de Ribbentrop e Ilse Hess. Es preciso mencionar igualmente a varios dirigentes fascistas extranjeros, como Oswald Mosley (Inglaterra) o Maurice Bardeche, editor de una revista análoga en Francia *(Défense d'Occident),* que sigue esperando la salvación del bolchevismo por una Europa dirigida por Alemania. De manera incansable se invoca el espíritu «europeo» de la guerra contra Rusia y el papel de las unidades extranjeras de las SS, al tiempo que se elabora esmeradamente una nueva leyenda de la puñalada; la oposición, y en especial, naturalmente, la alemana, se vitupera como simple traición; en estilo pseudocientífico y haciendo una triunfal referencia a la «solución» sudafricana se renueva otra vez la doctrina racista, celebrando la posición árabe contra Israel; tampoco faltan malabarismos de cifras para quitar toda importancia al problema del exterminio de los judíos; y, finalmente, se dedica especial atención a la cuestión de la «culpabilidad de la guerra» de 1939. También en la política actual se dan posiciones extremas, recogidas en artículos y cartas de los lectores. Se pide no el simple restablecimiento de las fronteras de 1937, sino una nueva repartición de Checoslovaquia y Polonia; los colaboradores no se cansan de ensalzar el hecho de haberse mantenido en pie la reordenación nacionalsocialista de la Conferencia de Munich (por ejemplo, en el cuaderno de julio de 1957).

La redacción de la revista ha sabido hábilmente presentar las tesis más radicales bajo la forma de largas cartas de lectores, protegiéndose así contra una posible prohibición, que hasta el presente no se ha producido por mucho que pueda extrañar. Así, en diciembre de 1959 se publicaba una «carta» de tres páginas, en la que se comentaba un libro que quitaba importancia al problema de los campos de concentración nazis, y eludiendo eficazmente la verdadera cuestión se llegaba a decir que «no sin razón se internó a un gran número de reclusos en campos de concentración», y que «sus penas

y privaciones no fueron peores que las de los soldados alemanes del frente». Después se hacía una descripción de la miserable situación en el frente ruso, aunque sin indicar quiénes fueron sus causantes ni su régimen de terror en el Este y llegaba a la siguiente conclusión: «Si en su lucha defensiva contra la chusma internacional —que con sus cómplices ha llevado a los pueblos a la guerra, tanto en 1914 como en 1939—, el soldado y el pueblo alemán soportaron por Europa (!) tales penas y calamidades, no era justo alojar y cuidar bien en los campos a criminales y partidarios del enemigo.» Estas expresiones eran pura moral nacionalsocialista: «Es comprensible que a un alemán le preocupase más la suerte de sus correligionarios y camaradas que el destino de los prisioneros de los campos de concentración, que habían estado del lado del enemigo. No tenemos, pues, ningún motivo para sentir una vergüenza colectiva especial, como ha dicho el señor Heuss.»

Este es sólo uno de los muchos ejemplos de argumentos y métodos empleados por las publicaciones de extrema derecha para mezclar lo apologético y lo propagandístico. Con todo, en el enjuiciamiento de la figura de Hitler parecía obligado mantener una táctica prudente. Sin embargo, con motivo del décimo aniversario de su muerte, *Nation Europa* dedicó a Hitler un número completo (mayo de 1955), que so capa de un solemne recuerdo al «Führer», constituía al mismo tiempo un ampuloso y exaltado homenaje y una plena rehabilitación. En esta labor se distinguió especialmente el director Arthur Ehrhardt, en otro tiempo maestro de escuela en Coburgo, combatiente del Cuerpo de voluntarios y oficial de las SS quien, naturalmente, posee sólo una reducida parte en el capital de la revista, propiedad de un consorcio internacional. Otras revistas llegaron entonces —como ya hemos dicho— incluso a equiparar a Hitler con Cristo. La continuidad y el constante replanteamiento del «acervo de ideas» del nacionalsocialismo estuvieron asegurados de modo inequívoco y permanente durante dos décadas. Ciertamente, no había nada original, ni tampoco parecía irradiar de todo ello nueva fuerza política. Las viejas consignas y los habituales símbolos se emplearon cuando hacia 1959/60 aparecieron pintadas cruces gamadas en las paredes de las sinagogas y otros edificios. Junto a varias revistas de carácter netamente elitista, una nutrida serie de panfletos y libros populares sobre las grandes figuras de la guerra mantuvieron viva la leyenda del nacionalsocialismo, que a través de diversas organizaciones llegó también al conocimiento de una juventud poco versada políticamente.

Indudablemente, el papel más importante correspondió al órgano *Nationalzeitung,* derivado del *Soldatenzeitung,* a cuyo frente figura-

ría desde 1960 el joven doctor Gerhard Frey, redactor jefe y director. Con él se asomaba una nueva generación a las publicaciones de extrema derecha, generación que ya no había participado activamente en el Tercer Reich. Esto puede explicar el hecho de que este periódico —pese a que Frey participe de modo considerable en el órgano *Nation Europa*— se mantiene relativamente alejado del bando declaradamente neonazi, lo que favoreció una mayor influencia suya en otros círculos. A diferencia de las otras publicaciones de la derecha radical, llegó hasta los más modestos quioscos con sus llamativos titulares en rojo, colmados de resentimiento y protesta. Prescindiendo de las posibles ambiciones políticas de Frey —que, aunque sólo fuera por razones de competencia económica, mantiene ciertas rivalidades con el «establishment» de la vieja guardia del DRP y NPD—, no cabe desconocer la influencia del *Nationalzeitung* en el círculo de potenciales lectores de la derecha radical. En su calidad de órgano orientador, por su número de lectores aventaja a todos los demás periódicos de los diferentes partidos. Junto con el diario local y las revistas ilustradas, es a menudo el único periódico nacional que puede comprarse en las tiendas de aldeas y pequeñas ciudades. La crítica ha llegado a la conclusión de que sus noticias y comentarios no se encuentran determinados completamente por una ideología neonazi o de la derecha radical, sino más bien por resentimientos más actuales a propósito del acontecer cotidiano; se trata, pues, de una adaptación a las nuevas circunstancias, una modernización de los sentimientos nacionalistas y autoritarios, cuya influencia se aprecia en la propaganda, en crecimiento rápido, del NPD, por ejemplo, al sustituir los judíos por los trabajadores extranjeros. Acertadamente se ha considerado al *Nationalzeitung* como «el factor de poder, fuera de los partidos políticos, de mayor fuerza del extremismo de derecha» [13]. Detrás de una fachada progresista se esconden las concepciones fundamentales de un nacionalsocialismo prolongado en la posguerra. Las mismas surgen de forma camuflada y eficazmente enlazadas con problemas de actualidad: se ensalza a Goldwater o la lucha en el Tirol Meridional («El Tirol Meridional sufre por Alemania») [14]; se denuncia el hecho de las indemnizaciones y el «judaísmo internacional» («¿Hasta cuándo la extorsión?», «Capitulación ante el judaísmo mundial») [15]; se exalta un revisionismo radical («Breslau, Königsberg, Eger, Danzig y Stettin, de nuevo alemanas») [16] y, naturalmente, se lucha de modo incansable contra las «mentiras de la

[13] R. Kühnl, *NPD, op. cit.*, p. 39.
[14] *Deutsche Nationalzeitung*, 1963, núms. 51 y 52.
[15] *Idem*, 1962, núm. 32.
[16] *Idem*, 1965, núm. 7.

culpabilidad de la guerra»: una lucha en la que coinciden todos los radicales de derecha y no pocos escritores y periodistas nacional-conservadores.

Los mismos temas merecieron también la atención de la «Sociedad de Publicaciones Libres», fundada en 1960. Causó sensación cuando, en 1964, y en colaboración con funcionarios del DRP, organizó una gira del historiador norteamericano David Hoggan por Alemania, cuyo libro *Der erzwungene Krieg* [La guerra impuesta], publicado sólo en Alemania, se sirve de numerosas tergiversaciones para culpar de la guerra a los ingleses y polacos y no a Hitler. En este caso, al igual que para la campaña anti-Roosevelt, venía muy bien la ayuda de norteamericanos.

En el período intermedio del radicalismo de derecha (1952-64) aparecieron numerosas publicaciones en el mercado del libro, merced a las cuales pudo mantenerse y avivarse la ideología nacionalsocialista durante toda una década, hasta la creación de un partido colector de las diversas tendencias afines. Se siguió ensalzando al Tercer Reich y su guerra en una serie de ingenuas o apologéticas memorias de políticos y militares, así como en multitud de investigaciones aparentemente serias y, en todo caso, pobladas de hechos y de citas. En el caso Hoggan se destacó la editora del periódico *Deutsche Hochschullehrerzeitung* [Periódico Alemán del Profesorado Superior], una empresa creada en Tubinga para la rehabilitación de profesores nazis expulsados de sus cátedras, que estaba dirigida por Grabert, ex-profesor de Filosofía en Würzburgo. Varias editoriales de Gotinga (Plesse Verlag, Göttinger Verlagsanstalt), de Starnberger See (Druffel-Verlag), donde viviera Hans Grimm, de Lippoldsberg (Klosterhaus-Verlag) y de otros lugares publicaron una serie de libros «ad hoc», que llegaban a sus lectores a través de revistas y periódicos de ideas análogas. Indudablemente, el marco de acción era más pequeño, los puntos de ataque más reducidos, y el lenguaje más cauteloso que en la República de Weimar. Sin embargo, la tendencia y el tono recordaban mucho la literatura conservadora, nacionalista y popular, que en otro tiempo preparó y apoyó el ascenso del nacionalsocialismo. Ahora, como antes, los temas eran: la leyenda de la puñalada y de la traición, la condena de los «desmoralizadores» intelectuales y de todos los demócratas como colaboradores del bolchevismo, rechazo del «sistema» como producto «no alemán» e impuesto por las «potencias vencedoras». Ahora, como antes, se invocaban como supremos valores de un Estado alemán: pueblo y patria, nación y comunidad, raza y élite, autoridad y orden, restablecimiento del Reich.

Es difícil apreciar la influencia que durante aquellos años tu-

vieron las publicaciones de este género en la evolución de la conciencia de la población alemana. Naturalmente, seguía teniendo efecto, aunque sin una influencia directa, la actitud política y la indoctrinación política sobre las que se basara el Tercer Reich. Con todo, es preciso observar que, en los años cincuenta, pese a las apariencias de estabilidad democrática, el desmontaje de la conciencia nacionalsocialista se efectuó más lenta e incompletamente de lo que pretendiera la tesis simplista de que «Bonn no es Weimar». A ello contribuyeron notablemente las publicaciones de la derecha radical, que apenas sufrieron limitaciones. Tras la prohibición del SRP, la atención y severidad de la vigilancia oficial se concentraron preferentemente en el movimiento comunista, cuyas publicaciones fueron tratadas con un rigor mucho mayor.

Los resentimientos, la ignorancia y la comodidad son sobre todo los factores que agudizan especialmente el peligro que amenaza a la democracia en el caso de una crisis. Si la coyuntura económica, el prestigio de Adenauer, el funcionamiento de las instituciones democráticas, a diferencia de lo que ocurriera en la época de Weimar, aceleraron en la República Federal una reorientación positiva de la población, queda como más sorprendente el siguiente hecho: encuestas de opinión representativas indicaron que en 1952 un 32 % de los alemanes occidentales consideraba a Hitler, prescindiendo de algunos errores, como un jefe de Estado ejemplar e incluso como el más grande tratadista del siglo. Cinco años más tarde, cuando el prestigio de Adenauer estaba en la cumbre, un 15 % seguía dispuesto a votar por Hitler; y, en todo caso, a Hitler se le reconocía con derecho a ocupar un puesto entre los tres primeros en la lista de los grandes hombres de Estado alemanes. Por la misma época, la mayoría de los alemanes opinaban que sería mejor que en Alemania no hubiera judíos. En 1961 incluso era mayor el número de los que juzgaban negativamente la oposición contra Hitler que el de los que la veían con buenos ojos (32:29 %), siendo considerable el número de los indecisos o sin opinión (39 %). Por aquel entonces se repitieron los conflictos entre los padres de los alumnos y la administración escolar o municipal con motivo de bautizar a las escuelas con nombres de héroes de la resistencia. Las encuestas llegaron a la conclusión de que la mayoría de la población rechazaba tal proceder (49:18 %), aunque también en este caso un tercio se mostró indeciso[17].

Las opiniones de la generación joven no se apartaban gran cosa de esta actitud; incluso subrayaron con más fuerza la potencial continuidad de las ideas y leyendas nacionalsocialistas, precisamente

[17] *Jahrbuch der öffentlichen Meinung 1947-1955*. Allensbach, 1956, p. 132.

porque aquí no cabían motivos apologéticos. Cuando en 1956 quiso saber una encuesta cerca de la juventud, si en su opinión el nacionalsocialismo había sido una idea buena o mala, un 33 % respondió ser en parte buena y en parte mala, un 22 % respondió de forma absolutamente negativa, mientras que un 16 % se pronunció en sentido decididamente favorable; es de destacar que de nuevo casi un tercio (29 %) no expresó opinión alguna. No menos significativo fue el hecho de que en años sucesivos sólo una cuarta parte de los interrogados se mostró decidida a oponerse a un resurgimiento de un partido nacionalsocialista. Por otra parte, siguió sin variación el número de quienes estaban dispuestos a celebar o a apoyar una nueva edición del nacionalsocialismo (12-13 %). Así pues, el potencial de la derecha radical no se limitaba, en absoluto, a los viejos nacionalsocialistas. En consecuencia, ya entonces cabía dudar de que el problema se solucionaría automáticamente con el cambio generacional. La actitud frente al problema del neonazismo daba que pensar especialmente en los jóvenes comprendidos entre los diecinueve y los veintiocho años; en este grupo había muchos indiferentes y muy pocos estaban dispuestos a oponerse al nacionalsocialismo. Por tanto, no podía sorprender a ningún observador atento, que más de dos décadas después del final del régimen hitleriano, en la primera crisis económica y gubernamental de la nueva República —mucho más benévola que cualquiera de las crisis de Weimar—, un partido de la extrema derecha consiguiera en pocos meses y en un Estado tras otro rebasar la frontera del 5 %, llegando a apuntarse el 6-10% de los votos. Al firme reducto del 1 % de electores fijos se añadía ahora un nuevo potencial, que muy bien podía transformarse en un movimiento de protesta, tan pronto como las circunstancias políticas y organizatorias lo hicieran posible.

El NPD, ¿un nuevo empeño?

El extremismo derechista de Alemania registra formas y aspectos que lo aproximan mucho a otros movimientos nacionalistas, racistas y fascistas de muchos países. Sin embargo, ninguno de esos países ha contado con un régimen que pueda compararse al nacionalsocialismo, muchos de cuyos fundadores, adeptos y víctimas viven todavía. La peculiar situación de la segunda democracia alemana se puede apreciar de modo especial en dos campos de actividad del extremismo de derecha: la propaganda y la política electoral. Hasta qué punto este tipo de radicalismo puede enlazar con los modelos sobrevivientes de ideas y de conducta del nacionalsocialismo, se apre-

cia en la ininterrumpida continuidad de su labor publicitaria, así como en el arsenal propagandístico del NPD, que acostumbra a elogiar sin tregua lo «bueno» del nacionalsocialismo, arrinconando y paliando lo malo.

Desde 1965 y al igual que antes de 1952, la movilización del electorado de la derecha radical en aquellas capas sociales y regiones que antaño se mostraban muy receptivas a las ideas nacionalsocialistas, pone de manifiesto los puntos comunes de enlace entre la República de Weimar y el ascenso de la derecha antidemocrática. Por lo mismo, un análisis crítico del «nuevo» radicalismo de derecha en sus relaciones con el «pasado» nacionalsocialismo deberá enfocar, ante todo, dos aspectos del NPD: la estructura del partido y la sociología de sus triunfos electorales.

Pese a que pretenda lo contrario, el NPD no es un nuevo partido. Se fundó en noviembre de 1964 tras prolongados intentos de fusión, en cuyo centro se hallaba el DRP después de que fuera prohibido el SRP. La novedad, aunque poco original, consistió en la combinación de elementos conservadores-nacionales y fascistas-radicales que el nombre del partido quiso ampliar prestándole una aspiración «democrática». Indudablemente, se trataba de una medida táctica. Por lo pronto, se perseguía evitar en lo posible cualquier denuncia ante el Tribunal Constitucional o una amenaza de prohibición. Al mismo tiempo, la nueva etiqueta significaba una adaptación a la democracia formal que, en comparación con la República de Weimar, había demostrado ser más estable, siendo aceptada, o soportada, con mayor entusiasmo. Mientras que hasta entonces el «Partido del Reich» se había considerado socialista o alemán, actuando conscientemente muy distanciado de los partidos democráticos, el NPD adaptó su nombre al sistema de partidos de Bonn. La táctica y la psicología iban aquí de la mano; creaban la ilusión de que ahora se podía votar por la derecha radical sin exponerse a recibir el terrible calificativo de extraño antidemócrata o incluso de neonazi. El partido pretendía un puesto en el campo de los partidos democráticos, aunque seguía estando en contra del «sistema», prometiendo acabar con el «consorcio de los partidos monopolistas de Bonn». Recuérdese que en otros tiempos, incluso los nacionalsocialistas con la etiqueta «Partido de los Trabajadores» y los germano-nacionales con la de «Partido del Pueblo», realizaron parecidas adaptaciones al espíritu democrático de la época.

Algo semejante ocurría con la organización del NPD —denominado humorísticamente «NSDAP sin SA»—, obra en esencia de la vieja guardia del DRP. En las elecciones generales de 1961, el DRP tuvo que contentarse todavía con aquel reducto de electores que se

habían «mantenido fieles» desde 1953, consiguiendo el 0,8 % de los votos. Pero ahora estaba maduro el plan de acaparar con ayuda de una conjunción pseudodemocrática, aquel potencial de descontentos más allá de los antiguos combatientes cuya fuerza podía deducirse del número de lectores de publicaciones de extrema derecha. En junio de 1964 el Congreso del DRP en Bonn resolvió crear una «unión de todas las fuerzas nacionaldemocráticas». La fundación, cinco meses después, se produjo, como podría comprobarse más tarde, en el momento justo. Coincidió con la crisis de transición del gobierno Erhard, con el período de la disolución definitiva del DP y del BHE, con la difusión de un gaullismo alemán y el resurgir de las tendencias nacionalistas-conservadoras, resurgir al que contribuyeron el CSU y la prensa del grupo Springer, editor del periódico de masas *Bild* (4-5 millones de tirada). El NDP estaba alerta cuando en 1966 se multiplicaban los síntomas de recesión y estancamiento económicos; cuando empezaba a tambalearse la estabilidad del sistema de la alianza occidental, sobre el que se basaba fundamentalmente la existencia y desarrollo de la República Federal; cuando a las demandas de estabilización interior del Estado se respondía con vagos esquemas de una «sociedad formada», libre de conflictos, que recordaban las ideas de Carl Schmitt; cuando, finalmente, la oposición socialdemócrata eludía progresivamente los planes para una cooperación política, dejando así campo suficiente para una «nueva» oposición. También las demandas de una legislación de emergencia y de una reforma electoral pudieron contribuir a intensificar el desasosiego y la crítica radical del «sistema»; hasta se justificó el recurso de la Gran Coalición (noviembre de 1966) alegando una crisis de la democracia: la sombra de Weimar apareció en el horizonte.

El NPD se desarrollaba, pues, en el marco histórico de una crisis, superdramatizada por muchos, de la democracia de Bonn. La mitad de sus miembros procedía en un principio del DRP que, si bien siguió en pie un año más, pronto terminó por diluirse en el nuevo partido. Nacionalsocialistas veteranos y demasiado caracterizados permanecieron en un segundo plano para mantener la fachada «democrática». Como Primer presidente fue utilizado Fritz Thielen, propietario de una fábrica de cemento en Bremen, hombre con un pasado cristiano-demócrata (hasta 1958) y luego miembro del DP: era simplemente un rótulo conservador y germano-nacional. Por medio de un anuncio en el semanario *Deutsche Wochenzeitung* hizo un llamamiento en favor de la creación de «un partido eficiente del ala de la derecha», que ahora falta «en el cuadro de partidos de la Alemania Occidental cada vez más reducido». Una vez constituido (el 14 de noviembre de 1964), tuvo lugar dos semanas después en Han-

nover —es decir, en Baja Sajonia, principal campo de operaciones del DRP— la asamblea fundacional del «partido abierto de tendencia nacional, liberal y social»; es de notar que los 700 asistentes habían sido invitados nominalmente. Aparte de los activistas del DRP figuraron allí representantes del Partido Panalemán (GdP) —obra del DP y del BHE— y algunos restos del DP. Tras la imponente pantalla de Thielen figuraba como vicepresidente al mismo tiempo que miembro de la Junta Directiva y de la Presidencia, Adolf von Thadden, antiguo funcionario del DRP en Baja Sajonia, habilidoso estratega de prestigiosa familia, que había actuado sin tregua en las filas de la derecha desde el final de la guerra y además tenía la rara ventaja de no haber sido funcionario del nacionalsocialismo; otros altos puestos los ocupaban: Wilhelm Gutmann, dirigente del GdP en Baden-Württemberg, camisa vieja del NSDAP que había pactado hacía tiempo con el DRP; Heinrich Fassbender (hasta 1956 del partido liberal FDP), representante de un exiguo «Partido Germanonacional del Pueblo» en Hessen; el profesor von Grünberg, ex-rector de la Universidad de Königsberg, camisa vieja y portavoz de los profesores nazis expulsados; el profesor Ernst Anrich, catedrático de Historia en Bonn y Estrasburgo y jefe de formación política en la Liga de Estudiantes Nacionalsocialistas en la época nazi, y ahora jefe de formación política del NPD; Otto Hess (que había de suicidarse en 1967 por dificultades financieras), persona de grandes dotes organizatorias, orador político con el nacionalsocialismo, jefe de la SA y después presidente adjunto del DRP; Emil Meier-Dorn, jefe regional del KdF, dirigente de la SA, jefe de formación política y presidente adjunto del DRP; finalmente, como rey de la prensa y de la propaganda, Waldemar Schütz, editor de *Reichsruf, Deutsche Wochenzeitung* y *Deutsche Nachrichten,* propietario de la editorial Schütz y de la Göttinger Verlagsanstalt, jefe de las editoriales Plesse y National, ex-funcionario de las Juventudes Hitlerianas (desde 1929) y alto jefe de las SS. Más de dos tercios de los miembros de la Presidencia eran nacionalsocialistas activos, y otro tanto puede decirse de los dirigentes regionales y locales.

Con esta guardia de experimentados activistas y sobre la base del DRP pronto se consiguió montar una organización en todo el territorio federal para las elecciones de septiembre de 1965. El DRP puso a disposición su cuadro de dirigentes y el aparato técnico, apareciendo asociaciones del partido por doquier, especialmente en Baja Sajonia y en Baviera. También el número de miembros experimentó un rápido aumento: en 1966 se rebasaba con 23.000 los mejores tiempos del SRP, llegando un año después a los 30.000. Sin embargo, el cam-

po de acción e irradiación del NPD era mucho mayor. Numerosos grupillos y asociaciones de tendencia derechista radical (por ejemplo, el «Círculo de Cultura» de Böhm, la Asociación de las unidades SS, los «Internados y Perjudicados por la Desnazificación») acordaron rápidamente una estrecha colaboración; varias organizaciones juveniles de derecha radical, en parte prohibidas, sirvieron como vivero; aparecieron Asociaciones de Estudiantes y Escolares «nacionaldemócratas» y el *Deutscher Studentenanzeiger* [Boletín Alemán del Estudiante], distribuido gratis, se encargó de la correspondiente labor de propaganda en las Universidades. Finalmente, pudo evidenciarse que también las Fuerzas Armadas y hasta la Policía ofrecían posibilidades de conquista de adeptos jóvenes y al mismo tiempo «respetables».

La organización del NPD recibió una fachada declaradamente democrática. Tanto los estatutos como la reglamentación del vocabulario tratan de ocultar el hecho de que el legado nacionalsocialista desempeña un destacado papel en sus dirigentes, en su propaganda y en sus miembros. Al ir más allá de la táctica legalista del NSDAP y del SRP, el NPD sale decididamente al paso del «reproche» de ser un sucedáneo del partido nazi. Ciertamente, esto exige mucho de la disciplina táctica y de la duplicidad de lenguaje de sus funcionarios. Los autores de los estatutos del partido no se cansaron de rendir acatamiento «sin reserva» al «orden liberal de nuestra vida política, intelectual y económica». Pueden estar seguros de que tales fórmulas vagas serán comprendidas por los veteranos combatientes del partido, quienes les darán su significado propio. Al mismo tiempo, se reclama de los «viejos combatientes» una reserva extremada. La nueva política legalista, en circunstancias muy diferentes a las de Weimar, se expresa ahora en la instrucción de los oradores, en la preparación de los argumentos, en la recomendación de mantener reserva en las asambleas y en una serie de medidas disciplinarias. El juego equívoco que ahora se exige lo resumió Otto Hess en la elocuente frase: «¡Evitad a toda costa el tono que aprendisteis en otros tiempos!» [18].

En los estatutos (ya revisados) podía apreciarse, tras la fachada democrática, el carácter autoritario de la estructura del partido: el Presidente podía decretar «en caso de peligro inminente» la expulsión del partido, incluso «sin oír al afectado» (!), requiriéndose únicamente la aprobación de la Junta Federal en el plazo de sesenta días. Además, la Junta Directiva podía proclamar «el estado de emergencia por razones de organización» y con ello podía eliminar delegaciones del partido, siguiendo la práctica tan hábilmente utilizada por el SRP. Tales resonancias del principio caudillista obedecían

[18] Cf. *Die Zeit* (17-III-1967).

también primordialmente a la intención de adelantarse al peligro de una prohibición de la organización, para poder distanciarse por motivos tácticos de cualquier tipo de conducta «no democrático». Esto condujo a situaciones grotescas en la polémica entre Thielen y Thadden. Con la aplicación de tales estatutos no podía ya impedirse la victoria definitiva de la guardia del DRP. Asimismo, el acopio de directrices, la reglamentación del vocabulario, los discursos-modelo [19] y la limitación del derecho de conceder entrevistas a sólo unos pocos expertos de la táctica del partido, reflejaban una estructura autoritaria para la formación de la voluntad detrás de una fachada democrática, cuya función era salvar las apariencias. Hasta se llegó a prescribir que se votara siempre con el brazo izquierdo a fin de evitar cualquier «malentendido» en la opinión pública y una costumbre demasiado arraigada entre los miembros más viejos.

El triunfo de la guardia del DRP y del nacionalsocialismo (Thadden, Hess, Schütz, Meier-Dorn), sobre el grupo formado en torno a Thielen puso de manifiesto en la primavera de 1967 las verdaderas relaciones de poder. A algunos adeptos conservadores y nacionalistas, desilusionados, no les quedaba otra opción que salirse del partido; tal fue el caso de Franz Florian Winter, jefe del NPD en Baviera. El libro de Winter *Ich glaubte an die NPD* [Yo creí en el NPD] (Maguncia 1968) ofrece una profunda visión de la forma de actuar de los dirigentes del partido. Por todo ello apenas se vieron afectadas la organización y ulterior evolución del partido, al menos provisionalmente; el equipo de Thadden salió más bien robustecido tras los procesos con motivo de la actuación de Thielen, procesos que fueron condenados como disputas perjudiciales para la suerte del partido. A la tendencia democrática y no-nacionalsocialista se enfrentó, pues, una creciente radicalización de la estructura del partido; la crisis del mando no condujo a la decadencia, como vaticinaban algunos pronósticos optimistas, sino al endurecimiento. Así, continuó la penetración en los distintos Parlamentos regionales. En las primeras elecciones generales a las que acudió el NPD (1965), este partido hubo de limitarse casi exclusivamente al tradicional reducto de electores extremistas de derecha, pese a que sobrepasara con mucho los resultados conseguidos por el DRP. Al igual que el NSDAP en 1928 (2,6 %), no se apuntó más del 2,1 % de los votos. Medio año después pudo duplicar su porcentaje anterior en Hamburgo (marzo de 1966). El NPD desistió prudentemente de presentarse a las elecciones de Rin del Norte-Westfalia, julio de 1966), aunque seguían

[19] Pruebas y ejemplos en R. Kühnl, *NPD, op. cit.*, p. 225.

multiplicándose los éxitos que, de algún modo, recordaban los triunfos regionales del NSDAP en 1929.

Todo empezó en Baviera. Las elecciones municipales de marzo de 1966 registraron ya un gran avance del NPD. El 20 de noviembre del mismo año un 7,4 % del electorado bávaro votaba por los nacionaldemócratas y dos semanas antes un 7,8 % del electorado de Hessen. El NPD consiguió resultados verdaderamente espectaculares en Franconia Central. En 1967 el electorado de Bremen (8,8 %), de Baja Sajonia (7 %) y de Renania-Palatinado (6,9 %) reflejaba inconfundiblemente los avances del NPD. Tan sólo el triunfo en Schleswig-Holstein (5,8 %), donde las elecciones se celebraron inmediatamente después de la crisis Thielen-Thadden, quedó algo por debajo de lo esperado. Este progresivo avance se vio confirmado también el año 1968 en Baden-Württemberg (9,8 %). Se ha atribuido esta reacción en cadena a la impresión que causó en el electorado potencial del NPD la enorme publicidad que acompañó a la aparición del nuevo partido; nada más triunfal que el mismo triunfo. Mayor importancia parece revestir el hecho de que, por primera vez, la derecha radical demostró después de la guerra y a escala federal su capacidad de saltar la barrera de partido exiguo y que, consecuentemente, los votos que se le otorgaran no caían en saco roto. Se comprende, pues, que los electores abandonaran su escepticismo y reserva habituales, actitud que se había visto reforzada por la crisis, supuesta o real, de la política económica y gubernamental. Con mayor claridad que nunca podía apreciarse ahora la composición del electorado de la derecha radical: su estructura socioeconómica y las tradiciones regionales de su electorado iban evidenciando progresivamente que, a lo largo de tres décadas, se había mantenido una estrecha relación con los resultados electorales de la época nacionalsocialista.

Las solemnes declaraciones del partido en el sentido de que no cabe identificarlo con el nacionalsocialismo, pueden refutarse no sólo por su ideología y su personal. Llama más la atención todavía el grado en que la política electoral «nacionaldemocrática» se ha orientado por los resultados sociológico-electorales de los comicios que acompañaron el ascenso nacionalsocialista de 1929 a 1933. Las coincidencias que se observan en la estructura regional y demográfica son especialmente notorias en vista de las grandes transformaciones derivadas de la incorporación de los refugiados y la progresiva urbanización e industrialización a partir de 1945. El NPD concentró su campaña electoral en aquellas clases sociales y regiones en las que el NSDAP se apuntara en su día los mayores triunfos: Franconia Central, Baja Sajonia, Schleswig-Holstein, Palatinado. Al mismo

tiempo y, por primera vez en la historia de la posguerra, se consiguió movilizar numerosos adeptos fuera de estos reductos (Hessen y Baden-Württemberg) mejorando notablemente las perspectivas de éxito en las elecciones federales de 1969. Se consideraba que todavía podía sacarse mucho más partido del potencial existente en ambas zonas: las tradicionalmente fuertes (10-15 %) y las más débiles (4-6 %). El mismo NPD, optimista y contundente, lo ha proclamado: «Meta: 40 % de los no electores. Probabilidades: extraordinarias» [20]. Ciertamente, diversas investigaciones demoscópicas y sociológicas del potencial de votantes nacionaldemócratas admiten un amplio margen de acción; pero afirman que tan sólo puede contarse con un 15-20 % del electorado, sin que tampoco quepa excluir la conquista en el futuro de escaños directos en algunos posibles reductos nacionaldemócratas. Ya en 1967 se superó el 20 % en muchos municipios: en 198 de Renania-Palatinado y 342 de Baja Sajonia. Mayor aún es el número de electores descontentos, radicados en zonas socieconómicamente delicadas, como la que creó la crisis estructural en la cuenca del Ruhr, que a falta de otras alternativas pueden dar su voto al NPD, de modo análogo a los parados de 1932 y 1933 que oscilaron entre el NSDAP y el KPD.

Todos estos pronósticos no pueden excluirse de toda consideración si se tiene en cuenta la procedencia política y social del electorado del NPD, así como su potencial arsenal de adeptos con tendencias nacionalsocialistas. En su programa de 1967, el NPD se dirigía a «campesinos, clase media, trabajadores especializados y empresarios independientes y audaces» [21]. Los resultados hasta ahora han demostrado que, de forma análoga a los últimos días de la República de Weimar, las zonas especialmente dominadas por la clase media están más predispuestas al radicalismo de derecha. Entre los adeptos, miembros y candidatos del NPD figuran, sobre todo, pequeños patronos, funcionarios y empleados medios y bajos y profesionales libres. En un principio el NPD no consiguió llegar a los campesinos en la misma medida que lo hiciera el NSDAP a partir de 1929; sin embargo, llegó a entablar contactos con la Asociación Alemana de Campesinos cuyo poderoso presidente (Rehwinkel) llegó a amenazar con apoyar al NPD si se reducían las subvenciones del Gobierno. La crisis estructural de la agricultura abre, sin duda, las esclusas de una posible corriente de electores nacionaldemócratas, que en otro tiempo pudo movilizarse con éxito por el NSDAP. Gracias a una mayor labor de propaganda se consiguió dar a conocer cada vez

[20] *Deutsche Nachrichten* del 3-II-1967, p. 9.
[21] *Politik in unserer Zeit,* p. 6.

más el partido en el campo. Las consecuencias pudieron apreciarse inconfundiblemente en los éxitos cosechados por el NPD en Baden-Württemberg (abril de 1968).

Por otra parte, la tradicional debilidad del radicalismo de derecha en las grandes ciudades y, sobre todo, en las zonas industriales ya no ofrece un contrapeso suficiente. Cada vez resulta más evidente que los obreros adoptan comportamientos y ambiciones característicos de la clase media. Las elecciones regionales de 1967 registraron un estancamiento del SPD, y las de 1968 considerables pérdidas del mismo partido. Varios sondeos de opinión, celebrados entonces, observaron un notable aumento del número de trabajadores simpatizantes con el NPD. En este terreno el NPD puede contar incluso con condiciones más favorables que las disfrutadas por el NSDAP en la República de Weimar, el cual se enfrentaba entonces con una fuerte alternativa de la izquierda (SPD y KPD) y una marcada conciencia de clase. Pese a que la brevedad del período de observación no permite deducir exactas conclusiones, parece que el NPD cuenta con una representación más nutrida de trabajadores que el NSDAP antes de 1930, y que en cuanto a número de miembros y electores presenta una estructura muy parecida.

La misma continuidad se observa en relación con las diferencias regionales. En las elecciones regionales bávaras de noviembre de 1966 el NPD concentró sus esfuerzos en el clásico reducto nacionalsocialista de Franconia Central donde consiguió rebasar sobradamente (12,2 %) la barrera del 10 % y tener acceso al Parlamento de Munich. Los resultados de varios comicios reflejan las posibilidades de ampliación: Nuremberg (13 %), Schwalbach (13,5 %), Ansbach (14,9 %), Hersbruck (15,3 %), Neustadt-Aisch (16,8%). También en Bayreuth (Alta Franconia), patria de Richard Wagner, pudo apreciarse la continuidad de la derecha radical (13,9 %). Parecida situación se repite en los clásicos reductos nacionalsocialistas del Hesse Central y Alto, Palatinado, Baja Sajonia y Nordwürttemberg-Hohenlohe. Se trata siempre de zonas agrarias y de pequeña burguesía cuyos habitantes son ahora, como antes, los más sensibles a las consignas de la derecha radical. También en las grandes ciudades (Stuttgart, Mannheim, Nuremberg) consiguieron importantes avances. En las zonas industriales y católico-agrarias fue donde el NPD, al igual que en otros tiempos el NSDAP, encontró las mayores barreras. Los primeros sondeos de opinión han llegado a la conclusión de que en medios sindicales y católicos sigue siendo difícil la penetración de los partidos de la extrema derecha. Sin embargo, el freno no es ya tan poderoso como en tiempos de la República de Weimar. Como la mayoría de los seguidores del NPD son protestantes su penetra-

ción es muy reducida en regiones católicas. Mucho depende de las recomendaciones de la Iglesia, aunque en algunos casos éstas hayan incluso favorecido al NPD. Así, en noviembre de 1966 se pidió al electorado de la diócesis de Würzburg que diera su voto al NPD con el fin de expulsar del Parlamento regional al FDP, tachado de anticlerical. Sin embargo, poco a poco va disminuyendo el número de católicos que se dejan influir por la Iglesia, circunstancia que ha favorecido últimamente la suerte del SPD en zonas católicas y agrarias, pero que también podría beneficiar al NPD.

Interesa también tener en cuenta otras observaciones para juzgar debidamente el carácter y las posibilidades del NPD. Pese a la ausencia de una profunda reforma, la situación de las Universidades y Escuelas Superiores ha cambiado. Estos lugares ya no abren sus puertas al radicalismo de derechas. El número de estudiantes y profesores que mantienen una mentalidad abierta a la nueva evolución política y social y se enfrentan críticamente a las consignas nacionalistas es ahora mayor que en la época de Weimar. En el verano de 1967 sólo el 2 % de los estudiantes simpatizaba con el NPD; los esfuerzos encaminados a una mejor formación política se apuntaron aquí provisionalmente un notable éxito.

No puede decirse lo mismo de las Fuerzas Armadas; pende aquí la amenaza de abandonar las concepciones reformistas del conde Baudissin para recaer en las tradiciones anteriores a la democracia. No dejó de tener efecto el llamamiento del NPD a las cualidades militares del alemán. Especial interés suscitó la actividad desplegada por un joven capitán (Wolfgang Ross), que en 1966 organizó en Franconia Central la campaña electoral del NPD, logrando un escaño en el Parlamento bávaro. Oficiales y suboficiales del Ejército (al igual, naturalmente, que algunos de los «viejos soldados») han prestado un gran apoyo al nuevo partido como propagandistas de sus ideas o como candidatos; entre los miembros del NPD figura una nutrida representación del soldado profesional. El poder de seducción de la ideología autoritaria puede aprovecharse de modo especial de la tensión existente entre sociedad abierta y estructura militar jerárquica, entre democracia liberal y tradición conservadora y nacional.

No puede causar sorpresa alguna la atracción ejercida por el NPD sobre los grupos de refugiados, que ya no cuentan con la representación de un partido propio. En ninguna parte resuenan con mayor fuerza que en el NPD las consignas del «derecho a la patria» y las demandas de revisión de fronteras; van más allá de la petición oficial de restablecer las fronteras alemanas de 1937. Indudablemente, en zonas pobladas por fuertes contingentes de refugiados, el partido se

apuntó triunfos notables; por ejemplo, en Kaufbeuren (Baviera) el barrio de refugiados de «Neu-Gablonz» significó el grueso del electorado nacionaldemócrata, lo que explica el 14,8 % alcanzado por el partido. También en las listas del NPD para las elecciones de Baviera, los refugiados figuraban en mayor número que en las listas de los otros partidos; en su mayoría eran candidatos alemanes de los Sudetes, que siguen reclamando territorios situados más allá de las fronteras de 1937, y tratan de legar a las jóvenes generaciones todos sus objetivos, pese a las «anexiones» ya habidas. Junto al espíritu nacionalista y revisionista y a la versión proárabe-antiisraelí del antisemitismo figura el antieslavismo, que un día determinara de modo esencial el pensamiento de Hitler y la ideología nacionalsocialista.

Los votos del NPD no sólo provienen de los grupos políticos exiguos o de quienes antes se abstenían, sino en creciente medida también de los tres grandes partidos. Al igual que antes de 1933, el sacrificado ha sido en primer lugar el liberalismo burgués, ahora representado por el FDP. Pero también el CDU (Unión Cristiano-Demócrata), que hasta ahora había dispuesto del voto de los campesinos, corre peligro de perder adeptos en beneficio del NPD. Y, ante todo, es el SPD el que a la vista de la Gran Coalición se ve amenazado de volver a perder lo ganado en los últimos años. En su calidad de movimiento de protesta contra todo tipo de crisis socioeconómica, el NPD podría pensar tanto en Renania-Palatinado y Baden-Württemberg como en zonas socialdemócratas, por ejemplo, en el Ruhr, llevarse a sus filas a trabajadores y miembros de la pequeña burguesía, que hasta entonces habían votado por uno de los dos grandes partidos. El vago programa, la propaganda ideológica y la estructura social del NPD tienen, como siempre, en cuenta el «pánico de la clase media» y su temor ante las amenazas de arriba (capitalismo) y de abajo (socialismo). Todavía no ha podido refutarse la experiencia de 1923 y 1930, de que en momentos de crisis el electorado alemán se va hacia la extrema derecha más que hacia la izquierda. Es preciso añadir a todo esto que la inmunidad del electorado sindical y católico, barreras importantes frente al ascenso del nacionalsocialismo, se ha visto debilitada por el cambio social y los medios de comunicación de masas como el periódico *Bild,* aunque, por otra parte, se multiplica el números de votos potenciales con los diversos grupos de refugiados y de militares profesionales. Un balance provisional de la pseudocrisis de 1967 llega a la siguiente conclusión: «La despolitización de la gran masa de la población ha alcanzado en la República Federal tales proporciones que basta una ligera conmoción de la hasta ahora ilimitada confianza en la perdu-

ración del milagro económico para que se produzca una reacción de pánico»[22].

Está fuera de toda duda que entre los miembros y electores del NPD figura una buena proporción de antiguos nacionalsocialistas, que también constituyen una gran parte de los dirigentes. Esto cabe decirse especialmente de los ideólogos y propagandistas, de los «oradores a escala federal» y los autores de discursos-modelo. Aquí existe una nutrida representación de «viejos combatientes» y funcionarios nacionalsocialistas. En contra de lo que sostiene el partido, se puede decir, al menos de momento, que (a diferencia del NSDAP) las generaciones jóvenes son minoría entre los votantes nacionaldemócratas, muchos de los cuales, de mediana edad, actuaron en el Tercer Reich o crecieron en medio del nacionalsocialismo. Hasta el momento el grupo de edades comprendido entre los cuarenta y cinco y los sesenta años forma el grupo de votantes más nutrido, en tanto que las edades inferiores a los treinta años se encuentran escasamente representadas. El NPD dirige un especial llamamiento a los «soldados del frente» de aquellas generaciones, tratando también de influir con consignas militares en las jóvenes promociones de las Fuerzas Armadas. Sin embargo, esto ocurre —a diferencia de lo que sucediera después de 1918— con un retraso de veinte años. En este terreno el NPD está en desventaja frente al NSDAP. Al igual que éste, el NPD es un partido de hombres (en una proporción aproximada de 10:6), aunque no un partido de «jóvenes». Su edad promedio es hoy superior a la de los otros partidos, excepción hecha de los grupos de refugiados.

Todos estos datos confirman la fuerza y la continuidad de los elementos nacionalsocialistas en el NPD y organizaciones afines. Al mismo tiempo, señalan sus posibles limitaciones. Esto pudo apreciarse en las elecciones federales de 1969, en las que el partido no logró superar la barrera del 5 %, contentándose con un 4,3 %. Su retroceso en la Federación y en los distintos Estados guardó estrecha relación con la estabilización económica y la normalización política registrada desde el final de la Gran Coalición. Las elecciones regionales de 1970 y 1971 han devuelto al NPD a sus prístinos cauces: en Hamburgo (2,7 %), Baja Sajonia (3,2 %), Rin del Norte-Westfalia (1,1 %), Sarre (3,4 %), Renania-Palatinado (2,7 %), Schleswig-Holstein (1,3 %) y Bremen (2,8 %); en todos quedó muy por bajo de la barrera del 5 %. Podrá evitarse un nuevo ascenso del radicalismo de derecha si, junto a la estabilización político-económica, se multiplican los esfuerzos encaminados a una formación polí-

[22] R. Kuehnl, *NPD, op. cit.*, p. 77.

tica crítico-racional del electorado joven. Es preciso que los partidos democráticos demuestren más decididamente la fiabilidad de sus recetas, enfrentándose de lleno a los lemas autoritarios y nacionalistas del NPD, en lugar de esgrimir la preocupante ilusión de poder adelantarse a la acción del NPD, adaptándose a un neonacionalismo en boga. Este tipo de política vendría a favorecer la causa de un radicalismo de derechas, que siempre se ha llevado la mejor parte.

El verdadero peligro estriba en una infección de los partidos democráticos, los cuales, al tratar de competir con el NPD, pueden preparar la conciencia política de amplios sectores de la población para los lemas del radicalismo de derecha. El NPD constituye un regreso a formas anacrónicas de comportamiento y pensamiento, es un fenómeno del pasado y no del futuro. Lo sigue siendo, aunque mantenga el primado de la democracia por encima de los lemas estatistas y nacionalistas. El NPD es uno de tantos movimientos nacionalistas que, en el pasado, han pretendido ser portadores de la «verdadera» democracia, específicamente alemana. El mismo nacionalsocialismo, ayudado de su táctica pseudolegal de autoconfirmación plebiscitaria, se presentó como la «verdadera democracia» frente a las «plutocracias» occidentales. El NPD al considerarse portador de una nueva conciencia nacional después de «veintidós años de autoembadurnamiento y automortificación impuesta», al presentarse como «punta de lanza organizada» de la «ola nacional» [23], se sirve de los mismos lemas y resentimientos del nacionalsocialismo para la movilización de los mismos sectores en contra de la democracia y de la cooperación internacional. De multiplicarse los síntomas de que se pacta y contemporiza con este «potencial nacional», el NPD puede convertirse en un peligro, pese a las diferentes circunstancias reinantes, simplemente porque su influencia afecte al lento proceso que va de un pasado autoritario y nacionalsocialista a la consolidación de una tradición democrática en Alemania. Se pueden sustentar diversas opiniones acerca de la prohibición de los partidos. No hay que olvidar, sin embargo, que la Constitución de la República Federal, preocupada por garantizar la democracia, ha recurrido ya dos veces a tal prohibición, y por tanto la continuación más ambiciosa, aunque camuflada, del nacionalsocialismo a través del DNP y organizaciones afines (como la «Resistencia Nacional») justifica una prohibición de su dañina labor. De no ocurrir esto, hay que deducir implícitamente que, pese a los rigurosos criterios de la Constitución, a aquel partido se le reconoce como democrático, aceptándose su táctica legalista. ¡Que la Historia, maestra de la vida, nos enseñe!

[23] *Deutsche Nachrichten* del 17-II-1967.

Alemania y el nacionalsocialismo

Este estudio ha abarcado más de un siglo: desde los precursores del nacionalsocialismo en los movimientos antidemocráticos de Austria y Alemania hasta las derivaciones y nuevas tentativas del presente. Las consecuencias de este movimiento y de su dominación en Alemania y en Europa han seguido dejando su huella a la sombra de la guerra fría y de la rápida transformación de las estructuras políticas y sociales. Esparcidos por el mundo viven todavía muchos de los autores e innumerables víctimas del nacionalsocialismo. Las condiciones que posibilitaron su génesis y desarrollo no han desaparecido por completo. El nacionalismo y el racismo, al igual que la ideología imperialista, siguen siendo problemas de actualidad.

Esto es aplicable en particular a la Alemania dividida. Las fuerzas básicas del nacionalsocialismo han sido contenidas en la democracia germano-occidental y se encuentran encubiertas en la República Democrática Alemana por un sistema autoritario. Sin embargo, todavía persiste la crisis social de adaptación, que a partir del nacionalismo radical de comienzos de siglo generó el fascismo y el nacionalsocialismo. El lento proceso de transformación de las formas de comportamiento y de pensamiento va retrasado con respecto al acontecer político. El temor de una crisis basta para apreciar el potencial social e ideológico en el que actúan los movimientos de la derecha radical, pese a su completa derrota en el pasado. El nuevo empeño del NPD utiliza muchas de las viejas premisas, por gastadas y refutadas que parezcan: ensalzamiento emocional de lo heroico y militar, de lo rural y simple, huida a un pasado supuesto mejor; por otra parte, un malestar irracional frente a la sociedad moderna y la política normal, pesimismo cultural y demonización del extranjero, así como un desprecio autoritario por la idea de compromiso y paz. Desde esta posición opera hasta hoy, a veces enmascarada de pseudodemocracia, la «oposición nacional» contra la democracia moderna, a la cual se pretende presentar como no-alemana, artificial, sin alma, genuina expresión del temido proceso de modernización.

Muchos de los supuestos históricos que hicieron posible el ascenso del nacionalsocialismo, han sido reducidos al absurdo por la misma historia. Esta circunstancia puede apreciarse especialmente en el campo de la política internacional. El nacionalsocialismo ha contribuido decididamente a que se refutara de modo más contundente que en la Primera Guerra Mundial la pretensión alemana de ser una gran potencia; pero hizo también que la estructura eurocentrista de la política internacional fuera sustituida por una política

mundial, presidida por dos superpotencias, en la cual los Estados europeos sólo pueden desempeñar un papel secundario. Una política exterior nacionalista y autárquica al estilo del siglo XIX y de la era de las guerras mundiales se ha convertido en una ficción, para la que de nada sirve ya el potencial incluso de Estados altamente industrializados, como Francia o Alemania. La trama internacional de las relaciones económicas y sociales ha creado a ambos lados del Telón de Acero, ya semiperforado, una situación en la que los propósitos expansionistas de los Estados de tipo medio, al igual que la soberanía absoluta se han convertido en anacrónicas ilusiones.

Sin embargo, no han desaparecido completamente los supuestos del nacionalsocialismo en el marco interior: sobre todo, en lo que respecta al problema pendiente del Estado nacional, que convierte cualquier crisis de la política europea en crisis potencial de la democracia en Alemania, mientras ésta siga empeñada en una solución del problema alemán sobre la base del Estado nacional. Por otra parte, a la pregunta acerca de la continuidad del nacionalsocialismo no puede responderse con la perogrullada de que la historia no se repite y de que ha cambiado la situación internacional. Siguen en pie los factores de política interna, que posibilitaron la génesis de tal movimiento: es decir, el sentimiento de la crisis ideológica y social, la pasión antidemocrática y nacionalista, el autoritarismo y el antimodernismo y, finalmente, las posibilidades técnicas de organización totalitaria del Estado y de la sociedad. Ciertamente, es verdad que apenas puede concebirse el fenómeno de la dictadura alemana sin la persona de Hitler y su capacidad para aunar los múltiples componentes de un movimiento antidemocrático en la estructura aparentemente monolítica, de un partido y un régimen caudillistas. Todas las derivaciones políticas, sociológicas e histórico-intelectuales del nacionalsocialismo sólo podrán explicar la *realización* de ese totalitarismo en cuanto a su condición de supuestos de la dictadura, pero de una dictadura que existió y desapareció con Hitler. La bibliografía clásica de Hitler, obra de Alan Bullock, se refiere acertadamente a la tiranía tradicional, que descansa en una alianza, demagógicamente manipulada, entre los sectores amenazados de crisis y un caudillo. Esta alianza emocional vivía en el Tercer Reich a base de la evocación de resentimientos populares en contra del capitalismo, del extranjero y del judío, en contra de la sociedad de clases y la estructura feudal de prestigio, del «intelectualismo» y de los privilegios de la instrucción. El Movimiento se consideró revolucionario, pese a que, de hecho, cimentó más todavía lo que ya existía.

El problema de la dictadura alemana se discute hoy desde dos grandes perspectivas: en el marco de un renacimiento de la con-

cepción fascista de los años veinte y treinta, y a propósito de la controversia entablada en torno a la concepción totalitaria de la época de guerra y de posguerra. En las explicaciones e interpretaciones derivadas de estas nuevas controversias se reflejan no sólo los progresos de la investigación sobre el nacionalsocialismo, sino también las tendencias de la discusión política del problema de la dictadura en la época de la democratización a escala mundial. La nueva teoría del fascismo enlaza con los argumentos que explican la crisis y la caída de las democracias fundadas en 1918, sobre todo bajo el impacto de la conquista del poder por Mussolini. En las nuevas circunstancias de la segunda posguerra, esta teoría ofrece un enjuiciamiento general de la pasada «época del fascismo» y de las nuevas o persistentes tendencias de la derecha radical; y con tanta mayor fuerza cuanto más se dudaba en la época post-stalinista de la aplicabilidad de la teoría del totalitarismo [24].

La fuerza de la teoría del fascismo es, al mismo tiempo, su debilidad. Ofrece una amplia fundamentación teórica de las condiciones y de la estructura de los sistemas y movimientos antidemocráticos. Además de la mera descripción, es posible la comparación y tipificación de parecidos fenómenos en diferentes países. Ciertamente, es innegable que tanto en el período entre las dos guerras como después de la última surgen formas parecidas del extremismo de derecha, pese a las diversas circunstancias económico sociales y políticas. Común a todas ellas es su acento anticomunista y la destructora manipulación de la democracia burguesa.

Pero aquí radican también las dificultades de un concepto general del fascismo. Este concepto, en cuanto arma política y polémica —extendido hasta las democracias intactas especialmente por parte de la polémica comunista—, resulta difícil de delimitar; comprende una serie de formas de transición, de dominación autoritaria y dictatorial, que a menudo no responden al modelo del «fascismo italiano» e incluso al alemán; problemas insolubles plantea la clasificación de las dictaduras ibéricas, balcánicas y sudamericanas, o la diferenciación de las oligarquías y dictaduras antidemocráticas de países en vías de desarrollo desde la época de entreguerras hasta los regímenes militares y de partido único griego, árabes y africanos fren-

[24] Junto con los libros de Ernst Nolte y Eugen Weber, cf. en especial: Iring Fetscher, «Faschismus und Nationalsozialismus. Zur Kritik des sowjetmarxistischen Faschismusbegriffs», en *PVS*, 3 (1962), p. 42. W. Sauer, «National Socialism: Totalitarianism or Fascism?», en *American Historical Review*, 73 (1967), p. 404. Véase ahora también la interesante teoría del fascismo como dictadura del desarrollo en A. James Gregor, *The Ideology of Fascism*. Nueva York, 1969.

te a las dictaduras militares clásicas. Un segundo problema es la necesidad de un amplio margen de referencia socioeconómico para poder resumir en una sola fórmula causal los diferentes tipos de dictaduras de derecha. Finalmente, no se captarían los momentos específicos del extremismo de derecha, si se pretendiera subsumir en conceptos generales psicológico-sociales (como el de «síndrome fascista» o autoritario) el proceso de la formación ideológica y de la concretización política bajo el signo de sistemas muy distintos de tradiciones y relaciones nacionales.

Un concepto indiferenciado de fascismo no tiene en cuenta el hecho de que se trata de movimientos nacionalistas radicales, que ni desde el punto de vista ideológico ni desde el punto de vista político y social reconocieron nunca un vínculo superior en el plano internacional. Sus diferentes sistemas llevaban el sello de condicionamientos específicamente nacionales y, por ello, difícilmente comparables o trasplantables. El intento de una determinación general del contenido (antimarxismo, antiliberalismo, nacionalismo extremo, capitalismo oligárquico y dirigismo, sociedad formada) plantea aún más problemas; en su concreta aplicación a las dictaduras de nuevo estilo, es aún más cuestionable que la determinación declaradamente formal de las características y funciones de la dominación dictatorial sobre la que descansa la teoría del totalitarismo. Esta es más amplia y puede comparar en sus estructuras funcionales regímenes y movimientos sumamente heterogéneos tanto ideológica como socioeconómicamente; al mismo tiempo, tiene mayores limitaciones en cuanto a la interpretación de los objetivos, contenido y, sobre todo, de las precondiciones y génesis de las dictaduras modernas. Las limitaciones y puntos débiles de la generalización conceptual, tanto de forma como de contenido, son evidentes: ni la teoría del fascismo ni la del totalitarismo —ambas fácilmente susceptibles de abuso político— cumplen plenamente su pretensión de reducir a un denominador común *el* fenómeno de la dictadura en el siglo XX, lo mismo que una teoría general del comunismo tampoco puede corresponder a la cambiante realidad de las dictaduras de izquierda. Sólo si se tienen en cuenta estas limitaciones a su aplicabilidad ofrecen criterios para el análisis comparativo: el concepto del fascismo para explicar las relaciones existentes entre dictadura a la derecha y democracia burguesa en la crisis de los sistemas capitalistas y parlamentarios; el concepto del totalitarismo para aclarar los principios estructurales en el andamiaje y en la técnica de dominación de dictaduras de izquierda o de derecha, a diferencia del proceso político propio de las democracias pluralistas y multipartidistas.

Uno de los méritos de esta discusión, tan prolija, es el mayor sentido crítico de los últimos años en la aplicación del concepto del totalitarismo a las dictaduras modernas [25]. Lo mismo cabría afirmar del empleo —antiguo y nuevo— del concepto del fascismo. Sin embargo, un análisis de la dictadura nacionalsocialista no puede descuidar nunca la consideración aislada de las componentes totalitarias —vigentes en la autointerpretación y en la técnica de dominación del régimen— y su comparación con otros elementos del sistema. Asimismo, una consideración más matizada de la política totalitaria, que refute el tópico de un régimen monolítico y libre de conflictos, descubre fundamentales diferencias con respecto a las dictaduras y autocracias tradicionales, tanto en el Tercer Reich como en el régimen stalinista: las dos versiones «clásicas» de la dictadura totalitaria. Las características fundamentales siguen siendo: una ideología exclusivista impuesta con carácter absoluto y con pretensiones revolucionarias; la legalización del terror incontrolado y dirigista en el sentido del principio amigo-enemigo y la glorificación de la fuerza al servicio de un orden proyectado para el próximo milenio; el «control» monopolista del poder con la consiguiente captación y orientación total de la sociedad a fin de crear el «nuevo hombre» de ese orden proyectado; la negación de situaciones sociales conflictivas y la represión de toda oposición en beneficio de la funcionalidad tecnológicamente entendida e ideológicamente sancionada; por último, la identificación irracional y absolutizada de la dominación de una dirección incontrolada —dictador o camarilla— con los intereses de la «totalidad» del país desvirtuada por el decreto o de una clase revestida de carácter absoluto. Sin embargo, no es posible una distinción sencilla entre sistemas autoritarios y totalitarios: las dictaduras, tanto «fascistas» como «comunistas», habrán de clasificarse en cada caso en función del peso de sus elementos totalitarios revolucionarios o tradicionales autoritarios [26].

Estas consideraciones han estado presentes también en mi exposición de la *dictadura alemana.* El nacionalsocialismo nació y llegó

[25] Cf. las modificaciones que figuran en Carl J. Friedrich, «The Changing Theory and Practice of Totalitarianism», en *Il Politico,* 33 (1968), p. 53. Peter Christian Ludz, *Studien und Materialien zur Soziologie der DDR.* Colonia-Opladen, 1964, p. 19, así como *Parteielite im Wandel.* Colonia-Opladen, 1968, p. 11. Otto Stammer, *Politische Soziologie und Demokratieforschung.* Berlín, 1965, p. 259. Herbert J. Spiro, en *International Encyclopedia of the Social Sciences,* vol. 16. Nueva York, 1968, p. 106. Además, «Martin Greiffenhagen und Klaus Hildebrandt», en *PVS,* 9 (1968). B. Seidel, S. Jenkner (editor), *Wege der Totalitarismusforschung.* Darmstadt, 1968.

[26] Una delimitación ha sido intentada por Martin Draht en *Ernst Richert: Macht ohne Mandat,* 2.ª ed. Colonia-Opladen, 1963; *vid.* XXVII.

al poder en unas condiciones que hicieron posible la alianza de varias fuerzas: conservadoras, autoritarias, tecnicistas, nacionalistas, revolucionario-dictatoriales, etc. Hasta hoy la historia de los movimientos de derecha en Alemania consiste en un mosaico tan inextricable de tendencias, agrupaciones y motivaciones, que prácticamente imposibilita una clara delimitación y fijación de conceptos. Además, en el nacionalsocialismo se han dado cita elementos muy heterogéneos y la historia anterior y posterior del movimiento hitleriano está presidida por una complicada trama de fuerzas emocionales de tipo autoritario, que se enfrentan tanto al liberalismo democrático como al socialismo de izquierda. Los principales soportes de este contramovimiento que ha durado un siglo y medio, propulsores de la dictadura alemana, han sido el conservadurismo, el nacionalismo y el radicalismo etnicista. La dictadura alemana se desarrolló en medio de la reacción romántica contra la Ilustración y la Revolución francesa, contra la rápida transformación de la sociedad industrial y contra la problemática de un Estado nacional alemán tardío e incompleto.

El fenómeno de la «derecha alemana» debe enfocarse desde una triple perspectiva: la contraideología específicamente alemana frente a Occidente; la tensión social entre estructuras feudales anacrónicas y el rápido proceso de emancipación económico-social; finalmente, una constitución política arrinconada y desfigurada por la discrepancia existente entre una ordenación tradicional y autoritaria, un anhelo de un Estado de poder nacional-imperial y un desarrollo democratizante en el marco de un Estado pluripartidista. Consideraciones particularistas de historia del espíritu o relacionadas externamente con el Estado, que durante tanto tiempo han predominado en la historia de Alemania, no captaron este complejo carácter del «problema alemán». Sobre todo, no ofrecen explicación alguna del hecho de que el despliegue y triunfo del radicalismo de derecha en Alemania constituya un caso especial en el plano internacional, su realización práctica sea sumamente peculiar, aun cuando importe no olvidar los desarrollos paralelos que se observan en el conservadurismo o el fascismo de Italia, España, los países balcánicos o incluso Francia.

Esto vale no sólo para el inventario histórico resumido en el primer capítulo de este libro. Se confirma especialmente en la aparición y desarrollo del propio Tercer Reich. La dominación nacionalsocialista, como culminación de una dictadura alemana hacia dentro y hacia fuera no se corresponde ni con la fórmula marxista tardía de la contrarrevolución del capitalismo monopolista, ni con la secuela conservadora que habla de las consecuencias democrático-radicales de la Revolución francesa. Una explicación concreta es mucho más di-

fícil. Es preciso desistir de interpretaciones unilaterales de cuño izquierdista o derechista, que en aras de una simplificación excesiva prefieren un esquema histórico-filosófico en lugar del análisis científico-social. Sin embargo, habrá de evitarse también el peligro opuesto, en el que incurren muchos autores alemanes, eludiendo así lo que aparentemente resulta incomprensible: a saber, una dilución historicista en detalles de un desventurado proceso, en la que se invoca de un modo específico y particularista el carácter temporal del nacionalsocialismo, queriendo entenderlo por razones de su época, y hasta disculparlo intentando reducirlo a la aparición demoníaca de un genio negativo. Esto es capitular ante la exigencia de explicar y de prevenir para el futuro que nos ha sido impuesta por el nacionalsocialismo ante el mundo entero.

Thomas Mann ha considerado a veces lo político como una parte de lo humano. La falta de humanidad de los regímenes nacional-totaliarios radica también en el hecho de que en su esencia más profunda eran impolíticos: sus precondiciones eran la opresión política y no el desarrollo político, la adhesión impolítica al pseudoconcepto de raza y la ausencia de decisión político-ciudadana. El fascismo y el nacionalsocialismo llevaron al extremo esta evolución; las consecuencias fueron: uniformización y opresión en el interior, expansión y destrucción en el exterior. Es esencial observar que, en realidad, no aparece nada nuevo; todo está contenido en la propia evolución del nacionalismo en el siglo XIX. Ciertamente, no procede trazar una línea continua que vaya, por ejemplo, de Fichte a Hitler, pero no es menos cierto que desde finales del siglo XIX el nacionalismo contó con los dos postulados fundamentales de la ideología nacionalsocialista: la doctrina racista y la teoría del espacio vital. Su surgimiento coincide con las crisis económico-sociales de la gran depresión de 1873-96. Con todo, sólo después de la conmoción de la Primera Guerra Mundial y de las crisis de la República de Weimar, pudieron los teoremas del nacionalismo extremo pasar del despacho y la tertulia al escenario político y convertirse en fundamento de un sistema de gobierno. De no querer seguir estando tan indefensos como antes frente a posibles recaídas, es preciso investigar con mayor exactitud que hasta ahora las causas intelectuales, económicas, morales y sociales que expliquen la cristalización de aquella utopía política. No hay que limitarse a la República de Weimar o a la política belicista de aquella época. Si queremos comprender el camino que condujo a la catástrofe, deberá cuestionarse todo el legado de nuestra conciencia nacional. Tal es la tarea reclamada por los imperativos de renovación del pensamiento nacional; no se trata de rebatir el cuadro genealógico del nacionalsocialismo, labor que, por otra parte,

ya ha sido realizada por los propios alemanes, nacionalsocialistas y seguidores, mucho antes de que la llevara a cabo la crítica extranjera, cuando trazaron la galería de antepasados del Tercer Reich, desde Lutero a Bismarck, pasando por Federico II [27].

A las actuales demandas de una conciencia nacional alemana sana y normal debe preceder la pregunta de hasta qué punto son normales y «sanas» (si se nos permite este biologismo) las formas históricas invocadas. A tenor de las experiencias recogidas en Alemania, el criterio que habrá de seguirse es la relación entre pensamiento nacional y democracia. El nacionalsocialismo, que condujo el nacionalismo hasta la política racista de exterminio y la lucha implacable por la alemanidad, ha reducido al absurdo la idea de un Estado nacional omnímodo. Siempre fue decisiva la idea del Estado nacional en la idea totalitaria frente a cualquier valor individual o supraindividual, en la agresión imperialista, en las pretensiones hegemónicas de la «nación genuina» y en la esclavización de los pueblos no alemanes; la nacionalización, la esclavización, expulsión y exterminio de la población sometida, que ampliaban el espacio vital de la nación propia llegaron a identificar el elástico principio del Estado nacional con la política de expansión imperialista.

¿Habremos de retornar al pasado? Karl Jaspers afirma que la breve historia del Estado nacional no constituye base alguna para la renovación de la conciencia nacional alemana. Siguen en pie las dudas expuestas en su discutida obra *Freiheit und Wiedervereinigung* [Libertad y Reunificación] (1960). Conciencia nacional y democracia siguen sin encajar mutuamente en Alemania. Tampoco los contragolpes nacionalistas de los pueblos oprimidos por el Tercer Reich, es decir, los desplazamientos de alemanes en 1945 —cuya responsabilidad recae una vez más sobre Hitler— constituyen prueba alguna de las excelencias del Estado nacional y de su doctrina: es demasiado lo que se ha destruido. En los primeros años de nuestra segunda democracia parecía evidente que «la conciencia nacional no puede interpretarse de ningún modo como algo 'natural', sino simplemente como una singularidad histórica de la voluntad de unión y deferenciación de los humanos» [28]. Este principio ha caracterizado la orientación supranacional de la política después de 1945. Pero cuando resurgieron tentaciones de la idea de soberanía los problemas políticos entraron cada vez más bajo el signo de la doctrina del Estado nacional y esto ha sucedido en relación con el problema de la

[27] También Hajo Holborn, «Origins and Political Character of Nazi Ideology», en *Political Science Quarterly,* 79 (1964), p. 542.

[28] Christian Graf von Krockow, «Nationalbewusstsein und Gesellschaftsbewusstsein», en *PVS,* 1 (1960), p. 143.

reunificación, el problema de las fronteras y la sublime fórmula del «derecho a la tierra» y, finalmente, las consignas del NPD, que desde varios años viene elaborando y desarrollando una amplia propaganda nacionalista. El verdadero peligro estriba en la tendencia —incluso de los grandes partidos— a adaptarse a las demandas de una «oleada nacional». Con ello se daría una nueva oportunidad a la fracasada tentativa de un Estado nacional alemán a costa de la democracia. En este sentido, es verdaderamente notable que el gobierno Brandt haya reconocido en 1969 la realidad de dos Estados alemanes, aun cuando su insistencia en la idea de que sigue existiendo una sola nación plantea grandes problemas.

Pero habrá de admitirse que la era del Estado nacional no significa su estadio final. Hace tiempo que se ha puesto en duda la idea del Estado nacional como principio estructurador de Europa. La pasión con que los pueblos de Asia y Africa —en parte, dentro del marco de un comunismo pasajero de acentos nacionalistas— fundamentan sus propósitos de emancipación en formas propias del Estado nacional tratando así de recuperarse con rapidez, a la larga no puede evitarnos que la era del nacionalismo y del principio de soberanía nacional constituyen tan sólo una importante fase de transición. El nacionalismo ayudó al triunfo de nuevos elementos intelectuales y políticos, que yacían bloqueados desde antiguo, dio al traste con ordenaciones políticas rígidas, y ha dado un marco actual, de acuerdo con las circunstancias del momento, sobre todo en el siglo XIX, para la acomodación de la diversidad de formas políticas a las rápidas transformaciones de la economía y de la sociedad. Sin embargo, la política democrática sólo será posible a largo plazo si el nacionalismo se somete a los principios de aquélla: al equilibrio y al compromiso, limitándose en un marco más amplio al ejercicio de sus impulsos constructivos. La experiencia de Alemania —en el sentido de que la pretensión de unidad nacional y política exterior nacionalsocialista pueden oprimir la idea de la libertad en la política interior— debería constituir una advertencia para los pueblos llegados «demasiado tarde» y las Naciones Unidas se ahorrarían la suerte de la Sociedad de Naciones, que sucumbió a los egoísmos de sus miembros. El conflicto supraestatal de las ideologías, que hace saltar todas las barreras étnicas e históricas, ha debilitado el principio de la soberanía nacional y la correspondiente concepción de la lealtad al Estado. Sin embargo, las mismas tendencias nacionales de algunos Estados comunistas del presente han demostrado hasta qué punto el sentimiento nacional sigue siendo un factor político de primer rango. En la época de los conflictos ideológicos y supranacionales, la movilización de los instintos nacionales sigue siendo un

instrumento eficaz de dominación, aunque ésta haya superado o abusado del concepto clásico de nación. A este propósito, Hans Kohn diagnostica el nacionalismo actual: «En otro tiempo ha sido una gran fuerza impulsora de nuevas energías, un acicate para el desarrollo del hombre; hoy puede convertirse en un lastre para la evolución progresiva de la Humanidad.» En los países en vías de desarrollo puede ser todavía un «elemento de progreso humano». Sin embargo, «hoy día —al menos en Occidente— la libertad individual del hombre debe organizarse sobre una base supranacional. La democracia y el industrialismo, las dos fuerzas que han crecido a la par con el nacionalismo y se han expandido por el mundo... han saltado ya las barreras de lo nacional» [29].

Si en otros Estados existen parecidos problemas o se aprecia un mayor nacionalismo tradicional, ello no debe servir de justificación, ni siquiera de ejemplo. En la encrucijada del conflicto Este-Oeste, la situación alemana ofrece pocas perspectivas de llegar a soluciones acerca de las ideologías propias del Estado nacional. En la República Federal de Alemania se trata de conseguir una conciencia crítica en el plano político; este término del que se ha abusado tanto significa una conciencia rigurosa del valor, de los deberes y derechos del ciudadano en la democracia, significa una conciencia democrática. De lo contrario, se conjura una vez más el peligro de que, al igual que después de 1848 y 1918, el pensamiento político se desvíe de lo concreto a lo irreal. Consecuentemente, el problema de la «reunificación» ya no es primordialmente un problema del Estado nacional, sino de la democracia y de la cooperación internacional.

Una doble respuesta merece la cuestión de las relaciones entre conciencia nacional y democracia, respuesta que sirve tanto para la política práctica como para los propósitos de formación política. Conciencia significa «claridad, autocrítica, sobriedad, sentido de la realidad, racionalidad». Reclama en lo interior la participación en la construcción de una comunidad social y democrático-liberal; en lo exterior, la orientación hacia metas supranacionales, conocimiento de la situación real y de las posibilidades del mundo moderno. Una «conciencia nacional ilustrada» y políticamente mayor de edad no encuentra en las etapas previas de la «pubertad» del pasado alemán «modelo alguno por el que podamos orientarnos». «Aquella conciencia sólo podrá definirse —si es que puede serlo— desde el futuro» [30]. Mientras que el viejo concepto de nación destacaba las

[29] Hans Kohn, «Das Wesen des Nationalismus», en apéndices a *Dar Parlament* del 14-II-1962.

[30] Así, Georg Picht, «Grundlagen eines neuen deutschen Nationalbewusstsein», en *Merkur*, 21 (1967), p. 4.

diferencias, el nacionalismo de todos contra todos debe reemplazarse hoy por una política internacional, orientada por las reglas de juego de la democracia, por la discusión y el compromiso; éste se correspondería a las exigencias de una política interior a escala mundial en vista de los vínculos cada vez más estrechos de la política internacional, que ya no está determinada tanto por las rivalidades de los Estados nacionales como «por la competencia entre los distintos sis-sistemas políticos y sociales» [31]. En tanto la política exterior democrática siga orientándose fundamentalmente por la «razón de Estado nacional», y el nacionalismo o el egoísmo de Estado destaque las diferencias con los demás Estados, apenas podrá notarse en el exterior el influjo de las tendencias al equilibrio y al compromiso existentes en la democracia. Ciertamente, la conciencia comunitaria europea o atlántica no pueden reemplazar fácilmente al Estado nacional del que está privada Alemania; esto constituiría un problema ante los reveses de la política integracionista. Sin embargo, la realidad es que el Estado moderno ya no puede cumplir sus tareas de Estado nacional soberano. Este estilo supranacional estará tanto más conforme con la evolución general cuanto más se descarte la guerra como instrumento político y mayor sea la necesidad de sustituir el pensamiento soberano y autárquico por la recíproca dependencia interestatal. Incluso el sociólogo francés Raymond Aron, gaullista, opina que quienes consideran que la nación era lo único históricamente sempiterno, colocaron inconscientemente «el sello de la eternidad por debajo de la filosofía de la historia del siglo XIX». Un historiador tan conservador como Hans Rothfels ha caracterizado de «período nacional de excepción» a la época que venimos reseñando [32]. ¿Por qué no habrían de estar los alemanes entre quienes se adelantan a los acontecimientos, en lugar de orientarse desilusionados por ideologías retrógradas?

Naturalmente, nos asedia más de cerca la labor en el interior, enfocar la conciencia nacional como conciencia política dentro del marco democrático: bien con la preocupación por los problemas sociales y educativos, bien con la permanente voluntad de intervenir en favor de una democracia auténtica y en contra de posibles tendencias autoritarias. No debe ignorarse la preocupación del observador extranjero que pregunta por la conducta del alemán caso de que, al igual que en 1933, se tratara del derecho y de la dignidad del hombre, caso de que surgiera la necesidad del coraje civil y la deci-

[31] Manfred Haettich, *Nationalbewusstsein und Staatsbewusstsein*. Maguncia, 1966, p. 84.

[32] Raymond Aron, *Frieden und Krieg*. Francfort del Meno, 1962. Hans Rothfels, *Zeitgeschichtliche Betrachtungen*. Gotinga, 1959, p. 55.

sión personal. Ello exige criterios para una educación política que proporcione no sólo un programa, sino también una comprensión y prudencia que en cualquier caso debe rebasar el marco de una educación meramente nacional.

Naturalmente, esto requiere una mejor configuración de la democracia, si quiere merecer respeto. Debe comprenderse entonces que cada uno, como importante eslabón que es de la sociedad, está llamado a colaborar en este marco funcionalmente diferenciado, de cuya libre conjugación de fuerzas es responsable. Falta esta identificación con la democracia. Se trata de fomentar el orgullo por sus instituciones y funciones: un orgullo no sólo de que la democracia es lo contrario de la dictadura, sino también del Estado autoritario. Esto habrá de topar con dificultades por el progreso del gobierno y de la administración en el sentido de un concepto predemocrático del Estado que viene determinado sólo desde el punto de vista de la eficiencia administrativa. Las consignas actuales de este peligro son: pérdida de poder del Parlamento, sociedad formada en lugar de democracia pluralista abierta, etc. Lo cual significa una vez más despolitización que puede producir peligrosos espacios vacíos para movimientos pseudopolíticos de cuño autoritario y nacionalista. En lugar de reclamar enmiendas constitucionales para una mayor eficiencia, aunque a costa de la democracia parlamentaria, en vez de exigir un perfeccionamiento del centralismo político —como hacen los discípulos de Carl Schmitt— confundiendo la política con la administración, debería mejorarse el proceso democrático-parlamentario. Precisamente, en una Alemania dividida se impone «formar la conciencia nacional como conciencia social» [33], haciendo de ella un propósito concreto de lograr un orden social más justo. En efecto, «no el hecho de que Alemania no sea una nación fuerte y compacta, sino el de que no haya aparecido una sociedad consciente y coherente, es lo que constituye la hipoteca que pesa sobre su historia más reciente» [34]. La conciencia política y social podría —después de las aberraciones del nacionalismo alemán— abrir realmente las puertas de la democracia y acabar de una vez con la prolongada historia del ciudadano apolítico. Así podría aprovecharse la oportunidad que nos ha legado la derrota de 1945. Así dejaría de tener sentido la discutible declaración de Thomas Mann en 1918:

«Estoy profundamente convencido de que el pueblo alemán nunca podrá querer la democracia política por la sencilla razón de que no puede querer la política y de que el tan traído y llevado 'Estado

[33] Krockow, *Nationalbewusstsein, op. cit.*, p. 152.

[34] R. Dahrendorf, *Gesellschaft und Demokratie in Deutschland.* Munich, 1965, p. 302.

autoritario' es y sigue siendo la forma política conveniente y apropiada al pueblo alemán y la que, en el fondo, quiere» [35].

Los tétricos pronósticos de Mann en 1945 sólo podrán refutarse si el concepto de libertad en Alemania no se orienta de nuevo al exterior, sino que se realiza y comprende como algo «moral y de política interna», y si en el pensamiento alemán se impone un concepto de nación, «que incluya lo humano y signifique libertad en política interior y Europa en política exterior» [36].

A escala mundial sigue en pie el temor ante los «inquietos alemanes». Sigue sin esclarecerse el problema del Estado nacional alemán; ocultada simplemente por el «milagro económico» se esconden la sensibilidad eficiente o las crisis, expresadas en el ascenso del NPD (1966-68); se mantiene la inclinación por la postura entre quejumbrosa y altanera, que deplora la «eterna insistencia en los horrores de la dictadura de Hitler» (Gerhard Ritte) y que, en lugar del «permanente recuerdo de una Alemania culpable» exige una mayor conciencia nacional (F. J. Strauss) [37]. Ha permanecido también la tendencia a la recusación del conflicto político, a la glorificación del orden y de la eficacia, a la infravaloración del pluralismo y de la oposición en beneficio de la democracia cancilleresca de un gran patriarca o de la Gran Coalición «por encima» de los partidos. Sin embargo, tampoco la oposición de principios de una izquierda extraparlamentaria —que denuncia tales síntomas de la supervivencia del Estado autoritario en el pensamiento y en la conducta de una sociedad «posfascista»— se encuentra exenta de los rasgos tradicionales de la concepción política alemana cuando, rebasando el marco de la realidad liberal y parlamentaria, apunta hacia una democracia «total», supuestamente más consecuente, aunque, en verdad, dictatorial.

La persistencia real de condiciones y comportamientos autoritarios y prefascistas se relaciona estrechamente con la negativa a reconocer la experiencia histórica. Pero también los empeñados esfuerzos por «superar el pasado» ha llevado a casos de ceguera histórica ante la realidad. La derecha radical, antes como ahora, se enorgullece de las tradiciones autoritarias y quita importancia al fracaso de la dictadura alemana; la izquierda radical responde con una fe renovada en que la «verdadera democracia» sólo podrá realizarse me-

[35] Thomas Mann, «Betrachtungen eines Unpolitischen», en *Politische Schriften und Reden,* t. I. Francfort del Meno, 1968, p. 23.

[36] *Deutschland und die Deutschen* (1945). *Idem,* t. III, p. 170.

[37] Gerhard Ritter, en sus cartas de lector sobre el famoso «affaire» Spiegel, *Frankfurter Allgemeine Zeitung* del 10 y 16 de noviembre de 1962. F. J. Strauss, en *Der Stern,* cuaderno 1/67.

diante el poder revolucionario y una dictadura instrumental y provisional.

El progreso de ambas tendencias, que podrían conjurar de nuevo el dilema de la primera República alemana, exige un enérgico contraataque. Pero sus mejores medios son la formación política, a través de un esclarecimiento completo, y la reforma política mediante una democratización fiable, y no a base del tan querido como abusado llamamiento a la conciencia nacional y a la solidaridad con el Estado. Las quejas sobre la suerte inmerecida del alemán, coreadas por destacadas figuras de la política, han distraído a la opinión pública durante demasiado tiempo de las causas y de la realidad misma del problema germano. El esclarecimiento político del calvario durante más de siglo y medio de la democracia alemana sigue todavía en sus comienzos. Es apostrofado de «autoembadurnamiento» cuando salta la barrera de la interpretación conservadora-nacional, como en el caso de la discusión en torno a los objetivos de la guerra a propósito de Fritz Fischer, o es acusado de actualización «ahistórica», al preguntarse por la continuidad en la evolución de estructuras autoritarias y nacionalistas, empezando con el absolutismo para terminar, pasando por el Estado de Bismarck, con el Tercer Reich.

La exigencia de reforma política y democratización está estrechamente relacionada con esta problemática. Precisamente, porque la República Federal no ha declarado como base de su existencia estatal y de sus pretensiones políticas la ruptura, sino la continuidad, del Estado nacional alemán e incluso del Reich, la segunda democracia alemana vive obsesionada con el permanente recuerdo de las consecuencias de 1871 y 1914, 1933 y 1945. No una democracia por exceso, sino por defecto, no la izquierda, sino la derecha es lo que condujo a la catástrofe.

La era Adenauer apenas fue otra cosa que una solución transitoria. Conjugando elementos democráticos y autoritarios, la «democracia del Canciller» salió del vacío de la derrota para entrar en un sistema de gobierno estable; los alemanes vieron por primera vez cómo la democracia parlamentaria hacía posible la seguridad y el progreso económico. Sin embargo, la rápida y progresiva identificación con aquella democracia fue también posible porque se excluían de la consideración problemas fundamentales (la reunificación, las fronteras con el Este y la reforma social); tal identificación fue además posible porque en el estilo de gobierno de Adenauer se continuaba una tradición burocrático-autoritaria y apolítica, que a más de un crítico recordaba la época guillermina. La participación política, la cogestión siguió limitándose al ejercicio del voto; la formación política venía

a consistir en una descripción de las instituciones o en las típicas dicotomías de la guerra fría. Faltaba el contraste con la práctica, la experiencia de crisis de gobierno en cuya solución se afirma la madurez democrática frente a la mentalidad ordenancista y autoritaria; faltaba la preparación para la época de la normalización, que ya no se orienta por los frentes simplistas de la guerra fría, y en la que el «consensus» democrático no puede basarse ya en un anticomunismo de conjunto.

Con el advenimiento de nuevas circunstancias hicieron acto de presencia las debilidades de un sistema que había aplazado importantes problemas, que había conservado o restaurado estructuras autoritarias y despolitizado en gran medida la opinión pública. Cuando en los años sesenta cambió la escena y una generación de posguerra puso en duda las viejas recetas, la reacción no se hizo esperar: desde la desaparición de Adenauer se hicieron más vivas las demandas de reforma dentro del «sistema» y, finalmente, también contra el sistema. En el horizonte hicieron su aparición las sombras de Weimar [38]. Ya no podían ser disipadas por el régimen popular de un Canciller que había gobernado con un estilo personal y un sentido autoritario tal como se había interpretado desde Bismarck e Hindenburg. En la transición a la normalidad se manifestaron las dificultades que un sistema de partidos, estable incluso comparado con el de Weimar, tenía que afrontar para integrar en el proceso político la movilidad social y política y realizar en la política social y educativa las reformas requeridas desde hacía ya mucho tiempo. La Gran Coalición fue, entre otras cosas, expresión de esta perplejidad. Sus fenómenos concomitantes, el NPD y la oposición extraparlamentaria, demuestran, al mismo tiempo, en qué medida sigue en pie un pasado no superado: sigue en pie en el miedo a la crisis y la ideología ordenancista, en las consignas de unidad y en las utopías perfeccionistas.

Catorce años después del término de la Primera Guerra Mundial sucumbió la democracia de Weimar. Ha transcurrido casi el doble número de años desde la Segunda Guerra. La República Federal cuenta con una existencia que es vez y media la de la primera República alemana. Todo ello habla no sólo en favor de la estabilidad, sino también en favor de la esperanza de que la familiarización con un sistema más funcional de la democracia parlamentaria haga posible un mayor arraigo de la conciencia democrática y aquella identificación con el sistema político, que desgraciadamente faltó entre

[38] Cf. K. D. Bracher, «Wird Bonn doch Weimar?», en *Der Spiegel* del 13-III-67, p. 60. Bracher, *Das deutsche Dilemma*. Munich, 1971. Alfred Grosser, *Deutschlandbilanz*. Munich, 1971.

1918 y 1933. Estudios más detallados de la cultura política y del comportamiento político han llegado a la conclusión de que unos resultados electorales moderados y una estabilidad externa no garantizan necesariamente un fuerte sentido democrático. Ha continuado la susceptibilidad ante las crisis tanto sociales como económicas, la cual ha sido utilizada para justificar una discutible Gran Coalición, provocando, al mismo tiempo, una serie de movimientos antisistema del radicalismo de derecha y de izquierda. Con el advenimiento de una nueva situación internacional, bajo el signo de una crisis de la idea de reunificación y ante las rigurosas demandas de una nueva generación, que ya no conoce la experiencia del nacionalsocialismo y de la posguerra, aparecen con mayor nitidez que nunca los problemas y deficiencias de la democracia de Bonn.

El año 1969 constituye un hito importante. Es ahora, veinte años después de la fundación de la República Federal, cuando puede hablarse del «final de la época de posguerra». Por primera vez después de la muerte de Friedrich Ebert (1925) un socialdemócrata, Gustav Heinemann, ocupa la jefatura del Estado. Con ello se daba también la posibilidad de un cambio democrático de poderes después de dos décadas de una misma constelación gubernamental. Sólo ahora pudo la República de Bonn demostrar su genuino carácter democrático-parlamentario: la transmisión de funciones con arreglo a la Constitución entre Gobierno y oposición, la realización de una alternativa política. La prueba democrática que supuso el relevo gubernamental adquirió un significado adicional por el hecho de que el Presidente del SPD, Willy Brandt, un emigrante del Tercer Reich tan frecuentemente calumniado, haya sido proclamado Canciller Federal. Era, al mismo tiempo, un paso más hacia la tan diferida superación del pasado. La misma reclama no sólo amplias reformas internas; demanda también una «política en el Este», que no siga alimentándose de meros argumentos defensivos o de exigencias revisionistas, sino que reconozca las dolorosas consecuencias de 1945 para el problema alemán y para la cuestión de las fronteras con el Este. Esto es aplicable también a la normalización de relaciones entre ambos Estados alemanes. Es preciso que el arreglo «provisional» de 1949 se libere de la hipoteca del Estado nacional incumplido; sólo entonces será posible la construcción definitiva de una democracia social y liberal, conscientemente desvinculada de las situaciones forzadas de Alemania en 1870 y 1918, 1933 y 1945.

La dictadura alemana ha fracasado, pero la democracia alemana no está todavía asegurada. Sigue siendo una tarea, que reclama la plena conciencia de que el camino hacia una democratización real y al

mismo tiempo realista es angosto y lleno de peligros. Discurre entre el persistente lastre del pasado y las crecientes demandas del futuro, entre las amenazas de una tradición autoritaria y las sublimes promesas de los radicalismos ideológicos, que ha impedido la maduración de la democracia en Alemania y allanado el sendero hacia la más terrible dictadura de la historia. Sigue en pie el legado del nacionalsocialismo: en lo negativo con el peligro de la recaída, en lo positivo con la oportunidad de un proceso de aprendizaje, basado en las experiencias del pasado. En esta particular encrucijada habrá de vivir Alemania —la del Este y la del Oeste—, mientras la política de los Estados nacionales siga determinando la historia de nuestro tiempo.

LA LEYENDA SPEER *

Con la publicación de sus Memorias, muy elogiadas en muchas recensiones y en un corto espacio de tiempo mucho más divulgadas que cualquier otro libro relacionado con temas del Tercer Reich, Albert *Speer* ha contribuido indudablemente a mejorar el arsenal informativo de la época nacionalsocialista [1]. No se le puede dejar de reconocer el honrado propósito de explicar su propio comportamiento, que constituye algo más que la acostumbrada apología de los autores de Memorias desde Schacht hasta Dönitz o Schirach. Pero precisamente esta circunstancia ha impedido a tantos y tantos exaltadores de este «best-seller» —ciertamente, interesante y conmovedor— enfocar con acierto la problemática política: a saber, que posiblemente se confirma y reafirme así una leyenda urdida desde siempre por alemanes y aliados: la leyenda de la eficiencia y, al mismo tiempo, de la tragedia del experto «apolítico», la leyenda Speer, que ahora existe junto a la leyenda Schacht, tan influyente desde hace tiempo.

No ha estado mal que, casi al mismo tiempo, se haya lanzado una edición de varias actas relacionadas con una serie de entrevis-

* Publicado originalmente en *Neue Politische Literatur,* tomo XV/4, 1970.

[1] Albert Speer, *Erinnerungen* [Memorias], Propyläen Verlag. Berlín, 1969.

tas o juntas[2] que ofrecen una información mucho más desapasionada acerca del papel del poderoso ministro de Armamento y de sus funciones, políticas cien por cien, en el marco del Tercer Reich. Surge aquí el problema clave de cualquier juicio de las Memorias de Speer: su carácter ambivalente. Por una parte —como cualquier exposición autobiográfica de los dirigentes o altos funcionarios del Tercer Reich, fuesen éstos cómplices en lo militar, burocrático, técnico, económico, intelectual o cultural— reflejan aquel «idealismo» apolítico o técnico de la «élite» tradicional, que el nacionalsocialismo supo movilizar y luego aplacar invocando el «pathos» nacional y las ideas antidemocráticas, unificadoras y tecnocráticas. Por otra parte, por la misma acentuación del comportamiento apolítico y tecnocrático, que se pretende atribuir a hombres como Speer, se olvida el hecho de que el nacionalsocialismo fue fundamentalmente una reacción de lo apolítico y antipolítico contra la politización de la sociedad en el Estado pluralista y moderno. Era antiparlamentario y antidemocrático en el sentido mismo de repulsa de las posibles divergencias de intereses y opiniones, tal como ha continuado o resurgido en nuestros días el antipluralismo (con los extremismos de izquierda y de derecha).

Así pues, la ambivalencia de las Memorias de Speer no es, en última instancia, sino el reflejo de la ambivalencia misma del nacionalsocialismo. La aparente ingenuidad, imparcialidad objetiva o realismo de quienes como Speer (y otros muchos expertos y personalidades) contribuyeron al funcionamiento del régimen nazi, suele interpretarse «a posteriori» y también en el caso de Speer como malentendido o incluso como prueba del distanciamiento mantenido respecto al «auténtico» nacionalsocialismo. Sin embargo, se desconoce con ello la esencia misma del sistema nacionalsocialista, basado precisamente en esa pretensión de mayor objetividad, del mismo modo que se presentaba con apariencias de legalidad, de Estado de Derecho y a veces hasta de democracia. Indudablemente, la aportación más importante, no pretendida, de estas Memorias radica en el hecho de que reflejan esta situación tan característica como significativa, aun cuando al mismo tiempo se quiera explicar como un malentendido. Pero, además, la exposición en primera persona de los resultados «apolíticos» (orden, eficiencia) —tan ampliamente reconocidos— del Estado nazi, no nos permiten olvidar los «excesos» políticos y las excentricidades (en este caso, arquitectónicas) de Hitler.

[2] *Deutschlands Rüstung im zweiten Weltkrieg, Hitlers Konferenzen mit Albert Speer 1942-1945* [El armamento de Alemania en la Segunda Guerra Mundial, Conferencias de Hitler con Albert Speer 1942-1945], prólogo y edición de Willi A. Boelcke, Athenaion Verlag, Francfort del Meno, 1969.

En realidad, el ascenso de Speer, extraordinario ejemplo de acumulación de cargos durante el Tercer Reich, no fue pura casualidad ni tampoco un malentendido. Fue expresión de la duplicidad que presidió la doble empresa nacionalsocialismo-Tercer Reich: politización de signo radical y especialización despolitizada, romanticismo político reaccionario y glorificación del moderno progreso tecnológico. Esta contradicción fundamental constituye, en realidad, la verdadera esencia de la política e ideología fascistas. La incompatibilidad entre teoría y praxis, reiteradamente manifestada, no constituye una debilidad, sino más bien la fuerza de la técnica nacionalsocialista de dominación, al poder proporcionar puntos de apoyo por igual a las tendencias racionales e irracionales, conservadoras y radicales. Aquí se obtiene también una de las respuestas a la reiterada pregunta sobre la posibilidad de que, en un país desarrollado cultural y económicamente, la proclividad hacia un régimen bárbaro y a su aparente funcionalidad fuera mucho mayor que en otros Estados «fascistas» subdesarrollados. (Por lo demás, el concepto general de «fascismo» sólo puede emplearse con reservas a causa de las razones apuntadas; ésta es la razón de distanciarme aquí tanto de la concepción del fascismo filosófico-fenomenológica de Ernst Nolte como de las que mantiene la teoría económico-izquierdista.)

Teniendo en cuenta las anteriores reflexiones, las Memorias en cuestión no parecen contribuir gran cosa al análisis del nacionalsocialismo. Ciertamente, la abundancia de material e información rebasa el marco de lo meramente anecdótico, siendo de interés para una documentación de los aspectos parciales o sectoriales del Tercer Reich: sobre todo, de las concepciones de Hitler acerca de la cultura, la economía o el armamento. Sin embargo, poco pueden aportar a la explicación del carácter o de la eficacia de la política nacionalsocialista. Más bien confirman la continua deformación de que adolecen todas las interpretaciones monocausales del régimen de Hitler. No sólo el punto de vista subjetivo del autor, tan interesado y comprometido, sino principalmente su defensa (quizá no deliberada) de una posible separación de elementos híbridos y constructivos en la política del Tercer Reich, hacen que este voluminoso informe —pese a las ventajas indiscutibles frente a otras Memorias de contemporáneos suyos— no abandone el marco de la apología o del principio de la ignorancia voluntaria. Así como la creencia en «lo bueno del nacionalsocialismo», en la posible separación de las monstruosidades y de las aportaciones positivas de aquel régimen, ha ejercido su influjo en el pueblo, el intento de separación entre inteligencia técnica e ideología estrafalaria, presente en las Memorias de Speer, responde

a una necesidad sentida por muchos. Indudablemente, las Memorias distan mucho de la habitual apología y glorificación propias de la literatura radical derechista. Pero también la sublimación de la leyenda Speer contiene una tendencia al espejismo y bagatelización, que siguen deformando todavía la explicación del advenimiento y triunfo del nacionalsocialismo: bien considerándolo obra de un genio demoníaco, bien reduciéndolo a la condición de un lamentable accidente.

Así pues, el éxito del libro de Speer constituye un fenómeno equívoco y no se sabe todavía cuál de sus efectos resultará más fuerte: si el encubrimiento o la aclaración.

Karl Dietrich Bracher
(Bonn)

BIBLIOGRAFIA

La bibliografía incluida en Beilage der Vierteljahreshefte für Zeitgeschichte [*Apéndice a «Cuadernos trimestrales de historia contemporánea»*], *editado por Thilo Vogelsang, mantiene al lector al tanto de las publicaciones —cada vez más numerosas— aparecidas desde 1953. Para años anteriores, véase F. Herre y H. Auerbach,* Bibliographie zur Zeitgeschichte und zum Zweiten Weltkrieg für die Jahre 1945-1950. *Munich, 1955.*

En interés de una selección objetiva y de una ordenación lo más clara posible, hemos optado por agrupar las obras siguiendo la distribución de capítulos y secciones de este libro.

1. ANTECEDENTES

Sobre el problema de las premisas históricas del nacionalsocialismo

Hannah Arendt, *Elemente und Ursprünge totaler Herrschaft.* Francfort del Meno, 1955 (ed. ingl., 1951).

Autoritarismus und Nationalismus — ein deutsches Problem? (Politische Psychologie 2). Francfort del Meno, 1963.

K. D. Bracher, *Deutschland zwischen Demokratie und Diktatur.* Berna-Munich, 1964.

William J. Bossenbrook, *The German Mind.* Detroit, 1961.

Martin Broszat, *Der Nationalsozialismus.* Stuttgart, 1960.

Rohan Butler, *The Roots of National Socialism 1783-1933.* Londres, 1941.

Gordon A. Craig, *Die preussisch-deutsche Armee 1640-1945, Staat im Staate.* Düsseldorf, 1960 (ed. ingl., 1955).

Iring Fetscher, «Faschismus and Nationalsozialismus», en *Politische Vierteljahresschrift,* 3 (1962).

Carl J. Friedrich, *Totalitäre Diktatur*. Stuttgart, 1958 (ed. ingl., 1957).
Friedrich Glum, *Der Nationalsozialismus*. Munich, 1962.
— *Philosophen im Spiegel und Zerrspiegel*. Munich, 1954.
Helga Grebing, *Der Nationalsozialismus*. Munich, 1959.
Walther Hofer, *Der Nationalsozialismus*. Francfort del Meno, 1958.
H. A. Jacobsen, W. Jochmann, *Ausgewählte Dokumente zur Geschichte des Nationalsozialismus*. Bielefeld, 1961 ss.
Georg Lucacz, *Die Zerstörung der Vernunft* (Berlín, 1954). Neuwied, 1962.
Friedrich Meinecke, *Die deutsche Katastrophe*. Wiesbaden, 1946.
Franz L. Neumann, *Behemoth. The Structure and Practice of National Socialism*, 2.ª ed. Nueva York, 1944.
— *The Democratic and the Authoritarian State* (ed. H. Marcuse). Grencoe, Ill., 1957 (trad. alem., 1967).
Sigmund Neumann, *Permanent Revolution*. Nueva York, 1942.
The Third Reich. Londres, 1955.
Gerhard Ritter, *Staatskunst und Kriegshandwerk*, 4 tomos. Munich, 1954 ss.
Wolfgang Sauer, «National Socialism: Totalitarianism or Fascism?», en *American Historical Review*, 73 (1967).
William L. Shirer, *Aufstieg und Fall des Dritten Reiches*. Colonia-Berlín, 1961 (ed. ingl., 1960).
— Das deutsche Dilemma, *Leidenswege der politischen Emanzipation*. Munich, 1971.
Leonard Shapiro, «The Concept of Totalitarianism», en *Survey 73* (otoño 1969).
J. L. Talmon, *Die Ursprünge der totalitären Demokratie*. Colonia-Opladen, 1961 (ed. ingl., 1952).
A. J. P. Taylor, *The Course of German History*. Londres, 1945.
Edmond Vermeil, *L'Allemagne contemperaine 1890-1950*, 2 tomos. París, 1953-1954.
Andrew G. Whiteside, «The Nature and Origins of National Socialism», en *Journal of Central European Affairs* 17 (1957).

Trasfondo europeo

Paolo Alatri, *Le origini del fascismo*, 3.ª ed. Roma, 1962.
O. Bauer, H. Marcuse, A. Rosenberg, *Faschismus und Kapitalismus*. Francfort, 1967.
Francis L. Carsten, *Der Aufstieg des Faschismus in Europa*. Francfort del Meno, 1968 (ed. ingl., 1967).
Hedwig Conrad-Martius, *Utopien der Menschenzüchtung*. Munich, 1955.
Faschismus — Nationalsozialismus. Braunschweig, 1964.
Erwin Faul, *Der moderne Machiavellismus*. Colonia, 1961.
Stuart H. Hughes, *Consciousness and Society*. Nueva York, 1958.
Walter Laqueur, George L. Mosse (eds.), *Internationaler Faschismus 1920-1945*. Munich, 1966 (ed. ingl., 1966).
Ernst Nolte, *Der Faschismus in seiner Epoche*. Munich, 1963.
— *Die Krise des liberalen Systems und die faschistischen Bewegungen*. Munich, 1968.
— (Ed.), *Theorien über den Faschismus*. Colonia, 1967.
J. Plumyène, R. Lasierra, *Les Fascismes français 1923-1963*. París, 1963.
Hans Rogger, Eugen Weber (ed.), *The European Right: A Historical Profile*. Berkeley, 1964.
Jack J. Roth, «Sorel und die totalitären Systeme», en *VfZG*, 6 (1958).

Eugen Weber, *Action Française.* Stanford, 1962.
— *Varieties of Fascism.* Princeton, 1964.
S. J. Woolf (ed.), *The Nature of Fascism.* Nueva York, 1969.
Hans-Günther Zmarzlik, «Der Sozialdarwinismus in Deutschland als geschichtliches Problem», en *VfZG,* 11 (1963).

El problema del Estado alemán

K. D. Bracher, «Staatsbegriff und Demokratie in Deutschland», *Politische Vierteljahresschrift,* 9 (1968).
Karl Buchheim, *Leidensgeschichte des zivilen Geistes.* Munich, 1951.
Ralf Dahrendorf, *Gesellschaft und Demokratie in Deutschland.* Munich, 1965.
Ernst Fraenkel, *Deutschland und die westlichen Demokratien.* Stuttgart, 1964.
George W. F. Hallgarten, *Imperialismus vor 1914,* 2.ª ed. Munich, 1963.
Theodore S. Hamerow, *Restoration, Revolution, Reaction. Economics and Politics in Germany 1815-1871.* Princeton, 1958.
Eckart Kehr, *Der Primat der Innenpolitik,* ed. por H.-U. Wehler. Berlín, 1965.
Hans Kohn, *Wege und Irrwege.* Düsseldorf, 1962 (ed. ingl., 1961).
Leonard Krieger, *The German Idea of Freedom.* Boston, 1957.
Helmuth Plessner, *Die verspätete Nation. Über die politische Verführbarkeit bürgerlichen Geistes.* Stuttgart, 195?.
Harry Pross, *Die Zerstörung der deutschen Politik. Dokumente 1875-1933.* Francfort del Meno, 1959.
Hans Rosenberg, *Bureaucracy, Aristocracy and Autocracy. The Prussian Experience.* Cambridge, Mass., 1958.
Friedrich C. Sell, *Die Tragödie des deutschen Liberalismus.* Stuttgart, 1953.
Rudolf Stadelmann, *Deutschland und Westeuropa.* Laupheim, 1948.
Hans-Ulrich Wehler (ed.), *Moderne deutsche Sozialgeschichte.* Colonia-Berlín, 1966.

Conciencia etnicista y alemana

Houston Stewart Chamberlain, *Die Grundlagen des 19. Jahrhunderts.* Munich, 1899.
Hermann Glaser, *Spiesser-Ideologie.* Freiburg/Br., 1964.
Kurt Hancke, *Deutscher Aufstand gagen den Westen,* 2.ª ed. Berlín, 1941.
Robert W. Lougee, *Paul de Lagarde (1827-1891), A Study of Radical Conservatism in Germany.* Cambridge, Mass., 1962.
George L. Mosse, *The Crisis of German Ideology: Intellectual Origins of the Third Reich.* Nueva York, 1964.
Fritz Stern, *Kulturpessimismus als politische Gefahr. Eine Analyse nationaler Ideologie in Deutschland.* Berna-Stuttgart, 1963 (ed. ingl., 1961).
Helmut Theisen, *Die Entwicklung zum nihilistischen Nationalismus in Deutschland 1918 bis 1933.* Munich, 1955.

Del nacionalismo al nacionalsocialismo

Geert Bakker, *Duitse Geopolitiek 1919-1945.* Utrecht, 1967.
Helmut Böhme, *Deutschlans Weg zur Grossmacht.* Colonia, 1966.
Fritz Fischer, *Griff nach der Weltmacht.* Düsseldorf, 1961.

— *Krieg der Illusionen.* Düsseldorf, 1969.
Theodor Heuss, *Friedrich Naumann,* 3.ª ed. Munich-Hamburgo, 1968.
Günter Heyden, *Kritik der deutschen Geopolitik.* Berlín, 1958.
Alfred Kruck, *Geschichte des Alldeutschen Verbandes 1890-1939.* Wiesbaden, 1954.
Hermann Lübbe, *Politische Philosophie in Deutschland.* Basilea-Stuttgart, 1963.
Thomas Mann, *Betrachtungen eines Unpolitischen,* nueva edición. Francfort del Meno, 1956.
Henry Cord Meyer, *Mitteleuropa in German Thought and Action 1815-1945.* La Haya, 1955.
Harry Pross, *Die Zerstörung der deutschen Politik 1870-1933.* Francfort del Meno, 1959.
Wolfgang Sauer, «Das Problem des deutschen Nationalstaates», en *Moderne deutsche Sozialgeschichte,* ed. por H.-U. Wehler. Colonia, 1966.
Walter Sulzbach, *Imperialismus und Nationalbewusstsein,* Francfort del Meno, 1959.

El papel del antisemitismo

H. G. Adler, *Die Juden in Deutschland. Von der Aufklärung bis zum Nationalsozialismus.* Munich, 1960.
Th. W. Adorno y otros, *The Authoritarian Personality.* Nueva York, 1950.
Hellmuth Andics, *Der Ewige Jude. Ursachen und Geschichte des Antisemitismus.* Viena, 1965.
Alexander Bein, «Die Judenfrage in der Literatur des modernen Antisemitismus als Vorbereitung zur 'Endlösung'», en *Bulletin Leo Baeck Institute,* 6 (1963).
Bruno Bettelheim, Morris Janowitz, *Dynamics of Prejudice.* Nueva York, 1950.
Norman Cohn, *Warrant for Genocide.* Londres, 1966 (trad. alem., *Die Protokolle der Weisen von Zion.* Colonia, 1969).
Hermann Esser, *Die jüdische Weltpest,* 6.ª ed. Munich, 1943.
Walter Frank, *Hofprediger Adolf Stoecker und die christlich-soziale Bewegung.* Berlín, 1928.
Eric Fromm, *Escape from Freedom.* Nueva York, 1941.
H. Huss, A. Schröder (eds.), *Antisemitismus.* Francfort del Meno, 1965.
Wanda Kampmann, *Deutsche und Juden.* Heidelberg, 1963.
Adolf Leschnitzer, *The Magic Background of Modern Anti-Semitism.* Nueva York, 1956.
Paul W. Massing, *Vorgeschichte des politischen Antisemitismus.* Francfort del Meno, 1959 (ed. ingl., 1949).
Josef Müller, *Die Entwicklung des Rassenantisemitismus in den letzten Jahrzehnten des 19. Jahrhunderts.* Berlín, 1940.
Peter G. Pulzer, *Die Entstehung des politischen Antisemitismus in Deutschland und Österreich 1867-1914.* Gütersloh, 1966 (ed. ingl., 1964).
Eva G. Reichmann, *Die Flucht in den Hass. Die Ursachen der deutschen Judenkatastrophe.* Francfort del Meno, 1956 (ed. ingl., 1951).
Hans Rosenberg, *Grosse Depression und Bismarckzeit.* Berlín, 1967.
E. V. von Rudolph, *Georg Ritter von Schönerer. Der Vater des politischen Antisemitismus.* Munich, 1942.
Edmund Silberner, *Sozialisten zur Judenfrage.* Berlín, 1962.
Karl Thieme (ed.), *Judenfeindschaft.* Francfort del Meno, 1963.

2. GENESIS DEL MOVIMIENTO NACIONALSOCIALISTA

Antecedentes austríacos

Victor Bibl, *Der Zerfall Österreichs*. Viena, 1924.
A. Ciller, *Vorläufer des Nationalsozialismus*. Viena, 1932.
Albert Fuchs, *Geistige Strömungen in Österreich 1867-1918*. Viena, 1949.
William J. McGrath, *Wagnerianism in Austria*, Ph. D.-Dissertation. Berkeley (Calif.), 1965.
Paul Molisch, *Die deutschen Hochschulen in Österreich und die politisch-nationale Entwicklung nach 1918*. Munich, 1922.
— *Geschichte der deutschnationalen Bewegung Österreichs*. Jena, 1926.
Hans Mommsen, *Die Sozialdemokratie und die Nationalitätenfrage im habsburgischen Vielvölkerstaat*. Viena, 1963.
Eduard Pichl, *Georg von Schönerer und die Entwicklung des Alldeutschtums in der Ostmark*, 3 tomos. Oldenburg, 1938.
Josef Redlich, *Das österreichische Staats- und Reichsproblem*. Leipzig, 1920-26.
Carl E. Schorske, «Politics in a New Key: an Austrian Triptych», en *Journal of Modern History*, 39 (1967).
Adam Wandruszka, «Österreichs politische Struktur», en *Geschichte der Republik Österreich*. Munich, 1954.
Andrew G. Whiteside, *Austrian National Socialism before 1918*. La Haya, 1962.

Adolfo Hitler

Alan Bullock, *Hitler*. Londres, 1951; nueva edición alemana, 1967.
Wilfried Daim, *Der Mann, der Hitler die Ideen gab*. Munich, 1958.
Hans Frank, *Im Angesicht des Galgens. Deutung Hitlers und seiner Zeit auf Grund eigener Erlebnisse und Erkenntnisse*. Munich-Gräfelfing, 1953.
Hans Bernd Gisevius, *Adolf Hitler, Versuch einer Deutung*. Munich, 1963.
Walter Görlitz, Herbert A. Quint, *Adolf Hitler*. Stuttgart, 1952.
Ernst Hanfstaengl, *Hitler, The Missing Years*. Londres, 1957.
Friedrich Heer, *Der Glaube des Adolf Hitler*. Munich, 1968.
Helmut Heiber, *Adolf Hitler*. Berlín, 1960.
Konrad Heiden, *Adolf Hitler*. Zürich, 1936 ss.
— *The Fuehrer*. Boston, 1944.
Adolf Hitler, *Mein Kampf*. Munich, 1925-28.
August Kubizek, *Adolf Hitler, Mein Jugendfreund*. Graz, 1953.
Franz Jetzinger, *Hitlers Jugend*. Zurich, 1956.
H. von Kotze, H. Krausnick, *Es spricht der Führer*. Gütersloh, 1966.
William A. Jenks, *Vienna and the Young Hitler*. Nueva York, 1960.
Rudolf Olden, *Hitler*. Amsterdam, 1936.
James H. McRandle, *The Track of the Wolf. Essays on National Socialism and its Leader, Adolf Hitler*. Evanston (Ill.), 1965.
Hans-Dietrich Röhrs, *Hitlers Krankheit. Tatsachen und Legenden*. Neckargemünd, 1966.
Bradley F. Smith, *Adolf Hitler, His Familiy, Childhood and Youth*. Stanford, 1967.
Fritz Wiedemann, *Der Mann, der Feldherr werden wollte*. Velbert, 1964.

Problemas de la revolución y la República

Volker R. Berghahn, *Der Stahlhelm*. Düsseldorf, 1966.
K. D. Bracher, *Die Auflösung der Weimarer Republik*, 4.ª ed. Villingen, 1964.
Francis L. Carsten, *Reichswehr und Politik 1918-1933*. Colonia, 1964.
Karl Demeter, *Das deutsche Offizierkorps in Gesellschaft und Staat 1650-1945*, nueva ed. Francfort del Meno, 1962.
Theodor Eschenburg, *Die improvisierte Demokratie*. Munich, 1963.
Erich Eyck, *Geschichte der Weimarer Republik*. Erlenbach-Zürich, 1954-1956.
Ferdinand Friedensburg, *Die Weimarer Republik*. Hannover-Francfort del Meno, 1957.
Peter Gay, *Weimar Culture*. Nueva York, 1968.
Harold J. Gordon, *Die Reichswehr und die Weimarer Republik 1919-1926*. Francfort del Meno, 1959 (ed. ingl., 1958).
Wilhelm Groener, *Lebenserinnerungen* (ed. F. Hiller von Gärtringen). Göttingen, 1957.
Dorothea Groener-Geyer, *General Groener, Soldat und Staatsmann*. Francfort del Meno, 1955.
Helmut Heiber, *Die Republik von Weimar*. Munich, 1967.
Gotthard Jasper, *Der Schutz der Republik*. Tübingen, 1963.
Maxwell E. Knight, *The German Executive 1890-1933*. Stanford, 1952.
H. H. Knütter, *Die Juden und die deutsche Linke in der Weimarer Republik*. Düsseldorf, 1971.
Walther H. Kaufmann, *Monarchism in the Weimar Republic*. Nueva York, 1953.
Eberhard Kolb, *Die Arbeiterräte in der deutschen Innenpolitik 1918-1919*. Düsseldorf, 1962.
Karl J. Newman, *Zerstörung und Selbstzerstörung der Demokratie. Europa 1918-1938*. Colonia, 1965.
Emil Obermann, *Soldaten, Bürger, Militaristen. Militär und Demokratie in Deutschland*. Stuttgart, 1958.
Friedrich Wilhelm von Oertzen, *Die deutschen Freikorps 1918-1923*, 6.ª ed. Munich, 1930.
Peter von Oertzen, *Betriebsräte in der Novemberrevolution*. Düsseldorf, 1963.
Karl O. Paetel, *Jugend in der Entscheidung 1913, 1933, 1945*. Godesberg, 1963.
Arthur Rosenberg, *Entstehung und Geschichte der Weimarer Republik*, nueva ed. Francfort del Meno, 1955.
Gerhard Rossbach, *Mein Weg durch die Zeit*. Weilburg-Lahn, 1950.
E. Kolb, R. Rürup, *Der Zentralrat der Deutschen Sozialistischen Republik*. Leiden, 1968.
Edgar von Schmidt-Pauli, *Geschichte der Freikorps 1918-1924*. Stuttgart, 1936.
Otto-Ernst Schüddekopf, *Das Heer und die Republik*. Hannover, 1955.
Gerhard Schulz, *Revolutionen und Friedensschlüsse*. Munich, 1967.
Ernst Troeltsch, *Spektator-Briefe. Aufsätze über die deutsche Revolution und die Weltpolitik 1918-1922*. Tübingen, 1924.
Robert G. L. Waite, *Vanguard of Nazism. The Free Corps Movement in Postwar Germany 1918-1923*. Cambridge, Mass., 1952.
Alfred Vagts, *A History of Militarism*, 2.ª ed. Londres, 1959.

Inicios del NSDAP

Dietrich Bronder, *Bevor Hitler kam.* Hannover, 1964.
Alan Cassels, «Mussolini and the German Nationalism 1922-1925», en *Journal of Modern History,* 35 (1963).
Ernst Deuerlein, «Hitlers Eintritt in die Politik und die Reichswehr», en *VfZG,* 7 (1959).
Tankred Dorst, *Die Münchener Räterepublik.* Francfort del Meno, 1966.
Anton Drexler, *Mein politisches Erwachen.* Munich, 1919 (nueva ed., 1937).
Gottfried Feder, *Das Manifest zur Brechung der Zinsknechtschaft des Geldes.* Munich, 1919.
— *Das Programm der NSDAP und seine weltanschaulichen Grundgedanken,* 50.ª ed. Munich, 1931.
Georg Franz-Willing, *Die Hitlerbewegung.* Hamburgo-Berlín, 1962.
Friedrich Freksa (ed.), *Kapitän Ehrhardt, Abenteuer und Schicksale.* Berlín, 1924.
George W. F. Hallgarten, *Hitler, Reichswehr und Industrie. Zur Geschichte der Jahre 1918-1933.* Francfort del Meno, 1955.
Konrad Heiden, *Geschichte des Nationalsozialismus.* Berlín, 1932.
Klaus-Peter Hoepke, *Die deutsche Rechte und der italienische Faschismus.* Düsseldorf, 1968.
Werner Jochmann, *Nationalsozialismus und Revolution. Ursprung und Geschichte der NSDAP in Hamburg 1922-1933.* Francfort, 1963.
Werner Maser, *Die Frühgeschichte der NSDAP.* Francfort del Meno, 1965.
Allan Mitchell, *Revolution in Bayern 1918-1919.* Munich, 1967 (ed. ingl., 1965).
Reginald Phelps, «Before Hitler came. Thule Society and Germanen Orden», en *Journal of Modern History,* 35 (1963).
— «Hitler and the DAP», en *American Historical Review,* 68 (1963).
Ernst Röhm, *Die Geschichte eines Hochverräters.* Munich, 1928 (5.ª ed., 1934).
Günter Schubert, *Anfänge nationalsozialistischer Aussenpolitik.* Colonia, 1963.

El ascenso de Hitler

Ernst Boepple, *Adolf Hitlers Reden.* Munich, 1925.
Ernst Deuerlein, *Der Aufstieg der NSDAP in Augenzeugenberichten.* Düsseldorf, 1968.
Philipp W. Fabry, *Mutmassungen über Hitler, Urteile von Zeitgenossen.* Düsseldorf, 1969.
Renzo de Felice, *Mussolini,* 2 tomos. Turín, 1965-66.
Werner Jochmann, *Im Kampf um die Macht, Hitlers Rede vor dem Hamburger Nationalklub von 1919.* Francfort del Meno, 1960.
W. W. Pese, «Hitler und Italien 1920-1926», en *VfZG,* 3 (1955).
Reginald H. Phelps, «Hitler als Parteiredner im Jahre 1920», en *VfZG,* 11 (1963).
L. Salvatorelli, G. Mira, *Storia d'Italia nel periodo fascista.* Turín, 1964.
Fritz Thyssen, *I paid Hitler.* Nueva York, 1941.

Agitación y organización

Heinrich Bennecke, *Hitler und die SA*. Munich, 1962.
Wolfgang Horn, *Führerideologie und Parteiorganisation in der NSDAP*. Düsseldorf, 1971.
Manfred Killinger, *Die SA in Wort und Bild*. Leipzig, 1933.
Joseph Nyomarkay, *Charisma and Factionalism in the Nazi Party*. Minneapolis, 1967.
Dietrich Orlow, *A History of the Nazi Party 1919-1933*. Pittsburgo, 1969.
Albrecht Tyrell, *Führer Befiehl... Selbstzeugnisse aus der Kampfzeit der NSDAP*. Düsseldorf, 1969.
Hans Volz, *Die Geschichte der SA von den Anfängen bis zur Gegenwart*. Berlín, 1934.

Baviera y el Reich en crisis

Ernst Buchrucker, *Im Schatten Seeckts, Die Geschichte der Schwarzen Reichswehr*. Berlín, 1928.
Ernst Fraenkel, *Zur Soziologie der Klassenjustiz*. Berlín, 1927.
Otto Gessler, *Reichswehrpolitik in der Weimarer Zeit*. Stuttgart, 1958.
Emil J. Gumbel, *Vier Jahre politischer Mord*. Berlín-Fichtenau, 1922.
— *Verschwörer, Beiträge zur Geschichte und Soziologie der deutschen nationalistischen Geheimbünde seit 1918*. Viena, 1924.
— *Acht Jahre politische Justiz*. Berlín, 1927.
— *Verräter verfallen der Feme*. Berlín, 1929.
— *Vom Fememord zur Reichskanzlei*. Heidelberg, 1962.
H. y E. Hannover, *Politische Justiz 1918-1933*. Francfort del Meno, 1966.
Lewis Hertzmann, *DNVP. Right Wing Opposition in the Weimar Republic*. Lincoln (Nebr.), 1963.
Wilhelm Hoegner, *Die verratene Republik*. Munich, 1958.
Manfred Killinger, *Ernstes und Heiteres aus dem Putschleben*. Munich, 1927.
Hans Meier-Welcker, *Seeckt*. Francfort del Meno, 1967.
Friedrich von Rabenau, *Seeckt. Aus seinem Leben 1918-1936*. Leipzig, 1940.
Ernst von Salomon, *Die Geächteten*. Gütersloh, 1930.
— *Der Fragebogen*. Hamburgo, 1951.
Karl Schwend, *Bayern zwischen Monarchie und Diktatur*. Munich, 1954.
Kurt Sendtner, *Rupprecht von Wittelsbach Kronprinz von Bayern*. Munich, 1954.
Hugo Sinzheimer, Ernst Fraenkel, *Die Justiz in der Weimarer Republik*. Neuwied, 1968.
John W. Wheeler-Bennett, *Die Nemesis der Macht*. Düsseldorf, 1954 (ed. ingl., 1953).

El golpe de Hitler

Ernst Deuerlein, *Der Hitler-Putsch*. Stuttgart, 1962.
Der Hitlerprozess vor dem Volksgerichtshof in München. Munich, 1924.
Hanns Hubert Hofmann, *Der Hitlerputsch*. Munich, 1961.
Thilo Vogelsang, «Die Reichswehr in Bayern und der Münchener Putsch 1923», en *VfZG, 5* (1957).

3. EL NUEVO PARTIDO EN LAS «JORNADAS DE LUCHA»

Fuerzas y tendencias 1924-1928

Andreas Dorpalen, *Hindenburg in der Geschichte der Weimarer Republik.* Berlín, 1966 (ed. ingl., 1964).
Wolfram Fischer, *Deutsche Wirtschaftspolitik von 1918 bis 1945.* Colonia-Opladen, 1968.
Meinrad Hagmann, *Der Weg ins Verhängnis, Reichstagswahlergebnisse 1919 bis 1933, besonders aus Bayern.* Munich, 1946.
Alfred Milatz, *Wähler und Wahlen in der Weimarer Republik.* Bonn, 1965.
Gerhard Schulz, *Zwischen Demokratie und Diktatur.* Berlín, 1963.
John W. Wheeler-Bennett, *Hindenburg.* Londres, 1936.

Mein Kampf y un nuevo comienzo

Andreas Dorpalen, *The World of General Haushofer.* Nueva York, 1942.
Hermann Hammer, «Die deutschen Ausgaben von Hitlers 'Mein Kampf'», en *VfZG,* 4 (1956).
Eberhard Jäckel, *Hitlers Weltanschauung.* Tübingen, 1969.
H. Kallenbach, *Mit Adolf Hitler auf Festung Landsberg.* Munich, 1933.
Karl Lange, *Hitlers unbeachtete Maximen. «Mein Kampf» un die Öffentlichkeit.* Stuttgart, 1968.
O. Lurker, *Hitler hinter Festungsmauern.* Berlín, 1933.
Werner Maser, *Hitlers «Mein Kampf».* Munich, 1966.

Estructura del nuevo partido

Martin Broszat, «Die Anfänge der Berliner NSDAP 1926/27», en *VfZG,* 8 (1960).
H. T. Burden, *The Nuremberg Party Rallies 1923-1939.* Londres, 1967.
Das Tagebuch von Joseph Goebbels 1925/26, ed. por H. Heiber, Stuttgart, 1960.
Reinhard Kühnl, *Die nationalsozialistische Linke 1925 bis 1930.* Meisenheim, 1966.
— «Zur Programmatik der nationalsozialistischen Linken: Das Strasser-Programm von 1925/26», en *VfZG,* 14 (1966).
Jeremy Noakes, «Conflict and Development in the NSDAP 1924-1927», en *Journal of Contemporary History,* 1 (1966).
Dietrich Orlow, «The Conversion of Myth into Power: The NSDAP 1925-1926», en *American Historical Review,* 72 (1967).

Ideología y propaganda

Ernest K. Bramstedt, *Goebbels and National Socialist Propaganda, 1925-1945.* East Lansing, 1965.
Gottfried Feder, *Der deutsche Staat auf nationaler und sozialer Grundlage,* 5.ª ed. Munich, 1932.

Joseph Goebbels, *Der Nazi-Sozi. Fragen und Antworten für den Nationalsozialisten.* Elberfeld, 1927.
Hans F. K. Günther, *Rassenkunde des deutschen Volkes.* Munich, 1922.
Klemens von Klemperer, *Konservative Bewegungen zwischen Kaiserreich und Nationalsozialismus.* Munich-Viena, 1962 (ed. ingl., 1957).
Christian Graf Krockow, *Die Entscheidung. Eine Untersuchung über Ernst Jünger, Carl Schmitt, Martin Heidegger.* Stuttgart, 1958.
Walter Z. Laqueur, *Die deutsche Jugendbewegung.* Colonia, 1962.
Armin Mohler, *Die konservative Revolution in Deutschland 1918-1933.* Stuttgart, 1950.
Jean Neurohr, *Der Mythos vom Dritten Reich.* Stuttgart, 1957.
Ernst Nieckisch, *Gewagtes Leben.* Colonia-Berlín, 1958.
Harry Pross, *Jugend — Eros — Politik. Die Geschichte der deutschen Jugendverbände.* Berna, 1964.
Hans Reupke, *Der Nationalsozialismus und die Wirtschaft.* Berlín, 1931.
Ernst Graf Reventlow, *Deutscher Sozialismus. Civitas Dei Germanica.* Weimar, 1930.
Alfred Rosenberg, *Wesen, Grundsätze und Ziele der NSDAP.* Munich, 1930.
— *Das Wesensgefüge des Nationalsozialismus.* Munich, 1932.
— *Der Mythus des 20. Jahrhunderts.* Munich, 1930.
Karl Saller, *Die Rassenlehre des Nationalsozialismus in Wissenschaft und Propaganda.* Darmstadt, 1961.
Otto-Ernst Schüddekopf, *Linke Leute von rechts.* Stuttgart, 1960.
Paul Schultze-Naumburg, *Kunst und Rasse.* Munich, 1927.
Hermann Schwarz, *Nationalsozialistische Weltanschauung.* Berlín, 1933.
Joachim Schwierskott, *Arthur Moeller van den Bruck und der revolutionäre Nationalismus in der Weimarer Republik.* Göttingen, 1962.
Kurt Sontheimer, *Antidemokratisches Denken in der Weimarer Republik.* Munich, 1962.
Othmar Spann, *Der wahre Staat.* Leipzig, 1921.
— *Hauptpunkte der universalistischen Staatsauffassung.* Berlín, 1930.

Hacia un partido de masas de clase media

Fritz Croner, *Soziologie der Angestellten.* Colonia-Berlín, 1962.
Ferdinand Fried, *Das Ende des Kapitalismus.* Jena, 1931.
Theodor Geiger, *Die soziale Schichtung des deutschen Volkes.* Stuttgart, 1932.
Albert Krebs, *Tendenzen und Gestalten der NSDAP. Erinnerungen an die Frühzeit der Partei.* Stuttgart, 1959.
Herman Lebovics, *A Socialism for the German Middle Classes, Anticapitalist and Anti-Marxist Social Thought in Germany 1914-1933.* Princeton, 1969.
Joseph A. Schumpeter, *Aufsätze zur Soziologie.* Tübingen, 1953.

El triunfo de 1929

H. P. Bleuel y E. Klinnert, *Deutsche Studenten auf dem Weg ins Dritte Reich.* Gütersloh, 1967.
H. C. Brandenburg, *Die Geschichte der HJ.* Colonia, 1968.
R. Walther Darré, *Das Bauerntum als Lebensquell der nordischen Rasse.* Munich, 1929.
— *Neuadel aus Blut und Boden.* Munich, 1930.

— *Erkenntnisse und Werden,* Aufsätze aus der Zeit vor der Machtergreifung. Goslar, 1940.
Horst Gies, «NSDAP und landwirtschaftliche Organisationen in der Endphase der Weimarer Republik», en *VfZG,* 15 (1967).
Rudolf Heberle, *Landbevölkerung und Nationalsozialismus.* Stuttgart, 1963.
— «Zur Soziologie der nationalsozialistischen Revolution», en *VfZG,* 13 (1965).
Rainer Lepsius, *Extremer Nationalismus. Strukturbedingungen vor der nationalsozialistischen Machtergreifung.* Stuttgart, 1966.
Sten S. Nilson, «Wahlsoziologische Probleme des Nationalsozialismus», en *Zeitschrift für die gesamte Staatswissenschaft,* 110 (1954).
Gerhard Stoltenberg, *Politische Strömungen im schleswig-holsteinischen Landvolk.* Düsseldorf, 1962.

4. LA MARCHA AL PODER

Crisis de la democracia

Waldemar Besson, *Württemberg und die deutsche Staatskrise, 1928-1933.* Stuttgart, 1959.
Karl-Erich Born, *Die deutsche Bankenkrise 1931. Finanzen und Politik.* Munich, 1967.
K. D. Bracher, *Die Auflösung der Weimarer Republik,* 4.ª ed. Villingen, 1964.
Otto Braun, *Von Weimar zu Hitler.* Hamburgo, 1949.
Arnold Brecht, *Vorspiel zum Schweigen. Das Ende der deutschen Republik.* Viena, 1948 (ed. ingl., 1947).
Werner Conze, Hans Raupach (ed.), *Die Staats- und Wirtschaftskrise des Deutschen Reiches 1929/33.* Stuttgart, 1967.
Julius Deutsch (ed.), *Der Faschismus in Europa.* Berlín-Viena, 1929.
Ossip K. Flechtheim, *Die KPD in der Weimarer Republik.* Offenbach, 1948.
André François-Poncet, *Als Botschafter in Berlin, 1931-1938.* Maguncia, 1949.
Wilhelm Grotkopp, *Die grosse Krise.* Düsseldorf, 1954.
Albert Grzesinski, *Inside Germany.* Nueva York, 1939.
Hermann Heller, *Europa und der Faschismus.* Berlín-Leipzig, 1931.
Theodor Heuss, *Erinnerungen 1905-1933.* Tübingen, 1963.
Gotthard Jasper (ed.), *Von Weimar zu Hitler 1930-1933.* Colonia-Berlín, 1968.
Werner Kaltefleiter, *Wirtschaft und Politik in Deutschland.* Colonia-Opladen, 1966.
Wilhelm Keil, *Erlebnisse eines Sozialdemokraten.* Stuttgart, 1948.
Harry Graf Kessler, *Tagebücher 1918-1937.* Francfort del Meno, 1961.
Otto Kirchheimer, *Weimar — und was dann?* Berlín, 1930.
Carl Landauer, Hans Honnegger (ed.), *Internationaler Faschismus.* Karlsruhe, 1928.
Gerhard Leibholz, *Strukturprobleme der modernen Demokratie.* Karlsruhe, 1958.
Rolf E. Lüke, *Von der Stabilisierung zur Krise.* Zurich, 1958.
Erich Matthias, Rudolf Morsey (ed.), *Das Ende der Parteien 1933.* Düsseldorf, 1960.
Otto Meissner, *Staatssekratär unter Ebert-Hindenburg-Hitler.* Hamburgo, 1950.
R. Morsey (ed.), *Protokolle der Reichstagsfraktion und des Fraktionsvorstands der Deutschen Zentrumspartei 1926-1933.* Maguncia, 1969.
Werner E. Mosse (ed.), *Entscheidungsjahr 1932.* Tübingen, 1965.

Sigmund Neumann, *Die Parteien der Weimarer Republik,* nueva ed. Stuttgart, 1965.
Franz von Papen, *Der Wahrheit eine Gasse.* Munich, 1952.
— *Vom Scheitern einer Demokratie.* Maguncia, 1968.
Dieter Petzina, «Hauptprobleme der deutschen Wirtschaftspolitik 1932/33», en *VfZG,* 15 (1967).
Theo Pirker, *Komintern und Faschismus 1920-1940.* Stuttgart, 1965.
Fritz Poetzsch-Heffter, Vom Staatsleben unter der Weimarer Verfassung, III. Teil *(Jahrbuch des öffentlichen Rechts der Gegenwart,* 21), 1934.
Hermann Pünder, *Politik in der Reichskanzlei. Aufzeichnungen aus den Jahren 1929-1932.* Stuttgart, 1961.
Clinton L. Rossiter, *Constitutional Dictatorship.* Princeton, 1948.
Carl Schmitt, *Positionen und Begriffe im Kampf mit Weimar — Genf — Versailles 1923-1939.* Hamburgo, 1940.
— *Verfassungsrechtliche Aufsätze aus den Jahren 1924-1954.* Berlín, 1958.
Karl Schultes, *Die Jurisprudenz zur Diktatur des Reichspräsidenten nach Art. 48 Abs. II der Weimarer Verfassung.* Bonn, 1934.
Gerhard Schulz, «Die grosse Krise in der Zeitgeschichte», en *Neue politische Literatur,* 4 (1959).
Carl Severing, *Mein Lebensweg,* 2 tomos. Colonia, 1950.
Stahlhelm-Handbuch, 4.ª ed. Berlín, 1931.
Friedrich Stampfer, *Die 14 Jahre der ersten Deutschen Republik,* nueva ed. Hamburgo, 1953.
Thilo Vogelsang, *Reichswehr, Staat und NSDAP.* Stuttgart, 1962.
— *Kurt von Schleicher.* Göttingen, 1965.
Der Weg in die Diktatur 1918-1933. Munich, 1963 (ed. ingl., 1966).

La táctica nacionalsocialista antes de la toma del poder

William S. Allen, *The Nazi Seizure of Power: The Experience of a Single German Town 1930-1935.* Chicago, 1965 (ed. alem., 1966).
Edouard Calic, *Ohne Maske. Hitler — Breiting Geheimgespräche 1931.* Francfort del Meno, 1968.
Otto Dietrich, *Mit Hitler in die Macht.* Munich, 1934.
— *Zwölf Jahre mit Hitler.* Munich, 1955.
Max Domarus, *Hitler, Reden und Proklamationen.* Würzburgo, 1962.
Theodor Düsterberg, *Der Stahlhelm und Hitler.* Wolfenbüttel-Hannover, 1949.
Joseph Goebbels, *Vom Kaiserhof zur Reichskanzlei.* Berlín, 1933.
— *Revolution der Deutschen.* Oldenburg, 1933.
— *Signale der neuen Zeit.* Munich, 1934.
— *Der Angriff. Aufsätze aus der Kampfzeit.* Munich, 1935.
Hermann Göring, *Aufbau einer Nation.* Berlín, 1934.
Kunrat von Hammerstein, «Schleicher, Hammerstein und die Machtübernahme 1933», en *Frankfurter Hefte,* 11 (1956).
Theodor Heuss, *Hitlers Weg.* Stuttgart, 1932 (nueva ed., 1968).
Walther Hofer, *Die Diktatur Hitlers bis zum Beginn des Zweiten Weltkrieges.* Constanza, 1959.
Fritz Klein, «Zur Vorbereitung der faschistischen Diktatur durch die deutsche Grossbourgeoisie (1929-1932)», en *Zeitschrift für Geschichtswissenschaft,* 1 (1953).
Heinz Lohmann, *SA räumt auf! Aus der Kampfzeit der Bewegung.* Hamburgo, 1933.

Curzio Malaparte, *Der Staatsstreich.* Leipzig-Viena, 1932.
Hans O. Meissner, Harry Wilde, *Die Machtergreifung.* Stuttgart, 1958.
Ernst-August Roloff, *Bürgertum und Nationalsozialismus.* Hannover, 1961.
Gregor Strasser, *Kampf um Deutschland.* Munich, 1932.
Otto Strasser, *Hitler und ich.* Constanza, 1948.

Consideración de paso: «la «revolución legal»

Albert Diller, *Die Legalität der nationalsozialistischen Revolution.* Erlangen, 1935.
Hermann Mau, Helmut Krausnick, *Deutsche Geschichte der jüngsten Vergangenheit 1933 bis 1945.* Tübingen-Stuttgart, 1956.
Hermann Rauschning, *Gespräche mit Hitler,* 4.ª ed. Zurich-Viena-Nueva York, 1940.
— *Die Revolution des Nihilismus. Ibid.,* 1938.
Gerd Rühle, *Das Dritte Reich.* Berlín, 1933-38.
Frantiszek Ryszka, *Der Staat des Ausnahmezustandes* (ed. polaca). Varsovia, 1964.
Konrad Steinbrink, *Die Revolution Adolf Hitlers.* Berlín, 1934.
Gustav Adolf Walz, *Das Ende der Zwischenverfassung. Betrachtungen zur Entstehung des nationalsozialistischen Staates.* Stuttgart, 1933.

El camino hacia la dictadura

Josef Becker, «Zentrum und Ermächtigungsgesetz», en *VfZG,* 9 (1961).
Max Beloff (ed.), *On the Track of Tyranny.* Londres, 1960.
K. D. Bracher, W. Sauer, G. Schulz, *Die nationalsozialistische Machtergreifung,* 2.ª ed. Colonia-Opladen, 1962.
Hans Buchheim, *Das Dritte Reich.* Munich, 1958.
Rudolf Diels, *Luzifer ante portas. Es spricht der erste Chef der Gestapo.* Stuttgart, 1950.
Die Gesetzgebung des Kabinetts Hitler (ed. por W. Hoche). Berlín, 1933 ss.
Konrad Heiden, *Geburt des Dritten Reiches,* 2.ª ed. Zürich, 1934.
Theodor Heuss, *Die Machtergreifung und das Ermächtigungsgesetz* (ed. por E. Pikart). Tübingen, 1967.
Detlef Junker, *Die deutsche Zentrumspartei und Hitler.* Stuttgart, 1969.
Rudolf Morsey, «Hitlers Verhandlungen mit der Zentrumsführung am 31. Januar 1933», en *VfZG,* 9 (1961).
Fritz Poetzsch-Heffter, Vom deutschen Staatsleben vom 30. Januar bis 31. Dezember 1933 (*Jahrbuch des öffentlichen Rechts der Gegenwart,* 22), 1935.
Ernst Röhm, «SA und deutsche Revolution», en *NS-Monatshefte,* 31 (1933).
Hans Schneider, *Das Ermächtigungsgesetz vom 24. März 1933,* 2.ª ed. Bonn, 1961.
Henning Timpke (ed.), *Dokumente zur Gleichschaltung des Landes Hamburg 1933.* Francfort del Meno, 1964.
Fritz Tobias, *Der Reichstagsbrand, Legende und Wirklichkeit.* Rastatt, 1962.
Eliot B. Wheaton, *Prelude to Calamity. The Nazi Revolution 1933-1935.* Nueva York, 1968.

Sociedad conformada y Estado de partido único

K. O. von Aretin, «Prälat Kaas, Franz von Papen und das Reichskonkordat von 1933», en *VfZG,* 14 (1966).
E. W. Böckenförde, «Der deutsche Katholizismus im Jahre 1933», en *Hochland,* 53-54 (1961-62).
K. D. Bracher, *Nationalsozialistische Machtergreifung und Reichskonkordat,* Wiesbaden, 1956.
Ernst Deuerlein, *Der deutsche Katholizismus 1933.* Osnabrück, 1963.
Henning Duderstädt, *Vom Reichsbanner zum Hakenkreuz.* Stuttgart, 1933.
Lewis J. Edinger, *Sozialdemokratie und Nationalsozialismus.* Hannover, 1960 *(German Exile Politics.* Berkeley, 1956).
— «German Social Democracy and Hitler's National Revolution of 1933», en *World Politics,* 5 (1953).
Leopold Franz, *Die Gewerkschaften in der Demokratie und in der Diktatur.* Karlsbad, 1935.
Josef Furtwängler, *ÖTV. Die Geschichte einer Gewerkschaft.* Stuttgart, 1955.
August Heinrichsbauer, *Schwerindustrie und Politik.* Essen-Kettwig, 1948.
Arno Klönne, *Hitlerjugend. Die Jugend und ihre Organisation im Dritten Reich.* Hannover, 1955.
Günter Opitz, *Der christlich-soziale Volksdienst.* Düsseldorf, 1969.
Konrad Repgen, *Hitlers Machtergreifung und der deutsche Katholizismus.* Saarbrücken, 1967.
Hans-Gerd Schumann, *Nationalsozialismus und Gewerkschaftsbewegung.* Hannover, 1958.
Gerhard Starcke, *NSBO und Deutsche Arbeitsfront.* Berlín, 1934.

5. EL DESARROLLO DEL TERCER REICH

El Estado y el partido

Herbert von Borch, *Obrigkeit und Widerstand, Zur politischen Soziologie des Beamtentums.* Tübingen, 1954.
Martin Broszat, *Der Staat Hitlers, Grundlegung und Entwicklung seiner inneren Verfassung.* Munich, 1969.
Peter Diehl-Thiele, *Partei und Staat im Dritten Reich.* Munich, 1969.
William Ebenstein, *The Nazi State.* Nueva York, 1942.
Jürgen Fijalkowski, *Die Wendung zum Führerstaat.* Colonia-Opladen, 1958.
Ernst Forsthoff, *Der totale Staat.* Hamburgo, 1933.
Ernst Fraenkel, *The Dual State.* Londres-Nueva York, 1941.
Dr. Wilhelm Frick und sein Ministerium, ed. por Hans Pfundtner. Munich, 1937.
Walther Gehl, *Die Jahre I-IV des nationalsozialistischen Staates.* Breslau, 1937.
Hans Gerth, «The Nazi Party: Its Leadership and Composition», en *American Journal of Sociology,* 14 (1940).
Wolfgang Haus, «Staatskommissare und Selbstverwaltung 1930-1933», en *Der Städtetag,* 9 (1956).
Johannes Hohefeld (ed.), *Dokumente der deutschen Politik und Geschichte,* tomos 4 y 5. Berlín, 1954.

Peter Hüttenberger, *Die Gauleiter*. Stuttgart, 1970.
Anton Lingg, *Die Verwaltung der NSDAP*, 4.ª ed. Munich, 1941.
Karl Lohmann, *Hitlers Staatsauffassung*. Berlín, 1933.
Ulf Lükemann, *Der Reichsschatzmeister der NSDAP. Ein Beitrag zur inneren Parteistruktur*. Berlín, 1963.
Hans Mommsen, *Beamtentum im Dritten Reich*. Stuttgart, 1966.
Fritz Morstein Marx, *Government in the Third Reich*. Nueva York-Londres, 1937.
Franz A. Medicus, *Das Reichsministerium des Innern. Geschichte und Aufbau*. Berlín, 1940.
Helmut Mehringer, *Die NSDAP als politische Ausleseorganisation*. Munich, 1938.
Gottfried Neesse, *Partei und Staat*. Hamburgo, 1936.
Helmut Nicolai, *Der Staat im nationalsozialistischen Weltbild*. Leipzig, 1933.
— *Grundlagen der kommenden Verfassung*. Berlín, 1933.
Organisationsbuch der NSDAP, 2.ª ed. Munich, 1937.
Robert Pelloux, *Le parti national-socialiste et ses rapports avec l'état*. París, 1936.
Edward N. Peterson, *The Limits of Hitler's Power*. Princeton, 1969.
Wolfgang Schäfer, *NSDAP, Entwicklung und Struktur der Staatspartei des Dritten Reiches*. Hannover, 1956.
Carl Schmitt, *Staat, Bewegung, Volk*. Hamburgo, 1933.
— «Ein Jahr nationalsozialistischer Verfassungsstaat», en *Deutsches Recht*, 4 (1934).

El Ejército y la Segunda Revolución: culminación del proceso de asalto al poder

Heinrich Bennecke, *Die Reichswehr und der «Röhmputsch»*. Munich, 1964.
Georges Castellan, *Le réarmement clandestin du Reich 1930-1935*. París, 1954.
Moriz von Faber du Faur, *Macht und Ohnmacht. Erinnerungen eines alten Offiziers*. Stuttgart, 1953.
Leo Geyr von Schweppenberg, *Gebrochenes Schwert*. Berlín, 1952.
Adolf Heusinger, *Befehl im Widerstreit*. Tübingen-Stuttgart, 1950.
Hermann Mau, «Die 'zweite Revolution' — der 30. Juni 1934», en *VfZG*, 1 (1953).
Promemoria eines bayerischen Richters zu den Junimorden, en *VfZG*, 5 (1957).
Erich Raeder, *Mein Leben*. Tübingen, 1956.

«Weltanschauung» y proceso de unificación ideológica

Gottfried Benn, *Der neue Staat und die Intellektuellen*. Stuttgart-Berlín, 1933.
Cornelia Berning, *Vom «Abstammungsnachweis» zum «Zuchtwart». Vokabular des Nationalsozialismus*. Berlín, 1964.
Hans Friedrich Blunck, *Unwegsame Zeiten*. Mannheim, 1952.
Margret Boveri, *Wir lügen alle. Eine Hauptstadtzeitung unter Hitler*. Olten, 1965.
Hildegard Brenner, *Die Kunstpolitik des Nationalsozialismus*. Hamburgo, 1963.
Wilhelm Erbt, *Weltgeschichte auf rassischer Grundlage*. Leipzig, 1934.
Erwin Faul, «Hitlers Über-Machiavellismus», en *VfZG*, 2 (1954).
Hans-Jochen Gamm, *Der braune Kult*. Hamburgo, 1962.

— *Führung und Verführung. Pädagogik des Nationalsozialismus.* Munich, 1964.
Rolf Geissler, *Dekadenz und Heroismus. Zeitroman und nationalsozialistische Literaturkritik.* Stuttgart, 1964.
Heinrich Grensemann, *Leitfaden für den Geschäftsbetrieb der Reichskulturkammer.* Berlín, 1937.
Eugen Hadamovsky, *Propaganda und nationale Macht.* Oldenburg, 1933.
Oron J. Hale, *Presse in der Zwangsjacke 1933-1945.* Düsseldorf, 1965 (ed. ingl., 1964).
Heinrich Härtle, *Nietzsche und der Nationalsozialismus.* Munich, 1942.
Walter Hagemann, *Publizistik im Dritten Reich.* Hamburgo, 1948.
Hermann Kesten (ed.), *Deutsche Literatur im Exil.* Munich, 1964.
Victor Klemperer, *LTI (lingua tertii imperii).* Berlín, 1949. Nueva ed.: *Die unbewältigte Sprache.* Darmstadt, 1966.
Deutsche Kultur im Neuen Reich. Wesen, Aufgabe und Ziel der Reichskulturkammer. Berlín, 1934.
Hellmuth Langenbucher, *Nationalsozialistische Dichtung.* Berlín, 1935.
Oskar Loerke, *Tagebücher 1903-1939* (ed. por H. Kasack). Heidelberg-Darmstadt, 1955.
George Mosse, *Nazi Culture.* Nueva York, 1966.
Georg-Wilhelm Müller, *Das Reichsministerium für Volksaufklärung und Propaganda.* Berlín, 1940.
Josef Müller-Blattau, *Germanisches Erbe in deutscher Tonkunst.* Berlín, 1938.
Walter Muschg, *Die Zerstörung der deutschen Literatur.* Berna, 1956.
Josef Nadler, *Nation, Staat, Dichtung.* Munich, 1934.
Julius Petersen, *Die Sehnsucht nach dem Dritten Reich in deutscher Sage und Dichtung.* Stuttgart, 1934.
Heinz Pohle, *Der Rundfunk als Instrument der Politik. Zur Geschichte des deutschen Rundfunks von 1923-1938.* Hamburgo, 1955.
Léon Poliakov y Josef Wulf, *Das Dritte Reich und seine Denker.* Berlín, 1959.
Presse in Fesseln, Eine Schilderung des NS-Pressetrusts. Berlín, 1948.
Paul Ortwin Rave, *Kunstdiktatur im Dritten Reich.* Hamburgo, 1949.
Franz Roh, «*Entartete*» *Kunst. Kunstbarbarei im Dritten Reich.* Hannover, 1962.
Alfred Rosenberg, *Gestaltung der Idee.* Munich, 1936.
Oskar Schlemmer, *Briefe und Tagebücher.* Munich, 1958.
Karlheinz Schmeer, *Die Regie des öffentlichen Lebens im Dritten Reich.* Munich, 1956.
Franz Schonauer, *Deutsche Literatur im Dritten Reich.* Olten, 1961.
Karl Friedrich Schrieber, *Das Recht der Reichskulturkammer.* Berlin, 1935.
Wolfgang Schultz, *Grundgedanken nationalsozialistischer Kulturpolitik.* Munich, 1939.
Paul Schultze-Naumburg, *Rassegebundene Kunst.* Berlín, 1934.
— *Kunst aus Blut und Boden.* Leipzig, 1934.
E. Schwarz, M. Wegner (ed.), *Verbannung. Aufzeichnungen deutscher Schriftsteller im Exil.* Hamburgo, 1964.
Hans-Günther Seraphim, *Das politische Tagebuch Alfred Rosenbergs aus den Jahren 1934/35 und 1939/40.* Göttingen, 1956.
D. Sternberger, G. Storz, W. E. Süskind, *Aus dem Wörterbuch des Unmenschen,* nueva ed. Munich, 1962.
Dietrich Strothmann, *Nationalsozialistische Literaturpolitik,* 2.ª ed. Bonn, 1963.
Verboten und verbrannt, Deutsche Literatur, 12 Jahre unterdrückt, ed. por R. Drews y A. Kantorowicz. Berlín-Munich, 1947.
Guido Waldmann, *Rasse und Musik.* Berlín, 1939.

Joseph Wulf, *Die bildenden Künste im Dritten Reich.* Gütersloh, 1963.
— *Musik im Dritten Reich.* Gütersloh, 1964.
— *Presse und Funk im Dritten Reich.* Gütersloh, 1964.
— *Literatur und Dichtung im Dritten Reich.* Gütersloh, 1963.
— *Theater und Film im Dritten Reich.* Gütersloh, 1964.
Z. A. B. Zeman, *Nazi-Propaganda.* Oxford, 1964.

La nueva educación y la nueva ciencia

Alfred Bäumler, *Männerbund und Wissenschaft.* Berlín, 1934.
— *Politik und Erziehung.* Berlín, 1937.
Ewald Banse, *Wehrwissenschaft. Einführung in eine neue nationale Wissenschaft.* Leipzig, 1933.
Hajo Bernett, *Nationalsozialistische Leibeserziehung.* Schorndorf, 1966.
Humanistische Bildung im nationalsozialistischen Staate. Leipzig-Berlín, 1933.
Max Hildebert Böhm, *Volkstheorie als politische Wissenschaft.* Jena, 1934.
Deutsches Geistesleben und Nationalsozialismus. Tübingen, 1965.
Nationalsozialismus und die deutsche Universität. Berlín, 1966.
Die deutsche Universität im Dritten Reich. Munich, 1966.
Rolf Eilers, *Nationalsozialistische Schulpolitik.* Colonia-Opladen, 1963.
Christian von Ferber, *Die Entwicklung des Lehrkörpers der deutschen Universitäten und Hochschulen 1864-1954.* Göttingen, 1956.
Andreas Feickert, *Studenten greifen an. Nationalsozialistische Hochschulreform.* Hamburgo, 1934.
Walter Frank, Deutsche Wissenschaft und Judenfrage, en *Forschungen zur Judenfrage.* Hamburgo, 1941.
Hans Freyer, *Das politische Semester. Ein Vorschlag zur Universitätsreform.* Jena, 1933.
Gerhardt Giese, *Staat und Erziehung.* Hamburgo, 1933.
Wilhelm Glungler, *Theorie der Politik, Grundlehren einer Wissenschaft von Volk und Staat.* Munich-Leipzig, 1939.
E. J. Gumbel (ed.), *Freie Wissenschaft.* Estrasburgo, 1938.
Edward Y. Hartshorne, *The German Universities and National Socialism.* Cambridge, Mass., 1937.
Joachim Haupt, *Neuordnung im Schulwesen und Hochschulwesen.* Berlín, 1933.
Helmut Heiber, *Walter Frank und sein Reichsinstitut für Geschichte des Neuen Deutschland.* Stuttgart, 1966.
Friedrich Hiller (ed.), *Deutsche Erziehung im neuen Staat.* Langensalza-Berlín, 1934.
Paul E. Kahle, *Bonn University in Pre-Nazi and Nazi Times.* Londres, 1945.
Dietrich Klagges, *Geschichtsunterricht als nationalpolitische Erziehung.* Francfort del Meno, 1936.
Ernst Krieck, *Nationalpolitische Erziehung,* 8.ª ed. Leipzig, 1933.
Hans Naumann, *Wandlung und Erfüllung.* Stuttgart, 1934.
Albrecht Götz von Olenhusen, «Die 'nichtarischen' Studenten an den dutschen Hochschulen», en *VfZG,* 14 (1966).
Dietrich Orlow, «Die Adolf Hitler-Schulen», en *VfZG,* 13 (1965).
Alfred Rosenberg, *Weltanschauung und Wissenschaft.* Munich, 1936.
Hermann Schaller, *Die Schule im Staate Adolf Hitlers.* Breslau, 1935.
Baldur von Schirach, *Die Pioniere des Dritten Reiches.* Essen, 1933.
— *Revolution der Erziehung.* Munich, 1938.
Helmut Seier, «Der Rektor als Führer», en *VfZG,* 12 (1964).

Harald Scholtz, «Die 'NS-Ordensburgen'», en *VfZG*, 15 (1967).
Horst Ueberhorst, *Elite für die Diktatur. Die Nationalpolitischen Erziehungsanstalten 1933-1945*. Düsseldorf, 1969.
Werner Wallowitz, *Deutschland, nur Deutschland, nichts als Deutschland, Grundriss einer deutschen Staatsbürgerkunde*. Leipzig, 1933.
Karl F. Werner, *Das NS-Geschichtsbild und die deutsche Geschichtswissenschaft*. Stuttgart, 1967.
Kurt Zierold, *Forschungsförderung in drei Epochen*. Wiesbaden, 1968.

La «élite» nacionalsocialista

Josef Ackermann, *Himmler als Ideologe*. Göttingen, 1970.
Werner T. Angress, Bradley F. Smith, «Diaries of Heinrich Himmler's Early Years», en *Journal of Modern History*, 31 (1959).
François Bayle, *Psychologie et éthique du nationalsozialism, Étude antropologique des dirigeants SS*. París, 1953.
James Ensor, *Rudolf Hess*. Londres, 1962.
Joachim Fest, *Das Gesicht des Dritten Reiches*. Munich, 1963.
Das deutsche Führerlexikon 1933-34. Berlín, 1934.
G. M. Gilbert, *Nürnberger Tagebuch*. Francfort, 1963 (ed. ingl., 1947).
Hermann Göring, *Reden und Aufsätze*. Munich, 1941.
Helmut Heiber, *Joseph Goebbels*. Berlín, 1962.
— (ed.), *Reichsführer. Briefe an und von Himmler*. Stuttgart, 1968.
Robert M. W. Kempner, *Das Dritte Reich im Kreuzverhör*. Munich y Esslingen, 1969.
Harold D. Laswell, «The Psychology of Hitlerism», en *Political Quarterly*, 4 (1933).
Daniel Lerner, *The Nazi Elite*. Stanford, 1951.
Roger Manvell, Heinrich Fraenkel, *Hermann Göring*. Londres, 1962.
Alfred Rosenberg, *Letzte Aufzeichnungen*. Göttingen, 1955.
Albert Speer, *Erinnerungen*. Berlín, 1969.
Rudolf Vierhaus, «Faschistisches Führertum», *Historische Zeitschrift*, 198 (1965).
Josef Wulf, *Martin Bormann, Hitlers Schatten*. Gütersloh, 1962.
Wolfgang Zapf, *Wandlungen der deutschen Elite*. Munich, 1965.

6. POLITICA EXTERIOR: ENTRE LA REVISION Y LA EXPANSION

Táctica y objetivos en transición

Charles Bloch, *Hitler und die europäischen Mächte 1933/34*. Francfort del Meno, 1966.
K. D. Bracher, «Das Anfangsstadium der Hitlerschen Aussenpolitik», en *VfZG*, 5 (1957).
Fritz Dickmann, «Machtwille und Ideologie in Hitlers aussenpolitischen Zielsetzungen vor 1933», en *Festschrift Max Braubach*. Münster, 1964.
Documents on British Foreign Policy 1919-1939. Londres, 1949 ss.
Documents on German Foreign Policy 1918-1945 = *Akten zur Deutschen Auswärtigen Politik 1918-1945* (1950 ss.).

Die Erhebung der österreichischen Nationalsozialisten im Juli 1934. Francfort del Meno, 1965.
Brigitte Granzow, *A Mirror of Nazism. British Opinion and the Emergence of Hitler 1929-1933.* Londres, 1964.
Walter Goldinger, Adam Wandruszka, en *Geschichte der Republik Österreich,* ed. por H. Benedikt. Munich, 1954.
Felix Gilbert, «Mitteleuropa — The Final Stage», en *Journal of Central European Affairs,* 7 (1947).
Hitlers zweites Buch, ed. por G. Weinberg. Stuttgart, 1961.
Klaus Hildebrand, *Vom Reich zum Weltreich, Hitler, NSDAP und Koloniale Frage 1919-1945.* Munich, 1969.
Karol Lapser, *Der Pakt Pilsudski-Hitler* (ed. polaca). Varsovia, 1962.
Rudolf Nadolny, *Mein Beitrag.* Wiesbaden, 1955.
Karlheinz Niclauss, *Die Sowjetunion und Hitlers Machtergreifung.* Bonn, 1966.
Friedrich von Prittwitz und Gaffron, *Zwischen Petersburg und Washington. Ein Diplomatenleben.* Munich, 1952.
Karl Renner, *Österreich von der ersten zur zweiten Republik.* Viena, 1953.
E. M. Robertson, *Hitler's Pre-War Policy and Military Plans.* Londres, 1963.
Hans Roos, *Polen und Europa.* Tübingen, 1957.
Dieter Ross, *Hitler und Dollfuss. Die deutsche Österreichpolitik 1933-34.* Hamburgo, 1966.
Alfred Rosenberg, *Der Zukunftsweg der deutschen Aussenpolitik.* Munich, 1927.
Paul Schmidt, *Statist auf diplomatischer Bühne 1923-1945.* Bonn, 1950.
Wolf W. Schmokel, *Dream of Empire. German Colonialism 1919-1945.* New Haven, 1964.
Ekkehart Storitz, *Die West-Ostbewegung in der deutschen Geschichte. Ein Versuch zur Geopolitik Deutschlands.* Breslau, 1935.
Hugh R. Trevor-Roper, «Hitlers Kriegsziele», en *VfZG,* 8 (1960).
Elizabeth Wiskemann, *Europe of the Dictators 1919-1945.* Londres, 1966.

Penetración en la política internacional

K. D. Bracher, *Zusammenbruch des Versailler Systems und zweiter Weltkrieg* (Propyläen-Weltgeschichte, tomo 9). Berlín, 1960.
Max Braubach, *Der Einmarsch deutscher Truppen in die entmilitarisierte Zone am Rhein im März 1936.* Colonia-Opladen, 1956.
Gordon Craig, Felix Gilbert (ed.), *The Diplomats.* Princeton, 1953.
Das Dritte Reich und Europa. Munich, 1957.
Germany in the Third Reich, As Seen by Anglo-Saxon Writers. Francfort del Meno, 1936.
Leo Geyr von Schweppenburg, *Erinnerungen eines Militärattachés. London 1933-1937.* Stuttgart, 1949.
Brigitte Granzow, *A Mirror of Nazism. British Opinion and the Emergence of Hitler 1929-1933.* Londres, 1964.
Helmut Hirsch, *Die Saar von Genf.* Bonn, 1954.
Samuel Hoare, *Neun bewegte Jahre. Englands Weg nach München.* Düsseldorf, 1955.
Wolfgang Malanowski, «Das deutsch-engliche Flottenabkommen vom 15. Juli 1935 als Ausgangspunkt für Hitlers doktrinäre Bündnispolitik», en *Wehrwissenschaftliche Rundschau,* 5 (1955).

Theo Sommer, *Deutschland und Japan zwischen den Mächten 1935-1940, Vom Antikominternpakt zum Dreimächtepakt.* Tübingen, 1964.
Hugh Thomas, *Der spanische Bürgerkrieg.* Berlín, 1961.
D. C. Watt, «The Anglo-German Naval Agreement of 1935», en *Journal of Modern History,* 28 (1956).

Los preparativos de la expansión

J. W. Brügel, *Tschechen und Deutsche 1918-1938.* Munich, 1967.
Boris Celovsky, *Das Münchener Abkommen 1938.* Stuttgart, 1958.
Herbert von Dirksen, *Moskau, Tokio, London.* Stuttgart, 1949.
Ulrich Eichstädt, *Von Dollfuss zu Hitler.* Wiesbaden, 1955.
Keith Eubank, *Munich.* Norman (Oklahoma), 1963.
Keith Feiling, *The Life of Neville Chamberlain.* Londres, 1946.
Hermann Foertsch, *Schuld und Verhängnis. Die Fritschkrise im Frühjahr 1938 als Wendepunkt in der Geschichte der nationalsozialistischen Zeit.* Stuttgart, 1951.
Jürgen Gehl, *Austria, Germany and the Anschluss 1931-1938.* Londres, 1963.
Martin Gilbert, Richard Gott, *Der gescheiterte Frieden. Europa 1933-1939.* Stuttgart, 1964 (ed. ingl., 1963).
Friedrich Hossbach, *Zwischen Wehrmacht und Hitler 1934-1938.* Wolfenbüttel-Hannover, 1949.
Lájos Kerekes, *Anschluss 1938. Österreich und die internationale Diplomatie 1933-1938.* Budapest, 1963.
Ralf R. Koerner, *So haben sie es damals gemacht. Die Propagandavorbereitung zum Österreich-Anschluss durch das Hitlerregime 1933-1938.* Viena, 1958.
Francis Loewenheim, *Peace or Appeasement? Hitler, Chamberlain and the Munich Crisis.* Boston, 1965.
Henri Noguères, *Munich ou la drôle de paix.* París, 1963.
Helmuth Rönnefahrt, *Die Sudetenkrise in der internationalen Politik.* Wiesbaden, 1961.
Gordon Brook Shepherd, *Der Anschluss.* Graz, 1963.
D. Wagner, G. Tomkowitz, *Ein Volk, ein Reich, ein Führer. Der Anschluss Österreichs 1938.* Munich, 1968.
Berndt-Jürgen Wendt, *Appeasement 1938.* Francfort del Meno, 1966.
— *München 1938.* Francfort del Meno, 1965.
John W. Wheeler-Bennett, *Munich. Prologue to Tragedy,* nueva ed. Nueva York, 1963.
Elizabeth Wiskemann, *The Rome-Berlin Axis,* nueva ed. Londres, 1966.

Camino de la guerra

Max Braubach, *Hitlers Weg zur Verständigung mit Russland im Jahre 1939.* Colonia-Opladen, 1960.
Alan Bullock, *Hitler and the Origins of the Second World War.* Oxford, 1967.
Carl Jacob Burckhardt, *Meine Danziger Mission 1937-39.* Munich, 1960.
Ludwig Denne, *Das Danzig-Problem in der deutschen Aussenpolitik 1934-1939.* Bonn, 1959.
Soviet Documents on Foreign Policy, tomo III (1933-1945). Londres-Nueva York, 1953.
Neville Henderson, *Failure of a Mission.* Londres, 1940.

Gustav Hilger, *Wir und der Kreml, Deutsch-sowjetische Beziehungen 1918-1941.* Francfort-Berlín, 1956.
Walther Hofer, *Die Entfesselung des Zweiten Weltkrieges,* nueva ed. Francfort del Meno, 1964.
Gotthard Jasper, «Über die Ursachen des zweiten Weltkrieges», en *VfZG,* 10 (1962).
Helmut Metzmacher, «Deutsch-englische Ausgleichsbemühungen im Sommer 1939», en *VfZG,* 14 (1966).
Nazi-Soviet Relations 1939-1941. Washington, 1948 (ed. alem., Tübingen, 1949).
François Perroux, *Des mythes Hitlériens à l'Europe Allemande,* 2.ª ed. París, 1940.
John L. Snell (ed.), *The Outbreak of the Second World War.* Boston, 1962.
Rudi Strauch, *Sir Neville Henderson.* Bonn, 1959.
A. J. P. Taylor, *Die Ursprünge des zweiten Weltkrieges.* Gütersloh, 1962 (edición ingl., 1961).
Wilhelm Treue, «Rede Hitlers vor der deutschen Presse» (10 de nov. de 1938), en *VfZG,* 6 (1958).

Estructura de la política exterior nacionalsocialista

Dusan Biber, *Nacizan in nemci v jugoslaviji 1933-1941.* Lubljana, 1966.
Martin Broszat, «Faschismus und Kollaboration in Ostmitteleuropa», en *VfZG,* 14 (1966).
Emil Ehrich, *Die Auslands-Organisation der NSDAP.* Berlín, 1937.
Hans-Adolf Jacobsen, *Nationalsozialistische Aussenpolitik 1933-1938.* Francfort del Meno, 1968.
Louis de Jong, *Die deutsche fünfte Kolonne im Weltkrieg.* Stuttgart, 1959.
Günther Lachmann, *Der Nationalsozialismus in der Schweiz 1931-1945.* Berlín, 1962.
Joachim Leuschner, *Volk und Raum. Zum Stil der nationalsozialistischen Aussenpolitik.* Göttingen, 1958.
Joachim von Ribbentrop, *Zwischen London und Moskau. Erinnerungen und letzte Aufzeichnungen.* Leoni, 1953.
Hans von Rimscha, «Zur Gleichschaltung der deutschen Volksgruppen durch das Dritte Reich», en *HZ,* 182 (1956).
Das grenzdeutsche Schrifttum. Ein bibliographisches Verzeichnis. Berlín, 1933.
Robert Strausz-Hupé, *Geopolitics: The Struggle for Space and Power.* Nueva York, 1942.
Paul Seabury, *Die Wilhelmstrasse. Geschichte der deutschen Diplomatie 1930-1945.* Francfort del Meno, 1956 (ed. ingl., 1954).
Ernst von Weizsäcker, *Erinnerungen.* Munich, 1950.

7. MOVILIZACION INTERNA Y OPOSICION

Cambio económico y social

Charles Bettelheim, *L'économie allemande sous le nazisme.* París, 1946.
Justus Beyer, *Die Ständeideologien der Systemzeit und ihre Überwindung.* Darmstadt, 1941.

Friedrich Bülow, *Der deutsche Ständestaat.* Leipzig, 1934.
René Dubail, *Une experience d'économie dirigée: L'Allemagne national-socialiste.* París, 1962.
René Erbe, *Die nationalsozialistische Wirtschaftspolitik 1933-1939 im Lichte der modernen Theorie.* Zürich, 1958.
Ingeborg Esenwein-Rothe, *Die Wirtschaftsverbände von 1933 bis 1945.* Berlín, 1965.
Gottfried Feder, *Kampf gegen die Hochfinanz,* 6.ª ed. Munich, 1935.
Max Frauendorfer, *Der ständische Gedanke im Nationalsozialismus.* Munich, 1932.
Ferdinand Fried, *Die soziale Revolution.* Leipzig, 1942.
Else Frobenius, *Die Frau im Dritten Reich.* Berlín, 1933.
Alexander Gerschenkron, *Bread and Democracy in Germany.* Berkeley, 1943.
Richard Grunberger, *A Social History of the Third Reich.* Londres, 1971.
A. R. L. Gurland, O. Kirchheimer, F. Neumann, *The Fate of Small Business in Nazi Germany.* Washington, 1943.
Karl Guth, *Die Reichsgruppe Industrie.* Berlín, 1941.
C. W. Guillebaud, *The Social Policy of Nazi Germany.* Cambridge, 1942.
Günther Hase, *Der Werdegang des Arbeitsdienstes.* Berlín-Leipzig, 1940.
Achim Holtz, *Nationalsozialistische Arbeitspolitik.* Würzburg, 1938.
T. W. Mason, «Labour in the Third Reich 1933-1939», en *Past and Present,* 33 (abril de 1966).
F. Meystre (ed.), *Sozialismus, wie ihn der Führer sieht.* Munich, 1935.
Burton H. Klein, *Germany's Economic Preparations for War.* Cambridge, Mass., 1959.
Gerhard Kroll, *Von der Weltwirtschaftskrise zur Staatskonjunktur.* Berlín, 1958.
Emil Lederer, *State of the Masses. The Threat of the Classless Society.* Nueva York, 1940.
Gerhard Meinck, *Hitler und die deutsche Aufrüstung 1933-1937.* Wiesbaden, 1957.
Alan S. Milward, *Die deutsche Kriegswirtschaft 1939-1945.* Stuttgart, 1966 (ed. ingl., 1965).
Karl Valentin Müller, *Aufstieg des Arbeiters durch Rasse und Meisterschaft.* Munich, 1935.
Willy Müller, *Das soziale Leben im neuen Deutschland unter besonderer Berücksichtigung der Deutschen Arbeitsfront.* Berlín, 1938.
Organisation der Deutschen Arbeitsfront und der NS-Gemeinschaft Kraft durch Freude. Berlín-Leipzig, 1934.
Dieter Petzina, *Autarkiepolitik im Dritten Reich. Der nationalsozialistische Vierjahresplan.* Stuttgart, 1968.
Hjalmar Schacht, *76 Jahre meines Lebens.* Bad Wörishofen, 1953.
David Schoenbaum, *Die braune Revolution.* Colonia-Berlín, 1968 (ed. ingl., 1966).
Arthur Schweitzer, «Die wirtschaftliche Wiederaufrüstung Deutschlands von 1934-1936», en *Zs. f. d. ges. Staatswiss.,* 114 (1958).
— «Organisierter Kapitalismus und Parteidiktatur 1933-1936», en *Schmollers Jahrbuch,* 79 (1959).
— *Big Business in the Third Reich.* Bloomington, 1964.
Werner Sombart, *Deutscher Sozialismus.* Berlín, 1934.
Gustav Stolper, *Deutsche Wirtschaft 1870-1940.* Stuttgart, 1950.
Rudolf Stucken, *Deutsche Geld- und Kreditpolitik 1914-1953,* 2.ª ed. Tübingen, 1953.

Werner Sörgel, *Metallindustrie und Nationalsozialismus.* Francfort del Meno, 1965.
Wilhelm Treue, «Hitlers Denkschrift zum Vierjahresplan 1936», en *VfZG,* 3 (1955).
Heinrich Uhlig, *Die Warenhäuser im Dritten Reich.* Colonia-Opladen, 1956.

El principio caudillista y el Estado

Der Beamte im Geschehen der Zeit. Berlín, 1936.
Georg Dahm, Friedrich Schaffstein, *Methode und System des neuen Strafrechts.* Berlín, 1937.
Hans Frank, Heinrich Himmler, Werner Best, Reinhard Höhn, *Grundfragen der deutschen Polizei.* Hamburgo, 1937.
Willy Hoppe, *Die Führerpersönlichkeit in der deutschen Geschichte.* Berlín, 1934.
Ernst Rudolf Huber, *Verfassungsrecht des Grossdeutschen Reiches.* Hamburgo, 1939.
Otto Koellreuther, *Der deutsche Führerstaat.* Tübingen, 1934.
— *Volk und Staat in der Weltanschauung des Nationalsozialismus.* Berlín, 1935.
Ludwig Leiss, *Grossdeutsches Abstammungsrecht.* Berlín-Leipzig-Viena, 1943.
Helmut Nicolai, *Die rassengesetzliche Rechtslehre.* Munich, 1934.
Die Rechtsentwicklung der Jahre 1933 bis 1935/36 *(Handwörterbuch der Rechtswissenschaft,* VIII). Berlín-Leipzig, 1937.
Friedrich Schaffstein, *Politische Strafrechtswissenschaft.* Hamburgo, 1934.
Hubert Schorn, *Der Richter im Dritten Reich.* Francfort del Meno, 1959.
Ilse Staff, *Justiz im Dritten Reich.* Francfort del Meno, 1964.
F. K. Suren y W. Loschelder, *Die Deutsche Gemeindeordnung vom 30. Januar 1935,* 2 tomos. Berlín, 1940.
Deutsches Verwaltungsrecht, ed. por Hans Frank. Munich, 1937.
Hermann Weinkauff, Albrecht Wagner, *Die deutsche Justiz und der Nationalsozialismus.* Stuttgart, 1968.

Terror y totalitarismo: el desarrollo del Estado de las SS

Werner Best, *Die deutsche Polizei,* 2.ª ed. Darmstadt, 1941.
Hans Buchheim, *Anatomie des SS-Staates,* tomo I. Olten-Freiburgo, 1965.
— «Die SS in der Verfassung des Dritten Reiches», en *VfZG,* 3 (1955).
— *SS und Polizei im NS-Staat.* Duisdorf/Bonn, 1964.
Jacques Delarue, *Geschichte der Gestapo.* Düsseldorf, 1964.
Otto Geigenmüller, *Die politische Schutzhaft im nationalsozialistischen Deutschland.* Würzburgo, 1937.
Enno Georg, *Die wirtschaftlichen Unternehmungen der SS.* Stuttgart, 1963.
A. Gütt, E. Rüdin, F. Ruttke, *Gesetz zur Verhütung erbkranken Nachwuchses vom 14. Juli 1933.* Munich, 1934.
A. Gütt, H. Linden, F. Massfeller, *Blutschutz- und Ehegesundheitsgesetz.* Munich, 1936.
Walter Haensch, *Der organisatorische Weg zur einheitlichen Reichspolizei seit 1933.* Berlín, 1939.
Heinz Höhne, *Der Orden unter dem Totenkopf.* Gütersloh, 1967.
Felix Kersten, *Totenkopf und Treue.* Hamburgo, 1952.

Eugen Kogon, *Der SS-Staat*. Francfort del Meno, 1946.
Wolfgang Langhoff, *Die Moorsoldaten. 13 Monate Konzentrationslager*. Zürich, 1935.
Ermenhild Neusüss-Hunkel, *Die SS*. Hannover, 1956.
Karl O. Paetel, «Geschichte und Soziologie der SS», en *VfZG*, 2 (1954).
Gerhard Seger, *Oranienburg. Erster authentischer Bericht eines aus dem Konzentrationslager Geflüchteten*. Karlsbad, 1934.

Persecución y privación de derechos

K. J. Ball-Kaduri, *Das Leben der Juden in Deutschland im Jahre 1933*. Francfort del Meno, 1963.
Bruno Blau, *Das Ausnahmerecht für die Juden in den europäischen Ländern 1933-1945*. Nueva York, 1952.
Martin Broszat, Konzentrationslager *(Anatomie des SS-Staates,* tomo 2). Olten-Freiburgo, 1965.
Helmut Genschel, *Die Verdrängung der Juden aus der Wirtschaft im Dritten Reich*. Göttingen, 1966.
Hermann Graml, *Der 9. November 1938, «Reichskristallnacht»*. Bonn, 1953.
Helmut Heiber, «Der Fall Grünspan», en *VfZG*, 5 (1957).
Lionel Kochan, *Pogrom 10 November 1938*. Londres, 1957.
Helmut Krausnick, Judenverfolgung *(Anatomie des SS-Staates,* tomo 2). Olten-Freiburgo, 1965.
Hans Lamm, *Die innere und äussere Entwicklung des Judentums im Dritten Reich*. Erlangen, 1951.
Bernhard Lösener, F. A. Knost, *Die Nürnberger Gesetze*, 3.ª ed. Berlín, 1939.
B. Lösener, «Das Reichsministerium des Innern und die Judengesetzgebung», en *VfZG*, 9 (1961).
Persecution and Resistance under the Nazis (ed. por Wiener Library), 2.ª ed. Londres, 1960.
Léon Poliakov y Josef Wulf, *Das Dritte Reich und die Juden*. Berlín, 1955.
Werner Rosenstock, «Jewish Emigration from Germany», en *Publications of the Leo Baeck Institute*, Year Book I. Londres, 1956.
Wolfgang Scheffler, *Judenverfolgung im Dritten Reich*. Berlín, 1964.
Gerhard Schoenberner (ed.), *Wir haben es gesehen. Augenzeugenberichte über Terror und Judenverfolgung im Dritten Reich*. Hamburgo, 1962.
Ernst Simon, *Aufbau im Untergang. Jüdische Erwachsenenbildung im nationalsozialistischen Deutschland als geistiger Widerstand*. Tübingen, 1959.
Wilhelm Stuckart y Hans Globke, *Reichsbürgergesetz, Blutschutzgesetz und Ehegesundheitsgesetz*. Munich-Berlín, 1936.

La izquierda y los problemas de la oposición

Karl Heinz Abshagen, *Canaris, Patriot und Weltbürger*. Stuttgart, 1954.
James Donohoe, *Hitler's Conservative Opponents in Bavaria 1930-1945*. Leiden, 1961.
Dieter Ehlers, *Technik und Moral einer Verschwörung*. Francfort, 1964.
Helmut Esters, Hans Pelger, *Gewerkschaften im Widerstand*. Hannover, 1967.
Zur Geschichte der deutschen antifaschistischen Widerstandsbewegung, 1933-1945. Berlín, 1957.
Kurt R. Grossmann, *Die unbesungenen Helden*. Berlín, 1957.

Jochen Klepper, *Unter dem Schatten Deiner Flügel* (ed. por H. Klepper). Stuttgart, 1956.
Kurt Klotzbach, *Gegen den Nationalsozialismus. Widerstand und Verfolgung in Dortmund 1930-1945.* Hannover, 1969.
Arno Klönne, *Gegen den Strom. Bericht über den Jugendwiderstand im Dritten Reich.* Hannover, 1957.
Otto Kopp (ed.), *Widerstand und Erneuerung.* Stuttgart, 1966.
Annedore Leber, Willy Brandt, K. D. Bracher, *Das Gewissen steht auf.* Berlín, Francfort del Meno, 1954.
Leber-Brandt-Bracher, *Das Gewissen entscheidet,* 1957.
Julius Leber, *Ein Mann geht seinen Weg.* Berlín, 1952.
Gerhard Leibholz, *Politics and Law.* Leiden, 1965.
Werner Link, *Die Geschichte des Internationalen Jugendbundes (IJB) und des Internationalen Sozialistischen Kampfbundes (ISK).* Meisenheim, 1964.
E. Matthias, W. Link, *Mit dem Gesicht nach Deutschland. Eine Dokumentation über die sozialdemokratische Emigration.* Düsseldorf, 1968.
Erich Matthias, *Sozialdemokratie und Nation.* Stuttgart, 1952.
Max Miller, *Eugen Bolz, Staatsmann und Bekenner.* Stuttgart, 1951.
Rudolf Pechel, *Deutscher Widerstand.* Erlenbach-Zürich, 1947.
Terence Prittie, *Deutsche gegen Hitler.* Tübingen, 1965.
Gerhard Ritter, *Carl Goerdeler und die deutsche Widerstandsbewegung,* Stuttgart, 1954.
Hans Rothfels, *Die deutsche Opposition gegen Hitler,* nueva ed. Francfort del Meno, 1958.
Manfred Schlösser (ed.), *An den Wind geschrieben. Lyrik der Freiheit 1933-1945.* Darmstadt, 1961.
Bernhard Vollmer, *Volksopposition im Polizeistaat.* Stuttgart, 1957.
Günther Weisenborn, *Der lautlose Aufstand.* Hamburgo, 1953.
Manfred Weissbecker, *Gegen Faschismus und Kriegsgefahr, Ein Beitrag zur Geschichte der KPD in Thüringen 1933-1935.* Erfurt, 1967.
Der deutsche Widerstand gegen Hitler. Vier historisch-kritische Studien von H. Graml, H. Mommsen, H. J. Reichhardt, E. Wolf. Colonia, 1966.
Otto Winzer, *Zwölf Jahre Kampf gegen Faschismus und Krieg. Ein Beitrag zur Geschichte der KPD 1933 bis 1945,* 2.ª ed. Berlín, 1955.

Las Iglesias y la oposición

Konrad Ackermann, *Der Widerstand der Monatsschrift Hochland gegen den Nationalsozialismus.* Munich, 1965.
Karl Barth, *Theologische Existenz heute.* Munich, 1933.
Die zweite Bekenntnissynode der Deutschen Evangelischen Kirche zu Dahlem. Göttingen, 1958.
Eberhard Bethge, *Dietrich Bonhoeffer.* Munich, 1967.
Dietrich Bonhoeffer, *Gesammelte Schriften,* 4 tomos (ed. E. Bethge). Munich, 1959 ss.
Johann Bielfeldt, *Der Kirchenkampft in Schleswig-Holstein 1933-45.* Göttingen, 1964.
Gerhart Binder, *Irrtum und Widerstand.* Munich, 1968.
Hans Buchheim, *Glaubenskrise im Dritten Reich.* Stuttgart, 1953.
Theodor Dipper, *Die evangelische Bekenntnisgemeinschaft in Württemberg.* Göttingen, 1966.
Michael Faulhaber, *Judentum, Christentum, Germanentum.* Munich, 1934.

Joachim Gauger, *Chronik der Kirchenwirren*. Elberfeld, 1934.
Karl-Heinz Götte, *Die Propaganda der Glaubensbewegung «Deutsche Christen»*. Munich, 1957.
Heinrich Grüber, *Erinnerungen aus sieben Jahrzehnten*. Colonia-Berlín, 1968.
Waldemar Gurian, *Der Kampf um die Kirche im Dritten Reich*. Lucerna, 1936.
Paul Gürtler, *Nationalsozialismus und evangelische Kirche im Warthegau*. Göttingen, 1958.
G. Harder, W. Niemöller, *Die Stunde der Versuchung. Gemeinden im Kirchenkampf 1933 bis 1945*. Munich, 1963.
Werner Haugg, *Das Reichsministerium für die kirchlichen Angelegenheiten*. Berlín, 1940.
Heinrich Hermelink, *Kirche im Kampf*. Stuttgart, 1950.
Emanuel Hirsch, *Das kirchliche Wollen der Deutschen Christen*. Berlín, 1933.
Kirchliches Jahrbuch für die evangelische Kirche in Deutschland 1933-1944 (ed. J. Beckmann). Gütersloh, 1948.
Benedicta M. Kempner, *Priester vor Hitlers Tribunalen*. Munich, 1966.
Eberhard Klügel, *Die lutherische Landeskirche Hannovers und ihr Bischof 1935-1945*. Berlín, 1964.
Karl Kupisch, *Zwischen Idealismus und Massendemokratie. Eine Geschichte der evangelischen Kirche in Deutschland von 1815-1945*. Berlín, 1955.
Guenter Lewy, *The Catholic Church and Nazi Germany*. Nueva York, 1964 (ed. alem., 1965).
Joseph Lortz, *Katholischer Zugang zum Nationalsozialismus, kirchengeschichtlich gesehen*. Münster, 1933.
Wilhelm Lucken, *Kampf, Behauptung und Gestalt der Evangelischen Landeskirche Nassau-Hessen*. Göttingen, 1963.
Alfred Müller, *Die neugermanischen Religionsbildungen der Gegenwart*. Bonn, 1934.
Hans Müller, *Katholische Kirche und Nationalsozialismus*. Munich, 1963.
Wilhelm Niemöller, *Die Evangelische Kirche im Dritten Reich. Handbuch des Kirchen-Kampfes*. Bielefeld, 1956.
Heinrich Portmann, *Kardinal von Galen*. Münster, 1950.
Prophetien wider das Dritte Reich. Munich, 1946.
Karl Friedrich Reimers, *Lübeck im Kirchenkampf des Dritten Reiches*. Göttingen, 1965.
Emil Ritter, *Der Weg des politischen Katholizismus in Deutschland*. Breslau, 1934.
Alfred Rosenberg, *Weltanschauung und Glaubenslehre*. Halle/S., 1939.
Michael Schmaus, *Begegnungen zwischen katholischem Christentum und nationalsozialistischer Weltanschauung*. Regensburgo, 1933.
Kurt Dietrich Schmidt, *Die Bekenntnisse und Grundsätzlichen Äusserungen zur Kirchenfrage 1933-1935*, 3 tomos. Göttingen, 1934-1936.
Klaus Scholder, «Die evangelische Kirche in der Sicht der nationalsozialistischen Führung bis zum Kriegsausbruch», en *VfZG*, 16 (1968).
Bernhard Stasiewski, «Die Kirchenpolitik der Nationalsozialisten im Warthegau 1939-1945», en *VfZG*, 7 (1959).
Franz Täschner, *Der Totalitätsanspruch des Nationalsozialismus und der deutsche Katholizismus*. Münster, 1934.
Texte zur Geschichte des Pfarrernotbundes, ed. por W. Niemöller. Berlín, 1958.

Ludwig Volk, *Der bayerische Episkopat und der Nationalsozialismus 1930-1934*. Maguncia, 1965.
Theophil Wurm, *Erinnerungen aus meinem Leben*. Stuttgart, 1953.
Friedrich Zipfel, *Kirchenkampf in Deutschland 1933-1945*. Berlín, 1965.

Entre la oposición militar y la civil

Ludwig Beck, *Studien*. Stuttgart, 1955.
Eberhard Bethge, «Adam von Trott und der deutsche Widerstand», en *VfZG*, 11 (1963).
Max Braubach, *Der Weg zum 20. Juli 1944*. Colonia-Opladen, 1953.
Wolfgang Foerster, *Generaloberst Ludwig Beck*. Munich, 1953.
Hans Bernd Gisevius, *Bis zum bitteren Ende*. Hamburgo, 1960.
Erich Kordt, *Nicht aus den Akten. Die Wilhelmstrasse in Frieden und Krieg*. Stuttgart, 1950.
Helmut Krausnick, Vorgeschichte und Beginn des militärischen Widerstandes gegen Hitler (en *Vollmacht des Gewissens*, I), 3.ª ed. Munich, 1960.
Bodo Scheurig, *Ewald von Kleist-Schmenzin*. Oldenburgo, 1968.

8. EL SISTEMA DE DOMINACION EN LA GUERRA

La guerra y sus objetivos

Willy A. Boelcke (ed.), *Deutschlands Rüstung im zweiten Weltkrieg*. Francfort del Meno, 1969.
— *Kriegspropaganda 1939-1941*. Stuttgart, 1966.
F. W. Deakin, *Die brutale Freundschaft. Hitler, Mussolini und der Untergang des italienischen Faschismus*. Colonia-Berlín, 1962 (ed. ingl., 1961).
Waldemar Erfurth, *Die Geschichte des deutschen Generalstabs von 1918-1945*. Göttingen, 1957.
Saul Friedländer, *Auftakt zum Untergang*. Stuttgart, 1965.
Lothar Gruchmann, *Der Zweite Weltkrieg*. Munich, 1967.
Heinz Guderian, *Erinnerungen eines Soldaten*. Heidelberg, 1951.
Franz Halder, *Kriegstagebuch 1939-42*, 3 tomos, ed. por H. A. Jacobsen. Stuttgart, 1962-64.
— *Hitler als Feldherr*. Munich, 1949.
Andreas Hillgruber, *Hitlers Strategie, Politik und Kriegsführung 1940-1941*. Francfort del Meno, 1965.
— *Staatsmänner und Diplomaten bei Hitler*. Francfort del Meno, 1967.
Hitlers Lagebesprechungen, ed. por Helmut Heiber. Stuttgart, 1962.
Walter Hubatsch (ed.), *Hitlers Weisungen für die Kriegführung*. Francfort del Meno, 1962.
Hans-Adolf Jacobsen, *Der Zweite Weltkrieg*. Francfort del Meno, 1965.
Albert Kesselring, *Soldat bis zum letzten Tag*. Bonn, 1953.
Paul Kluke, «Nationalsozialistische Europaideologie», en *VfZG*, 5 (1957).
Gerhard Meinck, «Der Reichsverteidigungsrat», en *Wehrwissenschaftliche Rundschau*, 6 (1956).
Herbert Michaelis, *Der Zweite Weltkrieg*. Constanza, 1965.
Friedrich Ruge, *Der Seekrieg 1939-1945*. Stuttgart, 1954.

P. E. Schramm y otros, *Kriegstagebuch des OKW,* 4 tomos. Francfort del Meno, 1961-1964.
John L. Snell, *Illusionen und Realpolitik. Die diplomatische Geschichte des zweiten Weltkrieges.* Munich, 1966 (ed. ingl., 1963).
Gerhard L. Weinberg, *Germany and the Soviet Union 1939 to 1941.* Leiden, 1954.
G. Wright, *The Ordeal of Total War: 1939-1945.* Londres, 1968.

El sistema de dominación y aniquilamiento

Heinz Boberach, *Meldungen aus dem Reich. Auswahl aus den geheimen Lageberichten des Sicherheitsdienstes der SS 1939-1944.* Neuwied, 1965.
Hermann Böhme, *Der deutsch-französische Waffenstillstand im Zweiten Weltkrieg.* Stuttgart, 1966.
Martin Broszat, *Nationalsozialistische Polenpolitik 1939-1945.* Francfort del Meno, 1965.
— *Zweihundert Jahre deutsche Polenpolitik.* Munich, 1963.
Alexander Dallin, *Deutsche Herrschaft in Russland 1941-1945.* Düsseldorf, 1958.
M. K. Dessouki, *Hitler und der Nahe Osten.* Berlín, 1963.
Hans-Joachim Döring, *Die Zigeuner im NS-Staat.* Hamburgo, 1964.
Klaus Dörner, «Nationalsozialismus und Lebensvernichtung», en *VfZG,* 15 (1967).
Helmut Ehrhardt, *Euthanasie und Vernichtung «lebensunwerten» Lebens.* Stuttgart, 1965.
Hans Frank, *Im Angesicht des Galgens.* Munich, 1953.
Joseph Goebbels, *Tagebücher aus den Jahren 1942-43,* ed. por Louis P. Lochner. Zürich, 1948.
Lothar Gruchmann, *Nationalsozialistische Grossraumordnung.* Stuttgart, 1962.
Ladislaus Hory, Martin Broszat, *Der kroatische Ustaschastaat 1941-1945.* Stuttgart, 1965.
Eberhard Jäckel, *Frankreich in Hitlers Europa.* Stuttgart, 1966.
Robert L. Koehl, *RKFDV, German Resettlement and Population Policy 1939-1945.* Cambridge, Mass., 1957.
Václav Král, *Die Deutschen in der Tschechoslowakei 1933-1947.* Praga, 1964.
Hanns von Krannhals, *Der Warschauer Aufstand 1944.* Francfort del Meno, 1962.
Helmut Krausnick, «Hitler und die Morde in Polen», en *VfZG,* 11 (1963).
Konrad Kwiet, *Reichskommissariat Niederlande.* Stuttgart, 1968.
Hans-Dietrich Look, «Zur grossgermanischen Politik des Dritten Reiches», en *VfZG,* 8 (1960).
A. Mitscherlich, F. Mielke, *Medizin ohne Menschlichkeit.* Francfort del Meno, 1961.
Patrick von zur Mühlen, *Zwischen Hakenkreuz und Sowjetstern. Der Nationalismus der sowjetischen Orientvölker im 2. Weltkrieg.* Düsseldorf, 1971.
Henry Picker, *Hitlers Tischgespräche im Führerhauptquartier 1941-1942.* Bonn, 1951. Nueva edición de P. E. Schramm. Stuttgart, 1963.
Gerhard Schmidt, *Selektion in der Heilanstalt 1939-1945.* Stuttgart, 1965.
Karl Stadler, *Österreich 1938-1945 im Spiegel der NS-Akten.* Munich, 1966.
G. H. Stein, H. P. Krosby, «Das finnische Freiwilligenbataillon der Waffen-SS», en *VfZG,* 14 (1966).

Heinz Tillmann, *Deutschlands Araberpolitik im Zweiten Weltkrieg.* Berlín, 1965.
Hedwig Wachenheim, «Hitler's Transfers of Population in Eastern Europe» en *Foreign Affairs* (julio de 1942).
Werner Warmbrunn, *The Dutch under German Occupation 1940-1945.* Stanford, 1963.
Joachim Wieder, *Stalingrad und die Verantwortung des Soldaten.* Munich, 1962.

El asesinato de los judíos

H. G. Adler, *Theresienstadt 1941-1945.* Tübingen, 1955.
— *Die verheimlichte Wahrheit.* Tübingen, 1958.
Jean Améry, *Jenseits von Schuld und Sühne.* Munich, 1966.
Hannah Arendt, *Eichmann in Jerusalem.* Munich, 1964.
Kurt J. Ball-Kaduri, «Berlin is 'purged' of Jews», en *Yad Vashem Studies,* 5 (1963).
Friedrich Bischoff, *Das Lager Bergen-Belsen.* Hannover, 1966.
Blackbook of Localities, whose Jewish Population was exterminated by the Nazis. Jerusalén, 1965.
Nachman Blumenthal, Joseph Kermish, *Resistance and Revolt in the Warsaw Ghetto.* Jerusalén, 1965.
Carlo Falconi, *Das Schweigen des Papstes.* Munich, 1966.
Saul Friedländer, *Pius XII. und das Dritte Reich.* Hamburgo, 1965.
— *Kurt Gerstein oder die Zwiespältigkeit des Guten.* Gütersloh, 1969.
Raoul Hilberg, *The Destruction of the European Jews.* Chicago, 1961.
Rolf Hochhut, *Der Stellvertreter.* Hamburgo, 1963.
Rudolf Höss, *Kommandant in Auschwitz,* ed. por M. Broszat. Stuttgart, 1958.
Eberhard Kolb, *Bergen-Belsen. Die Geschichte des «Aufenthaltslagers» 1943-1945.* Hannover, 1962.
Bernard Mark, *Der Aufstand im Warschauer Ghetto.* Berlín, 1959.
Michael Molho, Joseph Nehanna, *The Destruction of Greek Jewry 1941-1944.* Jerusalén, 1965.
Bernd Naumann, *Auschwitz.* Francfort del Meno, 1965.
Léon Poliakov, *Auschwitz.* París, 1964.
J. Presser, *Ondergang. De verfolging en berdelging van het Nederlandse Jodendom 1940 bis 1945.* 's-Gravenhage, 1965.
Gerald Reitlinger, *Die Endlösung. Hitlers Versuch der Ausrottung der Juden Europas 1939-1945.* Berlín, 1956.
Reimund Schnabel, *Die Frommen in der Hölle. Geistliche in Dachau.* Francfort del Meno, 1965.
Paul Sauer, *Dokumente über die Verfolgung der jüdischen Bürger in Baden-Württemberg,* 2 tomos. Stuttgart, 1966.
Jean-François Steiner, *Treblinka. Die Revolte eines Vernichtungslagers.* Oldenburg, 1966.
Albert Wucher, *Eichmanns gab es viele.* Munich-Zürich, 1961.

Planes de la oposición en la guerra

Fritz Bauer, «Oster und das Widerstandsrecht», en *Politische Studien,* 15/154 (1964).
Walter Baum, «Marine, Nationalsozialismus und Widerstand», en *VfZG,* 11 (1963).
Dietrich Bonhoeffer, *Widerstand und Ergebung.* Munich, 1951.
Alfred Delp, *Kämpfer, Beter, Zeuge.* Berlín, 1954.
— *Im Angesicht des Todes.* Francfort del Meno, 1947.
Charles F. Delzell, *Mussolini's Enemies: The Italian Anti-Fascist Resistance.* Princeton, 1961.
Harold C. Deutsch, *The Conspiracy against Hitler in the Twilight War.* Minneapolis, 1968.
European Resistance Movements 1939-1945, 2 tomos. Oxford, 1960/64.
Hermann Graml, «Der Fall Oster», en *VfZG,* 14 (1966).
Ulrich von Hassell, *Vom anderen Deutschland,* nueva ed. Francfort, 1964.
Erich Kosthorst, *Die deutsche Opposition gegen Hitler zwischen Polen- und Frankreichfeldzug.* Bonn, 1957.
Albert Krebs, *Fritz-Dietlof Graf von der Schulenburg. Zwischen Staatsräson und Hochverrat.* Hamburgo, 1964.
Christian Petry, *Studenten aufs Schafott. Die Weisse Rose und ihr Scheitern.* Munich, 1968.
George K. Romoser, «The Politics of Uncertainty. The German Resistance Movement», en *Social Research,* 31 (1964).
Ger van Roon, *Neuordnung im Widerstand. Der Kreisauer Kreis innerhalb der deutschen Widerstandsbewegung.* Munich, 1967.
Bodo Scheurig, *Freies Deutschland. Das Nationalkomitee und der Bund deutscher Offiziere in der Sowjetunion 1943-1945.* Munich, 1960.
Inge Scholl, *Die weisse Rose.* Francfort del Meno, 1961.
Strafdivision 999. Erlebnisse und Berichte aus dem antifaschistischen Widerstandskampf. Berlín, 1966.
Vollmacht des Gewissens, 2 tomos. Francfort del Meno, 1960/65.

El 20 de julio y sus prolegómenos

20. Juli 1944, ed. por E. Zimmermann, H. A. Jacobsen. Bonn, 1961.
Maurice Baumont, *La grande conuration contre Hitler.* París, 1963.
L'opposition Allemande à Hitler: Revue d'histoire de la deuxième guerre mondiale, 36 (1959).
Kurt Finker, *Stauffenberg und der 20. Juli 1944.* Berlín, 1967.
H. Fraenkel, R. Manvell, *Der 20. Juli.* Berlín, 1964.
Kunrat von Hammerstein, *Flucht. Aufzeichnungen nach dem 20. Juli.* Olten, 1966.
Peter Hoffmann, «Zu dem Attentat im Führerhauptquartier 'Wolfsschanze' am 20. Juli 1944», en *VfZG,* 12 (1964).
Peter Hoffmann, *Widerstand, Staatsstreich, Attentat.* Munich, 1969.
Ludwig Jedlicka, *Der 20. Juli in Österreich.* Viena, 1965.
Justiz und NS-Verbrechen, recopilado por A. Rüter-Ehlermann y C. F. Rüter, tomo I. Amsterdam, 1968.
Joachim Kramarz, *Claus Graf Stauffenberg.* Francfort del Meno, 1965.
Hedwig Maier, «Die SS und der 20. Juli 1944», en *VfZG,* 14 (1966).

Daniil Melnikow, *20. Juli 1944.* Berlín, 1964.
Bodo Scheurig, *Klaus Graf Schenk von Stauffenberg.* Berlín, 1964.
Fabian von Schlabrendorff, *Offiziere gegen Hitler,* nueva ed. Francfort, 1966.
Wilhelm von Schramm, *Aufstand der Generale. Der 20. Juli in Paris,* nueva ed. Munich, 1966.
Thomas Travaglini, *Der 20. Juli 1944. Technik und Wirkung seiner propagandistischen Behandlung nach den Amtlichen SD-Berichten.* Karlsruhe, 1963.
Eberhard Zeller, *Geist der Freiheit. Der 20. Juli,* nueva ed. Munich, 1963.
— «Claus und Berthold Stauffenberg», en *VfZG,* 12 (1964).

9. CAIDA Y CONTINUIDAD DEL NACIONALSOCIALISMO

Ultimas jornadas del régimen de Hitler

Lew A. Besymenski, *Der Tod des Adolf Hitler.* Hamburgo, 1968.
K. D. Bracher (ed.), *Nach 25 Jahren. Eine Deutschland-Bilanz.* Munich, 1970.
Karl Dönitz, *Zehn Jahre und zwanzig Tage.* Bonn, 1958.
Hans Dollinger (ed.), *Die letzten 100 Tage.* Munich, 1965.
Reimar Hansen, *Das Ende des Dritten Reiches.* Stuttgart, 1966.
David Irving, *Die Geheimwaffen des Dritten Reiches.* Gütersloh, 1965.
Erich Kuby, *Die Russen in Berlin 1945.* Munich, 1965.
Reinhard Kühnl, *Deutschland zwischen Demokratie und Faschismus.* Munich, 1969.
Walter Lüdde-Neurath, *Regierung Dönitz,* nueva ed. Göttingen, 1964.
Walter Petwaidic, *Die autoritäre Anarchie, Streiflichter des deutschen Zusammenbruchs.* Hamburgo, 1946.
Marlis Steinert, *Die 23 Tage der Regierung Dönitz.* Düsseldorf, 1967.
John Toland, *The last 100 days.* Nueva York, 1966.
Hugh R. Trevor-Roper, *Hitlers letzte Tage.* Zurich, 1948.

Extremismo de derecha en la segunda democracia

Daniel Bell (ed.), *The Radical Right.* Nueva York, 1964.
K. D. Bracher, «Democracy and Right Wing Extremism in West Germany», en *Current History,* mayo de 1968.
Hermann Bott, *Die Volksfeind-Ideologie, Zur Kritik rechtsradikaler Propaganda.* Stuttgart, 1969.
Heinz Brüdigam, *Der Schoss ist fruchtbar noch...* Francfort del Meno, 2.ª ed., 1965.
Otto Büsch, Peter Furth, *Rechtsradikalismus im Nachkriegsdeutschland.* Berlín, 1957.
Manfred Jenke, *Verschwörung von rechts?* Berlín, 1961.
Gert Kalow, *Hitler — Das gesamtdeutsche Trauma.* Munich, 1967.
Hans-Helmuth Knütter, *Ideologien des Rechtsradikalismus im Nachkriegdeutschland.* Bonn, 1961.
Reinhard Kühnl, *Das Dritte Reich in der Presse der Bundesrepublik.* Francfort del Meno, 1966.
Harry Pross, *Vor und nach Hitler. Zur deutschen Sozialpathologie.* Olten, 1962.
«Rechtsradikalismus in Deutschland», en *Die neue Gesellschaft,* 14 (julio de 1967).

Guenther Roth, Kurt H. Wolff, *The American Denazification of Germany*. Columbus (Ohio), 1954.
Erwin K. Scheuch, Hans D. Klingemann, *Materialien zum Phänomen des Rechtsradikalismus in der Bundesrepublik 1966* (manuscrito). Colonia, 1967.
Peter Schönbach, *Reaktionen auf die antisemitische Welle im Winter 1959/1960*. Francfort del Meno, 1961.
Kurt P. Tauber, *Beyond Eagle and Swastica. German Nationalism since 1945*, 2 tomos. Middletown, 1967.

EL NPD, ¿un nuevo empeño?

Bessel-Lorck, Sippel, Götz, *National oder radikal? Der Rechtsradikalismus in der BRD*. Maguncia, 1966.
Bundeszentrale für politische Bildung (ed.), *Rechtsradikalismus in der BR im Jahre 1967*. Bonn, 1968.
Freimut Duve, *Die Restauration entlässt ihre Kinder*. Reinbeck, 1968.
Iring Fetscher, Helga Grebing y otros, *Rechtsradikalismus*. Francfort del Meno, 1967.
Manfred Jenke, *Die nationale Rechte*. Berlín, 1967.
Reinhard Kühnl, *Die NPD*. Berlín, 1967.
— «Der Rechtsextremismus in der BR», en *PVS*, 9 (1968), págs. 423 ss.
Klaus Liepelt, «Anhänger der neuen Rechtspartei», en *Politische Vierteljahresschrift*, 8 (1967).
Hans Meier, Hermann Bott, *Die NPD. Struktur und Ideologie einer «nationalen Rechtspartei»*. Munich, 1968.
Lutz Niethammer, *Angepasster Faschismus, politische Praxis der NPD*. Francfort del Meno, 1969.
Peter von Oertzen, *Soziologische und psychologische Struktur der Wähler und Mitgliedschaft der NPD*. Hannover, 1967.
Giselher Schmidt, Ideologie und Propaganda der NPD *(Schriften der Bundeszentrale für Politische Bildung)*. Bonn, 1968.
Franz Florian Winter, *Ich glaubte an die NPD*. Maguncia, 1968.

GLOSARIO DE SIGLAS Y TERMINOS ALEMANES

AHS: Adolf Hitler Schulen (Escuelas Adolfo Hitler).
ANSCHLUSS: Anexión (en el vocabulario nacionalsocialista este término se aplicaba especialmente al caso de Austria).
AO: Auslandsorganisation (Organización en el Extranjero).
ASTA: Allgemeiner Studentenausschuss (Comisión General de Estudiantes).
BHE: Bund der Heimatvertriebenen und Entrechteten (Partido de los Refugiados).
BK: Bekennende Kirche (Iglesia Confesional).
BVP: Bayerische Volkspartei (Partido Popular Bávaro).
CDU: Christlich-Demokratische Union (Unión Cristianodemócrata).
CSU: Christliche-Soziale Union (Unión Cristianosocial).
CV: Christlicher Verein (Asociación Cristiana).
DAF: Deutsche Arbeitsfront (Frente Alemán del Trabajo).
DAP: Deutsche Arbeiterpartei (Partido Obrero Alemán).
DC: Deutsche Christen (Cristianos Alemanes).
DDP: Deutsche Demokratische Partei (Partido Demócrata Alemán).
DHV: Asociación Germano-Nacional de Dependientes.
DNSAP: Deutsche Nationalsozialistische Arbeiterpartei (Partido Obrero Nacionalsocialista Alemán).
DNVP: Deutsche Nationale Volkspartei (Partido Populista Nacional Alemán).

DP: Deutsche Partei (Partido Alemán).
DRP: Deutsche Reichspartei (Partido Alemán del Reich).
DSP: Deutschsozialistische Partei (Partido Socialista Alemán).
DVP: Deutsche Volkspartei (Partido Populista Alemán).
FDP: Freie Demokratische Partei (Partido Liberal Demócrata).
FÜHRER: Caudillo, jefe.
GDP: Grossdeutsche Partei (Partido Panalemán).
GESTAPO: (Ge)heime (Sta)ats(po)lizei (Policía Secreta del Estado).
HJ: Hitler-Jugend (Juventudes Hitlerianas).
HSSPF: Hoch SS— und Polizeiführer (Altos Jefes de Policía y de las Escuadras de Protección (SS).
ISK: Internationaler Sozialistischer Kampfbund (Liga de Combate Internacional Socialista).
KPD: Kommunistische Partei Deutschlands (Partido Comunista Alemán).
LANDTAG: Länder (Organo legislativo integrado por las representaciones de los Estados federados alemanes).
NDP: Nationaldemokratische Partei (Partido Nacionaldemócrata).
NSBO: Nationalsozialistische Betriebszellenorganisation (Organización Nacionalsocialista de células empresariales).
NSDAP: Nationalsozialistische Arbeiter-Partei (Partido Obrero Alemán Nacionalsocialista).
NSDSTB: Nationalsozialisticher Deutschen Studenten-Bund (Liga Nacionalsocialista de Estudiantes Alemanes).
NSKD: Nationalsozialistische Kampfgemeinschaft Deutschland (Comunidad Nacionalsocialista Combativa de Alemania).
NSKK: Nationalsozialistische Kraftfahrerkorps (Cuerpo Motorizado Nacionalsocialista).
OKH: Oberkommando des Heeres (Mando Superior del Ejército).
RDA: Deutsche Demokratische Republik (DDR) (República Democrática Alemana).
REALPOLITIK: Política realista o de realidades.
REICH: Deutsches Reich (Imperio; Alemania del nacionalsocialismo).
REICHSTAG: Parlamento alemán federal.
REICHSWEHR: Ejército alemán de 1919 a 1935.
RFSS U CHDDTPOL: Reichsführer der SS und Chef der Deutschen Polizei (Jefe Nacional de las Escuadras de Protección y Jefe de la Policía Alemana).
RGO: Revolutionäre Gewerkschaftsorganisation (Organización Sindical Revolucionaria).
RKF: Reichskommisar für die Festigung des Deutschen Volkstums (Comisario del Reich para el Fortalecimiento de la Alemanidad).

RSHA: Reichssicherheitshochamt (Central de Seguridad del Reich).
SA: Sturmabteilung (Sección de Asalto).
SD: Sicherheitsdients (Servicio de Seguridad. Organo policíaco de control dentro del partido nacionalsocialista).
SED: Sozialistische Einheitspartei Deutschlands (Partido Socialista Unificado de Alemania).
SPD: Sozialdemokratische Partei Deutschlands (Partido Socialdemócrata o Partido Socialista Alemán).
SRP: Sozialistische Reichspartei (Partido Socialista del Reich).
SS: Schutzstaffel (Escuadras de protección).
STAHLHELM (SH): Cascos de Acero, Liga de Combatientes.
USPD: Unabhängige Sozialdemokratische Partei Deutschlands (Partido Socialdemócrata Independiente).
VB: Volksbeobachter (Organo periodístico del nacionalsocialismo).
VVV: Vereinigten Vaterländischen Verbänden (Unión de Grupos Patrióticos).
WAFFEN-SS: Escuadras Militares de Protección.
WERHMACHT: Ejército alemán de 1935 a 1945.

INDICE ALFABETICO

No se reseñan aquí los nombres que aparecen en las notas y en la bibliografía

Abetz, Otto, II: 161
Adenauer, Konrad, II: 145, 239, 252, 279
Adler, H. G., II: 188
Ahlwardt, Hermann, I: 59 ss.
Amann, Max, I: 129, 177, 181, 244, 341, 370
Ammon, Otto, I: 26 ss.
d'Annunzio, Gabriele, I: 23
Anrich, Ernst, I: 358; II: 256
Arco-Valley, Anton Graf, I: 162
Arendt, Hannah, II: 186
Arndt, Ernst Moritz, I: 40
Aron, Raymond, II: 276
Augusto (emperador), I: 349
Augusto Guillermo (príncipe de Prusia), I: 185-186, 202
Aumeier, Hans, II: 179

Backhaus, Wilhelm, I: 345
Bäumler, Alfred, I: 347 ss.
Bardèche, Maurice, II: 248
Barlach, Ernst, I: 345 ss.
Barrés, Maurice, I: 24
Bartels, Adolf, I: 344
Barth, Karl, II: 134, 140
Bauer, Hermann, I: 150
Bebel, August, I: 345
Bechstein, Helene, I: 131, 141
Beck, Ludwig, I: 325; II: 41, 143 ss., 194, 196 ss., 199 ss., 206, 211 ss., 222
Becker, Carl A., I: 224
Beckmann, Max, I: 346
Bell, George, II: 210
Benn, Gottfried, II: 332, 343
Bennecke, Heinrich, I: 134
Benz, Richard, I: 345
Bergengruen, Werner, I: 345
Bernadotte, Folke Graf, II: 235
Berning, Wilhelm, II: 19
Berstein, Eduard, I: 345
Best, Werner, I: 282; II: 93, 101, 170
Bethmann Hollweg, Theobald von, I: 35
Beumelburg, Werner, I: 344

Binding, Rudolf G., I: 344 ss.
Bismarck, Otto von, I: 16 ss., 30 ss., 49 ss., 55 ss., 62 ss., 96, 224, 297, 355; II: 10, 33, 47, 78, 200, 206, 273, 280
Blomberg, Werner von, I: 263, 271, 318 ss., 325 ss., 370, 373; II: 35, 37, 142 ss.
Blunck, Hans Friedrich, I: 343
Bock, Fedor von, I: 154
Bodelschwingh, Fritz von, II: 128
Boeckel, Otto, I: 60 ss.
Boehm, Max Hildebert, I: 345
Böhme, Herbert, II: 247, 257
Bohle, Ernst Wilhelm, II: 52, 55, 61, 87
Bolz, Eugen, I: 280 ss.; II, 215
Bonhoeffer, Dietrich, II: 129, 132, 135, 140, 150, 195, 197, 207, 210 ss., 221, 230
Bonhoeffer, Karl, II: 151
Bonhoeffer, Klaus, II: 151, 195, 230
Bormann, Martin, I: 370, 375, 380 ss.; II: 84, 132, 184, 235
Bosch, Robert, II: 146
Bose, Herbert von, I: 320
Bouhler, Philipp, I: 189
Brack, Victor, II: 189
Brass, Otto, II: 121
Brauchitsch, Walther von, II: 81, 145, 147 ss., 158, 197, 204
Braun, Eva, II: 234
Braun, Otto, I: 108, 170, 238
Brecht, Arnold, I: 236, 304
Brecht, Bert, I: 345
Bredow, Kurt von, I: 320; II: 141, 144
Brehm, Bruno, II: 248
Brill, Hermann, II: 121
Broch, Hermann, I: 345
Brod, Max, I: 345
Broszat, Martin, II: 99
Bruckmann, Elsa, I: 131, 141
Brüning, Heinrich, I: 207, 218 ss., 230 ss., 239, 246 ss., 251 ss., 261, 269, 271, 289, 307; II: 15, 89, 146, 215
Brunner, Alfred, I: 130
Buch, Walter, I: 185
Buchheim, Hans, II: 181
Buchrucker, Ernst, I: 154, 186
Bühler, Josef, II: 187
Bülow, Bernhard Fürst (canciller), I: 35
Bülow, Bernhard von (secretario de Estado), II: 51 ss., 144
Bürckel, Josef, II: 102, 171
Bullock, Alan, II: 267
Burckhardt, Carl Jacob, I: 378
Burschowski, Ferdinan, I: 77
Busch, Ernst, II: 148, 216

Canaris, Wilhelm, II: 50, 149, 159, 195, 213 ss., 217, 230
Carossa, Hans, I: 344
Calvin, Jean, II: 131
Caprivi, Leo von, I: 62, 64
Carlberg, Carl E., II: 247
Carlomagno, I: 349
César, Julio, I: 349
Chagall, Marc, I: 346
Chamberlain, Houston Stewart, I: 28 ss., 47 ss., 55, 88, 125, 174 ss.
Chamberlain, Neville, II: 33, 42 ss., 50, 149, 154
Chiang-Kai-chek, II: 39, 60
Churchill, Winston, II: 46, 149, 155, 160
Ciano, Galeazzo (conde), II: 30 ss.
Claudius, Hermann, I: 344
Class, Heinrich, I: 35, 113, 140
Claus, Ferdinand, I: 337
Coulondre, Robert, II: 161
Cuno, Wilhelm, I: 145 ss.

Dahlerus, Birger, II: 62
Daim, Wilfried, I: 91
Daladier, Edouard, II: 42, 161
Daluege, Kurt, II: 93
Damaschke, Adolf, I: 130
Darré, Richard Walther, I: 208 ss., 292, 301, 312, 346, 364, 370; II: 58, 71
Darwin, Charles, I: 25, 28 ss.
Daudet, Léon, I: 29
Delbrück, Hans, II: 195
Delbrück, Justus, II: 195
Delp, Alfred, II: 140, 204
Diels, Rudolf, II: 92
Dietrich, Sepp, I: 322; II: 172
Dincklage, Paul, I: 187
Dingeldey, Eduard, I: 297
Dinter, Arthur, I: 56
Dirksen, Herbert von, II: 60

Döblin, Alfred, I: 344
Dönitz, Karl, I: 370; II: 158, 227, 235, 237 ss., 283
Dohnanyi, Hans von, II: 150, 195 ss., 213, 230
Dollfuss, Engelbert, I: 195; II: 18
Dorls, Fritz, II: 242
Drexler, Anton, I: 78, 94, 115 ss., 122 ss., 126 ss., 131, 140, 181
Dreyfus, Alfred, I: 24, 29, 57, 62
Droz, Jacques, I: 17
Drumont, Edouard, I: 29
Dühring, Eugen, I: 25
Düsterberg Theodor, I: 185, 243, 257, 262, 299

Ebert, Friedrich, I: 99, 108, 144, 152 ss., 156 ss., 166, 230 ss.; II: 84
Eckart, Dietrich, I: 115, 117 ss., 123 ss., 128 ss., 140, 175, 178
Eden, Anthony, II: 24, 42
Ehrhardt, Arthur, II: 249
Ehrhardt, Hermann, I: 131 ss., 140, 163
Eichmann, Adolf, I: 56, 371; II: 112 ss., 168, 183, 186 ss.
Eicke, Theodor, I: 320; II: 102 ss., 172, 177
Einstein, Albert, I: 345, 359
Eisenhower, Dwight, II: 226
Eisner, Kurt, I: 111, 143, 162
Engdahl, Per, II: 247
Enrique el León, I: 349
Epp, Franz Xaver von, I: 112, 122, 131, 148, 199, 226, 279 ss.; II: 101
Erbt, Wilhelm, I: 349
Erhard, Ludwig, II: 255
Erler, Fritz, II: 121
Erzberger, Mathias, I: 100, 141, 147
Essin, Rütger, II: 247
Esser, Hermann, I: 125 ss., 173, 181, 337
Euringer, Richard, I: 344
Eyck, Erich, I: 107

Fassbender, Heinrich, II: 256
Faulhaber, Michael von, I: 298; II: 137
Fechanbach, Felix, I: 143
Feder, Gottfried, I: 57, 94-95, 115 ss., 123 ss., 173 ss., 181, 184, 192, 197; II: 64
Federico II (de Prusia), I: 17, 265, 349; II: 273
Fellgiebel, Erich, II: 221
Fichte, Johann Gottlieb, I: 22, 31, 38 ss.; II: 272
Fischer, Fritz, II: 279
Fischer, Hermann, I: 141
Foerster, Bernhard, I: 60
Foerster-Nietzsche, Elisabeth, I: 45, 47
Ford, Henry, I: 53
Forsthoff, Ernst, I: 312; II: 78
Franco, Francisco, II: 25 ss., 55, 155
François-Poncet, André, II: 41
Franck, James, I: 359
Frank, Hans, I: 56, 115, 184, 287, 370, 381; II: 86, 96 ss., 106, 168, 189
Frank, Leobhard, I: 344
Frank, Walter, I: 349, 354
Frantz, Constantin, I: 58
Freisler, Roland, II: 82, 106, 187, 229
Frenssen, Gustav, I: 344
Freud, Sigmund, I: 345; II: 39
Frey, Gerhard, II: 250
Freyer, Hans, I: 195, 345, 356, 358
Freytag, Gustav, I: 54
Frick, Wilhelm, I: 149, 160, 164 ss., 173, 181, 192, 218, 225 ss., 252, 263, 275 ss., 308 ss., 348 ss., 370; II: 93, 95, 101, 127, 166
Fried, Ferdinand, I: 195
Fritsch, Theodor, I: 60, 113, 175
Fritsch, Werner, I: 318 ss., 326, 372; II: 35 ss., 143 ss., 148
Fromm, Fritz, II: 216, 220 ss.
Funk, Walter, I: 289; II, 165
Furtwängler, Whilhelm, I: 345

Galen, Clemens August (conde de), II: 139
Gansser, Emil, I: 140
Ganzenmüller, Theodor, II: 192
de Gaulle, Charles, II: 161, 241, 255
Gayl, Wilhelm von, I: 240
Gehl, Walter, I: 349
Geibel, Emmanuel, I: 48
Geiger, Theodor, I: 366
George, Stefan, I: 121, 196; II: 211
Gerstenmaier, Eugen, II: 204

Gessler, Otto, I: 153 ss.; II: 57, 197
Geyer, Curt, II: 120
Glenanth, Curt Ludwig von, II: 193
Glaise-Horstenau, Edmund von, II: 37
Globke, Hans, I: 329; II: 90
Globocnik, Odilo, II: 190, 192
Globau, Otto von, I: 57
Gobineau, Joseph Arthur de, I: 28, 47, 57, 88
Goebbels, Joseph, I: 21, 43, 126, 134, 178, 183 ss., 188, 192 ss., 198, 206, 212, 243, 252 ss., 265, 290, 300 ss., 309, 312, 332, 341 ss., 348 ss., 356, 370 ss., 375 ss.; II: 52, 59, 83, 87, 111, 159 ss., 164, 169, 192, 224, 227, 232, 235, 244
Goerdeler, Carl, II: 141, 144 ss., 151, 195 ss., 199, 211, 220, 229
Göring, Hermann, I: 158 ss., 161, 179, 185 ss., 192 ss., 263 ss., 275, 293, 296 ss., 303, 320, 323, 330, 370 ss., 377; II: 19, 35, 37, 44, 50, 56, 58 ss., 67, 81, 83 ss., 89, 92, 111 ss., 128, 145 ss., 151, 159, 165, 184 ss., 214, 220 ss., 227, 235
Göring, Karin, I: 372
Goethe, Johann Wolfgang von, I: 42, 350
Goltz, Rüdiger von, I: 243
Grabert, Herbert, II: 251
Grant, Madison, I: 26
Greifelt, Ulrich, II: 173
Grimm, Hans, I: 195, 344; II: 248, 251
Gröber, Conrad, II: 137
Groener, Wilhelm, I: 235
Gropius, Walter, I: 346
Groscurth, Helmuth, II: 196
Gross, Nikolaus, II: 139
Grüber, Heinrich, II: 140
Grünberg, Hans-Bernhard von, II: 256
Grünspan, Herschel, II: 111
Guderian, Heinz, II: 158
Günther, Hans F. K., I: 175, 225, 337, 346
Gürtner, Franz, I: 166, 180, 277; II: 101, 176
Guillermo II (emperador), I: 29, 49, 98, 265, 301
Guillermo (príncipe), I: 256, 265
Gumplowicz, Ludwig, I: 26 ss.
Gutmann, Wilhelm, II: 256
Haber, Fritz, I: 359
Habermann, Max, I: 208; II: 139, 218
Hacha, Emil, II: 44
Haeften, Hansbend von, II: 150, 204
Haeften, Werner von, II: 220 ss., 226
Härtle, Heinrich, II: 246
Hofacker, Cäsar von, II: 220 ss., 226
Hagen, Hans W., II: 225
Halbe, Max, I: 344
Halder, Franz, II: 150, 152, 158, 197, 213
Halifax, Lord, II: 33 ss., 42
Hammerstein Equord, Kurt von, I: 271, 318; II: 143, 151
Hanfstaengl, Ernst, I: 162
Harnack, Arvid, II: 218
Harrer, Karl, I: 115
Hase, Paul von, II: 221
Hasse, Ernst, I: 35
Hassell, Ulrich von II: 63, 151, 196 ss., 206, 215
Haubach, Theo, II: 203 ss., 215
Hauer, Wilhelm, II: 131
Hauptmann, Carl, I: 56
Hauptmann, Gerhart, I: 56, 344
Haushofer, Albrecht, II: 230
Haushofer, Karl, I: 128, 174, 374
Heberle, Rudolf, I: 209
Heckel, Theodor, II: 131, 204
Hegel, Georg W. F., I: 22, 31, 48, 72
Heiden Konrad, I: 13, 93, 176, 331
Heidegger, Martin, I: 343, 355, 357
Heine, Heinrich, I: 56, 343 ss.
Heines Edmund, I: 133
Heinze, Rudolf, I: 155
Held, Heinrich, I: 164, 170, 180, 275 ss.
Helldorf, Wolf Geinrich (conde de), II: 150, 222
Hellpach, Willy, I: 170
Henderson, Nevile, II: 33, 41
Henlein, Konrad, I: 77; II: 41
Herder, Johann Gottfried, I: 22, 39, 41; II: 182
Hergt, Oskar, I: 300
Hermes, Andreas, II, 215
Herriot, Edouard, II: 17
Hertz, Heinrich, I: 359
Herzog, Rudolf, I: 345
Hess, Ilse, I: 374; II, 248
Hess, Otto, II: 256 ss.

Hess, Rudolf, I: 117, 128, 133, 160, 174, 243, 245, 301, 311, 329, 370, 373 ss., 380; II: 55, 58, 83, 87, 165, 246
Hesse, Hermann, I: 345
Heusinger, Adolf, II: 216, 221
Heuss, Theodor, I: 182, 297; II: 209, 249
Heyde, Werner, II: 102
Heydrich, Reinhard, I: 82, 370, 378; II: 52, 86, 92, 94, 97, 107, 113 ss., 171, 184 ss.
Hiedler, Georg, I: 83
Hilferding, Rudolf, I: 222
Himmler, Heinrich, I: 47, 188, 226, 243, 279, 320, 323, 340, 345, 354, 370, 375, 378; II: 37, 39, 50, 58 ss., 68, 71, 81, 83 ss., 87, 91 ss., 96 ss., 108, 113, 145, 163 ss., 166 ss., 177 ss., 213-214, 216, 220 ss., 224 ss., 228, 231
Hindemith, Paul, I: 345
Hindenburg, Oskar von, I: 230, 269 ss., 300, 324
Hindenburg, Paul von, I: 70, 97, 102, 120, 156, 170 ss., 221, 230, 249, 251 ss., 256-257, 262 ss., 269 s., 282, 293, 299, 317 ss., 323 ss.; II: 51, 57, 77, 84, 141, 175
Hitler, Adolf, *passim*
Hitler, Alois, I: 82 ss.
Hitler, Klara, I: 82 ss.
Hitler, Paula, I: 85
Hochhut, Rolf, II: 139
Hoepner, Erich, II: 213, 215, 222, 224
Hoss, Rudolf, I: 371, 376, 380; II: 103, 177, 180, 191
Hofer, Walther, II: 48
Hoffmann, Albrecht, I: 186
Hoffmann, Johannes, I: 148
Hofmannsthal, Hugo von, I: 345
Hoggan, David L., II: 250 ss.
Hossbach, Friedrich, I: 354; II: 35, 69, 112
Huber, Ernst Rudolf, I: 303; II: 77
Huber, Kurt, II: 208
Hugenberg, Alfred, I: 35, 109, 120, 218 ss., 225 ss., 235, 247, 253, 256, 262 ss., 268, 270 ss., 282, 292, 295, 299 ss., 312, 356
Hühnlein, Adolf, I: 134
Humboldt, Wilhelm, I: 357
Huppenkothen, Walter, II: 230
Husserl, Edmund, I: 358

Isabel (zarina), II: 233

Jacob, Franz, II: 124 ss., 218
Jäger, August, II: 133
Jagow, Dietrich von, I: 280
Jahn, Friedrich Ludwig, I: 40 ss.
Jansen, Werner, I: 56
Jarres, Karl, I: 170; II: 145
Jaspers, Karl, II: 239, 273
Jeschonnek, Hans, II: 159
Innitzer, Theodor, II: 38 ss., 139
Jodl, Alfred, I: 370; II: 143, 158
Johst, Hans, I: 344
Joly, Maurice, I: 53
Joos, Josef, II: 139
Jost, Heinz, II: 94
Juang, Edgar, I: 195, 320; II: 141
Jung, Rudolf, I: 78 ss., 131, 186
Jünger, Ernst, I: 195, 345
Jünger, Nathaniel, I: 141

Kafka, Franz, I: 345
Kaas, Ludwig, I: 298; II: 136
Kästner, Erich, I: 345
Kahr, Gustav von, I: 148, 150, 152, 156 ss., 320
Kahrsted, Ulrich, I: 363
Kaiser, Georg, I: 344
Kaiser, Jakob, II: 139, 215, 218, 228
Kaltenbrunner, Ernst, I: 371; II: 223, 230
Kandinsky, Wassily, I: 346
Kapp, Wolfgang, I: 70, 105 ss., 148, 155
Kasack, Hermann, I: 345
Kaufmann, Erich, I: 311
Kaufmann, Karl, II: 208
Keitel, Wilhelm, I: 370; II: 143, 158, 166, 177, 184, 193, 221 ss., 227
Kemal Pascha Ataturk, I: 150, 157
Kern, Erwin, I: 141
Kerr, Alfred, I: 345
Kerrl, Hans, II: 132
Kesselring, Albert, II: 165
Kesten, Hermann, I: 345
Kiderlen-Wächter, Alfred von, I: 35
Kiep, Otto, II: 150

Killinger, Manfred von, I: 187, 282
Kirdof, Emil, I: 131, 224
Kjellen, Rudolf, I: 24
Klausener, Erich, I: 320
Klee, Paul, I: 347
Kleist-Schmenzin, Ewald von, I: 263; II: 149
Klemperer, Otto, I: 345
Klintzsch, Johann Ulrich, I: 132
Kluge, Günther von, II: 212 ss., 219, 226
Knauf, Erich, II: 82
Knilling, Eugen von, I: 148, 152, 160
Knirsch, Hans, I: 77, 81, 131
Koch, Erich, II: 167
Koellreuther, Otto, II: 77
Kohn, Hans, II: 275
Kokoschka, Oskar, I: 346
Kolbenheyer, Erwin Guido, I: 344; II: 248
Kollwitz, Käthe, I: 344, 346
Kortzfleisch, Joachim, II: 223
Kraus, Karl, I: 345
Krausnick, Helmuth, II: 185
Krebs, Albert, I: 207
Krebs, Hans, II: 158
Kress von Kressenstein, Friedrich, I: 156, 164
Kriebel, Hermann, I: 157 ss., 160 ss.
Krieck, Ernst, I: 347, 358
Krieger, Leonard, I: 31
Krogmann, Karl Vincent, I: 281
Krohn, Friedrich, I: 121
Krüger, Friedrich Wilhelm, II: 98
Krüger, Gerhard, II: 242
Krüger, Herbert, II: 78
Krupp von Bohlen y Halbach, Alfred, I: 294
Kube, Wilhelm, II: 132
Kubizek, August, I: 85 ss.
Küchler, Georg von, II: 215
Kulenkampff, Georg, I: 345

Lagarde, Paul Anton de (Paul Böttcher), I: 29, 48 ss., 125, 175
Lammers, Hans Heinrich, II: 84, 165, 184
Langbehn, Carl, II: 214
Langbehn, Julius, I: 29, 49, 125, 209
Lange, Heinrich, II: 77
Lanz, Adolf, I: 88 ss., 113, 121
Lasker-Schüler, Else, I: 345
Laski, Harold, II: 115
Lassalle, Ferdinand, I: 32
Leber, Annedore, II: 218
Leber, Julius, I: 255; II: 119, 126, 151, 203 ss., 207, 211, 215 ss.
Leeb, Wilhelm von, I: 277
Leibbrandt, Georg, II: 187
Lehmann, J. F., I: 113, 141, 344
Leipart, Theodor, I: 289
Lejeune-Jung, Paul, II: 215
Lemmer, Ernst, II: 218
Lenard, Philipp, I: 356
Lenin, Vladimir I., I: 379
Lerchenfeld, Hugo von, I: 148
Lersch, Heinrich, I: 344
Letterhaus, Bernhard, II: 139, 215
Leuschner, Wilhelm, II: 139, 151, 203, 215, 218, 228
Ley, Robert, I: 184, 289 ss., 352, 354, 370, 377; II: 66, 76, 87
Liebermann, Max, I: 344
Liebermann von Sonnenberg, Max, I: 60 ss.
Liebknecht, Karl, I: 100, 114
Lippert, Michael, I: 320
List, Guido von, I: 113
Litvinov, Maxim, II: 17, 47
Loebe, Paul, II: 215
Loeser, Ewald, II: 215
Lohse, Hinrich, II: 117, 186
Lorenz, Werner, II: 174
Lossow, Otto von, I: 148, 155 ss.
Lothian, Lord, II: 53
Lotter, Michael, I: 115
Ludendorf, Erich, I: 88, 97 ss., 140, 148 ss., 150, 155 ss., 158 ss., 170, 173, 177, 179
Ludendorff, Mathilde, I: 179
Lueger, Karl, I: 65, 74 ss., 340
Luis II (de Baviera), I: 31
Lukács, Georg, I: 18
Lutero, Martin, I: 14, 17; II: 129, 131, 134, 273
Luther, Franz Julius Martin, II: 187
Luther, Hans, II: 145
Lutze, Victor, I: 187
Luxemburg, Rosa, I: 100, 114

Mahler Gustav, I: 345
Malaparte, Curzio, I: 203; II: 115
Mann, Heinrich, I: 344 ss.
Mann, Thomas, I: 32, 51, 344 ss.; II: 272, 278
Manstein, Erich von, II: 215

Marr, Wilhelm, I: 25, 55 ss.
Marx, Karl, I: 17, 32, 37, 89, 267, 345; II: 64, 74, 119 ss., 130
Marx, Wilhelm, I: 102, 170
Maurice, Emil, I: 175, 322
Maurras, Charles, I: 24
Mazzini, Giuseppe, I: 24
Meier-Dorn, Emil, II: 256, 258
Meinecke, Friedrich, I: 71; II: 239
Meiser, Hans, II: 132
Meissner, Otto, I: 230, 269, 279, 324; II: 84
Mendelssohn-Baltholdy, Felix, I: 345; II: 146
Mennecke, Fritz, II: 190
Menzel, Wolfgang, I: 42 ss.
Mertz von Quisnheim, Albrecht, II: 225
Meyer, Alfred, II: 187
Meyerhof, Otto, I: 359
Miegel, Agnes, I: 344
Mierendroff, Carlo II: 204
Mies van der Rohe, Ludwig, I: 346
Milch, Erhard, I: 340
Moeller van den Bruck, Arthur, I: 195
Molo, Walter von, I: 344
Molotov, V., II: 47, 156
Moltke, Helmuth James (conde), II: 202 ss., 207, 211, 217
Mombert, Alfred, I: 344
Mommsen, Theodor, I: 32
Montesquieu, Charles de, I: 53
Montgomery, Bernard, II: 226
Mosse, Georg, I: 347
Mozart, Wolfgang Amadeus, I: 350
Müller, Adam, I: 39 ss.
Müller, Alfred, I: 154
Müller, Heinrich, I: 371; II: 94, 113, 187
Müller, Hermann, I: 108, 172, 219
Müller, Joseph, II: 197, 213
Müller, Karl Alexander von, I: 159, 349
Müller, Ludwig, II: 129 ss.
Müller, Otto, II: 139
Murr, Wilhelm, I: 281
Musil, Robert, II: 39
Mussolini, Benito, I: 25, 28 ss., 40, 138, 157, 192 ss., 197, 258, 305; II: 13, 18 ss., 26, 31, 37, 42, 46, 50, 52, 160, 189, 221, 268
Mutschmann, Martin, II: 146
Nadolny, Rudolf, II: 17, 52
Napoleón (emperador), I: 31; II: 156
Napoleón III (emperador), I: 53
Naumann, Friedrich, I: 50 ss., 103
Naumann, Hans, I: 345, 349
Naumann, Werner, II: 244
Nebe, Arthur, II: 94
Neumann, Erich, II: 187
Neumann, Franz L., I: 18
Neumann, Sigmund, II: 12, 162
Neurath, Konstantin von, I: 277, 312; II: 9, 12, 35 ss., 51 ss., 61, 86
Niekisch, Ernst, I: 195
Niemöller, Martin, II: 107, 128-129, 140
Nietzsche, Friedrich, I: 45 ss., 88, 194
Nolte, Ernst, I: 18; II: 285
Noske, Gustav, I: 99

Oberfohren, Ernst, I: 299 ss.
Oberg, Carl Albrecht, II: 226
Ohlendorf, Otto, II: 94
Olbricht, Friedrich, II: 212 ss., 222
Orlow, Dietrich, I: 353
Orwell, Georg, I: 377
Ossietzky, Carl von, I: 345
Oster, Hans, II: 149 ss., 195 ss., 212, 230

Pacelli, Eugenio (Pío XII), II: 136 ss., 139
Pannwitz, Rudolf, I: 344
Papen, Franz von, I: 70, 108, 219, 231, 236 ss., 257, 261 ss., 267, 269 ss., 282, 298, 302, 320, 324, 370; II: 12, 18, 37, 55, 60, 86, 136, 141, 151
Pareto, Vilfredo, I: 46
Paulus, Friedrich, II: 213
Pétain, Philippe, II: 160
Pfeffer von Salomon, Franz, I: 186 ss., 191, 246, 254
Pilsudski, Joseph, II: 16
Plivier, Theodor, I: 345
Pöhner, Ernst, I: 133, 149, 159 ss., 164
Poelchau, Harald, II: 204
Poetsch (profesor), I: 86
Poincaré, Raymond, I: 144
Pongs, Hermann, I: 344

Ponten, Joseph, I: 344
Popitz, Johannes, II: 151, 200 ss., 313
Preuss, Hugo, I: 311, 345
Pridun, Karl, II: 225
Prittwitz y Gaffron, Friedrich Wilhelm von, II: 52
Probst, Christoph, II: 208

Quisling, Vidkun, II: 59, 170

Raabe, Wilhelm, I: 54
Raeder, Erich, II: 35, 158
Ramcke, Hermann Bernhard, II: 248
Ranke, Leopold von, I: 48
Rath, Ernst von, II: 111
Rathenau, Walter, I: 100, 141 ss., 147, 345
Rauschning, Hermann, II: 11
Rehwinkel, Edmund, II: 260
Reichenau, Walther von, I: 318, 325; II: 142, 148
Reichwein, Adolf, II: 126, 203 ss., 218
Rein, Adolf, I: 357
Reinhard, Max, I: 345
Remarque, Erich Maria, I: 345
Remer, Otto-Ernst, II: 222, 227, 242
Renner, Karl, II: 39
Renteln, Theodor von, I: 294
Reschny, Hermann, I: 187
Ribbentrop, Annelies, II: 53, 248
Ribbentrop, Joachim von, I: 270, 312, 370, 377; II: 21, 30, 35, 37 ss., 41, 44 ss., 51 ss., 112, 156
Richthofen, Manfred von, I: 372
Riehl, Walter, I: 78 ss., 131
Rinner, Erich, II: 120
Ritter, Gerhard, I: 16; II: 199 ss., 218, 278
Roeder, Manfred, II: 218
Röhm, Ernst, I: 112, 117, 122 ss., 133 ss., 140, 148 ss., 155 ss., 160 ss., 173, 177, 179 ss., 246, 254 ss., 279, 311, 320, 370, 378; II: 102
Römer, Joseph, II: 125
Rössler, Fritz, II: 242
Rohrbach, Paul, I: 48
Rommel, Erwin, II: 219 ss.
Roosevelt, Franklin Delano, II: 46, 160, 231, 232
Rosenberg, Alfred, I: 29, 47, 82, 115, 117, 124, 175, 177, 179 ss., 312, 334, 337, 346, 352, 354, 370 ss., 375 ss., 381; II: 15, 27, 48, 52, 58 ss., 64, 130, 132, 138, 159, 167, 184, 246
Ross, Wolfgang, II: 262
Rossbach, Gerhard, I: 122, 133, 160, 186 ss., 380
Rothacker, Erich, I: 345
Rothenberger, Carl, II: 108
Rothfels, Hans, II: 276
Rousseau, Jean Jacques, I: 20
Runciman, Lord, II: 41
Rundstedt, Gerd von, II: 219
Ruprecht (príncipe de Baviera), I: 152, 157, 274, 276
Rust, Bernhard, I: 345, 348, 352, 360 ss.; II: 87

Saefkow, Anton, II: 125 ss., 218
Salomon, Ernst von, I: 142
Sauckel, Fritz, II: 59, 166
Sauerbruch, Ferdinand, I: 162
Schacht, Hjalmar, I: 16, 293 ss., 370; II: 43, 69, 151, 214, 283
Schäffer, Wilhelm, I: 344
Schäffer, Fritz, I: 275 ss., 280
Schaffner, Jacob, I: 344
Schaumburg-Lippe (príncipe Friedrich-Christian de), I: 186
Schellenberg, Walter, II: 235
Schemann, Ludwig, I: 35
Schemm, Hans, I: 357
Scheringer, Richard, I: 254
Scheubner-Richter, Max Erwin von, I: 125, 140, 161, 178
Schicklgruber, Maria Anna, I: 83
Schiller, Friedrich, I: 350
Schillings, Max von, I: 345
Schirach, Badur von, I: 174, 189, 348, 350 ss., 370; II: 87, 283
Schlabrendorff, Fabian von, II: 214, 218
Schlageter, Albert Leo, I: 145 ss.
Schleicher, Kurt von, I: 108, 231, 235, 239, 241, 255 ss., 261 ss., 269 ss., 317, 320; II: 12 ss., 15, 142 ss., 149, 151
Schleicher, Rüdiger, II: 230
Schlemmer, Oskar, I: 346
Schmidt, Kurt, II: 121
Schmidt-Hannover, Otto, I: 300

Schmitt, Carl, I: 67-68, 195, 311, 323 ss., 336-337, 358; II: 255, 277
Schmitt, Kurt, I: 301
Schmorell, Alexander, II: 208
Schnitzler, Arthur, I: 345
Schoenbaum, David, II: 66
Schönerer, Georg von, I: 64 ss., 74 ss., 89
Schoengarth, Eberhard, II: 187
Scholl, Hans, II: 209
Scholl, Sophie, II: 209
Scholz, Wilhelm von, I: 344
Schopenhauer, Arthur, I: 175
Schröder, Kurt von, I: 270, 293
Schröder, Walther, I: 281
Schütz, Waldemar, II: 256, 258
Schulenburg, Friedrich Werner von der, II: 17, 63, 215
Schulenburg, Fritz-Dietlof von der, II: 150
Schulze-Boysen, Harro, II: 218
Schultze-Naumburg, Paul, I: 346
Schumacher, Gerhard, II: 120
Schumann, Gerhard, II: 248
Schuschnigg, Kurt von, I: 195; II: 37 ss., 215
Schwarz, Franz Xaver, I: 189, 251; II: 90
Schwerin von Kosig, Lutz, I: 277; II: 235, 238
Schweyer, Franz, I: 166
Sebottendorff, Rudolf von, I: 112 ss.
Seebohm, Hans-Christoph, II: 245
Seeckt, Hans von, I: 16, 131, 143 ss., 152 ss., 160 ss., 168, 170, 256, 260, 317 ss.; II: 15, 142
Seisser, Hans von, I: 148, 156
Seldte, Franz, I: 299
Severing, Carl, I: 108, 157, 238
Seyss-Inquart, Arthur, II: 37 ss.
Shaw, George Bernard, II: 53
Shirer, William, I: 14
Six, Franz, II: 94
Skorzeny, Otto, II: 225
Sombart, Werner, I: 51
Sorel, Georges, I: 25, 46
Spann, Othmar, I: 195, 345 ss.
Speer, Albert, I: 370; II: 65, 85, 160, 166, 169, 229, 234, 283 ss.
Speidel, Hans, II: 219
Spengler, Oswald, I: 38, 46, 55, 175, 195
Stahl, Friedrich Julius, I: 54
Stalin, Joseph V., I: 125, 138, 258, 267, 296, 380; II: 14 ss., 28, 32, 46 ss., 79, 97, 122, 156, 229
Starhemberg, Ernst Rüdiger von, II: 37
Stark, Johannes, I: 357
Stauffenberg, Berthold (conde Schenk von), II: 211
Stauffenberg, Claus (conde Schenk von), I: 196; II: 193, 203 ss., 207, 211 ss., 231
Steengracht, Gustav-Adolf von, II: 61
Stein, Franz, I: 77
Steinacher, Hans, II: 57
Steltzer, Theodor, II: 204
Stempfle, Bernhard, I: 115, 175
Stenglein (fiscal), I: 165
Stennes, Walter, I: 187, 246, 254
Stinnes, Hugo, I: 131
Stoecker, Adolf, I: 59 ss., 74
Stoltenberg, Gerhard, I: 209
Strasser, Gregor, I: 127, 130, 173, 178 ss., 182 ss., 192, 197, 200, 211 ss., 241 ss., 244, 248, 269, 289, 320, 370, 374; II: 64
Strasser, Otto, I: 130, 178, 183, 186, 197, 204, 215, 245 ss., 290, 370; II: 74
Strauss, Emil, I: 344
Strauss, Franz-Joseph, II: 239, 245, 278
Strauss, Richard, I: 343
Streicher, Julius, I: 57, 126, 130, 173, 181, 191, 337, 363, 370, 377
Stresemann, Gustav, I: 16, 101, 109, 145 ss., 153 ss., 164 ss., 171 ss., 193, 217, 220, 229, 231, 250; II: 14
Stuckart, Wilhelm, II: 90, 186
Stülpnagel, Karl Heinrich von, II: 196, 219 ss., 226, 228
Sturm, Ernst, I: 360

Talmon, Jacob L., I: 20
Taylor, A. J. P., I: 268
Techow, Ernst, I: 142
Thadden, Adolf von, II: 256
Thaelmann, Ernst, I: 170 ss.; II: 123
Thielen, Fritz, II: 255
Thierack, Otto Georg, II: 186
Thomas, Ferdinand, II: 218
Thomas, Georg, II: 147
Thyssen, Fritz, I: 131, 141, 147, 218, 294

Tirpitz, Alfred von, I: 171
Tito, Joseph, II: 44
Tocqueville, Alexis de, I: 47
Todt., Fritz, II: 85, 166
Tönnies, Ferdinand, I: 39
Treitschke, Heinrich von, I: 24, 35, 44, 48
Tresckow, Henning von, II: 159, 211 ss., 215 ss., 219, 228
Trevor-Roper, Hugh, I: 268, 380
Trotha, Carl Dietrich von, II: 203
Trott zu Solz, Adam von, II: 150, 197, 204 ss.
Tucholsky, Kurt, I: 345

Udet, Ernst, II: 159
Uhrig, Robert, II: 125
Ulbricht, Walter, II: 123
Ullrich, Kurt von, I: 187
Unruh, Fritz von, I: 344

Vacher de Lapouge, Georges, I: 26-27
Vermeil, Edmond, I: 14 ss.
Vesper, Will, I: 344; II: 248
Vogel, Ludwig, I: 77
Vichinski, A. J., II: 229
Vidukind (de Sajonia), I: 349

Wäckerle, Hilmar, II: 102
Wagner, Adolf, I: 190, 278 ss.
Wagner, Cosima, I: 29, 47, 153
Wagner, Eduard, II: 196
Wagner, Gerhard, I: 339
Wagner, Richard, I: 28 ss., 46 ss., 85, 175; II: 261
Wagner, Robert, I: 282
Walter, Bruno, I: 345
Wassermann, Jacob, I: 344
Weber, Alfred, II: 239
Weber, Christian, I: 321
Weber, Friedrich, I: 159
Weber, Max, I: 50, 109, 201, 356
Weippert, Georg, I: 335
Weissler, Friedrich, II: 134
Weizsäcker, Ernst von, II: 61 ss.
Wehner, Joseph Magnus, I: 344
Wels, Otto, I: 296
Westarp, Cuno (conde), I: 109, 218 ss.
Westarp, Heila (condesa), I: 114
Wheeler-Bennet, John, I: 329
Winter, Franz Florian, II: 258
Wirmer, Joseph, II: 215
Wirsing, Giselher, I: 195
Wirth, Joseph, I: 143; II: 197
Wittgenber (barón de), I: 113
Witzleben, Erwin von, II: 150, 213, 216, 222
Wlassow, Andrei, II: 168
Wolf, Ernst, II: 131
Woltmann, Ludwig, I: 26
Wund, Max, I: 349
Wurm, Theophil, II: 132, 204

Yorck von Wartenburg, Peter (conde), II: 203
Young, Owen D., I: 217

Zehrer, Hans, I: 195
Zeigner, Erich, 154 ss.
Zeitzler, Kurt, II: 158
Zuckmayer, Carl, I: 345
Zweig, Arnold, I: 345
Zweig, Stefan, I: 344